SIR THOMAS MALORY

LA MUERTE DE ARTURO

Siruela

SIR THOMAS MALORY

LA MUERTE DE ARTURO

Siruela

Sir Thomas Malory

LA MUERTE DE ARTURO

Prólogo de
Carlos García Gual

Epílogo de
Luis Alberto de Cuenca

Traducción del inglés de
Francisco Torres Oliver

Siruela

Libros del Tiempo Lecturas Medievales

Edición en formato digital: julio de 2024

Titulo original: La Morte D'Arthur

En cubierta: Lucha del rey Arturo contra Mordred, St. Alban's Chronicle,

c. 1470. Ms. 6, fol. 66v, Lambeth Palace Library, Londres

Diseño gráfico: Gloria Gauger

© De la introducción, Carlos García Gual

© Del epílogo, Luis Alberto de Cuenca

© De la traducción, Francisco Torres Oliver

© Ediciones Siruela, S. A., 2024

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Ediciones Siruela, S. A.

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

www.siruela.com

ISBN: 978-84-10415-09-6

Conversión a formato digital: María Belloso

Índice

Introducción. Carlos García Gual

Nota sobre la traducción. Francisco Torres Oliver

LA MUERTE DE ARTURO

Prefacio de caxton a la edición de 1485

Libro I

Libro II

Libro III

Libro IV

Libro V

Libro VI

Libro VII

Libro VIII

Libro IX

Libro X

Libro XI

Libro XII

Libro XIII

Libro XIV

Libro XV

Libro XVI

Libro XVII

Libro XVIII

Libro XIX

Libro XX

Libro XXI

Epílogo: William Caxton, el impresor de Malory

Luis Alberto de Cuenca

Introducción

Carlos García Gual

Cuando el libro salió de las prensas de Caxton, su autor llevaba ya catorce años reposando en el cementerio de la iglesia de Grey Friars de Newgate. T. Malory había muerto el 14 de marzo de 1471 en la prisión cercana, sin obtener la liberación deseada. En colofón al último capítulo puede leerse su súplica:

And here is the end of the death of Arthur. I pray you all, gentlemen and gentlewomen that readeth this book of Arthur and his knights from the beginning to the ending, pray for me while I am alive, that God send me good deliverance, and when I am dead, I pray you all pray for my soul. For this book was ended the ninth year of the reign of King Edward the Fourth, by sir Thomas Malory, knight, as Jesu help him for His great might, as he is the servant of Jesu both day and night.

Los rezos de sus lectores no pudieron ayudar a sir Thomas a escapar de la larga prisión. Y la muerte le alcanzó sin permitirle conocer la forma definitiva que adquirirían los relatos novelescos que su sagaz editor reunió en Le Morte Darthur, haciendo de las ocho novelas de sus manuscritos un verdadero ciclo novelesco, from the beginning to the ending, comprendido en un único libro dividido ahora en veintiún secciones y múltiples capítulos que Caxton califica repetidamente de noble and joyous; «noble y divertido» recuento de un universo caballeresco y aventurero rescatado en la prosa clara de un narrador tardío, un rezagado admirador de la saga artúrica.

Tampoco Joanot Martorell, que redactó su Tirant lo Blanc entre 1460 y 1465, y que vino a morirse en 1468, logró ver impresa su

gran novela, que se publicó en 1490, con la colaboración de Martí Joan de Galba. Entre Tirante el Blanco y La muerte de Arturo hay una proximidad de fechas y, por encima de sus múltiples divergencias de enfoque, ambientes, y de intención, una coincidente simpatía hacia el prestigioso mundo de las aventuras y las gestas caballerescas. La tendencia al realismo está más acusada en la narrativa de Martorell, desde luego; pero ese gusto por los detalles realistas y por un estilo vivaz y directo es también característico de Malory. En esa segunda mitad del siglo XV el público aristocrático se recreaba con las ficciones del medievo cortés ofrecidas en el espejo mágico de la literatura novelesca.

En ese brillante y suntuosamente coloreado otoño medieval, según la descripción de J. Huizinga, los ideales de la literatura caballeresca impregnan la vida social con un suntuoso arcaísmo. En «el verano indio de la caballería inglesa» las pautas de la caballería reviven en un ritual cortés, y en toda Europa los nobles tratan de reproducir en la vida las hazañas y los gestos que han leído en las novelas y se inspiran en esa narrativa romántica como no lo habían hecho los caballeros de siglos anteriores (en su mayoría analfabetos y menos dados a tales espejismos).

Ciertamente hay en ese revival una alegre nostalgia y un ligero toque de amaneramiento. La caballería ofrece, además, un código moral, reflejado dramáticamente en los nobles y ejemplares comportamientos de damas y caballeros de antaño. Porque ya se sabe que, desde el punto de la moralidad y en ocasiones desde el de la elegancia, cualquier tiempo pasado fue mejor. A propósito de los amores auténticos ya lo decía el sutil Chrétien de Troyes al comenzar su Yvain. Se quiere imitar la cortesía, la audacia, la brillantez de los famosos caballeros de las novelas, en las que los lectores mal pueden diferenciar realidad y fantasía. En el prólogo de Caxton se percibe ese afán y esa credibilidad otorgada a lo literario, y en concreto al mundo artúrico. La vida de J. Martorell es un ejemplo de esta imitación caballeresca. ¿Podemos suponer que también en la existencia descabalada de Thomas Malory, un redomado truhán según las apariencias, hubo un empeño, ciertamente desastrado, por vivir como un caballero errante?

En cualquier caso, no está de más recordar el enorme influjo que

alcanzará, en toda Europa, el Amadís de Gaula, a partir de su primera edición zaragozana, ya en 1508. El Amadís será un manual de usos cortesanos y un espejo de caballerías, además de un ilustre modelo para los numerosísimos libros de caballerías del siglo XVI. El reiterado éxito editorial de ese género novelesco es uno de los trazos más característicos de la sociología literaria de esa centuria en España. Al concluir el siglo la boga de estos libros conocerá un apagado final. El buen Alonso Quijano, su último epígono, era, como el mismo Cervantes, un impenitente y rezagado lector.

Ninguno de esos libros puede parangonarse, a excepción tal vez de los dos títulos citados, con la novela cíclica de Malory. Tampoco pueden rivalizar con ella en popularidad a lo largo de los tiempos. La muerte de Arturo es, como ha destacado L. D. Benson, la única obra literaria escrita en Inglaterra entre Chaucer y Shakespeare que aún es leída por un amplio público con renovado fervor y placer. Creo que el mérito fundamental para ello, es decir, lo que ha convertido este texto en un clásico, es su estilo moderno en el recuento de un fascinante material mítico. Quisiera ahora dedicar algunas líneas a glosar esa modernidad estilística, en un amplio sentido del término, que resulta peculiar de Malory.

Parece indudable que fue un acierto de Caxton el reunir en un libro los ocho relatos novelescos con títulos propios que Malory había dejado. Pero, desde luego, el intento de formar con todos esos relatos una única narración está ya latente en su génesis misma. Malory conocía bien las novelas francesas integradas en el Ciclo de Lanzarote o Vulgata artúrica. Las aventuras se enmarcan en una secuencia que tiene un comienzo y un final predeterminados y conocidos: el orto y el ocaso del reinado artúrico. Al reconstruir los relatos aspiraba el escritor a la compilación cíclica, con todos sus personajes y sus lances peregrinos. Algo semejante intentaron hacer otros escritores europeos por las mismas fechas, como, por ejemplo, Michel Gonnot y Ulrich Füetrer.

Michel Gonnot compuso Le livre de Lanzelot para Jacques de Armagnac, duque de Nemours, una amplia compilación en cuatro libros que formaban un solo tomo de 870 páginas en el manuscrito original. Concluyó su narración en 1470. Ulrich Füetrer compuso primero un volumen en prosa, Lantzelot (1467) y más tarde un

texto en verso más amplio, el Buch der Abentuer (1481-1484), con cerca de ochenta mil versos. Pero ni el texto de Gonnot ni el texto versificado de Füetrer fueron impresos. Quedaron relegados a un pronto olvido, del que ni el patronazgo del Duque de Nemours ni el del Duque de Baviera podía salvarlos, faltos del impulso difusor de la imprenta. El empeño de Malory no era, pues, un intento aislado ni una tarea anacrónica, como algunos han creído. Por el contrario, su obra se enmarca en esa corriente literaria europea. Cuando Caxton, en su agudo y meditado prólogo, alude a la presión de sus nobles amigos para que publique relatos caballerescos, testimonia una expectación real.

El destino histórico de la caballería quedó entenebrecido ya en los siglos XII y XIII; y después de Crécy y Azincourt el papel de los caballeros en las batallas quedó sensiblemente mermado. Pero la literatura estiliza mejor lo ya perdido, e idealiza mejor lo que es irrecuperable. Para la ficción no hay límites, sobre todo cuando el público es ingenuo, crédulo y está ávido de fantasmagorías. Pero entonces el gran peligro es la retórica, de un lado, y la ideología embozada en los relatos de ficciones que podrían servir de alegorías. Entre esos dos peligros se mueve el escritor de la Baja Edad Media o del temprano Renacimiento que recompone, al gusto de sus lectores, las viejas tramas caballerescas. La desbordante retórica de los libros de caballerías y su disparada fantasía contrastan con la prosa nerviosa y precisa de Malory. La ideología cisterciense que impregna la concepción de algunas novelas del Ciclo de Lanzarote, y muy descaradamente el texto de La búsqueda del Santo Grial, queda olvidada y descartada de la recreación de esa búsqueda desaforada en la parte correspondiente de La muerte de Arturo.

E. Vinaver, tratando de explicar la seducción y el éxito de la obra de Malory, veía su grandeza en «el misterioso poder del estilo, el único mérito inmortal en el mundo de los libros». J. Lawlor, que cita esta sentencia del gran estudioso de Malory, le objeta la variedad de estilos que el escritor inglés usa, según las fuentes de las que toma su tema, o según su intención: breve y escueto cuando relata, y ceremonioso cuando se dirige a los lectores (ver, por ejemplo, el capítulo 25 del libro XVIII). A mi ver, esta matización, que es oportuna y ayuda a percibir mejor el arte narrativo de nuestro

autor, no empaña en absoluto el aserto de que Malory tiene un estilo propio y que en él está su gran mérito, que hace de él un novelista mucho más moderno que sus contemporáneos y competidores. Partiendo de una «materia» tradicional, tomada en su mayor parte de otras novelas francesas, Malory recrea ese contenido romántico imponiéndole una forma vivaz, dramática y ágil. Prescinde de largas disquisiciones, rechaza la técnica del entrelacement en los relatos, tan típica de los autores franceses del Lancelot en prose –una técnica de relatos cruzados que recuerda las lacerías del arte gótico tardío–, y es sencillo y rápido en las descripciones y conciso en sus narraciones, concentrando un intenso dramatismo en los diálogos muchas veces.

Por otra parte, como han señalado Brewer, Benson, y otros estudiosos de su obra, Malory mejora considerablemente su estilo en el curso de su larga obra. Los primeros libros son más descuidados y algo titubeantes, mientras que los finales, en los que se acentúa el carácter trágico de la historia de Arturo, tienen una eficacia narrativa muy superior. En algunos pasajes de esa parte el estilo límpido de Malory se hace más solemne, más retórico y más musical, sin perder de vista, sin embargo, esa claridad y esa atención a los detalles «realistas» que lo caracterizan. Las aliteraciones, características de la poesía inglesa, se dan también en esos párrafos solemnes, mientras que en los más sencillos podemos percibir un eco del estilo escueto de los cronistas ingleses. Sin duda Malory es un gran deudor de los novelistas franceses de los que traduce sus episodios y a los que readapta, pero su prosa está mucho más próxima, por su espíritu y su talante, a la de los escritores ingleses de su propio tiempo. Esa manera suya de narrar con la atención en los detalles significativos, sin resabios de retórica escolar ni pedanterías clericales, es una nota muy británica. Entre los poemas ingleses que Malory había leído y que sigue están el aliterativo Morte Arthure y el poema en estrofas Morte Arthur, de los que toma algunas notas importantes: el énfasis poético y una exposición directa, que coincide, pensamos, con el propio talante de Malory.

Cuando Caxton presenta el texto de Malory como una traducción de libros franceses, está aludiendo a una tradición de versiones muy libres, que recogen el contenido de obras anteriores pero

recomponen y reestructuran éste con un estilo propio, unas veces más marcado, otras más servil. E. Vinaver ha estudiado bien cómo Malory sigue en algunos episodios el original francés, mientras que en otros resume en pocas líneas algunas páginas o salta y reajusta párrafos y temas. En cualquier caso, es evidente que la versión de Malory representa una recreación compleja y una compilación que, sin pretensiones explícitas de originalidad, resulta enormemente creativa. Siendo un epígono, tiene mucho de producto innovador, en el sentido de que su obra es, en varios respectos, una novela moderna, gracias a su estilo. Si tratáramos de encontrar un paralelo en la historia de la literatura, creo que podríamos encontrarlo en El asno de oro de Apuleyo, que, siendo una versión de una novella milesia, constituye una novela espléndida gracias a su espléndido estilo (un estilo que no tiene nada que ver, en efecto, con el de Malory, ya que tiende más bien a una retórica opuesta).

Pero, para que el lector comprenda mejor cuanto acabamos de apuntar (resumiendo otros estudios) sobre este estilo, pondremos algunos ejemplos.

El primer texto bien puede ser el del libro II, capítulo 18, que trata de «cómo Balin se enfrentó a su hermano Balan, y cómo se mataron el uno al otro sin reconocerse, hasta que estuvieron heridos de muerte». Citaré sólo una parte del capítulo, en la precisa traducción de F. Torres Oliver:

Entonces Balin alzó los ojos hacia el castillo y vio las torres llenas de damas. Y volvieron a la lucha otra vez, hiriéndose dolorosamente, y deteniéndose muchas veces a tomar aliento; y así siguió la batalla, de manera que todo el lugar donde luchaban estaba tinto de sangre. Y a la sazón se habían infligido uno al otro no menos de siete grandes heridas, de las que la menor de ellas podía haber sido la muerte del más poderoso gigante de este mundo.

Entonces comenzaron a batallar otra vez tan maravillosamente que espantaba oír de aquella batalla por la mucha sangre derramada, y las cotas desclavadas, de manera que por todos los costados estaban desnudos.

Finalmente Balan, el hermano más joven, se retrajo un poco y cayó. Entonces dijo Balin le Savage:

–¿Qué caballero eres tú? Pues hasta ahora ningún caballero me había igualado.

–Me llamo Balan –dijo el otro–, y soy hermano del buen caballero Balin.

–¡Ay! –dijo Balin–, ¡que haya visto yo este día! –y seguidamente cayó de espaldas desvanecido.

Entonces Balan se acercó andando a pies y manos, quitó el yelmo a su hermano, y no le pudo conocer por la cara, tan llena de tajos y sangre como estaba; pero cuando despertó, dijo:

–¡Oh, Balan, hermano, tú me has matado, y yo a ti, por lo que todo el ancho mundo hablará de nosotros dos!

La muerte de Balin, el feroz Caballero de las Dos Espadas, el autor del Golpe Doloroso, y de su hermano Balan, en ese insensato encuentro fratricida, era un episodio famoso de la trama novelesca.

Es el final de un fatídico caso: el héroe furibundo responsable del Golpe Doloroso ha de morir a manos de su amado hermano al tiempo que lo mata. Es frecuente en los episodios caballerescos que dos paladines artúricos se encuentren y traben pelea sin conocerse, pero lo más socorrido es que se reconozcan antes de darse muerte, y entonces se saluden alborozadamente, tras haber contrastado su mutuo valor en el juego de las armas. La historia de Balin y Balan destaca por su final trágico. Los dos hermanos se matan en un duelo insensato, al que estaban predestinados. Pero no pretendemos ahora glosar este famoso episodio, sino tan sólo destacar cómo Malory lo cuenta, con una atención a los detalles y sin comentarios, retóricos ni moralizantes. El duelo ha comenzado como uno de tantos, con la acometida sanguinolenta de los dos caballeros ante las almenas del castillo. Por un momento Balan sospechó que el caballero que va de bermejo podría ser su hermano, ya que lleva dos espadas, pero descarta la sospecha porque «no conocía su escudo». (Signo de

identificación, el escudo suele producir esas confusiones en los encuentros novelescos.) En medio de los revolcones y los duros golpes que lo abruman, Balin mira las almenas del castillo, con sus «torres llenas de damas». (También esto es típico pero el detalle resulta muy efectivo en medio de la descripción del combate.)

Las exageraciones son típicas: cualquiera de las siete heridas de cada combatiente habría matado al mayor gigante del mundo. Pero hay un detalle más peculiar: desclavadas las cotas metálicas, los dos pelean ya semidesnudos, sangrientos y polvorientos. Incluso el rostro de Balin está tan acribillado de heridas que su hermano no logra reconocerlo cuando le quita el yelmo. Y la frase del moribundo Balin tiene un acento épico: «¡Oh, Balan, hermano, tú me has matado, y yo a ti, por lo que todo el ancho mundo hablará de nosotros dos!». Hay en estos diálogos breves y trágicos un tono característico de la narración de Malory. Las quejas contra Fortuna, tan medievales, están ausentes, y la charla última tiene un sorprendente tono familiar. Sería mejor no haber visto tan aciago día, exclaman los héroes, pero no alargan la queja, y se resignan a lo inevitable. (Algo parecido es lo que expresa el rey Arturo ante la fatídica batalla final, Alas, this unhappy day!, en un texto que citaremos luego.) En el capítulo siguiente se cuenta cómo Merlín enterró a los dos hermanos en una misma tumba y lo que dispuso sobre la funesta espada de Balin. El lector puede observar muy bien ahí cómo los detalles fantásticos se acompañan con los apuntes concretos y «realistas».

Malory, que rehúye muchos episodios mágicos, sabe contar los relatos fantásticos con pinceladas realistas –como sabía hacerlo también el primer novelista artúrico, Chrétien de Troyes, al que él no conocía–. Y es un maestro en esas evocaciones de los combates, tan repetidos y tan distintos en algunos detalles. Ahí está el tono épico de fondo –como estaba ya en la Ilíada– ya que la descripción de justas y lances bélicos es un elemento esencial en estas historias y aventuras. Pero él sabe animarlos especialmente a través de los diálogos, en lo que hay un notable progreso novelesco, no ya porque en la épica no hubiera diálogos, que los había, sino porque en el texto novelesco los personajes se definen a través de estos diálogos como tipos humanos próximos al lector. Hay en ellos, y también en las descripciones, un cierto prosaismo no menos

revelador de esta recreación dramática.

Malory no escribe como un clérigo docto, ni como un moralista, sino como un gentleman instruido y piadoso, a veces un tanto «ceremonioso», pero atento siempre a la acción que relata y a su representación. Hay en él un gran talento dramático, que se expresa en la escenificación directa y rápida de las situaciones. Resulta curioso que a Shakespeare no le atrajera el mundo artúrico, y que entre sus personajes tan sólo Falstaff aluda a esos relatos. Es probable que las censuras de ciertos doctos escritores isabelinos hayan pesado en ese olvido o desdén; pero uno puede imaginar algunos de estos episodios de Malory convertidos en tragedias isabelinas.

Como ejemplo del estilo más elevado y patético, quisiera citar el lamento fúnebre de sir Héctor por su hermano Lanzarote, tal como está en el último capítulo del último libro de Le Morte Darthur. Cito, pues, el texto inglés, en su transcripción modernizada (ed. de J. Cowen). Es el capítulo 13 del libro XXI según la edición de Caxton:

Then went Sir Bors unto Sir Ector, and told him how there lay his brother, Sir Launcelot, dead; and then Sir Ector threw his shield, sword, and helm from him. And when he beheld Sir Launcelot's visage, he fell down in a swoon. And when he waked it were hard any tongue to tell the doleful complaints that he made for his brother.

«Ah Launcelot», he said, «thou were head of all Christian knights, and now I dare say», said Sir Ector, «thou Sir Launcelot, there thou liest, that thou were never matched of earthly knight's hand. And thou were the couteoust knight that ever bare shield. And thou were the truest friend to thy lover that ever bestrad horse. And thou were the truest lover of a sinful man that ever loved woman. And thou were the kindest man that ever struck with sword. And thou were the goodliest person that ever came among press of knights. And thou were the meekest man and the gentlest that ever ate in hall among the ladies. And thou were the sternest knight to thy mortal foe that ever put spear in the rest».

Then there was weeping and dolour out of measure...

En la despedida de su héroe predilecto –junto con Arturo, desde luego–, Malory, que ya había dedicado un capítulo a contar su muerte melancólica (en su castillo de Joyous Gard, donde el viejo Lanzarote, que ya ha asistido a los funerales de Ginebra, no deja de recordarla en sueños), entona por mediación de sir Héctor un patético planto. La escena no tiene paralelo en el texto francés de la La Mort Artu, ya que allí su hermano ha muerto antes que Lanzarote y él mismo entierra su cuerpo en la ermita donde ambos estaban de retiro. (Allí, en cambio, cuando Lanzarote muere, sus amigos lo entierran en la misma tumba donde reposa su fiel camarada Galehaut, el señor de las Islas lejanas, como perdurable testimonio de una generosa amistad.) La retahíla de elogios que suscita el planto ante el cadáver del mejor de los caballeros artúricos es, ciertamente, un topos retórico. Pero no cabe duda de que aquí está utilizado con una inolvidable maestría.

El contraste entre las escenas paralelas del texto de Malory y el de sus modelos franceses es siempre muy sugerente para evaluar la originalidad de nuestro autor. Como ahora no dispongo de espacio para presentar un análisis más extenso ni pormenorizado, voy a aludir tan sólo a uno de esos pasajes, en el que, frente al texto de la versión francesa, Malory introduce una interpretación personal. Se trata de la escena que precede al encuentro fatal de la batalla postrera entre los ejércitos del rey Arturo y del usurpador Mordred, en la que ambos avanzan pesarosamente hacia la destrucción final, en un augurado crepúsculo sangriento. En La Mort Artu, una novela trágica excelentemente construida, esa matanza está ampliamente profetizada, desde el temprano lamento de Lanzarote sobre los desmanes de la Fortuna. El moralismo del autor nos advierte de que, tras la empresa del Grial en la que fracasó la caballería terrestre, cabe esperar el castigo de los amores adúlteros de Lanzarote y Ginebra, y también Arturo será castigado por su incesto, del que es fruto Mordred. Arturo sueña con la rueda de la Fortuna, que lo eleva y luego lo hunde y precipita, de acuerdo con la famosa imagen medieval. Como un héroe trágico Arturo avanza, desoyendo los consejos amistosos de Gawain, hacia la cruenta

catástrofe, empecinado por su orgullo y sus deseos de venganza. Y todo se cumple como estaba predestinado.

En cambio, el rey Arturo que nos presenta Malory es sensiblemente diferente. Está dispuesto a la conciliación, con tal de evitar la matanza. En sueños se le ha aparecido Gawain, acompañado de bellas damas, para aconsejarle que evite un fatal desenlace. Y Arturo está dispuesto a pactar con el traidor Mordred, y ambos se reúnen para evitar la mortífera batalla. Pero por encima de las intenciones de uno y otro caudillo, el combate va a desencadenarse por un pequeño incidente: una serpiente escondida entre los arbustos hace que un caballero desenvaine su espada, y eso será la señal de ataque. No es el ciego orgullo, sino el ciego azar –como apostilla Benson– lo que conduce a los héroes a la catástrofe. Arturo exclama sencillamente: «¡Ah, qué aciago día!», y se resigna a la matanza. Quiero citar este breve pasaje, tan cargado de fuerza, como último ejemplo del estilo ágil de Malory. Está en el capítulo 4 del libro XXI.

And so they met as their pointment was, and so they were agreed and accorded thoroughly; and wine was fetched, and they drank.

Right soon came an adder out of a little heath bush, and it stung a knight on the foot. And when the knight felt him stungen, he looked down and saw the adder, and then he drew his sword to slay the adder, and thought of none other harm. And when the host of both parties saw that sword drawn, them they blew beams, trumpets, and horns, and shouted grimly. And so both hosts dressed them together.

And King Arthur took his horse, and said, «Alas, this unhappy day!» and so rode to his party. And Sir Mordred in likewise. And never was there seen a more dolefuller battle in no Christian land...

La tragedia podría haberse evitado fácilmente. Arturo estaba dispuesto a pactar, a perdonar, a olvidar quizás. No es el pecado de los amores de Lanzarote y Ginebra, ni la obcecación del orgullo ni

siquiera la ambición incontrolable lo que arrastra al reino a su perdición; tan sólo es un accidente desafortunado en un aciago día. La predestinación personificada en una Fortuna implacable y moralista está ausente en el relato de Malory; queda sustituida por un imprevisible azar, que actúa a través de lo fortuito e inesperado, ante lo que fracasan las mejores intenciones humanas. Así se expresa una concepción heroica diferente de la que tiene el autor francés que redactó la Mort Artu, de ideología diversa.

Ese mismo espíritu de independencia frente a la interpretación ideológica sugerida en sus fuentes francesas, lo muestra Malory al enfocar la búsqueda del Santo Grial. Tanto La Queste del Saint Graal como La Mort Artu eran romans à thèse: explicaban la decadencia y el ocaso del reino de Arturo por el pecado de soberbia y lujuria que encuentra sus ejemplos más notorios en los amores adúlteros de Lanzarote y Ginebra y en el incesto cometido por Arturo, padre de Mordred. La búsqueda del Grial es el fracaso de la caballería, ya que sólo los héroes más puros y menos mundanos, los ascéticos y piadosos, logran un acceso al sublime símbolo cristiano. Arturo como Lanzarote quedan excluidos de ese triunfo de la caballería celeste, porque encarnan la gloria mundana, y como tales héroes terrestres están destinados a la catástrofe y a la penitencia. La Queste del Saint Graal condena los valores corteses y los placeres violentos de la Tabla Redonda, y predica una caballería al servicio de lo espiritual, con un sutil desplazamiento de los tonos narrativos. Perceval el ingenuo es sustituido por Galahad el puro, el hijo de Lanzarote. En The Tale of the Sancgreal Malory retoma la matière, pero la recuenta con un ánimo y un estilo distinto. De la misma forma que en su último libro recuenta el crespúsculo del reinado de Arturo, pero con una tonalidad mucho menos oscura que la de La Mort Artu.

Al recontar los episodios de la peregrinación tras el Grial, abrevia las explicaciones alegóricas y suprime los comentarios teológicos. Aunque mantiene como héroe a Galahad, no humilla demasiado –en contraste con el empeño del autor de la Queste– al fracasado Lanzarote, de quien subraya el esfuerzo y el valor constantes. Tras esas aventuras, Lanzarote vuelve a recaer en el amor de Ginebra, una pasión que el novelista ve como un impulso noble, y no como la causa de la ruina del reino artúrico. No es el pecado y la traición

de la hermosa reina lo que arrastra a unos y otros a la catástrofe. Son los odios y rivalidades de la corte, las denuncias contra los amantes y la fidelidad de unos y otros lo que precipita ese final. Agravain es, en la versión de Malory, más culpable que Lanzarote. Y también el noble y leal Gawain tiene su parte de culpa. Lanzarote es víctima de un gran amor y una indestructible lealtad. Arturo es un personaje imponente, un excelente soberano de una época dorada y heroica, abocado a un trágico final. La reina Ginebra es recordada (en el libro XVIII, capítulo 25) como una fiel amante, y por ello digna de un noble final. («While she lived she was a true lover, and therefore she had a good end.») El amor auténtico entre Ginebra y Lanzarote puede, a los ojos de Malory, excusar el adulterio. En este punto está lejos de la visión moralista de los novelistas de los últimos libros de la Vulgata, como lo está de la concepción victoriana que desarrollará Tennyson en sus Idylls of the King.

Malory no pone el énfasis en los juicios morales, ni tampoco narra con un rígido determinismo los episodios. Le interesan los caracteres y las situaciones más que las causas y efectos. Lo mismo que en el libro final prescinde de la evocación medieval de la Fortuna, tan grata al autor de La Mort Artu, así evita en otros casos el esquematismo explicativo medieval. Por eso su lectura da una sensación de modernidad y de vivaz dramatismo y una impresión de libertad muy difícil de encontrar en autores de tiempos anteriores.

En tal sentido ha encontrado estupendos continuadores en dos escritores de nuestro siglo: John Steinbeck y T. H. White, que, entusiasmados con la lectura de su obra, intentaron emularlo con un renovado estilo, pero siempre como discípulos aventajados, tratando de recontar las mismas aventuras caballerescas con acentos más actuales, con un humor más fantasioso (sobre todo T. H. White), pero con la misma atención al libre juego dramático de personajes y situaciones, con el mismo empeño de rememorar un universo mítico fascinante, que la prosa de Malory supo rescatar del olvido y de la erudición para sus lectores ingleses.

«La noble y gozosa historia del gran conquistador y excelente rey Arturo», en palabras del editor Caxton, puede servir de lección moral. «Pues aquí puede verse la noble caballería, cortesía,

humanidad, bondad, osadía, amor, amistad, cobardía, crimen, odio, virtud y pecado.» Un libro como éste, que «trata de las nobles hazañas, hechos de armas de caballería, proeza, osadía, humanidad, amor, cortesía y mucha gentileza, con muchas historias y aventuras prodigiosas», invita a una lectura reposada. Es, como dijimos, un libro otoñal y nostálgico; pero, gracias a su estilo, es también una de las primeras novelas modernas. Los adjetivos con que Caxton caracteriza la historia, noble and joyous, están bien ajustados. Que nadie discuta su nobleza. En cuanto a su alegría, creo que la tiene en una noble vertiente: la de la ficción fantástica, que se regocija en la evocación de antiguos relatos místicos, y la alegría trágica, que surge de la admiración ante el destino de los héroes, que aun bajo destino desafortunado se mantienen como figuras ejemplares de humanidad. Y aun bajo las máscaras de sus ropajes medievales significan un reto a nuestra imaginación hoy.

Nota sobre la traducción

Para la presente traducción he utilizado el texto de Le Morte D'Arthur preparado por Janet Cowen (Penguin Books, 1969), que introduce una puntuación moderna y una división en párrafos. Me ha sido de valiosa ayuda la edición del manuscrito de Winchester publicada por el profesor Eugène Vinaver (Malory Works, Oxford University Press, 1983), cuyas notas me han aclarado muchas dificultades. Otros dos instrumentos auxiliares inestimables en este sentido han sido el Oxford English Dictionary y el Diccionario crítico etimológico de J. Corominas y J. A. Pascual. Las palabras en cursiva dentro del texto son variantes del ms. de Winchester; las he adoptado sólo en casos en que la versión de Caxton presenta una manifiesta incoherencia o una laguna. Cuando dicha incoherencia o laguna se da en ambos textos, la he dejado como está.

Han transcurrido unos años desde que Siruela publicó La muerte de Arturo en su Selección de lecturas medievales; ahora vuelve a editarse en esta Biblioteca Medieval, lo que me ha dado ocasión para releerla. A medida que avanzaba, siempre movido por el mejor deseo, he ido introduciendo cambios. Al terminar, uno se pregunta si eran necesarios tantos, y si con ellos el texto ha ganado lo bastante para que merecieran la pena. Pero una traducción no es en el fondo sino una lectura: así como el original es único, sus traslaciones pueden ser múltiples; y desde luego, ninguna definitiva.

En todo caso, he procurado no olvidar en ningún momento el respeto a la obra, y el no menos inexcusable al lector.

Francisco Torres Oliver

LA MUERTE DE ARTURO

Prefacio de Caxton a la edición de 1485

Después que hube terminado y dado fin a diversas historias, así de meditación como de hechos históricos y mundanos de grandes conquistadores y príncipes, y también a ciertos libros de ejemplos y de doctrina, muchos nobles y diversos gentileshombres de este reino de Inglaterra vinieron a demandarme, muchas y frecuentes veces, cómo era que no había hecho e impreso la noble historia del Santo Grial, y del más nombrado rey cristiano, primero y principal de los tres mejores cristianos y dignos, el rey Arturo, el cual debería ser recordado entre nosotros los ingleses antes que ningún otro rey cristiano.

Pues es notoriamente sabido en el mundo universo que son nueve los dignos y mejores que ha habido nunca, que son, a saber, tres paganos, tres judíos y tres cristianos. En cuanto a los paganos, vivieron antes de la Encarnación de Cristo, y se llamaban, el primero Héctor de Troya, cuya historia nos ha llegado en verso y en prosa; el segundo, Alejandro el Grande; y el tercero, Julio César, emperador de Roma, cuyas historias son bien conocidas y sabidas. En cuanto a los tres judíos, vivieron también antes de la Encarnación de Nuestro Señor; de éstos el primero fue el duque Josué, que condujo a los hijos de Israel a la tierra de promisión; el segundo, David, rey de Jerusalén; y el tercero, Judas Macabeo; de estos tres la Biblia refiere todas sus nobles historias y hechos. Y desde dicha Encarnación ha habido tres nobles cristianos admitidos y puestos en el mundo universo entre los nueve mejores y dignos, de los que fue primero el noble Arturo, cuyos nobles hechos tengo propósito de escribir en este presente libro que aquí sigue. El segundo fue Carlomagno, o Carlos el Grande, del que se tiene historia en muchos lugares en francés y en inglés; y el tercero y último fue Godofredo de Bouillon, de cuyos hechos y vida he hecho yo un libro para el excelente príncipe y rey de noble memoria, rey Eduardo IV.

Dichos nobles gentileshombres me requirieron al punto que imprimiese la historia de dicho noble rey y conquistador, rey

Arturo, y de sus caballeros, con la historia del Santo Grial, y de la muerte y acabamiento de dicho Arturo, afirmando que debía imprimir antes sus hechos y nobles hazañas que los de Godofredo de Bouillon, o de alguno de los otros ocho, considerando que era hombre nacido en este reino, y rey y emperador del mismo; y que hay en francés diversos y muchos nobles libros de sus hechos, y también de sus caballeros.

A los que contesté que diversos hombres sostienen la opinión de que no existió tal Arturo, y que todos esos libros que se han hecho sobre él no son sino fingimiento y fábula, ya que algunas crónicas no hacen mención alguna de él ni lo recuerdan para nada, ni a sus caballeros.

A lo que respondieron ellos, y en especial uno dijo que en quien dijese o pensase que no hubo nunca tal rey llamado Arturo se podía muy bien presumir gran desatino y ceguera, pues dijo que había muchas pruebas de lo contrario: en primer lugar se puede ver su sepultura en el monasterio de Glastonbury; y también en el Polichronicon, en el libro V, capítulo 6, y en el libro VII capítulo 23, dónde fue enterrado su cuerpo, y después hallado y trasladado a dicho monasterio. También se ve en la historia de Boccaccio, en su libro De Casu Principum, parte de sus nobles hechos, y también de su caída. También Galfridus[1] cuenta su vida en su libro británico. Y en diversos lugares de Inglaterra hay aún muchos recuerdos de él que durarán eternamente, y también de sus caballeros. Primero en la abadía de Westminster, en la capilla de San Eduardo, permanece aún la huella de su sello en cera roja encerrado en berilo, en la que hay escrito Patricius Arthurus, Britannie, Gallie, Germanie, Dacie, Imperator. Item en el castillo de Dover se puede ver la calavera de Gawain y el manto de Craddok; en Winchester, la Tabla Redonda; en otros lugares, la espada de Lanzarote y muchos otros objetos. Consideradas, pues, todas estas cosas, nadie puede negar razonablemente que hubo un rey de esta tierra llamado Arturo. Pues en todos los lugares, cristianos y paganos, es reputado y tenido por uno de los nueve dignos, y el primero de los tres cristianos. Y también es del que más se ha hablado al otro lado de la mar, donde se han escrito más libros sobre sus nobles hechos que aquí en Inglaterra, tanto en holandés, italiano, español y griego, como en francés. Y aún perduran como testimonios que dan prueba de él en

Gales, en la ciudad de Camelot, las grandes piedras y maravillosos trabajos de hierro que yacen bajo el suelo, y las criptas reales que algunos de los que ahora viven han visto. Por donde maravilla que no sea ya renombrado en su propio país, sino que concuerda con la palabra de Dios, que dice que nadie es aceptado como profeta en su propia tierra.

Así que, alegadas todas estas cosas antedichas, no podía yo negar que existió tal noble rey llamado Arturo, reputado entre los nueve dignos, y primero y principal de los cristianos. Y muchos nobles libros se han hecho de él y de sus nobles caballeros en francés, que yo he visto y leído al otro lado de la mar, que no tenemos en nuestra lengua materna, sino que muchos están en galés, y también en francés, y algunos en inglés, aunque de ninguna manera casi todos. Y dado que hace poco han sido pasados abreviadamente al inglés he determinado, con la modesta capacidad que Dios me ha dado, y amparado en el favor y la corrección de todos los nobles señores y gentileshombres, imprimir un libro sobre las nobles historias de dicho rey Arturo, y de algunos de sus caballeros, según una copia a mí entregada, la cual copia ha sacado sir Thomas Malory de ciertos libros en francés, y puesto en inglés.

Y yo, según esa copia, lo he impreso, a fin de que los nobles caballeros puedan ver y conocer los nobles hechos de caballería, las gentiles y virtuosas hazañas que algunos caballeros llevaron a cabo en aquel tiempo, por las que alcanzaron honra; y cómo los viciosos fueron castigados y puestos a menudo en vergüenza y reproche, rogando humildemente a todos los nobles señores y señoras, y a todos los demás estados, sea cual sea su grado o condición, que vieren y leyeren en este dicho libro y obra, que tengan presentes los hechos buenos y honestos, y los sigan, donde hallarán muchas historias gozosas y amenas, y nobles y renombrados hechos de humanidad, gentileza y caballerías. Pues aquí puede verse la noble caballería, cortesía, humanidad, bondad, osadía, amor, amistad, cobardía, crimen, odio, virtud y pecado. Seguid el bien y abandonad el mal, que él os llevará a la buena fama y renombre.

Y para entretener el tiempo, este libro será agradable de leer; pero en cuanto a dar fe y creer que es cierto todo lo que aquí se contiene, queda a vuestra discreción. Pero todo está escrito para doctrina

nuestra, y para guardarnos de caer en el vicio y el pecado, sino que ejercitemos y sigamos la virtud, por la que podamos llegar a alcanzar buena fama y renombre en esta vida, y después de esta vida corta y transitoria llegar a la dicha eterna del cielo, la cual nos concede quien allí reina, la santísima Trinidad. Amén.

Continuando, pues, con este dicho libro, me dirijo a todos los nobles príncipes, señores y señoras, gentileshombres y dueñas, que deseen leer u oír leer la noble y gozosa historia del gran conquistador y excelente rey, rey Arturo, antiguo rey de este noble reino, entonces llamado Bretaña, yo, William Caxton, simple persona, presento el libro a continuación, que he determinado imprimir; trata de las nobles hazañas, hechos de armas de caballería, proeza, osadía, humanidad, amor, cortesía y mucha gentileza, con muchas historias y aventuras prodigiosas. Y para comprender brevemente el contenido de esta obra, la he distribuido en veintiún libros, y he capitulado cada libro como sigue a continuación, por la gracia de Dios.

El primer libro tratará de cómo Uther Pendragon engendró al noble conquistador rey Arturo, y comprende veintiocho capítulos. El segundo libro trata del noble caballero Balin, y comprende diecinueve capítulos. El tercer libro trata del matrimonio del rey Arturo con la reina Ginebra, con otras cuestiones, y comprende quince capítulos. El cuarto libro, de cómo Merlín se enamoró insensatamente, y de la guerra hecha al rey Arturo, y comprende veintinueve capítulos. El quinto libro trata de la conquista del emperador Lucio, y comprende doce capítulos. El sexto libro trata de sir Lanzarote y sir Lionel, y de maravillosas aventuras, y comprende dieciocho capítulos. El séptimo libro trata de un noble caballero llamado sir Gareth, a quien sir Kay puso Beaumains, y comprende treinta y seis capítulos. El octavo libro trata del nacimiento del noble caballero sir Tristán, y de sus hechos, y comprende cuarenta y un capítulos. El noveno libro trata de un caballero llamado por sir Kay La Cote Male Tailé, y también de sir Tristán, y comprende cuarenta y cuatro capítulos. El décimo libro trata de sir Tristán y otras maravillosas aventuras, y comprende ochenta y ocho capítulos El undécimo libro trata de sir Lanzarote y sir Galahad, y comprende catorce capítulos. El duodécimo libro trata de sir Lanzarote y su locura, y comprende catorce capítulos. El

décimo tercer libro trata de cómo Galahad llegó por vez primera a la corte del rey Arturo, y cómo fue empezada la demanda del Santo Grial, y comprende diez capítulos. El décimo cuarto libro trata de la demanda del Santo Grial, y comprende diez capítulos. El décimo quinto libro trata de sir Lanzarote, y comprende seis capítulos. El décimo sexto libro trata de sir Bors y su hermano sir Lionel, y comprende diecisiete capítulos. El décimo séptimo libro trata del Santo Grial y comprende veintitrés capítulos. El décimo octavo libro trata de sir Lanzarote y la reina, y comprende veinticinco capítulos. El décimo noveno libro trata de la reina Ginebra y Lanzarote, y comprende trece capítulos. El vigésimo libro trata de la piadosa muerte de Arturo, y comprende veintidós capítulos. El vigésimo primer libro trata de su postrera partida, y cómo sir Lanzarote vino a vengar su muerte, y comprende trece capítulos. Son, en suma veintiún libros, que comprenden en total quinientos siete capítulos, como más claramente sigue a continuación.

[1] Geoffrey de Monmouth.

Libro I

Capítulo 1

Primero, cómo Uther Pendragon envió por el duque de Cornualles y su esposa Igraine, y de su súbita partida otra vez

Acaeció en los tiempos de Uther Pendragon, cuando éste era rey de toda Inglaterra, y como tal reinaba, que había un poderoso duque en Cornualles que llevaba mucho tiempo sosteniendo guerra contra él. Y el duque se llamaba Duque de Tintagel. Y por mediación, envió el rey Uther por este duque, encargándole que trajese consigo a su esposa, pues era tenida por hermosa dama, y muy discreta, y se llamaba Igraine.

Cuando el duque y su esposa llegaron ante el rey, por intermedio de grandes señores fueron acordados ambos. Plació y amó bien a esta dama el rey, y les hizo muy buen recibimiento, y deseó yacer con ella. Pero ella era mujer muy buena, y no accedió a los requerimientos del rey. Y entonces habló al duque, su marido, y dijo:

–Creo que nos han mandado venir para deshonrarme; por tanto, esposo, os aconsejo que partamos de aquí súbitamente, que podamos cabalgar toda la noche hasta nuestro castillo.

Y partieron como ella dijo, de manera que ni el rey ni nadie de su consejo advirtieron su marcha. En cuanto el rey Uther supo de su súbita partida, se enojó en extremo. Llamó en seguida a su consejo privado, y les habló de la súbita partida del duque y su esposa. Entonces ellos aconsejaron al rey que enviase por el duque y su esposa con gran requerimiento:

–Y si se niega a acudir a vuestra llamada, entonces podéis hacer lo que creáis mejor; tendréis motivo para hacer poderosa guerra sobre él.

Así se hizo, y los mensajeros recibieron respuesta, y fue ésta brevemente: que ni él ni su esposa irían. Entonces el rey se enojó en extremo, y le envió claro mensaje otra vez, intimándole a que se aprestase, pertrechase y guarneciese, pues en término de cuarenta días lo desalojaría del castillo más fuerte que tuviera.

Cuando el duque recibió esta advertencia, al punto fue y abasteció y guarneció dos de sus castillos fuertes, de los cuales uno se llamaba Tintagel, y el otro Terrabil. Puso a su esposa, doña Igraine, en el Castillo de Tintagel, y él se puso en el Castillo de Terrabil, que tenía muchas salidas y poternas. Llegó entonces a toda prisa Uther con una gran hueste, y puso cerco al Castillo de Terrabil. Plantó allí muchos pabellones, y hubo gran guerra por ambas partes, y mucha gente muerta.

Entonces de pura rabia, y gran amor por la hermosa Igraine, el rey Uther cayó enfermo. Y vino al rey Uther sir Ulfius, un noble caballero, y preguntó al rey por qué estaba enfermo.

–Te lo voy a decir –dijo el rey–. Estoy enfermo de rabia y amor por la hermosa Igraine, de manera que no puedo sanar.

–Mi señor –dijo sir Ulfius–, buscaré a Merlín , y él os hará un remedio que placerá a vuestro corazón.

Partió Ulfius, encontró por ventura a Merlín con atavío de mendigo, y le preguntó Merlín a quién buscaba. Y Ulfius dijo que no tenía por qué decirle nada.

–Yo sé a quién buscas –dijo Merlín–, buscas a Merlín; por ende no busques más, pues soy yo, y si el rey Uther se aviene a recompensarme bien, y jura cumplir mi deseo, será más para honra y beneficio suyo que mío, pues haré que tenga todo su deseo.

–Todo eso prometo –dijo Ulfius–, pues nada más razonable sino que tengas tu deseo.

–Bien –dijo Merlín–, entonces tendrá su propósito y deseo. Por tanto, ponte en camino, que no tardaré yo en llegar.

Capítulo 2

Cómo Uther Pendragon hizo la guerra al duque de Cornualles, y cómo por mediación de Merlín yació con la duquesa y engendró a Arturo

Entonces se alegró Ulfius, y cabalgó a más andar hasta que llegó al rey Uther Pendragon, y le dijo que había encontrado a Merlín.

–¿Dónde está? –dijo el rey.

–Señor –dijo Ulfius–, no tardará mucho.

En esto advirtió Ulfius dónde estaba Merlín, de pie bajo el toldo de la puerta del pabellón. Y entonces se mandó a Merlín que se presentase al rey. Cuando el rey Uther lo vio, dijo que era bien venido.

–Señor –dijo Merlín–, conozco cada parte de vuestro corazón. Si me juráis como verdadero rey ungido que sois, cumplir mi deseo, tendréis el vuestro.

Entonces el rey juró sobre los cuatro Evangelios.

–Señor –dijo Merlín–, éste es mi deseo: la primera noche que yazgáis con Igraine engendraréis un hijo en ella; y cuando nazca, me será entregado a mí para criarlo como yo quiera, pues será para honra vuestra, y el niño valdrá según sus merecimientos.

–Haré de buen grado –dijo el rey– como tú quieras.

–Pues aprestad –dijo Merlín–. Esta noche yaceréis con Igraine en el

Castillo de Tintagel, y tendréis la apariencia del duque su marido; Ulfius, la de sir Brastias, uno de los caballeros del duque; y yo, la de un caballero llamado sir Jordans, otro caballero del duque. Pero cuidad de no hacer muchas preguntas a ella ni a sus hombres, sino decid que estáis cansado, y apresuraos a meteros en la cama, y no os levantéis por la mañana hasta que yo vaya a vos, pues el Castillo de Tintagel está a sólo diez millas de aquí.

Conque hicieron como habían tramado. Pero el duque de Tintagel divisó cómo el rey dejaba el cerco de Terrabil, y esa noche salió del castillo por una poterna para acosar a la hueste del rey. Y a causa de su propia salida fue muerto el duque antes que el rey llegase al Castillo de Tintagel.

Así, pues, el rey Uther yació con Igraine más de tres horas después de la muerte del duque, y esa noche engendró en ella a Arturo; y antes que fuese de día, fue Merlín al rey y le rogó que aprestase; así que besó el rey a la señora Igraine, y partió a toda prisa. Pero cuando la dama oyó la nueva del duque su marido, que según todo testimonio había muerto antes que el rey Uther viniese a ella, entonces se maravilló de quién podía ser el que había yacido con ella con apariencia de su señor; y lloró secretamente y no dijo nada.

Entonces todos los barones de común acuerdo pidieron al rey poner concordia entre la señora Igraine y él. El rey les dio licencia, pues mucho quería acordarse con ella. Así que puso el rey toda la confianza en Ulfius para negociar entre ambos; y por esta negociación, el rey y ella se conciliaron finalmente.

–Ahora obremos bien –dijo Ulfius–: nuestro rey es caballero lozano y soltero, y mi señora Igraine es muy hermosa dama; sería gran alegría para todos nosotros que placiera al rey hacerla su reina.

En lo cual estuvieron todos acordes, y lo propusieron al rey. Y al punto, como caballero lozano, consintió en ello de buen grado, y a toda prisa se casaron una mañana con gran alegría y júbilo.

Y el rey Lot de Lothian y de Orkney casó entonces con Margawse, que fue madre de Gawain, y el rey Nentres de la tierra de Garlot casó con Elaine. Todo esto se hizo a requerimiento del rey Uther. Y la tercera hermana, Morgana el Hada, fue enviada a instruirse a un

convento de monjas, donde aprendió tanto que fue una gran maestra de la nigromancia, y después casó con el rey Uriens de la tierra de Gore, el cual fue padre de sir Uwain le Blanchemains.

Capítulo 3

Del nacimiento del rey Arturo y de su crianza

La reina Igraine engordaba de día en día, y acaeció que, pasado medio año, mientras yacía el rey Uther con ella, le preguntó por la fe que le debía de quién era el hijo que tenía en el vientre; entonces ella se sintió muy turbada de tener que dar respuesta.

–No desmayéis –dijo el rey–, sino decidme la verdad, y os amaré más, por mi fe.

–Señor –dijo ella–, os diré la verdad. La misma noche en que murió mi señor, a la hora de su muerte, como atestiguan sus caballeros, entró en mi Castillo de Tintagel un hombre como con la apariencia y la voz de mi señor, y dos caballeros con él con la apariencia de sus dos caballeros Brastias y Jordans, y fui a la cama con él como era mi deber para con mi señor, y esa misma noche, como he de responder ante Dios, fue engendrado este hijo en mí.

–Verdad es como decís –dijo el rey–, pues fui yo quien entró con esa apariencia. Así que no tengáis desmayo, pues yo soy el padre de ese hijo –y le contó toda la causa, cómo fue por consejo de Merlín. Entonces la reina tuvo gran gozo al saber quién era el padre de su hijo.

Poco después fue Merlín al rey, y le dijo:

–Señor, debéis proveer la crianza de vuestro hijo.

–Hágase –dijo el rey– como tú quieras.

–Bien –dijo Merlín–, pues sé de un señor vuestro en esta tierra que

es hombre muy verdadero y fiel; él se encargará de la crianza de vuestro hijo; se llama sir Héctor, y es señor de grandes posesiones en muchas partes de Inglaterra y Gales; mandad llamar, pues, a este señor, sir Héctor, para que venga a hablar con vos, y pedidle, por el amor que os tiene, que dé a criar su propio hijo a otra mujer, y que su mujer críe al vuestro. Y cuando el niño nazca, mandad que me sea entregado en aquella poterna secreta, sin bautizar.

Y se hizo como Merlín había dispuesto. Y cuando llegó sir Héctor, dio promesa al rey de criar al niño como el rey deseaba; y el rey otorgó a sir Héctor grandes recompensas. Y cuando parió la señora, el rey mandó a dos caballeros y dos dueñas que tomasen al niño y lo envolviesen en un paño de oro, «y entregadlo al mendigo que halléis en la poterna del castillo». Así, pues, entregaron el niño a Merlín, y éste lo llevó a sir Héctor, quien mandó a un hombre santo que lo bautizase, y le pusiese de nombre Arturo; y la esposa de sir Héctor lo crió con su propia teta.

Capítulo 4

De la muerte del rey Uther Pendragon

A los dos años, el rey Uther cayó enfermo de un grave mal. Y entre tanto, sus enemigos lo despojaron, hicieron gran batalla a sus hombres y mataron a mucha de su gente.

–Señor –dijo Merlín–, no podéis yacer así como hacéis, pues debéis ir al campo, aunque sea en una litera de caballos; pues nunca venceréis a vuestros enemigos a menos que estéis allí en persona; entonces obtendréis la victoria.

Así, pues, se hizo, como Merlín había discurrido; y transportaron al rey en una litera de caballos, con una gran hueste, hacia sus enemigos. Y en St. Albans se enfrentó al rey una gran hueste del norte. Y ese día sir Ulfius y sir Brastias hicieron grandes hechos de armas, y los hombres del rey Uther vencieron en esa batalla a los

del norte y mataron mucha gente poniendo en fuga a los restantes. Volvió después el rey a Londres, y celebró con gran alegría su victoria.

Entonces cayó muy gravemente enfermo, de manera que estuvo sin habla tres días y tres noches, por lo que todos los barones hicieron gran lamentación, y preguntaron a Merlín qué era lo más aconsejable.

–No hay otro remedio –dijo Merlín–, que la voluntad de Dios. Pero ved de estar todos ante el rey Uther por la mañana, que Dios y yo le haremos hablar.

Así que por la mañana fueron todos los barones con Merlín ante el rey; y dijo Merlín en voz alta al rey Uther:

–Señor, ¿será vuestro hijo Arturo, después de vuestros días, rey de este reino con todos los derechos?

Entonces se volvió Uther Pendragon, y dijo de manera que lo oyeron todos:

–A él doy la bendición de Dios y mía, y le ruego que rece por mi alma, y reclame justa y dignamente la corona, so pena de perder mi bendición.

Y con esto rindió el espíritu, y fue enterrado después como corresponde a un rey; por lo cual la reina, la hermosa Igraine, hizo gran lamentación, así como todos los barones.

Capítulo 5

De los prodigios y maravillas de una espada sacada de una piedra por dicho Arturo

Seguidamente corrió el reino gran peligro durante mucho tiempo,

pues cada señor poderoso en hombres se hizo fuerte, y muchos pensaron proclamarse rey. Entonces fue Merlín al arzobispo de Canterbury, y le aconsejó que mandara mensaje a todos los señores del reino, y a todos los gentileshombres de armas, de que debían acudir a Londres por Navidad so pena de execración; y por este motivo: por que Jesús, que había nacido esa noche, obrase con su gran merced algún milagro, ya que había venido para ser rey de la humanidad, y señalase por ese milagro quién debía ser el rey legítimo de este reino. Así, pues, el arzobispo, por consejo de Merlín, mandó que todos los señores y gentileshombres de armas acudiesen a Londres por Navidad; y muchos de ellos purificaron su vida, a fin de que sus plegarias fuesen más aceptables a Dios.

Así pues, mucho antes de que amaneciese se hallaban todos los estados en la más grande iglesia de Londres (el libro francés no menciona si era o no la de San Pablo) para rezar. Y una vez terminados los maitines y la misa primera, vieron en el patio de la iglesia, ante el altar mayor, una gran piedra cuadrada, semejante a un bloque de mármol, en cuyo centro había como un yunque de acero de un pie de alto, e hincada en él de punta, una hermosa espada desnuda, y en ella unas palabras escritas en oro que decían: QUIENQUIERA QUE SAQUE ESTA ESPADA DE ESTA PIEDRA Y YUNQUE, ES LEGÍTIMO REY NATO DE TODA INGLATERRA. Entonces la gente se maravilló, y fue a contárselo al arzobispo.

–Os ordeno –dijo el arzobispo– que permanezcáis dentro de la iglesia, y sigáis rezando a Dios; que ningún hombre toque la espada hasta que haya acabado del todo la misa mayor.

Y una vez acabadas las misas fueron todos a ver la piedra y la espada. Y al leer su leyenda, probaron algunos, los que querían ser rey. Pero nadie pudo mover la espada, ni sacarla.

–No está aquí –dijo el arzobispo– el que ha de conseguir la espada, pero no dudéis que Dios lo dará a conocer. Pero éste es mi consejo: que proveamos diez caballeros, hombres de buena fama, para que guarden esta espada.

Así se estableció, y se hizo pregón de que cualquiera que quisiese podía intentar ganar la espada. Y el día de Año Nuevo los barones hicieron un torneo y justa para que todos los caballeros que

quisiesen justar o tornear pudiesen hacerlo. Y todo esto se dispuso con objeto de tener juntos a señores y comunes, pues el arzobispo fiaba en que Dios le haría saber quién ganaría la espada.

Así, pues, el día de Año Nuevo, acabado el servicio religioso, fueron los barones al campo, unos a justar y otros a tornear. Y acaeció que sir Héctor, que tenía grandes posesiones en Londres, acudió a la justa, y con él fueron su hijo sir Kay y el joven Arturo, hermano de leche de éste; y sir Kay había sido hecho caballero en la anterior fiesta de Todos los Santos. Y mientras cabalgaban camino de la justa, sir Kay echó de menos su espada, que se había dejado en casa de su padre; así que rogó al joven Arturo que fuese por su espada.

–De buen grado lo haré –dijo Arturo, y cabalgó deprisa en busca de la espada. Y cuando llegó a la casa, la señora y todos se habían ido a ver justar.

Entonces Arturo, contrariado, se dijo: «Iré al atrio de la iglesia y me llevaré la espada que hay hincada en la piedra, pues no estará mi hermano sir Kay sin espada este día».

Y al llegar al atrio de la iglesia se apeó sir Arturo, ató el caballo en la entrada, fue a la tienda, y no halló a ningún caballero en ella, ya que estaban en la justa; tomó la espada por el puño y la sacó de la piedra vigorosamente con facilidad; tomó el caballo, emprendió el camino, fue a su hermano sir Kay y le entregó la espada.

Luego que sir Kay vio la espada, supo que era la espada de la piedra; así que fue a su padre, sir Héctor, y dijo:

–Señor, he aquí la espada de la piedra; por tanto debo ser rey de esta tierra.

Cuando sir Héctor vio la espada, volvió a la iglesia, se apearon allí los tres, y entraron en la iglesia. Y al punto ordenó a sir Kay que le dijese, jurando sobre los Evangelios cómo había obtenido la espada.

–Señor –dijo sir Kay–, por mi hermano Arturo, pues él me la ha traído.

–¿Cómo habéis sacado esta espada? –dijo sir Héctor a Arturo.

–Señor, os lo diré. Al volver por la espada de mi hermano, no he hallado a nadie en la casa para que me la entregase; y pensando que mi hermano no debía quedar sin espada, he venido aquí con presteza y la he sacado de la piedra sin esfuerzo.

–¿Hallasteis algún caballero junto a esta espada? –dijo sir Héctor.

–No –dijo Arturo.

–Ahora comprendo –dijo sir Héctor a Arturo– que debes ser rey de esta tierra.

–¿Por qué yo –dijo Arturo–, y por qué motivo?

–Señor –dijo Héctor–, Dios así lo quiere, pues ningún hombre habría sacado esta espada, sino el que será legítimo rey de esta tierra. Ahora mostradme si podéis meter la espada donde estaba, y sacarla otra vez.

–Eso no requiere ninguna destreza –dijo Arturo, y la hincó en la piedra. A continuación probó sir Héctor a sacarla, y no pudo.

Capítulo 6

Cómo Arturo sacó la espada varias veces

–Ahora probad vos –dijo sir Héctor a sir Kay. Y al punto tiró éste de la espada con todas sus fuerzas, pero no salió–. Ahora vos –dijo sir Héctor a Arturo.

–De buen grado –dijo Arturo, y la sacó fácilmente. Y al ver esto se arrodillaron en tierra sir Héctor y sir Kay–. ¡Ay!, padre mío y hermano mío, ¿por qué os arrodilláis ante mí?

–No, no, mi señor Arturo; no me llaméis así. Yo nunca he sido vuestro padre ni de vuestra sangre, pero ahora veo que sois de sangre más alta de lo que yo pensaba –y entonces sir Héctor se lo

contó todo, cómo había sido entregado a él para que lo criase, y por mandamiento de quién, y por entrega de Merlín. Entonces Arturo se dolió mucho al saber que sir Héctor no era su padre–. Señor –dijo Héctor a Arturo–, ¿querréis ser mi bueno y gentil señor cuando seáis rey?

–Si no, merecería reprobación –dijo Arturo– pues sois el hombre del mundo al que estoy más obligado, y a mi buena señora y madre, vuestra esposa, que me ha criado y guardado como hijo suyo. Y si es voluntad de Dios que sea yo rey como decís, podréis pedir de mí cuanto yo pueda hacer, que no os defraudaré. No consienta Dios que yo os defraude.

–Señor –dijo sir Héctor–, sólo os pido que hagáis a mi hijo, hermano vuestro de leche, sir Kay, senescal de todas vuestras tierras.

–Así se hará –dijo Arturo–; y más, a fe mía, de manera que nadie tendrá ese oficio más que, mientras él y yo vivamos.

A continuación fueron al arzobispo y le contaron cómo había sido conseguida la espada, y por quién. Y acudieron allí todos los barones el día de la Epifanía, y probaron a tomar la espada, los que querían probar. Pero delante de todos, no la pudo tomar nadie sino Arturo; por donde muchos señores se enojaron y dijeron que era gran afrenta para todos ellos, y para el reino, ser gobernados por un mancebo que no era de sangre alta, y hubo tal disputa que lo aplazaron hasta la Candelaria, día en que debían reunirse todos los barones allí otra vez; pero se dispuso que los diez caballeros siguiesen velando la espada día y noche, por lo que instalaron un pabellón sobre la piedra y la espada, velando siempre cinco.

Y acaeció que el día de la Candelaria acudieron muchos más grandes señores deseosos de ganar la espada, pero no lo consiguió ninguno. Y como había hecho Arturo en Navidad, así hizo en la Candelaria, y sacó la espada fácilmente, de lo que los barones se sintieron muy agraviados, y aplazaron la prueba hasta la gran fiesta de Pascua de Resurrección. Y del mismo modo que la había conseguido antes, así la consiguió Arturo en Pascua, aunque a algunos de los grandes señores les indignaba que Arturo fuese rey, y aplazaron la prueba hasta la fiesta de Pentecostés. Entonces el arzobispo de Canterbury, por consejo de Merlín, mandó llamar a los

mejores caballeros que se pudiesen tener, a los que Uther Pendragon había amado más, y en quienes más había confiado en sus días. Y fueron puestos alrededor de Arturo caballeros como sir Baudwin de Bretaña, sir Kay, sir Ulfius y sir Brastias. Todos éstos, con otros muchos, permanecieron junto a Arturo, día y noche hasta la fiesta de Pentecostés.

Capítulo 7

Cómo fue coronado el rey Arturo,

y cómo nombró oficiales

Y en la fiesta de Pentecostés probaron a sacar la espada toda clase de hombres, pero ninguno consiguió salir airoso salvo Arturo, que la sacó delante de todos los señores y comunes que allí estaban, por donde la gente gritó a una voz:

–Queremos tener a Arturo por rey; no queremos aplazarlo más, pues vemos que es voluntad de Dios que sea él nuestro rey, y mataremos al que se oponga.

Y seguidamente se arrodillaron todos a un tiempo, ricos y pobres, y suplicaron a Arturo merced, por haberle postergado tanto tiempo. Los perdonó Arturo, tomó la espada con ambas manos, y la ofrendó sobre el altar donde estaba el arzobispo, y fue hecho caballero por el mejor hombre que allí estaba.

Seguidamente se llevó a cabo la coronación. Y allí juró a sus señores y comunes ser rey verdadero, y mantener la justicia mientras viviese. También hizo venir entonces a todos los señores que gobernaban las tierras de la corona a rendir cuentas como debían. Y fueron muchas las quejas hechas a sir Arturo de grandes injusticias cometidas desde la muerte del rey Uther, sobre las muchas tierras arrebatadas a señores, caballeros, damas y gentileshombres. Por lo que el rey Arturo mandó que fuesen devueltas las tierras a quienes

pertenecían. Hecho esto, de manera que el rey hubo puesto orden en todos los países alrededor de Londres, nombró a sir Kay senescal de Inglaterra; y a sir Baudwin de Bretaña lo hizo condestable; y a sir Ulfius lo nombró chambelán; y a sir Brastias gobernador, para que guardase el norte desde el Trent adelante, pues de allí venía en aquel tiempo la mayor parte de los enemigos del rey; aunque pocos años después Arturo venció a todo el norte, a Escocia, y a cuantos estaban bajo la obediencia de ésta. Y también Gales, parte de ella, se levantó contra Arturo; pero a todos los venció, como hizo con los restantes, por noble proeza suya y de sus caballeros de la Tabla Redonda.

Capítulo 8

Cómo el rey Arturo celebró en Gales,

en Pentecostés, una gran fiesta, y qué reyes

y señores acudieron a su fiesta

Entonces el rey se trasladó a Gales, e hizo pregonar una gran fiesta, que debía celebrarse en Pentecostés, después de su coronación en la ciudad de Caerleon. A la fiesta acudió el rey Lot de Lothian y de Orkney, con quinientos caballeros. Acudió también el rey Uriens de Gore con cuatrocientos caballeros. También el rey Nentres de Garlot, con setecientos caballeros. También acudió el rey de Escocia con seiscientos caballeros, que era muy joven. También acudió a la fiesta el rey llamado Rey de los Cien Caballeros; él y sus hombres fueron muy bien aparejados en todos los puntos. También acudió el rey de Carados con quinientos caballeros.

Y el rey Arturo se alegró de esta asistencia, porque creía que todos estos reyes y caballeros habían venido por gran amor, y para honrarle en su fiesta; por lo que el rey mostró gran alegría, y envió a los reyes y caballeros muchos presentes. Pero los reyes no quisieron aceptarlos, sino que rechazaron afrentosamente a los

mensajeros, y dijeron que ningún contento tenían en recibir dones de un mancebo imberbe que venía de sangre baja, y mandaron decirle que no querían ninguno de sus dones, sino que habían venido a darle dones ellos a él, con recia espada, entre el cuello y los hombros; y dijeron claramente a los mensajeros a qué habían venido, porque era una gran afrenta para todos ellos ver a tal mancebo gobernar un reino tan noble como era esta tierra. Partieron los mensajeros con esta respuesta, y se la dieron al rey Arturo. Por lo que, aconsejado de sus barones, se trasladó a una torre con quinientos hombres buenos con él; y todos los reyes antedichos le pusieron cerco, pero el rey Arturo estaba bien avituallado.

Y al cabo de quince días entró Merlín en la ciudad de Caerleon. Todos los reyes se alegraron mucho de tener entre ellos a Merlín, y le preguntaron:

–¿Por qué causa ha sido nombrado ese mancebo, Arturo, rey vuestro?

–Señores –dijo Merlín–, yo os diré la causa: porque es hijo del rey Uther Pendragon, nacido dentro del matrimonio, engendrado en Igraine, mujer del duque de Tintagel.

–Entonces es un bastardo –dijeron todos.

–No –dijo Merlín–; Arturo fue engendrado más de tres horas después de la muerte del duque; y trece días más tarde, el rey Uther se casó con Igraine; por tanto declaro que no es bastardo. Y pese a quien diga que no, será rey y vencerá a todos sus enemigos; y reinará largamente en toda Inglaterra hasta su muerte, y tendrá bajo su obediencia a Gales, Irlanda y Escocia, y más reinos que ahora no hace falta nombrar.

Algunos reyes se maravillaron de las palabras de Merlín, y creyeron que sería como él había dicho; otros se burlaron con desprecio de él, como el rey Lot; y otros le llamaron brujo. Pero a continuación acordaron con Merlín que el rey Arturo debía salir a hablar con los reyes, dando seguridad de que saldría y se volvería sin daño. Así pues, fue Merlín al rey Arturo, le dijo lo acordado, y le pidió que no temiese, «sino salid osadamente y hablad con ellos; y no los

excuséis, sino respondedles como su rey y capitán, pues los venceréis a todos, quieran o no».

Capítulo 9

De la primera guerra que hizo el rey Arturo,

y cómo ganó el campo

Entonces salió el rey Arturo de su torre, llevando bajo su vestido una cota de doble malla; con él iban el arzobispo de Canterbury, sir Baudwin de Bretaña, sir Kay, y sir Brastias; éstos eran los hombres de más honor que estaban con él. Y en esa reunión no hubo cordialidad ninguna, sino fuertes palabras por ambas partes; pero el rey Arturo les respondió, y dijo que les haría inclinarse si vivía. Así que se separaron airados; el rey Arturo les aconsejó que se guardasen bien, y lo mismo le aconsejaron ellos. Así pues, volvió el rey a la torre, se armó, y también todos sus caballeros.

–¿Qué vais a hacer? –dijo Merlín a los reyes–. Mejor será que renunciéis, pues no venceréis aunque fueseis diez veces más.

–¿Acaso estaría bien que nos asustara un interpretador de sueños? –dijo el rey Lot.

En esto desapareció Merlín, fue al rey Arturo, y le aconsejó que cayese sobre ellos fieramente. Y entre tanto, hubo de los reyes trescientos hombres buenos, los mejores, que se pasaron sin más al rey Arturo, lo que animó mucho a éste.

–Señor –dijo Merlín a Arturo–, no luchéis con la espada que habéis obtenido milagrosamente hasta que veáis que vais a ser vencido; sacadla entonces. Y luchad con todas vuestras fuerzas.

Así que les atacó Arturo al punto en sus aposentamientos. Y sir Baudwin, sir Kay y sir Brastias mataban a diestra y a siniestra que era maravilla; y el rey Arturo, a caballo, no paraba de herir con una

espada, y hacer maravillosos hechos de armas, de manera que muchos de los reyes tenían gran contento de sus hechos y osadía. Entonces irrumpió el rey Lot por detrás, así como el Rey de los Cien Caballeros y el rey Carados, y atacaron fieramente a Arturo por detrás. En esto se volvió sir Arturo con sus caballeros, hiriendo adelante y atrás, y manteniéndose siempre sir Arturo en la delantera de la lucha, hasta que cayó muerto su caballo debajo de él. A continuación el rey Lot derribó de un golpe al rey Arturo. Inmediatamente lo rescataron sus cuatro caballeros y lo pusieron a caballo. Entonces sacó su espada Excalibur; y era tan resplandeciente a los ojos de sus enemigos que despedía el fulgor de treinta antorchas. Así los hizo retroceder, y mató a muchos. Entonces el pueblo de Caerleon se alzó con palos y estacas y mató muchos caballeros; pero todos los reyes se mantuvieron juntos con los caballeros que les quedaban vivos, y huyeron. Y fue Merlín a Arturo, y le aconsejó que no los persiguiese.

Capítulo 10

Cómo aconsejó Merlín al rey Arturo

que enviase por el rey Ban y el rey Bors

Después de la fiesta y la jornada, el rey Arturo fue a Londres, y por consejo de Merlín convocó a sus barones, porque Merlín había dicho al rey que los seis reyes que le hacían la guerra se apresurarían a tomar represalia sobre él y sus tierras. Por lo que el rey pidió consejo a todos. Y ellos no pudieron darle ninguno, aunque dijeron que eran suficientemente fuertes.

–Eso está bien dicho –dijo Arturo–; y os agradezco vuestro valor, pero ¿por qué no habláis, todos los que me queréis, con Merlín? Sabéis bien que ha hecho mucho por mí, y que sabe muchas cosas; cuando esté ante vosotros, quiero que le pidáis vivamente su mejor consejo.

Todos los barones dijeron que así se lo pedirían y rogarían. Conque mandaron llamar a Merlín, y todos los barones le suplicaron que sinceramente les diese su mejor consejo.

–Os lo voy a dar –dijo Merlín–: pongo en conocimiento de todos que vuestros enemigos son demasiado fuertes para vosotros; son los mejores hombres de armas de cuantos viven, y ahora tienen ya con ellos cuatro reyes más y un poderoso duque; y a menos que nuestro rey tenga más caballería con él de la que puede reunir en los límites de su propio reino, y luche con ellos en batalla, será vencido y muerto.

–¿Qué es lo más aconsejable en este caso? –dijeron todos los barones.

–Os diré mi opinión –dijo Merlín–: hay dos hermanos al otro lado del mar, reyes ambos, y hombres excepcionalmente buenos y esforzados; el uno se llama rey Ban de Benwick y el otro rey Bors de Gaula, que es Francia. Contra estos dos reyes hace la guerra un señor poderoso en hombres, el rey Claudas, el cual les disputa un castillo, y hay gran guerra entre ellos; pero este Claudas es tan poderoso en bienes, con los que consigue buenos caballeros, que casi siempre vence a estos dos reyes; por lo que mi consejo es éste: que nuestro rey y soberano envíe a los reyes Ban y Bors, por dos fieles caballeros, cartas bien razonadas, haciéndoles saber que si acuden a reunirse con el rey Arturo y su corte, y la ayudan en sus guerras, él jurará ayudarles en las suyas contra el rey Claudas. Bien, ¿qué decís a este consejo?

–Está bien aconsejado –dijeron el rey y todos los barones.

Y a toda prisa se ordenó que fuesen dos caballeros con este mensaje a los dos reyes. Y se redactaron cartas en términos corteses, conforme a los deseos del rey Arturo. Se designaron mensajeros a Ulfius y Brastias, emprendieron viaje y bien encabalgados y armados, como era costumbre en aquel tiempo, cruzaron la mar y se dirigieron a la ciudad de Benwick. Y había allí cerca ocho caballeros que los vieron, y les salieron al encuentro en un paso estrecho, con propósito de hacerlos prisioneros; y ellos les rogaron que los dejasen pasar, ya que eran mensajeros enviados del rey Arturo a los reyes Ban y Bors.

–Por eso mismo –dijeron los ocho caballeros– moriréis o seréis prisioneros, pues somos caballeros del rey Claudas –y al punto enderezaron sus lanzas dos de ellos, enderezaron las suyas Ulfius y Brastias; y corrieron contra sí con gran fuerza, quebraron sus lanzas los caballeros de Claudas, y Ulfius y Brastias los derribaron de sus sillas a tierra, dejándolos allí tendidos, y siguieron su camino. Entonces los otros seis caballeros corrieron a un paso para salirles al encuentro otra vez, y Ulfius y Brastias derribaron a otros dos, y siguieron adelante. Y en el cuarto paso se enfrentaron dos contra dos, y dejaron a ambos tendidos en tierra; y no hubo ninguno de los ocho caballeros que no quedara gravemente herido o magullado.

Y acaeció, cuando llegaron a Benwick, que estaban allí los dos reyes, Ban y Bors. Y al ser informados de que habían llegado mensajeros, les enviaron dos dignos caballeros, el uno llamado Lionses, señor del país de Payarne, y el otro sir Phariance, un noble caballero. Al punto les preguntaron éstos de dónde venían, y dijeron que del rey Arturo, rey de Inglaterra; así que se abrazaron y se hicieron gran demostración de alegría unos a otros. Pero cuando los dos reyes supieron que eran mensajeros de Arturo, no quisieron tardar en recibirlos, sino que hablaron enseguida con los caballeros, les dieron la bienvenida de la más digna manera, y les dijeron que eran muy bien recibidos, más que de ningún otro rey vivo. Seguidamente besaron ellos las cartas y las entregaron; y cuando Ban y Bors conocieron el contenido de las cartas, aún fueron mejor acogidos que antes.

Y por la premura de las cartas, les dieron esta respuesta: que cumplirían los deseos expresados por el rey Arturo; y rogaron a Ulfius y a Brastias que se quedasen allí el tiempo que quisieran, pues tendrían toda la buena acogida que podía dispensarse en estas marcas. Entonces Ulfius y Brastias contaron a los reyes la aventura de los pasos con los ocho caballeros.

–¡Ja, ja! –dijeron Ban y Bors–; eran mis buenos amigos. Si hubiese sabido yo de ellos, no habrían escapado así.

Así pues, Ulfius y Brastias tuvieron buena acogida y valiosos presentes, cuantos podían llevar, y recibieron respuesta, de palabra y por escrito, de que estos dos reyes irían a unirse a Arturo lo más pronto que pudiesen.

Fueron delante los dos caballeros, y cruzaron la mar, llegaron a su señor, y le contaron cómo les había ido, de lo que el rey Arturo tuvo gran alegría.

–¿Cuándo creéis que los dos reyes estarán aquí?

–Señor –dijeron–, antes de Todos los Santos.

Entonces el rey mandó proveer para un gran festín, y pregonar grandes justas. Y por Todos los Santos los dos reyes cruzaron la mar con trescientos caballeros bien aparejados para la paz y para la guerra. Y el rey Arturo salió a su encuentro a diez millas de Londres, y hubo todo el contento que se podía pensar o hacer.

Y el día de Todos los Santos, en el gran festín, se sentaron en la sala los tres reyes, y sirvieron en la sala sir Kay el Senescal, sir Lucan el Mayordomo, que era hijo del duque Corneus, y sir Griflet, que era el hijo de Cardol; estos tres caballeros tuvieron el gobierno de todo el servicio de los reyes. Y después, tan pronto como se hubieron lavado y levantado, se aprestaron todos los caballeros que querían justar. A la sazón había ya apercibidos a caballo setecientos caballeros. Y Arturo, Ban y Bors, con el arzobispo de Canterbury, y sir Héctor, padre de Kay, estaban en un estrado cubierto con paño de oro, como una sala, en compañía de dueñas y doncellas, para ver quién salía vencedor, y dar juicio de ello.

Capítulo 11

De un gran torneo que hicieron el rey Arturo

y los dos reyes Ban y Bors, y como cruzaron la mar

Y el rey Arturo y los dos reyes ordenaron que los setecientos caballeros se dividieran en dos bandos. Y trescientos caballeros del reino de Benwick y de Gaula se pusieron en el otro lado. Embrazaron a continuación sus escudos, y comenzaron a bajar sus lanzas muchos buenos caballeros. Griflet fue el primero en

enfrentarse con un caballero, un tal Ladinas; y lo hicieron con tanta gana que todos los hombres se asombraron; y lucharon de tal manera que sus escudos saltaron en pedazos, y cayeron a tierra hombre y caballo; y yacieron tanto tiempo el caballero francés y el caballero inglés que todos creyeron que habían muerto.

Cuando Lucan el Mayordomo vio yacer de esa manera a Griflet, al punto lo subió otra vez a caballo, y ambos hicieron maravillosos hechos de armas con muchos caballeros noveles. También sir Kay salió de una emboscadura con cinco caballeros con él, y los seis derribaron a otros tantos. Pero sir Kay hizo este día maravillosos hechos de armas, de manera que nadie se portó tan bien como él. A continuación salieron Ladinas y Gracian, dos caballeros de Francia, y se portaron muy bien, de manera que todos los alabaron. Después salió sir Placidas, un buen caballero, se enfrentó con sir Kay y lo derribó, hombre y caballo, lo que enojó a sir Griflet, y se enfrentó con sir Placidas con tal saña que hombre y caballo cayeron a tierra. Pero cuando los cinco caballeros supieron que sir Kay había tenido una caída, se pusieron fuera de sí, y al punto cada uno de los cinco derribó un caballero.

Cuando el rey Arturo y los dos reyes vieron que empezaba a crecer el enojo en ambos bandos, saltaron sobre dos pequeñas hacaneas y mandaron pregonar que todos los hombres debían regresar a sus aposentos. Así que volvieron, se desarmaron, y acudieron a vísperas y a cenar. Después se retiraron los tres reyes a un jardín, y dieron el premio a sir Kay, a Lucan el Mayordomo y a sir Griflet. Seguidamente se reunieron en consejo, y con ellos Gwenbaus, hermano de sir Ban y Bors, un clérigo sabio, y también Ulfius y Brastias y Merlín. Y después de celebrado el consejo se retiraron a dormir. Y por la mañana oyeron misa, fueron a comer, y a su consejo, y tuvieron un gran debate sobre qué era mejor hacer. A la postre concluyeron que Merlín debía ir con una contraseña del rey Ban, la cual sería un anillo, a sus hombres y los del rey Bors; y que Gracian y Placidas regresasen para guardar sus castillos y sus países, como el rey Ban de Benwick y el rey Bors de Gaula les habían ordenado; así que pasaron la mar, y fueron a Benwick. Y cuando las gentes vieron el anillo del rey Ban, y a Gracian y Placidas, se alegraron, y preguntaron cómo se hallaban los reyes, mostraron gran júbilo al saber que estaban bien. Y conforme al deseo de sus

señores soberanos se aprestaron los hombres de guerra con la mayor celeridad, de manera que se reunieron quince mil, a caballo y a pie, con gran cantidad de vituallas con ellos, por provisión de Merlín. Pero Gracian y Placidas se quedaron para abastecer y guarnecer los castillos, por temor al rey Claudas.

Volvió a cruzar Merlín, la mar, bien abastecido por agua y por tierra. Pero al llegar a la orilla envió a los de a pie de regreso otra vez, y sólo llevó consigo diez mil de a caballo, hombres de armas la mayor parte; y embarcó y pasó a Inglaterra, y desembarcó en Dover. Y con astucia, condujo Merlín la hueste hacia el norte, por el camino más apartado que podía, a la Floresta de Bedegraine, y allí, en un valle, los apostó en secreto. Entonces fue Merlín a Arturo y a los dos reyes, y les contó lo que había hecho, por lo que se quedaron maravillados de que un hombre terrenal pudiese ir y volver tan presto. También les dijo Merlín que tenía diez mil hombres en la Floresta de Bedegraine, bien armados en todos los respectos. Así, pues, no hubo más que decir; montó la hueste a caballo, como Arturo había dispuesto antes, y marchó con treinta mil día y noche. Pero Merlín había dado orden de que ningún hombre de guerra anduviese a pie ni a caballo por ningún campo a este lado del Trent, a menos que tuviese la contraseña del rey Arturo, por lo que los enemigos del rey no osaron andar como hacían antes para espiar.

Capítulo 12

Cómo once reyes reunieron

una gran hueste contra el rey Arturo

Y en breve espacio llegaron los tres reyes al castillo de Bedegraine, donde hallaron muy gentil compañía, y bien ataviada, por lo que tuvieron gran alegría; y no les falto vitualla ninguna.

Ésta era la causa de la hueste del norte: había sido levantada por la

afrenta y reproche que los seis reyes habían recibido en Caerleon. Y estos seis reyes, por sus medios, consiguieron la adhesión de otros cinco reyes; y se pusieron a reunir a su gente, y juraron no separarse ni por ventura ni por desventura, hasta haber destruido a Arturo. A continuación hicieron otro juramento. El primero en empezar fue el duque de Cambenet, que juró que llevaría consigo cinco mil hombres de armas, los cuales estaban prestos a caballo. Después el rey Brandegoris de Strangore juró que aportaría cinco mil hombres de armas a caballo. Después juró el rey Clarivaus de Northumberland que traería tres mil hombres de armas. Después juró el Rey de los Cien Caballeros, que era muy buen hombre de armas, y joven, que traería cuatro mil hombres de armas a caballo. Después juró el rey Lot, muy buen caballero, y padre de sir Gawain, que traería cinco mil hombres de armas a caballo. También juró el rey Uriens, que era padre de sir Uwain, de la tierra de Gore, que traería seis mil hombres de armas a caballo. También juró el rey Idres de Cornualles, que traería cinco mil hombres de armas a caballo. También juró el rey Cradelment traer cinco mil hombres a caballo. También Juró el rey Agwisance de Irlanda traer cinco mil hombres de armas a caballo. También juró el rey Nentres traer cinco mil hombres de armas a caballo. Y juró también el rey Carados traer cinco mil hombres de armas a caballo. De manera que su hueste entera estuvo formada de puros hombres de armas: cincuenta mil a caballo; y a pie, diez mil hombres buenos. Tan pronto estuvieron prestos montaron a caballo, y enviaron por delante a su avanzada. Estos once reyes, en su marcha, pusieron cerco al castillo de Bedegraine, y prosiguieron hacia Arturo, dejando a unos pocos para que continuasen el cerco, pues el castillo de Bedegraine pertenecía al rey Arturo, y suyos eran los hombres que estaban en él.

Capítulo 13

De un sueño del Rey de los Cien Caballeros

Entonces, por consejo de Merlín, se envió una avanzada que ojease

el campo, la cual se encontró con la avanzada del norte, y la obligó a decir por qué camino venía la hueste; informaron de esto después a Arturo, y éste, por consejo de los reyes Ban y Bors, mandó quemar y destruir todos los campos por donde tenían que pasar.

El Rey de los Cien Caballeros tuvo un extraño sueño dos noches antes de la batalla: que soplaba un gran viento y derribaba sus castillos y ciudades, y después sobrevenía una riada y se lo llevaba todo. Todos los que supieron del sueño dijeron que era presagio de una gran batalla. Entonces, por consejo de Merlín, enterados de qué camino harían los once reyes, y dónde acamparían esa noche, los atacaron a media noche, cuando estaban en sus pabellones. Aunque los centinelas dieron la voz, gritando: «¡A las armas, señores! ¡Pues aquí vienen vuestros enemigos!».

Capítulo 14

Cómo los once reyes con su hueste se enfrentaron a Arturo y su hueste, y muchas grandes hazañas de guerra

Entonces el rey Arturo, el rey Ban y el rey Bors, con sus buenos y leales caballeros, los atacaron tan fieramente que derribaron los pabellones sobre sus cabezas; sin embargo los once reyes, con gran proeza de armas, conservaron mucho campo; esa madrugada murieron allí diez mil hombres buenos. Y tenían ante ellos un paso fuerte, aunque eran cincuenta mil hombres bravos. Entonces empezó a clarear el día.

–Ahora debéis seguir mi consejo –dijo Merlín a los tres reyes–: sugiero que el rey Ban y el rey Bors se dirijan con su compañía de diez mil hombres a un bosque que hay aquí cerca, secretamente de manera que se hallen apostados antes que venga el día, y no se muevan hasta que vos y vuestros caballeros hayáis luchado mucho tiempo. Y cuando sea de día desplegaréis a vuestros hombres ante ellos, en el paso, de manera que puedan ver vuestra hueste, pues cuando vean que sólo sois veinte mil se volverán más osados, y

consentirán que os acerquéis al paso vos y vuestra hueste.

Los tres reyes y todos los barones dijeron que Merlín había hablado muy razonablemente, y al punto hicieron como él había discurrido.

Así que, por la mañana, cuando cada hueste vio a la otra, la del norte se sintió tranquilizada. Entonces Ulfius y Brastias recibieron tres mil hombres de armas, y atacaron ferozmente en el paso, matando a diestra y a siniestra, que era maravilla contar. Cuando los once reyes vieron que tan poca gente hacía tales hechos de armas, sintieron vergüenza y se lanzaron sobre ellos fieramente. Y allí cayó muerto el caballo de sir Ulfius, debajo de él; pero él se portó maravillosamente bien a pie. Pero el duque Eustace de Cambenet y el rey Clarivaus de Northumberland no paraban de acometer a Ulfius enconadamente. Cuando Brastias vio tratado así a su compañero, acometió al duque con una lanza, de manera que cayeron hombre y caballo. Al ver esto el rey Clarivaus se volvió hacia Brastias, y de tal manera se acometieron el uno al otro que cayeron hombre y caballo a tierra, donde quedaron buen rato aturdidos, con las rodillas de sus caballos quebradas hasta el hueso.

Entonces llegó sir Kay el Senescal con seis de los suyos, y se portaron muy bravamente. En esto llegaron los once reyes, y el rey Brandegoris, el rey Idres y el rey Agwisance derribaron a Griflet, hombre y caballo, y a Lucan el Mayordomo, hombre y caballo. Entonces se volvió la lucha muy enconada por ambas partes.

Cuando sir Kay vio apeado a Griflet, fue sobre el rey Nentres, lo derribó, llevó su caballo a sir Griflet y lo volvió a montar. También sir Kay, con la misma lanza, derribó al rey Lot, y lo hirió muy gravemente. Al ver eso el Rey de los Cien Caballeros corrió sobre sir Kay, lo derribó, tomó su caballo y se lo dio al rey Lot, quien exclamó: «Muchas gracias». Cuando sir Griflet vio a sir Kay y a Lucan el Mayordomo apeados, tomó una lanza afilada, gruesa y recia, fue a Pinel, buen hombre de armas, derribó a hombre y caballo, tomó luego su caballo y se lo dio a sir Kay.

Cuando el rey Lot vio al rey Nentres apeado, fue sobre Melot de la Roche, lo derribó, hombre y caballo, dio al rey Nentres el caballo y lo montó otra vez. También vio el Rey de los Cien Caballeros al rey Idres a pie, fue sobre Gwinas de Bloi, lo derribó, hombre y caballo,

dio el caballo al rey Idres y lo montó otra vez; y el rey Lot derribó a Clariance de la Forest Savage y dio su caballo al duque Eustace. Y cuando estuvieron los reyes a caballo otra vez se reunieron los once, y dijeron que se vengarían del estrago recibido este día.

Entretanto llegó el rey Arturo con ansioso continente, y halló a Ulfius y Brastias a pie, en gran peligro de morir bajo los pies de los caballos. Entonces el rey Arturo, como un león, fue sobre el rey Cradelment del Norte de Gales, y lo hirió en el costado izquierdo, de manera que cayeron el caballo y el rey, tomó el caballo por la rienda, lo llevó a Ulfius, y le dijo:

–Toma este caballo, mi viejo amigo, pues mucha necesidad tienes de él.

–Muchas gracias –dijo Ulfius.

Entonces sir Arturo se portó tan maravillosamente con las armas que todos los hombres estaban asombrados. Cuando el Rey de los Cien Caballeros vio al rey Cradelment a pie, fue sobre sir Héctor, padre de sir Kay, que tenía buen caballo, derribó al hombre y al caballo, dio el caballo al rey, y lo montó otra vez; y cuando el rey Arturo vio al rey montado sobre el caballo de sir Héctor, se enojó, y le descargó con la espada tal golpe en el yelmo que le tajó un trozo de yelmo y de escudo, y entró la espada en el cuello del caballo, cayendo al suelo rey y caballo. Entonces sir Kay fue sobre sir Morganor, senescal del Rey de los Cien Caballeros, lo derribó, hombre y caballo, y llevó el caballo a su padre, sir Héctor; a continuación fue sir Héctor sobre un caballero llamado Lardans, derribó al hombre y al caballo, y llevó el caballo a sir Brastias, que tenía gran necesidad de uno, y había sido muy pisoteado. Cuando Brastias descubrió a Lucan el Mayordomo combatiendo herido a los pies de los caballos, y que sir Griflet no cesaba de luchar maravillosamente para rescatarlo, y que eran catorce los caballeros que atacaban a sir Lucan, descargó un golpe sobre el yelmo a uno de ellos que le entró hasta los dientes; y fue a otro, y de otro golpe le hizo volar un brazo al campo; fue después a un tercero y le dio en el hombro, de manera que hombro y brazo volaron al campo. Cuando Griflet vio que le llegaba ayuda, hirió a un caballero en la sien, de manera que yelmo y cabeza fueron a tierra, tomó el caballo de este caballero, lo llevó a sir Lucan, y le dijo que montase en él y

vengase sus heridas. Pues Brastias había matado a un caballero antes y encabalgado a Griflet.

Capítulo 15

Más de la misma batalla

Entonces Lucan vio al rey Agwisance, que casi había matado antes a Moris de la Roche, y corrió sobre él con una lanza corta y gruesa, y le dio tal golpe, que cayó el caballo a tierra. También halló Lucan a pie a Bellias de Flandes y a sir Gwinas, dos esforzados caballeros; y en la furia que le entró mató a dos caballeros noveles, y los encabalgó otra vez. Entonces la batalla se volvió más cruda por ambas partes, aunque Arturo se alegró de que sus caballeros estuviesen a caballo otra vez; y de tal manera luchaban que el ruido y estruendo resonaba por el río y el bosque. Por lo cual se aprestaron el rey Ban y el rey Bors, embrazaron sus escudos y arneses, y mostraron tal denuedo que muchos enemigos se espantaban y temblaban de ansiedad.

Entretanto Lucan, Gwinas, Brian y Bellias de Flandes, sostenían empeñada contienda contra seis reyes, a saber: el rey Lot, el rey Nentres, el rey Brandegoris, el rey Idres, el rey Uriens y el rey Agwisance. Y con ayuda de sir Kay y de sir Griflet, tenía a estos seis reyes en tal agobio, que apenas se podían defender. Pero cuando sir Arturo vio que no acababa la batalla por ninguna manera, se enfureció como un león, dirigiendo su caballo aquí y allá, a diestra y a siniestra, de manera que no paró hasta que hubo matado veinte caballeros. También hirió gravemente al rey Lot en el hombro, obligándolo a abandonar el campo, pues sir Kay y sir Griflet hacían con el rey Arturo grandes hechos de armas.

Entonces Ulfius, Brastias y sir Héctor se enfrentaron con el duque Eustace, el rey Cradelment, el rey Clarivaus de Northumberland, el rey Carados y el Rey de los Cien Caballeros. Se enfrentaron, pues, estos caballeros con estos reyes, y les hicieron abandonar el campo.

Entonces el rey Lot hizo gran lamentación por su destrozo y el de sus compañeros, y dijo a los diez reyes:

–A menos que hagáis lo que pienso, seremos destruidos: que vengan conmigo el Rey de los Cien Caballeros, el rey Agwisance, el rey Idres, y el Duque de Cambenet, y con quince mil hombres de armas con nosotros, nos apartaremos mientras vosotros seis sostenéis la lucha con doce mil; y cuando veamos que habéis luchado con ellos mucho tiempo, atacaremos ferozmente; pues nunca los venceremos –dijo el rey Lot–, sino por este medio.

Así que se separaron como habían pensado, y seis reyes se hicieron fuertes contra Arturo, y sostuvieron la batalla largamente.

Entretanto salieron de su emboscada el rey Ban y el rey Bors, con Lionses y Phariance en la vanguardia; estos dos caballeros se enfrentaron con el rey Idres y su compañía, y allí comenzó una gran confusión de quebrar de lanzas y chocar de espadas, con gran mortandad de hombres y caballos, en la que el rey Idres casi fue vencido. Al ver esto Agwisance, el rey, estuvo a punto de acabar con Lionses y Phariance; pues el duque de Cambenet acudió con numerosa compañía, por lo que estos dos caballeros se vieron en tan gran peligro de sus vidas que tuvieron que retroceder, aunque siempre se libraban ellos y su compañía maravillosamente. Cuando el rey Bors vio retroceder a estos caballeros se enfureció sobremanera; y acudió con tantos que su compañía parecía oscura como el índigo. Cuando el rey Lot divisó al rey Bors, lo reconoció, y dijo:

–¡Oh, Jesús, defiéndenos de la muerte y las amputaciones horribles! Pues bien veo que estamos en gran peligro de muerte; pues allá veo a un rey, que es uno de los hombres más dignos, y los mejores caballeros del mundo buscan su amistad.

–¿Quién es? –dijo el Rey de los Cien Caballeros.

–Es –dijo el rey Lot– el rey Bors de Gaula; me maravilla cómo ha venido a este país sin que nos hayamos enterado ninguno de nosotros.

–Ha sido por consejo de Merlín –dijo un caballero.

–Pues yo quiero enfrentarme con el rey Bors –dijo el rey Carados–; vosotros me rescataréis si es menester.

–Id –dijeron todos–; haremos cuanto podamos.

Entonces cabalgaron el rey Carados y su hueste con paso sosegado, hasta que estuvieron a un tiro de arco del rey Bors; entonces ambas batallas dejaron correr a sus caballos lo más deprisa que podían. Bleoberis, ahijado del rey Bors, llevaba el estandarte principal, y era muy buen caballero.

–Ahora veremos –dijo el rey Bors– si estos bretones del norte saben usar las armas.

Y el rey Bors embistió a un caballero, y lo atravesó con una lanza, de manera que cayó muerto a tierra; sacó después la espada, e hizo maravillosos hechos de armas, de los que se asombraron ambos bandos. Y no defraudaron sus caballeros, sino hicieron su parte, y el rey Carados fue derribado a tierra. En esto vino el Rey de los Cien Caballeros y rescató al rey Carados por la fuerza de sus armas, pues era este rey muy buen caballero aunque muy mancebo.

Capítulo 16

[Cómo entró el rey Ban en la batalla y ambos bandos se dieron una tregua para descansar]

Entonces entró en el campo el rey Ban, fiero como un león, con bandas verdes y oro encima.

–¡Ah, ah! –dijo el rey Lot–, ahora nos vencerán, pues allá veo al caballero más valiente del mundo, y hombre de más fama, pues no hay dos hermanos como el rey Ban y el rey Bors, por lo que no tenemos más remedio que abandonar o morir; pues a menos que abandonemos esforzada y prudentemente, no podemos esperar otra cosa que la muerte.

Cuando el rey Ban entró en la batalla, lo hizo con tal fiereza que sus golpes resonaban en el bosque y el río; por lo que el rey Lot lloró de piedad y aflicción, viendo el fin de tantos buenos caballeros. Pero la gran fuerza del rey Ban hizo que los dos ejércitos del norte que se habían dividido se juntasen por miedo, mientras los tres reyes y sus caballeros seguían matando, de manera que daba piedad ver aquella multitud de gente que huía.

Pero el rey Lot, el Rey de los Cien Caballeros, y el rey Morganor reunieron caballerescamente a la gente, e hicieron grandes proezas de armas, y sostuvieron la batalla todo ese día, como bravos. Cuando el Rey de los Cien Caballeros observó el gran estrago que el rey Ban había hecho, se abalanzó sobre él con su caballo, y le descargó sobre el yelmo un gran golpe que lo atontó. Entonces el rey Ban se enojó con él, y lo siguió fieramente; se dio cuenta el otro, levantó el escudo y espoleó al caballo, pero cayó el tajo del rey Ban, le cortó un canto del escudo, resbaló la espada en su cota por la espalda, y tajó la cubierta de acero del caballo, y al mismo caballo en dos piezas, de manera que la espada dio en tierra. Entonces el Rey de los Cien Caballeros evitó el caballo con presteza, y con su espada ensartó una y otra vez el caballo del rey Ban. En esto saltó ligero el rey Ban del caballo muerto, y acometió al otro con tanta gana, golpeándole encima del yelmo, que lo derribó a tierra. También, en esa ira, derribó al rey Morganor, y hubo gran mortandad de buenos caballeros y de mucha gente.

Entonces entró el rey Arturo en la pelea, y halló al rey Ban a pie entre hombres y caballos muertos, luchando como un león sañudo, de manera que nadie se podía acercar a donde él alcanzaba con la espada sin llevarse un grave revés, de lo que tuvo el rey Arturo mucha piedad. Y estaba Arturo tan ensangrentado que ninguno le podía reconocer por su escudo, ya que todo lo tenía cubierto de sangre y de sesos, el escudo y la espada. Y al mirar Arturo en derredor suyo vio a un caballero sobre muy buen caballo, y al punto corrió sir Arturo a él, y le dio tal golpe encima del yelmo que la espada le entró hasta los dientes, y el caballero cayó muerto a tierra; tomó Arturo luego el caballo por la rienda, y se lo llevó al rey Ban; y dijo:

–Gentil hermano, tomad este caballo, pues mucha necesidad tenéis

de él; y mucho pesar tengo de vuestro daño.

–Pronto me habré vengado –dijo el rey Ban–, pues confío en Dios que mi fortuna no sea tal que no pueda pesar esto a algunos de ellos.

–Mucho me place –dijo Arturo–, pues veo vuestras hazañas muy esforzadas; sin embargo, podía no haber tenido yo ocasión de acudir a socorreros esta vez.

Pero cuando el rey Ban hubo montado a caballo comenzó nueva batalla, dura y cruel, en la que hubo gran mortandad. Y con gran trabajo, el rey Arturo, el rey Ban y el rey Bors hicieron retraerse un poco a sus caballeros. Pero no cedían los once reyes y su caballería; así que se retiraron a un pequeño bosque, pasaron un riachuelo, y allí descansaron, ya que de noche no podían descansar en el campo. Entonces los once reyes y sus caballeros se reunieron en un montecillo, como hombres amedrentados y sin sosiego. Pero no había hombre que pudiese pasar entre ellos, tan apretados se mantenían delante y detrás, de manera que el rey Arturo se maravilló de sus hechos de armas y enojó mucho.

–¡Ah, sir Arturo! –dijeron el rey Ban y el rey Bors–, no los culpéis, pues hacen lo que los hombres buenos deben hacer.

–Por mi fe –dijo el rey Ban–, son los mejores guerreros, y los caballeros de más proeza que he visto o conocido, y esos once reyes son hombres de gran honor; y si fuesen vuestros, no habría rey bajo el cielo que tuviese once caballeros iguales, y de tanto merecimiento.

–Puedo no amarlos –dijo Arturo–, ya que quieren destruirme.

–Lo sabemos –dijeron el rey Ban y el rey Bors–; sabemos que son vuestros mortales enemigos, y lo han probado de antemano; y este día han hecho su parte, y es gran lástima su porfía.

Se reunieron entonces los once reyes, y dijo el rey Lot:

–Señores, debéis proceder de otra manera, o nos infligirán una gran derrota. Ved cuánta gente hemos perdido, y los buenos hombres

que perdemos; porque vamos guardando siempre a estos peones, y por cada peón que salvamos perdemos diez de a caballo; por tanto, éste es mi consejo: apartemos a nuestros peones, ahora que es casi de noche, pues el noble Arturo no perderá tiempo en acometer a los peones, y pueden ponerse a salvo, ya que el bosque está cerca. Y cuando estemos juntos los jinetes, establezcamos la orden de que ninguno abandone so pena de muerte. Y el que vea a alguno aprestarse a huir, sin tardanza lo mate, pues es mejor matar a un cobarde, que no que nos maten a todos por un cobarde. ¿Qué decís? Respondedme todos.

–Bien dicho está –dijo el rey Nentres; lo mismo dijo el Rey de los Cien Caballeros; y lo mismo dijeron el rey Carados y el rey Uriens; y lo mismo el rey Idres y el rey Brandegoris; y lo mismo el rey Cradelment y el duque de Cambenet; lo mismo dijeron el rey Clarivaus y el rey Agwisance, y juraron no defraudar a los demás, ni por vida ni por muerte. Y todo el que huyese sería muerto. Seguidamente repararon los arneses, enderezaron los escudos, tomaron nuevas lanzas, las posaron sobre sus muslos, y se mantuvieron tan inmóviles como si fuesen un grupo de troncos.

Capítulo 17

Más sobre dicha batalla, y cómo fue acabada por Merlín

Cuando sir Arturo y los reyes Ban y Bors los vieron, a ellos y a sus caballeros, alabaron mucho su noble comportamiento, pues eran los más esforzados guerreros que habían conocido o visto. En esto llegaron a ellos cuarenta nobles caballeros, y dijeron a los tres reyes que ellos romperían su ejército; éstos eran sus nombres: Lionses, Phariance, Ulfius, Brastias, Héctor, Kay, Lucan el Mayordomo, Griflet le Fise de Dieu, Moris de la Roche, Gwinas de Bloi, Brian de la Forest Savage, Bellias, Morians del Castillo de las Doncellas, Flannedrius del Castillo de las Damas, Annecians, que era ahijado del rey Bors, noble caballero, Ladinas de la Rouse, Emerause, Caulas, Gracian le Castelein, un tal Blois de la Case, y sir

Colgrevaunce de Gore. Todos estos caballeros cabalgaron delante con la lanza sobre el muslo, y espolearon con fuerza a sus caballos cuanto podían correr. Y los once reyes con parte de sus caballeros arremetieron, a todo correr de sus caballos, con sus lanzas, y allí se hicieron maravillosos hechos de armas por ambas partes. Entraron también Arturo, Ban y Bors en lo espeso de la lucha, matando a una y otra mano, de manera que sus caballos andaban con sangre hasta las cernejas. Pero los once reyes y su hueste seguían haciendo frente a Arturo. Por lo que Ban y Bors estaban maravillados, contemplando la gran mortandad que había; pero a la postre fueron rechazados al otro lado de un pequeño río. En eso llegó Merlín sobre un gran caballo negro, y dijo a Arturo:

–¿Aún no has terminado, acaso no tienes bastante? De sesenta mil hombres sólo te quedan vivos quince mil. Así que ya es hora de decir basta, pues Dios está enojado contigo de ver que no te das por satisfecho; además, no saldrán vencidos esta vez los once reyes, sino que si sigues luchando con ellos más tiempo te abandonará tu suerte y aumentará la de ellos. Así que retírate a tu campamento a descansar lo más presto que puedas, y recompensa a tus buenos caballeros con oro y plata, pues bien se lo han ganado; ninguna riqueza será demasiada para ellos, pues con tan pocos hombres como tienes, nunca hubo otros que hicieran tanta proeza como han hecho ellos hoy, pues este día han igualado a los mejores guerreros del mundo.

–Eso es verdad –dijeron los reyes Ban y Bors.

–Y también –dijo Merlín–, retírate a donde quieras, pues en estos tres años puedo asegurarte que no te infligirán ningún daño; y después de ese plazo recibirás más nuevas –y entonces dijo Merlín a Arturo–: estos once reyes tienen más agobios sobre sus hombros de lo que ellos se imaginan, pues los sarracenos han desembarcado en sus países, más de cuarenta mil, y queman y matan, han puesto cerco al castillo de Wandesborow, y están causando gran destrucción; por tanto nada temáis en estos tres años. También, señor, mandad que sean recogidos todos los bienes ganados en esta batalla, y cuando los tengáis en vuestras manos, dadlos generosamente a estos dos reyes, Ban y Bors, a fin de que puedan recompensar con ellos a sus caballeros; eso hará que los extranjeros

estén mejor dispuestos a rendiros servicio cuando lo necesitéis. A vuestros propios caballeros los podéis recompensar también con vuestros bienes en el momento que queráis.

–Has dicho bien –dijo Arturo–; y como has discurrido, así se hará.

Cuando les fueron entregados los bienes a Ban y Bors, éstos los dieron tan generosamente a sus caballeros como los habían recibido ellos. Seguidamente Merlín tomó licencia de Arturo y de los dos reyes para ir a visitar a su maestro Bleise, que vivía en Northumberland; y partió y fue a visitar a su maestro, que se alegró mucho de su llegada.

Y allí le contó cómo les había ido a Arturo y los dos reyes en la gran batalla, y cómo la habían acabado, y citó por su nombre a cada rey y caballero de merecimiento que allí estuvo. Y Bleise escribió la batalla, palabra por palabra, como Merlín se la había contado: cómo empezó, y por quién, y cómo había acabado, y quién salió vencido. Todas las batallas que tuvieron lugar en tiempos de Arturo, hizo Merlín que su maestro Bleise las escribiese; también le hizo escribir todas las batallas que cada caballero de honor de la corte de Arturo llevó a cabo.

Después de esto, se despidió Merlín de su maestro y fue al rey Arturo que estaba en el castillo de Bedegraine, que era uno de los castillos que hay en la Floresta de Sherwood. Y se presentó Merlín tan disfrazado que el rey Arturo no lo reconoció, pues iba todo cubierto con pieles de oveja negra, un par de grandes botas, arco y flechas, y tosco vestido pardo, y llevaba gansos silvestres en la mano; y era el día después de la Candelaria; pero el rey Arturo no lo reconoció.

–Señor –dijo Merlín al rey–, ¿queréis concederme un don?

–¿Por qué –dijo el rey Arturo– he de concederte un don, patán?

–Señor –dijo Merlín–, mejor sería concederme un don que no está en vuestra mano, que perder grandes riquezas, pues aquí en este mismo lugar donde tuvo lugar la gran batalla hay un gran tesoro oculto en la tierra.

–¿Quién te ha dicho eso, patán? –dijo Arturo.

–Merlín –dijo él.

Entonces Ulfius y Brastias lo reconocieron bien, y sonrieron.

–Señor –dijeron estos dos caballeros–, es Merlín quien así os habla.

Entonces el rey Arturo se sintió muy turbado, y maravillado de Merlín, y lo mismo el rey Ban y el rey Bors, y se rieron mucho de él.

Entretanto vino una doncella que era hija de un conde; se llamaba éste Sanam, y ella Lionors, y era muy hermosa doncella; y acudía para rendir homenaje, como otros señores habían hecho después de la gran batalla. Y el rey Arturo sintió mucho amor por ella, y ella por él, y tuvo que ver con ella, y engendró en ella un hijo que se llamó Borre, que después fue buen caballero, y de la Tabla Redonda.

Entonces llegó noticia de que el rey Rience del Norte de Gales hacía gran guerra al rey Leodegrance de Camelerd, lo que enojó al rey Arturo, pues lo amaba mucho, y odiaba al rey Rience, pues estaba siempre contra él. Y por orden de los tres reyes, fueron enviados de regreso a Benwick todos los que quisieron partir, por temor al rey Claudas: Phariance y Antemes, y Gracian, y Lionses de Payarne, con los principales de los que debían guardar las tierras de los dos reyes.

Capítulo 18

Cómo el rey Arturo, el rey Ban y el rey Bors rescataron al rey Leodegrance, y otros incidentes

Y entonces el rey Arturo, y el rey Ban, y el rey Bors partieron con su compañía, veinte mil, y en seis días llegaron al país de Camelerd, y allí rescataron al rey Leodegrance, y mataron a mucha gente del rey Rience, unos diez mil hombres, y lo pusieron en fuga.

Entonces fueron muy bien acogidos estos tres reyes por el rey Leodegrance, que les agradeció su gran bondad, y haberlo vengado de sus enemigos; y allí vio Arturo por primera vez a Ginebra, hija del rey de Camelerd, y desde entonces la amó siempre. Después se casaron, como se cuenta en el libro. Y para concluir brevemente, Ban y Bors se despidieron para volver a sus propios países, pues el rey Claudas estaba infligiendo gran destrucción a sus tierras.

–Entonces –dijo Arturo–, iré con vosotros.

–No –dijeron los reyes–, no en estos momentos, pues aún tenéis mucho que hacer en estas tierras; por tanto partiremos, y con los grandes bienes que hemos ganado en estas tierras por vuestra donación, pagaremos a buenos caballeros y resistiremos el encono del rey Claudas con la ayuda de Dios, y si tenemos necesidad, enviaremos por vuestro socorro; y si tenéis necesidad vos, mandadnos llamar, que no tardaremos, por nuestra fe.

–No habrá necesidad –dijo Merlín– de que estos dos reyes vuelvan aquí para guerrear; aunque sé que el rey Arturo no estará mucho tiempo sin veros; pues dentro de un año o dos estaréis en gran dificultad, y entonces él os vengará de vuestros enemigos como vosotros lo habéis vengado de los suyos. Estos once reyes morirán todos en un día, por la gran fuerza y proeza de armas de dos bravos caballeros –como se cuenta después–, llamados Balin le Savage, y Balan, su hermano, y están entre los mejores de cuantos viven.

Volvemos ahora a los once reyes, que regresaron a una ciudad llamada Sorhaute, que se hallaba en la tierra del rey Uriens; allí se refrescaron como pudieron, hicieron que los físicos les curasen las llagas, y lamentaron mucho la muerte de su gente.

En eso llegó un mensajero y contó cómo había entrado en sus tierras gente sin ley, y también sarracena, unos cuarenta mil, «y queman y matan a cuanta gente hallan a su paso, sin piedad, y han puesto cerco al castillo de Wandesborow».

–Ay –dijeron los once reyes–, he aquí dolor sobre dolor; si no hubiésemos guerreado contra Arturo como hemos hecho, no habría tardado en ayudarnos; en cuanto al rey Leodegrance, ama a Arturo más que a nosotros; y en cuanto al rey Rience, harto trabajo tiene

con Leodegrance, ya que le ha puesto cerco.

Así que acordaron defender juntos todas las fronteras de Cornualles, Gales y el norte.

Primeramente, pusieron al rey Idres en la ciudad de Nantes, en Bretaña, con cuatro mil hombres de armas, para que vigilase la tierra y el río. También pusieron en la ciudad de Windesan al rey Nentres de Garlot, con cuatro mil caballeros, para que vigilase por agua y por tierra. También mandaron más de ocho mil hombres de guerra, para reforzar todas las fortalezas de las fronteras de Cornualles. Y pusieron también más caballeros en todas las fronteras de Gales y de Escocia, con numerosos hombres de armas, y de esta manera permanecieron durante tres años, aliados siempre con poderosos reyes y duques y señores. Y se les unieron el rey Rience del Norte de Gales, que era fuerte en hombres, y Nerón, también poderoso en hombres. Y todo este tiempo guarnecieron las fronteras y las abastecieron de buenos hombres de armas, y vituallas, y toda clase de pertrechos de guerra, para vengarse de la batalla de Bedegraine, como se cuenta en el libro de aventuras siguiente.

Capítulo 19

Cómo el rey Arturo cabalgó a Caerleon,

y de su sueño, y cómo vio a la Bestia Aulladora

Después de partir los reyes Ban y Bors, el rey Arturo se dirigió a Caerleon. Y allí acudió a él la esposa del rey Lot de Orkney, en manera de embajada, aunque era enviada para que espiase la corte del rey Arturo; y llegó ricamente ataviada, con sus cuatro hijos: Gawain, Gaheris, Agravain y Gareth, con muchos otros caballeros y damas. Y como era muy hermosa dama, el rey concibió gran amor por ella, y deseó yacer con ella. Y acordados ambos, engendró en ella a Mordred, siendo como era su hermana, por parte de la madre,

Igraine. Y permaneció ella un mes, y finalmente partió.

Entonces el rey tuvo un sueño maravilloso del que se sintió muy espantado (pero en todo este tiempo el rey Arturo no sabía que la mujer del rey Lot era su hermana). Éste fue el sueño de Arturo:

Imaginó que entraban en esta tierra grifos y serpientes, y que quemaban y mataban a toda la gente; después imaginó que luchaba con ellos, y que le infligían muchísimo daño, y le herían dolorosamente; pero al final los mataba.

Cuando el rey despertó, se sintió muy afectado por el sueño; y para apartarlo de su pensamiento, se aprestó con muchos caballeros a salir a montear. Y en cuanto estuvo en la floresta, vio un gran ciervo ante él.

–Seguiré a ese ciervo –dijo el rey Arturo.

Y espoleó al caballo, y corrió tras él mucho tiempo, y por pura fuerza estuvo cerca muchas veces de acertarle; sin embargo, lo persiguió tanto tiempo que reventó al caballo, que cayó muerto; entonces un criado le trajo otro caballo. Al ver el rey al ciervo emboscado, y a su caballo muerto, se sentó junto a una fuente, y se quedó ensimismado pensando.

Y estando así sentado, le pareció oír voces de perros, como de unos treinta. Y en eso vio venir hacia él a la más extraña bestia que había visto ni oído nombrar. Se acercó la bestia a la fuente a beber, y el ruido que salía de su vientre era como el gañido de treinta pares de perros; pero todo el tiempo que la bestia estuvo bebiendo no salió estruendo ninguno de su vientre; y seguidamente partió la bestia con gran ruido, de lo que tuvo el rey gran maravilla. Y se quedó ensimismado, y poco después le venció el sueño. Y llegó seguidamente un caballero a pie a donde estaba Arturo, y le dijo:

–Caballero absorto y soñoliento, dime si has visto pasar por aquí una bestia extraña.

–Tal he visto –dijo el rey–, de manera que estará a dos millas; ¿qué queréis con esa bestia?

–Señor, hace mucho que la sigo, y me ha matado el caballo; y pluguiera a Dios que tuviese otro para seguir mi demanda.

En eso llegó uno con el caballo del rey; y cuando el caballero vio el caballo, rogó al rey que se lo diese:

–Pues desde hace un año sigo esta demanda; y o bien la acabo, o dejo en ella la mejor sangre de mi cuerpo.

Pellinor, rey en aquella sazón, seguía a la Bestia Aulladora; y después de su muerte la siguió sir Palomides.

Capítulo 20

Cómo el rey Pellinor tomó el caballo de Arturo y siguió a la Bestia Aulladora, y cómo Merlín topó con Arturo

–Señor caballero –dijo el rey–, dejad esa demanda y consentid que yo la tenga, y yo la seguiré otro año.

–Ah, loco –dijo el caballero a Arturo–, es vano tu deseo, pues sólo será acabada por mí, o por uno de mi linaje.

Dicho esto saltó al caballo del rey, montó en la silla, y dijo:

–Muchas gracias, pues este caballo va a ser mío.

–Bien –dijo el rey–; puedes tomar mi caballo por fuerza, pero quisiera probar si eres mejor a caballo que yo.

–Pues búscame aquí cuando quieras –dijo el caballero–, que aquí cerca de esta fuente me hallarás –y continuó su camino.

Entonces el rey permaneció sentado pensativo, y mandó a sus

hombres que le trajesen un caballo lo más deprisa que pudiesen. A poco llegó junto a él Merlín con apariencia de un mancebo de catorce años, saludó al rey, y le preguntó por qué estaba tan pensativo.

–Bien puedo estarlo –dijo el rey–, pues he tenido la visión más maravillosa de mi vida.

–Lo sé tan bien como tú mismo –dijo Merlín–; y conozco todos tus pensamientos; pero es una necedad que pienses tanto, pues eso no te va a enmendar. También sé quién eres, y quién fue tu padre, y en quién fuiste engendrado: tu padre fue el rey Uther Pendragon, y te engendró en Igraine.

–Eso es falso –dijo el rey Arturo–. ¿Cómo puedes saber tú eso si no tienes edad para haber conocido a mi padre?

–Sí –dijo Merlín–. Lo sé mejor que tú y que ningún hombre vivo.

–No te creo –dijo Arturo, y se enojó con el mancebo.

Partió Merlín y volvió con la semejanza de un viejo de ochenta años, de lo que el rey se alegró mucho, ya que parecía muy sabio. Entonces dijo el anciano:

–¿Por qué estáis tan triste?

–Bien puedo estar triste –dijo Arturo–, por muchas cosas. Hace poco ha estado aquí un mancebo, y me ha dicho muchas cosas que a mi entender no debía saber, pues no tenía edad para conocer a mi padre.

–Sí –dijo el anciano–; el mancebo os ha dicho la verdad, y más os habría dicho si le hubieseis dejado. Pero habéis hecho algo hace poco por lo que Dios está descontento de vos, pues habéis yacido con vuestra hermana, y habéis engendrado en ella un hijo que os destruirá, a vos y a todos los caballeros de vuestro reino.

–¿Quién sois –dijo Arturo–, que me dais estas nuevas?

–Soy Merlín, y era yo con semejanza de mancebo.

–Ah –dijo el rey Arturo–, eres un hombre maravilloso; pero mucho me asombran tus palabras, de que debo morir en batalla.

–No os asombréis –dijo Merlín–, pues es voluntad de Dios que vuestro cuerpo sea castigado por vuestras acciones deshonestas. Yo sí puedo bien estar triste, ya que tendré una muerte vergonzosa, y pronto estaré bajo tierra; en cambio vos tendréis una muerte honrosa.

Y mientras así hablaban, llegó uno con el caballo del rey; y montó el rey en su caballo, y Merlín en otro, y partieron hacia Caerleon.

Y luego preguntó el rey a Héctor y a Ulfius cómo había sido engendrado él, y ambos le contaron que su padre fue Uther Pendragon, y su madre la reina Igraine. Entonces dijo a Merlín:

–Quiero que me traigan a mi madre a fin de hablar yo con ella; si dice que es así, entonces lo creeré.

Enviaron a toda prisa por la reina, y llegó trayendo con ella a Morgana el Hada, su hija, que era una de las damas más hermosas, y el rey dispensó a Igraine muy buena acogida.

Capítulo 21

Cómo Ulfius acusó a la reina Igraine, madre de Arturo, de traición; y cómo llegó un caballero y deseó que fuese vengada la muerte de su señor

Poco después llegó Ulfius y dijo abiertamente, de manera que pudiesen oírlo el rey y todos los que estaban en la mesa ese día:

–Sois la dama más falsa del mundo, y la más traidora a la persona del rey.

–Ten cuidado –dijo Arturo–, pues esa que dices es muy grave acusación.

–Sé bien lo que digo –dijo Ulfius–, y aquí está mi guante para probar sobre quien diga lo contrario, que esta reina Igraine es causante de vuestro gran daño y vuestra gran guerra. Pues si hubiese explicado en vida del rey Uther Pendragon vuestro origen, y cómo fuisteis engendrado, no habríais tenido las guerras mortales que habéis tenido; pues la mayor parte de los barones de vuestro reino no sabían de quién erais hijo, ni por quién fuisteis engendrado; y ella, que os parió de su cuerpo, debió haberlo hecho conocer públicamente en excusa de su honra y la vuestra, así como la de todo el reino, por lo que afirmo que es falsa a Dios y a vos y a todo vuestro reino; y a quien diga lo contrario se lo probaré sobre su cuerpo.

Entonces habló Igraine y dijo:

–Soy mujer y no puedo luchar; pero antes que sea deshonrada, habrá algún hombre bueno que asuma mi querella. Además, Merlín sabe bien, y vos sir Ulfius, cómo el rey Uther vino a mí en el castillo de Tintagel con la apariencia de mi señor, que había muerto tres horas antes, y de esa manera engendró un hijo esa noche en mí. Y el décimo tercer día después el rey Uther se desposó conmigo, y por su mandamiento, cuando el niño nació, fue entregado a Merlín, y criado por él, y no vi nunca más al niño, ni supe cuál era su nombre, pues hasta ahora no lo había visto.

Y dijo allí Ulfius a la reina:

–Merlín es más culpable que vos.

–Bien sé yo –dijo la reina– que parí un hijo de mi señor el rey Uther, pero no sé qué ha sido de él.

Entonces Merlín tomó al rey por la mano, diciendo:

–Ésta es vuestra madre.

Y seguidamente sir Héctor atestiguó cómo lo había criado él por mandato de Uther. Y seguidamente el rey Arturo tomó a su madre,

la reina Igraine, en sus brazos, y la besó, y lloraron ambos el uno sobre el otro. Y entonces el rey mandó celebrar una fiesta que duró ocho días.

Más tarde, un día, llegó a la corte un escudero a caballo, trayendo a un caballero delante de él, mortalmente herido, y contó cómo había un caballero en la floresta que había plantado su pabellón junto a una fuente «y ha matado a mi señor, un buen caballero, cuyo nombre era Miles; por lo que os pido que pueda ser enterrado mi señor, y que algún caballero vengue su muerte». Entonces corrió gran rumor en la corte sobre la muerte de este caballero, y cada hombre dio su opinión.

Llegó entonces Griflet, que a la sazón sólo era escudero, y muy joven, de la edad del rey Arturo, y suplicó al rey, por todo el servicio que le había hecho, que lo hiciese caballero.

Capítulo 22

Cómo Griflet fue hecho caballero, y justó con un caballero

–Eres muy joven y de tierna edad –dijo Arturo– para tomar tan alta orden sobre ti.

–Señor –dijo Griflet–, os suplico que me hagáis caballero.

–Señor –dijo Merlín–, sería gran lástima perder a Griflet, pues será muy buen hombre cuando sea mayor de edad, y permanecerá a vuestro lado toda su vida. Y si arriesga su vida con ese caballero de la fuente, correrá gran peligro de no volver, pues es uno de los mejores caballeros del mundo, y el más fuerte hombre de armas.

–Bien –dijo Arturo. Y satisfaciendo el deseo de Griflet, el rey lo hizo caballero–. Ahora –dijo Arturo a sir Griflet–, ya que te he hecho caballero, debes concederme tú un don.

–Lo que queráis –dijo Griflet.

–Me prometerás por la fe de tu vida que, cuando hayas justado con el caballero de la fuente, quedes a pie o a caballo, volverás derechamente a mí sin más debate.

–Os lo prometo –dijo Griflet.

Entonces tomó Griflet su caballo con gran prisa, embrazó su escudo, tomó una lanza en la mano, y cabalgó a gran galope hasta que llegó a la fuente; y allí cerca vio un rico pabellón, y junto a él, bajo un paño, había un hermoso caballo bien ensillado y embridado, y en un árbol un escudo de diversos colores y una gruesa lanza. Entonces Griflet hirió el escudo con el cuento de su lanza. En eso salió el caballero del pabellón, y dijo:

–Gentil caballero, ¿por qué derribáis mi escudo?

–Porque quiero justar con vos –dijo Griflet.

–Será mejor que no lo hagáis –dijo el caballero–, pues sois muy joven, y recién hecho caballero, y vuestra fuerza no es nada frente a la mía.

–Pese a eso –dijo Griflet–, quiero justar con vos.

–No es de mi agrado –dijo el caballero–, pero ya que me obligas, me aprestaré a ello. ¿De dónde sois?

–Señor, soy de la corte de Arturo.

Así pues, corrieron contra sí los dos caballeros, y la lanza de Griflet se hizo toda trozos; y el otro atravesó a Griflet el escudo y el costado izquierdo, quebrando la lanza, de manera que el trozo le quedó en el cuerpo, y cayeron caballo y caballero.

Capítulo 23

Cómo los doce caballeros llegaron de Roma y pidieron tributo por esta tierra de Arturo, y cómo Arturo luchó con un caballero

Cuando el caballero lo vio tendido de esta manera en el suelo, se apeó, y tuvo mucho pesar, pues creyó que lo había matado. Entonces le desenlazó el yelmo y le dio aire, y con el trozo de la lanza, lo puso sobre su caballo, lo reanimó, y encomendó a Dios, y dijo que tenía un corazón fuerte, y que si podía vivir probaría ser muy buen caballero. Y así volvió sir Griflet a la corte, donde hubo gran lamentación por él. Pero por intervención de buenos físicos fue sanado y salvado.

A poco llegaron doce caballeros a la corte, hombres de mucha edad, los cuales venían del emperador de Roma, y pidieron a Arturo tributo por este reino, de lo contrario el emperador le destruiría a él y su tierra.

–Sois mensajeros –dijo Arturo–, y por tanto tenéis libertad para decir cuanto queráis; de lo contrario, moriríais por tales palabras. Pero ésta es mi respuesta: no debo al emperador ningún tributo, ni quiero tenerle ninguno, sino que se lo daré en campo llano, y será con una lanza afilada, o la espada, y no tardaré mucho, por el alma de mi padre, Uther Pendragon.

Y partieron a continuación los mensajeros muy enojados, quedando el rey Arturo muy airado también, pues habían llegado en mala hora, ya que tenía mucho enojo por la herida de sir Griflet. Y mandó a un criado de su cámara que antes de que amaneciera tomase su mejor caballo y armadura, con cuanto pertenecía a su persona, y le esperase fuera de la ciudad antes del alba. Así, pues, antes de amanecer se reunió con su criado y su caballo, montó, enderezó el escudo, tomó una lanza, y mandó a su chambelán que aguardase allí hasta que él volviera.

Y cabalgó Arturo sosegadamente hasta que se hizo de día, y vio entonces a tres patanes persiguiendo a Merlín con intención de matarlo. Así que fue el rey hacia ellos y dijo: «¡Huid, patanes!»; cuando ellos vieron a un caballero, tuvieron miedo y huyeron.

–Ah, Merlín –dijo Arturo–; aquí te habrían muerto, pese a todas tus artes, de no haber estado yo.

–No –dijo Merlín–; no habría sido así, pues podía haberme salvado si hubiese querido; tú en cambio estás más cerca de la muerte que yo, pues te diriges a ella, si no va Dios contigo.

Y mientras iban hablando llegaron a la fuente, y al rico pabellón que había junto a ella. Entonces el rey Arturo advirtió dónde estaba sentado un caballero armado, en una silla.

–Señor caballero –dijo Arturo–, ¿por qué causa estás aquí, de manera que no puede pasar ningún caballero por este camino a menos que juste contigo? Te aconsejo que dejes esa costumbre.

–Esta costumbre he usado –dijo el caballero–, y usaré contra quien diga que no, y a quien desagrade mi costumbre que la enmiende si quiere.

–Yo la enmendaré –dijo Arturo.

–Y yo te lo impediré –dijo el caballero.

Tomó al punto su caballo, embrazó el escudo, tomó una lanza, y se dieron en los escudos con tal saña que hicieron pedazos sus lanzas. En seguida Arturo sacó su espada.

–No, eso no –dijo el caballero–; es más justo que nos enfrentemos otra vez con lanzas afiladas.

–De grado lo haría –dijo Arturo–, si tuviese aquí más lanzas.

–Yo tengo bastantes –dijo el caballero.

Y acudió un escudero con dos buenas lanzas, y escogieron Arturo una y él otra.

Espolearon luego a sus caballos y chocaron con todas sus fuerzas, de manera que ambos quebraron las lanzas hasta sus manos. Entonces Arturo echó mano a su espada.

–No –dijo el caballero–; será mejor, ya que sois el mejor justador de cuantos hasta aquí he tenido ante mí, que por el amor de la alta orden de caballería justemos otra vez.

–De acuerdo –dijo Arturo.

Al punto les trajeron gruesas lanzas, tomó una cada caballero, y corrieron contra sí, de manera que la lanza de Arturo se hizo toda trozos. Pero la del otro caballero le hirió con tal fuerza en medio del escudo que hombre y caballo cayeron a tierra; entonces Arturo sacó la espada airado, y dijo:

–Ahora te probaré a pie, señor caballero, ya que he perdido el honor a caballo.

–Yo seguiré a caballo –dijo el caballero.

Entonces se enojó Arturo, y enderezó el escudo hacia él con la espada desenvainada. Cuando el caballero vio ese gesto, se apeó, pues pensó que ninguna honra tendría un caballero con tal ventaja, estando a caballo y el otro a pie, así que se apeó y enderezó su escudo hacia Arturo. Allí comenzó una fuerte batalla de muchos grandes golpes, tajando con sus espadas de tal suerte que las rajas saltaban al campo, y derramaban ambos mucha sangre, de manera que todo el lugar donde luchaban estaba cubierto de ella; así estuvieron luchando mucho tiempo, y descansando, y después volvían a la batalla otra vez, y se arremetían como dos carneros, de manera que uno y otro caían a tierra. Y por último se descargaron ambos tal golpe que sus espadas se encontraron derechamente. Pero la espada del caballero partió en dos trozos la del rey Arturo, lo que pesó a éste. Entonces dijo el caballero a Arturo:

–Estás a mi merced, si quiero perdonarte o matarte, y a menos que te rindas como vencido y menguado, morirás.

–En cuanto a la muerte –dijo el rey Arturo–, bien venida sea cuando llegue, pero rendirme a ti como menguado, antes quiero morir que admitir semejante afrenta.

Y seguidamente saltó el rey sobre Pellinor, lo tomó por en medio, lo derribó, y le arrancó el yelmo. Cuando el caballero vio esto, se enfureció, pues era muy grande de cuerpo y de mucha fuerza; y al punto puso a Arturo debajo de él, le arrancó el yelmo, y se dispuso a cortarle la cabeza.

Capítulo 24

Cómo Merlín salvó la vida a Arturo, y arrojó

un encantamiento sobre el rey Pellinor y lo durmió

En esto llegó Merlín y dijo:

–Caballero, ten tu mano, pues si matas a ese caballero harás a este reino el más grande estrago que ha recibido ningún reino, pues este caballero es hombre de más merecimiento de lo que tú imaginas.

–Pues, ¿quién es? –dijo el caballero.

–Es el rey Arturo.

Entonces quiso matarlo por miedo a su enojo, levantó la espada, y al punto Merlín arrojó un encantamiento al caballero, de manera que cayó a tierra vencido por un gran sueño. Entonces Merlín cogió al rey Arturo, montó sobre el caballo del caballero y se lo llevó.

–¡Ay! –dijo Arturo–, ¿qué has hecho, Merlín? ¿Has matado a este buen caballero con tus artes? No existe ningún caballero tan digno como era él; antes quisiera desterrarme un año con tal que viviese él.

–No tengáis cuidado –dijo Merlín–, pues más sano está que vos; pues sólo está dormido, y despertará dentro de tres horas. Os he dicho qué caballero era; aquí habríais muerto de no haber estado yo. Además, no hay ningún caballero tan grande de cuerpo como él, y en adelante os hará muy buen servicio; se llama Pellinor, y tendrá dos hijos que serán muy buenos hombres; salvo uno, no habrá quien los iguale en proeza y vida honesta, y sus nombres serán Perceval de Gales y Lamorak de Gales; y él os dirá el nombre de vuestro hijo engendrado en vuestra hermana, el cual será la destrucción de todo este reino.

Capítulo 25

Cómo Arturo, por medio de Merlín,

obtuvo la espada Excalibur de la Dama del Lago

Partieron, pues, el rey y él, y fueron a un ermitaño que era hombre santo y gran físico. Y el ermitaño le curó todas las heridas y le dio buenos bálsamos; y el rey permaneció allí tres días, y cuando estuvo bien curado de sus heridas, de manera que fue capaz de cabalgar y andar, partieron. Y mientras cabalgaban dijo Arturo:

–No tengo espada.

–No importa –dijo Merlín–, aquí cerca hay una espada que será vuestra, si puedo.

Siguieron cabalgando hasta que llegaron a un extenso lago de hermosa agua, y en medio del lago advirtió Arturo un brazo vestido con brocado blanco que sostenía una hermosa espada en la mano.

–Mirad –dijo Merlín–, allí está la espada de la que os he hablado.

En eso vieron una doncella que andaba sobre el lago.

–¿Qué doncella es ésa? –dijo Arturo.

–Es la Dama del Lago –dijo Merlín–; y dentro del lago hay una gran peña, y en ella un hermoso palacio como no existe otro en la tierra, y ricamente aderezado. Y esta doncella vendrá en seguida a vos; habladle gentilmente a fin de que quiera daros esa espada.

Al punto fue la doncella a Arturo, lo saludó, y él a ella también.

–Doncella –dijo Arturo–, ¿qué espada es aquella que sostiene aquel brazo por encima del agua? Quisiera que fuese mía, pues no tengo espada.

–Señor rey Arturo –dijo la doncella–; aquella espada es mía, y si os dignáis concederme un don cuando yo os lo pida, la tendréis.

–Por mi fe –dijo Arturo–, os daré el don que me pidáis

–Bien –dijo la doncella–. Subid a aquella barca, remad hasta la espada y tomadla con la vaina, que yo os pediré el don cuando llegue el momento.

Así que se apearon sir Arturo y Merlín, ataron sus caballos a dos árboles, y subieron a la nave; y cuando llegaron a la espada que sostenía la mano, sir Arturo la tomó por el puño, la asió, y el brazo y la mano se sumergieron en el agua; volvieron a tierra, se pusieron en camino, y al poco rato vio sir Arturo un rico pabellón.

–¿Qué significa aquel pabellón?

–Es el pabellón de sir Pellinor –dijo Merlín–, con el que luchasteis hace poco; pero se ha ido; no está ahí. Se ha enfrentado con un caballero vuestro llamado Egglame; han luchado, pero a la postre Egglame ha huido; si no, habría muerto; y lo ha perseguido hasta Caerleon, y nosotros toparemos con él en seguida, por el camino.

–Bien está eso –dijo Arturo–: ahora que tengo espada quiero trabar batalla con él y vengarme.

–Señor, no lo debéis hacer –dijo Merlín–, pues el caballero está cansado de luchar y perseguir, y no ganaríais honra ninguna en haberlas con él; también, no será vencido fácilmente por ningún caballero de cuantos viven; por tanto, mi consejo es que lo dejéis pasar, pues os hará buen servicio en breve, y sus hijos después de sus días. También veréis el día, en breve, en que os placerá mucho darle vuestra hermana por esposa.

–Cuando lo vea, haré como me aconsejáis –dijo Arturo.

Entonces sir Arturo miró su espada, y le agradó mucho.

–¿Qué os gusta más –dijo Merlín–, la espada o la vaina?

–Me gusta más la espada –dijo Arturo.

–Pues andáis descaminado –dijo Merlín–, porque la vaina vale por diez espadas; pues mientras tengáis la vaina con vos, no perderéis sangre ni seréis herido gravemente; así que guardad bien la vaina siempre con vos.

Y cabalgaron hasta Caerleon, y por el camino se encontraron con sir Pellinor; pero Merlín había hecho tal artificio que Pellinor no vio a Arturo, y pasó sin decir palabra.

–Me maravilla –dijo Arturo– que no haya dicho nada el caballero.

–Señor –dijo Merlín–, no os ha visto; pues si os hubiera visto no habríais seguido tan fácilmente.

Y llegaron a Caerleon, de lo que se alegraron mucho sus caballeros. Y cuando conocieron sus aventuras, se maravillaron de que hubiese arriesgado así su persona solo. Pero todos los hombres de merecimiento dijeron que era una gran alegría estar bajo tal capitán, que ponía su persona en aventura como hacían los otros pobres caballeros.

Capítulo 26

Cómo llegaron nuevas a Arturo de que el rey Rience había vencido a once reyes, y cómo deseó la barba de Arturo para orlar su manto

Entretanto llegó un mensajero del rey Rience del Norte de Gales, que era también rey de toda Irlanda y de muchas islas. Y éste era su mensaje, saludando al rey Arturo de esta manera: que el rey Rience había desbaratado y vencido a once reyes, y cada uno de ellos le había rendido un homenaje; a saber: le habían entregado sus barbas limpiamente cortadas, y cuanta tenían; por lo que el mensajero venía por la barba del rey Arturo. Pues el rey Rience había

mandado orlar un manto con barbas de reyes, y quedaba un lugar vacío en el manto, por lo que le enviaba por su barba; si no, entraría en sus tierras a fuego y a sangre, «y no parará hasta tener la cabeza y la barba».

–Bien –dijo Arturo–, ya has dicho tu mensaje, que es el más villano y ruin que haya oído nadie enviar a un rey; también puedes ver que mi barba es todavía demasiado joven para hacer una orla con ella. Pero le vas a decir esto a tu rey: que no le debo ningún homenaje, ni ninguno de mis mayores, pero antes que pase mucho tiempo me rendirá homenaje él a mí sobre ambas rodillas, o perderá su cabeza, por la fe de mi vida, pues éste es el mensaje más vergonzoso que jamás he oído. Comprendo que tu rey no ha topado aún con hombres de merecimiento, pero dile que tendré su cabeza si no me rinde homenaje.

Y seguidamente partió el mensajero.

–Bien, ¿hay alguno aquí –dijo Arturo– que conozca al rey Rience?

Entonces respondió un caballero llamado Naram:

–Señor, yo conozco bien a ese rey; es hombre muy fuerte de cuerpo, como hay pocos, y muy soberbio; y, señor, no dudéis que os hará guerra con poderosa fuerza.

–Bien –dijo Arturo–, dispondré las cosas para recibirle en breve tiempo.

Capítulo 27

Cómo fueron mndados traer todos

los niños nacidos el primero de mayo,

y cómo se salvó Mordred

Entonces el rey Arturo mandó traer a todos los niños nacidos el primero de mayo, engendrados por señores y nacidos de damas; pues Merlín había dicho al rey Arturo que nacería el primero de mayo el que le había de destruir; por lo que mandó traerlos todos, so pena de muerte; y fueron hallados muchos hijos de señores y llevados todos al rey, y lo mismo Mordred por la esposa del rey Lot, y los embarcaron a todos en una nave, y se hizo a la mar; y algunos tenían cuatro semanas de edad, y otros menos.

Y por mala fortuna la nave fue empujada contra un castillo, donde se destrozó toda, y perecieron la mayor parte, salvo Mordred, que fue arrojado fuera, y lo halló un hombre santo que lo crió hasta que cumplió catorce años, y entonces lo llevó a la corte, como se cuenta después, hacia el final de La muerte de Arturo.

Muchos señores y barones de este reino se disgustaron de haber perdido así a sus hijos, y muchos culparon a Merlín más que a Arturo; pero todos callaron, unos por miedo y otros por amor.

Pero cuando el mensajero llegó al rey Rience, éste se enojó sobremanera, y se proveyó de una gran hueste, como se refiere en el libro de Balin la Savage que sigue a continuación: cómo por ventura Balin obtuvo la espada.

Explicit liber primus.

Libro II

Capítulo 1

De una doncella que llegó ceñida con una espada en busca de un hombre de tal virtud que la sacase de la vaina

Después de la muerte de Uther Pendragon reinó Arturo, su hijo, el cual sostuvo una gran guerra en sus días para tener toda Inglaterra en su mano. Pues había muchos reyes en el reino de Inglaterra, así como en Gales, Escocia y Cornualles.

Y acaeció un día, estando el rey Arturo en Londres, que llegó un caballero y dio nuevas al rey, cómo el rey Rience del Norte de Gales había levantado gran número de gente, y había entrado en la tierra, y quemado y matado al pueblo vasallo del rey.

–Si es verdad eso –dijo Arturo–, sería gran vergüenza para mi estado no presentarle fuerte resistencia.

–Es verdad –dijo el caballero–, pues yo mismo he visto la hueste.

–Bien –dijo el rey–, ordenaré resistir su malicia.

Entonces mandó pregonar, que todos los señores, caballeros y gentileshombres de armas acudiesen a un castillo llamado en aquel tiempo Camelot, donde el rey mandaría celebrar un consejo general y una gran justa.

Así, pues, cuando el rey llegó allí con toda su baronía, y se aposentaron como mejor les pareció, vino una doncella con un mensaje de la gran señora Lile de Avelion. Y cuando estuvo delante del rey Arturo, dijo de parte de quién venía, y cómo era enviada a él con un mensaje por esta causa. Entonces dejó caer su manto, ricamente forrado, y se vio que ceñía una noble espada, de lo que se maravilló el rey, y dijo:

–Doncella, ¿por qué causa ceñís esa espada? No se acuerda con vos.

–Os lo diré –dijo la doncella–: esta espada que ciño me da mucha aflicción y estorbo, pues sólo puede librarme de ella un caballero, pero ha de ser muy buen hombre de sus manos y de sus hechos, y carecer de malicia y engaño, y carecer de traición. Y si puedo hallar un caballero que tenga todas estas virtudes, podrá sacar esta espada de la vaina; pues he estado en la corte del rey Rience, donde me habían dicho que había muy buenos caballeros, y él y todos han probado pero ninguno ha conseguido sacarla.

–Ésta es gran maravilla –dijo Arturo–, si es verdad; yo mismo probaré a sacar la espada, no porque presuma ser el mejor caballero, sino porque quiero empezar yo la prueba, dando ejemplo a todos los barones para que prueben uno tras otro cuando yo lo haya hecho.

Entonces Arturo tomó la espada por la vaina y el ceñidor, y tiró de ella con gana; pero la espada no salió.

–Señor –dijo la doncella–, no hace falta tirar tan fuerte, pues el que la saque lo hará con poco esfuerzo.

–Decís bien –dijo Arturo–; ahora probad todos mis barones.

–Pero mirad de no estar manchados de vergüenza, engaño ni traición, porque entonces será inútil –dijo la doncella–; pues ha de ser un caballero limpio de toda malicia, y de noble linaje por el lado del padre y por lado de la madre.

Los más de los barones de la Tabla Redonda que en esta sazón estaban allí probaron uno tras otro, aunque no lo consiguieron; por lo que la doncella se afligió mucho, y dijo:

–¡Ay! Yo creía que en esta corte estaban los mejores caballeros, sin falsedad ni traición.

–Por mi fe –dijo Arturo–, aquí están buenos caballeros, a mi parecer, como no los hay en el resto del mundo; pero no es su gracia ayudaros, lo que me causa mucho pesar.

Capítulo 2

Cómo Balin, vestido como un pobre caballero,

sacó la espada, que después fue causa de su muerte

Y acaeció en aquella sazón que había un pobre caballero con el rey Arturo que había sido prisionero suyo más de medio año por matar a un caballero pariente del rey Arturo. El nombre de este caballero era Balin, y por buena mediación de los barones había sido liberado de prisión, pues tenía fama de buen hombre de su cuerpo, y había nacido en Northumberland; y entró disimuladamente en la corte, y al ver esta aventura, se le animó el corazón, y quiso probar como los otros caballeros; pero como iba pobremente vestido se puso entre la multitud; pero en su corazón estaba seguro de conseguirlo, si su gracia le ayudaba, como ninguno de los caballeros que allí estaban. Y cuando la doncella ya se había despedido de Arturo y de todos los barones, e iba a partir, la llamó este caballero Balin y le dijo:

–Doncella, os ruego de vuestra cortesía que me dejéis probar a mí también, como a estos señores; aunque voy pobremente vestido, en mi corazón soy tan determinado como algunos de estos otros, y creo que puedo conseguirlo.

Miró la doncella al pobre caballero, y vio que era hombre apuesto; pero por su pobre atavío pensó que no debía ser de merecimiento, y que no estaría limpio de malicia y traición. Y dijo al caballero:

–Señor, no me pongáis en más pena y trabajo, pues no parece que vayáis a salir airoso donde otros han fracasado.

–Ah, gentil doncella –dijo Balin–, la honra y las buenas prendas y buenos hechos no están sólo en el atavío, sino que la hombría y la honra se esconden en la persona del hombre, y hay muchos caballeros dignos que no son conocidos de todo el pueblo, y por tanto la honra y la osadía no están en el atavío.

–Por Dios –dijo la doncella– que decís verdad; por tanto probaréis a

hacer lo que podáis.

Entonces Balin tomó la espada por el ceñidor y la vaina, y la sacó fácilmente; y cuando miró la espada, le gustó mucho. Entonces el rey y todos los barones se maravillaron sobremanera de que Balin hubiese ganado esta aventura; y muchos caballeros sintieron gran rencor hacia Balin.

–En verdad –dijo la doncella–, éste es muy buen caballero; el mejor que jamás he conocido, y de más merecimiento, y sin falsedad, traición ni villanía, el cual hará muchas maravillas. Ahora, gentil y cortés caballero, devolvedme la espada.

–No –dijo Balin–, pues tendré esta espada a menos que alguien me la quite por fuerza.

–No obráis con sensatez –dijo la doncella– al quitarme la espada, pues con ella mataréis al mejor amigo que tenéis, y al hombre que más amáis en el mundo; además esa espada será vuestra destrucción.

–Tomaré la aventura que Dios quiera ordenarme –dijo Balin–, pero no tendréis la espada, por la fe de mi vida.

–Dentro de breve tiempo os pesará –dijo la doncella–, pues quisiera tener la espada más por vuestro bien que por el mío, pues mucho pesar tengo por vos; pues no queréis creer que esa espada será vuestra destrucción, y ésa es gran lástima –con esto partió la doncella, haciendo gran lamentación.

Envió luego Balin por su caballo y armadura, y quiso partir de la corte, y pidió licencia al rey Arturo.

–No –dijo el rey–, espero que no querréis partir tan prestamente de esta compañía. Creo que estáis disgustado por el desamor que os mostré. Culpadme menos, pues había sido mal informado de vos, pues no suponía que fueseis caballero de tanto honor y proeza, y si queréis permanecer en esta corte entre mi compañía, yo acrecentaré a vuestro contento.

–Dios agradezca a vuestra alteza –dijo Balin–; ningún hombre podrá

alabar vuestra generosidad y alteza la mitad de lo que vale; pero en esta sazón de necesidad debo partir, suplicándoos siempre vuestra buena gracia.

–Ciertamente –dijo el rey–, quedo muy a disgusto por vuestra partida; os ruego, gentil caballero, que no tardéis mucho tiempo, y seréis muy bien acogido por mí y mis barones, y yo enmendaré todo el yerro que os he hecho.

–Dios bendiga a vuestra alteza por eso –dijo Balin, y seguidamente se aprestó a partir.

Entonces la mayor parte de los caballeros de la Tabla Redonda dijeron que Balin no había acabado esta aventura por su fuerza solamente, sino por brujería.

Capítulo 3

Cómo la Dama del Lago demandó la cabeza del caballero que había ganado la espada, o la cabeza de la doncella

En tanto este caballero se disponía a partir entró en la corte una dama llamada la Dama del Lago. Llegó a caballo, ricamente ataviada, y saludó al rey Arturo, y le reclamó el don que le había prometido cuando le dio la espada.

–Es verdad –dijo Arturo–; un don os prometí, pero he olvidado el nombre de la espada que me disteis.

–Su nombre –dijo la dama– es Excalibur, que es tanto como decir Acero afilado[2].

–Decís bien –dijo el rey–; pedid ahora lo que queráis y lo tendréis, si está en mi poder darlo.

–Bien –dijo la dama–; pues pido la cabeza del caballero que ha ganado la espada; y si no, la cabeza de la doncella que la trajo, aunque no me desagradaría tener sus dos cabezas, pues él mató a mi hermano, buen caballero y verdadero, y la dama fue causante de la muerte de mi padre.

–En verdad –dijo el rey Arturo–, no puedo con honor otorgaros la cabeza de ninguno de los dos; así que pedid cualquier otra cosa, que yo satisfaré vuestro deseo.

–No quiero pedir otra cosa –dijo la dama.

Cuando Balin estuvo presto a partir, vio a la Dama del Lago, por cuya mediación habían matado a la madre de Balin, y a la que buscaba hacía tres años; y cuando le dijeron que había pedido su cabeza al rey Arturo fue derechamente a ella y dijo: «Mal hallada seáis; pedís mi cabeza, y por eso mismo vais a perder la vuestra», y con su espada le tajó la cabeza delante del rey Arturo.

–¡Ah, qué afrenta! –dijo Arturo–. ¿Por qué habéis hecho eso? Me habéis afrentado a mí y a toda mi corte, pues ésta era una dama a la que estaba yo obligado, y aquí había venido bajo mi salvoconducto. Nunca os perdonaré esta ofensa.

–Señor –dijo Balin–, siento vuestro disgusto, pero esta dama era la dama más desleal del mundo, y por encantamiento y hechicería ha sido destructora de muchos buenos caballeros, y ella fue causante de que mi madre fuese quemada, por su falsedad y traición.

–Cualquiera que sea la causa que tuvieseis –dijo Arturo–, debíais haberos abstenido en mi presencia. Por tanto, estad seguro de que os pesará, pues desaire como éste no he tenido otro en mi corte. Así que abandonad mi corte lo antes que podáis.

Recogió Balin la cabeza de la dama, la llevó a su aposento, y se encontró allí con su escudero, al que pesó que hubiese disgustado al rey Arturo, y se fueron de la ciudad.

–Ahora debemos separarnos –dijo Balin–. Toma esta cabeza, llévala a mis amigos, y cuéntales qué ha pasado; y di a mis amigos de Northumberland que mi mayor enemiga ha muerto. Diles también

cómo estoy fuera de prisión, y qué aventura me ha acaecido en la ganancia de esta espada.

–¡Ay! –dijo el escudero–, mucha reprobación merecéis por haber disgustado al rey Arturo.

–En cuanto a eso –dijo Balin–, correré a encontrarme a toda prisa con el rey Rience y destruirle, o morir en ello; y si tengo la fortuna de vencerlo, entonces el rey Arturo será mi bueno y gracioso señor.

–¿Dónde os hallaré? –dijo el escudero.

–En la corte del rey Arturo –dijo Balin.

Y se separaron su escudero y él en esta sazón.

Entonces el rey Arturo y toda la corte hicieron gran lamentación, y sintieron vergüenza de la muerte de la Dama del Lago. Y el rey la enterró con gran ceremonia.

Capítulo 4

Cómo Merlín contó la aventura de esta doncella

En aquel tiempo había un caballero, hijo del rey de Irlanda, llamado Lanceor, el cual era un caballero orgulloso que se consideraba uno de los mejores de la corte. Y tenía gran rencor a Balin por haber ganado la espada, y por que le hubiesen tenido por más osado y de más proeza. Y preguntó al rey Arturo si le daba licencia para ir en pos de Balin, y vengar el desaire que había hecho a la corte.

–Haced como gustéis –dijo Arturo–, me disgusta que Balin se haya ido sin castigo por el desaire que nos ha hecho a mí y a mi corte.

Entonces este Lanceor fue a su aposento para apretarse. Entre tanto llegó Merlín a la corte del rey Arturo, y le contaron la aventura de la espada, y la muerte de la Dama del Lago.

–Bien –dijo Merlín–, pues de esta doncella que aquí está de pie y ha traído la espada a vuestra corte os contaré la causa de su venida: es la más falsa doncella de cuantas viven.

–No digáis eso –dijeron muchos.

–Tiene un hermano, muy buen caballero y hombre verdadero; y esta doncella amaba a otro caballero al que tenía por amante. Y este buen caballero hermano suyo se enfrentó con el que ella tenía por amante y lo mató por fuerza de sus manos. Cuando esta falsa doncella se enteró de esto, fue a la señora Lile de Avelion y le suplicó ayuda para vengarse de su propio hermano.

Capítulo 5

Cómo Balin fue perseguido por sir Lanceor, caballero de Irlanda, y cómo justó con él y lo mató

»Y esta señora Lile de Avelion tomó esta espada que traía consigo, y dijo que ningún hombre la sacaría de la vaina a menos que fuese uno de los mejores caballeros de este reino, el cual sería bravo y esforzado, y que con esa espada mataría a su hermano. Ésa es la causa por la que tal doncella ha venido a esta corte. Lo sé tan bien como vosotros. Pluguiera a Dios que no hubiese venido, pues no hizo en honrosa hermandad para hacer el bien, sino siempre gran daño. Ese caballero que ha ganado la espada morirá por esa espada, por la cual causará gran daño, pues no existe caballero de más proeza que él, y a vos os hará, mi señor Arturo, gran honor y cortesía; y es gran lástima que vaya a vivir poco tiempo, pues no sé que exista otro igual de su fuerza y osadía.

Así, pues, se armó el caballero de Irlanda en todos los puntos, enderezó el escudo en su hombro, montó a caballo, tomó su lanza en la mano, y fue detrás a más andar, cuanto podía correr su caballo. Y en poco espacio, en una montaña, vio a Balin; y a

grandes voces le gritó:

–Aguardad, caballero, pues aguardaréis lo queráis o no, y de nada os valdrá el escudo que lleváis delante.

Cuando Balin oyó las voces, volvió su caballo fieramente, y dijo:

–Gentil caballero, ¿qué queréis, acaso queréis justar conmigo?

–Sí –dijo el caballero irlandés–; para eso vengo tras de vos.

–Mejor habría sido –dijo Balin– que os hubieseis quedado donde estabais, pues muchos creen poner en reproche a su enemigo, y a menudo son ellos mismos los que salen reprochados. ¿De qué corte sois enviado?

–Vengo de la corte del rey Arturo –dijo el caballero de Irlanda–; de allí vengo para vengar el menosprecio que habéis hecho hoy al rey Arturo y su corte.

–Bien veo –dijo Balin– que debo enfrentarme con vos; siento haber agraviado al rey Arturo, o a cualquiera de su corte; y vuestra querella conmigo es muy simple, pues la dama que ha muerto me hizo gran daño; de no ser así, habría sido yo el caballero más aborrecible de cuantos viven por matar a una dama.

–Aprestaos –dijo el caballero Lanceor– y enderezad hacia mí, pues uno de los dos ha de quedar en el campo.

Enristraron entonces sus lanzas, se embistieron con toda la fuerza que sus caballos podían correr y el caballero irlandés hirió a Balin en el escudo, de manera que su lanza se saltó hecha trozos. Y Balin le atravesó el escudo, le desgarró la cota, y le traspasó el cuerpo y la grupa del caballo; y al punto dio la vuelta fieramente a su caballo, y sacó la espada sin saber que lo había matado; entonces lo vio tendido como un cadáver.

Capítulo 6

Cómo una doncella, amada de Lanceor,

se dio muerte por amor, y cómo Balin

se encontró con su hermano Balan

Entonces miró en su derredor, y advirtió que venía una doncella todo lo deprisa que el caballo podía correr, sobre un hermoso palafrén. Y cuando vio muerto a Lanceor fue indecible su aflicción, y dijo:

–¡Ah, Balin, dos cuerpos has matado y un corazón, y dos corazones en un cuerpo, y dos almas has perdido!

Y seguidamente tomó la espada de su amor, que yacía muerto, y cayó al suelo desvanecida. Y cuando volvió en sí se lamentó de manera conmovedora, lo que afligió sobremanera a Balin. Y se llegó a ella para quitarle la espada de la mano; pero ella la asió tan fuertemente que no se la podía quitar sin herirla. Y súbitamente la dama apoyó el pomo en el suelo, y se ensartó el cuerpo de parte a parte.

Cuando Balin vio su acción, tuvo gran pesar en su corazón, y vergüenza de que tan hermosa doncella se hubiese quitado la vida por amor del que había muerto.

–Ay –dijo Balin–, mucho me pesa la muerte de este caballero por el amor de esta doncella, pues muy grande y verdadero amor había entre ellos –y era tanta su aflicción que no pudo seguir mirándolos, sino que volvió el caballo y miró hacia una gran floresta. Y descubrió, por las armas, a su hermano Balan. Y cuando estuvieron cerca el uno del otro, se quitaron los yelmos, se besaron, y lloraron de alegría y piedad. Entonces dijo Balin–: Poco imaginaba yo que iba a topar con vos en esta súbita aventura; mucho me alegra veros libre de vuestra dolorosa prisión, pues me dijo un hombre, en el Castillo de las Cuatro Piedras[3], que habíais sido liberado, y que os había visto en la corte del rey Arturo; y por eso he venido a este país, pues aquí suponía que os hallaría.

Al punto contó Balin a su hermano su aventura de la espada, y la muerte de la Dama del Lago, y cómo el rey Arturo se había disgustado con él.

–Por lo que ha mandado tras de mí a este caballero, que aquí yace muerto; y me aflige mucho la muerte de esta doncella.

–También a mí –dijo Balan–; pero debéis aceptar la aventura que Dios quiera ordenaros.

–En verdad –dijo Balin–, mucho me pesa que mi señor Arturo esté disgustado conmigo, pues es el más digno rey que ahora gobierna en la tierra, y quiero ganar su amor, o poner mi vida en aventura. Pues el rey Rience ha puesto cerco al Castillo Terrabil; nos dirigiremos a él sin demora, para probar nuestro merecimiento y proeza sobre él.

–De buen grado –dijo Balan– iré con vos; y nos ayudaremos uno al otro como deben hacer los hermanos.

Capítulo 7

Cómo un enano reprobó a Balin por la muerte de Lanceor, y cómo los halló el rey Marco de Cornualles, mandó erigir un sepulcro sobre ellos

–Vayámonos ahora de aquí –dijo Balin–, y alegrémonos de habernos encontrado.

Mientras hablaban llegó a caballo un enano de la ciudad de Camelot lo más deprisa que podía, y halló los cuerpos muertos, por donde hizo gran duelo, y se mesó los cabellos de aflicción, y dijo:

–¿Quién de vosotros, caballeros, ha hecho esto?

–¿Por qué lo preguntas? –dijo Balan.

–Porque quisiera saberlo –dijo el enano.

–Yo he sido –dijo Balin–; que he matado a este caballero en mi defensa, pues venía en mi seguimiento, y o lo mataba yo a él, o él a mí; y esta doncella se ha quitado la vida por amor a él, lo cual me pesa, y por ella deberé a todas las mujeres el mejor amor.

–Ay –dijo el enano–, gran daño te has hecho a ti mismo, pues este caballero que aquí yace muerto era uno de los hombres más valientes que vivían, y ten por seguro, Balin, que el linaje de este caballero te perseguirá por todo el mundo hasta acabar contigo.

–En cuanto a eso –dijo Balin–, no me causa ningún temor, pero me pesa mucho haber disgustado a mi señor el rey Arturo por la muerte de este caballero.

Y mientras así hablaban llegó a caballo un rey de Cornualles que se llamaba rey Marco. Y cuando vio estos dos cuerpos muertos, y supo cómo habían muerto, por los dos antedichos caballeros, hizo gran lamentación por el amor verdadero que había entre ellos, y dijo: «No partiré hasta haber erigido sobre esta tierra un sepulcro»; y plantó allí sus pabellones, y buscó por todo el país un sepulcro, y en una iglesia hallaron uno que era hermoso y rico; y entonces el rey mandó poner a ambos en la tierra, y el sepulcro sobre ellos, y mandó escribir los nombres de ambos, sobre la piedra, así: AQUÍ YACE LANCEOR HIJO DEL REY DE IRLANDA, QUE A SU PROPIO REQUERIMIENTO MURIÓ POR MANO DE BALIN, Y CÓMO SU DAMA Y AMANTE, COLOMBE, SE DIO MUERTE CON LA ESPADA DE SU AMADO POR AFLICCIÓN Y DOLOR.

Capítulo 8

Cómo profetizó Merlín que lucharían allí dos de los mejores caballeros del mundo, que eran sir Lanzarote y sir Tristán

Mientras esto acaecía llegó Merlín al rey Marco; y al ver lo que había hecho dijo:

–Aquí en este mismo sitio tendrá lugar la batalla más grande entre dos caballeros que ha habido ni habrá, y más fieles amantes; sin embargo, ninguno de ellos matará al otro.

Y Merlín escribió sobre la piedra, con letras de oro, los nombres de los que lucharían en este lugar; a saber, Lanzarote del Lago y Tristán.

–Eres un hombre maravilloso –dijo el rey Marco a Merlín–, al hablar de tales maravillas; eres un simple y un necio al decir tales cosas. ¿Cómo te llamas?

–En esta sazón –dijo Merlín–, no lo diré; pero en la hora en que sir Tristán sea prendido con su dama soberana, entonces oiréis y sabréis mi nombre, y entonces tendréis nuevas que no os placerán –y dijo después a Balin–: Gran daño te has hecho a ti mismo; por no salvar a esta dama se ha dado muerte, pudiendo haberla salvado si hubieses querido.

–Por la fe de mi vida –dijo Balin–, que no la he podido salvar, pues se ha matado súbitamente.

–Mucho lo lamento –dijo Merlín–, pues por la muerte de esa dama darás el golpe más doloroso que ha dado jamás hombre ninguno, salvo el recibido por Nuestro Señor; pues herirás al caballero más probado y hombre más honrado de cuantos ahora viven, y por ese golpe tres reinos sufrirán gran pobreza, miseria y desdicha doce años, y no sanará el caballero de esa herida en muchos años.

Entonces Merlín se despidió de Balin. Y dijo Balin:

–Si supiese yo con certeza que es verdad lo que dices, que cometeré esa terrible acción, ahora mismo me daría muerte para dejarte en mentira.

En eso desapareció Merlín súbitamente. Y entonces Balin y su hermano pidieron licencia al rey Marco para marcharse.

–Antes –dijo el rey–, decidme vuestro nombre.

–Señor –dijo Balin–, podéis ver que llevo dos espadas, por tanto podéis llamarme el Caballero de las Dos Espadas.

Y se separaron, dirigiéndose el rey Marco hacia Camelot, donde estaba el rey Arturo, y Balin tomó el camino del rey Rience; y mientras cabalgaban juntos toparon con Merlín disfrazado, aunque no lo reconocieron.

–¿Adónde vais? –dijo Merlín.

–Poca cuenta tenemos que darte a ti –dijeron los dos hermanos.

–Pero ¿cuál es tu nombre? –dijo Balin.

–En esta sazón no te lo diré –dijo Merlín.

–Mal se ve –dijeron los caballeros– que seas hombre verdadero, cuando no quieres decir tu nombre.

–En cuanto a eso –dijo Merlín–, como quiera que sea, puedo decir por qué lleváis ese camino: vais en busca del rey Rience; pero de nada os valdrá, a menos que sigáis mi consejo.

–Ah –dijo Balin–, sois Merlín; de buen grado seguiremos vuestro consejo.

–Venid conmigo –dijo Merlín–, ganaréis gran honra; pero ved de obrar caballerescamente, pues tendréis gran menester de ella.

–En cuanto a eso –dijo Balan–, no temáis: pondremos en ello todo nuestro empeño.

Capítulo 9

Cómo Balin y su hermano, por consejo de Merlín,

prendieron al rey Rience y lo llevaron al rey Arturo

Entonces Merlín los apostó en un bosque, entre las hojas junto al camino, y quitó las bridas a sus caballos y los puso a pacer, dejando que ellos se acostaran y descansasen hasta que fue cerca de la medianoche. Entonces Merlín les ordenó que se levantasen y se apercibiesen, pues el rey estaba cerca de ellos, ya que se había apartado secretamente de su hueste con tres veintenas de caballos de sus mejores caballeros, y veinte de ellos iban delante para anunciar a la Señora de Vance de que el rey estaba en camino, pues esa noche el rey Rience yacería con ella.

–¿Cuál de ellos es el rey? –dijo Balin.

–Aguardad –dijo Merlín–, aquí en un camino estrecho daréis con él –y a continuación mostró a Balin y a su hermano por dónde venía.

Al punto Balin y su hermano se enfrentaron al rey, lo derribaron e hirieron fieramente, y lo dejaron tendido en el suelo; y allí mataron a diestra y a siniestra, más de cuarenta de sus hombres, y pusieron en fuga a los restantes. Entonces volvieron al rey Rience, y lo habrían matado de no haberse rendido él a la gracia de ambos. Y les dijo así:

–Caballeros acabados de proeza, no me matéis, pues con mi vida podéis ganar, y con mi muerte no ganaréis nada.

Entonces dijeron estos dos caballeros: «Cierto y verdad es lo que decís», así que lo pusieron en una litera de caballos.

En eso desapareció Merlín, fue al rey Arturo y le contó cómo había sido prendido y desbaratado su mayor enemigo.

–¿Por quién? –dijo el rey Arturo.

–Por dos caballeros –dijo Merlín– que quisieran placer a vuestra señoría; mañana sabréis qué caballeros son.

Poco más tarde llegaron el Caballero de las Dos Espadas y Balan, su hermano, trayendo con ellos al rey Rience del Norte de Gales, y allí lo entregaron a los porteros, quienes se hicieron cargo de él; y sin otra cosa se volvieron a ir con el alba del día.

Fue entonces el rey Arturo al rey Rience, y le dijo:

–Señor, sed bien venido. ¿Por qué aventura habéis llegado aquí?

–Señor –dijo el rey Rience–, aquí me ha traído una fuerte aventura.

–¿Quién os ha ganado? –dijo el rey Arturo.

–Señor –dijo el rey–, el Caballero de las Dos Espadas y su hermano, que son dos maravillosos caballeros de proeza.

–No los conozco –dijo Arturo–, pero muy obligado estoy a ellos.

–Ah –dijo Merlín–, yo os lo diré: son Balin, el que ganó la espada, y su hermano Balan, un buen caballero, pues no vive otro de más proeza ni honra, y por él habrá el más grande duelo que yo haya visto de ningún caballero, pues no vivirá mucho.

–Ay –dijo el rey Arturo–, ésa es gran lástima; pues muy obligado estoy a él, y mal he merecido su gentileza.

–No –dijo Merlín–, hará mucho más por vos, como sabréis antes de que pase mucho tiempo. Pero, señor, ¿estáis abastecido?, pues mañana la hueste de Nerón, hermano del rey Rience, vendrá sobre vos antes del mediodía con una gran hueste, así que aparejad, pues yo no estaré con vos.

Capítulo 10

Cómo el rey Arturo sostuvo una batalla contra Nerón y el rey Lot de Orkney, y cómo el rey Lot fue engañado por Merlín, y cómo fueron muertos doce reyes

Entonces el rey Arturo distribuyó su hueste en diez batallas, y Nerón estaba apercibido en el campo, ante el Castillo Terrabil, con una gran hueste de diez batallas, con mucha más gente que Arturo. Nerón mandaba la vanguardia con la mayor parte de su gente. Y fue Merlín al rey Lot de la Isla de Orkney, y lo entretuvo con un cuento de profecía, mientras Nerón y su gente eran destruidos. Y allí sir Kay el Senescal se portó muy bien, de manera que nunca le abandonó la honra en los días de su vida; y sir Hervis de Revel llevó a cabo maravillosas acciones con Arturo, y el rey Arturo mató ese día a veinte caballeros y dejó malheridos a cuarenta. A la sazón llegaron el Caballero de las Dos Espadas y su hermano Balan; y se portaban los dos tan maravillosamente que el rey y todos los caballeros se maravillaban de ellos, y todos los que los observaban decían que eran enviados del Cielo como ángeles, o demonios del Infierno; y el mismo rey Arturo se dijo que eran los mejores caballeros que había visto jamás, pues daban tales golpes que todos los hombres tenían asombro de ellos.

Entretanto fue uno al rey Lot, y le dijo que mientras él se demoraba en entrar en combate, Nerón había sido destruido y muerto con toda su gente.

–Ay –dijo el rey Lot–, afrentado soy, pues por mi culpa han muerto muchos hombres dignos, pues de haber estado juntos no habría habido hueste bajo el cielo capaz de contender con nosotros; ese embaucador se ha burlado de mí con su profecía.

Todo esto había sido obra de Merlín, pues sabía bien que si el rey Lot hubiese estado en persona en la primera batalla, el rey Arturo habría sido muerto, y toda su gente destruida; y bien sabía Merlín que uno de estos reyes moriría ese día, y aunque no quería que muriese ninguno de los dos, prefería que muriese el rey Lot, antes que el rey Arturo.

–¿Qué será mejor? –dijo el rey Lot de Orkney–. ¿Pactar con el rey Arturo, o luchar?, pues la mayor parte de nuestra gente ha sido muerta y destruida.

–Señor –dijo un caballero–, id sobre Arturo, pues están cansados y agotados de la lucha, y nosotros estamos frescos.

–En cuanto a mí –dijo el rey Lot–, quiero que cada caballero cumpla su parte como voy a cumplir yo la mía.

Entonces avanzaron las banderas, se arremetieron e hicieron pedazos sus lanzas; y los caballeros de Arturo, con la ayuda del Caballero de las Dos Espadas y su hermano Balan, derrotaron al rey Lot y su hueste. Aunque el rey Lot se mantuvo siempre en la primera línea, haciendo maravillosos hechos de armas, y manteniendo a toda su hueste con su ejemplo, y resistiendo a todos los caballeros. Ay, pero no pudo durar; lo cual fue gran lástima, que fuese vencido tan acabado caballero como era él, que poco tiempo antes había sido uno de los caballeros del rey Arturo, y estaba casado con la hermana del rey Arturo; y porque yació el rey Arturo con la esposa del rey Lot, que era su hermana, y engendró en ella a Mordred, el rey Lot se tuvo siempre contra Arturo.

Y había un caballero al que llamaban Caballero de la Extraña Bestia, cuyo nombre verdadero era Pellinor, el cual era buen hombre de proeza; y descargó éste un poderoso golpe al rey Lot cuando luchaba con todos sus enemigos, erró el golpe, y dio en el cuello del caballo, que cayó al suelo con el rey Lot; y a continuación Pellinor le abrió un gran tajo en el yelmo y cabeza, hasta las cejas. Entonces toda la hueste de Orkney huyó, por la muerte del rey Lot, y allí fueron muertos muchos hijos de madres. Pero el rey Pellinor llevó siempre el baldón de la muerte del rey Lot, por lo que sir Gawain vengó la muerte de su padre al décimo año de ser hecho caballero, y mató al rey Pellinor con sus propias manos.

También murieron en esa batalla doce reyes del bando del rey Lot con Nerón, que fueron enterrados en la iglesia de San Esteban de Camelot, y los restantes caballeros y otros fueron enterrados en una gran peña.

Capítulo 11

Del enterramiento de doce reyes, y de la profecía de Merlín, y cómo Balin daría el Golpe Doloroso

Y acudió al enterramiento la esposa del rey Lot, Margawse, con sus cuatro hijos, Gawain, Agravain, Gaheris y Gareth. También acudieron el rey Uriens, padre de sir Uwain, y su esposa Morgana el Hada, que era hermana del rey Arturo. Todos éstos asistieron al enterramiento.

El rey Arturo mandó erigir una muy rica tumba para estos doce reyes, y para el rey Lot mandó erigir un sepulcro aparte; después ordenó fundir Arturo doce efigies de latón y cobre, y doradas con oro, que representasen a los doce reyes, y cada una de ellas tuvo un cirio ardiendo día y noche; y fue hecho el rey Arturo en imagen de una figura de pie, por encima de ellos, con una espada en la mano; y las doce figuras tenían actitud de hombres vencidos. En todo esto intervino Merlín con sus artes sutiles, y dijo allí al rey:

–Cuando yo muera dejarán de arder estos cirios, y poco después vendrán a vos y serán acabadas las aventuras del Santo Grial.

También dijo a Arturo cómo «Balin, el esforzado caballero, dará el Golpe Doloroso, que acarreará gran venganza».

–¡Ah!, ¿dónde están Balin y Balan y Pellinor? –dijo el rey Arturo.

–En cuanto a Pellinor –dijo Merlín–, pronto se enfrentará con vos; y en cuanto a Balin, no estará mucho tiempo lejos de vos; pero el otro hermano se irá y no lo veréis más.

–Por mi fe –dijo Arturo–, son dos maravillosos caballeros, y en especial Balin aventaja en proeza a cuantos caballeros he conocido, y muy obligado estoy a él; pluguiera a Dios que permaneciese conmigo.

–Señor –dijo Merlín–, ved de guardar bien la vaina de Excalibur, pues no perderéis sangre ninguna mientras la tengáis con vos, así recibáis todas las heridas que os puedan caber.

(Después, muy confiadamente, Arturo encomendó la vaina a su hermana Morgana el Hada; y ésta amaba más a otro caballero que a su marido el rey Uriens, y que al rey Arturo, y quiso que matase a

su hermano Arturo, para lo cual hizo otra vaina como ésta por encantamiento, y dio la vaina de Excalibur a su amante. Y este caballero se llamaba Accolon, que más tarde estuvo cerca de matar al rey Arturo.) Después de esto Merlín profetizó al rey Arturo que habría una gran batalla cerca de Salisbury, y su propio hijo Mordred estaría contra él. También le dijo que Bagdemagus era primo suyo, y pariente cercano del rey Uriens.

Capítulo 12

Cómo llegó un afligido caballero a Arturo,

y cómo lo fue a buscar Balin, y cómo este caballero fue muerto por un caballero invisible

Un día o dos después estaba el rey Arturo algo enfermo, mandó plantar su pabellón en un prado, y allí se acostó sobre una colcha para dormir; pero no podía conciliar el sueño. Al poco rato oyó un gran ruido de caballo, se asomó a la entrada del pabellón, y vio pasar a un caballero justo ante él exhalando grandes lamentaciones.

–Aguarda, gentil señor –dijo Arturo–, y dime por qué vas tan afligido.

–Poco me podéis ayudar –dijo el caballero, y siguió camino del Castillo de Meliot.

Poco después llegó Balin, y al ver al rey Arturo se apeó de su caballo, se llegó a él a pie, y le hizo reverencia.

–Por mi cabeza –dijo Arturo–, sed bien venido. Señor, ahora mismo ha pasado por este camino un caballero haciendo gran lamentación, no sé por qué causa; por lo que deseo de vuestra cortesía y gentileza que traigáis aquí a ese caballero de grado o por fuerza.

–Haré por vuestra majestad más que eso –dijo Balin.

Y cabalgó a todo correr, halló al caballero con una doncella en una floresta, y le dijo:

–Señor caballero, debéis venir conmigo al rey Arturo, a contarle vuestra aflicción.

–No lo haré –dijo el caballero–, pues eso me heriría grandemente y a vos no os aprovecharía.

–Señor –dijo Balin–, os ruego que os aprestéis, pues debéis venir conmigo, o habré de luchar con vos y llevaros por fuerza, lo cual me disgustaría.

–¿Queréis ser mi valedor –dijo el caballero–, y voy con vos?

–Sí –dijo Balin–, o moriré por ello.

Se aprestó entonces a ir con Balin, y dejó a la doncella sosegada. Y cuando estaban ante el pabellón del rey Arturo, llegó uno invisible, y atravesó el cuerpo de parte a parte, con una lanza, a este caballero que iba con Balin.

–Ay –dijo el caballero–, muerto soy bajo vuestra conducción por un caballero llamado Garlon; por tanto, tomad mi caballo, que es mejor que el vuestro, id a la doncella, seguid la empresa en que yo estaba como ella os guiará, y vengad mi muerte cuando podáis.

–Así lo haré –dijo Balin–, y de eso hago voto a la caballería –y se despidió de este caballero con gran aflicción.

Y el rey Arturo mandó enterrar a este caballero ricamente, y se hizo mención, sobre su tumba, de cómo había sido muerto Herlews le Berbeus, y quién había cometido la traición: el caballero Garlon. Pero la doncella llevó siempre consigo el trozo de la lanza que había matado a sir Herlews.

Capítulo 13

Cómo Balin y la doncella toparon con un caballero que fue

muerto de la misma manera, y cómo sangró

la doncella por la costumbre de un castillo

Así, pues, se internaron Balin y la doncella en una floresta, y allí toparon con un caballero que había estado monteando; y este caballero preguntó a Balin por qué causa hacía tan gran lamentación.

–No me place decíroslo –dijo Balin.

–Pues si estuviese yo armado como vos estáis –dijo el caballero–, lucharía con vos.

–Poca necesidad habría –dijo Balin–, pues no tengo ningún temor en decíroslo– y le contó lo que había ocurrido.

–Ah –dijo el caballero–, ¿eso es todo? Aquí os prometo yo, por la fe de mi vida, no separarme nunca de vos mientras dure mi vida.

Fueron a la posada, se armaron, y cabalgó con Balin. Y al llegar a una ermita, justo delante de un cementerio, vino invisible el caballero Garlon, y atravesó a este caballero, Perin de Mountbeliard, con una lanza.

–Ay –dijo el caballero–, muerto soy por ese caballero traidor que cabalga invisible.

–Ay –dijo Balin–, no es la primera afrenta que me hace.

Y el ermitaño y Balin enterraron al caballero bajo una rica piedra y real tumba. Y por la mañana hallaron letras de oro escritas, así: SIR GAWAIN VENGARÁ LA MUERTE DE SU PADRE, EL REY LOT, EN EL REY PELLINOR.

Poco después Balin y la doncella cabalgaron hasta que llegaron a un castillo; se apeó allí Balin, y entraron en el castillo él y la doncella; y tan pronto como Balin cruzó la entrada, cayó el rastrillo a su espalda, y muchos hombres rodearon a la doncella con intención de

matarla. Al ver esto Balin tomó mucho agravio, pues no la podía ayudar; subió entonces a la torre, saltó de los muros al foso sin daño, sacó luego la espada y se dispuso a luchar con ellos. Pero ellos le dijeron que no, que no querían luchar, pues no hacían sino cumplir la vieja costumbre del castillo; y le contaron cómo su señora estaba enferma, y llevaba acostada muchos años, y no podía sanar a menos que tuviese una fuente de plata llena de sangre de una doncella pura e hija de rey, «y por tanto, la costumbre del castillo es que esta doncella no pase por este camino a menos que dé de su sangre una fuente de plata llena».

–Bien –dijo Balin–, pues sangrará cuanto pueda sangrar, pero no perderé su vida mientras tenga yo vida.

Y Balin la hizo sangrar por consentimiento de ella, aunque su sangre no ayudó a la dama. Y descansaron allí él y ella toda la noche, y fueron muy bien agasajados, y por la mañana siguieron su camino. Y como se cuenta después en el Santo Grial, la hermana de sir Perceval ayudó a esta dama con su sangre, por cuya causa murió

Capítulo 14

Cómo Balin se enfrentó con ese caballero, llamado Garlon, en una fiesta, y allí lo mató para tener

su sangre y sanar con ella al hijo de su huésped

Cabalgaron tres o cuatro días sin dar con ninguna aventura, y por fortuna se alojaron con un gentilhombre que era hombre rico y de mucha hacienda. Y estando sentados cenando oyó Balin a uno quejarse tristemente cerca de él, en una cámara.

–¿Qué son esas quejas? –dijo Balin.

–En verdad –dijo su huésped–, os lo voy a contar. Hace muy poco estuve en una justa, y allí justé con un caballero que es hermano del rey Pellam, y lo derribé dos veces; entonces él prometió desquitarse

en mi mejor amigo; y así hirió a mi hijo, que no puede sanar hasta que tenga yo la sangre de ese caballero, el cual cabalga siempre invisible, aunque no sé su nombre.

–Ah –dijo Balin–, conozco a ese caballero, se llama Garlon; él ha matado a dos caballeros míos de la misma manera; y por esa razón más quisiera yo enfrentarme con ese caballero que todo el oro de este reino, por la afrenta que me ha hecho.

–Pues os diré –dijo su huésped– que el rey Pellam de Listinoise ha hecho anunciar por todo este país una gran fiesta que se celebrará dentro de veinte días, y ningún caballero podrá ir a ella, a menos que lleve a su esposa, o a su amante; y ese día veréis a dicho caballero, enemigo vuestro y mío.

–Entonces os prometo –dijo Balin– parte de su sangre para sanar con ella a vuestro hijo.

–Mañana nos pondremos en camino –dijo su huésped.

Así, pues, por la mañana, salieron los tres hacia Listimoise, y tuvieron quince días de viaje antes de llegar; y ese mismo día comenzaba la gran fiesta. Se apearon, llevaron los caballos a la cuadra, y entraron en el castillo; pero el huésped de Balin no pudo entrar porque no tenía ninguna dama. Pero Balin fue bien recibido, conducido a una cámara y desarmado. Y le fueron traídas ropas de su agrado, y quisieron que Balin dejase su espada.

–No –dijo Balin–; eso no lo haré, pues es costumbre de mi país que un caballero tenga siempre su arma consigo, y quiero mantener esa costumbre; de lo contrario me iré como he venido.

Entonces le dieron licencia para llevar su espada, entró en el castillo y lo sentaron entre caballeros de merecimiento, y a su dama delante de él.

Al poco rato preguntó Balin a un caballero:

–¿No hay en esta corte un caballero llamado Garlon?

–Allá va –dijo el caballero–, aquel con la cara oscura; es el caballero más maravilloso de cuantos ahora viven, pues destruye muchos

buenos caballeros, aprovechando que anda invisible.

–¡Ah –dijo Balin–, ése es! –entonces Balin pensó mucho rato para sí: «Si lo mato aquí no escaparé, y si lo dejo ahora, quizá no me enfrente con él en una ocasión como ésta y hará mucho daño mientras viva».

En esto vio Garlon que Balin le miraba; se llegó a él y le dio con el revés de la mano en la cara; y dijo:

–Caballero, ¿por qué me miras así? Por vergüenza, cómete tu vianda, y haz lo que has venido a hacer.

–Verdad dices –dijo Balin–, no es ésta la primera afrenta que tú me haces, así que haré lo que he venido a hacer –y se levantó fieramente, y le hendió la cabeza hasta los hombros–. Dadme el trozo de lanza –dijo Balin a su dama– con que mató a vuestro caballero –al punto se lo dio ella, pues siempre llevaba aquel trozo consigo. Y seguidamente Balin le atravesó el cuerpo con él, diciendo en voz alta–: Con este trozo de lanza que ahora se hinca en tu cuerpo mataste a un buen caballero.

Llamó entonces Balin a su huésped, diciendo:

–Ahora podéis llevaros sobra de sangre con que sanar a vuestro hijo.

Capítulo 15

Cómo Balin luchó con el rey Pellam, y cómo se quebró su espada, y cómo tuvo una lanza con la que dio el Golpe Doloroso

Al punto se levantaron todos los caballeros de la mesa para ir sobre Balin, y el mismo rey Pellam saltó fieramente, y dijo:

–Caballero, ¿por qué has matado a mi hermano? Morirás por ello antes de que partas.

–Bien –dijo Balin–, hacedlo vos.

–Sí –dijo el rey Pellam–, ningún hombre las habrá contigo más que yo, por el amor de mi hermano.

Entonces el rey Pellam asió en su mano una arma esquiva y la descargó rabiosamente sobre Balin; pero Balin puso su espada entre su cabeza y el golpe, con lo que se quebró su espada. Viéndose Balin desarmado, corrió a una cámara en busca de alguna arma; y fue de cámara en cámara, sin poder hallar ninguna, siempre con el rey Pellam detrás. Y finalmente entró en una cámara maravillosamente bien aderezada, y ricamente, con una cama ataviada con paño de oro de lo más costoso que cabe imaginar, y vio a uno yaciendo en ella; y cerca de ella había una mesa de oro con cuatro columnas de plata, y sobre ella estaba una maravillosa lanza extrañamente labrada.

Cuando Balin vio la lanza, la tomó en su mano, se volvió al rey Pellam y lo hirió muy gravemente con ella, de manera que el rey Pellam cayó desvanecido; y seguidamente se quebraron el techo y muros del castillo, viniéndose a tierra, y Balin cayó de tal suerte que no podía mover pie ni mano. Y la mayor parte del castillo, derrumbada por el Golpe Doloroso, quedó encima de Pellam y de Balin tres días.

Capítulo 16

Cómo Balin fue librado por Merlín, y cómo salvó a un caballero que quería darse muerte por amor

Entonces llegó Merlín, levantó a Balin, le dio un buen caballo, pues el suyo había muerto, y le dijo que saliese de este país.

–Quisiera llevarme a mi doncella –dijo Balin.

–Mira –dijo Merlín– dónde yace muerta.

Y el rey Pellam permaneció muchos años malherido, sin sanar, hasta que lo sanó Galahad el Alto Príncipe[4] en la demanda del Santo Grial, pues en este lugar estaba parte de la sangre de Nuestro Señor Jesucristo, que José de Arimatea había traído a esta tierra, y él mismo yacía en aquella rica cama. Y aquélla era la misma lanza que Longius había hincado a Nuestro Señor en el corazón. El rey Pellam era pariente cercano de José, y el hombre más digno que vivía en ese tiempo; y fue gran lástima de su herida, pues por ese golpe aconteció gran dolor, congoja y desventura. Entonces se despidió Balin de Merlín, y dijo éste:

–No nos encontraremos más en este mundo –y recorrió hermosos países y ciudades, y halló gente muerta y destruida por todas partes. Y los que estaban vivos le gritaban: «¡Ah, Balin, gran estrago has causado en estos países!; por el Golpe Doloroso que diste al rey Pellam, tres países han sido destruidos; pero no dudes que a la postre caerá la venganza sobre ti».

Cuando Balin dejó atrás estos países se alegró sobremanera. Y cabalgó ocho días antes de encontrar ninguna aventura. Y finalmente entró en una hermosa floresta que había en un valle; advirtió una torre, y junto a ella vio un gran caballo de guerra atado a un árbol, y allí cerca, sentado en el suelo, un hermoso caballero haciendo gran lamentación, y era un hombre hermoso y bien hecho. Dijo Balin:

–Dios os salve; ¿por qué estáis tan afligido? Decídmelo, que yo lo remediaré en lo que pueda.

–Señor caballero –replicó él–, tú me causas gran congoja, pues estaba en alegres pensamientos y ahora me causas más pesar.

Se apartó Balin un poco de él, y observó su caballo; entonces le oyó Balin decir así:

–Ah, hermosa señora, por qué has roto la promesa, pues prometiste encontrarte aquí conmigo a medio día; ahora puedo maldecirte por

haberme dado esta espada, pues con ella me quitaré la vida –y la sacó. Saltó Balin al punto sobre él, y lo tomó por la mano–. Suelta mi mano –dijo el caballero–, o te mataré.

–No será necesario –dijo Balin–, pues os prometo mi ayuda para obtener a vuestra dama, si queréis decirme dónde está.

–¿Cuál es vuestro nombre? –dijo el caballero.

–Mi nombre es Balin le Savage.

–Ah, señor, harto bien os conozco; sois el Caballero de las Dos Espadas, y el hombre de más proeza con sus manos que existe.

–¿Cuál es vuestro nombre? –dijo Balin.

–Mi nombre es Garnish del Monte, hijo de hombre pobre, pero por mi proeza y osadía un duque me ha hecho caballero, me ha dado tierras; se llama duque Hermel, y es a su hija a quien amo, y ella a mí, según creo.

–¿A qué distancia está de aquí? –dijo Balin.

–A sólo seis millas –dijo el caballero.

–Vayámonos de aquí –dijeron estos dos caballeros. Y cabalgaron a más andar, hasta que llegaron a un hermoso castillo bien morado y fosado.

–Yo entraré en el castillo –dijo Balin–, y veré si está ella.

Entró, pues, registró de cámara en cámara, y halló su cama, pero no estaba allí. Entonces Balin miró en un pequeño jardín, y la vio acostada bajo un laurel, sobre una colcha de jamete verde, con un caballero en sus brazos, estrechamente abrazados el uno al otro, y bajo sus cabezas yerbas y plantas. Cuando Balin la vio así acostada con el caballero más deshonesto que conocía, siendo ella hermosa dama, volvió a recorrer todas las cámaras, y fue a decirle al caballero dónde la había hallado muy dormida, y lo llevó adonde ella estaba durmiendo.

Capítulo 17

Cómo este caballero mató a su amada y a un caballero que yacía con ella, y después, cómo se mató él con su propia espada, y cómo Balin fue a un castillo donde perdió la vida

Y cuando Garnish la vio así acostada, de puro dolor le manó sangre de la boca y la nariz, y con su espada les cortó la cabeza a ambos; y entonces hizo grandísima lamentación, y dijo:

–Oh, Balin, mucho dolor me has traído, pues si no me hubieses mostrado esta visión, me habría ahorrado este dolor.

–En verdad –dijo Balin–, lo he hecho con intención de que esto te devolviese el coraje, y de que pudieses ver y conocer su falsedad, y dejases de amar a tal dama; Dios sabe que no he hecho sino lo que hubiese querido que me hicieras a mí.

–¡Ay! –dijo Garnish–, ahora mi dolor se ha doblado de manera que no puedo seguir viviendo, habiendo dado muerte a la que más he amado en toda mi vida –y súbitamente se ensartó sobre su propia espada hasta el puño.

Cuando Balin vio esto, se fue de allí, por que no dijese la gente que los había matado él, y siguió su camino; y a los tres días llegó a una cruz, en la que había letras de oro escritas, que decían: NINGÚN CABALLERO SOLO CABALGUE HACIA ESTE CASTILLO. Entonces vio venir a un viejo y canoso gentilhombre hacia él que le dijo:

–Balin le Savage, traspasas tus límites viniendo por este camino, así que vuélvete y saldrás ganando.

Y al punto desapareció; y en eso oyó tocar un cuerno como si anunciase la muerte de una bestia.

–Ese toque –dijo Balin– es por mí; pues yo soy la presa, aunque aún no estoy muerto.

A continuación de esto vio unas cien dueñas y muchos caballeros

que lo recibieron con muchas sonrisas, y allí hubo danzas y música y toda clase de alegría. Entonces dijo la principal dama del castillo:

–Caballero de las Dos Espadas, tenéis que enfrentaros y justar con un caballero que aquí cerca guarda una isla, pues ningún hombre puede pasar por este camino sin justar antes.

–Desdichada costumbre es ésa –dijo Balin–, que no pueda pasar por aquí un caballero a menos que juste.

–Sólo tendrás que enfrentarte con un caballero –dijo la dama.

–Bien –dijo Balin–, pues ya que lo he de hacer, estoy presto; pero los hombres andantes están a menudo cansados, y también sus caballos; pero aunque esté cansado mi caballo, mi corazón no lo está. De grado iré, aunque halle la muerte.

–Señor –dijo un caballero a Balin–, creo que vuestro escudo no es bueno. Yo os prestaré uno más grande; os ruego que lo aceptéis.

Y tomó el escudo desconocido, y dejó el suyo, cabalgó hacia la isla, y los subieron a él y al caballo en un gran batel; y cuando llegó al otro lado se encontró con una doncella que le dijo:

–¡Oh, caballero Balin!, ¿por qué has dejado tu escudo? ¡Ay, en gran peligro te has puesto, pues por tu escudo habrías sido conocido! Gran lástima siento por tu pérdida, más que de ningún otro caballero, pues de tu proeza y osadía no tienes par vivo.

–Me pesa –dijo Balin– haber entrado en este país, pero ahora no puedo volverme por vergüenza, y cualquier aventura que me venga, sea a vida o a muerte, la tomaré como me llegue.

Y entonces se miró la armadura, entendió que iba bien armado, y seguidamente se santiguó y montó sobre su caballo.

Capítulo 18

Cómo Balin se enfrentó a su hermano Balan,

y cómo se mataron el uno al otro sin reconocerse, hasta que estuvieron heridos de muerte

Entonces vio venir del castillo a un caballero, y su caballo aparejado todo de rojo, y él con el mismo color. Cuando este caballero de rojo vio a Balin, pensó que debía de ser su hermano Balin por las dos espadas; pero como no conocía su escudo, juzgó que no era él. Y bajaron sus lanzas, se embistieron maravillosamente aprisa, y se dieron el uno al otro en el escudo; pero sus lanzas y su carrera fueron tan recias que se derribaron hombre y caballo, y quedaron ambos en el suelo sin sentido.

Pero Balin quedó muy magullado con la caída del caballo, pues estaba fatigado del viaje. Y Balan fue el primero en ponerse de pie y sacar la espada. Fue hacia Balin y éste se levantó y fue contra él; pero Balan hirió primero a Balin, alzó éste el escudo, y el golpe se lo hendió, y le tajó el yelmo. Entonces Balin hirió a su vez con aquella desdichada espada, y estuvo muy cerca de matar a su hermano Balan; y lucharon hasta que se quedaron sin aliento.

Entonces Balin alzó los ojos hacia el castillo y vio las torres llenas de damas. Y volvieron a la lucha otra vez, hiriéndose dolorosamente, y deteniéndose muchas veces a tomar aliento; y así siguió la batalla, de manera que todo el lugar donde luchaban estaba tinto en sangre. Y a la sazón se habían infligido uno al otro no menos de siete grandes heridas, de las que la menor de ellas podía haber sido la muerte del más poderoso gigante de este mundo.

Entonces comenzaron a batallar otra vez tan maravillosamente que espantaba oír de aquella batalla por la mucha sangre derramada, y las cotas desclavadas, de manera que por todos los costados estaban desnudos. Finalmente Balan, el hermano más joven, se retrajo un poco y cayó. Entonces dijo Balin le Savage:

–¿Qué caballero eres tú? Pues hasta ahora ningún caballero me había igualado.

–Me llamo Balan –dijo el otro–, y soy hermano del buen caballero

Balin.

–¡Ay! –dijo Balin–, que haya visto yo este día –y seguidamente cayó de espaldas desvanecido.

Entonces Balan se acercó andando a pies y manos, quitó el yelmo a su hermano, y no le pudo conocer por la cara, tan llena de tajos y sangre como estaba; pero cuando despertó, dijo:

–¡Oh, Balan, hermano, tú me has matado, y yo a ti, por lo que todo el ancho mundo hablará de nosotros dos!

–¡Ay! –dijo Balan–, que haya visto yo este día, en que por desdicha no he podido conoceros, pues bien había visto vuestras dos espadas; pero porque teníais otro escudo creí que erais otro caballero.

–¡Ay! –dijo Balin–, todo esto lo ha hecho un desdichado caballero del castillo, pues él me hizo dejar mi propio escudo para nuestra destrucción; y si yo pudiese vivir, destruiría este castillo por sus malvadas costumbres.

–Bien hecho estaría –dijo Balan–, pues nunca recibí gracia para marcharme de ellos desde que vine, pues aquí me acaeció matar al caballero que guardaba esta isla, y desde entonces no he podido partir, ni podrás tú, hermano, si acaso me matas, como has hecho, y escapas con vida.

En eso se acercó la señora de la torre con cuatro caballeros y seis damas y seis criados con ellos, y oyó cómo se hacían sus quejas, diciendo: «De una misma tumba salimos, como fue el vientre de una madre, y en una misma fosa yaceremos». Y Balan rogó a la dama que, por su leal servicio, los enterrase en el mismo sitio en que había tenido lugar la batalla. Y ella dijo llorando que lo haría ricamente de la mejor manera.

–¿Queréis enviar ahora por un capellán, que podamos recibir nuestro sacramento, y recibir el bendito cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo?

–Sí –dijo la señora–; así se hará –y envió por un capellán que les dio sus ritos.

–Cuando seamos enterrados en una tumba –dijo Balin–, y se haga mención sobre nosotros, cómo dos hermanos se dieron muerte, no habrá hombre bueno, ni caballero, que viendo nuestra tumba no rece por nuestras almas.

Y todas las dueñas y doncellas lloraron de piedad. Y a poco murió Balan, pero Balin no murió hasta pasada la medianoche; y fueron enterrados los dos, y la señora mandó que se hiciese mención de Balan, cómo fue muerto allí a manos de su hermano; aunque ella no sabía el nombre de Balin.

Capítulo 19

Cómo Merlín enterró a los dos en una tumba,

y de la espada de Balin

Por la mañana llegó Merlín y puso el nombre de Balin sobre la tumba con letras de oro; así: AQUÍ YACE BALIN LE SAVAGE, QUE FUE EL CABALLERO DE LAS DOS ESPADAS, EL CUAL DIO EL GOLPE DOLOROSO.

También hizo Merlín con su poder una cama, en la que no podía yacer hombre ninguno sin que perdiese el juicio, aunque Lanzarote del Lago anuló el poder de esta cama por su nobleza.

Y así que hubo muerto Balin, tomó Merlín su espada, le quitó el pomo y le puso otro pomo. Pidió luego Merlín a un caballero que estaba delante que manejase la espada, y probó éste, y no la pudo manejar. Entonces Merlín se rió.

–¿Por qué os reís? –dijo el caballero.

–Ésta es la causa –dijo Merlín–: nadie manejará esta espada sino el mejor caballero del mundo, y ése será sir Lanzarote, o Galahad su hijo, y Lanzarote matará con esta espada al hombre del mundo que más amaba, el cual será sir Gawain.

Todo esto hizo que quedara escrito en el pomo de la espada. Después Merlín hizo un puente de hierro y acero hasta la isla, de sólo medio pie de ancho, por el que no pasaría ningún hombre, ni osaría subir en él, sino el que fuese muy buen hombre y caballero sin traición ni malicia. También dejó Merlín la vaina de la espada de Balin en este lado de la isla para que la hallase Galahad. También hizo Merlín con su sutileza que la espada de Balin quedase hincada en una piedra de mármol grande como una muela, y que la piedra se mantuviese siempre sobre el agua, lo que hizo muchos años, y navegó por ventura corriente abajo hasta la ciudad de Camelot, que en inglés es Winchester. Y ese mismo día Galahad el Alto Príncipe llegó al rey Arturo trayendo consigo la vaina, y ganó la espada que estaba en la piedra de mármol, la cual se tenía sobre el agua. Y la ganó el Domingo de Pentecostés, como se refiere en el libro del Santo Grial.

Poco después de hecho esto llegó Merlín al rey Arturo y le contó del Golpe Doloroso que Balin había dado al rey Pellam, y cómo Balin y Balan habían librado la más maravillosa batalla jamás oída, y cómo habían sido enterrados en una misma tumba.

–Ay –dijo el rey Arturo–, ésta es la más grande lástima que he oído contar de dos caballeros, pues no conozco en el mundo otros dos como ellos.

Así termina la historia de Balin y de Balan, dos hermanos nacidos en Northumberland, buenos caballeros.

Sequitur liber III.

[2] Trenche fer et acier en el texto francés; pero Vinaver considera más probable que el origen de dicho nombre esté en el vulnificus chalylos de Virgilio. (Véase Malory Works, editadas por Vinaver.)

[3] O de las Cuatro Catapultas.

[4] Aquí están confundidos los nombres de Galahaut el Alto Príncipe y Galahad, hijo de Lanzarote.

Libro III

Capítulo 1

Cómo el rey Arturo tomó mujer, y casó con Ginebra, hija de Leodegrance, rey de la tierra de Camelerd, con la que tuvo la Tabla Redonda

Al principio de Arturo, después que fue elegido rey por ventura y por gracia, pues la mayor parte de los barones no sabían que era hijo del rey Uther Pendragon, aunque Merlín lo hizo saber públicamente, pero muchos reyes y señores sostuvieron gran guerra contra él por esta causa, aunque Arturo los venció a todos, se guió la mayor parte de los días de su vida por el consejo de Merlín. Y acaeció una vez que dijo el rey Arturo a Merlín:

–Mis barones no me dejan en paz, insistiendo en que necesito tomar esposa, aunque no tomaré ninguna sino por tu acuerdo y tu consejo.

–Está bien –dijo Merlín– que toméis esposa, pues un hombre de vuestra generosidad y nobleza no debe estar sin esposa. Y bien, ¿hay alguna a la que améis más que a las demás?

–Sí –dijo el rey Arturo–, amo a Ginebra, hija del rey Leodegrance, de la tierra de Camelerd, el cual tiene en su casa la Tabla Redonda que, como tú dices, la recibió de mi padre Uther. Y esta doncella es la dama más valiente y hermosa que conozco viva, o aun que podría hallar.

–Señor –dijo Merlín–, en cuanto a belleza y hermosura, es una de las más hermosas de cuantas viven; pero si no la amaseis tanto como decís, y vuestro corazón no estuviese determinado, yo os hallaría una doncella de belleza y bondad que os placiese y gustase;

pero cuando el corazón de un hombre está determinado, se niega a renunciar.

–Eso es verdad –dijo el rey Arturo.

Pero Merlín advirtió al rey secretamente que no era sano para él tomar a Ginebra por esposa, y le previno que Lanzarote la amaría, y ella a él; y seguidamente encaminó sus palabras hacia las aventuras del Santo Grial. Entonces Merlín pidió licencia al rey para llevar hombres con él para indagar sobre Ginebra, y el rey se los otorgó; y fue Merlín al rey Leodegrance de Camelerd, y le habló del deseo del rey, que quería tomar por esposa a su hija Ginebra.

–Ésa es para mí –dijo el rey Leodegrance– la mejor nueva que he oído, que tan digno rey de proeza y nobleza quiera casar con mi hija. Y en cuanto a mis tierras, se las daría si supiese que le place, pero él tiene sobra de tierras, y no necesita ninguna; pero le enviaré un don que le placerá mucho más, pues le daré la Tabla Redonda que Uther Pendragon me dio a mí, la cual, cuando está completa, reúne ciento cincuenta caballeros. Y en cuanto a cien buenos caballeros yo mismo los tengo, pero faltan cincuenta, pues muchos han muerto en mis días.

Y Leodegrance entregó su hija Ginebra a Merlín, y la Tabla Redonda con los cien caballeros; y cabalgaron refrescadamente, con gran realeza, ya por agua ya por tierra, hasta que llegaron cerca de Londres.

Capítulo 2

Cómo fueron ordenados los caballeros de la Tabla Redonda, y bendecidas sus sillas por el obispo de Canterbury

Cuando el rey Arturo supo de la llegada de Ginebra y los cien caballeros con la Tabla Redonda, acogió con gran alegría su llegada, y el rico presente, y dijo públicamente:

–Muy bien venida a mí es esta hermosa dama, pues hace mucho que la amo, y por tanto nada hay tan grato para mí. Y más me placen estos caballeros de la Tabla Redonda que muy grandes riquezas.

Y a toda prisa mandó el rey que se hiciesen los preparativos para el casamiento y la coronación, de la manera más honrosa que se podía discurrir.

–Ahora, Merlín –dijo el rey Arturo–, ve y búscame por toda esta tierra cincuenta caballeros de la más grande proeza y merecimiento.

En breve tiempo Merlín había hallado veintiocho[5] de estos caballeros, pero no pudo hallar más. Entonces fue traído el obispo de Canterbury, y bendijo las sillas con gran solemnidad y devoción, y se sentaron los veintiocho caballeros en sus sillas. Y concluido esto, dijo Merlín:

–Gentiles señores, debéis levantaros todos y venir al rey Arturo a rendirle homenaje; así tendrá más voluntad de conservaros.

Así, pues, se levantaron y le rindieron homenaje; y cuando se hubieron ido, Merlín halló en cada silla letras de oro que decían el nombre del caballero que había estado sentado en ella. Pero dos sillas estaban vacías.

Y llegó luego el joven Gawain y pidió al rey un don.

–Pedid –dijo el rey–, y os lo otorgaré.

–Señor, os pido que me hagáis caballero el mismo día que os desposéis con la hermosa Ginebra.

–Muy de grado lo haré –dijo el rey Arturo–; y os haré toda la honra que pueda, pues debo hacerlo así por ser vos mi sobrino, hijo de mi hermana.

Capítulo 3

Cómo un hombre pobre que cabalgaba sobre una yegua flaca pidió al rey Arturo que hiciese caballero a su hijo

En esto entró un hombre pobre en la corte llevando consigo a un hermoso mancebo de dieciocho años, cabalgando sobre una yegua flaca; y el hombre pobre preguntaba a todo el que encontraba:

–¿Dónde hallaré al rey Arturo?

–Allá está –dijeron los caballeros–, ¿quieres algo de él?

–Sí –dijo el hombre pobre–, por eso he venido aquí.

Luego que llegó ante el rey, lo saludó y dijo:

–¡Oh, rey Arturo, flor de todos los caballeros y reyes, ruego a Jesús que te salve! Señor, me han dicho que con ocasión de vuestro casamiento otorgaríais a cualquier hombre el don que os pidiese, salvo que no fuese razonable.

–Eso es verdad –dijo el rey–; tal pregón he mandado hacer, y mantendré, con tal que no menoscabe mi reino ni mi estado.

–Bien y graciosamente decís –dijo el hombre pobre–. Señor, no os pido otra cosa sino que hagáis a este hijo mío caballero.

–Gran cosa es lo que pides de mí –dijo el rey–. ¿Cuál es tu nombre? –dijo el rey al hombre pobre.

–Señor, mi nombre es Aries el vaquero.

–¿Viene esto de ti o de tu hijo? –dijo el rey.

–Señor –dijo Aries–, este deseo viene de mi hijo y no de mí, pues os diré que tengo trece hijos, y todos ellos hacen el trabajo que les

pongo, y están contentos de trabajar, pero este hijo no quiere trabajar para mí, por mucho que mi mujer y yo hagamos, sino que anda siempre disparando o arrojando dardos, le gusta ver batallas y caballeros, y día y noche desea de mí ser hecho caballero.

–¿Cuál es tu nombre? –dijo el rey al muchacho.

–Me llamo Tor, señor.

El rey lo miró atentamente, vio que tenía muy graciosa cara y estaba muy bien hecho para sus años.

–Bien –dijo el rey Arturo a Aries el vaquero–, trae a todos tus hijos ante mí, que yo pueda verlos.

Así lo hizo el hombre pobre, y todos estaban formados muy parecidamente a él. Pero Tor no era como ninguno de ellos en forma ni continente, pues era mucho más que ninguno de ellos.

–Y bien –dijo el rey Arturo al vaquero–, ¿dónde está la espada con la que ha de ser hecho caballero?

–Aquí está –dijo Tor.

–Sácala de la vaina –dijo el rey–, y requiéreme que te haga caballero.

Entonces Tor bajó de su yegua y sacó su espada, se arrodilló y requirió al rey que quisiese hacerle caballero, y que pudiese ser caballero de la Tabla Redonda.

–En cuanto a caballero, os haré –y seguidamente le dio en el cuello con la espada, diciendo–: Sed buen caballero, como ruego a Dios que lo podáis ser, y si sois de proeza y de merecimiento, seréis caballero de la Tabla Redonda. Ahora, Merlín –dijo Arturo–, decid si este Tor será buen caballero o no.

–Sí, señor; ha de ser buen caballero, pues viene del hombre más bueno de cuantos hay vivos, y de sangre de rey.

–¿Cómo es eso, señor? –dijo el rey.

–Os lo diré –dijo Merlín–. Este hombre pobre, Aries el vaquero, no es su padre, ni tiene ningún parentesco con él, pues su padre es el rey Pellinor.

–Yo creo que no –dijo el vaquero.

–Trae a tu mujer ante mí –dijo Merlín–, y no lo negará

Al punto fue traída la mujer, que era una hermosa dueña, y allí respondió a Merlín muy mujerilmente, y contó al rey y a Merlín que cuando era doncella y fue a ordeñar las vacas, topó con un grave caballero, «y medio por fuerza tuvo mi doncellez, y en aquella sazón engendró a mi hijo Tor, y se llevó mi galgo que yo tenía conmigo en aquella sazón, y dijo que guardaría el galgo por mi amor».

–Ah –dijo el vaquero–, no sospechaba yo esto, pero bien lo puedo creer, pues nunca tuvo mis maneras.

–Señor –dijo Tor a Merlín–, no deshonréis a mi madre.

–Señor –dijo Merlín–, más honra es para vos que daño, pues vuestro padre es buen hombre y rey, y muy bien puede acrecentaros a vos y a vuestra madre, pues fuisteis engendrado antes que ella se casase.

–Eso es verdad –dijo la mujer.

–Entonces menos agravio es para mí –dijo el vaquero.

Capítulo 4

Cómo sir Tor fue reconocido por hijo del rey Pellinor, y cómo Gawain fue hecho caballero

Y por la mañana llegó el rey Pellinor a la corte del rey Arturo, que lo recibió con gran alegría, y le habló de Tor, cómo era hijo suyo, y

cómo lo había hecho caballero a requerimiento del vaquero. Cuando Pellinor contempló a Tor, se plació mucho. Y el rey hizo también caballero a Gawain, pero fue a Tor a quien hizo primero en la fiesta.

–¿Cuál es la causa –dijo el rey Arturo– de que haya dos sitios vacíos en las sillas?

–Señor –dijo Merlín–, nadie se sentará en esos sitios sino los de más merecimiento. Pero en la Silla Peligrosa sólo podrá sentarse uno; y si alguien fuese tan osado de hacerlo será destruido; pues el que se ha de sentar en ella no tendrá par.

Y seguidamente tomó Merlín al rey Pellinor por la mano, y al llegar al que estaba junto a las dos sillas, y a la Silla Peligrosa, dijo, de manera que todos lo oyesen:

–Éste es vuestro sitio, y más digno sois de sentaros en él que ninguno de cuantos aquí están.

Por lo que sir Gawain sintió gran envidia, y dijo a Gaheris su hermano:

–En gran honor es puesto ese caballero, cosa que me agravia mucho, pues mató a nuestro padre el rey Lot; por tanto lo mataré –dijo Gawain– con una espada que me han afilado, la cual es muy cortante.

–No lo haréis en esta sazón –dijo Gaheris–, pues sólo soy escudero, y cuando sea caballero me vengaré de él; y por tanto, hermano, es mejor que aguardéis otra ocasión, que podamos tenerle fuera de la corte, pues si lo hiciésemos aquí, turbaríamos esta gran fiesta.

–De grado haré –dijo Gawain– como queréis.

Capítulo 5

Cómo en el festín de las bodas del rey Arturo

con Ginebra entró un ciervo blanco en la sala,

y treinta pares de perros, y cómo una perra

perseguía al ciervo, a la que se llevaron

Entonces se preparó un gran festín, y el rey se desposó en Camelot con doña Ginebra en la Iglesia de san Esteban, con gran solemnidad. Y como estuviese sentado cada hombre según su grado, fue Merlín a todos los caballeros de la Tabla Redonda, y les mandó que permaneciesen en sus sitios y no se fuese ninguno, «pues veréis una extraña y maravillosa aventura».

Y estando todos allí sentados entró corriendo un ciervo blanco en la sala, y una perra blanca en pos de él, y treinta pares de perros negros detrás, con gran bullicio. Y el ciervo corrió alrededor de la Tabla Redonda. Y al pasar junto a otras mesas, la perra blanca le mordió en la nalga y le arrancó un trozo, por lo que el ciervo dio un gran salto y derribó a un caballero que estaba sentado junto a la mesa, y al punto se levantó el caballero, tomó a la perra, salió con ella de la sala, tomó su caballo y se fue con la perra.

Al poco rato llegó una dama sobre un palafrén blanco, y dijo a voces al rey Arturo:

–Señor, no consintáis que reciba yo esta afrenta, pues era mía la perra que ese caballero se lleva.

–Nada puedo hacer yo en eso –dijo el rey.

En esto llegó un caballero todo armado sobre un gran caballo, y se llevó a la dama a la fuerza, en tanto ella no cesaba de gritar y proferir grandes lamentaciones. Cuando hubo desaparecido se alegró el rey, por el escándalo que hacía.

–No –dijo Merlín–, no debéis dejar tan ligeramente estas aventuras, pues deben ser llevadas a cabo; de lo contrario traerían deshonra a vos y a vuestra fiesta.

–Quiero –dijo el rey– que todo se haga según vuestro consejo.

–Entonces –dijo Merlín– mandad llamar a sir Gawain, pues debe traer otra vez al ciervo blanco. También, señor, debéis mandar llamar a sir Tor, pues él debe traer a la perra y al caballero, o matarlo si no. También mandad llamar al rey Pellinor, pues debe traer a la dama y al caballero, o matarlo si no. Y estos tres caballeros harán maravillosas aventuras antes de volver.

Entonces fueron llamados los tres antedichos, y tomó cada uno su mandado, y se armó bien. Pero sir Gawain tuvo la primera recuesta, por lo que empezaré por él.

Capítulo 6

Cómo sir Gawain fue a traer otra vez el ciervo,

y cómo dos hermanos luchaban entre sí por el ciervo

Cabalgó sir Gawain a más andar, y fue su hermano Gaheris con él como escudero para hacerle servicio. Y mientras cabalgaban, vieron a dos caballeros que luchaban a caballo con mucha saña, por lo que sir Gawain y su hermano se interpusieron, y les preguntaron por qué causa luchaban así. Respondió uno de los caballeros, y dijo:

–Luchamos por una simple cuestión; pues los dos somos hermanos, nacidos y engendrados de un mismo hombre y de una misma mujer.

–¡Ay! –dijo sir Gawain–, y ¿por qué lo hacéis?

–Señor –dijo el mayor de los dos–, por aquí ha pasado hoy un ciervo blanco, seguido de muchos perros, con una perra blanca siempre cerca de él, y hemos entendido que es una aventura hecha para la gran fiesta del rey Arturo; y yo quería ir detrás para ganar honor; y aquí mi hermano más joven dijo que quería ser él quien fuera tras el ciervo, pues era mejor caballero que yo, y por esta causa hemos trabado debate, y hemos acordado probar cuál de los dos es mejor

caballero.

–Simple causa es ésa –dijo sir Gawain–; con extraños debíais contender, y no hermano con hermano; por tanto, si no os avenís a seguir mi consejo, me enfrentaré con vosotros, os rendiréis a mí, e iréis al rey Arturo y os rendiréis a su gracia.

–Señor caballero –dijeron los dos hermanos–, estamos fatigados de luchar, y hemos perdido mucha sangre por nuestra porfía, por tanto no quisiéramos contender con vos.

–Entonces haced como os digo –dijo sir Gawain.

–Aceptamos cumplir vuestra voluntad; pero ¿por quién diremos que somos enviados allí?

–Podéis decir: «por el caballero que sigue la demanda del ciervo blanco». ¿Y cuál es vuestro nombre? –dijo Gawain.

–Sorlouse de la Floresta –dijo el mayor.

–Y el mío –dijo el más mancebo–, Brian de la Floresta.

Y partieron y fueron a la corte del rey, y sir Gawain fue en pos de su demanda. Y siguiendo al ciervo por los ladridos de los perros, vio justo ante sí un gran río, y el ciervo se echó a nadar; y cuando sir Gawain iba a seguirlo, vio a un caballero en la otra orilla; y dijo éste:

–Señor caballero, no vengas tras este ciervo, a menos que quieras justar conmigo.

–No os defraudaré en eso –dijo sir Gawain–, para seguir la empresa en que estoy –y seguidamente hizo nadar a su caballo por el agua.

Y tomaron luego sus lanzas y corrieron contra sí muy crudamente; pero sir Gawain lo derribó del caballo; volvió entonces su caballo, y le mandó que se rindiese.

–No –dijo el caballero–; no lo haré, aunque me hayas vencido a caballo. Te ruego, valiente caballero, que bajes a pie y nos midamos con espadas.

–¿Cuál es vuestro nombre? –dijo sir Gawain.

–Alardin de las Islas –dijo el otro.

Entonces enderezaron uno y otro sus escudos y se acometieron; pero sir Gawain le tajó tan reciamente el yelmo que le llegó a los sesos, y el caballero cayó muerto.

–¡Ah! –dijo Gaheris–, ése ha sido un poderoso golpe de un caballero mancebo.

Capítulo 7

Cómo fue perseguido el ciervo hasta el interior de un castillo y allí muerto, y cómo Gawain mató a una dama

Entonces Gawain y Gaheris cabalgaron a más andar en pos del ciervo blanco, y soltaron tras él tres pares de galgos, y éstos lo persiguieron hasta el interior de un castillo; y en el patio principal del castillo mataron al ciervo. Sir Gawain y Gaheris llegaron detrás. En eso salió un caballero de una cámara con una espada desnuda en la mano, y mató a dos de los galgos a la vista de sir Gawain, y a los restantes los persiguió con la espada fuera del castillo. Y cuando volvió dijo:

–Ah, mi ciervo blanco, mucho pesar tengo de que hayas muerto, pues a mí te dio mi señora soberana, y mal te he guardado; pero cara se ha de pagar tu muerte si vivo.

Y entró al punto en su cámara, se armó, salió airadamente, y se encaró con sir Gawain.

–¿Por qué habéis matado a mis perros? –dijo sir Gawain–; no hicieron sino lo que era propio en ellos, y más habría querido yo que hubieseis vengado vuestra ira sobre mí que no sobre una bestia muda.

–Verdad dices –dijo el caballero–. Ya me he vengado en tus perros, y ahora lo haré en ti antes de que te vayas.

Entonces se apeó sir Gawain, embrazó su escudo, y se acometieron poderosamente, y se hendieron los escudos, se abollaron los yelmos, y se rasgaron las cotas de manera que la sangre les manaba hasta los pies. Por último sir Gawain hirió tan fuertemente al caballero que éste cayó a tierra, y entonces pidió merced, y se rindió, y rogóle que, como caballero y gentilhombre que era, le perdonase la vida.

–Morirás –dijo sir Gawain– por haber matado a mis perros.

–Os haré reparación –dijo el caballero– en lo que pueda.

Sir Gawain no quiso tener merced, y le desenlazó el yelmo para tajarle la cabeza. En eso salió su dama de una cámara, se arrojó sobre él, y le cortó la cabeza a ella por mala fortuna.

–Ay –dijo Gaheris–, ésa ha sido una acción horrible y vergonzosa; nunca se apartará tal vergüenza de vos; también debíais conceder merced a los que la piden, pues un caballero sin merced carece de honor.

Sir Gawain quedó tan turbado por la muerte de esta hermosa dama que no supo qué hacer, y dijo al caballero:

–Levanta, te daré merced.

–No, no –dijo el caballero–; no me importa la merced ahora, pues has matado a mi amor y mi dama, a la cual amaba por encima de toda cosa terrenal.

–Mucho me pesa –dijo Gawain–, pues pensaba darte el golpe a ti. Pero ahora irás al rey Arturo y le contarás tu aventura y cómo has sido vencido por el caballero de la empresa del ciervo blanco.

–No me importa –dijo el caballero– vivir o morir –pero por temor a la muerte, juró ir al rey Arturo; y Gawain le hizo llevar un galgo muerto delante de él, sobre el caballo, y otro detrás.

–¿Cuál es vuestro nombre –dijo sir Gawain–, antes de que nos separemos?

–Mi nombre es –dijo el caballero– Ablamor del Pantano.

Y partió hacia Camelot.

Capítulo 8

Cómo lucharon cuatro caballeros contra Gawain y Gaheris, y cómo fueron vencidos éstos, y salvadas sus vidas a requerimiento de cuatro damas

Entró sir Gawain en el castillo, se dispuso a dormir allí esa noche y fue a desarmarse.

–¿Qué vais a hacer –dijo Gaheris–, queréis desarmaros en este país? Pensad que tenéis aquí muchos enemigos.

No bien había dicho esto cuando llegaron cuatro caballeros bien armados, y asaltaron de recio a sir Gawain, y le dijeron:

–Tú, recién hecho caballero, has afrentado a tu caballería; pues un caballero sin merced carece de honor. También has matado a una hermosa dama para gran vergüenza tuya hasta el fin del mundo, y ten por seguro que vas a necesitar merced antes que te vayas de aquí.

Y seguidamente uno de ellos descargó a sir Gawain un gran golpe que casi lo derribó a tierra; le hirió Gaheris con fuerza a su vez y así siguieron de un lado y de otro, de manera que sir Gawain y Gaheris estaban en peligro de sus vidas; y uno con arco, un arquero, atravesó el brazo a sir Gawain hiriéndole muy gravemente.

Y cuando iban a ser muertos llegaron cuatro hermosas damas y suplicaron a los caballeros gracia para sir Gawain. Y buenamente, a requerimiento de las damas, perdonaron la vida a sir Gawain y a Gaheris, y les hicieron rendirse como prisioneros. Entonces Gawain y Gaheris hicieron gran lamentación. «¡Ay! –dijo sir Gawain–,

mucho me aflige mi brazo, sin duda voy a quedar lisiado»; y se quejaba lastimeramente.

Por la mañana temprano fue a sir Gawain una de las cuatro damas que había oído toda su queja, y le dijo:

–Señor caballero, ¿cómo estáis?

–No bien –dijo él.

–Culpa vuestra es –dijo la dama–, pues habéis cometido una muy horrible acción al matar a la dama, lo cual será gran ignominia para vos. Pero ¿no sois del linaje del rey Arturo?

–Sí, en verdad –dijo sir Gawain.

–¿Cuál es vuestro nombre? –dijo la dama–. Debéis decírmelo, antes de que os vayáis.

–Me llamo Gawain, hijo del rey Lot de Orkney, y mi madre es hermana del rey Arturo.

–¡Ah!, entonces sois sobrino del rey Arturo –dijo la dama–; hablaré por vos para que tengáis salvoconducto para ir a Arturo, por su amor.

Y partió ella y contó a los cuatro caballeros cómo su prisionero era sobrino del rey Arturo, «y se llama sir Gawain, hijo del rey Lot de Orkney». Entonces ellos le dieron la cabeza del ciervo porque era su demanda. Seguidamente libraron a sir Gawain con esta promesa; que debía llevar a la dama muerta con él de esta manera: la cabeza colgada de su cuello, y el resto del cuerpo echado delante de él, sobre la crin de su caballo.

Y así emprendió el camino de Camelot. Y así que hubo llegado, pidió Merlín al rey Arturo que hiciese jurar a sir Gawain que contaría todas las aventuras, y cómo había matado a la dama, y cómo no quiso conceder ninguna merced al caballero, por lo que fue muerta la dama. Entonces el rey y la reina se disgustaron grandemente con Gawain por la muerte de la dama.

Y por mandato de la reina se reunió un jurado de damas sobre sir

Gawain, y sentenciaron que siempre, mientras viviese, debía estar a favor de todas las damas, y defender sus querellas; y que siempre debía ser cortés, y no negar nunca merced a quien se la pidiese. Así lo juró Gawain sobre los cuatro Evangelios, que nunca estaría contra dueña ni doncella, a menos que luchase él por una dueña y su adversario por otra. Y así acaba la aventura que llevó a cabo sir Gawain en las bodas del rey Arturo. Amén.

Capítulo 9

Cómo sir Tor fue en pos del caballero con la perra,

y de su aventura por el camino

Cuando sir Tor estuvo presto montó sobre su caballo, y salió en pos del caballero con la perra. Y por el camino topó súbitamente con un enano que dio un golpe a su caballo en la cabeza con una estaca, que lo echó para atrás el trecho de su lanza.

–¿Por qué has hecho eso? –dijo sir Tor.

–Porque no pasarás por este camino, a menos que justes con aquellos caballeros de los pabellones.

Entonces advirtió Tor dónde estaban dos pabellones, y gruesas lanzas de pie, con dos escudos colgados de los árboles junto a los pabellones.

–No puedo detenerme –dijo sir Tor–, pues estoy en una demanda que necesariamente debo seguir.

–No pasarás –dijo el enano, y a continuación tocó el cuerno.

Entonces llegó uno armado a caballo, embrazó su escudo, y corrió hacia Tor; enderezó éste contra él, y se arremetieron de tal manera que Tor lo arrancó del caballo. Y al punto el caballero se rindió a su merced.

–Pero, señor, tengo un compañero en aquel pabellón que luego las habrá con vos.

–Será bien recibido –dijo sir Tor.

Entonces advirtió que venía otro caballero con gran ímpetu, y enderezó cada uno para el otro, que era maravilla ver; pero el caballero dio a sir Tor tal golpe en medio del escudo que su lanza saltó hecha trozos. Y sir Tor le atravesó el escudo por abajo, y le entró por el costado, aunque no lo mató el golpe. Seguidamente se apeó sir Tor y le descargó un gran golpe sobre el yelmo, y al punto el caballero se rindió y le suplicó merced.

–De buen grado te la daré –dijo sir Tor–; pero tú y tu compañero debéis ir al rey Arturo, y daros prisioneros a él.

–¿Por quién diremos que somos enviados?

–Diréis: «por el caballero que seguía la demanda del caballero que iba con la perra». Y ahora, ¿cuáles son vuestros nombres? –dijo sir Tor.

–Mi nombre es –dijo el uno– sir Felot de Langduk.

–Y mi nombre es –dijo el otro– sir Petipace de Winchelsea.

–Pues id –dijo sir Tor–, y que Dios os valga, y a mí.

Entonces llegó el enano y dijo a sir Tor:

–Os ruego que me deis un don.

–De buen grado –dijo sir Tor–; pide.

–Sólo pido –dijo el enano– que me toméis a vuestro servicio, pues no quiero servir más a caballeros menguados.

–Toma un caballo –dijo sir Tor–, y ven conmigo.

–Sé que vais en pos del caballero con la perra blanca; yo os llevaré a donde está –dijo el enano.

Y cabalgaron por una floresta, y finalmente descubrieron dos pabellones cerca de un priorato, con dos escudos, y uno de los escudos era de color blanco, y el otro era bermejo.

Capítulo 10

Cómo halló sir Tor a la perra con una dama,

y cómo le asaltó un caballero por dicha perra

Seguidamente se apeó sir Tor, tomó del enano su ancha espada, se llegó al pabellón blanco, y vio tres doncellas acostadas en él, durmiendo sobre una colcha; y fue al otro pabellón, y halló a una dama durmiendo en él; pero allí estaba la perra blanca que empezó a llamarla con ladridos, a lo cual salió la dama del pabellón, y todas sus doncellas. Pero luego que vio sir Tor a la perra blanca, la tomó por fuerza y la llevó al enano.

–¿Cómo, acaso queréis –dijo la dama– quitarme mi perra?

–Sí –dijo sir Tor–, esta perra he buscado desde la corte del rey Arturo hasta aquí.

–Pues bien, caballero –dijo la dama–, no iréis lejos con ella sin que alguien os haga frente y agravie.

–Aceptaré la aventura que venga por la gracia de Dios –y montó sobre su caballo, y emprendió el camino a Camelot; pero estaba tan cerca la noche que no pudo llegar sino poco más allá.

–¿Conoces alguna posada? –dijo Tor.

–No conozco ninguna –dijo el enano–; pero aquí cerca hay una ermita; allí debéis tomar la posada que halléis.

Y al poco rato llegaron a la ermita y tomaron aposento; y había yerba, avena y comida para sus caballos; en seguida fueron

atendidos, aunque fue flaca su cena; pero descansaron toda la noche hasta por la mañana, oyeron misa devotamente, se despidieron del ermitaño, y sir Tor rogó al ermitaño que rezase por él. El ermitaño dijo que lo haría, y lo encomendó a Dios. Montó él entonces a caballo y cabalgó hacia Camelot mucho tiempo. En eso oyeron dar voces a un caballero que venía tras ellos, diciendo:

–¡Caballero, aguarda y dame la perra que has quitado a mi dama!

Se volvió sir Tor, y vio cómo era un caballero apuesto y bien encabalgado, y bien armado en todos los puntos; entonces sir Tor embrazó su escudo, tomó su lanza en las manos, corrió el otro fieramente sobre él, y se derribaron ambos, hombre y caballo, a tierra. Se levantaron con presteza y sacaron las espadas ansiosos como leones, se pusieron los escudos delante, y se dieron tales tajos en ellos que caían rajas por ambas partes. También se tajaron los yelmos, y les salía la sangre caliente, y se cortaron y rasgaron las espesas mallas de sus cotas, de manera que manaba la sangre caliente y estaban ambos con muchas heridas y muy cansados.

Pero al notar sir Tor que el otro desfallecía, fue aprisa sobre él, redobló sus golpes, y lo hizo caer a tierra de costado. Entonces sir Tor le mandó que se rindiese.

–Eso no lo haré –dijo Abelleus– mientras tenga vida y siga mi alma dentro de mi cuerpo, a menos que quieras darme la perra.

–No lo haré –dijo sir Tor–, pues era mi demanda volver con la perra, o contigo, o con ambos.

Capítulo 11

Cómo sir Tor venció al caballero, y cómo éste perdió la cabeza a requerimiento de una dama

En eso llegó una doncella cabalgando sobre un palafrén, todo lo

deprisa que podía, llamando a voces a sir Tor.

–¿Qué me queréis? –dijo sir Tor.

–Te suplico –dijo la doncella–, por el amor del rey Arturo, que me concedas un don; te lo requiero, gentil caballero, como gentilhombre que eres.

–Bien –dijo sir Tor–, pues pedid el don y os lo concederé.

–Os doy gracias –dijo la doncella–; pues pido la cabeza de este falso caballero Abelleus, pues es el caballero más infame de cuantos viven, y el más infame criminal.

–No es de mi agrado –dijo sir Tor– concederos ese don; que haga reparación en lo que os haya agraviado.

–Ahora no puede –dijo la doncella–, pues ante mis propios ojos mató a mi hermano, que ahora sería mejor caballero que él, si hubiese obtenido merced; y yo estuve de rodillas media hora ante él en el barro para salvar la vida de mi hermano, que ningún daño le había hecho, aparte de luchar con él por ventura de armas, y pese a todo lo que pude hacer le tajó la cabeza; por lo que te requiero, como caballero acabado que eres, que me des mi don, o te avergonzaré ante la corte del rey Arturo; pues es el caballero más falso que vive, y gran destructor de buenos caballeros.

Cuando Abelleus oyó esto, se sintió aún más espantado, y se rindió a él y pidió merced.

–No puedo ahora –dijo sir Tor–, o me hallarían falso a mi promesa; pues cuando yo os quería haber tomado a merced, vos no quisisteis pedir ninguna a menos que os devolviese la perra que era mi demanda.

Y seguidamente le quitó el yelmo; se levantó él y huyó, pero corrió sir Tor detrás, y le segó por entero la cabeza.

–Señor –dijo la doncella–, ahora es casi de noche; os ruego que vengáis y os aposentéis en mi morada, que está muy cerca de aquí.

–De buen grado –dijo sir Tor, pues su caballo y él habían tenido mal

descanso desde que partieron de Camelot.

Y fue con ella, y recibió muy buena acogida con ella; y tenía ella por marido un viejo caballero muy gentil, el cual le dio muy buena acogida, al caballo y a él. Y por la mañana oyó misa, desayunó, y se despidió del caballero y de la dama, los cuales rogaron que les dijese su nombre.

–En verdad –dijo–, me llamo sir Tor, que he sido hecho caballero hace poco, y ésta es la primera empresa de armas que he hecho: devolver lo que este caballero Abelleus se llevó de la corte del rey Arturo.

–Oh, gentil caballero –dijeron la dama y su marido–, si volvéis por aquí por nuestras marcas, venid a visitar nuestra pobre morada, que estará siempre a vuestro servicio.

Así, pues, partió sir Tor, y llegó a Camelot al tercer día por mediodía, y el rey, la reina y toda la corte tuvieron mucha alegría de su llegada, y mostraron gran alborozo porque hubiese vuelto; pues había salido de la corte con poca ayuda, ya que su padre el rey Pellinor le había dado un corcel viejo, y el rey Arturo armadura y una espada, y otra ayuda no tenía, sino que cabalgaba solo. Entonces el rey y la reina, por consejo de Merlín, le hicieron jurar que contaría de sus aventuras; y las contó, y dio pruebas de sus hechos como antes se ha referido, por lo que el rey y la reina manifestaron gran alegría.

–No, no –dijo Merlín–, éstas no son sino menudencias para lo que hará; pues probará ser un caballero de proeza, bueno como ninguno de cuantos viven, y gentil y cortés, y de buenas prendas, y muy fiel a su promesa, y nunca hará ofensa ninguna.

Y por las palabras de Merlín, el rey Arturo le dio un condado de tierras que le correspondía a él. Y aquí acaba la demanda de sir Tor, hijo del rey Pellinor.

Capítulo 12

Cómo el rey Pellinor cabalgó en pos de la dama y el caballero que la llevaba, y cómo una dama le pidió ayuda, y cómo luchó con dos caballeros por esa dama, de los que mató a uno del primer golpe

Entonces el rey Pellinor se armó, montó sobre su caballo, y cabalgó a todo andar en pos de la dama que el caballero se llevaba. Y al meterse en una floresta, vio en un valle a una doncella sentada junto a una fuente, con un caballero herido en sus brazos, y la saludó Pellinor. Y al verlo ella le gritó:

–¡Socórreme, caballero, por el amor de Cristo, rey Pellinor!

Pero éste no quiso detenerse, tan ansioso iba en pos de su demanda, mientras ella gritaba cien veces que la ayudase. Al ver que no se quería detener pidió a Dios que le enviase tanta necesidad de ayuda como ella tenía, y que pudiese sentirla antes de morir. Y como cuenta el libro, allí murió el caballero herido, por lo que la dama se dio muerte con su espada de pura aflicción.

Siguiendo el rey Pellinor por aquel valle, topó con un hombre pobre, un labrador.

–¿No has visto –dijo Pellinor– a un caballero que cabalgaba llevando una dama?

–Sí –dijo el hombre–, a ese caballero he visto, y a la dama que hacía gran lamentación; allá abajo en un valle veréis dos pabellones, y uno de los caballeros de los pabellones disputaba la dama a ese caballero, y decía que era prima cercana suya, por lo que no la llevaría más lejos. Y así, han trabado batalla por esa querella, el uno diciendo que la tendría por la fuerza, y el otro que la rescataría, ya que era parienta suya, y la llevaría a su familia; y en esta querella los he dejado luchando. Y si vais a buen paso, luchando los hallaréis, y a la dama bajo la custodia de los dos escuderos, en los pabellones.

–Dios te lo agradezca –dijo el rey Pellinor.

Entonces cabalgó al galope hasta que divisó los dos pabellones, y a los dos caballeros luchando. Fue al punto a los pabellones, vio a la dama que era su empresa y dijo:

–Gentil señora, debéis venir conmigo a la corte del rey Arturo.

–Señor caballero –dijeron los dos escuderos que estaban con ella–, allá están dos caballeros luchando por esta dama; id a separarlos, acordad con ellos, y entonces la tendréis a vuestro contentamiento.

–Decís bien –dijo el rey Pellinor.

Y al punto cabalgó entre ellos, los separó, y les preguntó la causa por que luchaban.

–Señor caballero –dijo uno–, os la voy a decir: esta dama es parienta cercana mía, hija de mi tía, y al oírla quejarse que iba con él contra su voluntad, he trabado batalla con él.

–Señor caballero –dijo el otro, cuyo nombre era Hontzlake de Wentland–, a esta dama gané por mi proeza de armas este día en la corte del rey Arturo.

–Eso es una falsedad –dijo el rey Pellinor–, pues allí llegasteis súbitamente cuando estábamos en la alta fiesta, y os llevasteis a esta dama antes de que nadie pudiese impedirlo; por tanto, es mi empresa volverla allí otra vez, y a vos también, o uno de nosotros quedará en el campo; por tanto conmigo irá la dama, o moriré en ello, pues lo he prometido al rey Arturo. Y por tanto no luchéis más, pues ninguno de vosotros tendrá parte ninguna de ella en esta sazón, y si os place luchar por ella, luchad conmigo, que yo la defenderé.

–Bien –dijeron los caballeros–; pues preparaos, porque os asaltaremos con todo nuestro poder.

Y cuando el rey Pellinor quiso apartar su caballo de ellos, sir Hontzlake lo ensartó con la espada diciendo:

–Ahora estás a pie como nosotros.

Cuando el rey Pellinor vio muerto su caballo, saltó con presteza de

él y sacó la espada, se puso el escudo delante, y dijo:

–Caballero, guarda bien tu cabeza, pues vas a tener un revés por haber matado mi caballo.

Y el rey Pellinor le dio tal golpe encima del yelmo que le hendió la cabeza hasta el mentón, de manera que cayó a tierra muerto.

Capítulo 13

Cómo el rey Pellinor ganó a la dama y la llevó a Camelot, a la corte del rey Arturo

Y entonces se volvió hacia el otro caballero que estaba malherido. Pero cuando éste vio el revés del otro, no quiso luchar, sino que se arrodilló y dijo:

–Llevaos a mi prima la dama como pedís, y os requiero, como caballero acabado que sois, que no la pongáis en afrenta ni villanía.

–¿Pues qué –dijo el rey Pellinor–, no queréis luchar por ella?

–No, señor –dijo el caballero–, no lucharé con un caballero de proeza como vos.

–Decís bien –dijo Pellinor–; os prometo que no recibirá de mí ninguna villanía, como caballero verdadero que soy. Pero ahora estoy sin caballo, así que tomaré el caballo de Hontzlake.

–No será menester –dijo el caballero–, pues yo os daré un caballo que os placerá, con tal que queráis albergaros conmigo, pues es casi de noche.

–De buen grado –dijo el rey Pellinor– pasaré con vos la noche entera.

Y allí recibió de él muy buena acogida, comió de lo mejor con muy buen vino, y holgó toda esa noche. Y por la mañana oyó misa y comió; entonces le fue traído un hermoso corcel bayo, con la silla del rey Pellinor aparejada sobre él.

–Y bien, ¿cómo debo llamaros –dijo el caballero–, ya que tenéis a mi prima por vuestro deseo de esta empresa?

–Señor, os lo diré: mi nombre es rey Pellinor de las Islas, y caballero de la Tabla Redonda.

–Ahora me alegro –dijo el caballero– que tan noble hombre tenga el gobierno de mi prima.

–¿Y cuál es vuestro nombre? –dijo Pellinor–, os ruego que me lo digáis.

–Señor, mi nombre es sir Meliot de Logres, y esta dama prima mía se llama Nimue, y el caballero que estaba en el otro pabellón es mi jurado hermano, muy buen caballero, llamado Brian de las Islas, y es muy contrario a las injusticias, y muy contrario a luchar con ningún hombre, aunque si se le insiste, por vergüenza no lo puede dejar.

–Me maravilla –dijo Pellinor–, que no quiera haberlas conmigo.

–Señor, no se enfrentará con ninguno, a menos que sea a su recuesta.

–Llevadlo a la corte –dijo Pellinor– uno de estos días.

–Señor, iremos juntos.

–Seréis bien venidos –dijo Pellinor– a la corte del rey Arturo, y muy encomiados por vuestra venida.

Partió, pues, con la dama, y la llevó a Camelot. Y cuando iban por un valle que estaba lleno de piedras, tropezó el caballo de la dama y la tiró, de manera que se magulló el brazo gravemente, y casi se desvaneció de dolor.

–Ay, señor –dijo la dama–, se me ha descoyuntado el brazo, y debo

necesariamente descansar.

–Pues lo haréis –dijo el rey Pellinor.

Y se apeó bajo un árbol donde había hermosa yerba, dejó en ella su caballo, se echó después al pie del árbol y durmió hasta que fue casi de noche. Y cuando despertó quiso seguir.

–Señor –dijo la dama–, está tan oscuro que lo mismo iríais adelante como atrás.

Así que se quedaron e hicieron allí su albergue. Entonces sir Pellinor se quitó la armadura. Y poco antes de la media noche oyeron el trote de un caballo.

–Estad callada –dijo el rey Pellinor–, pues oiremos de alguna aventura.

Capítulo 14

Cómo de camino oyó a dos caballeros, estando acostado por la noche en un valle, y de sus aventuras

Y se armó en seguida. Y justo delante de él vio cómo se juntaron dos caballeros, el uno que venía de Camelot, y el otro del norte, y se saludaban.

–¿Qué nuevas traéis de Camelot? –dijo el uno.

–Por mi cabeza –dijo el otro–, en la corte he estado espiando al rey Arturo, y hay tal compañía allí que no se romperá nunca, y casi todo el mundo está con Arturo, pues allí está la flor de la caballería. Y por esta causa voy al norte: para informar a nuestros capitanes de la compañía que hay con el rey Arturo.

–En cuanto a eso –dijo el otro caballero–, traigo un remedio

conmigo, que es el más grande veneno de que hayáis oído hablar; a Camelot voy con él, pues tenemos un amigo cerca del rey Arturo, y muy estimado, que envenenará al rey Arturo, pues así lo ha prometido a nuestros capitanes, y ha recibido grandes dones por hacerlo.

–Guardaos de Merlín –dijo el otro caballero–, pues él conoce todas las cosas por artes diabólicas.

–No por eso lo dejaré –dijo el caballero. Y se separaron.

Poco después se aprestó Pellinor, y su dama, y cabalgaron hacia Camelot; y al pasar junto a la fuente donde estaban el caballero herido y la dama halló allí al caballero, y a la dama comida por algún león o bestia salvaje, toda salvo la cabeza, por lo que hizo gran lamentación, y lloró amargamente, y dijo:

–¡Ay!, su vida podía haber salvado, pero iba tan obcecado en mi demanda que no me quise detener.

–¿Por qué hacéis esa lamentación? –dijo la dama.

–No lo sé –dijo Pellinor–, pero mi corazón se aflige amargamente por su muerte, pues era muy hermosa dama y joven.

–¿Queréis seguir mi consejo? –dijo la dama–. Tomad a este caballero y mandad que sea enterrado en una ermita; después tomad la cabeza de la dama, y llevadla con vos a Arturo.

Tomó, pues, el rey Pellinor al caballero muerto sobre sus hombros, lo llevó a la ermita, y dejó al ermitaño encargado del cadáver, de manera que fuesen hechos servicios por su alma; «y tomad su arnés por vuestro trabajo».

–Así se hará –dijo el ermitaño– como tengo que responder ante Dios.

Capítulo 15

Cómo cuando llegó a Camelot juró

sobre un libro contar la verdad de su demanda

Y partieron seguidamente, y fueron a donde yacía la cabeza de la dama de hermoso cabello dorado, de manera que el rey Pellinor se afligió en extremo al contemplarla, pues mucho conmovía su corazón aquel semblante. Y hacia el mediodía llegaron a Camelot; y el rey y la reina se alegraron mucho de su llegada a la corte. Y allí le hicieron jurar sobre los cuatro Evangelios que contaría la verdad de su demanda de un cabo al otro.

–¡Ah!, sir Pellinor –dijo la reina Ginebra–, gran reprobación merecéis por no haber salvado la vida de esta dama.

–Señora –dijo Pellinor–, gran reprobación mereceríais vos si, pudiendo, no salvaseis vuestra propia vida; pero, salvo vuestro placer, iba yo tan obcecado en mi demanda que no me quise detener, lo cual me pesa, y me pesará mientras viva.

–En verdad –dijo Merlín–, que ha de pesaros mucho, pues esa dama era vuestra propia hija, engendrada en la Dama de la Regla, y ese caballero muerto era su amado, el cual se habría desposado con ella, y era joven y muy buen caballero, y habría probado ser buen hombre; y a esta corte venía, y se llamaba sir Miles de las Landas, y vino por detrás un caballero y lo mató con una lanza, cuyo nombre es Loraine le Savage, y es un falso caballero y cobarde; y ella por gran aflicción y dolor, se mató con la espada de él, y se llamaba Elaine. Y porque no quisisteis deteneros a ayudarla, os abandonará vuestro mejor amigo en la más grande congoja en que hayáis estado nunca ni estaréis. Y esa penitencia os tiene Dios reservada por esa acción, que aquél en quien más fiáis de cuantos hombres viven dejará que os maten.

–Siento –dijo el rey Pellinor– que me vaya a acontecer esto, pero Dios puede bien deshacer el destino.

Y acabada la demanda del ciervo blanco, la cual siguió sir Gawain, y la demanda de la perra, seguida por sir Tor, hijo de Pellinor, y la

de la dama que se llevó el caballero, que en aquella sazón siguió el rey Pellinor, el rey estableció a todos sus caballeros, y dio tierras a los que no eran ricos en tierras, encomendándoles no cometer nunca crimen ni desafuero, y de huir siempre de la traición; también, de no ser crueles por ningún medio, sino dar merced a quien la pidiese, so pena de perder su honra y el señorío del rey Arturo para siempre; y de socorrer siempre a damas, doncellas y dueñas, so pena de muerte. También, que ningún hombre tomase batalla ninguna en querella injusta ni por amor ni por bienes mundanos. Esto juraron todos los caballeros de la Tabla Redonda, viejos y mancebos. Y cada año lo juraron en la alta fiesta de Pentecostés.

Explicit las Bodas del rey Arturo.

Sequitur liber quartus.

[5] En el ms. de Winchester y en Caxton, aunque en realidad son cuarenta y ocho.

Libro IV

Capítulo 1

Cómo Merlín se prendó y enamoró perdidamente

de una de las Damas del Lago, y cómo fue encerrado en una cueva bajo una piedra, y allí murió

Después de estas empresas de sir Gawain, sir Tor y el rey Pellinor, acaeció que Merlín se prendó de la doncella que el rey había traído a la corte, una de las doncellas del Lago llamada Nimue. Pero Merlín no le daba descanso, sino que quería estar siempre con ella. Y ella lo miraba siempre con agrado, hasta que aprendió de él todas las cosas que deseaba; y Merlín se enamoró perdidamente de ella, al extremo de que no se podía separar de ella.

Y en una ocasión dijo al rey Arturo que no viviría mucho tiempo, sino que pese a todas sus artes estaría bajo tierra muy pronto, y contó al rey muchas cosas que acaecerían, pero no cesaba de prevenir al rey que guardase bien su espada y su vaina, pues le dijo cómo se las robaría una mujer en la que él fiaba mucho. También dijo al rey Arturo que le echaría de menos, «y más que todas vuestras tierras querríais tenerme otra vez».

–Ah –dijo el rey–, ya que sabéis de vuestra ventura, preparaos para ella, y deshaced con vuestras artes esa desventura.

–No –dijo Merlín–; no será así –y se partió del rey.

Y al poco tiempo partió la Doncella del Lago, y Merlín fue con ella, sin separarse, adondequiera que iba. Y muchas veces quiso Merlín tenerla privadamente por sus artes sutiles; entonces ella le hizo jurar que no haría ningún encantamiento sobre ella si quería tener su voluntad. Y así lo juró él; y cruzaron la mar ella y Merlín, y

fueron a la tierra de Benwick, donde el rey Ban sostenía gran guerra contra el rey Claudas; y allí habló Merlín con la esposa del rey Ban, una hermosa dama y buena, y se llamaba Elaine, y vio allí al joven Lanzarote. Y la reina hizo gran lamentación por la guerra mortal que el rey Claudas hacía sobre su señor y sus tierras.

–No toméis ningún pesar –dijo Merlín– pues este mismo hijo dentro de veinte años os vengará del rey Claudas, de manera que toda la Cristiandad hablará de ello; y este mismo hijo será el hombre de más merecimiento del mundo; y sé que su primer nombre es Galahad, y después lo habéis confirmado Lanzarote.

–Es verdad –dijo la reina–, su primer nombre es Galahad. ¡Oh Merlín!, ¿viviré para ver a mi hijo como tal hombre de proeza?

–Sí, señora, por mi vida que lo veréis, y aún viviréis muchos inviernos después.

Y poco después partieron la dama y Merlín y por el camino Merlín le mostró muchos prodigios, y llegaron a Cornualles. Y no paraba Merlín de asediar a la dama para tener su doncellez; y ésta estaba muy cansada y deseosa de librarse de él, pues lo temía por hijo de un demonio; pero no podía librarse de él por ningún medio.

Y acaeció en una ocasión que Merlín le mostró en una peña dónde había un gran prodigio que, por obra de encantamiento, se hallaba bajo una gran piedra. Y con sutil persuasión hizo ella que Merlín bajase a dicha cavidad para enseñarle aquellas maravillas; pero ella obró de tal manera por él, que Merlín no volvió a salir pese a todas las artes que pudo hacer. Y se marchó dejando allí a Merlín.

Capítulo 2

Cómo llegaron cinco reyes a esta tierra para guerrear contra Arturo, y qué consejo tuvo Arturo contra ellos

Y fue el rey Arturo a Camelot, celebró allí una gran fiesta con

alegría y gozo, y poco después regresó a Cardol. Y allí le llegó nuevas a Arturo de que el Rey de Dinamarca, y el Rey de Irlanda, su hermano, y el Rey del Valle, y el Rey de Soleyse, y el Rey de la Isla de Longtains, estos cinco reyes, con una gran hueste, habían entrado en sus tierras, quemando y matando cuanto encontraban a su paso, ciudades y castillos, de manera que daba piedad oírlo.

–Ay –dijo el rey Arturo–, aún no he tenido descanso un mes desde que fui coronado rey de esta tierra. Ahora no lo haré hasta encontrarme con esos reyes en campo llano, de lo cual hago voto; y para que no sean destruidos mis fieles vasallos por mi ausencia, venga conmigo quienquiera, y quédese quien no.

Entonces mandó el rey escribir al rey Pellinor, rogándole que a toda prisa se apercibiese con cuanta gente pudiera levantar con la mayor diligencia, y fuese tras él a toda prisa. Todos los barones se enojaron en secreto de que el rey quisiese partir tan súbitamente; pero por ningún medio se quiso quedar el rey, sino que mandó escribir a los que no estaban allí, pidiéndoles que fuesen tras él, los que no estaban en ese momento en la corte. Entonces fue el rey a la reina Ginebra y le dijo:

–Señora aprestad, pues vendréis conmigo, pues no puedo estar mucho tiempo apartado de vos. Haréis sentirme más osado cualquiera que sea la aventura que me pueda acaecer; no quiero saber que mi señora está en ningún peligro.

–Señor –dijo ella–, haré como mandéis, y estaré presta a la hora en que vos lo estéis.

Y a la mañana siguiente partieron el rey y la reina con cuanta compañía tenían, y entraron en el norte, en una floresta junto al Humber, y allí se albergaron.

Cuando les llegó voz y nuevas a los cinco reyes antedichos de que Arturo estaba cerca del Humber en una floresta, un caballero, hermano de uno de los cinco reyes, les dio este consejo:

–Sabéis bien que sir Arturo tiene la flor de la caballería del mundo con él, como se ha probado en la gran batalla que hizo con los once reyes; así que corramos noche y día hacia él hasta que estemos

cerca, pues cuanto más nos retrasemos más fuerte se hace él, y más débiles nosotros; y es tan ardoroso que ha venido al campo con poca gente, y por tanto vayamos sobre él antes del alba y destruyámoslo totalmente; ninguno de sus caballeros debe escapar.

Capítulo 3

Cómo el rey Arturo las hubo con ellos y los derrotó, y mató a los cinco reyes e hizo huir a los restantes

Estuvieron de acuerdo los cinco reyes en esto, atravesaron con su hueste el Norte de Gales, llegaron de noche a Arturo, y cayeron sobre su hueste cuando el rey y sus caballeros estaban en sus pabellones. El rey Arturo estaba desarmado, y se había acostado a descansar con su reina Ginebra.

–Señor –había dicho sir Kay–, no conviene que estemos desarmados.

–No hay por qué preocuparse –dijeron sir Gawain y sir Griflet, que yacían en un pequeño pabellón cercano al rey.

En eso oyeron gran estruendo, y muchos gritaban: «¡Traición, traición!».

–¡Ay –dijo el rey Arturo–, hemos sido traicionados! A las armas, compañeros –gritó entonces. Y se armaron en todos los puntos.

Entonces llegó un caballero herido al rey, y le dijo:

–Señor, salvaos vos y mi señora la reina, pues nuestra hueste ha sido destruida, y muerta mucha de nuestra gente.

Tomaron al instante sus caballos el rey y la reina y tres caballeros, y cabalgaron hacia el Humber para pasarlo; pero el agua bajaba tan turbulenta que tuvieron miedo de cruzar.

–Ahora podéis escoger –dijo el rey Arturo–, si queréis quedaros y

tomar la aventura de este lado, pues si os prenden os matarán.

–Más quisiera morir en el agua –dijo la reina– que caer y morir a manos de vuestros enemigos.

Y mientras así hablaban, sir Kay vio venir solos a caballo a los cinco reyes, lanza en mano, derechamente hacia ellos.

–Mirad –dijo sir Kay–, allá están los cinco reyes; vayamos a ellos y desafiémoslos.

–Sería una insensatez –dijo sir Gawain–, pues nosotros sólo somos tres, y ellos cinco.

–Eso es cierto –dijo sir Griflet.

–No importa –dijo sir Kay–, yo me enfrentaré con dos de ellos, y entonces podréis entenderos vosotros con los otros tres.

Y seguidamente sir Kay dejó correr su caballo todo lo deprisa que podía, y le atravesó a uno de ellos el escudo y el cuerpo una braza, de manera que el rey cayó a tierra muerto. Vio esto sir Gawain y corrió sobre otro rey tan de recio que le atravesó el cuerpo. A continuación el rey Arturo fue a otro y le atravesó el cuerpo con una lanza, de manera que cayó a tierra muerto. Entonces sir Griflet fue sobre el cuarto rey, y le dio tal caída que le quebró el cuello. Al punto sir Kay fue sobre el quinto rey, y lo hirió tan duramente encima del yelmo que el tajo le hendió el yelmo y la cabeza hasta tierra.

–Bien dado ese golpe –dijo el rey Arturo–, y honrosamente has mantenido tu promesa, por tanto te honraré mientras viva.

Y seguidamente subieron a la reina en una barca, en el Humber; pero no cesaba la reina Ginebra de alabar a sir Kay por sus hazañas, y decía:

–Cualquier dama que améis, si no os ama ella a vos, merecería gran reproche; y entre las damas –dijo la reina–, sostendré yo vuestra noble fama, pues gran palabra disteis, y la cumplisteis honrosamente –y dicho esto se fue la reina.

Entonces el rey y los tres caballeros se metieron en la floresta, pues allí pensaban que tendrían nuevas de los que habían escapado; y allí hallaron a la mayor parte de su gente, y les contaron todo, cómo habían muerto los cinco reyes.

–Y por tanto mantengámonos juntos hasta que sea de día, y cuando la hueste de ellos vea que han muerto sus capitanes, harán tal lamentación que no se valdrán más.

Y como dijo el rey, así fue: pues cuando hallaron muertos a los cinco reyes hicieron tal lamentación que se cayeron de sus caballos. Poco después llegó el rey Arturo con muy poca gente, y mató a diestra y a siniestra, al extremo de que casi no escapó ninguno, sino que murieron todos, en número de treinta mil. Y cuando hubo acabado del todo la batalla, se arrodilló el rey y dio gracias a Dios humildemente. Entonces envió por la reina, no tardó ésta en llegar, y tuvo gran alegría por el vencimiento de esta batalla.

Capítulo 4

Cómo fue acabada la batalla antes de que él llegase, y cómo fundó el rey una abadía donde tuvo lugar la batalla

En eso llegó uno al rey Arturo y le dijo que el rey Pellinor estaba a menos de tres millas con una gran hueste. Y dijo el rey:

–Ve a él, y hazle saber cómo nos ha ido.

Al poco rato llegó el rey Pellinor con su gran hueste, saludó a la gente y al rey, y hubo gran contento por ambas partes. Entonces el rey mandó averiguar cuánta gente de su bando había muerto; y hallaron que eran poco más de doscientos los hombres muertos y ocho caballeros de la Tabla Redonda en sus pabellones.

Entonces el rey mandó levantar y construir en el mismo lugar donde había sido la batalla una hermosa abadía, y la dotó de gran hacienda, y la hizo llamar Abadía de La Bella Aventura. Pero cuando algunos de ellos llegaron a sus países, de los que los cinco reyes eran reyes, y contaron cómo éstos habían muerto, hicieron allí gran duelo. Y todos los enemigos del rey Arturo, como el rey del Norte de Gales, y los reyes del norte, al saber de la batalla, tuvieron muy gran pesar. Y el rey regresó deprisa a Camelot. Y al llegar a Camelot llamó al rey Pellinor, y le dijo:

–Sabed bien que hemos perdido ocho de los mejores caballeros de la Tabla Redonda, y por vuestro consejo escogeremos a otros ocho de los mejores que podamos hallar en esta corte.

–Señor –dijo Pellinor–, os aconsejaré lo mejor que sepa: hay en vuestra corte muy nobles caballeros viejos y mancebos; y por tanto, en mi opinión, debéis escoger mitad de los viejos y mitad de los mancebos.

–¿Cuáles de los viejos? –dijo el rey Arturo.

–Señor –dijo el rey Pellinor–, creo que el rey Uriens, que casó con vuestra hermana Morgana el Hada, y el Rey del Lago, y sir Hervis de Revel, noble caballero, y sir Galagars, el cuarto.

–Bien discurrido está –dijo el rey Arturo–; y así mismo se hará. ¿Y quiénes serán los cuatro caballeros mancebos?

–Señor –dijo Pellinor–, el primero es sir Gawain, sobrino vuestro, y es tan buen caballero para su edad como ninguno de esta tierra; y el segundo a mi entender es sir Griflet le Fise de Dieu, que es buen caballero y muy ansioso en armas, y quien pueda verle vivo lo verá caballero probado; y el tercero que a mi entender está bien que sea de los caballeros de la Tabla Redonda es sir Kay el Senescal, pues muchas veces se ha portado muy dignamente, y ahora en vuestra postrera batalla luchó muy honrosamente, llegando a matar dos reyes.

–Por mi cabeza –dijo Arturo–; más digno es de ser caballero de la Tabla Redonda que ninguno de cuantos habéis nombrado, aunque no hiciese más proezas toda su vida.

Capítulo 5

Cómo sir Tor fue hecho caballero

de la Tabla Redonda, y cómo se enojó Bagdemagus

–Ahora –dijo el rey Pellinor– os propondré dos caballeros, y vos escogeréis al que os parezca más digno, que son sir Bagdemagus, y sir Tor, mi hijo. Pero por ser sir Tor hijo mío no lo puedo alabar, aunque si no lo fuese me atrevería a decir que de su edad no hay en esta tierra mejor caballero que él, ni de mejores condiciones, y contrario a hacer ninguna sinrazón y contrario a aceptar ninguna.

–Por mi cabeza –dijo Arturo–, más buen caballero es que ninguno de cuantos habéis nombrado hoy, lo sé bien –dijo el rey–, pues lo he visto probado, aunque habla poco y hace mucho más; pues no conozco a ninguno en toda esta corte, si fuese él tan bien nacido de su madre como lo es de vuestra parte, de tanta proeza y poder como él; y por tanto lo escogeré a él, y dejaré a sir Bagdemagus para otra ocasión.

Y una vez así escogidos por acuerdo de todos los barones, fueron hallados en sus sillas los nombres de los caballeros que aquí se han nombrado; y se sentaron en sus sillas, y sir Bagdemagus se sintió muy agraviado de que pusiesen a sir Tor por delante de él, y se marchó súbitamente de la corte, llevándose a su escudero con él, y cabalgó mucho tiempo por una floresta, hasta que llegaron a una cruz, y allí se apeó y dijo devotamente sus oraciones. Entretanto su escudero halló escrito sobre la cruz que Bagdemagus no volvería a la corte hasta haber vencido a un caballero de la Tabla Redonda, cuerpo por cuerpo.

–Mirad, señor –dijo el escudero–, aquí hallo escrito sobre vos, por lo que os aconsejo que regreséis a la corte.

–No lo haré –dijo Bagdemagus– hasta que los hombres hablen muy

honrosamente de mí, y merezca ser caballero de la Tabla Redonda.

Siguieron, pues, cabalgando, y por el camino hallaron una rama de yerba santa[6] que era señal del Santo Grial; y ningún caballero hallaba tales señales sino el de vida recta.

Y yendo sir Bagdemagus en pos de muchas aventuras, le acaeció llegar a la peña donde la Dama del Lago había puesto a Merlín bajo la piedra, y allí le oyó cómo se lamentaba, por lo que sir Bagdemagus quiso ayudarle, y se llegó a la gran piedra; pero era tan pesada que cien hombres no la podían levantar. Cuando Merlín supo que estaba allí, le mandó que dejase ese trabajo, pues todo era vano, ya que nadie podría ayudarle más que la que le había puesto allí.

Y partió Bagdemagus, y acabó muchas aventuras, y probó después ser muy buen caballero, y volvió a la corte y fue hecho caballero de la Tabla Redonda.

Y por la mañana llegaron nuevas y otras aventuras.

Capítulo 6

Cómo el rey Arturo, el rey Uriens y sir Accolon de Gaula persiguieron un ciervo, y de su maravillosa aventura

Acaeció entonces que Arturo y muchos de sus caballeros fueron a montear a una gran floresta; y sucedió que el rey Arturo, el rey Uriens y sir Accolon de Gaula persiguieron un gran ciervo, pues los tres iban bien encabalgados, y tan deprisa corrieron que al poco rato estaban los tres a diez millas de su compañía. Y finalmente fueron con tanto empeño que mataron a los caballos debajo de ellos. Entonces se quedaron los tres a pie, con el ciervo siempre

delante, muy cansado y fatigado.

–¿Qué vamos a hacer? –dijo el rey Arturo–. Estamos en mal trance.

–Sigamos a pie –dijo el rey Uriens–, hasta que podamos dar con alguna posada.

Entonces vieron al ciervo caído en una gran ribera de agua, y a una perra mordiéndole en la garganta, y muchos otros perros que venían detrás. Entonces el rey Arturo tocó señal de presa y despiezó el ciervo.

Entonces el rey alzó los ojos[7] y vio delante de él, en un gran lago, una pequeña nave toda aderezada de seda hasta el agua; y fue derechamente a ellos, y arribó a la orilla. Entonces Arturo bajó a la orilla, se asomó a ella, y no vio dentro ninguna criatura terrenal.

–Señores –dijo el rey–, venid acá, y veamos qué hay en esta nave.

Y subieron los tres, y la hallaron ricamente cubierta con tela de seda. A todo esto era ya noche cerrada, y súbitamente vieron alrededor de ellos cien antorchas, puestas sobre todos los bordes de la nave, que daban gran lumbre; seguidamente salieron doce hermosas doncellas e hicieron reverencia al rey Arturo de rodillas, lo llamaron por su nombre, y dijeron que era muy bien venido, y que tendría la mejor acogida que ellas le podían dar. El rey dio las gracias cortésmente. A continuación llevaron al rey y sus dos compañeros a una hermosa cámara, donde había un mantel ricamente aderezado con todo lo que conviene a una mesa, y allí fueron servidos con todos los vinos y viandas que ellos podían pensar; de lo cual fue el rey muy maravillado, pues nunca había comido mejor en una cena.

Y cuando hubieron cenado a su sabor, el rey Arturo fue llevado a una cámara, más ricamente aderezada que ninguna de cuantas había visto; y lo mismo fue servido el rey Uriens, y llevado a otra cámara igual, y sir Accolon fue llevado a una tercera cámara muy ricamente y bien ataviada; y se acostaron holgadamente en sus camas. Y al punto se quedaron dormidos, y durmieron profundamente toda la noche.

Y por la mañana el rey Uriens estaba en Camelot, acostado en brazos de su esposa, Morgana el Hada. Y al despertarse se sintió muy maravillado de cómo habría llegado allí, ya que en la víspera se hallaba a dos jornadas de Camelot. Y cuando despertó el rey Arturo vio que estaba en una prisión oscura, oyendo a su alrededor muchas quejas de caballeros desventurados.

Capítulo 7

Cómo Arturo tomó sobre sí luchar para ser librado de prisión, y también para librar a veinte caballeros que estaban en prisión

–¿Quiénes sois que así os quejáis? –dijo el rey Arturo.

–Aquí somos veinte caballeros prisioneros –dijeron–; algunos de nosotros yacemos aquí desde hace siete años; y otros más, y otros menos.

–¿Por qué causa? –dijo Arturo.

–Os la diremos –dijeron los caballeros–. El señor de este castillo, cuyo nombre es sir Damas, y es el más falso caballero del mundo, y el más lleno de traición, y el más cobarde de cuantos viven, tiene un hermano más joven, buen caballero de proeza, llamado sir Ontzlake; y este traidor Damas, hermano mayor, no quiere darle parte ninguna de su hacienda, sino que sir Ontzlake retiene de él, por proeza de sus manos, una hermosa y rica mansión donde sir Ontzlake mora dignamente, y es bien amado de todo el pueblo. Y este sir Damas, nuestro dueño, es así mismo desamado, pues no tiene merced, y es cobarde, y ha habido gran guerra entre ambos; pero Ontzlake sale siempre vencedor, y no cesa de ofrecer a sir Damas luchar por la hacienda, cuerpo a cuerpo, aunque él no quiere, a menos que halle un caballero que luche por él. Para lo

cual sir Damas ha convenido en buscar un caballero, pero es tan desamado y odiado que no hay ninguno que quiera luchar por él. Y viendo Damas que nadie accede a luchar por él, se pone diariamente al acecho con muchos caballeros con él, y prende a todos los caballeros de este país, para ver y espiar sus aventuras, y los prende por la fuerza y trae a esta prisión. Y así nos ha prendido uno por uno, cuando íbamos en pos de nuestras aventuras, y muchos buenos caballeros han muerto de hambre en esta prisión, en número de dieciocho. Y si cualquiera de los que aquí están, o han estado, hubiese querido luchar con su hermano Ontzlake, nos habría librado; pero porque este Damas es tan falso y tan lleno de traición, no hemos querido luchar por él y morir por ello. Y estamos tan flacos a causa del hambre que casi no podemos tenernos de pie.

–Dios os libre por su merced –dijo Arturo.

En eso vino una doncella a Arturo, y le preguntó:

–¿Cómo os halláis?

–No sé decir –dijo él.

–Señor –dijo ella–, si consentís luchar por mi señor, seréis librado de prisión; de lo contrario, no escaparéis en la vida.

–Muy duro es eso –dijo Arturo–, aunque más quisiera luchar con un caballero que morir en prisión; haré la batalla, con tal de que pueda quedar libre yo, y todos estos prisioneros.

–Sí –dijo la doncella.

–Entonces estoy presto –dijo Arturo– si tengo caballo y armadura.

–No os faltará nada –dijo la doncella.

–Creo, doncella, que os he visto en la corte de Arturo.

–No –dijo la doncella–. Nunca he estado allí. Soy la hija del señor de este castillo.

Pero no era verdad, pues era una de las doncellas de Morgana el Hada. Y fue al punto a sir Damas, le contó cómo haría batalla por

él, y éste envió por Arturo. Y cuando llegó lo vieron tan lozano de color, y bien hecho de sus miembros, que todos los caballeros dijeron que sería lástima que tal caballero muriese en prisión. Así, pues, sir Damas y él se pusieron de acuerdo, con esta condición: que todos los otros caballeros serían puestos en libertad; lo cual juró sir Damas a Arturo, y también hacer la batalla a todo riesgo. Y con esto fueron sacados los veinte caballeros de su oscura prisión a la sala, y liberados, pero todos se quedaron a ver la batalla.

Capítulo 8

Cómo Accolon se halló junto a un pozo,

y tomó sobre combatir contra Arturo

Volvemos ahora a Accolon de Gaula, que cuando despertó se halló en el borde de un profundo pozo, a menos de medio pie, con gran peligro de muerte. Y de este pozo salía un caño de plata, y de este caño manaba agua hacia arriba en una piedra de mármol. Cuando sir Accolon vio esto, se santiguó y dijo:

–Jesús, salva a mi señor rey Arturo, y al rey Uriens, pues estas doncellas de la nave nos han traicionado, pues eran demonios y no mujeres; y si puedo escapar de esta desventura, destruiré a todas las que pueda hallar de estas falsas doncellas que usan encantamientos.

Y en eso llegó un enano de boca grande y nariz roma, saludó a sir Accolon y dijo que venía de la reina Morgana el Hada, «la cual os saluda bien, y os pide que seáis de corazón fuerte, ya que mañana lucharéis con un caballero, a la hora de prima; y por tanto os envía aquí Excalibur, la espada de Arturo, y la vaina, y os ruega que si la amáis, hagáis la batalla a todo trance, sin ninguna merced, como prometisteis cuando hablasteis con ella en privado; y a la doncella que le traiga la cabeza del caballero con el que vais a luchar, la hará reina».

–Ahora comprendo bien –dijo Accolon–; mantendré lo que le he prometido, ahora que tengo la espada. ¿Cuándo habéis visto a mi señora la reina Morgana el Hada?

–Hace muy poco –dijo el enano. Entonces Accolon lo tomó en sus brazos y dijo:

–Recomendadme a mi señora la reina, y decidle que todo será hecho como le he prometido, o moriré por ello. Pues creo –dijo Accolon– que ha hecho todas estas artes y encantamientos por esta batalla.

–Bien podéis creerlo –dijo el enano.

En eso llegó un caballero con una dama y seis escuderos, saludó a Accolon, y le rogó que se levantase, y fuese a descansar a su mansión. Y subió Accolon sobre un caballo desocupado, y fue con el caballero a una hermosa mansión cercana a un monasterio, donde recibió muy buena acogida.

Entonces sir Damas envió mensaje a su hermano sir Ontzlake, diciéndole que se apercibiese por la mañana, a la hora de prima, y estuviese en el campo para luchar con un buen caballero, pues había hallado uno que estaba dispuesto a hacer esa batalla en todos los puntos. Cuando este mandado llegó a sir Ontzlake, tuvo mucho pesar, pues había sido herido poco antes en los muslos con una lanza, e hizo gran lamentación. Pero aunque estaba herido, quiso tomar la batalla pendiente. Y acaeció en esa sazón que, por mediación de Morgana el Hada, Accolon se albergaba con sir Ontzlake; y cuando se enteró de esta batalla, y cómo Ontzlake estaba herido, dijo que lucharía por él, ya que Morgana el Hada le había enviado Excalibur y la vaina para luchar con el caballero por la mañana: ésta fue la causa por la que sir Accolon tomó la batalla pendiente. Entonces sir Ontzlake fue se alegró mucho y agradeció de corazón a sir Accolon que hiciese tanto por él. Y seguidamente sir Ontzlake envió mensaje a su hermano sir Damas, diciendo que tenía un caballero que estaría presto por él en el campo para la hora de prima. Así que por la mañana estaba sir Arturo armado y bien encabalgado, y preguntó a sir Damas:

–¿Cuándo iremos al campo?

–Señor –dijo sir Damas–, debéis oír misa.

Oyó, pues, una misa Arturo, y acabada la misa llegó un escudero sobre un gran caballo, y preguntó a sir Damas si estaba presto su caballero, «pues el nuestro está ya apercibido en el campo».

Entonces montó sir Arturo a caballo, y allí estaban todos los caballeros y comunes de este país; y por consejo de todos fueron escogidos doce buenos hombres del país para guardar a los dos caballeros.

Y cuando estuvo Arturo a caballo llegó una doncella de Morgana el Hada, y trajo a sir Arturo una espada como Excalibur, con la vaina, y dijo a Arturo:

–Morgana el Hada os envía aquí vuestra espada por gran amor.

Se lo agradeció él, y creyó que así era; aunque era falsa, pues la espada y la vaina eran fingidas, quebradizas y falsas.

Capítulo 9

De la batalla entre el Rey Arturo y Accolon

Y enderezaron de ambas partes del campo, y dejaron correr con tal prisa sus caballos que se dieron ambos en medio del escudo con la cabeza de la lanza, de manera que fueron a tierra, hombre y caballo; se levantaron entonces de un salto, y sacaron las espadas.

Mientras estaban así empeñados en la batalla, llegó al campo la Doncella del Lago que había puesto a Merlín bajo la piedra; y venía allí por amor del rey Arturo, pues sabía cómo Morgana el Hada había dispuesto de manera que el rey Arturo muriese este día, y por ende venía a salvarle la vida.

Y trabaron ansiosamente batalla, y se dieron muchos grandes golpes. Pero la espada de Arturo no mordía como la de Accolon; y

las más veces cada golpe que Accolon daba hería gravemente a Arturo, de manera que era maravilla que siguiese en pie, y no paraba de manarle la sangre en abundancia. Cuando Arturo vio el suelo tan lleno de sangre sintió desmayo, y entonces adivinó que había sido cambiada su espada con traición; pues su espada no mordía el acero como solía; por donde se temió que iba a morir, pues le parecía que la espada que estaba en manos de Accolon era Excalibur, ya que cada golpe que Accolon daba hacía correr la sangre de Arturo.

–Caballero –dijo Accolon a Arturo–, guárdate bien de mí.

Pero Arturo no respondió, y le dio tal revés encima del yelmo que le hizo inclinarse, y casi caer a tierra. Entonces sir Accolon se retrajo un poco, se adelantó con Excalibur en alto, y descargó tal golpe a sir Arturo que casi lo tiró a tierra. Entonces se enojaron ambos, y se dieron muchos golpes sañudos, pero sir Arturo seguía perdiendo tanta sangre que era maravilla que se tuviese sobre sus pies; aunque estaba tan lleno de caballería que soportaba caballerescamente el sufrimiento. Y sir Accolon no perdía una sola gota de sangre, por lo que estaba muy entero, mientras que sir Arturo estaba muy débil, y creía en verdad que iba a morir; pero pese a todo, hacía como que podía continuar, y tenía a Accolon tan a raya como podía. Pero Accolon fiaba tanto en Excalibur que se mostraba muy osado. Y todos los que observaban decían que jamás habían visto a un caballero luchar tan bien como hacía Arturo, considerando la sangre que perdía. Y toda la gente tenía pesar por él, pero los dos hermanos no querían tener avenencia.

Y no paraban de luchar ambos como fieros caballeros; y se retrajo sir Arturo un poco para descansar; pero sir Accolon le llamó a la batalla, diciendo: «No es momento que yo te consienta descansar», y fue al punto rabiosamente sobre Arturo; y sir Arturo se enojó por la sangre que había perdido, y descargó un golpe a Accolon encima del yelmo, con tal fuerza que casi le hizo caer a tierra; y con esto se le quebró la espada a Arturo por la cruz, y cayó en la yerba entre la sangre, quedando el pomo y el puño en sus manos. Cuando sir Arturo vio esto, tuvo mucho miedo de morir, aunque siguió con el escudo en alto sin perder terreno, ni desfallecerle el ánimo.

Capítulo 10

Cómo la espada con que luchaba el rey Arturo se quebró, y cómo recobró de Accolon su propia espada Excalibur, y venció a su enemigo

Entonces sir Accolon comenzó con palabras de traición, y dijo:

–Caballero, estás vencido, y no puedes durar; y también estás desarmado, y has perdido mucha de tu sangre, y mucho me disgusta matarte, así que ríndete a mí como menguado.

–No –dijo sir Arturo–; no lo puedo hacer, pues he prometido hacer la batalla a todo trance, por la fe de mi cuerpo, mientras tenga vida, y por tanto antes quisiera morir con honor que vivir con vergüenza; y si me fuese posible morir cien veces, preferiría hacerlo antes que rendirme a ti, pues aunque estoy sin arma, no estoy sin honor, y si me matas desarmado, tuya será la vergüenza.

–En cuanto a vergüenza –dijo Accolon–, no haré cuenta; así que guárdate de mí, pues eres ya hombre muerto.

Y seguidamente Accolon le dio tal golpe que casi lo derribó a tierra, y quiso que Arturo le pidiese merced. Pero sir Arturo se echó sobre Accolon con el escudo, y le dio con el pomo en la mano tal puñada que le hizo retroceder tres pasos.

Cuando la Doncella del Lago vio a Arturo, cuán lleno de proeza estaba su cuerpo, y la falsa traición que se había urdido para matarle, tuvo gran lástima que tan buen caballero y hombre de proeza fuera a ser destruido. Y el siguiente golpe que sir Accolon le descargó fue tal que por encantamiento de la doncella le cayó la espada Excalibur de la mano a tierra.

Y a continuación saltó sir Arturo con presteza a ella, la asió en su mano, y al punto supo que era su espada Excalibur; y dijo: «Demasiado tiempo has estado separada de mí, y mucho daño me

has hecho»; en eso vio la vaina colgando a su costado, saltó súbitamente sobre él, se la arrancó y la arrojó lo más lejos de él que pudo.

–Ah, caballero –dijo Arturo–, hoy me has hecho mucho daño con esta espada; ahora ha llegado tu muerte, pues te prometo que vas a recibir con esta espada, antes de que nos separemos, el mismo pago que tú me has dado, pues mucho dolor me has hecho soportar, y mucha sangre he perdido.

Y al punto sir Arturo se abalanzó sobre él con todo su poder y lo tiró a tierra; le arrancó el yelmo, y le dio tal revés sobre la cabeza que le salió sangre de los oídos, la nariz y la boca.

–Ahora te voy a matar –dijo Arturo.

–Bien podéis hacerlo –dijo Accolon–, si os place, pues sois el mejor caballero que he hallado, y bien veo que Dios está con vos. Pero prometí hacer esta batalla a todo riesgo, y no ser menguado mientras viva; por tanto, jamás me rendiré por mi boca, y que Dios haga con mi vida su voluntad.

Entonces sir Arturo lo recordó, y pensó que había visto a este caballero.

–Dime –dijo Arturo– antes de que te mate, ¿de qué país eres, y de qué corte?

–Señor caballero –dijo sir Accolon–, soy de la corte del rey Arturo, y me llamo Accolon de Gaula.

Entonces sintió Arturo más desmayo que antes; pues se acordó de su hermana Morgana el Hada, y del encantamiento de la nave.

–Oh, señor caballero –dijo–, os ruego que me digáis quién os dio esta espada, y por quién la tuvisteis.

Capítulo 11

Cómo Accolon confesó la traición de Morgana el Hada,

hermana del rey Arturo, y cómo ella había querido hacer que lo matasen

Entonces se acordó sir Accolon, y dijo:

–Maldita sea esa espada, pues por ella he tenido mi muerte.

–Bien puede ser –dijo el rey.

–Pues, señor –dijo Accolon–, os lo diré: esta espada ha sido guardada para mí la mayor parte de este año, y Morgana el Hada, mujer del rey Uriens, me la envió ayer por un enano, con esta intención: que matase al rey Arturo, su hermano. Pues sabed que el rey Arturo es el hombre del mundo que ella más odia, porque es de más honra y proeza que ninguno de su sangre. Y también me ama sobremanera como amante, y yo a ella; y si ella pudiese hacer que muriese Arturo con sus artes, prestamente mataría a su marido el rey Uriens, y entonces haría que yo fuese rey de esta tierra, y reinase, y sería ella mi reina; pero eso ahora no es posible, pues estoy seguro de mi muerte.

–Pues –dijo sir Arturo– sentiría por vos que hubieseis sido rey de esta tierra. Habría sido gran daño que hubieseis destruido a vuestro señor.

–Es cierto –dijo Accolon–; pero ahora que os he dicho la verdad, os ruego que me digáis de dónde sois, y de qué corte.

–Ah, Accolon –dijo el rey Arturo–, pues te hago saber que yo soy el rey Arturo, a quien has hecho gran daño.

Cuando Accolon oyó esto, dijo en voz alta:

–Gentil y dulce señor, tened merced de mí, pues no os había conocido.

–Ah, sir Accolon –dijo el rey Arturo–, merced tendrás, pues veo por

tus palabras que en esta sazón no conociste a mi persona; pero entiendo por ellas que estabas de acuerdo con la muerte de mi persona, y por ende eres traidor; pero te sé menos culpable, pues mi hermana Morgana el Hada con sus falsas artes te ha hecho acordar y consentir sus falsos placeres, pero yo me vengaré gravemente si vivo, de manera que toda la Cristiandad hablará de ello. Dios sabe que la he honrado y venerado más que a todo mi linaje, y he fiado más en ella que en mi propia esposa y todos mis otros parientes.

Entonces sir Arturo llamó a los guardadores del campo, y dijo:

–Señores, venid, pues aquí somos dos caballeros que hemos luchado con gran daño para ambos, y cada uno podía haber matado igual al otro, si así hubiese acaecido, aunque si uno de nosotros hubiese reconocido al otro, no habría habido aquí ninguna batalla, ni se habría dado golpe ninguno.

Entonces habló Accolon muy alto a todos los caballeros y hombres allí reunidos, y dijo de esta manera:

–Oh señores, este noble caballero con el que he luchado, de lo que tengo mucho pesar, es el hombre de más proeza, esfuerzo y merecimiento del mundo, pues es el mismo rey Arturo, señor natural de todos nosotros; y por desdicha y desventura he hecho esta batalla contra el rey y señor al que estoy obligado.

Capítulo 12

Cómo Arturo acordó a los dos hermanos,

y libró a los veinte caballeros, y cómo murió sir Accolon

Entonces cayó toda la gente de rodillas, y pidió merced al rey Arturo.

–Tendréis merced –dijo Arturo–. Aquí podéis ver qué aventuras acontecen a menudo a los caballeros andantes, cómo he luchado

con uno de mis propios caballeros para gran daño mío y suyo. Pero, señores, ya que estoy malherido, y él, y tengo gran necesidad de descanso, vais a entender la opinión sobre vosotros, los dos hermanos:

»En cuanto a ti, sir Damas, por quien he sido campeón y he ganado el campo de este caballero, os hago juicio. Porque vos, sir Damas, tenéis fama de caballero soberbio, y de estar lleno de villanía, y ser indigno de proeza por vuestras acciones; por lo que quiero que deis a vuestro hermano la mansión entera con sus privilegios, de esta manera: que sir Ontzlake tenga vuestra mansión, y os dé anualmente un palafrén para cabalgar, pues mejor os cumple cabalgar así que sobre corcel. También te doy cargo, sir Damas, so pena de muerte, que no aflijas nunca a ningún caballero andante que vaya en pos de su aventura. Y también que devuelvas a estos veinte caballeros, que tanto tiempo has tenido prisioneros, todos sus arneses, de manera que queden conformes ellos; y si alguno viene a mi corte a dar queja de ti, por mi cabeza que morirás por ello. En cuanto a vos, sir Ontzlake, dado que sois tenido por buen caballero, y lleno de proeza, y verdadero y gentil en todos vuestros hechos, éste será vuestro cargo: que con toda buena prisa vengáis a mí y a mi corte, y seáis uno de mis caballeros; y si vuestros hechos después hacen que os prefiera, por la gracia de Dios, en breve tiempo tendréis hacienda para vivir tan honrosamente como vuestro hermano sir Damas.

–Dios agradezca vuestra crecida bondad y generosidad; desde ahora estaré en todo tiempo a vuestra disposición; pues, señor –dijo sir Ontzlake–, quiso Dios que fuera yo herido hace poco por un caballero aventurero en ambos muslos, lo que me afligió mucho; de lo contrario, habría hecho yo esta batalla con vos.

–Pluguiera a Dios –dijo Arturo– que hubiese sido así, pues entonces no habría sido yo herido como ahora estoy. Y os diré por qué causa: no habría sido herido como ahora estoy, de no haber sido mi propia espada, que me fue robada a traición; que esta batalla fue urdida de antemano para matarme, y llevada a propósito con falsa traición, y con falso encantamiento.

–Ay –dijo sir Ontzlake–, es gran lástima que, siendo tan noble como sois de vuestras hazañas y proeza, haya ningún hombre o mujer que

conciba en su corazón urdir traición ninguna contra vos.

–Yo los recompensaré –dijo Arturo– en breve tiempo, por la gracia de Dios. Ahora decidme, ¿a qué distancia estoy de Camelot?

–Señor, estáis a dos jornadas de allí.

–Quisiera llegar a algún lugar digno –dijo sir Arturo– donde poder descansar.

–Señor –dijo sir Ontzlake–, aquí cerca hay un rico convento fundado por vuestros mayores, de monjas, a sólo tres millas.

Se despidió, pues, el rey de toda la gente, montó a caballo, y sir Accolon con él. Y cuando llegaron al convento, hizo llamar físicos para que le curasen las heridas, y las de Accolon; pero sir Accolon murió a los cuatro días, pues había perdido tanta sangre que no pudo vivir, pero el rey Arturo se recobró bien. Y cuando murió Accolon, mandó que le llevasen en unas andas de caballos, con seis caballeros, a Camelot. Y dijo:

–Llevadlo a mi hermana Morgana el Hada y decid que se lo envío como presente, y decidle que tengo mi espada Excalibur y la vaina.

Y partieron con el cuerpo.

Capítulo 13

Cómo Morgana quiso matar a sir Uriens, su marido, y cómo le salvó su hijo sir Uwain

Entretanto Morgana el Hada creía que el rey Arturo había muerto. Y un día en que vio al rey Uriens en la cama durmiendo llamó a una doncella de su consejo y le dijo:

–Ve y trae la espada de mi señor, pues nunca he visto mejor ocasión

para matarlo que ahora.

–Oh, señora –dijo la doncella–, si matáis a mi señor, no podréis escapar.

–No tengas cuidado –dijo Morgana el Hada–, pues ahora es la mejor ocasión para hacerlo, así que ve deprisa y tráeme la espada.

Así que partió la doncella, y halló a sir Uwain durmiendo en una cama en otra cámara; fue, pues, a él, lo despertó, y le dijo:

–Levantad y vigilad a mi señora vuestra madre, pues quiere dar muerte al rey vuestro padre que duerme en su cama, pues voy a llevarle su espada.

–Bien –dijo sir Uwain–; id a vuestro mandado y dejadme hacer.

Al punto llevó la doncella a Morgana la espada con manos temblorosas, tomóla ella con presteza, la sacó, se llegó sin temor a la cama, y miró cómo y dónde podía matarlo mejor.

Y cuando alzó la espada para herir, saltó sir Uwain sobre su madre, la asió por la mano, y le dijo:

–¡Ah, malvada!, ¿qué vas a hacer? Si no fueses mi madre, con esta espada te cortaría la cabeza. Ah, dicen que Merlín fue engendrado por un demonio, pero yo puedo decir que un demonio terrenal me ha parido a mí.

–Oh, gentil hijo mío, Uwain, ten merced de mí, que he sido tentada por un demonio, por lo que te suplico merced; nunca más lo haré; salva mi honra y no me descubras.

–Con esta condición os perdonaré –dijo sir Uwain–, que nunca os pongáis en riesgo de hacer tales hechos.

–No lo haré, hijo –dijo ella–; de eso te doy seguridad.

Capítulo 14

Cómo la reina Morgana el Hada hizo gran llanto por la muerte de Accolon, y cómo robó la vaina de Arturo

Entonces llegaron nuevas a Morgana el Hada de que Accolon había muerto, y su cuerpo llevado a la iglesia, y cómo el rey Arturo tenía otra vez su espada. Pero cuando la reina Morgana supo que Accolon había muerto, se afligió tanto que casi le reventó el corazón. Pero como no quería que se supiese, por fuera mantuvo su continente, y no hizo semblante ninguno de dolor. Pero sabía bien que si esperaba a que llegase su hermano, ningún oro salvaría su vida. Fue, pues, a la reina Ginebra, y pidió licencia para volver a su país.

–Podéis aguardar –dijo la reina Ginebra–, a que haya vuelto vuestro hermano el rey.

–No puedo –dijo Morgana el Hada–, pues tengo nuevas tan urgentes que no puedo aguardar.

–Bien –dijo Ginebra–, entonces podéis partir cuando queráis.

Así que temprano por la mañana, tomó su caballo y cabalgó todo ese día y la mayor parte de la noche, y al día siguiente hacia mediodía llegó al mismo convento de monjas donde yacía el rey Arturo; y al saber que estaba él allí, preguntó dónde. Y le respondieron que se había metido en la cama a dormir, pues había tenido muy poco descanso las tres noches últimas.

–Bien –dijo ella–, os doy cargo de que ninguna de vosotras lo despertéis hasta que yo lo haga –y se apeó del caballo, y pensó robarle su espada Excalibur.

Y fue derechamente a su cámara, y nadie osó desobedecer su orden; y halló dormido a Arturo en la cama, con Excalibur desnuda en su mano diestra. Cuando vio eso, le pesó mucho no poder conseguir la espada sin despertarlo, ya que sabía bien que la mataría. Entonces tomó la vaina y reanudó su viaje a caballo.

Cuando el rey se despertó y echó de menos su vaina, se enojó y preguntó quién había estado allí; y le dijeron que su hermana la

reina Morgana había estado allí, que había ocultado la vaina debajo de su manto y se había ido.

–Ay –dijo Arturo–, falsamente me habéis velado.

–Señor –dijeron todas–, no osamos desobedecer la orden de vuestra hermana.

–Ah –dijo el rey–, traed el mejor caballo que pueda hallarse, y decid a sir Ontzlake que se arme a toda prisa, tome otro buen caballo, y venga conmigo.

Al punto estuvieron el rey y Ontzlake bien armados, salieron en pos de esta dama; y llegaron junto a una cruz donde hallaron un vaquero, y preguntaron al pobre hombre si hacía poco había pasado alguna dama por allí.

–Señor –dijo este pobre hombre–, hace bien poco ha pasado una dama con cuarenta caballos, y hacia aquella floresta iba.

Dieron espuela a sus caballos, siguieron deprisa, y al poco rato vio Arturo a Morgana el Hada. Entonces la persiguió cuanto más podía. Cuando ella se vio perseguida cabalgó a todo andar por la floresta, hasta que llegó a un llano; y cuando vio que no podía escapar, fue hacia un lago cercano, y dijo:

–Me pase lo que me pase, no tendrá mi hermano esta vaina.

Y la arrojó a lo más profundo del agua, donde se hundió, ya que era pesada por el oro y las piedras preciosas. Entonces entró en un valle en el que había muchas grandes piedras; y cuando vio que iba a ser alcanzada, tomaron todos forma por encantamiento, hombre y caballo, de grandes piedras de mármol. A poco de esto llegaron sir Arturo y sir Ontzlake donde el rey pudo reconocer a su hermana y sus hombres, y a un caballero de otro.

–Ah –dijo el rey–, aquí podéis ver la venganza de Dios; y ahora me pesa que haya acaecido esta desventura.

Y buscó la vaina con los ojos, pero no la vio, así que regresó al convento del que venía. Pero cuando Arturo se hubo ido, volvieron ella y todos sus hombres a la semejanza de antes; y dijo:

–Señores, ahora podemos ir a donde nos plazca.

Capítulo 15

Cómo Morgana el Hada salvó a un caballero que iba a ser ahogado, y cómo regresó el rey Arturo a su corte

Entonces dijo Morgana:

–¿Habéis visto a mi hermano Arturo?

–Sí –dijeron sus caballeros–, harto bien; y ya lo habríais notado si hubiésemos podido movernos del sitio, pues su semblante archibestial[8] nos habría hecho huir.

–Os creo –dijo Morgana.

Poco después, por el camino, topó con un caballero que llevaba a otro sobre su caballo, delante de él, atado de pies y manos, y los ojos vendados, al que iba a ahogar en una fuente. Al ver a este caballero así atado, preguntó:

–¿Qué vais a hacer con ese caballero?

–Señora –dijo él–, lo llevo a ahogar.

–¿Por qué causa? –preguntó ella.

–Por hallarlo con mi esposa; y ella tendrá luego la misma muerte.

–Sería una lástima –dijo Morgana el Hada–. Y bien, ¿qué decís vos, caballero, es verdad lo que dice? –preguntó al caballero que iba a ser ahogado.

–En verdad que no, señora; no dice justicia de mí.

–¿De dónde sois –dijo Morgana el Hada–, y de qué país?

–Soy de la corte del rey Arturo, me llamo Manassen, primo de Accolon de Gaula.

–Decís bien –dijo ella–, y por amor a él seréis librado, y tendréis a vuestro adversario en el mismo trance en que estáis vos.

Y soltaron a Manassen y ataron al otro caballero. Y al punto lo desarmó Manassen, se armó él con su arnés, subió luego a caballo, puso al caballero delante de él, y lo arrojó a la fuente y lo ahogó. Después volvió a Morgana y le preguntó si quería algo para el rey Arturo.

–Dile que te he rescatado, no por amor a él, sino por amor a Accolon, y dile que no le temo mientras pueda tomar, yo y los que vienen conmigo, semejanza de piedras; y hazle saber que podré hacer mucho más cuando vea mi sazón.

Y partió ella hacia el país de Gore, y allí fue ricamente recibida, e hizo muy fuertes sus castillos y villas, pues tenía siempre mucho miedo del rey Arturo.

Cuando el rey hubo descansado bien en el convento fue a Camelot, donde halló a su reina y sus barones muy contentos de su llegada. Y cuando oyeron de sus extrañas aventuras como antes se han referido se maravillaron todos de la falsedad de Morgana el Hada; muchos caballeros desearon quemarla. Entonces llegó Manassen a la corte y refirió al rey su aventura.

–Bien –dijo el rey–; es una hermana terrible; me vengaré de ella si vivo, de manera que toda la Cristiandad hablará de ello.

Y por la mañana llegó una doncella de Morgana al rey, la cual traía el más rico manto que se había visto nunca en aquella corte, pues tenía recamadas tantas piedras preciosas como podían caber unas junto a otras, y eran las más costosas piedras que había visto nunca el rey. Y dijo la doncella:

–Vuestra hermana os envía este manto, y desea que aceptéis este presente de ella; y en lo que os ha ofendido, lo enmendará a vuestra satisfacción.

Cuando el rey contempló este manto, le plació mucho; aunque dijo poco.

Capítulo 16

Cómo la Doncella del Lago salvó al rey Arturo

de un manto que le habría quemado

En esto llegó la Doncella del Lago al rey y le dijo:

–Señor, debo hablar con vos en privado.

–Decid –dijo el rey– qué queréis.

–Señor –dijo la doncella–, no os pongáis ese manto hasta que hayáis visto más, y de ninguna manera dejéis que os cubra a vos ni a ninguno de vuestros caballeros, hasta haber mandado a su traedora que se lo ponga sobre sí.

–Bien –dijo el rey Arturo–; se hará como me aconsejáis.

Y dijo entonces a la doncella que venía de su hermana:

–Doncella, este manto que me habéis traído, quiero verlo sobre vos.

–Señor –dijo ella–, no se me acuerda llevar atavíos de rey.

–Por mi cabeza –dijo Arturo–, os lo pondréis antes de que cubra mi espalda, ni la de ninguno de los que aquí están.

Y mandó el rey que se lo pusiesen a ella, y al punto cayó muerta, no llegando a decir una palabra más, y ardió hasta que fue carbón. Entonces se enojó el rey en extremo, más que estaba antes, y dijo al rey Uriens:

–Mi hermana, vuestra esposa, está siempre queriendo traicionarme, y sé bien que vos, o mi sobrino, vuestro hijo, estáis concordes con

ella para destruirme: en cuanto a vos, no creo grandemente que seáis de su consejo, pues Accolon me confesó de su propia boca que ella querría destruiros como a mí, por tanto os tengo excusado; pero en cuanto a vuestro hijo, sir Uwain, tengo recelo de él, por lo que os encomiendo que lo alejéis de mi corte.

Así pues, Uwain fue despedido. Y cuando sir Gawain supo eso, se aprestó a ir con él, y dijo:

–Quien destierra a mi primo hermano me destierra a mí también.

Y partieron los dos, entraron en una gran floresta, y llegaron a un convento de monjas, donde fueron bien albergados. Pero cuando el rey supo que sir Gawain se había ido de la corte, hubo gran lamentación entre todos los estados.

–Ahora –dijo Gaheris, hermano de Gawain–, hemos perdido dos buenos caballeros por el amor de uno.

Y a la mañana siguiente oyeron misa en la abadía, y se pusieron en camino hasta que llegaron a una gran floresta. Entonces sir Gawain vio en un valle, junto a un torreón, doce hermosas doncellas, y dos caballeros armados sobre grandes caballos, y las doncellas iban y venían a un árbol. Y entonces advirtió sir Gawain cómo colgaba un escudo blanco de ese árbol, y cada vez que las doncellas pasaban junto a él lo escupían, y algunas arrojaban barro sobre el escudo.

Capítulo 17

Cómo sir Gawain y sir Uwain toparon

con doce hermosas doncellas, y cómo éstas

se quejaron de sir Marhaus

Entonces fueron sir Gawain y sir Uwain y las saludaron, y preguntaron por qué hacían aquel menosprecio al escudo.

–Señores –dijeron las doncellas–, os lo contaremos. Hay un caballero en este país, dueño de este escudo blanco, que es muy bueno de sus manos, pero odia a todas las dueñas y doncellas, y por eso hacemos todo este menosprecio al escudo.

–Os diré –dijo sir Gawain– que mal concuerda con un buen caballero menospreciar a dueñas y doncellas, aunque quizá tiene alguna causa para odiaros, y quizá ama en otros lugares a dueñas y doncellas, y es amado también, si es tal hombre de proeza como decís. Pero ¿cuál es su nombre?

–Señor –dijeron ellas–, su nombre es Marhaus, hijo del rey de Irlanda.

–Lo conozco bien –dijo sir Uwain–; es muy buen caballero como ninguno de cuantos viven, pues le vi una vez probado en una justa donde había muchos caballeros reunidos, y en aquella sazón no pudo resistirle ninguno.

–¡Ah, doncellas! –dijo sir Gawain–, paréceme que merecéis reprobación, pues es de suponer que quien ha colgado ese escudo ahí no tardará en llegar, y entonces pueden desafiarlo esos caballeros a caballo, lo que es más honroso para vosotras que eso; pues no quiero seguir aquí más tiempo para ver deshonrado el escudo de un caballero.

Y con eso se apartaron sir Uwain y Gawain un poco de ellas, y advirtieron entonces dónde venía sir Marhaus cabalgando sobre un gran caballo, derecho hacia ellos. Y cuando las doce doncellas vieron a sir Marhaus huyeron al torreón como alocadas, de manera que algunas de ellas se cayeron por el camino. Entonces uno de los caballeros de la torre embrazó su escudo, y dijo en voz alta:

–Señor Marhaus, defiéndete.

Y corrieron contra sí, de manera que el caballero quebró su lanza sobre Marhaus, y Marhaus le dio con tal fuerza que quebró el cuello y espinazo del caballo. Vio esto el otro caballero del torreón, y enderezó hacia Marhaus, y se arremetieron con tanta gana que el caballero del torreón cayó sin más, hombre y caballo, totalmente muerto.

Capítulo 18

Cómo sir Marhaus justó con sir Gawain

y sir Uwain, y derribó a ambos

Entonces sir Marhaus fue a su escudo, vio cómo estaba mancillado, y dijo:

–De este menosprecio me he vengado en parte; pero por el amor de la que me dio este escudo blanco, te llevaré, y colgaré el mío donde tú estabas –y lo colgó de su cuello.

Entonces cabalgó derechamente a sir Gawain y sir Uwain, y les preguntó qué hacían allí. Le respondieron que venían de la corte del rey Arturo por ver aventuras.

–Pues aquí estoy presto –dijo sir Marhaus–, como caballero aventurero, para cumplir cualquier aventura que queráis desear –y con esto se apartó de ellos para tomar carrera.

–Dejadle –dijo sir Uwain a sir Gawain–; pues es muy buen caballero, como el que más de cuantos viven; por mi voluntad, no quisiera que ninguno de nosotros se enfrentase a él.

–No –dijo sir Gawain–, eso no; sería vergüenza para nosotros no probarle, ni él sería nunca tan buen caballero.

–Pues bien –dijo sir Uwain–, yo le probaré antes, pues soy más débil que vos, y si me derriba, entonces podréis vengarme.

Y se embistieron estos dos caballeros con gran ímpetu y sir Uwain hirió a sir Marhaus de manera que su lanza se hizo pedazos sobre el escudo; y sir Marhaus le dio tan gravemente que hombre y caballo rodaron por tierra, hiriendo a sir Uwain en el costado izquierdo. Entonces sir Marhaus volvió su caballo y fue para sir Gawain con su lanza; y al ver eso sir Gawain, embrazó su escudo, enristraron

ambos sus lanzas, y se embistieron con todo el poder de sus caballos, y uno y otro caballero se dieron con fuerza en medio de los escudos; pero la lanza de sir Gawain se quebró, y la de sir Marhaus resistió, con lo que sir Gawain y su caballo fueron a dar en tierra.

Se levantó sir Gawain con diligencia, sacó la espada, y fue para sir Marhaus a pie; y al ver eso sir Marhaus, sacó la espada y corrió hacia sir Gawain a caballo.

–Señor caballero –dijo sir Gawain–, baja a pie, o te mataré el caballo.

–Agradezco –dijo sir Marhaus– vuestra gentileza de enseñarme cortesía, pues no está bien que un caballero esté a pie y el otro a caballo.

Seguidamente sir Marhaus puso su lanza contra un árbol, se apeó, ató el caballo a un árbol, embrazó su escudo, fueron el uno para el otro ansiosamente, y se arremetieron con las espadas de manera que volaban rajas de sus escudos, destrozándose los yelmos y las cotas, e hiriéndose ambos.

Pero sir Gawain, a partir de las nueve, se volvía más fuerte cada vez, hasta llegada la hora del mediodía, en que su poder aumentó tres veces. Todo esto vio sir Marhaus, y fue muy maravillado, cómo recrecía su fuerza; y se herían ambos muy gravemente. Y así que pasó el mediodía, e iban para la hora de vísperas, fue menguando la fuerza de sir Gawain, y se volvió tan débil que apenas podía durar más; entonces sir Marhaus fue cada vez más fuerte.

–Señor caballero –dijo sir Marhaus–, he notado bien que sois muy buen caballero y maravilloso hombre de poder como nunca he visto a otro, mientras os dura, y nuestras querellas no son grandes; por tanto, sería lástima haceros daño, pues siento que estáis muy débil.

–Ah –dijo sir Gawain–, gentil caballero, habéis dicho la palabra que habría dicho yo.

Y seguidamente se quitaron los yelmos, se besaron, y juraron amarse el uno al otro como hermanos. Y sir Marhaus rogó a sir

Gawain que se albergase con él esa noche. Así que tomaron sus caballos, y cabalgaron hacia la casa de sir Marhaus.

Y mientras iban de camino, «señor caballero –dijo Gawain–, maravíllame que un hombre tan valiente como sois vos no améis a dueñas ni doncellas».

–Señor –dijo sir Marhaus–, injustamente dicen de mí las que me dan ese nombre, pero sé bien que son las doncellas del torreón las que así me llaman, y otras como ellas. Pero os voy a contar por qué causa las odio: porque son hechiceras y encantadoras muchas de ellas, y por bueno de cuerpo y lleno de proeza que un caballero pueda ser, ellas lo vuelven cobarde para vencerlo, y ésta es la principal causa de que las odie. Y a todas las buenas dueñas y doncellas rindo servicio como debe hacer un caballero.

Como refiere el libro en francés, hubo muchos caballeros que vencieron a sir Gawain, pese al triple poder que tenía: sir Lanzarote del Lago, sir Tristán, sir Bors de Ganis, sir Perceval, sir Pelleas, y sir Marhaus; estos seis caballeros vencieron a sir Gawain.

Y al poco rato llegaron a la morada de sir Marhaus, que estaba en un pequeño priorato, se apearon allí, los desarmaron dueñas y doncellas, y se apresuraron a curarles las heridas, pues los tres estaban heridos. Y los tres tuvieron buen aposentamiento con sir Marhaus, y buena acogida; pues cuando supo él que eran hijos de la hermana del rey Arturo les dispensó la mejor acogida que estaba en su poder, y permanecieron allí siete noches, hasta que estuvieron bien curados de sus llagas, y finalmente partieron.

–Sin embargo –dijo sir Marhaus–, no nos separaremos tan pronto, pues quiero guiaros a través de la floresta –y cabalgaron día por día bien siete días antes de que hallasen ninguna aventura.

Por último entraron en una gran floresta, que era llamada el país y floresta de Arroy, y país de extrañas aventuras.

–A este país –dijo sir Marhaus– jamás ha venido caballero ninguno, desde que fue cristianizado, que no haya topado con extrañas aventuras.

Siguieron cabalgando, pues, y se metieron en un profundo valle lleno de rocas, y en él vieron una hermosa corriente de agua; arriba estaba la cabecera de la corriente, una hermosa fuente, y había tres doncellas sentadas junto a ella. Cabalgaron, pues, hasta ellas, y se saludaron unos y otras; y la mayor llevaba una guirnalda de oro sobre la cabeza, y era de sesenta inviernos o más, y su cabello era blanco bajo la guirnalda. La segunda doncella era de treinta inviernos y llevaba un cerco de oro alrededor de la cabeza. La tercera doncella sólo tenía quince años de edad, y una guirnalda de flores alrededor de la cabeza. Después de contemplarlas, estos caballeros les preguntaron por qué causa estaban sentadas en esta fuente.

–Estamos aquí –dijeron las doncellas– por esta causa: cuando vemos algún caballero andante, le enseñamos extrañas aventuras; y ya que sois tres caballeros en busca de aventuras, y nosotras tres doncellas, cada uno de vosotros debe escoger a una de nosotras; y cuando lo hayáis hecho así, os llevaremos a tres caminos, y cada uno escogerá un camino y llevará a su doncella con él. Y dentro de doce meses, en este día, deberéis juntaros aquí otra vez, y que Dios guíe vuestras vidas; y debéis prometer cumplirlo así.

–Bien dicho está eso –dijo sir Marhaus.

Capítulo 19

Cómo sir Marhaus, sir Gawain y sir Uwain encontraron a las doncellas, y cada uno de ellos tomó una

–Ahora escojamos cada uno de nosotros una doncella. En cuanto a mí –dijo sir Uwain– puesto que soy el más joven, y más débil que vosotros dos; quiero tener a la doncella más vieja, pues ella ha visto mucho, y puede ayudarme cuando tenga necesidad, pues tengo más

necesidad de ayuda que vosotros dos.

–Entonces –dijo sir Marhaus– yo quiero tener a la doncella de treinta inviernos, pues me conviene más.

–Pues os lo agradezco –dijo sir Gawain–, ya que me habéis dejado a la más joven y más bella, y es la que prefiero para mí.

Entonces cada doncella tomó a su caballero por la brida de su caballo, y lo llevó a los tres caminos, y allí hicieron juramento de reunirse en la fuente ese día en doce meses, si estaban vivos. Y se besaron y partieron, y cada caballero sentó a su dama tras él. Y sir Uwain tomó el camino que iba hacia poniente, sir Marhaus el camino del sur, y sir Gawain el que iba hacia el norte.

Empezaremos, pues, por sir Gawain, que siguió ese camino hasta que llegó a una hermosa mansión donde vivía un viejo caballero y buen amo, y allí preguntó sir Gawain al caballero si sabía de alguna aventura en ese país.

–Mañana una os mostraré –dijo el viejo caballero– que es maravillosa.

Y a la mañana siguiente entraron en la floresta de aventuras hasta que llegaron a un claro; y allí cerca hallaron una cruz; y estando allí detenidos, pasó junto a ellos el más hermoso caballero y hombre más apuesto que habían visto, haciendo infinita lamentación como jamás hiciera hombre ninguno. Entonces se dio cuenta éste de sir Gawain, lo saludó, y pidió a Dios que le enviase mucha honra.

–En cuanto a eso –dijo sir Gawain–, os lo agradezco mucho; pido a Dios que también os envíe a vos honra y dignidad.

–Ah –dijo el caballero–, bien puedo dejar a un lado eso, pues tras la honra me ha llegado la aflicción y la vergüenza.

Capítulo 20

Cómo un caballero

y un enano contendieron por una dama

Y seguidamente fue a un lado del claro; y en el otro lado vio sir Gawain diez caballeros detenidos que se apercibían con sus escudos y sus lanzas contra el caballero solo que había pasado junto a sir Gawain. A continuación enristró este caballero una gruesa lanza, y uno de los diez caballeros fue contra él; pero este afligido caballero le dio tan recio golpe que lo tiró por la cola del caballo. Y lo mismo sirvió este doliente caballero a todos ellos, derribando a algunos, hombre y caballo, y todo lo hizo con una sola lanza; y cuando los diez estuvieron a pie, acometieron a este caballero solo; y él permaneció como de piedra, y consintió que le bajasen del caballo, lo atasen de pies y manos, lo amarrasen bajo el vientre del caballo, y lo llevasen así.

–¡Oh, Jesús! –dijo sir Gawain–, dolorosa visión es ésta, ver a ese caballero así tratado; y parece que el caballero consiente que lo aten, pues no opone ninguna resistencia.

–Ninguna –dijo su huésped–, es verdad; pues si quisiera él, todos serían harto flojos para hacerlo.

–Señor –dijo la doncella a sir Gawain–, me parece que sería honra vuestra ayudar a ese doliente caballero, pues creo que es uno de los mejores caballeros que he visto.

–Lo haría por él –dijo sir Gawain–, pero parece que no quiere tener ninguna ayuda.

–Entonces –dijo la doncella–, creo que no tenéis ningún deseo de ayudarle.

Mientras hablaban, vieron a un caballero al otro lado del claro, todo armado salvo la cabeza. Y por el otro extremo llegó un enano a caballo todo armado salvo la cabeza, con una boca grande y una nariz roma; y cuando el enano estuvo cerca, dijo:

–¿Dónde está la dama que debía vernos aquí?

Y en eso salió ella del bosque. Entonces empezaron a contender los dos por la dama; pues el caballero dijo que la tendría, y el enano que la tendría él.

–¿Lo hacemos bien? –dijo el enano–. Allá en la cruz hay un caballero; pongámoslo en sus manos, y como él juzgue, así sea.

–De acuerdo –dijo el caballero.

Fueron, pues, los tres a sir Gawain, y le dijeron por qué contendían.

–Y bien, señores –dijo él–, ¿queréis poner el caso en mis manos?

–Sí –dijeron ambos.

–Entonces, doncella –dijo sir Gawain–, poneos entre los dos, y aquél al que os plazca ir, os tendrá.

Y cuando fue puesta entre ambos, dejó al caballero y fue al enano; y el enano la tomó y emprendió su camino cantando, y el caballero tomó el suyo con gran congoja. Entonces llegaron allí dos caballeros todo armados, y dijeron a voces:

–Sir Gawain, caballero del rey Arturo, disponte a toda prisa a justar conmigo.

Corrieron contra sí, de manera que cayeron uno y otro; y una vez a pie, sacaron las espadas, y se acometieron muy bravamente.

Entre tanto el otro caballero fue a la doncella y le preguntó por qué estaba con aquel caballero, «y si queréis venir conmigo, seré vuestro fiel caballero».

–Con vos quiero estar –dijo la doncella–, pues con sir Gawain no hallo de corazón que pueda estar; pues ahora mismo ha desbaratado aquí un solo caballero a diez, y a la postre se lo han llevado cobardemente, y por tanto vayámonos los dos mientras ellos luchan.

Sir Gawain luchó con aquel otro caballero mucho rato; pero finalmente tuvieron acuerdo. Entonces el caballero rogó a sir Gawain que se albergase con él esa noche. Y mientras iba sir Gawain con este caballero, le preguntó:

–¿Qué caballero de este país es el que ha derribado a diez caballeros? Pues después que hizo eso muy bravamente, consintió que le atasen de pies y manos y se lo llevasen.

–Ah –dijo el caballero–, ése es, creo, el mejor caballero del mundo, y el hombre de más proeza, y ha sido así servido más de diez veces, y se llama sir Pelleas, y ama a una gran dama de este país llamada Ettard. Y cuando la amó, fue pregonada en este país una gran justa de tres días, para que acudiesen allí todos los caballeros de este país y todas las dueñas, y el que probase ser mejor caballero, tendría una muy buena espada y un cerco de oro; y el cerco debía donarlo el caballero a la dama más hermosa que estuviese en la justa. Y este caballero sir Pelleas fue el mejor de los que allí estaban, aunque había quinientos caballeros; pero no hubo nadie que se enfrentase a sir Pelleas a quien no tirara o descabalgara; y cada uno de estos tres días derribó veinte caballeros, por lo que recibió el galardón. Y seguidamente fue a donde estaba la señora Ettard, le dio el cerco, y dijo públicamente que era la más hermosa dama que allí había, y que lo probaría sobre cualquier caballero que dijese que no.

Capítulo 21

Cómo sir Pelleas se dejó prender

porque quería ver a su dama, y cómo sir Gawain

prometió conseguirle el amor de su dama

»Y la escogió por su señora soberana, y no amar jamás a otra sino a ella; pero ella era tan orgullosa que hizo menosprecio de él, y dijo que nunca lo amaría, aunque muriese por ella. Por lo que todas las dueñas y doncellas la menospreciaron, por ser tan orgullosa, pues otras había que eran más hermosas; y ninguna de las que allí estaban, de haberles ofrecido sir Pelleas su amor, habría dejado de amarlo por su noble proeza. Y este caballero prometió a la señora Ettard seguirla a este país, y no dejarla hasta que le amase. Y aquí

está él, lo más cerca de ella, albergado junto a un convento, y cada semana envía ella caballeros a luchar con él. Y cuando él los ha vencido, entonces consiente voluntariamente que le lleven prisionero, porque quiere tener una visión de esta dama. Y ella le hace siempre gran afrenta, pues unas veces manda a sus caballeros que lo aten a la cola del caballo, y otras debajo de su vientre; y de la más vergonzosa manera que se puede pensar, es llevado a ella. Y todo lo hace para que deje este país, y deje de amarla; pero todo esto no puede hacerle desistir, pues si hubiese querido luchar a pie, habría vencido a los diez caballeros, tanto a pie como a caballo.

–Ay –dijo sir Gawain–, gran lástima siento de él; y después de esta noche lo buscaré mañana, en esta floresta, para prestarle toda la ayuda que pueda.

Y por la mañana se despidió sir Gawain de su huésped sir Carados, y se metió en la floresta; y finalmente dio con sir Pelleas, el cual hacía desconsolada lamentación; se saludaron el uno al otro, y le preguntó por qué hacía tales quejas. Y como se ha referido más arriba, así se lo contó sir Pelleas a sir Gawain; «pero consiento que sus caballeros me traten como visteis ayer, con la esperanza de ganar finalmente su amor, pues ella sabe bien que sus caballeros no me vencerían tan fácilmente si yo decidiese luchar con ellos a todo riesgo. Por tanto, si no la amase yo como la amo, preferiría morir cien veces, si pudiese morir tantas, antes que consentir esa afrenta; pero confío en que a la postre tendrá piedad de mí, pues el amor hace sufrir a muchos buenos caballeros para alcanzar su propósito; pero, ¡ay!, soy muy desventurado». Y seguidamente hizo tan gran duelo y lamentación que apenas se podía tener sobre el caballo.

–Pues bien –dijo sir Gawain–, dejad vuestros llantos, y os prometo por mi vida hacer cuanto esté en mi poder para conseguiros el amor de vuestra dama; os doy mi palabra.

–Ah –dijo sir Pelleas–, ¿de qué corte sois? Os ruego que me lo digáis, mi buen amigo.

Y dijo sir Gawain:

–Soy de la corte del rey Arturo, hijo de su hermana, y el rey Lot de Orkney fue mi padre, y me llamo sir Gawain.

Entonces dijo él:

–Yo me llamo sir Pelleas, nacido en las Islas, y de muchas islas soy señor, y nunca había amado a ninguna dueña ni doncella hasta esta hora desventurada. Y, señor caballero, ya que sois pariente tan cercano del rey Arturo, e hijo de rey, no me traicionéis, sino ayudadme, pues no puedo llegar junto a ella sino por algún buen caballero, pues está en un fuerte castillo, a cuatro millas de aquí, y es señora de todo este país. Y no puedo llegar a su presencia sino consintiendo que me prendan sus caballeros, y si hiciese por verla, hace tiempo que habría muerto. Y hasta ahora no he tenido una palabra graciosa de ella, sino que, cuando soy llevado ante ella, me reprocha de la más injusta manera; entonces me quitan ellos mi caballo y arnés, y me echan a las puertas, y no consiente ella que me den de comer ni de beber; y siempre me ofrezco para ser su prisionero, pero ella no lo quiere consentir, aunque no desearía yo más, por muchos sufrimientos que tuviese, con tal de poderla ver todos los días.

–Bien –dijo sir Gawain–, todo esto remediaré yo si queréis hacer como voy a disponer: tomaré vuestro caballo y vuestra armadura, iré a su castillo y le diré que os he matado, y entraré con ella para hacer que me quiera, y entonces haré mi verdadera parte, de manera que sin falta tendréis su amor.

Capítulo 22

Cómo sir Gawain fue a la señora Ettard y yació con ella, y cómo sir Pelleas los halló durmiendo

Y seguidamente sir Gawain dio palabra a sir Pelleas que le sería verdadero y fiel; y se dieron promesa el uno al otro, cambiaron sus caballos y arneses, partió sir Gawain, y fue al castillo donde estaban los pabellones de esta dama delante de la puerta.

Y tan presto como Ettard vio a sir Gawain, huyó al castillo. Alzó la voz sir Gawain, y le rogó que aguardase, que no era sir Pelleas:

–Soy otro caballero que ha matado a sir Pelleas.

–Quitaos el yelmo –dijo la señora Ettard–, que pueda ver vuestra cara.

Y cuando vio que no era sir Pelleas, lo hizo apearse, lo llevó a su castillo, y le preguntó si en verdad había matado a sir Pelleas. Respondió él que sí, y dijo que se llamaba sir Gawain, de la corte del rey Arturo, e hijo de su hermana.

–En verdad –dijo ella– que es gran lástima, pues era muy apuesto caballero; pero de todos los hombres vivos, era al que más odiaba, pues nunca podía verme libre de él; y por haberlo matado, seré vuestra esposa, y haré lo que os plazca –y dio buena acogida a sir Gawain.

Entonces dijo sir Gawain que amaba a una dama y que por ningún medio le quería amar ella.

–Merece reprobación –dijo Ettard– si no os ama; pues ya que sois tan bien nacido, y hombre de tanta proeza, no hay dama en el mundo demasiado buena para vos.

–¿Me prometéis –dijo sir Gawain– hacer lo que podáis, por la fe de vuestra vida, para conseguirme el amor de mi dama?

–Sí, señor –dijo ella–, os lo prometo por la fe de mi vida.

–Pues bien –dijo sir Gawain–, sois vos a quien amo tan bien; por tanto os ruego que mantengáis vuestra promesa.

–No tengo elección –dijo la señora Ettard–, a menos que fuese perjura –y le otorgó cumplir todo su deseo.

Era entonces por el mes de mayo, cuando ella y sir Gawain salieron del castillo y cenaron en un pabellón; y allí fue hecha una cama, y se acostaron juntos sir Gawain y la señora Ettard; y puso ella a sus doncellas en otro pabellón, y en el tercero parte de sus caballeros, pues ningún temor tenía ya de sir Pelleas. Y sir Gawain yació con

ella en aquel pabellón dos días y dos noches.

Y al tercer día, por la mañana temprano, se armó sir Pelleas, pues no había dormido nada desde que sir Gawain se separara de él; y sir Gawain le había prometido por la fe de su vida volver a él, a su pabellón junto al convento, en espacio de un día y una noche. Entonces sir Pelleas montó a caballo, fue a los pabellones que estaban fuera del castillo, y halló en el primer pabellón tres caballeros en tres camas, con tres escuderos acostados a sus pies. Fue después al segundo pabellón y halló cuatro dueñas acostadas en cuatro camas. Y fue entonces al tercer pabellón y halló a sir Gawain acostado en la cama con su señora Ettard, en brazos el uno del otro; y al ver esto casi le reventó el corazón de dolor; y dijo: «¡Ay!, que un caballero haya sido hallado tan falso»; tomó entonces su caballo y no pudo permanecer allí más tiempo de pura aflicción.

Y cuando hubo cabalgado casi media milla, volvió otra vez, determinado a matar a ambos; y al verlos tan dormidos, casi no pudo tenerse sobre el caballo de dolor, y se dijo así: «Aunque jamás haya sido este caballero más falso, no lo mataré durmiendo, pues no quiero destruir la alta orden de caballería»; y seguidamente partió otra vez.

Y antes que hubiese cabalgado media milla regresó otra vez, determinado a matar a ambos, haciendo la más grande lamentación que hiciera hombre alguno. Y cuando llegó a los pabellones, ató el caballo a un árbol, cogió la espada desnuda en la mano, y se llegó a donde yacían; pero pensó que sería vergüenza matarlos durmiendo, y dejó la espada atravesada sobre sus cuellos, tomó su caballo, y se fue por su camino.

Y al llegar sir Pelleas a sus pabellones, contó a sus caballeros y escuderos lo que le había acaecido, y les dijo así:

–Por el leal y buen servicio que me habéis hecho os daré todos mis bienes, pues me voy a acostar, y no me levantaré hasta morir. Y cuando haya muerto, os encargo que saquéis el corazón de mi cuerpo y se lo llevéis entre dos fuentes de plata, y le digáis cómo la vi acostada con el falso caballero sir Gawain.

Y al punto se desarmó sir Pelleas, y se metió en la cama, haciendo

grandísimo duelo y llanto.

Despertaron entonces sir Gawain y Ettard de su sueño, hallaron la espada desnuda sobre sus cuellos, y entonces supo ella que era la espada de sir Pelleas.

–¡Ay! –dijo a sir Gawain–, me habéis traicionado, y a sir Pelleas, pues dijisteis que le habíais dado muerte, y ahora sé bien que no es así, que está vivo. Y si sir Pelleas hubiese sido tan descortés como vos habéis sido con él, ahora seríais caballero muerto. Pero me habéis engañado y traicionado falsamente, de manera que todas las dueñas y doncellas pueden guardarse por vos y por mí.

Y con esto se aprestó sir Gawain, y entró en la floresta.

Y acaeció entonces que la Doncella del Lago, Nimue, topó con un caballero de sir Pelleas que iba a pie por la floresta haciendo gran lamentación, y le preguntó la causa. Y el afligido caballero le contó cómo su amo y señor había sido traicionado por un caballero y una dama, y cómo «nunca más se levantará de su cama, hasta morir».

–Llevadme a él –dijo ella al punto–, y os certifico que no morirá por amor; y la que le ha inspirado tal amor se verá en tan mal trance como él está, antes que pase mucho tiempo, pues no es ninguna alegría que tan orgullosa dama no quiera tener merced de un caballero esforzado.

Al punto la llevó este caballero a él, y al verlo acostado en la cama, pensó que jamás había visto un caballero tan apuesto; y seguidamente arrojó un encantamiento sobre él, y quedó dormido.

Y entre tanto fue a la señora Ettard, encomendando que nadie lo despertase hasta que ella volviese. Y a las dos horas regresó con la señora Ettard, y ambas damas lo hallaron dormido.

–Mirad –dijo la Doncella del Lago–, deberíais avergonzaros de matar a tal caballero –y con esto arrojó tal encantamiento sobre ella que lo amó al extremo que casi perdió el juicio.

–¡Oh, Señor Jesús! –dijo la señora Ettard–, ¿qué me ha ocurrido que amo ahora al que más he odiado de todos los hombres vivos?

–Ése es el recto juicio de Dios –dijo la doncella.

Y despertó luego sir Pelleas, y miró a Ettard; y al verla la reconoció, y la odió más que a ninguna de cuantas mujeres vivían, y dijo:

–Vete, traidora, no te pongas nunca más delante de mi vista.

Y cuando ella le oyó hablar así, lloró e hizo grandísima aflicción, fuera de medida.

Capítulo 23

Cómo sir Pelleas dejó de amar a Ettard

por mediación de la Doncella del Lago,

a la que después amó siempre

–Señor caballero Pelleas –dijo la Doncella del Lago–, tomad vuestro caballo y salid conmigo de este país, y amaréis a una dama que os amará.

–De buen grado –dijo sir Pelleas–, pues esta señora Ettard me ha hecho mucho despecho y afrenta –y allí le contó todo, de principio a fin, y cómo él había determinado no levantarse nunca más, hasta que hubiese muerto–. Y ahora me ha enviado Dios tal gracia, que la odio tanto como la amaba antes, ¡gracias a Nuestro Señor Jesús!

–Agradecédmelo a mí –dijo la Doncella del Lago.

Se armó al punto sir Pelleas, tomó su caballo, y mandó a sus hombres que llevasen detrás sus pabellones y pertrechos, a donde la Doncella del Lago quisiese asignar.

Y la señora Ettard murió de aflicción, y la Doncella del Lago alegró a sir Pelleas, y se amaron durante los días de su vida.

Capítulo 24

Cómo sir Marhaus cabalgó con la doncella,

y cómo llegó al Duque de las Marcas del Sur

Volvemos ahora a sir Marhaus, que iba con la doncella de treinta inviernos de edad, hacia el sur. Y entraron en una profunda floresta, y por fortuna les sobrevino la noche, y cabalgaron mucho tiempo por un profundo camino; y finalmente llegaron a un cercado, y allí pidieron posada.

Pero el hombre del cercado no los quiso aposentar por muchos ruegos que le hicieron; aunque esto les dijo el buen hombre:

–Si queréis tomar la aventura de vuestro aposentamiento, os llevaré a donde seréis aposentados.

–¿Qué aventura tendré por mi aposentamiento? –dijo sir Marhaus.

–La sabréis cuando lleguéis allí –dijo el buen hombre.

–Señor, cualquiera que sea la aventura, te ruego que me lleves allí –dijo sir Marhaus–; pues estoy cansado, así como mi doncella y mi caballo.

Fue, pues, el buen hombre, abrió la entrada, y al cabo de una hora lo llevó a un hermoso castillo; llamó entonces el pobre hombre al portero, fue llevado al punto dentro del castillo, y dijo al señor cómo le había traído a un caballero andante y una doncella que querían aposentarse con él.

–Que entre –dijo el señor–, puede que se arrepienta de tomar aposentamiento aquí.

Así, pues, fue entrado sir Marhaus con una antorcha, donde tuvo la grata visión de hombres jóvenes que le dieron la bienvenida.

Entonces llevaron su caballo al establo, y a él y a la doncella los guiaron a la sala, donde estaban de pie un poderoso duque y muchos hombres gallardos a su alrededor. Entonces este señor le preguntó cómo se llamaba, y de dónde venía, y con quién moraba.

–Señor –dijo él–, soy uno de los caballeros del rey Arturo, y caballero de la Tabla Redonda, y me llamo sir Marhaus, y soy nacido en Irlanda.

Y entonces le dijo el duque:

–Mucho me pesa; y la causa es ésta: que no amo a tu señor, ni a ninguno de tus compañeros de la Tabla Redonda; y por ende puedes holgar esta noche lo que puedas, pues de mañana yo y mis seis hijos lucharemos contigo.

–¿No hay remedio ninguno, sino haberlas con vos y vuestros seis hijos a un tiempo? –dijo sir Marhaus.

–No –dijo el duque–; pues por esta causa he hecho voto; porque sir Gawain mató a mi séptimo hijo en un encuentro; por tanto hice voto de que ningún caballero de la corte del rey Arturo se aposentaría conmigo, ni vendría donde yo pudiese haberlas con él, sin que vengase la muerte de mi hijo.

–¿Cuál es vuestro nombre? –dijo sir Marhaus–; os ruego que me lo digáis, si os place.

–Sabe bien que soy el Duque de las Marcas del Sur.

–Ah –dijo sir Marhaus–, he oído decir que sois hace mucho tiempo gran enemigo de mi señor Arturo y sus caballeros.

–Eso lo sentirás mañana –dijo el duque.

–¿Habré de enfrentarme con vos? –dijo sir Marhaus.

–Sí –dijo el duque–, no tendrás elección; y por ende, ve a tu cámara, y tendrás todo cuanto te corresponde.

Y partió sir Marhaus, fue llevado a una cámara, y su doncella fue llevada a la suya. Y por la mañana envió el duque mandado a sir

Marhaus de que se aparejase. Así que se levantó sir Marhaus, se armó, fue cantada una misa delante de él, quebró su ayuno, y montó a caballo en el patio del castillo donde debían hacer la batalla. Allí estaba el duque todo apercibido a caballo, y bien armado, y sus seis hijos con él; y cada uno tenía una lanza en la mano. Y se encontraron, quebrando sus lanzas el duque y dos de sus hijos sobre él; pero sir Marhaus mantuvo en alto la suya y no tocó a ninguno de ellos.

Capítulo 25

Cómo sir Marhaus luchó con el duque

y sus seis hijos y les hizo rendirse

Llegaron entonces los cuatro hijos por parejas, y quebraron sus lanzas dos de ellos, y lo mismo los otros dos. Y todo este tiempo sir Marhaus no los tocó. Entonces sir Marhaus fue al duque, y le dio con su lanza de manera que hombre y caballo cayeron a tierra; y lo mismo sirvió a sus hijos; entonces se apeó sir Marhaus, y dijo al duque que se rindiese o lo mataría. Se recobraron entonces algunos de los hijos, y quisieron ir sobre sir Marhaus; y dijo sir Marhaus al duque:

–Haz cesar a tus hijos, o acabaré con todos vosotros.

Viendo el duque que no podía escapar de la muerte, gritó a sus hijos, les encomendó que se rindiesen a sir Marhaus; y se arrodillaron todos y ofrecieron los pomos de sus espadas al caballero, y él los recibió. Entonces ayudaron a levantar a su padre, y de común acuerdo prometieron a sir Marhaus no ser más enemigos del rey Arturo, y que al siguiente Domingo de Pentecostés irían él y sus hijos a presentarse a la gracia del rey.

Partió entonces sir Marhaus, y a los dos días su doncella le llevó a donde había un gran torneo que la señora de Vawse había hecho

pregonar. Y el que venciese tendría un rico cerco de oro que valía mil besantes. Y allí se portó sir Marhaus tan noblemente que fue renombrado, y derribó unos cuarenta caballeros, y fue premiado con el cerco de oro.

Partió entonces de aquí con gran honra; y en espacio de siete noches su doncella le llevó a la plaza de un conde, llamado conde Fergus, el cual fue después caballero de sir Tristán; y este conde era muy mancebo, y recién venido a sus tierras, y había un gigante muy cerca de él, llamado Taulurd, el cual tenía otro hermano en Cornualles llamado Taulas, al que mató sir Tristán cuando estaba fuera de su juicio. Y este conde se quejó a sir Marhaus de que había un gigante cerca de él que destruía todas sus tierras, de manera que no osaba cabalgar ni ir a ninguna parte por él.

–Señor –dijo el caballero–, ¿cómo acostumbra luchar él, a caballo o a pie?

–A caballo no –dijo el conde–, que no hay caballo que lo pueda llevar.

–Bien –dijo sir Marhaus–, entonces lucharé con él a pie.

Y por la mañana sir Marhaus rogó al conde que uno de sus hombres le llevase a donde estaba el gigante; y allí estaba, pues lo vio sentado al pie de un acebo, y con muchas mazas de hierro y hachas de guerra a su alrededor.

Enderezó, pues, este caballero para el gigante, poniéndose el escudo delante, y el gigante tomó una maza de hierro en la mano, y del primer golpe partió el escudo de sir Marhaus en dos trozos. Y entonces estuvo éste en gran peligro, pues el gigante era luchador experimentado; pero finalmente sir Marhaus le cortó el brazo derecho por encima del codo. Entonces huyó el gigante, y el caballero fue tras él; y se metió en un lago, pero el gigante era tan alto que sir Marhaus no pudo vadear tras él. Entonces mandó sir Marhaus al hombre del conde Fergus que le trajese piedras, y con estas piedras dio el caballero al gigante muchos graves golpes hasta que lo hizo caer en el agua, y allí murió.

Entonces sir Marhaus fue al castillo del gigante, y libró veinticuatro

damas y doce caballeros de la prisión del gigante, y tuvo cuantiosas riquezas, de manera que nunca fue pobre los días de su vida. Regresó entonces al conde Fergus, y éste se lo agradeció infinitamente, y quiso darle la mitad de sus tierras; pero él no quiso aceptar ninguna.

Sir Marhaus habitó con el conde casi medio año, pues quedó muy magullado con el gigante, y al cabo de ese tiempo se despidió. Y yendo por el camino, topó con sir Gawain y sir Uwain, y por ventura se enfrentaron a cuatro caballeros de la corte de Arturo: el primero era sir Sagramore le Desirous, y sir Ozana, sir Dodinas le Savage y sir Felot de Listinoise; y allí sir Marhaus derribó con una lanza a estos cuatro caballeros, y los hirió gravemente. Y con esto partió a reunirse en el día señalado.

Capítulo 26

Cómo sir Uwain cabalgó con la doncella de sesenta años de edad, y cómo ganó el galardón torneando

Volvemos ahora a sir Uwain, que cabalgó hacia poniente con su doncella de sesenta inviernos de edad, la cual le llevó a donde había un torneo cerca de la marca de Gales. Y en aquel torneo sir Uwain derribó treinta caballeros, por lo que le fue otorgado el galardón, que era un gerifalte, y un corcel blanco paramentado con paño de oro. Entonces hizo sir Uwain muchas aventuras por mediación de la doncella vieja que le llevó a una dama llamada Dama de la Roca, la cual era muy cortés.

Y había en el país dos caballeros que eran hermanos, y afamados caballeros peligrosos, de los que uno se llamaba sir Edward del Castillo Bermejo, y el otro sir Hugh del Castillo Bermejo; y estos dos hermanos habían despojado a la Dama de la Roca de una baronía de tierras por extorsión. Y como este caballero se albergase con esta dama, le hizo ella queja de estos dos caballeros.

–Señora –dijo sir Uwain–, muy de reprobar son, pues obran contra la alta orden de caballería, y del juramento que hicieron; y si os place yo hablaré con ellos, pues soy uno de los caballeros del rey Arturo, y los trataré con franqueza; y si no quieren, haré batalla con ellos, y en defensa de vuestro derecho.

–Mucho os lo agradezco –dijo la dama–, y donde no pueda yo pagaros, Dios lo hará.

Y al día siguiente por la mañana envió recado a los dos caballeros, de que debían venir a hablar con la Dama de la Roca, y sabed bien que no faltaron, pues acudieron con cien a caballo. Pero cuando esta dama los vio de esta manera tan fuertes, no quiso consentir que sir Uwain saliese a ellos por ninguna seguridad ni gentil habla, sino le hizo hablar con ellos desde una torre. Pero finalmente estos dos hermanos no quisieron escuchar ruegos, y respondieron que conservarían lo que tenían.

–Bien –dijo sir Uwain–, entonces lucharé con uno de vosotros, y probaré que sois injustos con esta dama.

–No queremos –dijeron ellos–, pues si hacemos batalla, lucharemos los dos a la vez con un caballero, y por ende si queréis luchar así, estaremos prestos a la hora que asignéis. Y si nos vencéis en batalla, la dama tendrá sus tierras otra vez.

–Decís bien –dijo sir Uwain–; por tanto, aparejad de manera que estéis aquí mañana en la defensa del derecho de la dama.

Capítulo 27

Cómo sir Uwain luchó con dos caballeros y los venció

Así, pues, fueron dadas garantías por ambas partes de manera que no se moviese traición por ninguna de ellas; entonces se marcharon

los caballeros, y se aprestaron; y esa noche sir Uwain tuvo gran agasajo.

Y por la mañana se levantó temprano y oyó misa, quebró su ayuno y salió al llano fuera de las puertas, donde estaban los dos hermanos aguardándole. Y cabalgaron contra sí muy fuertemente, de manera que sir Edward y sir Hugh quebraron sus lanzas sobre sir Uwain. Y sir Uwain dio tal golpe a sir Edward que lo derribó por encima del caballo, aunque no se quebró su lanza. Entonces dio espuelas a su caballo, fue sobre sir Hugh y lo derrocó; pero se recobraron prestamente, embrazaron los escudos, sacaron las espadas, y pidieron a sir Uwain que se apease e hiciese su batalla a todo riesgo.

Entonces sir Uwain dejó el caballo súbitamente, se puso el escudo delante, sacó la espada, y arremetieron contra sí, y se dieron uno y otros tales golpes, hiriendo estos dos hermanos a sir Uwain tan gravemente, que la Dama de la Roca creyó que iba a morir. Y así lucharon cinco horas como hombres rabiosos fuera de juicio. Y finalmente sir Uwain descargó sobre el yelmo de sir Edward tal golpe que le entró la espada hasta la clavícula; entonces menguó el denuedo de sir Hugh, pero sir Uwain lo acosó con saña, con intención de matarlo. Al ver esto sir Hugh, se hincó de rodillas y se rindió a sir Uwain. Y éste con gentileza aceptó su espada, lo tomó por la mano, y fueron juntos al castillo.

Entonces la Dama de la Roca se alegró muchísimo, y sir Hugh hizo gran lamentación por la muerte de su hermano. Entonces le fueron restituidas a la dama todas sus tierras, y sir Hugh recibió mandado de estar en la corte del rey Arturo en la siguiente fiesta de Pentecostés. Y sir Uwain moró con la dama casi medio año, pues tardó mucho en sanar de sus grandes heridas.

Y cuando se acercó el día acordado en que sir Gawain, sir Marhaus y sir Uwain debían reunirse en la encrucijada, cada caballero se encaminó hacia allá para mantener la promesa que había hecho; y sir Marhaus y sir Uwain llevaron a sus doncellas con ellos, pero sir Gawain había perdido a la suya como se ha referido antes.

Capítulo 28

Cómo al fin del año los tres caballeros

con sus tres doncellas se reunieron en la fuente

Así, pues, al cabo de los doce meses se reunieron los tres caballeros en la fuente con sus doncellas; pero la doncella que tenía sir Gawain pudo decir muy poca honra de él. Y se despidieron de las doncellas y cabalgaron por una gran floresta, y allí toparon con un mensajero que venía del rey Arturo, el cual hacía casi doce meses que los buscaba por toda Inglaterra, Gales y Escocia, con el mandado de que si podía hallar a sir Gawain y a sir Uwain los trajese de vuelta a la corte. Y entonces se alegraron todos, y rogaron a sir Marhaus que fuese con ellos a la corte del rey.

Y a los doce días llegaron a Camelot, y el rey se alegró muchísimo de su llegada, y lo mismo toda la corte. Entonces el rey les mandó jurar sobre un libro que contarían todas las aventuras que les habían acaecido en esos doce meses, y así lo hicieron ellos. Y allí era sir Marhaus muy conocido, pues había caballeros a los que había desafiado antes, y era tenido por uno de los mejores caballeros vivos.

Cercana la fiesta de Pentecostés llegó la Doncella del Lago trayendo consigo a sir Pelleas; y en esta alta fiesta hubo grandes justas de caballeros; y de todos los caballeros que estuvieron en esas justas tuvo sir Pelleas el galardón, y sir Marhaus fue diputado el siguiente; pero sir Pelleas era tan fuerte que muy pocos caballeros pudieron asentarle un bote de lanza. Y en esa siguiente fiesta sir Pelleas y sir Marhaus fueron hechos caballeros de la Tabla Redonda, pues había sillas vacías, pues ese año habían sido muertos dos caballeros, y gran alegría tuvo el rey Arturo de sir Pelleas y de sir Marhaus. Pero Pelleas no amó nunca más a sir Gawain, aunque le perdonó por amor al rey Arturo; pero a menudo, en justas y torneos, sir Pelleas se desquitó de sir Gawain pues así se refiere en el libro francés. Y muchos días después sir Tristán luchó con sir Marhaus en una isla, e hicieron allí una gran batalla; pero a la postre sir Tristán lo mató; y

sir Tristán fue herido de manera que casi no se podía recobrar, y yació en un convento de monjas medio año. Y sir Pelleas fue un digno caballero, y uno de los cuatro que acabaron el Santo Grial; y la Doncella del Lago hizo con sus artes que nunca las hubiese con sir Lanzarote del Lago, pues cuando sir Lanzarote estaba en cualquier justa o torneo, no consentía que estuviese él ese día, a menos que fuese en el bando de sir Lanzarote.

Explicit liber quartus.

Incipit liber quintus.

[6] Según Vinaver, Malory convierte branke (subdivisión de un ciclo de historias) en braunche.

[7] ...Regarde contre mont, o sea upwards, «hacia arriba» (Vinaver). Malory dice about the world.

[8] Armyvestal (Caxton) o amyvestyall (Winchester); la palabra tiene un significado poco claro.

Libro V

Capítulo 1

Cómo doce ancianos embajadores de Roma vinieron al rey Arturo a demandar tributo por Bretaña

Cuando el rey Arturo hubo descansado tras larga guerra, y celebraba una real fiesta y Tabla Redonda con sus aliados, reyes, príncipes y nobles caballeros todos de la Tabla Redonda, entraron en su sala, estando sentado él en su trono real, doce ancianos, llevando cada uno un ramo de olivo, en señal de que venían como embajadores y mensajeros del emperador Lucio, el cual era llamado en aquel tiempo Dictador o Procurador del Bien Público de Roma; y estos mensajeros, después de entrar y llegarse ante el rey Arturo, le rindieron homenaje haciéndole reverencia, y le dijeron de esta manera:

–El alto y poderoso emperador Lucio envía saludos al rey de Bretaña, y te ordena que le reconozcas por tu señor, y le envíes el tributo debido de este reino al imperio, que tu padre, y antes tus predecesores, han pagado como hay testimonio, y tú como rebelde no le reconoces como tu soberano, y te resistes y te mantienes contrario a los estatutos y decretos hechos por el noble y digno Julio César, conquistador de este reino, y primer emperador de Roma. Y si rechazas su demanda y mandamiento, sabe de cierto que hará fuerte guerra contra ti, tus reinos y tierras, y os castigará a ti y a tus súbditos, de manera que será ejemplo perpetuo para todos los reyes y príncipes, por negar su tributo a ese noble imperio que domina sobre el universal mundo.

Así que hubieron manifestado el efecto de su mesaje, les mandó el rey retirarse, y dijo que debía consultar con su consejo, y que entonces les daría respuesta. Entonces algunos de los caballeros mancebos, al oír su mensaje, quisieron ir sobre ellos para matarlos,

diciendo que era una afrenta para todos los caballeros allí presentes consentirles hablar así al rey. Y al punto mandó el rey, so pena de muerte, que ninguno de ellos los ofendiese ni hiciese ningún daño, y mandó a un caballero que los llevase a su aposentamiento; «y ved que tengan todo lo necesario y conveniente para ellos, con la mejor muestra, y no se ahorre delicadeza ninguna, pues los romanos son grandes señores, y aunque no me place a mí ni a mi corte su mensaje, sin embargo debo tener presente mi honra».

Después de esto llamó el rey a todos sus señores y caballeros de la Tabla Redonda para deliberar sobre este asunto, y les pidió que le diesen su consejo. Entonces sir Cador de Cornualles habló primero, y dijo:

–Señor, este mensaje me place bien, pues hemos descansado muchos días, y holgado, y ahora espero que hagáis feroz guerra a los romanos, con lo que no dudo que ganaremos honra.

–Bien creo –dijo Arturo–, que te place este asunto, pero no se pueden dar estas respuestas, aunque mucho me agravia la demanda, pues ciertamente no pagaré jamás tributo a Roma, por tanto os ruego que me aconsejéis. Sé que Belinus y Brenius, reyes de Bretaña, han tenido el imperio en sus manos muchos días, y también Constantino el hijo de Helena, lo que es clara prueba de que no debemos tributo ninguno a Roma, sino de justicia los que descendemos de ellos tenemos derecho a reclamar el título del imperio.

Capítulo 2

Cómo los reyes y señores prometieron al rey Arturo ayuda y socorro contra los romanos

Entonces respondió el rey Agwisance de Escocia:

–Señor, debéis de derecho estar por encima de todos los otros reyes,

pues como vos no hay par ni igual en toda la Cristiandad, tocante a caballería y dignidad, y os aconsejo que no obedezcáis a los romanos; pues cuando reinaron sobre nosotros afligieron a nuestros mayores, y sometieron esta tierra a grandes extorsiones y pagos, por lo que hago aquí voto de vengarme de ellos; y para reforzar vuestra querella proveeré con veinte mil buenos hombres de guerra, abastecidos a mi costa, que os acompañarán conmigo cuando os plazca.

Y el rey de la Pequeña Bretaña concedió para lo mismo treinta mil; por lo cual el rey Arturo les dio las gracias. Y entonces cada uno acordó hacer guerra, y ayudar según su fuerza, que fue a saber: el Señor de Gales Occidental prometió traer treinta mil hombres; y sir Uwain, y sir Idrus su hijo, con sus parientes, prometieron traer treinta mil. Entonces sir Lanzarote prometió asimismo una gran multitud. Y cuando el rey Arturo conoció el sentir de todos, y la buena voluntad, les dio las gracias vivamente; y después hizo llamar a los embajadores para que oyesen su respuesta. Y en presencia de todos sus caballeros y señores les habló de esta manera:

–Quiero que volváis a vuestro señor, y Procurador del Bien Común de los romanos, y le digáis que ninguna cuenta hago de su demanda y mandamiento, y que no sé de ningún pago ni tributo que le deba yo a él, ni a ningún príncipe terrenal, cristiano ni pagano; sino que pretendo tener y ocupar la soberanía del imperio, para lo que estoy titulado por derecho de mis predecesores, en otro tiempo reyes de esta tierra; y decidle que estoy deliberada y totalmente determinado, a ir con mi ejército con fuerza y poder hasta Roma, por la gracia de Dios, a tomar posesión del imperio y someter a los que se rebelen. Por tanto le mando, a él y a todos los de Roma, que sin demora me rindan homenaje, y me reconozcan por su emperador y gobernador, so pena de lo que pueda venir.

Y entonces mandó a su tesorero que les diese grandes y generosos dones, y pagase todas sus expensas, y asignó a sir Cador para que los llevase fuera de la tierra. Y tomaron su licencia y partieron, embarcaron en Sandwich, y siguieron por Flandes, Alemania, las montañas y toda Italia, hasta que llegaron a Lucio. Y después de hecha la reverencia, hicieron relación de su respuesta, como antes habéis oído.

Cuando el emperador Lucio hubo entendido bien su mensaje, fue muy demudado, ya que se había puesto furioso, y dijo:

–Había pensado que Arturo obedecería mi mandamiento, y que él mismo os serviría, como bien se le acordaba, más que a ningún otro rey.

–Oh, señor –dijo uno de los senadores–, dejad esas vanas palabras, pues os hacemos saber que yo y mis compañeros fuimos muy amedrentados de ver su continente. Temo que esto se vuelva en contra vuestra, pues pretende ser señor de este imperio, lo que es muy de temer si viene, pues es en todo muy distinto de lo que pensáis, y tiene la corte más noble del mundo; ningún otro rey ni príncipe puede compararse a él en su noble esplendor. El día de Año Nuevo le vimos en su estado, que es el más real que hemos visto nunca, pues era servido a su mesa por nueve reyes, y la más noble compañía de príncipes, señores, y caballeros que hay en el mundo; y cada caballero era probado y semejante a un señor; y tiene la Tabla Redonda; y es su persona la más esforzada de cuantas viven; y puede ser que conquiste todo el mundo, pues es bien poco para su valor. Por lo que os aconsejo que guardéis bien vuestras marcas y pasos de las montañas; pues ciertamente es digno de ser temido.

–Bien –dijo Lucio–; antes de Pascua pienso pasar las montañas, entrar en Francia, y allí arrebatarle sus tierras con genoveses y otros poderosos guerreros de Toscana y Lombardía. Y mandaré que todos los que sean súbditos y aliados del imperio de Roma vengan en mi ayuda.

Y seguidamente envió viejos y avisados caballeros a estos países siguientes: primero a Ambage y Arrage, a Alejandría, a la India, a Armenia, donde el río Éufrates entra en Asia, a África, y Europa la Ancha, a Ertayne y Elamye, a Arabia, Egipto y Damasco, a Damietta y a Cayer, a Capadocia, a Tarso, Turquía, Ponto y Panfilia, Siria y Galacia. Todos éstos estaban sometidos a Roma, y muchos más, como Grecia, Chipre, Macedonia, Calabria, Cataluña, Portugal, con muchos miles de españoles. Y todos estos reyes, duques y emires se congregaron alrededor de Roma, con dieciséis reyes y gran multitud de gente.

Cuando el emperador supo de su llegada aprestó a sus romanos y todos los pueblos entre él y Flandes. También tomó consigo cincuenta gigantes engendrados por demonios, los cuales fueron ordenados para guardar su persona y quebrantar la vanguardia del ejército del rey Arturo.

Y así partió de Roma, y bajó las montañas para destruir las tierras que Arturo había conquistado, y llegó a Colonia, cercó un castillo vecino, lo rindió en seguida, lo guarneció con doscientos sarracenos o infieles, y después destruyó muchos hermosos países que Arturo había ganado al rey Claudas. Y así llegó Lucio con toda su hueste, desplegada a lo ancho de sesenta millas, mandando que se juntasen con él en Borgoña, pues se proponía destruir el reino de la Pequeña Bretaña.

Capítulo 3

Cómo el rey Arturo celebró un Parlamento en York, donde ordenó cómo debía ser gobernado el reino en su ausencia

Dejamos ahora al emperador Lucio y hablamos del rey Arturo, que mandó a todo su acompañamiento que se aprestase, el octavo día de san Hilario, a celebrar un Parlamento en York. Y en ese Parlamento determinaron confiscar toda la armada de la tierra, y en espacio de quince días estar apercibidos en Sandwich, que allí mostraría a su ejército cómo se proponía conquistar el imperio que le pertenecía tener de derecho.

Y allí nombró dos gobernadores de este reino, que fueron, a saber, sir Bawdwin de Bretaña, por que aconsejase lo mejor, y sir Constantino, hijo de sir Cador de Cornualles, que después de la muerte de Arturo fue rey de este reino. Y en presencia de todos sus señores delegó en ellos el gobierno del reino y de su reina Ginebra,

por lo que se enojó sir Lanzarote, pues dejaba a sir Tristán con el rey Marco por amor a la Bella Isolda.

Entonces la reina Ginebra hizo gran lamentación por la partida de su señor y otros, y tuvo tal desmayo que las damas la llevaron a su cámara. Partió, pues, el rey con su gran ejército, y dejó a la reina y el reino bajo el gobierno de sir Bawdwin y Constantino. Y cuando estuvo sobre su caballo, dijo en voz alta:

–Si muero en esta jornada, quiero que sir Constantino sea mi heredero, y rey de este reino, como el más cercano de mi sangre –y partió después, y embarcó en Sandwich con todo su ejército, con gran multitud de barcos, galeras, cocas, galeazas, haciendo vela sobre la mar.

Capítulo 4

Cómo el rey Arturo, embarcado y acostado en su cámara, tuvo un sueño maravilloso, y de su exposición

Y estando acostado el rey en su cámara de la nave, se adormeció y tuvo un sueño maravilloso: le pareció que un terrible dragón ahogaba a mucha de su gente, y que salía volando de poniente, y tenía la cabeza esmaltada de azur, y sus hombros relucían como el oro, y su vientre era como de una malla de maravilloso matiz, su cola de puntas afiladas, sus patas de fino sable, y sus garras como de oro fino; y de la boca le salía una espantosa llama de fuego, como si la tierra y el agua ardiesen totalmente. Después, le pareció que salía de oriente un terrible jabalí todo negro, en una nube, con grandes pezuñas como estacas; era velludo y de mirada feroz, la bestia más horrible que jamás vio hombre ninguno; rugía y erraba tan espantablemente que era maravilla oír. Entonces el horrible dragón avanzó y vino por los aires como un halcón, dando grandes

golpes sobre el jabalí, y el jabalí lo hirió a su vez con sus feroces colmillos, de manera que su pecho se ensangrentó todo, y la sangre caliente volvió bermeja toda la mar. Entonces el dragón se elevó volando hacia las alturas, bajó con gran arremetida, hirió al jabalí en el espinazo, que tenía diez pies de la cabeza a la cola, redujo al jabalí todo a polvo, la carne y los huesos, y se fue volando por encima de la mar.

Y en eso despertó el rey, y se sintió muy turbado de este sueño, y envió al punto por un sabio filósoso, mandando que le explicase el significado de su sueño.

–Señor –dijo el filósofo–, el dragón que has soñado representa tu propia persona que aquí navega y los colores de sus alas son los reinos que has ganado y su cola llena de puntas afiladas significa a los nobles caballeros de la Tabla Redonda; y el jabalí al que mata el dragón, que sale de las nubes, representa algún tirano que atormenta al pueblo, o que probablemente vas a luchar tú sólo con algún gigante horrible y abominable, como no has visto otro igual en tus días; por ende, nada debes temer de este sueño terrible, sino ve como conquistador.

Después de esto, no tardaron en tener tierra a la vista, y navegaron hasta que arribaron a Barflete, en Flandes; y una vez allí halló apercibidos a muchos de sus grandes señores, como les había sido mandado que aguardasen.

Capítulo 5

Cómo un hombre del país le contó de un maravilloso gigante, y cómo luchó y lo venció

Entonces fue a él un labrador del país, y le contó cómo había en el país de Constantino, cerca de Bretaña, un gran gigante que había matado, asesinado y devorado a mucha gente, y llevaba siete años sustentándose con los hijos de la gente común de esa tierra, «a tal

extremo que todos los niños han sido muertos y destruidos; y ahora ha prendido a la duquesa de Bretaña cuando cabalgaba con su séquito, y se la ha llevado a la morada que tiene en una montaña, para violarla y yacer con ella hasta el fin de su vida; y mucha gente la ha seguido, más de quinientos; pero ninguno ha podido rescatarla, sino que la han dejado gimiendo y llorando lamentablemente, por lo que creo que la ha matado satisfaciendo su inmundo apetito de lujuria. Era mujer de tu primo sir Howell, al que nosotros tenemos por muy próximo de tu sangre. Ahora, como rey justo que eres; ten piedad de esta dama, y vénganos a todos como noble conquistador».

–¡Ay! –dijo el rey Arturo–, gran maldad es ésa; antes que el mejor de mis reinos habría querido yo estar a un estadio de él, para haber rescatado a esa dama. Ahora, compañero, ¿puedes llevarme a donde mora ese gigante?

–Sí, señor –dijo el buen hombre–, mira allá donde ves aquellos dos grandes fuegos; allí lo hallarás, y más tesoros de los que creo que hay en toda Francia.

Cuando el rey hubo oído este piadoso caso, volvió a su tienda. Llamó entonces a sir Kay y a sir Bedevere, y les mandó que secretamente aprestasen caballo y arnés para él y ellos dos, pues después de vísperas quería cabalgar en peregrinación con los dos al monte de San Miguel. Se aprestó entonces, se armó en todos los puntos, y tomó su caballo y su escudo.

Y partieron los tres de allí, y cabalgaron más deprisa que nunca, hasta que llegaron al pie de aquel monte. Se apearon, y el rey les mandó que permaneciesen allí, pues quería subir él solo a aquel monte. Y ascendió por la ladera hasta que llegó a un gran fuego, donde halló a una viuda afligida retorciéndose las manos y haciendo gran llanto, sentada junto a una sepultura recién hecha. Entonces la saludó el rey Arturo, y le preguntó por qué hacía esa lamentación; a lo que respondió ella, y dijo:

–Señor caballero, habla bajo, pues allá está un demonio, y si te oye vendrá y te destruirá; por desdichado te tengo; ¿qué haces aquí, en esta montaña? Pues aun si fueseis cincuenta como tú, no podríais oponer ninguna resistencia a este demonio: aquí yace muerta una

duquesa, la cual era la más hermosa del mundo, esposa de sir Howell, duque de Bretaña; forzándola, la ha matado, y desgarrado hasta el ombligo.

–Señora –dijo el rey–; vengo del noble conquistador rey Arturo, a tratar con ese tirano en favor de su pueblo vasallo.

–¡Mal hayan tales tratos! –dijo ella–; ninguna cuenta hace de rey ni de ningún otro; pero si le traes a la mujer de Arturo, doña Ginebra, más se alegrará que si le das media Francia. Cuida de no allegar demasiado a él, porque ha vencido a quince reyes, y una cota se ha hecho toda llena de piedras preciosas bordada con sus barbas, que ellos le enviaron la pasada Navidad para tener su amor, y por la salvación de su pueblo. Y si quieres hablar con él, en aquel gran fuego lo tienes cenando.

–Pues cumpliré mi mensaje –dijo Arturo–, pese a vuestras espantosas palabras –y fue por la cresta de aquel monte, y vio dónde estaba sentado royendo un miembro humano, y calentando sus anchas piernas al fuego, sin calzones, mientras tres hermosas doncellas daban vueltas a tres asadores donde había ensartados doce recién nacidos como pajarillos.

Cuando el rey Arturo vio esta escena lastimosa sintió gran compasión de ellos, al extremo que el corazón se le encogió de dolor, y lo saludó de esta manera:

–El que rige el mundo te dé corta vida y muerte vergonzosa; y el diablo tenga tu alma. ¿Por qué has matado a estos niños inocentes, y asesinado a esta duquesa? Levanta y apercíbete, glotón, hoy vas a morir por mi mano.

Se levantó el glotón de un salto, tomó una gran maza en la mano, y dio tal golpe al rey que le tiró al suelo la corona del yelmo. Y el rey lo hirió a su vez, le rajó el vientre y le cortó los genitales, de manera que le cayeron al suelo las entrañas e intestinos. Entonces el gigante arrojó la maza, agarró al rey en sus brazos, y le estrujó las costillas. Las tres doncellas, entonces, se arrodillaron y clamaron a Cristo ayuda y socorro para Arturo. Y Arturo giraba y se retorcía, de manera que unas veces estaba debajo y otras encima. Y dando vuelcos y tumbos de esta suerte, rodaron cuesta abajo hasta llegar a

la señal de la mar; y mientras así giraban no cesaba Arturo de asestarle con su daga. Y acaeció que vinieron a parar a donde los dos caballeros estaban y guardaban el caballo de Arturo; y al ver éstos al rey tan sujeto por los brazos del gigante acudieron a soltarlo.

Entonces el rey mandó a sir Kay que tajase la cabeza del gigante, la pusiese sobre el fuste de una lanza, la llevase a sir Howell, y le dijese que su enemigo había sido muerto; «y después, haced atar esta cabeza a una barbacana para que pueda verla y contemplarla todo el pueblo; id ahora los dos a la montaña, y traedme mi escudo, mi espada y la maza de hierro; y en cuanto al tesoro, tomadlo, pues hallaréis allí infinitos bienes; con tal que tenga yo la túnica y la maza, no deseo más. Éste era el gigante más fiero con que he topado, salvo otro que vencí en el monte de Arabia; aunque éste era más grande y feroz».

Entonces los caballeros trajeron la maza y la túnica, tomaron para sí parte del tesoro, y volvieron otra vez con la hueste. Y al punto se conoció esto en todo el país, por lo que la gente fue a dar gracias al rey. Y éste les respondió:

–Agradecedlo a Dios, y repartid los bienes entre vosotros.

Y después de eso el rey Arturo dijo y mandó a Howell, su primo, que ordenase la construcción de una iglesia en el mismo monte, en honor a san Miguel.

Y por la mañana el rey se puso en marcha con su gran hueste, y entró en la Champagne, en un valle, y allí asentaron sus tiendas; y cuando estaba comiendo el rey, llegaron dos mensajeros, de los cuales uno era mariscal de Francia, y dijeron al rey que el emperador había entrado en Francia, y había destruido una gran parte, y estaba en Borgoña, la cual había destruido, y hecho gran mortandad de gente, y quemado pueblos y burgos; «por lo que, si no vienes prestamente, deberán rendir sus vidas y sus bienes».

Capítulo 6

Cómo el rey Arturo envió a sir Gawain

y otros a Lucio, y cómo fueron asaltados

y escaparon con honra

Entonces el rey hizo llamar a sir Gawain, sir Bors, sir Lionel y sir Bedevere, y les mandó que fuesen derechamente a sir Lucio; «y decidle que con presteza abandone mi tierra; y si no quiere, decidle que se disponga a hacer batalla y deje de afligir a la pobre gente».

Enderezaron al punto estos nobles caballeros a caballo, y cuando llegaron a un verde bosque, vieron muchos pabellones asentados en un prado, de seda de diversos colores, cerca de un río; y el pabellón del emperador estaba en medio con un águila desplegada encima. Hacia aquella tienda cabalgaron nuestros caballeros, y acordaron que sir Gawain y sir Bors dieran el mensaje, y quedar sir Lionel y sir Bedevere en una emboscadura.

Y dieron sir Gawain y sir Bors su mensaje, y mandaron a Lucio, en nombre de Arturo, que dejase su tierra, o se aparejase en breve para batallar. A lo que respondió Lucio, y dijo:

–Volved a vuestro señor, y decidle que le someteré a él y a todas sus tierras.

Entonces se enojó sir Gawain, y dijo:

–Más que toda Francia quisiera luchar yo contra ti.

–Y yo –dijo sir Bors–, más que toda Bretaña o Borgoña.

Entonces dijo un caballero llamado sir Gainus, pariente cercano del emperador:

–Ved cuán llenos de orgullo y soberbia están estos bretones, y cómo alardean y presumen como si sostuviesen el mundo.

Entonces sir Gawain tomó mucho agravio por estas palabras, sacó la

espada y le cortó la cabeza. Y seguidamente dieron la vuelta a sus caballos, cruzaron aguas y bosques, hasta que llegaron a su emboscadura donde sir Lionel y sir Bedevere aguardaban.

Los romanos los siguieron detrás, a caballo y a pie, por campo llano, hasta el bosque; entonces sir Bors volvió su caballo y vio venir con gran prisa a un caballero, y le atravesó el cuerpo con una lanza, de manera que cayó muerto a tierra; entonces llegó Caliborn, uno de los más fuertes de Pavía, y derribó a muchos de los caballeros de Arturo. Y cuando sir Bors le vio hacer tanto enderezó hacia él, y le atravesó el pecho, de manera que cayó muerto a tierra. Entonces sir Feldenak pensó vengar la muerte de Gainus en sir Gawain, pero se dio cuenta sir Gawain, y le descargó un golpe sobre la cabeza que no paró hasta que le llegó al pecho.

Se volvió entonces y fue a donde estaban emboscados sus compañeros. Y allí hubo un encuentro, pues los emboscados cayeron sobre los romanos, matando y tajando, y los obligaron a volverse y huir, persiguiéndolos los nobles caballeros hasta sus tiendas.

Entonces los romanos allegaron más gente, trajeron también de a pie, y formaron una nueva batalla con tantos hombres que fueron prendidos sir Bors y sir Berel. Pero cuando vio eso sir Gawain, tomó con él al buen caballero sir Idrus, y diciendo que no vería más al rey Arturo si no los rescataba, sacó su buena espada Galatine, y fue en pos de los que llevaban a esos dos caballeros; e hirió al que llevaba a sir Bors, y le quitó a sir Bors, y lo entregó a sus compañeros. Y así mismo rescató sir Idrus a sir Berel.

Entonces comenzó a recrecer la batalla, de manera que nuestros caballeros se vieron en gran peligro, por lo que sir Gawain envió por socorro al rey Arturo, pidiendo que acuciase, «pues estoy malherido, y nuestros prisioneros pueden pagar sobrado rescate»[9].

Y fue el mensajero al rey y le dijo su mensaje. Y al punto hizo reunir el rey su ejército; pero antes de partir, llegaron los prisioneros, y sir Gawain y sus compañeros ganaron el campo y pusieron en fuga a los romanos, y después se juntaron con su compañía en tal manera que no perdieron ningún hombre de merecimiento, salvo que sir Gawain fue gravemente herido.

Entonces el rey hizo que le examinasen las heridas y lo curasen.

Y así fue el comienzo de la primera jornada de los bretones y romanos, y fueron muertos de los romanos más de diez mil; y esa noche hubo gran alegría y contento en la hueste del rey Arturo. Y por la mañana enviaron todos los prisioneros a París bajo la custodia de sir Lanzarote, con muchos caballeros, y de sir Cador.

Capítulo 7

Cómo Lucio envió espías a una emboscadura para rescatar a sus caballeros prisioneros, y cómo fueron estorbados

Volvemos ahora al emperador de Roma, quien descubrió que estos prisioneros iban a ser enviados a París, y al punto emboscó algunos caballeros y príncipes, con sesenta mil hombres, para rescatar a sus caballeros y señores que iban prisioneros.

Y por la mañana Lanzarote y sir Cador, capitanes y gobernadores de todos los que conducían a los prisioneros, cuando iban a atravesar un bosque, envió sir Lanzarote algunos caballeros para que viesen si alguien lo podía impedir. Y cuando dichos caballeros entraron en el bosque, espiaron y vieron la gran emboscada; y volvieron y dijeron a sir Lanzarote que los esperaban al acecho sesenta mil romanos.

Y entonces sir Lanzarote con los caballeros que tenía, y hombres de guerra en número de diez mil, se pusieron en ordenanza, y se encontraron y lucharon con ellos esforzadamente, y mataron y hostigaron a muchos de los romanos, y dieron muerte a muchos caballeros y emires del bando de los romanos y sarracenos; allí murió el rey Lyly y tres grandes señores, Aliduke, Herawd y Heringdale. Pero sir Lanzarote luchaba tan noblemente que ninguno podía resistir un golpe de su mano, sino que a donde iba mostraba

su proeza y poder, pues mataba a una y otra mano; y los romanos y sarracenos huían de él como ovejas del lobo o del león; y puso en fuga a cuantos quedaron vivos.

Y tanto tiempo lucharon que llegaron nuevas al rey Arturo; y se apercibió al punto y fue a la batalla, vio cómo sus caballeros habían vencido, y los abrazó, caballero por caballero, diciendo:

–Bien merecéis poseer toda vuestra honra y honor; jamás hubo rey, salvo yo, que tuviera tan nobles caballeros.

–Señor –dijo Cador–, ninguno de nosotros defraudó al otro; pero la proeza y esfuerzo de sir Lanzarote sería más que maravilla contar, y también de sus parientes, que han hecho este día muchos nobles hechos de guerra.

Y también contó sir Cador quiénes de sus caballeros habían muerto, como sir Berel, y también sir Moris y sir Maurel, dos buenos caballeros. Entonces lloró el rey; se secó los ojos con un pañuelo, y dijo:

–Vuestro valor ha estado cerca de destruiros, pues aunque hubieseis vuelto, ninguna honra habríais perdido; pues yo llamo a eso necedad, caballeros, resistir uno cuando puede ser vencido.

Capítulo 8

Cómo un senador contó a Lucio de su desbaratamiento, y también de la gran batalla entre Arturo y Lucio

Dejamos ahora al rey Arturo y sus nobles caballeros, que habían ganado el campo, y habían llevado sus prisioneros a París, y hablamos de un senador que escapó de la batalla, fue al emperador Lucio, y le dijo:

–Señor emperador, te aconsejo que te retires. ¿Qué haces aquí? Nada ganarás en estas marcas sino grandes golpes sin ninguna

medida, pues este día uno de los caballeros de Arturo valía en la batalla por cien de los nuestros.

–¡Mal hayas tú –dijo Lucio–, por hablar cobardemente!; pues más me agravian tus palabras que todas las pérdidas que he tenido este día –y al punto envió delante un rey, que se llamba sir Leomie, con un gran ejército, mandándole que acuciase, que él seguiría deprisa.

Advertido el rey Arturo privadamente, envió su gente a Sajonia, y tomó las ciudades y castillos de los romanos. Entonces mandó el rey a sir Cador que tomase la retaguardia, y llevase con él algunos caballeros de la Tabla Redonda; «y sir Lanzarote, sir Bors, sir Kay, sir Marrok, con sir Marhaus, guardarán nuestra persona». Así el rey Arturo distribuyó su hueste en diversas partes, a fin de que no escapasen sus enemigos.

Cuando el emperador entró en el valle de Sajonia, pudo ver dónde estaba el rey Arturo en orden de batalla con su bandera desplegada; y fue cercado a su alrededor por sus enemigos, de manera que de necesidad tenía que luchar, o rendirse, pues no podía huir; pero dijo abiertamente a los romanos: «Señores, os exhorto este día a que luchéis y cumpláis como hombres, y recordéis cómo Roma domina y es principal y cabeza de toda la tierra y universal mundo, y no consintáis que estos bretones resistan este día contra nosotros»; y seguidamente mandó a sus trompetas tañer sones sangrientos, de tal manera que el suelo tembló y se estremeció.

Entonces fueron al encuentro las batallas, y se arremetieron gritando por ambas partes, y dieron grandes golpes por ambas partes; y cayeron derribados muchos hombres, heridos y muertos; y ese día se hizo gala de grandes valentías, proezas y hazañas de guerra, de manera que sería harto largo contar las nobles hazañas de cada hombre, pues podrían llenar un volumen entero. Pero, en especial, el rey Arturo entró en la batalla exhortando a sus caballeros a hacerlo bien, y él mismo se portó tan noblemente con sus manos como era posible que hiciese un hombre: sacaba su espada Excalibur, observaba dónde eran más espesos los romanos y más acongojaban a su gente, y a esa parte enderezaba él, y tajaba y mataba, y rescataba a su gente; y mató a un gran gigante llamado Galapas, que era hombre descomunal de cuerpo y estatura: le segó y cortó ambas piernas por las rodillas, diciendo: «Ahora tienes mejor

tamaño para entenderme contigo que antes»; y después le cortó la cabeza. Allí luchó sir Gawain noblemente, y dio muerte a tres emires, en aquella batalla. Y lo mismo hicieron todos los caballeros de la Tabla Redonda.

Y la batalla entre el rey Arturo y el emperador Lucio duró mucho tiempo. Lucio tenía de su parte a muchos sarracenos que murieron. Y fue muy grande la batalla, y unas veces llevaba una parte la ventaja y otras la desventaja, lo que duró mucho tiempo, hasta que finalmente vio el rey Arturo dónde luchaba el emperador Lucio, y hacía prodigios con sus manos.

Y al punto fue a él. Y se acometieron ambos fieramente, y a la postre Lucio dio a Arturo un golpe de través en el rostro, haciéndole una ancha herida. Y cuando el rey Arturo se sintió herido, al punto le dio un golpe con Excalibur que le hendió la cabeza, desde arriba, y no paró hasta que le llegó al pecho. Entonces el emperador cayó muerto, y allí acabó su vida. Y cuando se supo que el emperador había muerto, al punto emprendieron la huida los romanos con toda su hueste, y el rey Arturo, con todos sus caballeros, los persiguió, matando a cuantos podía alcanzar.

Y así fue dada la victoria al rey Arturo, y el triunfo; y allí fueron muertos de la parte de Lucio más de cien mil. Y después el rey Arturo hizo examinar todos los cuerpos muertos, y enterrar a los que eran de su séquito cada uno según el estado y grado del que era. En cuanto a los heridos, hizo que los cirujanos examinasen sus llagas y heridas, mandando que ningún bálsamo ni medicina se ahorrase hasta que estuviesen sanos.

Entonces fue el rey derechamente a donde el emperador Lucio yacía muerto, y con él halló muertos al sultán de Siria, y al rey de Egipto y al de Etiopía, que eran dos nobles reyes, con otros diecisiete reyes de diversas regiones, y también sesenta senadores de Roma, hombres nobles todos ellos, a los que el rey hizo embalsamar y perfumar con muchas buenas resinas aromáticas, y después encerar con sesenta envolturas de tela de cendal encerada, y poner en cofres de plomo, por que no se pudiesen descomponer ni heder; y sobre todos estos cuerpos fueron puestos sus escudos con sus armas y banderas, a fin de que se supiese de qué países eran. Y después halló a tres senadores que estaban vivos a los que dijo:

–Para salvar vuestras vidas quiero que toméis estos cuerpos muertos, los llevéis a la gran Roma, y los presentéis de mi parte a la Potestad, mostrándole mis cartas, y le digáis que prestamente estaré en Roma en persona. Y creo que los romanos se cuidarán de pedir ningún tributo de mí. Y mando que digáis, cuando lleguéis a Roma, a la Potestad y a todo el Consejo y Senado, que les envío estos cuerpos muertos por el tributo que han demandado. Y si no se contentan con ellos, les pagaré más a mi llegada, pues otro tributo no les debo, ni quiero pagar. Y creo que éste es bastante por Bretaña, Irlanda, y toda Alemania y Germania. Y os encomiendo decir además, que les mando, so pena de sus cabezas, que jamás demanden tributo ni impuesto de mí ni de mis tierras.

Con este encargo y mandamiento partieron los tres senadores antedichos, con todos los dichos cuerpos muertos, colocando el cuerpo de Lucio en un carro, solo, cubierto con las armas del imperio; y después dos cuerpos de reyes en una carreta, y los cuerpos de los senadores detrás; y así fueron a Roma, y mostraron su legación y mensaje a la Potestad y Senado, relatando la batalla habida en Francia, y cómo fue perdido el campo y la mucha e infinita gente muerta. Por lo que les aconsejaban que de ninguna manera moviesen más guerras contra aquel noble conquistador Arturo, «pues muy de temer es por su fuerza y su proeza, viendo a los nobles reyes y gran multitud de caballeros de la Tabla Redonda, al que ningún príncipe terrenal se puede comparar».

Capítulo 9

Cómo Arturo, después que hubo acabado la batalla contra los romanos, entró en Alemania y en Italia

Ahora volvemos al rey Arturo y sus nobles caballeros, quien, después de acabada la gran batalla contra los romanos entró en

Lorena, Brabante y Flandes, de donde volvió a la Alta Alemania, pasó las montañas, y entró en Lombardía; y después, en Toscana, donde una ciudad no se quiso rendir, ni obedecer de ninguna manera, por lo que el rey Arturo la asedió y tuvo mucho tiempo cercada, y le hizo muchos asaltos; y los de dentro se defendieron bravamente.

Entonces, en una sazón llamó el rey a sir Florence, un caballero, y le dijo que faltaban vituallas, «y no lejos de aquí hay grandes florestas y bosques donde están muchos enemigos míos con mucho ganado. Quiero que aparejes y vayas allá a saco; lleva contigo a mi sobrino sir Gawain, a sir Wisshard, sir Clegis, sir Cleremond, y al capitán de Cardiff con otros, y traigas todas las bestias que puedas».

Y al punto se aprestaron estos caballeros, y fueron por oteros y altozanos, atravesaron bosques y florestas, hasta que entraron en un hermoso prado lleno de hermosas flores y yerba; y allí descansaron ellos y sus caballos toda esa noche.

Y con el alba de la mañana, al otro día, tomó sir Gawain su caballo y se fue calladamente de su compañía en busca de alguna aventura. Y a poco descubrió a un hombre armado, yendo sosegadamente su caballo por la linde de un bosque, con el escudo enlazado al hombro, sentado sobre un fuerte corcel, y sin otro criado que un paje llevando una poderosa lanza. El caballero llevaba en su escudo tres grifos de oro, sable y carbúnculo, el jefe de plata. Cuando sir Gawain vio a este airoso caballero, enristró su lanza, cabalgó derecho a él, y le demandó de dónde era. El otro respondió y dijo que de Toscana, y demandó a sir Gawain:

–¿Qué propones tú, caballero orgulloso, tan osadamente? Aquí no tienes presa, ya puedes probar lo que quieras, pues serás mi prisionero antes de que te vayas.

Entonces dijo Gawain:

–Mucho te vanaglorias y dices palabras soberbias; te aconsejo, pese a toda tu presunción, que te aprestes y tomes tu aparejo, antes de que te venga un mal mayor.

Capítulo 10

De una batalla hecha por Gawain contra un sarraceno que después se rindió y se volvió cristiano

Entonces tomaron sus lanzas, corrieron el uno para el otro con todo el poder que tenían, y se atravesaron ambos los escudos hasta el hombro; sacaron luego las espadas, y se dieron tales golpes que saltaban centellas de sus yelmos. Entonces sir Gawain se sintió muy turbado, y con su buena espada Galatine le dio un golpe que le rajó el escudo y la cota, hecha de gruesa malla. Le destrozó y quebró las piedras preciosas, y le hizo tan grande herida que se le podía ver el hígado y el pulmón. Soltó entonces un gruñido este caballero, fue para sir Gawain, y de un terrible tajo le dio una gran herida y cortó una vena, lo que afligió en extremo a Gawain, y le hizo sangrar abundantemente. Y dijo el caballero a sir Gawain:

–Venda esa herida antes de que mude tu color, que has cubierto de sangre todo tu caballo y tus hermosas armas; pues todos los barberos de Bretaña no podrán restañar tu sangre, pues quien sea herido con esta hoja jamás dejará de sangrar.

Entonces respondió Gawain:

–Poco me aflige; no me dan miedo tus palabras demasiadas, ni me arredran el ánimo, sino que vas a sufrir angustia y dolor antes de que nos separemos. Pero dime pronto quien puede restañar mi sangre.

–Eso puedo hacerlo yo –dijo el caballero–, si quiero; y lo haré, si me socorres y ayudas, de manera que pueda ser bautizado, y creer en Dios, lo que requiero de tu hombría, y será gran mérito para tu alma.

–Consiento –dijo sir Gawain–, con la ayuda de Dios, en cumplir todo tu deseo; pero dime antes qué buscas aquí tú solo, y de qué tierra y vasallaje eres.

–Señor –dijo–, me llamo Príamo, y un gran príncipe es mi padre, y

ha sido rebelde a Roma y ha destrozado muchas de sus tierras. Mi padre desciende de Alejandro y de Héctor por línea derecha. Y el duque Josué y Macabeo fueron de nuestro linaje. Soy justo heredero de Alejandría, África, y de todas las islas lejanas; aunque quiero creer en el Señor que tú crees; y por tu trabajo te daré sobradas riquezas. He sido tan vano y altivo de corazón que creía que nadie me podía igualar, ni semejarse a mí. Fui enviado a esta guerra con ciento cuarenta caballeros, y ahora me he encontrado contigo, que me has dado cumplida lucha, por lo que, señor caballero, te ruego que me digas quién eres.

–No soy ningún caballero –dijo Gawain–; he sido criado en la guardarropa del noble rey Arturo muchos años, cuidando su armadura y sus otros aparejos, y poniendo cintas a los paletoques de su pertenencia. Las Navidades pasadas me hizo ayudante, y me dio caballo y arnés, y cien libras en dinero; y si la fortuna es mi amiga, no dudo que seré acrecentado y favorecido por mi señor natural.

–¡Ah! –dijo Príamo–, si sus pícaros son tan porfiados y fieros, harto buenos han de ser sus caballeros Ahora, por el amor del Rey de los Cielos, seas pícaro o caballero, dime tu nombre.

–Por Dios –dijo Gawain–, que te voy a decir la verdad: me llamo sir Gawain, soy conocido en su corte y su cámara, y uno de los caballeros de la Tabla Redonda; él me armó duque con su propia mano. Por ende, no os cause enojo si esta gracia me es afortunada; es la bondad de Dios la que me prestó mi fuerza.

–Más me alegro ahora –dijo Príamo– que si me hubieses dado toda la Provenza y París la rica. Preferiría haber sido destrozado con caballos salvajes, a que un truhán hubiese ganado tal precio, o que un paje o soldado hubiese obtenido galardón sobre mí. Pero ahora, señor caballero, te prevengo que aquí cerca está un duque de Lorena con su ejército, y los más nobles hombres del Delfinado, y señores de Lombardía, con la guanición de San Gotardo, y sarracenos de Sudlanda[10], que son sesenta mil buenos hombres de armas; por lo que si no nos vamos pronto de aquí, recibiremos daño, pues los dos estamos malheridos, y puede ser que no nos recobremos; pero ved que mi paje no toque el cuerno, pues si lo hace, hay muy cerca de aquí cien caballeros que guardan mi

persona, y si te prenden ningún rescate de oro ni plata te podrá librar.

Entonces sir Gawain cruzó un río para salvarse, le siguió el caballero, y cabalgaron hasta llegar a sus compañeros que se hallaban en el prado, donde habían estado toda la noche. Luego que sir Wisshard descubrió a sir Gawain y vio que estaba herido, corrió a él llorando afligidamente, y le preguntó quién le había herido así; y Gawain le contó cómo había luchado con este hombre, y cada uno había herido al otro, y cómo tenía bálsamos que los sanarían; «pero puedo daros otras nuevas: que no tardaremos en enfrentarnos a muchos enemigos».

Entonces sir Príamo y sir Gawain se apearon, dejaron pacer a sus caballos en el prado, se desarmaron, y entonces manó nuevamente la sangre de sus heridas. Tomó Príamo de su paje una redoma llena de las cuatro aguas que salían del Paraíso, ungió con cierto bálsamo sus heridas, las lavó con esta agua, y al cabo de una hora estaban ambos más sanos que nunca.

Y entonces, con una trompeta, fueron llamados todos a consejo, y allí les dijo Príamo qué señores y caballeros habían jurado rescatarle, y que sin falta serían asaltados por muchos miles, por lo que les aconsejaba que se retirasen.

Entonces dijo sir Gawain que sería gran vergüenza para ellos irse sin ningún golpe; «por lo que aconsejo que tomemos nuestras armas y nos aprestemos a encontrarnos con esos sarracenos y herejes, que con la ayuda de Dios los venceremos y tendremos un honroso día sobre ellos. Y sir Florence permanecerá en este campo para resistir firme como noble caballero, y no abandonaremos a esos compañeros».

–Cesad ya en vuestras razones –dijo Príamo–, pues os prevengo que hallaréis en aquellos bosques multitud de caballeros peligrosos; sacarán las bestias para atraeros, ya que son innumerables y vosotros no pasáis de setecientos, lo que es muy poco número para luchar con tantos.

–Pese a todo –dijo sir Gawain–, les haremos frente a la vez, y veremos qué pueden hacer ellos; y que los mejores tengan la

victoria.

Capítulo 11

Cómo los sarracenos salieron de un bosque para rescatar a sus bestias, y de una gran batalla

Entonces sir Florence llamó a sir Floridas a su lado, con cien caballeros, y se llevaron el rebaño de animales. Detrás les siguieron setecientos hombres de armas; y salió súbitamente del bosque sir Ferrante de España sobre un hermoso corcel, fue a sir Florence y le preguntó por qué huía. Entonces sir Florence tomó su lanza, fue contra él, lo hirió en la frente y le quebró el hueso del cuello. Entonces se conmovieron todos los otros y pensaron vengar la muerte de sir Ferrante, y se acometieron, y hubo gran lucha, y muchos murieron y quedaron en el suelo; y sir Florence con sus cien caballeros mantuvo siempre su puesto, y luchó bravamente.

Cuando el buen caballero Príamo vio la gran lucha, fue a Gawain y le pidió que le dejase ir a socorrer a su compañía que estaba en grave aprieto.

–Señor, no os aflija –dijo sir Gawain–, pues la satisfacción será de ellos. Ni una vez moveré mi caballo hacia ellos, a menos que vea más de lo que allí hay; pues son harto fuertes para vencerlos.

Y en eso, vio a un conde llamado sir Ethelwold, y al duque de los holandeses, salir súbitamente de un bosque con muchos miles, y caballeros de Príamo, e ir derechamente a la batalla. Entonces sir Gawain confortó a sus caballeros, y les pidió que no desmayasen, «pues todos serán nuestros».

Partieron al galope, se encontraron con sus enemigos, y allí hubo

hombres derribados y muertos en ambas partes. Entonces se metieron entre ellos los caballeros de la Tabla Redonda, derribando a tierra a todo el que se les resistía, a tal extremo que los hacían retraerse y huir.

–Por Dios –dijo sir Gawain– que esto me alegra el corazón, pues ahora ya son en número menos de veinte mil.

Entonces entró en la batalla Jubance, un gigante; y luchaba y mataba a cada golpe, y hostigaba a muchos de nuestros caballeros, entre los que murió sir Gherard, un caballero de Gales. Entonces nuestros caballeros tomaron ánimo, y mataron muchos sarracenos. Entonces entró sir Príamo con su pendón, cabalgó entre los caballeros de la Tabla Redonda, y luchó tan bravamente que muchos de sus enemigos perdieron sus vidas. Y allí sir Príamo mató al marqués de la tierra de Moisés; y sir Gawain y sus compañeros hicieron tanto que tuvieron el campo; pero en aquella batalla murió sir Chestelaine, doncel y guardián de sir Gawain, por lo que se hizo mucha aflicción, y su muerte fue prestamente vengada. Y acabó la batalla, y quedaron muertos en el campo muchos señores de Lombardía y sarracenos.

Entonces sir Florence y sir Gawain albergaron seguramente a su gente, tomaron abundante cantidad de ganado, oro y plata, y grandes tesoros y riquezas, y volvieron al rey Arturo, que aún mantenía el cerco. Y cuando llegaron al rey presentaron a sus prisioneros y contaron sus aventuras, y cómo habían vencido a sus enemigos.

Capítulo 12

Cómo sir Gawain volvió al rey Arturo

con sus prisioneros, y cómo el rey ganó una ciudad,

y cómo fue coronado emperador

–Demos gracias a Dios –dijo el noble rey Arturo–. Pero ¿qué hombre es ése que está ahí solo, y no parece prisionero?

–Señor –dijo Gawain–, éste es un buen hombre de armas que ha luchado conmigo, pero se ha rendido a Dios, y a mí, para hacerse cristiano; de no haber estado él, nunca habríamos vuelto; por lo que os ruego que pueda ser bautizado, pues no existe hombre más noble ni mejor caballero de sus manos.

Entonces el rey mandó que al punto fuese bautizado, y se llamase de nombre Príamo, y lo hizo duque y caballero de la Tabla Redonda.

Y luego mandó el rey dar orden de asaltar la ciudad, y levantaron escalas, quebrantaron muros, y llenaron los fosos, de manera que con poco esfuerzo pudieron entrar en la ciudad.

Entonces salió una duquesa, y la condesa Clarisin, con muchas dueñas y doncellas, y arrodillándose ante el rey Arturo, le requirieron por el amor de Dios que recibiese la ciudad y no la tomase por asalto, pues entonces morirían muchos inocentes. Entonces el rey se levantó la visera con modesto y noble continente, y dijo:

–Señora, ninguno de mis vasallos os ofenderá, ni a vuestras doncellas, ni a ninguno de los vuestros; pero el duque debe esperar mi juicio.

Seguidamente mandó el rey que cesase el asalto, y el hijo mayor del duque trajo las llaves, e hincándose de rodillas, las entregó al rey y le suplicó gracia. Y el rey tomó la ciudad por acuerdo de sus señores, y prendió al duque, lo envió a Dover para que permaneciese allí prisionero el término de su vida, y asignó rentas para beneficio de la duquesa y sus hijos.

Después hizo señores para que gobernasen aquellas tierras, y leyes, como debe hacer un señor en su propio país. Y después emprendió jornada hacia Roma, enviando delante a sir Florence y sir Floridas, con quinientos hombres de armas, los cuales llegaron a la ciudad de Urbino y se emboscaron allí donde les pareció mejor para ellos, y cabalgaron por delante de la ciudad; y al punto salió mucha gente a

hostigar a los avanzados. Salieron entonces súbitamente los de la emboscadura y tomaron el puente, y después la ciudad, y pusieron en los muros la bandera del rey. Entonces llegó el rey a lo alto de un otero, y vio la ciudad y su bandera sobre los muros, por lo que supo que había sido ganada la ciudad. Y al punto envió y mandó que ninguno de sus vasallos violase ni yaciese con dueña, esposa ni doncella ninguna; y cuando entró en la ciudad, pasó al castillo, confortó a los que estaban en congoja, y nombró allí capitán a un caballero de su propio país.

Y cuando los de Milán oyeron que aquella ciudad había sido ganada, enviaron al rey Arturo grandes sumas de dinero, suplicándole que, como señor suyo que era, tuviese piedad de ellos, prometiendo ser por siempre sus súbditos, y rendirle homenaje y vasallaje por las tierras de Placenza y Pavía, Pietrasanta y Pontremoli[11], y darle cada año un millón en oro mientras durase su vida.

Entra luego en Toscana, gana pueblos y castillos, asolando a su paso a todo el que no quiere obedecer, hasta Spoleto y Viterbo, y de allí entró en el valle de Visconte, entre los viñedos.

Y de aquí envió mensajeros a los senadores, para saber si querían reconocerle por su señor. Pero poco después, un sábado, vinieron al rey Arturo todos los senadores que quedaban vivos, y los más nobles cardenales que entonces moraban en Roma, y le suplicaron paz, e hicieron grandes ofertas; y le rogaron que como gobernador les diese licencia por seis semanas para convocar a todos los romanos, y coronarle emperador con el crisma, como conviene a tan alto estado.

–Consiento, como habéis dispuesto –dijo el rey–, en ser coronado el día de Navidad, y celebrar mi Tabla Redonda con los caballeros como me place.

Y entonces los senadores aparejaron para su entronización. Y el día acordado, como cuenta el romance, entró en Roma, y fue coronado emperador por mano del Papa, con toda la realeza que podía hacerse, y permaneció allí un tiempo, y estableció todas sus tierras desde Roma hasta Francia, y dio tierras y reinos a sus servidores y caballeros, según sus merecimientos, de tal manera que ninguno

tuvo queja, ni rico ni pobre. Y dio a sir Príamo el ducado de Lorena, lo que él agradeció, y dijo que le serviría los días de su vida; y después nombró duques y condes, e hizo rico a cada hombre. Después de esto se congregaron todos sus caballeros y señores ante él, y dijeron:

–Gracias a Dios, ha terminado vuestra guerra y acabado vuestra conquista; tanto, que no sabemos de ninguno que sea tan grande y poderoso que ose mover guerra contra vos; por lo que os suplicamos volver a casa, y que nos deis licencia para volver con nuestras esposas, de las que hace mucho estamos lejos, y descansar, pues vuestra jornada ha acabado con honra y honor.

Entonces dijo el rey:

–Decís verdad, y no es de sabios tentar a Dios; por tanto aparejad para regresar a Inglaterra.

Allí fue cargar de arneses y bagaje, y gran acarrear. Y después que fue dada licencia, regresó y mandó que ningún hombre, so pena de muerte, robase ni tomase vitualla ni cosa ninguna por el camino, sino que pagase por ella. Y cruzó la mar, y desembarcó en Sandwich adonde acudió la reina Ginebra, su esposa, a su encuentro, y fue notablemente recibido de todos los comunes de cada ciudad y burgo, y le fueron afrecidos grandes dones a su llegada con los que le dieron la bienvenida.

Aquí termina el libro quinto de la conquista que el rey Arturo alcanzó frente a Lucio, emperador de Roma, y aquí sigue el libro sexto, que es sobre sir Lanzarote del Lago.

[9] El manuscrito de Winchester dice: «Y decidle en qué congoja estamos y cómo hemos prendido al principal canciller de Roma. Y Petur es nuestro prisionero, senador muy noble, y otros príncipes orgullosos cuyos nombres no conocemos. Y rogadle, como es señor nuestro, que nos rescate sin tardanza, pues nuestros prisioneros pueden pagar infinita riqueza; y decidle que estoy muy malherido».

[10] Surylande en el ms. de Winchester; Siria, según Vinaver.

[11] Port of Tremble.

Libro VI

Capítulo 1

Cómo partieron sir Lanzarote y sir Lionel

de la corte en busca de aventuras, y cómo sir Lionel lo dejó durmiendo y fue prendido

Poco después de que el rey Arturo llegase de Roma a Inglaterra, todos los caballeros de la Tabla Redonda acudieron a él, y le suplicaron que hiciese muchas justas y torneos. Y hubo algunos que eran menos caballeros que acrecentaron tanto en armas y en honra que sobrepujaron a todos sus compañeros en proeza y nobles hechos. Lo que quedó bien probado en muchos, pero en especial en sir Lanzarote del Lago, pues en todos los torneos y justas y hechos de armas, a vida y a muerte, sobrepasó a todos los demás caballeros, y ninguna vez fue vencido, como no fuese a traición o por encantamiento; y tan maravillosamente creció sir Lanzarote en honra y en precio que es el primer caballero del que el libro francés hace mención, después que llegase el rey Arturo de Roma. Por lo que la reina Ginebra lo tuvo en gran favor, por encima de todos los caballeros, y por cierto amó él también a la reina por encima de todas las otras dueñas y doncellas de su vida, y por ella llevó a cabo muchos hechos de armas, y la salvó de la hoguera con su noble caballería.

Mucho tiempo holgó sir Lanzarote con alegría y juegos. Y entonces pensó probarse a sí mismo en extrañas aventuras, y rogó a su sobrino, sir Lionel, que se apercibiese, «pues iremos los dos a buscar aventuras».

Montaron, pues, sobre sus caballos, armados en todos los derechos, se internaron en una profunda floresta, y en un profundo llano. Era entonces el tiempo de calor, hacia el mediodía, y sir Lanzarote tuvo

gran deseo de dormir. Entonces vio sir Lionel un gran manzano cerca de un seto, y dijo:

–Hermano, allá hay una hermosa sombra donde podemos descansar de nuestros caballos.

–Bien dicho está, gentil hermano –dijo sir Lanzarote–, pues en estos siete años no he tenido tanto sueño como ahora.

Así que descabalgaron y ataron sus caballos a sendos árboles, sir Lanzarote se acostó al pie de un manzano, con el yelmo debajo de la cabeza. Y sir Lionel veló mientras él dormía. Y sir Lanzarote se quedó profundamente dormido.

Y entretanto llegaron tres caballeros huyendo lo más deprisa que podían cabalgar. Y los tres eran seguidos por un caballero solo. Y al verlo sir Lionel, pensó que jamás había visto caballero tan grande, ni hombre tan gallardo, y tan bien aparejado en todos los respectos.

Al poco rato este fuerte caballero había alcanzado a uno de estos caballeros, y allí lo derribó a la fría tierra, donde quedó tendido. Fue entonces al segundo caballero, y le dio tal golpe que cayeron hombre y caballo. Y a continuación fue derechamente al tercer caballero y lo sacó del caballo, por detrás, el largo de una lanza. Entonces se apeó, arrendó su caballo, y ató a los tres caballeros con las correas de sus propias bridas.

Al verle sir Lionel hacer esto, pensó probarlo; se apercibió, tomó callada y privadamente su caballo, y determinó no despertar a sir Lanzarote. Y una vez sobre su caballo, alcanzó a este fuerte caballero, y le pidió que se diese la vuelta; y el otro dio tan recio golpe a sir Lionel que hombre y caballo fueron a tierra; se apeó, lo ató fuertemente, lo echó atravesado sobre su propio caballo, y sirviendo de la misma manera a los cuatro, se encaminó con ellos a su castillo.

Y cuando llegó allí, los hizo desarmar, y los azotó con espinos, todos desnudos, y después los encerró en una profunda prisión donde había muchos otros caballeros doliéndose grandemente.

Capítulo 2

Cómo sir Héctor salió en busca de sir Lanzarote,

y cómo fue prendido por sir Turquin

Cuando sir Héctor de Maris supo que sir Lanzarote había salido de la corte en busca de aventuras, se enojó consigo mismo, y se aprestó a buscarlo; y cuando llevaba cabalgando mucho tiempo por una gran floresta, topó con un hombre que parecía ser guardabosque.

–Gentil compañero –dijo sir Héctor–, ¿sabes de alguna aventura en este país que sea por aquí cerca?

–Señor –dijo el guardabosque–, este país conozco bien, y aquí mismo, a una milla, hay una fuerte morada, bien fosada; y junto a esa morada, a mano izquierda, hay un hermoso vado para abrevar los caballos; y sobre ese vado crece un hermoso árbol del que cuelgan muchos y hermosos escudos que en otro tiempo poseyeron buenos caballeros, y en el hueco del árbol cuelga un bacín de cobre y latón; golpea ese bacín con el cuento de tu lanza tres veces, y a poco te llegarán nuevas, si no tienes la más favorable gracia que en muchos años ha tenido ningún caballero de cuantos han pasado por esta floresta.

–Gracias –dijo sir Héctor; y partió y fue al árbol, y vio muchos hermosos escudos.

Y entre ellos vio el escudo de su hermano sir Lionel, y de muchos otros que sabía que eran compañeros suyos de la Tabla Redonda, lo que le afligió el corazón, y prometió vengar a su hermano. Al punto golpeó sir Héctor el bacín como enloquecido, dio de beber después a su caballo en el vado, y llegó tras él un caballero que le mandó salir del agua, y que se aprestase; y al punto se volvio sir Héctor con presteza, puso en el ristre su lanza, y dio al otro caballero tan gran golpe que el caballo del otro se dio la vuelta dos veces.

–Bien hecho ha estado eso –dijo el fuerte caballero–, y caballerescamente me has dado –y con eso lanzó su caballo sobre

sir Héctor, lo asió por debajo del brazo diestro, lo sacó limpiamente de la silla, cabalgó con él hasta su morada, y lo arrojó en medio del suelo. El nombre de este caballero era sir Turquin.

Entonces dijo a sir Héctor:

–Ya que me has hecho hoy más que ningún caballero en estos doce años, te concederé la vida con tal que jures ser mi prisionero todos los días de tu vida.

–No –dijo sir Héctor–: no te prometeré hacer sino mi ventaja.

–Pues me pesa –dijo sir Turquin.

Y le hizo desarmar, y azotar con espinos todo desnudo; y luego lo metió en un profundo calabozo, donde reconoció a muchos de sus compañeros. Pero cuando sir Héctor vio a sir Lionel, entonces hizo gran aflicción.

–¡Ay, hermano! –dijo sir Héctor–, ¿dónde está mi hermano sir Lanzarote?

–Gentil hermano, lo dejé dormido cuando me fui de él, bajo un manzano; y no te puedo decir qué ha sido de él.

–¡Ay! –dijeron los caballeros–; a menos que sir Lanzarote nos ayude, jamás podremos ser librados; pues ahora no sabemos de ningún caballero que pueda igualar a nuestro dueño Turquin.

Capítulo 3

Cómo cuatro reinas hallaron domido a Lanzarote, y cómo por encantamiento fue prendido y llevado a un castillo

Dejamos ahora a estos caballeros prisioneros, y hablamos de sir Lanzarote del Lago, que duerme al pie del manzano. Y sobre el mediodía, llegan junto a él cuatro reinas de gran estado; y por que

no les diese la calor, cabalgaban junto a ellas cuatro caballeros, llevando una pieza de seda verde sobre cuatro lanzas, entre ellas y el sol; y las reinas cabalgaban sobre cuatro mulas blancas.

Y mientras así cabalgaban oyeron cerca de ellas relinchar terriblemente a un gran caballo; entonces descubrieron a un caballero dormido que yacía todo armado al pie de un manzano; tan pronto como las reinas vieron su rostro supieron que era sir Lanzarote. Entonces empezaron a contender por este caballero, diciendo cada una que quería tenerle para su amor.

–No debemos porfiar –dijo Morgana el Hada, que era hermana del rey Arturo–; echaré un encantamiento sobre él de manera que no despertará en seis horas, y entonces lo llevaré a mi castillo; y cuando esté seguro en mi poder, desharé su encantamiento, y entonces le dejaremos que escoja a cuál de nosotras quiere tener de amante.

Y fue echado este encantamiento sobre sir Lanzarote, lo acostaron después sobre su escudo, y así lo llevaron a caballo entre dos caballeros, y lo condujeron al Castillo Chariot, donde lo pusieron en una fría cámara, y por la noche le enviaron una hermosa doncella con su cena aderezada. Entre tanto se había pasado el encantamiento, y al entrar ella lo saludó, y le preguntó cómo estaba.

–No sé decir, gentil doncella –dijo sir Lanzarote–, pues no sé cómo he venido a este castillo, si no es por encantamiento.

–Señor –dijo ella–, debéis alegraros, y si sois el caballero que dicen que sois, os diré más mañana, a la prima del día.

–Muchas gracias, gentil doncella –dijo sir Lanzarote–, de vuestra buena voluntad os requiero.

Y partió ella. Y allí yació él toda esa noche sin recibir consuelo de nadie. Y al otro día de mañana llegaron temprano estas cuatro reinas, muy bien aderezadas, y le desearon todas buen día, y él a ellas.

–Señor caballero –dijeron las cuatro reinas–, has de saber que eres

nuestro prisionero, y que aquí sabemos bien que eres sir Lanzarote del Lago, hijo del rey Ban; y como conocemos tus merecimientos, y que eres el más noble caballero de cuantos viven, y sabemos que ninguna dama puede tener tu amor sino una, que es la reina Ginebra, ahora la vas a perder para siempre, y ella a ti; y por tanto será preciso que escojas a una de nosotras cuatro.

–Yo soy la reina Morgana el Hada, reina de la Tierra de Gore, y aquí están la reina de Northgales, y la reina de la Tierra de Oriente, y la reina de las Islas Lejanas; escoge, pues, a cuál de nosotras quieres tener de amante, pues no puedes escoger sino esto, o morir en esta prisión.

–Duro caso es éste –dijo sir Lanzarote–, que tenga que morir, o escoger a una de vosotras, aunque antes quisiera morir con honra en esta prisión, que tener a una de vosotras como amante a mi pesar. Y por tanto ésta es mi respuesta: que no quiero escoger a ninguna de vosotras, pues sois falsas encantadoras, y en cuanto a mi señora doña Ginebra, si estuviese en libertad como estaba, probaría sobre vosotras o sobre los vuestros, que es la dama más fiel a su señor de cuantas viven.

–Entonces –dijeron las reinas–, ¿es ésa tu respuesta, que nos rechazas?

–Sí, por mi vida –dijo sir Lanzarote–, rechazadas sois por mí.

Partieron, pues, y lo dejaron solo, que hiciese gran aflicción.

Capítulo 4

Cómo sir Lanzarote fue liberado por mediación de una doncella

Y al mediodía fue la doncella a él con su comida, y le preguntó cómo estaba.

–En verdad, gentil doncella –dijo sir Lanzarote–, que nunca estuve

tan mal en los días de mi vida.

–Señor –dijo ella–, eso me pesa; pero si queréis dejaros gobernar por mí, os ayudaré a salir de esta congoja, y no tendréis afrenta ni villanía, con tal que me hagáis una promesa.

–Gentil doncella, os la otorgaré; y mucho temor tengo de esas reinas hechiceras, pues han destruido a muchos buenos caballeros.

–Señor –dijo ella–, eso es verdad; y por la generosidad y renombre que oyen de vos quisieran tener vuestro amor; y señor, dicen que vuestro nombre es sir Lanzarote del Lago, la flor de los caballeros, y están muy enojadas con vos por haberlas rechazado. Pero, señor, si me prometéis ayudar a mi padre el martes que viene, que hay concertado un torneo entre él y el rey de Northgales, pues el martes pasado perdió mi padre el campo por tres caballeros de la corte de Arturo, y estáis allí el martes que viene, y ayudáis a mi padre, mañana antes de la hora de prima, por la gracia de Dios, os liberaré totalmente.

–Gentil doncella –dijo sir Lanzarote–, decidme el nombre de vuestro padre, y entonces os daré respuesta.

–Señor caballero –dijo ella–, mi padre es el rey Bagdemagus, que fue injuriosamente reprochado en el postrer torneo.

–Tengo a vuestro padre –dijo sir Lanzarote– por un noble rey y buen caballero, y por la fe de mi vida, tendréis mi persona presta a rendir servicio a vuestro padre y a vos ese día.

–Señor –dijo ella–, muchas gracias; y aguardad apercibido mañana al alba, que yo seré la que os libere; y tomaréis vuestra armadura y vuestro caballo, escudo y lanza, y aquí cerca, a diez millas, hay una abadía de monjes blancos; allí os ruego que me esperéis, que de allí os llevaré a mi padre.

–Todo eso haré –dijo sir Lanzarote–, como caballero verdadero que soy.

Y con eso se marchó ella, y volvió por la mañana temprano, y lo halló apercibido; entonces lo sacó de doce cerrojos, lo llevó a su

armadura, y cuando estuvo todo armado lo condujo hasta su caballo; lo ensilló él con diligencia, tomó una gruesa lanza en la mano, y se puso en camino, diciendo:

–Gentil doncella, no os defraudaré por la gracia de Dios.

Y cabalgó por una gran floresta todo ese día, sin poder hallar carrera ninguna, hasta que le cayó la noche encima, y entonces descubrió, en un claro, un pabellón de cendal colorado.

–Por mi fe –dijo sir Lanzarote–; en ese pabellón me aposentaré toda esta noche.

Y se apeó, ató el caballo al pabellón, y se desarmó; y hallando allí un lecho, se acostó en él y se quedó profundamente dormido.

Capítulo 5

Cómo un caballero halló a sir Lanzarote acostado en la cama de su amante, y cómo sir Lanzarote luchó con el caballero

Al cabo de una hora llegó el caballero que era dueño del pabellón, creyó que en el lecho yacía su amante, se acostó junto a sir Lanzarote, lo tomó en sus brazos y comenzó a besarlo.

Y cuando sir Lanzarote sintió que le besaba una áspera barba saltó con presteza del lecho, y el otro caballero tras él; echaron mano uno y otro a las espadas, salió a la puerta el caballero del pabellón, le siguió sir Lanzarote, y allí cerca en una pequeña hondonada le hirió sir Lanzarote gravemente, casi de muerte. Entonces se rindió a sir Lanzarote, y lo aceptó éste, con tal que le dijese por qué se había metido en la cama.

–Señor –dijo el caballero–, el pabellón es mío, y aquí tenía

concertado esta noche que mi dama durmiese conmigo; y ahora seguramente voy a morir de esta herida.

–Mucho pesar tengo –dijo Lanzarote– de vuestra herida; pero temía una traición, pues hace poco he sido encantado; y por tanto entrad en vuestro pabellón y tomad descanso, que creo que podré restañar vuestra sangre.

Y entraron ambos en el pabellón, y al punto sir Lanzarote le restañó la sangre. En eso llegó la dama del caballero, que era muy hermosa, y cuando vio que su señor Belleus estaba herido, gritó a sir Lanzarote, e hizo grandísima lamentación.

–Paz, mi amada y señora –dijo Belleus–, pues este caballero es un hombre bueno, y caballero aventurero –y le contó toda la causa, cómo había sido herido–. Y cuando me he rendido a él, graciosamente me ha dejado y me ha restañado la sangre.

–Señor –dijo la dama–, te exijo que me digas qué caballero eres, y cómo te llamas.

–Gentil señora –dijo él–, me llamo sir Lanzarote del Lago.

–Así había imaginado yo por vuestra habla –dijo la dama–; pues muchas veces os he visto antes, y os conozco mejor de lo que imagináis. Pero ahora quisiera de vuestra cortesía que me prometieseis, por los daños que nos habéis hecho a mí y a mi señor Belleus, que cuando él vaya a la corte del rey Arturo hagáis que lo nombren caballero de la Tabla Redonda, pues es muy buen hombre de armas, y poderoso señor de tierras de muchas islas lejanas.

–Gentil señora –dijo sir Lanzarote–, haced que vaya a la corte en la gran fiesta que viene, y ved de ir vos con él, que yo haré lo que pueda, si prueba él ser valiente con sus manos, por que tengáis vuestro deseo.

Y al cabo de un rato, mientras así departían, pasó la noche, y clareó el día. Entonces se armó sir Lanzarote, tomó su caballo, le enseñaron ellos el camino de la abadía, y hacia allá cabalgó el espacio de dos horas.

Capítulo 6

Cómo sir Lanzarote fue recibido por la hija del rey Bagdemagnus y cómo hizo él su queja a su padre

Y así que entró sir Lanzarote en el patio de la abadía, oyó la hija del rey Bagdemagus un gran caballo en el enlosado. Se levantó, fue a una ventana, vio a sir Lanzarote, y al punto mandó hombres que le tomasen deprisa el caballo y lo metiesen en el establo; y él fue conducido a una hermosa cámara, y desarmado; le envió la dama un vestido largo, y a poco entró ella. E hizo entonces a Lanzarote muy gran alegría, y dijo que era el caballero del mundo más bien venido para ella.

Entonces a toda prisa envió por su padre Bagdemagus, que estaba a doce millas de la abadía, y a poco llegó con una airosa compañía de caballeros con él. Y cuando se hubo apeado del caballo, fue derechamente a la cámara de sir Lanzarote, y allí halló a su hija; entonces el rey abrazó a sir Lanzarote, y se saludaron ambos con mucha alegría.

Luego sir Lanzarote se quejó al rey de cómo fue traicionado, y cómo su hermano sir Lionel se había separado sin él saber adónde, y cómo su hija le había liberado de prisión.

–Por tanto, mientras yo viva, estaré a su servicio y al de todos sus parientes.

–¿Entonces tengo segura vuestra ayuda –dijo el rey–, el martes que viene?

–Sí, señor –dijo Lanzarote–, no os defraudaré; pues así lo he prometido a mi señora vuestra hija. Pero, señor, ¿qué caballeros de mi señor Arturo son los que estaban con el rey de Northgales?

Y dijo el rey:

–Eran sir Mador de la Porte, y sir Mordred y sir Gahalantine, los cuales destruyeron a todos mis caballeros, pues contra ellos tres, ni yo ni mis caballeros pudimos ofrecer ninguna fuerza.

–Señor –dijo sir Lanzarote–, como he oído decir que el torneo será aquí, a tres millas de esta abadía, me enviaréis tres de vuestros caballeros, que sean de vuestra confianza; y ved que los tres lleven escudos blancos, como yo, sin ninguna pintura en ellos; y nosotros cuatro saldremos de un pequeño boscaje en medio de ambas partes, y caeremos delante de nuestros enemigos y les haremos el quebranto que podamos; y de esta manera no sabrán qué caballero soy.

Descansaron esa noche, que era del domingo, y partió el rey, y envió a sir Lanzarote tres caballeros con los cuatro escudos blancos. Y el martes se albergaron en un espeso bosquecillo cercano a donde debía ser el torneo. Y había cadalsos y ventanas desde donde los señores y las damas pudiesen mirar y dar el galardón.

Entonces entró en el campo el rey de Northgales, con ocho veintenas de yelmos. Y entonces los tres caballeros de Arturo se apartaron. Y seguidamente entró en el campo el rey Bagdemagus con cuatro veintenas de yelmos. Y enristraron sus lanzas, se arremetieron con gran ímpetu, y en ese primer encuentro murieron doce caballeros del bando del rey Bagdemagus, y seis del bando del rey de Northgales; y el bando del rey Bagdemagus fue rechazado gran trecho.

Capítulo 7

Cómo se portó sir Lanzarote en un torneo,

y cómo topó con sir Turquin llevando a sir Gaheris

En esto llegó sir Lanzarote del Lago, arremetió con su lanza en lo más espeso de la gente, derribó a cinco caballeros con una lanza, y

a cuatro de ellos les quebró la espalda. Y en esa multitud derribó al rey de Northgales, y le quebró un muslo en esa caída. Toda esta acción de sir Lanzarote vieron los tres caballeros de Arturo.

–Aquél es un huésped experimentado –dijo sir Mador de la Porte–; así que, vayamos de una vez por él.

Se arremetieron y sir Lanzarote lo derribó, hombre y caballo, de manera que se le salió el hombro de su coyuntura.

–Ahora me pertenece a mí justar –dijo Mordred–, pues sir Mador ha sufrido una grave caída.

Le vio sir Lanzarote, tomó una gruesa lanza en la mano, y le embistió, y sir Mordred quebró una lanza sobre él, y sir Lanzarote le dio tal golpe que quebró el arzón de su silla y lo hizo volar por encima de la cola del caballo, al extremo que hincó su yelmo en tierra un pie y más, y casi se quebró el cuello; y allí quedó mucho tiempo sin sentido.

Entonces fue sir Gahalantine con una gruesa lanza, y Lanzarote contra él, con toda la fuerza que podían cabalgar, y quebraron ambas lanzas hasta las manos; sacaron seguidamente las espadas, y se dieron muchos terribles golpes. Entonces se enojó sir Lanzarote en extremo, y descargó a sir Gahalantine tal golpe encima del yelmo, que le manó sangre de la nariz, y de los oídos y de la boca, con lo que le colgó la cabeza muy baja. Y en eso su caballo echó a correr, y sir Gahalantine cayó a tierra.

Tomó luego sir Lanzarote una gruesa lanza en la mano, y antes de que esta gruesa lanza se quebrase derribó a tierra a dieciséis caballeros; algunos, hombre y caballo, otros al hombre, aunque no al caballo; y no hubo hombre que llevase armas, al que no hiriese él ese día. Y tomó después otra gruesa lanza, y derribó a doce caballeros; y la mayor parte de ellos no se recobraron después.

Entonces los caballeros del rey de Northgales no quisieron justar más. Y allí fue otorgado el grado al rey Bagdemagus.

Partieron, pues, cada bando a su propio lugar, y sir Lanzarote cabalgó con el rey Bagdemagus a su castillo, donde recibió muy

buen agasajo del rey y de su hija, quienes le ofrecieron grandes dones. Y por la mañana se despidió, y dijo al rey que iría en busca de su hermano sir Lionel, que se había ido de él cuando dormía; y tomó su caballo, y los encomendó a Dios. Y dijo a la hija del rey:

–Si tenéis necesidad alguna vez de mi servicio, os ruego que me lo hagáis saber, que no os defraudaré, como caballero verdadero que soy.

Y partió sir Lanzarote, y por ventura entró en la misma floresta en la que lo habían prendido durmiendo. Y a mitad de un camino topó con una doncella que cabalgaba sobre un palafrén blanco, y se saludaron.

–Gentil doncella –dijo sir Lanzarote–, ¿sabéis de alguna aventura en este país?

–Señor caballero –dijo aquella doncella–, aquí cerca hay aventuras, si osas probarlas.

–¿Por qué no había de probar aventuras? –dijo sir Lanzarote–; por esa causa he venido aquí.

–Pareces buen caballero –dijo ella–; y si osas tener encuentro con un buen caballero, te llevaré a donde está el mejor, y más poderoso que podrías hallar nunca; así que dime cuál es tu nombre y qué caballero eres.

–Doncella, en cuanto a decirte mi nombre, no me importa grandemente; en verdad me llamo sir Lanzarote del Lago.

–Señor, bien pareces; aquí cerca hay aventuras adecuadas para ti, pues aquí cerca mora un caballero al que no vencerá ningún hombre que yo conozca sino vos, y se llama sir Turquin. Y por lo que sé tiene cautivos, de la corte de Arturo, a sesenta y cuatro buenos caballeros, a los que ha vencido con sus propias manos. Pero cuando hayáis hecho esa jornada prometedme, como caballero verdadero que sois, que vendréis conmigo a liberarnos a mí y a otras doncellas de un falso caballero que nos acongoja diariamente.

–Todo vuestro propósito, doncella, y deseo cumpliré, con tal que me

llevéis a ese caballero.

–Bien, gentil caballero, seguid ahora vuestro camino –y lo llevó al vado y árbol donde colgaba el bacín.

Dio sir Lanzarote de beber a su caballo, y seguidamente golpeó el bacín con el cuento de su lanza con tanta fuerza que lo desfondó; y pasó mucho rato sin que viese nada.

Entonces se puso a cabalgar ante las puertas de aquella morada, y así estuvo casi media hora. Y en eso advirtió que venía un gran caballero hacia él conduciendo un caballo, atravesado sobre el cual iba atado un caballero armado. Y cuando estuvo cerca le pareció a sir Lanzarote que lo conocía. Entonces se dio cuenta sir Lanzarote de que era sir Gaheris, hermano de sir Gawain, y caballero de la Tabla Redonda.

–Gentil doncella –dijo sir Lanzarote–, allá veo venir a un caballero fuertemente atado que es compañero mío, y hermano de sir Gawain. Y en primer lugar os prometo, si a Dios place, rescatar a ese caballero; y a menos que su dueño sea mejor sobre la silla, liberaré de peligro a todos los prisioneros que tiene, pues estoy convencido de que tiene cautivos a dos hermanos míos.

En el momento que se vieron el uno al otro, asieron sus lanzas.

–Gentil caballero –dijo sir Lanzarote–, baja del caballo a ese caballero herido, deja que descanse un rato, y probemos nuestras fuerzas; pues me han dicho que haces y has hecho gran menosprecio y afrenta a los caballeros de la Tabla Redonda; y por tanto defiéndete.

–Si eres de la Tabla Redonda –dijo Turquin–, te desafío a ti y a toda tu compañía.

–Eso es hablar demasiado –dijo sir Lanzarote.

Capítulo 8

Cómo lucharon sir Lanzarote y sir Turquin

Y entonces se pusieron la lanza en el ristre, corrieron contra sí lo deprisa que sus caballos podían correr, y se dieron ambos en medio del escudo tal golpe que quebraron el espinazo de sus caballos debajo de ellos, y quedaron ambos caballeros aturdidos; y tan pronto como pudieron abandonar sus caballos, se pusieron el escudo delante, sacaron la espada, y se acometieron con gana, dándose el uno al otro tan fuertes golpes que ni escudos ni arneses los podían soportar. Y al cabo de un rato tenían ambos terribles heridas, y sangraban muy gravemente. Así estuvieron dos horas o más, dándose estocadas y tajos el uno al otro en todas las partes desnudas donde podían herir. Y finalmente se quedaron sin aliento, y se detuvieron apoyados en sus espadas.

–Compañero –dijo sir Turquin–, detén tu mano un momento, y dime algo que te quiero preguntar.

–Habla.

Entonces dijo Turquin:

–Eres el hombre más fuerte que he encontrado, y el más animoso, y semejante a un caballero al que odio por encima de todos los otros caballeros; y con tal que no seas él, con presteza quiero tener acuerdo contigo, y por tu amor liberaré a todos los prisioneros que tengo, que son sesenta y cuatro. Así que dime tu nombre. Y seremos compañeros tú y yo, y jamás te defraudaré mientras viva.

–Bien dicho está eso –dijo sir Lanzarote–; pero, ya que puedo tener tu amistad, ¿qué caballero es el que tú odias por encima de todos los otros?

–En verdad –dijo sir Turquin–, se llama sir Lanzarote del Lago; pues él mató a mi hermano, sir Carados, en la Torre Dolorosa, uno de los mejores caballeros de cuantos vivían; y por tanto, de él hago excepción entre todos los caballeros, pues si alguna vez me encuentro con él, uno de los dos pondrá fin al otro, de eso hago voto. Y por sir Lanzarote he matado a cien buenos caballeros, y a

otros tantos he dejado tan malheridos que jamás podrán valerse; y otros muchos han muerto en prisión, aunque tengo aún sesenta y cuatro; pero todos serán liberados si me dices tu nombre, con tal que no seas sir Lanzarote.

–Bien veo –dijo sir Lanzarote– que si fuese tal hombre, podría callar, pues si tal hombre fuese, habría guerra mortal entre nosotros. Pues bien, señor caballero, a requerimiento tuyo quiero que conozcas y sepas que soy Lanzarote del Lago, hijo del rey Ban de Benwick, y caballero de la Tabla Redonda. Y ahora te desafío, y haz lo mejor que puedas.

–¡Ah! –dijo Turquin–, Lanzarote, más bien venido eres para mí de lo que lo fue jamás ningún caballero, pues no nos separaremos hasta que uno de los dos haya muerto.

Entonces se acometieron como dos toros salvajes, arremetiendo y tajando con sus escudos y espadas, de manera que a veces caían ambos de narices. Así lucharon aún dos horas y más, sin querer tener descanso, y sir Turquin infligió a sir Lanzarote muchas heridas, de manera que el suelo donde luchaban estaba todo salpicado de sangre.

Capítulo 9

Cómo fue muerto sir Turquin, y cómo sir Lanzarote mandó a sir Gaheris que liberase a todos los prisioneros

Por último sir Turquin perdió fuerzas, y se retrajo un poco; y llevaba el escudo bajo por cansancio. Se dio cuenta sir Lanzarote, y saltó fieramente sobre él, lo asió por la babera del yelmo, y lo tiró de rodillas; le arrancó luego el yelmo, y le segó la cabeza de un tajo. Y hecho esto fue sir Lanzarote a la doncella y le dijo:

–Doncella, estoy presto a ir con vos a donde queráis llevarme, pero no tengo caballo.

–Gentil señor –dijo ella–, tomad el caballo de este caballero herido y enviadle a él a esta morada, y mandadle que libere a todos los prisioneros.

Fue, pues, Lanzarote a Gaheris, y le rogó que no se agraviase por tomarle prestado el caballo.

–No, gentil señor –dijo Gaheris–; quiero que toméis mi caballo para lo que gustéis, pues nos habéis salvado a mí y al caballo, y hoy digo que sois el mejor caballero del mundo, pues habéis dado muerte delante de mí al hombre más fuerte, y mejor caballero, excepto vos, que he visto; y, gentil señor –dijo Gaheris–, os ruego que me digáis vuestro nombre

–Señor, me llamo sir Lanzarote del Lago, y de derecho debía ayudaros por el rey Arturo, y en especial por mi señor Gawain, vuestro querido hermano. Y cuando entréis en esa morada, estoy seguro de que hallaréis allí muchos caballeros de la Tabla Redonda, pues he visto muchos escudos que conozco en aquel árbol. Está el escudo de sir Kay, de sir Brandiles, y de sir Marhaus; el escudo de sir Galihud, el de sir Brian de Listinoise, y el de sir Aliduke, con muchos más que no recuerdo ahora, y también los escudos de mis dos hermanos, sir Héctor de Maris y sir Lionel. Por tanto, os ruego que los saludéis a todos de mi parte, y les digáis que les ruego que tomen toda la hacienda que puedan hallar, y que mis hermanos vayan a la corte y esperen allí a que yo llegue, pues tengo determinado estar allí para la fiesta de Pentecostés, pues ahora debo cabalgar con esta doncella para cumplir mi promesa.

Y partió de Gaheris, y fue a aquella morada, y halló allí un criado portero que guardaba muchas llaves. Arrojó luego sir Gaheris el portero al suelo, tomó las llaves de él, abrió en seguida la puerta de la prisión, y dejó salir a todos los prisioneros; y cada hombre soltó las cadenas de otro. Y cuando vieron a sir Gaheris, todos le dieron las gracias, pues creían que había matado a sir Turquin, ya que estaba herido.

–No he sido yo –dijo Gaheris–; ha sido Lanzarote quien lo ha

matado esforzadamente con sus manos. Con mis ojos lo he visto. Y os saluda bien a todos, y os ruega que os deis prisa en ir a la corte; y en cuanto a sir Lionel y Héctor de Maris, os ruega que le esperéis en la corte.

–No haremos eso –dijeron sus hermanos–; lo buscaremos mientras tengamos vida.

–Y yo también –dijo sir Kay–, lo buscaré antes de ir a la corte, como caballero verdadero que soy.

Todos estos caballeros buscaron entonces el aposento donde estaban las armaduras, se armaron, y halló cada uno su propio caballo, y cuanto le pertenecía. Y después de hecho esto, llegó un guardabosque con cuatro caballos cargados con gruesos venados. Al punto dijo sir Kay:

–Aquí tenemos buena vianda para una comida, pues hace muchos días que no hemos tenido un buen manjar.

Así que asaron, hornearon y cocieron los venados, y después de cenar, algunos quedaron allí toda la noche, pero sir Lionel y Héctor de Maris y sir Kay fueron en pos de sir Lanzarote, para hallarle si podían.

Capítulo 10

Cómo sir Lanzarote cabalgó con una doncella

y mató a un caballero que afligía a todas las damas

y también a un villano que guardaba un puente

Ahora volvemos a sir Lanzarote, que cabalgaba con la doncella por un hermoso camino.

–Señor –dijo la doncella–, aquí cerca de este camino acostumbra

estar un caballero que aflige a todas las dueñas y doncellas, y cuando menos las roba, o yace con ellas.

–¿Cómo –dijo sir Lanzarote–, es un caballero ladrón y violador de mujeres? Hace afrenta a la orden de caballería y obra contra su juramento; es lástima que viva. Pero, gentil doncella, cabalgad delante vos, sola, que yo seguiré encubiertamente; y si os estorba o aflige, yo acudiré en vuestro rescate, y le enseñaré a gobernarse como un caballero.

Así que siguió cabalgando la doncella por el camino con sosegado paso de ambladura. Y al poco rato salió del bosque dicho caballero a caballo, y su paje con él, arrebató a la doncella de su caballo, y ésta comenzó a dar voces. En eso vino Lanzarote lo más deprisa que podía, hasta que llegó a ese caballero, diciendo:

–¡Ah, falso caballero y traidor a la caballería!, ¿quién te enseñó a afligir a dueñas y doncellas?

Cuando el caballero vio a sir Lanzarote, que de esta manera le reprochaba, no respondió, sino que sacó la espada y fue sobre sir Lanzarote; y sir Lanzarote arrojó su lanza, sacó la espada, y le dio tal golpe encima del yelmo que le hendió la cabeza y el cuello, hasta la garganta.

–Ahora tienes el pago que hace tiempo merecías.

–Verdad es eso –dijo la doncella–. Pues así como sir Turquin acechaba para destruir caballeros, este caballero acechaba para destruir y acongojar señoras, doncellas y dueñas; y se llamaba sir Perís de la Forest Savage.

–Ahora, doncella –dijo sir Lanzarote–, ¿queréis algún otro servicio de mí?

–No, señor –dijo ella–, en esta sazón; pero Jesús Todopoderoso te proteja allí donde cabalgues o vayas, pues eres el caballero más cortés, y más gentil con todas las dueñas y doncellas, de cuantos hoy viven. Pero una cosa, señor caballero, me parece que te falta: que eres caballero sin mujer, y no quieres amar a ninguna dueña ni doncella, pues nunca he oído que hayas amado a ninguna del grado

que sea, y ésa es más gran lástima; pero dicen que amas a la reina Ginebra, y que ella tiene ordenado por encantamiento que jamás ames a ninguna otra sino a ella, y que ninguna otra dueña ni doncella te disfrutará; por lo que muchas de esta tierra, de alto y bajo estado, hacen gran lamentación.

–Gentil doncella –dijo sir Lanzarote–, yo no puedo impedir que la gente diga de mí lo que le plazca; pero en cuanto a ser hombre casado, no pienso; pues entonces tendría que acostarme con ella, y dejar las armas y los torneos, las batallas y las aventuras; y en cuanto a hablar de tomar mi placer en amantes, a eso me niego en principio por temor de Dios; pues los caballeros aventureros que son adúlteros o lujuriosos no son felices ni afortunados en la guerra, pues o son vencidos por un caballero más modesto que ellos, o para su maldición y desdicha matan a caballeros que son mejores que ellos. Y así, el que usa amantes es desdichado, y es desdicha cuanto le rodea.

Y se separaron ella y sir Lanzarote. Y entonces cabalgó él por una profunda floresta dos días o más, y tuvo mal descanso. Y al tercer día entró en un largo puente, donde saltó súbitamente sobre él un sucio patán, que descargó un golpe a su caballo en el morro, de manera que lo hizo volverse, y le preguntó por qué entraba en el puente sin su licencia.

–¿Por qué no puedo seguir este camino? –dijo sir Lanzarote–, no puedo ir por su lado.

–No tendrás elección –dijo el patán, y le lanzó un golpe con su gran maza herrada.

Entonces sir Lanzarote sacó la espada y rechazó el golpe, y le hendió la cabeza hasta el pecho. En el otro extremo del puente había un hermoso pueblo; y toda la gente, hombres y mujeres, gritaba a sir Lanzarote, y decía:

–¡Jamás cometiste peor acción en contra tuya, pues has matado al principal portero de nuestro castillo!

Sir Lanzarote les dejó decir lo que quisiesen, y fue derechamente al castillo; y cuando entró en él se apeó, ató el caballo a una argolla

de la pared, vio un hermoso patio verde, y se encaminó hacia allá, pues le parecía un hermoso sitio para luchar. Miró entonces a su alrededor, y vio mucha gente en puertas y ventanas, que decían: «Gentil caballero, eres desdichado».

Capítulo 11

Cómo sir Lanzarote mató a dos gigantes y libró un castillo

En eso fueron sobre él dos gigantes, bien armados en todo salvo la cabeza, con dos terribles mazas en la mano. Se puso sir Lanzarote el escudo delante, apartó el golpe de uno de ellos, y con la espada le abrió en dos la cabeza. Cuando su compañero vio esto, echó a correr como un loco, espantado de los horribles golpes; y Lanzarote corrió detrás con toda su fuerza, le acertó un golpe en el hombro, y lo hendió hasta el ombligo.

Entonces sir Lanzarote entró en la sala; y acudieron sesenta dueñas y doncellas, se arrodillaron ante él, y dieron gracias a Dios y a él por su liberación.

–Pues, señor –dijeron–, la mayoría de nosotras hace siete años que estamos aquí cautivas, haciendo toda clase de labores de seda por nuestra comida, y todas somos grandes señoras de nacimiento. Y bendita sea la hora, caballero, en que naciste; pues has hecho lo más honroso que ha hecho ningún caballero en este mundo, de lo que daremos testimonio; y te rogamos todas que nos digas tu nombre, para que podamos decir a nuestros amigos quién nos liberó de prisión.

–Gentil doncella –dijo él–, me llamo sir Lanzarote del Lago.

–¡Ah, señor! –dijeron todas–, bien puedes ser tú ése, pues salvo tú, pensábamos, no podía haber ningún caballero que venciese a estos dos gigantes; pues muchos gentiles caballeros lo han intentado y han acabado ahí; y muchas veces hemos deseado que vinieses, que estos dos gigantes a ningún caballero temían sino a vos.

–Ahora podéis decir a vuestros amigos –dijo sir Lanzarote– cómo y quién os ha librado; y saludad a todos de mi parte. Y si llego a alguna de vuestras marcas, dadme la acogida que creáis que merezco. Y el tesoro que haya en este castillo os lo doy para compensar vuestro agravio. Y quisiera que el señor que es dueño de este castillo lo recibiese como es su derecho.

–Gentil señor –dijeron ellas–, el nombre de este castillo es Tintagel, y un duque lo poseyó en otro tiempo, casado con la hermosa Igraine, la cual casó después con Uther Pendragon, quien engendró en ella a Arturo.

–Ya entiendo entonces –dijo sir Lanzarote– a quién pertenece este castillo –y se despidió de ellas, y las encomendó a Dios.

Montó entonces sobre su caballo, cabalgó por países extraños y salvajes, y cruzó muchos ríos y valles, y tuvo mal aposentamiento. Y finalmente, cerca de la noche, llegó por fortuna a un hermoso cercado, y en él halló a una vieja dueña que le aposentó con muy buena voluntad, y recibieron buena acogida su caballo y él. Y cuando fue la hora, su huéspeda lo llevó a una hermosa atalaya, encima de la puerta, a su cama. Allí sir Lanzarote se desarmó, puso el arnés cerca de él, se acostó y al punto se quedó dormido.

Y al poco rato llegó uno a caballo, y llamó a la puerta con gran prisa; al oírlo sir Lanzarote se levantó, se asomó a la ventana, y vio a la luz de la luna a tres caballeros que venían en pos de este hombre solo, y se arrojaban los tres a la vez sobre él, espada en mano, y que el caballero se volvía hacia ellos, caballerescamente, y se defendía.

–En verdad –dijo sir Lanzarote–, ayudaré a ese caballero, pues sería vergüenza por mi parte ver cómo tres caballeros acometen a uno solo. Si muere, habré participado en su muerte –y tomó seguidamente su arnés, salió por una ventana con una sábana, bajó hasta los cuatro caballeros, y dijo entonces en voz alta–: Volveos a mí, caballeros, y dejad de luchar con ese caballero.

Entonces dejaron los tres a sir Kay, y se volvieron a sir Lanzarote; y allí empezó gran batalla, pues se apearon los tres, y se pusieron a descargar muchos grandes golpes sobre sir Lanzarote, y a asaltarlo

por todas partes. Entonces sir Kay enderezó para ayudar a sir Lanzarote.

–No, señor –dijo él–, no quiero ninguna ayuda vuestra; por tanto, si queréis ayudarme, dejadme solo con ellos.

Sir Kay, por complacer al caballero, le consintió hacer su voluntad, y se mantuvo apartado. Y al poco rato, en seis golpes, sir Lanzarote había dado con ellos en tierra. Y entonces suplicaron los tres:

–Señor caballero, nos rendimos a vos como hombre poderoso y sin par.

–En cuanto a eso –dijo sir Lanzarote–, no quiero tomar yo vuestra rendición. Pero si os rendís a sir Kay el Senescal, con esa condición salvaré vuestras vidas, y si no, no.

–Gentil caballero –dijeron–, eso nos disgustaría; pues a sir Kay hemos perseguido hasta aquí, y lo habríamos vencido de no haber estado vos; por tanto, no es de razón que nos rindamos a él.

–En cuanto a eso –dijo Lanzarote–, pensadlo bien, pues podéis escoger si queréis morir o vivir, porque si queréis rendiros, ha de ser a sir Kay.

–Gentil caballero –dijeron entonces ellos–, por salvar la vida haremos como tú nos mandas.

–Entonces –dijo sir Lanzarote–, el próximo domingo de Pentecostés iréis a la corte del rey Arturo, y allí os otorgaréis a la reina Ginebra, y os pondréis los tres a su gracia y merced, y diréis que os envía sir Kay para ser sus prisioneros.

–Señor –dijeron–, así lo haremos por la fe de nuestros cuerpos, si vivimos –y cada caballero lo juró sobre su espada.

Y con esto consintió sir Lanzarote que se fuesen. Entonces sir Lanzarote llamó a la puerta con el pomo de su espada, acudió luego su huéspeda, y entraron sir Kay y él.

–Señor –dijo su huéspeda–, creía que estabais en vuestra cama.

–Lo estaba –dijo sir Lanzarote–, pero me he levantado y he saltado por la ventana para ayudar a un viejo compañero mío.

Y cuando se acercaron a la lumbre vio sir Kay que era sir Lanzarote; y entonces se hincó de rodillas, y le agradeció toda su bondad, y que le hubiese librado dos veces de la muerte.

–Señor –dijo–, no he hecho sino lo que debía; y sed bien venido, aquí reposaréis y tomaréis descanso.

Y cuando sir Kay se desarmó, pidió de comer; así, pues, le trajeron viandas, y comió abundantemente. Y cuando hubo cenado, se fueron a acostar, aposentándose los dos en una cama.

Por la mañana, sir Lanzarote se levantó temprano, dejó a sir Kay durmiendo, tomó la armadura y escudo de sir Kay, se armó, fue después al establo, tomó su caballo, se despidió de su huéspeda, y partió. Poco más tarde se levantó sir Kay y echó de menos a sir Lanzarote. Y entonces se dio cuenta que se había ido con su armadura y su caballo.

–Pues por mi fe, sé bien que agraviará a alguno de la corte del rey Arturo; pues habrá caballeros que se muestren osados con él, creyendo que soy yo, y eso les engañará. Y con su armadura y su escudo, estoy seguro de cabalgar en paz.

Y poco después partió sir Kay, y dio las gracias a su huéspeda.

Capítulo 12

Cómo sir Lanzarote cabalgó disfrazado con el arnés de sir Kay, y cómo derribó a un caballero

Ahora volvemos a sir Lanzarote, que había cabalgado mucho tiempo por una gran floresta, y finalmente entró en tierra baja, llena de hermosos ríos y prados. Y delante de él vio un largo puente, con

tres pabellones de seda y cendal de diversos matices. Y fuera de los pabellones colgaban tres escudos blancos sobre fustes de lanzas, y había gruesas y largas lanzas puestas de pie junto a los pabellones; y en la entrada de cada pabellón había tres lozanos caballeros. Y sir Lanzarote pasó por delante de ellos sin decir nada. Cuando hubo pasado, los tres caballeros se dijeron que era el orgulloso Kay:

–Cree que no hay caballero tan bueno como él, aunque a menudo le han probado lo contrario.

–Por mi fe –dijo uno de los caballeros cuyo nombre era sir Gauter–, iré tras él y lo desafiaré por toda su soberbia; y vosotros podéis observar cómo hago.

Se armó, pues, este caballero, sir Gauter, se colgó el escudo en el hombro, montó sobre un gran caballo, tomó su lanza en la mano, y galopó en pos de sir Lanzarote. Y cuando llegó cerca de él, gritó:

–Detente, orgulloso sir Kay, pues no pasarás quito.

Y se volvió sir Lanzarote, enristraron uno y otro sus lanzas, se arremetieron con todas sus fuerzas, y se quebró la lanza de sir Gauter, pero sir Lanzarote lo derribó, hombre y caballo. Y cuando sir Gauter estuvo en tierra, se dijeron sus hermanos:

–Ese caballero no es sir Kay, pues es más fuerte que él.

–Me juego la cabeza –dijo sir Gilmere– a que ha matado a sir Kay, y ha tomado su caballo y su arnés.

–Sea así o no –dijo sir Arnold, el tercer hermano–, montemos ahora sobre nuestros caballos y rescatemos a nuestro hermano sir Gauter, so pena de muerte. Harto trabajo vamos a tener para vencer a ese caballero, pues parece por su persona que es sir Lanzarote, o sir Tristán, o el buen caballero sir Pelleas.

Tomaron luego sus caballos, alcanzaron a sir Lanzarote, puso sir Gilmere su lanza adelante, y acometió a sir Lanzarote; y sir Lanzarote lo derribó, y lo dejó en el suelo sin sentido.

–Señor caballero –dijo sir Arnold–, eres hombre fuerte, y presumo que has matado a dos de mis hermanos, por lo que mi corazón se

levanta fuertemente contra ti. Si no menoscabase mi honra, no las habría contigo; pero de necesidad debo tomar parte como ellos; por ende, caballero –dijo–, guárdate.

Y se embistieron con todas sus fuerzas, y los dos hicieron pedazos sus lanzas. Entonces sacaron las espadas y se acometieron con gana. En esto se levantó sir Gauter, fue a su hermano sir Gilmere, y le dijo:

–Levantad, y ayudemos a nuestro hermano sir Arnold, que allá lucha maravillosamente con ese buen caballero.

Saltaron con presteza sobre sus caballos y corrieron fieramente hacia sir Lanzarote. Y cuando éste los vio venir, descargó un tremendo golpe a sir Arnold, que cayó del caballo al suelo; se volvió entonces hacia los otros dos hermanos, y de dos golpes los mandó a tierra.

En esto sir Arnold empezó a levantarse con la cabeza toda ensangrentada, y fue derecho a sir Lanzarote.

–Dejémoslo ya –dijo sir Lanzarote–; no estaba yo lejos de ti cuando te hicieron caballero, sir Arnold, y sé también que eres buen caballero, y no quisiera matarte.

–Muchas gracias –dijo sir Arnold– por vuestra bondad; y oso decir, en cuanto a mí y mis hermanos, que no nos disgustará rendirnos a vos, con tal que conozcamos vuestro nombre, pues bien sabemos que no sois sir Kay.

–En cuanto a eso, tanto da; pues os rendiréis a doña Ginebra; y ved de estar con ella el domingo de Pentecostés, y entregaros a ella como prisioneros, y decir que fue sir Kay quien os envía a ella.

Juraron ellos hacerlo así, siguió adelante sir Lanzarote, y cada hermano ayudó a otro lo mejor que pudo.

Capítulo 13

Cómo justó sir Lanzarote contra cuatro

caballeros de la Tabla Redonda y los derrocó

Se metió sir Lanzarote por una profunda floresta, y en un valle cercano vio cuatro caballeros que estaban detenidos bajo un roble, y eran de la corte de Arturo: eran sir Sagramore le Desirous, Héctor de Maris, sir Gawain y sir Uwain. Luego que vieron estos cuatro caballeros a sir Lanzarote, creyeron por sus armas que era sir Kay.

–Por mi fe –dijo sir Sagramore–; voy a probar la fuerza de sir Kay –y tomó su lanza en la mano, y fue para sir Lanzarote.

En esto lo vio sir Lanzarote y lo reconoció, enristró su lanza contra él; y dio tan fuerte golpe a sir Sagramore que derribó a tierra hombre y caballo.

–Mirad, compañeros –dijo sir Héctor–; allá podéis ver el golpe que ha recibido; ese caballero es mucho más fuerte de lo que fue nunca sir Kay. Ahora veréis lo que voy a hacerle yo.

Y tomó sir Héctor su lanza en la mano y galopó hacia sir Lanzarote; y sir Lanzarote le atravesó el escudo y el hombro, de manera que hombre y caballo fueron a tierra, en tanto que su lanza resistía.

–Por mi fe –dijo sir Uwain–, ése es un fuerte caballero, y estoy cierto de que ha matado a sir Kay; y veo por su gran fuerza que será difícil vencerlo.

Seguidamente tomó sir Uwain su lanza en la mano y cabalgó hacia sir Lanzarote; y sir Lanzarote lo reconoció, lo encontró en el llano, y le dio tal golpe que lo atronó, al extremo de que en mucho rato no supo dónde estaba.

–Según veo bien –dijo sir Gawain–, debo enfrentarme a ese caballero.

Embrazó entonces su escudo y tomó una buena lanza en la mano, y sir Lanzarote lo reconoció; dejaron entonces correr sus caballos con

todas sus fuerzas, y se dieron el uno al otro en medio del escudo. Pero la lanza de sir Gawain se quebró, y sir Lanzarote cargó tan poderosamente sobre él que su caballo cayó patas arriba. Y mucho trabajo tuvo sir Gawain para abandonar su caballo; y siguió al paso sir Lanzarote su camino, y dijo sonriendo:

–Dé Dios alegría al que hizo esta lanza, pues jamás tuve otra mejor en la mano.

Entonces acudieron los cuatro caballeros los unos a los otros, y se confortaron entre sí.

–¿Qué decís de esta gesta? –dijo sir Gawain–; esa única lanza nos ha derribado a los cuatro.

–Encomendémoslo al diablo –dijeron todos– pues es hombre de gran fuerza.

–Bien podéis decir que es hombre de fuerza –dijo sir Gawain–; pues me juego la cabeza a que es sir Lanzarote. Lo conozco por su manera de cabalgar. Dejadle ir, pues cuando lleguemos a la corte lo sabremos.

Y tuvieron mucho trabajo para recobrar sus caballos.

Capítulo 14

Cómo sir Lanzarote siguió a una perra hasta un castillo, donde halló muerto a un caballero, y cómo después fue requerido por una doncella para que sanase a su hermano

Los dejamos ahí ahora, y hablamos de sir Lanzarote, que cabalgó mucho rato por una profunda floresta, donde vio a una perra negra, buscando de manera como si fuese tras el rastro de un ciervo herido. Fue detrás de la perra, y vio en el suelo un gran rastro de sangre. Entonces sir Lanzarote la siguió. Y la perra, que no cesaba de mirar hacia atrás, fue por un gran marjal, con sir Lanzarote

siempre detrás de ella.

Entonces advirtió una vieja mansión, corrió la perra hacia allá, y pasó el puente. Cruzó tambien sir Lanzarote aquel puente, que era viejo y flojo; y cuando llegó en medio de una gran mansión, vio que yacía muerto un caballero que era hombre apuesto; y aquella perra le lamió las heridas. Y seguidamente salió una dama llorando, y retorciéndose las manos; y dijo entonces:

–¡Oh caballero, muy gran dolor me has traído!

–¿Por qué decís eso? –dijo sir Lanzarote–. Jamás hice daño ninguno a este caballero, pues aquí me ha traído esta perra por el rastro de la sangre; y por tanto, gentil señora, no toméis disgusto conmigo, pues mucho pesar tengo de vuestra aflicción.

–En verdad, señor –dijo ella–, no creo que seáis vos quien ha matado a mi marido, pues quien ha hecho tal acción va malherido, y es probable que no se recobre, lo puedo asegurar.

–¿Cuál era el nombre de vuestro marido? –dijo sir Lanzarote.

–Señor –dijo ella–, se llamaba sir Gilbert el Bastardo, uno de los mejores caballeros del mundo; y el nombre del que lo ha matado no lo sé.

–Pues Dios os envíe el mejor consuelo –dijo sir Lanzarote.

Y partió, se metió por la floresta otra vez, y allí topó con una doncella que lo reconoció, y dijo en voz alta:

–Bien hallado seas, mi señor; y ahora te requiero, por tu caballería, que ayudes a mi hermano, que está malherido y no cesa de sangrar; pues hoy ha luchado con sir Gilbert el Bastardo, al que ha dado muerte en franca batalla, y allí fue mi hermano malherido. Y hay una dueña, una hechicera, que habita en un castillo aquí cerca, la cual me ha dicho que jamás sanarán las heridas de mi hermano, hasta que consiga encontrar a un caballero que quiera entrar en la Capilla Peligrosa, donde hallará una espada y un paño ensangrentado en el que está envuelto el caballero herido, y un trozo de ese paño y esa espada sanarían las heridas de mi hermano,

si fuesen curadas con la espada y el paño.

–Ésa es cosa de maravilla –dijo sir Lanzarote–; pero ¿cuál es el nombre de vuestro hermano?

–Señor –dijo ella–, su nombre es sir Meliot de Logres.

–Pues pesar tengo de eso –dijo sir Lanzarote–, porque es miembro de la Tabla Redonda; así que haré lo que pueda para ayudarle.

–Entonces, señor –dijo ella–, seguid este mismo camino, que os llevará a la Capilla Peligrosa; y yo esperaré aquí hasta que Dios os envíe aquí otra vez, que si vos no lo conseguís, no sé de otro caballero en el mundo que pueda acabar esta aventura.

Capítulo 15

Cómo sir Lanzarote entró en la Capilla Peligrosa y tomó de un cadáver un pedazo de paño y una espada

Partió luego sir Lanzarote, y al llegar a la Capilla Peligrosa se apeó, y ató el caballo en una pequeña entrada. Y tan pronto como estuvo dentro del patio, vio ante la capilla gran número de ricos y hermosos escudos, puestos del revés, muchos de los cuales había visto sir Lanzarote llevados por caballeros. En esto vio junto a él, de pie, treinta caballeros grandes que sacaban más de una yarda a cuantos él había visto nunca; y todos hacían muecas y gestos de amenaza a sir Lanzarote.

Y al ver éste sus continentes tuvo mucho miedo, se puso el escudo delante, y tomó la espada en la mano, dispuesto a hacer batalla; y ellos estaban totalmente armados con arneses negros, apercibidos con sus escudos, y las espadas sacadas. Y cuando sir Lanzarote hizo intención de pasar entre ellos, se apartaron a uno y otro lado de él, y le abrieron paso, con lo que se sintió más osado, y entró en la capilla; y no vio otra lumbre que una lámpara ardiendo; y entonces descubrió un cadáver cubierto con una pieza de seda.

Entonces se inclinó sir Lanzarote, cortó un pedazo de aquella seda, y al punto sintió debajo de él como si la tierra se estremeciese un poco, lo que le produjo pavor. Y seguidamente vio una hermosa espada puesta junto al caballero muerto, la tomó en la mano, y se apresuró a salir de la capilla. Y así que estuvo en el patio de la capilla, los caballeros le hablaron con voz terrible, y le dijeron:

–Caballero sir Lanzarote, deja esa espada o morirás.

–Viva o muera –dijo sir Lanzarote–, no la volveréis a tener con palabras soberbias, por tanto, luchad por ella si queréis.

Y pasó sin más entre ellos; y fuera del patio de la capilla topó con una hermosa doncella que le dijo:

–Señor Lanzarote, deja esa espada detrás, o morirás por ella.

–No la dejaré –dijo sir Lanzarote–, bajo ninguna amenaza.

–Si dejases la espada –dijo ella–, no verías más a la reina Ginebra.

–Entonces sería yo un loco si dejase esta espada –dijo Lanzarote.

–Ahora te requiero, gentil caballero –dijo la doncella–, que me beses una sola vez.

–No –dijo sir Lanzarote–, no me consienta Dios eso.

–Pues señor –dijo ella–, si me hubieses besado, habrían acabado los días de tu vida; pero ahora, ¡ay!, he perdido todos mis trabajos, pues había dispuesto esta capilla por ti y por sir Gawain. Y una vez he tenido conmigo a sir Gawain, y ha luchado con ese caballero, sir Gilbert el Bastardo, que ahí yace muerto, en la capilla; y en esa sazón cortó la mano izquierda a sir Gilbert el Bastardo. Y, señor Lanzarote, ahora te digo que hace siete años que te amo, aunque ninguna mujer puede tener tu amor sino la reina Ginebra. Pero ya que no puedo disfrutarte ni tener tu cuerpo vivo, no esperaba otro gozo en este mundo que tener tu cuerpo muerto. Entonces lo embalsamaría y lo serviría, y lo guardaría los días de mi vida, y diariamente te abrazaría, y te besaría en menosprecio de la reina Ginebra.

–Decís bien –dijo sir Lanzarote–, Jesús me preserve de tus artes sutiles.

Y seguidamente tomó su caballo y se fue de ella. Y como dice el libro, cuando hubo partido sir Lanzarote, tomó ella tal aflicción que a las catorce noches murió; y se llamaba Hellawes la hechicera, Señora del Castillo Nigramous.

Poco después topó sir Lanzarote con la doncella hermana de sir Meliot. Y al verlo palmoteó y lloró de contento. Y entonces cabalgaron a un castillo cercano donde yacía sir Meliot. Y tan pronto como sir Lanzarote lo vio lo reconoció; pero estaba muy pálido, como la tierra, de sangrar. Cuando sir Meliot vio a sir Lanzarote se hincó de rodillas, y dijo en voz alta:

–¡Oh, mi señor Lanzarote, ayudadme!

Corrió sir Lanzarote a él, y le tocó las heridas con la espada de sir Gilbert. Y le enjugó después las heridas con una parte del paño sangriento que envolvía a sir Gilbert, y al punto quedó más sano de lo que había sido en su vida.

Entonces hubo gran alegría entre ellos, e hicieron a sir Lanzarote toda la fiesta que pudieron, y por la mañana se despidió sir Lanzarote, y rogó a sir Meliot que fuese pronto «a la corte de mi señor Arturo, pues se acerca la fiesta de Pentecostés, y allí por la gracia de Dios me hallaréis». Y con eso se separaron.

Capítulo 16

Cómo sir Lanzarote, a requerimiento de una dama, recobró un halcón, por donde fue engañado

Y cabalgó sir Lanzarote por muchos países extraños, por pantanos y valles, hasta que llegó por fortuna a un hermoso castillo, y cuando lo dejaba atrás, le pareció oír el son de dos cascabeles.

Entonces advirtió que pasaba volando un halcón por encima de su cabeza, hacia un alto olmo, con largas pihuelas en sus patas, y fue al olmo a posarse. Se enredaron las pihuelas en una rama, y cuando quiso alzar el vuelo quedó colgando, preso de las patas; vio sir Lanzarote cómo colgaba, observó que era un hermoso halcón peregrino y tuvo lástima de él. Entretanto salió una dama del castillo, y dijo en voz alta:

–¡Oh, Lanzarote, Lanzarote, ya que eres flor de todos los caballeros, ayúdame a recobrar mi halcón, que si pierdo mi halcón mi señor me destruirá; pues yo guardaba el halcón cuando escapó de mí, y si mi señor marido se entera, es tan desapoderado que me matará!

–¿Cuál es el nombre de vuestro señor? –dijo sir Lanzarote.

–Señor –dijo ella–, se llama sir Phelot, un caballero que pertenece al rey de Northgales.

–Bien, gentil señora, ya que conocéis mi nombre, y me requerís de caballería que os ayude, haré lo que pueda por devolveros vuestro halcón, aunque Dios sabe que soy mal trepador, y es muy alto el árbol, y tiene pocas ramas con que me pueda ayudar.

Y con esto se apeó sir Lanzarote, ató el caballo al mismo árbol, y rogó a la dama que le desarmase. Y cuando estuvo desarmado, se quitó toda la ropa hasta la camisa y los calzones, y con poder y fuerza trepó hasta el halcón, ató las pihuelas a una rama seca, y arrojó con ella el halcón abajo.

Tomó al punto la dama el halcón en su mano, y a continuación salió súbitamente sir Phelot, su marido, de entre los árboles, todo armado y con la espada desnuda en la mano; y dijo:

–¡Ah, caballero Lanzarote, ahora te hallo como yo quería! –y se puso junto al tronco del árbol para matarlo.

–¡Ah, señora! –dijo sir Lanzarote–, ¿por qué me habéis traicionado?

–No ha hecho –dijo sir Phelot– sino como yo le mandé, y por ende no hay otro remedio, sino que ha llegado tu hora de morir.

–Sería vergüenza para ti –dijo sir Lanzarote–, un caballero armado,

matar a traición a un hombre desnudo.

–No tendrás ninguna otra gracia –dijo sir Phelot–; y por tanto, ayúdate si puedes.

–En verdad –dijo sir Lanzarote–, que será para tu vergüenza; pero ya que no lo quieres de otro modo, quédate con mi arnés, cuelga mi espada de una rama que yo pueda alcanzarla, y haz entonces por matarme si puedes.

–No, no –dijo sir Phelot–, pues te conozco mejor de lo que crees; así que, no tendrás arma ninguna si yo lo puedo remediar.

–¡Ay –dijo sir Lanzarote–, que haya de morir desarmado un caballero!

Y en eso miró encima de él, y debajo; y sobre su cabeza vio una gruesa estaca, una rama grande y sin hojas, y la quebró con el cuerpo. Bajó entonces un poco, observó cómo estaba su caballo, y saltó súbitamente al otro lado del caballo del que estaba el caballero.

Y entonces sir Phelot se abalanzó rabiosamente sobre él, creyendo que iba a matarlo. Pero sir Lanzarote apartó el golpe con la estaca, y seguidamente le dio tal golpe en un lado de la cabeza que cayó al suelo sin sentido. Entonces sir Lanzarote tomó su espada en la mano y le segó la cabeza. Entonces exclamó la dama:

–¡Ay!, ¿por qué has matado a mi marido?

–No soy yo el causante –dijo sir Lanzarote–, pues con falsedad quisisteis matarme a traición, y ahora os ha acontecido esto a los dos.

Entonces ella cayó desvanecida como si fuese a morir. Y seguidamente sir Lanzarote tomó toda su armadura como pudo, y se la puso encima por miedo a nuevos intentos, pues temía que el castillo del caballero estuviese muy cerca. Y lo más presto que pudo tomó su caballo y partió, dando gracias a Dios por haber escapado de esta aventura.

Capítulo 17

Cómo sir Lanzarote alcanzó a un caballero que perseguía a su esposa para matarla, y cómo le habló

Y cabalgó sir Lanzarote por muchos caminos salvajes, y muchos pantanos y marjales. Y al entrar en un valle vio a un caballero que perseguía a una dama, con la espada desnuda, para matarla. Y por fortuna cuando dicho caballero iba a darle muerte, gritó ella a sir Lanzarote suplicando que la rescatase. Cuando sir Lanzarote vio esta maldad, tomó su caballo y cabalgó entre ellos, diciendo:

–¡Mal hayas, caballero!, ¿por qué quieres matar a esta dama? Te pones en vergüenza a ti mismo y a todos los caballeros.

–¿Qué tienes tú que ver entre mi esposa y yo? –dijo el caballero–. La mataré a tu pesar.

–No lo harás –dijo sir Lanzarote–, pues antes contenderemos los dos.

–Señor Lanzarote –dijo el caballero–, aquí no tienes parte, pues esta dama me ha traicionado.

–No es así –dijo la dama–; en verdad dice injustamente de mí. Y porque amo y quiero a mi primo hermano, tiene celos de él y de mí; y como tengo que responder ante Dios que nunca hubo pecado entre nosotros. Pero, señor, ya que eres llamado el más digno caballero del mundo, te requiero, por la verdadera caballería, que me guardes y me salves. Pues por mucho que le digáis, me matará, pues no tiene merced.

–No tengáis ningún temor –dijo Lanzarote–, que no estará eso en su poder.

–Señor –dijo el caballero–, bajo vuestra mirada haré como vos queráis tenerme.

Así, pues, cabalgó sir Lanzarote a un lado, con ella al otro. Y no habían andado mucho, cuando pidió el caballero a sir Lanzarote que se volviese y mirase detrás de él.

–Señor, allá detrás vienen hombres de armas.

Y se volvió sir Lanzarote sin recelar ninguna traición, y en esto se quedaron la dama y el caballero juntos; y éste súbitamente le cortó la cabeza a su dama.

Y cuando sir Lanzarote vio lo que había hecho, le dijo, y llamó:

–Traidor, me has afrentado para siempre.

Y súbitamente se apeó del caballo, y sacó la espada para matarlo; y en eso se echó él al suelo, asió a sir Lanzarote por los muslos, y le suplicó merced.

–¡Mal hayas tú –dijo sir Lanzarote–, vergonzoso caballero!; ¡no puedes tener merced, así que levanta y lucha conmigo!

–No –dijo el caballero–; no me levantaré hasta que me otorgues merced.

–Te voy a ofrecer igualdad –dijo Lanzarote–: me desarmaré, y no llevaré sobre mí otra cosa que la camisa, y la espada en mi mano. Si puedes matarme, quedarás libre para siempre.

–No, señor –dijo Pedivere–; jamás aceptaré eso.

–Entonces –dijo sir Lanzarote– toma a esa dama y la cabeza, ponlas sobre ti, y jura aquí sobre mi espada llevarla siempre sobre tu espalda, y no descansar hasta que llegues a la reina Ginebra.

–Señor –dijo–, así lo haré, por la fe de mi vida.

–Dime ahora –dijo sir Lanzarote–, ¿cuál es tu nombre?

–Señor, me llamo Pedivere.

–En hora vergonzosa naciste –dijo Lanzarote.

Partió, pues, Pedivere con la dama muerta y la cabeza, y halló a la reina con el rey Arturo en Winchester, y allí contó toda la verdad.

–Señor caballero –dijo la reina–, ésa es una horrible acción, y vergonzosa, y una gran injuria a sir Lanzarote; sin embargo, su honra no es conocida en muchos diversos países. Pero esto os pondré en penitencia: como podáis ir, llevaréis a esta dama con vos a caballo, al Papa de Roma, para recibir de él penitencia por vuestra fea acción; y no descansaréis otra noche donde lo hayáis hecho ya una, y en cualquier cama que os acostéis, el cuerpo muerto yacerá con vos.

Hizo él este juramento, y partió. Y como cuenta el libro francés, cuando llegó a Roma, el Papa le mandó que regresase de nuevo a la reina Ginebra; y en Roma fue enterrada la dama por mandato del Papa. Y después de esto sir Pedivere dio prueba de gran bondad, y fue hombre santo y ermitaño.

Capítulo 18

Cómo llegó sir Lanzarote a la corte del rey Arturo, y cómo hizo allí relación de todas sus nobles hazañas y hechos

Ahora volvemos a sir Lanzarote del Lago, que volvió dos días antes de la fiesta de Pentecostés; y el rey y toda la corte tuvieron grandísima alegría de su llegada. Y cuando sir Gawain, sir Uwain y sir Sagramore y sir Héctor de Maris vieron a sir Lanzarote con la armadura de sir Kay, comprendieron que fue él quien los había derribado a todos con una lanza. Entonces hubo sonrisas y risas entre ellos. Y poco a poco llegaron todos los caballeros que sir Turquin había tenido cautivos, y honraron y alabaron a sir Lanzarote.

Cuando sir Gaheris les oyó hablar, dijo: «Yo vi toda la batalla de principio a fin»; y contó al rey Arturo cómo había ocurrido todo, y cómo sir Turquin era el caballero más fuerte que había visto, excepto sir Lanzarote; y hubo muchos caballeros que dieron testimonio, cerca de sesenta.

Entonces contó sir Kay al rey cómo sir Lanzarote le había rescatado cuando iba a morir, y cómo «hizo que los caballeros se rindiesen a mí, y no a él». Y allí estaban los tres, y dieron testimonio.

–Y por Jesús –dijo sir Kay–, porque sir Lanzarote tomó mi arnés y me dejó a mí el suyo, cabalgué en buena paz y nadie quiso haberlas conmigo.

Poco después llegaron los tres caballeros que habían luchado con sir Lanzarote en el puente largo. Y allí se rindieron a sir Kay; y sir Kay los perdonó, y dijo que nunca había luchado con ellos.

–Pero yo sosegaré vuestro corazón –dijo sir Kay–: ahí está Lanzarote, que es el que os venció.

Cuando supieron esto se alegraron muchísimo. Y entonces llegó sir Meliot de Logres, y contó al rey cómo sir Lanzarote le había salvado de la muerte.

Y así se supieron todas sus hazañas, cómo cuatro reinas, hechiceras, lo habían tenido en prisión, y cómo fue liberado por la hija del rey Bagdemagus. También contaron allí todos los grandes hechos de armas que sir Lanzarote había hecho entre los dos reyes, que son, a saber, el rey de Northgales y el rey Bagdemagus. Toda la verdad contaron sir Gahalantine, y sir Mador de la Porte, y sir Mordred, pues estuvieron en aquel mismo torneo.

Entonces llegó la dama que conoció a sir Lanzarote cuando éste hirió a sir Belleus en el pabellón. Y allí, a requerimiento de sir Lanzarote, sir Belleus fue hecho caballero de la Tabla Redonda.

Y en esta sazón sir Lanzarote tuvo más renombre que ningún caballero del mundo, y fue muy honrado por grandes y pequeños.

Explicit el noble cuento de sir Lanzarote del Lago, que

comprende el libro VI. Sigue aquí la historia

de sir Gareth de Orkney, que fue

llamado Beaumains por sir Kay,

y es el libro séptimo.

Libro VII

Capítulo 1

Cómo Beaumains llegó a la corte del rey Arturo

y demandó tres peticiones del rey Arturo

Cuando Arturo reunió el pleno de su Tabla Redonda, le acaeció mandar que la alta fiesta de Pentecostés fuese celebrada en una ciudad y castillo, que en aquel tiempo se llamaba Kinkenadon, sobre la playa que limitaba cerca de Gales. Y tenía costumbre el rey, especialmente en la fiesta de Pentecostés, más que en otras fiestas del año, de no ponerse ese día a comer hasta haber oído o visto alguna maravilla. Y por esa costumbre le llegaban a Arturo toda clase de extrañas aventuras en esa fiesta, más que en ninguna otra.

Y así, poco antes del medio día de Pentecostés, vio sir Gawain desde una ventana que llegaban tres hombres a caballo, y un enano a pie, y descabalgaron los tres hombres, guardó el enano los caballos, y uno de estos tres hombres era un pie y medio más alto que los otros dos. Entonces sir Gawain fue al rey y le dijo:

–Señor, disponeos a comer, pues aquí mismo vienen extrañas aventuras.

Y se sentó Arturo a comer con muchos otros reyes. Allí estaban todos los caballeros de la Tabla Redonda menos los que habían quedado presos o muertos en algún encuentro. En la fiesta debía estar siempre el número entero de los ciento cincuenta, pues entonces estaba completa la Tabla Redonda.

Entraron luego en la sala dos hombres bien, y ricamente ataviados, en cuyos hombros se apoyaba el mancebo más hermoso y gallardo que habían visto; era alto y ancho de hombros, y de graciosa cara, y

con las manos más grandes y bellas que jamás viera hombre ninguno, pero iba como si no pudiese andar, ni tenerse sino apoyado en los hombros de los otros dos. Luego que lo vio Arturo se hizo silencio, les dejaron paso, y fueron derechamente con el mancebo al alto estrado sin decir palabra. Entonces se echó para atrás este mancebo, y se enderezó con soltura, diciendo:

–Rey Arturo, Dios os bendiga, y a toda vuestra leal compañía, y en especial a la compañía de la Tabla Redonda. Y por esta causa he venido aquí: a suplicaros y requeriros que me concedáis tres dones; no os pediré nada fuera de razón, sino que honrosa y dignamente podéis otorgármelos, sin gran daño ni mengua para vos. El primer don y merced os lo quiero pedir ahora, y los otros dos los pediré dentro de doce meses, allá donde celebréis vuestra alta fiesta.

–Pide, pues –dijo Arturo–, y tendrás tu petición.

–Señor, ésta es mi petición para esta fiesta: que me deis de comer y beber suficientemente en estos doce meses, y el día que se cumpla el año pediré los otros dos dones.

–Mi gentil hijo –dijo Arturo–, te aconsejo que pidas más, pues ésa es muy simple petición; pues mucho me da al corazón que provienes de personas de merecimiento, y harto ha de errar mi concepto si no pruebas ser hombre de muy gran merecimiento.

–Señor –dijo él–, comoquiera que sea, he pedido lo que quiero pedir.

–Bien –dijo el rey–; tendrás de comer y beber con suficiencia. Nunca he negado eso a nadie, amigo o enemigo. Pero cuál es tu nombre quisiera saber.

–No os lo puedo decir –dijo él.

–Ésa es maravilla –dijo el rey–, que no sepas tu nombre, siendo el mancebo más gallardo que he visto.

Entonces el rey lo encomendó a sir Kay el Mayordomo, y le encargó que le diese toda clase de viandas y bebidas, de las mejores, y también que tuviese toda clase de provisiones como si fuese hijo de

señor.

–Poca necesidad hay –dijo sir Kay– de hacer tal gasto en él; pues seguro estoy de que ha nacido villano, y que jamás se hará hombre, pues si viniese de gentileshombres os habría pedido caballo y armadura; pero según es, así pide. Y ya que no tiene nombre, yo le daré uno, y será el de Beaumains, que quiere decir Bellas-manos. Lo llevaré a la cocina, y allí tendrá espesos caldos todos los días, de manera que cuando acabe el año habrá engordado como un puerco.

Y seguidamente partieron los dos hombres que lo habían traído, y lo dejaron con sir Kay, que lo menospreció y se mofó de él.

Capítulo 2

Cómo sir Lanzarote y sir Gawain se enojaron

porque sir Kay se mofó de Beaumains, y cómo una doncella deseó un caballero que luchase por una dama

Con lo que se enojó sir Gawain, y en especial sir Lanzarote rogó a sir Kay que dejase sus burlas, «pues me apuesto la cabeza a que probará ser hombre de gran honor».

–Sea quien sea –dijo sir Kay–, no puede ser como decís, pues según es, así ha pedido.

–Tened cuidado –dijo sir Lanzarote–, pues también pusisteis mote al buen caballero Breunor, hermano de sir Dinadan, y lo llamasteis La Cote Male Tallé, y se os volvió enojo después.

–En cuanto a eso –dijo sir Kay–, éste jamás probará tal cosa. Pues sir Breunor siempre estuvo deseoso de honor, éste desea pan y bebida y caldos; por mi vida que lo criaron en alguna abadía, y comoquiera que sea, les faltó la comida y bebida, y ha venido aquí en busca de sustento.

Y le mandó sir Kay que se procurase sitio y se sentase a comer; y fue Beaumains a la puerta de la sala, se sentó entre pícaros y truhanes, y allí comió tristemente. Y sir Lanzarote, después de comer, le pidió que fuese a su cámara, que allí tendría suficiente comida y bebida. Y lo mismo hizo sir Gawain; pero él rechazó ambos ofrecimientos, y no quiso hacer sino lo que sir Kay le mandaba, pese a todos los ofrecimientos.

Pero, tocante a sir Gawain, tenía motivo para ofrecerle aposentamiento, comida y bebida, ya que tal ofrecimiento le nacía de la sangre, pues era pariente suyo más cercano de lo que él sabía. En cuanto al de sir Lanzarote nacía de su gran gentileza y cortesía.

Y así fue puesto en la cocina, y allí durmió por las noches como los mancebos de la cocina. Y así soportó todo ese año, sin descontentar nunca a hombres ni mancebos, sino mostrándose siempre humilde y amable. Pero siempre que había alguna justa de caballeros, quería verla si podía. Y sir Lanzarote le daba oro que gastar, y ropas, y lo mismo sir Gawain; y donde había alguna competición, allí estaba él, y nadie lanzaba la barra o la piedra a dos yardas de la suya. Entonces decía sir Kay:

–¡Pues qué!, ¿holgáis, mi mancebo de cocina?

Así pasó el tiempo hasta la fiesta de Pentecostés. Y en esa sazón el rey la celebró en Caerleon con la más grande realeza, como hacía cada año. Pero no quería comer vianda ninguna en Pentecostés, hasta oír alguna aventura. Entonces fue un escudero al rey, y le dijo:

–Señor, podéis poneros a comer, pues aquí llega una doncella con alguna extraña aventura.

Entonces se alegró el rey, y se sentó. En eso entró una doncella en la sala, saludó al rey, y le suplicó socorro.

–¿Para quién? –dijo el rey–. ¿Cuál es la aventura?

–Señor –dijo ella–, tengo una señora de gran honra y renombre, a la que tiene cercada un tirano, de manera que no puede salir de su castillo; y ya que éstos son llamados los más nobles caballeros del

mundo, acudo a vos para suplicaros socorro.

–¿Cómo se llama vuestra señora, y dónde vive, y quién es y cómo se llama el que la tiene cercada?

–Señor rey –dijo ella–, en cuanto al nombre de mi señora, no lo conoceréis por mí en esta sazón, pero os hago saber que es dama de gran merecimiento y muchas tierras; y en cuanto al tirano que la asedia y destruye sus tierras, se llama el Caballero de las Landas Bermejas.

–No lo conozco –dijo el rey.

–Señor –dijo sir Gawain–; yo lo conozco bien, pues es uno de los más peligrosos caballeros del mundo; dicen que tiene la fuerza de siete hombres, y de él escapé una vez muy difícilmente con vida.

–Gentil doncella –dijo el rey–, aquí hay caballeros que harían todo su poder por rescatar a vuestra señora; pero ya que no queréis decir su nombre, ni dónde vive, ninguno de mis caballeros que aquí están irá con vos por mi voluntad.

–Entonces habré de seguir buscando –dijo la doncella.

Capítulo 3

Cómo Beaumains deseó la batalla, y cómo le fue otorgada, y cómo deseó ser hecho caballero por sir Lanzarote

En esto se presentó Beaumains ante el rey, mientras estaba allí la doncella, y dijo así:

–Señor rey, Dios os agradezca haberme tenido este año en vuestra cocina, y dado todo mi sustento, y ahora quiero pediros los dos dones que quedan.

–Pide, por mi vida –dijo el rey.

–Señor, éstos son los dos dones: primero, que me otorguéis la aventura de esta doncella, pues me pertenece.

–La tendrás –dijo el rey–. Yo te la otorgo.

–Entonces, señor, éste es el otro don: rogaréis a sir Lanzarote del Lago que me haga caballero, pues por él quiero ser hecho caballero y por ningún otro. Y cuando yo haya partido, os ruego que le dejéis cabalgar en pos de mí, y me haga caballero cuando yo se lo pida.

–Todo eso se hará –dijo el rey.

–¡Mal hayas tú! –dijo la doncella–; ¿no tendré sino a uno que es vuestro paje cocina?

Enojóse entonces ella, tomó su caballo y partió.

Y en esto fue uno a Beaumains y le dijo que le habían traído su caballo y armadura; y allí estaba el enano con todo lo que él necesitaba, de la más rica manera; con lo que toda la corte tuvo mucha maravilla de dónde venía todo ese aparejo. Y cuando estuvo armado, muy pocos hombres fueron tan gallardos como él; y entró seguidamente en la sala, se despidió del rey Arturo, de sir Gawain y de sir Lanzarote, rogó a éste que se apresurase a ir tras él y partió en pos de la doncella.

Capítulo 4

Cómo partió Beaumains, y cómo tuvo de sir Kay lanza y escudo, y cómo justó con sir Lanzarote

Pero fueron muchos los que salieron detrás a contemplar lo bien encabalgado y aparejado que iba, con paño de oro, aunque no llevaba lanza ni escudo. Entonces dijo sir Kay abiertamente en la sala:

–Cabalgaré en pos de mi mancebo de cocina, a ver si me reconoce

mejor que él.

Y dijeron sir Lanzarote y sir Gawain:

–Permaneced aquí.

Se apercibió sir Kay, tomó su caballo y su lanza, y fue tras él. Y no bien alcanzó Beaumains a la doncella, llegó también sir Kay, y dijo:

–¡Beaumains!, ¿qué, señor, no me conocéis?

Entonces volvió él su caballo, y supo que era sir Kay, que le había hecho todo el menosprecio que habéis oído antes.

–Sí –dijo Beaumains–; bien os conozco como caballero descortés de la corte, y por tanto guardaos de mí.

En esto se puso sir Kay la lanza en el ristre, y corrió derecho hacia él; y fue Beaumains con igual ímpetu hacia él, espada en mano, le apartó con ella la lanza, y le atravesó el costado de una estocada, de manera que sir Kay cayó como muerto; se apeó Beaumains, tomó el escudo y la lanza de sir Kay, saltó sobre su propio caballo y siguió su camino.

Todo esto vio sir Lanzarote, y lo mismo la doncella. Mandó entonces ésta a su enano que saltase sobre el caballo de sir Kay, y así lo hizo. A la sazón había llegado sir Lanzarote, le ofreció Beaumains justar; y se apercibieron, y se arremetieron tan fieramente que se derribaron ambos a tierra, y quedaron muy magullados. Entonces se levantó sir Lanzarote y se libró del caballo. Y arrojó Beaumains su escudo, y ofreció a sir Lanzarote luchar a pie; y se acometieron como dos jabalíes, acosando, tajando y tirando estocadas por espacio de una hora; y sir Lanzarote lo sentía tan fuerte que se maravillaba de su fuerza, pues luchaba más como un gigante que como un caballero, y su lucha era duradera y peligrosa en extremo. Pues sir Lanzarote tenía tanto trabajo con él que temía quedar en vergüenza; y dijo:

–Beaumains, no luchéis con tanto empeño. No es tan grande vuestra querella y la mía que no la podamos dejar.

–Así es, en verdad –dijo Beaumains–; pero me place sentir vuestra

fuerza; sin embargo, mi señor, no he puesto yo todo mi empeño.

Capítulo 5

Cómo Beaumains dijo su nombre a sir Lanzarote, y cómo fue armado caballero por sir Lanzarote, y alcanzó después a la doncella

–En nombre de Dios os prometo –dijo sir Lanzarote–, por la fe de mi vida, que he tenido que hacer mucho para salvarme de ser avergonzado; y por tanto, ningún temor debéis tener de ningún caballero terrenal.

–¿Esperáis que pueda mostrarme en cualquier momento como un caballero probado? –dijo Beaumains.

–Sí –dijo sir Lanzarote–, haced como habéis hecho, y yo seré vuestro valedor.

–Entonces –dijo Beaumains–, os ruego que me deis la orden de caballería.

–Antes debéis decirme vuestro nombre –dijo sir Lanzarote–, y de qué linaje venís.

–Señor, lo haré con tal de que no me descubráis –dijo Beaumains.

–No –dijo sir Lanzarote–, os lo prometo por la fe de mi vida, hasta que sea públicamente conocido.

–Entonces, señor –dijo él–, me llamo Gareth y soy hermano de sir Gawain de padre y de madre.

–¡Ah, señor! –dijo sir Lanzarote–, más contento soy de vos que antes; pues siempre pensé que debíais de ser de noble sangre, y que no veníais a la corte por comida ni por bebida.

Y entonces sir Lanzarote le dio la orden de caballería, y sir Gareth le rogó que se despidiesen y le dejase ir.

Y se separó sir Lanzarote de él, fue a sir Kay, y lo hizo llevar sobre su escudo a la corte, y con gran trabajo fue vuelto a la vida; y todos menospreciaron a sir Kay; y en especial sir Gawain y sir Lanzarote dijeron que no estaba bien que reprochara a ningún mancebo, pues bien poco sabía «de qué cuna viene, y por qué causa ha venido a esta corte»; y dejamos a sir Kay, y volvemos a Beaumains. Cuando hubo alcanzado a la doncella, luego dijo ésta:

–¿Qué haces aquí? Hueles todo a cocina, tus ropas están sucias de la grasa y el sebo con que te has pringado en la cocina del rey Arturo. ¿Crees –dijo– que voy a aceptarte porque has matado a ese caballero? Te aseguro que no, pues desdichada y cobardemente lo has matado; así que vuélvete, sucio paje de cocina, que bien te conozco, pues sir Kay te llamó Beaumains. ¿Qué eres tú sino un haragán que se ocupa de dar vueltas a los asadores y de fregar las cacerolas?

–Doncella –dijo Beaumains–, decid lo que queráis; no me iré de vos por mucho que digáis, pues he prometido al rey Arturo acabar vuestra aventura, y he de llevarla a término, o morir en ella.

–¡Mal hayas tú, pícaro de cocina! ¿Quieres acabar mi aventura? Pronto te enfrentrarás con alguien a quien no querrías haber visto ni por todo el caldo que has cenado en tu vida en cuanto le veas la cara.

–Ya lo veremos –dijo Beaumains.

Y cuando entraron en el bosque, vieron venir un hombre huyendo todo lo deprisa que podía.

–¿Adónde vas? –dijo Beaumains.

–¡Oh, señor –dijo–, ayudadme, pues aquí cerca en un claro hay seis ladrones que han prendido a mi señor, lo han atado y temo que lo quieran matar!

–Llévame allá –dijo Beaumains.

Y cabalgaron juntos hasta que llegaron a donde estaba atado el caballero; fue entonces sobre ellos, hirió mortalmente a uno, después a otro, y del tercer tajo mató a un tercero, poniendo en fuga a los otros tres. Y cabalgó tras ellos y los alcanzó; entonces se volvieron los tres ladrones, y asaltaron sañudamente a Beaumains; pero finalmente los mató, volvió, y desató al caballero. Se lo agradeció éste, y le rogó que le acompañase a su castillo, a poco trecho de allí, donde le recompensaría honrosamente su buena acción.

–Señor –dijo Beaumains–, no quiero ninguna recompensa. Hoy he sido hecho caballero por el noble sir Lanzarote y por tanto, no quiero tener ninguna recompensa sino la que Dios me dé. Y también debo seguir a esta doncella.

Y cuando llegó junto a ella, ésta le dijo que se fuese de su lado:

–Pues hueles todo a cocina. ¿Crees acaso que me da alegría verte? Todo eso no lo has hecho sino por tu desventura; pero ya tendrás una visión que te hará volver con presteza.

Entonces el mismo caballero que había sido rescatado de los ladrones fue tras la doncella, y le rogó que se recogiese con él esa noche. Y como era cerca de la noche, la doncella cabalgó con él a su castillo, y allí fueron bien acogidos; y en la cena, el caballero sentó a sir Beaumains enfrente de la doncella.

–¡Qué vergüenza, señor caballero! –dijo ella–; sois descortés al poner a un paje de cocina delante de mí; mejor le cuadraría degollar un puerco que estar sentado ante una doncella de alto linaje.

Entonces el caballero se avergonzó de estas palabras, levantó a sir Beaumains, lo puso en una mesa apartada, y se sentó con él; y toda esa noche holgaron y tuvieron alegre descanso.

Capítulo 6

Cómo luchó Beaumains con dos caballeros,

y los mató, en un paso

Y por la mañana se despidieron la doncella y él, dieron las gracias al caballero, partieron, y siguieron su camino hasta que llegaron a una fran floresta. Y había allí un gran río con un solo paso, y dos caballeros en la otra parte que les vedaban el paso.

–¿Qué dices ahora? –dijo la doncella–, ¿vas a desafiar a esos caballeros, o a volverte por donde has venido?

–No –dijo sir Beaumains–; no me volveré, así fuesen seis más.

Y seguidamente se lanzó al agua; y en medio del agua quebraron las lanzas hasta sus manos el uno sobre el otro, y entonces sacaron las espadas, y se acometieron con gana. Y finalmente Beaumains dio al otro tal golpe encima del yelmo que le atronó la cabeza, con lo que cayó al agua, y se ahogó. Espoleó entonces a su caballo y salió a tierra, donde cayó sobre él el otro caballero; quebró su lanza, y sacaron las espadas y lucharon mucho rato. Finalmente sir Beaumains le hendió el yelmo y la cabeza hasta los hombros; y a continuación fue a la doncella y le rogó que siguiese su camino.

–¡Ay –dijo ella–, que un paje de cocina haya tenido la fortuna de destruir a tan valerosos caballeros! Pero ¿crees que lo has hecho esforzadamente? Pues no es así; porque en el caso del primer caballero, tropezó su caballo y se ahogó en el agua, y no fue por tu fuerza, ni por tu poder. En cuanto al otro, fuiste a traición por detrás y lo mataste en mala lid.

–Doncella –dijo Beaumains–, podéis decir cuanto queráis, pero con quienquiera que tenga que haberlas, confío en Dios dejarlo servido antes de separarnos. Y por tanto ninguna cuenta hago de lo que digáis, con tal que pueda ganar a vuestra señora.

–¡Mal hayas, sucio sirviente de cocina! Ya encontrarás caballeros que abatirán tu soberbia.

–Gentil doncella, habladme con cortesía y entonces acabarán mis cuidados, pues cualesquiera que sean los caballeros, ni los temo ni

me inquietan.

–También lo digo en tu provecho –dijo ella–, a fin de que puedas volver con honra; pues si me sigues morirás; porque veo que todo lo haces por desventura, y no por proeza de tus manos.

–Bien está, doncella; podéis decir cuanto queráis; pero allá donde vayáis, yo os seguiré.

Y cabalgó Beaumains con esta dama hasta hora de vísperas, mientras ella no cesaba de reprenderle. Y llegaron a una negra landa donde había un espino negro del que colgaba una bandera negra, y al otro lado un escudo negro; y junto a él había de pie una lanza negra, gruesa y larga, y un gran caballo negro cubierto de seda, y cerca una piedra negra.

Capítulo 7

Cómo Beaumains luchó con el Caballero de las Negras Landas, y luchó con él hasta que éste cayó y murió

Y había allí sentado un caballero todo armado con negro arnés, cuyo nombre era el Caballero de las Negras Landas. Entonces la doncella, cuando vio a este caballero, pidió a Beaumains que huyese corriendo por el valle, ya que no tenía el caballo ensillado.

–Muchas gracias –dijo Beaumains–; pero siempre me tendríais por cobarde.

En eso el Caballero Negro, al acercarse ella, le habló y dijo:

–Doncella, ¿habéis traído a este caballero del rey Arturo para que sea vuestro campeón?

–No, gentil caballero –dijo ella–; éste no es sino un pícaro mantenido por caridad en la cocina del rey Arturo.

–¿Por qué viene con ese atavío? –dijo el caballero–. Es vergüenza que vaya en vuestra compañía.

–Señor, no puedo librarme de él –dijo ella–, pues conmigo cabalga a mi pesar. Quiera Dios que lo apartéis de mí, o lo matéis si podéis, ya que es un pícaro desdichado, y desdichadamente se ha portado este día; pues le he visto matar a dos caballeros en el paso del río, y otros hechos antes, maravillosos y por desdicha.

–Me maravilla –dijo el Caballero Negro– que no haya hombre de merecimiento que quiera haberlas con él.

–No lo conocían –dijo la doncella–; y por cabalgar conmigo, creen que es hombre de noble nacimiento.

–Bien puede ser –dijo el Caballero Negro–; porque aunque decís que no es hombre de merecimiento, muy gallarda es su persona, y parece hombre fuerte. Pero sólo os otorgaré esto: lo pondré a pie, y me quedaré con su caballo y su arnés, pues sería vergüenza para mí hacerle más daño.

Al oírle sir Beaumains hablar así, dijo:

–Señor caballero, eres demasiado generoso con mi caballo y mi arnés; te hago saber que no los tendrás por nada, y te guste o no, cruzaré esta landa a tu pesar. Y no tendrás de mí caballo ni arnés, a menos que los ganes con tus manos; y por tanto veamos qué puedes hacer.

–¿Eso dices? –dijo el Caballero Negro–. Deja a tu señora libre de ti, pues no se acuerda con un sirviente de cocina cabalgar con tal dama.

–¡Mientes! –dijo Beaumains–; soy nacido gentilhombre, y de linaje más alto que el tuyo, cosa que voy a probar sobre tu cuerpo.

Entonces con gran ira se separaron con sus caballos, y se arremetieron como el trueno: y quebró su lanza el Caballero Negro, y Beaumains le atravesó ambos costados, con lo que se quebró su lanza, y le quedó el trozo en el costado. Sin embargo, el Caballero Negro sacó su espada, y descargó muchos ansiosos golpes, y de gran

fuerza, e hirió muy gravemente a Beaumains. Pero a la postre el Caballero Negro, al cabo de hora y media, cayó desvanecido del caballo, y murió.

Entonces Beaumains, viéndole tan buen arnés y caballo, se apeó, se armó con su armadura, tomó su caballo y fue en pos de la doncella. Cuando ésta le vio acercarse, dijo:

–¡Apártate, pícaro de cocina, del viento, pues me ofende el olor de tus ropas sucias! ¡Ay, que un pícaro semejante haya matado por desdicha a tan buen caballero, como has hecho tú! Pero todo será para tu desventura. Aquí cerca hay uno que te hará pagar todo lo que debes; y por tanto te aconsejo que huyas.

–Puede ser –dijo Beaumains– que me venzan o me maten; pero os prevengo, gentil doncella, que no huiré, ni dejaré vuestra compañía por mucho que digáis; pues siempre estáis diciendo que voy a morir o a ser vencido y, comoquiera que sea, soy yo quien sale sin daño, y ellos quedan tendidos en el suelo. Y por tanto, mejor haríais en dejar de reprocharme todo el día, pues no me iré hasta ver el fin de esta jornada, o me maten, o sea vencido verdaderamente; por tanto seguid vuestro camino, que yo os seguiré suceda lo que suceda.

Capítulo 8

Cómo el hermano del caballero

que fue muerto se enfrentó con Beaumains,

y luchó con Beaumains, hasta que se rindió a él

Cabalgaban, pues, juntos, cuando vieron venir hacia ellos a un caballero todo de verde, caballo y arnés; y al llegar cerca de la doncella, preguntó a ésta:

–¿Es a mi hermano el Caballero Negro al que traéis con vos?

–No, no –dijo ella–; que este desdichado pícaro de cocina ha matado a vuestro hermano por desventura.

–¡Ay –dijo el Caballero Verde–, ésa es gran lástima, que un caballero tan noble como él haya sido muerto por desventura, y más por mano de un pícaro, como decís que es! ¡Ah, traidor, morirás por haber matado a mi hermano! Muy noble caballero era, y se llamaba sir Percard.

–¡Yo te desafío! –dijo Beaumains–; pues te hago saber que lo maté caballerescamente y no de manera vergonzosa.

Seguidamente fue el Caballero Verde a un cuerno, que era verde y colgaba de un espino, tocó tres sones mortales, acudieron luego dos doncellas y le armaron con diligencia. Y entonces tomó un gran caballo, un escudo verde y una lanza verde.

Entonces corrieron contra sí con todas sus fuerzas y quebraron las lanzas hasta sus manos. Sacaron las espadas, y se dieron muchos recios golpes, hiriéndose muy gravemente el uno al otro. Y finalmente Beaumains, arremetiendo de través con su caballo, golpeó al del Caballero Verde de costado, de manera que cayó a tierra. Entonces el Caballero Verde dejó el caballo con diligencia y se puso de pie. Vio esto Beaumains, se apeó luego, y se acometieron como dos poderosos guerreros mucho rato; y ambos sangraban gravemente. En eso se acercó la doncella y dijo:

–Mi señor Caballero Verde, ¿cómo es que tardáis tanto tiempo, vergonzosamente, con el pícaro de cocina? ¡Ay, es vergüenza que os hayan hecho caballero, para ver a un truhán vencer a tal caballero, como yerba que crece por encima del trigo!

Al oír esto se avergonzó el Caballero Verde, descargó un poderoso golpe, y le rajó el escudo de arriba abajo. Cuando Beaumains vio su escudo partido en dos, se sintió un poco corrido de ese golpe, y de las palabras de ella; y le dio entonces tal revés encima del yelmo que lo hizo caer de rodillas. Y súbitamente Beaumains lo tiró al suelo de bruces. Entonces el Caballero Verde pidió merced, se rindió a Beaumains y le suplicó que no lo matase.

–Todo es en vano –dijo Beaumains–; pues vas a morir, a menos que

esta doncella que viene coomigo me suplique que te salve la vida –y seguidamente le desenlazó el yelmo como para matarlo.

–¡Mal hayas tú, falso sirviente de cocina! ¡Jamás te rogaré que le salves la vida, pues nunca estaré en deuda contigo!

–Entonces morirá –dijo Beaumains.

–¡No seas tan osado, sucio pícaro –dijo la doncella–, de matarlo!

–¡Ay –dijo el Caballero Verde–, no consintáis que muera, si una palabra graciosa me puede salvar! Gentil caballero, perdóname la vida, y yo te perdonaré la muerte de mi hermano, y me convertiré para siempre en vasallo tuyo, y treinta caballeros que tengo estarán siempre a tu servicio.

–¡En nombre del diablo! –dijo la doncella–; ¡que este sucio pícaro de cocina haya de tener tu servicio y de treinta caballeros!

–Señor caballero –dijo Beaumains–, nada de todo eso te aprovechará, a menos que mi doncella hable conmigo en favor de tu vida –y seguidamente hizo ademán de matarlo.

–Déjalo –dijo la doncella–, sucio pícaro. No lo mates; pues si lo haces te arrepentirás.

–Doncella –dijo Beaumains–, vuestra petición es para mí un placer, y por vuestro mandamiento salvará la vida, y no de otra manera –y dijo después–: señor caballero de las verdes armas, te dejo libre a requerimiento de esta doncella, pues ya que no quiero hacerla enojar, cumpliré cuanto ella me encarga.

Y entonces hincó una rodilla el Caballero Verde y le rindió homenaje con su espada. Entonces dijo la doncella:

–Mucho me pesa, Caballero Verde, vuestro daño, y la muerte de vuestro hermano el Caballero Negro, pues gran menester tenía de vuestra ayuda, ya que temo mucho pasar esta floresta.

–No, no tengáis ningún temor –dijo el Caballero Verde–; pues os aposentaréis conmigo esta noche, y mañana yo os ayudaré a atravesar la floresta.

Tomaron, pues, sus caballos y cabalgaron a su morada, que estaba allí cerca.

Capítulo 9

Cómo la doncella no cesaba de reprochar a Beaumains, y no le consintió sentarse a su mesa, sino que lo llamó mancebo de cocina

Y la doncella no cesaba de reprochar a Beaumains, y no le consintió sentarse a su mesa, así que el Caballero Verde lo llevó y lo sentó a una mesa apartada.

–Maravíllame –dijo el Caballero Verde a la doncella– que reprochéis a este noble caballero como hacéis, pues os prevengo, doncella, que es muy noble caballero, y no conozco a ningún caballero que sea capaz de vencerlo; por tanto, muy mal hacéis en reprocharlo, ya que os hará muy buen servicio; pues comoquiera que llegue a ser, probaré a la postre que viene de noble sangre y de linaje real.

–¡Callad, callad! –dijo la doncella–; es vergüenza que digáis tal honra de él.

–En verdad –dijo el Caballero Verde–, sería vergüenza por mi parte decir de él nada deshonroso, pues ha probado ser mejor que yo; y aunque me he enfrentado a muchos nobles caballeros en mis días, ninguno he hallado hasta ahora que le pueda vencer.

Y se retiraron esa noche a descansar, y el Caballero Verde mandó privadamente que treinta caballeros velasen a Beaumains para guardarlo de toda traición. Y por la mañana se levantaron todos, oyeron misa y quebraron el ayuno; tomaron después sus caballos, y siguieron su camino, y el Caballero Verde los guió a través de la floresta; y dijo allí el Caballero Verde:

–Mi señor Beaumains, yo y estos treinta caballeros estaremos siempre prestos a vuestra llamada, sea cuando sea, e iremos a donde nos queráis enviar.

–Bien dicho está –dijo Beaumains–: cuando yo os llame, deberéis ir a rendiros al rey Arturo, con todos vuestros caballeros.

–Si así nos lo mandáis, estaremos apercibidos en todo momento –dijo el Caballero Verde.

–¡Mal hayas, mal hayas tú, en nombre del diablo! –dijo la doncella–; ¡que tan buenos caballeros hayan de ser obedientes a un pícaro de cocina!

Y entonces se despidieron el Caballero Verde y la doncella, y dijo ésta a Beaumains:

–¿Por qué me sigues, mancebo de cocina? Arroja tu escudo y tu lanza, y huye de aquí; a tiempo te lo aconsejo, o muy pronto dirás: «¡Ay de mí!». Pues aunque fueses tan recio como Wade, Lanzarote, Tristán, o el buen caballero sir Lamorak, no cruzarás un paso que aquí llaman Pas Perilous.

–Doncella –dijo Beaumains–, que huya el que tenga miedo; pues sería vergüenza volverme cuando he hecho tanto camino con vos.

–Bien –dijo la doncella–; no tardarás en hacerlo, quieras o no.

Capítulo 10

Cómo el tercer hermano, llamado el Caballero Bermejo, justó y luchó contra Beaumains, y cómo lo venció Beaumains

Al poco rato vieron una torre blanca como la nieve, bien guarnecida

de matacanes, y doblemente fosada. Y sobre la puerta de la torre colgaban cincuenta escudos de diversos colores, y a su pie había un hermoso prado en el que se veían muchos caballeros y escuderos, cadalsos y pabellones, pues a la mañana siguiente iba a haber allí un gran torneo. Y estaba el señor de la torre de su castillo, mirando desde una ventana, cuando vio venir a una doncella, un enano y un caballero completamente armado.

–Así Dios me ayude –dijo el señor–; con ese caballero quiero justar, pues veo que es caballero andante.

Y se armó y encabalgó con gran prisa. Cuando estuvo a caballo, con su escudo y su lanza, fue todo bermejo, arnés, caballo y cuanto a él pertenecía. Y al acercarse creyó que era su hermano el Caballero Negro; por lo que alzó la voz y dijo:

–Hermano, ¿qué hacéis en estas marcas?

–No, no –dijo la doncella–, que no es él; éste no es sino un pícaro de cocina, mantenido de caridad en la corte del rey Arturo.

–De todas maneras –dijo el Caballero Bermejo–, quiero hablar con él antes de que se vaya.

–¡Ah! –dijo la doncella–, este pícaro ha matado a tu hermano, y sir Kay le ha puesto por mote Beaumains; y este caballo y este arnés eran de tu hermano, el Caballero Negro. También he visto cómo ha vencido a tu hermano el Caballero Verde. Pero ahora podrás vengarte, ya que nunca puedo verme libre de él.

En esto se separaron los dos caballeros, se embistieron con todas sus fuerzas, y cayeron ambos de sus caballos a tierra. Dejaron entonces sus caballos, se pusieron el escudo delante, sacaron las espadas, y comenzaron a darse graves golpes, ora aquí, ora allá, acosando, tirando tajos y estocadas, y arremetiéndose como dos jabalíes, por espacio de dos horas.

Entonces la doncella dijo a voces al Caballero Bermejo:

–¡Ay, noble Caballero Bermejo, piensa en la honra que te ha seguido! No dejes que un pícaro de cocina te dure tanto como te

está durando.

Entonces se enojó el Caballero Bermejo, dobló sus golpes, e hirió muy gravemente a Beaumains, cuya sangre derramaba abundante al suelo, de manera que era prodigio ver tan fuerte batalla. Pero finalmente sir Beaumains lo derribó a tierra; y cuando fue a dar muerte al Caballero Bermejo, éste suplicó merced, diciendo:

–Noble caballero, no me mates, y me otorgaré a ti con cincuenta caballeros que tengo bajo mi mando. Y te perdono todo el menosprecio que me has hecho, y la muerte de mi hermano el Caballero Negro.

–De nada valdrá todo esto –dijo Beaumains–, a menos que mi doncella me suplique que te perdone la vida –y seguidamente hizo ademán de ir a cortarle la cabeza.

–Déjalo, Beaumains, y no lo mates, pues es un noble caballero; no seas tan osado, por tu cabeza, sino sálvalo.

Entonces Beaumains dijo al Caballero Bermejo:

–Levanta, y agradece la vida a esta doncella.

Entonces el Caballero Bermejo le rogó que visitase su castillo, y pasase allí la noche. Consintió también la doncella, y tuvieron allí alegre acogida. Pero no cesaba la doncella de decir muchas palabras injuriosas a Beaumains, de lo que estaba muy maravillado el Caballero Bermejo; y toda esa noche hizo el Caballero Bermejo que sesenta caballeros velasen a Beaumains para que no recibiese ninguna afrenta ni villanía.

Por la mañana oyeron misa, comieron, y fue el Caballero Bermejo a Beaumains con sus sesenta caballeros, y le ofreció su homenaje y lealtad en todo tiempo, y hacerle servicio él y sus caballeros.

–Os lo agradezco –dijo Beaumains–; pero esto sólo me otorgaréis: cuando yo os llame, iréis a mi señor el rey Arturo, y os ofreceréis a él para ser caballeros suyos.

–Señor –dijo el Caballero Bermejo–, presto estaré, y mi compañía, a vuestra llamada.

Partieron, pues, sir Beaumains y la doncella, y siguió ésta censurándolo, mientras cabalgaba, de la manera mas injusta.

Capítulo 11

Cómo soportó sir Beaumains grandes reproches

de la doncella, y los soportó pacientemente

–Doncella –dijo Beaumains–, sois descortés al reprocharme como hacéis, pues creo que os he hecho buen servicio, y no cesáis de amenazar que seré vencido por los caballeros con que me encuentro, aunque siempre, pese a toda vuestra presunción, son ellos los que quedan en el polvo o en el barro, y por tanto os ruego que no me reprochéis más; y cuando me veáis vencido o rendido como menguado, entonces podréis mandarme que me aparte vergonzosamente de vos; pero os hago saber que antes no me separaré de vos, pues sería peor que necio si lo hiciese cuando todo este tiempo gano honor.

–Bien –dijo ella–; muy pronto habrá un caballero que te hará pagar todas tus cuentas, pues es el hombre de más merecimiento en el mundo, excepto el rey Arturo.

–Mucho lo deseo –dijo Beaumains–; cuanto más de honor sea, mayor será el mío enfrentándome con él.

Y a poco advirtieron dónde tenían ante ellos una ciudad rica y hermosa. Y entre ellos y la ciudad, en una milla y media, un hermoso prado que parecía recién segado, y en él muchos pabellones de aspecto muy hermoso.

–Mira –dijo la doncella–, allá está un señor que es dueño de aquella ciudad; y es su costumbre, cuando el tiempo es bueno, residir en este prado para justar y tornear. Y siempre tiene con él quinientos caballeros y gentileshombres de armas; y se celebran toda clase de juegos que un gentilhombre puede concebir.

–Mucho me placería –dijo Beaumains– ver a ese gallardo señor.

–Sobradamente lo vas a ver –dijo la doncella, y al llegar más cerca vio el pabellón donde estaba–. Mira, ¿ves aquel pabellón de color índigo? –y todas las cosas que había alrededor, hombres y mujeres, caballos enjaezados, escudos y lanzas, eran de color índigo–. Se llama sir Persant de la India, y es el más altivo caballero que hayas conocido nunca.

–Bien puede ser –dijo Beaumains–, pero por si no fuese tan recio caballero, en este campo me quedaré hasta que lo vea bajo su escudo.

–¡Ah, loco! –dijo ella–, mejor harías en huir a tiempo.

–¿Por qué? –dijo Beaumains–, si es tal como le hacéis, no vendrá sobre mí con todos sus hombres, o con sus quinientos caballeros. Y si vienen de a uno, no los defraudaré mientras dure mi vida.

–¡Es vergüenza –dijo la doncella– que un maloliente pícaro hable con tamaña soberbia!

–Doncella –dijo él–, hacéis mal en reprocharme, pues antes quisiera hacer cinco batallas que ser reprochado de esa manera; dejad que venga y haga luego lo que quiera.

–Señor –dijo ella–, no sé quién eres, ni de qué linaje vienes; osadamente hablas, y osadamente ta has portado, como he visto; y por eso te ruego que te salves si puedes, pues mucho trabajo habéis tenido tú y tu caballo, y me temo que vamos a tardar demasiado en llegar al cerco, aunque está sólo a siete millas de aquí, y hemos pasado todos los pasos peligrosos, salvo éste; pero aquí temo mucho que recibas algún daño; por tanto no quisiera que quedaseis magullado ni herido con este fuerte caballero. Aunque os hago saber que este sir Persant de la India no tiene fuerza ni poder comparado con el caballero que ha puesto cerco a mi señora.

–En cuanto a esto –dijo sir Beaumains–, que sea como quiera. Pues ya que he llegado tan cerca de este caballero quiero probar su fuerza antes de separarme de él; pues caería en vergüenza si ahora me echase atrás. Y por tanto, doncella, no tengáis duda de que por

la gracia de Dios entenderé con este caballero de tal suerte que dos horas después del mediodía me habré librado de él. Y llegaremos al cerco de día.

–¡Ah, Jesús!, no sé –dijo la doncella– qué clase de hombre sois, pues no puede ser, sino que venís de sangre noble, pues jamás mujer ha tratado a un caballero tan injusta y vergonzosamente como yo a vos, y siempre cortésmente me habéis soportado, y eso no puede venir sino de sangre gentil.

–Doncella –dijo Beaumains–, poco puede hacer un caballero, si no es capaz de soportar a una doncella, pues por mucho que hayáis dicho, ninguna cuenta he hecho de vuestras palabras, pues cuanto más decíais más me enfurecíais, y descargaba mi ira sobre aquellos con quienes luchaba. Y por tanto todas vuestras injurias me animaban en mi batalla, y hacían que pensase en mostrarme y probarme al final quién era; pues si bien he comido en la cocina del rey Arturo, podía haber tenido sobra de comida en otros lugares; pero todo eso lo hice para probar y certificar a mis amigos; pero ya se conocerá eso otro día; y en cuanto a si soy de noble nacimiento o no, os hago saber, hermosa doncella, que os he rendido servicio de gentilhombre y que puede que aún os lo rinda mejor antes separarme de vos.

–¡Ay! –dijo ella–, gentil Beaumains, perdonadme todo el mal que he dicho y hecho contra vos.

–De todo corazón –dijo él–, os lo perdono, pues no hicisteis sino lo que debíais, ya que todas vuestras palabras me placieron; doncella –dijo Beaumains– ya que queréis ser gentil conmigo, sabed que mucho alegra eso mi corazón; y ahora creo que no hay caballero vivo para el que no pueda ser yo harto capaz

Capítulo 12

Cómo Beaumains luchó con sir Persant de la India y le hizo rendirse

A todo esto sir Persant de la India los había visto mientras estaban detenidos en el campo, y caballerescamente mandó preguntarles si venían en son de paz o en son de guerra.

–Di a tu señor –dijo Beaumains–, que es igual para mí, y que será como él mismo quiera.

Y volvió el mensajero a sir Persant y le dijo la respuesta.

–Bien, entonces me enfrentaré con él a todo trance –y se proveyó y cabalgó contra él.

Le vio Beaumains, se apercibió, y allí se encontraron con todo lo que sus caballos podían correr y quebraron sus lanzas en tres trozos, y sus caballos se embistieron con tal fuerza que cayeron ambos muertos a tierra; dejaron ellos con ligereza sus caballos, se pusieron delante el escudo, sacaron la espada, y se dieron muchos grandes golpes, arremetiéndose a veces de manera que caían de bruces al suelo. Así lucharon dos horas o más, de manera que tenían los escudos y las cotas muy tajados, y ellos heridas en muchos sitios.

Y finalmente sir Beaumains le atravesó de un golpe el costado del cuerpo, y después se retrajo de aquí para allá, y mantuvo su batalla caballerescamente mucho rato. Y a la postre, aunque le sabía mal, hirió Beaumains a sir Persant encima del yelmo, de manera que cayó de bruces a tierra; entonces saltó sobre él de través y le desenlazó el yelmo para matarlo. Entonces sir Persant se rindió a él y le pidió merced. En eso vino la doncella y le rogó que le salvase la vida.

–De grado lo haré, pues sería lástima que este noble caballero muriese.

–Muchas gracias –dijo sir Persant–, gentil caballero y doncella. Pues ciertamente sé bien ahora que fuisteis vos quien matasteis a mi hermano el Caballero Negro en el negro espino; era muy noble caballero, y se llamaba sir Percard. También sé bien que sois el que venció a mi otro hermano el Caballero Verde, de nombre sir Pertolepe. Y también a mi hermano el Caballero Bermejo, sir

Perimorles. Y ya que los habéis vencido, esto haré por daros placer: recibiréis pleito homenaje de mí, y cien caballeros estarán siempre a vuestro mandato, para ir a donde vos queráis mandarnos.

Y fueron al pabellón de sir Persant y bebieron vino, y comieron especias, y después sir Persant le hizo descansar sobre un lecho hasta la hora de cenar, y después de cenar acostarse otra vez. Cuando Beaumains estuvo acostado, sir Persant tenía una dama, una hermosa hija de dieciocho años de edad; la llamó, y le mandó y encomendó por su bendición que fuese al lecho del caballero, «y yaced con él, y no lo tratéis descortésmente, sino hacedle buena muestra, y tomadle en vuestros brazos y besadle; y ved de hacerlo, así, si queréis mi amor y mi buena voluntad».

Hizo la hija de sir Persant como su padre le mandaba, fue al lecho de sir Beaumains, se desvistió calladamente, y se acostó junto a él; y entonces despertó él, la vio, y le preguntó quién era.

–Señor –dijo–, soy la hija de sir Persant, que he venido aquí por mandato de mi padre.

–¿Sois doncella o esposa? –dijo él.

–Señor –dijo ella–, soy doncella pura.

–No consienta Dios –dijo él– que yo os mancille, y haga tal afrenta a sir Persant; por ende, gentil doncella, levantaos de esta cama, o habré de hacerlo yo.

–Señor –dijo ella–, no he venido a vos por mi propia voluntad, sino porque he sido mandada.

–¡Ay! –dijo sir Beaumains–, vergonzoso caballero sería yo si hiciese a vuestro padre deshonra ninguna –y la besó, se levantó ella, fue a sir Persant, y le contó todo como había acaecido.

–En verdad –dijo sir Persant–, quienquiera que sea, viene de noble sangre.

Y así los dejamos hasta la mañana siguiente.

Capítulo 13

De la graciosa comunicación entre sir Persant y Beaumains, y como le dijo que su nombre era sir Gareth

Y por la mañana la doncella y sir Beaumains oyeron misa, quebraron su ayuno y se despidieron.

–Gentil doncella –dijo Persant–, ¿adónde lleváis a este caballero?

–Señor –dijo–, este caballero va al cerco que han puesto a mi hermana en el Castillo Peligroso.

–¡Ah! –dijo Persant–, ése es el Caballero de la Landa Bermeja, y es el caballero más peligroso que yo conozco vivo, y el más despiadado, y dicen que tiene la fuerza de siete hombres. Dios os guarde de tal caballero –dijo a Beaumains–, pues gran quebranto hace a esa dama, y es gran lástima, pues es una de las damas más hermosas del mundo, y creo que vuestra doncella es su hermana; ¿no es vuestro nombre Lynet?

–Sí, señor –dijo ella–, y el nombre de mi señora hermana es doña Lyonesse.

–Pues os diré –dijo sir Persant– que este Caballero Bermejo de las Landas Bermejas hace que tiene puesto el cerco casi dos años, y muchas veces podía haberla tenido si hubiese querido; pero prolonga el cerco con esta intención: forzar a sir Lanzarote del Lago a batallar con él, o a sir Tristán, o a sir Lamorak de Gales, o a sir Gawain; y por eso se demora tanto en el cerco.

–Ahora, mi señor sir Persant de la India –dijo la doncella Lynet–, os requiero que hagáis caballero a este gentilhombre, antes de que luche con el Caballero Bermejo de las Landas Bermejas.

–De todo corazón lo haré –dijo sir Persant–, si a él place tomar la orden de caballería de hombre tan modesto como yo.

–Señor –dijo Beaumains–, os agradezco vuestra buena voluntad,

pero he tenido mejor fortuna, pues ciertamente me ha hecho caballero el noble caballero sir Lanzarote.

–¡Ah! –dijo sir Persant–, no habríais podido ser hecho caballero de caballero más nombrado; pues de todos los caballeros puede ser considerado capitán de la caballería; y todo el mundo dice que entre tres caballeros se reparte claramente la caballería, que son Lanzarote del Lago, sir Tristán de Lionís, y sir Lamorak de Gales; éstos tienen ahora el renombre. Hay muchos otros, como sir Palomides el Sarraceno y su hermano sir Safer; también sir Bleoberis y su hermano sir Blamor de Ganis; también sir Bors de Ganis y sir Héctor de Maris y sir Perceval de Gales; éstos y muchos más son nobles caballeros; pero ninguno hay que sobrepuje a los tres antedichos; por tanto que Dios os valga bien, pues si podéis vencer al Caballero Bermejo de las Landas Bermejas seréis considerado el cuarto del mundo.

–Señor –dijo Beaumains–, mucho me placería ser de buena fama y caballería. Y os hago saber que procedo de hombres buenos, pues oso decir que mi padre era hombre noble, y con tal que me guardéis el secreto, y esta doncella, os diré de qué linaje soy.

–No os descubriremos –dijeron los dos–, hasta que vos mandéis, por la fe que debemos a Dios.

–Pues en verdad –dijo él–, me llamo Gareth de Orkney, y el rey Lot fue mi padre, y mi madre es hermana del rey Arturo, y se llama doña Margawse; y sir Gawain es mi hermano, y sir Agravain y sir Gaheris; y soy el más joven de todos. Sin embargo, ni el rey Arturo ni sir Gawain saben quién soy.

Capítulo 14

Cómo la dama sitiada tuvo nuevas de su hermana, cómo había traído a un caballero para que luchase por ella, y qué batallas había acabado éste

Y dice el libro que la dama sitiada tuvo nuevas de la llegada de su hermana por el enano, y de un caballero con ella, y de cómo éste había pasado todos los pasos peligrosos.

–¿Qué clase de hombre es? –dijo la dama.

–Es en verdad un noble caballero, señora –dijo el enano–, y muy mancebo; pero es el hombre más gallardo que hayáis visto nunca.

–¿Quién es –dijo la dama–, y de qué linaje viene, y por quién fue hecho caballero?

–Señora –dijo el enano–, es hijo del rey de Orkney, pero no os diré su nombre por ahora; pero sabed que fue hecho caballero por sir Lanzarote, pues por ningún otro quiso ser hecho caballero; y sir Kay le llamó Beaumains.

–¿Cómo ha escapado –dijo la dama– de los hermanos de Persant?

–Señora –dijo–, como debe un noble caballero. Primero, mató a dos hermanos en el paso de un agua.

–¡Ah! –dijo ella–, eran buenos caballeros, pero eran matadores de hombres; el uno se llamaba Garard de Brease, y el otro sir Arnold de Brease.

–Después, señora, se encontró con el Caballero Negro, y lo mató en limpia batalla, tomó su caballo y su armadura, y luchó con el Caballero Verde, lo venció en limpia batalla, y de la misma guisa sirvió al Caballero Bermejo, y lo mismo después al Caballero Azul, y lo venció en limpia batalla.

–Entonces –dijo la dama– ha vencido a sir Persant de la India, uno de los más nobles caballeros del mundo.

Y dijo el enano:

–Ha vencido a los cuatro hermanos y matado al Caballero Negro, y aún hizo más antes: derrocó a sir Kay y lo dejó casi muerto en el suelo; también hizo una gran batalla con sir Lanzarote, y se separaron con igual honra; y después sir Lanzarote lo hizo caballero.

–Enano –dijo la dama–, me alegro de estas nuevas; por tanto ve a una ermita mía de aquí cerca, y lleva contigo de mi vino en dos redomas de plata, de dos galones, y también dos hornadas de pan, con carne asada de venado y aves exquisitas; y aquí te entrego una copa de oro, que es rica y preciosa; lleva todo esto a mi ermita, y ponlo en manos del ermitaño. Y ve después a mi hermana y salúdala bien, y encomiéndame a ese gentil caballero, y ruégale que coma y beba y tome fuerza, y dile que le agradezco su cortesía y bondad, que haya querido tomar sobre sí tal esfuerzo por mí, que ninguna generosidad ni cortesía le hice nunca. Ruégale también que tenga buen corazón y ánimo, pues se ha de enfrentar a muy noble caballero, aunque no tiene generosidad, gentileza ni cortesía; pues a nada atiende sino a matar, y ésa es la causa de que no pueda alabarlo ni amarlo.

Partió, pues, el enano, fue a sir Persant, donde halló a la doncella Lynet y a sir Beaumains, y les dijo todo como habéis oído; entonces se despidieron, pero sir Persant tomó una hacanea ambladora, los condujo por su camino, y después los encomendó a Dios; y al poco rato llegaron a aquella ermita, y allí bebieron el vino, y comieron la carne de venado y las aves asadas.

Y cuando hubieron y comido bien, volvió el enano con su vasija al castillo; y topó con el Caballero Bermejo de las Landas Bermejas que le preguntó de dónde venía, y dónde había estado.

–Señor –dijo el enano–, he estado con la hermana de mi señora de este castillo, que ha estado en la corte del rey Arturo y ha traído a un caballero con ella.

–Entonces doy por perdido su trabajo; pues aunque hubiese traído con ella a sir Lanzarote, sir Tristán, sir Lamorak o sir Gawain, me tendría por sobradamente bueno para cualquiera de ellos.

–Bien puede ser –dijo el enano–, pero este caballero ha pasado todos los pasos peligrosos, y ha matado al Caballero Negro y a otros dos más, y ha vencido al Caballero Verde, al Caballero Bermejo y al Caballero Azul.

–Entonces es uno de esos cuatro caballeros que he nombrado.

–No es ninguno de ésos –dijo el enano–, aunque es hijo de rey.

–¿Cuál es su nombre? –dijo el Caballero Bermejo de las Landas Bermejas.

–Eso no os lo diré –dijo el enano–, pero sir Kay por menosprecio le llamó Beaumains.

–No importa qué caballero pueda ser –dijo el caballero–; pues pronto entenderé con él. Y si llego a vencerlo, tendrá una muerte vergonzosa como han tenido muchos otros.

–Lástima sería –dijo el enano–; y es maravilla que hagáis tan vergonzosa guerra a nobles caballeros.

Capítulo 15

Cómo la doncella y Beaumains llegaron al cerco, y fueron a un ciclamor, y allí Beaumains tocó un cuerno, y entonces acudió el Caballero Bermejo de las Landas Bermejas a luchar con él

Dejamos ahora al caballero y al enano, y hablamos de Beaumains, que pasó la noche en la ermita; y por la mañana él y la doncella Lynet oyeron misa y quebraron su ayuno. Tomaron después los caballos y atravesaron una hermosa floresta; llegaron a un llano, y vieron dónde había muchos pabellones y tiendas, y un hermoso castillo, y que había mucho humo y gran ruido. Y cuando se aproximaron al cerco advirtió sir Beaumains, mientras cabalgaba, cómo había colgados por el cuello, de grandes árboles, muy hermosamente armados caballeros, y sus escudos alrededor del cuello, con sus espadas, y sus doradas espuelas en los talones, y que eran casi cuarenta los caballeros así afrentados, con muy ricas armas. Entonces se le abatió el semblante a sir Beaumains, y dijo:

–¿Qué significa esto?

–Gentil señor –dijo la doncella–, no dejéis que desmaye vuestro

ánimo por esta visión, pues debéis cobrar valor, o seréis deshonrado; pues todos estos caballeros vinieron a este cerco para rescatar a mi hermana doña Lyonesse, y el Caballero Bermejo de las Landas Bermejas, después de vencerlos, les dio esta muerte vergonzosa sin merced ni piedad. Y de la misma manera os servirá, a menos que salgáis mejor parado.

–Jesús me proteja –dijo Beaumains– de muerte tan infame y de tal deshonra de armas. Pues antes que ser tratado así, quisiera morir como hombre en limpia batalla.

–Mejor os sería –dijo la doncella–; pues no os fiéis: en él no hay cortesía, sino todo es muerte y crimen vergonzoso; lo que es lástima, pues es hombre muy gallardo, bien hecho de cuerpo, y muy noble caballero de proeza y señor de grandes posesiones y tierras.

–En verdad –dijo Beaumains– que bien puede ser buen caballero; pero usa costumbres vergonzosas, y es maravilla que en tanto tiempo ninguno de los nobles caballeros de mi señor Arturo haya entendido con él.

Cabalgaron entonces hasta los fosos, y los vieron doblemente fosados, con recios muros de guerra; y allí estaban aposentados muchos grandes señores, cerca de los muros; y había gran bullicio de ministriles; y la mar batía un costado de los muros, donde había muchas naves y voces de marineros de «¡Ahé y hop!». Y había también allí cerca un ciclamor, y de él colgaba un cuerno, el más grande que habían visto nunca, de un hueso de elefante; y lo había colgado allí el Caballero de las Landas Bermejas, por si pasaba por allí algún caballero andante, que pudiese tañer aquel cuerno, y entonces se aprestaría él y acudiría a hacer batalla.

–Pero, señor –dijo la doncella Lynet–, no toquéis el cuerno hasta que sea el mediodía justo, pues es hora de prima, y ahora crece su poder; y dicen que tiene la fuerza de siete hombres.

–¡Ah, qué vergüenza, gentil doncella, no me habléis nunca más así!; pues aunque fuese el mejor caballero de cuantos ha habido, no le faltaré en el momento que más fuerza tiene, pues quiero ganar honor honrosamente, o morir caballerescamente en el campo.

Y con eso dio espuelas a su caballo, fue derechamente al ciclamor, y tañó el cuerno con tal gana que resonó por todo el cerco y el castillo. Entonces salieron con presteza los caballeros de sus tiendas y pabellones, y los del castillo se asomaron a lo alto de los muros y las ventanas.

Entonces el Caballero Bermejo de las Landas Bermejas se armó a toda prisa, dos barones le pusieron las espuelas en los talones, y fue todo bermejo como la sangre, armadura, lanza y escudo. Y un conde le abrochó el yelmo sobre la cabeza, y entonces le trajeron una lanza bermeja y un bermejo corcel, y cabalgó a un pequeño valle al pie del castillo, de manera que todos los que estaban en el castillo y los del cerco pudiesen contemplar la batalla.

Capítulo 16

Cómo se encontraron los dos caballeros,

de sus razones, y cómo empezaron su batalla

–Señor –dijo la doncella Lynet a sir Beaumains–, ved de estar animoso y alegre pues allá está vuestro mortal enemigo, y en aquella ventana está mi señora hermana, doña Lyonesse.

–¿Dónde? –dijo Beaumains.

–Allá –dijo la doncella, y señaló con el dedo.

–Es verdad –dijo Beaumains–. Parece de lejos la más hermosa dama que jamás he visto; y ciertamente, no pido mejor querella ahora que hacer batalla, pues en verdad será mi dama, y por ella quiero luchar.

Y no paraba de mirar a la ventana con alegre semblante. Y la señora Lyonesse le hizo reverencia hacia abajo donde estaba, alzando ambos sus manos.

En eso el Caballero Bermejo de las Landas Bermejas dijo en voz alta a sir Beaumains:

–Te aconsejo señor caballero, que dejes de mirar y te fijes en mí; pues te prevengo bien que es mi dama, y por ella he hecho muchas fuertes batallas.

–Si así lo has hecho –dijo Beaumains–, no parece sino esfuerzo perdido, pues ella no ama a ninguno de tu compañía; y en cuanto a ti, amar a quien no te ama no es sino gran necedad. Pues entiendo que si no le alegrase mi llegada, habría sido advertido antes de hacer batalla por ella. Pero entiendo por el cerco de este castillo que quizá rechaza tu compañía. Y por tanto sabe bien, Caballero Bermejo de las Landas Bermejas, que la amo, y la rescataré, o moriré en ello.

–¿Eso dices? –dijo el Caballero Bermejo de las Landas Bermejas–, parece que de razón debías ser avisado por aquellos caballeros que has visto colgados en aquellos árboles.

–¡Mal hayas tú –dijo Beaumains–, por decir y hacer tanto mal, pues con eso te deshonras a ti mismo, y a la caballería; y puedes estar cierto que no habrá dama que te ame, conociendo tus malvadas costumbres! Y ahora creías que la visión de estos caballeros colgados me espantaría. De cierto que no; esa visión deshonrosa me da valor y osadía contra ti, más que si hubieseis sido caballero de buen gobierno.

–Apercíbete –dijo el Caballero Bermejo de las Landas Bermejas–, y no me hables más.

Entonces sir Beaumains pidió a la doncella que se apartase de él; y se pusieron la lanza en el ristre, y se arremetieron con toda la fuerza que tenían ambos, de manera que se dieron el uno al otro en medio del escudo, saltaron los petrales, sobrecinchas y baticolas, y cayeron a tierra ambos, con las correas de las bridas en las manos; y allí quedaron buen rato aturdidos, de manera que todos, los del castillo y los del cerco, creyeron que se habían roto el cuello.

Entonces muchos extraños y otros dijeron que el desconocido caballero era hombre recio, y noble justador, «pues nunca hasta

ahora habíamos visto a ningún caballero igualar al Caballero Bermejo de las Landas Bermejas». Así dijeron dentro y fuera del castillo.

Entonces dejaron con presteza los caballos, se pusieron delante el escudo, sacaron la espada, se acometieron como dos fieros leones, y se dieron el uno al otro tal golpe sobre el yelmo que ambos trastabillaron un par de pasos para atrás; se recobraron después, y se tajaron grandes pedazos de sus arneses y escudos, de manera que gran parte caía en el campo.

Capítulo 17

Cómo después de larga lucha Beaumains venció al caballero y quiso matarlo, pero a requerimiento de los señores le perdonó la vida, e hizo que se rindiese a la dama

Y así lucharon hasta pasado el mediodía, sin parar, hasta que finalmente les faltó el aliento; entonces se quedaron vacilantes, resollando y resoplando y sin parar de sangrar, de manera que todos los que los observaban en su mayor parte lloraban de piedad. Y tras descansar un rato empezaron a batallar otra vez, acosando, tajando, tirando estocadas como dos jabalíes. Y unas veces tomaban carrera como si fuesen carneros y se arremetían de suerte que unas veces caían de bruces a tierra, y otras quedaban tan atronados que tomaban la espada del otro en lugar de la propia. Así siguieron hasta hora de vísperas, sin que ninguno de los que miraban pudiese saber quién podía ganar la batalla; y sus armaduras estaban tan tajadas que se podían ver sus costados desnudos; y estaban desnudos también en otras partes, aunque siempre defendían esas partes desnudas. Y el Caballero Bermejo de las Landas Bermejas era experimentado caballero de guerra, y su experimentada lucha

enseñó a sir Beaumains a ser precavido, aunque lo pagó muy caro antes de entender su lucha.

Y por acuerdo de ambos se otorgaron uno al otro descanso; y se sentaron sobre dos toperas que había cerca del lugar donde luchaban, se desenlazaron yelmos, y se refrescaron; pues sus pajes estaban junto a ellos para acudir cuando fuesen llamados a desenlazarles el arnés, y ponérselo otra vez a su mandato.

Y cuando tuvo quitado el yelmo sir Beaumains, alzó los ojos hacia la ventana y vio allí a la hermosa dama doña Lyonesse; y le hizo ella tal muestra que el corazón se le llenó de alegría y contento; y seguidamente pidió al Caballero Bermejo de las Landas Bermejas que se aprestase, «y hagamos la batalla a todo trance».

–De buen grado –dijo el caballero.

Se enlazaron entonces los yelmos, se apartaron sus pajes, fueron el uno para el otro, y lucharon refrescadamente; pero el Caballero Bermejo de las Landas Bermejas le aguardó, y con un salto de través le dio un golpe en la mano que le tiró la espada; le dio otro revés encima del yelmo que lo derribó de bruces a tierra, y el Caballero Bermejo cayó sobre él, para retenerlo debajo.

Entonces dijo la doncella Lynet en voz alta:

–¡Oh!, señor Beaumains, ¿qué ha sido de tu valor? ¡Ay, que mi señora hermana te está mirando, y llora y solloza que me encoge el corazón!

Cuando sir Beaumains le oyó decir esto, se levantó con gran fuerza y se puso de pie, saltó con ligereza sobre su espada, la asió en su mano, dobló su carrera hasta el Caballero Bermejo, y allí trabaron nueva batalla. Pero entonces sir Beaumains dobló sus golpes, y le dio tantos que le hizo soltar la espada de la mano; y seguidamente le descargó tal revés sobre el yelmo que lo tiró a tierra; se echó sobre él sir Beaumains, y le desenlazó el yelmo para matarlo; pero el otro se rindió a él y pidió merced, y dijo en voz alta:

–¡Oh, noble caballero, me rindo a tu merced!

Entonces sir Beaumains pensó en los caballeros que había hecho colgar vergonzosamente, y dijo:

–No puedo con mi honor perdonarte la vida, por la afrentosa muerte que has dado a muchos buenos caballeros.

–Señor –dijo el Caballero Bermejo de las Landas Bermejas–, tened vuestra mano y conoceréis por qué causa les he dado tan vergonzosa muerte.

–Habla –dijo Beaumains.

–Señor, yo amaba en otro tiempo a una dama, una hermosa doncella, a cuyo hermano hizo matar; y dijo que había sido sir Lanzarote del Lago, o sir Gawain; y me rogó, ya que la amaba encendidamente, que le hiciese promesa, por la fe de mi caballería, de trabajar diariamente en armas hasta encontrarme con uno de ellos; y a todo el que pudiese vencer, darle una muerte deshonrosa; y ésta es la causa de haber dado muerte a todos estos caballeros, y confirmarle así que hacía toda villanía a los caballeros del rey Arturo, y que la vengaba en todos estos caballeros. Y, señor, ahora te digo que cada día mis fuerzas crecen hasta el mediodía, y en todo ese tiempo tengo la fuerza de siete hombres.

Capítulo 18

Cómo el caballero se rindió a él,

y cómo Beaumains le hizo ir a la corte

del rey Arturo, y suplicar merced a sir Lanzarote

Entonces llegaron muchos condes, y barones, y nobles caballeros, y rogaron al caballero que le perdonase la vida, «y lo toméis prisionero». Y se hincaron todos de rodillas, y le suplicaron por merced que le perdonase la vida; «y señor –dijeron todos–, más

acertado sería tomar de él pleito homenaje, y dejarle guardar vuestras tierras, que matarlo; con su muerte no tendréis ventaja ninguna, y las villanías que ha hecho no se pueden deshacer; y por tanto hará reparación a todas las partes, y todos nosotros seremos hombres vuestros y os rendiremos pleito homenaje».

–Gentiles señores –dijo Beaumains–, sabed que mucho me disgusta matar a este caballero; sin embargo, ha obrado muy mal y afrentosamente; pero comoquiera que todo lo ha hecho a requerimiento de una dama, le culpo menos; y por vosotros dejaré que siga con vida con esta condición: que entre en el castillo, y se entregue a la dama, y si ella quiere perdonarlo y dejarle libre, de buen grado lo consentiré, con tal que enmiende todos los delitos que ha hecho contra ella y sus tierras. Y también, cuando haya hecho esto, iréis a la corte del rey Arturo, y allí pediréis merced a sir Lanzarote, y a sir Gawain, por la mala voluntad que habéis tenido contra ellos.

–Señor –dijo el Caballero Bermejo de las Landas Bermejas–, todo esto haré como mandáis, y tendréis segura promesa y garantía.

Y cuando fueron dadas las garantías, hizo pleito homenaje, y todos aquellos condes y barones con él.

Entonces fue la doncella Lynet a sir Beaumains, lo desarmó, le lavó las heridas, y le restañó la sangre; y lo mismo hizo al Caballero Bermejo de las Landas Bermejas. Y allí permanecieron diez días en sus tiendas; y el Caballero Bermejo mandó a sus señores y servidores que hiciesen todo el placer que pudiesen a sir Beaumains.

Y al poco tiempo fue el Caballero Bermejo de las Landas Bermejas al castillo, y se puso a disposición de ella. Y ella lo recibió con suficiente garantía, de manera que todos sus daños fueron bien reparados, de los que ella tenía queja. Entonces partió él para la corte del rey Arturo, y allí abiertamente el Caballero Bermejo de las Landas Bermejas se puso a merced de sir Lanzarote y de sir Gawain, y contó abiertamente cómo había sido vencido y por quién, y también todas las batallas de principio a fin.

–¡Jesús merced! –dijeron el rey Arturo y sir Gawain–; mucho nos maravilla de qué sangre viene, pues es noble caballero.

–No tengáis maravilla –dijo sir Lanzarote–, pues pronto sabréis que viene de muy noble sangre; y en cuanto a su fuerza y osadía, muy pocos viven ahora que sean tan fuertes como él, y tan nobles de proeza.

–Parece –dijo el rey Arturo– que sabéis su nombre, y de dónde viene y de qué sangre es.

–Así es –dijo Lanzarote–; o no le habría dado la orden de caballería; aunque me pidió en ese momento que no le descubriese hasta que él me lo pidiera, o fuese reconocido abiertamente por algún otro.

Capítulo 19

Cómo Beaumains fue a la dama,

y al llegar al castillo le cerraron las puertas,

y de las razones que le dijo la dama

Ahora volvemos a sir Beaumains, que pidió a Lynet poder ver a su hermana, su señora.

–Señor –dijo ella–, mucho me alegraría que la vieseis.

Entonces sir Beaumains se armó todo, tomó su caballo y su lanza, y cabalgó derecho al castillo. Y cuando llegó a la puerta, halló muchos hombres armados, y alzaron el puente y cerraron la puerta. Entonces se maravilló de que no le dejasen entrar. Miró entonces hacia la ventana, y vio allí a la hermosa Lyonesse, la cual dijo en voz alta:

–Sigue tu camino, señor Beaumains, pues no tendrás enteramente mi amor hasta que seas considerado uno de los caballeros dignos. Por tanto esfuérzate en ganar honra este año, y entonces oirás otras nuevas.

–¡Ay, gentil señora! –dijo Beaumains–, no merezco esa extrañeza que me mostráis; me creía con derecho a tener buena acogida de vos; y en lo que he podido, he merecido agradecimiento, y bien cierto estoy de haber comprado vuestro amor con parte de la mejor sangre de mi cuerpo.

–Gentil y cortés caballero –dijo doña Lyonesse–, no toméis desplacer ni prisa demasiada; pues sabed bien que ni vuestro gran trabajo ni vuestro buen amor se perderán, pues considero vuestro gran trabajo y esfuerzo, vuestra generosidad y bondad como debe ser. Y por tanto seguid vuestro camino, y ved de tener buen ánimo, pues todo será para honra vuestra, y para lo mejor; y así que se cumpla el año, si confiáis en mí, gentil caballero, os seré fiel, y jamás os haré traición, sino hasta que muera os amaré a vos y a nadie más.

Y seguidamente se fue de la ventana, y sir Beaumains se alejó del castillo haciendo gran lamentación, y cabalgó de aquí para allá sin saber adónde iba, hasta que se hizo de noche. Y acaeció entonces que llegó a la casa de un hombre pobre, y allí se recogió toda esa noche. Pero sir Beaumains no tuvo descanso ninguno; sino que daba vueltas y se retorcía por amor a la dama del castillo.

Y a la mañana siguiente tomó su caballo y cabalgó hasta hora tercia, en que llegó a un ancho río, cerca del cual había una gran posada; se apeó para dormir, apoyó la cabeza sobre el escudo, y entregó su caballo al enano mandándole que velase toda la noche.

Volvemos ahora a la dama del mismo castillo, que pensaba mucho en Beaumains; y llamó entonces a sir Gringamore, su hermano, y le rogó que como fuese, por lo mucho que la amaba, siguiese a sir Beaumains:

–Y acechadlo hasta que le podáis hallar durmiendo, pues estoy segura de que fatigado como va se apeará en algún lugar, y se echará a dormir; y por tanto acechadlo, y lo más encubiertamente que podáis, prended a su enano, y volved con él lo más deprisa que podáis, antes de que despierte sir Beaumains. Pues dice mi hermana Lynet que él puede decirnos de qué linaje viene, y cuál es su verdadero nombre. Y entretanto mi hermana y yo iremos a vuestro castillo a esperar que traigáis al enano. Y cuando lo hayáis traído a vuestro castillo, yo misma lo interrogaré. Hasta que no sepa su

verdadero nombre, y de qué parentesco viene, no tendrá alegría mi corazón.

–Hermana –dijo sir Gringamore–, todo esto haré según vuestro deseo.

Y cabalgó todo el día siguiente y la noche, hasta que halló a sir Beaumains acostado junto a un río, con la cabeza sobre su escudo, durmiendo. Y cuando lo vio muy dormido, se llegó quedamente al enano por detrás, lo cargó con fuerza bajo el brazo, y huyó con él lo más deprisa que podía a su propio castillo. Y las armas de este sir Gringamore eran negras, y cuanto a él pertenecía. Pero mientras cabalgaba hacia su castillo con el enano, éste llamaba a voces a su señor, suplicándole que lo ayudase. En eso despertó sir Beaumains, se levantó con ligereza, y vio cómo se alejaba sir Gringamore con su enano, y lo perdía de vista.

Capítulo 20

Cómo sir Beaumains fue detrás para rescatar

a su enano, y entró en el castillo donde estaba

Entonces sir Beaumains se puso el yelmo, se abrochó el escudo, tomó el caballo, y fue tras él lo más deprisa que podía cabalgar por marjales, campos y grandes valles, de manera que muchas veces su caballo se hundía hasta la cabeza en profundos lodazales, ya que no conocía el camino, sino que, furioso como iba, tomaba la más vía derecha, al extremo de que muchas veces estuvo a punto de perecer. Finalmente, acertó a salir a un camino verde donde topó con un hombre pobre del país, al que saludó y preguntó si no se había cruzado con un caballero sobre un caballo negro, con arnés todo negro, y un pequeño enano sentado detrás con gran congoja.

–Señor –dijo el pobre–, por aquí ha pasado tal caballero, sir Gringamore, con ese enano gimiendo como decís; y por tanto os

aconsejo que no lo sigáis, pues es uno de los caballeros más peligrosos del mundo; y su castillo está a sólo dos millas de aquí; por tanto os aconsejo que no vayáis tras sir Gringamore, a menos que le debáis buena voluntad.

Y dejamos a sir Beaumains cabalgando hacia el castillo, y hablamos de sir Gringamore y el enano. Luego que estuvo el enano en el castillo, doña Lyonesse y su hermana doña Lynet preguntaron al enano dónde había nacido su amo, y de qué linaje venía.

–Y a menos que me lo digas –dijo doña Lyonesse–, no escaparás de este castillo, sino que permanecerás aquí prisionero para siempre.

–En cuanto a eso –dijo el enano–, no temo grandemente decir su nombre, y de qué linaje viene. Sabed que es hijo de un rey, y que su madre es hermana del rey Arturo, y es hermano del buen caballero sir Gawain, y su nombre es sir Gareth de Orkney. Y ahora que os he dicho su verdadero nombre, os ruego, gentil señora, que me dejéis ir a mi señor otra vez, pues no saldrá de este país hasta que me tenga otra vez. Y si se enoja, puede hacer mucho daño antes de sosegarse, y mover contienda en este país.

–En cuanto a esa amenaza –dijo sir Gringamore–, comoquiera que sea, iremos a cenar.

Y se lavaron y se sentaron a cenar, y holgaron y se solazaron, y por estar allí la señora Lyonesse del Castillo Peligroso, hicieron gran alegría.

–En verdad, señora –dijo Lynet a su hermana–, bien puede ser hijo de rey, pues hay muchas y buenas virtudes en él; es cortés, amable, y el hombre más paciente que he conocido, pues me atrevo a decir que ninguna dueña ha injuriado jamás a un hombre tan cruelmente como yo lo he reprochado, y todas las veces me ha dado él graciosas y gentiles respuestas.

Y mientras así departían, llegó sir Gareth a la puerta con airado continente y la espada desenvainada en la mano, y dijo a grandes voces para que pudiese oírlo todo el castillo:

–Sir Gringamore, traidor, devuélveme a mi enano, o por la fe que

debo a la orden de caballería que te haré todo el daño que pueda!

Entonces sir Gringamore se asomó a la ventana y dijo:

–Señor Gareth de Orkney, deja tus palabras soberbias, o no volverás a tener a tu enano.

–Caballero cobarde –dijo sir Gareth–, tráelo contigo, ven a hacer batalla conmigo, y quédatelo si lo ganas.

–Así lo haré –dijo sir Gringamore–, si me place; pero pese a todas tus grandes palabras, no lo tendrás.

–¡Ah, gentil hermano! –dijo doña Lyonesse–, quisiera que tuviese a su enano otra vez, y no quisiera verlo enojado, pues ahora que me ha dicho lo que yo quería saber no necesito retener más a su enano. Y también, hermano, ha hecho mucho por mí, y me ha librado del Caballero Bermejo de las Landas Bermejas; y por tanto, hermano, le debo mi servicio más que a ningún caballero de cuantos viven. Y sabe bien que lo amo por encima de todos, y mucho me placería hablar con él. Pero por ninguna manera quiero que sepa quién soy, sino que me tome por una dama desconocida.

–Bien –dijo sir Gringamore–, ya que sé ahora vuestra voluntad, le obedeceré.

Y bajó seguidamente a sir Gareth, y le dijo:

–Señor, os suplico merced, y todo el agravio que os he hecho quiero enmendar a vuestra voluntad. Y por tanto, os ruego que os apeéis, y aceptéis toda la buena acogida que yo pueda haceros en este castillo.

–¿Tendré a mi enano? –dijo sir Gareth.

–Sí, señor, y todo el placer que pueda haceros, pues luego que vuestro enano me dijo quién sois, y de qué sangre venís, y qué nobles hazañas habéis hecho en estas marcas, me arrepentí de mi acción.

Entonces se apeó sir Gareth, acudió allí su enano y le tomó el caballo.

–¡Oh, compañero mío –dijo sir Gareth–, muchas son las aventuras que he tenido por ti!

Y sir Gringamore lo tomó de la mano y lo llevó a la sala donde estaba su mujer.

Capítulo 21

Cómo sir Gareth, llamado también Beaumains, fue a la presencia de su dama, y cómo se conocieron, y de su amor

Y entonces entró doña Lyonesse ataviada como una princesa, y le hizo muy buena muestra, y él a ella; y tuvieron deleitosa conversación y amable continente juntos.

Y sir Gareth pensó muchas veces: «¡Jesús, pluguiese que la señora del Castillo Peligroso fuese tan hermosa como es ésta!».

Hubo toda clase de regocijos y juegos, de danzas y canciones. Y cuanto más miraba sir Gareth a esta dama, más la amaba; y tanto se inflamó de amor que se le turbó el sentido; y hacia la noche fueron a cenar, y sir Gareth no pudo probar bocado; pues era tan ardiente su amor que no sabía dónde estaba. De todas estas miradas se dio cuenta sir Gringamore, y después de cenar llamó a su hermana doña Lyonesse a una cámara, y le dijo:

–Gentil hermana, he visto vuestro continente y el de este caballero, y quiero que sepáis, hermana, que es muy noble caballero, y si podéis hacer que permanezca aquí le haré todo el placer que pueda, pues aun si fueseis mejor de lo que sois, estaríais bien otorgada a él.

–Gentil hermano –dijo doña Lyonesse–, sé que es buen caballero, y que viene de noble casa. Sin embargo, quiero probarle más, aunque más agradecida estoy a él que a ningún hombre terrenal; pues gran

trabajo ha tenido por mi amor, y ha pasado muchos pasos peligrosos.

Fue, pues, sir Gringamore a sir Gareth, y le dijo:

–Señor, haced buena muestra, pues no tendréis ninguna otra causa, sino que esta dama, mi hermana, es vuestra en todo respecto, salvada su honra; pues sabed bien que os ama tanto como vos a ella; y más, si más puede ser.

–Si yo tuviese la certeza de eso –dijo sir Gareth–, no habría hombre vivo más dichoso que yo.

–Por mi honor –dijo sir Gringamore–, fiad en mi promesa; y el tiempo que queráis podéis permanecer conmigo, y esta dama estará con nosotros día y noche para haceros toda la alegría que pueda.

–De buen grado –dijo sir Gareth–, pues he prometido estar cerca de este país estos doce meses. Y estoy seguro de que el rey Arturo y otros nobles caballeros me hallarán donde esté estos doce meses. Pues me buscarán hasta hallarme, si estoy vivo.

Y entonces el noble caballero sir Gareth fue a doña Lyonesse, a la que entonces amaba mucho, y la besó muchas veces, e hicieron gran contento uno al otro. Y allí le prometió ella su seguro amor, y amar sólo a él los días de su vida. Entonces esta dama, doña Lyonesse, por acuerdo de su hermano, dijo toda la verdad a sir Gareth, quién era, y cómo era la misma dama por la que él había hecho batalla, y señora del Castillo Peligroso, y le contó cómo había hecho que su hermano le quitase el enano.

Capítulo 22

Cómo por la noche llegó un caballero armado, y luchó con sir Gareth, y él, herido en el muslo, le cortó la cabeza al caballero

–Por esta causa: saber con certeza cuál era vuestro nombre, y de

qué linaje venís.

Y entonces mandó traer ante él a Lynet, la doncella con la que había cabalgado por muchos caminos fragosos. Y entonces fue sir Gareth más alegre de lo que fuera antes.

Y allí se hicieron promesa el uno al otro de amarse, y no dejarse de querer jamás mientras durasen sus vidas. Y tanto ardían ambos de amor que acordaron calmar su deseo secretamente. Y doña Lyonnesse aconsejó a sir Gareth que no durmiese en otro lugar sino en la sala. Y le prometió ir a su cama poco antes de la medianoche.

No fue este consejo tan secretamente guardado que no fuera conocido; pues eran ambos muy mancebos, y de tierna edad, y no habían usado ninguna de tales artes antes. Por donde la doncella Lynet se disgustó, y juzgó que su hermana doña Lyonnesse era un poco impetuosa, ya que no podía esperar al momento de su matrimonio; y para salvar su honra pensó abatir su ardiente deseo. Y ordenó por medio de sus artes sutiles de manera que no consiguiesen su propósito el uno con el otro, en cuanto a sus placeres, hasta que estuviesen casados.

Y pasó el tiempo. Después de cenar se fueron todos, de manera que cada señor y dama se retiró a descansar. Pero sir Gareth dijo claramente que no se iría de la sala; pues en tal lugar, dijo, convenía a un caballero andante tomar su descanso; así que fueron dispuestas grandes colchas, y sobre ellas lechos de plumas, y allí se acostó él a dormir; y al poco rato fue doña Lyonesse, envuelta en un manto forrado de armiño, y se acostó junto a sir Gareth. Y seguidamente comenzó él a besarla.

Y miró entonces ante sí, y percibió y vio venir a un caballero armado, con muchas lumbres a su alrededor; y tenía este caballero en la mano una larga hacha de guerra, y hacía terrible ademán de ir a golpearle. Cuando sir Gareth le vio entrar de esa manera saltó de la cama, tomó la espada en su mano, y saltó derecho hacia este caballero. Y cuando el caballero vio venir a sir Gareth tan fieramente sobre él, le atravesó de una estocada el grueso del muslo, de manera que la herida fue del ancho de una mano, y le cortó muchas venas y tendones. Y seguidamente sir Gareth le asestó tal golpe sobre el yelmo que cayó de bruces; se arrojó entonces

sobre él, le desenlazó el yelmo, y le cortó la cabeza. Pero él sangraba tanto que no podía tenerse en pie, se cayó en la cama, y allí se desvaneció y quedó como muerto.

Entonces doña Lyonesse empezó a dar voces, de manera que la oyó su hermano sir Gringamore, y bajó. Y cuando vio a sir Gareth tan vergonzosamente herido se enojó grandemente, y dijo:

–Tengo vergüenza de que este noble caballero sea honrado de esta manera. Hermana –dijo sir Gringamore–, ¿cómo puede ser que estéis aquí, y esté herido este noble caballero?

–Hermano –dijo ella–, no os sé decir, pues no ha sido hecho por mi mano, ni por mi acuerdo. Pues él es mi señor y yo soy suya, y él ha de ser mi marido; por tanto, hermano mío, quiero que sepáis que no me avergüenza estar con él, ni hacerle todo el placer que pueda.

–Hermana –dijo sir Gringamore–, y yo quiero que sepáis, y también sir Gareth, que no ha sido hecha por mí, ni por mi acuerdo, esta malaventurada acción.

Y le restañaron la sangre lo mejor que pudieron, y sir Gringamore y doña Lyonesse hicieron gran lamentación.

Y en eso llegó doña Lynet, tomó la cabeza a la vista de todos, le untó un ungüento por donde había sido tajada, hizo lo mismo a la otra parte donde había estado unida, la juntó luego, y quedó tan unida como había estado siempre. Y se levantó el caballero ligeramente, y la doncella Lynet lo metió en su cámara. Todo esto vieron sir Gringamore y doña Lyonesse, y también sir Gareth; y comprendieron que había sido la doncella Lynet, la cual había pasado con él los pasos peligrosos.

–¡Ah, doncella! –dijo sir Gareth–, no creía yo que fueseis capaz de hacer una cosa así.

–Mi señor Gareth –dijo Lynet–, confieso haber hecho todo esto, y que todo lo hecho será para vuestra dignidad y honra, y la de todos nosotros.

Y al poco rato sir Gareth estuvo casi sano, y se volvió animado y

alegre, y cantó, danzó, y jugó; y él y doña Lyonesse estaban tan inflamados de ardiente amor que convinieron que a la décima noche iría ella a su cama. Y ya que había sido herido antes, puso su armadura y su espada al lado de la cama.

Capítulo 23

Cómo dicho caballero volvió a la noche siguiente

y fue descabezado otra vez, y cómo en la fiesta de Pentecostés acudieron todos los caballeros a los que

sir Gareth había vencido y se rindieron al rey Arturo

Y como había prometido, fue; y no bien estuvo en la cama con él, vio venir un caballero armado: previno al punto a sir Gareth, y éste, con la buena ayuda de doña Lyonesse, se armó con diligencia; y se acometieron con gran ira y malicia por toda la sala; y había gran lumbre como si hubiese una veintena de antorchas delante y detrás; y tanto esfuerzo hizo sir Gareth que su vieja herida empezó a sangrar otra vez; pero estaba con tanto ardimiento y denuedo que no hizo ninguna cuenta, sino que con gran fuerza derribó al caballero, le quitó el yelmo y le tajó la cabeza. Después la cortó en cien pedazos. Y cuando hubo hecho esto, tomó todos los trozos y los arrojó por la ventana al foso del castillo; y al terminar estaba tan débil que casi no podía tenerse en pie de lo que sangraba.

Y cuando ya estaba casi del todo desarmado, cayó al suelo presa de un desvanecimiento mortal; y entonces doña Lyonesse dio tales voces que la oyó sir Gringamore; y cuando llegó y vio a sir Gareth en este trance, hizo gran lamentación; y despertó a sir Gareth, y le dio una bebida que le alivió maravillosamente; pero la aflicción que doña Lyonesse hizo no hay lengua que la pueda contar, pues estaba como si fuera a morir.

En eso se presentó la doncella Lynet delante de todos ellos, mandó

traer todas las rajas de la cabeza que sir Gareth había arrojado por una ventana, y allí las untó como había hecho antes, y las volvió a juntar.

–Doncella Lynet –dijo sir Gareth–, no he merecido yo todo este menosprecio que me hacéis.

–Señor caballero –dijo ella–, no he hecho sino lo que quiero confesar, y todo lo he hecho para honra vuestra, y la de todos nosotros.

Y entonces le fue restañada la sangre a sir Gareth. Pero los médicos dijeron que no había hombre en este mundo que le sanase de esta herida, a menos que pudiese sanar las causadas por encantamiento.

Y dejamos a sir Gareth con sir Gringamore y sus hermanas, y volvemos al rey Arturo, que celebraba su fiesta en la siguiente fiesta de Pentecostés; y allí acudió el Caballero Verde con cincuenta caballeros, y se rindieron todos al rey Arturo. Y llegó también el Caballero Bermejo, su hermano, y se rindió al rey Arturo, y sesenta caballeros con él. También llegó el Caballero Azul, hermano de ellos, con cien caballeros, y se rindieron al rey Arturo; y el nombre del Caballero Verde era Pertolepe, y el del Caballero Bermejo, Perimones, y el del Caballero Azul, sir Persant de la India. Estos tres hermanos contaron al rey Arturo cómo habían sido vencidos por un caballero que una doncella llevaba consigo, y se llamaba Beaumains.

–¡Jesús! –dijo el rey–, no sé qué caballero es, ni de qué linaje viene. Estuvo conmigo un año, y pobre y vergonzosamente fue mantenido, y sir Kay en burla lo llamó Beaumains.

Y mientras así estaba el rey departiendo con estos tres hermanos, llegó sir Lanzarote del Lago, y dijo al rey que había llegado un gallardo señor con seiscientos caballeros con él. Entonces salió de Caerleon el rey, pues era la fiesta, y se presentó ante él este señor, y lo saludó de graciosa manera.

–¿Qué queréis –dijo el rey Arturo–, y cuál es vuestro mandado?

–Señor –dijo él–, me llaman el Caballero Bermejo de las Landas

Bermejas, pero mi nombre es sir Ironside; y señor, sabed, que soy enviado aquí a vos por un caballero llamado Beaumains, pues él me venció en clara batalla, mano por mano, y ningún caballero sino él ha sido capaz de vencerme en estos treinta inviernos; y mandó que me otorgase a vuestra voluntad.

–Sed bien venido –dijo el rey–, pues mucho tiempo habéis sido gran enemigo mío y de mi corte, y ahora en Dios fio tratar con vos para que seáis mi amigo.

–Señor, yo y estos seiscientos caballeros estaremos siempre prestos a vuestra llamada para haceros el servicio que esté en nuestro poder.

–¡Jesús, merced! –dijo el rey Arturo–; muy agradecido estoy a ese caballero que así ha puesto en esfuerzo su cuerpo para honrarnos a mí y a mi corte. Y en cuanto a ti, Ironside, a quien llaman el Caballero Bermejo de las Landas Bermejas, eres llamado caballero peligroso; y si quieres estar de mi parte, te honraré y haré caballero de la Tabla Redonda; pero no deberás ser más matador de hombres.

–Señor, en cuanto a eso, he prometido a sir Beaumains no usar más tales costumbres, pues todas las costumbres vergonzosas que usaba eran a requerimiento de una dama a la que amaba; y por tanto debo ir a sir Lanzarote, y a sir Gawain, y pedirles perdón por la mala voluntad que les he tenido; pues a todos los que di muerte fue sólo porque amaban a sir Lanzarote y a sir Gawain.

–Aquí están ellos ahora –dijo el rey–, ante ti, y puedes decirles lo que quieras.

Y entonces se arrodilló ante sir Lanzarote, y ante sir Gawain, y les rogó que le perdonasen la enemiga que siempre les había tenido.

Capítulo 24

Cómo el rey Arturo los perdonó,

y les preguntó dónde estaba sir Gareth

Entonces graciosamente dijeron ellos a un tiempo:

–Dios os perdone como nosotros, y os rogamos que nos digáis dónde podemos hallar a sir Beaumains.

–Gentiles señores –dijo sir Ironside–; no sé decir, pues es muy difícil dar con él; pues los jóvenes caballeros como él, cuando van en pos de aventura, no se detienen en ninguna parte.

Pero fue maravilla oír al Caballero Bermejo de las Landas Bermejas, y a sir Persant y sus hermanos, las honras que contaban de Beaumains.

–Pues bien, mis gentiles señores –dijo el rey Arturo–, sabed que yo os haré honor por el amor de sir Beaumains, y tan pronto como lo halle os haré a todos, el mismo día, caballeros de la Tabla Redonda. Y en cuanto a ti, sir Persant de la India, has sido considerado siempre muy noble caballero, y lo mismo tus tres hermanos. Pero me sorprende no saber de vuestro hermano el Caballero Negro, que era muy noble caballero.

–Señor –dijo Pertolepe, el Caballero Verde–, sir Beaumains lo mató en un encuentro con su lanza; se llamaba sir Percard.

–Ésa es gran lástima –dijo el rey, y lo mismo dijeron muchos caballeros. Pues estos cuatro hermanos eran muy conocidos en la corte del rey Arturo como nobles caballeros, pues habían sostenido guerra mucho tiempo contra los caballeros de la Tabla Redonda.

Entonces dijo sir Pertolepe, el Caballero Verde, al rey:

–En un paso del agua de Mortaise se encontró sir Beaumains con dos hermanos que casi siempre guardaban ese paso, y eran dos caballeros mortales, y mató al hermano mayor en el agua, y le dio tal golpe sobre la cabeza que cayó al agua, donde se ahogó; y su nombre era sir Gerard le Breuse; y después mató al otro hermano en tierra, cuyo nombre era sir Arnold le Breuse.

Capítulo 25

Cómo llegó la reina de Orkney a esta fiesta de Pentecostés, y sir Gawain y sus hermanos fueron a pedirle su bendición

Entonces el rey y ellos se sentaron a comer, y fueron servidos de la mejor manera. Y estando comiendo, llegó la reina de Orkney, con gran número de dueñas y caballeros. Entonces se levantaron sir Gawain, sir Agravain y Gaheris, fueron a ella, y la saludaron de rodillas y pidieron su bendición; pues hacía quince años que no la habían visto. Entonces habló ella en voz alta a su hermano el rey Arturo:

–¿Qué habéis hecho con mi hijo más joven sir Gareth? Aquí estuvo entre vosotros un año, e hicisteis de él un pícaro de cocina, lo que es vergüenza para todos vosotros. Ay, ¿qué habéis hecho con mi querido hijo, que era mi dicha y alegría?

–¡Oh, querida madre –dijo sir Gawain–, no le reconocí!

–Ni yo –dijo el rey–, de lo cual ahora tengo pesar; pero gracias a Dios ha probado ser el más digno caballero de cuantos viven de su edad, y no tendré alegría hasta que pueda hallarlo.

–¡Ah, hermano –dijo la reina al rey Arturo, y a sir Gawain, y a todos sus hijos–, gran vergüenza os hicisteis cuando tuvisteis entre vosotros a mi hijo en la cocina y le disteis de comer como a un puerco!

–Gentil hermana –dijo el rey Arturo–, debéis saber que no lo reconocí, como tampoco sir Gawain, ni sus hermanos; pero ya que es así, que se ha ido de todos nosotros, debemos pensar un remedio para hallarlo. También, hermana, creo que podíais haberme hecho saber su venida, y si entonces no lo hubiese tratado bien podríais haberme culpado. Pues cuando vino a esta corte se apoyaba en los hombros de dos hombres como si no pudiese andar. Y entonces me

pidió tres dones; y uno de ellos lo pidió ese mismo día, que fue que le diese suficiente de comer durante esos doce meses; y los otros dos los pidió al cumplirse el año, y fue poder tomar la aventura de la doncella Lynet, y el tercero que sir Lanzarote lo hiciese caballero cuando él se lo pidiese. Y le otorgué todo su deseo, y muchos de esta corte se maravillaron que pidiese sustento por un año. Y por eso creímos, muchos de nosotros, que no venía de noble casa.

–Señor –dijo la reina de Orkney al rey Arturo su hermano–, sabed bien que lo envié a vos muy bien armado y encabalgado, y dignamente aparejado, y con sobra de oro y plata que gastar.

–Puede ser –dijo el rey–, pero de eso no vi nada; salvo que el mismo día que se fue de nuestro lado, los caballeros me dicen que llegó un enano súbitamente, trayéndole armadura y un buen caballo muy bien y ricamente aparejado; y todos nos preguntamos de dónde podían venir esas riquezas, de manera que todos supusimos que venía de hombres de merecimiento.

–Hermano –dijo la reina–, todo eso que decís creo, pues desde que se hizo mayor ha sido de maravillosa agudeza, y fue siempre leal y verdadero a su promesa. Pero me sorprende que sir Kay se burlase y riese de él, y le diese el nombre de Beaumains; sin embargo, sir Kay le llamó más acertadamente de lo que él creía; pues me atrevo a decir que si vive, es el hombre de más hermosas manos y bien dispuestas de cuantos viven.

–Hermana –dijo Arturo–, dejad eso, que por la gracia de Dios será hallado si está dentro de estos siete reinos, y dejad pasar todo esto y alegraos, pues ha probado ser hombre de honor, y ése es mi contento.

Capítulo 26

Cómo el rey envió por doña Lyonesse,

y cómo hizo pregonar ella un torneo en su castillo, adonde llegaron muchos caballeros

Entonces dijeron sir Gawain y sus hermanos a Arturo:

–Señor, si nos dais licencia, iremos en busca de nuestro hermano.

–No –dijo sir Lanzarote–, no será menester eso.

Y dijo sir Baudwin de Bretaña:

–Pues por nuestro consejo, el rey debe enviar a doña Lyonesse un mensajero, y rogarle que venga a la corte todo lo deprisa que pueda; y no dudéis que vendrá; y entonces podrá daros ella el mejor consejo sobre dónde lo podéis hallar.

–Bien dicho está eso de vuestra parte –dijo el rey.

Y entonces fueron escritas graciosas cartas, y fue enviado el mensajero, que cabalgó día y noche hasta el Castillo Peligroso. Y fue mandada llamar la señora, doña Lyonesse, donde estaba con sir Gringamore su hermano y sir Gareth. Y cuando hubo recibido el mensaje, mandó al mensajero que volviese al rey Arturo, y le dijese que ella iría detrás con toda la buena prisa.

Cuando volvió a sir Gringamore y a sir Gareth, les contó todo, cómo el rey Arturo la había enviado llamar.

–Eso es por mí –dijo sir Gareth.

–Pues aconsejadme –dijo doña Lyonesse– qué debo decir, y de qué manera me debo gobernar.

–Mi señora y amada –dijo sir Gareth–, os ruego que de ninguna manera descubráis dónde estoy. Pero sé que mi madre está allí, y todos mis hermanos; y si empeñan ellos en buscarme, sé bien que lo conseguirán. Pero esto, señora, quiero que digáis y aconsejéis al rey cuando os interrogue sobre mí. Le podéis decir que vuestro consejo es que, si place a su buena gracia, mandaréis hacer un pregón para la fiesta de la Asunción de Nuestra Señora: que el caballero que allí pruebe ser el mejor os tendrá a vos y toda vuestra tierra. Y si por ventura es casado el que gana el galardón, su esposa tendrá el grado y un aro de oro engastado con piedras de virtud, del valor de mil

libras, y un gerifalte blanco.

Partió, pues, doña Lyonesse y llegó al rey Arturo, donde fue noblemente recibida, y largamente interrogada por el rey y la reina de Orkney. Y ella respondió que no podía decir dónde estaba sir Gareth. Pero esto dijo a Arturo:

–Señor, quiero hacer pregonar un torneo, que se hará delante de mi castillo, en la Asunción de Nuestra Señora, y éste será el pregón: que vos, mi señor Arturo, estaréis allí, y vuestros caballeros, y yo proveeré que todos mis caballeros vayan contra los vuestros; y entonces estoy segura de que tendréis nuevas de sir Gareth.

–Bien aconsejado está –dijo el rey Arturo.

Y con esto partió ella. Y el rey y ella hicieron gran providencia para ese torneo.

Cuando doña Lyonesse llegó a la Isla de Avilion, que era la misma isla donde moraba su hermano sir Gringamore, entonces les contó todo lo que había hecho, y qué promesa había hecho al rey Arturo.

–¡Ay! –dijo sir Gareth–, he sido tan desventuradamente herido en este castillo que no podré tomar parte en este torneo como un caballero; pues no he sanado del todo desde que fui herido.

–Tened buen ánimo –dijo la doncella Lynet–, pues yo me ocuparé en estos quince días de poneros sano, y tan lozano como habéis sido siempre.

Y entonces le puso un ungüento y bálsamo como le plació a ella, de manera que nunca estuvo tan fresco y lozano. A continuación dijo la doncella Lynet:

–Enviad mensaje a sir Persant de la India, y emplazadlo para que él y sus caballeros estén aquí con vos como han prometido. También, enviad mensaje a sir Ironside, que es el Caballero Bermejo de las Landas Bermejas, y encomendadle que esté presto con vos con todos sus caballeros, y entonces podréis enfrentaros al rey Arturo y sus caballeros.

Así lo hizo, y fueron llamados todos los caballeros al Castillo

Peligroso; y entonces respondió el Caballero Bermejo, y dijo a doña Lyonesse, y a sir Gareth:

–Señora, y mi señor Gareth, sabed que he estado en la corte del rey Arturo, y también sir Persant de la India y sus hermanos, y allí hemos rendido homenaje como nos habíais ordenado. También –dijo sir Ironside–, he tomado sobre mí, con sir Persant de la India y sus hermanos, ir contra mi señor sir Lanzarote y los caballeros de esa corte. Y esto he hecho por amor a mi señora doña Lyonesse, y a vos, mi señor Gareth.

–Bien dicho está eso –dijo sir Persant–, y honrosamente.

Y se hizo el pregón en Inglaterra, Gales y Escocia, Irlanda, Cornualles y en todas las Islas Lejanas, y en Bretaña y en muchos países, que en la siguiente fiesta de la Asunción de Nuestra Señora había que acudir al Castillo Peligroso, cercano a la Isla de Avilion; y que todos los caballeros que acudiesen debían escoger entre estar de una parte, con los caballeros del castillo, o de parte del rey Arturo. Y faltaban dos meses para el día en que debía ser el torneo.

Y acudieron muchos buenos caballeros que eran libres de ir, y se tuvieron en su mayor parte contra el rey Arturo y sus caballeros de la Tabla Redonda, poniéndose del lado de los del castillo. El primero fue sir Epinogrus, que era hijo del rey de Northumberland; y otro fue sir Palomides el Sarraceno, y sir Safer su hermano, y sir Segwarides su hermano, aunque ambos estaban bautizados; y sir Malgrin fue otro, y sir Brian de les Isles, noble caballero, y sir Grumor Grummorson, buen caballero de Escocia, y sir Carados de la Torre Dolorosa, noble caballero, y sir Turquin su hermano, y sir Arnold y sir Gauter, dos hermanos, buenos caballeros de Cornualles. Allí acudió sir Tristán de Lionís, y con él sir Dinadan el Senescal, y sir Sadok; pero este sir Tristán no era en esa sazón caballero de la Tabla Redonda, aunque era uno de los mejores caballeros del mundo.

Y todos estos nobles caballeros acompañaron a los de la dama del castillo, y al Caballero Bermejo de las Landas Bermejas; en cuanto a sir Gareth, no quiso tomar sobre sí más que otros caballeros menores.

Capítulo 27

Cómo el rey Arturo fue al torneo

con sus caballeros, y cómo la dama le recibió

dignamente, y cómo se encontraron los caballeros

Y entonces llegaron con el rey Arturo sir Gawain, y sus hermanos Agravain y Gaheris. Y también sus sobrinos sir Uwain le Blanchemains, y sir Agloval, sir Tor, sir Perceval de Gales, y sir Lamorak de Gales.

Y llegó sir Lanzarote del Lago con sus hermanos, sobrinos y primos, como sir Lionel, sir Héctor de Maris, sir Bors de Ganis, y sir Galihodin, sir Galibud, y muchos más de la sangre de sir Lanzarote, y sir Dinadan, sir La Cote Male Taillé, su hermano, buen caballero, y sir Sagramore, buen caballero, y la mayor parte de la Tabla Redonda.

También fueron con el rey Arturo estos caballeros: el rey de Irlanda, rey Agwisance, y el rey de Escocia, rey Carados, y el rey Uriens de la tierra de Gore, y el rey Bagdemagus, y su hijo sir Meliagannt, y sir Galahaut el noble príncipe. Todos estos reyes, príncipes y condes, barones, y otros nobles caballeros, como sir Brandiles, sir Uwain les Avoutres, y sir Kay, sir Bedevere, sir Meliot de Logres, sir Petipace de Winchelsea, sir Godelake; todos éstos fueron con el rey Arturo, y más que no es posible enumerar.

Dejamos ahora a todos estos reyes y caballeros, y hablamos del gran bullicio que había dentro del castillo y alrededor de él por ambas partes. Pues esta dama, doña Lyonesse, ordenó gran aparejo por su parte para sus nobles caballeros, pues llegaron toda clase de aposentamiento y vituallas por tierra y por agua, de manera que de nada carecía su bando, ni el otro, sino que había sobra de cuanto se podía comprar con oro y plata para el rey Arturo y sus caballeros. Y

llegaron entonces los aposentadores del rey Arturo para aposentarle, y a sus caballeros, duques, condes, barones y caballeros.

Entonces sir Gareth rogó a doña Lyonesse y al Caballero Bermejo de las Landas Bermejas, y a sir Persant y sus hermanos, y a sir Gringamore, que de ninguna manera dijesen su nombre, ni hiciesen más cuenta de él que del último caballero que allí estaba; «pues –dijo– no quiero ser conocido ni más ni menos, ni al principio ni al fin». Entonces dijo doña Lyonesse a sir Gareth:

–Señor, os prestaré un anillo; pero os ruego, por el amor que me tenéis, que me lo devolváis cuando haya acabado el torneo, pues ese anillo acrecienta mi belleza mucho más de lo que es la mía. Y ésta es la virtud de mi anillo: lo que es verde se tornará bermejo, y lo que es bermejo tomará semejanza de verde, y lo que es azul tomará semejanza de blanco, y lo que es blanco tomará semejanza de azul, y lo mismo hará con toda clase de colores. También, el que lleve mi anillo no perderá sangre; y por gran amor quiero prestaros este anillo.

–Muchas gracias –dijo Gareth–, mi señora, pues este anillo es muy conveniente para mí, ya que cambiará toda la semejanza en que estoy, y eso hará que no sea conocido.

Entonces sir Gringamore dio a sir Gareth un corcel bayo que era muy buen caballo; también le dio buena armadura, y segura, y una noble espada que en otro tiempo ganó el padre de sir Gringamore a un tirano pagano. Y cada caballero se apercibió así para el torneo.

Y el rey Arturo había llegado dos días antes de la Asunción de Nuestra Señora. Y allí hubo toda clase de realeza y juglaría que podía hallarse. También llegaron la reina Ginebra y la reina de Orkney, madre de sir Gareth. Y el día de la Asunción, acabada la misa y los maitines, se mandó a los heraldos que tocasen con trompetas llamada al campo.

Y salió sir Epinogrus, hijo del rey de Northumberland, del castillo, se encontró con él sir Sagramore le Desirous, y uno y otro quebraron sus lanzas hasta sus manos. Y entonces fue sir Palomides del castillo, se encontró sir Gawain con él, y uno y otro se dieron

tan reciamente que los dos buenos caballeros y sus caballos cayeron a tierra. Entonces los caballeros de una y otra parte rescataron a sus caballeros. Y salieron sir Safer y sir Segwarides, hermanos de sir Palomides; y sir Agravain se encontró con sir Safer, y sir Gaheris con sir Segwarides. Y sir Safer derribó a Agravain, hermano de sir Gawain; y sir Segwarides, hermano de sir Safer. Y sir Malgrin, caballero del castillo, se encontró con sir Uwain le Blanchemains, y allí sir Uwain dio a sir Malgrin tal caída que casi le quebró el cuello.

Capítulo 28

Cómo se portaron los caballeros en la batalla

Entonces sir Brian de les Isles y Gramor Grummorson, caballeros del castillo, se enfrentaron con sir Agloval, y sir Tor derribó a sir Grumor Grummorson a tierra.

Entonces fueron sir Carados de la Torre Dolorosa, y sir Turquin, caballeros del castillo; y se encontraron con ellos sir Perceval de Gales y sir Lamorak de Gales, que eran dos hermanos. Y sir Perceval se encontró con sir Carados, y ambos quebraron las lanzas hasta sus manos; y después sir Turquin con sir Lamorak, y se derribaron uno y otro, caballo y todo, a tierra, y los rescataron ambas partes, y los volvieron a encabalgar.

Y sir Arnold y sir Gauter, caballeros del castillo, se encontraron con sir Brandiles y sir Kay; y estos cuatro caballeros tuvieron un poderoso encuentro, y quebraron las lanzas hasta sus manos.

Entonces fueron sir Tristán, sir Sadok, y sir Dinas, caballeros del castillo, y sir Tristán se encontró con sir Bedevere, y allí fue derribado sir Bedevere a tierra, hombre y caballo. Y sir Sadok se encontró con sir Petipace, y fue derrocado sir Sadok. Y allí Uwain les Avoutres derribó a sir Dinas el Senescal.

Entonces fue sir Persant de la India, caballero del castillo, y se encontró con él sir Lanzarote del Lago, y derribó a sir Persant,

hombre y caballo, a tierra. Entonces fue sir Pertolepe del castillo, y se encontró con él sir Lionel; y allí sir Pertolepe, el Caballero Verde, derribó a sir Lionel, hermano de sir Lanzarote.

Todo esto señalaron nobles heraldos, anunciando quiénes lo hacían mejor, y sus nombres.

Y entonces entró en el campo sir Perimones, el Caballero Bermejo, hermano de sir Persant, caballero del castillo, y se encontró con sir Héctor de Maris, y uno y otro se dieron tan fuerte que cayeron a tierra sus caballos y ellos.

Y entonces fueron el Caballero Bermejo de las Landas Bermejas y sir Gareth, del castillo, y se encontraron con ellos sir Bors de Ganis y sir Bleoberis, y allí se dieron el Caballero Bermejo y sir Bors tan fuertemente que reventaron sus lanzas, y sus caballos cayeron de pechos a tierra. Entonces sir Blamor quebró su lanza sobre sir Gareth, pero de ese golpe cayó sir Blamor a tierra.

Cuando sir Galihodin vio eso, dijo a sir Gareth que se apercibiese, pero sir Gareth lo derribó a tierra. Entonces sir Galibud tomó una lanza para vengar a su hermano, y de la misma manera le sirvió sir Gareth, y a sir Dinadan y a su hermano, La Cote Male Taillé, y a sir Sagramore le Desirous, y a sir Dodinas le Savage. A todos éstos derribó con una sola lanza.

Cuando el rey Agwisance de Irlanda vio portarse así a sir Gareth, se preguntó quién podía ser este que unas veces parecía verde, y otras, cuando volvía, parecía azul. Y así, en cada carrera que daba de un extremo al otro, cambiaba de color, de manera que no había rey ni caballero que tuviese cabal conocimiento de él. Entonces sir Agwisance, el rey de Irlanda, se encontró con sir Gareth, y sir Gareth lo derribó del caballo, silla y todo. Y entonces fue el rey Carados de Escocia, y sir Gareth lo derribó, al hombre y al caballo. Y de la misma manera sirvió al rey Uriens de la tierra de Gore. Y entonces llegó sir Bagdemagus, y lo derribó sir Gareth, hombre y caballo, a tierra. Y Meliagaunt, hijo de Bagdemagus, quebró una lanza poderosa y caballerescamente sobre sir Gareth. Y entonces sir Galahaut, el noble príncipe, dijo en voz alta:

–Caballero de los muchos colores, bien has justado; ahora apréstate,

que pueda yo justar contigo.

Le oyó sir Gareth, tomó una gruesa lanza, y se encontraron ambos, y allí quebró su lanza el príncipe; pero sir Gareth le dio en el lado izquierdo del yelmo, de manera que se tambaleó de aquí para allá, y habría caído de no recobrarle sus hombres.

–Así Dios me ayude –dijo el rey Arturo–; ese caballero de los muchos colores es buen caballero.

Por lo que el rey llamó a sir Lanzarote, y le rogó que se enfrentase con este caballero.

–Señor –dijo Lanzarote–, siento de corazón que debo dejarle en esta sazón, pues harto trabajo ha tenido este día; y cuando un buen caballero hace tanto en un día, no cumple a un buen caballero privarle de su honra, y más cuando ve que el caballero ha hecho tan gran esfuerzo; pues quizá está aquí su querella este día, y quizá es el más amado de esta señora de cuantos aquí están; pues veo bien que se esfuerza y trabaja en hacer grandes hechos, y por tanto, por mí que tenga hoy la honra; aunque estuviese en mí quitársela, no lo haría.

Capítulo 29

Más de dicho torneo

Una vez hecho todo esto salieron las espadas, y entonces empezó allí un cruel torneo. Y sir Lamorak hizo maravillosos hechos de armas; y hubo fuerte batalla entre sir Lamorak y sir Ironside, que era el Caballero Bermejo de las Landas Bermejas, y fuerte batalla entre sir Palomides y Bleoberis; y se encontraron sir Gawain y sir Tristán, y sir Gawain tuvo lo peor, pues fue arrancado del caballo, y estuvo a pie mucho tiempo, y afrentado.

Entonces entró sir Lanzarote, y golpeó a sir Turquin, y éste a él; y fue entonces su hermano sir Carados, y lo asaltaron los dos a la vez;

y él, como el más noble caballero del mundo, luchó dignamente con ambos de manera que todos se maravillaban de la nobleza de sir Lanzarote.

Y entonces fue sir Gareth, y supo que era sir Lanzarote quien luchaba con estos dos peligrosos caballeros. Y corrió sir Gareth con su buen caballo y se metió en medio de ellos separándolos, y ningún golpe quiso dar a sir Lanzarote. Se dio cuenta de esto sir Lanzarote, y supuso que era el buen caballero sir Gareth; seguidamente sir Gareth cabalgó de aquí para allá, hiriendo a diestra y a siniestra, y todas las gentes podían ver bien dónde cabalgaba. Y se encontró por fortuna con su hermano sir Gawain, y allí puso a sir Gawain en lo peor, pues le arrancó el yelmo, y lo mismo sirvió a cinco o seis caballeros de la Tabla Redonda, de manera que todos decían que se ponía en el más grande esfuerzo, y era el que hacía mejor su deber.

Pues cuando sir Tristán le vio cómo justaba primero, y después luchaba tan bien con la espada, fue a sir Ironside y a sir Persant de la India, y les preguntó, por su fe, «¿qué clase de caballero es ése, que parece con tan diversos colores? En verdad creo –dijo Tristán– que se pone en gran esfuerzo, pues jamás cesa».

–¿No sabéis quién es? –dijo sir Ironside.

–No –dijo sir Tristán.

–Entonces sabed que es el que ama a la señora del castillo, y ella a él; y es el que me venció a mí cuando tenía puesto cerco a la señora de este castillo, y el que venció a sir Persant de la India, y a sus tres hermanos.

–¿Cuál es su nombre –dijo sir Tristán–, y de qué sangre viene?

–En la corte del rey Arturo le llamaron Beaumains, pero su nombre es sir Gareth de Orkney, hermano de sir Gawain.

–Por mi cabeza –dijo sir Tristán–, es buen caballero, y recio hombre de armas; y si es mancebo probará ser muy noble caballero.

–Es muy mancebo –dijeron todos–, y fue hecho caballero por sir Lanzarote.

–Mucho mejor para él, entonces –dijo Tristán.

Y sir Tristán, sir Ironside, sir Persant, y su hermano, fueron juntos a ayudar a sir Gareth; y entonces se dieron allí muchos fuertes golpes. Y entonces salió sir Gareth a un lado para enmendar su yelmo; y dijo su enano:

–Dadme vuestro anillo, para que no lo perdáis mientras bebéis.

Y cuando hubo bebido se puso el yelmo, tomó ansiosamente su caballo y entró en el campo, dejando el anillo con su enano; y el enano se alegró de que no tuviese el anillo, pues sabía bien que así sería conocido.

Y cuando sir Gareth estuvo en el campo, toda la gente vio bien y claramente que iba con los colores amarillos; y allí arrancaba yelmos y derribaba caballeros, de manera que el rey Arturo se preguntaba qué caballero podía ser, pues por su caballo veía que era el mismo caballero.

Capítulo 30

Cómo sir Gareth fue espiado por los heraldos,

y cómo escapó del campo

–Aunque antes era de muchos colores, y ahora es sólo de uno; que es amarillo. Así que id –dijo el rey Arturo a diversos heraldos–, cabalgad junto a él, y espiad qué caballero es; pues he preguntado a muchos caballeros este día que están en su bando, y todos dicen que no lo conocen.

Y cabalgó un heraldo lo más cerca que pudo de Gareth, y vio escrito sobre su yelmo, en oro: ESTE YELMO ES SIR GARETH DE ORKNEY.

Entonces gritó el heraldo como si estuviese fuera de sí, y muchos heraldos con él: «¡Éste es sir Gareth de Orkney, de las armas

amarillas!»; de manera que todos los reyes y caballeros del rey Arturo le observaron y acecharon; y todos se empujaban para verle, mientras los heraldos no cesaban de gritar: «¡Éste es sir Gareth de Orkney, hijo del rey Lot!».

Y cuando sir Gareth vio que había sido descubierto, entonces dobló sus golpes y derribó a sir Sagramore, y a su hermano sir Gawain.

–¡Oh, hermano! –dijo sir Gawain–, creí que no me herirías.

Y cuando le oyó decir eso, arremetió aquí y allá, y con gran esfuerzo salió de la multitud, y fue a su enano.

–¡Ah, mancebo! –dijo sir Gareth–, mal me has engañado tú este día al guardarte mi anillo; devuélvemelo enseguida, que pueda ocultar mi cuerpo con él –y se lo tomó.

Y ninguno supo entonces qué había sido de él; y de alguna manera sir Gawain había visto adónde cabalgaba sir Gareth, y fue detrás de él con toda su fuerza. Se dio cuenta sir Gareth, y se metió ligero en la floresta, por lo que sir Gawain no supo qué fue de él. Y cuando supo sir Gareth que sir Gawain había pasado, preguntó al enano qué le aconsejaba.

–Señor –dijo el enano–, creo que sería mejor, ahora que habéis escapado de que os vean, que enviéis a mi señora doña Lyonesse su anillo.

–Bien aconsejado está –dijo sir Gareth–; toma y llévaselo, y di que me encomiendo a su buena gracia; y dile también que iré cuando pueda, y le ruego que sea verdadera y fiel a mí como yo lo seré a ella.

–Señor –dijo el enano–, haré como vos mandáis –y así emprendió el camino, y llevó su mandado a la dama.

Entonces dijo ella:

–¿Dónde está mi caballero, sir Gareth?

–Señora –dijo el enano–, me manda deciros que no estará mucho tiempo lejos de vos.

Y volvió el enano con diligencia a sir Gareth, que mucho habría querido tener aposentamiento, pues tenía necesidad de descansar. Y entonces cayó una tormenta y lluvia, como si cielo y tierra se juntasen de golpe. Y sir Gareth estaba no poco fatigado, pues en todo ese día habían tenido muy poco descanso su caballo y él. Y cabalgó este sir Gareth mucho tiempo por aquella floresta, hasta que llegó la noche. Y no cesaba de relampaguear y tronar furiosamente. Finalmente llegó por fortuna a un castillo, y allí oyó a la guardia arriba en los muros.

Capítulo 31

Cómo llegó sir Gareth a un castillo donde fue bien aposentado, y justó con un caballero y lo mató

Entonces sir Gareth cabalgó hasta la barbacana del castillo, y rogó al portero gentilmente que le dejase entrar. El portero respondió descortésmente, y dijo:

–No tendrás aposentamiento aquí.

–Gentil señor, no digáis eso, pues soy un caballero del rey Arturo; y ruego al señor o señora de este castillo que me dé albergue por el amor del rey Arturo.

Entonces fue el portero a la duquesa, y le dijo cómo estaba allí un caballero del rey Arturo que quería albergue.

–Déjale entrar –dijo la duquesa–, pues quiero ver a ese caballero, y por el rey Arturo no quedará desamparado.

Entonces subió ella a una torre encima de la puerta, con una gran antorcha. Cuando sir Gareth vio aquella antorcha dijo en voz alta:

–Seas señor o señora, gigante o campeón, es lo mismo para mí con tal de que pueda tener albergue esta noche; y si debo luchar de necesidad, no me excuséis mañana cuando haya descansado, pues

yo y mi caballo estamos fatigados.

–Señor caballero –dijo la dama–, caballeresca y osadamente hablas; pero sabe bien que el señor de este castillo no ama al rey Arturo, ni a ninguno de su corte, pues mi señor ha estado siempre contra él; y por tanto sería mejor que no entrases en este castillo; pues si entras esta noche, debes hacerlo con esta condición: que allá donde te encuentre mi señor, sea calle o sendero, habrás de rendirte a él como prisionero.

–Señora –dijo sir Gareth–, ¿quién es vuestro señor, y cuál es su nombre?

–Señor, mi señor es el Duque de la Rowse.

–Pues bien, señora –dijo sir Gareth–, os prometo que en cualquier lugar que encuentre a vuestro señor me otorgaré a él y a su buena gracia, con lo que entiendo que no me hará daño ninguno; y si entiendo que me lo quiere hacer, yo me libraré, si puedo, con mi lanza y mi espada.

–Decís bien –dijo la duquesa.

Entonces mandó ella bajar el puente, entró sir Gareth en la sala, se apeó allí, y fue llevado su caballo al establo; y se desarmó en la sala, y dijo:

–Señora, no quiero salir de esta sala esta noche; y cuando sea día claro, quien quiera verse conmigo me hallará dispuesto.

Entonces fue sentado a cenar, y tuvo muchas buenas viandas. Y como sir Gareth tenía mucha hambre, comió su comida caballerescamente, y con mucha gana; y había muchas damas hermosas junto a él, y algunas dijeron que nunca habían visto hombre tan apuesto ni que comiese tan bien. Entonces le hicieron ellas muy buena muestra, y a poco de cenar le hicieron allí su cama, y descansó toda la noche.

Y por la mañana oyó misa, quebró el ayuno, y se despidió de la duquesa, y de todos; y le agradeció graciosamente su aposentamiento, y su buena acogida; y entonces le preguntó ella su

nombre.

–Señora –dijo él–, en verdad mi nombre es Gareth de Orkney, y algunos me llaman Beaumains.

Entonces supo ella bien que era el mismo caballero que había luchado por doña Lyonesse.

Y partió sir Gareth y cabalgó por una montaña, y allí topó con un caballero llamado sir Bendelaine, el cual dijo a sir Gareth:

–No pasarás por este camino; pues justarás conmigo, o serás mi prisionero.

–Entonces justaré –dijo sir Gareth.

Y dejaron correr sus caballos, y sir Gareth le atravesó el cuerpo. Y siguió cabalgando sir Bendelaine hasta su castillo, que estaba cerca, y allí murió. Y sir Gareth tuvo deseos de descansar, y fue cabalgando al castillo de Bendelaine.

Y sus caballeros y criados vieron que era el que había matado a su señor. Entonces armaron a veinte buenos hombres, salieron éstos y atacaron a sir Gareth; y no tenía él ninguna lanza, sino su espada, y se puso delante el escudo; y allí quebraron sus lanzas sobre él, y le asaltaron con mucha saña. Pero sir Gareth se defendía como un caballero.

Capítulo 32

Cómo luchó sir Gareth con un caballero que tenía en su castillo treinta damas, y cómo lo mató

Cuando vieron que no lo podían vencer se apartaron de él, y tomaron el acuerdo de matarle el caballo; y volvieron sobre sir Gareth, alancearon su caballo, y entonces lo asaltaron sañudamente.

Pero, cuando él estuvo a pie, no se puso ninguno a su alcance que no recibiese tal revés del que jamás se recobrara. Y los fue matando uno por uno hasta que fueron sólo cuatro, y huyeron; entonces tomó sir Gareth un buen caballo que era de ellos, y siguió su camino. Y cabalgó a más andar hasta que llegó a un castillo, en el que oyó muchos lamentos de señoras y dueñas. Y en eso vino a él un paje.

–¿Qué quejas son esas que oigo dentro del castillo? –dijo sir Gareth.

–Señor caballero –dijo el paje–, aquí dentro de este castillo hay treinta damas, todas ellas viudas; pues aquí hay un caballero que guarda diariamente este castillo, y su nombre es el Caballero Pardo sin Piedad, y es el más peligroso caballero de cuantos hoy viven; y por tanto, señor, os aconsejo que huyáis.

–No –dijo sir Gareth–; no huiré, aunque tú tengas miedo de él.

Y entonces vio el paje dónde venía el Caballero Pardo.

–Mirad –dijo– allá viene.

–Deja que yo entienda con él –dijo sir Gareth.

Y cuando estuvieron a la vista el uno del otro dejaron correr sus caballos, y el Caballero Pardo quebró su lanza, y sir Gareth le atravesó el cuerpo, de manera que lo derrocó al suelo completamente muerto. Y entró sir Gareth en el castillo, y rogó a las señoras poder reposarse.

–¡Ay –dijeron las damas–, no podéis aposentaros aquí!

–Hacedle buena acogida –dijo el paje–, pues este caballero ha dado muerte a vuestro enemigo.

Entonces le hicieron toda la buena muestra que estaba a su alcance. Pero sabed bien que le hicieron buena muestra porque no podían hacer otra cosa, ya que eran muy pobres.

Y por la mañana fue a misa, y allí vio arrodilladas a las treinta damas, y tendidas de bruces sobre diversas tumbas, haciendo gran lamentación y duelo. Entonces sir Gareth supo que en esas tumbas

yacían sus señores.

–Gentiles señoras –dijo sir Gareth–, en la próxima fiesta de Pentecostés deberéis estar en la corte del rey Arturo, y decir que yo, sir Gareth, os he enviado allí.

–Así lo haremos –dijeron las damas.

Partió, pues, llegó por fortuna a una montaña, y halló en ella a un gallardo caballero que le dijo:

–Esperad, señor caballero, y justad conmigo.

–¿Quién sois? –dijo sir Gareth.

–Mi nombre es –dijo– Duque de la Rowse.

–¡Ah, señor!, sois el mismo caballero en cuyo castillo me aposenté una vez; y allí hice promesa a vuestra señora de rendirme a vos.

–¡Ah! –dijo el duque–, ¿eres tú el caballero soberbio que ofreció luchar con mis caballeros? Pues apercíbete, pues quiero haberlas contigo.

Y dejaron correr sus caballos, y allí derribó sir Gareth al duque de su caballo. Pero el duque evitó su caballo con ligereza, embrazó su escudo, sacó la espada, y ordenó a sir Gareth que se apease y luchase con él. Y se apeó él, e hicieron gran batalla juntos, más de una hora, y se hirieron muy gravemente. Finalmente sir Gareth tiró al duque a tierra, fue a matarlo, y entonces se rindió a él.

–Entonces debéis ir –dijo sir Gareth– a sir Arturo mi señor, en la fiesta que viene, y decirle que yo, sir Gareth de Orkney, os envío a él.

–Así lo haré –dijo el duque–, y os rendiré pleito homenaje con cien caballeros conmigo; y todos los días de mi vida os haré servicio donde vos queráis mandarme.

Capítulo 33

Cómo lucharon sir Gareth y sir Gawain uno contra otro,

y cómo se reconocieron por la doncella Lynet

Partió, pues, el duque, y quedó sir Gareth allí solo; y en eso vio venir a un caballero armado hacia él. Tomó entonces sir Gareth el escudo del duque, montó a caballo, y sin mediar palabra se arremetieron como si de un trueno se tratase. Y este caballero hirió a sir Gareth debajo del costado con su lanza. Se apearon entonces, sacaron las espadas, y se dieron grandes tajos, de manera que la sangre les manaba hasta el suelo. Y así lucharon dos horas. Finalmente llegó la doncella Lynet, a la que algunos llamaban la Doncella Salvaje, cabalgando sobre una mula ambladora, y gritó muy alto:

–¡Sir Gawain, sir Gawain, deja de luchar con tu hermano sir Gareth!

Al oírla él decir eso arrojó el escudo y la espada, corrió a sir Gareth, lo estrechó en sus brazos, y después se arrodilló y le pidió merced.

–¿Quién sois vos –dijo sir Gareth–, que hace un momento erais tan fuerte y poderoso, y ahora súbitamente os rendís a mí?

–Ah, Gareth, soy vuestro hermano sir Gawain, que por vos ha pasado grandes penas y trabajos.

Entonces sir Gareth se desenlazó el yelmo, se arrodilló ante él, y le pidió merced. Entonces se levantaron ambos, se abrazaron, lloraron mucho rato antes de que pudiesen hablar, y se dieron el uno al otro el triunfo de la batalla. Y allí pasaron muchas dulces razones entre ellos.

–¡Ay, gentil hermano mío! –dijo sir Gawain–, por Dios que de justicia debo honraros aunque no fueseis mi hermano, pues habéis honrado al rey Arturo y a toda su corte, pues le habéis enviado más dignos caballeros este año que los seis mejores de la Tabla Redonda, salvo sir Lanzarote.

Entonces llegó la Doncella Salvaje, que era la señora Lynet, quel

había cabalgado con sir Gareth mucho tiempo, y restañó las heridas de sir Gareth y de sir Gawain.

–¿Qué haréis ahora? –dijo la Doncella Salvaje–. Creo que estaría bien que el rey Arturo tuviese nuevas de los dos, pues vuestros caballos están tan magullados que no os pueden llevar.

–Gentil doncella –dijo sir Gawain–, os ruego que vayáis a mi señor y tío, el rey Arturo, y le digáis qué aventura me ha acaecido aquí, y presumo que no tardará mucho en venir.

Entonces tomó ella su mula y fue ligeramente al rey Arturo que estaba a sólo dos millas de allí. Y cuando le hubo dado nuevas, mandó el rey que le trajesen un palafrén. Y cuando estuvo a lomos de él, dijo a los señores y señoras que le siguiera el que quisiese; y allí fue ensillar y embridar de caballos a reinas y príncipes, y ver quién era el que antes podía estar presto.

Y cuando llegó el rey a donde ellos estaban, vio a sir Gawain y a sir Gareth sentados en una pequeña cuesta. Entonces el rey dejó su caballo; y cuando se acercó a sir Gareth quiso hablar, pero no pudo; y a continuación cayó en un desvanecimiento de contento. Y corrieron ellos hacia su tío, y le requirieron de su buena gracia que tuviese buen consuelo. Sabed bien que el rey hizo gran alegría y muchas tiernas quejas a sir Gareth, y no cesaba de llorar como si fuese un niño.

En eso llegó su madre, la reina de Orkney, doña Margawse; y cuando miró a sir Gareth ansiosamente en la cara no pudo llorar, sino súbitamente cayó desvanecida, y allí yació mucho rato como muerta. Entonces sir Gareth reconfortó a su madre de tal manera que se recobró ella, e hizo buena muestra.

Entonces el rey mandó que todos los caballeros que estuviesen bajo su obediencia se aposentasen allí mismo por amor de sus sobrinos. Y así se hizo, y se proveyeron toda clase de provisiones, de suerte que nada faltó de cuanto podía comprarse con oro o plata, doméstico o salvaje. Y por mediación de la Doncella Salvaje, sir Gawain y sir Gareth quedaron sanos de sus heridas; y allí permanecieron ocho días. Entonces dijo el rey Arturo a la Doncella Salvaje:

–Maravíllame que vuestra hermana, doña Lyonesse, no venga aquí a mí, y en especial que no venga a visitar a su caballero, mi sobrino sir Gareth, que tantos trabajos ha tenido por su amor.

–Mi señor –dijo la doncella Lynet–, vuestra buena gracia debe excusarla, pues no sabe que mi señor, sir Gareth, está aquí.

–Id entonces por ella –dijo el rey Arturo–, que podamos concertar lo mejor, según el placer de mi sobrino.

–Señor –dijo la doncella–, así lo haré –y fue por su hermana.

Y lo más ligeramente que pudo, se aprestó ella; y llegó al día siguiente por la mañana con su hermano sir Gringamore, y con sus cuarenta caballeros. Y al llegar tuvo toda la acogida que se podía hacer, del rey, y de muchos otros reyes y reinas.

Capítulo 34

Cómo sir Gareth confesó al rey Arturo

que se amaban, y del acuerdo de su casamiento

Y entre todas estas damas fue diputada la más hermosa, y sin par. Y cuando sir Gareth se reunió con ella, hubo entre ambos muchas tiernas miradas y razones, de manera que todos los hombres de honor holgaron en verles.

Entonces llegaron el rey Arturo y muchos otros reyes, y doña Ginebra, y la reina de Orkney, y preguntó el rey a su sobrino, sir Gareth, si quería tener a esta dama como amante, o quería tenerla como mujer.

–Mi señor, sabed bien que la amo por encima de cuantas damas viven.

–Y bien, gentil señora –dijo el rey Arturo–, ¿qué decís vos?

–Muy noble rey –dijo doña Lyonesse–, sabed bien que prefiero tener y poseer como marido a mi señor, sir Gareth, más que a ningún rey ni príncipe de la cristiandad; y si no puedo tenerlo, os prometo que jamás tendré a ninguno. Pues, mi señor Arturo, sabed que es mi primer amor, y que será el postrero; y si consentís que tenga su voluntaria y libre elección, me atrevo a decir que me tendrá a mí.

–Es verdad eso –dijo sir Gareth–; y si no os tengo y poseo como mujer, ninguna dueña ni doncella me contentará.

–¿Cómo, sobrino? –dijo el rey–. ¿Van por ahí las cosas? Pues sabed que no quisiera, aunque me fuese en ello la corona, ser yo la causa de que se aparten vuestros corazones; y sabed que no podéis amar tanto que no lo acreciente yo antes que afligirlo. Y también tendréis mi amor y protección de la más grande manera que esté en mi poder –y así mismo dijo la madre de sir Gareth.

Entonces se hizo provisión para el día del casamiento; y por consejo del rey se concertó que fuese el día siguiente de san Miguel, en Kinkenadon, cerca de la costa, pues es ése un país abundante. Y así fue pregonado en todos los lugares del reino. Y entonces envió mandado sir Gareth a todos los caballeros y damas a los que había vencido en batalla, que debían estar este día del casamiento en Kinkenadon, junto a la playa.

Y entonces doña Lyonesse y la doncella Lynet, con sir Gringamore, cabalgaron a su castillo; y dio ella a sir Gareth un costoso y rico anillo, y él a ella otro. Y el rey Arturo dio a ella un rico brazalete de oro; y seguidamente partió ella.

Y el rey Arturo y su compañía cabalgaron hacia Kinkenadon, y sir Gareth acompañó a su dama en el camino, y volvió después al rey y cabalgó con él.

¡Señor!, la alegría que hizo sir Lanzarote de sir Gareth, y éste de él; pues jamás hubo caballero al que sir Gareth amase tanto como sir Lanzarote; y casi siempre quería estar en compañía de sir Lanzarote; pues una vez que sir Gareth conoció la disposición de sir Gawain, se retrajo de la compañía de su hermano, pues era vengativo, y del que desamaba se vengaba a muerte, lo que desagradaba sobremanera a sir Gareth.

Capítulo 35

De la gran realeza, y qué oficiales fueron hechos en la fiesta de las bodas, y de las justas celebradas en la fiesta

Se acercó el día de san Miguel, y llegó doña Lyonesse, señora del Castillo Peligroso, y su hermana doña Lynet, con su hermano sir Gringamore con ellas, ya que tenía la conducción de estas damas. Y allí fueron aposentados por disposición del rey Arturo. Y el día de san Miguel, el obispo de Canterbury casó a sir Gareth y doña Lyonesse con gran solemnidad.

Y el rey Arturo hizo casar a Gaheris con la Doncella Salvaje, que era doña Lynet; e hizo casar a sir Agravain con una sobrina de doña Lyonesse, una hermosa dama llamada doña Laurel.

Y hechas estas solemnidades, llegó el Caballero Verde, sir Pertolepe, con treinta caballeros, y rindió pleito homenaje a sir Gareth, y estos caballeros prometieron ser suyos siempre. También dijo sir Pertolepe:

–Os pido ser en esta fiesta vuestro chambelán.

–De buen grado –dijo sir Gareth–, ya que os place tomar tan simple oficio.

Entonces llegó el Caballero Bermejo, con sesenta caballeros con él, y rindió pleito homenaje a sir Gareth, y todos estos caballeros prometieron ser suyos siempre. Y entonces este sir Perimones rogó a sir Gareth que le concediese ser su mayordomo en esta alta fiesta.

–De buen grado –dijo sir Gareth–, haré que tengáis este oficio, y aunque fuese mejor.

Entonces llegó sir Persant de la India, con cien caballeros con él, rindió pleito homenaje, y todos sus caballeros prometieron hacerle servicio, y guardar sus tierras por siempre; y allí rogó a sir Gareth

que le hiciese su maestresala en la fiesta.

–De buen grado –dijo sir Gareth– haré que lo tengáis, y aunque fuese mejor.

Entonces llegó el Duque de la Rowse, con cien caballeros con él, y allí rindió pleito homenaje a sir Gareth, y prometió guardarle sus tierras por siempre. Y pidió a sir Gareth poder servirle el vino ese día en la fiesta.

–De buen grado –dijo sir Gareth–, aunque fuese mejor.

Entonces vino el Caballero Bermejo de las Landas Bermejas, que era sir Ironside, el cual traía con él trescientos caballeros, y allí rindió pleito homenaje, y todos estos caballeros prometieron guardar sus tierras por siempre. Y entonces pidió a sir Gareth ser su trinchante.

–Muy de grado –dijo sir Gareth–, si os place.

Entonces entraron en la corte treinta damas, y todas parecían viudas; y estas treinta damas traían consigo muchas hermosas dueñas. Y se arrodillaron todas a la vez ante el rey Arturo y sir Gareth, y contaron al rey cómo sir Gareth las había liberado de la Torre Dolorosa y había matado al Caballero Pardo sin Piedad:

–Y por tanto nosotras, y todos nuestros herederos venideros, haremos homenaje a sir Gareth de Orkney.

Seguidamente los reyes y reinas, príncipes y condes, barones y muchos osados caballeros, fueron a comer; y sabed bien que hubo allí toda suerte de manjares en abundancia, toda suerte de danzas y juegos, con toda suerte de juglarías que se usaban en aquellos días. También hubo grandes justas durante tres días. Pero el rey no consintió que justase sir Gareth, por su nueva esposa; pues, como dice el libro francés, esta doña Lyonesse pidió al rey que ninguno de los desposados justase en esa fiesta.

Y el primer día justó sir Lamorak de Gales, quien derrocó treinta caballeros, e hizo maravillosos hechos de armas; y entonces el rey Arturo hizo a sir Persant y a sus dos hermanos caballeros de la Tabla Redonda, hasta el fin de sus vidas, y les dio grandes tierras.

También el segundo día justó Tristán el mejor, y derrocó cuarenta caballeros, e hizo maravillosos hechos de armas. Y el rey Arturo hizo a Ironside, que era el Caballero Bermejo de las Landas Bermejas, caballero de la Tabla Redonda hasta el fin de su vida, y le dio grandes tierras.

El tercer día justó sir Lanzarote del Lago, y derrocó cincuenta caballeros, e hizo muchos maravillosos hechos de armas, de manera que todos los hombres se maravillaron de él. Y el rey Arturo hizo allí al Duque de la Rowse caballero de la Tabla Redonda hasta el fin de su vida, y le dio grandes tierras que disfrutar.

Pero cuando hubieron acabado estas justas, sir Lamorak y sir Tristán partieron súbitamente, sin que nadie lo supiese, por lo que el rey Arturo y toda la corte tomaron gran disgusto. Y mantuvieron la corte cuarenta días con gran solemnidad. Y sir Gareth fue un noble caballero, y de buen gobierno y gentil conversación.

Así termina este cuento de sir Gareth de Orkney,

que casó con doña Lyonesse del Castillo Peligroso.

Y también sir Gaheris casó con su hermana doña Lynet,

a la que llamaban la Doncella Salvaje. Y sir Agravain casó

con doña Laurel, una hermosa señora, y el rey Arturo les

dio grandes y poderosas tierras con grandes riquezas, para

que pudiesen vivir con realeza hasta el fin de sus vidas.

Aquí sigue el libro VIII, que es el primer libro

de sir Tristán de Lionís, y quiénes fueron su padre y su madre,

y cómo nació y fue criado, y cómo fue hecho caballero.

Libro VIII

Capítulo 1

Cómo nació sir Tristán de Lionís, y cómo murió su madre en su alumbramiento, por lo que le llamó Tristán

Había un rey llamado Meliodas, el cual era señor y rey del país de Lionís; y este Meliodas era un apuesto caballero como no vivía otro en aquel tiempo. Y se casó por fortuna con la hermana del rey Marco de Cornualles, que se llamaba Elizabeth, y tenía fama de hermosa y buena.

Y en aquel tiempo reinaba el rey Arturo, y era rey de toda Inglaterra, Gales y Escocia, y de muchos otros reinos: aunque había muchos reyes que eran señores de muchos países, todos ellos guardaban sus tierras para el rey Arturo; pues en Gales había dos reyes, y en el norte había muchos reyes; y en Cornualles y occidente había dos reyes; también en Irlanda había dos o tres reyes, y todos estaban bajo la obediencia del rey Arturo. Y así mismo el rey de Francia, y el rey de Bretaña, y todas las señorías de Roma.

Y cuando hubo estado este Meliodas con su esposa, al poco tiempo engordó su preñez; y era muy dulce dama, y amaba mucho a su señor, y él a ella, y había gran gozo entre ellos.

Y había entonces una señora en aquel país que amaba al rey Meliodas desde hacía mucho tiempo, y por ningún medio podía tener su amor; así que un día ordenó, estando el rey Meliodas de montería, pues era muy aficionado a la caza, que por encantamiento siguiese a un ciervo él solo hasta un viejo castillo, donde al punto fue hecho prisionero por la dama que le amaba.

Cuando Elizabeth, esposa del rey Meliodas, echó de menos a su señor, casi perdió el juicio; y también, por lo crecida que estaba su

preñez, tomó consigo a una dueña y se metió en la floresta en busca de su señor. Y cuando ya estaba muy dentro de la floresta, no pudo seguir, pues le empezaron los trabajos del parto. Y tuvo muchos terribles dolores; la ayudó su dueña todo lo que pudo, y por milagro de Nuestra Señora del Cielo parió con gran sufrimiento. Pero tomó tal frío por falta de ayuda que se apoderaron de ella las ansias de la muerte; de manera que de necesidad tuvo que morir y dejar este mundo sin remedio. Y cuando esta reina Elizabeth vio que no había ningún remedio, hizo gran duelo y dijo a su dueña:

–Cuando veáis a mi señor, el rey Meliodas, recomendadme a él, y decidle qué dolores soporto por su amor, y cómo debo morir aquí por falta de buena ayuda; y hacedle saber que mucho me aflige irme de este mundo y de él, por tanto rogadle que sea amigo de mi alma. Ahora dejadme ver a mi hijuelo, por el que he tenido toda esta aflicción.

Y cuando lo vio, dijo así:

–Ah, hijuelo mío, tú has dado muerte a tu madre, por lo que presumo, ya que eres matador tan joven, que muy posiblemente vas a ser hombre esforzado en tu edad. Y ya que voy a morir de tu alumbramiento, te encomiendo, dueña, que ruegues a mi señor, el rey Meliodas, que cuando sea bautizado, le llame Tristán, que es tanto como decir parido con sufrimiento.

Y a continuación la reina entregó el espíritu y murió. Entonces la dueña la tendió a la sombra de un gran árbol, y después envolvió al niño lo mejor que pudo por el frío.

Al poco rato llegaron los barones que iban en pos de la reina, y cuando vieron que había muerto, entendieron que no significaba sino la destrucción del rey.

Capítulo 2

Cómo la madrastra de sir Tristán había

ordenado un veneno para envenenar a sir Tristán

Entonces algunos de ellos quisieron matar al niño, porque querían ser señores del país de Lionís. Pero gracias a las buenas razones de la dueña, y la mediación que ella hizo, la mayor parte de los barones no estuvieron de acuerdo en ello. E hicieron transportar de regreso a la reina muerta y se hizo gran duelo por ella.

Entretanto Merlín libró al rey Meliodas de su prisión el día después que murió su reina. Y cuando el rey volvió a casa los más de los barones mostraron gran alegría. Pero la aflicción que el rey hizo por su reina ninguna lengua la podría contar. Entonces el rey la mandó enterrar ricamente y después hizo bautizar a su hijo como su mujer había ordenado antes de morir. Y lo llamó Tristán, hijo de triste nacimiento.

El rey Meliodas soportó siete años sin mujer, y todo este tiempo Tristán fue bien criado. Entonces acaeció que el rey Meliodas se casó con la hija del rey Howel de Bretaña, la cual le dio hijos en seguida; y tenía ella pesar y enojo porque sus hijos no disfrutarían del país de Lionís, por donde esta reina ordenó envenenar al joven Tristán.

Hizo poner, pues, veneno en una pieza de plata en la cámara donde Tristán y sus hijos estaban juntos, con intención de que cuando Tristán tuviese sed, bebiese de esa bebida. Y aconteció un día que estando el hijo de la reina en dicha cámara, vio la pieza con el veneno, y creyó que era buena bebida, y como el niño tenía sed tomó la pieza con el veneno y bebió abundantemente; y súbitamente el niño reventó y cayó muerto.

Cuando la reina [de] Meliodas supo de la muerte de su hijo, sabed bien que le pesó. Pero el rey no supo nada de su traición. Sin embargo no abandonó la reina este propósito, sino mandó preparar más veneno, y lo puso en una pieza.

Y quiso la fortuna que el rey Meliodas, su esposo, hallase la pieza con el vino donde estaba el veneno; y como tenía mucha sed, tomó la pieza para beber de ella. Y al ir a beber le vio la reina, corrió a él y le quitó la pieza súbitamente. Se sorprendió el rey de que hubiera hecho esto y recordó cómo su hijo había muerto súbitamente

envenenado. Y entonces la tomó de la mano, y exclamó:

–¡Falsa traidora, vas a decirme qué clase de bebida es ésta, o te mataré! –y dicho esto sacó la espada, e hizo gran juramento de que la mataría si no decía la verdad.

–¡Ah, merced, mi señor! –dijo ella–; os lo diré todo –y entonces le contó por qué quería matar a Tristán, por que sus hijos disfrutasen su tierra.

–Pues bien –dijo el rey Meliodas–, seréis juzgada por ello.

Y por acuerdo de los barones fue condenada a ser quemada; y seguidamente fue preparada una gran hoguera; y así que estuvo ella en la hoguera para ser ejecutada, se arrodilló el joven Tristán ante el rey Meliodas, y le suplicó que le concediese un don.

–De buen grado –dijo el rey.

Entonces dijo el joven Tristán:

–Dame la vida de tu reina, mi madrastra.

–Ésa es una injusta petición –dijo el rey Meliodas–; pues debías odiarla de derecho, ya que te habría dado muerte con ese veneno si hubiese podido cumplir su propósito; y tú eres la principal causa de que ella deba morir.

–Señor –dijo Tristán–, en cuanto a eso, suplico de vuestra merced que queráis perdonarla; por mi parte, que Dios se lo perdone como se lo perdono yo; y ya que mucho placía a vuestra alteza otorgarme mi don, por el amor de Dios os requiero que mantengáis vuestra promesa.

–Ya que es así –dijo el rey–, accedo a que tengáis su vida. Así que os la doy: id a la hoguera y tomadla, y haced con ella lo que queráis.

Y fue sir Tristán a la hoguera, y por mandamiento del rey la libró de la muerte. Pero después de eso el rey Meliodas no quiso nunca tener relación con ella en la cama y en la mesa. Pero por su buena mediación consiguió el joven Tristán poner concordia entre el rey y ella. Aunque el rey no consintió que el joven Tristán permaneciese

más tiempo en su corte.

Capítulo 3

Cómo sir Tristán fue enviado a Francia, y tuvo a uno para gobernarle llamado Gouvernail, y cómo aprendió a tañer el arpa, cazar y montear

Y entonces hizo llamar a un gentilhombre que era muy experimentado y conocedor, cuyo nombre era Gouvernail, y mandó al joven Tristán con Gouvernail a Francia a aprender la lengua, crianza y lances de armas. Y allí estuvo Tristán más de siete años. Y cuando supo hablar bien la lengua, y hubo aprendido todo lo que podía aprender en ese país, volvió otra vez a su padre, el rey Meliodas.

Y Tristán aprendió a tañer el arpa mejor que nadie, de manera que ninguno fue tenido por tal en ningún país, y se aplicó en su mocedad a aprender a tañer el arpa y los instrumentos de música. Y después, cuando creció en fuerza y poder, se esforzó siempre en la cetrería y monte, como no hemos oído leer nunca de ningún gentilhombre. Y como dice el libro, empezó buenas medidas de llamar a venados, animales de caza, y toda clase de alimañas, y aún tenemos todos estos términos de cetrería y de caza, por lo que el libro de montería, cetrería y caza es llamado libro de sir Tristán.

Por donde creo que todos los gentileshombres que llevan viejas armas deberían de justicia honrar a sir Tristán, por los bellos términos que estos gentileshombres tienen y usan, y usarán hasta el día del juicio, de manera que por ahí, en cierta manera, todo hombre de honor puede distinguir a un gentilhombre de un criado, y a un criado de un villano. Pues el que es gentil se inclinará hacia las costumbres de nobles gentileshombres.

Y sir Tristán permaneció en Cornualles hasta que fue grande y fuerte, de la edad de dieciocho años. Y entonces el rey Meliodas tuvo gran gozo de sir Tristán, y también la reina, su esposa; pues en toda su vida, después de que sir Tristán la salvara de la hoguera, no volvió a desamarlo, sino que lo amó siempre, y dio a Tristán muchos grandes dones; pues todos los estados lo amaban, adondequiera que iba.

Capítulo 4

Cómo sir Marhaus salió de Irlanda

para pedir el tributo de Cornualles, o lucharía

Entonces acaeció que el rey Agwisance de Irlanda envió al rey Marco de Cornualles por el tributo que Cornualles había pagado durante muchos inviernos. Y todo ese tiempo el rey Marco había atrasado el pago del tributo durante siete años.

Y el rey Marco y sus barones dieron al mensajero de Irlanda esta razón y respuesta: que no pagarían ninguno; y dijeron al mensajero que volviese a su rey Agwisance, «y dile que no queremos pagar ningún tributo, sino di a tu señor, que si quiere tener tributo nuestro de Cornualles, envíe a un caballero de su tierra para que luche por su derecho, que nosotros buscaremos a otro que defienda el nuestro».

Con esta respuesta partieron los mensajeros para Irlanda. Y cuando el rey Agwisance oyó la respuesta de los mensajeros se enojó en extremo, y mandó llamar a sir Marhaus, el buen caballero, que era de nobleza probada, y caballero de la Tabla Redonda. Este Marhaus era hermano de la reina de Irlanda. Entonces dijo el rey así:

–Gentil hermano, sir Marhaus, os ruego que vayáis a Cornualles en mi nombre, y hagáis batalla por nuestro tributo, que de derecho debemos tener; y por mucho gasto que tengáis, tendréis bastante

más de lo que vais a necesitar.

–Señor –dijo Marhaus–, sabed bien que no me disgusta hacer batalla por vuestro derecho y vuestra tierra con el mejor caballero de la Tabla Redonda; pues conozco, de su mayor parte, cuáles son sus hazañas; y por acrecentar mis hazañas, y aumentar mi honra, muy de grado haré esta jornada por nuestro derecho.

Y a toda prisa se proveyó para sir Marhaus, y tuvo cuantas cosas necesitaba; y partió de Irlanda, y arribó a Cornualles muy cerca del Castillo de Tintagel. Y cuando el rey Marco supo que había arribado para luchar por Irlanda, entonces hizo gran lamentación, al saber que era el bueno y noble caballero sir Marhaus el que había venido. Pues no conocían a ningún caballero que osase enfrentarse a él. Pues en aquel tiempo sir Marhaus era tenido por uno de los más famosos y nombrados caballeros del mundo.

Y permaneció sir Marhaus en la mar, y cada día enviaba al rey Marco por el pago del tributo que debía desde hacía siete años, o buscase a un caballero que luchara con él por el tributo; y esta clase de mensaje enviaba sir Marhaus al rey Marco diariamente.

Entonces los de Cornualles hicieron pregón en cada lugar, de que el caballero que quisiese luchar para salvar Cornualles del tributo sería recompensado de manera que viviría mejor el término de su vida.

Entonces algunos barones hablaron con el rey Marco, y le aconsejaron que enviase a la corte del rey Arturo por sir Lanzarote del Lago, que era considerado en aquel tiempo el caballero más maravilloso del mundo. Pero hubo otros barones que aconsejaron al rey que no lo hiciese, y dijeron que era en vano este esfuerzo, porque sir Marhaus era caballero de la Tabla Redonda, «por tanto, cualquiera de ellos será contrario a contender con otro, a menos que por propio requerimiento alguno quiera luchar disfrazado y encubierto». Así que el rey y todos sus barones estuvieron de acuerdo en que no había otro remedio que buscar a un caballero de la Tabla Redonda.

Entretanto llegó al rey Meliodas voz y rumor cómo aquel sir Marhaus aguardaba batalla cerca de Tintagel, y cómo el rey Marco

no podía hallar ninguna clase de caballero que luchase por él. Cuando el joven Tristán se enteró de esto se enojó y se avergonzó mucho de que ningún caballero de Cornualles osase contender con Marhaus de Irlanda.

Capítulo 5

Cómo Tristán asumió la batalla para luchar por el tributo de Cornualles, y cómo fue hecho caballero

Al punto fue Tristán a su padre, el rey Meliodas, y le pidió consejo, qué era lo mejor para librar a Cornualles del tributo.

–Pues creo –dijo sir Tristán– que sería vergüenza que se fuese sir Marhaus, el hermano de la reina de Irlanda, sin que se le haya ofrecido batalla.

–En cuanto a eso –dijo el rey Meliodas–, sabed bien, hijo Tristán, que sir Marhaus es tenido por uno de los mejores caballeros del mundo, y caballero de la Tabla Redonda; y por tanto, no conozco a ningún caballero en este país que sea capaz de enfrentarse a él.

–¡Ay –dijo sir Tristán–, que no haya sido yo hecho caballero! Si ha de partir sir Marhaus de esta manera para Irlanda, no me permita Dios alcanzar honra jamás; y si yo fuese hecho caballero, lo desafiaría. Y señor, os ruego que me deis licencia para ir al rey Marco; que si no os desplace, del rey Marco quiero ser hecho caballero.

–Bien me place –dijo el rey Meliodas–, que os guiéis como vuestro valor os quiera gobernar.

Entonces sir Tristán se lo agradeció mucho a su padre, y se aprestó a ir a Cornualles.

Entretanto llegó un mensajero con cartas de amor de la hija del rey Faramon de Francia para sir Tristán, las cuales eran muy tiernas

cartas que traían escritas muchas quejas de amor; pero sir Tristán no tuvo ningún contento de sus cartas, ni sentía ninguna estima por ella. También le envió ella una perrita que era muy graciosa. Pero cuando la hija del rey supo que sir Tristán no la quería amar, como dice el libro, murió de pesar. Entonces el mismo escudero que había traído la carta y la perrita volvió otra vez a Tristán, como después oiréis en el cuento.

Fue, pues, este joven sir Tristán a su tío el rey Marco de Cornualles. Y cuando llegó allí oyó decir que no había ningún caballero que quisiese luchar con sir Marhaus. Entonces fue sir Tristán a su tío y le dijo:

–Señor, si queréis darme la orden de caballería, yo haré batalla con sir Marhaus.

–¿Quién sois vos –dijo el rey–, y de quién venís?

–Señor –dijo Tristán–, vengo del rey Meliodas que casó con vuestra hermana, y sabed bien que soy gentilhombre.

Miró el rey Marco a sir Tristán, y vio que era de muy joven edad, aunque era grande y muy bien hecho.

–Gentil señor –dijo el rey–, ¿cuál es vuestro nombre y dónde habéis nacido?

–Señor –dijo él otra vez–, me llamo Tristán, y en el país de Lionís he nacido.

–Bien decís –dijo el rey–; y si queréis hacer esta batalla, yo os haré caballero.

–Por esta causa vengo a vos –dijo sir Tristán–, y por ninguna otra.

Entonces el rey Marco le hizo caballero. Y seguidamente, luego que le hubo hecho caballero, envió un mensajero a sir Marhaus con letras que decían que había hallado a un joven caballero presto a tomar la batalla a todo riesgo.

–Bien puede ser –dijo sir Marhaus–; pero di al rey Marco que no lucharé con ningún caballero que no sea de sangre real, a saber:

hijo de rey, o de reina, o nacido de príncipe o de princesa.

Cuando el rey Marco supo eso, envió por sir Tristán de Lionís y le dijo cuál era la respuesta de sir Marhaus. Entonces dijo sir Tristán:

–Ya que dice eso, hacedle saber que vengo por parte de padre y por parte de madre de tan noble sangre como él; pues, señor, os hago saber que soy hijo del rey Meliodas, y nacido de vuestra propia hermana, doña Elizabeth, que murió en la floresta cuando me parió.

–¡Oh, Jesús! –dijo el rey Marco–, bien venido sois, gentil sobrino, a mí.

Entonces a toda prisa hizo traer el rey un caballo a sir Tristán, y lo armó de la mejor manera que se podía tener o comprar con oro o plata. Y entonces el rey Marco envió mensaje a sir Marhaus, y le hizo saber que un hombre de mejor cuna que él lucharía con él, «y su nombre es sir Tristán de Lionís, nacido del rey Meliodas y de la hermana del rey Marco». Entonces se alegró sir Marhaus de luchar con tal gentilhombre.

Y así, por acuerdo del rey Marco y sir Marhaus, se dispuso que debían luchar en una isla cerca de las naves de sir Marhaus; y fue puesto sir Tristán en un batel, su caballo y él, y cuanto cumplía para su persona y su caballo. Nada faltó a sir Tristán. Y cuando el rey Marco y sus barones de Cornualles contemplaron cómo el joven sir Tristán partía con ese aparejo a luchar por el derecho de Cornualles, no hubo hombre ni mujer de merecimiento que no llorase, al observar y ver a tan mancebo caballero ponerse en riesgo por el derecho de todos ellos.

Capítulo 6

Cómo sir Tristán arribó a la isla

para hacer batalla con sir Marhaus

Y para abreviar este cuento, cuando sir Tristán llegó a la isla miró al otro extremo, y vio ancladas seis naves cerca de tierra; y a la sombra de las naves, en tierra, aguardaba el noble caballero sir Marhaus de Irlanda. Entonces sir Tristán mandó a su criado Gouvernail que bajase a tierra su caballo, y lo vistiese su arnés con toda clase de derechos.

Y cuando lo hubo hecho así montó sobre su caballo; y cuando estuvo en su silla bien aparejado, y el escudo enderezado en el hombro, preguntó Tristán a Gouvernail:

–¿Dónde está ese caballero con quien debo contender?

–Señor –dijo Gouvernail–, ¿no lo veis? Yo creía que lo habíais visto: allá está a la sombra de sus naves, a caballo, con su lanza en la mano y su escudo en el hombro.

–Es verdad –dijo el noble caballero sir Tristán–, ahora lo veo sobradamente bien.

Entonces mandó a su criado Gouvernail que se volviese en su batel.

–Y encomiéndame a mi tío el rey Marco, y ruégale si muero en esta batalla que entierre mi cuerpo como él crea mejor; y en cuanto a mí, hazle saber que jamás me rendiré por cobardía; y si muero y no huyo, no habrán perdido ningún tributo por mí; pero si huyese o me rindiese como menguado, dile a mi tío que no me dé cristiano enterramiento. Y por tu vida –dijo sir Tristán a Gouvernail–, no te acerques a esta isla hasta que no me veas vencido o muerto, o haya vencido yo a ese caballero.

Y se separaron el uno del otro llorando abundantemente.

Capítulo 7

Cómo sir Tristán luchó contra sir Marhaus y acabó la batalla, y cómo sir Marhaus huyó a su nave

Entonces sir Marhaus miró a sir Tristán, y dijo así:

–Caballero mancebo, sir Tristán, ¿qué haces aquí? Mucho me pesa tu valor, pues sabe que he sido probado, y los mejores caballeros de esta tierra han sido probados por mi mano; y también me he medido con los mejores caballeros del mundo, y por tanto mi consejo es que te vuelvas a tu batel.

–Y gentil y bien probado caballero –dijo sir Tristán–, has de saber bien que no te puedo dejar en esta querella, pues por ti he sido hecho caballero. Y has de saber bien que soy nacido hijo de rey, y engendrado en reina; y he hecho promesa a requerimiento de mi tío, y por mi propia voluntad, que lucharé contigo a todo riesgo, y libraré Cornualles del viejo tributo. Y sabe también, sir Marhaus, que tú eres la más grande causa que me anima a enfrentarme a ti, pues eres tenido por uno de los más nombrados caballeros del mundo, y ese ruido y fama que tienes me da valor para enfrentarme a ti, pues aún no he sido probado con buen caballero; y ya que he tomado la orden de caballería este día, me place poder haberlas con un caballero tan bueno como tú. Y sabe bien ahora, sir Marhaus, que tengo propósito de ganar honra sobre ti; y si es cierto que no soy probado, confío en serlo sobre tu cuerpo, y librar para siempre al país de Cornualles de toda clase de tributos a Irlanda.

Cuando sir Marhaus le hubo oído decir todo esto, respondió:

–Gentil caballero, ya que tienes determinado ganar honra sobre mí, te hago saber que no perderás ninguna si puedes resistir tres de mis golpes; pues te hago saber que por mis nobles hazañas, probadas y vistas, el rey Arturo me hizo caballero de la Tabla Redonda.

Entonces empezaron a enristrar sus lanzas, y se juntaron tan fieramente que se derribaron el uno al otro, caballo y todo. Pero sir Marhaus infligió a sir Tristán una gran herida en el costado con su lanza; y entonces dejaron los caballos, sacaron las espadas, y se pusieron el escudo delante. Y entonces se arremetieron como hombres sañudos y bravos. Y cuando se hubieron herido así mucho tiempo, dejaron los tajos y empezaron a tirarse estocadas a los pechos y visera; y cuando vieron que no les aprovechaba, se embistieron como carneros para derribarse el uno al otro.

Así lucharon más de medio día, y estaban ambos muy malheridos, de manera que la sangre manaba abundante de ellos al suelo. A la sazón sir Tristán estaba mucho más fresco que sir Marhaus, y con más aliento y fuerza; y descargó tan poderoso tajo a sir Marhaus encima del yelmo que la espada entró en el yelmo, la cofia de acero y el hueso, y quedó tan fuertemente hincada en el yelmo y el cráneo que sir Tristán tiró tres veces de la espada antes de poder arrancársela de la cabeza; y allí cayó Marhaus de rodillas, con el filo de la espada de Tristán hincado en el hueso de la cabeza. Y súbitamente se levantó sir Marhaus tambaleante, arrojó de sí el escudo y la espada, corrió a sus naves y huyó; y sir Tristán se quedó con su escudo y su espada. Y cuando sir Tristán vio a sir Marhaus retraerse dijo:

–Ah, señor caballero de la Tabla Redonda, ¿por qué te retraes? Mucha vergüenza te haces a ti y a tu linaje, pues no soy sino un caballero mancebo, y jamás hasta ahora había sido probado; y antes que retraerme de ti, me dejaría tajar en cien pedazos.

Sir Marhaus no respondió palabra, sino que siguió su camino gimiendo dolorosamente.

–Pues bien, señor caballero –dijo sir Tristán–, te prometo que tu espada y tu escudo serán míos; y llevaré tu escudo a todos los lugares adonde vaya en busca de aventura, y a la vista del rey Arturo y de toda la Tabla Redonda.

Capítulo 8

Cómo sir Marhaus después que llegó a Irlanda murió del tajo que sir Tristán le había dado, y cómo estaba herido sir Tristán

Partieron luego sir Marhaus y su compañía para Irlanda, y tan

pronto como llegó al rey su hermano, hizo éste que le examinasen sus heridas. Y cuando fue examinada su cabeza hallaron en ella un trozo de la espada de sir Tristán; y no se lo pudo sacar ninguno de los cirujanos, y así murió de la espada de sir Tristán; y la reina, su hermana, guardó siempre consigo aquel trozo de espada, porque pensaba vengarse si podía.

Ahora volvemos otra vez a sir Tristán que estaba muy herido, y sangraba tanto, que en poco tiempo, cuando cogiese frío, apenas podría mover los miembros. Entonces se sentó suavemente en un montecillo; sin parar de sangrar. Al punto llegó Gouvernail, su criado, con su batel, con el rey y sus barones detrás en procesión.

Y cuando estuvo en tierra, el rey Marco lo tomó en sus brazos; y el rey y sir Dinas el Senescal llevaron a sir Tristán al Castillo de Tintagel. Y entonces fue curado de la mejor manera, y acostado en su cama. Y cuando el rey Marco vio sus heridas lloró vivamente, y lo mismo hicieron todos sus señores.

–Así Dios me ayude –dijo el rey Marco–; pues ni por todas mis tierras quisiera que muriese mi sobrino.

Y sir Tristán yació allí un mes o más, y siempre parecía que iba a morir del golpe que sir Marhaus le había dado al principio con la lanza. Pues, como dice el libro francés, llevaba envenenado el hierro de la lanza, de manera que sir Tristán no podía sanar. Entonces tuvieron el rey Marco y todos sus barones muy gran pesar, pues no pensaban sino que sir Tristán no se recobraría, por lo que el rey envió por toda clase de médicos y cirujanos, hombres y mujeres, pero no hubo ninguno que le diese esperanza de vida.

Entonces llegó una dama que era dama muy sabia, y dijo claramente al rey Marco, y a sir Tristán, y a todos los barones, que no sanaría a menos que fuese al mismo país de donde provenía el veneno, y que en ese país debía ser ayudado, o no lo sería nunca. Así dijo la dueña al rey. Cuando el rey Marco oyó esto, hizo aparejar para sir Tristán una hermosa nave, bien abastecida de vituallas, y en ella fue puesto sir Tristán, y Gouvernail con él; y sir Tristán se llevó su arpa consigo; y así fue puesto en la mar para que se dirigiese a Irlanda.

Y por fortuna arribó a Irlanda, muy cerca de un castillo donde estaban el rey y la reina; y a su llegada se sentó en su lecho y tañó con su arpa un alegre lai, como no se había oído otro en Irlanda hasta entonces. Y cuando informaron al rey y a la reina del caballero que era tan buen arpador, al punto envió el rey por él, y que le curasen las heridas; y entonces le preguntó su nombre. Y respondió él:

–Soy del país de Lionís, y mi nombre es Tantrís, y así fui herido en una batalla que hice por el derecho de una dama.

–Así Dios me ayude –dijo el rey Agwisance–; en esta tierra tendréis toda la ayuda que podáis hallar. Pero os hago saber que en Cornualles he tenido yo la más grande pérdida que ha tenido jamás rey ninguno, pues allá he perdido al mejor caballero del mundo; se llamaba Marhaus, y era muy noble caballero de la Tabla Redonda – y contó a sir Tristán por qué causa había muerto sir Marhaus. Sir Tristán hizo muestra como de pensar, aunque sabía lo acaecido mejor que el rey.

Capítulo 9

Cómo sir Tristán fue puesto primeramente bajo el cuidado de La Bella Isolda para que lo sanase de su herida

Entonces el rey por gran favor hizo poner a Tantrís bajo la guarda y cuidado de su hija, ya que era noble cirujana. Y cuando le hubo examinado, halló que en el fondo de la herida tenía veneno, y en poco tiempo lo sanó; y con ello concibió Tantrís gran amor por La Bella Isolda, pues era a la sazón la doncella y dama más hermosa del mundo. Y Tantrís le enseñó a tañer el arpa, y ella empezó a tener muchas fantasías sobre él. Y estaba en ese tiempo en el país sir Palomides el Sarraceno, el cual era bien convidado del rey y la

reina. Y cada día sir Palomides iba a La Bella Isolda a ofrecerle muchos dones, pues la amaba mucho. Todo esto veía Tantrís, y tenía a sir Palomides por noble caballero y hombre poderoso. Y sabed bien que tenía sir Tantrís gran despecho de sir Palomides, pues La Bella Isolda había contado a Tantrís que por ella quería Palomides ser bautizado. Y así había gran envidia entre Tantrís y sir Palomides.

Y acaeció entonces que el rey Agwisance hizo pregonar una gran justa y torneo por una dama llamada Señora de las Landas, la cual era prima cercana del rey. Y el que la ganase, se casaría con ella tres días después, y tendría todas sus tierras. Este pregón fue hecho en Inglaterra, Gales, Escocia, y también en Francia y en Bretaña.

Y un día fue La Bella Isolda a Tantrís y le habló de este torneo. Respondió él y dijo:

–Gentil señora, no soy sino un caballero flojo, y hace poco habría muerto de no haber sido por vuestra buena señoría. Pues bien, gentil señora, ¿qué deseáis que haga en este asunto? Bien sabéis, mi señora, que no puedo justar.

–Ah, Tantrís –dijo La Bella Isolda–, ¿por qué no queréis participar en ese torneo? Sé bien que sir Palomides estará allí, y hará lo que pueda; y por ende Tantrís, os ruego que estéis allí; si no, probablemente ganará sir Palomides el grado.

–Señora –dijo Tantrís– en cuanto a eso, puede ser, pues es caballero probado, y yo no soy sino caballero muy mancebo, y recién hecho; y de la primera batalla que hice me aconteció salir malherido como veis. Pero si yo supiese que erais mi mejor dama, en ese torneo estaría, con tal que queráis guardar mi consejo y no dejar que criatura ninguna, salvo vos, tenga conocimiento de que voy a justar; y con tal que guardéis el secreto, allí pondré en riesgo mi pobre persona por vos, de manera que quizá sepa sir Palomides que he ido.

A lo cual dijo La Bella Isolda:

–Haced lo mejor que podáis, y si puedo –dijo La Bella Isolda–, yo proveeré caballo y armadura de mi conformidad para vos.

–Así será como queréis –dijo Tantrís–; estaré a vuestra disposición.

Y el día de la justa llegó sir Palomides con un escudo negro, y derribó a muchos caballeros, de manera que toda la gente se maravillaba de él. Pues venció a sir Gawain, Gaheris, Agravain, Bagdemagus, Kay, Dodinas le Savage, Sagramore le Desirous, Gumret le Petit, y a Griflet le Fise de Dieu. A todos éstos arrojó a tierra sir Palomides el primer día. Y toda clase de caballeros tuvieron asombro de sir Palomides, y muchos le llamaron el Caballero del Escudo Negro. Y ese día obtuvo sir Palomides gran honra.

Entonces fue el rey Agwisance a Tantrís y le preguntó por qué no quería justar.

–Señor –dijo–, hace poco que fui herido, y aún no me atrevo a aventurarme.

En eso llegó el mismo escudero que había sido enviado de la hija del rey de Francia a sir Tristán. Y cuando vio a sir Tristán cayó de bruces a sus pies. Todo esto advirtió La Bella Isolda, qué reverencia hacía el escudero a sir Tristán. Y fue súbitamente sir Tristán al escudero, cuyo nombre era Hebes le Renoumes, y le rogó encarecidamente que de ninguna manera dijese su nombre.

–Señor –dijo Hebes–, no descubriré vuestro nombre a menos que me lo mandéis.

Capítulo 10

Cómo sir Tristán ganó el grado en un torneo en Irlanda, e hizo que Palomides no llevase arnés en un año

Entonces sir Tristán le preguntó qué hacía en esta tierra.

–Señor –dijo–, aquí he venido con sir Gawain para ser hecho caballero; y si os place, por vuestras manos quiero ser hecho caballero.

–Esperadme secretamente mañana, y en el campo os haré caballero.

Entonces La Bella Isolda entró en gran sospecha de que Tantrís fuese algún hombre de probado merecimiento, y con esto se confortó, y puso más amor en él del que había puesto antes.

Y por la mañana se aprestó sir Palomides a entrar en el campo como había hecho el primer día. Y allí derribó al Rey de los Cien Caballeros, y al rey de los Escoceses. Entonces La Bella Isolda ordenó y aparejó bien a sir Tristán con caballo y arnés blancos. Lo sacó luego por una poterna privada, y entró en el campo como si fuese un ángel resplandeciente. Y le vio al punto sir Palomides, enristró una lanza y corrió para Tantrís, y éste para él. Y sir Tristán dio con sir Palomides en tierra.

Y entonces se alzó gran rumor entre la gente: unos dijeron que sir Palomides había sufrido una caída, otros que había caído el Caballero del Escudo Negro. Y sabed bien que La Bella Isolda se alegró mucho. Entonces sir Gawain y sus nueve compañeros se preguntaron qué caballero podía ser el que había derribado a sir Palomides. Y no hubo nadie que quisiese justar con Tantrís, sino que todos los que allí estaban lo evitaban, los más y los menos.

Entonces sir Tristán hizo caballero a Hebes, y lo convenció para que saliese, y se portó muy bien ese día. Y después sir Hebes se tuvo con sir Tristán.

Y al recibir sir Palomides esta caída, sabed bien que quedó muy corrido, y lo más privadamente que pudo se retrajo del campo. Todo esto vio sir Tristán, y cabalgó ligeramente detrás de sir Palomides, lo alcanzó, y le dijo que volviese, pues quería probarle mejor antes de que se fuese. Entonces se volvió sir Palomides, y se acometieron el uno al otro con las espadas. Pero de la primera cuchillada sir Tristán derribó a sir Palomides, y le dio tal golpe encima de la cabeza que lo tiró a tierra. Entonces Tristán le dijo que se rindiese, e hiciese su mandamiento, o le daría muerte. Cuando sir Palomides vio su continente, tuvo tanto miedo de sus golpes que

otorgó todas sus peticiones.

–Bien dicho –dijo sir Tristán–, ésta será vuestra encomienda: primero, so pena de vuestra vida, renunciaréis a mi señora La Bella Isolda, y por ninguna manera os acercaréis a ella. También estos doce meses no llevaréis armadura ni arnés de guerra ninguno. Prométeme esto, o aquí mismo vas a morir.

–¡Ay! –dijo Palomides–, por siempre he sido avergonzado.

Entonces juró como sir Tristán le había mandado. Y presa de ira y despecho sir Palomides se cortó el arnés, y lo arrojó lejos de sí.

Y sir Tristán volvió al castillo donde estaba La Bella Isolda; y por el camino topó con una doncella que preguntaba por sir Lanzarote, quien había ganado esforzadamente la Dolorosa Guarda; y esta doncella preguntó a sir Tristán quién era. Pues le habían dicho que era el que había derribado a sir Palomides, por quien habían sido derribados diez caballeros del rey Arturo. Entonces la doncella rogó a sir Tristán que le dijese quién era, y si era sir Lanzarote del Lago, pues creía que no había ningún caballero en el mundo que pudiese hacer tales hechos de armas, a menos que fuese Lanzarote.

–Gentil doncella –dijo sir Tristán–, sabed bien que no soy sir Lanzarote, pues nunca fui de tal proeza, pero en Dios está que pueda llegar a ser tan buen caballero como el buen caballero sir Lanzarote.

–Entonces, gentil caballero –dijo ella–, levanta tu visera.

Y cuando vio su cara pensó que no había visto nunca un rostro de hombre mejor, ni de más donoso caballero. Y cuando la doncella supo de cierto que no era sir Lanzarote, se despidió, y partió de él.

Y entonces sir Tristán se dirigió secretamente a la poterna, donde le esperaba La Bella Isolda, y allí le hizo ella buena muestra, y dio gracias a Dios de que hubiese salido bien parado. Luego, al poco rato, el rey y la reina supieron que era Tantrís el que había derribado a sir Palomides; entonces hicieron mucha cuenta de él, más que hicieron antes.

Capítulo 11

Cómo descubrió la reina que sir Tristán había dado muerte a su hermano sir Marhaus por su espada, y en qué riesgo estuvo él

Y estuvo allí sir Tantrís mucho tiempo, bien convidado por el rey y la reina, y en especial por La Bella Isolda.

Y un día la reina y La Bella Isolda prepararon un baño para sir Tantrís. Y cuando estaba él en el baño, la reina e Isolda, su hija, andaban de un lado a otro por la cámara; y mientras Gouvernail y Hebes asistían a Tantrís, la reina observó su espada que estaba encima de la cama. Y por mala fortuna la sacó y la contempló mucho rato; y ambas pensaron que era muy hermosa espada; pero como a un pie y medio de la punta faltaba un gran trozo de su filo. Y cuando la reina advirtió esa mella de la espada, recordó el trozo de espada hallado en el cráneo de sir Marhaus, el buen caballero que era su hermano.

–¡Ay! –dijo a su hija, La Bella Isolda–, entonces éste es el mismo caballero traidor que mató a mi hermano, tu tío.

Cuando Isolda oyó esto sintió gran turbación, pues amaba mucho a Tantrís, y muy bien conocía la crueldad de su madre la reina.

Al punto fue la reina a su propia cámara, buscó en su cofre y tomó el trozo de espada que había sido sacado de la cabeza de sir Marhaus después que hubo muerto. Y corrió con el pedazo de hierro a la espada que estaba encima de la cama. Y cuando puso el trozo de acero y hierro en la espada, encajó tan bien que quedó como antes de quebrarse.

Entonces la reina asió la espada en su mano fieramente, corrió con

toda su fuerza derechamente adonde Tantrís estaba sentado en su baño, y allí lo habría ensartado de no haberla sujetado sir Hebes con sus brazos, y quitado la espada; pues si no, lo habría atravesado. Cuando vio ella estorbada su mala voluntad corrió al rey Agwisance, su marido, y le dijo de rodillas:

–Oh mi señor, aquí tenéis en vuestra casa al caballero traidor que dio muerte a mi hermano y servidor vuestro, el noble caballero sir Marhaus.

–¿Quién es –dijo el rey Agwisance–, y dónde está?

–Señor –dijo ella–, es sir Tantrís; el mismo caballero al que ha sanado mi hija.

–¡Ay! –dijo el rey–; mucho me pesa eso, pues es el más noble caballero que he visto nunca en el campo. Pero os pido –dijo el rey a la reina– que no os enfrentéis con ese caballero, sino dejad que yo entienda con él.

Entonces fue el rey a la cámara de sir Tantrís, adonde ya había vuelto él, y lo halló todo armado y a punto de montar sobre su caballo. Cuando el rey le vio todo armado y presto a encabalgar, dijo:

–No, Tantrís; no te aprovechará compararte a mí; pero esto haré por mi honra y por tu amor; comoquiera que estás en mi corte no sería honroso para mí matarte; por ende, con esta condición te daré licencia para irte de esta corte sin peligro: que me digas quién fue tu padre, y cuál es tu nombre, y si mataste a sir Marhaus, mi hermano.

Capítulo 12

Cómo sir Tristán partió del rey

y de La Bella Isolda y dejó Irlanda

para volver a Cornualles

–Señor –dijo Tristán–, os diré toda la verdad: el nombre de mi padre es sir Meliodas, rey de Lionís, y mi madre se llamaba Elizabeth, y era hermana del rey Marco de Cornualles; y mi madre murió de mí en la floresta, y por esta causa mandó antes de morir que cuando fuese bautizado me pusiesen de nombre Tristán; y porque no quería ser reconocido en este país puse del revés mi nombre, haciendo llamarme Tantrís; y por el tributo de Cornualles luché en nombre de mi tío, por el derecho de Cornualles que vos poseíais desde hacía muchos años. Y sabed bien –dijo Tristán al rey–, que hice la batalla por amor a mi tío, el rey Marco, y por amor al país de Cornualles, y por acrecentar mi honra; pues ese mismo día que luché con sir Marhaus fui hecho caballero, y nunca hasta entonces había hecho batalla con ningún caballero; y de mí se fue vivo, dejando atrás su escudo y su espada.

–Así Dios me ayude –dijo el rey–; no puedo decir sino que hicisteis como debía un caballero, y era vuestra parte defender vuestra querella, y acrecentar vuestra honra como un caballero debe hacer; sin embargo no puedo con mi honra manteneros en este país, de lo contrario disgustaría a mis barones, y a mi mujer y su linaje.

–Señor –dijo Tristán–, agradezco la buena protección que he tenido de vos aquí, y la gran bondad que mi señora, vuestra hija, me ha mostrado, y por tanto, puede ser que ganéis más con mi vida que con mi muerte; pues puede ser que en alguna sazón os haga servicio en las partes de Inglaterra, de manera que os alegréis de haberme mostrado alguna vez vuestra buena protección. Además os prometo, como caballero verdadero que soy, que en todo lugar donde esté seré servidor y caballero de mi señora vuestra hija, en la razón y en la sinrazón, y jamás dejase de hacer todo lo que un caballero puede hacer. También suplico a vuestra buena gracia que me deis licencia para despedirme de mi señora, vuestra hija, y de todos los barones y caballeros.

–De buen grado –dijo el rey.

Entonces fue sir Tristán a La Bella Isolda y se despidió de ella. Y le contó todo, quién era, y cómo se había cambiado el nombre para no ser reconocido, y cómo una dama le había dicho que no sanaría

hasta que fuese al país donde el veneno había sido hecho, «por donde estuve cerca de morir, de no haber sido por vuestra señoría».

–Oh, gentil caballero –dijo La Bella Isolda–; mucha aflicción tengo de tu partida, pues jamás he conocido a ningún hombre al que tuviese yo tan buena voluntad –y con esto se echó a llorar vivamente.

–Señora –dijo Tristán–, sabed que mi nombre es sir Tristán de Lionís, engendrado del rey Meliodas, y nacido de su reina. Y os prometo fielmente que seré todos los días de mi vida vuestro caballero.

–Muchas gracias –dijo La Bella Isolda–, y yo os prometo a cambio no casarme en estos siete años sino por vuestro acuerdo; y con aquel que vos queráis me casaré, y me tendrá si vos consentís.

Y entonces sir Tristán le dio un anillo, y ella a él otro; y con esto se fue de ella, y la dejó haciendo gran duelo y lamentación.

Y fue derecho a la corte entre todos los barones, y allí se despidió de los que eran más y los que eran menos, y dijo abiertamente entre todos ellos:

–Gentiles señores, ha llegado el momento en que debo partir. Si hay aquí alguno al que haya ofendido, o tenga agravio conmigo, diga ahora su queja aquí delante de mí antes de que me vaya, que yo la enmendaré en lo que pueda. Y si hay alguno que me quiera ofrecer sinrazón, o decir de mí injusticia o afrenta a mis espaldas, dígala ahora o nunca, que aquí está mi persona para corregirla, cuerpo contra cuerpo.

Y todos permanecieron callados, y no hubo ninguno que dijese una palabra; y aunque había algunos caballeros que eran de sangre de la reina, y de sangre de sir Marhaus, ninguno quiso haberlas con él.

Capítulo 13

Cómo se hirieron sir Tristán y el rey Marco

por el amor de la esposa de un caballero

Partió, pues, sir Tristán, tomó la mar, y con buen viento llegó a Tintagel, en Cornualles. Y cuando el rey Marco estaba en toda su prosperidad le llegaron nuevas de que sir Tristán había llegado, y sano de sus heridas, de lo que el rey Marco se alegró mucho, y lo mismo todos sus barones. Y cuando vio que era sazón fue a su padre, el rey Meliodas, y tuvo allí toda la acogida que el rey y la reina le pudieron hacer. Y entonces el rey y la reina dieron parte de sus tierras y hacienda a sir Tristán.

Y por licencia del rey Meliodas, su padre, regresó otra vez a la corte del rey Marco, y allí vivió con gran contento mucho tiempo, hasta que finalmente nacieron celos y rencores entre el rey Marco y sir Tristán, ya que ambos amaban a una misma dama. Y ésta era esposa de un conde llamado sir Segwarides. Y esta dama amaba mucho a sir Tristán, y él a ella, pues era muy hermosa dama, lo que sir Tristán notaba bien. Y al enterarse de esto el rey Marco, concibió celos, pues el rey Marco la amaba mucho. Y acaeció un día que esta dama envió un enano a sir Tristán, pidiéndole que, si la amaba, fuese a ella la siguiente noche.

–También os aconseja no ir a ella sino bien armado, pues su señor es tenido por buen caballero.

Sir Tristán respondió al enano:

–Recomiéndame a mi señora, y dile que no faltaré, y que estaré con ella como ella ha determinado.

Y con esta respuesta partió el enano. Y vio el rey Marco que el enano estaba con sir Tristán, con el mensaje de la esposa de Segwarides, y envió por el enano; y cuando fue llevado ante él hizo que por fuerza el enano lo confesase todo, cómo y adónde iba con el mensaje de sir Tristán.

–Pues bien –dijo el rey Marco–, ve a donde debas ir, y so pena de muerte, no digas una palabra de lo que has hablado conmigo.

Así, pues, partió el enano del rey. Y la misma noche en que estaba concertada la cita entre la esposa de Segwarides y sir Tristán, se armó el rey Marco, se aparejó, llevando con él a dos caballeros de su consejo; y salió antes, para esperar en el camino y acechar a sir Tristán.

Y cuando iba cabalgando sir Tristán por su camino con su lanza en la mano, cayó súbitamente el rey Marco sobre él con sus dos caballeros. Y le dieron los tres con sus lanzas, y el rey Marco hirió a sir Tristán muy gravemente en el pecho. Entonces sir Tristán enristró su lanza, y dio a su tío el rey Marco tan fuerte golpe que lo arrojó a tierra, dejándolo tan maltrecho que quedó sin sentido, y pasó mucho rato antes de que pudiese recobrarse. Y fue a continuación sobre un caballero, y después sobre el otro, y los tiró a la tierra fría donde quedaron tendidos.

Y luego siguió cabalgando sir Tristán malherido, camino de su dama, y la halló esperándolo en una poterna.

Capítulo 14

Cómo yació sir Tristán con la dama,

y cómo su marido luchó con sir Tristán

Y allí lo acogió ella dulcemente, y se abrazaron el uno al otro; mandó ella guardar su caballo de la mejor manera, y después lo desarmó. Y cenaron con diligencia y se acostaron con gran contento y placer; y en su ardor no hizo él cuenta ninguna de la herida fresca que el rey Marco le había infligido, por lo que manchó de sangre las sábanas de arriba y de abajo, las almohadas y la funda de la cabecera.

Y al poco rato llegó uno, y previno a la dama que estaba cerca su señor, a un trecho de arco. Así que hizo levantarse a sir Tristán, se armó éste, tomó su caballo y partió. Y en eso llegó Segwarides, su

señor, y cuando halló la cama revuelta y deshecha, y se acercó y la observó a la lumbre de la vela, vio que allí había yacido un caballero herido.

–¡Ah, falsa traidora! –dijo entonces–, ¿por qué me has traicionado? –y seguidamente sacó una espada, y dijo–: si no me dices quién ha estado, aquí mismo morirás.

–¡Ah, mi señor, merced! –dijo la dama, y alzó las manos, diciendo–: no me matéis, yo os diré quién ha estado aquí.

–Dime al punto –dijo Segwarides– toda la verdad.

Y por miedo, dijo: Aquí ha estado conmigo sir Tristán, que viniendo por el camino ha sido gravemente herido.

–¡Ah, falsa traidora! –dijo Segwarides–, ¿qué ha sido de él?

–Señor –dijo ella–, se armó y partió a caballo; aún no estará a media milla de aquí.

–Bien habéis dicho –dijo Segwarides.

Se armó entonces ligeramente, tomó su caballo, y fue en pos de sir Tristán, que iba derecho a Tintagel. Y al poco rato lo alcanzó, y le dijo:

–Vuelve, caballero falso y traidor.

Se volvió sir Tristán contra él, y al punto Segwarides golpeó a sir Tristán con una lanza que se hizo toda trozos; entonces sacó la espada y acometió con saña a sir Tristán.

–Señor caballero –dijo sir Tristán–, os aconsejo que no me deis más golpes; sin embargo, por los agravios que os he hecho soportaré hasta donde pueda.

–No –dijo Segwarides–; no será así, pues aquí moriremos tú o yo.

Entonces sir Tristán sacó la espada, echó su caballo fieramente sobre él, y atravesó a Segwarides por la cintura del cuerpo, de manera que cayó a tierra desvanecido.

Y a continuación partió sir Tristán y lo dejó allí. Cabalgó hasta Tintagel, y se metió secretamente en su aposento, pues no quería que se conociese que estaba herido. También los hombres de sir Segwarides fueron en pos de su amo, lo hallaron tendido en el campo, malherido, y lo volvieron a casa sobre su escudo, donde yació mucho tiempo antes de volver a estar sano; pero finalmente se recobró.

Tampoco el rey Marco quiso que se conociese que sir Tristán y él habían tenido un encuentro esa noche. Y en cuanto a sir Tristán, no sabía que era el rey Marco el que le había asaltado. Y sir Tristán tuvo la asistencia del rey, que le confortó mientras yacía en la cama. Pero el rey Marco no volvió a amar a sir Tristán, después de eso, el resto de su vida; aunque lo trató con mucha cortesía, no volvió a tenerle amor ninguno.

Y así pasaron muchas semanas y días, y todo fue perdonado y puesto en olvido; pues sir Segwarides no osó enfrentarse con sir Tristán por su noble proeza, y también porque era sobrino del rey Marco; por tanto lo dejó pasar; pues el que tiene una herida secreta aborrece tener una pública afrenta.

Capítulo 15

Cómo sir Bleoberis reclamó a la más hermosa dama de la corte del rey Marco, a la que se llevó, y cómo fue combatido

Y acaeció un día que el buen caballero Bleoberis de Ganis, hermano de Blamor de Garlis y primo cercano del buen caballero sir Lanzarote del Lago, llegó a la corte del rey Marco, y pidió al rey Marco un don: que le concediese el don que le pidiese de su corte. Cuando el rey le oyó pedir así se maravilló; pero ya que era caballero de la Tabla Redonda, el rey Marco le concedió su entera

petición.

–Entonces –dijo sir Bleoberis–, quiero tener a la más hermosa dama de vuestra corte que yo quiera escoger.

–No me puedo negar –dijo el rey Marco–; así que escoged a vuestra ventura.

Y Bleoberis escogió a la esposa de sir Segwarides; y la tomó de la mano, y se fue con ella; tomó después su caballo, la sentó detrás su escudero, y emprendió su camino.

Cuando sir Segwarides oyó decir que un caballero de la corte del rey Arturo se había llevado a su dama, se armó y cabalgó en pos de dicho caballero para rescatarla. Y cuando Bleoberis se hubo ido con esta dama, el rey Marco y toda su corte se enojaron de haberla perdido.

Y había allí algunas damas que sabían que había gran amor entre sir Tristán y ella, y también que esta dama amaba a sir Tristán por encima del resto de los caballeros. Entonces una de estas damas reprochó a sir Tristán de la más horrible manera, y le llamó caballero cobarde, que para vergüenza de su caballería consentía ver cómo se llevaban tan vergonzosamente a una dama de la corte de su tío. Aunque quería significar que ambos se habían amado con entero corazón. Pero sir Tristán le respondió así:

–Gentil señora, no me incumbe a mí intervenir en este asunto cuando su señor y marido está aquí presente; si su señor no hubiese estado en esta corte, entonces por la honra de esta corte habría sido yo su campeón; y si sir Segwarides no sale bien parado, puede ser que quiera yo hablar con ese buen caballero antes de que salga de este país.

Al poco rato llegó uno de los escuderos de sir Segwarides, y dijo en la corte que sir Segwarides había sido gravemente vencido y herido, al punto de la muerte; «pues al ir a rescatar a su dama, sir Bleoberis lo ha derrocado y herido gravemente».

Entonces el rey Marco tuvo pesar de ello, y toda la corte. Cuando sir Tristán oyó esto se sintió avergonzado y muy afligido; se armó y

encabalgó prestamente, y Gouvernail, su criado, le llevó el escudo y la lanza.

Y cuando cabalgaba a gran prisa, topó sir Tristán con sir Andred, su primo, que por orden del rey Marco había ido a traer, si podía, dos caballeros de la corte del rey Arturo que cabalgaban por el país en busca de aventura. Cuando sir Tristán vio a sir Andred le preguntó qué nuevas tenía.

–Así Dios me ayude –dijo sir Andred–, nunca fueron peores para mí, pues por orden del rey Marco he ido a traer dos caballeros de la corte del rey Arturo, pero uno de ellos me ha vencido y herido, y ninguna cuenta ha hecho de mi mensaje.

–Gentil primo –dijo sir Tristán–, seguid vuestro camino, que si puedo yo dar con ellos puede ser que os vengue.

Entró, pues, sir Andred en Cornualles, y sir Tristán fue en pos de los dos caballeros, de los que uno se llamaba Sagramore le Desirous, y el otro Dodinas le Savage.

Capítulo 16

Cómo sir Tristán luchó con dos caballeros de la Tabla Redonda

Al poco rato sir Tristán los vio delante de él, dos airosos caballeros.

–Señor –dijo Gouvernail a su amo–, señor, os aconsejo que no luchéis con ellos, pues son dos caballeros probados de la corte del rey Arturo.

–En cuanto a eso –dijo sir Tristán–, no dudes que me veré con ellos para acrecentar mi honra; pues hace muchos días que no he llevado a cabo ningún hecho de armas.

–Haced como queráis –dijo Gouvernail.

Y seguidamente les preguntó sir Tristán de dónde venían, y adónde iban, y qué hacían en estas marcas. Sir Sagramore miró a sir Tristán, se mofó de sus palabras, y preguntó a su vez:

–Gentil caballero, ¿sois caballero de Cornualles?

–¿Por qué lo preguntáis? –dijo sir Tristán.

–Porque es raro ver –dijo sir Sagramore– que los caballeros cornualleses seáis valientes hombres de armas; pues hace dos horas topamos con uno, dijo grandes palabras, pero después con poco esfuerzo quedó tendido en tierra. Y en mi opinión, vais a recibir el mismo don que él.

–Gentiles señores –dijo sir Tristán–, quizá yo resista más que él, y queráis o no, las habré con vos, porque es mi primo al que habéis vencido. Y por tanto haced aquí lo mejor que podáis, y sabed que a menos que os defendáis mejor en este suelo, un solo caballero de Cornualles os vencerá a los dos.

Cuando sir Dodinas le Savage le oyó esto tomó una lanza, y dijo:

–Señor caballero, prepárate.

Se separaron entonces, y se encontraron como si hubiese sido un trueno. Y la lanza de sir Dodinas se hizo trozos, pero sir Tristán le hirió con más fuerza, de manera que lo descabalgó limpiamente por la grupa del caballo, y casi le quebró el cuello.

Cuando sir Sagramore vio a su compañero recibir tal caída se preguntó qué caballero podía ser. Y enderezó su lanza con toda su fuerza, y sir Tristán contra él, y se encontraron como el trueno; y sir Tristán dio a sir Sagramore tan fuerte golpe que lo tiró a tierra, al caballo y a él, y en la caída se quebró un muslo. Después de hecho esto les preguntó sir Tristán:

–Gentiles caballeros, ¿queréis más? ¿No hay caballeros más fuertes en la corte del rey Arturo? Es vergüenza que habléis deshonrosamente de los caballeros de Cornualles, pues puede acontecer que os venza un caballero cornuallés.

–Verdad es eso –dijo sir Sagramore–, que bien lo hemos probado;

pero te requiero que nos digas tu verdadero nombre, por la fe y lealtad que debes a la alta orden de caballería.

–Mucho es lo que me encarecéis –dijo sir Tristán–, y ya que así lo queréis, sabed y entended que me llamo sir Tristán de Lionís, hijo del rey Meliodas y sobrino del rey Marco.

Entonces se alegraron los dos caballeros de haber topado con Tristán, y le rogaron que se quedase en compañía de ellos.

–No –dijo sir Tristán–, pues tengo que haberlas con uno de vuestros compañeros, de nombre sir Bleoberis de Ganis.

–Que Dios os valga bien –dijeron sir Sagramore y Dodinas.

Partió sir Tristán y siguió su camino. Y vio entonces delante de él, en un valle, dónde cabalgaba sir Bleoberis con la dama de sir Segwarides, la cual iba detrás de su escudero sobre un palafrén.

Capítulo 17

Cómo sir Tristán luchó con sir Bleoberis por una dama, y cómo a la dama le fue dado a escoger con quién quería ir

Entonces cabalgó sir Tristán a más andar hasta que lo alcanzó. Y habló sir Tristán:

–Aguardad –dijo–, caballero de la corte de Arturo; devolved a esa dama o entregádmela a mí.

–Ni lo uno ni lo otro haré –dijo Bleoberis–, pues no temo tanto a un caballero de Cornualles que me haga entregarla.

–Pues qué, ¿no puede un caballero cornuallés ser tan bueno como

cualquier caballero? –dijo sir Tristán–. Este mismo día dos caballeros de vuestra corte, a tres millas de aquí, se han encontrado conmigo, y antes de separarnos han hallado a un caballero cornuallés harto bueno para ambos.

–¿Cuáles eran sus nombres? –dijo Bleoberis.

–Me han dicho –dijo sir Tristán– el uno que se llamaba sir Sagramore le Desirous, y el otro Dodinas le Savage.

–¡Ah! –dijo sir Bleoberis–, ¿os habéis encontrado con ellos? Así Dios me ayude, pues eran dos buenos caballeros, y hombres de gran merecimiento; y si los habéis vencido, de necesidad habéis de ser buen caballero; pero aunque los hayáis vencido no me dais miedo, sino que habréis de vencerme si queréis tener a esta dama.

–Entonces defendeos –dijo sir Tristán.

Y se separaron, se juntaron como el trueno, y se derribaron uno al otro, caballo y todo, a tierra. Dejaron entonces los caballos y se acometieron ansiosamente con la espada, y poderosamente, acosando y esquivando a diestra y a siniestra más de dos horas. Y a veces se arremetían con tal fuerza que caían ambos de bruces en el suelo. Entonces sir Bleoberis de Ganis saltó atrás, y dijo así:

–Gentil y buen caballero, contened un momento vuestras manos y hablemos.

–Decid qué queréis –dijo Tristán–, que yo os responderé.

–Señor –dijo Bleoberis–, quisiera saber de dónde sois, y de quién venís, y cuál es vuestro nombre.

–Así Dios me ayude –dijo sir Tristán–, no temo deciros mi nombre. Sabed que soy hijo del rey Meliodas, y mi madre es hermana del rey Marco, y me llamo sir Tristán de Lionís, y el rey Marco es mi tío.

–En verdad –dijo Bleoberis– que me alegro mucho de vos, pues sois el que dio muerte a Marhaus el caballero, mano por mano, en una isla, por el tributo de Cornualles; también habéis vencido a sir Palomides el buen caballero en un torneo de una isla, donde él venció a sir Gawain y sus nueve compañeros.

–Así me ayude Dios –dijo sir Tristán–, sabed que soy el mismo caballero; ahora que os he dicho mi nombre, decidme el vuestro de buena voluntad.

–Sabed que me llamo sir Bleoberis de Ganis, y mi hermano se llama sir Blamor de Ganis, y es tenido por buen caballero, y somos hijos de la hermana de mi señor sir Lanzarote del Lago, al que tenemos por uno de los mejores caballeros del mundo.

–Eso es verdad –dijo sir Tristán–, sir Lanzarote no tiene quien lo iguale en cortesía y caballería; y por él, no quiero luchar más con vos, por el gran amor que tengo a sir Lanzarote del Lago.

–En buena fe –dijo Bleoberis–, en cuanto a mí, soy contrario a luchar con vos; pero ya que me habéis seguido hasta aquí para tener a esta dama, os ofrezco amabilidad, cortesía y gentileza en este suelo. Pondremos a esta dama entre nosotros dos, y aquél al que ella quiera seguir, téngala en paz.

–De buen grado –dijo Tristán–; pues, como creo, os dejará y vendrá conmigo.

–Ahora mismo lo veréis probado –dijo Bleoberis.

Capítulo 18

Cómo la dama abandonó a sir Tristán y se quedó

con con sir Bleoberis, y cómo deseó ir a su marido

Y cuando fue puesta entre los dos, dijo esta dama a sir Tristán:

–Sabed bien, sir Tristán de Lionís, que hace poco eras tú el hombre del mundo al que yo más amaba y en quien más fiaba, y creía que tú me amabas también a mí por encima de todas las damas; pero cuando viste que este caballero me llevaba, no hiciste nada por rescatarme, sino que consentiste que mi señor Segwarides fuese tras

de mí; pero hasta esa hora yo creía que me amabas; y por tanto quiero dejarte ahora, y no amarte más.

Y con esto fue a sir Bleoberis. Cuando sir Tristán la vio hacer tal cosa se enojó prodigiosamente con dicha dama, y sintió vergüenza de volver a la corte.

–Sir Tristán –dijo sir Bleoberis–, estáis en falta, pues entiendo por las razones de esta dama que hasta este día confiaba en vos por encima de todos los caballeros terrenales, y, como ella dice, la habéis defraudado; por tanto sabed bien que no hay quien pueda retener al que se quiere ir; y antes de que toméis disgusto conmigo quisiera que la tuvieseis, y que ella permaneciese con vos.

–No –dijo la dama–, así Dios me ayude, nunca iré con él; pues aquel quien yo más amaba, creía que me amaba. Y por tanto, sir Tristán, vuelve por donde has venido, pues aunque hubieses vencido a este caballero, como seguramente habrías hecho, jamás habría ido contigo. Y rogaré a este caballero tan leal a su caballería que antes de salir de este país quiera llevarme a la abadía donde yace mi señor sir Segwarides.

–Así Dios me ayude –dijo Bleoberis–; os hago saber, buen caballero sir Tristán, que como el rey Marco me dio a escoger un don en esta corte, esta dama es la que más me plació, aunque está casada y tiene señor; y ya que he cumplido mi demanda, será enviada a su marido otra vez, y muy especialmente por vos, sir Tristán; y si ella quisiese ir con vos, quisiera yo que la tuvieseis.

–Os lo agradezco –dijo sir Tristán–; pero por su amor, miraré bien en qué clase de dama pongo mi amor o mi confianza; pues de haber estado ausente de la corte su señor, sir Segwarides, habría sido yo el primero en seguiros; pero ya que me habéis rechazado, como caballero verdadero que soy, ahora sabré por cierto a quién puedo amar o en quién fiar.

Y se despidieron uno del otro y partieron. Y cabalgó sir Tristán hacia Tintagel, y sir Bleoberis fue a la abadía donde sir Segwarides yacía malherido, y allí le entregó su dama, y partió como noble caballero. Y cuando sir Segwarides vio a su dama, se sintió muy confortado; y entonces le contó ella que sir Tristán había hecho

gran batalla con sir Bleoberis, y que la devolviesen. Mucho placieron estas palabras a sir Segwarides, que hubiese hecho tanto sir Tristán; y también esta dama contó al rey Marco toda la batalla entre sir Tristán y Bleoberis.

Capítulo 19

Cómo el rey Marco envió a sir Tristán a Irlanda por La Bella Isolda, y cómo por fortuna arribó a Inglaterra

Después de hecho esto no cesaba el rey Marco de meditar en su corazón cómo podía destruir a sir Tristán. Y entonces determinó enviar a sir Tristán a Irlanda por La Bella Isolda. Pues sir Tristán había alabado tanto su belleza y bondad que el rey Marco dijo que quería casar con ella; por lo que rogó a sir Tristán que tomase el camino de Irlanda por él con este mensaje. Y todo esto lo hacía con intención de perder a sir Tristán. Sin embargo, sir Tristán, por contentar a su tío, no quiso rechazar el mensaje pese a los muchos riesgos y peligros que podían venirle, sino que se aprestó a ir de la más hermosa manera que se podía concebir. Pues sir Tristán llevó con él a los caballeros más gallardos que pudo hallar en la corte; y fueron aderezados a la manera que entonces se usaba, con el mayor esplendor. Y partió sir Tristán y embarcó con toda su compañía.

Y cuando estuvo en alta mar, los sorprendió una tempestad, a él y a su compañía, que los empujó otra vez a la costa de Inglaterra; y arribaron muy cerca de Camelot, y se alegraron mucho de poder tomar tierra. Y cuando hubieron desembarcado sir Tristán asentó su pabellón en la tierra de Camelot, y allí colgó su escudo sobre el pabellón.

Y ese mismo día llegaron dos caballeros del rey Arturo, de los que uno era sir Héctor de Maris, y el otro sir Morganor. Y tocaron el

escudo, y le ordenaron que saliese del pabellón a justar, si quería.

–Tendréis respuesta –dijo sir Tristán–, si queréis aguardar un poco.

Y se apercibió, y primero derribó a sir Héctor de Maris y después a sir Morganor, todo con una sola lanza, y los dejó muy magullados. Y cuando estuvieron tendidos en tierra preguntaron a sir Tristán quién era, y de qué país era caballero.

–Gentiles señores –dijo sir Tristán–, sabed bien que soy de Cornualles.

–¡Ay! –dijo sir Héctor–, ahora tengo vergüenza de que un caballero cornuallés me haya vencido.

Y por despecho sir Héctor arrojó la armadura lejos de sí, y se marchó a pie, y no quiso cabalgar.

Capítulo 20

Cómo el rey Agwisance de Irlanda fue emplazado a ir a la corte del rey Arturo por traición

Acaeció entonces que sir Bleoberis y sir Blamor de Ganis, que eran hermanos, habían emplazado al rey Agwisance de Irlanda para que fuese a la corte de Arturo, so pena de extrañarse la buena gracia del rey Arturo. Y si el rey de Irlanda no acudía el día designado y señalado, perdería sus tierras.

Y acaeció que el día designado, ni el rey Arturo ni sir Lanzarote podían estar allí para administrar justicia, pues el rey Arturo estaba con sir Lanzarote en el Castillo de la Gozosa Guarda; y el rey Arturo había escogido al rey Carados y al rey de los Escoceses para que hiciesen ese día de jueces.

Y estando los reyes en Camelot, llegó el rey Agwisance de Irlanda

para conocer a sus acusadores. Y estaba allí sir Blamor de Ganis, que acusó al rey de Irlanda de traición, y haber dado muerte a traición a un primo suyo en su corte de Irlanda.

El rey se quedó muy turbado ante esta acusación, por la que le emplazaba el rey Arturo, ya que antes de venir a Camelot no sabía por qué se le había mandado llamar. Y cuando el rey oyó a sir Blamor decir esto, comprendió que no había otro remedio que responderle caballerescamente, pues tal era la costumbre en aquel tiempo, que si un hombre era acusado de cualquier traición u homicidio debía luchar cuerpo por cuerpo, o buscar a un caballero que lo hiciese por él. Y en aquel tiempo toda clase de crímenes eran llamadas traición. Así que cuando el rey Agwisance oyó la acusación tuvo mucho pesar, pues sabía que sir Blamor de Ganis era un noble caballero, y procedía de nobles caballeros. En ese momento el rey de Irlanda estaba escasamente provisto para responder; por tanto los jueces le concedieron que pudiese responder a los tres días. Y con eso partió el rey a su aposentamiento.

Entre tanto llegó una dama al pabellón de sir Tristán haciendo gran duelo.

–¿Qué os aqueja –dijo sir Tristán–, que hacéis tal duelo?

–Ah, gentil señor –dijo la dama–, avergonzada soy, a menos que algún buen caballero me ayude; pues una gran dama de merecimiento me ha enviado con un hermoso escudo y rico para sir Lanzarote del Lago; y aquí cerca he topado con un caballero que me ha arrojado de mi palafrén y me ha quitado el escudo.

–Bien, mi señora –dijo sir Tristán–; por mi señor Lanzarote haré que tengáis ese escudo otra vez, a menos que sea vencido en ello.

Y tomó sir Tristán su caballo, preguntó a la dama qué camino llevaba el caballero, y ella se lo dijo. Y fue en su busca, y al poco rato lo alcanzó. Y entonces sir Tristán le dijo a voces que volviese y devolviese el escudo.

Capítulo 21

Cómo sir Tristán recuperó un escudo de un caballero,

y cómo Gouvernail le habló del rey Agwisance

Dio vuelta el caballero a su caballo, y se aprestó a luchar. Y sir Tristán le dio con la espada tal golpe que lo derribó a tierra. Y entonces se rindió a sir Tristán.

–Entonces da media vuelta –dijo sir Tristán–, y lleva el escudo a la dama otra vez.

Y tomó débilmente su caballo y cabalgó con sir Tristán; y por el camino sir Tristán le preguntó su nombre. Entonces dijo él:

–Me llamo Breunis Saunce Pité.

Y cuando hubo entregado el escudo a la dama, dijo:

–Señor, con esto el escudo queda bien remediado.

Entonces sir Tristán le dejó libre otra vez, lo que después le pesó mucho, pues era gran enemigo de muchos buenos caballeros de la corte del rey Arturo.

Y estando sir Tristán en su pabellón, entró Gouvernail, su criado, y le dijo cómo había llegado el rey Agwisance de Irlanda, y había sido puesto en gran congoja; y allí contó Gouvernail a sir Tristán cómo el rey Agwisance había sido emplazado y acusado de homicidio.

–Así Dios me ayude –dijo sir Tristán–; ésta es la mejor nueva que me llega en siete años, pues ahora el rey de Irlanda tendrá menester de mi ayuda; pues oso decir que no hay caballero en este país, salvo que sea de la corte de Arturo, que se atreva a hacer batalla con sir Blamor de Ganis; y para ganar el amor del rey de Irlanda tomaré esa batalla sobre mí; y por tanto, Gouvernail, te ruego que me encarezcas al rey.

Entonces fue Gouvernail al rey Agwisance de Irlanda, y le saludó gentilmente. El rey le dio la bienvenida y le preguntó qué quería.

–Señor –dijo Gouvernail–, hay aquí cerca un caballero que desea hablar con vos: me manda que os diga que quisiera hacer vuestro servicio.

–¿Qué caballero es? –dijo el rey.

–Señor –dijo–, es sir Tristán de Lionís, que quiere devolveros en este país la buena gracia que le mostrasteis en vuestras tierras.

–Ven conmigo, compañero –dijo el rey–, y llévame en seguida a donde está sir Tristán.

Y tomó el rey una pequeña hacanea y muy poca compañía con él, y fue al pabellón de sir Tristán. Y cuando sir Tristán vio al rey corrió a él y quiso tenerle el estribo. Pero el rey saltó ligeramente del caballo, y se abrazaron el uno al otro.

–Mi gracioso señor –dijo sir Tristán–, muchas gracias por la gran bondad que me mostrasteis en vuestras marcas y tierras; en aquella sazón os prometí prestaros servicio siempre que estuviese en mi poder.

–¡Ah, gentil caballero! –dijo el rey a sir Tristán–; ahora tengo gran necesidad de vos; jamás he tenido tanta necesidad de ayuda de ningún caballero.

–¿Cómo es eso, mi buen señor? –dijo sir Tristán.

–Os lo contaré –dijo el rey–: he sido llamado de mi país y acusado de la muerte de un caballero que era pariente del buen caballero sir Lanzarote; por lo que sir Blamor de Ganis, hermano de sir Bleoberis, me ha emplazado para que luche con él, o busque un caballero que lo haga por mí. Y sé bien que los que provienen de sangre del rey Pan, como sir Lanzarote y estos otros, son muy buenos caballeros, y más difíciles de vencer en batalla que ninguno de cuantos yo conozco vivos.

–Señor –dijo sir Tristán–, por la buena protección que me mostrasteis en Irlanda, y por mi señora vuestra hija, La Bella Isolda,

tomaré la batalla por vos con esta condición: que me otorguéis dos cosas: una es que me juréis que estáis en el derecho, y que no habéis consentido la muerte de ese caballero. Después, señor, cuando haya hecho yo esta batalla, si Dios me concede la gracia de salir bien librado, que me daréis una recompensa, una cosa razonable que os quiero pedir.

–Así Dios me ayude –dijo el rey–; tendréis lo que queráis pedirme.

–Bien dicho está –dijo sir Tristán.

Capítulo 22

Cómo sir Tristán luchó por sir Agwisance y venció a su adversario, y cómo su adversario no quiso rendirse a él

–Ahora enviad respuesta de que vuestro campeón está dispuesto; pues moriré en vuestra querella antes que ser desleal.

–No tengo ninguna duda de vos –dijo el rey–; aunque tuvieseis que haberlas con sir Lanzarote del Lago.

–Señor –dijo sir Tristán–, en cuanto a sir Lanzarote, es considerado el caballero más noble del mundo, y sabed bien que los caballeros de su sangre son hombres nobles que temen la vergüenza; y en cuanto a Bleoberis, hermano de sir Blamor, he hecho batalla con él, y por mi cabeza que no es vergüenza llamarle buen caballero.

–Dicen –dijo el rey– que Blamor es el caballero más osado.

–Señor, en cuanto a eso, dejad que lo sea; no será rechazado, así fuese el mejor caballero que ahora lleva escudo o lanza.

Fue, pues, el rey Agwisance al rey Carados y a los reyes que en esa

sazón hacían de jueces, y les dijo que había hallado apercibido a su campeón. Entonces, por orden de los reyes, fueron mandados llamar sir Blamor de Ganis y sir Tristán para oír el cargo. Y cuando estuvieron ante los jueces, hubo muchos reyes y caballeros que observaron a sir Tristán, y hablaron mucho de él porque había matado a sir Marhaus, el buen caballero, y porque había vencido en una justa al buen caballero sir Palomides. Y cuando hubieron oído su cargo, se retrajeron para aprestarse a hacer batalla. Entonces dijo sir Bleoberis a su hermano sir Blamor:

–Gentil y querido hermano, recordad de qué linaje venimos, y qué hombre es sir Lanzarote del Lago, ni más ni menos que hijos de hermanos, y jamás ha sido avergonzado en batalla ninguno de nuestro linaje; de manera que sufrid la muerte, hermano, antes que ser avergonzado.

–Hermano –dijo Blamor–, no tengáis ningún temor de mí, pues nunca avergonzaré a los de mi sangre; aunque estoy cierto de que ese caballero es tenido por muy buen caballero, y de su edad uno de los mejores del mundo, no me rendiré, ni diré la palabra infamante. Bien puede ser que me derribe con su gran fuerza de caballería, pero antes me matará que rendirme como menguado.

–Que Dios os valga –dijo sir Bleoberis–, pues lo hallaréis el más poderoso caballero con que os habéis visto nunca hasta aquí, pues yo lo conozco, ya que las he habido con él.

–Que Dios me valga –dijo sir Blamor de Ganis; y con esto llevó su caballo a un extremo de la liza, y sir Tristán fue al otro; y enristraron sus lanzas, y chocaron como si fuese un trueno; y allí sir Tristán con gran fuerza derribó a sir Blamor y su caballo a tierra.

Al punto dejó sir Blamor el caballo, sacó la espada, se puso el escudo delante, y pidió a sir Tristán que se apease, «pues aunque un caballo me ha fallado, confío en Dios que la tierra no me falle».

Entonces se apeó sir Tristán y se aprestó a batallar; y se acometieron poderosamente, acosando y hurtando, tirando tajos y estocadas, y muchos terribles golpes, de manera que los reyes y caballeros se maravillaban de que pudiesen tenerse de pie; pues luchaban como hombres sañudos, de manera que jamás se vio

luchar a dos caballeros más ferozmente que ellos; pues sir Blamor era tan impetuoso que no quería descansar, y todos se maravillaban de que tuviesen aliento para seguir; y todo el lugar donde luchaban estaba ensangrentado. Y finalmente sir Tristán descargó tal golpe a sir Blamor encima del yelmo que éste cayó de costado, y sir Tristán se quedó mirándolo.

Capítulo 23

Cómo sir Blamor pidió a Tristán

que le matase, y cómo sir Tristán le perdonó,

y cómo tuvieron acuerdo

Cuando sir Blamor pudo hablar, dijo así:

–Señor Tristán de Lionís, te requiero, como noble caballero que eres, y el mejor caballero que he hallado, que me mates, pues no quisiera vivir así me hiciesen señor de toda la tierra; pues antes quiero morir con honra que vivir con vergüenza; y de necesidad, sir Tristán, debes matarme, o nunca ganarás el campo; pues jamás diré la palabra infamante. Y por tanto, si te atreves a matarme, te pido que lo hagas.

Cuando sir Tristán le oyó hablar así tan caballerescamente, no supo qué hacer con él, recordando ambas partes: de qué sangre venía, y por sir Lanzarote era contrario a matarle; y por la otra parte, de ninguna manera podía escoger, sino que debía hacerle decir la palabra infamante, o matarle.

Entonces sir Tristán se retrajo, fue a los reyes que eran jueces, se hincó de rodillas ante ellos, y les suplicó por el honor de todos ellos, y por el rey Arturo y sir Lanzarote, que tomasen el caso en sus manos.

–Pues, mis gentiles señores –dijo sir Tristán–, sería vergüenza y lástima que este noble caballero que allí yace muriese; pues bien le oís que no quiere ser avergonzado, y ruego a Dios que no tenga que morir ni ser avergonzado por mí. Y en cuanto al rey por el que he luchado, le requiero, como campeón suyo que soy, y caballero verdadero en este campo, para que tenga merced de este caballero.

–Así Dios me ayude –dijo el rey Agwisance–; por vos, señor Tristán, procederé como vos digáis, pues os tengo por mi caballero leal; y por tanto ruego vivamente a los reyes que aquí hacen de jueces que lo tomen en sus manos.

Y los reyes que eran jueces llamaron a sir Bleoberis, y le pidieron su consejo.

–Mis señores –dijo Bleoberis–, aunque mi hermano ha sido vencido, y tiene lo peor por fuerza de armas, me atrevo a decir que, si bien sir Tristán ha vencido su cuerpo, no ha vencido su corazón; y a Dios gracias no ha sido avergonzado este día; y antes de que sea avergonzado os exhorto a que hagáis que lo mate sir Tristán.

–No será así –dijeron los jueces–; pues su parte adversaria, el rey y su campeón, tienen piedad de la caballería de sir Blamor.

–Mis señores –dijo Bleoberis–, de buen grado acepto como vos queráis.

Entonces llamaron los reyes al rey de Irlanda, y lo hallaron cortés y tratable. Y por consejo de todos, sir Tristán y sir Bleoberis levantaron a sir Blamor, y los dos hermanos fueron acordados con el rey Agwisance, y se besaron y se hicieron amigos para siempre. Y entonces se besaron sir Blamor y sir Tristán, y allí hicieron juramento de que ninguno de los dos hermanos lucharía nunca con sir Tristán, y el mismo juramento hizo sir Tristán. Y por esta gentil batalla toda la sangre de sir Lanzarote amó siempre a sir Tristán.

Entonces se despidieron el rey Agwisance y sir Tristán, y navegaron para Irlanda con gran nobleza y contento. Y cuando estuvieron en Irlanda el rey hizo que se conociese por todo el país cómo y de qué manera había hecho sir Tristán por él. Entonces la reina y todos los que allí estaban le hicieron todos los honores que pudieron. Pero la

alegría que La Bella Isolda hizo de sir Tristán ninguna lengua la podría contar, pues de todos los hombres terrenales era al que más amaba.

Capítulo 24

Cómo sir Tristán pidió a La Bella Isolda para el rey Marco, y cómo sir Tristán e Isolda bebieron el bebedizo amoroso

Y un día el rey Agwisance preguntó a sir Tristán por qué no pedía su don, pues fuera lo que fuese, le había prometido que lo tendría sin falta.

–Señor –dijo sir Tristán–, ahora es sazón; esto es lo que deseo: que me deis a La Bella Isolda, vuestra hija, no para mí, sino para mi tío, el rey Marco, que la hará su esposa, pues así se lo he prometido.

–¡Ay! –dijo el rey–, hubiera preferido, más que toda la tierra que tengo, haberla casado con vos.

–Señor, si así fuese, quedaría yo avergonzado para siempre en este mundo, y falso a mi promesa. Por tanto –dijo sir Tristán–, os ruego que mantengáis la promesa que me hicisteis; pues este es mi deseo; que me deis a La Bella Isolda para que venga conmigo a Cornualles y sea desposada con el rey Marco, mi tío.

–En cuanto a eso –dijo el rey Agwisance–, con vos la tendréis para hacer con ella lo que os plazca; a saber, que si queréis casaros vos mismo con ella, es lo que más me alegraría; y si queréis darla a vuestro tío, el rey Marco, vuestra será la elección.

Y para abreviar la conclusión, La Bella Isolda fue aparejada para ir con sir Tristán, y doña Bragwaine fue con ella como su dueña principal, con muchas otras.

Entonces la reina, madre de Isolda, dio a doña Bragwaine, dueña de su hija, y a Gouvernail, un bebedizo encareciéndoles que el día que el rey Marco y ella se desposasen, ese mismo día les diesen el bebedizo, de manera que el rey Marco lo ofreciese a La Bella Isolda, «y entonces –dijo la reina–, estoy cierta de que se amarán todos los días de su vida». Así les fue encomendado este bebedizo a doña Bragwaine y a Gouvernail.

Y poco después sir Tristán se hizo a la mar con La Bella Isolda; y cuando estaban en su aposento, acaeció que tuvieron sed; y vieron una pequeña redoma de oro al lado de ellos que parecía por el color y el sabor que era de noble vino. Entonces sir Tristán tomó la redoma, y dijo:

–Señora Isolda, aquí está el mejor licor que hayáis bebido, que doña Bragwaine, vuestra doncella, y Gouvernail, mi criado, guardaban para ellos.

Entonces se rieron y alegraron, y se lo ofrecieron el uno al otro en abundancia, y pensaron que jamás habían bebido un licor tan dulce y bueno como aquél. Pero cuando el bebedizo estuvo en sus cuerpos, se amaron tanto uno al otro que nunca les dejó ese amor ni por ventura ni por desventura. Y así nació el amor entre Tristán y La Bella Isolda, el cual no los dejó en todos los días de su vida.

Y navegaron hasta que por fortuna llegaron cerca de un castillo llamado Pluere, y desembarcaron allí para reposarse, creyendo que les darían buena posada. Pero luego que estuvo Tristán dentro del castillo, fueron hechos prisioneros; pues tal era la costumbre del castillo, que el que pasase por él con una dama, necesariamente debía luchar con el señor, que se llamaba Breunor. Y si acaecía que Breunor ganaba el campo, entonces debían ser condenados a muerte el extranjero y su dama, quienesquiera que fuesen; y si era el caballero extraño el que ganaba el campo de sir Breunor, entonces debían morir él y su dama. Esta costumbre se usaba desde hacía muchos años, pues por ella se llamaba el Castillo Pluere, que quiere decir Castillo del Llanto.

Capítulo 25

Cómo sir Tristán e Isolda estuvieron

en prisión, y cómo luchó él por su belleza,

y le cortó la cabeza a otra dama

Y estando sir Tristán y La Bella Isolda en prisión, acaeció que fueron un caballero y una dama a ellos para animarlos.

–Me maravilla –dijo Tristán al caballero y a la dama– por qué causa nos tiene en prisión el señor de este castillo. Nunca fue costumbre en ningún lugar de honor donde yo haya estado, que cuando un caballero y una dama pidiesen posada, se los acogiese, para después destruir a los que debían ser sus huéspedes.

–Señor –dijo el caballero–, ésta es la vieja costumbre de este castillo, que cuando aquí llega un caballero de necesidad ha de luchar con nuestro señor, y perder la cabeza el que sea más flojo. Y después de hecho esto, si la dama que trae es más fea que la de nuestro señor, deberá perder la cabeza; y si prueba ser más hermosa que nuestra señora, entonces la señora de este castillo perderá la suya.

–Así Dios me ayude –dijo sir Tristán–; fea costumbre es ésta, y vergonzosa. Pero una ventaja tengo yo; pues la dama que yo tengo es sobradamente hermosa, como no he visto otra en todos los días de mi vida, y no temo que por falta de belleza pueda perder la cabeza; y antes que perderla yo, lucharé por ella en campo llano. Por donde, señor caballero, os ruego que digáis a vuestro señor que estaré presto mañana, con mi dama, para hacer batalla, con tal que pueda tener mi caballo y mi armadura.

–Señor –dijo el caballero–, yo me ocuparé de que sea satisfecho vuestro deseo –y dijo después–: descansad, y ved de estar levantado con el alba, y prestos vos y vuestra dama, pues nada os faltará de cuanto tengáis menester.

Y con esto partió, y con el alba al otro día fue a sir Tristán este mismo caballero, los sacó a él y a su dama, le llevó el caballo y la

armadura que eran suyos, y le dijo que se aparejase para ir al campo, pues todos los estados y comunes del señorío estaban prestos a contemplar esa batalla y juicio.

Entonces llegó sir Breunor, señor de aquel castillo, con su dama de la mano, embozada, y preguntó a sir Tristán dónde estaba la suya:

–Pues si es tu dama más hermosa, con tu espada habrás de cortarle la cabeza a la mía; y si es más hermosa la mía, con mi espada se la debo tajar yo a la tuya. Y si puedo vencerte, tu dama será mía, y tú perderás la cabeza.

–Señor –dijo Tristán–, fea costumbre es ésa, y horrible; y antes de que mi dama perdiese su cabeza quisiera perder yo la mía.

–No, no –dijo sir Breunor–, primero han de ser mostradas las damas juntas, y recibir una de ellas su juicio.

–No será así –dijo sir Tristán–, pues no hay ninguno aquí que dé un juicio justo, aunque no dudo que mi dama es más hermosa que la tuya, lo que probaré y haré bueno con mi mano. Y al que diga lo contrario lo probaré sobre su cabeza.

Y con esto mostró sir Tristán a La Bella Isolda, y le dio tres vueltas, con la espada desnuda en la mano. Y cuando sir Breunor vio eso, de la misma manera hizo con su dama. Pero, cuando sir Breunor contempló a La Bella Isolda, pensó que nunca había visto una dama más hermosa, y entonces temió que le cortasen la cabeza a la suya. Y toda la gente que estaba allí presente dio juicio de que La Bella Isolda era más hermosa dama y la mejor hecha.

–¿Ahora qué? –dijo sir Tristán–. Creo que es gran lástima que mi señora perdiese la cabeza, pero ya que hace mucho tiempo que tú y ella usáis esta malvada costumbre, y por ambos han sido destruidos muchos buenos caballeros y damas, no sería pérdida ninguna destruiros a ambos.

–Así Dios me ayude –dijo sir Breunor–, pues a decir verdad, tu dama es más hermosa que la mía, y eso me pesa mucho. Y así lo oigo decir a la gente privadamente; pues de todas las mujeres que he visto ninguna era tan bella; y por tanto, si quieres matar a mi

dama, no dudes que te mataré a ti y tendré a la tuya.

–La vas a ganar más caramente –dijo sir Tristán– de lo que nunca ganó a una dama caballero ninguno. Y por culpa de tu propio juicio, como querías haber hecho a mi dama si hubiese sido más fea, y por esa malvada costumbre, dame a tu dama.

Y con esto se llegó sir Tristán a él, le tomó la dama y de un tajo espantoso le cortó limpiamente la cabeza.

–Caballero –dijo Breunor–, ahora me has hecho un gran menosprecio;

Capítulo 26

Cómo luchó sir Tristán con sir Breunor,

y finalmente le cortó la cabeza

toma ahora tu caballo: ya que estoy sin dama, ganaré la tuya si puedo.

Entonces tomaron sus caballos y se juntaron como si hubiese sido el trueno; y sir Tristán derribó limpiamente a sir Breunor de su caballo, y se levantó con ligereza; y al acercarse sir Tristán otra vez a él, sir Breunor le atravesó los dos hombros a su caballo, de manera que éste corrió de aquí para allá, y cayó muerto al suelo. Y no cesaba sir Breunor de ir detrás para matar a sir Tristán; pero sir Tristán era ligero y diestro, y dejó el caballo con presteza. Y antes de que sir Tristán pudiese embrazar su escudo y su espada, el otro le dio tres o cuatro cuchilladas terribles. Entonces se arremetieron como dos jabalíes, acosando y esquivando poderosa y diestramente como dos nobles caballeros. Pues este sir Breunor era un caballero probado, y hasta entonces había sido la muerte de muchos buenos caballeros, de manera que era lástima que hubiese durado tanto. Así lucharon, arremetiéndose aquí y allá cerca de dos horas, hiriéndose ambos gravemente.

Finalmente sir Breunor se abalanzó sobre sir Tristán y lo asió con sus brazos, pues fiaba mucho en su fuerza. Entonces era tenido sir Tristán por el caballero más fuerte y alto del mundo; pues era considerado más recio que sir Lanzarote, aunque sir Lanzarote era de más aliento. Y al punto sir Tristán arrojó a sir Breunor de bruces, le desenlazó el yelmo y le tajó la cabeza.

Y entonces todos los del castillo fueron a él, y le rindieron pleito homenaje, rogándole que permaneciese allí algún tiempo para poner fin a esta malvada costumbre. A lo que consintió sir Tristán. Entretanto, fue uno de los caballeros del castillo a sir Galahaut, el Alto Príncipe, hijo de sir Breunor, y noble caballero, y le contó qué desventura habían tenido su padre y su madre.

Capítulo 27

Cómo luchó sir Galahaut con sir Tristán, y cómo se rindió sir Tristán y prometió ser compañero de Lanzarote

Entonces llegó sir Galahaut, y el Rey de los Cien Caballeros con él; y este sir Galahaut ofreció luchar con sir Tristán mano por mano. Y se aprestaron a hacer batalla a caballo con gran valor.

Y sir Galahaut y sir Tristán se arremetieron con tal fuerza que se derribaron el uno al otro, caballo y todo, a tierra. Y entonces dejaron los caballos como nobles caballeros, embrazaron los escudos y sacaron las espadas con ira y rencor, y se dieron espesos golpes, tirando cuchilladas unas veces, estocadas otras, acosando y esquivando como nobles caballeros; así lucharon mucho tiempo, casi medio día, y ambos estaban malheridos.

A la postre sir Tristán se mostró recio y ligero, y dobló sus golpes, haciendo retroceder a sir Galahaut de un lado para otro, de manera

que parecía que lo iba a matar. En esto llegó el Rey de los Cien Caballeros, y toda esa compañía fue ferozmente sobre sir Tristán. Cuando sir Tristán los vio venir sobre él, comprendió que no podría resistir. Entonces, como experimentado caballero de guerra, dijo a sir Galahaut, el Alto Príncipe:

–Señor, no me mostráis caballería ninguna al consentir que todos vuestros hombres las hayan conmigo a la vez; y como creo que sois un noble caballero por vuestras manos, es gran vergüenza para vos.

–Así Dios me ayude –dijo sir Galahaut–, no hay otro camino sino rendirte a mí, de lo contrario morirás –dijo sir Galahaut a sir Tristán.

–Antes quiero rendirme a vos que morir, pues es más por el poder de vuestros hombres que de vuestras manos –y seguidamente tomó sir Tristán su propia espada por la punta, y puso el pomo en la mano de sir Galahaut.

En eso llegó el Rey de los Cien Caballeros, y empezó a asaltar sañudamente a sir Tristán.

–Dejad –dijo sir Galahaut–, no seáis tan osado de tocarle, pues he concedido la vida a este caballero.

–Eso es vergüenza para vos –dijo el Rey de los Cien Caballeros–; ¿acaso no ha matado a vuestro padre y a vuestra madre?

–En cuanto a eso –dijo sir Galahaut–, no le puedo culpar grandemente, pues mi padre le tuvo en prisión, y le forzó a hacer batalla con él; y mi padre tenía una vergonzosa costumbre: que cuando un caballero llegaba a pedir posada, de necesidad su dama debía morir, a menos que fuese más hermosa que mi madre; y si mi padre vencía a ese caballero, de necesidad debía morir. Era una vergonzosa costumbre y usanza, que por pedir posada un caballero tuviese tal aposentamiento. Y por esta costumbre nunca quise acercarme a él.

–Así Dios me ayude –dijo el rey–; ésa era una vergonzosa costumbre.

–En verdad –dijo sir Galahaut–, así me lo parecía; y creo que habría sido gran lástima que hubiese matado a este caballero, pues me atrevo a decir que es el hombre más noble de cuantos viven, haciendo salvedad de sir Lanzarote del Lago. Y ahora, gentil caballero, te requiero que me digas tu nombre, y de dónde eres, y adónde quieres ir.

–Señor –dijo él–, me llamo Tristán de Lionís, y por el rey Marco de Cornualles he sido enviado con mensaje al rey Agwisance de Irlanda de traer a su hija para hacerla su esposa; y aquí está ella presta a ir conmigo a Cornualles; y se llama La Bella Isolda.

–¡Ah, sir Tristán! –dijo sir Galahaut, el Alto Príncipe–, bien hallado seáis en estas marcas; y si me prometéis ir a sir Lanzarote del Lago y tenerle compañía, iréis adonde queráis, y vuestra hermosa dama con vos; y os prometo que nunca en todos mis días se volverá a usar tal costumbre en este castillo como se ha usado.

–Señor –dijo sir Tristán–, ahora os hago saber, así Dios me ayude, que creí que erais sir Lanzarote del Lago cuando os vi al principio, y por tanto os temí más; y señor, os prometo que, tan presto como pueda, veré a sir Lanzarote, y me acompañaré con él; pues de todos los caballeros del mundo es su compañía la que más deseo.

Capítulo 28

Cómo sir Lanzarote topó con sir Carados

llevando a sir Gawain, y del rescate de sir Gawain

Y entonces sir Tristán, cuando vio su sazón, se despidió y se hizo a la mar.

Y entretanto llegó nueva a sir Lanzarote y a sir Tristán de que sir Carados, el poderoso rey, que era de hechura como un gigante, luchaba con sir Gawain; y le dio tales golpes que perdió su acuerdo en la silla, y después de eso lo tomó por el cuello, lo sacó de la silla,

lo ató firmemente al arzón, y se puso en camino con él hacia su castillo. Y mientras cabalgaba, sir Lanzarote topó por fortuna con sir Carados, y al punto reconoció a sir Gawain, que iba atravesado y atado detrás.

–¡Ah! –dijo sir Lanzarote a sir Gawain–, ¿cómo os halláis?

–Peor que nunca –dijo sir Gawain–, a menos que me ayudéis, pues así Dios me ayude, si no me rescatáis vos, no sé de ningún caballero que lo pueda hacer, sino vos o sir Tristán.

Por lo que sir Lanzarote tuvo pesar de las palabras de sir Gawain. Y dijo entonces sir Lanzarote a sir Carados:

–Baja a ese caballero y lucha conmigo.

–No eres sino un necio –dijo sir Carados–, pues te voy a servir de la misma manera.

–En cuanto a eso –dijo sir Lanzarote–, no me excuses, porque te prevengo que yo no te voy a excusar.

Ató entonces a sir Gawain de pies y manos, y lo arrojó así al suelo. Y tomó seguidamente la lanza de su escudero, y se alejó de sir Lanzarote para tomar carrera. Y se encontraron el uno con el otro, y quebraron sus lanzas hasta sus manos; sacaron entonces las espadas, y se acometieron a caballo más de una hora. Y finalmente sir Lanzarote dio a sir Carados tal golpe encima del yelmo que le abrió la tapa de los sesos. Entonces sir Lanzarote asió a sir Carados por el cuello y lo arrojó a los pies del caballo, se apeó, le arrancó el yelmo y le tajó la cabeza. Y entonces sir Lanzarote desató a sir Gawain.

Esta misma historia les llegó a sir Galahaut y a sir Tristán: ahí podéis ver la nobleza que sigue a sir Lanzarote.

–¡Ay! –dijo sir Tristán–, si no tuviese yo entre manos este mensaje con esta gentil dama, en verdad que no pararía hasta hallar a sir Lanzarote.

Entonces sir Tristán y La Bella Isolda se hicieron a la mar y llegaron a Cornualles, y allí los recibieron todos los barones.

Capítulo 29

De las bodas del rey Marco con La Bella Isolda,

y de su doncella Bragwaine, y de Palomides

Y al punto se desposaron ricamente y con gran pompa. Pero, como dice el libro francés, sir Tristán y La Bella Isolda siguieron amándose siempre. Entonces hubo grandes justas y torneos, y muchos señores y señoras estuvieron en esa fiesta, y sir Tristán fue el más alabado de todos.

Y la fiesta duró mucho tiempo; y después que hubo acabado, al poco tiempo, por acuerdo de dos dueñas que estaban con la reina Isolda, concertaron destruir a doña Bragwaine, que era doncella y dueña de La Bella Isolda por odio y envidia; y la mandaron ir a la floresta a traer yerbas, y allí fue prendida, y atada de pies y manos a un árbol, donde estuvo así tres días. Y por fortuna sir Palomides halló a señora Bragwaine y la libró de la muerte, llevándola a un convento de monjas que había allí cerca, para que se recobrase.

Cuando Isolda la reina echó de menos a su doncella, sabed que tuvo mucho pesar, como jamás tuvo ninguna reina, pues de todas las mujeres terrenales era a la que amaba más, y la causa era porque había venido con ella de su país. Y un día entró la reina Isolda en la floresta para apartar sus pensamientos, y fue a una fuente donde hizo gran lamentación.

Y fue súbitamente a ella Palomides, que había oído toda su queja, y dijo:

–Señora Isolda, si me otorgáis un don, os traeré a doña Bragwaine sana y salva.

Y la reina se alegró tanto de su ofrecimiento que desaconsejadamente le otorgó cuanto pidiese.

–Pues bien, señora –dijo Palomides–, en vuestra promesa fío; y si queréis esperar aquí media hora, os la traeré.

–Os esperaré –dijo La Bella Isolda.

Y sir Palomides emprendió el camino del convento de monjas, y volvió al poco rato con doña Bragwaine; aunque ella no habría vuelto por su buena voluntad, porque por amor a la reina corría peligro su vida. Sin embargo, medio contra su voluntad, fue con sir Palomides a la reina. Y cuando la reina la vio, se puso muy contenta.

–Ahora, señora –dijo sir Palomides–, recordad vuestra promesa, pues yo he cumplido la mía.

–Señor Palomides –dijo la reina–, no sé cuál es vuestro deseo, pero quiero que sepáis que, aunque os he prometido generosamente, no pensaba nada malo, y os prevengo de que nada que esté mal haré.

–Señora –dijo sir Palomides–, no sabréis mi deseo en esta sazón, sino sabed que ante mi señor, vuestro marido, quiero tener el deseo que me habéis prometido.

Y con esto partió la reina, volvió al rey, y sir Palomides cabalgó tras ella. Y cuando estuvo sir Palomides delante del rey, dijo:

–Señor rey, os requiero como rey justo que sois, que me hagáis justicia.

–Decidme vuestra causa –dijo el rey– y tendréis justicia.

Capítulo 30

Cómo Palomides exigió a la reina Isolda,

y cómo Lambegus fue detrás para rescatarla,

y de la huida de Isolda

–Señor –dijo Palomides–, prometí a vuestra reina Isolda devolverle a doña Bragwaine, a la que había perdido, con esta condición: que me otorgase el don que yo le pidiese; y sin protesta ni consejo, me lo otorgó.

–¿Qué decís vos, mi señora? –dijo el rey.

–Es como dice, así Dios me ayude –dijo la reina–; para decirte verdad, le prometí lo que pidiese por el amor y contento que tenía de verla.

–Pues, señora –dijo el rey–, aunque habéis sido apresurada al otorgarle el don que quiera pediros, quiero que cumpláis vuestra promesa.

–Entonces –dijo Palomides–, sabed que quiero a vuestra reina para llevármela y gobernarla adonde me plazca.

Al oír esto el rey se quedó callado, se acordó de sir Tristán, y pensó que él la rescataría. Y entonces respondió apresuradamente el rey:

–Tómala con la aventura que de ello pueda venir, pues creo que no la disfrutarás en ningún momento.

–En cuanto a eso –dijo Palomides–, mucho me place correr la aventura.

Y para abreviar la historia, sir Palomides la tomó de una mano, y dijo:

–Señora, no protestéis por venir conmigo, pues no reclamo sino vuestra propia promesa.

–En cuanto a eso –dijo la reina–, no temo grandemente ir contigo, aunque te has aprovechado de mi promesa; pues no dudo que seré honrosamente rescatada de ti.

–En cuanto a eso –dijo Palomides–, que sea lo que quiera.

Y fue sentada la reina Isolda detrás de Palomides, y emprendió éste

su camino.

Al punto envió el rey por sir Tristán, pero de ninguna manera pudo ser hallado, pues andaba cazando en la floresta; porque ésa era siempre su costumbre, menos cuando usaba armas, de montear y cazar en las florestas.

–¡Ay –dijo el rey–, ahora soy avergonzado para siempre, pues con mi propio consentimiento será devorada mi señora y reina!

Entonces llegó un caballero, de nombre Lambegus, el cual era caballero de sir Tristán.

–Mi señor –dijo este caballero–, ya que fiáis en mi señor, sir Tristán, sabed que por él cabalgaré en pos de vuestra reina y la rescataré, a menos que sea vencido.

–Muchas gracias –dijo el rey–; y si vivo, señor Lambegus, yo os recompensaré.

Entonces se armó sir Lambegus, y fue detrás cuanto más podía. Y al poco rato alcanzó a sir Palomides. Y entonces sir Palomides dejó a la reina.

–¿Quién eres tú? –dijo Palomides–. ¿Eres Tristán?

–No –dijo él–; que soy servidor suyo, y me llamo Lambegus.

–Eso me pesa –dijo Palomides–; más hubiera querido que fueses Tristán.

–Bien te creo –dijo Lambegus–; pero cuando te encuentres con sir Tristán tendrás trabajo a manos llenas.

Y entonces corrieron contra sí, hicieron trozos sus lanzas, sacaron las espadas, y se tajaron los yelmos y las cotas. Finalmente sir Palomides infligió a sir Lambegus tal herida que cayó como muerto a tierra. Entonces buscó con los ojos a La Bella Isolda, pero ésta se había ido no sabía adónde. Sabed bien que jamás tuvo sir Palomides tanto pesar.

Y echó a correr la reina por la floresta, halló una fuente, y pensó

ahogarse en ella. Y quiso la fortuna que llegara un caballero que tenía un castillo cerca de allí, cuyo nombre era sir Adtherp. Y al ver a la reina en esa desventura la rescató, y la llevó a su castillo.

Y cuando supo quién era se armó, tomó su caballo, y dijo que la vengaría de Palomides. Y cabalgó hasta que dio con él; y allí sir Palomides lo hirió gravemente, y a la fuerza le obligó a decir por qué causa hacía batalla con él, y cómo se había llevado a la reina a su castillo.

–Pues llévame allá –dijo Palomides–, o morirás por mi mano.

–Señor –dijo sir Adtherp–, estoy tan herido que no puedo seguir, pero id por ese camino que él os llevará a mi castillo; y allí dentro está la reina.

Entonces sir Palomides siguió cabalgando hasta que llegó al castillo. Y desde una ventana vio La Bella Isolda a sir Palomides; entonces hizo cerrar fuertemente la puerta. Y cuando él vio que no podía entrar en el castillo, quitó la brida y la silla, puso el caballo a pacer, y se sentó a la puerta como hombre que está fuera de su juicio y ninguna cuenta hace de sí.

Capítulo 31

Cómo cabalgó sir Tristán en pos de Palomides,

y cómo lo halló y luchó con él,

y por mediación de Isolda cesó la batalla

Ahora volvemos a sir Tristán, quien al regresar, y saber que La Bella Isolda se había ido con sir Palomides, sabed bien que se enojó fuera de medida.

–¡Ay –dijo sir Tristán–, este día he sido avergonzado! –y llamó a voces a su criado Gouvernail–: acucia, que esté yo armado y a

caballo, pues sé bien que Lambegus no tiene fuerza ni poder para resistir a sir Palomides; ¡ay, que no haya estado yo en su lugar!

Tan pronto como estuvo armado y a caballo, sir Tristán y Gouvernail se metieron en la floresta, y al poco rato halló a su caballero Lambegus herido casi de muerte; y sir Tristán lo llevó a un guardabosque, y le encareció que lo cuidase bien.

Y siguió cabalgando, y halló malherido a sir Adtherp, que le contó cómo la reina se habría ahogado de no haber estado él, y cómo por ella y su amor había tomado sobre sí hacer batalla con sir Palomides.

–¿Dónde está mi señora? –dijo Tristán.

–Señor –dijo el caballero–, está bien segura en mi castillo, si puede mantenerse en él.

–Muchas gracias –dijo sir Tristán–, de vuestra gran bondad.

Y siguió cabalgando hasta que llegó cerca del castillo; y entonces sir Tristán vio dónde estaba sir Palomides sentado a la puerta, durmiendo, y su caballo paciendo delante de él.

–Ve ahora, Gouvernail –dijo sir Tristán–, y dile que despierte y se aperciba.

Y cabalgó Gouvernail hasta él, y dijo:

–Señor Palomides, levanta y toma tu arnés.

Pero estaba en tal pensamiento que no oyó lo que decía Gouvernail. Y volvió Gouvernail a sir Tristán y le dijo que dormía, o bien estaba loco.

–Ve otra vez –dijo sir Tristán–, y dile que se levante; y dile que está aquí su enemigo mortal.

Fue Gouvernail otra vez, le puso encima el cuento de su lanza, y le dijo:

–Señor Palomides, apréstate, pues sabe bien que sir Tristán aguarda

allá, y te hace saber que es tu enemigo mortal.

Y al punto se levantó sir Palomides calladamente sin decir palabra, tomó su caballo, lo ensilló y embridó, saltó encima con ligereza, tomó su lanza en la mano, enristraron ambos sus lanzas y corrieron deprisa el uno contra el otro; y Tristán derribó a sir Palomides por la cola de su caballo. Entonces sir Palomides se puso el escudo delante con presteza y sacó la espada.

Y allí empezó fuerte batalla por ambas partes, pues los dos luchaban por el amor de la misma dama, en tanto ella seguía en el muro y observaba cómo luchaban sin mesura, y se herían el uno al otro muy gravemente, aunque Palomides estaba mucho más herido. Así lucharon acosando y esquivando más de dos horas, de manera que La Bella Isolda casi perdió el sentido de aflicción y dolor.

–¡Ay! –dijo–, a ése lo amaba, y amo aún, y al otro no, aunque sería gran lástima que viese morir a sir Palomides; pues sé bien que cuando acabe sir Palomides será caballero muerto; por no estar bautizado sentiría que muriese sarraceno.

Y con esto bajó, y suplicó a sir Tristán que no luchase más.

–¡Ah, señora! –dijo–, ¿qué pretendéis? ¿Me queréis avergonzado? Bien sabéis que haré lo que vos digáis.

–No quiero vuestra deshonra –dijo La Bella Isolda–; pero quisiera que por mí perdonaseis la vida a este desventurado sarraceno, Palomides.

–Señora –dijo sir Tristán–, dejaré de luchar en esta sazón por vos.

Entonces dijo ella a sir Palomides:

–Éste será tu cargo: que saldrás de este país mientras esté yo en él.

–Obedeceré vuestro mandato –dijo sir Palomides–, el cual es muy contra mi voluntad.

–Toma entonces tu camino –dijo La Bella Isolda– a la corte del rey Arturo, y recomiéndame allí a la reina Ginebra, y dile que le anuncio que no hay en esta tierra sino cuatro amantes, que son sir

Lanzarote del Lago y la reina Ginebra, y sir Tristán de Lionís y la reina Isolda.

Capítulo 32

Cómo sir Tristán trajo a la reina Isolda de regreso,

y del debate del rey Marco y sir Tristán

Y partió sir Palomides con gran pesar. Y sir Tristán tomó a la reina y la devolvió al rey Marco, y entonces hicieron allí gran alegría por su regreso. ¡Quién fue estimado sino sir Tristán!

Entonces sir Tristán mandó traer a sir Lambegus, su caballero, de casa del guardabosque, y tardó mucho tiempo en sanar; pero se recobró. Y vivieron holgados y alegres mucho tiempo. Pero siempre sir Andred, que era primo cercano de sir Tristán, andaba al acecho de sir Tristán y La Bella Isolda para sorprenderlos y difamarlos.

Y un día habló sir Tristán con La Bella Isolda por una ventana, lo vio sir Andred, y fue a contárselo al rey. Entonces el rey Marco tomó una espada, fue a sir Tristán, y le llamó falso traidor, y le quiso asestar un golpe. Pero sir Tristán estaba cerca de él, corrió bajo la espada, y se la arrebató de la mano. Entonces dijo a voces el rey:

–¿Dónde están mis caballeros y mis hombres? ¡Os ordeno que matéis a este traidor!

Pero en esta sazón no hubo ninguno que quisiese moverse por sus palabras.

Cuando sir Tristán vio que ninguno quería ponerse contra él, blandió la espada hacia el rey, e hizo ademán de herirlo. Entonces huyó el rey Marco; y le siguió sir Tristán, y le dio cinco o seis golpes de plano en el cuello, de manera que le hizo caer de narices.

Y entonces se fue sir Tristán, se armó, tomó su caballo y sus hombres, y se metió en la floresta. Y allí topó un día sir Tristán con dos hermanos que eran caballeros del rey Marco, y a uno le tajó la cabeza, y al otro lo hirió mortalmente; y le hizo llevar al rey la cabeza de su hermano en su yelmo; e hirió a treinta más. Y cuando este caballero llegó ante el rey para darle el mensaje, murió allí delante del rey y de la reina. Entonces el rey Marco convocó a su consejo, y pidió el consejo de sus barones sobre qué era mejor hacer con sir Tristán.

–Señor –dijeron los barones, en especial sir Dinas, el Senescal–, os aconsejamos que enviéis por sir Tristán; pues queremos que sepáis que muchos hombres nos tendremos con sir Tristán si se hallase en mal trance.

–Y señor –dijo sir Dinas–, entended que sir Tristán es considerado el único y sin par de los caballeros cristianos; y de su fuerza y osadía no conocemos a ningún caballero tan bueno, con la salvedad de sir Lanzarote del Lago. Y si se marcha de vuestra corte y va a la corte del rey Arturo, sabed bien que tendrá tales amigos allí que ninguna cuenta hará de vuestra malicia. Y por tanto, señor, os aconsejo que lo toméis a vuestra gracia.

–De buen grado quiero –dijo el rey– que le traigan de regreso, de manera que podamos ser amigos.

Entonces los barones enviaron por sir Tristán bajo salvoconducto. Y cuando volvió sir Tristán al rey, fue bien recibido, y no se hizo ninguna mención, y hubo alegría y contento. Y entonces el rey y la reina salieron a montear, y sir Tristán.

Capítulo 33

Cómo sir Lamorak justó con treinta caballeros,

y sir Tristán, a requerimiento del rey Marco,

le derribó el caballo

Mandaron el rey y la reina plantar sus pabellones y tiendas en esa floresta cerca de un río, y hubo diariamente monterías y justas, pues siempre había treinta caballeros prestos a justar con todo el que llegaba en esta sazón. Y llegaron por fortuna sir Lamorak de Gales y sir Driant; y allí justó muy bien sir Driant, pero finalmente recibió una caída. Entonces sir Lamorak ofreció justar. Y cuando empezó hizo tanto con los treinta caballeros que no hubo uno solo al que no infligiese una caída; y algunos de ellos quedaron malheridos.

–Maravíllame –dijo el rey Marco–, qué caballero es aquél que hace tales hechos de armas.

–Señor –dijo sir Tristán–, yo lo conozco bien por noble caballero como hay pocos ahora vivos, y su nombre es Lamorak de Gales.

–Sería gran vergüenza –dijo el rey– que se fuese así, a menos que uno de vosotros salga mejor parado con él.

–Señor –dijo sir Tristán–, creo que no sería ninguna honra para un hombre noble haberlas con él, ya que en esta sazón ha hecho demasiado para un caballero menor; por tanto creo que sería gran vergüenza y villanía tentarlo más en esta sazón, cuanto más que él y su caballo están fatigados, pues los hechos de armas que ha hecho hoy, si son bien mirados, serían bastantes para sir Lanzarote del Lago.

–En cuanto a eso –dijo el rey Marco–, os requiero, si me amáis a mí y a mi señora reina, La Bella Isolda, que toméis vuestras armas y justéis con sir Lamorak de Gales.

–Señor –dijo sir Tristán–, me mandáis hacer una cosa que va contra la caballería; y bien puedo creer que le daré una caída, pues no requiere ninguna maestría, ya que estamos frescos mi caballo y yo, y su caballo y él no lo están; y sabed que él lo tomará por gran descortesía, pues un buen caballero es contrario a tomar a otro en desventaja; pero ya que no quiero disgustaros, haré como me pedís, y obedeceré vuestro mandato.

Y se armó sir Tristán, tomó su caballo, salió, y allí sir Lamorak le

encontró poderosamente, y con la fuerza de su propia lanza, y de la lanza de sir Tristán, el caballo de sir Lamorak cayó a tierra, con él sentado en la silla. Dejó luego lo más ligeramente que pudo su silla y su caballo, se puso el escudo delante, y sacó la espada. Y entonces dijo a sir Tristán:

–Descabalga, caballero, si te atreves.

–No –dijo sir Tristán–, no quiero haberlas más contigo, pues demasiadamente te he hecho para mi deshonra y tu honor.

–En cuanto a eso –dijo sir Lamorak–, nada te puedo agradecer; y ya que me has vencido a caballo, te requiero y suplico, si eres sir Tristán, que luches conmigo a pie.

–No lo haré –dijo sir Tristán–; y sabe bien que me llamo sir Tristán de Lionís, y sé que sois sir Lamorak de Gales; y esto que os he hecho ha sido contra mi voluntad, sino que me ha sido requerido. Pero en cuanto a luchar con vos en esta sazón a vuestro requerimiento, no lo haré, pues me avergüenzo de lo que he hecho.

–En cuanto a vergüenza –dijo sir Lamorak–, de tu parte o de la mía, tenla si quieres, pues aunque un hijo de yegua me ha fallado, como hijo de reina no te fallaré yo a ti; y por ende, si eres tal caballero como dicen, te requiero que descabalgues y luches conmigo.

–Señor Lamorak –dijo sir Tristán–, sé que tu corazón es grande, y que tienes motivo, para decir la verdad; pues me agraviaría a mí que un caballero se mantuviese fresco y luego derribase a un caballero cansado; pues no están hechos ese caballero ni ese caballo de manera que puedan tenerse o resistir siempre. Y por ende, no quiero haberlas con vos, pues me arrepiento de lo que he hecho.

–En cuanto a eso –dijo sir Lamorak–, me desquitaré si alguna vez veo mi sazón.

Capítulo 34

Cómo sir Lamorak envió un cuerno

al rey Marco en menosprecio de sir Tristán,

y cómo sir Tristán fue llevado a una capilla

Partió de él con sir Driant, y por el camino toparon con un caballero que Morgana el Hada enviaba al rey Arturo; y este caballero traía un hermoso cuerno guarnecido de oro, y este cuerno tenía tal virtud que no había señora ni dueña que pudiese beber de él a menos que fuese fiel a su marido; y si era falsa, derramaba toda la bebida, mas si era fiel a su señor podía beber sosegadamente de él. Y por la reina Ginebra, y en despecho de sir Lanzarote, era enviado este cuerno al rey Arturo; y por la fuerza, sir Lamorak hizo que el caballero le dijese toda la causa, por qué llevaba este cuerno.

–Pues ahora –dijo sir Lamorak– vas a llevar este cuerno al rey Marco, a menos que prefieras morir; pues claramente te digo que, en despecho y reproche de sir Tristán, llevarás este cuerno al rey Marco, su tío, y le dirás que se lo envío para probar a su dama, y si es fiel a él que lo pruebe.

Fue, pues, el caballero al rey Marco, le llevó este rico cuerno, y dijo que se lo enviaba sir Lamorak, contándole cuál era la virtud de este cuerno. Entonces el rey hizo beber de él a la reina Isolda, y a otras cien damas; y de todas sólo hubo cuatro que pudieron beber sin estorbo.

–¡Ay –dijo el rey Marco–, gran afrenta es ésta! –e hizo gran juramento de que serían quemadas ella y las otras damas.

Entonces se reunieron los barones y dijeron claramente que no querían que fuesen quemadas estas damas a causa de un cuerno hecho por hechicería, el cual venía de la más falsa hechicera y bruja que entonces vivía. Pues ningún bien hacía este cuerno, sino que causaba contienda y debate, y siempre había sido ella enemiga de todos los verdaderos amadores. Y muchos caballeros hicieron voto de, si alguna vez topaban con Morgana el Hada, mostrarle escasa cortesía. También sir Tristán tuvo mucho enojo de que sir Lamorak hubiese enviado este cuerno al rey Marco, pues bien sabía que lo había hecho para hacerle menosprecio a él. Y por tanto pensó

desquitarse de sir Lamorak.

Solía sir Tristán ir día y noche a la reina Isolda cuando podía, y siempre sir Andred lo acechaba noche y día para sorprenderlo con ella.

Y una noche sir Andred espió la hora y sazón en que sir Tristán iba a su señora. Entonces sir Andred tomó doce caballeros, y a media noche cayó sobre sir Tristán secreta y súbitamente, y prendió a sir Tristán desnudo, acostado con La Bella Isolda; y lo ataron de pies y manos, y así lo tuvieron hasta que fue de día.

Y entonces por acuerdo del rey Marco, sir Andred, y algunos barones, fue llevado sir Tristán a una capilla que había sobre las rocas de la mar, para recibir allí su juicio; y así fue llevado con cuarenta caballeros. Y cuando sir Tristán vio que no tenía salvación sino que necesariamente iba a morir, dijo:

–Gentiles señores, recordad qué he hecho por el país de Cornualles, y en qué peligros me he puesto por el bien de todos vosotros; pues cuando luché por el tributo de Cornualles con el buen caballero sir Marhaus, me fue prometida mejor recompensa, cuando todos vosotros rehusasteis tomar la batalla; por ende, como buenos y gentiles caballeros que sois, no me veáis morir afrentosamente, pues es afrenta para toda la caballería verme morir así; pues me atrevo a decir –dijo sir Tristán– que jamás me encontré con ningún caballero para el que no fuera tan bueno como él, o mejor.

–¡Mal hayas tú –dijo sir Andred–, falso traidor, con tu presunción; pues pese a toda tu jactancia vas a morir este día!

–¡Oh, Andred, Andred! –dijo sir Tristán–, deberías ser pariente mío, y ahora te muestras muy desamigado; aunque si estuviésemos solos tú y yo, no me darías muerte.

–No –dijo sir Andred, y con eso sacó la espada y fue a matarlo.

Cuando sir Tristán le vio hacer tal ademán, miró sus dos manos, que tenía fuertemente atadas a dos caballeros, y súbitamente tiró de ambos hacia él, libró sus manos, saltó sobre su primo sir Andred, y le arrebató la espada; entonces hirió a sir Andred, de manera que

éste cayó a tierra, y luchó sir Tristán hasta que mató a diez caballeros. A continuación sir Tristán se metió en la capilla y la defendió fuertemente.

Entonces empezaron a dar grandes voces y acudió gente a toda prisa en apoyo de sir Andred, más de cien. Cuando sir Tristán vio acercarse la gente, recordó que estaba desnudo, atrancó fuertemente la puerta de la capilla, rompió los barrotes de una ventana, saltó afuera y cayó por el acantilado a la mar. Y en esta sazón, ni sir Andred ni ninguno de sus compañeros pudieron prenderlo.

Capítulo 35

Cómo fue ayudado sir Tristán por sus hombres, y de la reina Isolda, que fue puesta en una leprosería, y cómo fue herido Tristán

Y cuando se hubieron ido, Gouvernail, sir Lambegus y sir Sentraille de Lushon, que eran hombres de sir Tristán, buscaron a su amo. Cuando oyeron que había escapado se alegraron mucho; y lo hallaron en las rocas, y con toallas lo subieron. Entonces les preguntó sir Tristán dónde estaba La Bella Isolda, pues pensó que se la habría llevado la gente de Andred.

–Señor –dijo Gouvernail–, la han puesto en una leprosería.

–¡Ay! –dijo sir Tristán–, muy impropio lugar es ése para tan hermosa dama; y si puedo, no estará mucho tiempo allí.

Tomó, pues, a sus hombres, fue a donde estaba La Bella Isolda y la sacó, y la llevó a una floresta, a una hermosa morada, donde sir Tristán vivió con ella. Y el buen caballero dijo a sus hombres que se fuesen de su lado:

–Pues en esta sazón no os puedo ayudar.

Y partieron todos salvo Gouvernail.

Y un día entró sir Tristán en la floresta para holgar, y le acaeció quedarse dormido; y llegó un hombre a cuyo hermano había matado antes sir Tristán, y al verlo le disparó una saeta que le atravesó el hombro; y sir Tristán se levantó de un salto y mató al hombre.

Y entretanto le dijeron al rey Marco cómo sir Tristán y La Bella Isolda estaban en esa misma morada, y lo más deprisa que pudo se dirigió allí con muchos caballeros para matar a sir Tristán. Y al llegar halló que no estaba; pero se llevó a La Bella Isolda de vuelta con él, y la guardó estrechamente, de manera que por ningún medio pudiese saber ella de Tristán ni enviarle mensaje ninguno, ni él a ella.

Y cuando sir Tristán se acercaba a la vieja morada halló huellas de muchos caballos, y por ellas supo que su dama no estaba. Y entonces sir Tristán tomó gran pesar, y soportó gran dolor mucho tiempo, pues la saeta con que había sido herido estaba envenenada.

Entonces por La Bella Isolda fue a sir Tristán una dama que era prima de doña Bragwaine, y le dijo que no podía ser sanado por ningún medio:

–Pues tu dama, La Bella Isolda, no te puede ayudar, por tanto te pide que vayas presto a Bretaña, al rey Howel; y allí hallarás a su hija, Isolda la Blanche Mains, que te ayudará.

Así que embarcaron sir Tristán y Gouvernail, y fueron a Bretaña. Y cuando el rey Howel supo que era sir Tristán mostró gran alegría.

–Señor –dijo–, a este país vengo para recibir ayuda de vuestra hija; pues me han dicho que nadie me puede sanar sino ella.

Y en poco tiempo ella lo sanó.

Capítulo 36

Cómo sir Tristán sirvió en guerra al rey Homel

de Bretaña, y mató a su adversario en el campo

Había un conde llamado Grip, el cual conde hizo gran guerra al rey, y puso al rey en lo peor, y lo tenía cercado. Y al salir una vez sir Kehydins, que era hijo del rey Howel, fue muy malherido, casi de muerte. Entonces Gouvernail fue al rey y le dijo:

–Señor, os aconsejo que pidáis a mi señor, sir Tristán, que os ayude en vuestra necesidad.

–Así haré por vuestro consejo –dijo el rey.

Y fue a sir Tristán, y le rogó que le ayudase en sus guerras:

–Pues mi hijo, sir Kehydins, no puede entrar en el campo.

–Señor –dijo sir Tristán–, iré al campo y haré lo que pueda.

Entonces salió sir Tristán de la ciudad con toda la compañía que pudo reunir, e hizo tales hechos que toda Bretaña habló de él. Y finalmente, por gran poder y fuerza, mató al conde Grip con sus propias manos, y mató más de cien caballeros ese día. Entonces sir Tristán fue recibido honrosamente en procesión. Y el rey Howel lo tomó en sus brazos, y dijo:

–Señor Tristán, todo mi reino quiero delegar en ti.

–Dios no lo quiera –dijo sir Tristán–, pues muy obligado estoy a vos por vuestra hija, para hacer por vos más que eso.

Entonces por gran mediación del rey Howel y Kehydius su hijo, por grandes ofertas, nació gran amor entre Isolda y sir Tristán, pues era esta dama buena y hermosa, y mujer de noble sangre y fama. Y ya que sir Tristán tenía tal contentamiento y riqueza, y todos los otros placeres que tenía, casi se había olvidado de La Bella Isolda.

Y una de las veces sir Tristán aceptó casarse con Isolda la Blanche Mains. Y finalmente se casaron, y celebraron solemnemente su

casamiento.

Y cuando estuvieron ambos en la cama, le vino memoria a sir Tristán de su antigua dama La Bella Isolda. Y tomó entonces súbitamente tal pensamiento que sintió desmayo, y otra muestra no hizo ninguna sino con abrazos y besos; en cuanto a otros placeres carnales no los pensó sir Tristán, ni tuvo que ver con ella; así lo menciona el libro francés; también hace mención de que la dama creyó que no había otros placeres sino los besos y los abrazos.

Y entretanto había un caballero en Bretaña, de nombre Suppinabiles, el cual llegó por mar a Inglaterra, fue a la corte del rey Arturo, vio allí a sir Lanzarote del Lago, y le habló del casamiento de sir Tristán.

Entonces dijo sir Lanzarote:

–¡Mal haya ese caballero infiel a su dama! ¡Que tan noble caballero como es sir Tristán sea hallado falso a su primera dama, La Bella Isolda, reina de Cornualles! Pero decidle esto –dijo sir Lanzarote–, que de todos los caballeros del mundo, él era al que yo más amaba, y tenía más contento de él, y todo por sus nobles hechos; y hacedle saber que el amor entre él y yo ha acabado para siempre, y le prevengo que desde este día seré su mortal enemigo.

Capítulo 37

Cómo sir Suppinabiles contó a sir Tristán cómo era difamado en la corte del rey Arturo, y de sir Lamorak

Partió entonces sir Suppinabiles a Bretaña otra vez, y halló allí a sir Tristán, y le dijo que había estado en la corte del rey Arturo. Entonces dijo sir Tristán:

–¿Habéis oído de mí?

–Así Dios me ayude –dijo sir Suppinabiles–, allí oí a sir Lanzarote decir gran vergüenza de vos, y que sois falso caballero a vuestra dama, y me pidió que os hiciese saber que será vuestro mortal enemigo en todas partes donde pueda encontraros.

–Eso me pesa –dijo sir Tristán–, pues de todos los caballeros, era su compañía la que más amaba.

E hizo gran lamentación sir Tristán, y se avergonzó de que nobles caballeros le difamasen por su dama.

Y en este entretanto, La Bella Isolda hizo una carta a la reina Ginebra, quejándose de la infidelidad de sir Tristán, y cómo se había casado con la hija del rey de Bretaña.

La reina Ginebra le contestó con otra carta pidiéndole que fuese de buen ánimo, pues después de la aflicción vendría la alegría, pues sir Tristán era llamado tan noble caballero, que por artes de hechicería hacían las damas que tales nobles hombres se casasen con ellas.

–Pero finalmente –decía la reina Ginebra–, veréis cómo la desamará, y os amará a vos más que nunca os amó antes.

Y dejamos a sir Tristán en Bretaña, y hablamos de sir Lamorak de Gales, que cuando navegaba dio su nave sobre una roca y perecieron todos, salvo sir Lamorak y su escudero. Y nadó poderosamente, y lo recogieron unos pescadores de la Isla de Servage; y se ahogó su escudero, y los marineros tuvieron gran trabajo para salvar la vida de sir Lamorak, pese a toda la ayuda que pudieron prestar.

Y el señor de aquella isla se llamaba sir Nabon le Noire, un gigante grande y poderoso. Y este sir Nabon aborrecía a todos los caballeros del rey Arturo, y de ninguna manera les quería hacer favor. Y estos pescadores contaron a sir Lamorak toda la actitud de sir Nabon, cómo no llegaba allí caballero del rey Arturo al que no destruyera. Y en la postrera batalla que había hecho había matado a sir Nanowne le Petite, al cual dio vergonzosa muerte en menosprecio del rey Arturo, pues le fue arrancado miembro por miembro.

–Me pesa –dijo sir Lamorak– la muerte de ese caballero, pues era mi primo; y si estuviese con mis fuerzas de antes, vengaría su muerte.

–Teneos tranquilos –dijeron los pescadores– y no digáis nada, pues antes de que os partáis de aquí sir Nabon debe saber de vuestra presencia; si no, moriríamos nosotros por vos.

–Así que esté yo sano de los padecimientos que he tenido en la mar, quiero que le digáis que soy uno de los caballeros del rey Arturo, pues jamás por miedo he renegado de mi señor.

Capítulo 38

Cómo sir Tristán y su mujer arribaron a Gales,

y cómo topó allí con sir Lamorak

Ahora volvemos a sir Tristán, que un día tomó un pequeño batel, y a su mujer Isolda la Blanche Mains, con su hermano, sir Kehydius, para pasearlos por la costa. Y cuando estaban apartados de tierra, llegó un viento que los empujó hacia las costas de Gales, sobre la Isla de Servage donde estaba sir Lamorak; y allí el batel se abrió todo; y doña Isolda fue herida. Y como pudieron entraron en la floresta, y vieron junto a una fuente a Segwarides y una doncella. Y entonces se saludaron.

–Señor –dijo Segwarides–, os reconozco por sir Tristán de Lionís, al hombre del mundo que más motivo tengo para aborrecer, porque habéis matado el amor entre mi esposa y yo; pero en cuanto a eso, jamás aborreceré a un noble caballero por una dama liviana; y por tanto, os ruego que seáis mi amigo, que yo lo seré vuestro hasta donde pueda; pues sabed bien que estáis en gran congoja en este valle, y tendremos harto trabajo uno y otro para socorrernos.

Y entonces sir Segwarides llevó a sir Tristán a una dama allí cerca que era nacida en Cornualles, y le dijo ésta todos los peligros de aquel valle, y cómo nunca llegaba allí ningún caballero que no

fuese muerto o hecho prisionero.

–Sabed bien, gentil señora –dijo sir Tristán–, que yo maté a sir Marhaus y libré Cornualles del tributo de Irlanda, y soy quien libró al rey de Irlanda de sir Blamor de Ganis, y quien venció a sir Palomides; y sabed bien que soy sir Tristán de Lionís, y por la gracia de Dios libraré a esta desventurada Isla de Servage.

Y sir Tristán fue bien atendido. Entonces le dijo uno que había un caballero del rey Arturo que había naufragado en las rocas.

–¿Cómo se llama? –dijo sir Tristán.

–No lo sabemos –dijeron los pescadores–, pero no oculta que es uno de los caballeros del rey Arturo, y ninguna cuenta hace del poderoso señor de esta isla.

–Os ruego, si podéis –dijo sir Tristán–, que me llevéis a él, que pueda verle; y si es uno de los caballeros del rey Arturo, lo conoceré.

Entonces rogó la dama a los pescadores que lo llevasen a su morada. Y al otro día lo llevaron allí con vestimenta de pescador; y tan pronto como sir Tristán lo vio, le sonrió y reconoció bien; pero él no conoció a sir Tristán.

–Gentil señor –dijo Tristán–, creo por vuestra apariencia que habéis estado enfermo recientemente, y también creo que os conozco de antes.

–Me place –dijo sir Lamorak– que me hayáis visto y conocido antes.

–Gentil señor –dijo sir Tristán–, decidme vuestro nombre.

–Con una condición os lo diré –dijo sir Lamorak–, a saber: que me digáis si sois el señor de esta isla o no, llamado Nabon le Noire.

–En verdad –dijo sir Tristán– que no lo soy, ni soy de él; soy su enemigo como vos, y así se me hallará antes de que abandone esta isla.

–Bien –dijo sir Lamorak–, ya que tan generosamente me habéis

hablado, mi nombre es sir Lamorak de Gales, hijo del rey Pellinor.

–En verdad lo creo bien –dijo sir Tristán–; y si hubieseis dicho otra cosa habría sabido yo lo contrario.

–¿Quién sois vos –dijo sir Lamorak–, que me conocéis?

–Soy sir Tristán de Lionís.

–¡Ah, señor!, ¿no recordáis la caída que me disteis una vez, y después rehusasteis luchar conmigo a pie?

–No fue eso porque tuviese miedo de vos –dijo sir Tristán–, sino porque tuve vergüenza en aquella sazón de haberlas más con vos, pues me pareció que teníais bastante; pero, señor Lamorak, por mi cortesía pusisteis en reproche a muchas damas cuando enviasteis el cuerno de Morgana el Hada al rey Marco; aunque hicisteis eso por despecharme a mí.

–Y si tuviese que hacerlo otra vez –dijo él–, así lo haría; pues antes quisiera caer en contienda y debate en la corte del rey Marco que en la corte del rey Arturo, pues no es la misma honra en ambas cortes.

–En cuanto a eso –dijo sir Tristán–, lo sé bien; pero lo que hicisteis fue por despecharme; pero toda vuestra malicia, a Dios gracias, no me hirió grandemente. Por tanto, dejad toda vuestra malicia, y lo mismo haré yo, y probemos qué honra podemos alcanzar entre vos y yo sobre este gigante, sir Nabon le Noire, que es señor de esta isla, para destruirle.

–Señor –dijo sir Lamorak–, ahora entiendo vuestra caballería. No puede ser falso lo que todos dicen, pues de vuestra generosidad, nobleza y honra, sois sin par de todos los caballeros, y a pesar de vuestra cortesía y gentileza, mostré yo descortesía, y eso me pesa ahora.

Capítulo 39

Cómo sir Tristán luchó con sir Nabon, y lo venció,

e hizo a sir Segwarides señor de la isla

Entretanto llegó nueva de que sir Nabon había hecho pregonar que toda la gente de esta isla debía estar en su castillo cinco días después. Y el mismo día el hijo de Nabon debía ser hecho caballero, y todos los caballeros de ese valle y alrededores debían estar allí para justar, y los del reino de Logres para hacerlo con los del Norte de Gales; y allí llegaron quinientos caballeros, y los del país trajeron a sir Lamorak, sir Tristán, sir Kehydius y sir Segwarides, pues no osaban hacer de otra manera.

Entonces sir Nabon prestó a sir Lamorak caballo y armadura por deseo de sir Lamorak, y sir Lamorak justó e hizo tales hechos de armas que Nabon y toda la gente dijo que jamás hubo caballero al que vieran hacer tales hechos de armas; pues como dice el libro francés, derribó a todos los que allí estaban en su mayor parte de quinientos caballeros, de manera que ninguno le resistió sobre la silla. Entonces sir Nabon ofreció jugar su juego con él:

–Pues jamás vi a ningún caballero hacer tanto en un día.

–De buen grado –dijo sir Lamorak– jugaré como pueda, aunque estoy cansado y muy maltrecho.

Y tomaron uno y otro una lanza; pero Nabon no quiso encontrar con sir Lamorak, sino que hirió a su caballo en la frente y lo mató; y entonces sir Lamorak quedó a pie, volvió el escudo, sacó la espada, y allí empezó cruel batalla a pie. Pero sir Lamorak estaba tan magullado y sin aliento, que tajaba y paraba retrayéndose un poco.

–Gentil compañero –dijo sir Nabon–, ten tu mano y te mostraré más cortesía de la que nunca mostré a ningún caballero, pues este día he visto tu noble caballería; y por tanto aparta a un lado, y veré si alguno de tus compañeros quiere haberlas conmigo.

Cuando sir Tristán oyó eso, avanzó y dijo:

–Nabon, préstame caballo y armadura segura, que yo me veré contigo.

–Bien, compañero –dijo sir Nabon–, ve a aquel pabellón y ármate con lo mejor que allí halles, que yo jugaré a un juego maravilloso contigo.

Entonces dijo sir Tristán:

–Mira de jugar bien, no vaya a ser que yo te enseñe otro mejor.

–Bien dicho está eso, compañero –dijo sir Nabon.

Y cuando sir Tristán se hubo armado como mejor le pareció, y con buen escudo y espada, enderezó hacia él a pie; pues bien sabía que sir Nabon no resistía un bote de lanza y por eso mataba el caballo a todos los caballeros.

–Ahora, gentil compañero –dijo sir Nabon–, juguemos.

Y entonces lucharon mucho tiempo a pie, acosando y parando, tirando tajos y estocadas sin descanso.

Finalmente, sir Nabon le rogó que le dijese su nombre.

–Señor Nabon, sabe que me llamo Tristán de Lionís, caballero de Cornualles con el rey Marco.

–Bien venido seas –dijo sir Nabon–, pues de todos los caballeros, contigo deseaba luchar más, o con sir Lanzarote.

Entonces se acometieron con mucha ansia, y sir Tristán mató a sir Nabon; y a continuación saltó sobre su hijo y le tajó la cabeza. Y entonces todo el país dijo que se tendría de sir Tristán.

–No –dijo sir Tristán–, no quiero tal; aquí hay un digno caballero, sir Lamorak de Gales, que por mí será señor de este país, pues aquí ha hecho grandes hechos de armas.

–No –dijo sir Lamorak–, no quiero ser señor de este país, pues no lo he merecido tan bien como vos; por ende dadlo a quien queráis, pues yo no quiero tener ninguno.

–Pues bien –dijo sir Tristán–, ya que ni vos ni yo lo queremos tener, démoslo al que no lo ha merecido tan bien.

–Señor, haced como os plazca[12], pues el don es vuestro; pues yo no quisiera ninguno aunque lo hubiese merecido.

Y fue dado a Segwarides, de lo que él les dio las gracias; y fue el señor, y lo gobernó dignamente. Y entonces sir Segwarides libró a todos los prisioneros, y puso buen gobierno en aquel valle; y volvió después a Cornualles y contó al rey Marco y La Bella Isolda cómo sir Tristán había llegado a la Isla de Servage, y proclamó en todo Cornualles las aventuras de estos dos caballeros, de manera que fueron públicamente conocidas.

Pero mucho se afligió La Bella Isolda cuando oyó decir que sir Tristán se había casado con Isolda la Blanche Mains.

Capítulo 40

Cómo se separó sir Lamorak de sir Tristán,

y cómo se encontró con sir Froll,

y después con sir Lanzarote

Volvemos, pues, a sir Lamorak, que cabalgó hacia la corte del rey Arturo (y Tristán, Kehydius y la esposa de sir Tristán tomaron una nave y pusieron vela a Bretaña, al rey Howel, donde fueron bien venidos. Y cuando supieron de estas aventuras se maravillaron de sus nobles hechos). Ahora volvemos a sir Lamorak, que cuando se separó de sir Tristán salió de la floresta, hasta que llegó a una ermita. Cuando el ermitaño lo vio, le preguntó de dónde venía.

–Señor –dijo sir Lamorak–, vengo de ese valle.

–Señor –dijo el ermitaño–, eso me maravilla. Pues en estos veinte inviernos no he visto pasar a ningún caballero por este país que no

fuera muerto o villanamente herido, o pasara como un pobre prisionero.

–Esas malvadas costumbres –dijo sir Lamorak– han concluido, pues sir Tristán ha matado a vuestro señor, sir Nabon, y a su hijo.

Entonces se alegró el ermitaño y todos sus hermanos, pues dijo que jamás hubo un tirano como él entre los cristianos.

–Y por ende –dijo el ermitaño–, este valle y privilegio tendremos de sir Tristán.

Y al día siguiente partió sir Lamorak; y mientras cabalgaba vio a cuatro caballeros que luchaban contra uno, y que este uno se defendía bien; pero finalmente los cuatro caballeros lo derribaron. Entonces sir Lamorak fue entre ellos, y les preguntó por qué querían matar a este caballero, y dijo que era vergüenza cuatro contra uno.

–Has de saber bien –dijeron los cuatro caballeros–, que es falso.

–Ésa es vuestra historia –dijo sir Lamorak–; y cuando le oiga también a él, veré si es así –entonces dijo Lamorak–: ¡ah, caballero!, ¿no podéis excusaros, sino sois un falso caballero?

–Señor –dijo él–, puedo excusarme con mi palabra y mis manos, lo que haré bueno sobre el mejor de todos ellos, cuerpo por cuerpo.

Entonces hablaron ellos a la vez:

–No queremos arriesgar nuestras vidas por ti. Sabe bien –dijeron– que si estuviese aquí el propio rey Arturo, no estaría en su poder salvar tu vida.

–Eso está demasiadamente dicho –dijo sir Lamorak–; muchos hablan detrás de un hombre más de lo que dicen en su cara; y por vuestras palabras, entended que soy uno de los más modestos caballeros de la corte del rey Arturo: en honra de mi señor, haced ahora lo que podáis, que pese a vosotros lo voy a rescatar.

Entonces arremetieron a la vez contra sir Lamorak; pero en dos tajos sir Lamorak mató al punto a dos de ellos, y huyeron los otros dos. Volvió sir Lamorak otra vez al caballero, y le preguntó cuál era

su nombre.

–Señor –dijo–, me llamo sir Froll de las Islas Lejanas.

Entonces cabalgó con sir Lamorak y le hizo compañía. Y mientras cabalgaban vieron por el camino a un gallardo caballero que venía hacia ellos, y todo de blanco.

–¡Ah! –dijo sir Froll–, ese caballero justó hace poco conmigo, y me derribó; así que voy a justar con él.

–No lo haréis –dijo sir Lamorak–, por mi consejo; y decidme vuestra querella, si justasteis a petición suya o vuestra.

–No –dijo sir Froll–, que justé con él a petición mía.

–Señor –dijo Lamorak–, entonces os aconsejo que no entendáis más con él, pues creo por su continente que ha de ser un noble caballero, y no un embaucador; pues creo que es de la Tabla Redonda.

–Por eso no lo excusaré –dijo sir Froll; y gritó al caballero y dijo–: señor caballero, apercíbete a justar.

–No será menester eso –dijo el Caballero Blanco–, pues no tengo ningún deseo de justar contigo.

Pero enristraron sus lanzas, y el Caballero Blanco derrocó a sir Froll, y siguió su camino con paso sosegado. Entonces sir Lamorak cabalgó tras él, y le rogó que le dijese su nombre:

–Pues creo que sois de la compañía de la Tabla Redonda.

–Con una condición –dijo él– os diré mi nombre: que no lo descubráis, y también que queráis decirme el vuestro.

–Entonces –dijo–, mi nombre es sir Lamorak de Gales.

–Y el mío sir Lanzarote del Lago.

Entonces envainaron las espadas, se besaron vivamente, y cada uno hizo gran alegría del otro.

–Señor –dijo sir Lamorak–, si os place, quiero haceros servicio.

–No quiera Dios –dijo Lanzarote– que nadie de tan noble sangre como vos me haga servicio –después dijo–: además, estoy en una empresa que debo hacer yo solo.

–Pues que Dios os valga –dijo sir Lamorak; y se separaron.

Entonces fue sir Lamorak a sir Froll y lo encabalgó otra vez.

–¿Qué caballero era? –dijo sir Froll.

–Señor –dijo él–, no os cumple a vos saberlo, ni a mí decirlo.

–Muy descortés sois –dijo sir Froll–, y por tanto me separaré de vos.

–Podéis hacer como queráis –dijo sir Lamorak–; sin embargo, por mi compañía habéis salvado la más hermosa flor de vuestra guirnalda.

Y con eso se separaron.

Capítulo 41

Cómo sir Lamorak mató a sir Froll,

y de la cortés lucha con sir Belliance su hermano

A los dos o tres días halló sir Lamorak a un caballero en una fuente durmiendo, mientras su dama velaba sentada junto a él. En eso llegó sir Gawain, tomó a la dama del caballero y la sentó detrás de su escudero. Y fue sir Lamorak en pos de sir Gawain, y dijo:

–Sir Gawain, volved.

Y entonces dijo sir Gawain:

–¿Qué queréis conmigo? Pues soy sobrino del rey Arturo.

–Señor –dijo él–, por esa causa os tendré excusado; si no, esa dama quedaría conmigo, o justaríais conmigo.

Entonces se dio la vuelta sir Gawain y enderezó hacia aquel de quien era la dama con su lanza; pero el caballero con pura fuerza derribó a sir Gawain, y se llevó a su dama consigo.

Todo esto vio sir Lamorak, y se dijo: «A menos que vengue a mi compañero, dirá deshonra de mí en la corte del rey Arturo». Entonces sir Lamorak se volvió y ofreció justar a este caballero.

–Señor –dijo él–, estoy presto.

Y allí se juntaron con todas sus fuerzas, y sir Lamorak atravesó al caballero de parte a parte, de manera que cayó muerto a tierra.

Entonces la dama corrió al hermano del caballero que se llamaba Belliance le Orgulus, que vivía allí cerca, y le contó cómo había sido muerto su hermano.

–¡Ay! –dijo él–, yo lo vengaré.

Y subió a caballo, se armó, y al poco rato alcanzó a sir Lamorak, y le dijo:

–Vuélvete, pues tú y yo tenemos que jugar a un juego nuevo; pues has matado a mi hermano sir Froll, que era mejor caballero de lo que nunca has sido tú.

–Bien podría ser –dijo sir Lamorak–; pero este día en el campo he resultado yo mejor.

Y fueron el uno contra el otro, se descabalgaron, y volvieron los escudos, sacaron las espadas, y lucharon poderosamente como nobles caballeros probados por espacio de dos horas. Y entonces sir Belliance rogó que le dijese su nombre.

–Señor –dijo él–, me llamo Lamorak de Gales.

–¡Ah! –dijo sir Belliance–, eres el hombre del mundo al que más aborrezco, pues por ti maté a mis hijos cuando salvé tu vida, y ahora has matado a mi hermano sir Froll. ¡Ay, cómo voy a tener

concordia contigo!; por ende defiéndete, pues vas a morir sin remedio.

–¡Ay! –dijo sir Lamorak–, muy bien debía haberos reconocido, pues sois el hombre que más ha hecho por mí –y con esto sir Lamorak se hincó de rodillas y le suplicó gracia.

–Levanta –dijo sir Belliance–, o te mataré de rodillas.

–No será menester –dijo sir Lamorak–, pues me rendiré a vos, no porque os tema, ni por vuestra fuerza, sino porque vuestra bondad me hace muy contrario a haberlas con vos; por lo que os requiero por Dios, y por el honor de la caballería, que me perdonéis en lo que os he ofendido.

–¡Ay! –dijo Belliance–, levanta o te mataré sin merced.

Entonces se pusieron otra vez a batallar, y se hirieron el uno al otro, de manera que todo el suelo se ensangrentó mientras luchaban. Y finalmente Belliance se retrajo, y se sentó blandamente en un montecillo, pues estaba tan débil por la sangre perdida que no se podía tener. Entonces sir Lamorak se echó el escudo a la espalda, y le preguntó cómo estaba.

–Bien –dijo sir Belliance.

–Ah, señor, sin embargo os mostraré favor en vuestra desazón.

–Ah, caballero sir Lamorak –dijo sir Belliance–, eres necio, pues si yo te hubiese tenido en la ventaja que me tienes tú a mí, te habría matado; pero tu gentileza es tan buena y generosa, que de necesidad debo perdonarte contra mi mala voluntad.

Y entonces sir Lamorak se arrodilló, le desenlazó a él primero la visera, y después la suya, y se besaron ambos con abundantes lágrimas. Entonces sir Lamorak llevó a sir Belliance a una abadía, donde sir Lamorak no se quiso separar de Belliance hasta que estuvo sano. Y entonces juraron ambos que jamás lucharían el uno contra el otro.

Y partió sir Lamorak, y fue a la corte del rey Arturo.

Aquí dejamos la historia de sir Lamorak y de sir Tristán.

Y aquí empieza la historia de La Cote Male Tailé.

[12] Said Segwarides [suprimido].

Libro IX

Capítulo 1

Cómo llegó un mancebo a la corte del rey Arturo,

y cómo sir Kay le llamó en burla La Cote Male Tailé

A la corte del rey Arturo llegó un mancebo grande de cuerpo, y ricamente aparejado, y deseó ser hecho caballero del rey; pero la vestidura de encima le sentaba desajustadamente, aunque era rico paño de oro.

–¿Cuál es vuestro nombre? –dijo el rey Arturo.

–Señor –dijo él–, me llamo Breunor le Noire, y en breve espacio conoceréis que soy de buen linaje.

–Bien puede ser –dijo sir Kay, el Senescal–, pero en burla seréis llamado La Cote Male Tailé, que es tanto como decir la cota mal cortada.

–Mucho es lo que pides –dijo el rey–. ¿Y por qué causa llevas esa rica cota? Dímelo, pues bien puedo pensar que es por alguna causa.

–Señor –respondió él–, yo tenía un padre, un noble caballero, y yendo de montería, acaeció un día que se echó a dormir; y llegó entonces un caballero que desde hacía tiempo era enemigo suyo, y al verlo profundamente dormido lo tajó; y ésta es la misma cota que mi padre llevaba en aquella sazón; y eso hace que esta cota siente tan malamente sobre mí, pues aún están en ella las cuchilladas como la hallé, y jamás han sido enmendadas por mí. Y para tener presente en la memoria la muerte de mi padre llevo esta cota hasta que lo haya vengado; y ya que sois tenido por el más noble rey del mundo, vengo a vos para que me hagáis caballero.

–Señor –dijeron sir Lamorak y sir Gaheris–, bien estaría hacerle caballero; pues bien parece de persona y continente, de manera que probará ser hombre bueno, y buen caballero, y poderoso; pues, señor, si recordáis, así mismo era sir Lanzarote del Lago la primera vez que vino a esta corte, y muy pocos de nosotros sabíamos de dónde venía; y ahora ha probado ser el hombre de más merecimiento en el mundo, y toda vuestra corte y Tabla Redonda es honrada y acrecentada por sir Lanzarote más que por ningún otro caballero de cuantos ahora viven.

–Verdad es eso –dijo el rey–; y mañana, por vuestro requerimiento, lo haré caballero.

Y al día siguiente fue hallado un ciervo, y allá cabalgó el rey con una compañía de sus caballeros para matar al ciervo. Y este mancebo al que sir Kay llamaba La Cote Male Tailé fue dejado atrás con la reina Ginebra; y por súbita aventura había un horrible león guardado en una fuerte torre de piedra, y acaeció en esa sazón que se soltó, y fue impetuoso para la reina y sus caballeros. Y cuando la reina vio al león gritó y huyó, suplicando a sus caballeros que la rescatasen. Y de todos no se quedaron sino doce, y huyeron los demás. Entonces dijo La Cote Male Tailé:

–Ahora veo bien que no han muerto todos los caballeros cobardes.

Y seguidamente sacó su espada y se puso delante del león.

Y este león abrió una gran boca y se echó rampante sobre él para matarlo. Entonces le asestó en medio de la cabeza tan poderosa cuchillada que se la hendió en dos, y cayó a tierra.

Entonces contaron a la reina cómo el mancebo al que sir Kay llamaba por burla La Cote Male Tailé había matado al león.

En esto volvió el rey a casa, y cuando la reina le contó de esta aventura, holgó mucho y dijo:

–Por mi cabeza, probará ser hombre noble y caballero leal, y fiel a su promesa.

Y seguidamente lo hizo caballero.

–Ahora, señor –dijo este caballero mancebo–, os requiero, y a todos los caballeros de vuestra corte, que no me llaméis con ningún otro nombre sino el de La Cote Male Tailé: como me ha puesto sir Kay, así quiero ser llamado.

–De buen grado consentiré en eso –dijo el rey.

Capítulo 2

Cómo llegó a la corte una doncella y pidió un caballero que tomase sobre sí una demanda, la cual emprendió La Cote Male Tailé

Entonces llegó ese mismo día una doncella a la corte, que traía consigo un gran escudo negro, con una mano blanca en medio empuñando una espada. Otra figura no había en aquel escudo. Cuando el rey Arturo la vio le preguntó de dónde venía y qué quería.

–Señor –dijo–, he cabalgado largamente y muchos días con este escudo por muchos caminos, y por esta causa he venido a vuestra corte: había un buen caballero al que pertenecía este escudo, y este caballero había prometido llevar a cabo un gran hecho de armas; y le aconteció que por súbita aventura se encontró otro fuerte caballero con él, y lucharon mucho tiempo, y se hirieron el uno al otro muy gravemente; y se cansaron tanto que dejaron su batalla sin ganar ninguno. Y este caballero al que pertenecía este escudo vio que no había remedio sino que iba a morir; entonces me mandó traer este escudo a la corte del rey Arturo, requiriendo y rogando que algún buen caballero lo tomase, y acabase la demanda en que estaba él.

–¿Qué decís vosotros de esta demanda? –dijo el rey Arturo–. ¿Alguno de los que aquí estáis quiere tomar sobre sí llevar este

escudo?

Pero no hubo ninguno que quisiese decir una palabra. Entonces sir Kay tomó el escudo en sus manos.

–Señor caballero –dijo la doncella–, ¿cuál es vuestro nombre?

–Sabed bien –dijo él– que me llamo sir Kay, el Senescal, y soy extensamente conocido.

–Señor –dijo esta doncella–, dejad ese escudo, pues sabed que no es para vos, pues ha de ser mejor caballero que vos el que lleve ese escudo.

–Doncella –dijo sir Kay–, sabed bien que he tomado este escudo en mis manos, con vuestra licencia, para mirarlo, y no con esa intención; pero id a donde queráis, que no iré yo con vos.

Entonces la doncella se tuvo callada buen rato y miró a muchos de aquellos caballeros. Y entonces habló el caballero La Cote Male Tailé:

–Gentil doncella, quiero tomar el escudo y esa aventura sobre mí, y quisiera saber hacia dónde ha de ser mi jornada; pues ya que he sido hecho caballero este día, quisiera tomar esta aventura sobre mí.

–¿Cuál es vuestro nombre, gentil mancebo? –dijo la doncella.

–Mi nombre es –dijo– La Cote Male Tailé.

–Bien puedes llamarte así –dijo la doncella–, «el caballero de la cota mal cortada», pero si eres tan osado de tomar sobre ti ese escudo y seguirme, sabe bien que tu piel quedará tan tajada como tu cota.

–En cuanto a eso –dijo La Cote Male Tailé–, cuando esté así de tajado, no os pediré ningún bálsamo con que curarme.

Y seguidamente entraron en la corte dos escuderos y le trajeron grandes caballos, y su armadura, y sus lanzas; y al punto fue armado, y se despidió.

–No quisiera, por mi voluntad –dijo el rey–, que tomaseis sobre vos esta difícil aventura.

–Señor –dijo él–, esta aventura es mía, y la primera que tomo sobre mí, y la quiero seguir venga lo que venga.

Entonces partió esta doncella, y La Cote Male Tailé siguió detrás a gran prisa. Y al poco rato alcanzó a la doncella, y ésta lo injurió de la más fea manera.

Capítulo 3

Cómo La Cote Male Tailé derribó a sir Dagonet el loco del rey, y del reproche que tuvo de la doncella

Entonces sir Kay ordenó que sir Dagonet, el loco del rey, siguiese a La Cote Male Tailé; y sir Kay ordenó que sir Dagonet fuese encabalgado y armado, y le pidió que siguiese a La Cote Male Tailé y le ofreciese justar; y así lo hizo.

Y cuando vio a La Cote Male Tailé, le gritó y mandó que se aprestase a justar. Y sir La Cote Male Tailé derribó a sir Dagonet por la grupa del caballo. Entonces la doncella se burló de La Cote Male Tailé, y dijo:

–¡Mal hayas! Ahora has caído en vergüenza en la corte de Arturo, cuando envían a un loco para haberlas contigo y, en especial, en tu primera justa.

Y así cabalgó ella mucho tiempo, regañando. Y al poco rato llegó sir Bleoberis, el buen caballero, y justó con La Cote Male Tailé; y sir Bleoberis le dio tan fuerte golpe que lo tiró a tierra, caballo y todo. Entonces La Cote Male Tailé se levantó con ligereza, embrazó el escudo, sacó la espada y quiso hacer batalla a ultranza, pues estaba enojado en extremo.

–Eso no –dijo sir Bleoberis de Ganis–, pues no quiero en esta sazón

luchar a pie.

Entonces la Doncella Maledisant lo reprochó de la más fea manera, y le mandó:

–¡Vuélvete, cobarde!

–¡Ah, doncella! –dijo él–, os ruego por merced que no me injuriéis más; harto grande es mi pesar, aunque no me deis más; no me tengo por el peor caballero cuando me falla un hijo de yegua, ni me juzgo el peor por una caída de sir Bleoberis.

Así cabalgó con ella dos días; y llegó por fortuna sir Palomides y se encontró con él, y de la misma manera le sirvió como antes sir Bleoberis.

–¿Qué haces tú aquí en mi compañía? –dijo la Doncella Maledisant–. No puedes tenerte en tu silla contra ningún caballero, ni resistirle un solo golpe, a menos que sea sir Dagonet.

–Ah, gentil doncella, no soy peor por recibir una caída de sir Palomides, ni he tenido deshonra ninguna; pues ni Bleoberis ni Palomides han querido luchar conmigo a pie.

–En cuanto a eso –dijo la doncella–, sabe bien que desdeñan y menosprecian bajar de sus caballos para luchar con un caballero tan torpe como tú.

Y en esto llegó sir Mordred, hermano de sir Gawain, y siguió en compañía de la Doncella Maledisant.

Y llegaron ante el Castillo Orgulous, y había en él la costumbre de que no podía pasar ningún caballero por este castillo, a menos que justase con otro, o fuese hecho prisionero, o perdiese al menos el caballo y el arnés.

Salieron, pues, dos caballeros contra ellos, y sir Mordred justó con el delantero, y el del castillo derribó del caballo a sir Mordred. Entonces La Cote Male Tailé justó con el otro, y se derribaron ambos, caballo y todo, a tierra. Y cuando dejaron sus caballos, tomaron caballos de los otros.

Y entonces La Cote Male Tailé fue sobre el caballero que había derribado a sir Mordred, y justó con él. Y sir La Cote Male Tailé lo hirió y lastimó muy gravemente, y lo sacó del caballo como si hubiese muerto. Después se volvió hacia aquél con el que se había encontrado antes, pero huyó hacia el castillo; y sir La Cote Male Tailé fue tras él hasta el Castillo Orgulous, y allí La Cote Male Tailé lo mató.

Capítulo 4

Cómo La Cote Male Tailé luchó contra cien caballeros,

y cómo escapó por medio de una dama

Y al punto lo rodearon cien caballeros y lo asaltaron, y cuando vio que le podían matar el caballo se apeó y lo apartó, puso la brida a sus pies, y lo sacó fuera de la puerta. Y hecho esto arremetió entre ellos, y se puso de espaldas al muro de la cámara de una dama, pensando que prefería morir allí con honra a soportar los reproches de la Doncella Maledisant.

Y en tanto resistía y luchaba, la dama dueña de la cámara salió encubiertamente a su poterna, halló fuera de las puertas el caballo de La Cote Male Tailé, lo tomó ligeramente por la brida y lo ató a la poterna. A continuación volvió calladamente a mirar cómo luchaba este caballero solo contra cien caballeros. Y después de observarlo mucho rato fue a una ventana a su espalda, y le dijo:

–Caballero, luchas maravillosamente bien, pero pese a todo, a la postre, de necesidad habrás de morir, a menos que con tu poderosa proeza puedas ganar aquella poterna, pues allí he atado tu caballo para que te espere: pero sabe bien que debes pensar en tu honra, y no pensar en morir, pues no puedes ganar aquella poterna sin portarte noble y poderosamente.

Cuando La Cote Male Tailé le oyó decir esto asió la espada en sus

manos, y se puso el escudo diestramente delante, y por lo más espeso de la multitud se abrió paso entre ellos. Y cuando llegó a la poterna halló apercibidos cuatro caballeros; y mató a dos de ellos de los dos primeros tajos, y huyeron los otros; y así ganó su caballo y se fue de ellos. Y tal como ocurrió todo, fue referido en la corte del rey Arturo: cómo mató a doce caballeros dentro del Castillo Orgulous; y después siguió su camino. Y entretanto la doncella dijo a sir Mordred:

–Creo que mi necio caballero ha sido muerto o hecho prisionero.

Entonces advirtieron dónde venía cabalgando. Y cuando hubo llegado a ellos, les contó cómo había librado y escapado pese a todos ellos:

–Y algunos de los mejores de ellos no lo contarán.

–Mientes falsamente –dijo la doncella–, pues me atrevo a hacer bueno que por loco y desleal a toda caballería te han dejado pasar.

–Podéis comprobarlo –dijo La Cote Male Tailé.

Con eso envió ella un correo que cabalgaba siempre consigo para averiguar la verdad de esta hazaña; y fue con diligencia, y preguntó cómo y en qué manera aquel La Cote Male Tailé había escapado del castillo. Entonces lo maldijeron todos los caballeros, y dijeron que era demonio y no hombre:

–Pues ha dado muerte a doce de nuestros mejores caballeros, que hasta este día creíamos que eran demasiados para sir Lanzarote del Lago o para sir Tristán de Lionís. Y pese a todos nosotros ha partido, y contra nuestro empeño.

Con esta respuesta partió el correo y fue a Maledisant su señora, y se lo contó todo, cómo sir La Cote Male Tailé había librado en el Castillo Orgulous. Entonces bajó ella la cabeza y no dijo nada.

–Por mi cabeza –dijo sir Mordred a la doncella–, mucha reprobación merecéis al reprocharlo así, pues os prevengo claramente que es buen caballero, y no dudo que probará ser noble caballero, aunque no va seguro aún sobre el caballo, pues el ser buen jinete ha de

venir de la costumbre y el ejercicio. Pero en llegando a los tajos con la espada, entonces es noble y poderoso, lo cual vieron sir Bleoberis y sir Palomides; pues sabed bien que son experimentados hombres de armas, y en seguida conocen cuando ven a un caballero mancebo, por su manera de cabalgar, cómo pueden darle seguro una caída del caballo o un gran golpe. Pero los más de ellos no quieren bajar a pie con caballeros mancebos, pues son recios y van fuertemente armados. Pues de la misma manera sir Lanzarote del Lago, al principio de ser hecho caballero, a menudo fue vencido a caballo, pero a pie siempre recobró su fama, y mató y puso en vergüenza a muchos caballeros de la Tabla Redonda. Y por tanto los reproches en que sir Lanzarote puso a muchos caballeros hacen ser cautos a los hombres de proeza; pues muchas veces he visto a viejos caballeros probados ser reprochados y muertos por mancebos noveles –y así fueron departiendo confiadamente por el camino.

Aquí dejamos un rato este cuento, y hablamos de sir Lanzarote del Lago;

Capítulo 5

Cómo llegó sir Lanzarote a la corte y oyó hablar de La Cote Mate Tailé, y cómo siguió en pos de él, y cómo La Cote Mate Tailé fue prisionero

que al llegar a la corte del rey Arturo, oyó hablar del joven caballero La Cote Male Tailé, cómo mató al león, y cómo tomó sobre sí la aventura del escudo negro la cual fue considerada en aquella sazón la aventura más osada del mundo.

–Así Dios me salve –dijo sir Lanzarote a muchos de sus compañeros–, fue vergüenza para todos los nobles caballeros consentir que caballero tan mancebo tomase tal aventura sobre sí para su destrucción; pues quiero que sepáis –dijo sir Lanzarote– que

esa Doncella Maledisant ha llevado ese escudo muchos días, buscando a los caballeros más probados, y que fue de ella de quien tomó Breunis Saunce Pité ese escudo, que después rescató Tristán de Lionís y lo dio a la doncella otra vez poco antes de que sir Tristán luchase con mi sobrino sir Blamor de Ganis por una querella entre el rey de Irlanda y él.

Entonces pesó a muchos caballeros que sir La Cote Male Tailé hubiese emprendido esta aventura.

–En verdad –dijo sir Lanzarote–, tengo determinado ir tras él.

Y al cabo de siete días sir Lanzarote alcanzó a La Cote Male Tailé; y entonces lo saludó, y a la Doncella Maledisant. Y cuando sir Mordred vio a sir Lanzarote, dejó la compañía; y cabalgó sir Lanzarote con ellos un día, y no cesaba aquella doncella de reprochar a La Cote Male Tailé, y sir Lanzarote respondió por él; entonces ella dejó de meterse con él, y reprochó a sir Lanzarote.

Y este entretanto envió sir Tristán, por una doncella, una carta a sir Lanzarote, excusándose de su casamiento con Isolda la Blanche Mains; y decía en la carta que, como caballero verdadero que era, jamás tuvo que ver carnalmente con Isolda la Blanche Mains; y muy cortésmente y gentilmente escribía sir Tristán a sir Lanzarote, suplicándole que fuese buen amigo suyo y de La Bella Isolda de Cornualles, y que quisiese excusarle ante ella si la veía. Y en breve tiempo, por la gracia de Dios, decía sir Tristán que hablaría con La Bella Isolda, y con él muy prestamente.

Entonces se separó sir Lanzarote de la doncella y de sir La Cote Male Tailé para meditar aquella carta, y escribir otra a sir Tristán de Lionís.

Y entretanto La Cote Male Tailé cabalgó con la doncella hasta que llegaron a un castillo llamado Pendragon; y allí fueron seis caballeros ante él, y uno de ellos ofreció justar a La Cote Male Tailé.

Y La Cote Male Tailé lo derribó por la grupa del caballo. Y entonces los cinco caballeros fueron sobre él a la vez con sus lanzas, y allí derribaron a La Cote Male Tailé, hombre y caballo. Se apearon entonces súbitamente, y echaron mano todos a la vez sobre él, lo

prendieron, lo llevaron al castillo y lo pusieron prisionero.

Y por la mañana se levantó sir Lanzarote, y envió a la doncella con letras para sir Tristán, y después prosiguió camino en pos de La Cote Male Tailé. Y por el camino, en un puente, un caballero ofreció a sir Lanzarote justar; lo derribó sir Lanzarote, y a continuación hicieron a pie una noble batalla, y poderosa; y finalmente sir Lanzarote lo derribó sobre sus manos y rodillas. Y entonces este caballero se otorgó a él, y sir Lanzarote lo recibió gentilmente.

–Señor –dijo el caballero–, te requiero que me digas tu nombre, pues mucho se inclina mi corazón a ti.

–No –dijo sir Lanzarote–; no os quiero decir mi nombre en esta sazón, a menos que vos me digáis el vuestro.

–Ciertamente –dijo el caballero–, me llamo sir Nerovens, que fui hecho caballero por mi señor sir Lanzarote del Lago.

–¡Ah, Nerovens de Lile! –dijo sir Lanzarote–; muy contento soy de que hayáis probado ser buen caballero, pues sabed bien ahora que me llamo sir Lanzarote del Lago.

–¡Ay –dijo sir Nerovens de Lile–, qué he hecho!

Y cayó seguidamente a sus pies, y se los quiso besar, pero sir Lanzarote no lo consintió; y cada uno hizo entonces gran alegría del otro. Y entonces sir Nerovens dijo a sir Lanzarote que no fuese por el Castillo de Pendragon:

–Pues hay allí un señor, un caballero poderoso, con muchos caballeros con él, y anoche oí decir que prendieron ayer a un caballero que cabalgaba con una doncella, el cual dicen que es de la Tabla Redonda.

Capítulo 6

Cómo sir Lanzarote luchó con seis caballeros,

y después con sir Brian, y cómo libró a los prisioneros

–¡Ah! –dijo sir Lanzarote–, ese caballero es mi compañero, y lo rescataré, o perderé la vida en ello.

Y seguidamente cabalgó deprisa hasta que llegó ante el Castillo de Pendragon; y a poco salieron seis caballeros, y se aprestaron todos a ir sobre sir Lanzarote a la vez. Entonces sir Lanzarote enristró su lanza e hirió al delantero de tal suerte que le quebró la espalda; y tres de ellos le dieron, y tres fallaron. Y pasó sir Lanzarote entre ellos, se dio la vuelta ligeramente, y a uno le atravesó el pecho y la espalda, más de una ana, con lo que se le quebró la lanza. Entonces los cuatro caballeros restantes sacaron las espadas y acometieron a sir Lanzarote. Y por cada golpe sir Lanzarote les administró tales de los suyos que con cuatro los sacó de sus sillas, muy maltrechos; y después de eso entró impetuosamente en el castillo.

Y a poco el señor del castillo, que se llamaba sir Brian de les Isles, y era hombre noble y gran enemigo del rey Arturo, estuvo armado y encabalgado. Y entonces enristraron sus lanzas y se arremetieron el uno contra el otro tan fuertemente que ambos caballos fueron a tierra. Dejaron entonces sus sillas, embrazaron sus escudos, sacaron sus espadas, y se abalanzaron contra sí como locos, y allí se dieron muchos tajos bastante tiempo.

Finalmente, sir Lanzarote dio a sir Brian tal golpe que lo hizo caer de rodillas; y entonces sir Lanzarote se arrojó sobre él y con gran fuerza le arrancó el yelmo; y cuando sir Brian vio que iba a morir, se rindió, y se puso a su merced y su gracia.

Entonces sir Lanzarote le hizo soltar a todos los prisioneros que tenía en el castillo, y en él halló sir Lanzarote a treinta caballeros de Arturo, y cuarenta damas, y los liberó; y después siguió su camino.

Y tan pronto como estuvo libre La Cote Male Tailé tomó su caballo y su arnés, y a su Doncella Maledisant.

Entretanto sir Nerovens, con el que sir Lanzarote había luchado antes en el puente, envió una doncella en pos de sir Lanzarote para

saber cómo le había ido en el Castillo de Pendragon. Y los de dentro del castillo no supieron qué caballero era, cuando sir Brian y sus caballeros liberaron a todos aquellos prisioneros.

–No os maravilléis –dijo la doncella–, pues aquí estuvo el mejor caballero de este mundo, e hizo esta jornada, y sabed bien que era sir Lanzarote.

Entonces se alegró mucho sir Brian, y lo mismo su dama, y todos sus caballeros, de que les hubiese vencido tal hombre. Y cuando la doncella y La Cote Male Tailé supieron que era sir Lanzarote del Lago el que había cabalgado en su compañía, y recordó ella cómo lo había reprochado y llamado cobarde, tuvo muy gran pesar.

Capítulo 7

Cómo sir Lanzarote topó con la doncella llamada Maledisant, y la llamó Doncella Bienpensant

Tomaron entonces sus caballos y fueron a buen paso en pos de sir Lanzarote. Y al cabo de dos millas lo alcanzaron, y saludaron, y le dieron las gracias, y la doncella pidió merced a sir Lanzarote por su mala acción y trato:

–Pues ahora sé que la flor de toda la caballería está repartida por igual entre sir Tristán y vos. Pues Dios sabe –dijo la doncella– que os he buscado, mi señor Lanzarote, y a sir Tristán, mucho tiempo, y ahora agradezco a Dios haber dado con vos. Y en Camelot topé con sir Tristán, el cual rescató este escudo negro con la mano blanca empuñando una espada desnuda que sir Breunis Saunce Pité había tomado de mí.

–Gentil doncella –dijo sir Lanzarote–, ¿quién os ha dicho mi nombre?

–Señor –dijo ella–, allí vino una doncella del caballero con el que

luchasteis en el puente, y me dijo que vuestro nombre era sir Lanzarote del Lago.

–Culpa es de ella entonces –dijo sir Lanzarote–; aunque su señor, sir Nerovens, se lo ha dicho. Pero, doncella, con esta condición cabalgaré con vos: que no reprochéis más a este caballero sir La Cote Male Tailé; pues es buen caballero, y no dudo que probará ser noble caballero, y por su amor y piedad, para que no sea destruido, le he seguido para socorrerlo en esta gran necesidad.

–¡Ah, Jesús os lo agradezca! –dijo la doncella–; pues ahora quiero deciros, a vos y a él, que no lo reproché porque le tuviese desamor, sino por gran amor que le tenía. Pues no cesaba de pensar que era demasiado mancebo y tierno para tomar sobre sí estas aventuras. Y por ende era mi voluntad apartarlo por celosa que estaba de su vida; pues no puede ser hazaña de ningún caballero mancebo dar fin a esta aventura.

–¡Pardiez! –dijo sir Lanzarote–, bien dicho está eso, y donde sois llamada Doncella Maledisant yo os llamaré Doncella Bienpensant.

Y así siguieron cabalgando mucho tiempo hasta que llegaron a los confines del país de Surluse, y hallaron allí una hermosa villa con un puente fuerte como una fortaleza. Y cuando sir Lanzarote y ellos estuvieron en el puente, les salieron delante muchos gentileshombres y criados que dijeron:

–Gentiles señores, no podéis pasar este puente y fortaleza a causa de ese escudo negro que veo que lleva uno de vosotros; y por tanto no pasaréis sino de a uno; por tanto escoged cuál de vosotros ha de entrar primero en este puente.

Entonces sir Lanzarote se ofreció a entrar primero en el puente.

–Señor –dijo La Cote Male Tailé–, os suplico que me dejéis entrar a mí en esta fortaleza, y si me puedo valer bien enviaré por vos, y si acaso muero, tanto da. Pero si soy hecho prisionero, entonces podéis rescatarme.

–Soy contrario –dijo sir Lanzarote– a dejaros pasar este paso.

–Señor –dijo La Cote Male Tailé–, os ruego que me dejéis poner mi vida en esta aventura.

–Pues id vuestro camino –dijo sir Lanzarote , y sea Jesús vuestro valedor.

Entró, y al punto se encontró con dos hermanos, el uno llamado sir Plaine de Forte, y el otro llamado sir Plaine de Amours. Y se encontraron con La Cote Male Tailé; y primero La Cote Male Tailé derribó a Plaine de Forte, y después a Plaine de Amours; y embrazaron entonces sus escudos y espadas, pidieron a La Cote Male Tailé que se apease, y así lo hizo él; y allí fue arremeter y tirar estocadas con las espadas, y empezaron a asaltar a La Cote Male Tailé muy cruelmente, y le infligieron muchas graves heridas encima de la cabeza, y en el pecho y los hombros. Y como podía entre ellos, les daba dolorosos tajos también. Y los dos hermanos acosaban y esquivaban para estar a ambas manos de La Cote Male Tailé, pero por pura fuerza y caballeresca proeza los mantenía delante de él. Y cuando se sintió tan herido, dobló sus tajos, y les infligió tantas heridas que cayeron a tierra, y los habría matado de no rendirse ellos.

Y tomó luego sir La Cote Male Tailé el mejor caballo que había de los tres, y siguió su camino hacia la otra fortaleza y puente; y allí topó con el tercer hermano cuyo nombre era sir Plenorius, muy noble caballero, y justaron; y se derribaron el uno al otro, hombre y caballo, a tierra. Y dejaron entonces los caballos, embrazaron los escudos, sacaron las espadas, y se dieron espesos golpes, y unas veces estaba el uno delante del puente, y otras el otro. Y así lucharon dos horas y más, sin descansar. Y sir Lanzarote y la doncella los miraban todavía.

–¡Ay! –dijo la doncella–, muy dolorosamente lucha mi caballero, y demasiado tiempo.

–Ahora podéis ver –dijo sir Lanzarote– que es noble caballero, habiendo cuenta de su primera batalla, y sus crueles heridas; y con todo lo herido que está, es maravilla que pueda resistir tan larga batalla con ese buen caballero.

Capítulo 8

Cómo La Cote Male Tailé fue hecho prisionero, y rescatado después por sir Lanzarote, y cómo sir Lanzarote venció a cuatro hermanos

En ese entretanto sir La Cote Male Tailé se cayó sin más a tierra, ya que de tantas heridas y tanto sangrar no se podía tener. Entonces el otro caballero tuvo piedad de él, y dijo:

–Gentil y joven caballero, no desmayéis, pues de haber estado fresco cuando os enfrentasteis a mí, como yo lo estaba, sé bien que no habría durado yo tanto como habéis durado vos; y por tanto, por vuestros nobles hechos de armas os mostraré cortesía y gentileza en todo lo que pueda.

Y seguidamente este noble caballero, sir Plenorius, lo tomó en sus brazos y lo llevó a su torre. Y entonces mandó traerle vino, y lavarle y cerrarle sus heridas sangrantes.

–Señor –dijo La Cote Male Tailé–, dejadme a mí y corred a ese puente, pues allí se enfrentará a vos otra manera de caballero como no podría ser yo.

–Pues qué –dijo Plenorius–, ¿hay otra manera de caballero aparte de vuestra compañía?

–Sí –dijo La Cote Male Tailé–; hay un caballero mucho mejor que yo.

–¿Cuál es su nombre? –dijo Plenorius.

–No lo sabréis por mí –dijo La Cote Male Tailé.

–Pues bien –dijo el caballero–, me enfrentaré a él, quienquiera que sea.

Entonces sir Plenorius oyó a un caballero que llamaba y decía:

–¡Sir Plenorius!, ¿dónde estás? ¡Deja libre al prisionero que te has llevado a tu torre, o sal a hacer batalla conmigo!

Entonces sir Plenorius tomó su caballo, y fue con una lanza en la mano galopando hacia sir Lanzarote; y empezaron a enristrar sus lanzas, se juntaron como el trueno, y se dieron tan fuerte golpe que sus caballos cayeron debajo de ellos.

Dejaron entonces los caballos, sacaron las espadas, y se arremetieron como dos toros con grandes tajos y estocadas; pero no paraba sir Lanzarote de ganarle terreno, y sir Plenorius esquivaba para rodearlo. Pero sir Lanzarote no se lo consentía, sino que lo llevaba hacia atrás cada vez más, hasta que llegaron cerca de la puerta de la torre. Y entonces dijo sir Lanzarote:

–Te sé buen caballero, pero sabe bien que tu vida o muerte están en mi mano, y por ende, ríndete a mí, y dame a tu prisionero.

El otro no respondió palabra, sino que descargó una poderosa cuchillada sobre el yelmo de sir Lanzarote, de manera que le saltó fuego de los ojos. Entonces sir Lanzarote dobló sus tajos tan espesamente, y lo hirió con tal fuerza, que le hizo caer de rodillas. Y en eso sir Lanzarote saltó sobre él, y lo derribó de bruces.

Entonces sir Plenorius se entregó, y su torre, y todos sus prisioneros, a su voluntad. Y sir Lanzarote lo recibió y le tomó su promesa solemne.

Entonces cabalgó al otro puente, y allí sir Lanzarote justó con otros tres hermanos, de los que uno se llamaba Pillounes, otro Pellogris, y el tercero sir Pellandris. Y primero sir Lanzarote los derribó a caballo, y después los venció a pie, y los hizo rendirse a él. Y entonces volvió a sir Plenorius, y halló en su prisión al rey Carados de Escocia, y a muchos otros caballeros, y a todos los liberó.

Y llegó entonces sir La Cote Male Tailé a sir Lanzarote, y sir Lanzarote le quiso dar todas estas fortalezas y puentes.

–No –dijo La Cote Male Tailé–, no quiero tener los dominios de sir

Plenorius. Con tal que os prometa, mi señor Lanzarote, ir a la corte del rey Arturo, y ser su caballero, y todos sus hermanos, os ruego mi señor, que le dejéis tener sus dominios.

–De buen grado –dijo sir Lanzarote– consiento en esto: que vaya a la corte del rey Arturo, y se haga de él, con sus cinco hermanos. Y en cuanto a vos, veré, en la próxima fiesta, si hay una plaza vacía, para que seáis caballero de la Tabla Redonda.

–Señor –dijo Plenorius–, en la próxima fiesta de Pentecostés estaré en la corte del rey Arturo, y en esa sazón me guiaré y gobernaré como el rey Arturo y vos queráis tenerme.

Entonces se reposaron allí sir Lanzarote y sir La Cote Male Tailé, hasta que La Cote Male Tailé estuvo sano de sus heridas; y allí tuvieron alegre acogida, y buen descanso, y muchos buenos juegos, y había muchas damas hermosas.

Capítulo 9

Cómo hizo sir Lanzarote a La Cote Male Tailé

señor del Castillo de Pendragon, y después

fue hecho caballero de la Tabla Redonda

Y entretanto llegaron sir Kay el Senescal, y sir Brandiles, y al punto se unieron a ellos. Y al cabo de diez días partieron de estas fortalezas estos caballeros de la corte de Arturo.

Y al pasar sir Lanzarote por el Castillo de Pendragon echó a sir Brian de les Isles de sus tierras, ya que no quería tenerse con el rey Arturo; y dio todo ese Castillo de Pendragon y todas sus tierras a sir La Cote Male Tailé. Y entonces sir Lanzarote envió por Nerovens al que en otro tiempo había hecho caballero, y le hizo tener todo el gobierno de ese castillo y de ese país, bajo La Cote Male Tailé; y

después se dirigieron a la corte de Arturo todos juntos.

Y en la siguiente fiesta de Pentecostés sir Plenorius y sir La Cote Male Tailé, también llamado por derecho sir Breunor le Noire, fueron hechos caballeros de la Tabla Redonda; y el rey Arturo les dio grandes tierras. Y Breunor le Noire casó con esta doncella Maledisant que después fue llamada Beauvivante, pero él fue siempre llamado mayormente La Cote Male Tailé; y probó ser muy noble caballero, y poderoso, e hizo muchos hechos honrosos después en su vida. Y sir Plenorius probó ser un noble caballero y lleno de proeza; y todos los días de su vida en su mayor parte guardaron ambos a sir Lanzarote; y los hermanos de sir Plenorius fueron siempre caballeros del rey Arturo. Y también, como hace mención el libro francés, sir La Cote Male Tailé vengó la muerte de su padre.

Capítulo 10

Cómo La Bella Isolda envió cartas a sir Tristán por su doncella Bragwaine, y de diversas aventuras de sir Tristán

Ahora dejamos aquí a sir La Cote Male Tailé y volvemos a sir Tristán de Lionís, que estaba en Bretaña. Cuando La Bella Isolda supo que se había casado le envió por su doncella Bragwaine las cartas más piadosas que se podían pensar y escribir, concluyendo que, si placía a sir Tristán, viniese a su corte y trajese con él a Isolda la Blanche Mains, que serían tan bien guardados como lo era ella misma.

Entonces sir Tristán llamó a sir Kehydius y le preguntó si quería ir con él secretamente a Cornualles. Le respondió que estaba apercibido en todo momento. Y entonces hizo aparejar privadamente una pequeña nave y en ella fueron sir Tristán,

Kehydius, doña Bragwaine y Gouvernail, escudero de sir Tristán.

Y cuando estuvieron en la mar un viento contrario los empujó a las costas del Norte de Gales, cerca del Castillo Perilous. Entonces dijo sir Tristán:

–Me esperaréis aquí estos diez días, y Gouvernail, mi escudero, con vosotros. Y si no he vuelto yo para ese día, tomad el camino de Cornualles; pues en esta floresta hay muchas aventuras extrañas, como he oído decir, algunas de las cuales tengo determinado probar antes de partir. Y cuando pueda me apresuraré a ir detrás de vosotros.

Entonces tomaron sir Tristán y Kehydius sus caballos y se separaron de su compañía. Y se adentraron en esta floresta una milla o más; y finalmente sir Tristán vio ante sí a un apuesto caballero armado, sentado junto a una fuente, y a su lado un caballo fuerte y poderoso, atado a un roble, con un criado que aguardaba cabalgando a su alrededor, el cual llevaba un caballo cargado con lanzas. Y este caballero sentado en la fuente parecía por su continente tener grandísimo pesar. Entonces sir Tristán se llegó a él y le dijo:

–Gentil caballero, ¿por qué estáis con ese abatimiento? Parece, por vuestras armas y arnés que sois un caballero andante; por tanto, apercibíos a justar con uno de nosotros, o con ambos.

A esto el caballero no dijo nada, sino que tomó su escudo, se lo abrochó al cuello, tomó ligero su caballo y saltó sobre él. Y tomó entonces una gruesa lanza de su escudero, y se alejó un estadio.

Sir Kehydius pidió licencia a sir Tristán para justar primero.

–Haced lo mejor que podáis –dijo sir Tristán.

Y se juntaron, y allí tuvo sir Kehydius una caída, y fue gravemente herido por encima de las tetillas. Entonces dijo sir Tristán:

–Caballero, eso está bien justado; apercíbete ahora para mí.

–Estoy presto –dijo el caballero. Tomó entonces el caballero una lanza más gruesa en la mano, se encontró con sir Tristán, y por gran

fuerza aquel caballero derribó a sir Tristán de su caballo y le infligió una gran caída.

Entonces sir Tristán se sintió muy avergonzado, dejó ligeramente el caballo, se puso el escudo delante del hombro, sacó la espada y requirió al caballero, de su caballería, que se apease y luchase con él a pie.

–De buen grado –dijo el caballero.

Se apeó, dejó su caballo, se echó el escudo sobre el hombro, sacó la espada y lucharon largamente casi dos horas. Entonces dijo sir Tristán:

–Gentil caballero, ten tu mano, y dime de dónde eres, y cuál es tu nombre.

–En cuanto a eso –dijo el caballero–, quiero ser aconsejado; pero si tú me dices tu nombre, puede ser que te diga yo el mío.

Capítulo 11

Cómo sir Tristán se encontró con sir Lamorak de Gales, y cómo lucharon, y después acordaron no volver a luchar más entre sí

–Pues bien, gentil caballero –dijo–, mi nombre es sir Tristán de Lionís.

–Señor –dijo el otro caballero–, y mi nombre es sir Lamorak de Gales.

–¡Ah, señor Lamorak! –dijo sir Tristán–, bien nos hemos encontrado, y recuerda ahora el menosprecio que me hiciste enviando el cuerno a la corte del rey Marco, con intención de causar la muerte o la

deshonra de mi señora reina, La Bella Isolda; y por tanto sabe bien que uno de nosotros ha de morir antes de que nos separemos.

–Señor –dijo sir Lamorak–, recordad que estuvimos juntos en la Isla de Servage, y en aquella sazón me prometisteis gran amistad.

Entonces sir Tristán no quiso hacer más dilación, y arremetió sobre sir Lamorak; y así lucharon mucho tiempo hasta que estuvieron cansados el uno del otro. Y dijo sir Tristán a sir Lamorak:

–En toda mi vida me encontré con un caballero de tanta fuerza y aliento como vos; por tanto –dijo sir Tristán–, sería lástima que uno de nosotros quedase aquí maltrecho.

–Señor –dijo sir Lamorak–, por vuestra fama y nombre deseo que tengáis la honra de esta batalla; y por tanto quiero rendirme a vos – y seguidamente tomó la punta de su espada y se la rindió.

–No –dijo sir Tristán–, no haréis eso, pues bien conozco vuestro ofrecimiento, y viene más de vuestra gentileza que del temor o miedo que tengáis de mí –y seguidamente sir Tristán le ofreció su espada y dijo–: señor Lamorak, como caballero vencido, me doy a vos como al hombre de más noble proeza con quien me he enfrentado.

–No –dijo sir Lamorak–, quiero haceros yo gentileza. Os requiero que juremos los dos no haberlas nunca más el uno con el otro desde este día.

Y seguidamente juraron sir Tristán y sir Lamorak que ninguno de ellos lucharía con el otro, ni por mal ni por bien.

Capítulo 12

Cómo sir Palomides seguía

a la Bestia Aulladora, y derribó a sir Tristán

y a sir Lamorak con una lanza

Y en este entretanto llegó sir Palomides, el buen caballero, siguiendo a la Bestia Aulladora que tenía en hechura una cabeza como de sierpe, y el cuerpo como de leopardo, nalgas como un león, y pies como un ciervo; y de su cuerpo salía un ruido como de treinta pares de perros aullando; y tal ruido lo hacía la bestia a donde iba; y a esta bestia seguía siempre sir Palomides, pues era su demanda.

Y mientras la seguía, pasó esta bestia por donde estaba sir Tristán, y poco después llegó Palomides. Y para abreviar esta historia, derribó a sir Tristán y a sir Lamorak con una lanza, y prosiguió en pos de la Bestia Ladradora, que era llamada Bestia Aulladora; por lo que estos dos caballeros tuvieron muy gran enojo, que sir Palomides no quisiese luchar a pie con ellos.

Aquí se puede entender que los que eran de honor no estaban formados de suerte que podían resistir en todo tiempo, sino que a veces eran puestos en lo peor por mala fortuna; y a veces el peor caballero ponía en reproche al mejor.

Entonces sir Tristán y sir Lamorak pusieron a sir Kehydius sobre un escudo entre ambos, y lo llevaron a la posada de un guardabosque, y le encomendaron que lo cuidase bien, y permanecieron con él tres días. Entonces los dos caballeros tomaron sus caballos y al llegar a una encrucijada se separaron. Y dijo entonces sir Tristán a sir Lamorak:

–Os requiero, si os acaeciese topar con sir Palomides, que le digáis que me hallará en la misma fuente donde yo le hallé, y que allí, yo, sir Tristán, probaré si es mejor caballero que yo.

Y se separaron uno del otro por sendos caminos, y sir Tristán fue a donde estaba sir Kehydius; y sir Lamorak cabalgó hasta que llegó a una capilla, y allí puso su caballo a pacer.

Y a poco llegó allí sir Meliagaunt, que era hijo del rey Bagdemagus, y puso su caballo a pacer, ignorante de sir Lamorak; y este caballero sir Meliagaunt se quejó del amor que tenía a la reina Ginebra, e hizo allí una dolida lamentación.

Todo esto oyó sir Lamorak, y por la mañana sir Lamorak tomó su caballo y fue a la floresta; y allí topó con dos caballeros que estaban detenidos en la espesura.

–Gentiles caballeros –dijo sir Lamorak–, ¿qué aguardáis aquí, y observáis? Y si sois caballeros andantes que queréis justar, vedme apercibido.

–No, señor caballero –dijeron ellos–; eso no, que no aguardamos aquí para justar con vos, sino que estamos al acecho de un caballero que mató a nuestro hermano.

–¿Qué caballero es ése –dijo sir Lamorak–, con el que querríais topar?

–Señor –dijeron ellos–, es sir Lanzarote del Lago, que mató a nuestro hermano; y si alguna vez damos con él no escapará, sino que lo mataremos.

–Gran encomienda tomáis sobre vosotros –dijo sir Lamorak–, pues sir Lanzarote es un noble caballero probado.

–En cuanto a eso, ningún miedo le tenemos, pues no hay uno solo de nosotros que no sea harto bueno para él.

–No creo eso –dijo sir Lamorak–, pues jamás oí de ningún caballero, en los días de mi vida, para el que no fuera sir Lanzarote harto fuerte.

Capítulo 13

Cómo sir Lamorak topó con sir Meliagaunt,

y lucharon por la belleza de doña Ginebra

Y mientras así departían advirtió sir Lamorak cómo venía sir Lanzarote cabalgando derechamente hacia ellos; entonces le saludó

sir Lamorak, y él a éste también. Y entonces sir Lamorak preguntó a sir Lanzarote si había algo que pudiera hacer por él en estas marcas.

–No –dijo sir Lanzarote–, no en esta sazón; os lo agradezco.

Entonces se separaron uno del otro, y sir Lamorak volvió a donde había dejado a los dos caballeros, y los halló ocultos en la espesura.

–¡Mal hayan los falsos cobardes! –dijo sir Lamorak–, ¡lástima y vergüenza es que tomaseis ninguno la alta orden de caballería!

Y sir Lamorak se fue de ellos, y al poco rato topó con sir Meliagaunt. Y entonces le preguntó sir Lamorak por qué amaba a la reina Ginebra como hacía, «pues no estaba yo lejos de vos cuando hicisteis vuestra queja junto a la capilla».

–¿Me oísteis? –dijo sir Meliagaunt–, entonces me confirmo en ella: amo a la reina Ginebra. ¿Qué tenéis vos que ver en eso? Yo probaré y haré bueno que es la dama más hermosa del mundo.

–A eso digo yo que no –dijo sir Lamorak–, pues la reina Margawse de Orkney, madre de sir Gawain, es la más hermosa reina y dama de cuantas viven.

–No es así –dijo sir Meliagaunt–, y lo voy a probar con mis manos sobre tu cuerpo.

–¿De verdad? –dijo sir Lamorak–, pues no quisiera yo luchar en mejor querella.

Se separaron entonces el uno del otro muy airados, se juntaron como si fuese un trueno, y se dieron ambos tan fuerte golpe que sus caballos cayeron para atrás a tierra. Dejaron entonces los caballos, embrazaron los escudos y sacaron las espadas. Y entonces se arremetieron como jabalíes furiosos, y así lucharon mucho rato. Pues Meliagaunt era hombre bueno y de gran fuerza; pero sir Lamorak era harto fuerte para él, y le hacía retraerse sin cesar; pero ambos se herían gravemente.

Y mientras estaban así luchando, vinieron por fortuna sir Lanzarote y sir Bleoberis. Y se metió sir Lanzarote entre ellos, y preguntó por qué causa luchaban así, «siendo ambos caballeros del rey Arturo».

–Señor –dijo Meliagaunt–, os diré por qué causa hacemos esta batalla. Yo he alabado a mi señora la reina Ginebra, y he dicho que es la más hermosa dama del mundo; y sir Lamorak ha dicho a eso que no, pues dice que la reina Margawse de Orkney es más hermosa que ella, y de más belleza.

–Ah, señor Lamorak, ¿por qué dices eso? No es tu parte menospreciar a los príncipes bajo cuya obediencia estás, y todos nosotros –y con eso se apeó y dijo–: por esta querella apréstate, pues voy a probar sobre ti que la reina Ginebra es la más hermosa dama, y generosa del mundo.

–Señor –dijo sir Lamorak–, no quiero haberlas con vos en esta querella, pues cada hombre piensa que su dama es la más hermosa; y aunque alabe yo la que más amo vos no debéis tomar enojo; pues aunque mi señora, la reina Ginebra, sea más hermosa ante vuestros ojos, sabed bien que la reina Margawse de Orkney lo es ante los míos, y cada caballero piensa que su dama es la más hermosa; y sabed bien, señor, que sois el hombre del mundo, salvo sir Tristán, con quien más contrario soy a haberlas; pero, si de necesidad habéis de luchar conmigo, os duraré lo más que pueda.

Entonces habló sir Bleoberis, y dijo:

–Mi señor Lanzarote, nunca os he sabido tan desaconsejado como sois ahora, pues sir Lamorak no dice sino lo que es de razón, y caballerescamente; pues os prevengo que yo tengo una dama, la cual creo que es la más hermosa del mundo. ¿Sería ésta gran razón para enojaros conmigo por tal lenguaje? Y sabed bien que sir Lamorak es el más noble caballero que conozco, y siempre nos tiene, a vos y a mí, buena voluntad; y por ende os ruego que seáis buenos amigos.

Entonces sir Lanzarote dijo a sir Lamorak:

–Os ruego que perdonéis mi mala voluntad; y si he sido desaconsejado, yo lo enmendaré.

–Señor –dijo sir Lamorak–, presto se hacen las paces entre vos y yo.

Partieron sir Lanzarote y sir Bleoberis, y sir Meliagaunt y sir

Lamorak tomaron sus caballos, y se separaron el uno del otro.

Y al poco rato llegó el rey Arturo, topó con sir Lamorak, y justó con él; y derribó a sir Lamorak, hiriéndolo gravemente con una lanza, y se fue de él; por donde sir Lamorak se enojó de que no quisiese luchar con él a pie. Aunque sir Lamorak no reconoció al rey Arturo.

Capítulo 14

Cómo sir Kay topó con sir Tristán;

y después, de la vergüenza que dijo de los caballeros

de Cornualles, y cómo justaron

Dejamos ahora esta historia y hablamos de sir Tristán, que mientras cabalgaba topó con sir Kay el Senescal; y sir Kay preguntó a sir Tristán de qué país era. Él respondió que del país de Cornualles.

–Bien puede ser –dijo sir Kay–, pues aún no he oído que saliese jamás de Cornualles un buen caballero.

–Mal dicho está eso –dijo sir Tristán–; pero, si os place, os requiero que me digáis vuestro nombre.

–Señor –dijo sir Kay–, sabed bien que me llamo sir Kay el Senescal.

–¿Ése es vuestro nombre? –dijo sir Tristán–. Pues sabed bien que sois llamado el caballero de lengua más vergonzosa de cuantos ahora viven, aunque sois tenido por buen caballero, también lo sois por desventurado, y de muy injuriosa lengua.

Y así cabalgaron juntos hasta que llegaron a un puente. Y había allí un caballero que no quiso dejarlos pasar hasta que uno de los dos justase con él; y justó este caballero con sir Kay, y el caballero infligió una caída a sir Kay. Se llamaba sir Tor y era hermanastro de sir Lamorak.

Y entonces cabalgaron los dos a su aposentamiento, y allí hallaron a sir Brandiles; y poco después llegó sir Tor. Y cuando estos cuatro caballeros estaban cenando, tres de ellos dijeron vergüenza de los caballeros de Cornualles. Sir Tristán escuchaba todo lo que decían, y hablaba poco y pensaba mucho; pero en ese momento no descubrió su nombre.

Por la mañana tomó sir Tristán su caballo y los esperó en el camino. Y allí sir Brandiles ofreció justar con sir Tristán, y sir Tristán lo derribó, caballo y todo, a tierra.

Entonces sir Tor le Fise de Vayshoure se enfrentó a sir Tristán, y sir Tristán lo derribó, y después siguió su camino, y sir Kay fue detrás; pero él no quiso su compañía. Entonces llegó sir Brandiles a sir Kay y le dijo:

–Quisiera saber cuál es el nombre de ese caballero.

–Venid conmigo –dijo sir Kay–, y le rogaremos que nos diga su nombre.

Y cabalgaron juntos hasta que llegaron a él, y entonces vieron dónde estaba sentado junto a una fuente, y que se había quitado el yelmo para beber en la fuente. Y al verlos él llegar, se enlazó el yelmo con presteza, tomó su caballo, y les ofreció justar.

–No –dijo sir Brandiles–, harto hemos justado ya con vos; no venimos con ese propósito, sino para requeriros de caballería que nos digáis vuestro nombre.

–Mis gentiles caballeros, ya que ése es vuestro deseo, y os place, sabed que me llamo sir Tristán de Lionís, sobrino del rey Marco de Cornualles.

–En buena hora –dijo sir Brandiles–, y sed bien hallado; y sabed que mucho nos alegramos de haberos hallado; y somos de una compañía que se alegraría mucho de teneros. Pues sois el caballero del mundo al que más desea la noble compañía de la Tabla Redonda tener en su hermandad.

–Dios les agradezca su gran bondad –dijo sir Tristán–, pero por

ahora siento bien que no puedo ser de su compañía, pues nunca he sido de tales hechos honrosos para estar en la compañía de tal hermandad.

–¡Ah! –dijo sir Kay–, si sois sir Tristán de Lionís, sois considerado ahora el hombre de más proeza excepto sir Lanzarote del Lago; pues no vive cristiano ni pagano que pueda hallar a otro caballero igual, tocante a su proeza, y a sus manos, y a su lealtad. Pues hasta ahora no ha podido ninguna criatura decir deshonra de él, y hacerla buena.

Así hablaron mucho rato y después se separaron unos de otros por los caminos que mejor les pareció.

Capítulo 15

Cómo el rey Arturo fue llevado a la Floresta Peligrosa, y cómo le salvó la vida sir Tristán

Ahora oiréis cuál fue la causa de que el rey Arturo entrase en la Floresta Peligrosa, que estaba al Norte de Gales, por medio de una dama. Se llamaba ésta Annowre; y fue esta dama al rey Arturo, en Cardiff; y por gentiles promesas y votos hizo que el rey Arturo entrase con ella a la Floresta Peligrosa. Y era ella una gran hechicera, y hacía muchos días que amaba al rey Arturo; y porque quería hacerle yacer con ella vino a este país.

Y cuando el rey se hubo ido con ella, muchos de sus caballeros fueron en su busca, al echarle de menos, como sir Lanzarote, Brandiles, y muchos otros. Y cuando lo hubo llevado a su torre le pidió que yaciese con ella; y entonces el rey se acordó de su dama, y no quiso yacer con ella por muchas artes que ella pudo hacer. Y cada día quería hacerle cabalgar por aquella floresta con sus propios caballeros, con la intención de hacer que lo matasen. Pues cuando esta señora Annowre vio que no lo podía tener a su

voluntad, entonces trabajó con falsos medios para destruir al rey Arturo, y matarlo.

Entonces la Dama del Lago, que era siempre favorable al rey Arturo, conoció por sus sutiles artes que el rey Arturo sería probablemente destruido. Así que esta Dama del Lago, que se llamaba Nimue, entró en dicha floresta en busca de sir Lanzarote del Lago o sir Tristán, para que ayudasen al rey Arturo; pues esta Dama del Lago sabía que ese mismo día el rey sería muerto, a menos que recibiese ayuda de uno de estos dos caballeros. Y cabalgó de un lado para otro hasta que dio con sir Tristán; y tan pronto como lo vio lo reconoció.

–Oh, mi señor Tristán –dijo–, bien hallado seáis, y bendita la hora en que doy con vos; pues este mismo día, y dentro de dos horas, se habrá llevado a cabo la más horrible acción que se haya cometido en esta tierra.

–¡Oh gentil doncella! –dijo sir Tristán–, ¿puedo yo enmendarla?

–Venid conmigo –dijo ella–, y todo lo deprisa que podáis, pues veréis al más digno caballero en mal trance.

Entonces dijo sir Tristán:

–Presto estoy a ayudar a tan noble hombre.

–No es ni más ni menos –dijo la Dama del Lago– que el noble rey Arturo en persona.

–No quiera Dios –dijo sir Tristán– que se vea nunca en tal congoja.

Entonces cabalgaron juntos a más andar, hasta que llegaron a un pequeño torreón, y castillo; y al pie de este castillo vieron a un caballero que luchaba a pie con otros dos caballeros; los observó sir Tristán y finalmente los dos caballeros derribaron al caballero solo, y vio que uno de ellos le desenlazaba el yelmo para matarlo. Entonces la señora Annowre tomó la espada del rey Arturo en la mano para tajarle la cabeza. Y en eso llegó sir Tristán con toda su fuerza, gritando:

–¡Traidora, traidora, dejad eso!

Y le atravesó el cuerpo a uno de los caballeros, que cayó muerto, y arremetió sobre el otro y le partió la espalda. Y entretanto la Dama del Lago gritó al rey Arturo:

–¡No dejéis escapar a esa falsa dama!

Entonces el rey Arturo la alcanzó, y con la misma espada le cortó la cabeza; y la tomó la Dama del Lago, y la colgó por el cabello en el arzón de su silla.

Y entonces sir Tristán subió al rey Arturo sobre su caballo y cabalgó con él; pero pidió a la Dama del Lago que en esta sazón no descubriese su nombre. Cuando el rey estuvo encabalgado, se lo agradeció vivamente a sir Tristán, y deseó saber su nombre; pero él no le quiso decir sino que era un pobre caballero aventurero; y así acompañó al rey Arturo hasta que dio con algunos de sus caballeros.

Y al poco rato toparon con sir Héctor de Maris, el cual no reconoció al rey Arturo ni a sir Tristán, y quiso justar con uno de ellos. Entonces fue sir Tristán sobre sir Héctor, y lo derribó del caballo. Y hecho esto volvió al rey y le dijo:

–Mi señor, ése es uno de vuestros caballeros; él podrá acompañaros; y otro día, por esta acción que he hecho por vos, confío en Dios que entendáis que querría haceros servicio.

–¡Ay! –dijo el rey Arturo–, ¿queréis decirme quién sois?

–No en esta sazón –dijo sir Tristán.

Y partió, y dejó juntos al rey Arturo y a sir Héctor.

Capítulo 16

Cómo sir Tristán fue a La Bella Isolda,

y cómo sir Kehydius empezó a amar a

La Bella Isolda, y de una carta que halló Tristán

Y el día acordado se encontraron sir Tristán y sir Lamorak en la fuente; y recogieron entonces a sir Kehydius de la casa del guardabosque, y cabalgaron con él hasta la nave donde habían dejado a doña Bragwaine y a Gouvernail, e hicieron vela a Cornualles todos juntos.

Y por acuerdo e información de doña Bragwaine, al desembarcar fueron a sir Dinas el Senescal, uno de los leales amigos de sir Tristán. Y doña Bragwaine y sir Dinas fueron a la corte del rey Marco, y dijeron a la reina, La Bella Isolda, que sir Tristán estaba cerca de ella, en el país. Entonces de pura dicha La Bella Isolda se desvaneció; y cuando pudo hablar, dijo:

–Gentil caballero, senescal, ayudadme que pueda hablar con él, o me reventará el corazón.

Entonces sir Dinas y doña Bragwaine llevaron a sir Tristán y a Kehydius encubiertamente a la corte, a una cámara que La Bella Isolda había designado; y el gozo que hubo entre La Bella Isolda y sir Tristán no hay lengua que lo pueda contar, ni corazón que lo pueda pensar, ni pluma que lo pueda escribir.

Y como hace mención el libro francés, la primera vez que sir Kehydius vio a La Bella Isolda quedó tan prendado de ella que de purísimo amor no se podía apartar. Y finalmente, como oiréis antes que el libro acabe, sir Kehydius murió de amor por La Bella Isolda.

Y entonces le escribió secretamente cartas y baladas de lo más hermosas que se usaban en aquellos días. Y cuando La Bella Isolda entendió sus cartas tuvo mucha piedad de sus quejas, y desaconsejadamente le escribió ella otra para consolarlo.

Y todo este tiempo estaba sir Tristán en un torreón, por mandato de La Bella Isolda; y cuando ella podía, venía a sir Tristán.

Y un día estaba el rey Marco jugando al ajedrez bajo la ventana de una cámara; y en esa sazón estaban sir Tristán y sir Kehydius en la

cámara de encima del rey Marco; y por mala fortuna sir Tristán halló una carta que Kehydius había enviado a La Bella Isolda, y también la que ella había escrito a Kehydius. Y a todo esto estaba La Bella Isolda en la misma cámara. Entonces se llegó sir Tristán a La Bella Isolda y dijo:

–Señora, aquí está una carta enviada a vos, y aquí está la que vos habéis enviado al que os la envió. ¡Ay, señora!, con el buen amor que os he tenido, y las muchas tierras y riquezas a las que he renunciado por vuestro amor, y ahora me sois traidora, para mi gran dolor. En cuanto a ti, señor Kehydius, te he traído de Bretaña a este país; y para tu padre, el rey Howel, gané sus tierras. Y aunque me casé con tu hermana Isolda la Blanche Mains por la bondad que ella me hizo, sin embargo, como caballero verdadero que soy, es doncella pura por mí. Pero sabe bien, señor Kehydius, que por esta falsedad y traición que me has hecho, me vengaré de ti.

Y con esto sir Tristán sacó su espada y dijo:

–¡Kehydius, guárdate!

Y entonces La Bella Isolda cayó desvanecida al suelo. Y cuando sir Kehydius vio a sir Tristán venir sobre él no vio otro remedio, sino que saltó de una ventana salediza justo encima de la cabeza del rey Marco donde estaba jugando al ajedrez. Y cuando el rey vio caer a uno sobre su cabeza, dijo:

–Compañero, ¿quién eres y por qué causa saltas de esa ventana?

–Mi señor rey –dijo Kehydius–, me acaeció de estar dormido en la ventana, encima de vuestra cabeza, y mientras dormía he tenido un sueño, y con eso me he caído –y así se excusó sir Kehydius.

Capítulo 17

Cómo se marchó sir Tristán de Tintagel,

y cómo se afligió y estuvo mucho tiempo

en una floresta hasta que perdió el juicio

Entonccs sir Tristán tuvo mucho miedo de que el rey descubriese que estaba él allí; por lo que corrió a la fortaleza de la torre, y se armó con la primera armadura que halló para luchar con quien pretendiera resistirle.

Y cuando vio sir Tristán que no había resistencia contra él, envió a Gouvernail por su caballo y su lanza, y salió caballeresca y abiertamente del castillo, llamado Castillo de Tintagel. Y en la misma puerta topó con Gingalin, hijo de sir Gawain.

Y se puso luego sir Gingalin la lanza en el ristre, corrió sobre sir Tristán y quebró la lanza; y en esa sazón tenía sir Tristán sólo una espada; pero le descargó tal golpe encima del yelmo que lo tiró de la silla; y la espada resbaló hacia abajo y tajó por completo el cuello del caballo.

Y sir Tristán siguió camino de la floresta. Y toda esta acción vio el rey Marco. Y envió entonces un escudero al caballero herido, ordenándole que fuese a él, y así lo hizo. Y cuando el rey Marco supo que era sir Gingalin lo acogió bien y le dio un caballo, y le preguntó qué caballero era el que se había enfrentado a él.

–Señor –dijo sir Gingalin–, no sé qué caballero era, pero sé bien que va suspirando y haciendo gran lamentación.

Entonces sir Tristán, al poco rato, topó con un caballero suyo que se llamaba sir Fergus. Y cuando se hubo juntado con él, hizo gran aflicción al extremo que cayó desvanecido del caballo, y en esta congoja estuvo tres días y tres noches.

Y finalmente sir Tristán envió a la corte a sir Fergus, para preguntar qué nuevas había. Y por el camino topó con una doncella que venía de sir Palomides, para saber y averiguar qué hacía sir Tristán. Entonces sir Fergus le contó cómo estaba casi fuera de su juicio.

–¡Ay! –dijo la doncella–, ¿dónde lo hallaré?

–En tal lugar –dijo sir Fergus.

Y halló sir Fergus a la reina Isolda enferma en la cama, haciendo el más grande duelo que jamás hizo ninguna mujer terrenal.

Y cuando la doncella halló a sir Tristán hizo gran duelo porque no lo podía aliviar, pues cuanto más hacía por él, mayor era su dolor. Y finalmente tomó sir Tristán su caballo y se fue de ella. Y pasaron tres días antes de que ella lo pudiese hallar, y entonces le llevó de comer y de beber, aunque él no quiso cosa ninguna.

Y otra vez sir Tristán escapó de la doncella, y le acaeció de pasar junto al mismo castillo donde sir Palomides y sir Tristán habían hecho batalla cuando La Bella Isolda los separó. Y allí por fortuna dio la doncella con sir Tristán otra vez, haciendo el más grande duelo que hiciera ninguna criatura terrenal; y fue a la señora de aquel castillo y le contó la desventura de sir Tristán.

–¡Ay! –dijo la señora de aquel castillo–, ¿dónde está mi señor Tristán?

–Aquí cerca de vuestro castillo –dijo la doncella.

–En buena hora –dijo la dama– está cerca de mí; tendrá de comer y beber de lo mejor; y una arpa tengo suya con la que me enseñó, pues de tañer hermosamente el arpa tiene el galardón en el mundo.

Así, esta señora y esta doncella le llevaron de comer y de beber, aunque él comió poco. Y una noche apartó su caballo de él, se desenlazó la armadura, y entró sir Tristán por la espesura, y destrozó árboles y ramas; y otras veces, cuando halló el arpa que la señora le había enviado, tañía el arpa, y cantaba y lloraba a un tiempo. Otras veces en que sir Tristán estaba en el bosque y no sabía la señora dónde, se sentaba ella a tañer aquella arpa: entonces sir Tristán acudía a los sones del arpa, y escuchaba; y otras veces quería tañerla él.

Así duró un cuarto de año. Y finalmente emprendió su camino, y no supo ella qué fue de él. Y entonces anduvo desnudo y se quedó flaco y enjuto de carnes; y buscó la compañía de pastores y zagales, y diariamente le daban ellos algo de su comida y bebida. Y cuando

hacía él alguna travesura le pegaban con sus cayados, y lo rapaban con tijeras de esquilar, y lo trataban como a un loco.

Capítulo 18

Cómo sir Tristán metió a Dagonet en una fuente, y cómo Palomides envió a una doncella en busca de Tristán, y cómo éste topó con el rey Marco

Y un día Dagonet, el loco del rey Arturo, entró en Cornualles con dos escuderos con él; y cuando atravesaban aquella floresta llegaron a una hermosa fuente donde solía estar sir Tristán; y como hacía calor, se apearon para beber de dicha fuente; y entretanto se soltaron sus caballos.

En eso llegó a donde estaban ellos sir Tristán, y primero echó a sir Dagonet en la fuente, y después a sus escuderos, de lo cual se rieron los pastores; y seguidamente echó a correr detrás de los caballos y los trajo uno por uno; y al punto, mojados como estaban, los hizo saltar encima y seguir su camino. Así vivió sir Tristán medio año, desnudo, sin querer entrar nunca en ninguna ciudad ni villa.

Entretanto la doncella que sir Palomides había enviado en busca de sir Tristán fue a sir Palomides y le contó toda la desventura que padecía sir Tristán.

–¡Ay! –dijo sir Palomides–, gran lástima es que tan noble caballero sea tan desventurado por el amor de una dama; sin embargo, iré a buscarlo y lo consolaré si puedo.

Un poco antes de esto, La Bella Isolda había mandado a sir Kehydius que saliese del país de Cornualles. Y partió sir Kehydius con el corazón dolorido, y por ventura topó con sir Palomides, y cabalgaron juntos; y se quejaron el uno al otro del encendido amor

con que amaban a La Bella Isolda.

–Busquemos, pues –dijo sir Palomides–, a sir Tristán, que la amaba tanto como nosotros, y probemos si lo podemos recobrar.

Y entraron en esta floresta, y estuvieron tres días y tres noches sin querer descansar, sino buscando siempre a sir Tristán. Y una de las veces, por ventura, toparon con el rey Marco que se había apartado de sus hombres. Al verlo sir Palomides lo reconoció, aunque no sir Kehydius.

–¡Ah, falso rey! –dijo sir Palomides–, es lástima que tengas tu vida, pues eres destructor de todos los caballeros esforzados, y por tu maldad y venganza has destruido al más noble caballero, sir Tristán de Lionís. Así que defiéndete, pues vas a morir este día.

–Sería vergüenza –dijo el rey Marco–, pues sois dos hombres armados, y yo voy desarmado.

–En cuanto a eso –dijo sir Palomides–, yo hallaré remedio: aquí está un caballero conmigo, que te dejará su arnés.

–No –dijo el rey Marco–, no quiero haberlas con vos, pues no tenéis causa ninguna conmigo; pues toda la dolencia que sir Tristán tiene fue por una carta que halló; en cuanto a mí, ningún agravio le he hecho, y bien sabe Dios que me pesa su dolencia y enfermedad.

Y cuando el rey se hubo excusado así fueron amigos, y el rey Marco quiso llevarlos a Tintagel; pero sir Palomides no quiso, sino que regresó al reino de Logres, y sir Kehydius dijo que iría a Bretaña.

Ahora volvemos otra vez a sir Dagonet, que cuando él y sus escuderos estuvieron a caballo creyó que los pastores les habían enviado a este loco para hacerlos formar así, porque se reían de ellos, y fueron sobre los guardadores de las bestias y los apalearon.

Sir Tristán que los vio apalear a los que solían darle de comer y de beber, corrió allá, asió a sir Dagonet por la cabeza, y le dio tal caída a tierra que lo dejó maltrecho, quedando allí tendido. Le quitó entonces la espada de la mano, corrió con ella a uno de los escuderos, le cortó la cabeza, y huyó el otro. Y sir Tristán

emprendió su camino espada en mano, corriendo como loco fuera de sí. Entonces sir Dagonet fue al rey Marco y le contó cómo había salido librado de aquella floresta.

–Y por tanto –dijo sir Dagonet–, guárdate, rey Marco, de ir a esa fuente de la floresta, pues hay un loco desnudo; y nos hemos juntado ese loco y yo, loco también, y a punto ha estado de matarme.

–¡Ah! –dijo el rey Marco–, ése es sir Matto le Breune, que se volvió loco porque perdió a su dama; pues desde que sir Gaheris derribó a sir Matto y le ganó su dama, no le ha vuelto la cordura; y es lástima, pues era buen caballero.

Capítulo 19

Cómo corrió rumor de que sir Tristán había muerto,

y cómo La Bella Isolda quiso darse muerte

Entonces sir Andred, primo de sir Tristán, hizo que una dama amante suya dijese e hiciese correr el rumor de que había estado con sir Tristán antes de morir éste. Y llevó este rumor a la corte del rey Marco: que ella lo había enterrado junto a una fuente, y que antes de morir suplicó que el rey Marco hiciese a su primo, sir Andred, rey del país de Lionís, del cual era señor sir Tristán. Todo esto hizo sir Andred porque quería tener las tierras de sir Tristán.

Y cuando el rey Marco oyó decir que sir Tristán había muerto lloró e hizo gran duelo. Pero cuando la reina Isolda oyó de estas nuevas hizo tal aflicción que cerca estuvo de perder el juicio; y un día determinó darse muerte, y no seguir viviendo después de la muerte de sir Tristán.

Y así, tomó un día La Bella Isolda una espada secretamente, la llevó a su jardín, e hincó la espada en un ciruelo hasta el puño para que se tuviese firme, a la altura del pecho. Y cuando iba a arrojarse

sobre ella para darse muerte, vio todo esto el rey Marco, cómo se arrodillaba y decía:

–Dulce Señor Jesús, ten merced de mí, pues no puedo vivir después de la muerte de sir Tristán de Lionís, pues él fue mi primer amor y será el postrimero.

Y a estas palabras fue el rey Marco y la tomó en sus brazos, tomó después la espada, y la llevó con él a una torre; y allí hizo que fuese guardada y estrechamente velada; y después de eso yació mucho tiempo enferma, casi al punto de la muerte.

Entretanto corría sir Tristán desnudo por la floresta espada en mano. Y llegó a una ermita, y allí se echó a dormir; y mientras dormía el ermitaño le quitó la espada, y puso comida cerca de él. Así fue mantenido allí diez días; y finalmente partió y fue a los pastores otra vez.

Y había un gigante en aquel país que se llamaba Tawleas; y por temor a sir Tristán hacía más de siete años que no osaba salir libremente, sino que casi todo el tiempo se tenía en un castillo seguro de su propiedad; y este Tawleas oyó decir que sir Tristán había muerto, por el rumor de la corte del rey Marco.

Así que este Tawleas empezó a salir a diario libremente. Y acaeció un día que fue a los pastores mientras éstos holgaban y vagaban, y se sentó a descansar entre ellos. En eso llegó un caballero de Cornualles que llevaba con él una dama, cuyo nombre era sir Dinaunt; y cuando el gigante lo vio, se fue de los pastores y se escondió debajo de un árbol; y llegó el caballero a dicha fuente, y se apeó para reposarse.

Y tan pronto como se alejó de su caballo, fue el gigante Tawleas entre este caballero y su caballo, tomó el caballo y saltó sobre él. Seguidamente fue sobre sir Dinaunt y lo tomó por el cuello, lo puso delante de él sobre el caballo, y fue a tajarle la cabeza. Entonces dijeron los pastores a sir Tristán:

–Ayuda a ese caballero.

–Ayudadle vosotros –dijo sir Tristán.

–Nosotros no nos atrevemos –dijeron los pastores.

Entonces vio sir Tristán la espada del caballero, dónde yacía, corrió a ella, la tomó, tajó la cabeza a sir Tawleas, y volvió adonde estaban los pastores.

Capítulo 20

Cómo el rey Marco halló a sir Tristán desnudo, y lo hizo llevar a Tintagel, y cómo fue allí reconocido por una perra

Entonces el caballero tomó la cabeza del gigante, la llevó al rey Marco, y le contó qué aventura le había acaecido en la floresta, y cómo un hombre desnudo lo había rescatado del feroz gigante Tawleas.

–¿Dónde tuvisteis esta aventura? –dijo el rey Marco.

–Por cierto –dijo sir Dinaunt–, en la hermosa fuente de vuestra floresta donde se juntan muchos caballeros aventureros; allí está el loco.

–Bien –dijo el rey Marco–, iré a ver a ese hombre salvaje.

Y un día o dos después mandó el rey Marco a sus caballeros y monteros que estuviesen aparejados por la mañana para ir al monte; y por la mañana fue a esa floresta.

Y cuando llegó el rey a esa fuente halló acostado cerca de ella a un hermoso hombre desnudo, con una espada junto a él. Entonces el rey Marco tocó y tañó su cuerno, y a poco llegaron sus caballeros a él; y entonces mandó el rey a sus caballeros «tomar a este hombre desnudo con gentileza y traerlo a mi castillo».

Así lo hicieron cortésmente y sin peligro, y echaron mantos sobre sir Tristán, y lo llevaron a Tintagel; y allí lo bañaron, lo lavaron, y le dieron sopas calientes hasta que le hubieron vuelto bien su acuerdo; pero en todo este tiempo no hubo criatura que conociese a sir Tristán, ni qué hombre era.

Y acaeció un día que la reina, La Bella Isolda, oyó hablar de tal hombre, que corría desnudo por la floresta y cómo el rey lo había traído a la corte. Entonces La Bella Isolda llamó a doña Bragwaine y dijo:

–Venid conmigo, pues iremos a ver a ese hombre que trajo mi señor de la floresta el pasado día.

Salieron, pues, y preguntaron dónde estaba el enfermo. Y un escudero dijo a la reina que estaba en el jardín descansando y reposándose al sol. Y cuando la reina vio a sir Tristán no lo reconoció. Pero dijo a doña Bragwaine:

–Creo que lo he visto antes en muchos lugares.

Pero tan pronto como sir Tristán la vio a ella, la reconoció sobradamente bien. Entonces apartó el rostro y lloró.

Y tenía la reina una perrita siempre consigo que sir Tristán le había dado a lo primero de llegar ella a Cornualles, la cual nunca quería separarme de ella, a menos que sir Tristán estuviese cerca de La Bella Isolda; y esta perrita había sido enviada por la hija del Rey de Francia a sir Tristán, por gran amor. Y tan pronto como esta perrita sintió el olor de sir Tristán, saltó sobre él y le lamió las mejillas y las orejas, y se puso a gemir y a dar ladridos, y a olfatearle los pies y las manos, y todas las partes del cuerpo que podía alcanzar.

–¡Ay, mi señora! –dijo doña Bragwaine a La Bella Isolda–; ¡ay, ay!, que veo que es mi señor, sir Tristán.

Al oír lo cual Isolda cayó desvanecida, y así permaneció mucho rato. Y cuando pudo hablar, dijo:

–Mi señor Tristán, bendito sea Dios que tenéis vuestra vida, y ahora estoy cierta que seréis descubierto por esta perrita, pues nunca os

dejará. Y también estoy cierta de que tan pronto como mi señor, el rey Marco, os conozca os desterrará del país de Cornualles, u os destruirá. Por Dios, mi amado señor, haced como quiere rey Marco, e id a la corte del rey Arturo, pues allí sois amado; y siempre que yo pueda enviaré por vos; y cuando os plazca podréis venir a mí, y en todo momento, tarde o temprano, estaré a vuestra disposición, para vivir tan pobre vida como jamás vivió reina ni dama ninguna.

–¡Oh, señora! –dijo sir Tristán–, apartad de mí, pues mucha ira y peligro he probado por vuestro amor.

Capítulo 21

Cómo el rey Marco, por recomendación de su consejo, desterró de Cornualles a sir Tristán el término de diez años

Entonces partió la reina, pero la perra no quiso irse de él; y en esto llegó el rey Marco y la perra acometió, y ladró a todos. A lo cual habló sir Andred y dijo:

–Señor, éste es sir Tristán; lo veo por la perra.

–No –dijo el rey–, no puedo suponer eso –entonces el rey le preguntó por su fe, quién era y cuál era su nombre.

–Así Dios me ayude –dijo él–, mi nombre es sir Tristán de Lionís; ahora haced conmigo lo que os plazca.

–¡Ah! –dijo el rey Marco–, me pesa que os hayáis recobrado.

Y entonces mandó llamar a sus barones para que juzgasen a muerte a sir Tristán.

Entonces muchos de sus barones no quisieron dar su conformidad en ello, y en especial sir Dinas el Senescal, y sir Fergus. Y por recomendación de todos sir Tristán fue desterrado del país por diez

años, de lo que hizo juramento sobre un libro ante el rey y sus barones. Y así, tuvo que partir del país de Cornualles; y muchos barones lo condujeron a su nave, de los que algunos eran amigos y otros enemigos.

Y entretanto llegó uno de los caballeros del rey Arturo, cuyo nombre era Dinadan, y venía para buscar a sir Tristán; entonces le mostraron dónde iba armado en todos puntos camino de la nave.

–Gentil caballero –dijo sir Dinadan–, antes de que abandones esta corte te requiero que quieras justar conmigo.

–De buen grado –dijo sir Tristán–, si estos señores quieren darme licencia.

Entonces los barones se la concedieron; corrieron contra sí, y sir Tristán infligió a sir Dinadan una caída. Entonces rogó éste a sir Tristán que le diese licencia para acompañarle.

–Seréis muy bien venido –dijo entonces sir Tristán.

Y tomaron sus caballos y cabalgaron juntos a la nave; y cuando sir Tristán estuvo en la mar, dijo:

–Saludad bien al rey Marco y a todos mis enemigos, y decidles que volveré cuando pueda; y bien recompensado soy por haber luchado con sir Marhaus, y haber librado a todo este país de la servidumbre; y bien recompensado soy por la traída y gastos de la reina Isolda de Irlanda, y por el peligro en que estuve de principio a fin, y en el camino de vuelta qué peligro tuve para traer a la reina Isolda del Castillo Pluere; y bien recompensado soy por cuando luché con sir Bleoberis por la esposa de sir Segwarides; y bien recompensado soy por cuando luché con sir Blamor de Ganis por el rey Agwisance, padre de La Bella Isolda; y bien recompensado soy por cuando derribé al buen caballero sir Lamorak de Gales a requerimiento del rey Marco; y bien recompensado soy por cuando luché con el Rey de los Cien Caballeros, y con el rey de Northgales, los cuales dos querían someter sus tierras a servidumbre, y por mí fueron puestos en reproche; y bien recompensado soy por haber matado a Tawleas, el poderoso gigante, y por otras muchas hazañas que he hecho por él, y ahora tengo este pago. Y decidle al rey Marco que muchos

nobles caballeros de la Tabla Redonda han perdonado por mí a los barones de este país. Y también, no soy recompensado por cuando luché con el buen caballero sir Palomides y rescaté a la reina Isolda de él; y en aquella sazón el rey Marco dijo delante de todos sus barones que yo debía ser mejor recompensado.

Y con esto se hizo a la mar.

Capítulo 22

Cómo una doncella buscó ayuda para socorrer a sir Lanzarote contra treinta caballeros, y cómo luchó con ellos sir Tristán

Y al desembarcar a continuación, cerca de la mar, toparon con sir Tristán y sir Dinadan sir Héctor de Maris y sir Bors de Ganis; y allí justó sir Héctor con sir Dinadan y lo derribó, a él y a su caballo. Y entonces sir Tristán quiso justar con sir Bors, y sir Bors dijo que no justaría con ningún caballero cornuallés, pues no eran tenidos por hombres de merecimiento. Y todo esto acontecía en un puente.

Y en esto llegaron sir Bleoberis y sir Driant, y sir Bleoberis ofreció justar con sir Tristán; y sir Tristán derribó a sir Bleoberis. Entonces dijo sir Bors de Ganis:

–Nunca había visto a un caballero cornuallés de tan gran valor y esfuerzo como ese que lleva los paramentos del caballo bordados con coronas.

Y entonces se separaron de ellos sir Tristán y sir Dinadan y entraron en una floresta; y allí toparon con una doncella que iba por amor de sir Lanzarote en busca de algún noble caballero de la corte del rey Arturo que rescatase a sir Lanzarote. Y había sido concertado, por traición de la reina Morgana el Hada, que muriese sir Lanzarote, y

por esa causa había dispuesto ella que treinta caballeros se apostasen al acecho de sir Lanzarote, y esta doncella se había enterado de dicha traición. Y por esta causa la doncella iba enbusca de nobles caballeros que socorriesen a sir Lanzarote. Pues esa noche, antes de que el día esclareciese, sir Lanzarote pasaría por donde estaban estos treinta caballeros.

Y dio esta doncella con sir Bors y sir Héctor y con sir Driant, y habló a los cuatro de la traición de Morgana el Hada; y ellos le prometieron estar cerca de donde sir Lanzarote iba a encontrarse con los treinta caballeros.

–Y si caen sobre él, nosotros lo ayudaremos como podamos.

Y partió la doncella, y por ventura topó con sir Tristán y sir Dinadan; y allí les contó la doncella toda la traición urdida contra sir Lanzarote.

–Gentil doncella –dijo sir Tristán–, llevadme a ese mismo lugar donde deben encontrarse con sir Lanzarote.

Entonces dijo sir Dinadan:

–¿Qué queréis hacer? No es nuestra cuenta luchar con treinta caballeros, y sabed bien que yo no lo haré. Harto es para un caballero medirse con dos o tres, si son hombres buenos; pero hacerlo con quince caballeros es cosa que jamás acometeré.

–¡Qué vergüenza! –dijo sir Tristán–. Haced vuestra parte aunque sea.

–No –dijo sir Dinadan–, no la haré, a menos que queráis prestarme vuestro escudo, pues lleváis escudo de Cornualles; y por la cobardía que se atribuye a los caballeros de Cornualles, por vuestros escudos sois siempre dispensados.

–No –dijo sir Tristán–, no me separaré de mi escudo por aquélla que me lo dio. Pero una cosa te prometo, sir Dinadan: a menos que me prometas permanecer conmigo, aquí te mataré, pues no deseo de ti sino una sola respuesta, caballero. Y si tu corazón no te sirve, permanece a un lado y mírame a mí, y a ellos.

–Señor –dijo sir Dinadan–, os prometo mirar y hacer lo que pueda por salvarme; pues no quisiera enfrentarme a vos.

Y poco después estos treinta caballeros se acercaron a los cuatro caballeros, y los vieron, y éstos a ellos. Y estos treinta caballeros les dejaron pasar por esta causa: que no querían estorbarlos por si las habían con sir Lanzarote; y los cuatro caballeros les dejaron pasar con esta intención: ver y observar qué hacían con sir Lanzarote.

Siguieron adelante los treinta caballeros, llegaron junto a sir Tristán y sir Dinadan, y entonces sir Tristán alzó la voz y les dijo:

–¡Ahé, aquí está un caballero contra vosotros por amor de sir Lanzarote! –y allí mató a dos con una lanza y a diez con la espada.

Y entonces llegó sir Dinadan y se portó muy bien; y de los treinta caballeros quedaron sólo diez, y huyeron.

Toda esta batalla vieron sir Bors de Ganis y sus tres compañeros; y vieron que era el mismo caballero que había justado con ellos en el puente; entonces tomaron sus caballos y fueron a sir Tristán, y le alabaron y agradecieron su buena acción, y todos ellos desearon que sir Tristán fuese con ellos a su posada; y él dijo que no, que no quería ir a ninguna posada. Entonces le rogaron los cuatro caballeros que les dijese su nombre.

–Gentiles señores –dijo sir Tristán–, en esta sazón no os diré mi nombre.

Capítulo 23

Cómo llegaron sir Tristán y sir Dinadan a una posada donde hubieron de justar con dos caballeros

Entonces sir Tristán y sir Dinadan siguieron su camino hasta que llegaron a los pastores y zagales, y les preguntaron si sabían de

alguna posada o albergue por allí cerca.

–Por cierto, señores –dijeron los pastores–, aquí cerca hay buena posada, en un castillo; pero hay tal costumbre en él que no puede tener aposento ningún caballero a menos que juste con dos caballeros, y aunque sea uno solo deberá justar con dos. Y así que entréis, seréis desafiados.

–Dañoso albergue es ése –dijo sir Dinadan–; aposentaos vos si queréis, que yo no me aposentaré ahí.

–¡Qué vergüenza para vos! –dijo sir Tristán–, ¿acaso no sois caballero de la Tabla Redonda? Entonces no podéis con honor rechazar vuestro aposentamiento.

–Eso no –dijeron los pastores–, que si sois vencidos y tenéis lo peor, no seréis aposentados allí; aunque si los vencéis vosotros a ellos seréis bien albergados.

–¡Ah! –dijo sir Dinadan–, son dos caballeros seguros.

Y no quería sir Dinadan aposentarse allí por ninguna manera; pero sir Tristán se lo requirió de su caballería, y para allá cabalgaron. Y para abreviar la historia, sir Tristán y sir Dinadan los derribaron, entraron en el castillo y tuvieron toda la buena acogida que se podía pensar o discurrir.

Y cuando estuvieron desarmados, y pensaban holgar y tener buen descanso, llegaron a las puertas sir Palomides y sir Gaheris requiriendo tener la costumbre del castillo.

–¿Qué aparejo es éste? –dijo sir Dinadan–, quisiera tener mi descanso.

–Eso no puede ser –dijo sir Tristán–. Ahora debemos de necesidad defender la costumbre de este castillo, ya que tenemos lo mejor de los señores de este castillo; y por ende –dijo sir Tristán–, de necesidad debéis apercibiros.

–¡En mala hora –dijo sir Dinadan– vine en vuestra compañía!

Y así se apercibieron; y sir Gaheris se enfrentó a sir Tristán, y

recibió una caída, y sir Palomides se enfrentó a sir Dinadan, y recibió sir Dinadan una caída, siendo entonces caída por caída. Y entonces hubieron de luchar a pie, lo que no quería sir Dinadan, pues estaba muy majado de la caída que sir Palomides le había dado. Entonces sir Tristán desenlazó el yelmo a sir Dinadan, y le rogó que le ayudase.

–No lo haré –dijo sir Dinadan–, pues estoy maltrecho de los treinta caballeros con los que hace poco nos hemos visto. Pero vos os conducís –dijo sir Dinadan a sir Tristán– como hombre loco y fuera de su sentido natural que quisiera perderse, y maldigo la hora en que os vi, pues en todo el mundo no hay dos caballeros tan locos como sir Lanzarote y vos, sir Tristán, pues una vez vine a dar en la compañía de sir Lanzarote, como ahora con vos, y me puso en tales trabajos que hube de estar un cuarto de año en la cama. Jesús me proteja de tales dos caballeros y, en especial, de vuestra compañía.

–Entonces –dijo sir Tristán– lucharé yo con los dos.

Y sir Tristán les conjuró a que viniesen, «pues quiero luchar con los dos».

Enderezaron entonces sir Palomides y sir Gaheris, e hirieron a ambos. Entonces sir Dinadan dio a sir Gaheris un golpe o dos, y se volvió de él.

–No –dijo sir Palomides–, es demasiada vergüenza para nosotros luchar dos caballeros con uno solo.

Y pidió entonces a sir Gaheris que se apartase a un lado con aquel caballero «que no tiene gana de luchar». Entonces cabalgaron contra sí y lucharon mucho rato, y finalmente sir Tristán dobló sus golpes, llevando para atrás a sir Palomides más de tres pasos. Y entonces, a un acuerdo, fueron sir Gaheris y sir Dinadan entre ellos y los separaron.

Entonces, por acuerdo de sir Tristán, determinaron aposentarse juntos. Pero sir Dinadan no quiso aposentarse en este castillo. Y maldijo la hora en que fue en su compañía, y tomó su caballo y su arnés, y partió.

Entonces sir Tristán rogó a los señores de este castillo que le prestasen un hombre que le llevase a una posada, y así lo hicieron; y alcanzó a sir Dinadan, y se aposentaron a dos millas de allí, con un hombre bueno, en un monasterio, donde fueron bien acomodados.

Y esa misma noche sir Bors y sir Bleoberis, y sir Héctor y sir Driant, permanecieron en el mismo lugar donde sir Tristán había luchado con treinta caballeros; y esa misma noche dieron allí con sir Lanzarote, que había hecho promesa de aposentarse con sir Colgrevaunce la misma noche.

Capítulo 24

Cómo sir Tristán justó con sir Kay

y sir Sagramore le Desirous, y cómo sir Gawain

alejó a sir Tristán de Morgana el Hada

Pero luego que el noble caballero sir Lanzarote oyó hablar del escudo de Cornualles, supo que era sir Tristán quien había luchado con sus enemigos. Y entonces sir Lanzarote alabó a sir Tristán, y lo diputó el hombre de más merecimiento en el mundo.

Y había un caballero en aquel monasterio llamado Pellinor, el cual quiso saber el nombre de sir Tristán, pero de ninguna manera pudo. Y partió sir Tristán y dejó a sir Dinadan en el monasterio, pues estaba tan fatigado y maltrecho que no podía cabalgar. Entonces este caballero, sir Pellinor, dijo a sir Dinadan:

–Ya que no queréis decirme el nombre de ese caballero, cabalgaré tras él y haré que me diga su nombre, o morirá si no.

–Tened cuidado, señor caballero –dijo sir Dinadan–, pues os pesará si lo seguís.

Así, este caballero, sir Pellinor, cabalgó en pos de sir Tristán y le requirió justar. Entonces sir Tristán lo derribó e hirió en el hombro, y siguió su camino.

Y al otro día sir Tristán topó con heraldos, y le dijeron que se había hecho pregón de un gran torneo entre el rey Carados de Escocia y el rey del Norte de Gales, y que justarían el uno contra el otro en el Castillo de las Doncellas; y estos heraldos buscaban por todo el país buenos caballeros, y en especial el rey Carados les había mandado buscar a sir Lanzarote del Lago, y el rey de Northgales a sir Tristán de Lionís. Y en esta sazón sir Tristán pensó tomar parte en esa justa; y por ventura encontraron a sir Kay el Senescal, y a sir Sagramore le Desirous; y sir Kay requirió justar a sir Tristán, y sir Tristán se negó, porque no quería ser herido ni magullado antes de la gran justa que iba a tener lugar ante el Castillo de las Doncellas, y por tanto pensaba reposarse y descansar. Y no cesaba de gritar sir Kay:

–¡Señor caballero de Cornualles, justa conmigo, o ríndete a mí como menguado!

Cuando sir Tristán le oyó decir eso se volvió a él; y entonces sir Kay rehusó y volvió la espalda. Entonces sir Tristán dijo:

–Como te halle te tomaré.

Y se volvió sir Kay con mala voluntad; y sir Tristán lo derribó y siguió su camino.

Entonces sir Sagramore le Desirous fue en pos de sir Tristán, e hizo que justase con él; y sir Tristán derribó del caballo a sir Sagramore le Desirous, y siguió su camino.

Y el mismo día topó con una doncella que le dijo que ganaría mucha honra de un caballero aventurero que hacía mucho daño en todo aquel país. Cuando sir Tristán oyó esto, se alegró de ir con ella para ganar honra. Y cabalgó sir Tristán con esta doncella seis millas; y topó entonces con sir Gawain, y al punto sir Gawain reconoció a la doncella, la cual era doncella de la reina Morgana el Hada. Entonces comprendió sir Gawain que llevaba a aquel caballero a algún mal.

–Gentil caballero –dijo sir Gawain–, ¿adónde cabalgáis ahora con esa doncella?

–Señor –dijo sir Tristán–, no sé adónde voy, sino a donde la doncella quiera llevarme.

–Señor –dijo sir Gawain–, no debéis cabalgar con ella, pues ella y su señora jamás han hecho ningún bien, sino mal –y entonces sir Gawain sacó su espada y dijo–: doncella, si no me dices ahora mismo por qué causa llevas a este caballero contigo, aquí mismo vas a morir: conozco toda la traición de vuestra señora, y la vuestra.

–Merced, sir Gawain –dijo ella–; y si me perdonáis la vida, os lo diré.

–Habla –dijo sir Gawain– y tendrás tu vida.

–Señor –dijo ella–, la reina Morgana el Hada, mi señora, ha ordenado a treinta damas buscar y espiar a sir Lanzarote o a sir Tristán, y por engaños de estas damas, aquélla que primero pueda dar con uno de estos dos caballeros vuelva con él al castillo de Morgana el Hada, diciendo que ha de llevar a cabo hazañas honrosas; y si uno de estos dos caballeros viene allí, hay puestos treinta caballeros acechando en una torre en espera de sir Lanzarote o sir Tristán.

–¡Qué vergüenza –dijo sir Gawain–, que tan falsa traición sea urdida y usada por una reina, y hermana de rey, e hija de rey y de reina!

Capítulo 25

Cómo sir Tristán y sir Gawain fueron a luchar contra los treinta caballeros, pero éstos no osaron salir

–Señor –dijo sir Gawain–, permaneced conmigo y veremos la malicia de estos treinta caballeros.

–Señor –dijo sir Tristán–, id a ellos, si os place, y veréis cómo no os defraudaré, pues no hace mucho nos encontramos un compañero y yo con treinta caballeros de la compañía de esa reina; y Dios nos valga de manera que podamos ganar honra.

Cabalgaron, pues, sir Gawain y sir Tristán hacia el castillo donde Morgana el Hada estaba, y no paraba sir Gawain de pensar que era sir Tristán de Lionís, porque había oído que dos caballeros habían muerto y vencido a otros treinta. Y cuando estuvieron ante el castillo, sir Gawain alzó la voz y dijo:

–¡Reina Morgana el Hada, enviad aquí fuera a los caballeros que habéis puesto al acecho de sir Lanzarote y sir Tristán! ¡Pues ahora –dijo sir Gawain– conozco vuestra falsa traición, y por todos los lugares donde yo cabalgue se sabrá de vuestra falsa traición; y veamos ahora si osáis salir vosotros, los treinta caballeros, del castillo!

Entonces hablaron la reina y los treinta caballeros a un tiempo, y dijeron:

–Señor Gawain, muy bien sabes lo que haces y dices; pues por Dios que te conocemos harto bien, pero todo lo que dices y haces, lo dices por orgullo de ese buen caballero que está ahí contigo. Pues aquí estamos algunos de nosotros que conocemos muy bien cómo las manos de ese caballero están por encima de todos. Y sabe bien, sir Gawain, que es más por él que por ti por lo que no queremos salir de este castillo. Pues sabe bien, sir Gawain, que conocemos a ese caballero que lleva las armas de Cornualles, y sabemos quién es.

Entonces partieron sir Tristán y sir Gawain, y siguieron cabalgando juntos un día o dos; y por ventura, toparon con sir Kay y sir Sagramore le Desirous. Y se alegraron mucho de sir Gawain, y él de ellos; pero no sabían quién era el del escudo de Cornualles, aunque lo presumían. Y cabalgaron juntos un día o dos.

Y a continuación vieron a sir Breunis Saunce Pité persiguiendo a una dama para matarla, a la que había matado antes el amante.

–Quedad aquí todos –dijo sir Gawain–; no os mostréis ninguno, y me veréis recompensar a ese falso caballero; pues si os descubre,

lleva tan buen caballo que escapará.

Y entonces sir Gawain se interpuso entre sir Breunis y la dama, y dijo:

–Falso caballero, déjala, y entiende conmigo.

Cuando sir Breunis vio solo a sir Gawain enristró su lanza, y fue sir Gawain contra él; y sir Breunis derrocó a sir Gawain, y a continuación pasó por encima de él, y lo atropelló veinte veces para matarlo. Y cuando sir Tristán le vio hacer tan infame acción, salió impetuoso contra él. Y cuando sir Breunis le vio con el escudo de Cornualles supo que era sir Tristán, y huyó, y sir Tristán siguió tras él; y sir Breunis Saunce Pité llevaba tal caballo que pudo seguir libremente su camino, y sir Tristán lo siguió mucho rato, pues quería vengarse de él.

Y cuando llevaba buen rato persiguiéndolo, vio una hermosa fuente, y fue a ella para reposarse, y ató su caballo a un árbol.

Capítulo 26

Cómo la doncella Bragwaine halló a sir Tristán durmiendo junto a una fuente, y cómo le entregó cartas de La Bella Isolda para él

Y entonces se quitó el yelmo, se lavó la cara y las manos, y seguidamente se durmió.

En esto llegó una doncella que llevaba buscando a sir Tristán muchos días por muchos caminos de esta tierra. Y al llegar a la fuente lo miró; y había perdido la memoria de sir Tristán, pero lo reconoció por su caballo, llamado Passe-Brewel, el cual hacía muchos años que era caballo de sir Tristán. Pues durante el tiempo que estuvo loco en la floresta, sir Fergus se lo tuvo guardado. Y esta

dama, doña Bragwaine, estuvo allí hasta que él despertó. Y cuando lo vio despierto lo saludó, y él a ella, pues se conocían de antes; entonces le contó ella cómo lo había buscado a lo largo y ancho, y le dijo cómo tenía cartas de la reina La Bella Isolda. Las leyó luego sir Tristán, y sabed bien que se alegró mucho, pues en ellas había muchas tiernas quejas. Entonces dijo sir Tristán:

–Señora Bragwaine, cabalgaréis conmigo hasta que haya acabado ese torneo del Castillo de las Doncellas; y entonces os llevaréis cartas y nuevas con vos.

Y entonces tomó sir Tristán su caballo y buscó posada; dio con un anciano y buen caballero y le pidió aposentarse con él. En eso llegó Gouvernail a sir Tristán, y se alegró de ver a la doncella Bragwaine. Y el nombre de este viejo caballero era sir Pellounes, y habló del gran torneo que iba a haber en el Castillo de las Doncellas. Y sir Lanzarote y treinta y dos caballeros de su sangre se habían hecho escudos de Cornualles.

Y en eso llegó uno a sir Pellounes, y le dijo que sir Persides de Bloise había vuelto a casa; entonces este caballero alzó las manos y agradeció a Dios su regreso a casa. Y sir Pellounes contó a sir Tristán que en dos años no había visto a su hijo, sir Persides.

–Señor –dijo sir Tristán–, muy bien conozco a vuestro hijo por buen caballero.

Y fueron sir Tristán y sir Persides a un tiempo a sus aposentos, se desarmaron, y se pusieron sus ropas. Y entonces se dieron estos dos caballeros la bienvenida el uno al otro. Y cuando sir Persides supo que sir Tristán era de Cornualles, dijo que había estado allí una vez:

–Y allí justé ante el rey Marco; y me acaeció derribar en aquella sazón a diez caballeros; y entonces vino a mí sir Tristán de Lionís, y me derribó, y se llevó a mi dama; lo cual no olvidaré jamás, sino lo recordaré siempre y esperaré mi sazón.

–¡Ah! –dijo sir Tristán–, veo que aborrecéis a sir Tristán. Pues qué, ¿creéis que sir Tristán no es capaz de resistir vuestra malicia?

–Sí –dijo sir Persides–, sé bien que sir Tristán es un noble caballero,

y mucho mejor caballero que yo; sin embargo no le concederé mi buena voluntad.

Y mientras así hablaban en una ventana de este castillo, vieron venir muchos caballeros de todas partes hacia el torneo. Y entonces sir Tristán divisó a un airoso caballero que cabalgaba sobre un gran caballo negro, y con un escudo cubierto de negro.

–¿Qué caballero es aquél –dijo sir Tristán– del caballo negro y el escudo negro? Parece buen caballero.

–Lo conozco bien –dijo sir Persides–; es uno de los mejores caballeros del mundo.

–Entonces es sir Lanzarote –dijo Tristán.

–No –dijo sir Persides–; es sir Palomides, que aún no ha sido bautizado.

Capítulo 27

Cómo sir Tristán tuvo una caída de sir Palomides,

y cómo Lanzarote derribó a dos caballeros

Entonces vieron que mucha gente del país saludaba a sir Palomides. Y poco después llegó un escudero del castillo y dijo a sir Pellounes, señor de aquel castillo, que un caballero con escudo negro había derribado a trece caballeros.

–Gentil hermano –dijo sir Tristán a sir Persides–, echémonos capas encima, y vayamos a ver el juego.

–Así no –dijo sir Persides–; no iremos allí como truhanes, sino que cabalgaremos como hombres y buenos caballeros, para resistir a nuestros enemigos.

Y se armaron luego, tomaron sus caballos y gruesas lanzas, y allá fueron, donde muchos caballeros se probaban antes del torneo. Y vio al punto sir Palomides a sir Persides, y le envió un escudero, diciendo:

–Ve a aquel caballero del escudo verde y un león de gules en él, y dile que le requiero de justar conmigo; y dile que mi nombre es sir Palomides.

Cuando sir Persides entendió esta petición de sir Palomides, se apercibió; y se juntaron luego, pero sir Persides tuvo una caída.

Entonces sir Tristán enderezó para vengarse de sir Palomides; y vio esto sir Palomides que estaba apercibido y no así Tristán, y cogiéndolo con ventaja lo derribó por la cola del caballo cuando no tenía la lanza en el ristre. Entonces se levantó sir Tristán de un salto, tomó ligeramente su caballo, y se enojó sobremanera, y tuvo mucha vergüenza de esta caída. Entonces sir Tristán envió mandado a sir Palomides por Gouvernail, rogándole que justase con él a su recuesta.

–No –dijo sir Palomides–; en esta sazón no quiero justar con ese caballero, pues lo conozco mejor de lo que él cree. Y si tiene enojo, mañana puede remediarlo en el Castillo de las Doncellas, donde podrá verme a mí y a muchos otros caballeros.

En eso llegó sir Dinadan y al ver enojado a sir Tristán no quiso burlarse.

–Ved –dijo sir Dinadan–, aquí se puede probar que no hay hombre tan bueno que no pueda recibir una caída, ni tan avisado que no pueda ser sorprendido alguna vez, ni cabalgue tan bien que no se caiga.

Y estaba muy enojado sir Tristán, y dijo a sir Persides y a sir Dinadan:

–Me vengaré.

Y mientras así hablaban pasó junto a sir Tristán un gallardo caballero muy grave y pesadamente, con un escudo negro.

–¿Qué caballero es ése? –dijo sir Tristán a sir Persides.

–Yo lo conozco bien –dijo sir Persides–; pues su nombre es sir Briant de Northgales.

Y pasó con otros caballeros del Norte de Gales. Y llegó sir Lanzarote del Lago con las armas de Cornualles en su escudo, y envió un escudero a sir Briant, y le requirió de justar con él.

–Bien –dijo sir Briant–, ya que soy requerido de justar, haré lo que pueda.

Y allí sir Lanzarote derribó del caballo a sir Briant con una gran caída. Y entonces sir Tristán se preguntó qué caballero era el que llevaba el escudo de Cornualles.

–Quienquiera que sea –dijo sir Dinadan–, os certifico que es de la sangre del rey Ban, de la cual son los caballeros de más noble proeza en el mundo, como tantos dan testimonio de tantos.

Entonces llegaron dos caballeros de Northgales, uno llamado sir Hugh de la Montaine, y el otro sir Maddock de la Montaine, y desafiaron a sir Lanzarote sin pausa. No los rechazó sir Lanzarote, sino que se apercibió, derribó con una lanza a ambos por la grupa del caballo, y siguió después su camino.

–¡Por el buen Dios! –dijo sir Tristán–; buen caballero es ése que lleva el escudo de Cornualles, y creo que cabalga de la mejor manera que he visto yo cabalgar a ningún caballero.

Entonces el rey de Northgales fue a sir Palomides y le rogó vivamente que por él justase «con ese caballero que nos ha hecho despecho a los de Northgales».

–Señor –dijo sir Palomides–, soy muy contrario a haberlas con ese caballero, y la causa es porque mañana será el gran torneo, y por tanto quiero guardarme fresco por mi voluntad.

–No –dijo el rey de Northgales–; os ruego que le requiráis de justas.

–Señor –dijo sir Palomides–, justaré a vuestro requerimiento, y pediré a ese caballero que juste conmigo, aunque muchas veces he

visto a un hombre tener una caída a su propia petición.

Capítulo 28

Cómo sir Lanzarote justó con sir Palomides y lo derribó, y después fue asaltado por doce caballeros

Entonces envió sir Palomides a sir Lanzarote un escudero y le requirió justar.

–Gentil compañero –dijo sir Lanzarote–, dime el nombre de tu señor.

–Señor –dijo el escudero–, el nombre de mi señor es sir Palomides, el buen caballero.

–En buena hora –dijo sir Lanzarote–; pues en estos siete años no he visto otro caballero con quien más quisiera yo haberlas.

Y uno y otro caballero se apercibieron con dos gruesas lanzas.

–No –dijo sir Dinadan–, veréis cómo sir Palomides sale bien librado.

–Puede ser –dijo sir Tristán–, pero presumo que ese caballero del escudo de Cornualles le dará una caída.

–No lo creo –dijo sir Dinadan.

En eso dieron espuelas a sus caballos, enristraron sus lanzas, se hirieron el uno al otro, y sir Palomides quebró una lanza sobre sir Lanzarote, que resistió en su silla; pero sir Lanzarote le dio a él tan fuertemente que hizo que el caballo soltase la silla, y el golpe le rajó el escudo y la cota, y de no caer allí habría muerto.

–¿Qué ahora? –dijo sir Tristán–; yo sabía bien, por la manera de cabalgar ambos, que sir Palomides iba a tener una caída.

Y sir Lanzarote siguió su camino, y fue a una fuente a beber y reposarse; y espiaron los de Northgales adónde iba, y allá le siguieron doce caballeros para hacerle mal por esta causa: para que por la mañana no ganase la victoria en el torneo del Castillo de las Doncellas.

Y fueron súbitamente sobre sir Lanzarote; y apenas había podido ponerse el yelmo y tomar el caballo, cuando estuvieron ellos de manos con él; y entonces sir Lanzarote tomó su lanza y cabalgó entre ellos, y allí mató a un caballero y quebró la lanza en su cuerpo. Sacó entonces la espada y se puso a herir a diestra y a siniestra, de manera que en pocos tajos había matado a otros tres, y de los restantes malhirió a cuantos le quisieron resistir.

Así escapó sir Lanzarote de sus enemigos del Norte de Gales; y siguió después su camino hasta un amigo, donde se aposentó hasta la mañana siguiente; pues no quería intervenir el primer día en el torneo por su gran esfuerzo. Y el primer día estuvo con el rey Arturo, donde éste se hallaba sentado arriba de un cadalso para discernir quién era más acabado de sus hechos. Y estuvo sir Lanzarote con el rey Arturo y no justó el primer día.

Capítulo 29

Cómo se portó sir Tristán el primer

día del torneo, y obtuvo el galardón

Ahora volvemos a sir Tristán de Lionís, el cual mandó a Gouvernail, su criado, para que le mandase preparar un escudo negro sin otra seña en él. Y se despidieron sir Persides y sir Tristán de su huésped sir Pellounes, y se dirigieron a hora temprana hacia el torneo, y allí se pusieron del lado del rey Carados de Escocia.

Y al punto empezaron los caballeros el campo, quiénes de parte del rey de Northgales, y quiénes del rey Carados; y comenzó gran

contienda. Y allí fue arremeter y embestir. Y en eso entraron sir Persides y sir Tristán, y tanto hicieron que lograron rechazar al rey de Northgales.

Entonces entraron sir Bleoberis de Ganis y sir Gaheris con los del Norte de Gales, y sir Persides fue derribado y casi muerto, pues fueron más de cuarenta de a caballo sobre él. Y sir Bleoberis hizo grandes hechos de armas, y sir Gaheris no le defraudó.

Cuando los observó sir Tristán, y los vio hacer tales hechos de armas, se preguntó quiénes eran. También sir Tristán pensó que era vergüenza que sir Persides fuese servido así; y tomó entonces una gruesa lanza en la mano, fue a sir Gaheris y lo derribó del caballo. Entonces se enojó sir Bleoberis, tomó una lanza y cabalgó muy airado contra sir Tristán; y sir Tristán encontró con él y derribó a sir Bleoberis del caballo.

Entonces se enojó el Rey de los Cien Caballeros, encabalgó a sir Bleoberis y a sir Gaheris otra vez, y allí empezó gran contienda; y siempre los tenía sir Tristán en gran apuro, y sir Bleoberis estaba muy afanado con sir Tristán. Y llegó sir Dinadan contra sir Tristán, y sir Tristán le dio tal golpe que quedó desacordado en su silla. A poco llegó sir Dinadan, fue a sir Tristán y le dijo:

–Señor, te conozco más de lo que crees; pero aquí te hago promesa solemne de no ir más contra ti, pues te prometo que jamás caerá tu espada sobre mi yelmo.

En eso llegó sir Bleoberis, y sir Tristán le dio tal golpe que le hizo inclinar la cabeza; y entonces lo asió tan fuertemente por el yelmo que lo arrojó a los pies de su caballo.

Entonces el rey Arturo tocó a posada. Y partió sir Tristán a su pabellón, y sir Dinadan fue con él; y entonces sir Persides y el rey Arturo, y los reyes de ambas partes, se preguntaron qué caballero era el del escudo negro. Muchos dijeron su opinión, y algunos que le conocían por sir Tristán callaron y no quisieron decir nada. Así, pues, aquel primer día el rey Arturo, y todos los reyes y señores que eran jueces, dieron el galardón a sir Tristán; aunque no lo conocían, sino que le llamaron el Caballero del Escudo Negro.

Capítulo 30

Cómo sir Tristán se volvió contra la parte del rey Arturo porque vio a sir Palomides en esa parte

Y a la mañana siguiente sir Palomides dejó al rey de Northgales, y se puso en el bando del rey Arturo, donde estaban el rey Carados, y el rey de Irlanda, y los parientes de sir Lanzarote y los parientes de sir Gawain. Y sir Palomides envió a sir Tristán a la doncella que había enviado a buscarle cuando estaba fuera de su juicio en la floresta, y esta doncella preguntó a sir Tristán quién era y cuál era su nombre.

–En cuanto a eso –dijo sir Tristán–, decid a sir Palomides no lo sabréis en esta sazón, hasta tanto no haya quebrado yo dos lanzas sobre él. Pero hacedle saber esto, que soy el mismo caballero al que derribó la tarde antes del torneo; y decidle claramente que cualquiera que sea la parte en que esté sir Palomides, yo estaré en la contraria.

–Señor –dijo la doncella–, sabed que sir Palomides estará en la parte del rey Arturo, donde estarán los más nobles caballeros del mundo.

–En el nombre de Dios –dijo sir Tristán–; entonces yo estaré con el rey de Northgales, porque sir Palomides está en el bando del rey Arturo, aunque si no fuese por él no quisiera estarlo.

Y cuando llegó el rey Arturo tocaron a campo; y allí comenzó entonces una gran contienda, y el rey Carados justó con el Rey de los Cien Caballeros, y el rey Carados tuvo una caída; allí fue entonces arremeter y embestir; y en eso entraron caballeros del rey Arturo, e hicieron retraerse a los caballeros del rey de Northgales.

Entonces llegó sir Tristán, y empezó tan brava y poderosamente que no había ninguno que le pudiese resistir, y así duró sir Tristán mucho tiempo. Y finalmente sir Tristán fue a parar entre la

compañía del rey Ban, y cayeron sobre él sir Bors de Ganis, y sir Héctor de Maris, y sir Blamor de Ganis, y muchos otros caballeros. Y sir Tristán hería a diestra y a siniestra, de manera que todos los señores y damas hablaban de sus nobles hazañas.

Pero finalmente sir Tristán habría tenido lo peor, de no ser por el Rey de los Cien Caballeros. Pues entonces llegó éste con su compañía y rescató a sir Tristán, y lo sacó de aquellos caballeros que tenían los escudos de Cornualles.

Y entonces sir Tristán vio a otra compañía cerca de ellos, que eran cuarenta caballeros juntos, de los que era gobernador sir Kay el Senescal. Entonces cabalgó sir Tristán entre ellos, y derribó a sir Kay del caballo; y se condujo entre estos caballeros como galgo entre conejos.

Entonces sir Lanzarote halló a un caballero que estaba malherido en la cabeza.

–Señor –dijo sir Lanzarote–, ¿quién os ha herido tan gravemente?

–Señor –dijo–, un caballero que lleva un escudo negro; y puedo maldecir la hora que me encontré con él, pues es demonio y no hombre.

Se despidió sir Lanzarote de él y pensó enfrentarse con sir Tristán; y cabalgó con la espada desenvainada en la mano en busca de sir Tristán; y entonces lo vio cómo arremetía aquí y allá, y casi a cada golpe sir Tristán derribaba un caballero.

–¡Oh, Jesús, merced! –dijo el rey–. Desde que llevo armas, no he visto jamás a un caballero hacer tan maravillosos hechos de armas.

«Y si acometiese a ese caballero –se dijo sir Lanzarote–, me pondría en vergüenza», y con eso sir Lanzarote envainó la espada.

Entonces el Rey de los Cien Caballeros y cien más del Norte de Gales fueron sobre los veinte del linaje de sir Lanzarote; y los veinte caballeros se tenían siempre juntos como jabalíes salvajes, sin defraudar uno solo a los otros. Y cuando sir Tristán observó la nobleza de estos veinte caballeros se maravilló de sus buenos

hechos, pues veía por su conducta y gobierno que preferían morir antes que desamparar el campo.

–¡Jesús! –dijo sir Tristán–; bien puede ser esforzado y lleno de proeza quien tiene tal suerte de nobles caballeros en su linaje, y muy probablemente ha de ser hombre noble el que sea su jefe y gobernador –y con esto se refería a sir Lanzarote del Lago.

Y cuando sir Tristán los hubo observado buen rato, pensó que era vergüenza ver a doscientos caballeros cebándose en veinte caballeros. Entonces fue sir Tristán al Rey de los Cien Caballeros y dijo:

–Señor, dejad vuestra lucha con esos veinte caballeros, pues no ganaréis honra de ellos, siendo vosotros tantos y ellos tan pocos; y sabed bien que no dejarán el campo, como veo por su ánimo y continente; y honra no tendréis ninguna si los matáis. Así que dejad vuestra lucha con ellos, pues yo para acrecentar mi honra me pondré con los veinte caballeros y los ayudaré con toda mi fuerza y poder.

–No –dijo el Rey de los Cien Caballeros–, no lo haréis; pues ahora que veo vuestro valor y cortesía, retiraré a mis caballeros por vuestro placer, pues siempre un buen caballero hará favor a otro, y los semejantes irán con los semejantes.

Capítulo 31

Cómo sir Tristán halló a Palomides junto a una fuente, y lo llevó consigo a su posada

Entonces el Rey de los Cien Caballeros retiró a sus caballeros.

Y todo este tiempo, y mucho antes, sir Lanzarote había observado a sir Tristán con el propósito de estar en su compañía. Y súbitamente sir Tristán, sir Dinadan, y Gouvernail, su criado, se encaminaron a

la floresta, de manera que nadie supo adónde habían ido.

Entonces el rey Arturo tocó a posada, y dio el galardón al rey de Northgales porque sir Tristán estuvo en su lado.

Entonces sir Lanzarote fue de aquí para allá, furioso como león hambriento, porque había perdido a sir Tristán, y volvió al rey Arturo.

Y entonces hubo voces en todo el campo que podían oírse con el viento a dos millas de allí, de señores y damas que gritaban:

–¡El Caballero del Escudo Negro ha ganado el campo!

–¡Ay! –dijo el rey Arturo–, ¿qué ha sido de ese caballero? Es vergüenza para todos los del campo dejarle escapar de vosotros; sino con gentileza y cortesía podíais haberlo traído a mí, al Castillo de las Doncellas.

Entonces el noble rey Arturo fue a sus caballeros, los confortó de la mejor manera que pudo, y dijo:

–Mis fieles compañeros, no desmayéis, aunque hayáis perdido el campo este día.

Y muchos estaban malheridos y maltrechos, y otros muchos estaban sanos.

–Compañeros míos –dijo el rey Arturo–, ved de tener buen ánimo, pues mañana estaré yo en el campo con vosotros y os vengaré de vuestros enemigos.

Y esa noche se reposaron el rey Arturo y sus caballeros.

La doncella que había ido de La Bella Isolda a sir Tristán, todo el tiempo que duraba el torneo, estaba con la reina Ginebra, y no cesaba la reina de preguntarle por qué causa había venido a este país.

–Señora –respondió ella–, por ninguna otra causa he venido sino por la de mi señora, La Bella Isolda, para saber de vos –pues por ninguna manera quería decir a la reina que había ido por sir

Tristán.

Así, pues, esta dueña, doña Bragwaine, tomó licencia de la reina Ginebra y fue en pos de sir Tristán. Y cuando cabalgaba por la floresta oyó grandes voces; entonces mandó a su escudero que entrase en la floresta y averiguase qué eran esas voces.

Llegó éste a una fuente y allí halló a un caballero atado a un árbol, gritando como si estuviese loco, y tenía su caballo y su arnés cerca de él. Y al ver al escudero, al punto se puso a forcejear, se soltó, tomó la espada en la mano, y corrió a matar al escudero.

Entonces tomó éste su caballo y huyó todo lo deprisa que podía a doña Bragwaine, y le contó su aventura. Entonces fue ella al pabellón de sir Tristán, y contó a éste qué aventura había hallado en la floresta.

–¡Ay! –dijo sir Tristán–, por mi cabeza, que es algún caballero en desventura.

Entonces sir Tristán tomó su caballo y su espada, y fue allá; y oyó cómo el caballero se quejaba, y decía:

–¡Ay, qué desventura ha caído sobre mí, sir Palomides, caballero afligido, que así me veo afrentado con falsedad y traición por sir Bors y sir Héctor! ¡Ay! –decía–, ¿por qué he vivido tanto?

Y entonces tomó la espada en sus manos, e hizo muchas extrañas señas y gestos; y en su ira arrojó la espada a la fuente. Entonces sir Palomides gimió y se retorció las manos. Y finalmente, de puro dolor se metió en la fuente, por encima del vientre, y se puso a buscar la espada.

Vio esto sir Tristán, se echó sobre sir Palomides y lo sujetó fuertemente en sus brazos.

–¿Quién eres tú –dijo sir Palomides– que así me sujetas?

–Soy un hombre de esta floresta que no quiere hacerte ningún daño.

–¡Ay! –dijo sir Palomides–, jamás puedo ganar honra donde está sir Tristán; pues donde estamos él y yo, no tengo honra ninguna; y

cuando él no está, casi siempre tengo yo el grado, a menos que esté sir Lanzarote, o sir Lamorak –y dijo entonces sir Palomides–: una vez, en Irlanda, sir Tristán me puso en lo peor; y otra vez en Cornualles; y en otros lugares de esta tierra.

–¿Qué haríais –dijo sir Tristán– si tuvieseis a sir Tristán?

–Lucharía con él –dijo sir Palomides–, y sosegaría mi corazón en él; sin embargo, para decirte verdad, sir Tristán es el más gentil caballero de cuantos viven en este mundo.

–¿Qué queréis hacer? –dijo sir Tristán–. ¿Queréis venir conmigo a vuestra posada?

–No –dijo él–, iré al Rey de los Cien Caballeros, pues él me rescató de sir Bors de Ganis y sir Héctor; si no, habría sido muerto traidoramente.

Sir Tristán le habló con tan gentiles razones que sir Palomides fue con él a su posada. Entonces Gouvernail fue delante y encomendó a doña Bragwaine que se fuese a su posada.

–Y pedid a sir Persides que no mueva querella ninguna.

Y cabalgaron juntos hasta que llegaron al pabellón de sir Tristán, y allí sir Palomides tuvo todo el contentamiento que se podía tener esa noche. Pero por ninguna manera pudo saber sir Palomides que era sir Tristán; y después de cenar se recogieron a descansar, y sir Tristán, por su gran trabajo, durmió hasta que fue de día.

Y sir Palomides de angustia no pudo dormir; y al alba del día tomó secretamente su caballo, y fue a sir Gaheris y a sir Sagramore le Desirous, donde estaban en sus pabellones; pues los tres habían sido compañeros al principio del torneo. Y por la mañana el rey tocó a torneo el tercer día.

Capítulo 32

Cómo sir Tristán derribó a sir Palomides,

y cómo justó con el rey Arturo, y otras hazañas

Y el rey de Northgales y el Rey de los Cien Caballeros se enfrentaron al rey Carados y al rey de Irlanda, y el Rey de los Cien Caballeros derribó al rey Carados, y el rey de Northgales derribó al rey de Irlanda.

En eso llegó sir Palomides, y cuando estuvo dentro hizo gran trabajo, pues era bien conocido por su escudo dentado.

Y entró el rey Arturo, e hicieron grandes hechos de armas juntos, y pusieron al rey de Northgales y al Rey de los Cien Caballeros en lo peor.

En esto entró sir Tristán con su escudo negro, y justó luego con sir Palomides; y allí, por pura fuerza derribó sir Tristán a sir Palomides por la grupa del caballo.

Entonces gritó el rey Arturo: «¡Caballero del Escudo Negro, apréstate para mí!»; y de la misma manera sir Tristán derribó al rey Arturo.

Y por fuerza de los caballeros del rey Arturo, el rey y sir Palomides fueron encabalgados otra vez. Entonces el rey Arturo con el corazón muy ansioso, tomó una lanza en su mano y allí, de costado, derribó a sir Tristán del caballo.

Y sir Palomides sin darle tregua se echó sobre sir Tristán cuando estaba a pie para atropellarlo. Entonces le vio sir Tristán, se apartó a un lado, y con gran ira lo asió por el brazo y lo tiró del caballo.

Se levantó sir Palomides con presteza, y entonces se arremetieron poderosamente con las espadas; y muchos reyes, reinas y señores, se detuvieron a observarlos. Y por último sir Tristán dio a sir Palomides tres poderosos golpes encima del yelmo; y a cada golpe que le daba decía: «Éste por sir Tristán», con lo que sir Palomides cayó de bruces a tierra.

Entonces llegó el Rey de los Cien Caballeros, trajo a sir Tristán un

caballo, y fue encabalgado otra vez. A todo esto sir Palomides estaba encabalgado también, y con gran ira justó sobre sir Tristán con la lanza que tenía en el ristre, y él descargó un gran golpe con la espada, con lo que sir Tristán evitó la lanza; y lo asió por el cuello con ambas manos, lo sacó limpiamente de la silla, y así lo llevó, delante de él, el trecho de diez lanzas; y a continuación, en presencia de todos, lo dejó caer a su ventura.

Entonces sir Tristán vio al rey Arturo con una espada desnuda en la mano, y fue sobre él con su lanza; y le esperó el rey Arturo osadamente, le partió la lanza en dos con la espada, dejándolo aturdido, y el rey Arturo le dio tres o cuatro golpes antes de que él pudiese sacar la espada; y finalmente sir Tristán sacó su espada, y se asaltaron muy bravamente. En eso se separó la gran multitud.

A continuación sir Tristán cabalgó aquí y allá e hizo gran esfuerzo, de manera que ese día derribó sir Tristán a once buenos caballeros de la sangre del rey Ban, que era del linaje de sir Lanzarote, de manera que todos los estados se maravillaron de sus grandes hechos, y todos aclamaron al Caballero del Escudo Negro.

Capítulo 33

Cómo sir Lanzarote hirió a sir Tristán,

y cómo después sir Tristán derribó a sir Palomides

Y esta aclamación fue tan grande que la oyó sir Lanzarote. Y entonces tomó una gruesa lanza en la mano y fue hacia la aclamación. Entonces gritó sir Lanzarote:

–¡Caballero del Escudo Negro, apercíbete a justar conmigo!

Cuando sir Tristán le oyó decir así tomó una lanza en la mano, bajaron ambos la cabeza, y se juntaron como el trueno; y la lanza de sir Tristán se hizo trozos, y sir Lanzarote por mala fortuna infligió a sir Tristán en el costado una profunda herida, casi de

muerte; sin embargo, sir Tristán no desamparó su silla, por lo que se quebró la lanza. Seguidamente sir Tristán, herido como estaba, sacó la espada, acometió a sir Lanzarote, y le dio tres grandes tajos encima del yelmo de manera que saltaron chispas de él, y sir Lanzarote inclinó la cabeza hacia el arzón de la silla.

Seguidamente sir Tristán se fue del campo, pues se sentía tan herido que creía que iba a morir; y lo vio sir Dinadan y lo siguió a la floresta.

Entonces permaneció sir Lanzarote e hizo muchos hechos maravillosos.

Y cuando hubo partido sir Tristán por el lado de la floresta se apeó, se desenlazó el arnés y se refrescó la herida; entonces creyó sir Dinadan que iba a morir.

–No, no –dijo sir Tristán–, Dinadan; no temas, pues tengo sano el corazón, y pronto estaré sano de esta herida, por merced de Dios.

En eso sir Dinadan vio dónde venía cabalgando Palomides derechamente a ellos. Entonces comprendió sir Tristán que sir Palomides venía a destruirle. Y le previno sir Dinadan, y dijo:

–Señor Tristán, mi señor, estáis tan malherido que no podéis haberlas con él; así que cabalgaré yo contra él y haré lo que pueda; y si muero podéis rezar por mi alma; y entretanto podréis retraeros y meteros en el castillo, o en la floresta, de manera que no se encuentre con vos.

Sir Tristán sonrió y dijo:

–Os agradezco, Dinadan, vuestra buena voluntad, pero sabed que soy capaz de manejarlo.

Y entonces se armó deprisa, tomó su caballo, y una gruesa lanza en la mano, y dijo a sir Dinadan: «¡Adiós!», y cabalgó hacia sir Palomides con paso sosegado.

Cuando vio esto sir Palomides, se apeó e hizo como que enmendaba el arnés del caballo; pero lo hacía por esta causa: para esperar a sir Gaheris, que venía detrás de él. Y cuando llegó, cabalgó hacia sir

Tristán.

Entonces sir Tristán envió mandado a sir Palomides, y le requirió de justar con él; y si derribaba él a sir Palomides no le haría más; y si acaecía a sir Palomides derribar a sir Tristán, le pedía que hiciese su ultranza.

Y así fueron concordes. Entonces se encontraron, y sir Tristán derribó a sir Palomides, que tuvo una grave caída, de manera que quedó allí tendido como muerto. Y entonces sir Tristán corrió sobre sir Gaheris, que no quería justar; pero quisiese o no, sir Tristán lo derribó por la grupa del caballo, de manera que quedó tendido como muerto.

Entonces sir Tristán siguió su camino y dejó al escudero de sir Persides en los pabellones; y sir Tristán y sir Dinadan se encaminaron a la morada de un anciano caballero para aposentarse. Y tenía este anciano caballero cinco hijos en el torneo, por quienes rezaba a Dios vivamente para que volviesen a casa. Y como dice el libro francés, a casa volvieron los cinco bien maltrechos.

Y cuando sir Tristán partió hacia la floresta, sir Lanzarote sostuvo siempre la batalla empeñadamente, como hombre airado que no hace cuenta ninguna de sí mismo; y sabed bien que había muchos nobles caballeros contra él.

Y cuando el rey Arturo vio a sir Lanzarote hacer tan maravillosos hechos de armas se armó, tomó su caballo y armadura, y entró en el campo a ayudar a sir Lanzarote; y con el rey Arturo entraron muchos caballeros. Y para abreviar, el rey de Northgales y el Rey de los Cien Caballeros fueron puestos en lo peor; y porque sir Lanzarote permaneció allí y fue el postrero en el campo, le fue dado el galardón a él.

Pero ni por rey, reina ni caballero ninguno, quiso sir Lanzarote tener el galardón, sino a las voces de todo el campo que aclamaban: «¡Sir Lanzarote, sir Lanzarote ha ganado el campo este día!», hizo él dar otra contraria: «Sir Tristán ha ganado el campo, pues él empezó primero, y es el que más ha durado, y más ha hecho el primer día, el segundo, y el tercero».

Capítulo 34

Cómo fue dado el galardón del tercer día a sir Lanzarote, y cómo sir Lanzarote lo dio a sir Tristán

Entonces todos los estados y grados, los altos y los bajos, dijeron gran honra de sir Lanzarote, por el honor que hacía a sir Tristán; y por hacer tal honor a sir Tristán fue en esa sazón más alabado y nombrado que por derrocar a quinientos caballeros; y el total de la gente por su gentileza, primero los estados altos y bajos, y después la gente común, gritaban a una:

–¡Sir Lanzarote ha ganado el campo, quienquiera que sea el que diga que no!

Entonces se enojó y avergonzó sir Lanzarote, y fue seguidamente al rey Arturo.

–¡Ay! –dijo el rey–, a todos nos aflige que sir Tristán se haya partido de nosotros. Por Dios –dijo el rey Arturo–, que es uno de los más nobles caballeros que he visto con una lanza o una espada en la mano, y el caballero más cortés en la lucha; pues muy bravo le vi cuando hirió tres veces a sir Palomides encima del yelmo, de manera que se lo bajó con sus golpes, y que dijo también: «Este golpe es por sir Tristán», y así dijo tres veces.

Entonces el rey Arturo, sir Lanzarote y sir Dodinas le Savage tomaron sus caballos para buscar a sir Tristán y por medio de sir Persides había dicho al rey Arturo dónde estaba sir Tristán en su pabellón. Pero cuando llegaron allá, sir Tristán y sir Dinadan se habían ido. Entonces tuvieron pesar el rey Arturo y sir Lanzarote, y volvieron al Castillo de las Doncellas, haciendo gran lamentación por la herida de sir Tristán, y su súbita partida.

–Así Dios me ayude –dijo el rey Arturo–, más me pesa no poder dar con él que todas las heridas que mis caballeros han tenido en el torneo.

En eso llegó sir Gaheris y dijo al rey Arturo cómo sir Tristán había derribado a sir Palomides, y que había sido a propia petición de sir Palomides.

–¡Ay! –dijo el rey Arturo–, mucha deshonra ha sido para sir Palomides; pues sir Tristán iba malherido y bien podemos ahora todos, reyes y caballeros, y hombres de honor, decir que sir Tristán puede ser llamado noble caballero, y uno de los mejores caballeros que jamás he visto en los días de mi vida. Pues quiero que sepáis todos, reyes y caballeros, que jamás vi a ningún caballero portarse tan maravillosamente como él estos tres días; pues fue el primero en empezar y el que más resistió, salvo este postrer día. Y aunque ha sido herido, fue en esforzada aventura de dos nobles caballeros; que cuando tienen encuentro dos nobles hombres, de necesidad uno ha de tener lo peor, como ha querido Dios consentir en esta sazón.

–En cuanto a mí –dijo sir Lanzarote–, no habría querido herir a sir Tristán, si lo hubiese reconocido en esta sazón, ni por todas las tierras que mi padre me dejó; el que lo hiriera fue porque no vi su escudo. Pues si hubiese visto su escudo negro, no habría tenido que ver con él por muchas causas: pues recientemente ha hecho por mí como nunca hizo ningún caballero, y es bien sabido que las hubo con treinta caballeros, sin ayuda ninguna salvo sir Dinadan. Y una cosa prometo, sir Palomides se arrepentirá de su descortés acción, por seguir a ese noble caballero al que por desgracia herí así –y sir Lanzarote dijo toda la honra que podía decirse de sir Tristán.

Entonces el rey Arturo hizo una gran fiesta para todo el que quisiese asistir. Y dejamos pasar al rey Arturo y volvemos un poco a sir Palomides, que después que recibió la caída de sir Tristán, se enfureció casi al punto de perder el juicio por despecho de sir Tristán. Y lo siguió a la ventura. Y al llegar cerca de un río, en su locura quiso hacer que su caballo lo saltase; y perdió pie el caballo y cayó al río, por donde sir Palomides temió ahogarse; entonces abandonó el caballo, nadó a tierra, y dejó que el caballo fuese a la ventura.

Capítulo 35

Cómo Palomides llegó al castillo donde estaba sir Tristán, y de la demanda que sir Lanzarote y diez caballeros hicieron por sir Tristán

Y cuando llegó a tierra se quitó el arnés, y se sentó bramando y gritando como hombre fuera de sí. En eso pasó una doncella cerca de sir Palomides, que era enviada por sir Gawain y su hermano a sir Mordred, el cual yacía enfermo en la misma morada del viejo caballero donde estaba sir Tristán. Pues, como dice el libro francés, sir Persides había herido a sir Mordred diez días antes; y de no haber sido por el amor de sir Gawain y su hermano, sir Persides habría matado a sir Mordred. Y se acercó esta doncella a sir Palomides y tuvieron ella y él unas palabras que no placieron a ninguno; y la doncella siguió su camino hasta que llegó al lugar del viejo caballero, y allí contó a este viejo caballero cómo topó por ventura con el más furioso caballero que había conocido.

–¿Qué llevaba en su escudo? –dijo sir Tristán.

–Era dentado, con blanco y negro –dijo la doncella.

–¡Ah! –dijo sir Tristán–, ése era el buen caballero sir Palomides. Pues lo tengo por uno de los mejores caballeros de cuantos viven en este reino.

Entonces el viejo caballero tomó una pequeña hacanea, y fue por sir Palomides, y lo llevó a su morada; y muy bien reconoció sir Tristán a sir Palomides; pero no dijo nada, pues en esa sazón sir Tristán andaba ya de pie, y muy remediado de sus heridas; y cada vez que sir Palomides veía a sir Tristán se le quedaba mirando muy maravillado y pensaba que lo había visto en alguna parte. Y dijo a sir Dinadan:

–Si alguna vez encuentro a sir Tristán, no escapará de mis manos.

–Me maravilla –dijo sir Dinadan– que os jactéis detrás de sir Tristán, pues hace bien poco estuvo en vuestras manos, y vos en las suyas. ¿Por qué no lo retuvisteis cuando lo teníais? Pues yo mismo vi dos o tres veces que ganabais poca honra de sir Tristán.

Entonces sir Palomides se avergonzó. Y así los dejamos un tiempo en el viejo castillo con el viejo caballero sir Darras.

Hablamos ahora del rey Arturo, que dijo a sir Lanzarote:

–De no ser por vos no habríamos perdido a sir Tristán, pues aquí estuvo diariamente hasta que os enfrentasteis con él, y en mala hora –dijo el rey Arturo– os enfrentasteis con él.

–Mi señor Arturo –dijo Lanzarote–, no pongáis sobre mí la causa de su marcha; Dios sabe que fue contra mi voluntad. Pero cuando los hombres están ardorosos en hechos de armas a menudo hieren a sus amigos así como a sus enemigos. Y mi señor, debéis entender que sir Tristán es un hombre al que no quiero ofender, pues ha hecho por mí más de lo que nunca hice yo por él hasta ahora.

Pero entonces sir Lanzarote pidió que le trajeran un libro, y dijo:

–Aquí estamos diez caballeros, los cuales vamos a jurar sobre este libro no descansar otra noche más donde hayamos descansado una, en estos doce meses, hasta que hallemos a sir Tristán. Y en cuanto a mí –dijo sir Lanzarote–, os prometo sobre este libro que si puedo dar con él, por las buenas o por las malas lo traeré a esta corte, o moriré en ello.

Y los nombres de estos diez caballeros que juraron emprender esta demanda fueron estos siguientes: en primer lugar sir Lanzarote, y sir Héctor de Maris, sir Bors de Canis, y Bleoberis, y sir Blamor de Ganis, y Lucan el Mayordomo, sir Uwain, sir Galihud, Lionel, y Galihodin.

Y partieron estos diez nobles caballeros de la corte del rey Arturo, y cabalgaron juntos en su demanda hasta que llegaron a una encrucijada de la que partían cuatro caminos; y allí se dividió la compañía en cuatro, para buscar a sir Tristán.

Y yendo sir Lanzarote a la ventura, topó con doña Bragwaine, que había sido enviada a ese país en busca de sir Tristán, y huyó ésta lo deprisa que podía ir su palafrén. Y sir Lanzarote se llegó a ella y le preguntó por qué huía.

–¡Ah, gentil señor! –dijo doña Bragwaine–, huyo por miedo de mi vida, pues aquí me sigue sir Breunis Saunce Pité para matarme.

–Quedad a mi lado –dijo sir Lanzarote.

Así que vio sir Lanzarote a sir Breunis Saunce Pité, le gritó y dijo:

–¡Falso caballero, destructor de dueñas y doncellas, ahora han llegado tus últimos días!

Cuando sir Breunis Saunce Pité vio el escudo de sir Lanzarote lo reconoció bien, pues en esa sazón no llevaba las armas de Cornualles, sino su propio escudo. Y entonces huyó sir Breunis, y sir Lanzarote siguió tras él. Pero sir Breunis tenía tan buen caballo que cuando deseaba huir podía hacerlo bien, y también detenerse cuando quería.

Y entonces sir Lanzarote tornó a doña Bragwaine, y ella le agradeció su gran esfuerzo.

Capítulo 36

Cómo sir Tristán, sir Palomides y sir Dinadan fueron prendidos y puestos en prisión

Hablaremos ahora de sir Lucan el Mayordomo, que por fortuna llegó cabalgando al mismo lugar donde sir Tristán estaba, y no entró con otra intención que la de pedir albergue. Entonces el portero preguntó cuál era su nombre.

–Decid a vuestro señor que me llamo sir Lucan el Mayordomo,

caballero de la Tabla Redonda.

Fue, pues, el portero a sir Darras, señor de la plaza, y le dijo quién estaba allí pidiendo albergue.

–No, no –dijo sir Daname, que era sobrino de sir Darras–; dile que no será aposentado aquí, sino hazle saber que yo, sir Daname, presto voy a enfrentarme a él, y dile que se aperciba.

Salió, pues, sir Daname a caballo, se juntaron con lanzas, y sir Lucan derribó a sir Daname por la grupa del caballo; y entonces huyó éste a la plaza, y sir Lucan cabalgó tras él, llamándolo muchas veces. Entonces dijo sir Dinadan a sir Tristán:

–Es vergüenza ver afrentado al sobrino del señor de esta plaza.

–Esperad –dijo sir Tristán– que yo lo enmendaré.

Y entretanto sir Dinadan fue a caballo, justó con Lucan el Mayordomo, y allí sir Lucan atravesó a sir Dinadan el grueso del muslo, y siguió su camino. Y se enojó sir Tristán de que sir Dinadan hubiese sido herido, y fue tras él pensando vengarse; y al poco rato alcanzó a sir Lucan y le pidió que se volviese; y se juntaron de manera que sir Tristán hirió a sir Lucan muy malamente y le infligió una caída.

En eso llegó sir Uwain, un gentil caballero, y cuando vio a sir Lucan así herido pidió a sir Tristán justar con él.

–Gentil caballero –dijo sir Tristán–, os requiero que me digáis vuestro nombre.

–Señor caballero, sabed que me llamo sir Uwain le Fise de Roi Uriens.

–¡Ah! –dijo sir Tristán–, no quisiera haberlas con vos en ninguna sazón por mi voluntad.

–No será así –dijo sir Uwain–, sino que las tendréis que haber.

Y entonces sir Tristán no vio otro remedio, y cabalgó contra él, derrocó a sir Uwain y lo hirió en un costado; y partió a su posada

otra vez.

Y cuando sir Dinadan supo que sir Tristán había dejado herido a sir Lucan, quiso ir a sir Lucan para matarlo, pero sir Tristán no se lo consintió.

Entonces sir Uwain hizo aparejar una litera de caballos, y llevó a sir Lucan a la abadía de Ganis; y el castillo que había cerca de ella se llamaba el Castillo de Ganis, del cual era señor sir Bleoberis. Y en ese castillo prometió sir Lanzarote a todos sus compañeros juntarse en la demanda de sir Tristán.

Y cuando sir Tristán estuvo en su posada llegó una doncella y dijo a sir Darras que tres de sus hijos habían muerto en ese torneo, y dos estaban gravemente heridos al punto de que no se podían valer; y que todo esto lo había hecho un noble caballero que llevaba el escudo negro, que era el que había llevado el galardón.

Entonces llegó uno y dijo a sir Darras que el mismo caballero que allí estaba llevaba el escudo negro. Entonces fue sir Darras a la cámara de sir Tristán, halló allí su escudo y lo mostró a la doncella.

–¡Ah, señor! –dijo la doncella–, ese mismo es el que ha matado a vuestros tres hijos.

Entonces sir Darras, inmediatamente, encerró a sir Tristán, sir Palomides y sir Dinadan en una fuerte prisión, donde sir Tristán pareció que iba a morir de gran enfermedad; y cada día sir Palomides reprobaba a sir Tristán el viejo rencor entre ellos. Y siempre sir Tristán hablaba gentilmente y decía poco. Pero cuando sir Palomides vio cómo había caído enfermo sir Tristán, tuvo pesar por él, y lo confortó de la mejor manera que pudo.

Y como dice el libro francés, llegaron a sir Darras cuarenta caballeros que eran de su propio linaje, y quisieron matar a sir Tristán y a sus dos compañeros; pero sir Darras no lo consintió, sino que los guardó en prisión, dándoles de comer y de beber.

Y sir Tristán soportó allí grandes penas, ya que la enfermedad se había apoderado de él, y ése es el más grande padecimiento que un prisionero puede tener. Pues todo el tiempo que el prisionero esté

sano de cuerpo puede soportarlo con la merced de Dios y la esperanza de buena liberación; pero cuando la enfermedad se apodera del cuerpo de un prisionero, entonces puede decir éste que ha sido despojado de toda la riqueza del mundo, y entonces tiene motivo para gemir y llorar. Eso mismo pasó a sir Tristán cuando la enfermedad se hubo apoderado de él, pues entonces tomó tal aflicción que a punto estuvo de darse muerte.

Capítulo 37

Cómo el rey Marco tuvo pesar por el buen renombre de sir Tristán. Algunos de los caballeros de Arturo justaron con caballeros de Cornualles

Hablaremos ahora, y dejamos a sir Tristán, sir Palomides y sir Dinadan en prisión, y hablaremos de otros caballeros que buscaban a sir Tristán por diversas partes de esta tierra.

Y algunos entraron en Cornualles; y por ventura llegó sir Gaheris, sobrino del rey Arturo, al rey Marco, y allí fue bien recibido y sentado a la propia mesa del rey Marco, y comió entre sus pares. Entonces el rey Marco preguntó a sir Gaheris qué nuevas había del reino de Logres.

–Señor –dijo sir Gaheris–, el rey reina como noble caballero; y hace bien poco ha habido una gran justa y torneo como jamás vi en el reino de Logres; y en esas justas estaban los más nobles caballeros. Pero hay un caballero que se portó maravillosamente tres días, y llevaba un escudo negro; y de todos los caballeros que yo he visto probó ser el mejor.

–Entonces –dijo el rey Marco–, era sir Lanzarote, o sir Palomides el pagano.

–No es así –dijo sir Gaheris–, pues sir Lanzarote y sir Palomides estaban en la parte contraria al caballero del escudo negro.

–Entonces era sir Tristán –dijo el rey.

–Sí –dijo sir Gaheris.

Y con eso al rey bajó la cabeza, y le entró gran temor en el corazón de que sir Tristán alcanzase tal honra en el reino de Logres que no pudiese ir contra él.

Y tuvo sir Gaheris muy gran acogida con el rey Marco, y con la reina La Bella Isolda, la cual se alegró muchísimo de las palabras de sir Gaheris; pues bien sabía ella por sus hechos y maneras que era sir Tristán.

Y entonces el rey hizo una real fiesta, y a esa fiesta vino sir Uwain le Fise de Roi Uriens, al que algunos llamaban Uwain le Blanchemains. Y este sir Uwain desafió a todos los caballeros de Cornualles. Entonces el rey se enojó furiosamente por no tener caballeros que le respondiesen. Entonces sir Andred, sobrino del rey Marco, se levantó y dijo:

–Yo me enfrentaré a sir Uwain.

Se fue a continuación y se armó y encabalgó de la mejor manera. Y allí sir Uwain se enfrentó a sir Andred, y lo derribó de manera que quedó sin sentido en tierra. Entonces le pesó al rey Marco y le enojó en extremo no tener ningún caballero que vengase a su sobrino sir Andred. Así que llamó a sir Dinas el Senescal, y le rogó que por él tomase sobre sí justar con sir Uwain.

–Señor –dijo sir Dinas–, soy muy contrario a haberlas con ningún caballero de la Tabla Redonda.

–Sin embargo –dijo el rey–, por mi amor, toma sobre ti justar.

Se aparejó, pues, sir Dinas, y se encontraron ambos con gruesas lanzas, pero sir Dinas recibió una gran caída, hombre y caballo. ¡Quién hubo entonces más enojado que el rey Marco!

–¡Ay! –dijo–, ¿no tengo yo ningún caballero que quiera enfrentarse a este caballero?

–Señor –dijo sir Gaheris–, por vos quiero justar.

Y se apercibió sir Gaheris; y así que estuvo armado entró en el campo. Y cuando sir Uwain vio el escudo de sir Gaheris, se llegó a él y le dijo:

–Señor, no hagáis esto. Pues señor, cuando fuisteis hecho caballero de la Tabla Redonda jurasteis no haberlas con vuestra compañía a sabiendas. Y por Dios, señor Gaheris, que harto bien me conocéis por mi escudo, como yo a vos por el vuestro, y aunque vos queráis quebrantar vuestro juramento, no quisiera yo quebrantar el mío; pues ninguno hay aquí, ni vos tampoco, que piense que os temo, sino bien osaría haberlas con vos, aunque fuésemos hijos de hermanas.

Entonces se avergonzó sir Gaheris, y seguidamente cada caballero tomó su camino, y sir Uwain salió del país. Entonces se armó el rey Marco, y tomó su caballo y su lanza, con un escudero con él. Y le fue por delante a sir Uwain, y súbitamente en un claro corrió sobre él de manera que no lo vio, y casi le atravesó el cuerpo, y allí lo dejó.

Y al poco rato llegó sir Kay, y halló a sir Uwain, y le preguntó cómo era que estaba herido.

–No sé por qué –dijo sir Uwain–, ni por quién, pero lo cierto es que he tenido esta herida a traición; pues ha venido súbitamente un caballero sobre mí, antes de que yo lo viese, y me ha herido por sorpresa.

Entonces llegó sir Andred en busca del rey Marco.

–¡Ah, caballero traidor! –dijo sir Kay–, si yo supiese que eras tú quien ha herido traidoramente a este noble caballero no escaparías de mis manos.

–Señor –dijo sir Andred–, no lo he herido yo, y así se lo quiero atestiguar a él.

–Mal hayan los falsos caballeros como vosotros –dijo sir Kay–, pues nada valéis los de Cornualles.

Y sir Kay hizo llevar a sir Uwain a la Abadía de la Cruz Negra, y allí

fue sanado. Y entonces sir Gaheris se despidió del rey Marco; pero antes de partir dijo:

–Señor rey, os hicisteis fea afrenta a vos y a vuestra corte cuando desterrasteis a sir Tristán de este país, pues no habríais tenido que temer a ningún caballero si él hubiese estado aquí –y partió.

Capítulo 38

De la traición del rey Marco, y cómo sir Gaheris lo derribó, y a su sobrino Andred

Entonces fue sir Kay el Senescal al rey Marco, y éste le dio buena acogida en apariencia.

–Gentiles señores –dijo el rey Marco–, ¿queréis probar alguna aventura en la Floresta de Morris, en la cual sé que está la más fuerte aventura que conozco?

–Señor –dijo sir Kay–, yo la probaré.

Y sir Gaheris dijo que él sería aconsejado, pues el rey Marco estaba siempre lleno de traición; y seguidamente partió sir Gaheris y tomó su camino. Y por el mismo camino que sir Kay debía tomar se echó a descansar, encargando a su escudero que velase por sir Kay; «y adviérteme cuando venga».

Y al poco rato llegó sir Kay cabalgando por dicho camino; entonces sir Gaheris tomó su caballo, salió a su encuentro, y dijo:

–Sir Kay, no sois avisado al cabalgar a petición del rey Marco, pues todo lo hace con traición.

Entonces dijo sir Kay:

–Os requiero que probemos esta aventura.

–No os abandonaré –dijo sir Gaheris.

Y cabalgaron hasta un lago que en aquel tiempo era llamado Lago Peligroso, y se detuvieron allí a la sombra de los árboles.

Entretanto el rey Marco, en el Castillo de Tintagel, alejó a todos sus barones, y sacó de su cámara a todos los que no eran privados con él. Y mandó llamar a continuación a su sobrino sir Andred, y le pidió que se armase y encabalgase ligeramente; y a la sazón era media noche. Y se armó también el rey Marco de negro, caballo y todo; y por una secreta poterna salieron los dos, con sus pajes con ellos, y cabalgaron hasta que llegaron a este lago.

Entonces sir Kay los vio primero, tomó su lanza, y ofreció justar. Y fue el rey Marco contra él, y se dieron ambos muy fuerte golpe, pues la luna alumbraba como si fuese día claro. Y en esa justa cayó el caballo de sir Kay, ya que no era tan recio como el caballo del rey, y el de sir Kay quedó muy maltrecho. Entonces sir Gaheris se enojó de la caída de sir Kay. Y gritó:

–¡Caballero, tente en tu silla, pues voy a vengar a mi compañero!

Entonces el rey Marco tuvo miedo de sir Gaheris, y con mala voluntad cabalgó contra él; y sir Gaheris le dio tal golpe que lo derribó.

Sencillamente sir Gaheris corrió contra sir Andred y lo derribó de su caballo de un golpe, de manera que dio con el yelmo contra tierra, y casi se quebró el cuello. Y seguidamente se apeó sir Gaheris y levantó a sir Kay. Seguidamente fueron ambos a pie a donde estaban ellos, y les mandaron que se rindiesen y dijesen sus nombres, o morirían. Entonces, con gran trabajo, habló sir Andred primero y dijo:

–Es el rey Marco de Cornualles; por ende mirad qué hacéis; y yo soy Andred, su sobrino.

–¡Mal hayas tú –dijo sir Gaheris–, por falso traidor, y falsa traición has urdido, y él, bajo la fingida muestra que nos hicisteis! Lástima sería que siguieses con vida.

–Perdonadme la vida –dijo el rey Marco–, y os haré reparación; y considerad que soy rey ungido.

–Más vergüenza sería –dijo sir Gaheris– perdonarte la vida; has sido ungido rey con los óleos, y por tanto debías tenerte con todos los hombres de honor; así que mereces morir.

Con esto arremetió contra el rey Marco sin decir más, y se cubrió éste con el escudo y se defendió como pudo. Y arremetió sir Kay contra sir Andred, y al punto el rey Marco se rindió a sir Gaheris. Entonces se hincó de rodillas, e hizo juramento sobre la cruz de la espada, de que nunca mientras viviese iría contra caballeros andantes. Y también juró ser buen amigo de sir Tristán si alguna vez volvía a Cornualles. Y a todo esto sir Andred estaba en tierra, y sir Kay quería darle muerte.

–Dejadlo –dijo sir Gaheris–; os ruego que no lo matéis.

–Sería lástima que viviese más –dijo sir Kay–, pues éste es primo cercano de sir Tristán, y siempre ha sido traidor a él, y por él fue exiliado de Cornualles, y por todo eso lo voy a matar.

–No lo haréis –dijo sir Gaheris–; ya que le he concedido al rey su vida, os ruego que se la concedáis vos a él –y con eso lo soltó sir Kay.

Y sir Kay y sir Gaheris emprendieron camino de sir Dinas el Senescal, porque habían oído decir que éste amaba a sir Tristán. Y se reposaron allí, y poco después se encaminaron al reino de Logres.

Y al poco tiempo toparon con sir Lanzarote, que aún tenía a doña Bragwaine con él, con esta intención: creyendo que así daría antes con sir Tristán; y sir Lanzarote preguntó nuevas de Cornualles, y si tenían alguna de sir Tristán. Respondieron sir Kay y sir Gaheris, y dijeron que no sabían de él. Y entonces contaron a sir Lanzarote palabra por palabra su aventura.

Entonces sir Lanzarote sonrió y dijo: «Costoso es arrancar la carne del hueso donde se ha criado»; y así holgaron juntos.

Capítulo 39

Cómo después que estuvieron sir Tristán, sir Palomides y sir Dinadan mucho tiempo en prisión, fueron liberados

Ahora dejamos este cuento y hablamos de sir Dinas, que tenía en el castillo a una amante que amaba a otro caballero más que a él. Y cuando sir Dinas salió a montear, se descolgó ésta con una sábana, llevándose consigo a dos perras, y fue al caballero que amaba, y él a ella.

Y cuando sir Dinas volvió a casa y echó de menos a su amante y sus perras, se enojó mucho más por las perras que por la dama. Entonces corrió en pos del caballero que tenía a su amante, y le mandó que volviese y justase. Y lo derribó sir Dinas, de tal manera que en la caída se quebró una pierna y un brazo. Y entonces su dama y amante suplicó merced a sir Dinas, diciendo que lo amaría como nunca lo había amado.

–No –dijo sir Dinas–; jamás fiaré en los que me han traicionado una vez; y por tanto, como habéis empezado, así debéis acabar, pues no quiero tener que ver nunca más con vos.

Y dicho esto partió sir Dinas, llevándose sus perras con él, y se encaminó a su castillo.

Ahora volveremos a sir Lanzarote, que tenía mucho pesar porque no conseguía saber nada de sir Tristán; pues todo este tiempo estaba cautivo de sir Darras, con Palomides y Dinadan.

Entonces doña Bragwaine se despidió para ir a Cornualles; y sir Lanzarote, sir Kay y sir Gaheris fueron a buscar a sir Tristán por el país de Surluse.

Ahora habla este cuento de sir Tristán y sus dos compañeros, pues cada día sir Palomides regañaba y decía palabras contra sir Tristán.

–Me sorprende –dijo sir Dinadan–, Palomides, que teniendo aquí a sir Tristán no quieras hacerle ningún daño; pues si hubiese un lobo y una oveja juntos en una prisión, no consentiría el lobo que el cordero tuviese paz. Y sabe bien que éste es sir Tristán en persona, así que ahora puedes hacer lo que quieras con él, y veamos si lo puedes manejar con tus manos.

Pero sir Palomides se quedó turbado y no dijo nada.

–Señor Palomides –dijo sir Tristán–, mucho he oído sobre vuestra mala voluntad contra mí, pero no quiero tener que ver con vos en esta sazón por mi voluntad, porque temo al señor de esta plaza que nos tiene en gobierno; aunque si lo temiese tanto como te temo a ti, presto quedaría arreglado –y así se apaciguaron. En eso entró una doncella y dijo:

–Caballeros, alegraos, pues seguras están vuestras vidas, como he oído decir a mi señor sir Darras.

Entonces se alegraron los tres, pues todos los días pensaban que iban a morir.

Poco después de esto sir Tristán cayó enfermo al extremo de que pensó que iba a morir; entonces sir Dinadan lloró, y lo mismo sir Palomides, haciendo ambos por bajo gran aflicción. Y fue a verlos una doncella, y los halló sollozando.

Entonces fue ésta a sir Darras, y le contó cómo aquel fuerte caballero que llevaba el escudo negro probablemente moriría.

–No será así –dijo sir Darras–; pues no quiera Dios que cuando acuden a mí unos caballeros pidiendo socorro consienta yo que mueran en mi prisión. Por tanto –dijo sir Darras a la doncella–, traed a ese caballero y a sus compañeros ante mí.

Y al punto vio sir Darras a sir Tristán ante sí. Y dijo:

–Señor caballero, tengo pesar de tu enfermedad, pues eres tenido por muy noble caballero, y así lo pareces por ti; y sabe bien que jamás se dirá que sir Darras ha destruido a tan noble caballero en su prisión, aunque hayas matado a tres de mis hijos, por donde fui

grandemente agraviado. Pero ahora te irás, y tus compañeros; y vuestros arneses y caballos han sido bien guardados y cuidados, y podréis ir a donde os plazca, con esta condición: que tú, caballero, me quieras prometer ser buen amigo de los dos hijos que ahora viven, y también que me digas tu nombre.

–Señor –dijo él–, en cuanto a mi nombre es sir Tristán de Lionís, y he nacido en Cornualles, y soy sobrino del rey Marco. Y en cuanto a la muerte de vuestros hijos no pude hacer de otra manera, pues aunque hubiesen sido mis parientes cercanos no habría podido haber hecho yo otra cosa. Y si los hubiese matado con traición o alevosía habría merecido la muerte.

–Considero por todo esto –dijo sir Darras– que lo que hicisteis fue por fuerza de caballería, y ésa es la causa de que no haya querido daros muerte. Pero ya que sois el buen caballero sir Tristán, os ruego vivamente que seáis amigo mío y de mis hijos.

–Señor –dijo sir Tristán–, os prometo por mi fe, que mientras viva haré vuestro servicio, pues no habéis hecho con nosotros sino lo que un caballero natural debía hacer.

Entonces sir Tristán se reposó allí hasta que fue sanado de su enfermedad; y cuando estuvo sano y fuerte se despidieron, y cada caballero tomó su caballo, y partieron y cabalgaron juntos hasta que llegaron a una encrucijada.

–Ahora, compañeros –dijo sir Tristán–, aquí nos separaremos por sendos caminos.

Y como sir Dinadan tuvo la primera aventura, comenzaré por él.

Capítulo 40

Cómo sir Dinadan rescató a una dama de sir Breunis Saunce Pité, y cómo sir Tristán recibió un escudo de Morgana el Hada

Y al pasar sir Dinadan junto a una fuente halló a una dama haciendo gran lamentación.

–¿Qué os aflige? –dijo sir Dinadan.

–Señor caballero –dijo la dama–, soy la más desventurada dama del mundo, pues hace cinco días vino aquí un caballero llamado Breunis Saunce Pité y mató a mi hermano; y desde entonces me tiene a su voluntad, y de todos los hombres del mundo es el que más aborrezco; y por tanto os requiero de vuestra caballería que me venguéis, pues no tardará, sino que estará aquí en breve espacio.

–Dejad que venga –dijo sir Dinadan–, que por el honor de todas las mujeres haré yo mi parte.

En esto llegó sir Breunis, y cuando vio a un caballero con su dama se puso furioso. Y dijo entonces:

–¡Señor caballero, guárdate de mí!

Así que se acometieron como el trueno, y se hirieron el uno al otro muy fuertemente; pero sir Dinadan le infligió en el hombro una grave herida, y antes de que sir Dinadan pudiese volver sir Breunis había desaparecido y huido.

Entonces la dama le rogó que la llevase a un castillo que había cerca de allí, a sólo cuatro millas; conque la llevó sir Dinadan, y fue bien acogida, pues el señor de dicho castillo era tío suyo. Y sir Dinadan emprendió su camino en pos de su aventura.

Ahora volvemos a sir Tristán, que por ventura llegó a un castillo a pedir posada, donde estaba Morgana el Hada; y cuando sir Tristán fue recibido en este castillo tuvo buena acogida toda esa noche. Y por la mañana, cuando quiso partir, dijo la reina:

–Sabed que no partiréis tan ligeramente, pues estáis aquí prisionero.

–¡Jesús no lo quiera! –dijo sir Tristán–, pues ya lo he sido hace bien poco.

–Gentil caballero –dijo la reina–, permaneceréis conmigo hasta que yo sepa quién sois y de dónde venís.

Y la reina quiso sentar a sir Tristán a su lado, y a su amante al otro. Y no cesaba la reina Morgana de mirar a sir Tristán, por lo que despertó los celos del caballero, y le dieron ganas de abalanzarse súbitamente sobre sir Tristán con la espada, aunque lo dejó por vergüenza. Entonces dijo la reina a sir Tristán:

–Dime tu nombre, y consentiré que partas cuando quieras.

–Con esa condición os diré que mi nombre es sir Tristán de Lionís.

–¡Ah! –dijo Morgana el Hada–, si lo hubiese sabido, no habrías partido tan pronto. Pero ya que he hecho esa promesa, la mantendré, con tal que me prometas tú llevar sobre ti un escudo que te entregaré, al Castillo de la Roca Dura, donde el rey Arturo ha mandado pregonar un gran torneo; y allí te ruego que estés, y hacer por mí cuantos hechos de armas puedas. Pues en el Castillo de las Doncellas, sir Tristán, hiciste maravillosos hechos de armas como jamás oí que hiciera ningún caballero.

–Señora –dijo sir Tristán–, dejad que vea ese escudo que debo llevar.

Así que le fue traído el escudo, y el campo era de gules, con un rey y una reina pintados en él, y un caballero sobre ellos, con un pie sobre la cabeza del rey y el otro sobre la de la reina.

–Señora –dijo sir Tristán–, éste es un hermoso escudo y fuerte; pero ¿qué significa este rey y esta reina, y ese caballero sobre sus cabezas?

–Te lo diré –dijo Morgana el Hada–, significa el rey Arturo y la reina Ginebra, y un caballero que los tiene en esclavitud y servidumbre.

–¿Quién es ese caballero? –dijo sir Tristán.

–Eso no lo sabrás en esta sazón –dijo la reina.

Pero como dice el libro francés, la reina Morgana amaba muchísimo

a sir Lanzarote, y lo deseaba siempre; y él jamás quería amarla ni hacer nada a su requerimiento, y por eso reunió ella muchos caballeros para prenderle a la fuerza. Y como creía que sir Lanzarote amaba a la reina Ginebra como amante, y ella a él, la reina Morgana el Hada había mandado hacer este escudo para poner en reproche a sir Lanzarote, con intención de que el rey Arturo pudiese entender el amor que había entre ellos.

Entonces sir Tristán tomó el escudo y prometió llevarlo en el torneo del Castillo de la Roca Dura. Pero sir Tristán no sabía que el escudo estaba concebido contra sir Lanzarote, aunque lo supo después.

Capítulo 41

Cómo sir Tristán tomó consigo el escudo,

y también cómo mató al amante de Morgana el Hada

Y entonces se despidió sir Tristán de la reina, y tomó consigo el escudo.

Y fue el caballero que tenía a la reina Morgana el Hada, cuyo nombre era sir Hemison, y se aprestó a seguir a sir Tristán.

–Gentil amigo –dijo Morgana–, no vayáis en pos de ese caballero, pues ninguna honra ganaréis de él.

–¡Mal haya ese cobarde! –dijo sir Hemison–; pues no sé que saliera de Cornualles ningún buen caballero, a no ser sir Tristán de Lionís.

–¿Y si es él? –dijo ella.

–No, no –dijo él–; que está con La Bella Isolda, y éste no es sino un caballero necio.

–¡Ay, mi gentil amigo!, lo hallaréis el mejor de cuantos caballeros habéis encontrado, pues lo conozco mejor que vos.

–Por vos –dijo sir Hemison–, lo mataré.

–¡Ah, gentil amigo! –dijo la reina–, me pesa que queráis seguir a ese caballero, pues temo mucho que no volváis.

Con esto salió este caballero loco de enojo, y cabalgó en pos de sir Tristán tan deprisa como si le persiguiesen caballeros.

Cuando sir Tristán oyó acercarme, un caballero tan deprisa se dio la vuelta y vio que venía contra él. Y cuando lo tuvo cerca sir Tristán, dijo en voz alta:

–¡Señor caballero, guárdate de mí!

Entonces se arremetieron como un trueno, y sir Hemison quebró su lanza sobre sir Tristán, pero el arnés de éste era tan bueno que no le pudo herir. Y sir Tristán le hirió más fuertemente, le atravesó el cuerpo, y lo derribó por la grupa del caballo. Entonces sir Tristán se volvió para hacer más con la espada, pero vio salir tanta sangre de él que le pareció que iba a morir; así que partió, y llegó a una hermosa mansión de un viejo caballero, y allí se aposentó sir Tristán.

Capítulo 42

Cómo Morgana el Hada enterró a su amante,

y cómo sir Tristán alabó a sir Lanzarote y sus parientes

Ahora dejamos de hablar de sir Tristán, y hablamos del caballero que fue herido de muerte. Entonces se apeó su paje, le quitó el yelmo, y preguntó a su señor si había vida en él.

–Vida hay en mí –dijo el caballero–, aunque poca; así que salta detrás de mí cuando me hayas ayudado a subir, sostenme fuerte que no me caiga, y llévame a la reina Morgana el Hada; pues hondos soplos de muerte me llenan el corazón de manera que no puedo

vivir, y quisiera hablar con ella antes de morir; pues mi alma correrá gran peligro si muero.

Y con gran trabajo lo llevó su paje al castillo, y allí sir Hemison cayó muerto.

Cuando Morgana el Hada lo vio muerto hizo grandísimo llanto y desapoderado; y entonces lo hizo despojar hasta la camisa, y así lo hizo poner en una tumba. Y alrededor de la tumba hizo escribir: AQUÍ YACE SIR HEMISON, MUERTO POR MANO DE SIR TRISTÁN DE LIONÍS.

Ahora volvemos a sir Tristán, que preguntó al caballero, su huésped, si recientemente había visto a algún caballero aventurero.

–Señor –dijo–, anoche se aposentó aquí conmigo sir Héctor de Maris y una doncella con él; y dicha doncella me dijo que era uno de los mejores caballeros del mundo.

–No es así –dijo sir Tristán–, pues conozco cuatro caballeros de su propia sangre que son mejores, y el primero es sir Lanzarote del Lago, tenido por el mejor caballero; y después sir Bors de Ganis, sir Bleoberis, sir Blamour de Ganis y sir Gaheris.

–No –dijo su huésped–, sir Gawain es mejor caballero que él.

–No es así –dijo sir Tristán–, pues yo me he enfrentado con ambos, y noté a sir Gaheris mejor caballero; y a sir Lamorak lo tengo por mejor que ninguno de ellos, salvo sir Lanzarote.

–¿Por qué no nombráis a sir Tristán? –dijo su huésped–; pues yo lo tengo por mejor que ninguno de ellos.

–No conozco a sir Tristán –dijo Tristán.

Y departieron y rieron todo el tiempo que les plació, y después se retiraron a descansar. Y por la mañana partió sir Tristán, se despidió de su huésped, y se encaminó hacia la Roca Dura, y no tuvo sir Tristán otra aventura que ésta; y no descansó hasta llegar al castillo, donde vio quinientas tiendas.

Capítulo 43

Cómo sir Tristán llevó en un torneo

el escudo que Morgana el Hada le entregó

Entonces el rey de los Escoceses y el rey de Irlanda se tuvieron contra los caballeros del rey Arturo, y allí comenzó una gran contienda.

Y entró sir Tristán e hizo maravillosos hechos de armas, pues allí derribó a muchos caballeros. Y siempre andaba por delante del rey Arturo con ese escudo. Y cuando el rey Arturo vio el escudo se sorprendió mucho, y se preguntó con qué intención estaba hecho; pero la reina Ginebra adivinó qué era, por lo que tuvo pesar.

Entonces había una doncella de la reina Morgana en una cámara junto al rey Arturo; y cuando oyó al rey Arturo hablar de este escudo, dijo claramente al rey Arturo:

–Señor rey, sabed que ese escudo ha sido mandado hacer por vos, para preveniros de vuestra afrenta y deshonra, y eso atañe a vos y a vuestra reina.

Y con esto, la doncella se fue encubiertamente, de manera que nadie supo qué fue de ella. Entonces tuvo el rey Arturo enojo y dolor, y preguntó de dónde había venido esta doncella. No hubo uno solo que la conociese ni supiese qué había sido de ella. Entonces la reina Ginebra llamó a sir Héctor de Maris, y allí le hizo su queja, y dijo:

–Sé bien que ese escudo ha sido hecho por Morgana el Hada en despecho mío y de sir Lanzarote, por lo que temo mucho que sea mi destrucción.

Y no cesaba el rey de observar a sir Tristán, que tan maravillosos hechos de armas hacía, y se preguntaba muy admirado qué caballero podía ser, y bien sabía que no era sir Lanzarote. Y le dijeron que sir Tristán estaba en la Pequeña Bretaña con Isolda la

Blanche Mains, pues pensaban que, si hubiese estado en el reino de Logres, sir Lanzarote o alguno de sus compañeros que andaban en su busca lo habrían hallado antes. Y el rey Arturo se preguntaba qué caballero podía ser. Y siempre los ojos del rey Arturo estaban puestos en ese escudo. Todo esto veía la reina, lo que le hacía sentir gran temor.

Y no paraba sir Tristán de derribar caballeros, lo que era maravilla ver, a diestra y a siniestra, de manera que casi ningún caballero le podía resistir. Y el rey de los Escoceses y el rey de Irlanda empezaron a retraerse. Cuando el rey Arturo vio eso, pensó que el caballero del extraño escudo no debía escapar. Entonces llamó a sir Uwain le Blanchemains y le mandó que se armase y aparejase.

Y enderezaron al punto el rey Arturo y sir Uwain hacia sir Tristán, y le requirieron que dijese dónde había obtenido aquel escudo.

–Señor –dijo–, lo he obtenido de la reina Morgana el Hada, hermana del rey Arturo.

Y aquí acaba la historia de este libro, que es

el libro primero de sir Tristán de Lionís,

y sigue el segundo libro de sir Tristán.

Libro X

Capítulo 1

Cómo justó sir Tristán, y derribó al rey Arturo, porque no le dijo por qué causa llevaba aquel escudo

–Y si podéis describir qué armas lleváis, seréis digno de llevarlas.

–En cuanto a eso –dijo sir Tristán–, os responderé: este escudo me fue dado, sin desearlo, por la reina Morgana el Hada; y en cuanto a mí, no puedo describir estas armas, pues no es asunto de mi cargo, aunque fío en Dios llevarlas con honra.

–Ciertamente –dijo el rey Arturo–, no debíais llevar armas a menos que supieseis qué lleváis; pero os ruego que me digáis vuestro nombre.

–¿Con qué intención? –dijo sir Tristán.

–Porque quisiera saberlo –dijo Arturo.

–Señor, no lo sabréis en esta sazón.

–Entonces haremos batalla vos y yo –dijo el rey Arturo.

–¿Por qué queréis hacer batalla conmigo –dijo sir Tristán– si no os digo mi nombre? Poca necesidad tendríais si fueseis hombre de merecimiento, pues habéis visto que este día he tenido gran trabajo; y por tanto sois un caballero villano al pedirme batalla, considerando mi gran trabajo; aunque no os defraudaré, y no tengáis duda de que no os temo; aunque creáis que me tenéis en gran ventaja, muy bien os duraré.

Y seguidamente el rey Arturo embrazó su escudo y su lanza, y fue

sir Tristán contra él, y se juntaron con mucha gana. Y allí el rey Arturo hizo su lanza toda pedazos sobre el escudo de sir Tristán. Pero sir Tristán hirió a Arturo también, de manera que hombre y caballo fueron a tierra. Y allí el rey Arturo recibió en el costado izquierdo una gran herida, y peligrosa.

Cuando sir Uwain vio a su señor Arturo en el suelo, tuvo mucho pesar. Embrazó entonces su escudo y su lanza, y gritó a sir Tristán, y dijo:

–¡Defiéndete, caballero!

Y se juntaron como el trueno, y sir Uwain hizo su lanza toda trozos sobre el escudo de sir Tristán, y sir Tristán le hirió más dura y reciamente, con tal fuerza que lo tiró limpiamente de la silla a tierra. En eso sir Tristán se volvió y dijo:

–Gentiles caballeros, no había yo menester de justar con vosotros, pues harto he tenido que hacer este día.

Entonces se levantó Arturo y fue a sir Uwain; y dijo a sir Tristán:

–Hemos tenido lo que merecíamos, pues por nuestro orgullo os hemos requerido batalla, aunque no sabíamos vuestro nombre.

–Sin embargo, por la Santa Cruz –dijo sir Uwain–, es el más fuerte caballero, a mi entender, de cuantos ahora viven.

Entonces se fue sir Tristán; y en todas partes preguntaba por sir Lanzarote, pero en ningún sitio podía tener nuevas de él, si estaba vivo o muerto, por donde sir Tristán hacía gran lamentación y sentimiento.

Y cabalgó sir Tristán por una floresta, y en ella vio una hermosa torre junto a un pantano, y al otro lado había un hermoso prado. Y vio allí a diez caballeros luchando. Pero al acercarse más, vio cómo era un caballero solo el que hacía batalla contra otros nueve, y que este uno se portaba tan maravillosamente que sir Tristán tuvo gran maravilla de que un caballero solo pudiese hacer tan grandes hechos de armas. Y al cabo de muy poco había matado a la mitad de sus caballos, y descabalgado a ellos, y hecho huir a los caballos

por los campos y floresta.

Entonces sir Tristán tuvo piedad de este caballero solo que soportaba tan gran trabajo, y no paraba de pensar que era sir Palomides, por su escudo. Y cabalgó hasta los caballeros y les dio voces, y mandó que cesaran su batalla, pues se ponían en gran vergüenza luchando tantos caballeros contra uno solo.

Entonces respondió el señor de estos caballeros, llamado Breunis Saunce Pité, que era en ese tiempo el caballero más malvado de cuantos vivían, y dijo así:

–Señor caballero, ¿qué tenéis que ver en este asunto para meteros? Así que, si sois avisado, tomad vuestro camino por donde habéis venido, pues este caballero no escapará.

–Sería lástima –dijo sir Tristán– que tan buen caballero como es fuese tan cobardemente muerto; y por tanto, os prevengo que lo voy a socorrer con todo mi poder.

Capítulo 2

Cómo sir Tristán salvó la vida a sir Palomides,

y cómo prometieron luchar ambos a las dos semanas

Y se apeó sir Tristán de su caballo porque ellos estaban a pie, para que no le matasen el caballo, embrazó entonces su escudo, espada en mano, y comenzó a herir a diestra y a siniestra, muy cruelmente, de manera que casi a cada golpe derribaba un caballero. Y cuando vieron ellos sus tajos huyeron con Breunis Saunce Pité a la torre; y sir Tristán los siguió deprisa espada en mano. Pero se metieron en la torre, y cerraron la puerta a sir Tristán. Y cuando vio esto sir Tristán, volvió a sir Palomides, y lo halló malherido sentado al pie de un árbol.

–¡Ah, gentil caballero! –dijo sir Tristán–, bien hallado seáis.

–Muchas gracias –dijo sir Palomides– de vuestra gran bondad, pues habéis rescatado mi vida y me habéis salvado de la muerte.

–¿Cuál es vuestro nombre? –dijo sir Tristán.

Y dijo él:

–Me llamo sir Palomides.

–¡Oh Jesús! –dijo sir Tristán–, buena gracia has tenido de mí este día, al haberte rescatado, siendo el hombre del mundo que más aborrezco; pero apercíbete ahora, pues quiero hacer batalla contigo.

–¿Cuál es vuestro nombre? –dijo sir Palomides.

–Me llamo sir Tristán, vuestro mortal enemigo.

–Puede ser –dijo sir Palomides–; pero harto habéis hecho por mí este día para que haya de luchar con vos; pues comoquiera que me habéis salvado la vida, no sería honroso para vos haberlas conmigo, pues vos estáis fresco y yo malherido; y por tanto, si de necesidad queréis haberlas conmigo, designadme un día y me encontraré con vos sin falta.

–Decís bien –dijo sir Tristán–; y os pido que me busquéis en el prado cercano al río de Camelot, donde Merlín puso el bloque de piedra.

Y así lo concertaron. Entonces sir Tristán preguntó a sir Palomides por qué habían hecho batalla con él los diez caballeros.

–Por esta causa –dijo sir Palomides–: cuando iba yo en pos de aventuras, en una floresta cercana vi dónde yacía un caballero muerto, y a una dama llorando a su lado. Y al verla hacer tal duelo, le pregunté quién había matado a su señor. «Señor», dijo ella, «el más falso caballero que ahora vive en el mundo, y el más villano de cuantos se haya oído hablar, y su nombre es sir Breunis Saunce Pité». Entonces por piedad hice subir a la doncella sobre su palafrén, y le prometí ser su valedor, y ayudarla a enterrar a su señor. Y súbitamente, al pasar cerca de esta torre, salió sir Breunis Saunce Pité, y súbitamente me derribó de mi caballo. Y antes de que yo pudiese recobrar mi caballo este sir Breunis mató a la

doncella. Entonces tomé mi caballo otra vez, muy avergonzado como estaba, y allí comenzó la contienda entre nosotros; y ésa es la causa por que hacíamos esta batalla.

–Ahora entiendo vuestra batalla –dijo sir Tristán–; pero de todas maneras recordad la promesa que me habéis hecho de hacer batalla conmigo dentro de catorce días.

–No faltaré –dijo sir Palomides.

–Bien –dijo sir Tristán–; en esta sazón no os dejaré hasta que estéis fuera del peligro de vuestros enemigos.

Montaron, pues, sobre sus caballos, cabalgaron juntos hasta aquella floresta, y allí hallaron una hermosa fuente, con agua clara y borboteante.

–Gentil señor –dijo sir Tristán–, tengo deseo de beber de esa agua.

Y se apearon de sus caballos.

Y entonces vieron dónde estaba un gran caballo atado a un árbol, el cual no paraba de relinchar. Y a continuación vieron a un gentil caballero armado, bajo un árbol, al que no faltaba una sola pieza de arnés, salvo el yelmo, que tenía debajo de la cabeza.

–Por el buen señor –dijo sir Tristán–; ahí duerme un gallardo caballero. ¿Qué será mejor hacer?

–Despertarle –dijo sir Palomides.

Así, pues, sir Tristán lo despertó con el cuento de su lanza. Y se levantó el caballero apresuradamente, se puso el yelmo en la cabeza, y tomó una gruesa lanza en la mano; y sin mediar palabra se abalanzó sobre sir Tristán, y lo arrojó limpiamente de la silla a tierra, hiriéndolo en el costado izquierdo, de manera que sir Tristán quedó tendido con gran peligro. Entonces se apartó un trecho al galope, tomó carrera, fue impetuosamente sobre sir Palomides, y le atravesó parte del cuerpo, de manera que cayó del caballo a tierra. Y seguidamente este extraño caballero los dejó allí y siguió su camino por la floresta; en esto sir Palomides y sir Tristán se pusieron en pie, tomaron otra vez sus caballos, y se pidieron

consejo uno al otro, qué era mejor hacer.

–Por mi cabeza –dijo sir Tristán–, voy a seguir a este fuerte caballero que así nos ha afrentado.

–Bien –dijo sir Palomides–; y yo iré a descansar aquí cerca con un amigo mío.

–Cuidad –dijo sir Tristán a Palomides– de no faltar ese día que habéis concertado conmigo para hacer batalla, pues, como creo, no mantendréis ese día ya que soy mucho más fuerte que vos.

–En cuanto a eso –dijo sir Palomides–, comoquiera que sea, no os temo; pues si no estoy enfermo ni preso, no faltaré; pero yo tengo más motivo para dudar que queráis vos enfrentaros a mí, pues vais en pos de ese fuerte caballero. Si tenéis encuentro con él, será difícil que escapéis de sus manos.

Y se separaron sir Tristán y sir Palomides, y tomaron uno y otro caminos diversos.

Capítulo 3

Cómo sir Tristán buscó a un fuerte caballero que le había derribado, y a muchos otros caballeros de la Tabla Redonda

Y sir Tristán cabalgó mucho tiempo en pos de este fuerte caballero. Y finalmente vio dónde yacía una dama de través sobre un caballero muerto.

–Gentil señora –dijo sir Tristán–, ¿quién ha matado a vuestro señor?

–Señor –dijo ella–, aquí vino cabalgando un caballero, cuando descansábamos mi señor y yo, y le preguntó de dónde era; y mi

señor dijo que de la corte de Arturo. «Entonces», dijo el fuerte caballero, «quiero justar contigo, pues aborrezco a todos los que son de la corte de Arturo». Y mi señor, que aquí yace muerto, montó sobre su caballo, y se encontraron el fuerte caballero y mi señor, y atravesó a mi señor con su lanza; y de esta manera ha traído sobre mí gran daño y dolor.

–Mucho me pesa –dijo sir Tristán– de vuestra gran ira. Y si os place, decidme el nombre de vuestro esposo.

–Señor –dijo ella–, su nombre era Galardoun, y habría probado ser buen caballero.

Se despidió sir Tristán de la dolorosa dama, y tuvo muy mal aposentamiento. Y al tercer día sir Tristán topó con sir Gawain y con sir Bleoberis en una floresta, en una posada, donde estaban uno y otro malheridos. Entonces sir Tristán preguntó a sir Gawain y a sir Bleoberis si se habían encontrado con aquel caballero, con tales señas, con un escudo cubierto.

–Gentil señor –dijeron estos caballeros–, tal es el caballero que se enfrentó a nosotros para nuestro gran destrozo. Y primero derribó a mi compañero, sir Bleoberis, y le hirió gravemente porque me pidió que no fuese yo el que entendiera con él, pues era demasiado fuerte para mí. Ese fuerte caballero tomó sus palabras como un menosprecio, y dijo que las había dicho para mofarse. Y entonces cabalgaron contra sí, e hirió a mi compañero. Y cuando hubo hecho eso, por vergüenza, no pude por menos de justar con él. Y en la primera carrera nos derribó al caballo y a mí a tierra. Y ahí me dejó casi muerto, y nos quitó los caballos y se fue; y en mala hora topamos con él.

–Gentiles caballeros –dijo sir Tristán–, también se enfrentó conmigo, y con otro caballero llamado sir Palomides, y nos derribó a ambos con una sola lanza, y nos hirió muy gravemente.

–Por mi fe –dijo sir Gawain–; dejadlo ir por mi consejo, y no lo busquéis más: pues en la próxima fiesta de la Tabla Redonda, so pena de mi cabeza, lo hallaréis.

–Por mi fe –dijo sir Tristán– que no descansaré hasta hallarlo.

Entonces sir Gawain le preguntó su nombre. Y dijo él:

–Me llamo sir Tristán.

Y se dijeron unos a otros sus nombres, y se separaron, y sir Tristán siguió su camino. Y por fortuna topó con sir Kay el Senescal, en un prado, y con sir Dinadan.

–¿Qué nuevas tenéis –dijo sir Tristán–, caballeros?

–Ninguna buena –dijeron estos caballeros.

–¿Cómo es eso? –dijo sir Tristán–; os ruego que me las digáis, pues voy buscando a un caballero.

–¿Qué señas lleva? –dijo sir Kay.

–Lleva –dijo sir Tristán– un escudo cubierto con un paño.

–Por mi cabeza –dijo sir Kay–, ése es el mismo caballero que se enfrentó a nosotros, pues anoche nos aposentamos en la casa de una viuda, y allí estaba aposentado ese caballero; y cuando supo que éramos de la corte del rey Arturo dijo grandes villanías del rey, y en especial de la reina Ginebra; y por la mañana concerté batalla con él por esa causa. Y en el primer encuentro me derribó del caballo e hirió muy gravemente; y cuando mi compañero, sir Dinadan, me vio derribado y herido, no quiso vengarme, sino que huyó de mí, y se fue.

Entonces sir Tristán les preguntó sus nombres, y se los dijeron uno y otro.

Y se fue sir Tristán de sir Kay y sir Dinadan, atravesó una gran floresta y entró en un llano, hasta que descubrió una ermita, y allí se reposó con un hombre bueno seis días.

Capítulo 4

Cómo sir Tristán derribó a sir Sagramore

le Desirous y a sir Dodinas le Savage

Y envió entonces a su criado, llamado Gouvernail, y le mandó que fuese a una ciudad cercana y le trajese arnés nuevo; pues tenía su arnés roto y abollado desde mucho antes de que se hubiese refrescado. Y cuando Gouvernail su criado llegó con el aparejo, se despidió de la viuda, montó sobre su caballo, y emprendió su camino de mañana temprano.

Y por súbita aventura topó sir Tristán con sir Sagramore le Desirous, y con sir Dodinas le Savage. Y estos dos caballeros le salieron al encuentro, y le demandaron y preguntaron si quería justar con ellos.

–Gentiles caballeros –dijo sir Tristán–, con buena voluntad justaría con vosotros, pero he prometido hacer batalla con un fuerte caballero en un día acordado ya cercano; y por tanto no quiero haberlas con vosotros, pues si por desventura fuese herido aquí, no podría hacer mi batalla como he prometido.

–En cuanto a eso –dijo Sagramore–, justaréis con nosotros a vuestro pesar antes de que os vayáis de nosotros.

–Bien –dijo sir Tristán–, si me forzáis a ello, habré de hacer lo que pueda.

Embrazaron entonces sus escudos y corrieron a juntarse con gran ira. Pero, por gran fuerza de sir Tristán, arrancó a sir Sagramore del caballo. A continuación se alejó un trecho, y dijo a sir Dodinas:

–¡Caballero, apercíbete!

Y por pura fuerza sir Tristán arrancó a Dodinas del caballo. Y cuando los vio tendidos en tierra tomó su brida y siguió su camino, y su criado Gouvernail con él.

Así que se hubo ido sir Tristán, tomaron sir Sagramore y sir Dodinas otra vez sus caballos, montaron en ellos con diligencia, y fueron en pos de sir Tristán. Y cuando sir Tristán los vio venir tan deprisa tras

él, volvió su caballo hacia ellos, y les preguntó qué querían.

–No hace mucho que os he derribado a tierra a vuestra propia petición y deseo. Habría querido cabalgar con vosotros, pero no lo habéis consentido; y ahora parece que queréis hacer más batalla conmigo.

–Es verdad eso –dijeron sir Sagramore y sir Dodinas–; pues queremos vengarnos del menosprecio que nos habéis hecho.

–Gentiles caballeros –dijo sir Tristán–, poco menester habéis de ello, pues todo lo que he hecho vosotros lo habéis causado; por lo que os requiero de vuestra caballería que me dejéis esta vez, pues estoy seguro de que si hago batalla con vosotros no escaparé sin grandes heridas, como presumo que no escaparéis vosotros totalmente ilesos. Y ésta es la causa por la que no quiero haberlas con vosotros: que debo luchar dentro de tres días con un buen caballero, y tan bravo como el mejor de cuantos ahora viven, y si fuese herido no podría hacer batalla con él.

–¿Qué caballero es ése –dijo sir Sagramore– con el que debéis luchar?

–Señores –dijo él–, es un buen caballero llamado sir Palomides.

–Por mi cabeza –dijeron sir Sagramore y sir Dodinas–, causa tenéis para temerle, pues lo hallaréis muy buen caballero, y valiente. Y ya que debéis haberlas con él, os queremos dispensar esta vez; si no, no escaparíais ligeramente.

–Pero, gentil caballero –dijo sir Sagramore–, decidnos vuestro nombre.

–Señor –dijo él–, sir Tristán de Lionís.

–¡Ah! –dijeron sir Sagramore y sir Dodinas–, bien hallado seáis, pues mucha honra hemos oído de vos.

Y se despidieron uno y otros, y siguieron su camino.

Capítulo 5

Cómo se encontró sir Tristán en

el bloque de piedra con sir Lanzarote,

y cómo lucharon sin conocerse

Entonces partió sir Tristán y fue derechamente a Camelot, al bloque de piedra que Merlín había hecho poner antes, donde sir Lanceor, hijo del rey de Irlanda, fue muerto por mano de Balín. Y en ese mismo lugar murió la hermosa señora Colombe, amada de sir Lanceor; pues después que él hubo muerto, tomó ella su espada y se atravesó el cuerpo. Y por sus artes hizo Merlín enterrar a este caballero, Lanceor, y a su dama, Colombe, bajo una piedra. Y en aquella sazón profetizó Merlín que en este mismo lugar lucharían los dos mejores caballeros que había en los tiempos del rey Arturo, y los mejores amantes.

Y cuando sir Tristán llegó a la tumba donde estaban enterrados Lanceor y su dama, miró en derredor suyo buscando a sir Palomides. Entonces vio a un hermoso caballero que venía a caballo contra él, todo en blanco, con un escudo cubierto. Cuando estuvo cerca de sir Tristán, dijo éste en voz alta:

–Sed bien venido, señor caballero, bien y fielmente habéis mantenido vuestra promesa.

Y entonces embrazaron sus escudos y lanzas, y se juntaron con toda la fuerza de sus caballos; y se encontraron tan ferozmente que caballos y caballeros fueron a tierra; y lo más deprisa que pudieron, dejaron los caballos, se pusieron el escudo delante, y se acometieron con relucientes espadas, como hombres poderosos que eran, hiriéndose muy gravemente el uno al otro, de manera que la sangre saltaba sobre la yerba. Y así lucharon el espacio de cuatro horas, sin que se dijesen una sola palabra, y cortando muchas rajas de sus arneses

–¡Oh, Señor Jesús! –dijo Gouvernail–, mucho me maravillan los golpes que mi amo ha dado al vuestro.

–Por mi cabeza –dijo el criado de sir Lanzarote–, no ha dado tantos vuestro amo, que no haya recibido los mismos o más.

–¡Oh Jesús! –dijo Gouvernail–, harto sufrir es para sir Palomides o sir Lanzarote; sin embargo, sería lástima que uno de estos buenos caballeros destruyese la sangre del otro.

Así estaban y lloraban ambos, y hacían gran lamentación viendo las lucidas espadas cubiertas con la sangre de sus cuerpos. Y al cabo habló sir Lanzarote, y dijo:

–Caballero, luchas maravillosamente bien, como jamás he visto a ningún caballero; por tanto, si os place, decidme vuestro nombre.

–Señor –dijo sir Tristán–, soy contrario a decir a nadie mi nombre.

–En verdad que –dijo sir Lanzarote–, si yo fuese requerido, no me importaría decir el mío.

–Bien dicho está –dijo sir Tristán–. Entonces os requiero que me digáis vuestro nombre.

–Gentil caballero –dijo–, mi nombre es sir Lanzarote del Lago.

–¡Ay! –dijo sir Tristán–, ¿qué he hecho? Pues sois el hombre del mundo que más amo.

–Gentil caballero –dijo sir Lanzarote–, decidme vuestro nombre.

–En verdad –dijo él–, me llamo sir Tristán de Lionís.

–¡Oh, Jesús –dijo sir Lanzarote–, qué aventura me ha acontecido!

Y al punto se arrodilló sir Lanzarote y le rindió la espada. Y al punto se arrodilló sir Tristán, y le rindió la suya a él. Y se otorgaron el grado el uno al otro. Y fueron luego a la piedra, y se sentaron sobre ella, se quitaron los yelmos para refrescarse, y se besaron cien veces el uno al otro.

Y con los yelmos quitados cabalgaron a Camelot. Y vieron a sir Gawain y a sir Gaheris, que habían hecho promesa al rey Arturo de no volver a la corte hasta traer con ellos a sir Tristán.

Capítulo 6

Cómo sir Lanzarote llevó a sir Tristán a la corte, y del gran gozo que el rey y otros hicieron por la llegada de sir Tristán

–Volved –dijo sir Lanzarote–, pues vuestra demanda ha terminado, pues he dado con sir Tristán: ¡ved, aquí está su persona!

Entonces se alegró sir Gawain, y dijo a sir Tristán:

–Bien venido sois, pues ahora me habéis aliviado grandemente de mi trabajo. ¿Por qué causa –dijo sir Gawain– habéis venido a esta corte?

–Gentil señor –dijo sir Tristán–, a este país he venido por sir Palomides; pues él y yo habíamos concertado hacer batalla este día en el bloque de piedra, y me extraña no saber de él. Y así, por ventura, nos hemos enfrentado mi señor Lanzarote y yo.

En esto llegó el rey Arturo, y cuando supo que estaba allí sir Tristán, corrió a él, lo tomó de la mano, y dijo:

–Señor Tristán, más bien venido sois vos que ninguno de cuantos caballeros han venido a esta corte.

Y cuando el rey hubo oído cómo habían luchado sir Lanzarote y él, y se habían herido muy gravemente, entonces hizo el rey gran lamentación. Entonces contó sir Tristán al rey cómo había ido allí para haberlas con sir Palomides. Y a continuación contó al rey cómo lo había rescatado de nueve caballeros y de Breunis Saunce Pité; y

cómo había hallado a un caballero durmiendo junto a una fuente, «y ese caballero nos derribó a sir Palomides y a mí, pero su escudo iba cubierto con un paño. Después sir Palomides me dejó, y yo seguí en pos de ese caballero; y en muchos lugares hallé dónde había matado caballeros, y vencido a muchos».

–Por mi cabeza –dijo sir Gawain–, ese mismo caballero nos derribó a mí y a sir Bleoberis, y nos malhirió a ambos, con su escudo cubierto.

–¡Ah! –dijo sir Kay–, ese caballero me derribó a mí y me hirió muy malamente; y mucho me habría placido conocerlo, pero no pude.

–¡Jesús, merced! –dijo el rey Arturo–, ¿qué caballero era el del escudo cubierto?

–No lo sé –dijo sir Tristán; y lo mismo dijeron todos.

–Pues entonces ya lo sé yo –dijo el rey Arturo–, pues era sir Lanzarote.

Y todos miraron a sir Lanzarote, y dijeron:

–Nos habéis engañado con vuestro escudo cubierto.

–No es la primera vez –dijo Arturo– que hace eso.

–Mi señor –dijo sir Lanzarote–, sabed en verdad que era yo el caballero que llevaba el escudo cubierto; y porque no quería que se conociese que era de vuestra corte, no dije honra ninguna de vuestra casa.

–Es verdad eso –dijeron sir Gawain, sir Kay y sir Bleoberis.

Entonces tomó el rey Arturo a sir Tristán de la mano, y fueron a la Tabla Redonda. Entonces llegó la reina Ginebra y muchas damas con ella, y todas estas damas dijeron a una sola voz:

–¡Bien venido sir Tristán!

–Bien venido –dijeron las doncellas.

–Bien venido –dijeron los caballeros.

–Bien venido –dijo Arturo–, pues eres uno de los mejores caballeros, y el más gentil del mundo, y el hombre de más merecimiento; pues de todas las clases de caza tienes el galardón, y eres principio y fin de todas las medidas de tañer, y de todos los términos de cetrería y de caza eres autor, y el mejor con todos los instrumentos de música; por tanto, gentil caballero, bien venido a esta corte. Y también, os lo ruego, concededme un don.

–Estoy a vuestra disposición –dijo sir Tristán.

–Bien –dijo Arturo–, pues deseo de vos que permanezcáis en mi corte.

–Señor –dijo sir Tristán–, eso me desplacería, pues tengo quehacer hacer en muchos países.

–No será así –dijo Arturo–, pues me lo habéis prometido; no podéis decir que no.

–Señor –dijo sir Tristán–, haré como queráis.

Entonces fue Arturo a las sillas alrededor de la Tabla Redonda, y miró en cada silla cuál carecía de caballero. Y entonces vio el rey, en la silla de Marhaus, letras que decían: ÉSTA ES LA SILLA DEL NOBLE CABALLERO SIR TRISTÁN. Y entonces Arturo hizo a sir Tristán caballero de la Tabla Redonda, con toda la pompa y fiesta que se podía pensar.

Pues sir Marhaus había muerto por mano de sir Tristán en una isla; y eso era bien conocido en aquella sazón en la corte del rey Arturo; pues este Marhaus fue un digno caballero. Y por malvadas acciones que había hecho al país de Cornualles, habían luchado sir Tristán y él. Y lucharon mucho tiempo, acosando y hurtando, hasta que cayeron a tierra sangrando; pues estaban tan malheridos que no se podían tener por la sangre perdida. Y por fortuna se recobró sir Tristán, pero sir Marhaus murió por el tajo en la cabeza.

Y dejamos a sir Tristán y hablamos del rey Marco.

Capítulo 7

Cómo por despecho de sir Tristán

fue el rey Marco con dos caballeros a Inglaterra,

y cómo mató a uno de los caballeros

Tenía el rey Marco gran despecho del renombre de sir Tristán, y por ello lo había echado de Cornualles, aunque era su sobrino; pero tenía muchos celos de sir Tristán a causa de su reina, La Bella Isolda; pues le parecía que había demasiado amor entre ambos. Y cuando sir Tristán se fue de Cornualles a Inglaterra, el rey Marco oyó hablar de las grandes hazañas que sir Tristán hacía allí, lo que le agravió mucho.

Así, pues, envió de su parte hombres que espiasen qué hechos hacía. Y la reina envió secretamente espías de su parte, para saber qué hazañas había hecho, pues había gran amor entre ambos. Y cuando volvieron los mensajeros, contaron la verdad tal como la habían oído: que sobrepujaba a todos los demás caballeros, salvo a sir Lanzarote. Entonces el rey Marco tuvo tanto pesar de estas nuevas como alegría La Bella Isolda.

Entonces por gran despecho, tomó consigo a dos buenos caballeros y dos escuderos, se disfrazó, y emprendió camino de Inglaterra, con intención de dar muerte a sir Tristán. Y uno de estos dos caballeros se llamaba Bersules, y el otro Amant. Y mientras cabalgaban el rey Marco preguntó a un caballero con el que se cruzó, dónde hallaría al rey Arturo. Y dijo el caballero:

–En Camelot.

También preguntó a aquel caballero por sir Tristán, si había oído hablar de él en la corte del rey Arturo.

–Sabed bien –dijo el caballero– que allí hallaréis a sir Tristán como el hombre de más grande honra de cuantos ahora viven; pues por su proeza ganó el torneo del Castillo de las Doncellas, que se halla

junto a la Roca Dura. Y desde entonces ha vencido con su propia mano a treinta caballeros que eran hombres de gran merecimiento. Y la última batalla que hizo fue con sir Lanzarote, la cual fue una maravillosa batalla. Y no por fuerza llevó sir Lanzarote a sir Tristán a la corte; y por él ha hecho el rey Arturo grandísima alegría, y le ha hecho caballero de la Tabla Redonda; y su silla es la que tenía el buen caballero sir Marhaus.

Entonces el rey Marco tuvo grandísimo pesar cuando supo la honra de sir Tristán; y se separaron. Y dijo entonces el rey Marco a sus dos caballeros:

–Os voy a decir mi consejo: vosotros sois los hombres en los que más fío de cuantos viven, y quiero que sepáis que he venido aquí con esta intención: destruir a sir Tristán mediante engaño o traición; y difícil será que escape de nuestras manos.

–¡Ay! –dijo sir Bersules–, ¿qué pretendéis? Pues si estáis de esa manera dispuesto es que tenéis vergonzosa disposición; pues sir Tristán es el caballero de más honra de cuantos conocemos vivos; y por tanto, os prevengo claramente que jamás consentiré trabajar para darle muerte; y por tanto renuncio a mi servicio y os abandono.

Cuando el rey Marco le oyó hablar así, sacó súbitamente la espada, y dijo: «¡Ah, traidor!», y asestó a sir Bersules un tajo sobre la cabeza, de manera que la espada le llegó hasta los dientes.

Cuando Amant, el caballero, le vio hacer esta villana acción, y sus escuderos, dijeron que estaba feamente hecha, y malvadamente:

–Por donde no te haremos más servicio; y sabe bien que te acusaremos de traición ante el rey Arturo.

Entonces el rey Marco se enojó en extremo y quiso matar a Amant; pero él y los escuderos se tuvieron juntos, y ninguna cuenta hicieron de su malicia. Cuando el rey Marco vio que no se podía vengar de ellos, dijo así al caballero Amant:

–Sabe bien que si me acusas de traición me defenderé ante el rey Arturo; pero te requiero que no digas mi nombre, que soy el rey

Marco, sea lo que sea de mí.

–En cuanto a eso –dijo sir Amant–, no descubriré vuestro nombre.

Y así se separaron, y Amant y sus compañeros recogieron el cuerpo de Persules y lo enterraron.

Capítulo 8

Cómo el rey Marco llegó a una fuente donde halló a sir Lamorak quejándose de amor por la mujer del rey Lot

Entonces cabalgó el rey Marco hasta que llegó a una fuente, y allí descansó, y estaba en duda si ir a la corte del rey Arturo o no, o volverse a su país. Y en tanto descansaba llegó a dicha fuente, junto a él, un caballero bien armado a caballo; y se apeó, ató el caballo a un árbol, y se sentó al borde de la fuente; y allí hizo gran languidez y lamentación, e hizo la más doliente queja de amor que oyera hombre ninguno; y todo este tiempo no se dio cuenta del rey Marco. Y ésta fue gran parte de su queja: gemía y lloraba, diciendo:

–¡Oh, hermosa reina de Orkney, mujer del rey Lot, madre de sir Gawain y de sir Gaheris, y madre de muchos otros, grandes penas sufro por tu amor!

Entonces se levantó el rey Marco, se llegó a él y dijo:

–Gentil caballero, habéis hecho una piadosa queja.

–En verdad –dijo el caballero–, es cien veces más grande la congoja que mi corazón puede expresar.

–Os requiero –dijo el rey Marco– que me digáis vuestro nombre.

–Señor –dijo él–, en cuanto a mi nombre, no lo ocultaré a ningún caballero que lleve escudo, y mi nombre es sir Lamorak de Gales.

Pero al oír hablar sir Lamorak al rey Marco, supo bien por su acento que era un caballero de Cornualles.

–Señor –dijo sir Lamorak–, entiendo por vuestra habla que sois de Cornualles, donde habita el más vergonzoso rey de cuantos ahora viven, pues es gran enemigo de todos los buenos caballeros, lo que ha probado bien, pues ha echado de ese país a sir Tristán, que es el más digno caballero de cuantos ahora viven; y todos los caballeros dicen honra de él; y por celos de su reina lo ha echado de su país. Es lástima que tan falso caballero, y cobarde, como es el rey Marco esté casado con tan hermosa señora, y buena, como es La Bella Isolda; pues todo el mundo habla vergüenza de él, y de ella toda la honra que una reina puede tener.

–No tengo que ver yo en este asunto –dijo el rey Marco–, ni quiero hablar de él.

–Bien dicho –dijo sir Lamorak.

–Señor, ¿podéis darme alguna nueva?

–Puedo deciros –dijo sir Lamorak– que muy pronto habrá un gran torneo cerca de Camelot, en el Castillo de Jagent; y el Rey de los Cien Caballeros y el rey de Irlanda, presumo, estarán en ese torneo.

Entonces llegó un caballero llamado sir Dinadan y saludó a ambos. Y cuando supo que el rey Marco era un caballero de Cornualles, le reprobó por el amor del rey Marco mil veces más que lo había hecho sir Lamorak. Entonces ofreció justar con el rey Marco. Y éste era muy contrario a hacerlo; pero tanto le incitó sir Dinadan que justó con sir Lamorak. Y sir Lamorak dio al rey Marco tan fuerte golpe que lo sacó con la punta de la lanza por la cola del caballo.

Se levantó entonces el rey Marco, tomó su caballo otra vez y fue detrás de sir Lamorak. Pero sir Dinadan no quiso justar con sir Lamorak, sino que dijo al rey Marco que sir Lamorak era sir Kay el Senescal.

–No es así –dijo el rey Marco–; pues es mucho más fuerte que sir Kay –y lo siguió y alcanzó, y le pidió que esperase.

–Señor –dijo él–, quiero luchar a espada, pues me habéis puesto en vergüenza con la lanza –y al punto se arremetieron con las espadas, y sir Lamorak le sufrió y soportó.

Y mostrábase el rey Marco muy ansioso, y descargaba espesos golpes. Y viendo sir Lamorak que no cejaba, se enojó un poco y dobló sus golpes, pues era uno de los más nobles caballeros del mundo; y le dio de tal manera encima del yelmo que le hizo inclinar la cabeza casi hasta el arzón de la silla. Cuando sir Lamorak vio aquello, dijo:

–Señor caballero, ¿cómo os va? Creo que tenéis casi colmada vuestra medida, y sería lástima haceros más daño, pues no sois sino un caballero menor; por ende, os doy licencia para iros a donde os plazca.

–Muchas gracias –dijo el rey Marco–, pues vos y yo no estamos igualados.

Entonces sir Dinadan se burló del rey Marco, y dijo:

–Vos no sois capaz de igualar a ningún buen caballero.

–En cuanto a eso –dijo el rey Marco–, justé primero con este caballero cuando vos rehusasteis.

–¿Pensáis que es vergüenza para mí? –dijo sir Dinadan–. No señor, siempre será honroso para un caballero rehusar aquello que no puede alcanzar; por tanto, mucha más habría sido vuestra honra si le hubiéseis rehusado como yo; pues os prevengo claramente que es capaz de vencer a cinco como vos y como yo; pues los caballeros de Cornualles no sois hombres de merecimiento como otros caballeros. Y porque no lo sois aborrecéis a todos los que lo son; pues jamás ha habido en vuestro país otro caballero como sir Tristán.

Capítulo 9

Cómo llegaron el rey Marco,

sir Lamorak y sir Dinadan a un castillo,

y cómo el rey Marco fue reconocido allí

Entonces siguieron cabalgando juntos el rey Marco, sir Lamorak y sir Dinadan, hasta que llegaron a un puente, y en el extremo de él había una hermosa torre. Entonces vieron un caballero a caballo y bien armado, blandiendo una lanza, y gritando que ofrecía justar.

–Mirad –dijo sir Dinadan al rey Marco–, allá están dos hermanos, el uno llamado Alein, y el otro Trián, dispuestos a justar con todo el que atraviese este paso. Por tanto ofreceos vos, pues siempre quedáis tendido en tierra.

Entonces el rey Marco sintió vergüenza; y enristró al punto su lanza, acometió a sir Trián, hicieron ambos pedazos sus lanzas, y siguieron adelante. Entonces sir Trián envió al rey Marco otra lanza para justar otra vez, pero de ninguna manera quiso éste justar más.

Llegaron entonces al castillo los tres caballeros y pidieron albergue al señor del castillo.

–Muy bien venidos sois –dijeron los caballeros del castillo–, por el amor del señor de este castillo, el cual se llama sir Tor le Fise Aries.

Entonces entraron en una hermosa corte bien reparada, donde tuvieron muy buena acogida; hasta que el lugarteniente de este castillo, que se llamaba Berluse, vio al rey Marco de Cornualles. Entonces dijo Berluse:

–Señor caballero, os conozco más de lo que creéis, pues sois el rey Marco que mató a mi padre ante mis propios ojos; y a mí me habríais matado de no haber escapado yo a un bosque; pero sabed bien que, por amor a mi señor de este castillo, no os heriré ni haré daño, ni a ninguno de vuestra compañía. Pero sabed bien que cuando hayáis pasado de esta posada os heriré si puedo, pues matasteis a mi padre a traición. Pero primero, por el amor a mi

señor, sir Tor, y por el amor a sir Lamorak, el honorable caballero que aquí está aposentado, no tendréis mal aposentamiento; pero es lástima que andéis en compañía de buenos caballeros; pues sois el caballero y rey más infame que se conoce ahora vivo, pues sois destructor de buenos caballeros, y cuanto hacéis no es sino traición.

Capítulo 10

Cómo sir Berluse se encontró con el rey Marco,

y cómo tomó parte sir Dinadan

Entonces fue muy avergonzado el rey Marco, y dijo poco. Pero cuando sir Lamorak y sir Dinadan supieron que era el rey Marco les pesó su compañía. Y después de cenar fueron a aposentarse.

Al día siguiente se levantaron temprano, y cabalgaron juntos el rey Marco y sir Dinadan; y a tres millas de su posada toparon con tres caballeros, y uno era sir Berluse, y los otros sus dos primos. Sir Berluse vio al rey Marco y dijo a grandes voces:

–¡Traidor, guárdate de mí, pues sabe bien que soy Berluse!

–Señor caballero –dijo sir Dinadan–; os aconsejo que lo dejéis en esta sazón, pues va al rey Arturo; y ya que he prometido conducirle a mi señor el rey Arturo, debo tomar parte con él, aunque no amo su condición, y mucho me placería apartarme de él.

–Bien, Dinadan –dijo Berluse–, me pesa que queráis tomar parte con él, pero haced ahora lo mejor que podáis.

Y acometió al rey Marco, y le dio tan fuerte golpe sobre el escudo que lo derribó limpiamente de la silla a tierra.

Al ver esto sir Dinadan, enristró su lanza, corrió a uno de los compañeros de Berluse, y lo tiró de su silla. Entonces Dinadan volvió su caballo, y derribó al tercer caballero de la misma manera

a tierra; pues sir Dinadan era buen caballero a caballo; y allí comenzó una gran batalla, pues Berluse y sus compañeros se tuvieron fuertemente juntos a pie. Y por gran fuerza de sir Dinadan, el rey Marco tuvo a Berluse en tierra, y sus dos compañeros huyeron; y de no ser por sir Dinadan, el rey Marco lo habría matado. Y sir Dinadan rescató su vida, ya que el rey Marco no era sino un criminal.

Y entonces tomaron sus caballos y partieron, y dejaron a sir Berluse allí malherido. Entonces el rey Marco y sir Dinadan cabalgaron cuatro leguas inglesas, hasta que llegaron a un puente donde aguardaba un caballero a caballo, armado y apercibido para justar.

–Mirad –dijo sir Dinadan al rey Marco–, allá está un caballero que quiere justar, pues ninguno pasará ese puente a menos que juste con él.

–Bien está –dijo el rey Marco–, pues esta justa te toca a ti.

Sir Dinadan conocía bien al caballero, que era un noble caballero, y mucho le placía justar, aunque prefería que justase con él el rey Marco; pero por ningún medio quiso justar el rey Marco. Entonces sir Dinadan no pudo rebasar de ninguna manera.

Enderezaron, pues, uno y otro sus lanzas y sus escudos, y se dieron tal golpe que por pura fuerza sir Dinadan fue derribado a tierra; y se levantó con presteza, tomó su caballo, y requirió a aquel caballero que hiciesen batalla con espadas. Y respondió éste y dijo:

–Gentil caballero, en esta sazón no puedo haberlas más con vos, pues tal es la costumbre de este paso.

Entonces quedó muy enojado sir Dinadan de no poder vengarse de aquel caballero; y partió, y de ninguna manera quiso aquel caballero decir su nombre. Aunque sir Dinadan pensó todo el tiempo que por su escudo debía de ser sir Tor.

Capítulo 11

Cómo el rey Marco se mofó de sir Dinadan,

y cómo toparon con seis caballeros

de la Tabla Redonda

Y mientras iban por el camino comenzó el rey Marco a burlarse de sir Dinadan, diciendo:

–Yo creía que los caballeros de la Tabla Redonda de ninguna manera podíais hallar quien os venciese.

–Decís bien –dijo sir Dinadan–. En cuanto a vos, por mi vida que no os puedo tener por el mejor de los caballeros; pero ya que tenéis tal despecho de mí os pido que justéis conmigo y probéis mi fuerza.

–Eso no –dijo el rey Marco–, pues de ninguna manera quiero haberlas con vos; pero una cosa os requiero: que cuando lleguemos a la corte de Arturo no descubráis mi nombre, pues soy muy desamado allí.

–Es vergüenza para vos –dijo sir Dinadan– que os conduzcáis tan vergonzosamente; pues veo que estáis lleno de cobardía, y sois criminal, lo que es la más grande vergüenza que un caballero puede tener; pues un caballero que es criminal jamás tiene honra, ni la tendrá; pues hace poco he visto que si no es por mi fuerza habríais matado a sir Berluse, que es mejor caballero que vos, y lo será siempre, y de más proeza.

Así iban hablando, hasta que llegaron a un hermoso lugar, donde estaba un caballero, y le pidieron posada. Y a requerimiento de este caballero se reposaron allí, y fueron bien atendidos, y tuvieron buena acogida. Pues todos los caballeros andantes eran bien venidos a él, y en especial los de la corte del rey Arturo.

Entonces sir Dinadan preguntó a su huésped cuál era el nombre del caballero que guardaba el puente.

–¿Por qué lo preguntáis? –dijo su huésped.

–Porque no hace mucho –dijo sir Dinadan– que me ha infligido una caída.

–Ah, gentil caballero –dijo su huésped–, no tengáis maravilla de ello, pues es muy buen caballero, y su nombre es sir Tor, hijo de Aries le Vaysher.

–¡Ah! –dijo sir Dinadan–, ¿era ése sir Tor? Pues en verdad que me lo pareció todo el tiempo.

Y mientras estaban así conversando vieron venir hacia ellos, cabalgando por un llano, a seis caballeros de la corte del rey Arturo, bien armados en todos los puntos. Y sir Dinadan los reconoció por sus escudos. El primero era el buen caballero sir Uwain, hijo del rey Uriens; el segundo era el noble caballero sir Brandiles, el tercero era Ozana le Curé Hardy, el cuarto era Uwain les Avoutres, el quinto sir Agravain, y el sexto sir Mordred, hermano de sir Gawain.

Cuando sir Dinadan vio a estos seis caballeros pensó para sí hacer, por algún artificio, que el rey Marco justase con uno de ellos. Y tomaron al punto sus caballos y corrieron tras estos caballeros tres buenas millas inglesas.

Entonces el rey Marco advirtió dónde estaban sentados los seis alrededor de una fuente, y comían y bebían de la vianda que tenían, y sus caballos estaban sueltos unos y otros atados, y sus escudos colgaban en diversos lugares alrededor de ellos.

–Mirad –dijo sir Dinadan–, aquéllos son caballeros andantes que querrán justar con nosotros.

–No quiera Dios –dijo el rey Marco–, pues ellos son seis, y nosotros sólo dos.

–En cuanto a eso –dijo sir Dinadan–, no lo ahorremos, pues quiero probar al delantero –y con esto se apercibió.

Cuando el rey Marco le vio hacer eso, tan deprisa como sir Dinadan cabalgaba hacia ellos, el rey Marco se alejó con todo su acompañamiento de criados.

Y cuando sir Dinadan vio que el rey Marco se había ido, sacó la

lanza del ristre, se echó el escudo a la espalda, y fue cabalgando a la compañía de la Tabla Redonda. Y al punto reconoció sir Uwain a sir Dinadan, y le dio la bienvenida, y lo mismo toda su compañía.

Capítulo 12

Cómo los seis caballeros enviaron a sir Dagonet a justar con el rey Marco, y cómo el rey Marco lo rehusó

Y entonces le preguntaron sobre sus aventuras, y si había visto a sir Tristán o a sir Lanzarote.

–Así Dios me ayude –dijo sir Dinadan–; a ninguno de los dos he visto desde que salí de Camelot.

–¿Qué caballero es aquél –dijo sir Brandiles– que tan súbitamente se ha ido de vos, y cabalga por aquel campo?

–Señor –dijo él–, es un caballero de Cornualles, y el más horrible cobarde que jamás cabalgó sobre un caballo.

–¿Cuál es su nombre? –dijeron todos los caballeros.

–No lo sé –dijo sir Dinadan.

Y cuando hubieron descansado, y hablado, tomaron sus caballos y fueron a un castillo donde vivía un viejo caballero que daba buena acogida a todos los caballeros andantes. Y entretanto conversaban entró en el castillo sir Griflet le Fise de Dieu, y allí fue bienvenido; y le preguntaron todos si había visto a sir Lanzarote o a sir Tristán.

–Señores –respondió–, no los he visto desde que se fueron de Camelot.

Y cuando sir Dinadan andaba observando el castillo, vio en una cámara cercana al rey Marco; y entonces lo reprochó, y le preguntó por qué se había marchado tan aína.

–Señor –dijo él–, no me atreví a quedarme porque eran muchos. Pero ¿cómo habéis escapado vos? –dijo el rey Marco.

–Señor –dijo sir Dinadan–, eran más amigos de lo que yo creí que serían.

–¿Quién es el capitán de esa compañía? –dijo el rey.

Entonces, por asustarle, sir Dinadan dijo que era sir Lanzarote.

–¡Oh, Jesús! –dijo el rey–, ¿podría yo conocer a sir Lanzarote por su escudo?

–Sí –dijo sir Dinadan–, pues lleva un escudo de plata con bandas negras –todo esto lo dijo para asustar al rey, pues sir Lanzarote no estaba en su compañía.

–Pues os ruego –dijo el rey Marco– que accedáis a cabalgar en mi compañía.

–No quiero hacerlo –dijo sir Dinadan–, ya que dejasteis mi compañía.

Y se apartó sir Dinadan del rey Marco, y fue a su propia compañía; y montaron sobre sus caballos, emprendieron su camino, y hablaron del caballero de Cornualles, pues Dinadan les dijo que estaba en el castillo donde ellos se habían aposentado.

–Bien dicho está –dijo sir Griflet–, pues aquí he traído a sir Dagonet, el loco del rey Arturo, que es el mejor compañero y el más alegre del mundo.

–¿Queréis hacer una cosa? –dijo sir Dinadan–. He dicho al caballero de Cornualles que aquí está sir Lanzarote, y el caballero de Cornualles me ha preguntado qué escudo lleva. En verdad, le he dicho que lleva el mismo que tiene sir Mordred.

–¿Habéis hecho bien? –dijo sir Mordred–. Pues voy herido y no

puedo llevar escudo ni arnés; por tanto, ponedle mi escudo y mi arnés a sir Dagonet, y que él vaya sobre el caballero de Cornualles.

–Eso haremos –dijo sir Dagonet–, por mi fe.

Al punto fue armado sir Dagonet con el arnés de sir Mordred y su escudo, y montado sobre un gran caballo, y con una lanza en la mano.

–Ahora –dijo sir Dagonet–, mostradme a ese caballero, pues creo que lo derribaré.

Y fueron todos estos caballeros a una linde del bosque, y aguardaron a que pasase el rey Marco por el camino. Entonces sacaron a sir Dagonet, y fue éste lo deprisa que su caballo podía correr, derecho sobre el rey Marco. Y cuando estuvo cerca de él, gritó como si estuviese furioso, y dijo:

–¡Guárdate, caballero de Cornualles, pues te voy a matar!

Así que el rey Marco vio su escudo, se dijo: «Éste es sir Lanzarote; ¡ay, ahora soy destruido!»; y seguidamente hizo correr a su caballo cuanto más podía. Y sir Dagonet iba tras él, gritándole y denostándole furioso, por una gran floresta.

Cuando sir Uwain y sir Brandiles vieron a Dagonet perseguir al rey Marco, rieron todos como locos. Tomaron entonces sus caballos, y fueron detrás a ver cómo paraba sir Dagonet, pues por nada querían que le ocurriese ningún daño, ya que el rey Arturo lo quería mucho, y lo había hecho caballero con su propia mano. Y en cada torneo empezaba él por hacer reír al rey Arturo. Y fueron los caballeros de aquí para allá, gritando y persiguiendo al rey Marco, de manera que toda la floresta resonaba con sus voces.

Capítulo 13

Cómo por ventura topó sir Palomides

con el rey Marco leyendo, y cómo derrocó

a Dagonet y a otros caballeros

Y pasó por fortuna el rey Marco junto a una fuente, por el camino donde estaba un caballero andante a caballo, armado en todos los puntos, y con una gruesa lanza en la mano. Y cuando vio venir huyendo al rey Marco, dijo:

–Caballero, vuélvete por vergüenza, y aguarda junto a mí, que yo seré tu valedor.

–Ah, gentil caballero –dijo el rey Marco–, dejadme paso, pues allá viene tras de mí el mejor caballero del mundo, con el escudo de bandas negras.

–Qué vergüenza –dijo el caballero–; ése no es ningún caballero digno, y aun si fuese sir Lanzarote o sir Tristán, no temería yo enfrentarme al mejor de los dos.

Cuando el rey Marco oyó esto, volvió su caballo y aguardó con él. Entonces, este fuerte caballero llevó una lanza sobre Dagonet, y le dio tan fuerte golpe que lo derribó por la cola del caballo, y casi le quebró el cuello.

A poco llegó detrás sir Brandiles, y al ver a Dagonet sufrir esa caída se enojó en extremo, y gritó:

–¡Guárdate, caballero! –y se acometieron maravillosamente. Pero el caballero hirió con tal fuerza a sir Brandiles que éste fue a tierra, hombre y caballo.

Después llegó sir Uwain y vio todo esto.

–¡Jesús! –dijo–, es fuerte ese caballero.

Y enristraron entonces sus lanzas, y este caballero fue con tanta gana que derribó a sir Uwain. Entonces llegó sir Ozana con el corazón osado, y fue derribado también.

–Ahora –dijo sir Griflet–, por mi consejo, enviemos mandado a ese caballero andante, y sepamos si es de la corte de Arturo, pues creo

que es sir Lamorak de Gales.

Así, pues, enviaron mandado a él, y rogaron al caballero desconocido que les dijese su nombre, y si era de la corte de Arturo o no.

–En cuanto a mi nombre, no lo sabrán; pero diles que soy caballero andante como ellos, y hazles saber que no soy ningún caballero de la corte del rey Arturo –y volvió el escudero a ellos, y les dijo su respuesta.

–Por mi cabeza –dijo sir Agrawain–; es uno de los caballeros más fuertes que he visto, pues ha derrocado a tres nobles caballeros, y de necesidad debemos enfrentarnos a él, por vergüenza.

Y enristró sir Agrawain su lanza; y se apercibió aquel otro, y lo derribó por encima del caballo, a tierra. Y de la misma manera derribó a sir Uwain les Avoutres, y también a sir Griflet. Y así fueron servidos todos, salvo sir Dinadan, que venía detrás, y sir Mordred, que iba desarmado y tenía su arnés Dagonet.

Y hecho todo esto, este fuerte caballero siguió su camino con paso sosegado, y el rey Marco fue detrás, alabándolo mucho; pero éste no quería responder, sino que daba grandes suspiros con la cabeza inclinada, y ninguna cuenta hacía de sus razones.

Así cabalgaron tres millas inglesas; entonces llamó este caballero a un paje, y le dijo:

–Ve a aquella hermosa morada, recomiéndame a la señora de ese castillo y plaza, y ruégale que me envíe provisión de buenas viandas y bebidas. Y si te pregunta quién soy, dile que soy el caballero que sigue a la Bestia Glatisant –que en inglés quiere decir Bestia Aulladora, pues adondequiera que iba esa bestia, su vientre aullaba con un ruido como si fuesen treinta pares de perros.

Entonces tomó el paje su camino y fue a la morada, saludó a la señora, y le dijo de parte de quién iba. Y cuando ella supo que venía del caballero que seguía a la Bestia Aulladora, dijo:

–¡Oh, dulce Señor Jesús!, ¿cuándo veré a ese noble caballero, mi

querido hijo Palomides? ¡Ay!, ¿es que no quiere venir a estar conmigo? –y con esto se desvaneció y lloró, e hizo grandísima queja.

Y también tan pronto como pudo dio al paje todo lo que pedía. Y el paje volvió a sir Palomides, pues era un paje del rey Marco. Y así que llegó, dijo que el nombre del caballero era sir Palomides.

–Bien me place eso –dijo el rey Marco–; pero tente callado y no digas nada.

Entonces se apearon y se sentaron y descansaron un rato. Poco después el rey Marco se durmió. Cuando sir Palomides lo vio dormido, tomó su caballo y siguió su camino, diciéndoles:

–No quiero estar en la compañía de un caballero dormido –y se fue a gran paso.

Capítulo 14

Cómo el rey Marco y sir Dinadan oyeron a sir Palomides hacer gran lamentación y llanto por La Bella Isolda

Ahora volvemos a sir Dinadan, que halló a estos siete caballeros en grandísimo pesar. Y cuando supo cómo habían parado, le pesó tanto como a ellos.

–Mi señor Uwain –dijo Dinadan–, oso poner mi cabeza a que es sir Lamorak de Gales. Os prometo a todos que lo hallaré, si puede ser hallado en este país.

Y cabalgó sir Dinadan en pos de este caballero; y lo mismo hizo el rey Marco, que lo buscó por la floresta. Y yendo el rey Marco tras de sir Palomides, oyó voces de un hombre que hacía gran

lamentación. Entonces el rey Marco se acercó a dichas voces cuanto podía y osaba. Entonces vio a un caballero que se había bajado del caballo, se había quitado el yelmo, y allí hacía lastimera queja, y dolorosa, de amor.

Dejamos esto ahora, y hablamos de sir Dinadan, que iba en busca de sir Palomides. Y al entrar en una floresta topó con un caballero que perseguía a un ciervo.

–Señor –dijo sir Dinadan–, ¿habéis visto a un caballero con escudo de plata y cabezas de leones?

–Sí, gentil caballero –dijo el otro–; con ese caballero he topado hace muy poco, y derecho iba en aquella dirección.

–Muchas gracias –dijo sir Dinadan–; pues si hallo el rastro de su caballo, no fallaré en dar con ese caballero.

Y mientras cabalgaba sir Dinadan ya atardecido, oyó una voz doliente como de un hombre. Entonces sir Dinadan cabalgó hacia dicha voz; y cuando estuvo cerca se apeó del caballo, y siguió a pie. Entonces descubrió a un caballero de pie bajo un árbol, con el caballo atado junto a él, y el yelmo quitado de la cabeza; y no cesaba este caballero en su doliente queja, como nunca hiciera otra ningún caballero. Y siempre era quejándose de La Bella Isolda, reina de Cornualles; y decía:

–¡Ah, hermosa señora!, ¿por qué te amaré? Pues aunque eres la más hermosa de todas, jamás me has mostrado amor ni generosidad. Ay, sin embargo, tengo que amarte. Y no te puedo culpar, hermosa señora, pues son mis ojos la causa de esta aflicción. Y sin embargo, al amarte no soy sino un loco, pues que te ama el mejor caballero del mundo, y tú a él, que es sir Tristán de Lionís. Y el más falso rey y caballero es tu marido, y el más cobarde y lleno de traición es tu señor, el rey Marco. ¡Ay, que tan hermosa dama, y sin par entre todas, esté casada con el caballero más infame del mundo!

Toda esta habla oyó el rey Marco que sir Palomides decía por él; por lo que temió, al ver a sir Dinadan, que si le descubría dijese a sir Palomides que era el rey Marco; así que se retrajo, tomó su caballo, y fue a sus hombres, donde había mandado que esperasen.

Y cabalgó lo más deprisa que podía a Camelot; y el mismo día halló allí al caballero Amant apercibido, el cual le había acusado ante el rey Arturo de traición; y el rey les mandó que ligeramente hiciesen batalla. Y por desventura, el rey Marco le atravesó el cuerpo a Amant. Sin embargo, era justa la querella de Amant. Y al punto tomó su caballo y partió de la corte por temor a sir Dinadan, que dijese a sir Tristán y a sir Palomides quién era.

Allí estaban, entonces, las doncellas que La Bella Isolda había enviado a sir Tristán, las cuales conocían bien a Amant.

Capítulo 15

Cómo el rey Marco había matado sin razón a sir Amant ante el rey Arturo, y sir Lanzarote llevó al rey Marco a la presencia del rey Arturo

Entonces, por licencia del rey Arturo, fueron a él y le hablaron; y aunque tenía el trozo de la lanza clavado en el cuerpo, habló:

–Ah, gentiles doncellas –dijo Amant–; recomendadme a La Bella Isolda, y decidle que muero por amor a ella y a sir Tristán –y allí contó a las doncellas cómo el rey Marco le había matado cobardemente, y a sir Bersules su compañero–. Y por ese hecho lo he acusado de traición; y aquí soy muerto en una querella justa; y todo porque sir Bersules y yo no quisimos consentir que por traición matase al noble caballero sir Tristán.

Entonces las dos doncellas gritaron de manera que toda la corte pudiese oírlas, y dijeron:

–Oh, dulce Señor Jesús, que conoces todas las cosas ocultas, ¿por qué consientes que tan falso traidor venza y mate a un caballero verdadero que luchaba por una querella justa?

Al punto supieron el rey, la reina, y todos los señores, que era el rey Marco quien había matado a sir Amant, y a sir Bersules antes; y por qué habían hecho batalla.

Entonces se enojó el rey Arturo sobremanera, y lo mismo los demás caballeros. Pero cuando sir Tristán supo todo lo ocurrido hizo gran duelo y lamentación, fuera de medida, y lloró de aflicción por la pérdida de los nobles caballeros, sir Bersules y sir Amant.

Cuando sir Lanzarote vio llorar a sir Tristán, corrió al rey Arturo, y le dijo:

–Señor, os ruego que me deis licencia para traer otra vez a ese falso rey y caballero.

–Os ruego –dijo el rey Arturo– que lo traigáis aquí; pero no quisiera que lo mataseis, por mi honra.

Entonces se armó sir Lanzarote a toda prisa, montó sobre un gran caballo, tomó una lanza, y fue en pos del rey Marco. Y a tres millas inglesas de allí lo alcanzó sir Lanzarote, y le dijo:

–Vuelve, menguado rey y caballero, pues quieras o no irás conmigo a la corte del rey Arturo.

Se volvió el rey Marco, miró a sir Lanzarote, y dijo:

–Gentil señor, ¿cuál es vuestro nombre?

–Sabe bien –dijo él– que mi nombre es sir Lanzarote, y por tanto defiéndete.

Y cuando el rey Marco supo que era sir Lanzarote, y venía tan deprisa sobre él con una lanza, gritó alto:

–A ti me rindo, sir Lanzarote, honorable caballero.

Pero sir Lanzarote no le quiso oír, sino que fue deprisa sobre él. Al ver esto el rey Marco, no hizo ninguna defensa, sino se arrojó de la silla a tierra como un saco, y allí se quedó tendido, suplicando a sir Lanzarote merced.

–¡Levanta, menguado caballero y rey!

–No quiero luchar –dijo el rey Marco–, sino que a donde queráis iré con vos.

–¡Ay –dijo sir Lanzarote–, que no pueda darte un solo revés por el amor de sir Tristán y de La Bella Isolda, y por los dos caballeros que traidoramente has matado!

Y montó él sobre su caballo, y lo llevó al rey Arturo; y allí mismo se apeó el rey Marco, arrojó lejos de sí su yelmo y su espada, se dejó caer de bruces a los pies del rey Arturo, y se puso a su gracia y merced.

–Así Dios me ayude –dijo Arturo–; bien venido eres en una manera, aunque en otra no. En esta manera lo eres: que vienes a tu pesar, como presumo.

–Eso es verdad –dijo el rey Marco–; si no, no estaría yo aquí, pues mi señor Lanzarote me ha traído por pura fuerza, y a él me he rendido como menguado.

–Bien –dijo Arturo–; entended que debíais rendirme servicio, homenaje y lealtad. Y jamás quisisteis hacerme ninguna de esas cosas, sino que habéis estado siempre contra mí, y habéis sido destructor de mis caballeros; y ahora, ¿cómo haréis vuestro descargo?

–Señor –dijo el rey Marco–; como vuestra señoría me requiera, hasta donde pueda, quiero hacer generosa reparación –pues era de muy buenas palabras, aunque falso por debajo.

Entonces por gran placer de sir Tristán, para poner avenencia entre ambos, el rey retuvo al rey Marco en aquella sazón, y concertó un día para poner acuerdo entre ambos.

Capítulo 16

Cómo sir Dinadan contó a sir Palomides la batalla entre

sir Lanzarote y sir Tristán

Ahora volvemos a sir Palomides, cómo sir Dinadan le confortó en todo lo que pudo de su gran aflicción.

–¿Qué caballero sois? –dijo sir Palomides.

–Señor, soy un caballero andante como vos, que os ha buscado mucho tiempo por vuestro escudo.

–Aquí está mi escudo –dijo sir Palomides–; sabed bien, que si queréis tenerlo, presto lo defenderé.

–No –dijo sir Dinadan–, no quiero entender con vos sino en buena manera.

–Y si queréis, presto me hallaréis apercibido.

–Señor –dijo sir Dinadan–, ¿hacia dónde cabalgáis?

–Por mi cabeza –dijo sir Palomides– que no lo sé, sino como la fortuna me guía.

–¿Habéis visto a sir Tristán u oído de él?

–Así Dios me ayude, a sir Tristán he visto, y he oído de él; y aunque por dentro no nos queremos bien, en mi desdicha, él me rescató de la muerte; sin embargo antes de separarnos acordamos encontrarnos un día en la sepultura de piedra que Merlín puso junto a Camelot, y hacer allí batalla, aunque me fue vedado –dijo sir Palomides–, de manera que no pude mantener mi día, lo cual me aflige grandemente; pero tengo sobrada excusa. Pues estuve prisionero de un señor, con otros muchos, por lo que entenderá bien sir Tristán que no falté a mi palabra por temor de cobardía –y entonces sir Palomides dijo a sir Dinadan cuál era el día que debían haberse encontrado.

–¡Válgame Dios! –dijo sir Dinadan–, ese mismo día se enfrentraron sir Lanzarote y sir Tristán en la misma sepultura de piedra. Y allí fue la más poderosa batalla que jamás fue vista en esta tierra entre

dos caballeros, pues lucharon más de dos horas. Y derramaron tanta sangre, que todos se maravillaban de que pudiesen durar. Y finalmente, por acuerdo de ambos, se hicieron amigos y jurados hermanos para siempre, y ningún hombre puede juzgar cuál es mejor caballero. Y ahora sir Tristán ha sido hecho caballero de la Tabla Redonda, y se sienta en la silla del noble caballero sir Marhaus.

–Por mi cabeza –dijo sir Palomides–, sir Tristán es mucho más fuerte que sir Lanzarote, y más osado caballero.

–¿Los habéis visto luchar? –dijo sir Dinadan.

–He visto luchar a sir Tristán –dijo sir Palomides–, aunque no a sir Lanzarote, que yo sepa. Aunque en la fuente donde sir Lanzarote dormía, nos derribó con una lanza a sir Tristán y a mí; pero en aquella sazón no se reconocieron el uno al otro.

–Gentil caballero –dijo sir Dinadan–, en cuanto a sir Lanzarote y sir Tristán, dejémoslos, pues no será igualado fácilmente el peor de ellos por ningún caballero de cuantos viven.

–No lo quiera Dios –dijo sir Palomides–; aunque si yo tuviese querella con el mejor de los dos, con la misma buena voluntad lucharía con él que con vos.

–Señor, os requiero que me digáis vuestro nombre, y en buena fe seguiré en vuestra compañía hasta Camelot; y allí tendréis gran honra en ese gran torneo; pues allí estará la reina Ginebra, y La Bella Isolda de Cornualles.

–Sabed bien, señor caballero, que por amor a La Bella Isolda estaré allí, y no por otra causa; pero no quiero tener que ver con la corte del rey Arturo.

–Señor –dijo Dinadan–, cabalgaré con vos y os haré servicio, con tal de que me digáis vuestro nombre.

–Señor, debéis entender que mi nombre es sir Palomides, hermano del bueno y noble caballero Safer. Y sir Segwarides y yo nacimos sarracenos, de padre y de madre.

–Señor –dijo sir Dinadan–, mucho os agradezco que me hayáis dicho vuestro nombre. Pues muy contento soy de conocerlo, y os prometo, por la fe de mi vida, que no seréis herido de mí por mi voluntad, sino acrecentado más bien. Y os ayudaré en ello con todo mi poder, os lo prometo; no tengáis duda. Y ciertamente, por mi vida que ganaréis mucha honra en la corte del rey Arturo, y seréis muy bien venido.

Entonces enderezaron sus yelmos y se pusieron los escudos, montaron sobre sus caballos, y tomaron el ancho camino hacia Camelot. Y entonces vieron un castillo hermoso y rico, y también muy fuerte, como ninguno de este reino.

Capítulo 17

Cómo justó sir Lamorak con diversos caballeros del castillo donde estaba Morgana el Hada

–Señor Palomides –dijo Dinadan–, aquí está un castillo que conozco bien, y en él vive la reina Morgana el Hada, hermana del rey Arturo; y el rey Arturo le dio este castillo, de lo que se ha arrepentido mil veces desde entonces, pues desde ese día han estado el rey Arturo y ella en debate y contienda; pero jamás ha podido él tener ni ganar este castillo de ella por ninguna manera de ingenio; y siempre que ella puede hace guerra al rey Arturo. Y tiene consigo a todos los caballeros peligrosos, para destruir a todos los caballeros que el rey Arturo ama. Y ningún caballero pasará por este camino a menos que juste con un caballero, o con dos, o con tres. Y si el caballero del rey Arturo es vencido, perderá el caballo y el arnés, y cuanto tiene, y difícil será que escape, sino que quedará prisionero.

–Así Dios me ayude –dijo Palomides–, ésta es una vergonzosa costumbre, y una infame usanza en una reina, hacer tal guerra a su propio señor, que es llamado la flor de la caballería cristiana y pagana; y de todo corazón quisiera destruir yo esa vergonzosa

costumbre. Y quiero que todo el mundo sepa que no tendrá servicio de mí. Y si envía caballeros, como creo que hará, para justar, van a tener trabajo a manos llenas.

–Y yo no os defraudaré –dijo sir Dinadan– en lo que pueda, por mi vida.

Y en tanto estaban detenidos delante del castillo, llegó un caballero con un escudo bermejo, y dos escuderos tras él; y fue derechamente al buen caballero sir Palomides, y le dijo:

–Cortés y gentil caballero andante, te requiero por el amor que debes a la caballería, que no las hayas con los de este castillo –pues era sir Lamorak el que así hablaba–. Pues aquí he venido yo a buscar esta hazaña, y es mi petición; y por tanto os suplico, caballero, que dejéis que yo las entienda, y si soy vencido, me venguéis.

–En el nombre de Dios –dijo Palomides–, ved cómo paráis, que nosotros miraremos.

Al poco rato llegó un caballero del castillo, y ofreció justar con el caballero del escudo bermejo. Se encontraron luego, y el del escudo bermejo le dio tan fuerte golpe que dio con él a tierra. A continuación llegó otro caballero del castillo, y recibió tal golpe que saltó de la silla. Y en eso llegó el tercer caballero y el del escudo bermejo lo derribó igualmente a tierra.

Entonces se acercó sir Palomides, y le suplicó que le dejase ayudarle a justar.

–Gentil caballero –dijo–, dejad que en esta sazón tenga mi voluntad, pues aunque sean veinte los caballeros, no los temeré.

Y había en los muros del castillo muchos señores y damas que gritaban y decían:

–Bien habéis justado, caballero del escudo bermejo.

Pero en cuanto el caballero los derribaba, su escudero tomaba sus caballos, les quitaba las sillas y las bridas, los llevaba a la floresta, y hacía que los caballos se tuviesen en el extremo de la justa.

Entonces salió del castillo el cuarto caballero, y ofreció nuevamente justar con el caballero del escudo bermejo; se apercibió éste, y le dio con tal fuerza que cayeron a tierra hombre y caballo; y el caballero se quebró la espalda en la caída, y también el cuello.

–¡Oh, Jesús! –dijo sir Palomides–. Muy buen caballero es éste, y el mejor justador que he visto.

–Por mi cabeza –dijo sir Dinadan–, tan bueno es como sir Lanzarote o sir Tristán, quienquiera que sea este tal caballero.

Capítulo 18

Cómo sir Palomides quiso justar por sir Lamorak con los caballeros del castillo

A continuación salió un caballero del castillo con un escudo de bandas negras y blancas. Y al punto el caballero del escudo bermejo y él se encontraron tan fuertemente que le atravesó su escudo a bandas, y el cuerpo, y le quebró el espinazo al caballo.

–Gentil caballero –dijo sir Palomides–, harto tenéis ya; por tanto, os ruego que me dejéis justar, pues andáis necesitado de descanso.

–¿Por qué, señor? –dijo el caballero–, ¿os parece que soy flojo y débil? Y señor, creo que me ofrecéis sinrazón, y para afrentarme, cuando lo hago bastante bien. Pero os digo lo mismo que antes: pues veinte caballeros que fueran, los vencería; y si soy vencido o muerto, entonces podréis vengarme. Y si creéis que estoy fatigado, y tenéis gana de justar conmigo, yo os daré sobra de justa.

–Señor –dijo Palomides–, no lo he dicho porque desee justar con vos, sino que me semeja que harto lleváis justado ya.

–Y por tanto, si fueseis gentil –dijo el caballero del escudo bermejo–, no deberíais ofrecerme vergüenza; por ende os requiero

que justéis conmigo, y veréis que no estoy cansado.

–Ya que me requerís –dijo sir Palomides–, guardaos.

Entonces los dos caballeros se juntaron lo deprisa que sus caballos podían correr, y el caballero dio a sir Palomides con tal fuerza en el escudo que la lanza le entró en el costado, y le infligió una gran herida, y peligrosa.

Y con eso sir Palomides cayó de la silla. Y el caballero se volvió a sir Dinadan, y cuando éste le vio venir, gritó, y dijo:

–¡Señor, yo no quiero haberlas con vos! –pero el otro no lo dejó, sino que fue derecho a él.

Y sir Dinadan, por vergüenza, bajó su lanza y la hizo trozos sobre el caballero. Pero éste dio también a sir Dinadan tan fuerte que lo sacó limpiamente de la silla; pero no consintió que sus escuderos les tomasen los caballos, porque eran ambos caballeros andantes.

Enderezó entonces otra vez hacia el castillo, y justó con siete caballeros más, y no hubo ninguno que pudiese resistirle, sino que a todos los derribó a tierra. Y de estos doce caballeros mató en justa clara a cuatro. Y a los otros ocho les hizo jurar sobre la cruz de una espada que jamás usarían las malvadas costumbres del castillo. Y cuando les hubo hecho jurar ese juramento, los dejó libres. Y los señores y damas de los muros del castillo no cesaban de gritar, y decir:

–Caballero del escudo bermejo, habéis hecho maravillosamente bien, como jamás vimos a ningún caballero hacer.

Y en esto salió desarmado un caballero del castillo, y dijo:

–Caballero del escudo bermejo, harto destrozo nos has hecho este día; por tanto ve adonde quieras, pues aquí no queremos tener que ver más contigo; pues mucho nos pesa que hayas venido aquí, pues por ti se ha puesto fin a la vieja costumbre de este castillo –y con estas palabras se volvió otra vez al castillo, y cerraron las puertas.

Entonces se volvió el caballero del escudo bermejo, llamó a sus escuderos y siguió su camino a más andar. Y cuando se hubo ido,

fue sir Palomides a sir Dinadan, y le dijo:

–Jamás recibí tal afrenta de ninguno de los caballeros con los que encontré; y por tanto quiero ir tras él, y vengarme con la espada, pues a caballo creo que no ganaré ninguna honra de él.

–Señor Palomides –dijo Dinadan–, no debéis meteros con él por mi consejo, pues ninguna honra tendréis de él; y por esta causa: habéis visto cómo ha hecho mucho este día, y trabajado demasiado.

–Por el Todopoderoso Jesús –dijo Palomides–, jamás tendré paz hasta que haya entendido con él.

–Señor –dijo Dinadan–, yo os daré mi testimonio.

–Bien –dijo Palomides–; entonces veréis cómo medimos nuestras fuerzas.

Así que tomaron los caballos de sus pajes y fueron tras el caballero del escudo bermejo; y en un valle, junto a una fuente, vieron dónde se había apeado para descansar, y se había desenlazado el yelmo para beber en la fuente.

Capítulo 19

Cómo sir Lamorak justó

con sir Palomides, y lo hirió gravemente

Entonces Palomides cabalgó deprisa hasta que llegó cerca de él. Y le dijo:

–Caballero, recuerda la vergüenza que me hiciste hace poco en el castillo; por tanto endereza, pues quiero haberlas contigo.

–Gentil caballero –dijo éste a Palomides–, de mí no ganarás honra ninguna; pues habéis visto que he sido muy trabajado este día.

–En cuanto a eso –dijo Palomides–, no lo quiero dejar, pues sabe bien que me vengaré.

–Bien –dijo el caballero–; puede acaecer que os resista.

Y al punto montó sobre su caballo, y tomó una gruesa lanza en la mano presto para justar.

–No –dijo Palomides–; no quiero justar, pues estoy seguro de que justando no ganaré ningún galardón.

–Gentil caballero –dijo el caballero–, conviene a un caballero justar y luchar a caballo.

–Veréis lo que quiero hacer –dijo Palomides.

Y con esto bajó a pie, se puso el escudo delante, y sacó la espada. Entonces el caballero del escudo bermejo bajó de su caballo, y se puso su escudo delante, y sacó también la espada. Y entonces se llegaron el uno al otro con paso sosegado, y se acometieron con muy espesos golpes el espacio de una hora, antes de tomar aliento. Y se acosaban y hurtaban, y se iban volviendo mucho más enojados, y cada uno prometía la muerte al otro; y tajaban con tal saña con la espada que se cortaron la mitad de los escudos, y se rajaron los yelmos y las mallas, de manera que en algunos lugares asomaba la carne por sus arneses. Y cuando sir Palomides vio la espada de su compañero toda tinta con su sangre se afligió mucho; y unas veces se tiraban estocadas y otras cuchilladas como hombres desapoderados. Pero a la postre sir Palomides desfalleció, por la primera herida recibida en el castillo con una lanza, pues aquella herida le afligía demasiadamente.

–Gentil caballero –dijo Palomides–, creo que harto nos hemos probado el uno al otro; si te place, te requiero de tu caballería que me digas tu nombre.

–Señor –dijo el caballero a Palomides–, no me agrada hacerlo, pues me has hecho agravio y ninguna caballería al ofrecerme batalla, considerando mi gran trabajo, pero si tú quieres decirme tu nombre te diré yo el mío.

–Señor –dijo él–, sabe bien que mi nombre es Palomides.

–Ah, señor, pues sabe que mi nombre es sir Lamorak de Gales, hijo y heredero del buen caballero y rey, rey Pellinor; y sir Tor, el buen caballero, es mi hermanastro.

Cuando sir Palomides le oyó decir así se arrodilló y pidió merced, «pues injuriosamente he hecho con vos este día; considerando los grandes hechos de armas que os he visto hacer, vergonzosa y descortésmente os he requerido que hicierais batalla».

–Ah, señor Palomides –dijo sir Lamorak–, harto me habéis hecho y dicho –y seguidamente lo abrazó con ambas manos, y dijo–: Palomides, digno caballero; en toda esta tierra no hay otro mejor que vos, ni de más proeza, y mucho me pesa que hayamos luchado.

–Así mismo me pesa a mí –dijo sir Palomides–; sin embargo, mucho más herido estoy que vos; pero, en cuanto a eso, presto habré sanado de ello. Pero ciertamente no hubiera querido, ni por el más hermoso castillo de esta tierra, que hubiésemos encontrado tú y yo pues os amaré los días de mi vida por encima de todos los caballeros, excepto mi hermano sir Safer.

–Yo digo eso mismo –dijo sir Larmorak–, excepto mi hermano sir Tor.

Entonces llegó sir Dinadan, e hizo gran gozo de sir Lamorak. Seguidamente sus escuderos enmendaron sus escudos y arneses, y restañaron sus heridas. Y allí cerca en una ermita descansaron toda la noche.

Capítulo 20

Cómo contaron a sir Lanzarote que

Dagonet había perseguido al rey Marco,

y cómo un caballero lo derrocó, y a seis caballeros

Ahora volvemos atrás otra vez. Cuando sir Ganis y sir Brandiles con sus compañeros llegaron a la corte del rey Arturo, contaron al rey, a sir Lanzarote y a sir Tristán, cómo sir Dagonet el loco había perseguido al rey Marco por la floresta, y cómo el fuerte caballero derribó a los siete con una lanza. Hubo grandes risas y burlas a costa del rey Marco y de sir Dagonet. Pero todos estos caballeros no supieron decir qué caballero era el que había rescatado al rey Marco. Entonces preguntaron al rey Marco si le conocía; y contestó y dijo:

–Se llamó a sí mismo el Caballero que Sigue a la Bestia Aulladora, y con ese nombre envió a uno de mis pajes a una plaza donde estaba su madre; y cuando ella oyó de parte de quién iba hizo grandísima queja, y descubrió a mi paje su nombre, y dijo: «Oh, mi querido hijo, sir Palomides, ¿por qué no quieres visitarme?». Y por tanto, señor –dijo el rey Marco–, es de entender que se llama sir Palomides, un noble caballero. Entonces se alegraron estos siete caballeros de conocer su nombre.

Ahora retrocedemos otra vez, pues por la mañana tomaron sus caballos, sir Lamorak, Palomides y Dinadan, con sus escuderos y pajes, hasta que vieron un hermoso castillo que estaba sobre una montaña, bien cerrado, y hacia allá cabalgaron; y allí hallaron a un caballero llamado Galahaut, que era señor de dicho castillo, y tuvieron muy buena acogida y fueron bien refrescados.

–Señor Dinadan –dijo sir Lamorak–, ¿qué queréis hacer?

–Señor –dijo Dinadan–, quiero ir mañana a la corte del rey Arturo.

–Por mi cabeza –dijo sir Palomides–; yo no quiero cabalgar en tres días, pues estoy malherido, y he sangrado mucho, y por tanto quiero tomar descanso aquí.

–En verdad –dijo sir Lamorak–, permaneceré aquí con vos; y cuando cabalguéis, entonces cabalgaré yo, a menos que tardéis demasiado tiempo, pues entonces tomaré mi caballo. Por tanto os ruego, señor Dinadan, que esperéis y vengáis con nosotros.

–Ciertamente –dijo Dinadan–, no quiero esperar, pues tengo tal deseo de ver a sir Tristán que no puedo estar mucho tiempo lejos de él.

–Ah, Dinadan –dijo sir Palomides–, ahora entiendo que amáis a mi mortal enemigo, así que, cómo podía yo fiar en vos.

–Sabed que amo a mi señor, sir Tristán –dijo Dinadan–, más que a nadie, y a él quiero servir y honrar.

–Y yo también –dijo Lamorak–, en todo lo que esté en mi poder.

Y por la mañana sir Dinadan cabalgó a la corte del rey Arturo; y por el camino, mientras cabalgaba, vio dónde estaba un caballero andante, el cual se apercibía para justar.

–No será así –dijo Dinadan–, pues no tengo ninguna voluntad de justar.

–Conmigo habéis de justar –dijo el caballero–, antes de que paséis por este camino.

–¿Por qué pedís justa, por amor o por desamor?

El caballero respondió:

–Sabed bien que la pido por amor, que no por desamor.

–Bien puede ser –dijo sir Dinadan–, pero fuerte amor me ofrecéis cuando queréis justar conmigo con lanza afilada. Pero gentil caballero, ya que queréis justar conmigo, buscadme en la corte del rey Arturo, y allí justaré con vos.

–Bien –dijo el caballero–, puesto que no queréis justar conmigo, os ruego que me digáis vuestro nombre.

–Señor caballero –dijo él–, mi nombre es sir Dinadan.

–¡Ah! –dijo el caballero–, muy bien os conozco por buen caballero, y gentil, y sabed bien que os amo vivamente.

–Entonces no habrá aquí ninguna justa –dijo Dinadan– entre

nosotros.

Y se separaron. Y el mismo día llegó a Camelot, donde estaba el rey Arturo. Y saludó al rey y a la reina, a sir Lanzarote, y a sir Tristán; y toda la corte se alegró de sir Dinadan, pues era gentil, discreto y cortés, y buen caballero. Y en especial, el valiente caballero sir Tristán amaba muchísimo a sir Dinadan, por encima de todos los otros caballeros salvo sir Lanzarote. Entonces el rey preguntó a sir Dinadan qué aventuras había visto.

–Señor –dijo Dinadan–, he visto muchas aventuras, y de algunas sabe el rey Marco, aunque no todas.

Entonces el rey escuchó a sir Dinadan, cómo contó que sir Palomides y él estuvieron ante el castillo de Morgana el Hada, y cómo sir Lamorak tomó justas delante de ellos, y cómo venció a doce caballeros, de los que mató a cuatro, y cómo «después nos derribó a sir Palomides y a mí».

–No puedo creer eso –dijo el rey–; pues sir Palomides es muy buen caballero.

–Es la pura verdad –dijo sir Dinadan–; pues yo le vi mejor probado, mano por mano –y entonces contó al rey toda esa batalla, y cómo Palomides era más flojo, y quedó más herido, y más perdió de su sangre–. Y sin duda, de haber durado más la batalla, sir Palomides habría muerto.

–¡Oh, Jesús! –dijo el rey Arturo–, esto es para mí gran maravilla.

–Señor –dijo Tristán–, no os maravilléis de eso, pues a mi entender, no hay un caballero más valiente en el mundo, pues conozco su poder. Y os quiero decir que nunca fui tan fatigado por un caballero, a menos que fuese sir Lanzarote. Y no hay caballero en el mundo, excepto sir Lanzarote, que lo hiciese tan bien como sir Lamorak.

–Así Dios me ayude –dijo el rey–, quisiera que ese caballero, sir Lamorak, viniese a esta corte.

–Señor –dijo Dinadan–, aquí estará en breve espacio, y Palomides;

pero temo que sir Palomides aún no pueda caminar.

Capítulo 21

Cómo el rey Arturo mandó pregonar justas,

y cómo acudió sir Lamorak,

y derrocó a sir Gawain y a muchos otros

Tres días después mandó el rey hacer justas en un monasterio. Y allí se apercibieron muchos caballeros de la Tabla Redonda, pues sir Gawain y sus hermanos se apercibieron a justar; pero sir Tristán, Lanzarote y Dinadan no quisieron justar, sino que consintieron que sir Gawain, por amor al rey Arturo, con sus hermanos, ganasen el grado si podían.

Y por la mañana se aparejaron para justar, sir Gawain y sus cuatro hermanos, e hicieron allí grandes hechos de armas. Y sir Héctor de Maris lo hizo maravillosamente bien, pero sir Gawain sobrepujó a toda esta compañía; por lo que el rey Arturo y todos los caballeros dieron la honra a sir Gawain al principio.

Poco después vio el rey Arturo a un caballero con dos escuderos, el cual salió de un lado de la floresta, con un escudo cubierto de cuero, y entonces entró encubiertamente y arremetió aquí y allá, y al poco rato había derribado con una lanza a dos caballeros de la Tabla Redonda. Y con sus arremetidas perdió la cubierta de su escudo, y el rey y todos los otros conocieron que llevaba escudo bermejo.

–¡Oh, Jesús! –dijo el rey Arturo–, ved dónde cabalga un recio caballero, aquél con el escudo bermejo.

Y allá fue de dar voces y gritar:

–¡Guardaos del caballero con el escudo bermejo!

Y al poco rato había derrocado a tres de los hermanos de sir Gawain.

–¡Válgame Dios! –dijo el rey Arturo–, creo que ése es el mejor justador que jamás he visto.

En eso lo vio encontrar con sir Gawain, y derribarlo con tan gran fuerza que hizo que su caballo perdiese su silla.

–¿Cómo así? –dijo el rey–, sir Gawain ha tenido una caída; bien me placería saber qué caballero es ese con el escudo bermejo.

–Yo lo conozco bien –dijo Dinadan–; pero en esta sazón no sabréis su nombre.

–Por mi cabeza –dijo sir Tristán–, ha justado mejor que sir Palomides, y si queréis saber su nombre, sabed bien que es sir Lamorak de Gales.

En tanto así hablaban, se arremetieron sir Gawain y él otra vez, y allí derribó a sir Gawain del caballo, y lo magulló gravemente. Y a la vista del rey Arturo derribó veinte caballeros, además de sir Gawain y sus hermanos. Y el galardón fue dado claramente a él como caballero sin par. Entonces, encubierta y maravillosamente, sir Lamorak se retiró de toda la compañía al costado de la floresta. Todo esto vio el rey Arturo, pues no apartaba los ojos de él.

Entonces el rey, sir Lanzarote, sir Tristán y sir Dinadan tomaron sus hacaneas y fueron derechamente en pos del caballero, sir Lamorak de Gales, y allí lo hallaron. Y dijo así el rey:

–Ah, gentil caballero, bien hallado seáis.

Cuando éste vio al rey, se quitó el yelmo y lo saludó; y cuando vio a sir Tristán se apeó del caballo y corrió a él para tomarlo por los muslos; pero no lo consintió sir Tristán, sino que se apeó antes de que llegase, y se abrazaron mutuamente, e hicieron gran alegría uno del otro.

Se alegró el rey, y también toda la compañía de la Tabla Redonda, excepto sir Gawain y sus hermanos. Y cuando supieron que era sir Lamorak, tuvieron gran despecho de él, y se enojaron mucho con él,

que los hubiese puesto en deshonra ese día. Entonces sir Gawain llamó secretamente en consejo a todos sus hermanos, y les dijo así:

–Gentiles hermanos, aquí podéis ver: a quien nosotros desamamos el rey Arturo lo ama, y a quien nosotros amamos, él lo aborrece. Y sabed bien, mis gentiles hermanos, que sir Lamorak jamás nos amará porque matamos a su padre el rey Pellinor, pues pensamos que era él quien había matado a nuestro padre el rey de Orkney. Y por el despecho de Pellinor, sir Lamorak nos ha deshonrado en nuestra madre; por tanto me vengaré.

–Señor –le dijeron sus hermanos–, ved cómo queréis y podéis vengaros, y nos hallaréis apercibidos.

–Bien –dijo Gawain–, teneos quedos y espiaremos nuestra sazón.

Capítulo 22

Cómo el rey Arturo hizo que el rey Marco tuviese acuerdo con sir Tristán, y cómo partieron ambos hacia Cornualles

Pasamos ahora nuestro asunto, y dejamos a sir Gawain, y hablamos del rey Arturo, el cual dijo un día al rey Marco:

–Señor, os ruego que me concedáis un don que os voy a pedir.

–Señor –dijo el rey Marco–, os daré cualquier cosa que deseéis si está en mi poder.

–Señor, muchas gracias –dijo Arturo–. Esto os quiero pedir: que accedáis a ser buen señor con sir Tristán, pues es hombre de gran honra; y que consintáis llevarlo con vos a Cornualles, y dejarle ver a sus amigos, y allí convidarle bien por mí.

–Señor –dijo el rey Marco–, os prometo por la fe de mi vida, y por la fe que debo a Dios y a vos, que lo honraré por vos en todo lo que

pueda y esté en mi mano.

–Señor –dijo Arturo–, y yo os perdonaré toda la mala voluntad que siempre os he debido, si así lo juráis sobre un libro delante de mí.

–De buen grado –dijo el rey Marco; y allí lo juró sobre un libro, delante de él y de todos sus caballeros; y con esto el rey Marco pensaba falsamente, como se probó después, pues puso en prisión a sir Tristán y quiso matarlo cobardemente.

Poco después de esto el rey Marco tomó su licencia para volver a Cornualles, y sir Tristán se apercibió a cabalgar con él, de lo que la mayor parte de la Tabla Redonda tuvo enojo y pesar; y en especial sir Lanzarote, y sir Lamorak, y sir Dinadan, se enojaron en extremo. Pues sabían que el rey Marco quería matar o destruir a sir Tristán.

–Ay –dijo Dinadan–, que haya de partir mi señor sir Tristán.

Y sir Tristán tomó tal aflicción que estaba perplejo como un loco.

–Ay –dijo sir Lanzarote al rey Arturo–, qué habéis hecho; pues perderéis al hombre de más merecimiento que ha venido nunca a vuestra corte.

–Era su propio deseo –dijo Arturo–; y por tanto no podía yo hacer otra cosa, sino todo lo posible por que tuviesen acuerdo.

–¿Acuerdo? –dijo sir Lanzarote–, mal haya tal acuerdo; pues ya oiréis cómo matará a sir Tristán, o lo pondrá en prisión; pues es el rey y caballero más cobarde e infame de cuantos ahora viven.

Y con esto partió sir Lanzarote, fue al rey Marco, y le dijo así:

–Señor rey, sabe bien que el buen caballero sir Tristán irá contigo. Guárdate, te lo advierto, de cometer ninguna traición, pues si dañas a ese caballero con alguna clase de falsedad o traición, por la fe que debo a Dios y a la orden de caballería que te matarán mis propias manos.

–Señor Lanzarote –dijo el rey–, harto me habéis dicho, y sobradamente he jurado y dicho yo delante del rey Arturo, en presencia de todos sus caballeros, que no lo mataré ni le haré

traición. Mucha deshonra sería para mí quebrantar mi promesa.

–Decís bien –dijo sir Lanzarote–; pero se os considera tan falso y lleno de traición que nadie puede creeros. En verdad es bien sabido a qué vinisteis a este país, y por ninguna otra causa sino matar a sir Tristán.

Y con gran lamentación se fueron juntos el rey Marco y sir Tristán, pues por voluntad y ruegos de sir Tristán iba él con el rey Marco; y todo era con intención de ver a La Bella Isolda; pues sin verla sir Tristán no podía vivir.

Capítulo 23

Cómo fue hecho sir Perceval caballero del rey Arturo, y cómo habló una doncella muda, y lo llevó a la Tabla Redonda

Ahora volvemos otra vez a sir Lamorak, y hablamos de sus hermanos, sir Tor, que fue el primer hijo del rey Pellinor, y engendrado en la mujer de Aries el vaquero, pues era bastardo; y sir Agloval fue su primer hijo engendrado dentro del matrimonio; y sir Lamorak, Domar, Perceval, éstos eran también hijos suyos dentro del matrimonio.

Y cuando el rey Marco y sir Tristán se fueron de la corte, se hizo gran duelo y aflicción por la partida de sir Tristán. Entonces el rey y sus caballeros no hicieron ninguna clase de alegría en ocho días.

Y al cabo de los ocho días llegó a la corte un caballero con un joven escudero con él. Y cuando este caballero fue desarmado, se llegó al rey y le requirió que hiciese caballero a su joven escudero.

–¿De qué linaje viene? –dijo el rey Arturo.

–Señor –dijo el caballero–, es hijo del rey Pellinor, que en otro tiempo os hizo buen servicio, y es hermano de sir Lamorak de Gales, el buen caballero.

–¿Y por qué causa –dijo el rey– deseáis eso de mí, que le haga caballero?

–Sabed bien, mi señor el rey, que este joven escudero es hermano mío tanto como sir Lamorak, y mi nombre es Agloval.

–Señor Agloval –dijo Arturo–, por amor a sir Lamorak, y por amor a su padre, será hecho caballero mañana. Ahora decidme, ¿cuál es su nombre?

–Señor –dijo el caballero–, su nombre es Perceval de Gales.

Y por la mañana, el rey lo hizo caballero en Camelot. Pero el rey y todos los caballeros pensaron que tardaría mucho tiempo en probar ser buen caballero. Y en la comida, cuando el rey se hubo sentado a la mesa, y después cada caballero según su proeza, le ordenó el rey que se sentase entre los caballeros menores; y sir Perceval se sentó como el rey mandaba.

Entonces había una doncella en la corte de la reina que venía de alta sangre, la cual era muda y nunca había dicho una sola palabra. Y entró ésta derechamente en la sala, fue a sir Perceval, lo tomó de la mano y dijo en voz alta, de manera que el rey y todos los caballeros lo pudiesen oír:

–Levantad, sir Perceval, noble caballero y caballero de Dios, y venid conmigo –así lo hizo él. Y lo llevó a la diestra de la Silla Peligrosa, y dijo–: Gentil caballero, toma aquí tu sitio, pues este sitio te pertenece a ti y a ningún otro.

Y dicho esto partió y pidió un capellán. Y así que hubo confesado y recibido su sacramento, murió.

Entonces el rey y toda la corte hicieron gran contento de sir Perceval.

Capítulo 24

Cómo sir Lamorak yació con la esposa del rey Lot,

y cómo sir Gaheris mató a la que era su propia madre

Ahora volvemos a sir Lamorak, que fue allí muy loado. Entonces, por mediación de sir Gawain y sus hermanos, enviaron por su madre, que fuese allí cerca, a un castillo junto a Camelot; y todo era con propósito de matar a sir Lamorak. Hacía sólo un rato que estaba allí la reina de Orkney cuando sir Lamorak supo de su llegada y se alegró mucho; y para concluir este asunto, le envió mandado, y entre ambos concertaron que una noche sir Lamorak iría a ella.

Supo de esto sir Gaheris, fue delante esa misma noche, aguardó a sir Lamorak, y vio dónde llegaba todo armado. Y dónde se apeó sir Lamorak y ató su caballo en una secreta poterna, y entró en un aposento y se desarmó; y entonces fue a la cama de la reina, y ella le hizo grandísima alegría, y él a ella, pues se amaban muchísimo ambos.

Y cuando el caballero sir Gaheris vio su ocasión, se llegó a la cama todo armado, con la espada desnuda, asió súbitamente a su madre por el cabello y le tajó la cabeza. Cuando sir Larmorak vio saltar la sangre sobre él toda caliente, la cual amaba él tantísimo, sabed bien que se sintió muy turbado y espantado de aquel doloroso caballero. Y saltó al punto sir Lamorak de la cama en camisa, como caballero espantado, diciendo así:

–¡Ah, señor Gaheris, caballero de la Tabla Redonda!; feamente y mal habéis hecho, y gran afrenta a vos mismo. ¡Ay!, ¿por qué habéis matado a vuestra madre que os parió? Con más justicia podíais haberme matado a mí.

–La ofensa la has hecho tú –dijo Gaheris–, aunque un hombre nace para ofrecer su servicio; pero debes mirar con quién te entrometes, pues nos has puesto en deshonra a mí y a mis hermanos, y tu padre mató a nuestro padre; y yacer con nuestra madre es demasiada

afrenta para consentirla nosotros. En cuanto a tu padre, el rey Pellinor, lo matamos mi hermano sir Gawain y yo.

–Más sinrazón le hicisteis –dijo sir Lamorak–; pues no mató mi padre a vuestro padre, sino Balin le Savage; y aún no ha sido vengada la muerte de mi padre.

–Deja esas palabras –dijo sir Gaheris–; pues si hablas felonamente te mataré. Pero ya que estás desnudo, me da vergüenza matarte. Pero sabe bien que allá donde te tenga te mataré. Y ahora mi madre está libre de ti; y aparta, toma tu armadura, y vete.

Sir Lamorak, viendo que no había otro remedio, se armó deprisa, tomó su caballo y emprendió su camino haciendo gran aflicción. Pero por vergüenza y dolor no quiso ir a la corte del rey Arturo, sino que tomó otro camino.

Pero cuando se supo que sir Gaheris había matado a su madre, el rey se enojó sobremanera, y le mandó que se fuese de su corte. Sabed bien que sir Gawain se enojó de que sir Gaheris hubiese matado a su madre y dejado escapar a sir Lamorak. Y por este asunto tuvo el rey muy gran enojo, y lo mismo sir Lamorak, y muchos otros caballeros.

–Señor –dijo sir Lanzarote–, aquí ha acontecido gran injuria por felonía, y por deliberada traición, que vuestra hermana haya sido así afrentosamente muerta. Y oso decir que todo ha sido maquinado a traición; y oso decir que perderéis a ese buen caballero, sir Lamorak, lo que es gran lástima. Y sé bien y estoy cierto de que si lo supiese sir Tristán, no vendría más a vuestra corte, lo que os afligiría mucho más, y a todos vuestros caballeros.

–Dios no consienta –dijo el noble rey Arturo– que pierda yo a sir Lamorak o a sir Tristán, pues perdería entonces a dos de mis principales caballeros de la Tabla Redonda.

–Señor –dijo sir Lanzarote–, seguro estoy de que perderéis a sir Lamorak, pues sir Gawain y sus hermanos lo matarán por un medio o por otro; pues entre ellos han determinado y jurado matarlo así que vean su sazón.

–Yo impediré eso –dijo Arturo.

Capítulo 25

Cómo sir Agravain y sir Mordred toparon con un caballero que huía, y cómo fueron derrocados ambos, y de sir Dinadan

Ahora dejamos a sir Lamorak, y hablamos de los hermanos de sir Gawain, y en especial de sir Agravain y sir Mordred.

Yendo en pos de sus aventuras, toparon con un caballero que huía malherido; y le preguntaron qué nuevas tenía.

–Gentiles caballeros –dijo–, aquí viene un caballero tras de mí que quiere matarme.

En eso llegó a ellos sir Dinadan, que cabalgaba a la ventura, pero no les quiso prometer ninguna ayuda. Pero sir Agravain y sir Mordred le prometieron rescatarlo. En eso llegó aquel caballero derecho a ellos, y al punto ofreció justar. Al ver eso sir Mordred corrió a él; pero tiró a Mordred por la cola del caballo. Vio esto sir Agravain, y cabalgó derecho a dicho caballero; y como sirvió a Mordred, así mismo sirvió a Agravain; y les dijo:

–Señores, sabed bien que es sir Breunis Saunce Pité quien os ha hecho esto a los dos –y aún cabalgó por encima de Agravain cinco o seis veces.

Cuando Dinadan vio esto, de necesidad hubo de justar con él por vergüenza. Y se encontraron Dinadan y él, de manera que con pura fuerza sir Dinadan lo derribó por la cola del caballo. Entonces tomó su caballo y huyó, pues a pie era uno de los más valientes caballeros en los días de Arturo, y gran destructor de todos los buenos caballeros. Entonces fue sir Dinadan a sir Mordred y a sir Agravain.

–Señor caballero –dijeron ellos–, bien lo habéis hecho, y bien nos habéis vengado, por lo que os rogamos que nos digáis vuestro nombre.

–Gentiles señores, debéis conocer mi nombre, el cual es sir Dinadan.

Cuando supieron que era sir Dinadan se enojaron más de lo que ya estaban, pues lo aborrecían en extremo por sir Lamorak. Pues Dinadan tenía tal costumbre de que amaba a todos los buenos caballeros que eran valientes, y desamaba a los que eran destructores de buenos caballeros. Y no había ninguno que desamase a Dinadan sino los que eran tenidos por criminales.

Entonces habló el caballero herido al que Breunis Saunce Pité había perseguido, de nombre Dalan, y le dijo:

–Si tú eres Dinadan, mataste a mi padre.

–Bien puede ser –dijo Dinadan–; pero fue en mi defensa, y a petición suya.

–Por mi cabeza –dijo Dalan–, que vas a morir por ello –y al punto enderezó su lanza y su escudo.

Y para abreviar, sir Dinadan lo derribó del caballo, de manera que casi se quebró el cuello. Y de la misma guisa derribó a sir Mordred y a sir Agravain. Y después, en la demanda del Santo Grial, cobarde y felonamente mataron a Dinadan; lo cual fue un gran daño, pues era gran reidor y muy buen caballero.

Y sir Dinadan cabalgó al castillo llamado Beale-Valet. Y allí halló a sir Palomides que aún no había sanado de la herida que le hiciera sir Lamorak. Y allí Dinadan contó a Palomides todas las nuevas que había oído y visto de sir Tristán, y cómo se había ido con el rey Marco, «y con él tiene toda su voluntad y deseo»; lo cual enojó a sir Palomides, pues amaba a La Bella Isolda. Y entonces supo bien que sir Tristán gozaría de ella.

Capítulo 26

Cómo el rey Arturo, la reina y Lanzarote

recibieron cartas de Cornualles,

y de la respuesta que dieron

Ahora dejamos a sir Palomides y sir Dinadan en el Castillo de Beale-Valet, y volvemos otra vez al rey Arturo. Llegó allí un caballero de Cornualles, de nombre Fergus, y miembro de la Tabla Redonda. Y dio al rey y a sir Lanzarote buenas nuevas de sir Tristán, y trajo graciosas cartas, y cómo lo había dejado en el Castillo de Tintagel.

Entonces llegó la doncella que traía graciosas cartas al rey Arturo y a sir Lanzarote, y tuvo allí muy buena acogida del rey, y de la reina Ginebra, y de sir Lanzarote. Entonces escribieron ellos graciosas cartas también. Pero sir Lanzarote pedía siempre a sir Tristán que se guardase del rey Marco, al que llamaba siempre en sus cartas el rey Zorro, como diciendo que todo lo hacía con engaño y traición. Lo que sir Tristán agradecía a sir Lanzarote de corazón.

Entonces la doncella fue a La Bella Isolda, y le llevó cartas del rey y de sir Lanzarote, de lo que tuvo ella grandísimo contento.

–Gentil doncella –dijo La Bella Isolda–, ¿cómo están mi señor Arturo, y la reina Ginebra, y el noble caballero sir Lanzarote?

Y para abreviar, respondió ella:

–Mucho mejor que vos y sir Tristán tengáis contentamiento.

–Dios los recompense –dijo La Bella Isolda–, pues grandes penas sufre por mí sir Tristán, y yo por él.

Partió, pues, la doncella, y llevó cartas al rey Marco. Y cuando éste las hubo leído, y entendido, se enojó con sir Tristán, pues presumía que éste había enviado la doncella al rey Arturo. Y cuando el rey Marco leyó estas cartas sospechó traición por parte de sir Tristán.

–Doncella –dijo el rey Marco–, ¿queréis ir otra vez y llevar cartas

mías al rey Arturo?

–Señor –dijo ella–, estaré pendiente de vuestra orden para ir cuando vos queráis.

–Decís bien –dijo el rey–; volved mañana, y llevaréis las cartas.

Entonces partió, fue a La Bella Isolda y a Tristán y les dijo cómo debía volver a ir con cartas al rey Arturo.

–Entonces os rogamos –dijeron La Bella Isolda y sir Tristán– que cuando hayáis recibido vuestras cartas vengáis a nosotros, para que podamos ver el secreto de vuestras cartas.

–Todo lo que pueda hacer, señora, sabed bien que lo haré por sir Tristán, pues desde hace mucho tiempo soy su doncella.

Y a la mañana siguiente fue la doncella al rey Marco para recibir sus cartas y partir.

–He determinado –dijo el rey Marco– no enviar en esta sazón mis cartas.

Pero a continuación envió privada y secretamente cartas al rey Arturo, y a la reina Ginebra, y a sir Lanzarote. Partió el paje, y halló al rey y a la reina en Gales, en Caerleon. Y llegó el paje con las cartas estando el rey y la reina en misa. Y cuando hubo acabado la misa, el rey y la reina abrieron las cartas privadamente y a sus solas. Y al principio de la carta del rey decía muy secamente al rey Arturo que cuidase de sí mismo, y de su esposa, y de sus caballeros, pues harto capaz era él para gobernar y guardar a su esposa.

Capítulo 27

Cómo sir Lanzarote se enojó con la carta

que recibió del rey Marco, y de sir Dinadan

que compuso un lai sobre el rey Marco

Cuando el rey Arturo entendió la carta, entró en gran pensamiento, y pensó en las palabras de su hermana, la reina Morgana el Hada, que había dicho sobre la reina Ginebra y sir Lanzarote. Y en este pensamiento estuvo puesto mucho tiempo. Entonces recordó otra vez cómo su hermana era enemiga suya, y desamaba a la reina y a sir Lanzarote, y apartó todo eso de su pensamiento. Entonces el rey Arturo leyó la carta otra vez, cuya postrera cláusula decía que el rey Marco tomaba a sir Tristán por su enemigo mortal; por donde no dejaba duda al rey Arturo de que se vengaría de sir Tristán. Entonces se enojó el rey Arturo con el rey Marco.

Y cuando la reina Ginebra leyó su carta, y la entendió, se enojó sobremanera, pues la carta decía vergüenza de ella y de sir Lanzarote. Y envió la carta secretamente a sir Lanzarote.

Y cuando él conoció el propósito de la carta tuvo tal enojo que se echó en la cama a dormir, lo que conoció sir Dinadan, pues era su manera ser privado con todos los buenos caballeros. Y en tanto dormía sir Lanzarote, le quitó la carta de la mano, y la leyó palabra por palabra. Y entonces hizo gran lamentación, por enojo. Y despertó sir Lanzarote, fue a una ventana, y leyó la carta otra vez, lo que le puso mucho más furioso.

–Señor –dijo Dinadan–, ¿por qué estáis furioso? Descubridme vuestro corazón; pues en verdad sabéis que os tengo buena voluntad, aunque soy pobre caballero, y servidor vuestro y de todos los buenos caballeros. Pues aunque no sea de merecimiento, amo a todos los que son de merecimiento.

–Es verdad –dijo sir Lanzarote– que sois un leal caballero, y por gran lealtad os quiero confiar mi consejo.

Y cuando Dinadan lo oyó todo, dijo:

–Éste es mi consejo: no hagáis cuenta ninguna de esas amenazas, pues el rey Marco es tan villano que ningún hombre tendrá jamás con hermosas palabras cosa alguna de él. Pero veréis lo que voy a hacer: compondré un lai sobre él; y cuando lo tenga hecho, haré que un arpador lo cante delante de él.

Y fue luego y lo escribió, y se lo enseñó a un arpador llamado Eliot. Y cuando éste lo hubo aprendido, lo enseñó a muchos otros arpadores. Y por voluntad de sir Lanzarote, y de Arturo, los arpadores fueron derechamente a Gales, y a Cornualles, a cantar el lai que sir Dinadan había compuesto para el rey Marco, el cual era el peor lai que ningún arpador había cantado con arpa ni ningún otro instrumento.

Capítulo 28

Cómo fue herido sir Tristán, y de una guerra hecha al rey Marco; y de sir Tristán, cómo prometió rescatarlo

Ahora volvemos otra vez a sir Tristán y al rey Marco. Estando sir Tristán en una justa y torneo, acaeció que fue herido gravemente con una lanza y con una espada, aunque ganó siempre el grado. Y para reposarse fue a un buen caballero que vivía en Cornualles, en un castillo, llamado sir Dinas el Senescal.

Entonces, por mala fortuna, llegaron de Sajonia gran número de hombres de armas, y espantosa hueste, y llegaron cerca del Castillo de Tintagel; y el nombre de su capitán era Elías, buen hombre de armas.

Cuando el rey Marco oyó que sus enemigos habían entrado en su territorio hizo gran queja y lamentación, pues de ninguna manera quería el rey Marco por su voluntad enviar por sir Tristán, ya que lo aborrecía mortalmente. Y cuando llegó su consejo, calcularon e imaginaron muchos peligros de la fuerza de sus enemigos. Y entonces concluyeron todos a la vez, y dijeron así al rey Marco:

–Señor, sabed que debéis enviar por sir Tristán, el buen caballero, o jamás serán vencidos. Pues por sir Tristán han de ser vencidos; que

otra cosa es remar contra corriente.

–Entonces –dijo el rey Marco–, haré según vuestro consejo –y aunque era muy contrario a ello, la necesidad le obligó a enviar por él.

Entonces fue enviado llamar con toda la prisa que podía ser, para que fuese al rey Marco. Y cuando él supo que el rey Marco enviaba por él, montó sobre un manso caballo amblador, y fue al rey Marco. Y cuando llegó dijo el rey así:

–Gentil sobrino, sir Tristán, éste es el caso: aquí han llegado nuestros enemigos de Sajonia; están cerca de aquí, y deben ser rechazados sin dilación, de lo contrario destruirán este país.

–Señor –dijo sir Tristán–, sabed que todo mi poder está a vuestro servicio. Y sabed bien, señor, que en ocho días no podré llevar armas, pues mis heridas aún no están sanas. Y para ese día haré lo que pueda.

–Decís bien –dijo el rey Marco–; id, pues, otra vez y reposad y refrescaos, que yo iré a enfrentarme a los sajones con todo mi poder.

Y partió el rey a Tintagel, y sir Tristán fue a reposarse.

Y formó el rey una gran hueste, y la dividió en tres partes; la primera parte la guiaba sir Dinas el Senescal; sir Andred guiaba la segunda, y la tercera sir Argins; y éste era de la sangre del rey Marco. Y los sajones tenían tres grandes batallas, y muchos buenos hombres de armas.

Y así, el rey Marco, por consejo de sus caballeros salió del Castillo de Tintagel sobre sus enemigos. Y Dinas, el buen caballero, cabalgó delante, y mató a dos caballeros con sus propias manos, y allí empezaron las batallas. Y allá fue maravilloso quebrar de lanzas y herir de espadas, y caer muchos buenos caballeros. Y siempre era sir Dinas el Senescal el mejor del bando del rey Marco. Y la batalla duró mucho tiempo con gran mortandad. Pero finalmente el rey Marco y sir Dinas, aunque jamás fueron tan contrarios a ello, se retrajeron al Castillo de Tintagel con gran matanza de gente; y los

sajones los persiguieron tan de cerca que diez pasaron las puertas y cuatro fueron muertos por el rastrillo.

Entonces el rey Marco envió un paje a sir Tristán, para que le contase toda la mortandad. Seguidamente sir Tristán envió al paje de vuelta, y le dijo:

–Di al rey Marco que iré tan pronto como esté sano, pues antes de nada le puedo aprovechar –y el rey Marco tuvo su respuesta.

En eso fue Elías y mandó al rey que rindiese el castillo, «pues no podéis mantenerlo más tiempo».

–Señor Elías –dijo el rey–, el castillo rendiré si presto no soy rescatado.

Al punto envió el rey Marco otra vez por socorro a sir Tristán. A todo eso estaba sir Tristán ya sano, y había tenido diez buenos caballeros de Arturo; y con ellos cabalgó a Tintagel.

Y cuando vio la gran hueste de sajones se quedó muy maravillado. Cabalgó entonces sir Tristán por el bosque y los fosos, lo más encubiertamente que pudo, hasta que estuvo cerca de las puertas. Y allí un caballero enderezó hacia él cuando vio que sir Tristán quería entrar; y sir Tristán lo derribó muerto, y así mismo fueron servidos tres más. Y cada uno de estos diez caballeros mató a un hombre de armas. Y sir Tristán entró en el Castillo de Tintagel. Y cuando el rey Marco supo que estaba allí sir Tristán se alegró muchísimo de su llegada, y lo mismo toda la compañía, e hicieron gran gozo de él.

Capítulo 29

Cómo sir Tristán ganó la batalla, y cómo Elías pidió un hombre que luchase cuerpo a cuerpo

Y por la mañana fue Elías el capitán, y dijo al rey Marco:

–Sal y haz batalla; pues ahora que el buen caballero sir Tristán ha entrado será afrenta para ti –dijo– que guarde tus muros.

Cuando el rey Marco oyó esto, se enojó y no dijo ni una palabra; pero fue a sir Tristán y le pidió su consejo.

–Señor –dijo sir Tristán–, ¿queréis que le dé yo respuesta?

–De buen grado –dijo el rey Marco.

Entonces sir Tristán dijo así al mensajero:

–Lleva mandado a tu señor del rey y mío, que haremos batalla con él mañana en campo llano.

–¿Cuál es vuestro nombre? –dijo el mensajero.

–Sabe bien que mi nombre es sir Tristán de Lionís –y con esto partió el mensajero, y dijo a su señor Elías todo lo que había oído.

–Señor –dijo sir Tristán al rey Marco–, os ruego que me deis licencia para tener el gobierno de la batalla.

–Os ruego que lo toméis –dijo el rey Marco.

Entonces sir Tristán meditó de qué manera debía ser la batalla. Mandó dividir su hueste en seis partes y ordenó que sir Dinas el Senescal tuviese la delantera y que otros caballeros gobernasen las restantes. Y la misma noche sir Tristán quemó todas las naves de los sajones. Así que vio esto Elías, dijo que era obra de sir Tristán:

–Pues pretende que no escape un solo hijo de nuestras madres. Por tanto, gentiles compañeros, luchad liberalmente mañana, y no desalentéis; pues ningún caballero, aunque sea el mejor del mundo, puede haberlas con todos nosotros.

Entonces ordenaron sus batallas en cuatro partes, maravillosamente aparejadas y guarnecidas con hombres de armas. Sin embargo, sir Dinas y su compañía fueron puestos en lo peor.

En eso llegó sir Tristán y mató a dos caballeros con una lanza; y entonces siguió matando a diestra y a siniestra, de manera que los

hombres se maravillaban de que pudiese hacer tales hechos de armas. Y entonces vio cómo unas veces la batalla era empujada a un trecho de arco del castillo, y otras estaba en sus puertas.

A continuación llegó Elías el capitán acometiendo aquí y allá, y dio al rey Marco tan fuerte golpe encima del yelmo que lo arrojó de la silla. Y entonces sir Dinas encabalgó otra vez al rey Marco.

En eso llegó sir Tristán como un león, encontró con Elías, y le dio tan grave golpe en el yelmo que lo derribó de su silla. Y así lucharon hasta que fue de noche, y por la gran matanza y gente herida cada parte se retrajo a descansar.

Y cuando el rey Marco entró en el Castillo de Tintagel había perdido cien de sus caballeros, y los de fuera habían perdido doscientos; y examinaron a los hombres heridos en ambas partes. Y entonces fueron a consejo; y sabed bien que cada parte era contraria a luchar más, con tal que pudiese cada una escapar con honor.

Cuando el capitán supo la muerte de sus hombres hizo gran duelo; y cuando supo que no querían volver a batallar se enojó sobremanera. Entonces Elías envió decir al rey Marco, con gran despecho, si quería buscar un caballero que quisiese luchar por él cuerpo a cuerpo. Y que si él podía matar al caballero del rey Marco, tendría anualmente el tributo de Cornualles; «y si su caballero mata al mío, lo libraré de mi reclamación para siempre».

Entonces partió el mensajero al rey Marco, y le dijo cómo su señor Elías le enviaba decir, que buscase un caballero para hacer batalla por él cuerpo a cuerpo. Cuando el rey Marco oyó al mensajero, le pidió que esperase y tendría su respuesta. Entonces llamó a todos los barones para saber cuál era el mejor consejo. Todos dijeron a una vez:

–No tenemos ningún deseo de luchar en un campo, pues si no hubiese sido por la proeza de sir Tristán, probablemente no habríamos escapado; y por ende, señor, según creemos, estaría bien hallar un caballero que hiciese batalla con él, ya que lo ofrece caballerescamente.

Capítulo 30

Cómo sir Elías y sir Tristán lucharon por el tributo,

y cómo sir Tristán mató a Elías en el campo

Sin embargo, después de dicho todo esto, no pudieron hallar a ningún caballero que quisiese hacer batalla con él.

–Señor rey –dijeron todos–, no hay aquí ningún caballero que ose luchar con Elías.

–Ay –dijo el rey Marco–, entonces seré completamente avergonzado y destruido, a menos que mi sobrino sir Tristán quiera tomar la batalla sobre sí.

–Sabed bien –dijeron todos– que harto tuvo ayer entre manos, y está fatigado por esos trabajos, y malherido.

–¿Dónde está? –dijo el rey Marco.

–Señor –dijeron–, está en la cama descansando.

–Ay –dijo el rey Marco–, a menos que tenga el socorro de mi sobrino sir Tristán, seré totalmente destruido, y para siempre.

En eso fue uno a donde yacía sir Tristán, y le dijo qué había dicho el rey Marco. Y al punto sir Tristán se levantó ligeramente, se puso un vestido largo, y fue ante el rey y todos los señores. Y cuando los vio a todos en tal desmayo preguntó al rey y a los señores qué nuevas tenían.

–Nunca han sido peores –dijo el rey.

Y seguidamente le contó todo, cómo había recibido mensaje de Elías, de que buscase un caballero para luchar por el tributo de Cornualles, «y no puedo hallar ninguno. Y en cuanto a vos –dijo el

rey–, y todos los señores, no podemos pediros más por vergüenza; pues con vuestra osadía salvasteis ayer todas nuestras vidas».

–Señor –dijo sir Tristán–, entiendo que si quisiérais tener mi socorro, sería razón que hiciese yo lo que esté en mi poder, salvadas mi honra y mi vida, aunque estoy muy maltrecho y herido. Y ya que sir Elías ofrece tan generosamente, lucharé con él, y moriré en el campo, o libraré a Cornualles del viejo tributo. Y por ende, llamad con presteza a su mensajero y que tenga respuesta, aunque aún tengo frescas mis heridas, y peor aún estarán en siete noches de lo que ahora están; por ende tendrá respuesta de que haré yo batalla mañana con él.

Entonces fue traído el mensajero ante el rey Marco.

–Atiende, compañero –dijo sir Tristán–: ve a tu señor, y dile que haga de su parte por asegurar el tributo, como aquí el rey hará de la suya; y di a tu señor Elías que yo, sir Tristán, caballero del rey Arturo, y caballero de la Tabla Redonda, me enfrentaré mañana con tu señor a caballo, para hacer batalla lo que mi caballo pueda durar; y después de eso, hacer batalla con él a pie a todo trance.

El mensajero observó a sir Tristán de los pies a la cabeza; seguidamente partió, fue a su señor, y le contó cómo había sido respondido por sir Tristán.

Y seguidamente fueron puestos rehenes por ambas partes, y las mayores seguridades que podían ser, de manera que si una parte tenía la victoria, así acabase. Y seguidamente se reunieron ambas huestes a una y otra parte del campo, fuera del Castillo de Tintagel; y no había allí ninguno armado, sino sir Tristán y sir Elías.

Y hecho el acuerdo, se separaron y corrieron a juntarse con toda la fuerza que sus caballos podían correr. Y uno y otro caballero se dieron con tal fuerza que fueron a tierra caballos y caballeros. Sin embargo se levantaron con presteza y se pusieron el escudo en el hombro; y con la espada desnuda en la mano, arremetieron contra sí de manera que parecía que llameaba fuego en derredor de ellos. Y se acosaban y hurtaban, se tajaban los yelmos y las cotas, y se cortaban muchas rajas de los escudos, y se herían muy gravemente el uno al otro, de manera que la sangre caliente caía abundante a

tierra.

Y cuando ya llevaban luchando el espacio de una hora, sir Tristán se sintió flojo por la sangre perdida, y empezó a ir para atrás. Vio esto sir Elías, y siguió ferozmente sobre él, hiriéndole en muchos sitios. Y no cesaba sir Tristán de hurtar y esquivar, y retraerse de aquí para allá, cubriéndose débilmente con el escudo como podía, de manera que todos decían que iba de vencida; pues sir Elías le daba veinte cuchilladas por cada una de las suyas.

Allí fue reír, entonces, en la parte de los sajones, y gran duelo en la del rey Marco.

–Ay –dijo el rey–, afrentados y destruidos somos todos para siempre.

Pues como dice el libro, nunca fue sir Tristán tan sobrepujado, salvo por sir Lanzarote.

Y mientras estaban mirando ambas partes, riendo la una y llorando la otra, recordó sir Tristán a su dama, La Bella Isolda, que le estaría observando, y cómo probablemente no iría más a su presencia. Entonces levantó el escudo, que antes llevaba muy bajo. Y enderezó luego el escudo hacia Elías, y le dio muchos tajos crueles, veinte contra uno, y le rajó el escudo y la cota, de manera que la sangre caliente manó a tierra.

Entonces comenzó a reír el rey Marco, y todos los de Cornualles y los de la otra parte a llorar.

Y no cesaba sir Tristán de decir a sir Elías: «Ríndete». Y cuando sir Tristán lo vio tambalearse, dijo:

–Señor Elías, mucho me pesa por ti, pues eres muy buen caballero, el mejor con quien me he enfrentado jamás, excepto sir Lanzarote.

Y en esto sir Elías cayó a tierra, y allí murió.

–¿Qué debo hacer? –dijo sir Tristán al rey Marco–, pues esta batalla ha tocado a su fin.

Entonces se fueron los del bando de Elías, y el rey Marco tomó de

ellos muchos prisioneros para reparar el daño y destrozo que había recibido de ellos; y a los restantes los envió a su país para rescatar a sus compañeros.

Entonces fue sir Tristán examinado y bien curado. Sin embargo, pese a todo esto, el rey Marco habría querido matar a sir Tristán. Pero pese a todo lo que sir Tristán veía y oía del rey Marco, no se guardaba de su traición, sino que siempre quería estar donde estaba La Bella Isolda.

Capítulo 31

Cómo a una gran fiesta que hizo

el rey Marco llegó un arpador y cantó el lai

que había compuesto Dinadan

Ahora pasamos de este asunto, y hablamos de los arpadores que sir Lanzarote y sir Dinadan habían enviado a Cornualles. Y en la gran fiesta que el rey Marco hizo por el contento de que los sajones hubiesen sido arrojados de su país, llegó allí el arpador Eliot con el lai que Dinadan había compuesto, y fue secretamente a sir Tristán, y le dijo el lai que Dinadan había compuesto por el rey Marco. Y cuando sir Tristán lo oyó, dijo:

–Oh, Señor Jesús, ese Dinadan puede hacer grandísimo bien o mal, una de dos.

–Señor –dijo Eliot–, ¿me atreveré a cantar esta canción delante del rey Marco?

–Sí, por mi vida –dijo sir Tristán–; pues yo seré tu amparador.

Entonces en la comida entró Eliot el arpador, y como era un hábil arpador, los hombres le oyeron cantar el mismo lai que Dinadan había compuesto, el cual hablaba lo más injuriosamente del rey

Marco y de su traición, como jamás oyera hombre ninguno.

Cuando el arpador hubo cantado su canción hasta el fin, el rey Marco, muy enojado, dijo:

–Arpador, ¿cómo te atreves a ser tan osado de cantar esta canción ante mí?

–Señor –dijo Eliot–, sabed bien que soy juglar, y debo hacer como me mandan estos señores cuyas armas llevo. Y señor, sabed que sir Dinadan, caballero de la Tabla Redonda, hizo esta canción, y me mandó cantarla ante vos.

–Bien has dicho –dijo el rey Marco–; y porque eres juglar podrás irte sin daño, pero te aconsejo que te vayas presto de mi vista.

Y partió el arpador, y fue a sir Tristán, y le contó cómo había parado. Entonces sir Tristán mandó escribir cartas lo más graciosas que pudo para Lanzarote y sir Dinadan. E hizo conducir al arpador fuera del país.

En cuanto a enojarse el rey Marco, mucho fue lo que se enojó, pues imaginó que el lai cantado ante él había sido compuesto por consejo de sir Tristán; por lo que pensó matarle a él y a todos los que le tenían buena voluntad en ese país.

Capítulo 32

Cómo el rey Marco mató a traición a su hermano Boudwin, por buen servicio que le había hecho

Ahora volvemos a otro asunto que aconteció entre el rey Marco y su hermano, al que llamaban el buen príncipe Boudwin, al que toda la gente del país amaba muy bien.

Y acaeció un día que los infieles sarracenos desembarcaron en el

país de Cornualles poco después que estos sajones se hubiesen ido. Y entonces el buen príncipe Boudwin, ante el desembarco, levantó al país secretamente y con gran prisa. Y antes de que el día esclareciese mandó prender fuego a tres de sus propias naves, y puso vela súbitamente, y con el viento, hizo que las naves se metiesen entre la escuadra de los sarracenos. Y para abreviar, estas tres naves pusieron fuego a todas las otras naves, de manera que no se salvó ninguna. Y al punto del día, el buen príncipe Boudwin con toda su compañía fue sobre los infieles con gritos y estruendo, y mató hasta el número de cuarenta mil, y no dejó ninguno vivo.

Cuando el rey Marco supo esto se enojó en extremo de que su hermano hubiese ganado tal honra. Y como este príncipe era más amado que él en todo ese país, y también Boudwin amaba mucho a sir Tristán, por todo esto pensó matarlo.

Y así, a toda prisa, como hombre fuera de su juicio, envió por el príncipe Boudwin y Anglides su esposa, pidiéndoles que trajesen con ellos a su joven hijo, para que pudiese verlo. Todo esto lo hacía con el propósito de matar al hijo y al padre; pues era el más falso traidor de cuantos habían nacido. ¡Ay!, y por su bondad y sus buenos hechos este gentil príncipe Boudwin fue asesinado.

Pues cuando llegó con su esposa Anglides, el rey hizo hermosa muestra hasta que hubieron comido. Y cuando acabaron de comer, el rey Marco envió por su hermano y dijo así:

–Hermano, ¿qué hicisteis cuando los infieles arribaron cerca de vos? Creo que vuestra obligación era haberme enviado aviso, para que yo hubiese podido estar en esa jornada, pues habría sido razón que hubiese tenido yo la honra y no vos.

–Señor –dijo el príncipe Boudwin–, lo hice así porque si esperaba hasta haber enviado por vos, esos infieles habrían destruido mi país.

–Mientes, falso traidor –dijo el rey Marco–; pues siempre buscas ganar honra sobre mí, y ponerme en deshonor, y aprecias a los que yo aborrezco.

Y sin otra cosa le atravesó el corazón con una daga, de manera que no volvió a hablar.

Entonces la señora Anglides hizo gran duelo, y se desvaneció, pues vio matar a su señor ante sus ojos.

Entonces no hubo más, sino que el príncipe Boudwin fue despojado y llevado a su enterramiento. Pero Anglides tomó encubiertamente el jubón y la camisa de su esposo, y guardó ambas cosas en secreto.

Entonces hubo mucha aflicción y llanto, y gran duelo hicieron sir Tristán, sir Dinas, sir Fergus, y así mismo todos los caballeros que allí estaban; pues este príncipe era muy bien amado.

Y La Bella Isolda envió mandado a Anglides, esposa del príncipe Boudwin, y le dijo que se fuese ligeramente, pues su joven hijo Alisander le Orphelin sería muerto. Cuando Anglides oyó esto, tomó un caballo y a su hijo, y se fue con los pobres criados que se atrevieron a cabalgar con ella.

Capítulo 33

Cómo Anglides, esposa de Boudwin,

escapó con su joven hijo, Alisander le Orphelin,

y llegó al Castillo de Arundel

Sin embargo, después que el rey Marco hubo hecho esta acción, aún pensó aumentar venganza; y espada en mano, fue de cámara en cámara, buscando a Anglides y a su joven hijo. Y cuando la echó en falta, llamó a un buen caballero llamado Sadok, y le encomendó, so pena de su vida, que le trajese a Anglides y a su joven hijo.

Y partió sir Sadok y fue en pos de Anglides. Y al cabo de diez millas la alcanzó y le mandó que se diese la vuelta y cabalgase con él al rey Marco.

–¡Ay, gentil caballero! –dijo ella–, ¿qué ganaréis vos con la muerte de mi hijo y mía? Harto daño he tenido, y pérdida demasiada.

–Señora –dijo Sadok–, de vuestra pérdida es duelo y lástima. Pero, señora, si queréis partir de este país con vuestro hijo, y guardarlo hasta que sea de edad, que pueda vengar la muerte de su padre, entonces consentiré que os vayáis de mí, con tal que me prometáis vengar la muerte del príncipe Boudwin.

–Ah, gentil caballero, Jesús te lo agradezca; y si mi hijo, Alisander le Orphelin, vive para ser caballero, tendrá el jubón de su padre, y su camisa, con las señales sangrientas, y le daré tal encomienda que lo recordará mientras viva.

Y con esto se separó Sadok de ella, y cada uno encomendó al otro a Dios.

Y cuando Sadok volvió al rey Marco le dijo que había ahogado puntualmente al joven Alisander; de lo que se alegró el rey Marco muchísimo.

Ahora volvemos a Anglides, que cabalgó día y noche a la ventura hasta salir de Cornualles, descansando poco y en escasos lugares, sino yendo siempre hacia el sur, y hacia la costa, hasta que llegó por fortuna a un castillo llamado Magouns, y ahora se llama Arundel, en Sussex. Y el condestable del castillo le dio la bienvenida, y dijo que era bien llegada a su castillo; y allí fue Anglides honrosamente recibida, pues la esposa del condestable era prima cercana suya, y el nombre de este condestable era Bellangere; y este mismo condestable dijo a Anglides que el castillo mismo era de ella por derecha herencia.

Y allí vivió Anglides años e inviernos, hasta que Alisander se hizo grande y fuerte; ninguno había tan recio en todo aquel país, ni había quien pudiese hacer ninguna clase de maestría mejor que él.

Capítulo 34

Cómo Anglides dio el jubón sangriento

a Alisander su hijo el mismo día que

fue hecho caballero, y de su encomienda

Y un día fue el condestable Bellangere a Anglides y le dijo:

–Señora, sería sazón para que mi señor Alisander fuese hecho caballero, pues es muy fuerte mancebo.

–Señor –dijo ella–, quisiera que fuese hecho caballero; pero entonces debo darle la más grande encomienda que haya dado nunca una madre pecadora a su hijo.

–Haced como os plazca –dijo Bellangere–, y yo le haré advertencia de que va a ser hecho caballero. Estaría bien que pudiese ser hecho el día de la Anunciación de Nuestra Señora.

–Que así sea –dijo Anglides–; y os ruego que aparejéis para ello.

Fue, pues, el condestable a Alisander, y le dijo que el día de la Anunciación de Nuestra Señora sería hecho caballero.

–Gracias a Dios –dijo Alisander–; ésta es la mejor nueva que jamás me ha llegado.

Entonces el condestable ordenó que veinte hijos de los más grandes gentileshombres, y de las mejores cunas del país, debían ser hechos caballeros el mismo día en que iba a ser hecho Alisander. Y el mismo día en que Alisander y sus veinte compañeros fueron hechos caballeros, en la ofrenda de la misa, fue Anglides a su hijo y le dijo así:

–Oh, gentil y dulce hijo, te encomiendo por mi bendición, y la alta orden de caballería que aquí tomas este día, que entiendas lo que te voy a decir y encomendar.

Seguidamente sacó un jubón sangriento y una camisa sangrienta, ambas prendas empapadas con vieja sangre. Al ver esto Alisander se echó atrás y se demudó, y dijo:

–Gentil madre, ¿qué significa esto?

–Te lo voy a decir, gentil hijo: éstos son el jubón y la camisa de tu padre, que llevaba sobre sí el día en que fue muerto.

Y allí le contó el porqué, y cómo «por su bondad el rey Marco le mató con su daga ante mis propios ojos. Y por ende, ésta será la encomienda que te doy:

Capítulo 35

Cómo hablaron al rey Marco de Alisander,

y cómo quiso matar a sir Sadok por salvarle la vida

»Te requiero, y encarezco por mi bendición, y por la alta orden de caballería, que vengues en el rey Marco la muerte de tu padre», y seguidamente cayó desvanecida. Entonces Alisander corrió a su madre, la tomó en sus brazos y dijo:

–Gentil madre, gran encomienda me habéis dado, y aquí os prometo que me vengaré del rey Marco en cuanto pueda; y eso lo prometo a Dios y a vos.

Acabó esta fiesta, y el condestable, por consejo de Anglides, mandó proveer a Alisander de buen caballo y arnés. Entonces justó con sus veinte compañeros que habían sido hechos caballeros con él, y para abreviar, derrocó a los veinte, de manera que ninguno le pudo resistir un golpe.

Entonces partió uno de estos caballeros al rey Marco, y le contó todo, cómo Alisander había sido hecho caballero, y toda la encomienda que su madre le había dado como ya habéis oído.

–¡Ay, falsa traición! –dijo el rey Marco–, yo creía que ese mancebo traidor había sido muerto. ¡Ay!, ¿en quién podré fiar?

Y seguidamente tomó el rey Marco una espada en la mano, y buscó a sir Sadok de cámara en cámara para matarlo. Cuando sir Sadok

vio venir al rey Marco espada en mano, dijo así:

–Guárdate, rey Marco, de acercarte a mí; pues sabe bien que salvé la vida a Alisander, de lo que no me arrepiento, pues falsa y cobardemente mataste a su padre Boudwin, y traidoramente, por sus buenos hechos; por lo que ruego a Jesús Todopoderoso que envíe poder y fuerza a Alisander para vengarse de ti. Y ahora rey Marco guárdate del joven Alisander, pues ha sido hecho caballero.

–¡Ay –dijo el rey Marco–, que haya tenido que oír a un traidor hablar así ante mí!

Y en esto sacaron sus espadas cuatro de los caballeros del rey Marco para matar a sir Sadok, pero al punto sir Sadok los mató a todos en presencia del rey Marco. Y a continuación sir Sadok pasó a su cámara, tomó su caballo y arnés, y emprendió su camino a buen paso. Pues ni sir Tristán, ni sir Dinas, ni sir Fergus tenían a sir Sadok ninguna mala voluntad.

Entonces se enfureció el rey Marco, y pensó destruir a sir Alisander, y a sir Sadok por haberlo salvado; pues el rey Marco temía y aborrecía a Alisander más que a ningún hombre de cuantos vivían.

Cuando sir Tristán oyó que Alisander había sido hecho caballero, al punto le envió una carta, rogándole y encareciéndole que fuese a la corte del rey Arturo y se pusiese bajo el gobierno y las manos de sir Lanzarote. Y esta carta fue enviada a sir Alisander por su primo sir Tristán. Y en esa sazón pensó hacer según su mandamiento.

Entonces el rey Marco llamó a un caballero para que le trajese nuevas de Alisander, y le mandó que permaneciese calladamente en ese país.

–Señor –dijo el caballero–, así debo hacerlo, pues a mi propio país no me atrevo a ir.

–No te importe –dijo el rey Marco–, yo te daré aquí el doble de tierras que tenías en el tuyo.

Pero en breve espacio sir Sadok se enfrentó a este falso caballero y lo mató. Entonces el rey Marco se enojó sobremanera y envió

mandado a la reina Morgana el Hada, y a la reina de Northgales, rogando en sus cartas a ambas hechiceras que pusiesen fuego a todo el país con dueñas que eran encantadoras, y por los que eran caballeros peligrosos, como Malgrin o Breunis Saunce Pité, de manera que por ningún medio pudiese escapar Alisander le Orphelin, sino que fuese prendido o muerto. Esta orden dio el rey Marco para destruir a Alisander.

Capítulo 36

Cómo sir Alisander ganó el galardón

en un torneo, y de Morgana el Hada;

y cómo luchó él con sir Malgrin, y lo mató

Ahora volvemos otra vez a sir Alisander, que al despedirse de su madre tomó consigo la camisa sangrienta de su padre. Y la llevó siempre, hasta el día de su muerte, como prenda que le hiciese pensar en la muerte de su padre.

Y estaba Alisander determinado a ir a Londres, por consejo de sir Tristán, y a sir Lanzarote. Y por fortuna fue por la costa, y cabalgó erradamente. Y allí ganó en un torneo el grado que había hecho el rey Carados. Y derribó al rey Carados y a veinte de sus caballeros, y también a sir Safer, un buen caballero que era hermano de sir Palomides, el buen caballero.

Todo esto vio una doncella, y fue a Morgana el Hada, y le dijo cómo había visto justar al mejor caballero de cuantos había conocido. Y siempre que derribaba un caballero, le hacía jurar que no llevaría arnés en doce meses y un día.

–Bien dicho está eso –dijo Morgana el Hada–; este caballero me placería ver.

Y tomó su palafrén, cabalgó mucho tiempo, y después descansó en su pabellón. Y llegaron entonces cuatro caballeros, dos de ellos armados y otros dos desarmados, y dijeron sus nombres a Morgana el Hada: el primero era Elías de Gomeret, el segundo era Car de Gomeret, que eran los armados; y los otros dos eran de Camelerd, parientes de la reina Ginebra, y el uno se llamaba Guy y el otro Garaunt, que eran los desarmados.

Y estos cuatro caballeros dijeron a Morgana el Hada cómo un caballero mancebo los había derribado delante de un castillo:

–Pues la doncella de ese castillo dijo que era recién hecho caballero, y mancebo. Pero suponemos que, si no es sir Tristán, o sir Lanzarote, o sir Lamorak el buen caballero, no hay ninguno que pueda sentarle un bote con una lanza.

–Bien –dijo Morgana el Hada–, veré a ese caballero antes de que pase mucho tiempo, si vive en este país.

Y volvemos a la doncella del castillo, que cuando Alisander le Orphelin hubo vencido a los cuatro caballeros, lo llamó a ella, y le dijo:

–Señor caballero, ¿quieres por mí justar y luchar con un caballero, en mi nombre, de este país, que es y ha sido desde mucho tiempo mal vecino mío? Su nombre es Malgrin, y no consiente que me case de ninguna manera, por mucho que yo puedo hacer, ni ningún caballero en mi nombre.

–Doncella –dijo Alisander–, si viene mientras estoy aquí, lucharé con él, y arriesgaré mi pobre cuerpo por vos.

Y al punto envió la doncella por él, pues estaba a lo que ella le mandase. Y cuando estuvieron el uno a la vista del otro, se apercibieron para justar, y se juntaron con mucha gana, y Malgrin destrozó su lanza sobre Alisander, y Alisander le dio a su vez tan fuerte que lo tiró de la silla a tierra.

Pero este Malgrin se levantó con presteza, embrazó su escudo, sacó la espada y le mandó que se apease, diciendo:

–Aunque me ganes a caballo, verás cómo resisto como un caballero a pie.

–Bien dicho está –dijo Alisander, y dejó ligeramente su caballo, y lo entregó a su paje.

Y entonces se acometieron como dos jabalíes, asestándose golpes sobre el yelmo y el escudo mucho tiempo, por espacio de tres horas, de manera que nadie podía decir cuál de ellos era mejor caballero. Y entretanto fue Morgana el Hada a la doncella del castillo, y observaron juntas la batalla.

Pero este Malgrin era un caballero viejo y experimentado, y tenido por uno de los peligrosos caballeros del mundo en hacer batalla a pie, aunque a caballo los había mucho mejores. Y siempre este Malgrin trabajaba por matar a Alisander, y le hería muy gravemente, de manera que era maravilla que pudiese seguir de pie, por la mucha sangre que había sangrado; pues Alisander luchaba con furia pero no avisadamente. Y el otro era un caballero criminal, y lo acechaba, y lo hería cruelmente. Y a veces se embestían con los escudos, como dos jabalíes o carneros, y caían ambos de bruces a tierra.

–Caballero –dijo Malgrin–, ten tu mano un momento, y dime quién eres.

–No lo haré –dijo Alisander–, sino por mi placer.

–Dime tu nombre, y por qué guardas este país, o morirás por mis manos. Sabe bien –dijo Malgrin– que por amor a esta doncella de este castillo he matado a diez buenos caballeros por desventura; y por mi crudeza y orgullo he matado a otros diez.

–Así Dios me ayude –dijo Alisander–; ésta es la más deshonesta confesión que he oído hacer a ningún caballero, ni he oído decir a otros que hiciera nadie tan vergonzosa confesión; por lo que sería gran lástima y vergüenza por mi parte dejar que vivas más tiempo; por tanto, guárdate lo mejor que puedas, pues como caballero verdadero que soy, o me matas tú a mí o yo a ti, te lo prometo lealmente.

Entonces se acometieron fieramente, y finalmente Alisander derribó a Malgrin a tierra. Y le arrancó entonces el yelmo, y le cortó la cabeza con presteza. Y cuando hubo hecho y acabado esta batalla, llamó luego a su paje, y éste le trajo su caballo. Entonces, creyéndose aún con fuerza sobrada, quiso montar sobre su caballo, pero no pudo por debilidad. Y dijo entonces:

–*¡Ah, Jesús, socórreme!*

En eso llegó Morgana el Hada y le dijo que tuviese buen ánimo. Y acostó a sir Alisander en una litera de caballos, y lo llevó al castillo, pues no tenía pie ni fuerza para sostenerse él solo; pues tenía dieciséis grandes heridas, y en especial una de ellas podía ser su muerte.

Capítulo 37

Cómo la reina Morgana el Hada tuvo a Alisander en su castillo, y cómo sanó sus heridas

Entonces la reina Morgana el Hada le examinó las heridas, y le puso tal ungüento que parecía que iba a morir. Y por la mañana, cuando fue a él, lo oyó quejarse lastimeramente; entonces le puso otros ungüentos y le cesó el dolor. Entonces llegó la doncella del castillo y dijo a Morgana el Hada:

–Os ruego que me ayudéis para que este caballero se case conmigo, pues me ha ganado con sus manos.

–Veréis –dijo Morgana el Hada– lo que diré.

Y fue Morgana el Hada a Alisander y le pidió que, comoquiera que fuese, rehusase a esta dama «si desea casarse con vos, pues no es para vos».

Y fue la doncella y le pidió que se casase con ella.

–Doncella –dijo Orphelin–, os lo agradezco, pero no he determinado casarme en este país.

–Señor –dijo ella–, ya que no queréis casaros conmigo, os ruego, ya que me habéis ganado, que me deis un caballero de este país que ha sido mi amigo y me ama desde hace muchos años.

–De todo corazón –dijo Alisander– accederé a ello.

Entonces fue enviado llamar el caballero, que tenía por nombre Gerin le Grose. Y al punto les hizo darse promesa, y se desposaron.

Entonces fue la reina Morgana el Hada a Alisander, le ordenó que se levantase y se pusiese en una litera de caballos, y le dio tal licor que en tres días y tres noches no despertó, sino que estuvo dormido, y así lo llevó ella a su propio castillo, que en aquel tiempo se llamaba La Beale Regard. Entonces se llegó Morgana el Hada a Alisander y le preguntó si tenía deseo de sanar.

–¿Quién querría estar enfermo –dijo Alisander–, si pudiese estar sano?

–Pues entonces –dijo Morgana el Hada– me debéis prometer por vuestra caballería que en doce meses y un día no pasaréis los límites de este castillo, y sanaréis ligeramente sin dudar.

–Accedo –dijo sir Alisander.

E hizo promesa; y en poco tiempo sanó.

Y cuando Alisander estuvo sano, se arrepintió de su juramento, pues no se podía vengar del rey Marco.

Al poco tiempo llegó una doncella que era sobrina del conde del Paso y prima de Morgana el Hada. Y por derecho este castillo de La Beale Regard debía haber sido suyo por herencia verdadera. Y entró esta doncella en este castillo donde yacía Alisander, y allí lo halló en su lecho, muy afligido y atristado.

Capítulo 38

Cómo Alisander fue liberado de la reina

Morgana el Hada por medio de una doncella

–Señor caballero –dijo la doncella–, si os alegraseis podría daros buenas nuevas.

–Bien me vendría –dijo Alisander– poder oír buenas nuevas, pues ahora estoy como prisionero por mi promesa.

–Señor –dijo ella–, sabed que estáis prisionero, y peor de lo que imagináis; pues mi señora y prima la reina Morgana el Hada os guarda aquí no con otra intención sino la de hacer su placer con vos cuando sea de su grado.

–Oh, Jesús me guarde de tal placer –dijo Alisander–, pues antes me quisiera cortar los testículos que darle tal placer.

–Con ayuda de Jesús –dijo la doncella–, si queréis amarme y gobernaros por mí, os pondré libre con vuestra honra.

–Decidme por qué medio –dijo Alisander– y tendréis mi amor.

–Gentil caballero –dijo ella–, este castillo debería ser mío por derecho, y tengo un tío el cual es un poderoso conde, el Conde del Paso, y de todo el mundo es a Morgana el Hada a quien más aborrece; y enviaré mandado a él y le rogaré que por mí destruya este castillo, por las malvadas costumbres que en él se usan; entonces vendrá y pondrá fuego a todas partes del castillo, y yo os sacaré por una secreta poterna, y allí tendréis vuestro caballo y vuestro arnés.

–Bien decís, doncella –dijo Alisander.

Y entonces dijo ella:

–Podréis permanecer en el espacio de este castillo doce meses y un día, y así no quebrantar vuestro juramento.

–Ciertamente, gentil doncella –dijo Alisander–, decís verdad.

Y entonces la besó, y le hizo placer como plació a ambos a ratos y ocasiones.

Y luego envió ella mandado a su tío pidiéndole que fuese a destruir este castillo; pues como dice el libro, lo habría destruido ya antes de no ser por esta doncella.

Cuando el conde recibió sus letras le envió nueva de que tal día iría él y destruiría este castillo.

Y cuando llegó ese día la doncella mostró a Alisander una poterna por la que debía huir a un jardín, y allí hallaría su armadura y su caballo. Cuando llegó el día convenido, llegó el Conde del Paso con cuatrocientos caballeros, y puso fuego a todas las partes del castillo, de manera que antes de que acabasen no quedaba en pie una sola piedra.

Y todo este tiempo que el fuego estuvo en el castillo permaneció él en el jardín. Y cuando se apagó el fuego mandó pregonar que guardaría esta pieza de tierra donde había estado el castillo de La Beale Regard doce meses y un día, de toda suerte de caballeros que llegasen.

Y acaeció que había un duque llamado Ansirus, el cual era del linaje de sir Lanzarote. Y este caballero era gran peregrino, pues cada tres años iba a Jerusalén. Y porque toda su vida usó ir en peregrinación le llamaban duque Ansirus el Peregrino. Y este duque tenía una hija llamada Alicia que era mujer muy hermosa, y por su padre era llamada Alicia la Bella Peregrina.

Y como oyese ella este pregón fue a la corte del rey Arturo, y dijo abiertamente, a oídos de muchos caballeros, que «el caballero que pueda vencer al caballero que guarda esa pieza de tierra me tendrá a mí y todas mis tierras».

Cuando los caballeros de la Tabla Redonda la oyeron decir esto, muchos se alegraron, pues era muy hermosa y de grandes rentas.

E hizo ella su pregón en castillos y pueblos tan abundantemente por su parte como lo hizo Alisander por la suya. Entonces hincó su pabellón al lado mismo de la pieza de tierra que guardaba

Alisander.

Y no bien estuvo allí, llegó un caballero de la corte de Arturo llamado Sagramore le Desirous y ofreció justar con Alisander; y se encontraron, y Sagramore le Desirous rompió su lanza sobre sir Alisander, pero sir Alisander le dio tan fuerte que lo hizo saltar de su silla.

Y cuando la Bella Alicia le vio justar tan bien, lo tuvo por un muy gallardo caballero a caballo. Entonces salió ligeramente de su pabellón, tomó a Alisander por la brida, y dijo así:

–Gentil caballero, te requiero de tu caballería que me enseñes tu cara.

–Bien puedo –dijo Alisander– mostraros mi cara.

Entonces se quitó el yelmo, le vio ella la cara, y dijo: «

–Oh, dulce Jesús, a ti debo amarte, y a ningún otro.

–Entonces, mostradme vuestra cara –dijo él.

Capítulo 39

Cómo Alisander topó con Alicia

la Bella Peregrina, y cómo justó con dos caballeros;

y después, de él y de sir Mordred

Entonces se quitó ella la toca de la cara. Y cuando él la vio, dijo:

–Aquí he hallado yo a mi amor y a mi dama. En verdad, hermosa señora –dijo–, prometo ser de vos, y de ninguna otra de cuantas tienen vida.

–Ahora, gentil caballero –dijo ella–, decidme vuestro nombre.

–Mi nombre –dijo él– es Alisander le Orphelin. Y ahora, doncella, decidme el vuestro.

–Yo me llamo –dijo ella– Alicia la Bella Peregrina. Y cuando hayamos sosegado más nuestro corazón, nos diremos de qué sangre venimos –y hubo gran amor entre ellos.

Y mientras así hablaban, llegó un caballero llamado Harsouse le Berbeus, y pidió parte de las lanzas de sir Alisander.

Entonces sir Alisander se encontró con él, y en la primera carrera sir Alisander lo derribó por la grupa del caballo.

Y llegó otro caballero que se llamaba sir Hewgon, y sir Alisander lo derribó como al otro.

Entonces sir Hewgon ofreció hacer batalla a pie. Sir Alisander lo venció con tres cuchilladas, y allí lo habría matado si no se hubiese rendido.

Seguidamente sir Alisander hizo jurar a ambos caballeros que no llevarían armadura en doce meses y un día. Entonces se apeó sir Alisander, y fue a descansar y reposarse.

Entonces la doncella que había ayudado a sir Alisander a salir del castillo, holgando, contó a Alicia todo, cómo estaba prisionero en el castillo de La Beale Regard y allí le contó cómo lo había sacado de prisión.

–Señor –dijo Alicia la Bella Peregrina–, creo que estáis muy obligado a esta doncella.

–Eso es verdad –dijo sir Alisander.

Y allí le contó Alicia de qué sangre venía:

–Señor, sabed bien –dijo– que soy de la sangre del rey Ban, que fue padre de sir Lanzarote.

–En verdad, hermosa señora –dijo sir Alisander–, mi madre me

contó que mi padre era hermano de un rey, y que soy primo hermano de sir Tristán.

Y en tanto estaban así llegaron tres caballeros, de los que uno se llamaba Vains, otro Harvis de les Marches, y el tercero Perin de la Montaine. Y con una lanza sir Alisander los derribó a los tres, y les infligió tales caídas que no tuvieron ningún deseo de luchar a pie. Y les hizo jurar que no llevarían armas en doce meses.

Y cuando hubieron partido, sir Alisander, a caballo, miró a su señora Alicia que estaba a pie en su pabellón. Y se quedó tan arrobado viéndola que no sabía si estaba a caballo o a pie.

En eso llegó el falso caballero sir Mordred, y al ver a sir Alisander tan absorto en su dama, tomó su caballo por la brida, y lo llevó de aquí para allá, con el propósito de sacarlo fuera del límite para afrentarlo.

Cuando la doncella que le ayudó a salir del castillo vio cuán vergonzosamente era llevado, al punto se armó, y se puso un escudo sobre el hombro; montó seguidamente sobre su caballo, tomó una espada desnuda en la mano, y acometió a Alisander con toda su fuerza, y le dio tal revés que creyó éste que le salía fuego de los ojos.

Y cuando Alisander sintió el golpe, miró en derredor suyo, y sacó su espada. Y al ver ella esto, huyó, y lo mismo sir Mordred, a la floresta, y la doncella se metió en el pabellón.

Cuando Alisander comprendió cómo el falso caballero le habría avergonzado de no haber sido por la doncella, se enojó consigo mismo, de que sir Mordred hubiese escapado de sus manos. Pero después sir Alisander y Alicia tuvieron buena risa de la doncella, cuán fuertemente le había herido encima del yelmo.

Y así justó sir Alisander, día tras día, e hizo a pie muchas batallas con muchos caballeros de la corte del rey Arturo, y con muchos caballeros extranjeros. Por tanto, contar todas las batallas que hizo sería harto referir, pues cada día de esos doce meses las hubo con uno u otro caballero, y algunos días con tres o con cuatro; y no hubo caballero que le venciese.

Y al cabo de los doce meses partió con su dama, Alicia la Bella Peregrina. Y la doncella no quiso separarse nunca de él; y así entraron en su país de Benwick, y allí vivieron con gran contentamiento.

Capítulo 40

Cómo sir Galahaut hizo pregonar una justa en Surluse, y los caballeros de la reina Ginebra debían justar contra todos los que llegasen

Pero como dice el libro, el rey Marco no quería cejar hasta matarlo por traición. Y sir Alisander tuvo en Alicia un hijo que se llamó Bellengerus le Beuse. Y por buena fortuna llegó a la corte del rey Arturo, donde probó ser muy buen caballero; y allí vengó la muerte de su padre, pues el falso rey Marco mató a sir Tristán y a Alisander, falsa y felonamente.

Y acaeció que Alisander no tuvo nunca gracia ni fortuna al llegar a la corte del rey Arturo. Pues si hubiese ido a sir Lanzarote, todos los caballeros que le conocían habrían dicho que era uno de los más fuertes caballeros que había en los días de Arturo; y gran lamentación se hizo por él. Así, pues, lo dejamos, y nos volvemos a otro cuento.

Y acaeció que sir Galahaut, el Alto Príncipe, era señor del país de Surluse, de donde procedían muchos buenos caballeros. Y este noble príncipe era muy buen hombre de armas, y tenía siempre una noble compañía con él. Y llegó entonces a la corte del rey Arturo y le dijo su intención, cómo era su voluntad mandar pregonar una justa en el país de Surluse, el cual país estaba dentro de las tierras del rey Arturo, y allí pedía licencia para pregonar una justa.

–Os doy licencia –dijo el rey Arturo–; pero sabed bien que no podré

estar allí.

–Señor –dijo la reina Ginebra–, dadme licencia, si os place, para estar en esa justa.

–De muy buen grado –dijo Arturo–; pues sir Galahaut, el Alto Príncipe, os tendrá en gobierno.

–Señor –dijo Galahaut–, haré como vos queráis.

–Señor –dijo entonces la reina–, llevaré conmigo a los caballeros más de mi grado.

–Haced como queráis –dijo el rey Arturo.

Y al punto mandó a sir Lanzarote que se aparejase con los caballeros que juzgase más conveniente. Y en cada buena ciudad y castillo de esta tierra se hizo pregón de que en el país de Surluse sir Galahaut haría una justa que duraría ocho días, y cómo el Alto Príncipe, con ayuda de los caballeros de la reina Ginebra, justaría contra toda suerte de hombres que allí acudiesen. Cuando este pregón fue conocido, los reyes y príncipes, duques y condes, barones y nobles caballeros, se apercibieron para estar en esa justa. Y el día de la justa entró sir Dinadan disfrazado, e hizo muchos grandes hechos de armas.

Capítulo 41

Cómo luchó sir Lanzarote en el torneo,

y cómo sir Palomides hizo allí armas por una doncella

Entonces, a requerimiento de la reina Ginebra y del rey Bagdemagus, entró sir Lanzarote en el palenque, aunque disfrazado; y ésa fue la causa de que pocos lo reconociesen; y allí encontró con él sir Héctor de Maris, su propio hermano, y quebraron sus lanzas uno sobre el otro hasta sus manos. Y entonces tomaron ambos otra

lanza, y sir Lanzarote derribó a sir Héctor de Maris, su propio hermano.

Vio eso sir Bleoberis, y dio a sir Lanzarote tal golpe encima del yelmo que no supo bien dónde estaba. Entonces se enojó sir Lanzarote, e hirió a sir Bleoberis con tal fuerza encima del yelmo que le inclinó para atrás la cabeza. Y con otro golpe lo arrojó de la silla; y siguió adelante y corrió a lo más espeso.

Cuando el rey de Northgales vio a sir Héctor y a Bleoberis tendidos en el suelo se enojó, pues venían en su bando contra los de Surluse. Y corrió el rey de Northgales a sir Lanzarote, e hizo pedazos una lanza sobre él. En eso sir Lanzarote alcanzó al rey de Northgales, y le dio tal golpe encima del yelmo con la espada que lo arrojó del caballo; y al punto el rey fue encabalgado otra vez.

Y arremetieron el bando del rey Bagdemagus y el del rey de Northgales; y allí comenzó una fuerte contienda; pero los de Northgales eran mucho más fuertes.

Cuando sir Lanzarote vio que su bando iba de vencida, se arrojó a lo más espeso de la lucha espada en mano; y allí derribó a diestra y a siniestra, tumbando caballeros y arrancando yelmos, de manera que todos tenían maravilla de que un caballero solo pudiese hacer tales hechos de armas.

Cuando sir Meliagaunt, hijo del rey Bagdemagus, vio cómo hacía sir Lanzarote, se maravilló grandemente. Y cuando se dio cuenta de que era él, supo bien que se había disfrazado por él. Entonces sir Meliagaunt rogó a un caballero que le matase el caballo a sir Lanzarote, con espada o con lanza.

A todo esto topó el rey Bagdemagus con un caballero llamado Sauseise, buen caballero, al que dijo:

–Gentil Sauseise, encuentra con mi hijo Meliagaunt y dale amplio pago, pues quisiera que fuese bien vencido de tus manos, a fin de que pueda irse de este campo.

Y entonces sir Sauseise encontró con sir Meliagaunt, y se derribaron el uno al otro. Y entonces lucharon a pie, y allí habría vencido

Sauseise a sir Meliagaunt, de no llegarle ayuda.

Y entonces fue una doncella al Alto Príncipe, y se quejó de que había un caballero llamado Goneries que retenía todas sus tierras. A todo esto este caballero estaba allí presente, y arrojó su guante a aquél o a cualquiera que quisiese luchar en nombre de ella. Y la doncella recogió el guante con mucho pesar por falta de campeón.

Entonces fue a ella un paje y dijo:

–Doncella, ¿queréis hacer por mi consejo?

–Con mucho placer –dijo la doncella.

–Entonces id a un caballero que yace aquí cerca en una ermita, y que sigue a la Bestia Aulladora, y rogadle que tome la batalla sobre sí; y sé bien que os lo otorgará.

Así que tomó al punto su palafrén, y al poco rato halló a ese caballero, que era sir Palomides. Y cuando ella le requirió, se armó y cabalgó con ella, y la hizo ir al Alto Príncipe, y pedirle licencia para que su caballero hiciese la batalla.

–De buen grado –dijo el Alto Príncipe.

Entonces se apercibieron los caballeros en el campo para justar a caballo; y tomaron uno y otro una lanza en la mano, y se juntaron tan fieramente que sus lanzas se hicieron pedazos. Sacaron entonces las espadas, y sir Palomides derribó a sir Goneries a tierra. Entonces le arrancó el yelmo y le cortó la cabeza.

Fueron después a cenar, y la doncella amó a Palomides como amante; aunque dice el libro que ella era de su linaje. Entonces sir Palomides se disfrazó en esta manera: llevó en su escudo a la Bestia Aulladora, y en todos sus paramentos. Y cuando estuvo así aparejado, envió a pedir licencia al Alto Príncipe para justar con otros caballeros, aunque estaba temeroso de sir Lanzarote. El Alto Príncipe le envió mandado también, de que sería bien venido, y que sir Lanzarote no justaría con él. Entonces sir Galahaut, el Alto Príncipe, hizo pregonar que el caballero que derribase a sir Palomides tendría a su doncella para él.

Capítulo 42

Cómo lucharon sir Galahaut y Palomides,

y de sir Dinadan y sir Galahaut

Aquí comienza el segundo día. Tan pronto como sir Palomides entró en el campo, sir Galahaut, el Alto Príncipe, estaba en el extremo de la liza, y encontró con sir Palomides, y éste con él, con gruesas lanzas. Y se juntaron tan fuertemente que sus lanzas se hicieron pedazos; pero sir Galahaut le dio con tal fuerza que lo echó para atrás sobre su caballo, aunque no perdió él los estribos. Entonces sacaron las espadas, y se acometieron con muchos graves tajos, de manera que muchos dignos caballeros dejaron sus asuntos para observarlos. Pero finalmente sir Galahaut, el Alto Príncipe, dio un poderoso golpe a Palomides, y muy grave, encima del yelmo; pero el yelmo era tan duro que la espada no pudo morder, sino que resbaló y cortó la cabeza al caballo de sir Palomides.

Cuando el Alto Príncipe supo y vio caer al buen caballero a tierra, se avergonzó de este tajo. Y seguidamente se apeó de su caballo, y rogó al buen caballero, sir Palomides, que tomase su caballo como presente, y le perdonase esta acción.

–Señor –dijo Palomides–, os agradezco vuestra gran bondad, pues de un hombre de honor nunca recibe deshonor un caballero –y montó sobre este caballo, y el Alto Príncipe tuvo luego otro.

–Ahora –dijo el Alto Príncipe–, os dejo esa doncella, pues la habéis ganado.

–¡Ah! –dijo Palomides–, la doncella y yo estaremos a vuestro servicio.

Partieron, pues, y sir Galahaut hizo grandes hechos de armas. Y a poco llegó sir Dinadan y se encontró con sir Galahaut, y fueron el uno para el otro tan deprisa con sus lanzas que las quebraron hasta

sus manos. Pero Dinadan creyó que el Alto Príncipe estaría más cansado de lo que estaba. Y dio muchos graves golpes al Alto Príncipe; pero cuando Dinadan vio que no podía hacerle caer a tierra, dijo:

–Mi señor, os ruego que me dejéis, y toméis a otro.

El Alto Príncipe no reconoció a sir Dinadan, y le dejó de buen grado por sus hermosas palabras. Y así se separaron; pero enseguida llegó otro, y dijo al Alto Príncipe que era Dinadan.

–En verdad –dijo el príncipe–, pesar tengo de que haya escapado de mí, pues ahora no he acabado para siempre con sus burlas y mofas.

Y entonces Galahaut corrió deprisa tras él, y le ordenó:

–¡Aguarda, Dinadan, por el rey Arturo!

–No –dijo Dinadan–, así Dios me ayude; no encontraremos más este día.

Entonces en esta ira el Alto Príncipe encontró con Meliagaunt, y le dio tal golpe en la garganta que de haber caído se habría quebrado el cuello; y con la misma lanza derribó a otro caballero.

Entonces entraron los de Northgales y muchos extranjeros, y pareció que iban a vencer a los de Surluse, pues sir Galahaut, el Alto Príncipe, tenía siempre harto trabajo entre manos. Y llegó allí el buen caballero, Semound el Valeroso, con cuarenta caballeros, y los hizo retraerse a todos.

Entonces la reina Ginebra y sir Lanzarote mandaron tocar a posada, y se desarmó cada caballero, y se vistieron para la fiesta.

Capítulo 43

Cómo sir Archade acusó a sir Palomides

de traición, y cómo sir Palomides lo mató

Cuando Palomides fue desarmado pidió posada para él y la doncella. Al punto el Alto Príncipe les mandó aposentarse. Y no bien estuvieron en su aposento vino un caballero llamado Archade, el cual era hermano de Goneries, al que Palomides había matado antes en la querella de la doncella. Y este caballero, sir Archade, llamó a sir Palomides traidor, y lo acusó de la muerte de su hermano.

–Con la licencia del Alto Príncipe –dijo sir Palomides–, te responderé.

Cuando sir Galahaut conoció su querella les mandó que fuesen a comer; «y tan pronto como hayáis comido ved de estar uno y otro apercibidos en el campo».

Y cuando hubieron comido fueron armados ambos, tomaron sus caballos, y la reina, el príncipe, y sir Lanzarote se sentaron a verlos; y dejaron correr sus caballos, y sir Palomides derribó a Archade con la lanza por la cola del caballo. Y entonces se apeó Palomides y sacó la espada, pero sir Archade no se pudo levantar; y allí sir Palomides le arrancó el yelmo, y le cortó la cabeza. Entonces el Alto Príncipe y la reina Ginebra se fueron a cenar.

Y el rey Bagdemagus alejó a su hijo Meliagaunt por que sir Lanzarote no encontrase con él, pues desamaba a sir Lanzarote, y eso él no lo sabía.

Capítulo 44

Del tercer día, y cómo sir Palomides

justó con sir Lamorak, y de otras cosas

Ahora empieza el tercer día de las justas, y ese día se apercibió el rey Bagdemagus, y fue contra él el rey Marsil, que había recibido

una isla de sir Galahaut, el Alto Príncipe, como don; y esta isla tenía el nombre de Pomitain.

Y acaeció que el rey Bagdemagus y el rey Marsil de Pomitain se juntaron con lanzas, y el rey Marsil recibió tal golpe que cayó por la grupa del caballo. Entonces entró allí un caballero del rey Marsil a vengar a su señor, y el rey Bagdemagus lo derribó, hombre y caballo, a tierra.

Y entraron también un conde llamado Arrouse, y sir Breunis, y con ellos cien caballeros de Pomitain, y el rey de Northgales iba con ellos; y todos éstos fueron contra los de Surluse. Y allí comenzó gran batalla, y muchos caballeros fueron arrojados a los pies de los caballos. Y siempre el rey Bagdemagus lo hacía mejor, pues había empezado el primero y seguía resistiendo. Sir Gaheris, hermano de Gawain, no cesaba de herir en la cara al rey Bagdemagus; y finalmente el rey Bagdemagus tiró a Gaheris, hombre y caballo.

Entonces por ventura sir Palomides, el buen caballero, encontró con sir Blamor de Ganis, hermano de sir Bleoberis. Y se hirieron el uno al otro con gruesas lanzas, de manera que cayeron ambos a tierra, caballos y caballeros. Pero sir Blamor recibió tal caída que casi se quebró el cuello, pues le manaba la sangre por la nariz, la boca y los oídos; pero a la postre se recobró bien por buenos cirujanos.

Entonces entró el duque Chaleins de Clarance; y en su gobierno iba también un caballero que se llamaba Elis la Noire; y allí encontró con él el rey Bagdemagus, que dio tal golpe a Elis que lo sacó de la silla. Y el duque Chaleins de Clarance hizo grandes hechos de armas; y tarde como entró el tercer día no hubo ninguno que hiciese tan bien excepto el rey Bagdemagus y sir Palomides, de manera que ese día fue dado el galardón al rey Bagdemagus y entonces tocaron a posada y se desarmaron, y fueron a la fiesta.

Poco después llegó Dinadan, y se rió y burló del rey Bagdemagus, de manera que todos los caballeros se rieron de él, pues era ingenioso reidor, y amaba bien a todos los buenos caballeros.

Y así que hubieron comido llegó un paje trayendo cuatro lanzas sobre el hombro; y se llegó a Palomides, y dijo así:

–Aquí cerca está un caballero que envía para que escojáis de estas cuatro lanzas, y os requiere por vuestra dama que toméis la mitad de estas lanzas, y justéis con él en el campo.

–Dile –dijo sir Palomides– que no faltaré.

Cuando sir Galahaut supo de esto, mandó a Palomides que se aprestase. Y la reina Ginebra, el Alto Príncipe y sir Lanzarote se sentaron en los cadalsos para dar el juicio de estos dos caballeros.

Entonces sir Palomides y el extraño caballero corrieron a juntarse con tal gana que quebraron las lanzas hasta sus manos. Y seguidamente tomaron uno y otro una gruesa lanza en la mano, y la hicieron toda pedazos. Y entonces tomaron otra lanza más gruesa y el caballero derribó a sir Palomides, hombre y caballo, a tierra. Y cuando quiso pasar por encima de él, tropezó el caballo del caballero extraño, y cayó sobre sir Palomides. Entonces sacaron las espadas y se acometieron con gran saña mucho rato.

Entonces el Alto Príncipe y sir Lanzarote dijeron que jamás habían visto a dos caballeros luchar mejor que ellos; pero no cesaba el extraño caballero de doblar sus golpes, haciendo retraerse a Palomides; seguidamente el Alto Príncipe gritó: «¡Cesad!», y entonces fueron a sus posadas.

Y cuando fueron desarmados supieron que era el noble caballero sir Lamorak. Cuando sir Lanzarote supo que era sir Lamorak, hizo mucha cuenta de él, pues lo amaba por encima de todos los hombres terrenales excepto sir Tristán. Entonces la reina Ginebra lo encomendó, y todos los otros buenos caballeros hicieron mucha cuenta de él, excepto los hermanos de sir Gawain. Y dijo la reina Ginebra a sir Lanzarote:

–Señor, os requiero que si justáis más, no lo hagáis con ninguno de la sangre de mi señor Arturo.

Y él prometió que no lo haría en esa sazón.

Capítulo 45

Del cuarto día, y de muchos grandes hechos de armas

Aquí comienza el cuarto día. Y entró en el campo el Rey de los Cien Caballeros, y todos los de Northgales y el duque Chaleins de Clarance, y el rey Marsil de Pomitain, y también sir Safer, hermano de sir Palomides, que le dio nuevas de su madre.

–Y su nombre era el Conde..., y lo acusé ante el rey Arturo, pues hacía guerra a nuestro padre y madre; y allí lo maté en batalla clara.

Entraron, pues, en el campo, y la doncella con ellos; y fueron a encontrar con ellos sir Bleoberis de Ganis y sir Héctor de Maris. Sir Palomides encontró con sir Bleoberis, y se derribaron ambos. Y así mismo hicieron sir Safer y sir Héctor, y las dos parejas hicieron batalla a pie.

Entonces entró sir Lamorak, encontró con el Rey de los Cien Caballeros, y lo derribó por la cola del caballo. Y de la misma guisa sirvió al rey de Northgales, y también derribó al rey Marsil. Y antes de que se hartase derribó con su lanza y su espada a treinta caballeros.

Cuando el duque Chaleins vio a Lamorak hacer tan gran proeza no quiso haberlas con él por vergüenza; y encomendó a todos sus caballeros, so pena de muerte, «que no le toquéis ninguno; pues sería vergüenza para todo buen caballero que fuese afrentado ese caballero».

Entonces se unieron los dos reyes y fueron todos sobre sir Lamorak; y no les defraudó él, sino que tajaba aquí y allá, hiriendo a diestra y a siniestra, y arrancando muchos yelmos, de manera que el Alto Príncipe y la reina Ginebra dijeron que jamás habían visto hacer tales hechos de armas a caballo.

–¡Ay! –dijo Lanzarote al rey Bagdemagus–, me armaré y ayudaré a sir Lamorak.

–Y yo iré con vos –dijo el rey Bagdemagus.

Y cuando estuvieron los dos encabalgados fueron a sir Lamorak que estaba entre treinta caballeros, y aquél que llegaba a alcanzarle con un golpe recibía siempre otro poderoso de él. Entonces se metió en lo espeso sir Lanzarote, y derribó a sir Mador de la Porte. Y con el fuste de esa lanza derribó a muchos caballeros. Y el rey Bagdemagus hería a diestra y a siniestra maravillosamente bien. Y entonces los tres reyes huyeron para atrás.

A continuación de esto sir Galahaut hizo tocar a posada, y todos los heraldos dieron el galardón a sir Lamorak.

Y todo este tiempo lucharon sir Palomides, sir Bleoberis, sir Safer, sir Héctor a pie, y jamás hubo allí cuatro caballeros más igualados. Entonces se marcharon, fueron a su posada y se desarmaron, y después fueron a la gran fiesta.

Pero cuando sir Lamorak entró en la corte la reina Ginebra lo tomó en sus brazos y dijo:

–Señor, bien habéis hecho este día.

Entonces llegó el Alto Príncipe, e hizo por él gran gozo, y lo mismo sir Dinadan, pues lloraba de contento; pero el contento que sir Lanzarote hizo por sir Lamorak ningún hombre lo podría contar.

Entonces fueron a descansar, y por la mañana el Alto Príncipe mandó tocar llamada al campo.

Capítulo 46

Del quinto día, y cómo se portó sir Lamorak

Aquí comienza el quinto día. Y acaeció que sir Palomides llegó por la mañana, y ofreció justar donde estaba el rey Arturo, en un castillo cercano a Surluse, y allí se enfrentó a él un esforzado duque, y sir Palomides lo derribó por la grupa del caballo. Y este duque era tío del rey Arturo. Entonces su hijo sir Elis fue sobre Palomides, y

Palomides sirvió a Elis de la misma guisa. Cuando sir Uwain vio esto se enojó, tomó su caballo y se enfrentó a sir Palomides; y Palomides le dio tan fuerte golpe que dio en tierra con el hombre y el caballo. Y para abreviar, derribó a tres de los hermanos de sir Gawain, a saber, Mordred, Gaheris y Agravain.

–¡Oh, Jesús! –dijo Arturo–, gran despecho es éste, de un sarraceno que derriba a mi sangre.

Con lo que el rey Arturo se enfureció de enojo, y pensó aparejarse para justar. Vio esto sir Lamorak, que Arturo y su sangre eran desbaratados, y se apercibió luego, y preguntó a Palomides si quería justar más.

–¿Por qué no? –dijo Palomides.

Entonces se acometieron, quebraron sus lanzas y las destrozaron, de manera que todo el castillo resonó con sus golpes. Entonces tomaron uno y otro una lanza más gruesa en sus manos, y se juntaron fieramente; pero la lanza de sir Palomides se quebró toda y la de sir Lamorak resistió, con lo que sir Palomides perdió los estribos, y quedó tumbado sobre el lomo de su caballo. Entonces sir Palomides se volvió, tomó a su doncella y emprendieron su camino sir Safer y él.

Y cuando hubo partido se llegó el rey Arturo a sir Lamorak y le agradeció su bondad, y le rogó que le dijese su nombre.

–Señor –dijo Lamorak–, sabed que os debo mi servicio; pero en esta sazón no quiero permanecer aquí, pues veo muchos enemigos a mi alrededor.

–¡Ay! –dijo Arturo–, ahora sé bien que eres sir Lamorak de Gales. ¡Ah, Lamorak!, permanece conmigo, y por mi corona que jamás te defraudaré; y no será tan osado sir Gawain, ni ninguno de sus hermanos, que te haga sinrazón.

–Señor –dijo sir Lamorak–, sinrazón me han hecho, y a vos también.

–Eso es verdad –dijo el rey–, pues mataron a su propia madre y hermana mía, lo que me aflige grandemente; mucho más justo

habría sido que te hubieses desposado con ella, pues tan hijo del rey eres como ellos.

–¡Oh, Jesús –dijo el noble caballero sir Lamorak a Arturo–, jamás olvidaré su muerte!: os prometo, y hago mi voto a Dios, que vengaré su muerte tan presto como vea la sazón. Y si no fuese por la reverencia que debo a vuestra alteza, ahora me habría vengado de sir Gawain y sus hermanos.

–En verdad –dijo Arturo–, quiero poneros en avenencia.

–Señor –dijo Lamorak–, en esta sazón no puedo permanecer con vos, pues debo estar en la justa donde está sir Lanzarote y el Alto Príncipe sir Galahaut.

Entonces había una doncella que era hija del rey Bandes. Y había un caballero sarraceno llamado Corsabrin que amaba a la doncella, y de ninguna manera consentía que ella se casase; pues no cesaba este Corsabrin de difamarla, y decir que estaba fuera de su juicio; y así la estorbaba para que no pudiese casarse.

Capítulo 47

Cómo luchó sir Palomides con Corsabrin por una dama, y cómo Palomides mató a Corsabrin

Y por fortuna oyó contar esta doncella que Palomides hacía mucho por las doncellas; y le envió una prenda[13], rogándole que luchase con sir Corsabrin por su amor, y que él la tendría, y las tierras de su padre que en ella debían recaer. Entonces la doncella envió mandado a Corsabrin pidiéndole que fuese a sir Palomides, que era pagano como él, y previniéndole que le había enviado una prenda, y que si podía vencer a sir Palomides, se desposaría con él.

Cuando Corsabrin supo lo que había hecho enfureció de ira y enojo, y corrió a Surluse donde estaba el Alto Príncipe, y allí halló

apercibido a sir Palomides, y que tenía la prenda. Y concertaron batalla ambos ante Galahaut.

–Bien –dijo el Alto Príncipe–, este día deben justar nobles caballeros; y después de comer veremos cómo podéis librar.

Entonces tocaron a justa; y entró Dinadan, y se enfrentó a Gerin, un buen caballero, y lo arrojó por la grupa del caballo; y sir Dinadan derrocó cuatro caballeros más; y allí hizo grandes hechos de armas, pues era buen caballero; pero era donoso y reidor, y el más alegre caballero entre la compañía que vivía en ese tiempo. Y tenía tal costumbre que amaba a todos los buenos caballeros, y todos los buenos caballeros le amaban a él.

Y cuando el Alto Príncipe vio a Dinadan hacer tan bien, envió mandado a sir Lanzarote pidiéndole que derribase a sir Dinadan:

–Y cuando lo hayáis hecho así, traedlo ante mí y la noble reina Ginebra.

Entonces sir Lanzarote hizo como se le había requerido. Y sir Lamorak y él derribaron muchos caballeros, y arrancaron yelmos, tiraron a cuantos caballeros se pusieron a su paso. Y sir Lanzarote derribó a sir Dinadan, mandó a sus criados que lo desarmasen, y lo llevasen así a la reina y al Alto Príncipe; y tanto se reían éstos de sir Dinadan que no se podían tener.

–Bien –dijo sir Dinadan–; pero no es ninguna vergüenza para mí que ese viejo rufián de sir Lanzarote me haya derribado.

Y con eso fueron a comer. Toda la corte se rió mucho con Dinadan.

Y acabados de comer tocaron a campo para ver a sir Palomides y a Corsabrin. Sir Palomides hincó su prenda en mitad del campo; y entonces se acometieron con sus lanzas como si fuese un trueno, y uno al otro se derribaron a tierra. Entonces sacaron las espadas, embrazaron los escudos, y se acometieron poderosamente como esforzados caballeros, de manera que casi no había pieza de arnés que les resistiese, pues este Corsabrin era caballero muy cruel.

–Corsabrin –dijo Palomides–, ¿quieres entregarme esa doncella y la

prenda?

Entonces Corsabrin se enojó fuera de medida y dio a Palomides tal revés que lo hizo caer de rodillas.

Entonces se levantó Palomides ligeramente, y le dio tal golpe encima del yelmo que cayó sin otra cosa a tierra. Y seguidamente le arrancó el yelmo y dijo:

–Corsabrin, ríndete, o morirás a mis manos.

–¡Mal hayas tú! –dijo Corsabrin–; haz lo que quieras.

Entonces le cortó la cabeza. Y al punto salió un hedor de su cuerpo, cuando partió el alma, que nadie pudo soportar el olor. Y se llevaron el cadáver y lo enterraron en un bosque porque era pagano.

Entonces tocaron a posada, y Palomides fue desarmado. Seguidamente fue a la reina Ginebra, al Alto Príncipe y a sir Lanzarote.

–Señor –dijo el Alto Príncipe–, habéis visto aquí, este día, un gran milagro por Corsabrin, qué hedor hubo cuando el alma salió de su cuerpo. Por ende, señor, os requerimos que toméis el bautismo sobre vos, y os prometo que todos los caballeros harán más cuenta de vos y dirán más honra de vos.

–Señor –dijo Palomides–, quiero que sepáis todos que a esta tierra vine para ser bautizado, y ya lo soy en mi corazón, y bautizado he de ser. Pero he hecho tal voto que no puedo ser bautizado hasta haber hecho siete derechas batallas por Jesús, y entonces seré bautizado; y espero que Dios acepte mi intención, pues es verdadera.

Entonces sir Palomides rogó a la reina Ginebra y al Alto Príncipe que cenasen con él. Y así lo hicieron, y sir Lanzarote y sir Lamorak, y muchos otros buenos caballeros.

Y por la mañana oyeron misa, y tocaron a campo, y se apercibieron los caballeros.

Capítulo 48

Del sexto día, y qué fue hecho entonces

Aquí comienza el sexto día. Entonces entró allí sir Gaheris, y se enfrentó a él sir Ossaise de Surluse, y sir Gaheris lo derribó por la grupa del caballo. Y entonces cada parte se enfrentó a la otra, y hubo muchas lanzas rotas, y muchos caballeros arrojados a los pies. Y entraron sir Dornard y sir Agloval, que eran hermanos de sir Lamorak, y se enfrentaron a otros dos caballeros, y unos y otros se dieron tan fuertemente que los cuatro caballeros y caballos cayeron a tierra.

Cuando sir Lamorak vio derribados a sus dos hermanos se enojó en extremo; tomó entonces una gruesa lanza en su mano, derribó a cuatro buenos caballeros y se quebró su lanza. Entonces sacó la espada, y comenzó a herir en derredor suyo, a diestra y a siniestra, arrancando yelmos y derribando caballeros, de manera que todos se maravillaban de tales hechos de armas como hacía, pues hacía tanto que huían muchos caballeros. Encabalgó a sus hermanos otra vez, y dijo:

–¡Hermanos, deberíais avergonzaros de caer así de vuestros caballos! ¿Cuándo es uno caballero, sino cuando está a caballo? Ninguna cuenta hago de un caballero cuando está a pie, pues todas las batallas a pie no son sino batallas de salteadores. Pues ningún caballero debería luchar a pie si no es a traición, o llevado a ello por fuerza; por tanto, hermanos, teneos firmes sobre vuestros caballos, o no luchéis más delante de mí.

En eso llegó el duque Chaleins de Clarance, y allí se enfrentó a él el conde Ulbawes de Surluse, y se derribaron el uno al otro. Entonces los caballeros de ambos bandos encabalgaron a sus señores otra vez, pues sir Héctor y Bleoberis guardaban a pie al duque Chaleins. Y el Rey de los Cien Caballeros estaba con el conde de Ulbawes.

En eso fue Gaheris y arremetió contra el Rey de los Cien Caballeros, y éste contra él. Entonces acudió el duque Chaleins y los separó.

Entonces tocaron a posada, y se desarmaron los caballeros y fueron a comer; y a mitad de su comida llegó Dinadan y empezó a bromear.

Entonces vio al Alto Príncipe, que parecía enojado con alguna falta que veía; pues tenía costumbre de no gustarle el pescado; y como había sido servido con pescado, lo que aborrecía él, no estaba contento. Al mirar sir Dinadan al Alto Príncipe, vio dónde había un pescado con una cabeza grande; y lo tomó entre dos fuentes, y sirvió al Alto Príncipe con dicho pescado. Y dijo así entonces:

–Señor Galahaut, bien podéis parecerme lobo, pues ése nunca come pescado, sino carne –entonces el Alto Príncipe se rió de sus palabras–. Bien, bien –dijo Dinadan a Lanzarote–; ¿qué diablos haces en este país?, pues aquí ningún caballero menor puede ganar honra por ti.

–Señor Dinadan –dijo Lanzarote–, te aseguro que no me enfrentaré más a ti ni a tu gruesa lanza, pues no puedo tenerme en la silla cuando esa lanza me hiere. Y si tengo fortuna me guardaré de ese recio cuerpo que tienes. Bien; está siempre bien alerta. No consienta Dios que tengamos encuentro, a menos que sea por un plato de vianda.

Entonces rieron la reina y el Alto Príncipe, a tal extremo que no se podían tener sentados a su mesa; y así tuvieron gran contento hasta la mañana siguiente; y entonces oyeron misa, y tocaron a campo. Y se sentaron la reina Ginebra y todos los estados, y se armaron los jueces con sus escudos para guardar el derecho.

Capítulo 49

De la séptima batalla, y cómo sir Lanzarote, disfrazado de doncella, derribó a sir Dinadan

Ahora comienza la séptima batalla. Entró el duque Cambines, y allí se enfrentó a él sir Aristance, que era tenido por buen caballero, y se juntaron tan fuertemente que se derribaron uno al otro, hombre y caballo. Entonces llegó el conde Lambaile y ayudó al duque a encabalgar otra vez. Y allí entró entonces sir Ossaise de Surluse, y derribó al conde Lambaile de su caballo. Y seguidamente empezaron a hacer grandes hechos de armas, y hubo muchas lanzas rotas, y muchos caballeros arrojados a tierra. A continuación el rey de Northgales y el conde Ulbawes se dieron tal golpe que todos los jueces pensaron que sería la muerte fatal.

En este entretanto la reina Ginebra, y el Alto Príncipe, y sir Lanzarote, hicieron que sir Dinadan se apercibiese para justar.

–Entraría en el campo –dijo Dinadan–, pero entonces uno de vosotros dos querrá enfrentarse a mí.

–Pardiez –dijo el Alto Príncipe–, tú podrás ver cómo estamos sentados aquí como jueces con nuestros escudos, y observar siempre si estamos aquí o no.

Partió, pues, sir Dinadan, tomó su caballo, se enfrentó a muchos caballeros, y lo hizo muy bien. Y cuando hubo partido se disfrazó sir Lanzarote, y se puso sobre la armadura un vestido de doncella recién hecho. Entonces sir Lanzarote hizo que sir Galihodin le llevase por el palenque, y todos los hombres se maravillaron de qué doncella podía ser. Y cuando sir Dinadan entró en el palenque, sir Lanzarote, con los atavíos de doncella, tomó la lanza de sir Galihodin, y corrió sobre sir Dinadan.

Y no cesaba sir Dinadan de mirar dónde estaba sir Lanzarote, y veía a uno sentado en el lugar de sir Lanzarote, armado. Pero cuando sir Dinadan vio una forma como de doncella temió que fuese sir Lanzarote disfrazado; pero sir Lanzarote fue sobre él con tal prisa que lo derribó por la grupa del caballo; y unos recios escuderos metieron a sir Dinadan en la floresta cercana, lo despojaron hasta la camisa, le pusieron ropas de mujer, y lo llevaron así al campo; y entonces tocaron a posada. Y cada caballero fue a desarmarse.

Entonces fue llevado sir Dinadan entre todos. Y cuando la reina Ginebra vio cómo traían a sir Dinadan se cayó de risa, y lo mismo todos los que allí estaban.

–Eres tan falso –dijo Dinadan a sir Lanzarote– que nunca puedo guardarme de ti.

Entonces, por acuerdo de todos, dieron el galardón a sir Lanzarote; el segundo fue sir Lamorak de Gales, el tercero fue sir Palomides, y el cuarto fue el rey Bagdemagus; así tuvieron el galardón estos cuatro caballeros, y hubo gran contento, y mucha pompa en toda la corte.

Y por la mañana partieron la reina Ginebra y sir Lanzarote para el rey Arturo; pero de ninguna manera quiso sir Lamorak ir con ellos.

–Os doy palabra –dijo sir Lanzarote–, si queréis venir con nosotros, de que el rey Arturo encomendará a sir Gawain y sus hermanos que jamás os hagan daño.

–En cuanto a eso –dijo sir Lamorak–, no quiero fiar en sir Gawain ni en ninguno de sus hermanos; y sabed bien, señor Lanzarote, que si no fuese por mi señor el rey Arturo, harto bien me vería con sir Gawain y sus hermanos. Pero en cuanto a fiar en ellos, jamás; y por ende, os ruego que me recomendéis a mi señor Arturo, y a todos mis señores de la Tabla Redonda. Y allá donde vaya os haré todo el servicio que esté en mi poder; y señor, hace poco vi vengado eso, cuando el linaje de mi señor Arturo fue puesto en lo peor por sir Palomides.

Entonces sir Lamorak se fue de sir Lanzarote, y lloraron ambos de su partida.

Capítulo 50

Cómo a traición fue llevado sir Tristán a un torneo

para que lo matasen, y cómo fue puesto en prisión

Nos apartamos ahora de este asunto y hablamos de sir Tristán, que de este libro es principal, y dejamos al rey y a la reina, a sir Lanzarote y a sir Lamorak; y aquí empieza la traición que el rey Marco tramó contra sir Tristán.

Fue pregonado por todas las costas de Cornualles un gran tonteo y justa; y todo esto lo hacían sir Galahaut el Alto Príncipe y el rey Bagdemagus, con intención de matar a sir Lanzarote, o destruirle totalmente y afrentarle, ya que sir Lanzarote tenía siempre el más alto grado; por tanto este príncipe y este rey hacían dichas justas contra sir Lanzarote. Y su consejo fue revelado al rey Marco, por lo que éste se alegró mucho. Entonces el rey Marco pensó tener a sir Tristán en ese torneo disfrazado de manera que nadie lo reconociese, con intención de que el Alto Príncipe creyese que sir Tristán era sir Lanzarote.

Y a estas justas acudió sir Tristán. Y en esta sazón no estaba allí sir Lanzarote; pero cuando vieron a un caballero disfrazado hacer tales hechos de armas, creyeron que era sir Lanzarote. Y en especial el rey Marco dijo claramente que era sir Lanzarote.

Entonces fueron sobre él el rey Bagdemagus, y el Alto Príncipe, y sus caballeros, de manera que era maravilla que sir Tristán pudiese durar en esos trabajos. Sin embargo, pese a todas las penas que tuvo, sir Tristán ganó el grado en ese torneo, y allí dejó heridos y majados a muchos caballeros, y ellos le hirieron y majaron muy gravemente también.

Y cuando fueron acabadas todas las justas supieron que era sir Tristán de Lionís; y todos los que eran del bando del rey Marco se alegraron de que sir Tristán hubiese sido herido, y los restantes tuvieron pesar por sus heridas; pues sir Tristán no era tan desamado como sir Lanzarote en el reino de Inglaterra. Entonces fue el rey Marco a sir Tristán y dijo:

–Gentil sobrino, yo mismo seré tu médico.

Y cabalgó con sir Tristán, y lo llevó a un castillo por el día. Y entonces el rey Marco hizo comer a sir Tristán. Y después le dio un

licor, y así que lo hubo bebido se durmió. Y cuando fue de noche lo hizo llevar a otro castillo, y allí lo puso en una fuerte prisión, y dejó a un hombre y a una mujer para que le diesen de comer y de beber. Y allí estuvo mucho tiempo.

Entonces fue echado de menos sir Tristán, y no había criatura que supiese qué había sido de él. Cuando La Bella Isolda supo cómo era echado de menos, fue secretamente a sir Sadok y le rogó que espiase dónde estaba sir Tristán.

Y cuando supo Sadok cómo sir Tristán era echado de menos, y espió luego que había sido encarcelado por el rey Marco y los traidores de Magouns, Sadok y dos de sus primos se pusieron en una emboscada, muy cerca del castillo de Tintagel, con armas.

Y casualmente llegaron cabalgando el rey Marco y cuatro sobrinos suyos, con algunos de los traidores de Magouns. Cuando sir Sadok los vio salió súbitamente de la emboscadura, y cayó sobre ellos. Y cuando el rey Marco vio a sir Sadok huyó cuanto más podía, y allí sir Sadok mató a los cuatro sobrinos del rey Marco. Pero estos traidores de Magouns infligieron a uno de los primos de Sadok una gran herida en el cuello; aunque sir Sadok hirió al otro de muerte.

Entonces sir Sadok siguió camino de un castillo llamado Lionís, y allí descubrió la traición y felonía del rey Marco. Y los de ese castillo cabalgaron con sir Sadok hasta que llegaron a un castillo llamado Arbray, y allí, en el pueblo, hallaron a sir Dinas el Senescal, que era un buen caballero. Pero cuando sir Sadok hubo contado a sir Dinas toda la traición del rey Marco, éste desafió a tal rey, y dijo que renunciaría a las tierras que tenía de él. Y cuando dijo estas razones, toda suerte de caballeros dijeron lo mismo que sir Dinas.

Y por su consejo, y el consejo de sir Sadok, mandó guarnecer todos los pueblos y castillos del país de Lionís, y reunieron a toda la gente que pudieron juntar.

Capítulo 51

Cómo el rey Marco mandó escribir cartas fingidas del Papa, y

cómo sir Perceval liberó a sir Tristán de su prisión

Ahora volvemos al rey Marco, que cuando escapó de sir Sadok cabalgó al Castillo de Tintagel, y allí hizo gran estruendo y ruido, y gritó que tomase arnés todo el que pudiese llevar armas.

Entonces buscaron y hallaron dónde estaban muertos cuatro sobrinos del rey Marco, y el traidor de Magouns. Entonces el rey los mandó enterrar en una capilla. E hizo pregonar el rey en todo el país que todo el que estuviese con él fuese a las armas, pues entendía que de necesidad habría guerra.

Cuando el rey Marco oyó y entendió cómo sir Sadok y sir Dinas se habían levantado en el país de Lionís, recurrió al engaño y la traición. He aquí lo que hizo: mandó escribir y fingir cartas del Papa, e hizo que un clérigo extranjero las llevase al rey Marco, las cuales cartas especificaban que el rey Marco debía apercibirse con su hueste, so pena de execración, para ir al Papa, a fin de ayudarle a ir a Jerusalén, para hacer guerra sobre los sarracenos.

Cuando este clérigo llegó por la mediación del rey, al punto envió el rey Marco estas cartas a sir Tristán, y mandó decirle así: que si quería ir a guerrear sobre los infieles, sería sacado de prisión y tendría todo su poder. Cuando sir Tristán supo el contenido de esta carta, entonces dijo así al clérigo:

–Ah, rey Marco, siempre has sido traidor, y siempre lo serás; pero, clérigo –dijo sir Tristán–, di así al rey Marco: ya que el Papa Apóstol ha enviado por él, que vaya él; pues dile que como es rey traidor, no quiero ir por orden suya, por más que pueda salir de prisión, pues veo cuán bien recompensado soy por mi leal servicio.

Entonces regresó el clérigo al rey Marco y le dijo la respuesta de sir Tristán.

–Bien –dijo el rey Marco–, de todas maneras caerá en el engaño.

Y fue a su cámara, e hizo cartas fingidas; y las cartas especificaban que el Papa deseaba que sir Tristán fuese en persona a hacer guerra

sobre los infieles.

Cuando el clérigo llegó otra vez a sir Tristán y le llevó estas letras, las miró sir Tristán, y al punto conoció que eran fingimiento del rey Marco.

–¡Ah! –dijo sir Tristán–, falso has sido siempre, rey Marco, y así lo serás hasta el fin.

Entonces partió el clérigo de sir Tristán y fue otra vez al rey Marco.

En eso llegaron cuatro caballeros heridos al Castillo de Tintagel, y uno de ellos tenía el cuello casi quebrado en dos. A otro le habían tajado un brazo, al tercero lo llevaban atravesado con una lanza, y el cuarto tenía los dientes rotos. Y cuando llegaron ante el rey Marco, gritaron y dijeron:

–Rey, ¿por qué no huyes?, pues todo este país se ha levantado claramente contra ti.

Entonces el rey Marco se enojó sobremanera.

Y entretanto entró en el país sir Perceval de Gales a buscar a sir Tristán. Y cuando supo que sir Tristán estaba en prisión, sir Perceval lo liberó claramente por sus medios caballerescos. Y cuando así fue liberado hizo gran contento de sir Perceval, y lo mismo cada uno del otro. Sir Tristán dijo a sir Perceval:

–Si queréis permanecer conmigo en estas marcas cabalgaré con vos.

–No –dijo Perceval–, no me puedo detener en este país, pues de necesidad debo ir a Gales.

Y dejó sir Perceval a sir Tristán, cabalgó derechamente al rey Marco, y le dijo cómo había liberado a sir Tristán; y también dijo al rey que se había hecho gran afrenta a sí mismo por encarcelar a sir Tristán, «pues es ahora el caballero de más nombre que vive en este mundo. Y sabe bien que los más nobles caballeros del mundo aman a sir Tristán, y que si él quiere hacer guerra sobre ti no la podrás resistir».

–Eso es verdad –dijo el rey Marco–, pero no puedo amar a sir

Tristán porque ama a mi reina y esposa, La Bella Isolda.

–¡Ah, que vergüenza! –dijo sir Perceval–, no digas nunca más eso. ¿No eres tío de sir Tristán, y es él tu sobrino? No deberías pensar que tan noble caballero como sir Tristán quiera hacerse tan grande villanía como tener a la mujer de su tío; sin embargo, puede amar a tu reina sin que haya pecado en ello, ya que es tenida por la más hermosa dama del mundo.

Entonces sir Perceval se fue del rey Marco. Y cuando hubo partido el rey Marco pensó seguir usando de traición: no obstante, prometió que por ninguna manera haría daño jamás a sir Tristán.

Y al punto envió mandado el rey Marco a sir Dinas el Senescal que disolviese a toda la gente que había levantado, pues le enviaba juramento de que él mismo iría al Papa de Roma a guerrear contra los infieles; «y ésta es más justa guerra que levantar gente contra vuestro rey».

Cuando sir Dinas oyó que el rey Marco quería ir sobre los infieles, disolvió con gran prisa a toda la gente; y cuando se hubo marchado cada uno a su casa entonces espió el rey Marco dónde estaba sir Tristán con La Bella Isolda; y a traición el rey Marco lo hizo prender y encarcelar, contra la promesa que había hecho a sir Perceval.

Cuando la reina Isolda supo que sir Tristán estaba en prisión hizo tan grande aflicción como jamás hizo ninguna dueña ni doncella. Entonces sir Tristán envió una carta a La Bella Isolda, rogándole que fuese su buena dama; y si le placía aparejar una nave para ella y él, iría con ella al reino de Logres, que es esta tierra.

Cuando La Bella Isolda entendió las letras de sir Tristán, y su intención, le envió otra, pidiéndole que estuviese en buen sosiego, pues haría aparejar una nave y toda cosa a propósito. A continuación La Bella Isolda envió mandado a sir Dinas, y a Sadok, rogándoles que como fuera prendiesen al rey Marco, y lo pusiesen preso, hasta que ella y sir Tristán hubiesen partido para el reino de Logres.

Cuando sir Dinas el Senescal supo la traición del rey Marco se lo prometió a ella, y le envió mandado de que el rey Marco sería

puesto en prisión. Y como ellos lo discurrieron así fue hecho. Y entonces fue liberado sir Tristán de su prisión; y a toda prisa fueron la reina Isolda y sir Tristán y decidieron a quiénes querían llevar con ellos, y partieron.

Capítulo 52

Cómo sir Tristán y La Bella Isolda entraron en Inglaterra,

y cómo sir Lanzarote los llevó a la Gozosa Guarda

Entonces La Bella Isolda y sir Tristán tomaron su nave, y entraron por agua en esta tierra. Y no llevaban cuatro días en esta tierra cuando se hizo pregón aquí de una justa y torneo que el rey Arturo mandaba celebrar. Cuando sir Tristán oyó hablar de este torneo se disfrazó, y también La Bella Isolda, y fueron a este torneo. Y cuando llegó vio a muchos caballeros justar y tornear, y enderezó sir Tristán hacia el palenque, y para concluir brevemente, derrocó a catorce caballeros de la Tabla Redonda.

Cuando sir Lanzarote vio derrocados a estos caballeros, enderezó para sir Tristán. Esto vio La Bella Isolda, cómo sir Lanzarote entraba en el campo. Entonces La Bella Isolda envió a sir Lanzarote un anillo, haciéndole saber que era sir Tristán de Lionís. Cuando sir Lanzarote supo que estaba allí sir Tristán se alegró muchísimo y no quiso justar. Entonces sir Lanzarote vio dónde iba sir Tristán, fue tras él, e hicieron uno del otro gran alegría.

Y sir Lanzarote llevó a sir Tristán y La Bella Isolda a la Gozosa Guarda, que era su propio castillo, ganado con sus propias manos. Y allí los puso sir Lanzarote para que lo poseyesen como propio. Y sabed bien que este castillo estaba guarnecido y pertrechado para habitar en él un rey y una real reina. Y sir Lanzarote encomendó a toda su gente que los honrasen y amasen como harían a él mismo.

Y sir Lanzarote partió para el rey Arturo; y entonces contó a la reina

Ginebra cómo el que había justado tan bien en el postrer torneo era sir Tristán. Y le contó cómo tenía consigo a La Bella Isolda a pesar del rey Marco; y la reina Ginebra contó todo esto al rey Arturo. Cuando el rey Arturo supo que sir Tristán había escapado y venido del rey Marco, trayendo consigo a La Bella Isolda, se alegró muchísimo. Y por sir Tristán mandó el rey Arturo hacer un pregón, de que el día Primero de Mayo habría una justa ante el Castillo de Lonazep; y este castillo estaba muy cerca de la Gozosa Guarda.

Y esto dispuso Arturo: que todos los caballeros de esta tierra, y de Cornualles, y del Norte de Gales, debían justar contra todos estos países: Irlanda, Escocia, y los restantes de Gales, y Surluse, y el país de Gore, y de Listinoise, y los de Northumberland, y todos los que tuviesen tierras de Arturo en esta mitad de la mar. Cuando fue hecho este pregón, muchos fueron los caballeros contentos y muchos los descontentos.

–Señor –dijo Lanzarote a Arturo–, por este pregón que habéis hecho nos pondréis a los que estamos con vos en gran riesgo, pues hay muchos caballeros que tienen gran envidia de nosotros; por ende cuando nos enfrentemos el día de la justa habrá dura contienda.

–En cuanto a eso –dijo Arturo–, no tengo cuidado; probaremos quién es mejor con sus manos.

Así cuando sir Lanzarote supo por qué el rey Arturo hacía esta justa, hizo provisión para que La Bella Isolda contemplase la justa desde un lugar secreto que fuese honesto para su estado.

Ahora volvemos a sir Tristán y a La Bella Isolda, cómo hacían gran gozo diariamente juntos con todas maneras de alegrías que ellos podían discurrir, y cada día sir Tristán iba al monte, pues en aquel tiempo era tenido por el mejor cazador del mundo, y el más noble tañedor de cuerno con toda suerte de medidas; pues como el libro testimonia, de sir Tristán vienen todos los buenos términos de montería y cetrería, y todas las hechuras y medidas de tañer el cuerno; y de él tuvimos primero todos los términos de cetrería, y cuáles eran bestias de caza y bestias de montería, y cuáles alimañas, y todos los sones que pertenecen a todas maneras de caza. Primeramente para la suelta de canes, para la busca, para la llamada, para la persecución, para la muerte, para acudir, y muchos

otros términos y sones, de manera que todas maneras de gentileshombres tienen motivo, hasta el fin del mundo, para alabar a sir Tristán, y rezar por su alma.

Capítulo 53

Cómo por consejo de La Bella Isolda cabalgó armado sir Tristán, y cómo se encontró con sir Palomides

Y un día dijo La Bella Isolda a sir Tristán:

–Mucho me maravilla –dijo– que no recordéis cómo estáis aquí en un país extraño, donde hay muchos caballeros peligrosos; y bien sabéis que el rey Marco está lleno de traición; y que si andáis así, monteando y cazando desarmado, podéis ser destruido.

–Mi gentil señora y mi amor, os suplico merced; no lo haré más.

Y entonces sir Tristán salió diariamente a montear armado, llevándole sus hombres el escudo y la lanza.

Y un día, poco antes del mes de mayo, sir Tristán perseguía muy ansiosamente un ciervo, y el ciervo pasó junto a una hermosa fuente. Y entonces sir Tristán se apeó y se quitó el yelmo para beber de esta agua borboteante. En eso oyó y vio a la Bestia Aulladora llegar a la fuente. Cuando sir Tristán vio esta bestia se puso el yelmo, pues pensó que sabría de sir Palomides, pues esta bestia era su demanda. En eso vio sir Tristán dónde venía un caballero armado, sobre noble corcel, y lo saludó, y hablaron de muchas cosas: y el nombre de este caballero era Breunis Saunce Pité. Y a poco llegó a ellos el noble caballero sir Palomides, y se saludaron unos y otros, y hablaron cortésmente.

–Gentiles caballeros –dijo sir Palomides–, puedo daros nuevas.

–¿Cuáles son? –dijeron aquellos caballeros.

–Señores, sabed bien que el rey Marco ha sido puesto en prisión por sus propios caballeros, y todo por amor a sir Tristán; pues el rey Marco había puesto a sir Tristán dos veces en prisión; y una de ellas sir Perceval liberó al noble caballero sir Tristán de prisión. Y la postrera vez lo liberó La Bella Isolda, y ha venido claramente con él a este reino; y todo este tiempo el rey Marco, el falso traidor, está en prisión. Y si es verdad esto –dijo sir Palomides–, entonces prestamente sabremos de sir Tristán. Y en cuanto a decir que amo a La Bella Isolda como amante, me atrevo a hacer bueno que es así, y que tiene mi servicio por encima de todas las otras damas, y lo tendrá, el término de mi vida.

Y mientras así estaban conversando vieron cómo venía un caballero todo armado, sobre un gran caballo, y uno de sus hombres llevaba su escudo, y el otro sus lanzas. Y tan pronto como este caballero los vio, tomó su escudo y su lanza y enderezó para justar.

–Gentiles compañeros –dijo sir Tristán–, ese caballero quiere justar con nosotros; veamos quién de nosotros se enfrentará a él, pues veo bien que es de la corte del rey Arturo.

–No tardará mucho en tener a alguien enfrente –dijo sir Palomides–, pues jamás hallé a ningún caballero deseoso de justar, en mi demanda de esta Bestia Gañidora, al que yo haya rehusado.

–Tan bien podría yo –dijo Breunis Saunce Pité– seguir a esa bestia como vos.

–Entonces deberéis hacer batalla conmigo –dijo Palomides.

Y enderezó sir Palomides para aquel otro caballero, sir Bleoberis, que era muy noble caballero, y pariente cercano de sir Lanzarote, y se juntaron con tal fuerza que sir Palomides cayó a tierra, caballo y todo.

Entonces sir Bleoberis alzó la voz y dijo así:

–Apercíbete, caballero falso y traidor, Breunis Saunce Pité, pues sabe por cierto que las habré contigo a todo trance por los nobles caballeros y damas que falsamente has traicionado.

Cuando este falso caballero y traidor, Breunis Saunce Pité, le oyó decir así, tomó su caballo por la brida y emprendió la huida cuanto su caballo podía correr, pues tenía mucho espanto de él. Cuando sir Bleoberis lo vio huir siguió a gran prisa tras él cuanto más podía.

Y por fortuna, mientras huía, vio sir Breunis delante de él a tres caballeros de la Tabla Redonda, de los que uno se llamaba sir Héctor de Maris, el otro sir Perceval de Gales, y el tercero se llamaba sir Harry le Fise Lake, buen caballero y esforzado. Y en cuanto a sir Perceval era tenido en ese tiempo de su tiempo uno de los mejores del mundo, y de los más seguros. Cuando sir Breunis vio a estos caballeros fue derecho a ellos, y los llamó rogándoles que le socorriesen.

–¿Qué menester habéis? –dijo sir Héctor.

–Ah, gentiles caballeros –dijo sir Breunis–, aquí me sigue el caballero más traidor, y más cobarde, y de más infamia; su nombre es Breunis Saunce Pité, y si puede tenerme, me matará sin merced ni piedad.

–Estad con nosotros –dijo sir Perceval– y seremos vuestros valedores.

Entonces vieron a sir Bleoberis que venía cabalgando lo deprisa que podía, y salió delante sir Héctor para justar él primero de todos.

Cuando sir Bleoberis vio que eran cuatro caballeros y él uno sólo, se detuvo, dudando si volverse o mantener su camino. Entonces se dijo a sí mismo: «Soy caballero de la Tabla Redonda y antes que afrentar mi juramento y mi sangre mantendré mi camino, venga de ello lo que venga».

Y seguidamente sir Héctor enderezó su lanza, y uno y otro se hirieron muy fuertemente, pero sir Héctor cayó a tierra. Vio esto sir Perceval, y enderezó su caballo hacia él todo lo que podía correr; pero sir Perceval tuvo tal golpe que hombre y caballo fueron a tierra.

Cuando sir Harry vio que ambos rodaban por tierra se dijo: «Jamás fue Breunis de tal proeza». Y enderezó sir Harry su caballo, y se

juntaron con tal fuerza que los dos cayeron a tierra, hombres y caballos; pero el caballo de sir Bleoberis se empezó a recobrar otra vez.

Vio esto sir Breunis, se llegó cruelmente, y lo hirió una y muchas veces, para matarlo mientras yacía en el suelo.

Entontes sir Harry le Fise Lake se levantó ligeramente, tomó por la brida el caballo de sir Breunis, y dijo:

–¡Mal hayas tú! No hieras jamás a un caballero cuando está en tierra, pues este caballero no puede ser tenido por caballero vergonzoso por sus hechos, pues aunque esté tendido ahí en el suelo, puede haber hecho honrosamente y puesto en lo peor a muy buenos caballeros.

–Por eso no lo quiero dejar –dijo sir Breunis.

–No tendrás elección –dijo sir Harry– en esta sazón.

Cuando sir Breunis vio que no podía escoger ni tener su voluntad habló hermosamente. Entonces sir Harry lo soltó. Y al punto hizo que su caballo atropellase a sir Bleoberis, y lo arrojó a tierra como para matarle. Cuando sir Harry lo vio hacer tan villanamente dijo a voces:

–¡Caballero traidor, detente por vergüenza!

Y cuando sir Harry quiso tomar su caballo para luchar con sir Breunis, entonces sir Breunis fue sobre él mientras estaba subido a medias, y lo derribó, hombre y caballo, a tierra, y casi mató a sir Harry, el buen caballero. Vio eso sir Perceval, y gritó:

–¡Caballero traidor!, ¿qué haces?

Y cuando sir Perceval estuvo sobre su caballo sir Breunis tomó su caballo y huyó lo más que podía, y sir Perceval y sir Harry siguieron a gran prisa tras él; pero cuanto más le seguían más atrás se quedaban. Entonces volvieron y fueron a sir Héctor de Maris y a sir Bleoberis.

–¡Ah, gentiles caballeros!, ¿por qué habéis socorrido a ese falso

caballero y traidor?

–Pues –dijo sir Harry–, ¿qué caballero es? Porque bien sé que es un falso caballero, y caballero cobarde y felón.

–Señor –dijo Bleoberis–, es el caballero más cobarde, y devorador de damas, y destructor de buenos caballeros, y en especial los de Arturo.

–¿Cuál es vuestro nombre? –dijo sir Héctor.

–Mi nombre es sir Bleoberis de Ganis.

–¡Ay, gentil primo! –dijo sir Héctor–, perdonadme, pues soy sir Héctor de Maris.

Entonces sir Perceval y sir Harry se alegraron mucho de haber topado con Bleoberis; pero todos tuvieron pesar de que se les hubiese escapado sir Breunis, por lo que se dolieron grandemente.

Capítulo 54

De sir Palomides, y cómo se enfrentó

a sir Bleoberis y a sir Héctor, y de sir Perceval

Y mientras así estaban llegó sir Palomides; y al ver el escudo de sir Bleoberis que yacía en tierra, dijo:

–Venga a mí el dueño de ese escudo, pues me derribó aquí cerca junto a una fuente; y por tanto quiero luchar con él a pie.

–Presto estoy –dijo Bleoberis– a responderte, pues sabe bien, señor caballero, que soy yo, y mi nombre es sir Bleoberis de Ganis.

–Bien hallado seas –dijo Palomides–; y sabe bien que mi nombre es Palomides el Sarraceno –y ambos se odiaban a muerte.

–Señor Palomides –dijo sir Héctor–, sabe bien que ni tú ni ningún caballero vivo matará a ninguno de nuestra sangre, sino que morirá por ello; por tanto, si tienes deseo de luchar, ve en busca de sir Lanzarote o de sir Tristán, que ahí hallarás a tus iguales.

–A ellos me he enfrentado –dijo sir Palomides–, aunque jamás he tenido honra ninguna de ellos.

–¿No hubo jamás ninguna suerte de caballero –dijo sir Héctor–, sino ellos, que os igualase?

–Sí –dijo Palomides–; está un tercero, tan buen caballero como cualquiera de ellos, y de su edad fue el mejor que hallé nunca; y si hubiese vivido hasta ser hombre más esforzado, no habría ahora caballero como él, y su nombre era sir Lamorak de Gales. Y cuando justaba en un torneo me derribó a mí, y a treinta caballeros más, y allí ganó el grado. Y al partir topó con sir Gawain y sus hermanos, y con gran trabajo le dieron muerte felonamente, para gran daño de todos los buenos caballeros.

Así que sir Perceval oyó que su hermano sir Lamorak había muerto, cayó desvanecido sobre la crin de su caballo, y allí hizo la más grande lamentación que hiciera caballero ninguno. Y cuando se levantó sir Perceval, dijo:

–¡Ay, mi bueno y noble hermano, sir Lamorak, ahora nunca nos veremos más!, y creo que en todo el ancho mundo no se puede hallar un caballero como él de su edad; y harto era sufrir la muerte de nuestro padre el rey Pellinor, para tener ahora la de nuestro buen hermano sir Lamorak.

Entretanto llegó un paje de la corte del rey Arturo, y les anunció un gran torneo que habría en Lonazep, y cómo estas tierras, Cornualles y Northgales, estarían contra todos los que quisiesen acudir.

Capítulo 55

Cómo sir Tristán se enfrentó

a sir Dinadan, y de sus pláticas,

y qué dijo a los hermanos de sir Gawain

Ahora volvemos a sir Tristán, que cuando andaba monteando topó con sir Dinadan, el cual había venido a este país a buscar a sir Tristán. Y entonces sir Dinadan dijo su nombre a sir Tristán, pero sir Tristán no le quiso decir el suyo, por donde se enojó sir Dinadan.

–Pues a un caballero tan necio como vos –dijo sir Dinadan– vi hace bien poco este día acostado junto a una fuente, y hacía como si durmiese; y sonreía como un necio, y no quería hablar; y su escudo estaba junto a él, y lo mismo su caballo; y sé bien que era un enamorado.

–¡Ah, gentil señor! –dijo sir Tristán–, ¿no sois vos un enamorado?

–Para casarme, ¿no?, ¡mal haya ese negocio! –dijo sir Dinadan.

–Eso está mal dicho –dijo sir Tristán–, pues un caballero nunca puede ser de proeza a menos que sea enamorado.

–Bien dicho –dijo sir Dinadan–; ahora decidme vuestro nombre, ya que sois enamorado; si no, haré batalla con vos.

–En cuanto a eso –dijo sir Tristán–, no es razón para luchar conmigo que no os diga mi nombre; y en cuanto a mi nombre, no lo sabréis en esta sazón.

–¡Mal hayas tú! –dijo Dinadan–, ¿eres caballero y no osas decirme tu nombre? Entonces lucharé contigo.

–En cuanto a eso –dijo sir Tristán–, quiero ser aconsejado, pues no haré batalla a menos que me plazca. Aunque si hago batalla, no seréis capaz de resistirme.

–¡Mal hayas tú, cobarde! –dijo Dinadan.

Y mientras así estaban detenidos, vieron venir a un caballero contra ellos. Luego que sir Dinadan lo vio, dijo:

–Ése es el mismo caballero enamorado que vi junto a la fuente, ni dormido ni despierto.

–Bien conozco –dijo sir Tristán– a ese caballero del escudo de azur: es el hijo del rey de Northumberland, de nombre Epinogrus; y es el más grande amante que conozco, y ama a la hija del rey de Gales, una muy hermosa dama. Y como presumo, si le requerís justará con vos, y entonces probaréis si un enamorado es mejor caballero, o vos que no queréis amar a ninguna dama.

–Bien –dijo Dinadan–; ahora vas a ver lo que haré.

Seguidamente sir Dinadan alzó la voz y dijo:

–Señor caballero, disponte a justar conmigo, pues es costumbre de los caballeros andantes justar unos con otros.

–Señor –dijo Epinogrus–, ¿es regla de vuestros caballeros andantes hacer justar a un caballero quiera o no?

–En cuanto a eso –dijo Dinadan–, apercíbete, pues ésa es la mía aquí.

Y seguidamente pusieron espuelas a sus caballos y se embistieron con tal fuerza que Epinogrus derribó a sir Dinadan. Entonces sir Tristán se llegó a sir Dinadan, y le dijo:

–¿Y ahora qué? Parece que el enamorado ha salido bien librado.

–¡Mal hayas tú, cobarde! –dijo Dinadan–; pues si fueses buen caballero me vengarías.

–No –dijo sir Tristán–; no quiero justar en esta sazón; sino tomad vuestro caballo y vayámonos de aquí.

–Dios me libre –dijo sir Dinadan– de tu compañía; pues no he salido bien parado desde que me he juntado contigo –y con eso se separaron.

–Tal vez –dijo sir Tristán– pudiera daros yo nuevas de sir Tristán.

–Dios me libre –dijo sir Dinadan– de tu compañía, pues mucho peor

estaría sir Tristán si fuese en tu compañía –y así se despidieron.

–Señor –dijo sir Tristán–, sin embargo, puede acaecer que me enfrente a vos en otros lugares.

Y se encaminó sir Tristán a la Gozosa Guarda, y oyó allí, en aquel pueblo, gran ruido y voz.

–¿Qué es ese ruido? –dijo sir Tristán.

–Señor –dijeron–, aquí está un caballero de este castillo que ha vivido mucho tiempo entre nosotros, y ahora ha sido muerto por dos caballeros, y sin otra causa que haber dicho que sir Lanzarote era mejor caballero que sir Gawain.

–Simple causa era ésa –dijo sir Tristán–, matar a un buen caballero por hablar bien de su señor.

–Ése es poco remedio para nosotros –dijeron los hombres del pueblo–. Pues si sir Lanzarote hubiese estado aquí pronto habríamos sido vengados de los falsos caballeros.

Cuando sir Tristán les oyó decir eso envió por su escudo y su lanza, les dio alcance al poco rato, y les pidió que volviesen y enmendasen la sinrazón que habían hecho.

–¿Qué enmienda quieres tener? –dijo uno de los caballeros.

Y en eso tomaron carrera, y se juntaron con tal fuerza que sir Tristán derribó a dicho caballero por la cola del caballo. Entonces el otro caballero enderezó para sir Tristán, y de la misma manera sirvió éste al segundo caballero. Se libraron entonces de sus caballos lo mejor que pudieron, y embrazaron sus escudos y espadas para hacer batalla a todo trance.

–Caballeros –dijo sir Tristán–, debéis decirme de dónde sois, y cuáles son vuestros nombres, pues podéis ser tales que mal escaparíais a mis manos; pero podríais ser de tal país que a pesar de vuestros hechos malvados debieseis pasar sin daño.

–Sabe bien, señor caballero –dijeron–, que no tememos decirte nuestros nombres, pues mi nombre es sir Agravain, y mi nombre es

sir Gaheris, y somos hermanos del buen caballero sir Gawain, y sobrinos del rey Arturo.

–Pues por el rey Arturo –dijo sir Tristán– os dejaré ir en esta sazón. Pero es vergüenza que sir Gawain y vosotros vengáis de tan grande sangre y seáis nombrados los cuatro hermanos como lo sois, pues sois llamados los más grandes destructores y matadores de buenos caballeros que ahora están en este reino; pues así he oído decir, que entre sir Gawain y vosotros habéis dado muerte a un caballero que era mejor de lo que nunca habéis sido vosotros, como era el noble caballero sir Lamorak de Gales. Y ojalá hubiese placido a Dios que hubiese estado yo con sir Lamorak en el momento de su muerte.

–Entonces habríais seguido el mismo camino –dijo sir Gaheris.

–Gentil caballero –dijo sir Tristán–, tendríais que haber sido muchos más caballeros de los que sois.

Y con eso sir Tristán se fue de ellos, y volvió a la Gozosa Guarda. Y cuando hubo partido, tomaron ellos sus caballos, y se dijeron unos a otros:

–Lo alcanzaremos y nos vengaremos de él, en despecho de sir Lamorak.

Capítulo 56

Cómo sir Tristán derribó a sir Agravain y a sir Gaheris y cómo sir Dinadan fue enviado llamar por La Bella Isolda

Y cuando hubieron alcanzado a sir Tristán, le gritó sir Agravain:

–Vuelve, caballero traidor.

–Mal dicho está eso –dijo sir Tristán; y con eso sacó la espada y dio a sir Agravain tal golpe encima del yelmo que lo tumbó del caballo

sin sentido, con una grave herida. Se volvió luego a Gaheris y le dio un golpe a la vez en la espada y el yelmo con tal fuerza que Gaheris se cayó de su silla.

Y seguidamente sir Tristán se encaminó a la Gozosa Guarda, y allí se apeó y se desarmó. Entonces sir Tristán contó a La Bella Isolda toda su aventura, como habéis oído. Y cuando ella le oyó hablar de sir Dinadan, «señor –dijo–, ¿no es el que hizo la canción por el rey Marco?».

–Ese mismo es –dijo sir Tristán–, pues es el mejor burlador y reidor, y noble caballero por sus manos, y el mejor compañero que conozco; y todos los buenos caballeros aman su compañía.

–¡Ay, señor! –dijo ella–, ¿por qué no lo habéis traído con vos?

–No tengáis cuidado –dijo sir Tristán–, pues cabalga en mi busca por este país; y por tanto no se irá hasta dar conmigo.

Y allí contó sir Tristán a La Bella Isolda cómo sir Dinadan se tenía contra todos los amadores.

En eso fue un paje y dijo a sir Tristán cómo había llegado un caballero andante al pueblo, con tales colores sobre su escudo.

–Ése es sir Dinadan –dijo sir Tristán–. Ved lo que haréis: enviaréis por él, mi señora Isolda, y yo no me dejaré ver; ahora oiréis al más alegre caballero que hayáis conocido, y al más loco hablador; y os ruego vivamente que le hagáis buena acogida.

Al punto envió La Bella Isolda mandado al pueblo rogando a sir Dinadan que fuese al castillo y se reposase allí con una dama.

–De buen grado –dijo sir Dinadan; y montó sobre su caballo y fue para el castillo; se apeó allí, y fue desarmado y llevado dentro del castillo.

Al punto fue La Bella Isolda a él, y se saludaron; y entonces le preguntó ella de dónde era.

–Señora –dijo sir Dinadan–, soy de la corte del rey Arturo, y caballero de la Tabla Redonda, y mi nombre es sir Dinadan.

–¿Qué hacéis en este país? –dijo La Bella Isolda.

–Señora –dijo él–, busco al buen caballero sir Tristán pues me dijeron que estaba en este país.

–Bien puede ser –dijo La Bella Isolda–, aunque yo no sé de él.

–Señora –dijo sir Dinadan–, me maravillo de sir Tristán y de otros muchos enamorados, qué les pasa para estar tan locos y sorbidos por las mujeres.

–¿Cómo –dijo La Bella Isolda–, sois caballero y no tenéis amor? Es vergüenza para vos; por tanto no podéis ser llamado buen caballero, a menos que hagáis querella por una dama.

–Dios me libre –dijo sir Dinadan–, pues harto breve es el gozo del amor, y harto duradera la aflicción que viene de él.

–¡Ah! –dijo La Bella Isolda–, no habléis así, pues aquí cerca estaba el buen caballero sir Bleoberis, que luchó con tres caballeros a un tiempo por una doncella, y la ganó delante del rey de Northumberland.

–Así fue –dijo sir Dinadan–, pues bien lo conozco por buen caballero, y noble, y viene de noble sangre; pues todos son nobles caballeros de los que él viene, como es sir Lanzarote del Lago.

–Ahora os ruego –dijo La Bella Isolda– que me digáis: ¿queréis luchar con tres caballeros que me hacen gran sinrazón? Y ya que sois uno de los caballeros del rey Arturo, os requiero que hagáis batalla por mí.

–Entonces –dijo sir Dinadan– debo deciros que sois la más hermosa dama de cuantas he visto, y mucho más hermosa que mi señora la reina Ginebra, pero sabed bien que no quiero luchar por vos con tres caballeros al mismo tiempo; ¡Jesús me libre!

Entonces se rió Isolda, y tuvo buen juego de él. Y él tuvo toda la acogida que ella le pudo hacer, y allí durmió toda esa noche.

Y por la mañana temprano se armó sir Tristán, y La Bella Isolda le dio un buen yelmo; y entonces le prometió él que se juntaría con sir

Dinadan, y que irían juntos los dos a Lonazep, donde sería el torneo, «y allí aparejaré para vos dónde poder ver el torneo».

Entonces partió sir Tristán con dos escuderos que llevaban su escudo y sus lanzas que eran gruesas y largas.

Capítulo 57

Cómo sir Dinadan se juntó con sir Tristán,

y justando con sir Palomides le reconoció sir Dinadan

Después de eso partió sir Dinadan, y emprendió su camino a gran paso hasta que alcanzó a sir Tristán. Y cuando sir Dinadan le hubo alcanzado al punto lo reconoció, y aborreció su compañía por encima de todos los otros caballeros.

–¡Ah! –dijo sir Dinadan–, ¿eres tú el cobarde caballero con quién topé ayer? Guárdate, pues vas a justar conmigo a tu pesar.

–Bien –dijo sir Tristán–, aunque no tengo ganas de justar.

Y dejaron correr sus caballos, y sir Tristán erró a propósito, y sir Dinadan quebró una lanza sobre sir Tristán; y seguidamente sir Dinadan se aprestó a sacar la espada.

–Eso no –dijo sir Tristán–, ¿por qué tenéis tanto enojo? Yo no quiero luchar.

–¡Mal hayas tú, cobarde –dijo Dinadan–, que avergüenzas a todos los caballeros!

–En cuanto a eso –dijo sir Tristán– ningún cuidado tengo, pues iré en vuestra compañía, y estaré bajo vuestra protección; pues ya que sois tan buen caballero, podéis salvarme.

–El diablo me libre de ti –dijo sir Dinadan–, pues eres tan buen

hombre de armas y de tu persona como no he visto otro, y el más cobarde que he visto. ¿Qué pretendes con esas gruesas lanzas que llevas contigo?

–Las daré –dijo sir Tristán– a algún buen caballero cuando llegue al torneo; y si os veo hacer lo mejor, os las daré a vos.

Y así como iban hablando, vieron dónde venía hacia ellos un caballero andante, que se apercibía para justar.

–Mira –dijo sir Tristán–, aquél es uno que quiere justar; así que endereza hacia él.

–¡Ah, vergüenza, te pertenece a ti! –dijo sir Dinadan.

–No, eso no –dijo sir Tristán–, pues ese caballero parece avisado.

–Entonces será para mí –dijo sir Dinadan.

Y embrazaron sus escudos y sus lanzas, y se juntaron con tal fuerza que el otro caballero derribó a sir Dinadan de su caballo.

–Ved –dijo sir Tristán– cómo habría sido mejor haberlo dejado.

–¡Mal hayas tú, cobarde! –dijo sir Dinadan.

Entonces sir Dinadan se levantó de un salto, tomó la espada en su mano, y ofreció hacer batalla a pie.

–¿Con amor o con ira? –dijo el otro caballero.

–Hagamos batalla con amor –dijo sir Dinadan.

–¿Cuál es vuestro nombre? –dijo aquel caballero–, os ruego que me lo digáis.

–Sabed bien que mi nombre es Dinadan.

–¡Ah, Dinadan! –dijo aquel caballero–, y mi nombre es Gareth, el hermano más mancebo de sir Gawain.

Entonces hicieron gran alegría uno de otro, pues este Gareth era el mejor caballero de todos estos hermanos, y buen caballero probado.

Entonces tomaron sus caballos, y allí hablaron de sir Tristán, cuán cobarde era; y a cada palabra que sir Tristán oía, se reía y burlaba de ellos. Entonces vieron venir a un caballero hacia ellos bien encabalgado y armado, y que se apercibía para justar.

–Gentiles caballeros –dijo sir Tristán–, ved quién de entre vosotros justará con aquel caballero, pues os prevengo que yo no quiero haberlas con él.

–Entonces lo haré yo –dijo sir Gareth.

Así que se arremetieron, y aquel caballero derribó a sir Gareth por la grupa del caballo.

–Y bien –dijo sir Tristán a sir Dinadan–, endereza ahora y venga al buen caballero Gareth.

–No haré yo eso –dijo sir Dinadan–, pues ha derribado a un caballero mucho más fuerte que yo.

–¡Ah! –dijo sir Tristán–, ahora veo y entiendo bien, sir Dinadan, que os falta corazón; por tanto, ahora veréis lo que voy a hacer.

Y entonces sir Tristán arremetió para aquel caballero, y lo derribó completamente del caballo. Y cuando sir Dinadan vio eso, se quedó muy maravillado; y entonces imaginó que era sir Tristán. Entonces el caballero que estaba de pie sacó la espada para hacer batalla.

–¿Cuál es vuestro nombre? –dijo sir Tristán.

–Sabed bien –dijo aquel caballero– que mi nombre es sir Palomides.

–¿A qué caballero odiáis más? –dijo sir Tristán.

–Señor caballero –dijo él–, a sir Tristán aborrezco a muerte, y si puedo dar con él, uno de nosotros morirá.

–Bien habéis dicho –dijo sir Tristán–; pues sabed que yo soy Tristán de Lionís, y ahora haced lo que podáis.

Cuando sir Palomides le oyó decir eso quedó desconcertado. Y entonces dijo así:

–Os ruego, señor Tristán, que perdonéis toda mi mala voluntad; y si vivo, os haré servicio por encima de cuantos caballeros viven; y donde os he tenido mala voluntad, me arrepiento grandemente. No sé qué me pasa, pues creo que sois buen caballero, y ningún caballero que se tenga por bueno debería desamaros; por tanto, os requiero, señor Tristán, que no toméis desplacer de mis palabras descorteses.

–Señor Palomides –dijo sir Tristán–, decís bien; y bien sé que sois buen caballero, pues os he visto probado; y muchas grandes empresas habéis tomado sobre vos, y bien las habéis acabado; por tanto, si me tenéis alguna mala voluntad, ahora la podéis enderezar, pues estoy presto a vuestra mano.

–No será así, mi señor Tristán, que quiero haceros servicio caballerescamente en todo lo que vos queráis mandar.

–Y así mismo quiero tomaros –dijo sir Tristán.

Y siguieron cabalgando su camino, hablando de muchas cosas.

–¡Oh, mi señor Tristán! –dijo Dinadan–, feamente os habéis burlado de mí, pues bien sabe Dios que he venido a este país por vos, y por consejo de mi señor Lanzarote; aunque no quiso decirme sir Lanzarote de cierto dónde podía hallaros.

–En verdad –dijo sir Tristán– que sir Lanzarote sabía bien dónde estaba yo, pues me aposentaba en su propio castillo.

Capítulo 58

Cómo se acercaron al Castillo Lonazep,

y de otras razones. De la muerte de sir Lamorak

Así cabalgaron hasta que vieron de lejos el Castillo Lonazep. Y entonces vieron cuatrocientas tiendas y pabellones, y

maravillosamente grande ordenanza.

–Así Dios me ayude –dijo sir Tristán–, allá veo la más grande ordenanza que he visto nunca.

–Señor –dijo Palomides–, creo que hubo una ordenanza así de grande en el Castillo de las Doncellas sobre la roca, donde vos ganasteis el galardón, pues yo mismo vi que vencisteis a treinta caballeros.

–Señor –dijo Dinadan–, y en Surluse, en aquel torneo que Galahaut de las Largas Islas hizo, el cual duró siete días, hubo tan grande reunión como hay aquí, pues había muchas naciones.

–¿Quién fue el mejor? –dijo sir Tristán.

–Señor, fueron Lanzarote del Lago y el noble caballero sir Lamorak de Gales; y sir Lanzarote ganó el grado.

–No dudo –dijo sir Tristán–, sino que ganó el grado, pues no habría sido sobrepujado por muchos caballeros. Y de la muerte de sir Lamorak fue gran lástima, pues me atrevo a decir que era el hombre de más fuerza y aliento que vivía de su edad; pues sé que era el caballero más recio he encontrado, sin contar a sir Lanzarote. ¡Ay!, mucho me apena su muerte. Y si no fuesen sobrinos de mi señor Arturo los que lo mataron, morirían por ello, y todos los que consintieron su muerte. Y por tales cosas temo llegarme a la corte de mi señor Arturo; quiero que lo sepáis –dijo sir Tristán a Gareth.

–Señor, no os culpo –dijo Gareth–; pues conozco bien la venganza de mis hermanos sir Gawain, Agravain, Gaheris y Mordred. Pero en cuanto a mí, no quiero tener que ver en sus asuntos, y por eso ninguno de ellos me ama. Y porque entiendo que son matadores de buenos caballeros he dejado su compañía; y ojalá hubiese placido a Dios que hubiese estado yo cerca cuando fue muerto el noble caballero sir Lamorak.

–¡Ah, Jesús sea mi ayuda! –dijo sir Tristán–, bien dicho está por vos, pues más que todo el oro que hay de aquí a Roma habría querido estar yo allí.

–Ciertamente –dijo Palomides–, también yo hubiera querido estar, aunque nunca tuve el grado en ninguna justa ni torneo donde estuvo él, sino siempre me puso en lo peor, a pie y a caballo; y aquel día en que fue muerto hizo los más grandes hechos de armas que he visto hacer a un caballero en los días de mi vida. Y cuando le fue dado el grado por mi señor Arturo, sir Gawain y sus tres hermanos, Agravain, Gaheris y sir Mordred cayeron sobre sir Lamorak en un lugar apartado, y allí le mataron el caballo. Y lucharon con él a pie más de tres horas, unos delante y otros por detrás de él; y sir Mordred le dio su herida de muerte por la espalda, y lo tajaron todo; pues uno de sus escuderos me contó que lo vio.

–¡Mal haya esa traición! –dijo sir Tristán–, pues me mata el corazón oír esta historia.

–Lo mismo a mí –dijo Gareth–; hermanos míos como son, jamás los amaré, ni me acercaré a su compañía por esa acción.

–Hablemos ahora de otros hechos –dijo Palomides–, y dejémosle en paz, pues la vida no se la podemos devolver.

–Ésa es más lástima –dijo Dinadan–, pues sir Gawain y sus hermanos, excepto vos sir Gareth, aborrecen a todos los buenos caballeros de la Tabla Redonda en su mayor parte; pues bien sé que secretamente aborrecen a mi señor Lanzarote y a todo su linaje, y tienen gran despecho de él; y eso mi señor Lanzarote lo sabe bien, y ésa es la causa de que tenga a los buenos caballeros de su linaje en derredor de él.

Capítulo 59

Cómo llegaron a la ribera del Humber,

y cómo hallaron una nave allí, donde yacía el cuerpo

del rey Hermance

–Señor –dijo Palomides–, dejemos este asunto, y veamos cómo haremos en este torneo. Mi consejo es que nos tengamos los cuatro juntos contra todo el que quiera venir.

–No por mi consejo –dijo sir Tristán–, pues veo por sus pabellones que habrá cuatrocientos caballeros, y no dudéis que habrá muchos buenos caballeros; y no hay hombre tan valiente ni tan fuerte que no pueda ser sobrepujado. Y así he visto caballeros hacer muchas veces, y cuando más creían ganar honra la perdían, pues de nada aprovecha la hombría si no va acompañada de cordura. En cuanto a mí, puede ser que guarde mi propia cabeza tan bien como la de otro.

Así cabalgaron hasta que llegaron a la ribera del Humber, donde oyeron llantos y voces acongojodas. Entonces vieron dónde venía con el viento una rica nave ornada con seda bermeja; y la nave tomó tierra muy cerca de ellos. Seguidamente se apearon sir Tristán y sus caballeros. Y fue delante sir Tristán y entró en dicha nave. Y cuando estuvo dentro vio una hermosa cama ricamente cubierta, y en ella yacía muerto un hermoso caballero, todo armado salvo la cabeza, y ensangrentado, con heridas mortales sobre él, el cual parecía ser muy buen caballero.

–¿Cómo puede ser –dijo sir Tristán– que este caballero haya muerto así?

Entonces sir Tristán advirtió una carta en la mano del caballero muerto.

–Marineros –dijo sir Tristán–, ¿qué quiere decir esa carta?

–Señor –dijeron–, en esa carta oiréis y sabréis cómo ha sido muerto, y por qué causa, y cuál era su nombre. Pero señor –dijeron los marineros–, sabed bien que nadie tomará esa carta, y la leerá, a menos que sea buen caballero, y quiera prometer fielmente vengar su muerte; si no, no habrá caballero que vea abierta esa carta.

–Sabed bien –dijo sir Tristán– que algunos de nosotros podemos vengar su muerte tan bien como cualquiera, y si es como decís,

marineros, su muerte será vengada.

Y seguidamente sir Tristán tomó la carta de la mano del caballero, y decía así:

«Yo, Hermance, rey y señor de la Ciudad Bermeja, os encarezco a todos los caballeros andantes, y os recomiendo nobles caballeros de la corte de Arturo, que busquéis a un caballero que luche por mí con dos hermanos a los que crié de la nada, y felona y traidoramente me han dado muerte; por donde suplico que un buen caballero vengue mi muerte. Y aquel que vengue mi muerte quiero que tenga mi Ciudad Bermeja y todos mis castillos.»

–Señor –dijeron los marineros–, sabed que este rey y caballero que aquí yace era hombre muy digno y lleno de gran proeza, y mucho amaba a todos los caballeros andantes.

–Así Dios me ayude –dijo sir Tristán–; aquí está un piadoso caso, y con mucho placer tomaría esta empresa sobre mí; pero he hecho tal promesa que de necesidad debo estar en ese gran torneo, o caeré en vergüenza. Pues bien sé que por mí, en especial mi señor Arturo, manda hacer esta justa y torneo en este país; y bien sé que mucha gente digna estará allí en ese torneo para verme; por tanto temo, si tomo esta empresa sobre mí, no volver a tiempo para esa justa.

–Señor –dijo Palomides–, os ruego que me deis esta empresa, y me veréis acabarla honrosamente, o moriré en dicha querella.

–Bien –dijo sir Tristán–; la empresa os doy, con esto: que estéis conmigo en este torneo que será en siete noches.

–Señor –dijo Palomides–, os prometo estar con vos para ese día si no muero o soy malherido.

Capítulo 60

Cómo sir Tristán llegó con su compañía

y estuvieron con un huésped que después

luchó con sir Tristán; y otros asuntos

Entonces partieron sir Tristán, Gareth y sir Dinadan, y dejaron a sir Palomides en la nave; y sir Tristán contempló cómo los marineros hacían vela a lo largo del Humber. Y cuando se hubo perdido de vista a sir Palomides, tomaron sus caballos y miraron en su derredor. Y entonces vieron venir a un caballero desarmado, sin otra cosa en él que una espada. Y cuando este caballero estuvo cerca de ellos los saludó, y ellos a él.

–Gentiles caballeros –dijo este caballero–, os ruego, ya que sois caballeros andantes, que queráis venir a visitar mi castillo, y toméis cuanto halléis en él; os lo ruego de corazón.

Y fueron con él a su castillo, y allí fueron llevados a la sala, que estaba bien aparejada; y allí fueron desarmados, y sentados a una mesa; y cuando este caballero vio a sir Tristán, en seguida lo reconoció. Y entonces este caballero se puso demudado y enojado con sir Tristán.

Cuando sir Tristán vio tal mudamiento en su huésped se sorprendió y dijo:

–Señor y huésped mío, ¿qué mudamiento hacéis?

–Sabe bien –dijo– que el peor por ti, pues sé que eres sir Tristán de Lionís, y mataste a mi hermano; y por tanto te hago advertencia de que te mataré así que pueda tenerte libremente.

–Señor caballero –dijo sir Tristán–, no sé que haya matado nunca a ningún hermano vuestro, y si decís que lo hice, quiero hacer reparación hasta donde pueda.

–No quiero ninguna reparación –dijo el caballero–, sino guárdate de mí.

Y cuando hubo comido sir Tristán, pidió sus armas, y partió. Y siguieron su camino, y al cabo de un rato vio sir Dinadan dónde venía un caballero bien armado y bien encabalgado, sin escudo.

–Señor Tristán –dijo sir Dinadan–, guardad, pues me atrevo a asegurar que allá viene vuestro huésped, que quiere haberlas con vos.

–Dejadle venir –dijo sir Tristán–; le sufriré lo mejor que pueda.

No bien estuvo el caballero cerca de sir Tristán, alzó la voz y le mandó que esperase y guardase. Y se acometieron; pero sir Tristán hirió al otro caballero con tal fuerza que lo sacó por la grupa del caballo. Se levantó con presteza este caballero, tomó su caballo otra vez, fue fieramente sobre sir Tristán, y le hirió dos veces encima del yelmo.

–Señor caballero –dijo sir Tristán–, os ruego que lo dejéis, y no me deis más golpes, pues no quisiera haberlas con vos si puedo escoger, pues aún tengo vuestra vianda y vuestra bebida dentro del cuerpo.

Pese a todo no lo quiso dejar; y entonces sir Tristán le dio tal revés encima del yelmo que cayó cabeza abajo del caballo, de manera que la sangre le salió por las aberturas del yelmo, y quedó tendido y sin menearse, como muerto. Entonces dijo sir Tristán:

–Me arrepiento de este golpe tan fuerte que le he dado, pues creo que ha muerto.

Y lo dejaron y siguieron su camino. Y no habían cabalgado mucho rato, cuando vieron venir contra ellos a dos muy airosos caballeros, bien armados y encabalgados, con gallardos sirvientes con ellos. El uno era Berrant le Apres, llamado Rey de los Cien Caballeros, y el otro era sir Segwarides, los cuales eran dos nombrados y nobles caballeros. Y cuando llegaron los unos junto a los otros, miró el rey a sir Dinadan, que a la sazón llevaba el yelmo de sir Tristán sobre sus hombros, el cual yelmo había visto antes el rey con la reina de Northgales, a la que amaba el rey como amante; y ese yelmo la reina de Northgales lo había dado a La Bella Isolda, y la reina La Bella Isolda lo había dado a Tristán.

–Señor caballero –dijo Berrant–, ¿dónde habéis tenido ese yelmo?

–¿Qué queréis? –dijo sir Dinadan.

–Quiero haberlas contigo –dijo el rey–; por el amor de la que poseía ese yelmo, y por tanto guárdate.

Y se separaron y se juntaron con toda la fuerza de sus caballos, y allí el Rey de los Cien Caballeros derribó a sir Dinadan, caballo y todo, a tierra; y entonces mandó a su sirviente:

–Ve, quítale el yelmo y guárdalo –y fue el paje a desabrocharle el yelmo.

–¿Qué yelmo? ¿Qué vas a hacer? –dijo sir Tristán–. Deja ese yelmo.

–¿Con qué propósito –dijo el rey–, señor caballero, queréis entrometeros con ese yelmo?

–Sabed bien –dijo sir Tristán– que ese yelmo no se partirá de mí, a menos que se compre más caro.

–Entonces apercibíos –dijo sir Berrant a sir Tristán.

Y se acometieron, y sir Tristán lo derribó por la cola del caballo; entonces el rey se levantó ligero, y tomó su caballo ligero otra vez. Y entonces dio fieramente a sir Tristán espesos y grandes golpes. Y entonces sir Tristán dio a sir Berrant tal revés encima del yelmo que lo tiró desacordado del caballo.

–Ved –dijo Dinadan– cómo ese yelmo es desdichado para los dos, pues por él he tenido yo una caída, y ahora, señor rey, habéis tenido otra vos.

Entonces preguntó sir Segwarides:

–¿Quién justará conmigo?

–Te ruego –dijo sir Gareth a Dinadan– que me dejes tener esta justa.

–Señor –dijo Dinadan–, os ruego que la toméis por mí.

–No está eso en razón –dijo Tristán–, pues esta justa debiera ser vuestra.

–A decir verdad –dijo Dinadan–, no la quiero.

Entonces sir Gareth enderezó para sir Segwarides, y sir Segwarides dio con sir Gareth y su caballo en tierra.

–Ahora –dijo sir Tristán a Dinadan–, justa tú con ese caballero.

–No quiero –dijo sir Dinadan.

–Entonces lo haré yo –dijo sir Tristán.

Y corrió sir Tristán a él, y le infligió una caída; y fueron dejados a pie, y sir Tristán cabalgó a la Gozosa Guarda; y no quería sir Gareth entrar en este castillo por cortesía, pero sir Tristán no le dejó partir. Así que se apearon y desarmaron, y tuvieron gran acogida. Pero cuando Dinadan llegó ante La Bella Isolda, maldijo la hora en que se puso el yelmo de sir Tristán, y le contó cómo sir Tristán se había mofado de él. Y allí fue reír y burlarse de sir Dinadan, de manera que no sabían qué hacerse con él.

Capítulo 61

Cómo Palomides fue a luchar con

dos hermanos por la muerte del rey Hermance

Ahora los dejamos contentos en la Gozosa Guarda, y hablamos de sir Palomides. Entonces sir Palomides navegó a lo largo del Humber hasta las costas de la mar, donde estaba un hermoso castillo. Y a la sazón era de madrugada, antes del alba. Y fueron los marineros a sir Palomides que dormía profundamente.

–Señor caballero –dijeron los marineros–, levantad, pues aquí está un castillo en el que debéis entrar.

–Así haré –dijo sir Palomides; y seguidamente arribó.

Y entonces tañó el cuerno que le dieran los marineros. Y cuando los de dentro del castillo oyeron dicho cuerno se asomaron muchos

caballeros; y subieron a lo alto de los muros, y dijeron a una voz:

–Bien venido seáis a este castillo.

Y entonces esclareció el día, y sir Palomides entró en el castillo. Y al poco rato fue servido con muchas y diversas viandas. Entonces sir Palomides oyó en derredor suyo muchos llantos y gran duelo.

–¿Qué puede significar esto? –dijo sir Palomides–. No me gusta oír tanta congoja, y mucho me placería saber qué significa.

Entonces llegó uno ante él, cuyo nombre era sir Ebel, y dijo así:

–Sabed bien, señor caballero, que este duelo y lamentación se hace aquí cada día, y por esta causa: teníamos un rey que se llamaba Hermance, y era rey de la Ciudad Bermeja, y este rey que era señor era noble caballero, generoso y liberal con sus dineros; y en el mundo nada amaba tanto como a los caballeros andantes de la corte del rey Arturo, y justar, montear, y todas maneras de juegos caballerescos; pues jamás gobernó sobre pueblo un rey y caballero tan gentil como él; y por su bondad y gentileza lo lloramos, y lloraremos siempre. Y todos los reyes y estados pueden guardarse por nuestro señor, pues fue destruido por su propia culpa; pues de haber estimado a los de su sangre habría vivido con grandes riquezas y holganza; pero todos los estados se deben guardar por nuestro rey. Pero, ¡ay –dijo Ebel–, que debamos prevenir a todos por su muerte!

–Decidme –dijo Palomides– de qué manera fue muerto vuestro señor, y por quién.

–Señor –dijo sir Ebel–, nuestro rey crió de niños a dos hombres que ahora son caballeros peligrosos; y a estos dos caballeros nuestro rey tuvo tan en caridad que no amaba ni fiaba en hombre ninguno de su sangre, ni en los que tenía a su alrededor. Y por estos dos caballeros era nuestro rey gobernado, y lo regían pacíficamente, a él y a sus tierras, y jamás consentían que ninguno de su sangre tuviese ningún gobierno con nuestro rey. Y era también tan libre y gentil, y ellos tan falsos y arteros, que lo gobernaban pacíficamente; y viendo eso los señores de la sangre de nuestro rey, se alejaron de él y se fueron a sus propias haciendas. Y cuando estos dos traidores

supieron que habían apartado de él a todos los señores de su sangre, no se contentaron con ese gobierno, sino que pensaron tener más, como dice un viejo proverbio: «Dad gobierno a un patán y no se contentará»; pues quienquiera que sea gobernado por un villano de nacimiento, si el señor de la tierra es nacido gentilhombre, ese mismo villano destruirá a todos los gentileshombres de su derredor: por ende, estados y señores, mirad a quién tomáis a vuestro lado. Y si sois caballero de la corte del rey Arturo, recordad esta historia, pues éste es el fin y la conclusión. Mi señor y rey entró en la floresta aquí cercana por consejo de esos traidores, y allí siguió al ciervo bermejo, armado de todas las piezas como buen caballero; y por el esfuerzo se sintió seco, y se apeó para beber de una fuente; y cuando se hubo apeado, por acuerdo de estos dos traidores, el que se llamaba Helius atravesó súbitamente el cuerpo de nuestro rey con una lanza, y lo dejaron allí. Y cuando hubieron partido, entonces por fortuna llegué yo a la fuente, y hallé a mi señor y rey herido de muerte. Y cuando oí su queja, lo hice llevar junto a la ribera de agua, y ponerlo vivo en esa misma nave; y cuando mi señor rey Hermance estuvo en esa nave, me requirió por la fe verdadera que le debía que le escribiese una carta de esta manera:

Capítulo 62

Copia de la carta escrita para vengar la muerte del rey,

y cómo sir Palomides luchó para tener la batalla

«Recomendándome al rey Arturo y a todos sus caballeros andantes, suplico a todos ellos, comoquiera que yo el rey Hermance, rey de la Ciudad Bermeja, soy así muerto con villanía y traición, por mano de dos caballeros míos, por mí criados y hechos, que algún digno caballero quiera vengar mi muerte, ya que he tenido siempre hasta donde he podido, buena voluntad con la corte del rey Arturo. Y a quien quiera aventurar su vida por mí con estos dos traidores en una batalla, yo, el rey Hermance, rey de la Ciudad Bermeja, liberalmente le doy todas las tierras y rentas que siempre he

poseído en mi vida.»

–Esta carta –dijo sir Ebel– escribí por mandato de mi señor, y después recibió a su Creador; y cuando hubiera muerto, me mandó que antes de que se enfriara pusiese esa carta apretada en su mano. Y después me mandó que pusiese esa misma nave por el Humber abajo, y diese a estos marineros orden de no cesar hasta que llegasen a Logres, donde todos los nobles caballeros se reúnen por este tiempo. «Y allí tendrá algún buen caballero piedad de mí y vengará mi muerte, pues jamás ha sido rey ni señor más falsa y traidoramente muerto que yo aquí.» Ésta fue la queja de nuestro rey Hermance. Ahora que ya sabéis todo, cómo nuestro señor ha sido traicionado, os requerimos por Dios que tengáis piedad de su muerte, y honrosamente la venguéis; y entonces podréis poseer todas estas tierras. Pues todos sabemos bien que si podéis matar a estos dos traidores, la Ciudad Bermeja y todos los que en ella están os tomarán por su señor.

–En verdad –dijo sir Palomides– me aflige el corazón oíros contar esta historia dolorosa y a decir verdad, he visto la misma carta de que habláis, y uno de los mejores caballeros de la tierra me la leyó, y por su mandato he venido aquí a vengar la muerte de vuestro rey; y por tanto acabad, y hacedme saber dónde puedo hallar a esos traidores, pues no tendrá sosiego mi corazón hasta poner las manos en ellos.

–Señor –dijo sir Ebel–, tomad entonces vuestra nave otra vez, que ella os llevará a la Isla Deleitosa, cercana a la Ciudad Bermeja, y los de este castillo rezaremos por vos, y esperaremos vuestro regreso. Pues este mismo castillo, si libráis bien, de necesidad ha de ser vuestro; pues nuestro rey Hermance mandó hacer este castillo por amor a esos dos traidores; y así lo guardamos con mano fuerte; y por tanto estamos muy gravemente amenazados.

–Mirad lo que haréis –dijo sir Palomides–: sea lo que sea de mí, ved de guardar bien este castillo. Pues si por desventura muero en esta demanda estoy seguro de que vendrá uno de los mejores caballeros del mundo a vengar mi muerte, que será sir Tristán de Lionís, o sir Lanzarote del Lago.

Entonces sir Palomides se fue de ese castillo. Y cuando llegó cerca

de la ciudad, salió de una nave un hermoso caballero armado contra él, con su escudo en el hombro, y la mano sobre la espada. Y luego que estuvo cerca de sir Palomides, dijo:

–Señor caballero, ¿qué buscáis aquí? Dejad esta demanda, pues es mía, y mía lo era antes de que vinieseis, y por tanto la tendré.

–Señor caballero –dijo Palomides–, bien puede ser que esta demanda fuese vuestra antes de que fuese mía, pero cuando fue sacada la carta de la mano del rey muerto, hasta ese momento no había probablemente ningún caballero que hubiese emprendido vengar la muerte del rey. Y en esa sazón prometí yo vengar su muerte, y así lo haré; si no, caería en vergüenza.

–Decís bien –dijo el caballero–; pero sabed entonces que lucharé con vos, y el que sea mejor caballero de los dos, tome la batalla en su mano.

–Así será –dijo sir Palomides.

Embrazaron entonces los escudos, sacaron las espadas, y se acometieron con muchos graves golpes como hombres esforzados; y esta lucha duró más de una hora, pero finalmente sir Palomides demostró tener más fuerza y aliento, y dio a este caballero tal golpe que le hizo caer de rodillas. Entonces este caballero alzó la voz, y dijo:

–Gentil caballero, ten tu mano.

Sir Palomides fue gentil y retrajo su mano. Entonces dijo este caballero:

–Sabe bien, caballero que eres más digno de tener esta batalla que yo, y te requiero de caballería que me digas tu nombre.

–Señor, mi nombre es sir Palomides, uno de los caballeros del rey Arturo y de la Tabla Redonda, y aquí he venido a vengar la muerte de este rey muerto.

Capítulo 63

De los preparativos de sir Palomides

y los dos hermanos que debían luchar con él

–Bien hallado seáis –dijo el caballero a Palomides–, pues de todos los caballeros que son vivos, excepto tres, prefiero teneros a vos. El primero es sir Lanzarote del Lago, y sir Tristán de Lionís; y el tercero es mi primo cercano, sir Lamorak de Gales. Y yo soy hermano del rey Hermance que ha muerto, y me llamo sir Hermind.

–Bien decís –dijo sir Palomides–; y veréis cómo salgo bien librado; y si muero, id a mi señor sir Lanzarote, o a mi señor sir Tristán, y rogadles que venguen mi muerte, pues en cuanto a sir Lamorak, no lo veréis más en este mundo.

–¡Ay! –dijo sir Hermind–, ¿cómo puede ser?

–Ha sido muerto –dijo sir Palomides– por sir Gawain y sus hermanos.

–Que Dios me ayude –dijo Hermind–; no había entre ellos, uno por uno, quien lo matase.

–Eso es verdad –dijo sir Palomides–, pues fueron cuatro caballeros peligrosos los que lo mataron: sir Gawain, sir Agravain, sir Gaheris y sir Mordred; pero sir Gareth, el quinto hermano, no estaba, el mejor de todos ellos –y sir Palomides contó a Hermind toda la manera, cómo habían dado muerte a sir Lamorak sólo a traición.

Y tomó Palomides su nave, y arribó a la Isla Deleitosa. Y entretanto sir Hermind, que era el hermano del rey, arribó a la Ciudad Bermeja, y allí les contó cómo había llegado un caballero del rey Arturo a vengar la muerte del rey Hermance:

–Y su nombre es sir Palomides, el buen caballero, que en su mayor parte sigue a la Bestia Gañidora.

Entonces toda la ciudad hizo gran alegría, pues mucho habían oído contar de sir Palomides, y de su noble proeza. Y escogieron un

mensajero, y lo enviaron a los dos hermanos diciendo que se aparejasen, pues había llegado un caballero que lucharía con ambos. Y fue el mensajero a ellos donde estaban, en su castillo cercano; y les dijo cómo había llegado un caballero de la corte del rey Arturo a luchar con ambos a la vez.

–Bien venido sea –dijeron–; pero dinos, te rogamos, si es sir Lanzarote o alguno de su sangre.

–No es ninguno de su sangre –dijo el mensajero.

–Entonces menos nos inquieta –dijeron los dos hermanos–, pues con ninguno de la sangre de sir Lanzarote queremos tener que ver.

–Sabed bien –dijo el mensajero– que su nombre es sir Palomides, que aún no ha sido bautizado, y es noble caballero.

–Pues si aún no ha sido bautizado –dijeron ellos–, no lo será jamás.

Y concertaron estar en la ciudad en dos días. Y cuando sir Palomides llegó a la ciudad hicieron muy gran contento de él; y entonces lo observaron, y vieron que estaba bien hecho, y que era apuesto y fuerte, sin defecto de sus miembros, y que no era demasiado joven ni demasiado viejo. Y toda la gente lo alabó. Y aunque no estaba bautizado, creía de la mejor manera, y era muy fiel y leal a su promesa, y de buena condición; y había hecho voto de no ser bautizado hasta que hubiese acabado la demanda de la Bestia Gañidora, la cual era muy maravillosa bestia, y de gran significación, pues Merlín había profetizado muchas cosas de esta bestia. Y también sir Palomides había prometido no abrazar totalmente el cristianismo hasta haber hecho siete batallas en liza.

Y al tercer día acudieron a la ciudad estos dos hermanos, el uno llamado Helius y el otro Helake, los cuales eran hombres de gran proeza; sin embargo, eran falsos y llenos de traición, y aunque pobres de nacimiento, eran nobles caballeros de sus manos. Y con ellos trajeron cuarenta caballeros, con intención de ser bastante fuertes para la Ciudad Bermeja. Y así llegaron los dos hermanos con gran presunción y soberbia, pues habían puesto a la Ciudad Bermeja en gran espanto y daño. Entonces fueron llevados a la liza, y entró sir Palomides en la plaza, y dijo así:

–¿Sois vosotros los dos hermanos, Helius y Helake, que han matado a su rey y señor, sir Hermance, malvadamente y a traición, por quien he venido aquí a vengar su muerte?

–Sabe bien –dijeron sir Helius y sir Helake– que somos los mismos caballeros que mataron al rey Hermance; y sabe bien, señor Palomides Sarraceno, que de tal manera te vamos a servir antes de que te vayas, que desearás haber sido bautizado.

–Bien puede ser –dijo sir Palomides–, pues no quisiera morir antes de ser bautizado; aunque ningún temor tengo de vosotros dos, sino que confío en Dios morir mejor cristiano que ninguno de vosotros; y no tengáis duda de que vosotros o yo quedaremos muertos en esta plaza.

Capítulo 64

De la batalla entre sir Palomides y los dos hermanos,

y cómo fueron muertos los dos hermanos

Entonces se alejaron, y fueron los dos hermanos contra sir Palomides, y él contra ellos, lo deprisa que sus caballos podían correr. Y por fortuna sir Palomides atravesó a Helake el escudo y el pecho, más de una braza.

Todo este tiempo tuvo sir Helius en alto su lanza; y por orgullo y soberbia, no quiso herir a sir Palomides con su lanza; pero cuando vio a su hermano tendido en tierra, y que no se podía valer, dijo a sir Palomides:

–¡Válete! –y arremetió a sir Palomides con su lanza, y lo sacó completamente de su silla.

Entonces sir Helius cabalgó por encima de sir Palomides dos o tres veces. En eso sir Palomides se sintió avergonzado, tomó el caballo de sir Helius por la brida, se echó atrás el caballo, lo ayudó sir

Palomides, y cayeron ambos a tierra; pero al punto sir Helius se levantó ligero, y dio a sir Palomides un gran golpe encima del yelmo, de manera que éste cayó sobre su propia rodilla. Entonces se acometieron con muchos graves golpes, y se acosaban y hurtaban ora hacia atrás, ora de costado, arremetiendo como jabalíes, y cayendo a un tiempo de bruces a tierra.

Así lucharon sin descanso ni tomar aliento, dos horas; y mientras sir Palomides iba estando más débil y cansado, sir Helius se mostraba muy fuerte y doblaba sus golpes, llevando a sir Palomides de un lado para otro del campo, de manera que los de la ciudad, viendo a sir Palomides en ese trance, lloraban y gemían y hacían gran lamentación, mientras la otra parte hacía gran contento.

–¡Ay –decían los hombres de la ciudad–, que deba morir así este noble caballero por nuestro rey!

Y mientras así lloraban y gemían, sir Palomides, que había soportado cien tajos, de manera que era maravilla que siguiese en pie, vio cómo la gente común lloraba por él; y se dijo a sí mismo:

–¡Ah, qué vergüenza, Palomides!, ¿por qué cuelga tan baja tu cabeza? –y seguidamente levantó el escudo, miró a sir Helius a la cara, y le dio una gran cuchillada encima del yelmo, y después otra, y otra.

Y entonces hirió a sir Helius con tal fuerza que éste cayó de bruces a tierra; le arrancó el yelmo de la cabeza, y le dio tal revés que le segó la cabeza del cuerpo.

Y entonces fue la gente de la ciudad la más contenta de cuantas podía haber. Y lo llevaron a su posada con gran solemnidad, y allí se hicieron todos hombres suyos. Y entonces sir Palomides rogó a todos que guardasen el señorío del rey Hermance:

–Pues, gentiles señores, sabed que no puedo en esta sazón permanecer con vosotros, pues debo a toda prisa estar con mi señor el rey Arturo en su Castillo de Lonazep, lo cual he prometido.

Entonces tuvo toda la gente mucho pesar de su partida, pues toda la ciudad ofreció a sir Palomides la tercia parte de sus bienes con tal

que se quisiese quedar con ellos; pero por ninguna manera se quiso quedar esta vez.

Y partió sir Palomides, y llegó al castillo del que era lugarteniente sir Ebel. Y cuando los del castillo supieron cómo sir Palomides había librado, le hicieron gozoso acompañamiento; y partió sir Palomides, y fue al Castillo de Lonazep.

Y cuando supo que sir Tristán no estaba allí tomó su camino por el Humber, y fue a la Gozosa Guarda, donde sir Tristán estaba, y La Bella Isolda. Sir Tristán había mandado que le advirtiesen de cualquier caballero andante que entrase en la Gozosa Guarda, o en el pueblo. Y fue un hombre del pueblo, y dijo a sir Tristán cómo había en el pueblo un caballero que era hombre muy gallardo.

–¿Qué clase de hombre es –dijo sir Tristán– y qué señas lleva?

Y el hombre dijo a sir Tristán todas sus señas.

–Ése es sir Palomides –dijo Dinadan.

–Bien puede ser. Id a él –dijo sir Tristan a sir Dinadan.

Y fue Dinadan a Palomides, e hicieron gran contento uno del otro, y se acostaron juntos esa noche. Y por la mañana temprano fueron sir Tristán y sir Gareth, y los hallaron en sus camas, y entonces se levantaron y quebraron su ayuno.

Capítulo 65

Cómo sir Tristán y sir Palomides encontraron a Breunis Saunce Pité, y cómo sir Tristán y La Bella Isolda fueron a Lonazep

Y entonces sir Tristán deseó de sir Palomides cabalgar por campos y

arboledas. Y acordaron descansar en la floresta. Y cuando hubieron holgado mucho rato, fueron a una hermosa fuente; y al punto vieron a un caballero armado que venía cabalgando hacia ellos, y se saludaron unos y otros.

Entonces habló este caballero armado a sir Tristán, y le preguntó quiénes eran los caballeros que se aposentaban en la Gozosa Guarda.

–No sé quiénes son –dijo sir Tristán.

–¿Y qué caballeros sois vosotros? –dijo el caballero–. Pues me parece que no sois caballeros andantes, ya que vais desarmados.

–Caballeros o no, no nos place decirte nuestro nombre.

–¿No quieres decirme tu nombre? –dijo el caballero–; entonces prepárate, pues vas a morir por mis manos –y con eso tomó su lanza en sus manos, y quiso ensartar a sir Tristán.

Al ver esto sir Palomides, le embistió su caballo de través en el costado, de manera que hombre y caballo cayeron a tierra. Y seguidamente sir Palomides se apeó y sacó la espada para matarlo.

–Dejadlo –dijo sir Tristán–, no lo matéis; el caballero no es sino un loco, y sería vergüenza matarlo. Pero quitadle su lanza, y dejad que tome su caballo y vaya a donde quiera.

Cuando este caballero se levantó, se dolió grandemente de la caída, y tomó su caballo, y una vez encima lo hizo volverse, y requirió de sir Tristán y sir Palomides que le dijesen qué caballeros eran.

–Sabed bien –dijo sir Tristán– que mi nombre es sir Tristán de Lionís, y el de este caballero es sir Palomides.

Cuando supo quiénes eran hirió a su caballo con las espuelas, por que no le preguntasen su nombre, y se alejó lo más deprisa que podía. Entonces llegó allí un caballero con un escudo de bandas en azur, cuyo nombre era Epinogrus, y fue hacia ellos a gran galope.

–¿Adónde cabalgáis? –dijo sir Tristán.

–Mis gentiles señores –dijo sir Epinogrus–, sigo al más falso caballero de cuantos viven; por tanto os requiero que me digáis si lo habéis visto, pues lleva el escudo con una funda encarnada sobre él.

–Que Dios me ayude –dijo sir Tristán–, tal caballero se fue de nosotros no hace un cuarto de hora; os rogamos que nos digáis su nombre.

–¡Ay! –dijo Epinogrus–, ¿por qué lo habéis dejado escapar? Pues es muy grande enemigo de todos los caballeros andantes; y su nombre es Breunis Saunce Pité.

–¡Ah, mal haya! –dijo sir Palomides–, ¡ay, que haya escapado de mis manos, pues es el hombre del mundo que más aborrezco!

Y allí hizo cada caballero gran lamentación a los otros; y partió sir Epinogrus y siguió en pos de él.

Entonces sir Tristán y sus tres compañeros fueron a la Gozosa Guarda; y allí sir Tristán preguntó a sir Palomides sobre su batalla, cómo había parado en la Ciudad Bermeja; y como habéis oído antes, así fue acabada.

–En verdad –dijo sir Tristán–, me alegra que hayáis parado bien, pues habéis hecho esforzadamente.

–Bien –dijo sir Tristán–, mañana debemos ponernos en camino.

Y entonces discurrieron cómo harían; y sir Tristán pensó enviar sus dos pabellones para sentarlos cerca de la fuente de Lonazep, «y allí estará la reina La Bella Isolda».

–Bien dicho está –dijo sir Dinadan.

Pero cuando sir Palomides oyó esto se le encendió sobremanera el corazón; sin embargo, dijo muy poco.

Cuando llegaron a la Gozosa Guarda, sir Palomides no quería entrar en el castillo, sino que sir Tristán lo tomó por el dedo, y lo llevó adentro del castillo. Y cuando Palomides vio a La Bella Isolda fue tal su arrobamiento que casi no pudo hablar. Y fueron a comer, pero sir Palomides no pudo comer; y allí hubo toda la acogida que

se podía tener.

Y por la mañana se aparejaron para cabalgar hacia Lonazep. Y sir Tristán llevó tres escuderos, y La Bella Isolda tres dueñas, y la reina y ellas iban ricamente aparejadas; y otra gente no tuvieron ninguna con ellos, sino pajes que llevasen los escudos y las lanzas. Y así se pusieron en camino.

Y por el camino vieron delante de ellos un tropel de caballeros: era el caballero Galihodin con veinte caballeros con él.

–Gentiles compañeros –dijo sir Galihodin–, allá vienen cuatro caballeros, y una rica y bien hermosa dama; y es mi voluntad quitarles esa dama.

–No es ése el mejor consejo –dijo uno de los hombres de Galihodin–, sino más bien enviad un mensajero para ver qué dicen.

Y así fue hecho. Fue un escudero a sir Tristán, y les preguntó si querían justar, o perder a su dama.

–No será así –dijo sir Tristán–; di a tu señor que vengan cuantos quieran, y que si la ganan se la lleven.

–Señor –dijo Palomides–, si os place, dejadme tener esta hazaña, que yo entenderé con los cuatro.

–Quiero que la tengáis a vuestro placer –dijo sir Tristán–. Ahora ve y di a tu señor Galihodin que este mismo caballero tendrá encuentro con él y sus compañeros.

Capítulo 66

Cómo sir Palomides justó con sir Galihodin,

y después con sir Gawain, y los derribó

Entonces partió este escudero y se lo dijo a Galihodin; y embrazó éste su escudo, se puso delante una lanza, y sir Palomides otra; y sir Palomides hirió tan fuerte a Galihodin que dio con el hombre y el caballo en tierra. Y allí tuvo una horrible caída.

Y llegó entonces otro caballero, y le sirvió de la misma manera; y lo mismo sirvió al tercero y al cuarto, de manera que los derribó por la grupa de sus caballos, y la lanza de sir Palomides siguió sana. Entonces llegaron seis caballeros más de Galihodin, y quisieron vengarse de sir Palomides.

–Dejad estar –dijo sir Galihodin–, y no seáis tan osados; que ninguno de vosotros se entrometa con este caballero, pues es un hombre de gran generosidad y honor, y si él quisiese, no podríais entrometeros con él.

Y así se tuvieron quedos. Y sir Palomides estaba apercibido para justar; y cuando vio que no querían más volvió a sir Tristán.

–Muy bien habéis hecho –dijo sir Tristán–, y esforzadamente, como debe un buen caballero.

Este Galihodin era primo cercano de Galahaut, el Alto Príncipe; y este Galihodin era un rey del país de Surluse.

Y cabalgando juntos sir Tristán, sir Palomides y La Bella Isolda, vieron delante de ellos cuatro caballeros cada uno con una lanza en la mano: el primero era sir Gawain, el segundo sir Uwain, el tercero sir Sagramore le Desirous, y el cuarto era Dodinas le Savage.

Cuando sir Palomides los vio, y vio que los cuatro caballeros estaban apercibidos para justar, rogó a sir Tristán que le diese licencia para haberlas con todos ellos hasta donde pudiese tenerse sobre el caballo, «y si soy derribado, os ruego que me venguéis».

–Bien –dijo sir Tristán–, será como vos queráis; y no tenéis vos tanta gana de alcanzar honra como yo de que la acrecentéis.

Y seguidamente sir Gawain se puso delante su lanza, y sir Palomides la suya, y se juntaron con tal codicia que sir Palomides derribó a sir Gawain a tierra, caballo y todo; y de la misma guisa sirvió a Uwain,

a sir Dodinas y a Sagramore. A estos cuatro caballeros derribó sir Palomides con diversas lanzas.

Y entonces sir Tristán partió hacia Lonazep. Y cuando hubieron partido, llegó allí Galihodin con diez caballeros, a sir Gawain, y le contó todo, cómo había parado.

–Me maravilla –dijo sir Gawain–, qué caballeros son esos que van ataviados de verde.

–Y ese caballero sobre el caballo blanco me derribó a mí –dijo Galihodin–, y a mis tres compañeros.

–Y lo mismo a mí; y bien sé –dijo sir Gawain– que el del caballo blanco es sir Tristán, o sir Palomides, y que esa dama ricamente aderezada es La Bella Isolda.

Así conversaron de unas cosas y otras. Y entretanto sir Tristán siguió su camino hasta que llegó a la fuente donde estaban asentados sus dos pabellones; y se apearon allí, y vieron muchos pabellones y gran aparejo.

Entonces dejó sir Tristán a sir Palomides y sir Gareth con La Bella Isolda, y fue con sir Dinadan a Lonazep a saber nuevas; y llevó sir Tristán el caballo blanco de sir Palomides. Y cuando entraron en el castillo, sir Dinadan oyó tañer un gran cuerno, y su son hizo acudir a muchos caballeros. Entonces sir Tristán preguntó a un caballero:

–¿Qué quiere decir la llamada de ese cuerno?

–Señor –dijo aquel caballero–, es para todos los que se tendrán contra el rey Arturo en este torneo. El primero es el rey de Irlanda, y el rey de Surluse, el rey de Listinoise, el rey de Northumberland, y el rey de la mayor parte de Gales, con muchos otros países. Y esto los llama a consejo, para entender de qué gobierno serán.

Pero el rey de Irlanda, que se llamaba Marhalt, y era padre del buen caballero sir Marhaus al que mató sir Tristán, habló de manera que sir Tristán podía oírle. Dijo:

–Señores y compañeros, miremos por nosotros pues sabed bien que el rey Arturo está seguro de muchos buenos caballeros, o no querría

haberlas con nosotros con tan pocos caballeros; por tanto mi consejo es que cada rey tenga un estandarte y una seña, de manera que cada caballero vaya a su señor natural, y cada rey y capitán pueda socorrer a sus caballeros si están en necesidad.

Cuando sir Tristán hubo oído todo su consejo fue al rey Arturo para oír su consejo.

Capítulo 67

Cómo sir Tristán y su compañía llegaron al Torneo de Lonazep; y de diversas justas y asuntos

Pero no bien hubo entrado sir Tristán en la plaza fueron sir Gawain y sir Galihodin al rey Arturo y le dijeron:

–Ese mismo caballero verde del arnés verde y el caballo blanco nos ha derribado a los dos, y a seis de nuestros compañeros, este mismo día.

–Bien –dijo Arturo. Y llamó a sir Tristán y le preguntó cuál era su nombre.

–Señor –dijo sir Tristán–, tenedme excusado en esta sazón, pues no sabréis mi nombre– y se dio la vuelta sir Tristán, y tomó su camino.

–Me maravilla –dijo Arturo– que ese caballero no me quiera decir su nombre; pero ve tú, Griflet le Fise de Dieu, y ruégale que hable conmigo apartadamente.

Entonces fue sir Griflet en pos de él y lo alcanzó, y le dijo que el rey Arturo le rogaba que fuese a hablar con él privadamente.

–Con esta condición –dijo sir Tristán– hablaré con él: volveré si me aseguráis que no deseará saber mi nombre.

–Os prometo –dijo sir Griflet– que no lo deseará grandemente de

vos.

Y cabalgaron juntos hasta donde estaba el rey Arturo.

–Gentil señor –dijo el rey Arturo–, ¿cuál es la causa de que no queráis decirme vuestro nombre?

–Señor –dijo sir Tristán–, sin una causa no ocultaría mi nombre.

–¿De qué bando os tendréis? –dijo el rey Arturo.

–En verdad, mi señor –dijo sir Tristán–, no sé todavía en qué bando estaré hasta que llegue al campo; y donde me incline el corazón, allí me tendré; pero mañana veréis y comprobaréis en qué bando voy a estar.

Y seguidamente se volvió y regresó a sus pabellones.

Y por la mañana se armaron todos de verde, y entraron en el campo; y allí comenzaron a justar los caballeros mancebos, e hicieron muchas esforzadas hazañas.

Entonces habló Gareth con sir Tristán, y le rogó que le diese licencia para quebrar su lanza, pues le daba vergüenza llevar la lanza sana otra vez. Cuando sir Tristán le oyó eso se rió y dijo:

–Os ruego que hagáis lo mejor que podáis.

Entonces sir Gareth tomó una lanza y ofreció justar. Vio esto un caballero que era sobrino del Rey de los Cien Caballeros, de nombre Selises, y era buen hombre de armas, y este caballero Selises enderezó para sir Gareth, y se encontraron los dos con tal fuerza que se derribaron uno al otro, caballo y todo, a tierra, quedando ambos maltrechos y heridos; y allí siguieron tendidos hasta que el Rey de los Cien Caballeros ayudó a levantar a Selises, y sir Tristán y sir Palomides a Gareth.

Y fueron con sir Gareth a sus pabellones, y allí le quitaron el yelmo. Y cuando La Bella Isolda vio a sir Gareth magullado en la cara preguntó qué le aquejaba.

–Señora –dijo sir Gareth–, he tenido un gran golpe, como supongo

que he dado otro yo; pero ninguno de mis compañeros, que Dios se lo agradezca, me ha querido rescatar.

–En verdad –dijo Palomides–, no cumplía a ninguno de nosotros justar este día, pues no ha justado ningún caballero probado, y vos deseabais justar por encima de todo. Y cuando la otra parte vio que os ofrecíais para justar os envió un muy buen caballero de su edad, pues lo conozco bien, y su nombre es Selises; y esforzadamente habéis encontrado con él, de manera que ninguno de los dos habéis sufrido deshonra; y por tanto refrescaos, que podáis estar apercibido y sano para justar mañana.

–En cuanto a eso –dijo Gareth–, no os faltaré si puedo tenerme sobre el caballo.

Capítulo 68

Cómo justaron sir Tristán y su compañía,

y de las nobles hazañas que hicieron en ese torneo

–Y bien, ¿en qué parte –dijo Tristán– es mejor que estemos mañana?

–Señor –dijo Palomides–, mi consejo es ir contra el rey Arturo mañana, pues en su bando estarán sir Lanzarote y muchos buenos caballeros de su sangre con él. Y cuantos más hombres de merecimiento sean ellos más honra ganaremos nosotros.

–Eso está muy caballerescamente hablado –dijo sir Tristán–; y como vos aconsejáis, así haremos.

–En el nombre de Dios –dijeron todos.

Y esa noche se aposentaron con lo mejor. Y por la mañana cuando fue de día se aparejaron todos con paramentos, escudos y lanzas verdes, y La Bella Isolda del mismo color, y sus tres doncellas. Y

cabalgaron estos cuatro caballeros por el campo a lo largo y a lo ancho. Y así escoltaron a La Bella Isolda a una ventana para que viese desde allí todas las justas; pero iba siempre con la toca echada para que ninguno pudiese verle la cara. Después, estos tres caballeros fueron derecho a la parte del rey de los Escoceses.

Cuando el rey Arturo vio hacer todo esto preguntó a sir Lanzarote quiénes eran estos caballeros y aquella reina.

–Señor –dijo Lanzarote–, no sé deciros de cierto, pero si está sir Tristán en este país, o sir Palomides, sabed bien que serán ellos de cierto, y La Bella Isolda.

Entonces llamó Arturo a sir Kay y dijo:

–Ve sin dilación y averigua cuántos caballeros faltan aquí de la Tabla Redonda, pues por los sitios lo puedes saber.

Y fue sir Kay y vio por la escritura de los sitios que faltaban diez caballeros, «y éstos son los nombres de los que no están: sir Tristán, sir Palomides, sir Perceval, sir Gaheris, sir Epinogrus, sir Mordred, sir Dinadan, sir La Cote Male Tailé, y el noble caballero sir Pelleas».

–Pues me atrevo a asegurar –dijo el rey Arturo– que algunos de éstos están aquí este día contra nosotros.

Entonces llegaron dos hermanos, primos de sir Gawain, el uno llamado sir Edward y el otro sir Sadok, los cuales eran dos buenos caballeros; y preguntaron al rey Arturo si podían tener las primeras justas, pues eran de Orkney.

–Muy de grado –dijo el rey Arturo.

Entonces sir Edward encontró con el rey de los Escoceses, en cuyo bando estaban sir Tristán y sir Palomides; y sir Edward derribó al rey de los Escoceses enteramente del caballo, y sir Sadok derribó al rey de Northgales, y le dio tan grande caída que levantó un gran grito en el bando del rey Arturo, lo que enojó mucho a sir Palomides. Y enderezó sir Palomides su escudo y su lanza, y con toda su fuerza se juntó con sir Edward de Orkney, hiriéndolo con tal fuerza que su caballo no pudo resistir sobre sus pies, y fueron a

tierra; y con la misma lanza sir Palomides derribó a sir Sadok por la grupa del caballo.

–¡Oh, Jesús! –dijo Arturo–, ¿qué caballero es ése ataviado todo de verde? Justa poderosamente.

–Sabed bien –dijo sir Gawain– que es buen caballero, y aún lo veréis justar mejor antes de que se marche. Y aún veréis a otro caballero más fuerte, y del mismo color que él; pues ese mismo caballero que ha derribado ahora a mis cuatro primos me derribó a mí hace dos días, y a siete compañeros más.

En tanto estaban así hablando entró en la plaza sir Tristán sobre un caballo negro; y antes de parar derribó con una lanza cuatro buenos caballeros de Orkney que eran del linaje de sir Gawain; y sir Gareth y sir Dinadan derribaron cada uno un buen caballero.

–¡Jesús! –dijo Arturo–, aquel caballero del caballo negro hace poderosa y maravillosamente bien.

–Esperad –dijo sir Gawain–. Ese caballero del caballo negro no ha empezado aún.

Entonces sir Tristán hizo encabalgar otra vez a los dos reyes que Edward y Sadok habían descabalgado al principio. Y a continuación sir Tristán sacó la espada y se metió en lo más espeso de la multitud contra los de Orkney; y allí derribó caballeros, arrancó yelmos, tiró escudos, y derrocó muchos caballeros; y hacía tanto que sir Arturo y todos los caballeros tenían gran maravilla de ver a un solo caballero hacer tan grandes hechos de armas. Y no le iba en zaga sir Palomides en el otro lado, sino que hacía tan maravillosamente bien que todos tenían espanto. Pues le parecía al rey Arturo que sir Tristán sobre el caballo negro semejaba a un león furioso, y sir Palomides sobre el caballo blanco semejaba a un leopardo furioso, y sir Gareth y sir Dinadan eran como lobos. Pero era costumbre entre ellos que ninguno de los reyes ayudase a otro, sino que toda la compañía de cada estandarte ayudase a otra como pudiese; y sir Tristán hizo tantos hechos de armas que los de Orkney se cansaron de él, y se retrajeron a Lonazep.

Capítulo 69

Cómo sir Tristán fue descabalgado y derribado por sir Lanzarote, y después de eso sir Tristán derribó al rey Arturo

Allí fue entonces gritar de heraldos y toda suerte de gente común:

–El caballero verde ha hecho maravillosamente, y ha vencido a todos los de Orkney.

Y allí confirmaron los heraldos que sir Tristán, que iba sobre caballo negro, había derribado con lanza y espada treinta caballeros; y sir Palomides veinte, y los más de estos cincuenta caballeros eran de la casa del rey Arturo y caballeros probados.

–¡Válgame Dios! –dijo Arturo a sir Lanzarote–, gran vergüenza es ésta para nosotros, ver a cuatro caballeros vencer tantos caballeros míos; y por tanto apercibíos, pues hemos de haberlas con ellos.

–Señor –dijo sir Lanzarote–, sabed bien que son dos caballeros muy buenos, y que no sería gran honra para nosotros haberlas con ellos ahora, pues harto han trabajado este día.

–En cuanto a eso –dijo Arturo–, quiero vengarme; así que tomad con vos a Sir Bleoberis y a sir Héctor, y yo seré el cuarto.

–Señor –dijo Lanzarote–, apercibido me hallaréis; y a mi hermano sir Héctor, y a mi primo sir Bleoberis.

Y cuando estuvieron apercibidos y a caballo:

–Escoged –dijo el rey Arturo a sir Lanzarote– a quién queréis enfrentaros.

–Señor –dijo sir Lanzarote–, me enfrentaré al caballero de verde sobre el caballo negro (que era sir Tristán), y mi primo sir Bleoberis

desafiará al caballero verde sobre el caballo blanco (que era sir Palomides); y mi hermano sir Héctor desafiará al caballero verde sobre el caballo pardo (que era sir Gareth).

–Entonces –dijo sir Arturo– yo las habré con el caballero verde sobre el caballo tordo (que era sir Dinadan).

–Ahora atienda cada hombre a su contrario –dijo sir Lanzarote.

Y fueron al trote juntos, y allí se enfrentó sir Lanzarote a sir Tristán. Y sir Lanzarote hirió a sir Tristán con tal fuerza sobre el escudo que tiró al hombre y al caballo a tierra; pero sir Lanzarote creyó que era sir Palomides, y pasó adelante. Entonces sir Bleoberis se enfrentó a sir Palomides, y le dio tan recio golpe sobre el escudo que sir Palomides y su caballo blanco rodaron por tierra. Entonces sir Héctor de Maris dio a sir Gareth tan duro golpe que lo arrojó del caballo. Y el noble rey Arturo encontró con sir Dinadan, y lo sacó enteramente de la silla. Y entonces hubo voces un momento, sobre cómo eran muertos los caballeros verdes.

Cuando el rey de Northgales vio que sir Tristán sufría una caída, recordó cuán grandes hechos de armas había hecho. Entonces apercibió a muchos caballeros, pues la costumbre y regla era que cuando un caballero fuese derribado, si no podía ser encabalgado otra vez por sus compañeros o por su propia fuerza, quedase ese día prisionero del bando que lo había derribado.

Y entró el rey de Northgales, y fue derecho a sir Tristán; y cuando estuvo cerca de él se apeó súbitamente y entregó a sir Tristán su caballo, y dijo así:

–Noble caballero, no sé de qué país eres, pero por las nobles hazañas que has hecho este día, toma mi caballo, y déjame hacer lo que pueda; pues así Jesús me ayude, más digno eres tú de tener mi caballo que yo.

–Gracias –dijo sir Tristán–; y si puedo os recompensaré; mirad de no alejaros de nosotros, pues confío en ganaros otro caballo.

Y seguidamente montó sir Tristán sobre su caballo, encontró con el rey Arturo, y le dio tal golpe sobre el yelmo con la espada que el

rey Arturo no tuvo fuerza para mantenerse en su silla. Y entonces sir Tristán dio al rey de Northgales el caballo del rey Arturo; entonces acudió allí gran multitud alrededor del rey Arturo, para encabalgarlo otra vez; pero sir Palomides no consentía que el rey Arturo fuese encabalgado, sino que hería sin cesar a diestra y a siniestra, poderosamente, como un noble caballero.

Y entretanto sir Tristán atravesó lo más espeso de la multitud, derribando caballeros a diestra y a siniestra, y arrancando yelmos, se encaminó a sus pabellones, y dejó a sir Palomides a pie; y allí sir Tristán cambió de caballo y se disfrazó todo de bermejo, caballo y arnés.

Capítulo 70

Cómo sir Tristán cambió de arnés y fue todo bermejo, y cómo se portó, y cómo sir Palomides mató el caballo de sir Lanzarote

Y cuando la reina La Bella Isolda vio que era descabalgado sir Tristán, y no supo dónde estaba, lloró grandemente. Pero cuando sir Tristán estuvo apercibido entró impetuoso en el campo, y entonces La Bella Isolda le vio. Y allí hizo grandes hechos de armas: con una lanza que era gruesa derribó sir Tristán cinco caballeros a reo.

Entonces descubrió sir Lanzarote que era sir Tristán, y le pesó haberlo derribado; y salió sir Lanzarote de la multitud para descansar, y volvió ligeramente otra vez.

Y cuando sir Tristán entró en la multitud, por su gran fuerza puso a sir Palomides sobre su caballo, y a sir Gareth, y a sir Dinadan, y entonces empezaron a hacer maravillosamente; pero ni sir Palomides ni ninguno de sus dos compañeros sabían quién los había ayudado a encabalgar otra vez. Pero siempre estaba sir Tristán

cerca de ellos y los socorría; y ellos no a él, porque iba cambiado, con armadura bermeja. Y todo este tiempo estuvo ausente sir Lanzarote.

Y cuando La Bella Isolda vio otra vez a sir Tristán a caballo, tuvo mucha alegría; entonces rió e hizo buena muestra. Y acaeció que miró sir Palomides hacia ella, donde estaba en la ventana, y la vio cómo reía; y con ello tomó él tal contento que derribaba, ora con la lanza, ora con la espada, a todo el que encontraba; pues por la visión de ella se sintió tan encendido de amor por ella que le pareció en esta sazón que si sir Tristán y sir Lanzarote hubiesen ido ambos contra él no habrían ganado honra ninguna de él; y en su corazón, como dice el libro, sir Palomides deseó poder haberlas honrosamente con sir Tristán, antes que con ningún otro hombre, por La Bella Isolda.

Entonces sir Palomides comenzó a doblar su esfuerzo, y hacía tan maravillosamente que todos los hombres tenían espanto de él, y no paraba de levantar los ojos hacia La Bella Isolda. Y cuando la veía hacer aquella muestra se portaba como un león, de manera que ninguno le podía resistir. Y entonces lo vio sir Tristán, cómo se movía sir Palomides; y dijo a sir Dinadan:

–Así Dios me ayude, sir Palomides es harto buen caballero y resistente; pero jamás le vi hacer tales hechos, ni oí nunca decir que hiciese tanto en un día.

–Es su día –dijo Dinadan; y no quiso decir más a sir Tristán; pero se dijo a sí mismo: «Si supieseis por el amor de quién hace todos estos hechos de armas, presto se abatiría vuestro ánimo, sir Tristán».

–Lástima –dijo sir Tristán– que sir Palomides no esté bautizado –y lo mismo dijo el rey Arturo, y todos los que lo observaban.

Entonces toda la gente le dio el galardón como el mejor caballero ese día, de manera que sobrepujó a sir Lanzarote y a sir Tristán.

«Bien –se dijo Dinadan–, toda esta honra que sir Palomides tiene aquí este día la puede agradecer a la reina Isolda, pues de no haber estado ella, sir Palomides no habría tenido el galardón este día.»

En eso entró en el campo sir Lanzarote del Lago, y vio y oyó el rumor y voces y la gran honra que sir Palomides tenía. Enderezó contra sir Palomides con una gruesa y poderosa lanza, y larga, pensando derribarlo. Y cuando sir Palomides vio a sir Lanzarote venir sobre él con tanta prisa, corrió sobre él lo deprisa que podía con la espada; y cuando sir Lanzarote le fue a herir, le dio un golpe de través en la lanza, y se la partió en dos. Y sir Palomides se abalanzó sobre sir Lanzarote pensando ponerlo en vergüenza; y con la espada hirió el cuello del caballo que llevaba sir Lanzarote, y sir Lanzarote cayó a tierra. Entonces fue el grito grande y descomunal:

–Ved cómo sir Palomides el Sarraceno ha derribado el caballo de sir Lanzarote.

Y muchos caballeros se enojaron con sir Palomides por haber hecho esa acción; por lo que muchos caballeros mantuvieron que era muy poco caballeresco en un torneo matar a propósito un caballo a menos que fuese en abierta batalla, vida por vida.

Capítulo 71

Cómo dijo sir Lanzarote a sir Palomides,

y cómo el galardón de ese día fue dado a sir Palomides

Cuando sir Héctor de Maris vio a su hermano sir Lanzarote tener tal despecho, y ser puesto a pie así, tomó una lanza ansiosamente, corrió contra sir Palomides, y le dio tan de recio que lo sacó del caballo. Al ver esto sir Tristán, que iba con arnés bermejo, derribó a sir Héctor de Maris del caballo.

Entonces sir Lanzarote enderezó el escudo sobre su hombro, y con la espada desnuda en la mano fue derecho a sir Palomides fieramente, y dijo:

–Sabe bien que me has hecho este día el más grande despecho que me ha hecho ningún caballero esforzado en torneo ni justa, y por

tanto me vengaré de ti; por tanto, guárdate.

–¡Ah, merced, noble caballero! –dijo Palomides–; y perdonad mi acción descortés, pues no tengo poder ni fuerza para resistiros, y he hecho tanto este día que sé bien que jamás hice tanto, ni haré en los días de mi vida; y por tanto, muy noble caballero, te ruego que me perdones en este día, y prometo ser siempre vuestro caballero mientras viva; y si me quitáis ahora mi honra, me quitaréis la más grande honra que he tenido ni tendré en los días de mi vida.

–Veo –dijo sir Lanzarote–, para decirte verdad, que has hecho maravillosamente bien este día; y entiendo en parte por el amor de quién lo haces, y sé bien que ese amor es una gran señora. Y si mi señora estuviese aquí como no está, sabe bien, señor Palomides, que no tendrías honra por mí. Pero procura que no se descubra tu amor, pues si sir Tristán lo averigua te pesará. Y ya que no está aquí mi querella, por mí puedes tener este día la honra; considerando el gran trabajo y esfuerzo que has tenido este día, no sería honroso por mi parte quitártela.

Y con eso consintió sir Lanzarote que partiese sir Palomides. Entonces sir Lanzarote por gran fuerza y poder ganó un caballo a pesar de veinte caballeros. Y cuando sir Lanzarote estuvo encabalgado, hizo muchas maravillas, y lo mismo sir Tristán, y sir Palomides. Entonces sir Lanzarote derribó con una lanza a sir Dinadan, y al rey de Escocia, y al rey de Gales, y al rey de Northumberland, y al rey de Listinoise. Y sir Lanzarote y sus compañeros derribaron cuarenta caballeros.

Entonces llegaron el rey de Irlanda y el rey de las Marcas Estrechas a rescatar a sir Tristán y a sir Palomides. Allí empezó gran contienda, y hubo muchos caballeros derribados en ambas partes; y siempre sir Lanzarote evitaba a sir Tristán, y éste a él. Y sir Palomides no quiso entender con sir Lanzarote, y hubo arremetidas aquí y allá.

Entonces el rey Arturo envió muchos caballeros de la Tabla Redonda; y sir Palomides estaba siempre en la línea delantera, y sir Tristán se portaba tan poderosamente bien que el rey y todos estaban maravillados.

Y entonces el rey mandó tocar a posada; y como sir Palomides empezó primero, y no había salido del campo a descansar, sino que estuvo siempre haciendo maravillosamente bien, a pie o a caballo, y había resistido más, el rey Arturo y todos los reyes dieron la honra y el grado a sir Palomides ese día.

Entonces sir Tristán mandó a sir Dinadan que recogiese a la reina, La Bella Isolda, y la llevase a sus dos pabellones, que estaban junto a la fuente. Y Dinadan hizo como le habían ordenado. Pero cuando sir Palomides conoció y supo que sir Tristán iba con armadura bermeja, y sobre el caballo bermejo, sabed bien que se alegró mucho, y lo mismo sir Gareth y sir Dinadan, pues todos creían que sir Tristán había sido hecho prisionero.

Y a continuación cada caballero se recogió a su posada. Y el rey Arturo y cada caballero hablaron de aquellos caballeros; pero por encima de todos, dieron a sir Palomides el galardón, y todos los que lo conocían estaban maravillados de sus hazañas.

–Señor –dijo sir Lanzarote a Arturo–, en cuanto a sir Palomides, si es el caballero verde, me atrevo a decir que por este día es el más digno de tener el grado, pues no ha descansado en ningún momento, ni ha cambiado de caballo; y empezó el primero y es el que ha resistido más. Aunque sé bien que había un caballero mejor que él, y eso será probado antes de que nos vayamos, apuesto mi vida.

Así departían en ambas partes; y sir Dinadan reprendió a sir Tristán, y le dijo:

–¿Qué diablos tienes sobre ti este día? Pues no le menguaba la fuerza a sir Palomides, sino que siempre la doblaba.

Capítulo 72

Cómo sir Dinadan incitóa sir Tristán a hacerlo bien

–Y tú, sir Tristán, te mueves todo este día como si estuvieses dormido, y por tanto te llamo cobarde.

–Sabe, Dinadan –dijo sir Tristán–, que jamás en mi vida me ha llamado cobarde hasta ahora ningún caballero terrenal; y sabe bien, señor, que no me tengo por cobarde aunque sir Lanzarote me haya dado una caída, pues lo exceptúo de todos los caballeros. Y no dudes, señor Dinadan, que cuando sir Lanzarote tiene buena querella, es sobradamente bueno para cualquier caballero de cuantos ahora viven; sin embargo, en punto a su tolerancia, generosidad y cortesía, lo tengo por caballero sin par –y sir Tristan se enojó en cierta manera con sir Dinadan. Pero todo esto lo decía sir Dinadan porque quería enfadar a sir Tristán, para hacer que se le encrespase el ánimo y se enojase; pues bien sabía sir Dinadan que si sir Tristán se enojaba enteramente sir Palomides no ganaría el galardón por la mañana. Y con esta intención decía sir Dinadan toda esta reprensión y censura contra sir Tristán.

–Verdaderamente –dijo sir Palomides–, en cuanto a sir Lanzarote, de su noble caballería, cortesía, proeza y gentileza no conozco su par; pues este día he sido muy descortés con él, y muy poco caballeresco; y él conmigo muy caballeresco y cortés; pues de haber sido conmigo tan descortés como he sido yo con él, este día yo no habría ganado honra ninguna. Y por tanto, seré caballero suyo mientras tenga vida.

Esta conversación era en las casas de los reyes. Pero todos los reyes, señores y caballeros, dijeron que, en clara caballería, y en pura fuerza, y generosidad, en cortesía, sir Lanzarote y sir Tristán se llevaban el galardón por encima de cuantos caballeros había en los días de Arturo. Y no había caballeros en los días de Arturo que hiciesen la mitad de los hechos que ellos hicieron; pues, como dice el libro, ni diez caballeros habrían hecho la mitad que ellos; y no había caballero en sus días que requiriese a sir Lanzarote o a sir Tristán alguna demanda, con tal que no les trajese deshonra, que no cumpliesen ellos su deseo.

Capítulo 73

Cómo el rey Arturo y sir Lanzarote

fueron a ver a La Bella Isolda,

y cómo Palomides derribó al rey Arturo

Y por la mañana partió sir Lanzarote, y se apercibió sir Tristán, y La Bella Isolda con sir Palomides y sir Gareth. Y entraron todos de verde, muy frescamente aderezados, en la floresta. Y sir Tristán dejó a sir Dinadan dormido en la cama. Y mientras cabalgaban sucedió que estaban en la ventana el rey y sir Lanzarote, y vieron pasar a sir Tristán y a Isolda.

–Señor –dijo Lanzarote–, allá cabalga la más hermosa señora del mundo, después de vuestra reina, doña Ginebra.

–¿Quién es? –dijo Arturo.

–Señor –dijo él–, es la reina Isolda que, haciendo salvedad de mi señora vuestra reina, no tiene par.

–Tomad vuestro caballo –dijo Arturo–, y aparejaos en todos vuestros derechos, como yo haré, y os prometo –dijo el rey– que la veré.

Al punto se armaron y encabalgaron, tomaron cada uno una lanza, y entraron en la floresta.

–Señor –dijo Lanzarote–, no está bien que os lleguéis demasiado cerca de ellos, pues sabed bien que hay dos de los mejores caballeros que ahora viven; y por tanto, señor, os ruego que no vayáis con prisa demasiada. Pues quizá podría disgustar a algún caballero que fuésemos tan súbitamente sobre ellos.

–En cuanto a eso –dijo Arturo–, la quiero ver, pues no me importa a quién pueda agraviar.

–Señor –dijo Lanzarote–, os ponéis en gran riesgo.

–En cuanto a eso –dijo el rey–, tomaremos la aventura.

Y al punto fue el rey derecho a ella, la saludó, y dijo:

–Dios os salve.

–Señor –dijo ella–, bien venido sois.

Entonces la miró el rey, y le agradó mucho. En eso fue sir Palomides a Arturo, y dijo:

–Caballero descortés, ¿qué buscáis aquí? Eres descortés al venir a una dama tan súbitamente, así que apártate.

Ninguna cuenta hizo sir Arturo de las palabras de sir Palomides, sino que siguió mirando a la reina Isolda. Entonces se enojó sir Palomides; y luego tomó una lanza, fue fieramente sobre el rey Arturo, y lo derribó de una lanzada.

Cuando sir Lanzarote vio este despecho de sir Palomides, se dijo: «No quisiera haberlas con ese caballero, y no por él sino por sir Tristán. Y de una cosa estoy cierto: que si derribo a sir Palomides tendré que haberlas con sir Tristán, y sería harto para mí desafiar a los dos, pues son dos nobles caballeros; sin embargo, viva o muera, de necesidad debo vengar a mi señor, sea lo que sea de mí». Y seguidamente gritó sir Lanzarote a sir Palomides:

–¡Guárdate de mí!

Y a continuación sir Lanzarote y sir Palomides arremetieron el uno contra el otro con dos lanzas fuertemente, pero sir Lanzarote dio a sir Palomides con tal fuerza que lo hizo saltar de la silla, y tuvo una gran caída.

Cuando sir Tristán vio a sir Palomides sufrir esa caída, dijo a sir Lanzarote:

–Señor caballero, guárdate, pues debo justar contigo.

–En cuanto a justar conmigo –dijo sir Lanzarote–, no os defraudaré, pues ningún miedo tengo de vos; pero no quisiera tener que ver con vos si pudiese escoger, pues quiero que sepáis que debía vengar a

mi venerado señor que ha sido descabalgado descuidada y poco caballerescamente. Y por ende, aunque he vengado esa caída, no toméis ningún desplacer en ello, pues es tan querido de mí que no puedo verlo avergonzado.

Al punto entendió sir Tristán, por su persona y sus razones caballerescas, que era sir Lanzarote del Lago, y adivinó sir Tristán que era al rey Arturo a quien sir Palomides había derribado. Y entonces sir Tristán dejó su lanza, puso a sir Palomides a caballo otra vez, y sir Lanzarote al rey Arturo, y así se separaron.

–Así Dios me ayude –dijo sir Tristán a Palomides–, no ha sido honroso derribar a ese caballero tan súbitamente como habéis hecho. Y sabed bien que os habéis hecho gran vergüenza, pues los caballeros venían aquí con gentileza a ver a una hermosa dama; y es parte de todo buen caballero, admirar a una hermosa dama; y no debíais haberos puesto a mostrar tales maestrías ante mi señora. Sabe bien que eso se volverá en ira, pues era el rey Arturo el que has derribado, y el otro era el buen caballero sir Lanzarote. Pues no olvidaré las palabras de sir Lanzarote cuando le ha llamado hombre de gran merecimiento, por donde entendí que era el rey Arturo. Y en cuanto a sir Lanzarote, si hubiese habido quinientos caballeros en el prado, no los habría rehusado, y sin embargo me ha rehusado a mí. Por donde entiendo también que era sir Lanzarote, pues siempre me dispensa en todo lugar, y me muestra gran gentileza; y de todos los caballeros, sin quitar ninguno, digan lo que digan, lleva él la flor de toda la caballería, por mucho que quieran decir. Y si él estuviese airado, y quisiese ir a todo trance sin ningún favor, no sé de ninguno vivo para el que no fuese harto duro, sea a caballo o a pie.

–No puedo creer –dijo Palomides– que el rey Arturo cabalgue por ahí privadamente como un pobre caballero andante.

–¡Ah! –dijo sir Tristán–, no conocéis a mi señor Arturo; pues todos los caballeros pueden aprender a ser caballeros de él. Y por tanto os debería pesar vuestra descortés acción a tan noble rey.

–Lo que está hecho no se puede deshacer –dijo Palomides.

Entonces sir Tristán mandó a la reina Isolda a su aposentamiento en

el convento, para que de allí observase todo el torneo.

Capítulo 74

Cómo al segundo día Palomides abandonó a sir Tristán, y fue al bando contrario, contra él

Entonces se hizo pregón a todos los caballeros, de que cuando oyesen tañer un cuerno, debían hacer justa como habían hecho el primer día. Y como los hermanos sir Edward y sir Sadok empezaron la justa el primer día, así mismo la empezaron sir Uwain, hijo del rey Uriens, y sir Lucan el Mayordomo, el segundo día.

Y en el primer encuentro sir Uwain derribó al hijo del rey de los Escoceses; y sir Lucan fue contra el rey de Gales, e hicieron trozos las lanzas; e iban tan fieros ambos que en la arremetida fueron los dos a tierra. Entonces los de Orkney encabalgaron otra vez a sir Lucan.

Y a continuación entró sir Tristán de Lionís; y sir Tristán derribó a sir Uwain y a sir Lucan; y sir Palomides derribó a otros dos caballeros; y sir Gareth derribó a otros más. Entonces dijo sir Arturo a sir Lanzarote:

–Esos tres caballeros lo hacen muy bien, en especial el que ha justado primero.

–Señor –dijo Lanzarote–, ese caballero aún no ha comenzado; pero lo veréis este día portarse maravillosamente.

Entonces entró en la plaza el hijo del duque de Orkney, y allí comenzaron a hacer muchos hechos de armas. Cuando sir Tristán los vio empezar así, dijo a Palomides:

–¿Cómo os sentís? ¿Podéis hacer este día como hicisteis ayer?

–No –dijo Palomides–, me siento tan fatigado, y tan maltrecho por los hechos de ayer, que no podré durar como ayer.

–Eso me pesa –dijo sir Tristán–, pues os echaré de menos este día.

Sir Palomides dijo:

–No fiéis en mí, pues no puedo hacer como hice ayer –todas estas razones las decía Palomides para engañar a sir Tristán.

–Señor –dijo sir Tristán a sir Gareth–, entonces debo fiar en vos, así que os ruego que no os apartéis de mí, para socorrerme.

–Si habéis menester –dijo sir Gareth–, no os fallaré en todo lo que pueda.

Entonces sir Palomides cabalgó solo; y en despecho de sir Tristán, se metió en lo más espeso de la lucha entre los de Orkney, y allí hizo tan maravillosos hechos de armas que todos tenían espanto de él, pues ninguno podía resistirle un solo golpe.

Cuando sir Tristán vio hacer a sir Palomides tales hechos, se maravilló y dijo para sí: «Está cansado de mi compañía». Y sir Tristán lo observó mucho rato sin hacer otra cosa, pues el clamor y voces eran tan descomunales y grandes que sir Tristán se maravillaba de dónde venía la fuerza que sir Palomides tenía allí en el campo.

–Señor –dijo sir Gareth a sir Tristán–, ¿no recordáis las razones que sir Dinadan os dijo ayer, cuando os llamó cobarde? En verdad, señor, que no lo dijo con ninguna mala intención, pues sois el hombre del mundo que más ama, y todo lo dijo por vuestra honra. Y por ende, mostradme este día quién sois; y no os maraville lo de sir Palomides, pues se esfuerza en ganar toda la honra y merecimiento de vos.

–Bien lo puedo creer –dijo sir Tristán–. Y ya que entiendo su mala voluntad y su envidia, veréis, si pongo mi empeño, cómo calla el clamor que ahora hay sobre él.

Entonces sir Tristán se metió en lo más espeso de la multitud, e hizo tan maravillosamente bien, y tamaños hechos de armas, que todos

dijeron que sir Tristán doblaba los hechos de armas que sir Palomides había hecho antes. Y entonces la aclamación se fue claramente de sir Palomides, y toda la gente aclamó a sir Tristán.

–¡Oh, Jesús! –decían–. Ved cómo sir Tristán derriba con su lanza tantos caballeros. Y ved –decían todos–, cuántos derriba con la espada, y de cuántos arranca yelmos y escudos.

Y así tiraba a cuantos de Orkney se le ponían delante.

–¿Qué pensáis ahora? –dijo sir Lanzarote al rey Arturo–; os dije que este día habría un caballero que haría su alarde. Allá podéis ver a un caballero portarse maravillosamente, pues tiene fuerza y aliento.

–Así Dios me ayude –dijo Arturo a Lanzarote–; verdad decís, pues jamás vi a un caballero mejor, pues supera sobradamente a sir Palomides.

–Señor, sabed bien –dijo Lanzarote– que así ha de ser de razón, pues ese mismo es el noble caballero sir Tristán.

–Muy bien lo puedo creer –dijo Arturo.

Pero cuando sir Palomides vio que la aclamación y las voces no eran para él, salió a una parte y observó a sir Tristán. Y al ver lo maravillosamente bien que lo hacía, lloró abundantemente por despecho, pues sabía bien que ninguna honra ganaría ese día; pues bien sabía sir Palomides que cuando sir Tristán ponía su fuerza y su denuedo, ese día ganaba él muy poca honra.

Capítulo 75

Cómo sir Tristán se fue del campo, y despertó a sir Dinadan, y cambió su atavío por otro negro

Entonces llegaron el rey Arturo y el rey de Northgales, y sir

Lanzarote del Lago; y sir Bleoberis, sir Bors de Ganis, y sir Héctor de Maris, estos tres caballeros entraron en el campo con sir Lanzarote. Y entonces sir Lanzarote, con los tres caballeros de su familia, hizo tan grandes hechos de armas que todo el clamor comenzó a recaer sobre él. E hicieron retraerse al rey de Gales y al rey de los Escoceses gran trecho, y los obligaron a abandonar el campo; pero sir Tristán y sir Gareth siguieron en el campo, resistiendo a todo el que les venía, de manera que todos tenían maravilla de que un caballero pudiese resistir tantos golpes. Pero sir Lanzarote, y sus tres parientes, por mandato suyo, dispensaban a sir Tristán. Entonces dijo sir Arturo:

–¿Es ése sir Palomides, el que dura tan bien?

–No –dijo sir Lanzarote–, sabed bien que es el buen caballero sir Tristán; pero allá podéis ver a sir Palomides, cómo observa detenido, y hace poco o nada. Y señor, debéis entender que sir Tristán piensa este día echarnos a todos del campo. Y en cuanto a mí, no seré yo el que quiera vencerle. Señor –dijo Lanzarote a Arturo–, ved cómo sir Palomides permanece allá, como si estuviese embargado por un sueño; sabed bien que mucho le pesa que sir Tristán haga tales hechos de armas.

–Entonces no es sino necio –dijo Arturo–, pues jamás fue sir Palomides, ni será, de tanta proeza como sir Tristán. Y si tiene envidia de sir Tristán, y viene con él, es un falso caballero.

Y mientras así razonaban el rey y sir Lanzarote, sir Tristán salió encubiertamente de la contienda, de manera que nadie lo advirtió salvo La Bella Isolda y sir Palomides, pues ninguno de los dos quitaba ojo a sir Tristán. Y cuando sir Tristán llegó a sus pabellones, halló a sir Dinadan en la cama dormido.

–Despertad –dijo Tristán–, debiera daros vergüenza dormir cuando los caballeros luchan en el campo.

Entonces sir Dinadan se levantó con presteza, y dijo:

–Señor, ¿que queréis que haga?

–Apercibíos –dijo sir Tristán– para entrar conmigo en el campo.

Y cuando sir Dinadan estuvo armado miró el yelmo y el escudo de sir Tristán; y al ver tantos tajos en ellos dijo:

–En buena hora dormía, pues de haber estado con vos, de necesidad os habría seguido por vergüenza; y más por vergüenza que por la proeza que hay en mí; que bien veo por esos tajos que habría sido verdaderamente vencido como lo fui ayer.

–Dejad vuestros donaires –dijo sir Tristán– y salid, que estemos en el campo otra vez.

–¿Cómo? –dijo sir Dinadan–, ¿estáis animoso? Ayer os movíais como en un sueño.

Entonces sir Tristán se atavió con un arnés negro.

–¡Oh, Jesús! –dijo Dinadan–, ¿qué os pasa hoy? Parece que estáis más bravo que ayer.

Entonces sonrió sir Tristán y dijo a Dinadan:

–Manteneos bien cerca de mí; si me veis con demasiada gente, mirad de estar siempre detrás de mí, que yo os abriré paso por la gracia de Dios.

Y sir Tristán y sir Dinadan tomaron sus caballos.

Todo esto vio sir Palomides, cómo se iban y volvían, y lo mismo La Bella Isolda, pues conocía a sir Tristán por encima de todos los otros.

Capítulo 76

Cómo sir Palomides cambió de escudo y armadura

para herir a sir Tristán y qué hizo sir Lanzarote a sir Tristán

Cuando sir Palomides vio que sir Tristán iba disfrazado, pensó hacerle afrenta. Y fue a un caballero malherido que estaba sentado al pie de una hermosa fuente, apartado del campo.

–Señor caballero –dijo sir Palomides–, os ruego que me prestéis vuestra armadura y escudo, pues el mío es harto conocido en este campo, y ello me ha causado gran quebranto; y vos tendréis mi armadura y mi escudo, que es tan seguro como el vuestro.

–De buen grado –dijo el caballero–, aquí tenéis mi armadura y mi escudo, si es que os pueden aprovechar.

Y se armó apresuradamente sir Palomides con la armadura de este caballero y su escudo, que lucía como el cristal o la plata, y entró cabalgando en el campo. Y entonces ni sir Tristán ni ninguno del bando del rey Arturo reconocieron a sir Palomides.

Y en el momento en que sir Palomides entraba en el campo, sir Tristán derribó a tres caballeros, a la vista misma de sir Palomides. Y entonces sir Palomides fue contra sir Tristán, se juntaron uno y otro con gruesas lanzas, y las quebraron hasta sus manos. Y entonces se acometieron con espadas ansiosamente.

Entonces sir Tristán se preguntó qué caballero era este que hacía batalla tan caballerescamente con él. Y se enojó sir Tristán, pues lo sentía muy fuerte, pensando que no podría haberlas con los restantes caballeros a causa de la fuerza de sir Palomides.

Y se acometían y daban muchos graves tajos, y muchos caballeros se preguntaban qué caballero podía ser este que así luchaba con el caballero negro, sir Tristán. Muy bien sabía La Bella Isolda que era sir Palomides el que luchaba con sir Tristán, pues lo había visto todo desde la ventana donde estaba, mientras sir Palomides cambiaba su arnés con el caballero herido. Y entonces empezó a llorar tan vivamente por el despecho de sir Palomides que cayó desvanecida.

Entonces entró sir Lanzarote con los caballeros de Orkney. Y cuando los del otro bando vieron a sir Lanzarote, dijeron a voces:

–¡Volved, volved, aquí llega sir Lanzarote del Lago!

Y acudieron allí caballeros, y dijeron:

–Señor Lanzarote, de necesidad debéis luchar con aquel caballero del arnés negro (que era sir Tristán), pues casi ha vencido a ese buen caballero que lucha con el escudo de plata (que era sir Palomides).

Entonces sir Lanzarote se metió entre sir Tristán y sir Palomides, y dijo a sir Palomides:

–Señor caballero, dejadme tener la batalla, pues vos tenéis necesidad de descansar.

Sir Palomides reconoció a sir Lanzarote, y lo mismo sir Tristán; pero como sir Lanzarote era mucho más osado que él, se alegró, y consintió que sir Lanzarote luchase con sir Tristán. Pues bien sabía él que sir Lanzarote no había reconocido a sir Tristán, y esperaba que sir Lanzarote venciese o afrentase a sir Tristán, de lo cual tenía mucha gana sir Palomides. Y sir Lanzarote dio a sir Tristán muchos graves tajos; aunque sir Lanzarote no sabía que era sir Tristán, y sir Tristán sabía bien que era sir Lanzarote. Y así lucharon mucho rato, de manera que La Bella Isolda de aflicción casi perdió el juicio.

Entonces sir Dinadan dijo a sir Gareth cómo aquel caballero del arnés negro era sir Tristán, «y ese otro es sir Lanzarote que lucha con él, que de necesidad debe tener lo mejor de él, pues sir Tristán ha tenido demasiado trabajo este día».

–Entonces vayamos a derribarlo –dijo sir Gareth.

–Es lo mejor que podemos hacer –dijo sir Dinadan–, y no que sea avergonzado sir Tristán, pues allá aguarda el fuerte caballero con el escudo de plata para caer sobre sir Tristán, si es menester.

Entonces sin dilación arremetió sir Gareth sobre sir Lanzarote, y le dio un gran tajo encima del yelmo con tal fuerza que lo atronó. Y fue entonces sir Dinadan con una lanza, y le dio tal golpe que lo derribó, caballo y todo, a tierra.

–¡Oh, Jesús, qué afrenta! –dijo sir Tristán a sir Gareth y a sir Dinadan–. ¿Por qué lo habéis derribado, tan buen caballero como

es, y en especial cuando yo las había con él? Ahora os habéis hecho gran vergüenza, sin desmerecimiento ninguno para él, pues yo lo tenía en razonable estrecho aunque no me hubieseis ayudado.

Entonces llegó sir Palomides, que iba disfrazado, y derribó a sir Dinadan de su caballo. Y sir Lanzarote, porque sir Dinadan lo había derribado antes, lo asaltó muy duramente, y sir Dinadan se defendió con fuerza. Pero bien comprendía sir Tristán que sir Dinadan no le podría durar a sir Lanzarote, por lo que sir Tristán tuvo pesar.

Entonces fue sir Palomides fresco sobre sir Tristán. Y cuando sir Tristán lo vio venir, pensó librarse de él enseguida, ya que quería ayudar a sir Dinadan, que estaba en gran peligro con sir Lanzarote. Entonces sir Tristán acometió a sir Palomides y le dio un gran golpe, y lo tiró debajo de él. Y sir Tristán cayó sobre él; pero sir Tristán se levantó de un salto prestamente, dejó a sir Palomides, se puso entre sir Lanzarote y sir Dinadan, y empezaron entonces a hacer batalla juntos.

Al punto sir Dinadan tomó el caballo de sir Tristán y dijo en voz alta para que sir Lanzarote pudiese oírlo:

–Mi señor Tristán, tomad vuestro caballo.

Y cuando sir Lanzarote oyó el nombre de sir Tristán, dijo:

–¡Oh, Jesús!, ¿qué he hecho? Me he deshonrado. ¡Ah, mi señor Tristán! –dijo sir Lanzarote–, ¿por qué os habéis disfrazado? En gran peligro os habéis puesto este día; pero os ruego, noble caballero, que me perdonéis, pues si os hubiese reconocido no habría hecho esta batalla.

–Señor –dijo sir Tristán–, no es ésta la primera bondad que me mostráis.

Y encabalgaron ambos otra vez. Entonces todas las gentes de un lado dieron a sir Lanzarote la honra y el grado, y las del otro dieron la honra y el grado al noble caballero sir Tristán; pero sir Lanzarote dijo que no:

–Pues no merezco esta honra, y quiero declarar a todos los

caballeros que sir Tristán ha estado más tiempo en el campo que yo, y ha derribado muchos más caballeros este día que yo. Y por tanto quiero dar a sir Tristán mi voto y mi voz, y así ruego a todos mis señores y compañeros que lo hagan.

Entonces dijeron todos los duques y condes, barones y caballeros, que «sir Tristán ha probado este día ser el mejor caballero».

Capítulo 77

Cómo sir Tristán partió con La Bella Isolda,

y cómo lo siguió sir Palomides y se excusó

Entonces tocaron a posada, y la reina Isolda fue llevada a sus pabellones. Pero sabed bien que estaba sobremanera enojada con sir Palomides, pues había visto toda su traición de principio a fin. Y todo este tiempo ni sir Tristán, ni sir Gareth, ni sir Dinadan, supieron de la traición de sir Palomides; pero después oiréis cómo sobrevino allí el más grande debate entre sir Tristán y sir Palomides que se podía dar.

Cuando hubo acabado el torneo, sir Tristán, sir Gareth y sir Dinadan cabalgaron con La Bella Isolda a estos pabellones. Y sir Palomides siguió con ellos, en su compañía, disfrazado como estaba. Pero cuando sir Tristán vio que era el mismo caballero del escudo de plata que tanto le había acosado este día, «señor –dijo–, sabed bien que ninguno tiene aquí necesidad de vuestra compañía, y por tanto os ruego que os vayáis de nosotros».

Sir Palomides respondió como si no conociese a sir Tristán:

–Sabed bien, señor caballero, que jamás me iré de esta compañía, pues uno de los mejores caballeros del mundo me mandó que fuese en esta compañía; y hasta que él me descargue de mi servicio no quiero ser descargado.

Por donde sir Tristán conoció que era sir Palomides.

–¡Ah, señor Palomides! –dijo el noble caballero sir Tristán–, ¿así que sois vos el tal caballero? Erradamente habéis sido nombrado, pues mucho tiempo os han tenido por gentil caballero, y este día me habéis mostrado muy poca gentileza, pues me habéis llevado casi a la muerte. Pero, con vos, creo que me podría haber valido bien, pero con sir Lanzarote y con vos era trabajo demasiado; pues no sé de ningún caballero vivo bastante bueno para él, si quiere hacer su ultranza.

–¡Ay! –dijo sir Palomides–, ¿sois mi señor Tristán?

–Sí, señor, y harto bien lo sabéis.

–Por mi caballería –dijo sir Palomides–, hasta ahora no os reconocí; creía que érais el rey de Irlanda, pues bien veo que lleváis sus armas.

–Sus armas llevo –dijo sir Tristán–, y así será, pues las gané en un campo de un muy noble caballero cuyo nombre era sir Marhaus; y con grandes trabajos vencí a ese caballero, de lo que no se recobró, sino que murió por culpa de falsos físicos; y sin embargo jamás se rindió a mí.

–Señor –dijo sir Palomides–, yo creía que os habíais vuelto al bando de sir Lanzarote, y eso me hizo volverme a mí.

–Decís bien –dijo sir Tristán–, y así os acepto y os perdono.

Y en eso llegaron a sus pabellones; y cuando se hubieron apeado y desarmado se lavaron las manos y la cara y fueron a comer, y se sentaron a la mesa.

Pero cuando Isolda vio a sir Palomides se le mudaron los colores, y de ira no pudo hablar. Y al punto advirtió sir Tristán su semblante, y dijo:

–Señora, ¿por qué causa nos hacéis tal muestra? Muy gravemente hemos sido trabajados este día.

–Mi señor –dijo La Bella Isolda–, por Dios os ruego que no toméis

descontento conmigo, pues otra cosa no podría hacer; pues este día he visto cómo érais traicionado y llevado casi a vuestra muerte. En verdad, señor, que he visto cada manejo, y cómo y de qué manera, y por ende, señor, cómo podría yo sufrir en vuestra presencia a tal felón y traidor como es sir Palomides; pues le he visto con mis ojos cómo os observaba cuando salisteis del campo. Pues estuvo siempre detenido sobre su caballo hasta que os vio entrar otra vez. Y entonces sin dilación lo vi ir al caballero herido, y cambiar de arnés con él, y después lo vi volver derecho al campo. Y tan presto como os halló, fue contra vos, y porfiadamente hizo batalla con vos; y en cuanto a él, no le temía gran cosa, pero mucho miedo tuve de sir Lanzarote, que no os reconoció.

–Señora –dijo Palomides–, podéis decir lo que queráis, que no os voy a contradecir; pero por mi caballería que no reconocí a sir Tristán.

–Señor Palomides –dijo sir Tristán–, quiero aceptar vuestra excusa; pero bien sé que me habéis ahorrado poco, pero todo está perdonado por mi parte.

Entonces La Bella Isolda bajó la cabeza y no dijo más en esa sazón.

Capítulo 78

Cómo el rey Arturo y sir Lanzarote entraron en sus pabellones mientras estaban sentados cenando, y de sir Palomides

Y en eso llegaron dos caballeros armados al pabellón, se apearon, y entraron armados con todas las piezas.

–Gentiles caballeros –dijo sir Tristán–, merecéis reprobación al venir así armados con todas las piezas cuando estamos comiendo; si

queríais algo cuando estábamos en el campo, allí podíais haber desahogado vuestros corazones.

–No es así –dijo uno de estos caballeros–, que no venimos con esa intención, sino sabed bien, sir Tristán, que aquí venimos como amigos.

–Yo vengo aquí –dijo uno– para veros, y este caballero viene para ver a La Bella Isolda.

Entonces dijo sir Tristán:

–Os requiero que os quitéis los yelmos, que pueda veros.

–Haremos como deseáis –dijeron los caballeros.

Y cuando tuvieron los yelmos quitados, sir Tristán pensó que debía conocerlos. Entonces dijo sir Dinadan quedamente a sir Tristán:

–Señor, ése es sir Lanzarote del Lago, el que os ha hablado primero, y el otro es mi señor el rey Arturo.

Entonces dijo sir Tristán a La Bella Isolda:

–Señora, levantad, pues aquí está mi señor, el rey Arturo.

Entonces se besaron el rey y la reina, y sir Lanzarote y sir Tristán se abrazaron y hubo contento sin medida; y a requerimiento de La Bella Isolda fueron desarmados el rey Arturo y Lanzarote, y hubo allí alegre conversación.

–Señora –dijo Arturo–, hace muchos días que deseaba veros, pues mucho habéis sido alabada; y ahora me atrevo a decir que sois la más hermosa que he visto, y sir Tristán es el caballero más leal y bueno de cuantos conozco; por tanto me parece que estáis bien acordados juntos.

–Señor, Dios os lo agradezca –dijeron el noble caballero sir Tristán e Isolda–; de vuestra gran bondad y largueza sois sin par.

Y así hablaron de muchas cosas, y de todas las justas.

–Pero ¿por qué causa estabais –dijo el rey Arturo–, señor Tristán, contra nosotros? Sois caballero de la Tabla Redonda; en justicia debíais haber estado con nosotros.

–Señor –dijo sir Tristán–, aquí está Dinadan, y sir Gareth vuestro propio sobrino, que me han hecho ir contra vos.

–Mi señor Arturo –dijo Gareth–, muy bien puedo tener yo la culpa; pero los hechos han sido del propio sir Tristán.

–Bien me puede pesar eso –dijo Dinadan–, pues este desdichado sir Tristán nos ha traído a este torneo y él ha sido la causa de que hayamos recibido muchos grandes golpes.

Entonces el rey y Lanzarote se rieron tanto que no se podían tener sentados.

–¿Qué caballero era –dijo Arturo– el que os tenía en gran estrecho, con el escudo de plata?

–Señor –dijo sir Tristán–, aquí está sentado, a esta mesa.

–¡Cómo! –dijo Arturo–, ¿era sir Palomides?

–Sabed bien que era él –dijo La Bella Isolda.

–Así Dios me ayude –dijo el rey Arturo–, pues muy descortésmente habéis hecho siendo tan buen caballero, pues he oído a mucha gente llamaros caballero cortés.

–Señor –dijo Palomides–, no reconocí a sir Tristán, pues iba disfrazado.

–Así Dios me asista –dijo Lanzarote–; bien puede ser, pues yo tampoco lo reconocí.

–Pero me pregunto por qué os pasasteis a nuestro bando.

–Fue por la misma causa –dijo sir Lanzarote.

–En cuanto a eso –dijo sir Tristán–, le he perdonado, y no quisiera dejar su compañía, pues mucho la amo.

Y dejaron eso y hablaron de otras cosas. Y cerca de la noche el rey Arturo y sir Lanzarote se fueron a su aposentamiento; pero sabed bien que sir Palomides sufría viva envidia, pues en toda esa noche no pudo tener descanso en su cama, sino que gimió y lloró sin medida.

Y por la mañana se levantaron temprano sir Tristán, Gareth y Dinadan, y fueron a la cámara de sir Palomides, y allí lo hallaron muy dormido, pues había estado toda la noche en vela; y vieron por sus mejillas que había llorado abundantemente.

–No digáis nada –dijo sir Tristán–, pues estoy cierto que ha tomado enojo por el reproche que yo le he hecho, y a La Bella Isolda.

Capítulo 79

Cómo hicieron sir Tristán y sir Palomides al día siguiente, y cómo fue descabalgado el rey Arturo

Entonces sir Tristán mandó llamar a sir Palomides y le pidió que aparejase, pues era hora de ir al campo. Cuando estuvieron prestos, fueron armados, y vestidos todos de bermejo, Isolda y todos ellos; y así la llevaron muy frescamente por el campo, al convento donde estaba su aposento.

Y entonces oyeron tocar tres sones, y cada rey y caballero enderezó para el campo. Y los primeros en estar prestos para justar fueron sir Palomides y sir Kainus le Strange, caballero de la Tabla Redonda. Y se enfrentaron estos dos; pero sir Palomides dio tan fuerte golpe a sir Kainus que lo derribó por la grupa del caballo. Y seguidamente sir Palomides derribó a otro caballero, y quebró su lanza; y sacó entonces la espada y se portó maravillosamente bien. Y entonces comenzaron las voces a aclamarle a él.

–Mirad –dijo el rey Arturo–, allá empieza Palomides a hacer su alarde. Así Dios me ayude; es muy buen caballero.

Y en tanto así hablaban entró sir Tristán como un trueno, y se enfrentó a sir Kay el Senescal, y allí lo derribó totalmente del caballo; y con esa misma lanza derribó sir Tristán a tres caballeros más; y entonces sacó la espada e hizo maravillosamente. Entonces las voces y el clamor cambiaron de sir Palomides a sir Tristán, y toda la gente gritó: «¡Ahé, Tristán!», «Ahé, Tristán!». Y sir Palomides fue dejado en olvido.

–Ved ahora –dijo Lanzarote a Arturo–: allá cabalga un caballero que hace su alarde.

–Así Dios me ayude –dijo Arturo a Lanzarote–, este día veréis a esos dos caballeros hacer maravillas.

–Señor –dijo Lanzarote–, uno de los caballeros acecha al otro, y se esfuerza por envidia en soprepujar al noble caballero sir Tristán, y éste no sabe de la secreta envidia que sir Palomides le tiene; pues todo lo que el noble sir Tristán hace es por pura caballería.

Y entonces sir Gareth y Dinadan hicieron maravillosos hechos de armas, como dos nobles caballeros, de manera que el rey Arturo dijo gran honra y prez de ellos; y los reyes y caballeros del bando de sir Tristán lo hicieron muy bien, y se tuvieron lealmente juntos.

Entonces tomaron sir Arturo y sir Lanzarote sus caballos, enderezaron y se metieron en lo más espeso de la multitud. Y allí sir Tristán derribó sin saberlo al rey Arturo; y sir Lanzarote quiso rescatarlo, pero vinieron tantos sobre sir Lanzarote que lo echaron del caballo. Y entonces el rey de Irlanda y el rey de los Escoceses, con sus caballeros, trabajaron por prender al rey Arturo y a sir Lanzarote. Cuando sir Lanzarote les oyó decir así, se movió como león hambriento, pues hacía de tal manera que ningún caballero osaba llegarse a él.

Entonces fue sir Héctor de Maris, llevó una lanza contra sir Palomides, y la hizo toda trozos sobre él. Y fue otra vez sir Héctor y dio a sir Palomides tal golpe con la espada que lo inclinó sobre el arzón de la silla. Y a continuación sir Héctor arrojó a sir Palomides

a sus pies; y entonces sir Héctor de Maris tomó un caballo para sir Lanzarote del Lago, se lo llevó, y le rogó que montase en él; pero sir Palomides se levantó antes, tomó el caballo por la brida, y saltó sobre su silla.

–Así Dios me ayude –dijo sir Lanzarote–, más digno sois de tener ese caballo que yo.

Entonces sir Héctor trajo a sir Lanzarote otro caballo.

–Muchas gracias –dijo Lanzarote a su hermano.

Y cuando estuvo encabalgado otra vez, con una lanza derribó a cuatro caballeros. Y entonces llevó sir Lanzarote al rey Arturo el mejor de los cuatro caballos. Y sir Lanzarote con el rey Arturo y unos pocos caballeros del linaje de sir Lanzarote, hicieron hechos maravillosos; pues en esa sazón, como el libro hace constar, sir Lanzarote derribó y tiró a treinta caballeros. Sin embargo, el otro bando se tuvo tan junto que el rey Arturo y sus caballeros fueron sobrepujados.

Y cuando sir Tristán vio eso, el trabajo del rey Arturo y sus caballeros, y en especial los nobles hechos que sir Lanzarote hacía con sus manos, se maravilló grandemente.

Capítulo 80

Cómo sir Tristán se volvió al bando del rey Arturo, y cómo sir Palomides no quiso

Entonces sir Tristán llamó a sir Palomides, sir Gareth y sir Dinadan, y les dijo así:

–Gentiles compañeros, sabed bien que quiero volverme al bando del rey Arturo, pues jamás he visto a tan pocos hombres hacer tan bien, y sería vergüenza para nosotros, caballeros de la Tabla Redonda,

ver a nuestro señor el rey Arturo, y a ese noble sir Lanzarote, deshonrados.

–Bien hecho estará –dijeron sir Gareth y sir Dinadan.

–Haced lo que mejor creáis –dijo Palomides–, pues yo no quiero cambiar el bando con que entré.

–Eso es por mí –dijo sir Tristán–. Que Dios os valga en vuestra jornada.

Y sir Palomides se separó de ellos. Entonces sir Tristán, Gareth y Dinadan volvieron con sir Lanzarote. Y sir Lanzarote derribó al rey de Irlanda de su caballo; y así mismo derribó al rey de los Escoceses, y al rey de Gales; y entonces sir Arturo fue sobre sir Palomides y lo derribó enteramente del caballo; y sir Tristán derribó a todo aquel con quien se enfrentó. Y sir Gareth y sir Dinadan se portaron allí como nobles caballeros; entonces todos los del otro bando comenzaron a huir.

–¡Ay! –dijo Palomides–, que haya tenido yo que ver este día, pues ahora he perdido toda la honra que había ganado.

Y entonces sir Palomides emprendió su camino gimiendo, y se retrajo hasta que llegó a una fuente; y allí apartó al caballo de él, se quitó la armadura, y lloró y gimió como hombre fuera de juicio.

Y muchos caballeros dieron el galardón a sir Tristán, y otros lo dieron a sir Lanzarote.

–Gentiles señores –dijo sir Tristán–, os agradezco la honra que me queréis dar, pero os ruego vivamente que déis vuestra voz a sir Lanzarote, pues por mi fe, yo daré mi voz a sir Lanzarote.

Pero sir Lanzarote no lo quiso tener, y el galardón fue dado a los dos.

A continuación se retrajo cada uno a su posada, y sir Bleoberis y sir Héctor fueron con sir Tristán y La Bella Isolda a sus pabellones.

Y estando sir Palomides en la fuente gimiendo y llorando llegaron los reyes de Gales y de Escocia, y hallaron a sir Palomides en ese

desconsuelo.

–¡Ay! –dijeron–, que tan noble hombre como sois os halléis en esa condición.

Y tomaron estos reyes el caballo de sir Palomides otra vez, le hicieron armarse y montar sobre su caballo, y cabalgó con ellos, haciendo gran duelo. Y cuando sir Palomides llegó cerca de los pabellones donde estaban sir Tristán y La Bella Isolda, rogó a los dos reyes que le esperasen mientras él hablaba con sir Tristán. Y al llegar a la puerta de los pabellones dijo sir Palomides en voz alta:

–¿Dónde estáis, sir Tristán de Lionís?

–Señor –dijo Dinadan–, ése es Palomides.

–¡Cómo, sir Palomides!, ¿no queréis entrar aquí con nosotros?

–¡Mal hayas tú, traidor! –dijo Palomides–; pues sabe bien que si fuese día claro como es de noche, te mataría con mis propias manos. Y si alguna vez te puedo tener, morirás por lo que has hecho este día.

–Señor Palomides –dijo sir Tristán–, erradamente me culpáis, pues si hubiéseis hecho como yo hice habríais ganado merecimiento. Pero ya que me hacéis tan amplia advertencia me guardaré bien de vos.

–¡Mal hayas, traidor! –dijo Palomides; y con eso se marchó.

Y por la mañana sir Tristán, Bleoberis y sir Héctor de Maris, sir Gareth, sir Dinadan, ora por agua, ora por tierra, llevaron a La Bella Isolda a la Gozosa Guarda, y allí descansaron siete noches, e hicieron todas las alegrías y juegos que pudieron idear.

Y el rey Arturo y sus caballeros se encaminaron a Camelot, y sir Palomides cabalgó con los dos reyes; y no cesaba de hacer el más grande duelo que ningún hombre podría pensar, pues no sólo estaba tan doloroso por irse de La Bella Isolda, sino que en parte le afligía separarse de la compañía de sir Tristán; pues sir Tristán era tan cortés y gentil que cuando sir Palomides se acordaba de todo esto perdía su alegría.

Capítulo 81

Cómo sir Bleoberis y sir Héctor informaron a la reina Ginebra de la belleza de La Bella Isolda

Y al cabo de las siete noches sir Bleoberis y sir Héctor se separaron de sir Tristán y de la reina; y estos dos buenos caballeros recibieron grandes dones; y sir Gareth y sir Dinadan permanecieron con sir Tristán.

Y cuando sir Bleoberis y sir Héctor llegaron a donde la reina Ginebra estaba aposentada, en un castillo cercano a la costa donde por la gracia de Dios se había recobrado de su enfermedad, les preguntó ésta de dónde venían. Y ellos dijeron que venían de sir Tristán y de La Bella Isolda.

–¿Cómo está sir Tristán –dijo la reina–, y La Bella Isolda?

–En verdad –dijeron estos dos caballeros–, él como conviene a un noble caballero; y en cuanto a la reina Isolda, es sin par de todas las damas; pues tocante a belleza, generosidad y alegría, y a bondad, jamás vimos quién la igualase por donde hemos cabalgado y caminado.

–¡Oh Jesús, merced! –dijo la reina Ginebra–, eso dicen todas las gentes que la han visto y hablado con ella. Pluguiera a Dios que tuviese yo parte de sus condiciones; y fue mi mala fortuna estar enferma mientras duró ese torneo. Y presumo que no veré en toda mi vida tal reunión de caballeros y damas como habéis visto vosotros.

Entonces los caballeros le contaron cómo sir Palomides ganó el grado el primer día con gran nobleza; y el segundo día ganó el grado sir Tristán; y el tercer día ganó el grado sir Lanzarote.

–Y bien –dijo la reina Ginebra–, ¿quién lo hizo mejor estos tres

días?

–Así Dios me ayude –dijeron estos caballeros–, sir Lanzarote y sir Tristán tuvieron menos deshonor. Y sabed bien que sir Palomides lo hizo muy bien, y poderosamente; pero se volvió contra el bando con que había entrado, y eso causó que perdiese buena parte de su merecimiento, pues parecía que sir Palomides estaba muy envidioso.

–Entonces nunca ganará merecimiento –dijo la reina Ginebra–, pues si un envidioso gana merecimiento una vez, se ve deshonrado dos veces; y por esta causa todos los hombres de merecimiento aborrecen al envidioso, y no le quieren mostrar ningún favor; y el que es cortés, y amable, y gentil, halla favor en todo lugar.

Capítulo 82

Cómo Epinogrus se quejaba junto a una fuente,

y cómo llegó Palomides y lo halló,

y de las aflicciones de ambos

Ahora dejamos este asunto y hablamos de sir Palomides, que cabalgó y se aposentó con los dos reyes. Y por la mañana sir Palomides se fue de ellos, de lo que los reyes tuvieron pesar. Entonces el rey de Irlanda envió a uno de sus hombres a sir Palomides, y le dio un gran corcel, y el rey de Escocia le dio grandes dones; y mucho habrían querido que sir Palomides hubiese permanecido con ellos; pero de ninguna manera se quiso quedar; y partió y cabalgó como la ventura le guiase, hasta que fue cerca del mediodía.

Y en una floresta junto a una fuente vio sir Palomides dónde yacía un hermoso caballero herido, y su caballo atado cerca de él; y este caballero hacía el más grande duelo que jamás oyera hacer sir

Palomides a hombre ninguno, pues no paraba de llorar, y de suspirar como si se fuese a morir. Entonces sir Palomides se llegó a él, lo saludó modestamente, y dijo:

–Gentil caballero, ¿por qué os quejáis así? Dejadme yacer a mí también y gemir con vos, pues no dudéis que tengo mucho más pesar que vos, pues oso decir –dijo Palomides– que mi congoja es cien veces más grande que la vuestra; y por ende quejémonos el uno al otro.

–Primeramente –dijo el caballero herido–, te requiero que me digas tu nombre, pues si no eres ninguno de los nobles caballeros de la Tabla Redonda jamás sabrás mi nombre, sea lo que sea de mí.

–Gentil caballero –dijo Palomides– tal soy para bien o para mal; y sabe bien que mi nombre es sir Palomides, hijo y heredero del rey Astlabor, y sir Safer y sir Segwarides son mis dos hermanos; y sabe que, en cuanto a mí, no he sido bautizado, aunque mis dos hermanos son verdaderamente bautizados.

–¡Oh noble caballero! –dijo aquel caballero–, bien me está haber topado con vos; y sabed que mi nombre es Epinogrus, hijo del rey de Northumberland. Sentaos ahora –dijo Epinogrus–, y hagamos nuestras quejas el uno al otro.

Entonces sir Palomides empezó su queja:

–Os contaré –dijo Palomides– qué pena sufro. Amo a la más hermosa reina y dama de cuantas tuvieron vida, y sabed que su nombre es La Bella Isolda, esposa del rey Marco de Cornualles.

–Gran desatino es ése –dijo Epinogrus–, amar a la reina Isolda, pues la ama uno de los mejores caballeros del mundo, que es sir Tristán de Lionís.

–Eso es verdad –dijo Palomides–, pues nadie conoce ese caso mejor que yo, pues he estado en compañía de sir Tristán este mes, y con La Bella Isolda; ¡ay, que desdichado soy!, pues ahora he perdido para siempre la compañía de sir Tristán, y el amor de La Bella Isolda, y no es probable que la vea nunca más; y sir Tristán y yo seremos enemigos mortales.

–Y ya que amáis a La Bella Isolda –dijo Epinogrus–, ¿os amó ella nunca por algo que os lo hiciera pensar o saber, o la gozasteis con algún placer?

–No, por mi caballería –dijo sir Palomides–, nunca he visto que me amase más a mí que a cualquiera, ni he tenido placer con ella, sino que el último día me hizo el más grande reproche que he tenido, el cual jamás se borrará de mi corazón. Aunque bien he merecido ese reproche, pues no obré caballerescamente, y por tanto he perdido el amor de ella y el de sir Tristán para siempre. Y muchas veces me esforcé en hacer muchas hazañas por La Bella Isolda, y ella fue la causa de que ganase merecimiento. ¡Ay!, ahora he perdido todo el merecimiento ganado en mi vida, pues jamás alcanzaré tanta proeza como tuve en compañía de sir Tristán.

Capítulo 83

Cómo sir Palomides llevó a sir Epinogrus a su dama

–No, no –dijo Epinogrus–, vuestra aflicción no es sino una pequeñez junto a la mía; pues yo gocé a mi dama y la gané con mis manos, y la perdí después; ¡ah, qué día aquel! Así la gané: era mi dama hija de un conde, y cuando venían el conde y dos caballeros del Torneo de Lonazep, por ella fui sobre el conde y sus dos caballeros, estando presente mi dama; y me aconteció matar al conde y a uno de los caballeros, y huyó el otro caballero; y así tuve esa noche a mi dama. Y por la mañana mientras descansábamos ella y yo junto a esta fuente vino un caballero andante, de nombre sir Helior le Prense, caballero osado; y este sir Helior me desafió a luchar por mi dama. Y entonces trabamos batalla primero a caballo y después a pie; pero finalmente sir Helior me hirió a tal punto que me dio por muerto, y se llevó a mi dama con él; así que más es mi aflicción que la vuestra, pues he gozado y vos no habéis gozado jamás.

–Eso es verdad –dijo sir Palomides–; pero ya que nunca podré recobrarme, os prometo que si puedo dar con sir Helior le ganaré

vuestra dama para vos, o me vencerá él a mí.

Entonces sir Palomides hizo que sir Epinogrus tomase su caballo, y se encaminaron a una ermita, y allí descansó sir Epinogrus.

Y entretanto salió encubiertamente sir Palomides a descansar bajo la arboleda, y allí cerca vio venir a caballo a un caballero con un escudo que antes había visto llevar a sir Héctor de Maris, y tras él iban diez caballeros; y estos diez caballeros se detuvieron bajo los árboles por el calor.

Y al poco rato llegó un caballero con el escudo verde y un león blanco en él, llevando una dama sobre un palafrén. Entonces este caballero del escudo verde que parecía ser amo de los diez caballeros corrió fieramente tras de sir Helior, pues era el que había herido a sir Epinogrus. Y cuando estuvo cerca de sir Helior le mandó que defendiese a su dama.

–Con todo mi poder –dijo Helior– la defenderé.

Y corrieron contra sí tan poderosamente que se derribaron ambos caballeros, caballo y todo, a tierra; y entonces se pusieron en pie con presteza, sacaron sus espadas y sus escudos, y se acometieron poderosamente más de una hora. Todo esto vio y observó sir Palomides.

Pero a la postre el caballero con el escudo de sir Héctor fue más fuerte; y finalmente derribó este caballero a sir Helior, y le desenlazó el yelmo para tajarle la cabeza. Entonces él pidió merced, y rogó que le perdonase la vida, y le dijo que tomase a su dama.

Entonces enderezó sir Palomides, porque sabía bien que aquélla era la misma dama de Epinogrus, y había prometido ayudarlo. Y fue sir Palomides derecho a aquella dama, la tomó de la mano, y le preguntó si conocía a un caballero llamado Epinogrus.

–Ay –dijo ella–, que haya llegado a conocerme, o yo a él, pues por él he perdido mi honra, y también su vida, lo que me aflige más de todo.

–No os aflija, señora –dijo Palomides–; venid conmigo, pues aquí

está Epinogrus, en esta ermita.

–¡Ah, bien dichosa soy –dijo la dama– si está vivo!

–¿Adónde vas tú con esa dama? –dijo el caballero con el escudo de sir Héctor.

–A hacer con ella lo que me place –dijo sir Palomides.

–Sabe bien –dijo aquel caballero– que hablas demasiadamente, aunque parece que me tienes ventaja, porque me has visto hacer batalla hace bien poco. ¿Crees, señor caballero, que te vas a llevar tan ligero a esta dama de mí? No lo pienses; ni aun si fueses tan buen caballero como sir Lanzarote, o sir Tristán, o sir Palomides; sino que tendrás que comprarla más cara de lo que a mí me costó.

Y trabaron batalla a pie; y se dieron muchos tajos amargos, y se hirieron muy gravemente, y lucharon más de una hora. Entonces sir Palomides se preguntó quién podía ser este caballero que era tan fuerte, y que con tanto aliento duraba; y dijo sir Palomides:

–Caballero, te requiero que me digas tu nombre.

–Sabe bien –dijo aquel caballero– que osaré decirte mi nombre con tal de que tú me digas el tuyo.

–Lo haré –dijo Palomides.

–En verdad –dijo aquel caballero–, mi nombre es Safer, hijo del rey Astlabor, y sir Palomides y sir Segwarides son mis hermanos.

–Pues sabe bien ahora que mi nombre es sir Palomides.

Entonces sir Safer se hincó de rodillas, y le pidió merced; y se desenlazaron los yelmos y se besaron el uno al otro llorando.

Y entretanto sir Epinogrus se levantó de la cama, y al oírlos por los golpes, se armó para ayudar a sir Palomides, si tenía menester.

Capítulo 84

Cómo fueron asaltados sir Palomides y sir Safer

Entonces sir Palomides tomó a la dama de la mano y la llevó a sir Epinogrus; y hubo gran gozo entre ellos, pues ambos se desvanecieron de gozo. Cuando estuvieron juntos, dijo sir Safer:

–Gentiles caballero y señora sería lástima separaros. Jesús os envía dicha al uno con el otro.

–Gracias, gentil caballero –dijo Epinogrus–; y muchas más gracias sean por mi señor, sir Palomides, que por su proeza ha hecho que tenga yo a mi dama.

Entonces sir Epinogrus requirió a sir Palomides y a sir Safer, su hermano, que fuesen con ellos a su castillo, para salvaguarda de su persona.

–Señor –dijo Palomides–, prestos estamos a conduciros, ya que estáis malherido.

Y fueron encabalgados Epinogrus y su dama, y ella fue detrás sobre un manso amblador. Y entonces fueron a su castillo, donde tuvieron gran acogida y contento, como nunca tuvieron sir Palomides y sir Safer en los días de su vida.

Y por la mañana partieron sir Safer y sir Palomides, y cabalgaron como la fortuna quisiera guiarles, y caminaron todo ese día hasta después del mediodía. Y finalmente oyeron grandes llantos y voces en una morada.

–Señor –dijo entonces sir Safer–, sepamos qué ruido es ese.

–De buen grado –dijo sir Palomides.

Y siguieron cabalgando hasta que llegaron a una hermosa puerta de una morada; y allí había sentado un anciano rezando sus oraciones y rosario. Entonces sir Palomides y sir Safer se apearon, dejaron los caballos, cruzaron la puerta, y vieron muchos hombres gallardos llorando.

–Gentiles señores –dijo Palomides–, ¿por qué lloráis y hacéis esta congoja?

Al punto uno de los caballeros del castillo observó a sir Palomides y lo reconoció, y entonces fue a sus compañeros y dijo:

–Gentiles compañeros, sabed todos que tenemos en este castillo al mismo caballero que mató a nuestro señor en Lonazep, pues lo conozco bien: es sir Palomides.

Entonces corrieron a armarse todos los que podían llevar arnés, a caballo unos y a pie otros, hasta el número de sesenta. Y cuando estuvieron apercibidos fueron frescamente sobre Palomides y sobre sir Safer con gran ruido, y dijeron así:

–Guárdate, señor Palomides, pues has sido reconocido, y de razón debes morir, pues has matado a nuestro señor; y por ende sabe bien que te vamos a matar, así que, defiéndete.

Entonces sir Palomides y sir Safer se pusieron espalda con espalda, y dieron muchos grandes tajos, y recibieron otros tantos; y así lucharon con veinte caballeros y cuarenta gentileshombres y criados, casi dos horas.

Pero finalmente, aunque no querían, sir Palomides y sir Safer fueron rendidos y presos, y encerrados en una fuerte prisión; y a los tres días los reconocieron doce caballeros , y hallaron a sir Palomides culpable, y a sir Safer inocente, de la muerte de su señor. Y cuando debía ser librado sir Safer hubo gran duelo entre sir Palomides y él. Y tantas quejas piadosas hizo sir Safer a su partida que no hay autor que pueda referir la décima parte.

–Gentil hermano –dijo Palomides–, deja tu dolor y tu congoja. Y si está ordenado que tenga una muerte vergonzosa, bienvenida sea; aunque si yo hubiese sabido de esta muerte a la que soy condenado, jamás me habría rendido.

Así, pues, se fue sir Safer de su hermano con el más grande dolor y congoja que hizo nunca ningún caballero.

Y por la mañana ordenaron los del castillo que doce caballeros

fuesen con sir Palomides al padre del mismo caballero muerto por sir Palomides; y le ataron las piernas por debajo de la barriga de un viejo rocín, y así cabalgaron con sir Palomides a un castillo cercano a la costa, llamado Pelownes, donde sir Palomides tendría justicia. Así era su ordenanza; y pasaron con sir Palomides muy cerca del castillo de la Gozosa Guarda. Y cuando estaban ante este castillo salió de él a caballo uno que conocía a sir Palomides. Y cuando este caballero vio a sir Palomides atado sobre un rocín viejo, le preguntó por qué causa era llevado así.

–¡Ah, mi gentil compañero y caballero! –dijo Palomides–; a mi muerte voy, por haber matado a un caballero en el torneo de Lonazep; y si no me hubiese ido de mi señor sir Tristán, como no debía haber hecho, ahora sin duda tendría salvada mi vida; pero os ruego, señor caballero, que me recomendéis a mi señor, sir Tristán, y a mi señora, la reina Isolda, y les digáis que si alguna vez los ofendí les pido perdón. Y también os suplico que me recomendéis a mi señor, el rey Arturo, y a toda la compañía de la Tabla Redonda hasta donde pueda.

Entonces aquel caballero lloró de piedad por sir Palomides; y volvió a la Gozosa Guarda lo deprisa que su caballo podía correr, y descendió con presteza del caballo, fue a sir Tristán, y allí le contó todo como habéis oído; y no cesaba de llorar el caballero, como hombre fuera de su juicio.

Capítulo 85

Cómo sir Tristán se aprestó a rescatar a sir Palomides, pero lo rescató sir Lanzarote antes de que llegase él

Cuando sir Tristán oyó cómo sir Palomides iba a su muerte, tuvo pesar de oír eso, y dijo:

–Aunque estoy enojado con sir Palomides, no consentiré que tenga tan vergonzosa muerte, pues es muy noble caballero.

Y armóse al punto sir Tristán, tomó su caballo y dos escuderos con él, y cabalgó a gran paso hacia el Castillo de Pelownes, donde sir Palomides iba a ser condenado a muerte.

Y estos doce caballeros que llevaban a sir Palomides pasaron junto a una fuente donde estaba sir Lanzarote, el cual se había apeado allí, y había atado su caballo a un árbol, y quitado el yelmo para beber de esta fuente; y cuando vio a estos caballeros, se puso el yelmo y dejó que pasasen junto a él. Y entonces advirtió que iba sir Palomides atado, y llevado vergonzosamente a su muerte.

–¡Oh Jesús! –dijo Lanzarote–, ¿qué aventura le ha acontecido que así es llevado a su muerte? En verdad, sería vergüenza para mí consentir que este noble caballero muera pudiendo ayudarlo; por tanto lo ayudaré venga lo que venga de ello, o moriré por sir Palomides.

Entonces montó sir Lanzarote sobre su caballo, tomó su lanza en la mano, y fue tras los doce caballeros que llevaban a sir Palomides.

–Gentiles caballeros –dijo sir Lanzarote–, ¿adónde lleváis a este caballero? Muy mal se le acuerda cabalgar atado.

Entonces estos doce caballeros volvieron súbitamente sus caballos y dijeron a sir Lanzarote:

–Señor caballero, te aconsejamos que no te entrometas con este caballero, pues ha merecido la muerte, y a muerte es condenado.

–Pues me pesa –dijo Lanzarote– no poder abogar por él gentilmente, pues es harto buen caballero para tener muerte tan vergonzosa. Y por tanto, gentiles caballeros, guardaos lo bien que podáis, pues rescataré a este caballero o moriré en ello.

Entonces comenzaron ellos a bajar sus lanzas, y sir Lanzarote derribó al delantero, hombre y caballo, y lo mismo sirvió a tres más con una lanza; y entonces quebró esa lanza, y a continuación sir Lanzarote sacó la espada, y comenzó a herir a diestra y a siniestra. Y al poco rato no quedaba en pie ninguno de los doce caballeros, sino que los había tirado a tierra, y los más de ellos estaban malheridos.

Entonces sir Lanzarote tomó el mejor caballo que halló, soltó a sir Palomides y lo puso sobre este caballo; y así regresaron otra vez a la Gozosa Guarda; y entonces vio sir Palomides a sir Tristán, dónde venía cabalgando. Y cuando sir Lanzarote lo vio, lo reconoció bien, pero sir Tristán no lo reconoció porque sir Lanzarote llevaba en el hombro un escudo dorado. Y sir Lanzarote se aprestó a justar con sir Tristán, ya que sir Tristán no imaginaba que él era sir Lanzarote. Entonces sir Palomides dijo a grandes voces a sir Tristán:

–¡Oh, mi señor, os requiero que no justéis con este caballero, pues este buen caballero me ha salvado de la muerte!

Cuando sir Tristán le oyó decir esto fue al trote hacia ellos. Y dijo entonces sir Palomides:

–Mi señor, sir Tristán, muy obligado estoy a vos de vuestra bondad, al ofrecer vuestro noble cuerpo para rescatarme cuando no lo merezco, pues grandemente os ofendí. Sin embargo –dijo sir Palomides–, aquí hemos topado con este noble caballero que honrosa y esforzadamente me ha rescatado de doce caballeros, y los ha derribado a todos, y herido gravemente.

Capítulo 86

Cómo sir Tristán y Lanzarote, con Palomides, fueron a la Gozosa Guarda. De Palomides y sir Tristán

–Gentil caballero –dijo sir Tristán a sir Lanzarote–, ¿de dónde sois?

–Soy un caballero andante –dijo sir Lanzarote– que cabalga en busca de muchas aventuras.

–¿Cuál es vuestro nombre? –dijo sir Tristán.

–Señor, en esta sazón no os lo diré.

Entonces sir Lanzarote dijo a sir Tristán y a Palomides:

–Ahora que vais juntos ambos me separaré de vosotros.

–Eso no –dijo sir Tristán–; os ruego de caballería que vengáis conmigo a mi castillo.

–Sabed bien –dijo sir Lanzarote– que no puedo ir con vos, pues tengo muchas hazañas que hacer en otras partes, de manera que en esta sazón no puedo seguir con vos.

–¡Ah, Jesús, merced! –dijo sir Tristán–. Os lo requiero como caballero verdadero que sois a la orden de caballería: holgad conmigo esta noche.

Entonces sir Tristán tuvo el consentimiento de sir Lanzarote; pero aunque no se lo hubiese deseado, habría cabalgado con ellos, o presto habría ido tras ellos; pues no había entrado sir Lanzarote en ese país por otra causa sino para ver a sir Tristán.

Y cuando llegaron a la Gozosa Guarda se apearon, y sus caballos fueron llevados a una cuadra; y entonces se desarmaron. Y cuando sir Lanzarote estuvo sin yelmo, lo reconocieron sir Tristán y Palomides. Entonces abrazó sir Tristán a sir Lanzarote, y lo mismo La Bella Isolda; y sir Palomides se hincó de rodillas y dio gracias a sir Lanzarote. Cuando sir Lanzarote vio de rodillas a sir Palomides lo levantó ligeramente y dijo así:

–Sabe bien, señor Palomides, que yo y cualquier caballero de esta tierra, por honor debía muy justamente socorrer y rescatar a tan noble caballero como tú eres probado y nombrado, en todo este reino a lo largo y a lo ancho.

Y entonces hubo contento entre ellos; y cuantas más veces veía sir Palomides a La Bella Isolda, más pesar le entraba día por día.

Y al cabo de tres o cuatro días partió sir Lanzarote, y se fue con él sir Héctor de Maris; y Dinadan y sir Palomides permanecieron con sir Tristán dos meses más. Pero no cesaba sir Palomides de enflaquecer y plañir, de manera que todos se maravillaban por qué se consumía.

Y un día, con el alba, entró sir Palomides solo en la floresta, donde halló una fuente; entonces miró en ella, y vio en el agua su propia cara cómo la tenía consumida y ajada, y muy distinta de como era antes.

–¿Qué significa esto? –dijo sir Palomides; y se dijo: «¡Ah, Palomides, Palomides!, ¿por qué estás tan consumido, tú que eras considerado uno de los más hermosos caballeros del mundo? No quiero seguir viviendo, pues amo a la que jamás podré tener ni recobrar».

Y a continuación se acostó junto a la fuente. Y entonces empezó a hacer un canto sobre La Bella Isolda y él. Y entretanto, ese mismo día, había entrado sir Tristán en la floresta persiguiendo un ciervo cebado; pero sir Tristán no salía ya a montear desarmado a causa de sir Breunis Saunce Pité. Y yendo sir Tristán de un lado a otro de dicha floresta, oyó a uno cantar maravillosamente alto, el cual era sir Palomides, que estaba acostado junto a la fuente.

Y entonces se llegó sir Tristán cabalgando quedamente, pues pensó que era algún caballero andante que estaba en la fuente. Y cuando estuvo cerca descendió del caballo, lo ató firmemente a un árbol, y siguió a pie; y al punto advirtió dónde estaba sir Palomides, al lado de la fuente, y cantando alto y alegremente; y sus quejas eran siempre sobre esta noble reina, La Bella Isolda, las cuales eran maravillosa y admirablemente bien dichas, y muy doliente y piadosamente hechas. Y todo el cantar entero oyó el noble caballero sir Tristán, de principio a fin, lo que le turbó y agravió mucho. Pero finalmente, cuando sir Tristán hubo oído todas las quejas de sir Palomides, se enojó sobremanera, y pensó matarlo allí mismo donde estaba acostado.

Entonces sir Tristán recordó que sir Palomides estaba desarmado, y el noble renombre que sir Palomides tenía, y el noble renombre que él mismo tenía, y depuso su ira; y se llegó sosegadamente a sir Palomides, y dijo:

–Palomides, he oído tu queja, y de la traición que desde hace tanto tiempo me tienes, y sabe bien que por ende morirás; y si no fuese por vergüenza de caballería, no escaparías de mis manos, pues ahora sé bien que me has acechado a traición. Dime –dijo sir Tristán–, ¿cómo te vas a excusar?

–Señor –dijo Palomides–, así me excusaré: en cuanto a la reina La Bella Isolda, debéis saber bien que la amo por encima de todas las otras damas de este mundo; y bien sé que me acontecerá con su amor lo que al noble caballero sir Kehydius, que murió de amor por La Bella Isolda. Y señor Tristán, quiero que sepáis que hace muchos días que amo a La Bella Isolda, y ella ha sido causa de mi honra; si no, habría sido yo el caballero más modesto del mundo. Pues por ella, y a causa de ella, he ganado el merecimiento que ahora tengo; pues cuando recordaba a La Bella Isolda ganaba merecimiento donde fuese las más veces; sin embargo, nunca tuve recompensa ni generosidad de ella en los días de mi vida, y he sido su caballero sin galardón. Y por tanto, señor Tristán, en cuanto a mi muerte, no me espanta, pues prefiero morir a vivir. Y si estuviese armado como tú estás, prestamente haría batalla contigo.

–Bien has confesado tu traición –dijo sir Tristán.

–Yo no os he hecho ninguna traición –dijo sir Palomides–; pues el amor es libre para todos los hombres, y aunque he amado a vuestra dama, ella es mi dama tanto como vuestra; aunque hago mal, si hay en esto mal alguno, pues vos la gozáis, y tenéis de ella vuestro deseo, y yo no lo he tenido nunca, ni probablemente lo tendré; sin embargo, la amaré hasta el último día de mi vida como vos.

Capítulo 87

Cómo fue acordado un día entre sir Tristán y sir Palomides para luchar, y cómo fue herido sir Tristán

Entonces dijo sir Tristán:

–Quiero luchar con vos a todo riesgo.

–Acepto –dijo Palomides–, pues en mejor querella no espero poder luchar, y si muero por vuestra mano, no podré morir de mejor mano. Y ya que entiendo que jamás gozaré de La Bella Isolda, tanto

se me da morir que vivir.

–Entonces, concertad un día –dijo sir Tristán– que podamos hacer batalla.

–En quince días –dijo Palomides– me encontraré con vos aquí cerca, en el prado que está al pie de la Gozosa Guarda.

–Qué vergüenza –dijo sir Tristán–, ¿cómo ponéis un día tan lejano? Luchemos mañana.

–Eso no –dijo Palomides–, pues estoy flaco, y hace tiempo que estoy enfermo de amor por La Bella Isolda; y por tanto quiero descansar hasta tener mi fuerza otra vez.

Y así prometieron sir Tristán y sir Palomides enfrentarse lealmente en la fuente a los quince días.

–Recuerdo –dijo sir Tristán a Palomides– que quebrantaste una vez una promesa, cuando os rescaté de Breunis Saunce Pité y nueve caballeros; entonces prometisteis enfrentaros conmigo en la piedra y sepultura cercana a Camelot, donde en aquella sazón faltasteis a vuestra promesa.

–Sabed bien –dijo Palomides a sir Tristán– que aquel día estaba yo en prisión, de manera que no pude mantener mi promesa.

–Así Dios me ayude –dijo sir Tristán–; si hubieseis mantenido vuestra promesa no habría sido menester este trabajo aquí en esta sazón.

Y con esto se separaron sir Tristán y sir Palomides. Y tomó sir Palomides su caballo y su arnés, y fue a la corte del rey Arturo; y allí tomó sir Palomides cuatro caballeros y cuatro sirvientes de armas, y volvió con ellos a la Gozosa Guarda.

Y entretanto sir Tristán monteaba y cazaba toda suerte de venados; y unos tres días antes de la batalla, yendo sir Tristán tras un ciervo, disparó un arquero al ciervo y por mala fortuna hirió a sir Tristán en el grueso del muslo; y la saeta mató al caballo de sir Tristán, y lo hirió a él.

Cuando sir Tristán se vio así herido tuvo mucho pesar, y sabed bien que sangró mucho; tomó entonces otro caballo, y volvió a la Gozosa Guarda con gran pesar, más por la promesa que había hecho a sir Palomides, de hacer batalla con él tres días después, que por ninguna herida de su muslo. Por lo que no hubo hombre ni mujer que pudiese sosegarlo con nada de cuanto podían hacerle, ni la reina La Bella Isolda; pues no paraba de imaginar que le había herido sir Palomides para que no pudiese hacer batalla con él el día concertado.

Capítulo 88

Cómo sir Palomides mantuvo su día para luchar, pero sir Tristán no pudo acudir; y de otras cosas

Pero de ninguna manera había caballero alguno con sir Tristán que creyese que sir Palomides quisiera herir a sir Tristán, ni por propia mano ni por ningún otro. Y cuando llegó el décimo quinto día, sir Palomides fue a la fuente con cuatro caballeros con él de la corte de Arturo, y tres sirvientes de armas. Y con esta intención traía sir Palomides a los caballeros con él y a los sirvientes de armas: para que diesen testimonio de la lucha entre sir Tristán y sir Palomides. Y uno de los sirvientes traía su yelmo, otro su lanza, y allí esperó casi dos horas; y entonces envió un escudero a sir Tristán, pidiéndole que acudiese al campo para mantener su promesa.

Cuando el escudero llegó a la Gozosa Guarda, tan presto como sir Tristán supo de su llegada, mandó que trajesen a ese escudero a su presencia, donde él yacía en la cama.

–Mi señor Tristán –dijo el escudero de Palomides–, sabed bien que mi señor Palomides aguarda en el campo, y desea saber si queréis hacer batalla o no.

–¡Ah, mi gentil hermano! –dijo sir Tristán–, sabe bien que mucho

pesar tengo por estas nuevas; por tanto, di a sir Palomides que si estuviese sano no yacería aquí, ni tendría necesidad él de enviar por mí si pudiese cabalgar o andar; y para que no digas que miento... –sir Tristán le mostró su muslo, cuya herida era profunda de seis pulgadas–. Y ahora que has visto mi herida, di a tu señor que no es fingimiento, y dile que antes que todo el oro del rey Arturo preferiría yo estar sano; y di a Palomides que tan presto como haya sanado le buscaré a lo largo y ancho, lo prometo como caballero verdadero que soy; y si puedo dar con él, tendrá cumplida batalla de mí.

Y con esto partió el escudero; y cuando Palomides supo que Tristán estaba herido se alegró y dijo:

–Ahora estoy cierto de no tener vergüenza, pues sé que habría recibido riguroso trato de él, y de necesidad habría tenido lo peor, pues es el más bravo caballero en batalla de cuantos ahora viven, excepto sir Lanzarote.

Y partió sir Palomides a donde la fortuna le guiase, y al cabo de un mes sir Tristán estuvo sano de su herida. Y entonces tomó su caballo, y fue de país en país, llevando a término todas las extrañas aventuras por donde cabalgaba, e inquiriendo siempre por sir Palomides; pero en todo ese cuarto de estío no pudo sir Tristán hallar a sir Palomides. Y mientras sir Tristán buscaba e inquiría por sir Palomides, acabó muchas grandes batallas, por donde toda fama recayó sobre sir Tristán, y cesó sobre sir Lanzarote; por lo que los hermanos de sir Lanzarote y sus parientes quisieron matar a sir Tristán, por su fama. Pero cuando sir Lanzarote supo cuál era la disposición de sus parientes, les dijo abiertamente:

–Sabed bien que si la envidia de todos vosotros es tan osada de acechar a mi señor sir Tristán, con algún daño, afrenta o villanía, como caballero verdadero que soy mataré al mejor de vosotros con mis propias manos. ¡Ay, vergüenza, que por sus nobles hechos lo queráis acechar para matarlo! No quiera Jesús –dijo Lanzarote– que un noble caballero como sir Tristán sea destruido a traición.

De esto corrió rumor y fama por Cornualles, y entre los de Lionís, de lo que mucho se alegraron, e hicieron gran contento. Y entonces los de Lionís enviaron cartas a sir Tristán recomendándolo, y

muchos y grandes dones para mantener el estado de sir Tristán; y entretanto, sir Tristán vivía en la Gozosa Guarda donde estaba La Bella Isolda, a la que amaba como a su vida.

Aquí acaba el libro décimo, que es de sir Tristán.

Y aquí sigue el libro undécimo, que es de sir Lanzarote.

[13] Pensel; para J. Cowen, «grímpola». El O. E. Dictionary define el término como «a lady's token worn or carried by a knight», y cita este mismo pasaje como ejemplo.

Libro XI

Capítulo 1

Cómo cabalgó sir Lanzarote a la ventura,

y cómo alivió a una dama dolorosa de su tormento,

y cómo luchó con un dragón

Ahora dejamos a sir Tristán de Lionís, y hablamos de sir Lanzarote del Lago, y de sir Galahad, hijo de sir Lanzarote, cómo fue engendrado, y de qué manera, como refiere el libro francés.

Antes de que fuese engendrado o naciese sir Galahad, fue un ermitaño al rey Arturo un domingo de Pentecostés, cuando estaban sentados los caballeros alrededor de la Tabla Redonda. Y cuando el ermitaño vio la Silla Peligrosa, preguntó al rey y a todos los caballeros por qué dicha silla estaba vacía. Sir Arturo y todos los caballeros respondieron:

–Nadie se sentará en esa silla sino uno, a menos que sea destruido.

Entonces dijo el ermitaño:

–¿Y sabéis quién es?

–No –dijeron Arturo y todos los caballeros–, no sabemos quién es el que se sentará en ella.

–Entonces yo sí lo sé –dijo el ermitaño–; pues el que ahí se siente aún está por nacer y engendrar; y este mismo año será engendrado el que se sentará en la Silla Peligrosa, y ganará el Santo Grial.

Cuando el ermitaño hubo hecho esta mención se fue de la corte del rey Arturo.

Y después de esta fiesta, sir Lanzarote cabalgó a la ventura, hasta que, por ventura, pasó el Puente de Corbin; y allí vio la más hermosa torre que había visto nunca, y al pie de ella había una hermosa villa llena de gente; y toda la gente, hombres y mujeres, dijeron a un tiempo:

–Bien venido, señor Lanzarote del Lago, flor de toda la caballería, pues por ti seremos librados todos del peligro.

–¿Qué queréis –dijo sir Lanzarote–, que así me gritáis?

–¡Ah, gentil caballero! –dijeron todos–, aquí dentro de esta torre está una dama dolorosa que sufre muchos inviernos y días, pues no cesa de hervir en agua escaldante; y hace poco –dijeron todas las gentes–, estuvo aquí sir Gawain y no la pudo ayudar, y la dejó sufriendo.

–También –dijo sir Lanzarote– la puedo yo dejar sufriendo como sir Gawain.

–No –dijeron las gentes–; sabemos bien que es sir Lanzarote quien la librará.

–Entonces –dijo Lanzarote– mostradme qué debo hacer.

Entonces llevaron a sir Lanzarote dentro de la torre; y cuando llegó a la cámara donde estaba la dama, fueron abiertos los cerrojos y cerraduras de las puertas de hierro. Y entró sir Lanzarote en esa cámara caliente como una estufa. Y sir Lanzarote tomó de la mano a la más hermosa dama que había visto, la cual estaba desnuda como una flor; y por encantamiento la reina Morgana el Hada y la reina de Northgales la habían puesto en ese tormento, porque era considerada la más hermosa dama de ese país; y allí estaba desde hacía cinco años, y no podía ser librada de sus grandes tormentos hasta que el mejor caballero del mundo la tomase de la mano.

Entonces las gentes le trajeron sus ropas. Y cuando estuvo ataviada, sir Lanzarote pensó que era la más hermosa dama del mundo, haciendo salvedad de la reina Ginebra. Y dijo esta dama a sir Lanzarote:

–Señor, venid conmigo si os place a una capilla aquí cerca, que podamos alabar y dar gracias a Dios.

–Señora –dijo sir Lanzarote–, venid conmigo, yo iré con vos.

Y cuando llegaron allí y dieron gracias a Dios todas las gentes, ignorantes y sabias, dieron gracias a Dios y a él, y dijeron:

–Señor caballero, ya que habéis librado a esta dama, libradnos a nosotros de una serpiente que aquí está en una tumba.

Entonces sir Lanzarote tomó su escudo y dijo:

–Llevadme allá, y lo que pueda hacer por el placer de Dios y vuestro, lo haré.

Y cuando llegó allí sir Lanzarote, vio escritas sobre la tumba letras de oro que decían así: AQUÍ VENDRÁ UN LEOPARDO DE SANGRE DE REYES, Y MATARÁ A ESTA SERPIENTE, Y ESTE LEOPARDO ENGENDRARÁ UN LEÓN EN ESTE PAÍS EXTRANJERO, EL CUAL LEÓN SOBREPUJARÁ A TODOS LOS OTROS CABALLEROS.

Entonces sir Lanzarote levantó la tumba, y salió de allí un dragón horrible y diabólico vomitando fuego por la boca. Entonces sacó sir Lanzarote su espada, y luchó con el dragón mucho rato. Y a la postre, con gran trabajo, sir Lanzarote mató aquel dragón.

En eso llegó el rey Pelles, bueno y noble caballero, y saludó a sir Lanzarote, y éste a él.

–Gentil caballero –dijo el rey–, ¿cuál es vuestro nombre? Os requiero de vuestra caballería que me lo digáis.

Capítulo 2

Cómo sir Lanzarote fue a Pelles, y del Santo Grial,

y cómo engendró a Galahad en Elaine, hija del rey Pelles

–Señor –dijo Lanzarote–, sabed bien que mi nombre es sir Lanzarote del Lago.

–Y mi nombre –dijo el rey– es Pelles, rey del país extranjero, y soy pariente cercano de José de Arimatea.

Y entonces hicieron mucha cuenta uno del otro, y entraron en el castillo a comer. Y al punto llegó una paloma a una ventana, y en su boca traía como un pequeño incensario de oro. Y a continuación hubo tal fragancia como si todas las especias del mundo estuviesen allí. Y al punto hubo sobre la mesa toda clase de viandas y bebidas que se podían pensar.

Y llegó una hermosísima doncella, y joven, llevando un vaso de oro entre sus manos; a lo cual el rey se arrodilló devotamente, y dijo sus oraciones, y lo mismo todos los que allí estaban.

–¡Oh, Jesús! –dijo sir Lanzarote–, ¿qué puede significar esto?

–Esto es –dijo el rey– el más rico objeto que ningún hombre puede tener. Y cuando este objeto se vaya, la Tabla Redonda se quebrará; y sabe bien que éste es el Santo Grial, que aquí has visto.

Así pasaron, pues, el rey y sir Lanzarote, la mayor parte de ese día. Y mucho deseaba el rey Pelles hallar el medio de hacer que sir Lanzarote yaciese con su hija, la hermosa Elaine. Y por esta intención: el rey sabía que sir Lanzarote engendraría un hijo en su hija, el cual sería llamado sir Galahad, el buen caballero, por quien todo el país extranjero sería sacado de peligro, y por él sería acabado el Santo Grial. Entonces llegó una señora llamada doña Brisen, y dijo al rey:

–Señor, sabed bien que sir Lanzarote no ama a ninguna dama del mundo sino sólo a la reina Ginebra; y por ende trabajad por mi consejo, y yo haré que yazga con vuestra hija, y él no sabrá sino que yace con la reina Ginebra.

–¡Oh, gentil señora, doña Brisen! –dijo el rey–, ¿esperáis conseguir eso?

–Señor –dijo ella–, dejadme entender, so pena de mi vida –pues esta Brisen era una de las más grandes encantadoras que en ese tiempo vivían en el mundo.

Y a poco, por ingenio de doña Brisen, hizo que fuese uno a sir Lanzarote, al que él conocía bien. Y este hombre le llevó un anillo de la reina Ginebra como si viniese de ella, el cual solía llevar ella casi siempre; y cuando sir Lanzarote vio dicha prenda, sabed bien que jamás fue tan contento.

–¿Dónde está mi señora? –dijo sir Lanzarote.

–En el Castillo de Case –dijo el mensajero–, a cinco millas de aquí.

Entonces sir Lanzarote decidió ir allá la misma noche. Y esta Brisen, por mandato del rey Pelles, envió a Elaine con veinticinco caballeros al Castillo de Case. Entonces sir Lanzarote, cerca de la noche, cabalgó a aquel castillo, donde luego fue recibido honrosamente con gentes que le parecieron privadas de la reina Ginebra. Y cuando sir Lanzarote se hubo apeado, preguntó dónde estaba la reina. Y dijo doña Brisen que estaba en la cama; entonces fue apartada toda la gente, y sir Lanzarote fue llevado a su cámara.

Y entonces doña Brisen llevó a sir Lanzarote una copa de vino; y tan pronto como hubo bebido de ese vino, se sintió tan ardiente y deseoso que no pudo hacer ninguna dilación, y sin ningún estorbo se acostó; y creyó que la doncella Elaine era la reina Ginebra. Sabed bien que sir Lanzarote se alegró, y lo mismo esta señora Elaine, que tuvo a sir Lanzarote en sus brazos. Pues bien sabía que esa misma noche sería engendrado en ella Galahad, el cual probaría ser el mejor caballero del mundo; y así yacieron juntos hasta hora tercia de la mañana y todas las ventanas y aberturas de aquella cámara estaban cubiertas para que no pudiese ver ninguna suerte de claridad.

Y entonces sir Lanzarote se despertó, y se levantó y fue a la ventana.

Capítulo 3

Cómo sir Lanzarote se enojó cuando supo

que había yacido con Elaine,

y como ésta parió a Galahad

Y tan pronto como abrió él la ventana se disipó el encantamiento; entonces supo que había obrado mal.

–Ay, que haya vivido yo tanto; ahora he sido avergonzado –cogió la espada en la mano, y dijo–: ¿quién eres tú, traidora, con quien he yacido toda esta noche? Aquí mismo vas a morir por mi mano.

Saltó entonces esta hermosa señora Elaine de la cama toda desnuda, se arrodilló ante sir Lanzarote, y dijo:

–Gentil y cortés caballero, venido de sangre de reyes, os requiero que tengáis merced de mí, y ya que eres nombrado el más noble caballero del mundo, no me mates, pues tengo en mis entrañas, de ti, el que será más noble caballero del mundo.

–¡Ah, falsa traidora! –dijo sir Lanzarote–, ¿por qué me has traicionado? Dime al punto quién eres.

–Señor –dijo ella–, soy Elaine, la hija del rey Pelles.

–Entonces –dijo sir Lanzarote– os perdono esta acción –y con esto la levantó en sus brazos, y la besó, pues era muy hermosa dama, y lozana y joven, y tan sabia como ninguna de cuantas en ese tiempo vivían–. Así Dios me ayude, no puedo culparos de esto a vos, sino a la que me hizo este encantamiento y medió entre vos y yo; y si puedo hallar a esa misma señora Brisen, perderá la cabeza por sus brujerías, pues jamás fue engañado un caballero como he sido yo esta noche.

Y sir Lanzarote se vistió y armó, se despidió gentilmente de esta joven señora Elaine, y partió. Entonces dijo ella:

–Mi señor Lanzarote, os suplico que vengáis a verme tan pronto

como podáis, pues he obedecido a la profecía que mi padre me ha hecho. Y por su mandato, para cumplir esta profecía, he dado la más grande riqueza y la más hermosa flor que tenía, que es mi doncellez, que nunca más volveré a tener; y por tanto, gentil caballero, me debéis vuestra buena voluntad.

Y se vistió sir Lanzarote y fue armado, y se despidió buenamente de esta joven señora Elaine; y partió, y cabalgó hasta llegar al Castillo de Corbin, donde estaba el padre de ella.

Y cuando fue sazón parió ella un hermoso niño, y lo bautizaron Galahad; y sabed que el niño fue bien guardado y criado, y se llamó Galahad porque así fue bautizado sir Lanzarote en la pila; y después la Dama del Lago lo confirmó sir Lanzarote del Lago.

Y después de parir y ser purificada esta dama fue a ella un caballero, llamado sir Bromel la Pleche, el cual era un gran señor; y hacía mucho tiempo que amaba a esta dama, y no cesaba de pedirle que se casase con él; y por ningún medio podía ella desalentarlo, hasta que dijo un día a sir Bromel:

–Sabe, señor caballero, que no te quiero amar, pues tengo puesto mi amor en el mejor caballero del mundo.

–¿Quién es? –dijo sir Bromel.

–Señor –dijo ella–, es a sir Lanzarote del Lago a quien amo, y a ningún otro, y por tanto no me solicitéis más.

–Bien dicho está –dijo sir Bromel–, y ya que me habéis dicho tanto, tendréis poco gozo de sir Lanzarote, pues lo mataré allá donde lo encuentre.

–Señor –dijo la señora Elaine–, no le hagáis ninguna traición.

–Sabed, mi señora –dijo Bromel–, y os prometo, que en espacio de un año guardaré el Puente de Corbin a la espera de sir Lanzarote, para que él no pueda venir a vos, a menos que yo me encuentre con él.

Capítulo 4

Cómo fue sir Bors a doña Elaine y vio a Galahad,

y cómo era alimentado con el Santo Grial

Y acaeció, por fortuna y ventura, que sir Bors de Ganis, que era sobrino de sir Lanzarote, pasó por ese puente; y allí justaron sir Bromel y sir Bors, y sir Bors dio a sir Bromel tal golpe que lo arrojó por la grupa del caballo.

Entonces sir Bromel, como caballero osado, sacó la espada y embrazó el escudo para hacer batalla con sir Bors. Y se apeó sir Bors, apartó su caballo, y allí se tiraron muchos graves tajos; y así lucharon mucho rato, hasta que finalmente sir Bromel fue derribado a tierra, y allí comenzó sir Bors a desenlazarle el yelmo para matarlo. Entonces sir Bromel pidió merced y se rindió.

–Con esta condición te perdono la vida –dijo sir Bors–: que irás a sir Lanzarote el próximo domingo de Pentecostés, y te rendirás a él como caballero menguado.

–Así lo haré –dijo sir Bromel, y lo juró sobre la cruz de su espada.

Y con esto le dejó ir, y sir Bors fue al rey Pelles, que estaba en Corbin. Y cuando el rey y Elaine su hija supieron que sir Bors era sobrino de sir Lanzarote le hicieron gran acogida. Entonces dijo doña Elaine:

–Nos preguntamos dónde estará sir Lanzarote, pues no ha venido aquí sino una sola vez.

–No os maravilléis –dijo sir Bors–, pues este medio año ha estado prisionero de la reina Morgana el Hada, hermana del rey Arturo.

–¡Ay! –dijo doña Elaine–, eso me pesa.

Y no paraba de mirar sir Bors al niño en brazos de ella, y de pensar que se parecía mucho a sir Lanzarote.

–Sabed bien, en verdad –dijo Elaine–, que él engendró a este niño en mí.

Entonces sir Bors lloró de gozo, y rogó a Dios que probase ser tan buen caballero como era su padre.

Y llegó una paloma blanca con un pequeño incensario de oro en el pico, y hubo toda suerte de viandas y bebidas; y una doncella trajo aquel Santo Grial, y dijo abiertamente:

–Sabed, sir Bors, que este niño es Galahad, el cual se sentará en la Silla Peligrosa, y acabará el Santo Grial, y será mucho mejor de lo que fue nunca sir Lanzarote del Lago, que es su propio padre.

Y entonces se arrodillaron e hicieron sus devociones, y hubo tal fragancia como si todas las especias del mundo estuviesen allí. Y cuando la paloma alzó el vuelo, la doncella desapareció con el Santo Grial como había venido.

–Señor –dijo sir Bors al rey Pelles–, este castillo podría llamarse Castillo Aventurado, pues hay aquí muchas extrañas aventuras.

–Eso es verdad –dijo el rey–; bien puede llamarse Aventurada esta plaza, pues bien pocos caballeros vienen aquí que se vayan luego con alguna honra; por fuertes que sean, aquí pueden ser probados; y recientemente ganó aquí bien poco merecimiento el buen caballero sir Gawain. Pues os hago saber –dijo el rey Pelles– que ningún caballero ganará merecimiento si no es él mismo de merecimiento y vida recta, y ama a Dios y lo teme, pues de otra manera no gana merecimiento ninguno por osado que sea.

–Eso es maravilla –dijo sir Bors–. No sé qué puede significar en este país, pues tenéis muchas extrañas aventuras, y por tanto quiero dormir en este castillo esta noche.

–No lo haréis por mi consejo –dijo el rey Pelles–, pues difícilmente escaparéis sin afrenta.

–Tomaré la aventura que me venga –dijo sir Bors.

–Entonces os aconsejo –dijo el rey– que os limpiéis en confesion.

–En cuanto a eso –dijo sir Bors–, con buena voluntad me confesaré.

Así que se confesó sir Bors, y era virgen de toda mujer, salvo de una, que era la hija del rey Brandegoris, en la cual engendró un hijo que se llamó Helin; y salvo ésta, sir Bors era doncel limpio.

Y sir Bors fue llevado a una cama en una grande y hermosa cámara, con muchas puertas cerradas alrededor de ella. Cuando sir Bors vio todas esas puertas, despidió a toda la gente, pues no podía tener a nadie con él; pero de ninguna manera quiso sir Bors desarmarse, sino que se acostó como estaba sobre la cama.

Y en eso vio venir una lumbre, de manera que pudo ver bien una lanza gruesa y larga que voló derecha a él, y le pareció a sir Bors que el hierro de la lanza ardía como una vela. Y antes de que sir Bors se diese cuenta el hierro de la lanza le entró en el hombro un palmo, y la herida le dolió muy amargamente a sir Bors.

Y entonces se echó otra vez de dolor; y a continuación llegó un caballero armado con el escudo en el hombro y la espada en la mano, y dijo a sir Bors:

–Levanta, caballero, y lucha conmigo.

–Estoy malherido –dijo él–; pero no te defraudaré.

Y entonces se levantó sir Bors de un salto y se puso el escudo; y allí se acometieron poderosamente mucho rato; y finalmente sir Bors le hizo retraerse hasta que llegó a la puerta de una cámara, y el caballero se metió en dicha cámara, y descansó mucho rato. Y cuando hubo descansado, salió fresco otra vez, y comenzó nueva batalla con sir Bors poderosamente.

Capítulo 5

Cómo sir Bors hizo rendirse a sir Pedivere,

y de las maravillosas aventuras que tuvo,

y cómo las acabó

Entonces sir Bors pensó no dejarle entrar más en esa cámara a descansar, y se puso entre el caballero y la puerta de dicha cámara, y allí sir Bors lo derribó, y seguidamente el caballero se rindió.

–¿Cuál es vuestro nombre? –dijo sir Bors.

–Señor –dijo él–, mi nombre es Pedivere de las Estrechas Marcas.

Y sir Bors le hizo jurar que en el siguiente domingo de Pentecostés estaría en la corte del rey Arturo, y allí se rendiría como caballero prisionero y vencido por mano de sir Bors. Y con esto partió sir Pedivere de las Estrechas Marcas.

Y entonces sir Bors se echó a descansar, y oyó y sintió gran estruendo en la cámara, y vio venir, no sabía si por puertas o ventanas, tal espesura de saetas y virotes que era maravilla, y gran parte cayeron sobre él y le hirieron en los lugares desnudos.

Y entonces advirtió sir Bors dónde venía un espantoso león; y enderezó sir Bors para el león, y el león le arrebató el escudo; y con la espada sir Bors le cortó la cabeza al león.

En esto sir Bors vio un dragón muy horrible en la corte, y parecía llevar letras de oro escritas en la frente; y sir Bors pensó que las letras hacían referencia al rey Arturo.

En eso vino allí un dragón horrible y viejo, y lucharon mucho rato, e hicieron gran batalla. Y finalmente el dragón vomitó de su boca como cien dragones juntos; y todos estos pequeños dragones mataron prestamente al dragón viejo, y lo destrozaron.

A continuación entró un anciano en la sala y se sentó en una hermosa silla; y parecía tener dos víboras alrededor del cuello, y que tenía un arpa; y allí cantó un viejo cantar, cómo José de Arimatea vino a esta tierra. Y cuando hubo cantado, el anciano mandó a sir Bors que se fuese, «pues aquí no tendrás más aventuras; y muy honrosamente habéis hecho, y haréis mejor en adelante».

Y entonces le pareció a sir Bors que llegaba una paloma blanquísima con un pequeño incensario de oro en el pico. Y a continuación cesó y pasó la tempestad, que antes era maravilla oír. Y toda la corte se llenó de buen olor. Entonces sir Bors vio a cuatro niños llevando cuatro cirios, y un anciano en medio de ellos con un incensario en una mano, y una lanza en la otra; y esta lanza era llamada lanza de la venganza.

Capítulo 6

Cómo partió sir Bors; y cómo sir Lanzarote

fue reprochado por la reina Ginebra, y de su excusa

–Ahora ve a tu pariente sir Lanzarote –dijo el anciano a sir Bors–, y cuéntale esta aventura, la cual ha sido más conveniente para él que para ninguno de todos los caballeros terrenales; pero el pecado es tan feo en él que no puede acabar tan sagrados hechos, pues de no ser por su pecado habría sobrepasado a todos los caballeros que fueron en sus días; y di a sir Lanzarote que de todas las aventuras mundanales sobrepuja a todos en hombría y esfuerzo, pero que en estos asuntos espirituales tendrá a muchos mejores que él.

Y entonces sir Bors vio pasar a cuatro dueñas junto a él, pobremente vestidas; y vio que entraban en una cámara en la que había tanta claridad como en un día de estío; y estas mujeres se arrodillaron ante un altar de plata con cuatro columnas, y allí estaba un obispo arrodillado ante dicha mesa de plata. Y al mirar sir Bors encima de su cabeza vio una espada como de plata, desnuda, que pendía sobre su cabeza, y su fulgor le hirió en los ojos a tal extremo que sir Bors estuvo un momento ciego; y oyó una voz que decía:

–Vete de aquí, señor Bors, pues aún no eres digno de estar en este lugar.

Y entonces retrocedió él y volvió, a su cama, donde se estuvo hasta

que fue por la mañana.

Y por la mañana el rey Pelles hizo gran alegría de sir Bors; y a continuación sir Bors partió y fue a Camelot; y allí halló a sir Lanzarote del Lago, y le contó las aventuras que había visto con el rey Pelles, en Corbin.

Y corrió rumor en la corte de Arturo de que Lanzarote había engendrado un hijo en Elaine, la hija del rey Pelles, por lo que se enojó la reina Ginebra, e hizo muchos reproches a sir Lanzarote, y lo llamó falso caballero. Y entonces sir Lanzarote le contó todo a la reina, cómo le habían hecho yacer con ella por encantamiento, con la semejanza de la reina. Y la reina tuvo por excusado a sir Lanzarote.

Y como dice el libro, el rey Arturo había estado en Francia, y había hecho guerra al poderoso rey Claudas, y le había ganado muchas tierras. Y cuando regresó el rey, hizo pregonar una gran fiesta, de manera que los señores y damas de toda Inglaterra estuviesen en ella, a menos que fuesen rebeldes contra él.

Capítulo 7

Cómo doña Elaine, madre de Galahad,

llegó con gran estado a Camelot,

y cómo Lanzarote se portó allí

Y cuando doña Elaine, hija del rey Pelles, supo de esta fiesta, fue a su padre y le requirió que le diese licencia para ir a dicha fiesta. El rey respondió:

–De buen grado iréis allá, pero si de alguna manera me amáis, y queréis tener mi bendición, iréis ataviada de la manera más rica; y mirad de no ahorrar ningún coste; pedid, y tendréis cuanto os haga

falta.

Entonces, por consejo de doña Brisen, su doncella, fueron aparejadas todas las cosas a tal propósito, de manera que jamás hubo dama más costosamente aderezada. Y cabalgó con veinte caballeros y diez dueñas, y doncellas, hasta el número de cien caballos. Y cuando llegó a Camelot, dijeron al rey Arturo y a la reina Ginebra, y a todos los caballeros, que doña Elaine era la más hermosa y mejor ataviada dama que habían visto nunca en esta corte.

Y tan presto como el rey Arturo supo que había llegado, fue a recibirla y saludarla, y lo mismo hicieron la mayor parte de los caballeros de la Tabla Redonda, sir Tristán, sir Bleoberis, y sir Gawain, y muchos más que no necesito nombrar.

Pero cuando sir Lanzarote la vio sintió tal vergüenza, de haber sacado la espada a la mañana siguiente de haber yacido con ella, que no la quiso saludar ni hablarle; sin embargo, sir Lanzarote pensó que era la mujer más hermosa que había visto en los días de su vida.

Pero cuando doña Elaine vio que sir Lanzarote no quería hablar con ella tuvo tanto pesar que creyó que se le iba a partir el corazón; pues sabed que lo amaba sobremanera.

Y entonces Elaine dijo a doña Brisen, su doncella:

–La descortesía de sir Lanzarote está cerca de matarme.

–Ah; paz, señora –dijo doña Brisen–, yo veré que esta noche yazga con vos, si vos os tenéis sosegada.

–Más quisiera yo eso –dijo doña Elaine– que todo el oro que hay en la tierra.

–Dejadme hacer a mí –dijo doña Brisen.

Y cuando Elaine fue llevada a la reina Ginebra, una y otra se hicieron buena muestra con el continente, aunque nada con el corazón. Pero todos los hombres y mujeres hablaron de la belleza de doña Elaine, y de su gran riqueza.

Entonces por la noche mandó la reina que doña Elaine durmiese en una cámara vecina a la suya, y bajo un mismo techo; y se hizo así como la reina había ordenado. Entonces la reina envió por sir Lanzarote, pidiéndole que fuese a su cámara esa noche:

–O estoy cierta –dijo la reina– de que os acostaréis con vuestra dama, doña Elaine, en quien engendrasteis a Galahad.

–Ah, señora –dijo sir Lanzarote–, no digáis eso, pues obré contra mi voluntad.

–Entonces –dijo la reina–, mirad de venir a mí cuando envíe por vos.

–Señora –dijo Lanzarote–, no faltaré, sino que estaré presto a vuestro requerimiento.

Este negocio fue prestamente concertado y hecho entre ellos; pero lo supo doña Brisen por sus artes, y se lo contó a su señora, doña Elaine.

–¡Ay! –dijo–, ¿qué haré yo?

–Dejadme a mí –dijo doña Brisen–, que yo lo traeré de la mano a vuestro lecho, y creerá que soy mensajera de la reina Ginebra.

–Dichosa seré –dijo doña Elaine–, pues a nadie amo tanto en el mundo como a sir Lanzarote.

Capítulo 8

Cómo doña Brisen por encantamiento llevó a sir Lanzarote a la cama de doña Elaine, y cómo le reprochó la reina Ginebra

Y cuando llegó la hora en que toda la gente estaba acostada fue doña Brisen a la cama de sir Lanzarote, y le dijo:

–Señor Lanzarote del Lago, ¿dormís? Mi señora, la reina Ginebra, yace esperándoos.

–¡Oh, mi gentil señora –dijo sir Lanzarote–, presto estoy a ir con vos a donde queráis llevarme!

Y sir Lanzarote se echó encima un vestido largo, y la espada en su mano; y entonces doña Brisen lo tomó de un dedo y lo guió a la cama de su señora, doña Elaine; y se fue luego y los dejó en la cama juntos. Y sabed que la dama se alegró, y lo mismo sir Lanzarote, pues creía que tenía a otra en sus brazos.

Ahora los dejamos besándose y abrazándose, como era cosa natural, y hablamos de la reina Ginebra que envió a una de sus dueñas a la cama de sir Lanzarote; y cuando llegó, halló la cama fría, y que él no estaba; y fue a la reina y se lo contó todo.

–¡Ay! –dijo la reina–, ¿qué ha sido de ese falso caballero?

Entonces la reina casi perdió el juicio; y se retorcía y revolcaba como una loca, y pasó cuatro o cinco horas sin poder dormir. Y tenía sir Lanzarote tal condición que solía de costumbre decir cosas en sueños, y hablar a menudo de su dama, la reina Ginebra. Y después de velar el tiempo que le había placido, por el curso natural de las cosas se durmió, y también doña Elaine. Y en su sueño, se puso él a hablar y parlotear como un grajo, del amor que había habido entre la reina Ginebra y él. Y como hablase muy alto le oyó la reina, que yacía en su cámara; y al oírlo hablar así casi enloqueció y perdió la razón; y de ira y tormento no sabía qué hacer. Y entonces que se puso a toser tan fuerte que acabó despertando a sir Lanzarote, y éste reconoció su tos. Entonces supo que no yacía con la reina; y al punto saltó de la cama como loco, en camisa; y la reina lo halló en el suelo; y dijo así:

–¡Falso caballero y traidor, mira de no estar nunca más en mi corte, y evitar mi cámara; y no seas tan osado, falso caballero y traidor, de ponerte nunca más delante de mi vista!

–¡Ay! –dijo sir Lanzarote; y le acometió luego tan viva aflicción ante sus palabras que cayó al suelo desvanecido. Y al punto la reina Ginebra se fue.

Y cuando despertó de su desvanecimiento, saltó por la ventana a un jardín; y allí, con espinos, se arañó la cara y el cuerpo; y echó a correr sin saber adónde, loco de furia como nunca hubo otro hombre; y así anduvo dos años, sin que hombre ninguno pudiese tener la gracia de conocerle.

Capítulo 9

Cómo la reina Ginebra mandó a doña Elaine

que dejase la corte, y cómo se volvió loco sir Lanzarote

Ahora volvemos a la reina Ginebra y a la hermosa señora Elaine, que al oír a la reina reprochar así a sir Lanzarote, y también ver cómo éste caía desvanecido, y cómo saltaba por la ventana, dijo a la reina Ginebra:

–Señora, gran reprobación merecéis por sir Lanzarote, pues ahora lo habéis perdido, pues he visto y oído por su continente que ha enloquecido para siempre. ¡Ay, señora, gran pecado habéis cometido, y gran deshonra para vos, pues tenéis a vuestro propio señor, y por tanto es vuestro deber amarle!; pues no hay reina en este mundo que tenga otro rey como el que vos tenéis. Y si no fuese por vos, podría tener yo el amor de mi señor Lanzarote; y causa tengo para amarlo, pues tuvo mi doncellez, y por él he parido un hermoso niño, cuyo nombre es Galahad, y será en su tiempo el mejor caballero del mundo.

–Señora Elaine –dijo la reina–, cuando sea día claro os encargo y mando que dejéis mi corte; y por el amor que debéis a sir Lanzarote no descubráis su consejo, pues si lo hacéis, será su muerte.

–En cuanto a eso –dijo doña Elaine–, me atrevo a asegurar que ha

perdido el juicio para siempre, y eso lo habéis hecho vos; y ni vos ni yo es probable que lo disfrutemos más, pues daba los más lastimeros gemidos, cuando saltó por esa ventana, que he oído dar a ningún hombre.

–¡Ay! –dijo la hermosa Elaine.

Y «¡ay! –dijo la reina Ginebra–, pues ahora sé que lo hemos perdido para siempre».

Y por la mañana tomó licencia doña Elaine para partir, y no se quiso quedar más tiempo. Entonces el rey Arturo la acompañó en su camino con más de cien caballeros a través de una floresta. Y por el camino contó ella a sir Bors de Ganis lo acaecido esa misma noche, y cómo sir Lanzarote había saltado por una ventana fuera de su juicio.

–¡Ay! –dijo sir Bors–, ¿qué ha sido de mi señor, sir Lanzarote?

–Señor –dijo Elaine–, nada sé.

–¡Ay! –dijo sir Bors–, entre las dos habéis destruido a ese buen caballero.

–En cuanto a mí –dijo doña Elaine–, jamás hice ni dije cosa que por ninguna manera le disgustase, sino que por el reproche que la reina Ginebra le hizo lo vi caer desvanecido a tierra; y cuando despertó tomó la espada en la mano, desnudo salvo la camisa, y saltó por una ventana con el más espantoso gemido que he oído dar a ningún hombre.

–Pues id con Dios, doña Elaine –dijo sir Bors–; y retened a mi señor Arturo con alguna historia lo más que podáis, pues quiero volver a la reina Ginebra para hacerle reproche; y os requiero, si alguna vez queréis tener mi servicio, que veléis y espiéis bien si podéis ver a mi señor Lanzarote.

–En verdad –dijo la hermosa Elaine–, haré lo que pueda, pues mucho quisiera conocer y saber qué ha sido de él como vos, o cualquiera de su linaje, o la reina Ginebra; y sobrada causa tengo para ello, tanto como el que más. Y sabed bien –dijo la hermosa

Elaine a sir Bors– que daría mi vida por él, antes de que recibiese daño alguno; pero, ¡ay!, me da que no lo veré más, y la principal causante de esto es la reina Ginebra.

–Señora –dijo doña Brisen, que había hecho el encantamiento entre sir Lanzarote y ella–, os lo ruego vivamente: dejad partir a sir Bors, y que acucie él lo más que pueda en buscar a sir Lanzarote, pues os prevengo que está claramente fuera de su juicio, y nada le ayudará a ponerse bien sino un milagro.

Entonces lloró doña Elaine, y lo mismo sir Bors de Ganis; y se separaron, y sir Bors fue derecho a la reina Ginebra. Y cuando ésta vio a sir Bors, lloró desconsoladamente.

–¡Mal haya vuestro llanto –dijo sir Bors de Ganis–, pues no lloráis sino cuando no hay remedio! ¡Ay!, que os haya conocido el linaje de sir Lanzarote, pues ahora habéis perdido al mejor caballero de nuestra sangre, y al que era nuestro guiador y nuestro socorro; y me atrevo a decir y hacer bueno que ningún rey, cristiano ni pagano, podría hallar un caballero como él, en punto a nobleza y cortesía, con su belleza y gentileza. ¡Ay, qué haremos los que somos de su sangre!

–¡Ay! –dijo Héctor de Maris.

–¡Ay! –dijo Lionel.

Capítulo 10

Qué lamentación hizo la reina Ginebra por Lanzarote, y cómo lo buscaron los caballeros de su linaje

Y cuando la reina Ginebra les oyó decir tales cosas cayó a tierra presa de un desvanecimiento mortal. Entonces la levantó sir Bors, y la revivió; y cuando hubo despertado se arrodilló ante los tres caballeros, y alzando ambas manos, les suplicó que lo buscasen.

–Y no ahorréis ningún dinero hasta que sea hallado, pues sé que está fuera de su juicio.

Y sir Bors, sir Héctor y sir Lionel dejaron a la reina, ya que no podían permanecer más tiempo por aflicción. Y entonces la reina les envió tesoro suficiente para los gastos; y tomaron sus caballos y armaduras, y partieron. Y cabalgaron de un país a otro, por florestas, soledades y desiertos, acechando siempre a leñadores y a toda clase de hombres que pasaban a caballo, para observar y ver si era un hombre desnudo, en camisa, y con una espada en la mano.

Y así cabalgaron casi un cuarto de año, a lo largo y a lo ancho, por muchos lugares, florestas y desiertos, y a menudo mal aposentados; y a pesar de todos los esfuerzos no podían oír nuevas de él. Y sabed bien que iban estos tres caballeros con muy grande pesar. Y a la postre sir Bors y sus compañeros toparon con un caballero llamado sir Melion de Tartaria.

–Gentil caballero –dijo sir Bors–, ¿adónde vais? –pues se conocían de antes.

–Señor –dijo Melion–, voy camino de la corte del rey Arturo.

–Entonces os rogamos –dijo sir Bors– que digáis a mi señor Arturo, y a mi señora, la reina Ginebra, y a toda la compañía de la Tabla Redonda, que por ninguna manera conseguimos saber qué ha sido de sir Lanzarote.

Entonces sir Melion se despidió de ellos, y dijo que diría al rey, y a la reina, y a toda la compañía de la Tabla Redonda, como le pedían. Y cuando sir Melion llegó a la corte del rey Arturo dijo al rey y a la reina, y a toda la compañía de la Tabla Redonda, qué había dicho sir Bors sobre sir Lanzarote.

Entonces sir Gawain, sir Uwain, sir Sagramore le Desirous, sir Agloval y sir Perceval de Gales tomaron sobre sí, por gran deseo del rey Arturo, y en especial de la reina, buscar a sir Lanzarote por toda Inglaterra, Gales y Escocia; y con ellos fueron dieciocho caballeros más para hacerles compañía; y sabed que no carecieron en absoluto de dinero; y así fueron los veintitrés caballeros.

Ahora volvemos a sir Lanzarote, y hablamos de su cuita y congoja, y de las penas que padecía; pues de frío, hambre y sed tenía abundancia.

Y cabalgaron juntos estos nobles caballeros; y se separaron de común acuerdo, y cabalgaron de a dos, de a tres, de a cuatro, y de a cinco, acordando siempre dónde debían encontrarse. Y sir Agloval y sir Perceval fueron juntos a su madre, que era reina en aquellos días. Y cuando ésta vio a sus dos hijos, lloró tiernamente de gozo. Y dijo entonces:

–¡Ah, hijos míos queridos!, cuatro hijos me dejó vuestro padre al morir, de los que han muerto dos. Y por la muerte de mi noble hijo, sir Lamorak, jamás tendrá alegría mi corazón.

Y se arrodilló ante Agloval y sir Perceval, y les suplicó que se quedasen en casa con ella.

–¡Ah, dulce madre! –dijo sir Perceval–, no podemos; pues venimos de sangre real por ambas partes, y por tanto, madre, por nuestra naturaleza debemos hacer armas y nobles hazañas.

–¡Ay, mis dulces hijos! –dijo entonces ella–, por vosotros perderé mi gusto y placer, y no podré soportar el viento y el tiempo, como por la muerte de vuestro padre, el rey Pellinor, que fue muerto vergonzosamente por las manos de sir Gawain, y de su hermano sir Gaheris; y no lo mataron esforzadamente sino a traición. ¡Ah, queridos hijos míos!, piadosa queja es ésta para mí, por la muerte de vuestro padre, y también la de sir Lamorak, al que muy pocos le igualaban en caballería. Así, queridos hijos míos, tened esto presente en vuestro pensamiento.

Y hubo llantos y sollozos en el patio cuando tuvieron que partir; y ella cayó desvanecida en medio del patio.

Capítulo 11

Cómo fue muerto uno de los sirvientes de Agloval,

y qué venganza tomaron por ello

sir Agloval y sir Perceval

Y cuando la hicieron volver en sí envió un escudero tras ellos con suficientes dineros. Y cuando el escudero los alcanzó, no le consintieron que fuese con ellos, sino que lo mandaron a casa otra vez para confortar a su madre, suplicándole humildemente su bendición.

Y le sorprendió la noche a este escudero, y llegó por mala fortuna a un castillo donde habitaba un barón. Y cuando el escudero entró en el castillo le preguntó el señor de dónde venía, y a quién servía.

–Mi señor –dijo el escudero–, sirvo a un buen caballero llamado sir Agloval.

El escudero lo dijo con buena intención, creyendo que sería mejor acogido por sir Agloval, que si decía que servía a la reina, madre de sir Agloval.

–Bien, compañero –dijo el señor de este castillo–; pues por sir Agloval vas a tener aquí mal aposentamiento, ya que sir Agloval mató a mi hermano; y por tanto morirás como parte del pago.

Y mandó este señor a sus hombres que se lo llevasen y lo matasen; así lo hicieron, y lo sacaron del castillo, y allí lo mataron sin piedad. Y por la mañana pasaron sir Agloval y sir Perceval junto a un cementerio, donde había hombres y mujeres mirando al escudero muerto, y pensando en enterrarlo.

–¿Qué miráis –dijo sir Agloval– con tanta atención?

Y se adelantó un buen hombre y dijo:

–Gentil caballero, aquí yace un escudero al que han matado vergonzosamente esta noche.

–¿Cómo lo han matado, gentil compañero? –dijo sir Agloval.

–Mi gentil señor –dijo el hombre–, anoche acogió el señor de este castillo a este escudero; y porque dijo que servía a un buen caballero que está con el rey Arturo, de nombre sir Agloval, por eso el señor mandó matarlo, y esa es la causa de su muerte.

–Muchas gracias –dijo sir Agloval–, y veréis su muerte vengada sin tardanza; pues yo soy el mismo caballero por quien ha sido muerto este escudero.

Entonces sir Agloval llamó a sir Perceval, y le pidió que se apease con presteza; se apearon ambos, entregaron los caballos a sus hombres, y entraron a pie en el castillo. Y tan pronto como traspusieron la puerta del castillo, dijo sir Agloval al portero:

–Ve a tu señor y dile que soy sir Agloval, por quien ordenó matar a ese escudero anoche.

Al punto dijo esto el portero a su señor, cuyo nombre era Goodewin. Se armó éste luego, entró en el patio y dijo:

–¿Quién de vosotros es sir Agloval?

–Aquí estoy –dijo Agloval–. ¿Por qué causa has matado esta noche al escudero de mi madre?

–Lo maté –dijo sir Goodewin– por ti, porque mataste a mi hermano sir Gawdelin.

–En cuanto a tu hermano –dijo sir Agloval–, confieso que lo maté, pues era un falso caballero y un traidor de damas y buenos caballeros; y por la muerte de mi escudero vas a morir.

–Yo te desafío –dijo sir Goodewin.

Entonces se acometieron tan codiciosamente como si fuesen dos leones, y sir Perceval luchó con todos los restantes que quisieron luchar. Y al poco rato sir Perceval había dado muerte a todo el que le quiso resistir, pues administraba de tal manera sus tajos que ninguno osaba resistirle.

Y al poco rato sir Agloval tuvo en tierra a sir Goodewin, y sin más le desenlazó el yelmo, y le cortó la cabeza. Y seguidamente se

fueron y tomaron sus caballos; y mandaron transportar al escudero muerto a un monasterio donde lo enterraron.

Capítulo 12

Cómo sir Perceval dejó secretamente a su hermano, y cómo soltó a un caballero atado con una cadena, y otras cosas

Y después de hecho esto cabalgaron por muchos países, preguntando siempre por sir Lanzarote, aunque no conseguían tener nuevas de él; y por último llegaron a un castillo llamado Cardican, donde fueron aposentados juntos sir Perceval y sir Agloval. Y calladamente, hacia la medianoche, fue sir Perceval al escudero de Agloval y le dijo:

–Levanta y apercíbete, pues tú y yo nos vamos en secreto.

–Señor –dijo el escudero–, mucho me placería cabalgar con vos a donde quisierais llevarme; pero si mi señor, vuestro hermano, me prendiese me mataría.

–En cuanto a eso, no tengas cuidado, pues yo seré tu valedor.

Y cabalgó sir Perceval hasta después del mediodía, y entonces llegó a un puente de piedra; y allí halló a un caballero que estaba fuertemente atado con una cadena por la cintura, a un pilar de piedra.

–¡Oh, gentil caballero! –dijo aquel caballero atado–, te requiero que me sueltes de mis cadenas.

–¿Qué caballero sois –dijo sir Perceval–, y por qué causa estáis así encadenado?

–Señor, os lo diré –dijo este caballero–: soy un caballero de la Tabla Redonda, y mi nombre es sir Persides; y por ventura vine por este camino, y aquí me aposenté, en este castillo, al pie del puente, y en él vive una dama descortés; y porque me ofreció que fuese su amante, y rehusé, echó a sus hombres sobre mí antes de que yo pudiese ganar mi arma; y así me han atado, y aquí sé que moriré a menos que un hombre de merecimiento rompa mis ataduras.

–Tened buen ánimo –dijo sir Perceval–; y porque sois caballero de la Tabla Redonda como yo, fío en Dios que podré romper vuestras ligaduras.

Y con eso sir Perceval sacó su espada y dio un tajo a la cadena con tal fuerza que la cortó en dos, aunque entró en la cota de sir Persides, hiriéndolo un poco.

–¡Oh, Jesús! –dijo sir Persides–. Ése ha sido un poderoso tajo, como no he sentido otro; pues de no ser por la cadena me habríais matado.

Y en esto vio sir Persides salir del castillo a un caballero todo lo deprisa que podía correr.

–Guardad, señor –dijo sir Persides–, allá viene uno que quiere haberlas con vos.

–Dejad que venga –dijo sir Perceval.

Y se encontró con dicho caballero en medio del puente; y sir Perceval le dio tal golpe que lo sacó totalmente del caballo y por encima de un costado del puente, de manera que de no estar una pequeña nave bajo el puente, este caballero se habría ahogado.

Y entonces sir Perceval tomó el caballo del caballero e hizo montar en él a sir Persides; se encaminaron al castillo, y mandó a la dama que liberase a los sirvientes de sir Persides, o mataría a todo el que encontrase; y por temor, la dama los liberó a todos. Entonces vio sir Perceval a una dama que estaba en la torre.

–¡Ah, señora! –dijo sir Perceval–, ¿qué uso y costumbre es ésa en una dama, de destruir buenos caballeros a menos que quieran ser

vuestros amantes? En verdad, es vergonzosa costumbre en una dama; y si no tuviese un gran asunto en mi mano, pondría fin a vuestras malvadas costumbres.

Y llevó sir Persides a sir Perceval a su propio castillo, y allí lo agasajó bien toda esa noche.

Y por la mañana, cuando sir Perceval hubo oído misa y quebrado su ayuno, pidió a sir Persides que fuese al rey Arturo, «y decid al rey cómo habéis topado conmigo; y decid a mi hermano, sir Agloval, cómo os he rescatado; y pedidle que no me busque, pues estoy en la demanda de buscar a sir Lanzarote del Lago; y aunque me busque, no me hallará; y decidle que no quiero ver la corte, ni a él, hasta que haya hallado a sir Lanzarote. Decid también a sir Kay el Senescal, y a sir Mordred; que en Jesús fío ser de tan gran merecimiento como cualquiera de ellos, pues decidles que jamás olvidaré las burlas y risas que me hicieron el día en que fui hecho caballero; y decidles que jamás veré esa corte hasta que digan más honra de mí que la que hayan dicho nunca de ninguno de los dos».

Y se separó sir Persides de sir Perceval, y fue entonces al rey Arturo, y habló allí de sir Perceval. Y cuando sir Agloval le oyó hablar de su hermano sir Perceval, dijo:

–Se separó de mí descortésmente.

Capítulo 13

Cómo sir Perceval topó con sir Héctor,

y cómo lucharon mucho tiempo,

y casi se mataron el uno al otro

–Señor –dijo sir Persides–, por mi vida que probará ser tan noble caballero como ninguno de cuantos viven.

Y cuando vio a sir Kay y a sir Mordred, sir Persides dijo así:

–Mis gentiles señores, sir Perceval os saluda a los dos, y me pide que os diga que confía en Dios, antes de venir otra vez a la corte, ser de tan grande nobleza como jamás hayáis sido ambos, y hablen más gentes de su nobleza que las que jamás hablaron de la vuestra.

–Bien puede ser –dijeron sir Kay y sir Mordred–, pero cuando fue hecho caballero bien poco parecía que fuese a probar ser buen caballero.

–En cuanto a eso –dijo el rey Arturo–, de necesidad ha de probar ser buen caballero, pues su padre y sus hermanos fueron nobles caballeros.

Y ahora volveremos a sir Perceval, que cabalgó mucho tiempo; y en una floresta topó con un caballero con el escudo roto, y el yelmo; y tan pronto como se vieron el uno y el otro, se dispusieron a justar sin dilación, y se acometieron con todo el poder de sus caballos. Y se juntaron con tal fuerza, que sir Perceval fue derribado a tierra. Y se levantó ligeramente, se echó el escudo sobre el hombro, sacó la espada, y dijo al otro caballero:

–Descabalgad y hagamos batalla a todo riesgo.

–¿Queréis más? –dijo aquel caballero.

Y con eso se apeó y apartó el caballo de él; entonces se juntaron con paso sosegado, y allí se arremetieron con nobles espadas, y tajando unas veces, tirando estocadas otras, y haciéndose el uno al otro grandes heridas. Así lucharon cerca de medio día, sin descansar apenas, y ninguno de los dos tenía menos de quince heridas, y sangraban tanto que era maravilla que se tuviesen de pie. Pero este caballero que luchaba con sir Perceval era caballero probado, y muy diestro en la lucha; y sir Perceval era joven y fuerte, aunque no sabía luchar tanto como el otro. Entonces sir Perceval habló primero, y dijo:

–Señor caballero, ten tu mano un momento, pues hemos luchado por una simple cuestión, y querellado demasiadamente, y por tanto te requiero que me digas tu nombre, pues nunca hasta ahora he sido

igualado.

–Así Dios me ayude –dijo aquel caballero–, y nunca hasta ahora hubo caballero que me hiriese tan malamente como has hecho tú, aunque he luchado en muchas batallas; y ahora has de saber que soy caballero de la Tabla Redonda, y mi nombre es sir Héctor de Maris, y soy hermano del buen caballero sir Lanzarote del Lago.

–¡Ay! –dijo sir Perceval–, y mi nombre es sir Perceval de Gales, y he hecho mi demanda buscar a sir Lanzarote, y ahora estoy cierto de no acabar nunca mi demanda, pues me habéis matado con vuestras manos.

–No será así –dijo sir Héctor–, que muerto he sido yo por las vuestras, y no puedo vivir. Por tanto os requiero –dijo sir Héctor a sir Perceval– que vayáis a un monasterio que hay aquí cerca y me traigáis un capellán, a fin de que pueda recibir a mi Salvador, pues no puedo vivir. Y cuando vayáis a la corte de Arturo no digáis a mi hermano, sir Lanzarote, cómo me habéis matado vos, pues entonces será vuestro mortal enemigo; sino que podéis decirle que fui muerto en mi demanda, cuando le buscaba.

–¡Ay! –dijo sir Perceval–, decís que haga lo que nunca podré, pues me siento tan débil de sangrar que apenas puedo tenerme de pie; ¿cómo podría entonces tomar mi caballo?

Capítulo 14

Cómo por milagro sanaron ambos

por la venida del sagrado vaso del Santo Grial

Entonces hicieron ambos grandísimo duelo.

–De nada aprovechará esto –dijo sir Perceval.

Y entonces se arrodilló y dijo sus oraciones devotamente al

Todopoderoso Jesús, pues era uno de los más devotos caballeros del mundo que en ese tiempo había, en quien la fe estaba más afincada.

Y en eso pasó el sagrado vaso del Santo Grial con toda suerte de dulzuras y fragancias; pero no pudieron ver claramente quién llevaba el vaso, aunque sir Perceval tuvo un vislumbre del vaso y de la doncella que lo llevaba, pues era una doncella purísima, y al punto quedaron ambos sanos de piel y miembros, como nunca estuvieron en los días de sus vidas; entonces dieron gracias a Dios con gran humildad.

–¡Oh, Jesús! –dijo sir Perceval–, ¿qué puede significar esto, que hayamos sanado así, cuando estábamos a punto de morir?

–Yo sé bien qué es –dijo sir Héctor–: es un vaso santo, que es llevado por una doncella, y en él está parte de la sagrada sangre de Nuestro Señor Jesucristo, bendito sea. Aunque no se puede ver, a menos que sea uno hombre perfecto.

–Así Dios me ayude –dijo sir Perceval–: una doncella he visto, como me ha parecido, toda de blanco, con un vaso en sus manos, y al punto he sanado.

Entonces tomaron sus caballos y arneses, y enmendaron los arneses como mejor pudieron lo que estaba roto; y montaron sobre sus caballos, y cabalgaron juntos conversando.

Y sir Héctor de Maris contó a sir Perceval cómo había buscado a su hermano sir Lanzarote mucho tiempo, sin saber nuevas de él:

–En muchas extrañas aventuras he estado en esta demanda.

Y se contaron mutuamente sus aventuras.

Aquí termina el undécimo libro,

y aquí sigue el duodécimo libro.

Libro XII

Capítulo 1

Cómo sir Lanzarote en su locura tomó una espada y luchó con un caballero, y se metió en una cama

Y ahora dejamos un rato a sir Héctor y sir Perceval, y hablamos de sir Lanzarote, que sufrió y soportó muchas penalidades, corriendo desacordadamente de un lugar para otro, y alimentándose de frutas y de lo que podía conseguir, y bebiendo agua, dos años; y otra ropa no tenía que la camisa y las calzas.

Y errando de aquí para allá, llegó a un hermoso prado donde halló un pabellón; y junto a él, de un árbol, colgaba un escudo blanco, y a su lado colgaban dos espadas, y había dos lanzas apoyadas en el árbol. Y cuando sir Lanzarote vio las espadas, saltó luego a una de ellas, la tomó en su mano, y la sacó. Y a continuación hirió con saña el escudo, de manera que el prado entero resonó con los golpes, e hizo tal estruendo como si diez caballeros luchasen a la vez.

Entonces apareció un enano, saltó sobre sir Lanzarote, y quiso quitarle la espada; pero sir Lanzarote lo cogió de los hombros y lo arrojó al suelo sobre el cuello, de manera que casi se lo quebró; a lo cual el enano comenzó a dar voces pidiendo socorro.

Al punto apareció un apuesto caballero bien aparejado de escarlata forrada de armiño. Y tan pronto como vio a sir Lanzarote, pensó que estaba fuera de juicio. Y entonces dijo con buenas maneras:

–Buen hombre, deja esa espada, pues a lo que parece, más necesidad tienes de dormir y abrigarte que de blandir esa espada.

–En cuanto a eso –dijo sir Lanzarote–, no te acerques mucho, pues si

lo haces, sabe bien que te mataré.

Ante estas palabras el caballero del pabellón, corrió otra vez al pabellón, y el enano lo armó con presteza; y salió este caballero decidido a quitarle la espada a sir Lanzarote por fuerza y poder: y cuando sir Lanzarote lo vio llegar todo armado, con una espada en la mano, voló a él con tal poder, y le hirió con tal revés encima del yelmo que el golpe le turbó los sesos, y la espada se quebró en tres. Y el caballero cayó a tierra como muerto, manándole sangre de la boca, la nariz y los oídos.

Entonces sir Lanzarote corrió al pabellón y se metió en la cama caliente; y había allí una dama, en dicha cama, que cogió su vestido y salió corriendo del pabellón. Y cuando vio a su señor tendido en el suelo como muerto, comenzó a gritar y a llorar como si hubiese perdido el juicio. Y con sus voces despertó al caballero de su desvanecimiento, y alzó débilmente los ojos hacia ella; entonces le preguntó dónde estaba aquel loco que le había dado tal golpe, «pues jamás recibí tal revés de mano de ningún hombre».

–Señor –dijo el enano–, ninguna honra es herirlo, pues está fuera de su juicio; y no tengáis duda de que ha sido hombre de gran merecimiento, que por alguna viva aflicción que ha recibido ha caído en la locura; y creo que se semeja mucho a sir Lanzarote, pues lo vi en el gran torneo junto a Lonazep.

–No quiera Jesús –dijo este caballero– que el noble caballero, sir Lanzarote, se halle en semejante trance; pero quienquiera que sea, ningún daño le quiero hacer.

Y este caballero se llamaba Bliant.

Entonces le dijo al enano:

–Toma el caballo y ve deprisa a mi hermano, sir Selivant, que está en el Castillo Blanco, y cuéntale mi aventura; y dile que traiga con él una litera de caballos, y llevaremos a este caballero a mi castillo.

Capítulo 2

Cómo sir Lanzarote fue llevado en una litera de caballos,

y después, sir Lanzarote rescató a sir Bliant, su huésped

Cabalgó deprisa el enano, y volvió trayendo a sir Selivant con él, y seis hombres con una litera de caballos; cargaron el lecho de plumas con sir Lanzarote, y lo llevaron al Castillo Blanco; y no despertó hasta que estuvo dentro del castillo. Entonces le pusieron cadenas en las manos y en los pies, y le dieron buenas viandas y bebidas, y le devolvieron su fuerza y su gallardía; pero la cordura no se la pudieron devolver, ni que se reconociese a sí mismo. Así estuvo sir Lanzarote más de un año y medio, y honestamente vestido y bien mantenido también.

Y un día el señor de este castillo, sir Bliant, tomó sus armas y se fue a caballo, con una lanza, en busca de aventuras. Y cabalgando por una floresta topó con dos caballeros aventureros, el uno era Breunis Saunce Pité, y el otro su hermano sir Bertelot; y estos dos corrieron a un tiempo sobre sir Bliant, y quebraron sus lanzas sobre su cuerpo. Y entonces sacaron las espadas e hicieron gran batalla, y lucharon mucho tiempo. Pero finalmente sir Bliant fue malherido, y se sintió desfallecer; y entonces huyó a caballo hacia su castillo.

Y le fueron ellos detrás hasta el pie del castillo donde sir Lanzarote estaba en una ventana, y vio éste cómo dos caballeros acometían a sir Bliant con sus espadas. Y al verlo sir Lanzarote, loco como estaba, tuvo pesar de su señor, sir Bliant. Entonces sir Lanzarote rompió las cadenas de las piernas y los brazos, hiriéndose gravemente las manos al romperlas; y salió corriendo por una poterna, y allí se enfrentó a los dos caballeros que perseguían a sir Bliant; y tiró del caballo a sir Bertelot con sus solas manos, y a continuación le arrebató la espada de la mano; y acometió con ella a sir Breunis, y le dio tal golpe en la cabeza que lo tumbó para atrás, sobre la grupa del caballo.

Y cuando sir Bertelot vio a su hermano recibir tal caída, tomó una lanza en la mano con intención de ensartar a sir Lanzarote; al ver eso sir Bliant, le cortó la mano a sir Bertelot de un tajo. Y entonces

sir Breunis y sir Bertelot tomaron sus caballos y huyeron.

Cuando llegó sir Selivant y vio lo que sir Lanzarote había hecho por su hermano, dio gracias a Dios, y lo mismo su hermano, de haberle hecho algún bien. Pero cuando sir Bliant vio que sir Lanzarote se había herido al romper sus grillos sintió pesar de haberlo tenido atado.

–No lo encadenéis más –dijo sir Selivant–, pues es feliz y gracioso.

Entonces hicieron gran contento de sir Lanzarote, y no lo volvieron a encadenar; y así permaneció allí medio año o más.

Y por la mañana temprano vio sir Lanzarote dónde venía un gran jabalí con muchos perros tras él. Pero el jabalí era tan fuerte que no había perro que lo pudiese morder; y detrás iban los monteros tañendo sus cuernos, a caballo y algunos a pie; y entonces sir Lanzarote vio dónde se apeaba uno y ataba su caballo a un árbol, y apoyaba su lanza contra el árbol.

Capítulo 3

Cómo sir Lanzarote luchó contra un jabalí y lo mató,

y cómo fue herido, y llevado a una ermita

Y se acercó sir Lanzarote y halló el caballo atado a un árbol, una lanza apoyada en un árbol, y una espada colgada en el arzón de la silla; y saltó sobre la silla, tomó la lanza en la mano, y fue en pos del jabalí; entonces vio dónde estaba el jabalí con el trasero arrimado a un árbol, cerca de una ermita. Entonces sir Lanzarote arremetió al jabalí con la lanza; y en eso el jabalí se revolvió ligero y desgarró los pulmones y el corazón al caballo, de manera que Lanzarote cayó a tierra; y antes de que sir Lanzarote se pudiese apartar del caballo, el jabalí le desgarró la carne del muslo, hasta el hueso. Entonces sir Lanzarote se enojó, se levantó, sacó la espada, y le cortó la cabeza al jabalí de un solo tajo.

Y en eso salió el ermitaño, y le vio tener esa herida. Entonces el ermitaño se llegó a sir Lanzarote, lo compadeció, y quiso llevarlo a su ermita; pero cuando sir Lanzarote lo oyó hablar, se enojó a tal extremo de su herida que se abalanzó sobre el ermitaño para matarlo, y el ermitaño huyó. Y como no lo podía alcanzar, le arrojó la espada, ya que no podía seguir de tanto como sangraba; entonces volvió el ermitaño, y le preguntó cómo estaba herido.

–Compañero –dijo sir Lanzarote–, este jabalí me ha mordido gravemente.

–Entonces venid conmigo –dijo el ermitaño–, que yo os sanaré.

–Sigue tu camino –dijo sir Lanzarote–, y no te entrometas conmigo.

Entonces el ermitaño siguió su camino, y topó con un buen caballero con muchos hombres.

–Señor –dijo el ermitaño–, aquí cerca de mi lugar está el hombre más gallardo que he visto, y está malherido de un jabalí, aunque ha matado al jabalí. Pero sé que si no es ayudado, ese hombre gallardo morirá de esa herida, y eso sería gran lástima.

Entonces el caballero, por deseo del ermitaño, tomó una carreta, y en dicha carreta puso el caballero al jabalí y a sir Lanzarote, pues éste estaba tan débil que lo pudieron manejar muy fácilmente; y así fue llevado sir Lanzarote a la ermita; y allí el ermitaño lo sanó de su herida. Pero no podía el ermitaño hallar sustento para sir Lanzarote, por lo que éste desfallecía y enflaquecía de cuerpo y de seso; pues por falta de sustento cada día estaba más loco que la víspera.

Y un día sir Lanzarote echó a correr por la floresta; y por ventura llegó a la ciudad de Corbin, donde estaba doña Elaine, la cual había parido a Galahad, hijo de sir Lanzarote. Y al entrar en esta villa, atravesó el pueblo hasta el castillo, y todos los mancebos de dicha ciudad corrieron detrás de sir Lanzarote, tirándole pellas de barro y dándole muchos golpes amargos. Y cada vez que sir Lanzarote alcanzaba a alguno, lo arrojaba de tal manera que no le quedaban ganas de acercársele más; pues a algunos les quebró piernas y brazos, por lo que huyeron al castillo; y entonces salieron caballeros y escuderos y rescataron a sir Lanzarote.

Y cuando lo miraron y vieron su persona, pensaron que jamás habían visto a un hombre más gallardo. Y cuando vieron todas las cicatrices que tenía, pensaron que había sido hombre de merecimiento. Y a continuación mandaron traer ropa para su cuerpo, y paja para descansar, y un pequeño aposento. Y cada día le echaban de comer y le ponían de beber, aunque muy pocos le ponían la vianda en mano.

Capítulo 4

Cómo fue reconocido sir Lanzarote por doña Elaine, y fue llevado a una cámara y después sanado por el Santo Grial

Y acaeció que el rey Pelles tenía un sobrino llamado Cástor; y éste le pidió al rey que le hiciese caballero; y a requerimiento de este Cástor el rey lo hizo caballero en la fiesta de la Candelaria. Y con motivo de que había sido hecho caballero, ese mismo día regaló muchos vestidos. Entonces sir Cástor envió por el loco (que era sir Lanzarote). Y cuando lo tuvo delante sir Cástor, le dio un vestido de escarlata, y cuanto convenía a él. Y cuando sir Lanzarote estuvo así ataviado como un caballero, fue el hombre más gallardo de toda la corte, y ninguno estuvo tan bien hecho.

Y cuando sir Lanzarote vio su sazón entró en el jardín, se acostó junto a una fuente, y se durmió. Y por la tarde doña Elaine y sus doncellas entraron en el jardín a holgar; y paseando de un lado para otro, una de las doncellas de doña Elaine descubrió dónde yacía dormido un hermoso hombre cerca de la fuente, y al punto lo mostró a doña Elaine.

–Paz –dijo doña Elaine–, no digáis una palabra.

Y entonces llevó a doña Elaine a donde él estaba. Y en cuanto ella

lo vio, al punto le vino memoria de él, y lo reconoció verdaderamente por sir Lanzarote; y con eso se echó a llorar tan vivamente que cayó al suelo; y cuando hubo llorado así mucho rato, se levantó, llamó a sus doncellas, y les dijo que estaba enferma. Y salió del jardín, fue derechamente a su padre, lo llevó aparte, y le dijo:

–Oh padre, ahora tengo necesidad de vuestra ayuda, y a menos que me ayudéis, me habré de despedir de mis días dichosos para siempre.

–¿Qué es eso, hija? –dijo el rey Pelles.

–Señor –dijo ella–, es esto: he ido a vuestro jardín a holgar, y junto a la fuente he hallado a sir Lanzarote del Lago durmiendo.

–No puedo creer eso –dijo el rey Pelles.

–Señor –dijo ella–, allí está verdaderamente, y me parece como si tuviese trastornado el juicio.

–Entonces estad tranquila –dijo el rey–, y dejadme hacer a mí.

Entonces llamó el rey a cuatro personas de su mayor confianza, y a doña Elaine, su hija. Y cuando llegaron a la fuente y vieron a Lanzarote, al punto lo reconoció doña Brisen.

–Señor –dijo doña Brisen–, debemos ser discretos al tratarle, pues este caballero está fuera de su juicio, y si lo despertamos bruscamente no sabemos qué hará. Pero esperad; arrojaré tal encantamiento sobre él que no se despertará en espacio de una hora –y así lo hizo.

Y poco rato después mandó el rey que toda la gente evitase estar en el camino por donde debía ir el rey. Y una vez hecho esto, estos cuatro hombres y estas dueñas cogieron a sir Lanzarote, lo llevaron a una torre, y a una cámara donde estaba el sagrado vaso del Santo Grial, y por fuerza sir Lanzarote fue acostado junto a este vaso sagrado; y fue un hombre santo y descubrió el vaso, y por milagro y virtud de este sagrado vaso sir Lanzarote quedó sano y recobrado. Y al despertar, gimió y suspiró, y se quejó grandemente de que estaba

muy mal.

Capítulo 5

Cómo sir Lanzarote, después que quedó sano y le volvió el juicio, sintió vergüenza, y cómo Elaine pidió un castillo para él

Y cuando sir Lanzarote vio al rey Pelles y a Elaine, se avergonzó y dijo así:

–¡Oh, Señor Jesús!, ¿cómo he venido aquí? Por el amor de Dios, mi señor, decidme cómo he venido aquí.

–Señor –dijo doña Elaine–, a este país vinisteis loco, claramente fuera de vuestro juicio, y aquí habéis sido cuidado como tal; y ninguna criatura sabía aquí quién erais, hasta que por fortuna una doncella mía me llevó a donde estabais durmiendo junto a una fuente, y tan pronto como os he visto os he reconocido verdaderamente. Entonces se lo he dicho a mi padre, y habéis sido traído ante este vaso sagrado, y por su virtud habéis sanado.

–¡Oh, Jesús, merced! –dijo sir Lanzarote–; si es verdad eso, ¿cuántos han sabido de mi locura?

–Así Dios me ayude –dijo Elaine–, solamente mi padre y yo, y doña Brisen.

–Pues, por el amor de Cristo –dijo sir Lanzarote–, guardad secreto de esto, y no dejéis que nadie en el mundo lo sepa, pues mucha vergüenza tengo de haber estado así descarriado; pues he sido desterrado para siempre del país de Logres, que es el país de Inglaterra.

Y sir Lanzarote yació más de dos semanas antes de que se pudiese

mover de dolor. Y entonces, un día dijo a doña Elaine estas palabras:

–Señora Elaine, por vos he tenido muchos trabajos, cuidados y angustias que no es menester enumerar; vos sabéis cuántos. Sin embargo, sé bien que obré con vos feamente cuando saqué la espada contra vos para mataros, a la mañana siguiente de haber yacido con vos. Y toda la causa fue que vos y doña Brisen me hicisteis yacer con vos a mi pesar; y como decís, esa noche fue engendrado vuestro hijo Galahad.

–Eso es verdad –dijo doña Elaine.

–Pues ahora ¿queréis por mi amor –dijo sir Lanzarote– ir a vuestro padre y pedirle una plaza para mí donde pueda residir? Pues a la corte del rey Arturo no puedo volver nunca más.

–Señor –dijo doña Elaine–, yo viviré y moriré con vos, y solamente por vos; y si no os pudiese aprovechar mi vida, y sí mi muerte, sabed que moriría por vos. Y quiero ir a mi padre, y estoy cierta que no hay nada que yo pueda pedirle que no me lo dé. Y donde vos estéis, mi señor Lanzarote, no tengáis duda de que estaré yo con todo el servicio que pueda haceros.

Y con eso fue a su padre, y le dijo:

–Señor, mi señor Lanzarote desea estar aquí junto a vos, en alguno de vuestros castillos.

–Bien, hija –dijo el rey–; ya que es su deseo afincar en estas marcas, tendrá el Castillo de Bliant, y allí estaréis vos con él, y veinte de las más hermosas damas de este país, y serán todas de sangre grande, y tendréis diez caballeros con vos; pues, hija, quiero que sepáis que todos seremos honrados por la sangre de sir Lanzarote.

Capítulo 6

Cómo sir Lanzarote entró en la Isla Gozosa,

y allí se llamó a sí mismo Le Chevaler Mal Fet

Entonces fue doña Elaine a sir Lanzarote, y se lo contó todo, cómo su padre había provisto para ella y él. Entonces fue el caballero sir Cástor, que era sobrino del rey Pelles, a sir Lanzarote, y le preguntó cómo se llamaba.

–Señor –dijo sir Lanzarote–, mi nombre es Le Chevaler Mal Fet, que quiere decir el caballero que ha obrado mal.

–Señor –dijo sir Cástor–, bien puede ser así, pero siempre pensé que vuestro nombre era sir Lanzarote del Lago, pues yo os he visto antes de ahora.

–Señor –dijo Lanzarote–, no sois gentil caballero. En caso de que mi nombre fuese sir Lanzarote, y quisiera no descubrirlo, ¿en qué os agraviaría guardar mi decisión, y no dañarme con ello? Pero sabe bien que si alguna vez está en mi poder agraviaros, os prometo hacerlo verdaderamente.

Entonces sir Cástor se arrodilló y suplicó merced a sir Lanzarote, «pues jamás diré quién sois en tanto estéis en estas partes».

Entonces sir Lanzarote le perdonó.

Y después de esto el rey Pelles con diez caballeros, y doña Elaine, y veinte damas, fueron al Castillo de Bliant, que estaba en una isla cercada alrededor por un hermoso lago, ancho y profundo. Y cuando estuvieron allí, sir Lanzarote la hizo llamar Isla Gozosa; y allí no fue llamado él de otra manera que Le Chevaler Mal Fet, «el caballero que ha obrado mal».

Entonces sir Lanzarote mandó que le hiciesen un escudo todo de sable, con una reina coronada en medio, toda de plata, y un caballero armado de rodillas ante ella. Y una vez cada día, por muchas alegrías que las damas podían hacerle, miraba hacia el reino de Logres, donde el rey Arturo y la reina Ginebra estaban. Y entonces lloraba como si fuese a reventarle el corazón.

Y acaeció en ese entonces que llegó nueva a sir Lanzarote de unas justas cerca de su castillo, a tres leguas. Así que llamó a un enano y le mandó que fuese a dichas justas:

–Y antes de que se vayan los caballeros mira de hacer allí pregón, de manera que lo oigan todos, de que hay un caballero en la Isla Gozosa, que es el Castillo de Bliant, y di que su nombre es Le Chevaler Mal Fet, y que justará contra los caballeros que quieran venir. Y el que venza a ese caballero tendrá una hermosa doncella y un gerifalte.

Capítulo 7

De un gran torneo en la Isla Gozosa,

y cómo acudieron allí sir Perceval y sir Héctor,

y luchó sir Perceval con él

Y en cuanto se hizo este pregón, empezaron a llegar caballeros a la Isla Gozosa, hasta el número de quinientos; y sabed que jamás se vio en los días del rey Arturo que hiciese un caballero tantos hechos de armas como sir Lanzarote en esos tres días; pues como el libro hace fiel mención, venció a los quinientos, y no murió ni uno solo de ellos. Y después de eso sir Lanzarote hizo a todos ellos una gran fiesta.

Y entretanto llegaron sir Perceval de Gales y sir Héctor de Maris al pie de este castillo llamado de la Isla Gozosa. Y al verlo alegre quisieron ir a él, pero no podían debido al ancho lago, y puente no podían hallar ninguno. Entonces vieron al otro lado a una dama con un gavilán en la mano; y la llamó sir Perceval, y preguntó a esta dama quién estaba en ese castillo.

–Gentiles caballeros –dijo ella–, en este castillo está la más hermosa dama de esta tierra, y su nombre es Elaine. Y también tenemos en

este castillo al más hermoso caballero y hombre más fuerte, me atrevo a decir, de cuantos viven, el cual se ha puesto a sí mismo Le Chevaler Mal Fet.

–¿Cómo llegó a estas marcas? –dijo sir Perceval.

–En verdad –dijo la doncella– llegó loco a este país, perseguido de perros y mancebos por la ciudad de Corbin; y el vaso sagrado del Santo Grial lo devolvió a la cordura; pero no quiere hacer batalla con ningún caballero sino a hora de tercia o al mediodía. Y si queréis entrar en el castillo –dijo la dama–, debéis ir al otro extremo del castillo donde hallaréis un batel que os llevará a vuestro caballo y a vos.

Partieron, pues, y llegaron al batel. Y entonces se apeó sir Perceval, y dijo a sir Héctor de Maris:

–Me esperaréis aquí hasta que yo sepa qué caballero es; pues sería vergüenza para nosotros, siendo un solo caballero, que hiciésemos ambos batalla con él.

–Haced como queráis –dijo sir Héctor–; aquí os esperaré hasta que sepa de vos.

Cruzó el lago sir Perceval, y cuando llegó a la puerta del castillo ordenó al portero:

–Ve al buen caballero de este castillo, y di que aquí ha llegado un caballero andante a justar con él.

–Señor –dijo el portero–, entrad en el castillo, que allí hay una plaza común para justar, a fin de que los señores y las damas puedan veros.

Y tan pronto como fue advertido sir Lanzarote, se apercibió; y se enfrentaron sir Perceval y sir Lanzarote con tal poder, y fueron sus lanzas tan crudas, que ambos cayeron a tierra, caballos y caballeros. Entonces dejaron los caballos y sacaron nobles espadas, y allí se tajaron rajas de los escudos, y se embistieron con el escudo como dos jabalíes, hiriéndose muy gravemente. Y finalmente sir Perceval habló el primero, cuando ya llevaban luchando más de dos horas.

–Gentil caballero –dijo sir Perceval–, te requiero que me digas tu nombre, pues jamás me había enfrentado a un caballero como tú.

–Señor –dijo sir Lanzarote–, mi nombre es Le Chevaler Mal Fet. Ahora os requiero que me digáis el vuestro, gentil caballero.

–En verdad –dijo sir Perceval–, me llamo sir Perceval de Gales, hermano del buen caballero que fue sir Lamorak de Gales, y el rey Pellinor fue nuestro padre, y sir Agloval es mi hermano.

–¡Ay –dijo sir Lanzarote–, qué he hecho al luchar con vos, que sois caballero de la Tabla Redonda, y en otro tiempo fui vuestro compañero!

Capítulo 8

Cómo se reconocieron, y de su cortesía,

y cómo llegó su hermano sir Héctor,

y del contento de todos ellos

Y con esto sir Lanzarote se hincó de rodillas, y arrojó el escudo y la espada lejos de sí. Cuando sir Perceval le vio hacer esto, no supo qué quería decir. Y dijo así:

–Señor caballero, quienquiera que seas, te requiero por la alta orden de caballería que me digas tu nombre verdadero.

Entonces dijo él:

–Así Dios me ayude, mi nombre es sir Lanzarote del Lago, hijo del rey Ban de Benwick.

–¡Ay! –dijo sir Perceval–, ¿qué he hecho? Fui enviado por la reina a buscaros, y así lo he hecho casi dos años, y allá está sir Héctor de Maris, vuestro hermano, que me espera en la otra orilla de este

lago. Y por el amor de Dios, perdonad las ofensas que aquí os he hecho.

–Pronto están perdonadas –dijo sir Lanzarote.

Entonces sir Perceval envió por sir Héctor de Maris, y cuando sir Lanzarote lo vio, corrió a él y lo tomó en sus brazos; y entonces sir Héctor se arrodilló, y lloraron el uno sobre el otro, de manera que todos se conmovieron al verlos.

Entonces llegó doña Elaine, y allí les hizo gran muestra, toda la que estaba en su poder, y contó a sir Héctor y a sir Perceval cómo y de qué manera había entrado sir Lanzarote en ese país, y cómo fue sanado; y allí se supo cuánto tiempo estuvo sir Lanzarote con sir Bliant y sir Selivant, y cómo se encontró primero con ellos, y cómo se separó de ellos por un jabalí; y cómo el ermitaño sanó a sir Lanzarote de su gran herida, y cómo fue a Corbin.

Capítulo 9

Cómo sir Bors y sir Lionel fueron al rey Brandegoris,

y cómo sir Bors se llevó a su hijo Helin le Blanck,

y de sir Lanzarote

Dejamos ahora a sir Lanzarote en la Isla Gozosa con la señora doña Elaine, y a sir Perceval y sir Héctor holgando con ellos, y volvemos a sir Bors de Ganis y a sir Lionel, que habían buscado a sir Lanzarote casi por espacio de dos años, sin saber nunca de él. Y así cabalgando, llegaron por ventura a casa de Brandegoris, y allí sir Bors fue reconocido, pues había engendrado un hijo en la hija del rey quince años antes, el cual se llamaba Helin le Blank. Y cuando sir Bors vio a este niño tuvo gran contento. Y estos caballeros fueron muy bien acogidos por el rey Brandegoris. Y a la mañana siguiente fue sir Bors al rey Brandegoris, y le dijo:

–Aquí está mi hijo Helin le Blank, el cual se dice que es hijo mío; y ya que es así, quiero que sepáis que lo llevaré conmigo a la corte del rey Arturo.

–Señor –dijo el rey–, bien podéis llevarlo con vos; pero es de muy tierna edad.

–Pese a eso –dijo sir Bors–, quiero tenerlo conmigo, y llevarlo a la casa de más honra del mundo.

Y cuando sir Bors debía partir, hubo gran aflicción por la partida de Helin le Blank, y gran llanto. Pero partieron sir Bors y sir Lionel, y a poco llegaron a Camelot, donde estaba el rey Arturo.

Y cuando el rey Arturo supo que Helin le Blank era hijo de sir Bors, y sobrino del rey Brandegoris, entonces lo hizo caballero de la Tabla Redonda, donde probó ser buen caballero, y aventurero.

Ahora volvemos a nuestro asunto de sir Lanzarote. Acaeció un día que sir Héctor y sir Perceval fueron a ver a sir Lanzarote y le preguntaron qué iba a hacer, si ir con ellos al rey Arturo o no.

–No –dijo sir Lanzarote–; eso no puede ser de ninguna manera, pues fui tan mal tratado en la corte que tengo determinado no volver nunca más.

–Señor –dijo sir Héctor–, soy vuestro hermano, y vos sois el hombre del mundo que más amo; y si yo supiese que era para deshonra vuestra, sabed que jamás os lo aconsejaría; pero el rey Arturo y todos sus caballeros, y en especial la reina Ginebra, hicieron tal lamentación y duelo, que era maravilla oír y ver. Y debéis recordar qué gran honra y nombre tenéis, cómo sois más nombrado que ningún otro caballero de cuantos ahora viven; pues ninguno hay que lleve la fama sino vos y sir Tristán. Por tanto, hermano, aprestaos a venir a la corte con nosotros, que me atrevo a decir que jamás habrá caballero más bien recibido en la corte que vos; y sé bien, y puedo hacer bueno, que ha costado a mi señora la reina veinte mil libras vuestra busca.

–Bien, hermano –dijo sir Lanzarote–; haré según vuestro consejo, y cabalgaré con vosotros.

Y tomaron sus caballos y se apercibieron, y se despidieron del rey Pelles y de doña Elaine. Y cuando sir Lanzarote iba a partir, doña Elaine hizo gran aflicción.

–Mi señor Lanzarote –dijo doña Elaine–, en esa misma fiesta de Pentecostés vuestro hijo y mío, Galahad, será hecho caballero, pues tiene ya cumplidas quince primaveras.

–Haced como queráis –dijo sir Lanzarote–. Dios le dé gracia para que pruebe ser buen caballero.

–En cuanto a eso –dijo doña Elaine–, no dudo que probará ser el mejor hombre de su linaje, excepto uno.

–Entonces harto buen hombre será –dijo sir Lanzarote.

Capítulo 10

Cómo sir Lanzarote llegó a la corte con sir Perceval y sir Héctor, y de la gran dicha de él

Partieron entonces, y en una jornada de cinco días llegaron a Camelot, llamada Winchester en inglés. Y cuando sir Lanzarote llegó a ellos, el rey y todos los caballeros lo recibieron con gran alegría.

Y allí sir Perceval de Gales y sir Héctor de Maris empezaron a contar todas las aventuras: cómo sir Lanzarote había estado fuera de su juicio el tiempo de su ausencia, y cómo se llamó a sí mismo Le Chevaler Mal Fet, el caballero que había obrado mal, y en tres días derribó quinientos caballeros.

Y mientras sir Héctor y sir Perceval contaban estas historias de sir Lanzarote, la reina Ginebra lloraba como si fuese a morir. Y después hizo la reina gran alegría.

–¡Oh, Jesús! –dijo el rey Arturo–, me pregunto por qué causa vos, sir Lanzarote, estuvisteis fuera de vuestro juicio. Y muchos creen que fue por amor a la hermosa Elaine, hija del rey Pelles, en la que se dice que habéis engendrado un hijo, de nombre Galahad, que dicen que hará maravillas.

–Mi señor –dijo sir Lanzarote–, si hice algún desatino, tuve lo que me busqué.

Y con eso no dijo más el rey. Pero todo el linaje de sir Lanzarote sabía por quien había estado fuera de su juicio.

Y entonces hubo grandes fiestas y mucha alegría; y muchos grandes señores y damas, cuando oyeron que sir Lanzarote había vuelto a la corte, hicieron gran contento.

Capítulo 11

Cómo La Bella Isolda aconsejó a Tristán

que fuese a la corte, a la gran fiesta de Pentecostés

Ahora dejamos este asunto, y hablamos de sir Tristán, y de sir Palomides, que era sarraceno no bautizado.

Cuando sir Tristán volvió a la Gozosa Guarda de sus aventuras, todo este tiempo que sir Lanzarote estuvo perdido, dos años o más, sir Tristán ganó fama en todos los reinos de Logres, y le acaecieron muchas extrañas aventuras, y muy bien y esforzadamente las llevó a término.

Y cuando volvió a casa, La Bella Isolda le habló de la gran fiesta que se daría el siguiente día de Pentecostés, y allí le contó cómo sir Lanzarote había estado perdido dos años, y todo este tiempo había estado fuera de su juicio y cómo había sido curado por el vaso sagrado, el Santo Grial.

–¡Ay! –dijo Tristán–, eso lo causó algún debate entre él y la reina Ginebra.

–Señor, todo lo sé, pues la reina Ginebra me envió una carta en la que me contaba cómo había sido todo, para requeriros que lo buscaseis. Y ahora, loado sea Dios –dijo La Bella Isolda–, está curado y sano y de vuelta en la corte.

–De eso me alegro –dijo sir Tristán–; y ahora nos aprestaremos vos y yo, pues estaremos ambos en la fiesta.

–Señor –dijo Isolda–, si os place, no quisiera estar yo allí, pues por mí sois señalado de muchos buenos caballeros, y eso hace que por mí os venga mucho más trabajo del que tenéis menester.

–Entonces no estaré yo allí –dijo sir Tristán–, a menos que estéis vos.

–Dios no lo quiera –dijo La Bella Isolda–, pues entonces se dirá vergüenza de mí entre todas las reinas y damas de estado; pues sois tenido por uno de los más nobles caballeros del mundo. Y vos, un caballero de la Tabla Redonda, ¿cómo podéis faltar a esa fiesta? ¿Qué se dirá entre los caballeros? «Ved cómo sir Tristán montea, y caza, y se esconde en un castillo con su dama, y desampara su honra. ¡Ay!», dirán algunos, «lástima que le hicieran caballero, o que haya tenido el amor de una dama». ¿Y qué dirán también las reinas y las damas de mí? Es lástima que viva para retener a un caballero tan noble como vos apartado de su honra.

–Así Dios me ayude –dijo sir Tristán a La Bella Isolda–; muy bien dicho está eso, y noblemente aconsejado; y ahora sé que me amáis; y como me habéis aconsejado, así haré. Pero ningún hombre ni mancebo cabalgará conmigo, sino yo solo. Y me pondré en camino el martes que viene, sin más arnés de guerra que mi lanza y mi espada.

Capítulo 12

Cómo sir Tristán partió desarmado y se

enfrentó a sir Palomides, y cómo se derribaron

el uno al otro, y cómo sir Palomides se abstuvo

Y cuando llegó el día se despidió sir Tristán de La Bella Isolda, y envió ella a cuatro caballeros con él; y al cabo de media milla los mandó él de vuelta otra vez. Y al cabo de una milla vio sir Tristán delante de él dónde había derribado sir Palomides a un caballero, y casi herido de muerte. Entonces pesó a sir Tristán no ir armado y se detuvo. En eso sir Palomides reconoció a sir Tristán, y dijo a grandes voces:

–¡Señor Tristán, ahora nos encontraremos, pues antes de que nos separemos vamos a resolver nuestros viejos agravios!

–En cuanto a eso –dijo sir Tristán–, jamás hubo cristiano que con su presunción me hiciese huir; y sabe bien, señor Palomides, tú que eres sarraceno, que jamás presumirás de que sir Tristán de Lionís haya huido de ti.

Y dicho esto sir Tristán hizo correr a su caballo, y fue con toda su fuerza derecho sobre sir Palomides, y partió en cien trozos su lanza sobre él. Y a continuación sir Tristán sacó la espada. Volvió entonces su caballo y asestó a sir Palomides seis grandes golpes encima del yelmo; y sir Palomides se tuvo quedo, miró a sir Tristán, y se maravilló de su insensatez y locura.

Entonces se dijo sir Palomides: «Si sir Tristán fuese armado, sería difícil hacerle cesar en esta batalla, y si me vuelvo y lo mato, seré afrentado adonde vaya».

Entonces habló sir Tristán y dijo:

–Tú, caballero cobarde, ¿qué te propones, por qué no quieres hacer batalla conmigo? Pues no tengas duda de que resistiré toda tu malicia.

–¡Ah, señor Tristán! –dijo Palomides–, muy bien sabes que no puedo luchar contigo por vergüenza, pues tú vas desnudo y yo armado, y

si te mato, mía será la deshonra. Y bien sabes –dijo sir Palomides a sir Tristán– que conozco tu fuerza y osadía para durar a un buen caballero.

–Eso es verdad –dijo sir Tristán–, y comprendo tu valentía.

–Bien dices –dijo sir Palomides–; ahora, os requiero que me contestéis a una pregunta que os quiero hacer.

–Di cuál es –dijo sir Tristán–, y te responderé la verdad, con la ayuda de Dios.

–En el caso –dijo sir Palomides– de que fueseis vos armado en todos los derechos como yo voy, y fuese yo desnudo como vos, ¿qué me haríais, por vuestra verdadera caballería?

–¡Ah! –dijo sir Tristán–, ahora te comprendo bien Palomides, pues ahora debo decir mi propio juicio, y así Dios me bendiga, lo que voy a decir no es por ningún temor que tenga de ti. Pero éste es: sabe, señor Palomides, que entonces tendrías que irte de mi lado, pues no querría haberlas contigo.

–Pues tampoco yo quiero –dijo Palomides–; y por tanto, sigue tu camino.

–En cuanto a eso, puedo escoger –dijo sir Tristán–, entre seguir o quedarme. Pero, señor Palomides, una cosa me maravilla: que tan buen caballero como eres, no quieras ser bautizado, cuando hace tanto tiempo que lo ha sido tu hermano, sir Safer.

Capítulo 13

Cómo sir Tristán tuvo el arnés de un caballero que estaba herido, y cómo derrocó a sir Palomides

–En cuanto a eso –dijo sir Palomides–, no puedo ser bautizado aún, por una promesa que hice muchos años atrás, aunque en mi corazón

creo en Jesucristo y en su dulce Madre María; pero aún me queda una batalla por hacer, y cuando la haya hecho, de buen grado quiero ser bautizado.

–Por mi cabeza, por una batalla no tienes que buscar más tiempo. Pues no consienta Dios –dijo sir Tristán– que por mi abstención vivas más tiempo sarraceno; pues allá está un caballero al que tú, señor Palomides, has herido y derribado. Ayúdame para que pueda armarme con su armadura, y presto haré que cumplas tu promesa.

–Sea como tú quieres –dijo Palomides.

Fueron, pues, al caballero que estaba sentado en una cuesta, y lo saludó sir Tristán, y él le saludó también, débilmente.

–Señor caballero –dijo sir Tristán–, os requiero que me digáis vuestro nombre verdadero.

–Señor –dijo él–, mi nombre es sir Galleron de Galway, y soy caballero de la Tabla Redonda.

–Así Dios me ayude –dijo sir Tristán–; mucho pesar tengo de vuestras heridas; pero por todo esto debo rogaros que me prestéis vuestra armadura entera, pues como veis voy desarmado, y debo hacer batalla con este caballero.

–Señor –dijo el caballero herido–, tenedla de buen grado; pero debéis guardaros, pues os prevengo que este caballero es fuerte. Señor –dijo Galleron–, y os ruego que me digáis vuestro nombre, y cuál es el nombre del caballero que me ha vencido.

–Señor, en cuanto a mi nombre, es sir Tristán de Lionís, y en cuanto al nombre del caballero que os ha herido, es sir Palomides, hermano del buen caballero sir Safer; aunque sir Palomides está aún sin bautizar.

–¡Ay! –dijo sir Galleron–, es lástima que tan buen caballero y tan noble hombre de armas esté sin bautizar.

–Así Dios me ayude –dijo sir Tristán–: o me mata él a mí, o yo a él; pero será bautizado antes de que nos separemos.

–Mi señor Tristán –dijo sir Galleron–, bien conocidos son vuestro nombre y merecimiento en muchos reinos, y Dios os salve este día de toda censura y afrenta.

Entonces sir Tristán desarmó a Galleron, el cual era un noble caballero, y había hecho muchos hechos de armas, y era grande de carnes y huesos. Y cuando estuvo desarmado se puso en pie, aunque estaba magullado en la espalda por una lanzada; sin embargo, como pudo, sir Galleron armó a sir Tristán. Y entonces sir Tristán montó en su propio caballo, y en su mano tomó la lanza de sir Galleron; y seguidamente se apercibió sir Palomides.

Y fueron bravamente contra sí, y se hirieron uno y otro en mitad de los escudos; y se quebró la lanza de sir Palomides, y sir Tristán lo derribó del caballo; y sir Palomides, lo más ligeramente que pudo, dejó el caballo, embrazó el escudo, y sacó la espada. Al ver eso sir Tristán, se apeó luego y ató su caballo a un árbol.

Capítulo 14

Cómo lucharon sir Tristán y sir Palomides mucho rato y después se reconciliaron, y sir Tristán hizo que fuera bautizado

Y entonces corrieron a juntarse como dos jabalíes salvajes, arremetiendo, acosando y esquivando como dos hombres nobles bien probados a menudo en batalla; pero sir Palomides temía la fuerza de sir Tristán, y por tanto éste le consentía que tomase aliento. Así lucharon más de dos horas, pero sir Tristán daba tales golpes a sir Palomides que le hacía ahinojar; y sir Palomides cortaba y tajaba muchas rajas del escudo de sir Tristán; y entonces sir Palomides hirió a sir Tristán, pues era buen hombre en la lucha.

Entonces sir Tristán se sintió loco de rabia, se abalanzó sobre sir

Palomides con tal fuerza que sir Palomides cayó de bruces a tierra; a continuación se puso en pie de un salto, y sir Tristán le hirió gravemente en el hombro. Y no paraba sir Tristán de luchar con la misma crudeza, y no desfallecía sir Palomides, sino que daba muchos graves tajos. Y finalmente sir Tristán dobló sus golpes, y con uno de ellos por fortuna le arrancó a sir Palomides la espada de la mano; y de haberse inclinado sir Palomides a recogerla, allí habría muerto. Entonces Palomides se quedó parado, mirando la espada con el corazón afligido.

–Y ahora qué –dijo sir Tristán a Palomides–; te tengo en ventaja como tú me has tenido hoy; pero jamás se dirá en ninguna corte, ni entre buenos caballeros, que sir Tristán ha matado a ningún caballero desarmado; por tanto toma tu espada, y pongamos fin a esta batalla.

–En cuanto a hacer esta batalla –dijo Palomides–, bien me atrevo a acabarla; pero no tengo gran deseo de seguir luchando más. Y por esta causa: que no es tan grande mi ofensa que no podamos ser amigos. Toda mi ofensa es por amor a La Bella Isolda. Y en cuanto a ella, me atrevo a decir que es sin par entre todas las otras damas, y también le ofrecí no hacerle nunca deshonor; y por ella he ganado la mayor parte de mi honra, y no ofendí jamás a su persona. Y en cuanto a la ofensa que he hecho, fue contra vuestra persona, y por esa ofensa me habéis dado hoy muchos golpes amargos, algunos de los cuales os he devuelto; y ahora me atrevo a decir que jamás he sentido a ningún hombre con vuestro poder, ni con tanto aliento, si no es sir Lanzarote del Lago. Por lo que os requiero, mi señor, que me perdonéis todo lo que os he ofendido; y llevadme este mismo día a la iglesia más cercana, y dejad que me limpie primero en confesión, y después ved que sea verdaderamente bautizado. Y entonces iremos juntos a la corte de Arturo, de manera que estemos allí en la alta fiesta.

–Tomad, pues, vuestro caballo –dijo sir Tristán–, y hagamos como decís; y Dios perdone toda tu mala voluntad, que yo te la perdono. Y a una milla de aquí está el sufragano de Carlisle, que os dará el sacramento del bautismo.

Tomaron entonces sus caballos, y fue sir Galleron con ellos. Y cuando llegaron al sufragano sir Tristán le dijo el deseo que los

llevaba. Entonces el sufragano hizo llenar una gran pila de agua, y cuando la hubo bendecido confesó a sir Palomides; y sir Tristán y sir Galleron fueron sus padrinos.

Y después de esto partieron a caballo para Camelot, donde estaban el rey Arturo y la reina Ginebra, y la mayor parte de los caballeros de la Tabla Redonda. Y el rey y toda la corte se alegraron de que sir Palomides hubiese sido bautizado. Y a la misma fiesta acudió Galahad, y se sentó en la Silla Peligrosa. Y después se separaron y se dispersaron todos los caballeros de la Tabla Redonda. Y sir Tristán volvió otra vez a la Gozosa Guarda, y sir Palomides siguió a la Bestia Aulladora.

Aquí termina el segundo libro de sir Tristán, que fue pasado del francés al inglés. Pero no se hace relación del tercer libro. Y aquí sigue la noble historia del Santo Grial, como es llamado el sagrado vaso, y la significación de la santísima sangre de Nuestro Señor Jesucristo, bendita mota sea, el cual fue traído a esta tierra por José de Arimatea. Por ende, Señor, ten piedad de todas las almas pecadoras.

Explicit liber XII. Et incipit

Decimustertius.

Libro XIII

Capítulo 1

Cómo en la víspera de la fiesta de Pentecostés entró en la sala ante el rey Arturo una doncella, y pidió a sir Lanzarote que fuese con ella para armar caballero a uno, y cómo fue con ella

En la víspera de Pentecostés, cuando toda la compañía de la Tabla Redonda hubo llegado a Camelot y oído allí su servicio, y estaban puestas las mesas para comer, entró en la sala una muy hermosa dueña a caballo, que había cabalgado a gran prisa, pues su caballo estaba todo cubierto de sudor. Entonces se apeó allí, fue ante el rey, y lo saludó; y dijo él:

–Doncella, Dios te bendiga.

–Señor –dijo ella–, decidme por Dios dónde está sir Lanzarote.

–Allá podéis verlo –dijo el rey.

Entonces fue a Lanzarote, y le dijo:

–Señor Lanzarote, os saludo en nombre del rey Pelles, y os requiero que vengáis conmigo aquí cerca a una floresta.

Entonces le preguntó sir Lanzarote con quién vivía.

–Con el rey Pelles –dijo ella.

–¿Qué queréis de mí? –dijo Lanzarote.

–Lo sabréis –dijo ella– cuando lleguéis allí.

–Bien –dijo él–; de grado iré con vos.

Y mandó sir Lanzarote a su escudero que le ensillase el caballo y le trajese sus armas; y a toda prisa hizo éste lo que le mandaba. Y fue entonces la reina a Lanzarote, y le dijo:

–¿Vais a dejarnos en esta alta fiesta?

–Señora –dijo la dueña–, sabed que estará con vos mañana a la hora de comer.

–Si yo supiese –dijo la reina– que no iba a estar aquí mañana con nosotros, no iría con vos por mi buena voluntad.

Partió, pues, sir Lanzarote con la dueña, y cabalgaron hasta que entraron en una floresta y en un gran valle, donde vieron una abadía de monjas; y había allí apercibido un escudero que abrió las puertas, y entraron y descendieron de sus caballos; y fue una gentil compañía a sir Lanzarote que le dio la bienvenida, y se alegró mucho de su llegada.

Y entonces lo guiaron a la cámara de la abadesa y lo desarmaron; y en eso advirtió que en una cama yacían dos de sus parientes, sir Bors y sir Lionel, y los despertó; y cuando ellos lo vieron hicieron gran contento.

–Señor –dijo sir Bors a sir Lanzarote–, ¿qué aventura os ha traído aquí?, pues pensábamos que mañana estaríais en Camelot.

–Así Dios me ayude –dijo sir Lanzarote–, una dueña me ha traído aquí, aunque no sé la causa.

Y en tanto estaban así hablando, entraron doce monjas que traían con ellas a Galahad, el cual era muy hermoso y bien hecho, de manera que apenas podría hallarse en el mundo su par; y todas estas damas iban llorando.

–Señor –dijeron todas–, os traemos aquí a este doncel que hemos criado, y os rogamos que lo hagáis caballero, pues de mano de hombre más digno no puede recibir la orden de caballería.

Miró sir Lanzarote al joven escudero y lo vio dulce y modesto como una paloma, con toda suerte de buenas condiciones, por lo que pensó que de su edad no había visto ninguno tan hermoso de forma. Entonces dijo sir Lanzarote:

–¿Viene de él este deseo?

Y él y todas dijeron que sí.

–Entonces –dijo sir Lanzarote– mañana recibirá la alta orden de caballería en reverencia de la alta fiesta.

Esa noche sir Lanzarote tuvo muy buena acogida; y por la mañana, a la hora de prima, por deseo de Galahad, lo hizo caballero, y dijo:

–Dios os haga buen hombre, pues belleza os falta menos que a ninguno de cuantos viven.

Capítulo 2

Cómo fueron halladas letras escritas en la Silla Peligrosa, y de la mararillosa aventura de la espada en una piedra

–Ahora gentil señor –dijo sir Lanzarote–, ¿queréis venir conmigo a la corte del rey Arturo?

–No –dijo él–; no iré con vos en esta sazón.

Entonces se fue de ellos llevándose a sus dos parientes con él, y llegaron a Camelot hacia la hora tercia, el domingo de Pentecostés. A la sazón el rey y la reina habían ido a la iglesia a oír su servicio. Entonces el rey y la reina se alegraron mucho de sir Bors y sir Lionel, y así mismo toda la compañía.

Y cuando el rey y todos los caballeros hubieron vuelto del servicio, los barones descubrieron en todas las sillas alrededor de la Tabla Redonda, escrito con letras de oro: AQUÍ HA DE SENTARSE... y DEBE SENTARSE AQUÍ...

Y así fueron viéndolas todos, hasta que llegaron a la Silla Peligrosa, donde hallaron letras de oro recién escritas que decían: CUMPLIDOS CUATRO CIENTOS CUARENTA Y CINCO INVIERNOS DE LA PASIÓN DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO, SERÁ OCUPADA ESTA SILLA.

Entonces dijeron todos:

–Cosa maravillosa es ésta, y aventurera.

–En el nombre de Dios –dijo sir Lanzarote; y entonces contó el término del escrito, desde el nacimiento de Nuestro Señor hasta ese día–. Paréceme que esta silla será ocupada este mismo día, pues ésta es la fiesta de Pentecostés del año cuatrocientos cuarenta y cinco; y si place a todas las partes, quisiera que ninguna de estas letras fuese vista este día, hasta que aparezca el que ha de acabar esta aventura.

Entonces mandaron traer un paño de seda para cubrir estas letras de la Silla Peligrosa. Entonces el rey ordenó sentarse a comer sin dilación.

–Señor –dijo sir Kay el Mayordomo–, si empezáis ahora a comer habréis quebrantado la vieja costumbre de vuestra corte; pues no soléis en este día sentaros a comer sin haber visto antes alguna aventura.

–Decís verdad –dijo el rey– pero me han dado tan grande alegría sir Lanzarote y sus primos, al venir a la corte sanos y salvos, que no me he acordado de mi vieja costumbre.

Y mientras así hablaban llegó un escudero y dijo al rey:

–Señor, os traigo nuevas maravillosas.

–¿Cuáles son? –dijo el rey.

–Señor, hay aquí abajo en el río una gran piedra que he visto flotar sobre el agua, y en ella he visto hincada una espada.

Y dijo el rey:

–Quiero ver ese prodigio.

Y fueron todos los caballeros con él; y cuando llegaron al río hallaron una piedra flotando, como de mármol bermejo, e hincada en ella una hermosa y rica espada, y en su pomo tenía piedras preciosas labradas con sutiles letras de oro. Entonces los barones leyeron las letras, que decían así: NINGÚN HOMBRE ME SAQUE DE AQUÍ, SINO AQUÉL A CUYO COSTADO DEBO COLGAR, QUE SERÁ EL MEJOR CABALLERO DEL MUNDO.

Cuando el rey hubo leído dicha leyenda, dijo a sir Lanzarote:

–Gentil señor, esta espada debe ser vuestra, pues estoy cierto de que sois el mejor caballero del mundo.

Entonces respondió sir Lanzarote muy gravemente:

–Ciertamente, señor, no es mi espada; también, señor, sabed que no osaré poner en ella mi mano; pues no le corresponde colgar a mi costado. También quien intente tomar la espada y fracase, recibirá una herida por esa espada de la que no sanará en mucho tiempo. Y quiero que sepáis que este mismo día comenzarán las aventuras del Santo Grial, como es llamado el sagrado vaso.

Capítulo 3

Cómo sir Gawain intentó sacar la espada,

y cómo un anciano trajo a Galahad

–Gentil sobrino –dijo el rey a sir Gawain–, intentad vos, por mi amor.

–Señor –dijo él–, salvo que me obliguéis, no lo haré.

–Señor –dijo el rey–, intentad sacar la espada por mi mandato.

–Señor –dijo Gawain–, vuestro mandato obedeceré.

Y seguidamente tomó la espada por el puño; pero no la pudo mover.

–Os lo agradezco –dijo el rey a sir Gawain.

–Mi señor Gawain –dijo sir Lanzarote–, ahora sabed que esta espada os tocará tan gravemente que desearéis no haber puesto jamás vuestra mano en ella ni por el mejor castillo de este reino.

–Señor –dijo él–, no podía contradecir la voluntad y mandato de mi tío.

Pero cuando el rey oyó eso le pesó mucho, y dijo a sir Perceval que probase él, por su amor. Y dijo él:

–De grado; así haré compañía a sir Gawain.

Y a continuación puso mano en la espada, tiró de ella fuertemente, pero no la pudo mover. Entonces no hubo nadie tan osado que se atraviese a poner su mano en ella.

–Ahora podéis ir a comer –dijo sir Kay al rey–, pues una maravillosa aventura habéis visto.

Y el rey y todos fueron a la corte; y cada caballero conoció su sitio y se sentó en él, y les sirvieron los que eran caballeros mancebos.

Y cuando fueron servidos, y todos los sitios estuvieron ocupados salvo la Silla Peligrosa, acaeció una aventura maravillosa: todas las puertas y ventanas del palacio se cerraron por sí mismas. Sin embargo, no quedó la sala a oscuras, con lo que se sintieron turbados unos y otros. Entonces habló primero el rey, y dijo:

–Por Dios, gentiles compañeros y señores, este día hemos visto prodigios, pero antes de que sea de noche adivino que aún los veremos mayores.

Entretanto llegó un anciano bondadoso, todo vestido de blanco, y no hubo caballero que supiese de dónde venía. Y con él traía a un caballero mancebo, ambos a pie, con armas bermejas, sin espada ni escudo, salvo una vaina colgando de su costado. Y dijo estas palabras:

–La paz sea con vosotros, gentiles señores.

Después, dijo el anciano a Arturo:

–Señor, traigo aquí a un caballero mancebo, el cual es de linaje de reyes, y de la estirpe de José de Arimatea, por quien se cumplirán plenamente los prodigios de esta corte, y de reinos extraños.

Capítulo 4

Cómo el anciano llevó a Galahad

a la Silla Peligrosa y lo sentó en ella,

y cómo se maravillaron todos los caballeros

Mucho se alegró el rey de sus palabras, y dijo al hombre bueno:

–Señor, sed bien venido, y el caballero mancebo con vos.

Entonces el anciano mandó desarmarse al joven, y quedó éste en una cota del cendal bermejo; y un manto forrado de armiño que llevaba al hombro, se lo puso encima. Y el viejo caballero dijo al caballero mancebo:

–Señor, seguidme.

Y al punto lo guió a la Silla Peligrosa, a cuyo lado estaba sentado sir Lanzarote; y el hombre bueno alzó el paño, y halló allí una leyenda que decía así: ÉSTE ES EL SITIO DE GALAHAD, EL ALTO PRÍNCIPE.

–Señor –dijo el viejo caballero–, sabed que este sitio es vuestro.

Y entonces se sentó él sin novedad en dicha silla. Y dijo entonces al anciano:

–Señor, ahora podéis emprender vuestro regreso, pues habéis hecho bien lo que se os había mandado hacer; y recomendadme a mi señor abuelo, el rey Pelles, y a mi señor Petchere, y decidles de mi parte que iré a visitarlos lo antes que pueda.

Partió el hombre bueno, y se unieron a él veinte nobles escuderos; y tomaron sus caballos y emprendieron el regreso.

Entonces todos los caballeros de la Tabla Redonda se maravillaron grandemente de sir Galahad, que había osado sentarse en aquella Silla Peligrosa, siendo de tan tierna edad; y no sabían de dónde venía, sino solamente por Dios, que dijo: «Éste es por quien será acabado el Santo Grial, pues jamás se ha sentado ahí nadie, aparte de él, que no haya recibido menoscabo».

Entonces sir Lanzarote miró a su hijo, y sintió gran gozo de él. Entonces dijo Bors a sus compañeros:

–Apuesto la vida, a que este caballero mancebo alcanzará gran merecimiento.

Este rumor fue grande en toda la corte, de manera que llegó a la reina. Entonces se preguntó qué caballero podía ser el que osaba sentarse en la Silla Peligrosa. Y muchos dijeron a la reina que se semejaba mucho a sir Lanzarote.

–Bien puedo creer –dijo la reina– que sir Lanzarote lo engendró en la hija del rey Pelles, con la que le hicieron yacer por encantamiento, y su nombre es Galahad. Mucho me alegraría verlo, pues de necesidad debe ser un hombre noble, pues así es el padre que lo engendró; me confirmaré por toda la Tabla Redonda.

Y cuando hubo acabado la comida, y el rey y todos se hubieron levantado, fue el rey a la Silla Peligrosa, alzó el paño, y halló allí el nombre de Galahad; entonces lo mostró a sir Gawain, y dijo:

–Gentil sobrino, ahora tenemos entre nosotros a sir Galahad, el

buen caballero que nos honrará a todos; y apuesto mi vida a que acabará el Santo Grial, según sir Lanzarote nos ha hecho entender.

Entonces fue el rey Arturo a Galahad y le dijo:

–Señor, sed bien venido, pues moveréis muchos buenos caballeros a la demanda del Santo Grial, y acabaréis lo que jamás ha podido llevar a término ningún caballero.

Entonces el rey lo tomó de la mano, y salió del palacio para mostrar a Galahad la aventura de la piedra.

Capítulo 5

Cómo el rey Arturo mostró a Galahad la piedra

que se tenía sobre el agua, y cómo éste sacó la espada

Se enteró la reina de esto, y fue detrás con muchas damas, y les fue mostrada la piedra, dónde se tenía sobre el agua.

–Señor –dijo el rey a sir Galahad–, aquí está un gran prodigio como jamás he visto otro, y buenos caballeros lo han intentado y han fracasado.

–Señor –dijo Galahad–, ése no es ningún prodigio, pues no es de ellos esta aventura sino mía; y tan seguro estaba yo de tener esa espada que no he traído ninguna, pues aquí a mi costado cuelga la vaina –y puso luego mano a la espada, la sacó ligeramente de la piedra, y la metió en la vaina; y dijo al rey–: ahora está mejor guardada que antes.

–Señor –dijo el rey–, Dios os enviará escudo.

–Ahora tengo la espada que en otro tiempo fue del buen caballero Balin le Savage, el cual fue muy buen caballero por sus manos; y con esta espada mató a su hermano Balan, lo que fue gran lástima,

pues era buen caballero, y se dieron muerte el uno al otro por un doloroso golpe que Balin dio a mi abuelo el rey Pelles, del que aún no ha sanado, ni sanará hasta que yo lo sane.

En eso vieron el rey y todos dónde venía a caballo por el río una dama sobre un palafrén blanco, hacia ellos. Y saludó esta dama al rey y a la reina, y preguntó si estaba allí sir Lanzarote. Entonces respondió él mismo:

–Aquí estoy, gentil señora.

Entonces dijo ella toda llorosa:

–Cómo ha cambiado vuestra gran proeza desde este día de mañana.

–Doncella, ¿por qué decís eso? –dijo Lanzarote.

–Os digo la verdad –dijo la doncella–, pues este día érais el mejor caballero del mundo; pero quien ahora dijese eso diría mentira, pues ahora hay otro mejor que vos, y bien probado está en la aventura de la espada a la que no habéis osado poner mano; y ése es el cambio y desamparo de vuestro nombre. Y os hago recordatorio de ello para que no os creáis en adelante el mejor caballero del mundo.

–Tocante a eso –dijo Lanzarote–, sé que nunca he sido el mejor.

–Sí lo fuiste –dijo la doncella–; y lo eres aún, de todos los pecadores del mundo. Y el señor rey, Nacien el ermitaño, te envía nueva de que te llegará la más grande honra que jamás le ha llegado a ningún rey de Bretaña; y te digo, por tanto, que este día ha aparecido en tu casa el Santo Grial, y te ha alimentado a ti y a toda la compañía de la Tabla Redonda.

Y con eso se fue, y tomó el mismo camino por el que había venido.

Capítulo 6

Cómo el rey Arturo reunió a todos

los caballeros para justar en el prado cercano

a Winchester antes de que se fuesen

–Ahora estoy seguro –dijo el rey– de que partiréis en pos de esta demanda del Santo Grial todos los de la Tabla Redonda, y de que nunca os volveré a ver juntos; por tanto quiero veros a todos juntos en el prado de Camelot para justar y tornear, a fin de que después de vuestra muerte puedan los hombres hablar de ello, de que tales buenos caballeros estuvieron todos juntos tal día.

Y con este consejo y requerimiento del rey estuvieron todos concordes, y tomaron los arneses que convenían para justar. Pero todo este movimiento del rey era con esta intención: ver probado a sir Galahad; pues pensaba que no volvería fácilmente a la corte una vez que se marchase. Y se reunieron en el prado tanto los que eran más como los que eran menos.

Entonces sir Galahad, por ruego del rey y la reina, se puso una noble cota jacerina; se puso también su yelmo, pero escudo no quiso tomar ninguno, por mucho que el rey le rogó.

Y entonces sir Gawain y demás caballeros le rogaron que tomase una lanza, y así lo hizo; y la reina estaba en una torre con todas sus damas para presenciar este torneo.

Entonces sir Galahad enderezó hacia el centro del prado, y comenzó a quebrar lanzas maravillosamente, de manera que todos se maravillaban de él; pues allí sobrepujaba al resto de los caballeros, pues en poco rato había puesto en vergüenza a muchos buenos caballeros de la Tabla Redonda salvo a dos, que eran sir Lanzarote y sir Perceval.

Capítulo 7

Cómo quiso la reina ver a Galahad;

y después, todos los caballeros fueron colmados

con el Santo Grial, y cómo todos ellos

prometieron la búsqueda del mismo

Entonces el rey, a requerimiento de la reina, lo hizo apear y desenlazarse el yelmo, a fin de que la reina pudiese verle la cara. Cuando lo contempló, dijo:

–En verdad, bien me atrevo a decir que sir Lanzarote lo engendró, pues jamás dos hombres se semejaron tanto, por ende no es maravilla que sea de gran proeza.

Y una dama que estaba junto a la reina, dijo:

–Por Dios, señora, ¿de verdad ha de ser tan buen caballero?

–Sí, en verdad –dijo la reina–; pues de todas partes viene de los mejores caballeros del mundo, y del más alto linaje; pues sir Lanzarote viene sólo del octavo grado de Nuestro Señor Jesucristo, y sir Galahad del noveno grado, por ende me atrevo a decir que son los más grandes gentileshombres del mundo.

Y entonces el rey y todos los estados volvieron a Camelot, y fueron a vísperas en la gran iglesia, y después de eso a cenar, y cada caballero se sentó en su sitio como antes.

Y al punto oyeron el crujido y estruendo del trueno, al extremo que pensaron que iba a reventar toda la plaza. En medio de este estallido entró un rayo de sol siete veces más claro que el día, y fueron todos iluminados por la gracia del Espíritu Santo. Entonces comenzaron los caballeros a mirarse, y cada uno veía a los otros, por su semejanza, más hermosos de lo que nunca fueron antes. Sin embargo, no hubo caballero que pudiese decir una palabra durante buen rato, y se miraban unos a otros como si fuesen mudos.

Entonces entró en la sala el Santo Grial cubierto con jamete blanco, pero nadie pudo verlo, ni quién lo llevaba. Y toda la sala se llenó de

fragancia, y cada caballero tuvo las viandas y bebidas que más amaba en este mundo. Y cuando el Santo Grial hubo sido paseado por toda la sala, entonces el sagrado vaso desapareció súbitamente, de manera que no supieron qué había sido de él; y al punto recobraron todos aliento para hablar. Y el rey dio gracias a Dios, de la buena gracia que les había enviado.

–Ciertamente –dijo el rey–, debemos dar gracias a Nuestro Señor Jesús grandemente por lo que nos ha mostrado este día, en conmemoración de su alta fiesta de Pentecostés.

–Hemos sido servidos –dijo sir Gawain–, este día, de cuantas viandas y bebidas podíamos imaginar; pero una cosa nos ha estorbado, de manera que no hemos podido ver el Santo Grial: que estaba preciosamente cubierto. Por lo que quiero hacer aquí voto de que mañana, sin dilación ninguna, trabajaré en la demanda del Santo Grial, de manera que estaré ausente doce meses y un día, o más si fuese menester, y no regresaré a la corte hasta haberlo visto más claramente que aquí ahora; y si no lo puedo lograr, volveré como el que no puede ir contra la voluntad de Nuestro Señor Jesucristo.

Cuando los de la Tabla Redonda oyeron decir esto a sir Gawain, se levantaron la mayor parte e hicieron promesas parecidas a la de sir Gawain. Y en cuanto el rey Arturo les oyó esto se disgustó grandemente, pues sabía que no les podría hacer volverse atrás.

–¡Ay! –dijo el rey Arturo a sir Gawain–, casi me habéis matado con el voto y promesa que habéis hecho; pues vos me habéis privado de la más gentil compañía y más leal caballería que se ha visto junta en ningún reino del mundo; pues cuando se marchen de aquí estoy seguro de que nunca más se volverán a juntar en este mundo, pues muchos son los que morirán en la demanda. Y me aflige un poco, pues los he amado tanto como a mi propia vida, por lo que mucho me pesa la disolución de esta compañía; pues era vieja costumbre mía tenerlos conmigo.

Capítulo 8

Cómo hicieron gran lamentación el rey y las damas

por la partida de los caballeros, y cómo partieron

Y con esto las lágrimas le desbordaron de los ojos. Y dijo entonces:

–Gawain, Gawain, en gran congoja me habéis puesto; pues presiento grandemente que esta leal compañía no volverá a juntarse aquí otra vez.

–¡Ah! –dijo sir Lanzarote–, consolaos; pues será gran honra para nosotros, y mucho más si morimos en otros lugares, pues todos tenemos que morir .

–¡Ah, señor Lanzarote! –dijo el rey–, el gran amor que os he tenido a todos toda mi vida me hace decir palabras tan doloridas; pues jamás un rey cristiano tuvo tantos hombres dignos a su mesa como he tenido yo este día alrededor de la Tabla Redonda, y ésa es mi gran congoja.

Cuando la reina, dueñas y doncellas supieron estas nuevas, hicieron tal lamentación y aflicción que no hay lengua que la pueda contar, pues estos caballeros se habían tenido en honra y caridad. Pero de todas ellas, la reina Ginebra fue la que hizo más grande lamentación.

–Me maravilla –dijo ella– que mi señor les consienta que se vayan de él.

Y toda la corte estaba turbada por el amor de los caballeros que partían. Y muchas de las damas que amaban a algún caballero quisieron ir con sus amadores; y así lo habrían hecho, de no ir un viejo caballero entre ellos con vestidura religiosa, el cual habló entonces a todos, y dijo en voz alta:

–Gentiles señores que habéis jurado la demanda del Santo Grial: Nacien el ermitaño os envía mandado que ninguno en esta empresa lleve consigo dueña ni doncella, pues no se debe hacer esto en tan alto servicio como éste en que estáis; pues os prevengo claramente

que el que no esté limpio de pecado no verá los misterios de Nuestro Señor Jesucristo.

Y por esta causa dejaron a estas dueñas y doncellas. Después de lo cual fue la reina a Galahad y le preguntó de dónde era, y de qué país. Y él le dijo de dónde era. Y si era hijo de Lanzarote, dijo ella. En cuanto a eso, no dijo él ni sí ni no.

–Así Dios me ayude –dijo la reina–, de vuestro padre no tenéis por qué avergonzaros; pues es el caballero más gallardo, y viene de los mejores hombres del mundo, y de raza de reyes por todas partes. Por lo que de derecho debéis ser, por vuestros hechos, harto buen caballero; y ciertamente –dijo–, os semejáis a él mucho.

Entonces sir Galahad se avergonzó un poco y dijo:

–Señora, ya que lo sabéis de cierto, ¿por qué me lo preguntáis? Pues el que es mi padre será reconocido abiertamente muy pronto.

Y fueron a descansar. Y en honor a la alteza de sir Galahad, fue llevado a la cámara del rey Arturo, y allí descansó en su propia cama.

Y tan pronto como fue día se levantó el rey, pues no había descansado en toda esa noche por aflicción. Entonces fue a Gawain y a sir Lanzarote, que se habían levantado para oír misa. Y entonces dijo el rey otra vez:

–¡Ah, Gawain, Gawain, me habéis traicionado!, pues jamás será enmendada mi corte por vos, y jamás tendréis queja de mí como la tengo yo de vos –y en esto las lágrimas empezaron a correrle por la cara. Y dijo luego el rey–: Ah, caballero sir Lanzarote, te requiero que me aconsejes, pues quisiera deshacer esta demanda si puede ser.

–Señor –dijo sir Lanzarote–, ayer visteis a muchos dignos caballeros jurar que no la dejarían de ninguna manera.

–Eso sé bien –dijo el rey–; pero me va a pesar tanto su marcha que sé que ninguna clase de dicha me consolará.

Y entonces el rey y la reina fueron a la iglesia. Y al punto mandaron

Lanzarote y Gawain a sus hombres que trajesen sus armas. Y cuando estuvieron todos armados salvo el escudo y el yelmo, fueron a su compañía, los que estaban ya prestos de la misma manera, para ir a la iglesia a oír su servicio.

Y después que el servicio fue hecho quiso saber el rey cuántos habían aceptado la demanda del Santo Grial y rogó que se contasen todos. Entonces halló por la cuenta que eran ciento cincuenta, y que todos eran caballeros de la Tabla Redonda. Y a continuación se pusieron los yelmos y partieron, y todos se recomendaron a la reina; y allí hubo llanto y mucha aflicción.

Entonces la reina se metió en su cámara y se encerró para que nadie viese sus grandes congojas.

Cuando sir Lanzarote echó de menos a la reina fue a su cámara; y al verle ella dijo a voces:

–¡Oh, Lanzarote, Lanzarote, me habéis traicionado y dado muerte, por abandonar así a mi señor!

–¡Ah, señora!, os ruego que no os disgustéis, pues volveré lo más presto que pueda con mi honra.

–¡Ay! –dijo la reina–, que haya llegado yo a veros; pero el que sufrió la muerte en la cruz por toda la humanidad sea vuestro buen guía y protector, y el de toda la entera compañía.

Partió, pues, sir Lanzarote, y halló a su compañía aguardando su llegada. Y montaron sobre sus caballos, y recorrieron la calle de Camelot; y allí lloraban pobres y ricos, y el rey hubo de darse la vuelta, y no podía hablar a causa de los llantos.

Y al poco rato llegaron a una ciudad y castillo que se llamaba Vagon. Entraron en el castillo, y el señor de él era un anciano llamado Vagon, que era hombre de vida buena, el cual mandó abrir las puertas, y les ofreció toda la buena acogida que pudo. Y por la mañana acordaron todos que cada uno debía separarse de los demás; y a la mañana siguiente se despidieron con las caras llorosas, y cada caballero tomó el camino que más le plació.

Capítulo 9

Cómo Galahad ganó un escudo, y qué acontecía a los que osaban descolgar dicho escudo

Ahora cabalga sir Galahad sin escudo, y así siguió cuatro días sin ninguna aventura. Y al cuarto día, después de vísperas, llegó a una abadía blanca donde fue recibido con gran reverencia, y guiado a una cámara, y allí fue desarmado; y entonces advirtió que había dos caballeros de la Tabla Redonda, uno era sir Bagdemagus y el otro sir Uwain.

Y cuando ellos le vieron, fueron a Galahad y se alegraron mucho de verle, y fueron a cenar.

–Señores –dijo sir Galahad–, ¿qué aventura os ha traído aquí?

–Señor –dijeron ellos–, nos han dicho que en este lugar hay un escudo que ningún hombre puede llevar alrededor de su cuello sin que sufra menoscabo o sea muerto en tres días, o queda tullido para siempre.

–¡Ah, señor! –dijo el rey Bagdemagus–, yo lo llevaré mañana para probar esta aventura.

–En el nombre de Dios –dijo Galahad.

–Señor –dijo Bagdemagus–, si no consigo acabar esta aventura del escudo debéis tomarla vos, pues seguro estoy de que vos no fracasaréis.

–Señor –dijo Galahad–, muy de grado me avengo a ello, pues no tengo escudo.

Y por la mañana se levantaron y oyeron misa. Entonces Bagdemagus preguntó dónde estaba el escudo aventurado. Al punto

le llevó un monje detrás de un altar donde colgaba un escudo más blanco que la nieve, pero en el centro tenía una cruz bermeja.

–Señores –dijo el monje–, este escudo no colgará del cuello de ningún caballero, a menos que sea el caballero más digno del mundo; y por tanto os aconsejo, caballeros, que seáis muy precavidos.

–Bien sé –dijo Bagdemagus– que no soy el mejor caballero del mundo; pero probaré a llevarlo –y lo sacó de la iglesia, y dijo entonces a Galahad–: si os place, aguardad aquí, hasta que sepáis cómo he librado.

–Os esperaré –dijo Galahad.

Entonces el rey Bagdemagus llevó consigo a un buen escudero para que llevase nuevas a sir Galahad de lo que le aconteciese. Y después que cabalgaron dos millas y entraron en un hermoso valle, ante una ermita, vieron venir de aquella parte a un caballero con armadura, caballo y todo de blanco; y venía todo lo deprisa que su caballo podía correr, con la lanza en el ristre; y sir Bagdemagus enderezó su lanza contra él y la quebró sobre el blanco caballero. Pero el otro le dio tan fuerte golpe que le desgarró las mallas, y le atravesó el hombro derecho, pues el escudo no le cubrió en esa sazón, y lo tiró del caballo. Y seguidamente se apeó y le quitó el escudo blanco, diciendo:

–Caballero, gran desatino te has hecho a ti mismo, pues este escudo no debe ser llevado sino por el que no tiene par de cuantos viven.

Y entonces fue al escudero de Bagdemagus, y dijo:

–Lleva este escudo al buen caballero sir Galahad, que has dejado en la abadía, y salúdale de mi parte.

–Señor –dijo el escudero–, ¿cuál es vuestro nombre?

–Ninguna cuenta hagas de mi nombre –dijo el caballero–; pues no te corresponde a ti saberlo, ni a ningún hombre terrenal.

–Gentil señor –dijo el escudero–, por reverencia a Jesucristo, decidme por qué causa nadie puede llevar este escudo sin que sufra

menoscabo su portador.

–Ya que me conjuras tanto –dijo el caballero–, este escudo no conviene a ningún hombre más que a Galahad.

Y fue el escudero a Bagdemagus, y le preguntó si estaba malherido.

–Sí, en verdad –dijo él–, y mal escaparé de la muerte.

Entonces le trajo su caballo, y lo llevó con gran trabajo a la abadía. Allí fue bajado y desarmado suavemente, y acostado en una cama, y allí le cuidaron sus heridas. Y como cuenta el libro, yació mucho tiempo, y escapó a duras penas con vida.

Capítulo 10

Cómo partió Galahad con el escudo, y cómo el rey Evelake había recibido este escudo de José de Arimatea

–Señor Galahad –dijo el escudero–, el caballero que hirió a Bagdemagus os envía saludos, y manda que llevéis este escudo, por el que os acaecerán grandes aventuras.

–Pues bendita sea la buena fortuna –dijo Galahad.

Y entonces pidió sus armas, montó sobre su caballo, se colgó el blanco escudo alrededor del cuello y los encomendó a Dios. Y dijo sir Uwain que quería ir en su compañía, si le placía.

–Señor –dijo Galahad–, no podéis; pues debo ir solo, salvo este escudero que me hará compañía –y se separó de Uwain.

Y al poco rato llegó Galahad a donde le esperaba el caballero blanco cerca de la ermita, y se saludaron el uno al otro cortésmente.

–Señor –dijo Galahad–, ¿han acaecido muchas maravillas por este escudo?

–Señor –dijo el caballero–, acaeció treinta y dos años después de la pasión de Nuestro Señor Jesucristo que José de Arimatea, el gentil caballero que bajó a Nuestro Señor de la Santa Cruz abandonó en aquel tiempo Jerusalén con gran parte de sus parientes. Y se esforzó hasta que llegó a una ciudad llamada Sarras. Y en aquella misma hora que José llegaba a Sarras había un caballero llamado Evelake que sostenía gran guerra contra los sarracenos, y en especial contra uno que era primo del rey Evelake, un rico rey y poderoso que lindaba con esta tierra, y cuyo nombre era Tolleme la Feintes. Y un día se encontraron estos dos para hacer batalla.

»Entonces José, hijo de José de Arimatea, fue al rey Evelake y le dijo que sería desbaratado y muerto, a menos que abandonase su creencia en la vieja ley y creyese en la nueva ley. Y entonces le mostró la recta creencia de la Santísima Trinidad, que aceptó de corazón; y allí hicieron este escudo para el rey Evelake, en nombre de Aquel que murió en la Cruz. Y entonces, por su buena creencia venció al rey Tolleme. Pues cuando Evelake estaba en la batalla, llevaba un paño delante del escudo, y cuando estaba en el más grande peligro apartaba el paño, y entonces sus enemigos veían la figura de un hombre en la cruz, con lo que eran todos desbaratados.

»Y acaeció que le fue cortada una mano a uno de los hombres del rey Evelake, y llevaba dicha mano en su otra mano; y llamó José a aquel hombre, y le mandó que con buena devoción tocase la cruz. Y tan pronto como hubo tocado la cruz con su mano, ésta quedó tan sana como había estado antes. Y poco después acaeció un gran prodigio, que desapareció la cruz del escudo un tiempo, de manera que nadie sabía qué había sido de ella. Y entonces fue bautizado el rey Evelake, y la mayor parte de la gente de dicha ciudad.

»Y poco después quiso partir José, y el rey Evelake deseó ir con él quisiese o no. Y por fortuna llegaron a esta tierra, que en aquel tiempo se llamaba Gran Bretaña; y en ella hallaron a un gran felón pagano, el cual puso a José en prisión. Y por fortuna le llegó nueva de esto a un hombre de merecimiento llamado Mondrames, y reunió a toda su gente por el gran renombre que había oído de José; y entró en la tierra de la Gran Bretaña y desheredó a este felón

pagano, y lo confundió, y luego libró a José de prisión. Y después de eso toda la gente abrazó la fe cristiana.

Capítulo 11

Cómo hizo José una cruz sobre el escudo blanco con su sangre, y cómo Galahad fue por un monje llevado a una tumba

»No mucho después de esto José fue puesto en su lecho mortal. Y cuando el rey Evelake lo vio, hizo gran lamentación, y dijo:

»–Por tu amor he dejado mi país, y ya que vas a irte de este mundo, déjame alguna señal tuya, que pueda pensar en ti.

»Y dijo José:

»–Muy de grado lo haré; traedme el escudo que os di cuando entrasteis en batalla contra el rey Tolleme.

»A todo esto José sangraba mucho por la nariz, de manera que por ningún medio se le podía restañar. Y allí, sobre ese escudo, hizo una cruz con su propia sangre.

»–Ahora podréis ver un recuerdo de que os amo, pues jamás veréis este escudo sin que penséis en mí, y siempre estará fresca como está ahora. Y ningún hombre llevará este escudo alrededor de su cuello sin que le pese, hasta que sea sazón de que Galahad, el buen caballero, lo lleve; y el último de mi linaje lo tendrá alrededor de su cuello, de manera que hará muchos hechos maravillosos.

»–¿Y dónde pondré este escudo –dijo el rey Evelake– para que este digno caballero lo pueda tener?

»–Lo dejaréis donde Nacien, el ermitaño, sea depositado cuando

muera; pues allá irá ese buen caballero el décimo quinto día después que reciba la orden de caballería –y el día que ellos señalaron es este en que él tiene su escudo, y en esa misma abadía yace Nacien el ermitaño.

Y entonces el caballero blanco se desvaneció.

Luego que el escudero hubo oído estas palabras, se apeó de su hacanea, se arrodilló a los pies de Galahad, y le rogó poder ir con él hasta que le hiciese caballero.

–¿Y si no quisiera rechazaros?

–Entonces, ¿me haréis caballero? –dijo el escudero–. Y esa orden, por la gracia de Dios, estará bien puesta en mí.

Así se lo concedió sir Galahad, y regresaron otra vez a la abadía de donde habían venido; y allí los hombres hicieron gran agasajo a sir Galahad. Y luego que se hubo apeado lo llevó un monje a una tumba del cementerio, de donde salían tales voces que quien las oía estaba cerca de enloquecer o perder sus fuerzas: «y señor –dijeron–, creemos que es un demonio».

Capítulo 12

De la maravilla que sir Galahad vio y oyó

en la tumba, y cómo hizo caballero a Melias

–Pues llevadme allá –dijo Galahad.

Y así lo hicieron, todo armado salvo el yelmo.

–Id ahora a la tumba –dijo el hombre bueno–, y levantadla.

Así lo hizo, y oyó una gran voz; y decía lastimeramente, de manera que todos lo pudieron oír:

–Sir Galahad, siervo de Jesucristo, no te acerques a mí, pues me harás volver a donde he estado mucho tiempo.

Pero Galahad no tuvo ningún espanto, sino que levantó la piedra; y salió de allí un humo de lo más inmundo, y después vio saltar de allí a la más horrible figura que había visto con la semejanza de un hombre; entonces se santiguó, y supo que era un demonio. Entonces oyó una voz que dijo:

–Galahad, veo ahí a tu alrededor tantos ángeles que mi poder no es capaz de ir contra ti.

En eso vio sir Galahad un cuerpo todo armado que yacía en esa tumba, y a su lado una espada.

–Ahora, gentil hermano –dijo Galahad–, saquemos este cuerpo, pues no es digno de estar en este cementerio, pues era un falso cristiano.

Y seguidamente partieron todos y fueron a la abadía. Y tan pronto como fue desarmado fue un hombre bueno, se sentó junto a él, y dijo:

–Señor, os diré lo que representa todo lo que habéis visto en la tumba; pues este cuerpo cubierto representa la dureza[14] del mundo, y el gran pecado que Nuestro Señor halló en él. Pues reinaba tal desdicha que el padre no amaba al hijo, ni el hijo amaba al padre; y ésa fue una de las causas de que Nuestro Señor tomase carne y sangre de una doncella pura, pues nuestros pecados eran tan grandes en aquel tiempo que casi todo era maldad.

–Verdaderamente –dijo Galahad–, os creo muy bien.

Y sir Galahad descansó allí toda esa noche; y por la mañana hizo caballero al escudero, y le preguntó su nombre, y de qué estirpe venía.

–Señor –dijo él–, me llamo Melias de Lile, y soy el hijo del rey de Dinamarca.

–Pues bien, gentil señor –dijo Galahad–, ya que venís de reyes y reinas, ved que la caballería esté bien puesta en vos, pues habréis de ser espejo de toda caballería.

–Señor –dijo sir Melias–, decís verdad. Pero, señor, ya que me habéis hecho caballero, de derecho debéis concederme mi primer deseo, que es razonable.

–Decís verdad –dijo Galahad.

Dijo Melias:

–Consentid que vaya con vos en esta demanda del Santo Grial, hasta que nos separe alguna aventura.

–Os lo concedo, señor.

Entonces trajeron a Melias su armadura y su lanza y su caballo, y cabalgaron sir Galahad y él toda esa semana sin que hallasen ninguna aventura.

Y un lunes por la mañana, después de partir de una abadía, llegaron a una encrucijada de la que salían dos caminos, y en esa encrucijada había un letrero que decía así: CABALLERO ANDANTE QUE VAS EN BUSCA DE CABALLEROS AVENTUREROS, HE AQUÍ DOS CAMINOS: ESE CAMINO TE VEDA QUE VAYAS POR ÉL, PUES NO SALDRÁ DE ÉL SINO QUIEN SEA HOMBRE BUENO Y CABALLERO DE MERECIMIENTO; Y SI SIGUES EL DE LA IZQUIERDA, NO GANARÁS PROEZA FÁCILMENTE, PUES PRONTO SERÁS PROBADO EN ESE CAMINO.

–Señor –dijo Melias a Galahad–, decidme si os place dejarme escoger el camino de la izquierda, pues en él probaré bien mi fuerza.

–Mejor sería –dijo Galahad– que no fueseis por ese camino, pues creo que mejor escaparía yo por él que vos.

–No, mi señor; os ruego que me dejéis tener esa aventura.

–Pues tomadla, en nombre de Dios –dijo Galahad.

Capítulo 13

De la aventura que tuvo Melias,

y cómo Galahad lo vengó, y cómo Melias

fue transportado a una abadía

Y entonces entró Melias por una vieja floresta, y cabalgó por ella dos días o más. Y al cabo salió a un hermoso prado, y allí había una hermosa cabaña de ramas. Y en dicha cabaña descubrió una silla donde había una corona de oro sutilmente labrada. Había también manteles en tierra, con muchas deleitosas viandas dispuestas sobre ellos. Sir Melias contempló esta aventura, y la tuvo por maravillosa, aunque no tenía hambre; pero de la corona de oro hizo mucha cuenta; se inclinó luego, la tomó, y siguió su camino con ella.

Y a poco vio venir cabalgando tras él un caballero que dijo:

–Caballero, dejad esa corona que no es vuestra, y por tanto defendeos.

Entonces sir Melias se santiguó y dijo:

–Gentil Señor del Cielo, ayuda y salva a Tu recién hecho caballero.

Entonces hicieron correr a sus caballos lo deprisa que podían, y el otro caballero atravesó a sir Melias la cota de malla y el costado izquierdo, de manera que cayó a tierra casi muerto. Entonces el otro tomó la corona y emprendió su camino; y sir Melias quedó tendido y sin fuerzas para moverse.

Entretanto llegó por fortuna sir Galahad y lo halló allí en peligro de muerte. Y dijo entonces:

–¡Ah, Melias!, ¿quién os ha herido? Mejor habría sido que hubieseis tomado el otro camino.

Y cuando sir Melias le oyó hablar, «señor –dijo–, por el amor de Dios, no dejéis que muera en esta floresta, sino llevadme a la abadía, aquí cerca, que pueda ser confesado y recibir mis ritos».

–Así lo haré –dijo Galahad–; pero ¿dónde está el que os ha herido?

En eso oyó Galahad entre las matas gritar alto:

–¡Caballero, guárdate de mí!

–¡Ah, señor! –dijo Melias–; tened cuidado, pues ése es el que me ha matado.

Sir Galahad respondió:

–¡Señor caballero, venga vuestro peligro!

Enderezaron entonces el uno para el otro, se juntaron lo deprisa que sus caballos podían correr, y Galahad lo hirió de tal suerte que su lanza le entró por el hombro, y lo derribó del caballo, y en la caída se quebró la lanza de Galahad. En esto salió otro caballero de las matas, y quebró una lanza sobre Galahad antes que éste pudiese volverse. Entonces Galahad sacó la espada y le tajó el brazo izquierdo, que le cayó a tierra. Huyó entonces, y sir Galahad siguió deprisa tras él.

Entonces volvió a sir Melias; se apeó, lo enderezó suavemente sobre su caballo, delante de él, ya que tenía el trozo de la lanza metido en el cuerpo; y sir Galahad saltó detrás de él, lo sostuvo en sus brazos, y así lo llevó a la abadía; y allí lo desarmó y lo llevó a su cámara. Y entonces sir Melias pidió a su Salvador.

Y cuando lo hubo recibido, dijo a sir Galahad:

–Señor, que venga ahora la muerte cuando le plazca.

Seguidamente sir Galahad le sacó del cuerpo el trozo de la lanza, y sir Melias perdió el sentido.

Entonces llegó un viejo monje que en otro tiempo había sido caballero, y observó a sir Melias, lo examinó luego, y dijo entonces a sir Galahad:

–Yo lo sanaré de esta herida, por la Gracia de Dios, en el término de siete semanas.

Entonces se alegró sir Galahad, se desarmó, y dijo que permanecería allí tres días. Y preguntó a sir Melias cómo se sentía, y dijo éste que volvía a recobrarse, gracias a Dios.

Capítulo 14

Cómo partió Galahad, y cómo le fue ordenado ir al Castillo de las Doncellas a destruir la malvada costumbre

–Ahora partiré –dijo Galahad–, pues tengo mucho entre manos; pues muchos buenos caballeros se esfuerzan en ello, y este caballero y yo estábamos en la misma demanda del Santo Grial.

–Señor, por su pecado fue así herido; y me sorprende –dijo el hombre bueno– cómo osáis tomar sobre vos tan rica cosa como es la alta orden de caballería sin limpia confesión, y ésa fue la causa de que hayáis sido amargamente herido. Pues el camino de la diestra representa la elevada vía de Nuestro Señor Jesucristo, y del hombre de vida buena y verdadera. Y el otro camino representa la vía de los pecadores y los herejes. Y cuando el diablo vio vuestra soberbia y presunción, al tomar la demanda del Santo Grial, eso hizo que fueseis derrocado, pues no puede ser acabada sino viviendo virtuosamente. También, el letrero de la encrucijada tenía una significación de hazañas celestiales, y de hechos caballerescos en obras de Dios, y no de hazañas caballerescas en obras mundanas. Y el orgullo es el primero de todos los pecados mortales, y causó que este caballero se fuese de Galahad. Y donde tomaste la corona de oro pecaste de codicia y de robo: cosas que no fueron acciones caballerescas. Y este Galahad, el santo caballero, el que luchó con los dos caballeros, los dos caballeros significan los dos pecados mortales que estaban en este caballero Melias; y no pudieron resistiros porque estáis sin pecado mortal.

Ahora se fue Galahad de allí, y encomendó a todos a Dios. Y dijo sir Melias:

–Mi señor Galahad, tan presto como pueda cabalgar, os buscaré.

–Dios os envíe salud –dijo Galahad; y tomó su caballo y partió, y cabalgó muchas jornadas de un lado para otro, como la ventura le quisiese guiar.

Y le acaeció finalmente que se fue de una plaza o castillo de nombre Abblasoure; y no había oído ninguna misa, lo cual solía hacer siempre antes de irse de ningún castillo o plaza, y mantenía esto por costumbre. Y llegó sir Galahad a una montaña donde halló una vieja capilla, y no vio a nadie en ella, pues todo, todo estaba desolado; y se arrodilló ante el altar, y suplicó a Dios saludable consejo. Y mientras oraba, oyó una voz que le decía:

–Ve ahora, caballero aventurero, al Castillo de las Doncellas, y destruye las malvadas costumbres.

Capítulo 15

Cómo sir Galahad luchó con los caballeros del castillo, y destruyó la malvada costumbre

Cuando sir Galahad oyó esto dio gracias a Dios, y tomó su caballo; y no había cabalgado media milla, cuando vio en un valle, delante de él, un fuerte castillo con profundos fosos, y a su lado corría un hermoso río llamado el Severn; y allí topó con un hombre de mucha edad, y se saludaron ambos, y Galahad le preguntó el nombre del castillo.

–Gentil señor –dijo él–, es el Castillo de las Doncellas.

–Pues es un castillo maldito –dijo Galahad–; y cuantos habitan en él, pues toda piedad está desterrada de él, y toda osadía y maldad está en él.

–Por ende os aconsejo, señor caballero, que os volváis.

–Señor –dijo Galahad–, sabed bien que no me volveré.

Entonces sir Galahad se miró las armas para que nada le fallase, se puso el escudo delante; y a poco toparon con él siete hermosas doncellas, que le dijeron:

–Señor caballero, con gran desatino cabalgáis por aquí, pues habréis de cruzar esa agua.

–¿Por qué no habría de cruzar esa agua? –dijo Galahad.

Y las dejó y se encontró con un escudero que le dijo:

–Caballero, aquellos caballeros del castillo os desafían, y os prohíben seguir adelante hasta que sepan qué queréis.

–Gentil señor –dijo Galahad–, vengo a destruir la malvada costumbre de este castillo.

–Señor, si eso esperáis, harto trabajo tendréis.

–Id ahora –dijo Galahad–, y aparejad lo que sea menester.

Entonces el escudero entró en el castillo. Y a poco salieron siete caballeros, y eran todos hermanos.

Y cuando vieron a Galahad, gritaron:

–Caballero, guárdate, pues no te aseguramos sino la muerte.

–Pues qué –dijo Galahad–, ¿queréis haberlas todos conmigo a la vez?

–Sí –dijeron–, de eso puedes estar seguro.

Entonces Galahad bajó su lanza y derribó a tierra al delantero, de manera que casi le quebró el cuello. Y seguidamente los otros le dieron en su escudo grandes golpes, de manera que se quebraron sus lanzas. Entonces sir Galahad sacó la espada, y fue sobre ellos con tal rabia que era maravilla ver, y por gran fuerza les hizo desamparar el campo; y Galahad los persiguió hasta que se metieron en el castillo, y salieron por otra puerta. Y allí topó sir

Galahad con un anciano vestido con hábitos religiosos, y dijo:

–Señor, aquí tenéis las llaves de este castillo.

Entonces sir Galahad abrió las puertas, y vio tanta gente en las calles que no las podía contar, y todos decían:

–Señor, sed bien venido, pues mucho hemos esperado aquí nuestra liberación.

Entonces fue a él una dueña y dijo:

–Esos caballeros han huido, pero volverán esta noche, a empezar aquí otra vez su malvada costumbre.

–¿Qué queréis que haga yo? –dijo Galahad.

–Señor –dijo la dueña–, que enviéis por todos los caballeros que guardan las tierras de este castillo, y hagáis que juren usar las costumbres que aquí se usaban en los viejos tiempos.

–De buen grado –dijo Galahad.

Y le trajo ella un cuerno de marfil, ricamente rematado con oro, y dijo:

–Señor, tocad este cuerno, que se oirá a dos millas alrededor de este castillo.

Cuando Galahad hubo tocado el cuerno, se sentó sobre una cama. Entonces llegó un capellán a Galahad, y dijo:

–Señor, hace ya siete años que estos siete hermanos vinieron a este castillo, y se albergaron con el señor de este castillo, que se llamaba duque Lianour, el cual era señor de todo este país. Y cuando vieron a la hija del duque, que era muy hermosa mujer, entonces por falsa conjura hicieron debate entre ellos; y cuando el duque, por su bondad, los quiso separar, lo mataron a él y a su hijo mayor. Y entonces tomaron a la doncella y el tesoro del castillo. Y entonces, por gran fuerza, tuvieron contra su voluntad a todos los caballeros de este castillo bajo su obediencia, y en gran servicio y tributo, robando y saqueando cuanto tenía a la pobre gente común. Y

acaeció un día que dijo la hija del duque:

»–Gran sinrazón me habéis hecho matando a mi padre y mi hermano, y sometiendo así nuestras tierras; sin embargo –dijo–, no tendréis este castillo por muchos años, pues seréis vencidos por un solo caballero.

»–Así profetizó los siete años que han pasado.

»–Bien –dijeron los siete caballeros–, ya que decís eso, jamás pasará por este castillo caballero ni dama, sino que aquí se quedarán a su pesar, o morirán, hasta que venga ese caballero por el que perderemos este castillo –y por tanto es llamado el Castillo de las Doncellas; pues han devorado a muchas doncellas.

–¿Y está aquí –dijo Galahad– aquella por la que se perdió este castillo?

–No, señor –dijo el capellán–, que murió tres noches después que fue así forzada; y desde entonces guardan a su hermana más joven, la cual sufre grandes penas con otras damas.

A todo esto habían acudido los caballeros del país; y entonces les mandó rendir pleito homenaje a la hija del rey, y los puso en gran sosiego de corazón. Y por la mañana fue uno a Galahad y le contó cómo Gawain, Gareth y Uwain habían matado a los siete hermanos.

–Bien me parece –dijo sir Galahad; y tomó su armadura y su caballo, y los encomendó a Dios.

Capítulo 16

Cómo sir Gawain llegó a la abadía siguiendo a Galahad, y cómo se confesó con un ermitaño

Ahora dice el cuento que, después de partir, sir Gawain cabalgó

muchas jornadas de aquí para allá. Y finalmente llegó a la abadía donde sir Galahad había ganado el escudo blanco, y allí supo sir Gawain el camino que debía seguir en pos de sir Galahad; y de allí fue a la abadía donde sir Melias yacía enfermo; y sir Melias contó a sir Gawain las maravillosas aventuras que sir Galahad había hecho.

–Ciertamente –dijo sir Gawain–, siento no haber tomado el camino por el que fue él, pero si puedo dar con él, no me apartaré fácilmente de su lado, por todas las maravillosas aventuras que sir Galahad acaba.

–Señor –dijo uno de los monjes–, él no quiere vuestra compañía.

–¿Por qué? –dijo sir Gawain.

–Señor –dijo–, por ser vos malvado y pecador, y él santo.

Y mientras así hablaban llegó cabalgando sir Gareth. Y entonces se alegraron mucho uno del otro. Y por la mañana oyeron misa, y partieron.

Y por el camino se encontraron con sir Uwain les Avoutres; y allí contó sir Uwain a sir Gawain cómo no había topado con ninguna aventura desde que había salido de la corte.

–Ni nosotros –dijo sir Gawain. Y los tres caballeros prometieron no separarse unos de otros mientras estuviesen en esta demanda, a menos que les forzase a ello la fortuna.

Y partieron y cabalgaron a la ventura hasta que llegaron cerca del Castillo de las Doncellas; y allí los siete hermanos vieron de lejos a los tres caballeros, y dijeron:

–Ya que un solo caballero nos ha hecho huir de este castillo, destruiremos a todos los caballeros del rey Arturo que podamos vencer, porque aman a sir Galahad.

Y dicho esto los siete caballeros fueron sobre los tres caballeros, y por fortuna sir Gawain mató a uno de los hermanos, y cada uno de sus compañeros mató a otro, y después a los restantes. Y entonces tomaron el camino hasta el castillo, y allí perdieron el camino que sir Galahad llevaba; y cada uno se separó entonces de los otros. Y

sir Gawain cabalgó hasta que llegó a una ermita donde halló al hombre bueno diciendo sus vísperas a Nuestra Señora, y le pidió albergue por caridad; y el hombre bueno se lo concedió de buen grado. Entonces el hombre bueno le preguntó quién era.

–Señor –dijo él–, soy uno de los caballeros del rey Arturo que está en la demanda del Santo Grial, y mi nombre es sir Gawain.

–Señor –dijo el hombre bueno–, quisiera saber cómo estáis con Dios.

–Señor –dijo sir Gawain–, con buena voluntad quiero mostraros mi vida, si os place –y allí contó al ermitaño cómo «un monje de una abadía me ha llamado caballero malvado».

–Bien lo podía decir –dijo el ermitaño–, pues cuando fuisteis hecho caballero debíais haberos entregado a hazañas caballerescas y a una vida virtuosa; pero habéis hecho lo contrario, pues habéis vivido malvadamente muchos inviernos; y sir Galahad es doncel y no ha pecado jamás, y ésa es la causa de que lleve a término donde vaya lo que ni vos ni nadie acabará, ni ninguno de vuestra compañía, pues habéis llevado la más errada vida que haya oído yo de ningún caballero. Pues ciertamente, de no haber sido tan malvado como sois, no habrían sido muertos los siete hermanos por vos y vuestros dos compañeros. Pues sir Galahad solo venció a los siete el día antes; pero es tal su vida que no matará a ningún hombre fácilmente. Y también puedo deciros que el Castillo de las Doncellas representa las buenas almas que estuvieron prisioneras antes de la Encarnación de Jesucristo. Y los siete caballeros representan los siete pecados mortales que en aquel tiempo reinaban en el mundo; y puedo comparar al buen Galahad con el hijo del Alto Padre, que tomó carne en una doncella, y redimió a todas las almas de la esclavitud: así liberó sir Galahad a todas las doncellas del desdichado castillo. Ahora, señor Gawain –dijo el hombre bueno–, debes hacer penitencia por tu pecado.

–Señor, ¿qué penitencia debo hacer?

–La que yo te voy a poner –dijo el hombre bueno.

–No –dijo sir Gawain–; no puedo hacer ninguna penitencia; pues los caballeros y aventureros sufrimos a menudo muchas penas y

congojas.

–Está bien –dijo el hombre bueno; y no habló más.

Y por la mañana sir Gawain se despidió del ermitaño, y lo encomendó a Dios. Y topó por ventura con sir Agloval y sir Griflet, dos caballeros de la Tabla Redonda. Y los tres cabalgaron cuatro días sin dar con ninguna aventura; y al quinto día se separaron. Y cada uno siguió como la ventura quisiera llevarle.

Aquí deja el cuento a sir Gawain y sus compañeros y hablamos de sir Galahad.

Capítulo 17

Cómo sir Galahad se encontró con sir Lanzarote y con sir Perceval, y los derribó, y se partió de ellos

Y cuando sir Galahad se fue del Castillo de las Doncellas cabalgó hasta que llegó a una floresta desolada, y allí se encontró con sir Lanzarote y sir Perceval; pero ellos no lo reconocieron, pues iba recién disfrazado. Al punto sir Lanzarote, su padre, enderezó su lanza y la quebró sobre sir Galahad; y Galahad le hirió también, de manera que derribó al hombre y al caballo. Sacó entonces la espada, enderezó hacia sir Perceval, y le dio tal golpe encima del yelmo que se lo rajó hasta la cofia de acero; y de no resbalar la espada, allí habría muerto sir Perceval, y del golpe se cayó de la silla.

Esta justa fue hecha ante la ermita donde habitaba una reclusa. Y cuando ésta vio cabalgar a sir Galahad, dijo:

–Dios sea contigo, mejor caballero del mundo. Ah, ciertamente –dijo bien alto, de manera que sir Lanzarote y Perceval lo pudieron oír–, si esos dos caballeros te hubieran reconocido como yo, no se habrían enfrentado contigo.

Al oír eso sir Galahad, temió ser reconocido; hirió luego a su caballo con las espuelas, y se fue de ellos a más andar.

Entonces se dieron cuenta ellos de que era sir Galahad; y subieron sobre sus caballos, y corrieron deprisa tras él pero en poco tiempo se perdió de vista. Y entonces se volvieron con gran pesar.

–Preguntemos –dijo sir Perceval– a esa reclusa.

–Haced como queráis –dijo sir Lanzarote.

Cuando sir Perceval se llegó a la reclusa, ésta lo reconoció muy bien, y también a sir Lanzarote.

Pero sir Lanzarote cabalgó a lo ancho y a lo largo de una salvaje floresta, sin seguir senda ninguna, sino como la ventura le guiase. Y a la postre llegó a una cruz de piedra de la que se separaban dos caminos por una tierra desolada; y junto a la cruz había una piedra de mármol, pero estaba tan oscuro que sir Lanzarote no podía saber qué era.

Entonces miró sir Lanzarote alrededor, y vio una vieja capilla, y pensó que en ella hallaría gente; ató el caballo a un árbol, se quitó el escudo y lo colgó de un árbol. Y entonces fue a la puerta de la capilla, y la halló destrozada y rota. Y dentro halló un hermoso altar, muy ricamente ornado con paños de pura seda, y un hermoso candelabro con seis grandes cirios; y este candelabro era de plata. Y cuando sir Lanzarote vio esta iluminación sintió gran deseo de entrar, pero no encontró lugar ninguno para entrar, por donde tuvo mucho pesar y desmayo. Entonces se volvió y fue a su caballo, le quitó la silla y la brida, y lo dejó pacer; se desenlazó el yelmo, se desciñó la espada, y se acostó a dormir sobre su escudo, delante de la cruz.

Capítulo 18

Cómo sir Lanzarote, mitad dormido y mitad despierto, vio a un hombre enfermo llevado

en una litera, y cómo lo sanó el Santo Grial

Y se quedó dormido; y mitad despierto y mitad dormido, vio pasar por delante de él dos palafrenes muy hermosos y blancos, los cuales llevaban una litera en la que yacía un caballero enfermo. Y cuando éste estuvo cerca de la cruz se detuvo. Todo esto vio y observó sir Lanzarote, pues no dormía propiamente; y le oyó que decía:

–¡Oh, dulce Señor!, ¿cuándo me dejará este sufrimiento? ¿Y cuándo vendrá a mí el sagrado vaso, por el que seré bendecido? Pues mucho llevo padeciendo por poco delito.

Muchísimo rato se quejó el caballero así, sin parar de oírle sir Lanzarote.

En eso vio sir Lanzarote acercarse el candelabro con los seis cirios a la cruz, aunque no veía a nadie que lo llevase. Y también se acercaba una mesa de plata, y el sagrado vaso del Santo Grial, que Lanzarote había visto antes en la casa del rey Petchere. Y en eso se levantó el caballero enfermo, alzó ambas manos, y dijo:

–Dulce Señor que estás ahí en este sagrado vaso, escúchame, y haz que pueda sanar de esta enfermedad.

Y seguidamente anduvo sobre sus manos y rodillas, y se llegó tan cerca que tocó el sagrado vaso y lo besó, y al punto quedó sano; y dijo entonces:

–Señor Dios, te doy las gracias, pues he sanado de este mal.

Y después que el sagrado vaso hubo estado allí buen rato, fue a la capilla con el candelabro y la lumbre, de manera que Lanzarote no supo adónde había ido; pues estaba dominado por el pecado, de manera que no tenía poder para levantarse ante el vaso sagrado; por lo que después de esto muchos hombres dijeron vergüenza de él, aunque se arrepintió después.

Se levantó entonces el caballero enfermo, y besó la cruz; y al punto su escudero le trajo las armas y preguntó a su señor cómo estaba.

–Ciertamente –dijo–, doy muchas gracias a Dios, pues por el vaso sagrado he sido sanado. Pero me maravilla este caballero dormido, que no se haya despertado cuando fue traído aquí el vaso sagrado.

–Me atrevo a decir –dijo el escudero– que vive con algún pecado mortal del que nunca se ha confesado.

–Por mi fe –dijo el caballero–, quienquiera que sea, muy desdichado es, pues creo que es de la compañía de la Tabla Redonda, y está en la demanda del Santo Grial.

–Señor –dijo el escudero–, aquí os he traído todas vuestras armas, salvo el yelmo y la espada, y por tanto, por mi acuerdo, podéis tomar el yelmo y la espada de este caballero.

Y así lo hizo. Y cuando estuvo todo armado tomó el caballo de sir Lanzarote, pues era mejor que el suyo, y se fueron de la cruz.

Capítulo 19

Cómo habló una voz a sir Lanzarote,

y cómo éste descubrió que se habían llevado

su caballo y su yelmo, y tuvo que caminar a pie

Poco después despertó sir Lanzarote, se incorporó, y se puso a pensar en lo que allí había visto, y si habría sido sueño o no.

En eso oyó una voz que decía: «Señor Lanzarote, más duro eres que la piedra, y más amargo que la madera, y más desnudo y pelado que la hoja de la higuera; por ende vete de aquí, y retírate de este lugar sagrado».

Y cuando sir Lanzarote oyó esto tuvo mucho pesar, y no supo qué hacer; y se fue llorando con gran congoja, y maldijo la hora en que había nacido. Pues creía que nunca más tendría honra. Pues esas

palabras le atormentaron el corazón hasta que supo por qué era llamado así.

Entonces fue sir Lanzarote a la cruz, y descubrió que se habían llevado su yelmo, su espada y su caballo. Y entonces se tuvo por muy desdichado, y el más infeliz de los caballeros; y dijo:

–Mi pecado y mi maldad me han traído gran deshonra. Pues cuando busqué aventuras mundanas por mundanos deseos, siempre las acabé y vencí en todas las plazas, y jamás fui vencido en querella ninguna, fuese justa o injusta. Y ahora que tomo sobre mí la aventura de las cosas sagradas, veo y entiendo que me estorba y afrenta mi viejo pecado, al extremo de que no he tenido fuerza para moverme ni hablar cuando la sagrada sangre apareció delante de mí.

Así lloró hasta que fue de día, y oyó cantar a las aves; entonces se sintió algo más confortado. Pero cuando sir Lanzarote echó de menos su caballo y su arnés, entonces supo bien que Dios estaba descontento con él. Y se fue de la cruz a pie, y entró en una floresta; y hacia hora de prima llegó a un cerro donde descubrió una ermita, y a un ermitaño en ella que iba a decir misa.

Y entonces sir Lanzarote se arrodilló y suplicó piedad a Nuestro Señor por sus malas obras. Y cuando acabó la misa lo llamó sir Lanzarote, y le rogó por caridad que escuchase su vida.

–De buena voluntad –dijo el hombre bueno–. Señor, ¿sois de la corte del rey Arturo, y de la compañía de la Tabla Redonda?

–Sí, en verdad; y mi nombre es sir Lanzarote del Lago, del que se ha hablado muy bien, y ahora mi buena fortuna se ha cambiado, pues soy el más desdichado del mundo.

El ermitaño lo miró largamente, y se sorprendió de verlo tan confundido.

–Señor –dijo el ermitaño–, deberíais dar gracias a Dios más que ningún otro caballero de cuantos viven, pues Él ha hecho que tengáis más honra mundana que ninguno de cuantos ahora viven. Y por vuestra presunción, al tomar sobre vos en pecado mortal estar

en Su presencia, donde estaban Su carne y Su sangre, eso ha causado que no pudieseis verlo con ojos mundanales; pues Él no quiere aparecer donde tales pecadores están si no es para gran daño y vergüenza de ellos; y no hay caballero que más deba dar gracias a Dios que vos, pues Él os ha dado belleza, gallardía, y gran fuerza, por encima de todos los otros caballeros; y por ende más obligado estáis a Dios que ningún otro hombre a amarle y temerle, pues poco aprovecharán vuestra fuerza y valentía si Dios está contra vos.

Capítulo 20

Cómo se confesó sir Lanzarote,

y qué lamentación hizo, y de los buenos

ejemplos que le fueron mostrados

Entonces sir Lanzarote lloró con gran pesar, y dijo:

–Ahora sé bien que me decís verdad.

–Señor –dijo el hombre bueno–, no me ocultéis ninguno de vuestros viejos pecados.

–En verdad –dijo sir Lanzarote–, me desagrada mucho descubrirlos. Pues en estos catorce años jamás he descubierto una cosa que he estado haciendo, y ahora sé que puede ser mi vergüenza y mi desventura –y contó a este hombre bueno toda su vida, y cómo había amado a una reina sobremanera y sin medida mucho tiempo–. Y todos los grandes hechos de armas que he hecho los hice mayormente por la reina, y por ella haría batalla, fuese justa o injusta; y nunca hice batalla por Dios solamente, sino por ganar honra y ser el más amado, y poco o nada di a Dios gracias de ello –y dijo después sir Lanzarote–: os ruego que me aconsejéis.

–Os aconsejaré –dijo el ermitaño– si queréis asegurarme no volver

más a la compañía de esa reina en lo que podáis evitarla.

Y entonces sir Lanzarote prometió no hacerlo, por la fe de su cuerpo.

–Ved que vuestro corazón y vuestra boca sean de un acuerdo –dijo el hombre bueno–, y os aseguro que tendréis más honra que la que nunca tuvisteis.

–Santo Padre –dijo sir Lanzarote–, me maravilla la voz que me dijo palabras maravillosas, como os he contado antes.

–No tengáis ninguna maravilla de ella –dijo el buen hombre-, pues parece que Dios os ama; pues se puede entender que una piedra es de naturaleza dura, y unas más que otras; y eso debes entenderlo por ti, señor Lanzarote, pues no quieres dejar tu pecado por muchas bondades que Dios te ha enviado; por tanto eres más duro que ninguna piedra, y no te quieres ablandar ni por agua ni por fuego, y ésa es la causa de que el calor del Espíritu Santo no pueda entrar en ti.

»Y atiende bien: en todo el mundo no se hallará un caballero al que Nuestro Señor haya dado tanta gracia como te ha dado a ti, pues te ha dado belleza y gallardía, te ha dado seso, discreción para distinguir el bien del mal, te ha dado proeza y osadía, y tanto trabajo que todos los días has tenido lo mejor allá donde has ido; y ahora Nuestro Señor no quiere consentirte más, sino que lo conocerás quieras o no. Y por qué la voz te llamó más amargo que la madera, pues donde habita demasiado pecado puede haber muy poca dulzura, por lo que eres semejante a un árbol viejo y podrido.

»Te he mostrado, pues, por qué eres más duro que la piedra y más amargo que el árbol. Ahora te mostraré por qué eres más desnudo y pelado que la higuera. Acaeció que Nuestro Señor predicó en Jerusalén el domingo de Ramos, y halló en la gente que toda la dureza se albergaba en ella, y que en toda la ciudad no halló uno solo que quisiera albergarle. Y entonces salió de la ciudad, y descubrió a mitad de camino una higuera, la cual era muy hermosa y provista de hojas, aunque fruto no tenía ninguno. Entonces Nuestro Señor maldijo al árbol que no tenía ningún fruto. Esa higuera representa Jerusalén, que tenía hojas y ningún fruto. Así tú,

señor Lanzarote, cuando el Santo Grial fue traído ante ti, no halló en ti fruto ninguno, ni buen pensamiento, ni buena voluntad; y sí te vio todo sucio de lujuria.

–Ciertamente –dijo sir Lanzarote–, verdad es todo lo que habéis dicho, y en adelante me propongo, por la gracia de Dios, no ser tan malvado como he sido, sino seguir la caballería y hacer hazañas de armas.

Entonces el hombre bueno impuso a sir Lanzarote tal penitencia que la pudiese cumplir, y seguir la caballería; y lo absolvió, y rogó a sir Lanzarote que permaneciese con él todo ese día.

–De buen grado –dijo sir Lanzarote–, pues no tengo yelmo, ni caballo, ni espada.

–En cuanto a eso –dijo el buen hombre–, yo os ayudaré mañana antes de la noche con un buen caballo, y cuanto os pertenecía.

Y sir Lanzarote tuvo gran arrepentimiento.

Aquí dejamos la historia de sir Lanzarote.

Y aquí sigue la de sir Perceval de Gales

que es el décimo cuarto libro.

[14] Duress, para J. Cowen, affliction; sin embargo, parece referirse más bien a la «insensibilidad» del mundo.

Libro XIV

Capítulo 1

Cómo sir Perceval fue a la reclusa y le pidió consejo, y cómo ella le dijo que era su tía

Ahora dice el cuento que cuando sir Lanzarote fue tras de sir Galahad, que tuvo todas estas aventuras sobredichas, sir Perceval volvió a la reclusa, de la que pensaba tener nuevas de ese caballero al que seguía sir Lanzarote. Y se arrodilló ante su ventana; y la abrió la reclusa, y preguntó a sir Perceval qué quería.

–Señora –dijo–, soy caballero de la corte del rey Arturo, y mi nombre es sir Perceval de Gales.

Cuando la reclusa oyó su nombre tuvo gran dicha de él, pues lo había amado mucho, más que a ningún otro caballero, como así debía ser, ya que era su tía. Y entonces mandó que fueran abiertas las puertas, y allí recibió él toda la buena acogida que ella pudo ofrecerle, y todo lo que estaba en su poder puso a su disposición.

Y por la mañana fue sir Perceval a la reclusa y le preguntó si conocía al caballero del escudo blanco.

–Señor –dijo ella–, ¿por qué lo queréis saber?

–En verdad, señora –dijo sir Perceval–, no tendré sosiego hasta que conozca la compañía de ese caballero, y pueda luchar con él, pues no puedo dejarle tan ligero, pues aún tengo la afrenta.

–¡Ah, Perceval! –dijo ella–, ¿queréis luchar con él? Bien veo que tenéis gran voluntad de morir como vuestro padre, con fiereza.

–Señora –dijo sir Perceval–, parece por vuestras palabras que me

conocéis.

–Sí –dijo ella–; bien tengo que conoceros, puesto que soy vuestra tía, aunque esté en un monasterio. Pues en otro tiempo me llamaba la reina de las Landas Desoladas, y era tenida por la reina con más riquezas del mundo; y jamás me placieron mis riquezas tanto como me place mi pobreza.

Entonces sir Perceval lloró de pura piedad, cuando conoció que era su tía.

–¡Ah, gentil sobrino! –dijo ella–, ¿cuándo tuvisteis nuevas de vuestra madre?

–En verdad –dijo él–, ninguna he tenido de ella, aunque sueño mucho con ella; y por tanto no sé si está muerta o viva.

–En verdad, gentil sobrino –dijo ella–, vuestra madre está muerta, pues después que os fuisteis de ella tomó tal congoja que luego, después de confesada, murió.

–Dios tenga piedad de su alma –dijo sir Perceval–. Esto me aflige grandemente; pero todos tenemos que cambiar de vida. Y, gentil tía, decidme, ¿quién es el caballero? Creo que era el que llevaba las armas bermejas el domingo de Pentecostés.

–Sabed bien –dijo ella– que ése es, pues otra cosa no debía hacer, sino ir con armas bermejas; y ese mismo caballero no tiene par, pues todo lo obra por milagro, y jamás será vencido por mano de ningún hombre terrenal.

Capítulo 2

Cómo Merlín comparó la Tabla Redonda con el mundo, y cómo serían conocidos los caballeros que acabarían el Santo Grial

»También hizo Merlín la Tabla Redonda en representación de la redondez del mundo, pues por la Tabla Redonda se representa el mundo cabalmente, pues todo el mundo, cristiano y pagano, acude a la Tabla Redonda, y cuando son escogidos para ser de la compañía de la Tabla Redonda se tienen por más dichosos y con más honra que si hubiesen ganado medio mundo; y habéis visto que han perdido a sus padres y madres, y a todo su linaje, y a sus esposas e hijos, por ser de vuestra compañía. Y bien lo habéis visto en vos mismo; pues desde que os fuisteis de vuestra madre, no la quisisteis ver nunca, hallándoos en la compañía de la Tabla Redonda.

»Cuando Merlín hizo la Tabla Redonda dijo que por quienes eran miembros de ella sería conocida la verdad del Santo Grial. Y le preguntaron cómo podrían conocer a los que lo harían mejor y acabarían el Santo Grial. Entonces dijo él que habría tres toros blancos que lo acabarían, y dos de ellos serían donceles, y que el tercero sería casto. Y que uno de los tres sobrepasaría a su padre tanto como el león sobrepasa al leopardo en fuerza y osadía. Y los que escuchaban a Merlín dijeron a Merlín:

»–Ya que vendrá tal caballero, debes hacer con tus artes una silla en la que no se siente ningún hombre, sino aquel que sobrepuje a todos los caballeros.

»Entonces Merlín respondió que así lo haría. E hizo la Silla Peligrosa, en la cual se sentó sir Galahad a comer el último domingo de Pentecostés.

–Ahora, señora –dijo sir Perceval–, he oído tanto de vos que por mi buena voluntad no quiero tener que ver nunca con sir Galahad sino cortésmente; y por amor de Dios, gentil tía, ¿podéis señalarme algún camino donde pueda hallarlo?, pues mucho amaría yo su compañía.

–Gentil sobrino –dijo ella–, debéis ir a un castillo llamado Goothe, donde tiene él un primo hermano, y allí podréis aposentaros esta noche. Y el que él os indique, seguidlo lo más deprisa que podáis; y si no puede daros nuevas de él, id derechamente al Castillo de

Carbonek, donde yace el rey Tullido, pues allí tendréis puntuales nuevas de él.

Capítulo 3

Cómo sir Perceval entró en un monasterio,

donde halló al rey Evelake, que era anciano

Entonces se despidió sir Perceval de su tía, haciendo ambos gran lamentación. Y cabalgó hasta hora de vísperas. Entonces oyó tañer un reloj, y vio a lo lejos una casa bien cerrada con muros y profundos fosos; llamó a la puerta, lo dejaron entrar, y se apeó y fue llevado a una cámara, donde fue prestamente desarmado.

Y tuvo allí muy buena acogida toda esa noche; y por la mañana oyó misa, y halló en el monasterio a un capellán preparado en el altar. Y al lado diestro vio un oratorio cerrado con reja, y detrás del altar vio una rica cama y hermosa, como de tela de seda y oro. Entonces sir Perceval advirtió que había en ella un hombre o una mujer, pues tenía la cara cubierta; dejó de mirar, y oyó el servicio. Y cuando llegó la consagración, el que yacía dentro de este oratorio se incorporó, y descubrió la cabeza; y entonces pareció un hombre muy anciano, con una corona de oro en la cabeza, y tenía los hombros desnudos y descubiertos hasta el ombligo. Y sir Perceval advirtió que tenía el cuerpo lleno de grandes llagas, espalda, brazos y cara. Y tendió las manos hacia el cuerpo de Nuestro Señor, y suplicó:

–Gentil y dulce Padre, Jesucristo, no me olvidéis.

Y luego se echó; pero siguió con sus plegarias y oraciones; y le pareció que era de trescientos inviernos de edad.

Y cuando acabó la misa tomó el capellán el cuerpo de Nuestro Señor y lo llevó al rey enfermo. Y cuando éste lo hubo recibido, se quitó la corona, y mandó que fuese puesta sobre el altar. Entonces

sir Perceval preguntó a uno de los hermanos quién era.

–Señor –dijo el hombre bueno–, habréis oído mucho de José de Arimatea, cómo fue enviado por Jesucristo a esta tierra para enseñar y predicar la santa fe cristiana; y por ello sufrió las muchas persecuciones por parte de los enemigos de Cristo, y en la ciudad de Sarras convirtió a un rey llamado Evelake. Y este rey vino con José a esta tierra, y trabajó siempre por estar donde estaba el Santo Grial; y una de las veces se llegó tan cerca que Nuestro Señor se enojó con él; aunque él no dejaba de seguirlo cada vez más, hasta que Dios lo dejó casi ciego. Entonces este rey suplicó piedad, y dijo:

»–Gentil Señor, no me dejéis morir hasta que venga el buen caballero de mi sangre, de noveno grado, de manera que pueda ver yo claramente al que ha de acabar el Santo Grial, y lo pueda besar.

Capítulo 4

Cómo sir Perceval vio muchos hombres de armas llevando a un caballero muerto, y cómo luchó contra ellos

»Cuando el rey hubo hecho sus preces oyó una voz que decía: «Tus preces han sido oídas, pues no morirás hasta que él te haya besado. Y cuando ese caballero venga volverá la luz a tus ojos, y verás claramente y sanarán tus llagas, y antes no se cerrarán».

»Esto aconteció al rey Evelake; y este mismo rey ha vivido trescientos inviernos esta vida santa, y dicen que está en la corte el caballero que lo sanará. Señor –dijo el hombre bueno–, os ruego que me digáis qué caballero sois, y si sois de la corte del rey Arturo, y de la Tabla Redonda.

–Sí, en verdad –dijo él–; y mi nombre es sir Perceval de Gales.

Y cuando el hombre bueno oyó su nombre hizo gran contento de él.

Y entonces partió sir Perceval, y cabalgó hasta la hora nona. Y topó en un valle con unos veinte hombres de armas, los cuales llevaban en unas andas a un caballero mortalmente herido. Y cuando vieron a sir Perceval, le preguntaron de dónde era. Y respondió él:

–De la corte del rey Arturo.

Y gritaron todos a la vez:

–¡Matémoslo!

Entonces sir Perceval derribó al primero a tierra, y al caballo sobre él. Y seguidamente siete de los caballeros hirieron sobre su escudo a la vez, y los restantes le mataron el caballo, de manera que cayó a tierra. Y allí lo habrían matado o prendido, de no acertar a pasar por allí el buen caballero sir Galahad, con las armas bermejas. Y al ver a todos estos caballeros ir sobre uno solo, gritó:

–¡Salvadme la vida de ese caballero!

Y enderezó hacia los veinte hombres de armas lo deprisa que su caballo le podía llevar, con su lanza en el ristre, y derribó al hombre y caballo delanteros a tierra. Y cuando se hubo quebrado su lanza echó mano a la espada, y dio tales golpes a diestra y a siniestra que era maravilla ver; y a cada tajo derribaba a uno o lo quebrantaba, de manera que no quisieron luchar más, sino que huyeron a una espesa floresta, y sir Galahad los siguió. Y cuando sir Perceval le vio perseguirlos así, hizo gran lamentación por haber perdido a su caballo. Y entonces supo que era sir Galahad. Y dijo a grandes voces:

–Ah, gentil caballero, espera y déjame darte las gracias, pues mucho has hecho por mí.

Pero sir Galahad iba tan deprisa que finalmente lo perdió de vista. Y como podía, sir Perceval echó a correr a pie gritando. Y entonces topó con un criado sobre una hacanea, el cual llevaba en la mano un gran corcel más negro que ningún oso.

–¡Ah, gentil amigo! –dijo sir Perceval–, haré siempre lo que pueda

por vos, y seré vuestro leal caballero en la primera plaza que me lo queráis requerir, con tal que me prestéis ese corcel negro, a fin de que pueda alcanzar a un caballero que cabalga delante de mí.

–Señor caballero –dijo el criado–, os ruego que me excuséis de eso, pues no lo puedo hacer. Pues sabed que el caballo es de un hombre tal que, si os lo prestase a vos o a cualquier otro, me mataría.

–¡Ay! –dijo sir Perceval–, jamás he tenido tan grande pesar como ahora de perder a ese caballero.

–Señor –dijo el criado–, mucho me pesa por vos, pues bien os convendría un buen caballo; pero no me atrevo a daros éste, a menos que me lo quitéis.

–Eso no lo quiero hacer –dijo sir Perceval.

Y se separaron; y se sentó sir Perceval al pie de un árbol, e hizo lamentación sin medida. Y mientras estaba allí, llegó un caballero sobre el caballo que antes llevaba el criado, e iba todo armado.

Capítulo 5

Cómo un criado le pidió que le devolviese el caballo,

y cómo fue muerta la hacanea de sir Perceval,

y cómo ganó un caballo

Y poco después llegó detrás el criado picando espuelas lo deprisa que podía, y preguntó a sir Perceval si había visto a un caballero cabalgando sobre un corcel.

–Sí señor, en verdad –dijo–; ¿por qué lo preguntáis?

–Ah, señor, me ha quitado el corcel por la fuerza; por lo que mi señor me matará cuando me vea.

–¿Y qué quieres que haga yo? –dijo sir Perceval–. Bien ves que voy a pie; aunque si tuviese buen caballo presto te lo traería.

–Señor –dijo el criado–, tomad mi hacanea y haced lo que podáis, que yo os seguiré a pie para ver cómo habéis librado.

Entonces sir Perceval subió sobre la hacanea, y fue cuanto más podía, y finalmente vio a dicho caballero. Y entonces gritó:

–¡Volved, caballero!

Y se volvió, puso su lanza contra sir Perceval, e hirió a su hacanea en medio del pecho, de manera que cayó muerta a tierra, y allí sufrió sir Perceval una gran caída; y el otro siguió su camino. Entonces sir Perceval enfureció de enojo, y gritó:

–¡Espera, caballero malvado; caballero traidor y cobarde, vuelve y lucha conmigo a pie!

Pero no respondió aquél, sino que siguió su camino. Cuando sir Perceval vio que no quería volverse, arrojó su yelmo y su espada, y dijo:

–Ahora soy verdaderamente desdichado, desventurado y maldito por encima de todos los caballeros.

Y en esta aflicción estuvo todo ese día, hasta la noche; y entonces se sintió débil, se acostó, y durmió hasta que fue la medianoche. Entonces se despertó y vio delante de él a una mujer que le dijo muy fieramente:

–Señor Perceval, ¿qué haces aquí?

Y él respondió:

–No hago ni bien, ni gran mal.

–Si me aseguras –dijo ella– que harás mi voluntad cuando yo te lo reclame, te prestaré mi propio caballo, que te llevará a donde tú quieras.

Sir Perceval se alegró de su oferta, y le aseguró que cumpliría todo

lo que le pidiese.

–Entonces espérame aquí, e iré a traerte un caballo.

Y volvió prestamente trayendo un caballo con ella negro como la tinta[15]

Cuando sir Perceval vio este caballo, se maravilló de que fuera tan grande y tan bien aparejado; sin embargo sir Perceval era muy osado, y saltó sobre él sin hacer cuenta ninguna de sí mismo. Y tan presto como estuvo sobre él lo hirió con las espuelas, y fue por una floresta; y la luna lucía clara.

Y al cabo de una hora o menos lo había llevado a cuatro días de jornada de allí, hasta que llegó a un río tumultuoso y rugiente; y el caballo lo quiso arrojar en él.

Capítulo 6

Del gran peligro en que estuvo sir Perceval por su caballo, y cómo vio luchar a una serpiente y un león

Y cuando sir Perceval llegó al borde, y vio el agua tan tumultuosa, tuvo miedo de cruzarlo. Y entonces se hizo la señal de la cruz sobre la frente. Cuando el demonio se sintió así cargado se sacudió de encima a sir Perceval, y se arrojó a dicho río gritando y rugiendo, con gran lamentación; y a sir Perceval le pareció que ardía este río.

Entonces se dio cuenta sir Perceval de que era un demonio que había querido llevarlo a su perdición. Entonces se encomendó a Dios, y rogó a Nuestro Señor que le guardase de todas estas tentaciones; y rezó toda esa noche hasta que fue de día por la mañana; entonces vio que estaba en una montaña fragosa, la cual estaba cercada casi toda por la mar, de manera que no podía ver

tierra ninguna a su alrededor que pudiese aliviarle, sino sólo bestias salvajes. Y entonces se metió en un valle, y allí vio una joven serpiente prender a un león joven por el cuello, y pasar así junto a sir Perceval.

En eso llegó un león grande gritando y rugiendo tras la serpiente. Y luego que sir Perceval vio esto se maravilló y corrió allá; pero tan pronto como el león hubo alcanzado a la serpiente comenzó a batallar con ella. Entonces sir Perceval pensó ayudar al león, pues era la bestia más natural de las dos; y sacó seguidamente la espada, se puso el escudo delante, y dio tal golpe a la serpiente que la hirió mortalmente. Cuando el león vio eso, no hizo gesto ninguno de luchar con él, sino toda la buena muestra que una bestia podía hacer a un hombre.

Entonces sir Perceval, al advertirlo, bajó el escudo que tenía roto; seguidamente se quitó el yelmo para tomar aliento, pues se había acalorado mucho con la serpiente; y el león siguió junto a él haciéndole fiestas como un perro de aguas. Y entonces él le acarició el cuello y el lomo, y dio gracias a Dios por la compañía de esta bestia.

Y hacia el mediodía tomó el león a su pequeño cachorro, cargó con él y se lo llevó por donde había venido. Entonces sir Perceval se quedó solo. Y como cuenta el cuento, era uno de los hombres del mundo en aquel tiempo que más creía en Nuestro Señor Jesucristo, pues en aquellos días había muy poca gente que creyese en Dios perfectamente. Pues en aquellos días el hijo no ahorraba al padre más que a un extraño.

Y sir Perceval se confortó en Nuestro Señor Jesús, y suplicó a Dios que ninguna tentación le apartase del servicio de Dios, sino que lo sostuviese como su campeón verdadero. Y cuando hubo rezado así sir Perceval, vio venir al león hacia él, y a continuación se acostó a sus pies.

Y toda esa noche durmieron juntos el león y él; y cuando sir Perceval se hubo quedado dormido, tuvo un sueño maravilloso: que venían a él dos damas, y una venía sentada sobre un león, y la otra sobre una serpiente, y que una de ellas era joven, y la otra vieja; y le pareció que la más joven le decía:

–Señor Perceval, mi señor te saluda, y te envía nueva de que te aparejes y aprestes, pues mañana habrás de luchar con el más fuerte campeón del mundo. Y si eres vencido, no te librarás de perder alguno de tus miembros, sino que serás avergonzado para siempre hasta el fin del mundo.

Entonces le preguntó él quién era su señor. Y dijo ella que era el más grande señor de todo el mundo; y partió tan súbitamente que no supo él por dónde.

Capítulo 7

De la visión que tuvo sir Perceval,

y cómo fue explicada su visión, y de su león

Entonces se acercó la otra dama que cabalgaba sobre la serpiente, y le dijo:

–Señor Perceval, de vos me quejo que me hayáis hecho esto sin que yo os haya ofendido.

–Ciertamente, señora –dijo él–, ni a vos ni a ninguna dama he ofendido jamás.

–Sí –dijo ella–; y os diré por qué. He criado en este lugar durante mucho tiempo una serpiente, la cual me había servido mucho tiempo; y ayer la matasteis cuando tenía a su presa. Decidme por qué causa la matasteis, pues el león no era vuestro.

–Señora –dijo sir Perceval–, sé bien que no era mío el león, pero lo hice porque el león es de naturaleza más gentil que la serpiente, y por eso la maté; creo que nada malo hice contra vos. Señora –dijo–, ¿qué quisierais que hiciese?

–Quisiera –dijo ella–, por la enmienda de mi bestia, que os convirtieseis en mi hombre.

Y él respondió:

–Eso no os lo quiero conceder.

–¿No? –dijo ella–; pues en verdad que nunca fuisteis sino servidor mío desde que recibisteis el homenaje de Nuestro Señor Jesucristo. Por tanto os aseguro que, allá donde pueda hallaros descuidado, os tomaré como aquel que en otro tiempo fue mi hombre.

Y se fue de sir Perceval y lo dejó durmiendo, el cual se sintió muy trabajado a causa de su visión. Y por la mañana se levantó, se santiguó, y se sintió muy débil.

Entonces miró sir Perceval hacia la mar, y vio venir una nave hacia él; y fue sir Perceval a la nave y la halló por dentro y por fuera cubierta con jamete blanco. Y en ella había un anciano vestido con un sobrepelliz, a la manera de un capellán.

–Señor –dijo sir Perceval–, sed bien venido.

–Dios os guarde –dijo el hombre bueno–. Señor –dijo el anciano–, ¿de dónde sois?

–Señor –dijo sir Perceval–, soy de la corte del rey Arturo, y caballero de la Tabla Redonda, y estoy en la demanda del Santo Grial; y aquí estoy en gran congoja, y no es probable que pueda escapar de estas soledades.

–No temáis –dijo el hombre bueno–; y si sois tan verdadero caballero como la orden de caballería requiere, y de corazón como debéis ser, no debéis temer que os mate ningún enemigo.

–¿Quién sois vos? –dijo sir Perceval.

–Señor –dijo el anciano–, soy de un país extraño, y he venido aquí a confortaros.

–Señor –dijo sir Perceval–, ¿qué significa el sueño que soñé esta noche?

Y el hombre bueno se lo explicó todo:

–La que cabalgaba sobre el león representa la nueva ley de la santa iglesia, que es a saber: fe, buena esperanza, creencia y bautismo. Pues que pareciese más joven que la otra es gran razón, pues nació en la resurrección y la pasión de Nuestro Señor Jesucristo. Y por gran amor ha venido a ti a prevenirte de la gran batalla que te sobrevendrá.

–¿Con quién habré de luchar? –dijo sir Perceval.

–Con el más temible campeón del mundo –dijo el anciano–; pues como ha dicho esa dama, a menos que ganes bien, no te librarás de perder un miembro, sino que serás avergonzado hasta el fin del mundo. Y la que cabalgaba sobre la serpiente significa la vieja ley, y esa serpiente representa al demonio. Y por qué te culpaba de matar a su siervo, no representa a la serpiente que mataste; representa al diablo sobre el que cabalgaste hasta la peña; y cuando hiciste la señal de la cruz, allí lo mataste, y confundiste su poder. Y cuando ella te pidió enmienda, y que te convirtieses en su hombre, y dijiste que no querías, era para hacerte creer en ella y que dejases tu bautismo.

Y mandó a sir Perceval que partiese; y después saltó sobre la nave, y se fue sin que él supiese adónde. Entonces Perceval subió a la peña y halló al león que siempre le hacía compañía, y le acarició el lomo y se alegró de tenerle con él.

Capítulo 8

Cómo sir Perceval vio venir una nave hacia él,

y cómo la dama de la nave le habló de su desheredamiento

Allí se estuvo sir Perceval hasta que fue mediodía, y entonces vio venir derechamente una nave por la mar, como si todo el viento del mundo la empujase. Y llegó al pie de la peña. Y al ver esto sir Perceval, corrió allá y halló la nave cubierta con una seda más

negra que ningún oso, y en ella estaba una dueña de gran belleza, y ricamente vestida, de manera que ninguna podía ir mejor. Y cuando ésta vio a sir Perceval, le dijo:

–¿Quién os ha traído a estas soledades de donde jamás podréis salir, pues moriréis de hambre y desventura?

–Doncella –dijo sir Perceval–, sirvo al mejor hombre del mundo, y en su servicio no consentirá él que muera, pues quien llame entrará, y quien pida tendrá, y quien le busque le hallará.

Pero entonces dijo ella:

–Señor Perceval, ¿sabéis quién soy?

–Sí –dijo él.

–Pues, ¿quién os ha enseñado mi nombre? –dijo ella.

–Os conozco –dijo sir Perceval– mejor de lo que creéis.

–Vengo de la floresta desolada donde hallé al caballero bermejo con el escudo blanco –dijo la doncella.

–¡Ah, doncella! –dijo él–, mucho me placería encontrarme con ese caballero.

–Señor caballero –dijo ella–, si me aseguráis por la fe que debéis a la caballería que haréis mi voluntad en la hora que yo os lo reclame, os llevaré a ese caballero.

–Sí –dijo él–; os prometo cumplir vuestro deseo.

–Bien –dijo ella–, pues os lo diré. Lo vi en la floresta persiguiendo a dos caballeros hasta el río que llaman Mortaise; y se arrojaron a dicho río por miedo a morir, y los dos caballeros lo cruzaron; y el caballero bermejo cruzó después, y se ahogó su caballo, y él, con mucho esfuerzo, escapó a tierra –así lo contó ella; por lo que se alegró mucho sir Perceval. Y entonces le preguntó ella si había comido alguna vianda últimamente.

–No, señora; en verdad no he comido vianda ninguna en tres días,

aunque hace poco hablé con un hombre bueno que me alimentó con sus buenas palabras, y santas, y me refrescó grandemente.

–Ah, señor caballero –dijo ella–, ese mismo hombre es un encantador y multiplicador de palabras. Pues si creéis en él, claramente seréis avergonzado, y moriréis en esta peña de pura hambre, y seréis comido por las bestias salvajes; y si sois hombre joven y caballero gallardo, yo os ayudaré si queréis.

–¿Quién sois vos –dijo sir Perceval– que así me ofrecéis gran gentileza?

–Soy –dijo ella– una dueña que ha sido desheredada; y en otro tiempo fui la mujer más rica del mundo.

–Doncella –dijo sir Perceval–, ¿quién os ha desheredado? Pues gran piedad tengo de vos.

–Señor –dijo ella–, yo vivía con el hombre más grande del mundo, y me hizo tan hermosa y pura que no había ninguna como yo; y de esa gran belleza tenía yo más orgullo del que debía. Y también dije una palabra que a él no le plació. Y entonces no me consintió más en su compañía, y así me arrojó de mi herencia, y me desheredó, y nunca tuvo piedad de mí ni de ninguno de mi consejo, ni de mi corte. Y, señor caballero, ya que me ha acontecido tal cosa, yo y los míos le hemos quitado muchos de sus hombres y los hemos convertido en hombres míos. Pues jamás piden de mí cosa alguna que no les dé, y mucho más. Así, yo y todos mis siervos estamos contra él noche y día. Por tanto no conozco ahora a ningún buen caballero, ni hombre bueno, al que no tenga a mi lado si puedo. Y como sé que eres buen caballero, te suplico que me ayudes; y como eres miembro de la Tabla Redonda, por ende no debes defraudar a una dueña que ha sido desheredada, y suplica tu ayuda.

Capítulo 9

Cómo sir Perceval le prometió ayuda, y cómo la requirió de amor, y cómo fue salvado del demonio

Entonces sir Perceval le prometió toda la ayuda que pudiese; y ella se lo agradeció.

Y en esta sazón era el tiempo caluroso. Entonces llamó ella a una dueña y le dijo que trajese un pabellón; así lo hizo ésta, y lo hincó en la grava.

–Señor –dijo ella–, ahora podéis descansar de este calor del día.

Entonces se lo agradeció él; y le quitó ella el yelmo y el escudo, y estuvo él durmiendo buen rato. Y se despertó, le preguntó a ella si tenía alguna vianda; y dijo ella:

–Sí, también tendréis suficiente.

Y fue puesta luego una mesa, y había tanta comida en ella que quedó maravillado, pues había de las viandas que podía imaginar. Y también bebió el más fuerte vino que había bebido nunca, pensó, de lo que se puso un poco ardiente, más de lo que debía; en eso contempló a la dueña, y pensó que era la criatura más hermosa que había visto.

Y entonces sir Perceval le ofreció amarla, y le rogó que quisiese ser suya. Pero ella lo rehusó suavemente, en cierta manera, cuando él la requirió, para que estuviese más ardiente con ella; y no cesaba él de solicitarla. Y cuando ella le vio bien ardiente, dijo:

–Señor Perceval, sabed bien que yo no satisfaré vuestra voluntad, a menos que juréis ser en adelante mi fiel servidor, y no hacer sino lo que yo os ordene. ¿Queréis asegurarme esto como caballero verdadero que sois?

–Sí –dijo él–, gentil señora, por la fe de mi cuerpo.

–Bien –dijo ella–; ahora haréis conmigo lo que os plazca; y sabed bien que sois el caballero del mundo que yo más deseo.

Y mandó entonces a dos escuderos que hiciesen una cama en medio del pabellón, y al punto se desvistió y se acostó en ella. Y sir Perceval se acostó desnudo a su lado; y por ventura y gracia, vio su

espada desnuda en el suelo, en cuyo pomo estaba una cruz bermeja con el signo del crucifijo en ella, y pensó en su caballería, y en su promesa hecha al hombre bueno; entonces se hizo la señal de la cruz en la frente, y al punto el pabellón se trastornó todo, y se convirtió en un humo, y una nube negra; y entonces se amedrentó y gritó en voz alta:

Capítulo 10

Cómo sir Perceval por penitencia se atravesó el muslo;

y cómo fue reconocida ella como el diablo

–Gentil dulce padre, Jesucristo, no dejes caer en vergüenza al que ha estado cerca de perderse, de no haber sido por tu buena gracia.

Y entonces miró la nave, y vio a la doncella entrar en ella, diciendo:

–Señor Perceval, me habéis traicionado.

Y se fue con el viento rugiendo y aullando, de manera que parecía que el agua ardía tras ella. Entonces sir Perceval hizo gran aflicción, y se apuntó con la espada, diciendo:

–Ya que mi carne quiere ser mi dueña, la castigaré –y dicho esto se atravesó el muslo, de manera que la sangre manó por él, y dijo–: oh buen Señor, acepta esto en compensación por lo que he hecho contra Ti, mi Señor.

Entonces se vistió y se armó, y se tuvo por desdichado, diciendo:

–¡Cuán cerca he estado de perderme, y de perder lo que jamás habría vuelto a tener, que es mi virginidad, pues nunca más se puede recobrar después que se ha perdido! –y contuvo la sangre de su herida con un pedazo de su camisa.

Y mientras así gemía, vio venir de oriente la misma nave en la que

había venido el hombre bueno el día antes, y el noble caballero se avergonzó de sí; y allí mismo cayó desvanecido. Y cuando despertó fue a él débilmente, y saludó a este hombre bueno. Y éste preguntó a sir Perceval:

–¿Cómo has hecho desde que me fui?

–Señor –dijo él–, aquí ha estado una dueña que indujo a pecar mortalmente –y se lo contó todo.

–¿No reconociste a la doncella? –dijo el hombre bueno.

–Señor –dijo él–, no; pero sé que el demonio la envió aquí para afrentarme.

–Oh buen caballero –dijo él–, eres un necio, pues esa dueña era el señor del Infierno, el cual tiene poder sobre todos los diablos, y era la vieja dama que viste en tu visión cabalgando sobre la serpiente.

Entonces contó a sir Perceval cómo Nuestro Señor Jesucristo lo había arrojado del cielo por su pecado, cuando era el ángel más resplandeciente del cielo, y por eso perdió su herencia.

–Y éste fue el campeón con quien luchaste, y te habría vencido de no haber sido por la gracia de Dios. Ahora sé avisado, Perceval, y toma esto como ejemplo.

Y seguidamente el hombre bueno desapareció. Y sir Perceval tomó sus armas, subió a la nave, y se fue de allí.

Aquí termina el décimo cuarto libro, que es de sir Perceval.

Y aquí sigue de sir Lanzarote, que es el décimo quinto libro.

[15] Inly black en Caxton y en Winchester. Vinaver sugiere para inly dos posibilidades: que sea una mala transcripción de inkly o, más probablemente, que venga de inde (azul oscuro) + ly.

Libro XV

Capítulo 1

Cómo sir Lanzarote entró en un santuario, donde halló muerto, con una camisa blanca, a un religioso, de cien inviernos de edad

Cuando el ermitaño hubo tenido a sir Lanzarote tres días, le trajo un caballo, un yelmo y una espada. Y entonces partió hacia la hora nona. Y a poco vio una pequeña casa.

Y cuando estuvo cerca, vio un santuario, y a un anciano junto a él que estaba vestido muy ricamente todo de blanco; y dijo sir Lanzarote:

–Dios os salve.

–Dios os guarde –dijo el hombre bueno–, y os haga buen caballero.

Entonces sir Lanzarote se apeó y entró en el santuario, y vio allí a un anciano muerto, con una camisa blanca de muy fino paño.

–Señor –dijo el hombre bueno–, este hombre que está muerto no debía vestir como lo veis, pues en eso quebrantó el voto de su orden, pues ha sido religioso más de cien inviernos.

Y entonces el hombre bueno y sir Lanzarote entraron en el santuario; y el hombre bueno se puso una estola alrededor del cuello, tomó un libro, y conjuró sobre este libro; y en eso vieron una figura espantosa y horrible, de manera que no hay hombre tan insensible ni duro que no se hubiese espantado. Y dijo el demonio:

–Mucho me has trabajado; ahora dime qué quieres conmigo.

–Quiero –dijo el hombre bueno– que me digas cómo ha muerto mi compañero, y si se ha salvado o condenado.

Entonces dijo él con horrible voz:

–No se ha perdido, sino salvado.

–¿Cómo puede ser eso? –dijo el hombre bueno–: me parece que no vivía bien, pues quebrantó su orden al llevar camisa cuando no debía llevar ninguna, y el que quebranta nuestra orden no obra bien.

–Eso no es así –dijo el demonio–; porque este hombre que aquí yace muerto venía de gran linaje. Y había un señor llamado Conde de Vale que sostenía gran guerra contra el sobrino de este hombre, que se llamaba Aguaras. Y este Aguaras vio que el conde era más fuerte que él. Entonces fue a tomar consejo de su tío, el cual aquí yace muerto como podéis ver. Y entonces él pidió licencia, y salió de su ermita para sostener a su sobrino contra el poderoso conde; y acaeció que este hombre que aquí yace muerto hizo tanto con su sabiduría y esfuerzo que el conde fue prendido, con tres de sus señores, por fuerza de este hombre muerto.

Capítulo 2

De un hombre muerto, cómo lo quisieron tajar

y no pudieron, y cómo sir Lanzarote tomó

el cilicio del hombre muerto

»Entonces hubo paz entre el conde y este Aguaras, y gran seguridad de que el conde no guerrearía más contra él. Entonces este hombre muerto que aquí yace volvió a esta ermita; pero el conde hizo que dos de sus sobrinos se vengasen de este hombre. Y llegaron un día, y hallaron a este hombre muerto en la consagración de la misa, y le

aguardaron hasta que hubo dicho misa. Y entonces fueron sobre él, y sacaron las espadas para matarlo; pero no hubo espada que mordiese en él más que sobre una barra de acero, pues el Alto Señor al que servía lo protegió. Entonces hicieron un gran fuego, le quitaron todas sus ropas, y el cilicio de su espalda. Y entonces les dijo este ermitaño muerto:

»–¿Creéis que me quemaréis? No está en vuestro poder hacerme perecer más que un hilo, si tuviese yo alguno sobre mi cuerpo.

»–Eso –dijo uno de ellos– lo vamos a probar.

»Y lo despojaron, y le pusieron esta camisa, y lo echaron a un fuego; y allí yació toda esa noche, hasta que fue de día, en ese fuego, pero no murió; y llegué yo por la mañana y lo hallé muerto; pero no hallé quemadura ninguna en hilo ni piel; y lo saqué del fuego con gran temor, y lo traje aquí como podéis ver. Y ahora me puedes dejar seguir mi camino, pues te he dicho la verdad.

Y a continuación se marchó con gran tempestad. Entonces se sintieron el hombre bueno y sir Lanzarote más contentos. Y sir Lanzarote descansó con este hombre bueno esa noche.

–Señor –dijo el hombre bueno–, ¿no sois sir Lanzarote del Lago?

–Sí, señor –dijo él.

–¿Qué buscáis en este país?

–Señor –dijo sir Lanzarote–, voy en busca de las aventuras del Santo Grial.

–Bien podéis buscar –dijo él–; pero aunque estuviese aquí, no tendríais poder para verlo más que un ciego puede ver una reluciente espada, y eso es por vuestro pecado; si no, más capaz seríais que ningún hombre vivo.

Entonces sir Lanzarote lloró. Y dijo el hombre bueno:

–¿Os habéis confesado desde que empezasteis la demanda del Santo Grial?

–Sí, señor –dijo sir Lanzarote.

Y por la mañana, después que el hombre bueno hubo cantado su misa, enterraron al muerto. Entonces dijo sir Lanzarote:

–Padre, ¿qué debo hacer?

–Te requiero –dijo el hombre bueno– que tomes este cilicio que era de este hombre santo, y te lo pongas sobre la piel, que así te aprovechará grandemente.

–Señor, así lo haré –dijo sir Lanzarote.

–También te encomiendo que no comas carne en tanto estés en la demanda del Santo Grial, ni bebas vino, y que oigas misa diariamente si lo puedes hacer.

Y tomó el cilicio, se lo puso, y partió a hora de vísperas. Y entró en una floresta, y allí se encontró con una dueña que cabalgaba sobre un palafrén blanco; y le preguntó ella:

–Señor, ¿adónde cabalgáis?

–Ciertamente, doncella –dijo Lanzarote–, no sé adónde cabalgo, sino como la fortuna me guía.

–¡Ah, señor Lanzarote! –dijo ella–, sé qué aventura buscáis, pues antes estabais más cerca que ahora, aunque lo veréis más claramente de lo que nunca lo habéis visto, como comprobaréis en breve espacio.

Entonces sir Lanzarote le preguntó dónde se podía albergar esa noche.

–No hallaréis ninguno este día ni esta noche, sino que mañana hallaréis buen albergue, de cuyo sosiego tendréis duda.

Y sir Lanzarote la encomendó a Dios. Entonces cabalgó hasta que llegó a una cruz, y la tomó por su posada esa noche.

Capítulo 3

De una visión que tuvo sir Lanzarote, y cómo se la contó a un ermitaño, al que pidió consejo

Y puso su caballo a pacer, se quitó el yelmo y el escudo, e hizo sus preces ante la cruz, para no caer nunca más en pecado mortal. Y después se acostó a dormir.

Y así que estuvo dormido le vino una visión: que llegaba un hombre ante él todo rodeado de estrellas; y ese hombre tenía una corona de oro en la cabeza, y traía consigo una compañía de siete reyes y dos caballeros. Y todos ellos adoraron la cruz de rodillas, y con las manos levantadas hacia el cielo. Y dijeron:

–Gentil dulce Padre del Cielo, ven a visitarnos, y danos a cada uno según hemos merecido.

Entonces alzó sir Lanzarote los ojos al cielo, y le pareció que se abrían las nubes, y descendía un anciano con una compañía de ángeles, y llegaba entre ellos, y daba a cada uno su bendición, y los llamaba sus siervos, y buenos y leales caballeros. Y cuando este anciano hubo hablado así, se llegó a uno de los caballeros, y dijo:

–Todo lo que había puesto en ti he perdido, pues te has gobernado contra mí como un guerrero, y has hecho guerras injustas con vana gloria, más por el placer del mundo que por agradarme; por tanto serás confundido si no me devuelves mi tesoro.

Toda esta visión tuvo sir Lanzarote en la cruz. Y por la mañana tomó el caballo y cabalgó hasta el mediodía; y por ventura se encontró con el mismo caballero que le había tomado el caballo, el yelmo y la espada mientras dormía, cuando apareció el Santo Grial ante la cruz. Al verlo sir Lanzarote, no lo saludó gentilmente, sino que le dijo a voces:

–¡Caballero, guárdate, pues me has hecho gran descortesía!

Se pusieron sus lanzas delante de ellos, y sir Lanzarote fue tan fieramente sobre él que derribó al caballo y él a tierra, de manera que casi le quebró el cuello. Entonces sir Lanzarote tomó el caballo del caballero que antes fuera suyo, bajó del caballo en el que iba, montó en el suyo, y ató el otro a un árbol, a fin de que pudiese hallarlo el caballero cuando se levantase.

Entonces sir Lanzarote cabalgó hasta la noche, y por ventura encontró a un ermitaño, y se saludaron el uno al otro; y allí descansó con este hombre bueno toda la noche, y dio a su caballo lo que pudo. Y dijo el hombre bueno a sir Lanzarote:

–¿De dónde sois?

–Señor –dijo él–, soy de la corte de Arturo, y mi nombre es sir Lanzarote del Lago, y estoy en la demanda del Santo Grial; y por ende os ruego que me aconsejéis sobre una visión que tuve en la cruz.

Y se lo contó todo.

Capítulo 4

Cómo expuso el ermitaño a sir Lanzarote su visión y le dijo que sir Galahad era su hijo

–Ahí, señor Lanzarote –dijo el hombre bueno–, pudiste entender el alto linaje del que vienes, y que tu visión representa.

»Cuarenta años después de la pasión de Jesucristo, José de Arimatea predicó la victoria del rey Evelake, quien venció en las batallas sobre sus enemigos. Y de los siete reyes y los dos caballeros: el primero de ellos se llamaba Nappus, y fue hombre santo; el segundo se llamaba Nacien, en memoria de su antepasado, y en él habitaba Nuestro Señor Jesucristo; y el tercero se llamaba Helias le Grose; el cuarto se llamó Lisais, y el quinto Jonás, que partió de su país y

entró en Gales, llevándose a la hija de Manuel, por lo que obtuvo la tierra de Gaula, y vino a vivir a este país. Y de él vino el rey Lanzarote tu antepasado, el cual casó con la hija del rey de Irlanda, y fue hombre de tanto honor como tú, y de él vino el rey Ban, tu padre, el cual es el postrero de los siete reyes. Y por ti, Lanzarote, significa que los ángeles dijeron que no eras ninguno de los siete de esa compañía. Y el último fue el noveno caballero, significado en un león, pues sobrepujaría a toda suerte de caballeros terrenales, que es sir Galahad, al que tú engendraste en la hija del rey Pelles; y debías dar gracias a Dios más que ningún otro hombre vivo, pues en caballería no tienes par entre los pecadores terrenales, ni lo tendrás. Pero poco has agradecido a Dios todas las grandes virtudes que Él te ha prestado.

–Señor –dijo Lanzarote–, decís que ese buen caballero es mi hijo.

–Eso debías saberlo tú mejor que nadie –dijo el hombre bueno– pues conociste a la hija del rey Pelles carnalmente, y en ella engendraste a Galahad, y él fue el que estuvo en la fiesta de Pentecostés sentado en la Silla Peligrosa; y por tanto te hago saber claramente que es de tu engendramiento en la hija del rey Pelles por lo que tendrás honra y merecimiento, y todo tu linaje. Y te aconsejo que en ningún lugar le fuerces a haberlas contigo.

–Bien –dijo Lanzarote–, me semeja que ese buen caballero debería rezar por mí al Alto Padre, para que no caiga en pecado otra vez.

–Sabe bien –dijo el hombre bueno– que mucho mejor te iría por su oración; pero no debe cargar el hijo con los pecados del padre, ni el padre con los pecados del hijo, sino que cada uno ha de llevar su propia carga. Y por tanto reza a Dios tú solo, que él te ayudará en todas tus necesidades.

Y entonces sir Lanzarote y él fueron a cenar; y se acostó luego a descansar, y mucho punzaba el cilicio en la piel a sir Lanzarote, lo que le atormentaba grandemente; pero lo tomó con humildad, y soportó el dolor.

Y por la mañana oyó misa, tomó sus armas, y se despidió.

Capítulo 5

Cómo justó sir Lanzarote con muchos caballeros,

y fue prendido

Y entonces montó sobre su caballo, se metió en una floresta, y no anduvo por ningún camino. Y al mirar delante de él vio un hermoso llano, y a un lado de éste un hermoso castillo, y delante del castillo estaban muchos pabellones de seda de diversos colores. Y le pareció ver allí quinientos caballeros a caballo; y había dos bandos: los que eran del castillo estaban todos sobre caballos negros y paramentos negros, y los de fuera estaban todos sobre caballos y paramentos blancos; y cada uno acometía a otro que maravillaba a sir Lanzarote. Y por último pensó que los del castillo eran vencidos.

Entonces pensó sir Lanzarote ayudar al bando más flojo acrecentándolo con su caballería. Y se metió sir Lanzarote entre el bando del castillo, y derribó a un caballero, hombre y caballo, a tierra. Y seguidamente arremetió aquí y allá, e hizo maravillosos hechos de armas. Y después sacó la espada, y dio con muchos caballeros en tierra, de manera que todos los que le veían se maravillaban de que un solo caballero pudiese hacer tan grandes hechos de armas.

Pero siempre los caballeros blancos se tenían alrededor de sir Lanzarote, para cansarlo y hacerle perder aliento. Y finalmente, como el hombre no puede resistir eternamente, sir Lanzarote se debilitó tanto de luchar y trabajar, y se fatigó tanto de sus grandes hechos, que no pudo levantar los brazos para dar un solo golpe, de manera que creyó que nunca había llevado armas; y entonces lo prendieron y lo llevaron a una floresta, y allí le hicieron apearse y descansar.

Y entonces la compañía del castillo fue vencida por ausencia de él. Y dijeron todos a sir Lanzarote:

–Bendito sea Dios, que sois ahora de nuestra compañía, pues os

tendremos en nuestra prisión –y lo dejaron sin decir más.

Y entonces sir Lanzarote hizo gran lamentación, «pues nunca hasta ahora estuve en justa ni torneo donde no tuviera lo mejor; y ahora soy avergonzado». Y dijo:

–Ahora estoy seguro de ser más pecador que nunca.

Así cabalgó gimiendo, y anduvo medio día desesperado, hasta que entró en un profundo valle. Y cuando vio sir Lanzarote que no podía subir a la montaña, se apeó bajo un manzano, dejó su yelmo y su escudo, y puso el caballo a pacer. Y entonces se echó a dormir.

E imaginó entonces que llegaba un anciano ante él, el cual decía: «¡Ah, Lanzarote de mala fe y poca creencia!, ¿por qué se ha vuelto tan ligera tu voluntad hacia tu pecado mortal?». Y dicho esto desapareció, y sir Lanzarote no supo qué había sido de él.

Entonces tomó su caballo, y se armó; y cuando iba por el camino vio una ermita donde había una reclusa, con una ventana desde la que podía ver el altar. Y llamó ésta a voces a sir Lanzarote, porque le pareció que era caballero andante. Y fue él, y la reclusa le preguntó quién era, y de qué lugar, y en busca de qué iba.

Capítulo 6

Cómo sir Lanzarote contó su visión a una mujer,

y cómo ella se la explicó

Y entonces él se lo contó todo, palabra por palabra, y la verdad de lo que le había acaecido en el torneo. Y después le contó la visión que había tenido esa noche mientras dormía, y le rogó que le dijese qué podía significar, pues no estaba muy contento de ella.

–Ah, Lanzarote –dijo ella–, en tanto eras caballero de terrenal caballería fuiste el hombre más maravilloso del mundo, y el más

aventurero. Ahora –dijo la dama–, ya que estás entre caballeros de aventuras celestiales, no te maraville si la ventura te fue contraria en ese torneo; pues ese torneo de ayer no fue sino una señal de Nuestro Señor. Sin embargo no había encantamiento ninguno, pues los del torneo eran caballeros terrenales El torneo fue una prueba para ver quién tendría más caballeros, si Eliazar, hijo del rey Pelles, o Argustus, hijo del rey Harlon. Pero Eliazar iba todo vestido en blanco y Argustus iba cubierto de negro, que era el llegado. Y te diré todo lo que esto representa:

»El día de Pentecostés, cuando el rey Arturo celebró su corte, acaeció que los reyes y caballeros terrenales hicieron un torneo, que es a saber la demanda del Santo Grial. Los caballeros terrenales eran los vestidos todo en negro, y las cubiertas representaban los pecados que no habían confesado. Y los otros con las cubiertas blancas representaban la virginidad, y los que escogieron la castidad. Y así fue empezada la demanda entre ellos. Entonces viste a los pecadores y a los hombres buenos, y al ver vencidos a los pecadores, te inclinaste por ese bando por soberbia y orgullo del mundo; y todo eso se debe dejar en esta demanda, pues en esta demanda tendrás muchos compañeros mejores que tú. Pues como tan débil de confianza y buena fe, eso hizo que te prendiesen allí y te llevasen a la floresta.

»Y luego se apareció el Santo Grial a los caballeros blancos, pero tú eras tan débil de buena creencia y fe que no pudiste tenerte con él pese a toda la enseñanza del hombre bueno, sino que al punto te uniste a los pecadores, y eso causó tu desventura, cuando debiste distinguir el bien del mal y la vana gloria del mundo, la cual no vale una pera. Y por gran orgullo hiciste gran lamentación, por no haber vencido a todos los caballeros blancos con las cubiertas blancas, por las que eran representadas la virginidad y la castidad; y por tanto Dios se enojó contigo, pues Dios no ama tales hechos en esta demanda. Y esta visión significa que eras de mala fe y poca creencia, lo que te hará caer en el abismo profundo del Infierno si no te guardas.

»Ahora te he prevenido de tu vana gloria y de tu soberbia, por las que has errado muchas veces contra tu Criador. Guárdate de la pena eterna, pues de todos los caballeros terrenales, de ti tengo más

piedad, pues sé bien que no tienes par entre los pecadores terrenales –y mandó a sir Lanzarote que fuese a comer.

Y después de comer tomó él su caballo, la encomendó a Dios, y se metió por un profundo valle; y allí vio un río y una alta montaña. Y necesariamente tuvo que atravesar el agua, la cual era espantosa; pero en el nombre de Dios, lo tomó con buen ánimo.

Y cuando hubo cruzado, vio a un caballero armado, negros hombre y caballo como un oso; y sin mediar palabra derribó el caballo de sir Lanzarote a tierra; y siguió, no supo él por dónde. Entonces tomó su yelmo y su escudo, y agradeció a Dios su aventura.

Aquí dejamos la historia de sir Lanzarote,

y hablamos de sir Gawain,

que es el décimo sexto libro.

Libro XVI

Capítulo 1

Cómo sir Gawain estaba casi cansado de la demanda del Santo Grial, y de su sueño mararilloso

Cuando sir Gawain se fue de su compañía anduvo mucho tiempo sin ninguna aventura. Pues no halló la décima parte de las aventuras que solía. Pues cabalgó desde el domingo de Pentecostés hasta el día de San Miguel sin hallar aventura ninguna que le placiese.

Y acaeció un día que topó con sir Héctor de Maris, se alegraron tanto el uno del otro, que sería maravilla contar. Y se contaron todas las cosas el uno al otro, y se quejaron grandemente de no poder hallar ninguna aventura.

–En verdad –dijo sir Gawain a sir Héctor–, estoy casi cansado de esta demanda, y tengo poca gana de seguir por países extraños.

–Una cosa me maravilla –dijo sir Héctor–: que me he encontrado con veinte caballeros, compañeros míos, y todos se quejan igual.

–Me pregunto –dijo sir Gawain–, dónde puede estar sir Lanzarote, vuestro hermano.

–En verdad –dijo sir Héctor–, no he podido saber de él, ni de sir Galahad, Perceval, ni sir Bors.

–Dejémoslos –dijo sir Gawain–, pues ellos cuatro no tienen par. Y si no fuese por una cosa, no tendría sir Lanzarote par entre los hombres terrenales; pero es como nosotros, sino que tomó más trabajo sobre sí. Pero si estos cuatro se juntasen, no querrían que ningún hombre se juntase con ellos; pues si ellos fracasan en el Santo Grial, en vano intentarían los demás recobrarlo.

Así cabalgaron Héctor y Gawain más de ocho días, y un sábado hallaron una vieja ermita, la cual estaba destrozada, de manera que no parecía que nadie reparase allí; y se apearon, dejaron sus lanzas en la puerta, entraron en la capilla, e hicieron allí sus oraciones buen rato; y después se sentaron en los bancos de la capilla. Y mientras hablaban de unas cosas y otras, de cansancio se quedaron dormidos; y les acontecieron maravillosas aventuras.

Le pareció a sir Gawain que entraba en un prado lleno de yerbas y flores, y allí vio un pesebre de toros, ciento cincuenta, los cuales eran orgullosos y negros, salvo tres de ellos que eran todo blancos, uno con una mancha negra, y los otros dos tan hermosos y blancos que no podían serlo más. Y estos tres hermosos toros estaban atados con dos fuertes cuerdas. Y los restantes toros dijeron entre sí: «Vayámonos de aquí a buscar mejor pasto». Y se fueron bastantes, y algunos volvieron; pero estaban tan flacos que no se podían tener de pie; y de los que eran muy blancos, volvió aquél nada más. Pero cuando el toro blanco volvió entre estos otros se elevó un gran grito por falta de alimento; y se fueron uno en una dirección y otro en otra: esta visión aconteció a sir Gawain esa noche.

Capítulo 2

De la visión de sir Héctor, y cómo justó

con sir Uwain les Avoutres, su jurado hermano

Pero sir Héctor de Maris tuvo una visión contraria. Pues le pareció que su hermano, sir Lanzarote, y él se apeaban de un carro y saltaban sobre dos caballos, y se dijeron el uno al otro: «Vamos a buscar lo que no hallaremos». E imaginó que un hombre vencía a sir Lanzarote, y lo desnudaba, lo vestía con otro atavío, éste lleno de nudos, lo sentaba sobre un asno, y así cabalgaba hasta la más hermosa fuente que jamás había visto; y se apeó sir Lanzarote y quiso beber de esta fuente. Y al inclinarse a beber del agua, ésta se retrajo de él. Y cuando vio esto sir Lanzarote, se volvió por donde

había venido.

Y entretanto imaginó que él mismo, sir Héctor, cabalgaba hasta que llegaba a la casa de un rico donde se celebraban unas bodas. Y allí vio a un rey que le dijo: «Señor caballero, aquí no hay lugar para vos». Y entonces regresó al carro del que había ido.

Al poco rato despertaron Gawain y Héctor, y se contaron el uno al otro su visión, lo que les maravilló grandemente.

–En verdad –dijo Héctor–, no estaré contento hasta que sepa nuevas de mi hermano Lanzarote.

Y mientras estaban así hablando sentados, vieron aparecer una mano, hasta el codo, cubierta con brocado bermejo, y de ella colgaba una brida no muy rica, y el puño sostenía un gran cirio que ardía con mucha lumbre; y pasó por delante de ellos, entró en la capilla, y después desapareció sin saber ellos cómo. Y al punto descendió una voz que dijo:

–Caballeros llenos de mala fe y poca creencia, en estas dos cosas habéis fracasado, y por tanto no podréis participar de la aventura del Santo Grial.

Entonces habló Gawain primero, y dijo:

–Héctor, ¿habéis oído esas palabras?

–Sí, en verdad –dijo sir Héctor–; todo lo he oído. Vayamos ahora a algún ermitaño que nos pueda explicar nuestra visión, pues creo que nos esforzamos en vano.

Y partieron y entraron en un valle, y allí toparon con un escudero que iba sobre una hacanea, y lo saludaron gentilmente.

–Señor –dijo Gawain–, ¿podrías indicarnos dónde encontrar algún ermitaño?

–Aquí hay uno, en un pequeño cerro; pero es tan fragoso que los caballos no pueden subir; y por tanto tendréis que ir a pie; allí hallaréis una casa pobre; en ella está Nacien el ermitaño, que es el hombre más santo de este país.

Y se separaron unos de otros. Y en un valle toparon con un caballero todo armado que, al verlos, les ofreció justar.

–En el nombre de Dios –dijo sir Gawain–, desde que partí de Camelot, sólo me habían ofrecido justar una vez.

–Señor –dijo Héctor–, dejadme justar a mí con él.

–No –dijo Gawain–; no lo haréis, a menos que sea yo vencido; no me pesará si vais después que yo.

Y entonces embrazaron uno y otro para justar, y se juntaron cuanto sus caballos podían correr, y se destrozaron los escudos y las mallas, el uno más que el otro; y Gawain recibió una herida en el costado izquierdo, pero el otro caballero quedó atravesado por el pecho, saliéndole la lanza por la otra parte; y ambos cayeron de las sillas, y en la caída se quebraron ambas lanzas. Se levantó al punto Gawain, echó mano a la espada, y se puso el escudo delante. Pero todo para nada, pues el caballero no se pudo levantar contra él. Entonces dijo Gawain:

–Debéis rendiros como hombre vencido; si no os mataré.

–Ah, señor caballero –dijo el otro–, muerto estoy ya; así que por Dios y por vuestra gentileza llevadme aquí cerca a una abadía, que pueda recibir a mi Creador.

–Señor –dijo Gawain–, no sé de ninguna casa de religión por aquí.

–Señor –dijo el caballero–, ponedme sobre un caballo, delante de vos, y yo os guiaré.

Lo puso Gawain en la silla, saltó detrás de él para sostenerlo, y así fueron a una abadía donde fueron bien recibidos; y al punto lo desarmaron, y recibió a su Creador.

Entonces rogó a Gawain que le sacase del cuerpo el trozo de lanza. Y Gawain le preguntó quién era, que no lo conocía.

–Soy –dijo– de la corte del rey Arturo, y fui miembro de la Tabla Redonda, donde todos éramos hermanos jurados; y ahora sir Gawain, tú me has matado; y me llamo Uwain les Avoutres, hijo del

rey Uriens, y estaba en la demanda del Santo Grial; y ahora que Dios te lo perdone, pues siempre se dirá que un hermano jurado mató a otro.

Capítulo 3

Cómo sir Gawain y sir Héctor llegaron a una ermita para confesar, y cómo contaron al ermitaño sus visiones

–¡Ay –dijo Gawain–, que me haya acontecido a mí esta desventura!

–No importa –dijo Uwain–; ya que debo morir de esta muerte, no podía morir por mano de hombre más digno; pero cuando vayáis a la corte recomendadme a mi señor, el rey Arturo, y a cuantos quedan vivos; y por la vieja hermandad, pensad en mí.

Entonces Gawain comenzó a llorar, y también Héctor.

Y seguidamente el propio Uwain y sir Gawain sacaron el trozo de la lanza, y al punto el alma abandonó el cuerpo. Entonces sir Gawain y sir Héctor lo enterraron como debe ser enterrado un hijo del rey, y mandaron escribir encima su nombre, y por quién había sido muerto.

Entonces partieron Gawain y Héctor con todo el pesar que les cabía por su desventura, y cabalgaron hasta que llegaron a la fragosa montaña; y ataron allí sus caballos y subieron a pie a la ermita. Y cuando llegaron arriba vieron una casa pobre, y junto a la capilla un pequeño cercado donde Nacien el ermitaño recogía raíces[16], como el que no ha probado ninguna otra vianda en mucho tiempo. Y cuando vio a los caballeros andantes fue a su encuentro y los saludó, y ellos a él.

–Gentiles señores –dijo–, ¿qué aventura os trae aquí?

–Señor –dijo Gawain–, hablar con vos para que nos confeséis.

–Señor –dijo el ermitaño–, estoy presto.

A continuación le explicaron tanto que supo quiénes eran. Y determinó aconsejarles si podía.

Entonces comenzó primero Gawain, y le habló de la visión que había tenido en la capilla; y Héctor le contó todo como antes se ha referido.

–Señor –dijo el ermitaño a sir Gawain–, por el hermoso prado y el pesebre que había en él se debe entender la Tabla Redonda, y por el prado se debe entender la humildad y la paciencia, cosas estas que están siempre verdes y lozanas; pues no se puede vencer jamás a la humildad y la paciencia, en las que estaba fundada la Tabla Redonda; y la caballería ha sido en todo tiempo tan alta, por la fraternidad que allí había, que no podía ser vencida; pues se dice que estaba fundada en la paciencia y la humildad. En el pesebre comían ciento cincuenta toros; pero no comían en el prado, pues para hacerlo, sus corazones debían estar afirmados en la humildad y la paciencia, y los toros eran orgullosos y negros salvo tres. Por los toros se debe entender la compañía de la Tabla Redonda, que por su maldad y pecado son negros. La negrura quiere decir falta de obras buenas o virtuosas. Y en cuanto a los tres toros que eran blancos salvo uno que era manchado, los dos blancos representan a sir Galahad y a sir Perceval, pues son donceles limpios y sin mancha; y el tercero que tenía una mancha representa a sir Bors de Ganis, que quebrantó una vez su virginidad; pero desde entonces se ha guardado tan bien en castidad que todo le ha sido perdonado, y sus yerros. Y por qué estos tres estaban atados por el cuello: son tres caballeros en virginidad y castidad, y no hay orgullo en ellos. Y los toros negros que decían: «vayámonos de aquí», eran aquellos que en Pentecostés, en la alta fiesta, tomaron sobre sí ir en la demanda del Santo Grial sin confesión: no pudieron entrar en el prado de la humildad y la paciencia. Y por tanto volvieron a sus países desolados, que significan la muerte, pues allí morirán muchos de ellos: cada uno matará al otro por pecado, y los que escapen estarán tan flacos que causará asombro verlos. Y de los tres toros sin mancha, uno volverá, y los otros dos no volverán más.

Capítulo 4

Cómo expuso el ermitaño la visión que tuvieron

A continuación dijo Nacien a Héctor:

–Verdad es que Lanzarote y vos bajasteis de un carro: el carro representa el dominio y señorío del que venís. Pero los dos –dijo el ermitaño– vais en busca de lo que jamás hallaréis, que es el Santo Grial; pues es la cosa secreta de Nuestro Señor Jesucristo. Qué quiere decir que sir Lanzarote cayera del caballo: que ha dejado el orgullo y ha abrazado la humildad, pues ha suplicado en voz alta piedad por su pecado, y mucho se ha arrepentido, y Nuestro Señor lo ha vestido con su ropa llena de nudos, que es el cilicio que lleva diariamente. Y el asno sobre el que cabalga es la bestia de la humildad, pues Dios no quiso cabalgar sobre corcel ninguno, ni sobre palafrén, como ejemplo de que el asno representa la mansedumbre, como así viste a sir Lanzarote cabalgar en tu sueño. Y la fuente cuya agua se retrajo de él cuando quiso beber de ella, y cuando vio que no la podía tomar volvió allá de donde venía, pues la fuente representa la alta gracia de Dios, que cuanto más desean beberla los hombres más grande se hace su deseo. Y cuando se acercó al Santo Grial, se humilló porque no se tenía por hombre digno de estar tan cerca del sagrado vaso, pues había estado manchado de pecado mortal por espacio de muchos años; sin embargo, cuando se arrodilló a beber de la fuente, vio allí gran providencia del Santo Grial. Y porque había servido tanto tiempo al diablo, sufrirá venganza veinticuatro días, por haber sido servidor del diablo veinticuatro años. Y poco después regresará de este país a Camelot, y contará parte de las cosas que ha hallado.

»Ahora voy a deciros qué representa la mano con el cirio y la brida: debe entenderse el espíritu santo, en el que habita siempre la caridad, y la brida significa abstinencia. Pues cuando está embridada en el corazón del cristiano lo tiene tan sujeto que no cae en pecado mortal. Y el cirio que da claridad y visión significa la derecha vía de Jesucristo. Y cuando fue y dijo: «Caballeros de poca fe y mala creencia, en estas tres cosas habéis fallado: en caridad, en

abstinencia y en veracidad»; por tanto no podéis alcanzar la alta aventura del Santo Grial.

Capítulo 5

Del buen consejo que el ermitaño les dio

–Ciertamente –dijo Gawain–, habéis dicho verdad, de manera que lo veo claramente. Ahora os ruego, buen hombre y santo padre, que me digáis por qué no damos con tantas aventuras como solíamos tener, de las que mayormente salíamos airosos.

–Muy de grado os lo diré –dijo el hombre bueno–: la aventura del Santo Grial, cuya demanda habéis emprendido vos y muchos otros, y no hallaréis, la causa es que no se aparece a los pecadores. Por lo que no tengáis extrañeza si fracasáis en ella, y en muchas otras. Pues no sois caballero verdadero, y sois gran homicida, y a los hombres buenos importan otras cosas que el homicidio. Y me atrevo a decir que pecador como ha sido sir Lanzarote, desde que entró en la demanda del Santo Grial no ha matado a ningún hombre, ni matará a ninguno, hasta que regrese a Camelot, pues ha tomado sobre sí abandonar el pecado. Y si no fuese porque no es constante, y puede que se vuelva de su pensamiento, casi la acabaría él, aparte de Galahad, su hijo. Pero Dios conoce su pensamiento y su inconstancia, aunque morirá santo, y ciertamente no tiene par entre los pecadores terrenales.

–Señor –dijo sir Gawain–, me parece por vuestras palabras que por nuestros pecados no nos aprovechará que vayamos en esta demanda.

–En verdad –dijo el hombre bueno–, hay cien como vos que no prevalecerán, sino que ganarán vergüenza.

Y cuando hubieron oído estas razones lo encomendaron a Dios. Entonces el hombre bueno llamó a Gawain, y le dijo:

–Mucho tiempo ha pasado desde que fuiste hecho caballero, y desde entonces nunca serviste a tu Creador; y ahora eres un árbol tan viejo que no hay en ti hoja ni fruto; así que piensa que rendirás a Nuestro Señor la pura corteza, ya que el demonio tiene las hojas y el fruto.

–Señor –dijo Gawain–, si tuviese tiempo hablaría con vos; pero ya se ha ido mi compañero, sir Héctor y me aguarda al pie del cerro.

–Pues –dijo el hombre bueno– mejor harías en ser aconsejado.

Entonces partió Gawain y fue a sir Héctor; y tomaron sus caballos y cabalgaron hasta que llegaron a la casa de un leñador, el cual los albergó muy bien. Y por la mañana se despidieron de su huésped, y anduvieron mucho tiempo antes de poder hallar ninguna aventura.

Capítulo 6

Cómo sir Bors topó con un ermitaño, y cómo se confesó con él, y de la penitencia que le puso

Cuando Bors se fue de Camelot topó con un religioso que iba sobre un asno, y lo saludó. Al punto el buen hombre supo que era uno de los caballeros andantes que estaban en la demanda del Santo Grial.

–¿Quién sois? –dijo el hombre bueno.

–Señor –dijo él–, soy un caballero que quisiera ser aconsejado en la demanda del Santo Grial, pues mucha honra terrenal tendrá el que la pueda llevar a cabo.

–Ciertamente –dijo el buen hombre–, es verdad eso, pues será el mejor caballero del mundo, y el más hermoso de toda la compañía. Pero sabed que ninguno la alcanzará sino por limpieza, como es la pura confesión.

Y siguieron juntos hasta que llegaron a una ermita. Y allí rogó a sir

Bors que quedase con él toda esa noche. Y se apeó él, se quitó la armadura, y le pidió que le confesase; y entraron en la capilla, se confesó, y comieron pan y bebieron agua juntos.

–Ahora –dijo el hombre bueno–, te ruego que no comas ninguna otra cosa hasta que te sientes a la mesa donde estará el Santo Grial.

–Señor –dijo él–, así lo haré; pero ¿cómo sabéis que me sentaré allí?

–Sí –dijo el hombre bueno–, lo sé; pero habrá muy pocos compañeros contigo.

–Bien venido sea –dijo sir Bors– todo lo que Dios me envía.

–También –dijo el hombre bueno–, en vez de camisa, y en señal de penitencia[17], llevarás un vestido; por ende os ruego que os quitéis todas vuestras ropas y vuestra camisa –y así lo hizo él.

Y entonces le trajo una cota escarlata para que la llevase en vez de camisa hasta que hubiese cumplido la demanda del Santo Grial; y el hombre bueno le halló de tan maravillosa vida, y estable, que se maravilló, y supo que no se había corrompido en placeres carnales, sino una sola vez, cuando engendró a Helin le Blank. Después se armó él, se despidió, y partió.

Y a poco de allí alzó los ojos hacia un árbol, y vio una grandísima ave sobre un árbol viejo, el cual estaba muy seco y sin hojas; y el ave estaba posada arriba, y tenía pollos, los cuales habían muerto de hambre. Y esta ave se hería a sí misma con su pico, el cual era grande y afilado. Y sangró hasta que murió entre sus pollos. Y los jóvenes pollos revivieron por la sangre del ave. Cuando Bors vio esto, lo tuvo por una gran señal; y cuando vio que la gran ave no se levantaba, entonces tomó su caballo y siguió su camino. Y hacia la hora de vísperas llegó por ventura a una fuerte y alta torre, y allí fue aposentado de buen grado.

Capítulo 7

Cómo sir Bors se aposentó con una dama, y cómo tomó sobre sí

luchar contra un campeón por la tierra de esta dama

Y cuando fue desarmado, lo llevaron a una alta torre donde estaba una dama joven, lozana, y hermosa. Y lo recibió ella con gran contento, lo hizo sentar junto a ella, y le pusieron de cenar carne y muchas confituras. Y cuando sir Bors vio esto, recordó su penitencia, y pidió a su escudero que le trajese agua. Se la trajeron, hizo sopas en ella, y se puso a comerlas.

–¡Ah! –dijo la dama–, veo que no os gusta mi vianda.

–Sí, en verdad –dijo sir Bors–; y Dios os lo agradezca, señora; pero hoy no puedo comer ninguna otra vianda.

No habló más ella en esta sazón, pues no lo quería descontentar. Y después de cenar hablaron de unas cosas y de otras. En esto llegó un escudero y dijo:

–Señora, debéis proveeros mañana de un campeón, o vuestra hermana tendrá este castillo y también vuestras tierras, a menos que podáis hallar un caballero que quiera luchar mañana en vuestra querella contra Pridam le Noire.

Entonces hizo ella gran lamentación, y dijo:

–¡Ah, Señor Dios!, ¿por qué me habéis concedido tener tierras de las que ahora voy a ser desheredada sin razón ni derecho?

Y al oírla sir Bors decir así, dijo:

–Yo os confortaré.

–Señor –dijo ella–, os contaré: había aquí un rey llamado Aniause, que tenía toda esta tierra en su guarda. Y por desventura amaba a una dueña mucho mayor que yo. Y puso toda esta tierra bajo la guarda de ella, y a todos sus hombres para que los gobernase; y esta dama impuso muchas malas costumbres por las que condenó a muerte a gran parte de los parientes de él. Y cuando el rey vio esto, la echó de estas tierras y me las entregó a mí, y puso toda esta tierra bajo mi dominio. Pero luego que este honrado rey murió, esta

otra dama empezó a guerrear sobre mí, y ha destruido a muchos de mis hombres, y los ha vuelto contra mí, de manera que casi no me queda ningún hombre; y no me queda ya sino esta alta torre. Sin embargo, ha prometido tener esta torre si no consigo hallar un caballero que luche con su campeón.

–Decidme –dijo sir Bors–, ¿quién es ese Pridam le Noire?

–Señor –dijo ella–, es el hombre más temido de esta tierra.

–Pues podéis enviarle mensaje de que habéis hallado un caballero que luchará con ese Pridam le Noire en la querella de Dios y vuestra.

No se alegró poco entonces esta dama, y envió mensaje de que estaba provista; y esa noche tuvo buena fiesta Bors, aunque no quiso dormir en cama ninguna, sino que se acostó en el suelo; ni quería hacer de otro modo, hasta que hubiese topado con la demanda del Santo Grial.

Capítulo 8

De una visión que sir Bors tuvo esa noche,

y cómo luchó y venció a su adversario

Y tan pronto como se durmió le aconteció una visión: que venían a él dos aves, la una blanca como un cisne, y la otra era maravillosamente negra, aunque no era tan grande como la otra, sino con la semejanza de un cuervo.

Entonces se llegó el ave blanca a él, y le dijo: «Si quisieras darme de comer y servirme te daría todas las riquezas del mundo, y te haría tan hermoso y blanco como yo».

Y partió el ave blanca; y se llegó el ave negra a él, y le dijo: «Si quieres, sírveme mañana y no me tengas ningún despecho por ser

negra, pues sabe que más aprovecha mi negrura que la blancura de la otra». Y dicho esto se fue.

Y otra visión tuvo: imaginó que llegaba a un gran lugar que parecía una capilla, y halló allí una silla puesta en el lado izquierdo, la cual se veía carcomida y floja. Y a la diestra había dos flores como lirios, y la una quería arrebatar a la otra su blancura, pero un hombre bueno las separaba de manera que la una no tocase a la otra; y entonces de cada flor salieron muchas flores, y gran abundancia de frutas. Entonces imaginó que decía el hombre bueno:

–¿No haría una gran necedad quien dejase que estas dos flores pereciesen por socorrer al árbol podrido, de manera que no se caiga a tierra?

–Señor –dijo él–, me parece que esta madera no podría aprovechar.

–Pues guárdala –dijo el hombre bueno–, de manera que nunca te sobrevenga a ti esta aventura.

Entonces se despertó, se hizo la señal de la cruz en medio de la frente, y se levantó y se vistió.

Y llegó allí la señora de la plaza, lo saludó, y él a ella, fueron a la capilla y oyeron su servicio. Y llegó una compañía de caballeros, por los que había enviado la dama, para llevar a sir Bors a batallar. Entonces pidió él sus armas. Y cuando estuvo armado, le rogó ella que tomase un pequeño bocado de comida.

–No, señora –dijo él–; no haré eso hasta que haya acabado mi batalla, por la gracia de Dios.

Y saltó sobre su caballo, y partieron todos los caballeros y hombres con él.

Y tan pronto como estas dos damas se juntaron, se quejó aquélla por la que Bors iba a luchar, y dijo:

–Señora, mal me habéis hecho arrebatándome las tierras que el rey Aniause me dio, y muy contraria soy a que haya ninguna batalla.

–No tenéis elección –dijo la otra dama–, a menos que vuestro

caballero se retraiga.

Entonces se hizo allí el pregón, de que el bando de los dos caballeros que saliese vencedor, su dama disfrutaría toda la tierra.

Se separaron un caballero aquí, y el otro allá, y se juntaron con tal fuerza que se atravesaron los escudos y las cotas, volaron las lanzas en pedazos, y se hirieron el uno al otro gravemente. Entonces se acometieron de tal manera que cayeron ambos a tierra, y sus caballos entre sus piernas; y se levantaron al punto, echaron mano a las espadas, y se hirieron el uno al otro en la cabeza, de manera que se hicieron grandes heridas, y profundas, y la sangre les manaba del cuerpo. Pues sir Bors halló más defensa en este caballero de la que había imaginado. Pues este Pridam era muy buen caballero, y muy malamente hirió a sir Bors, y éste a él; pero este Pridam sostenía la batalla como con trabajo. Notó esto sir Bors, y le soportó hasta que lo tuvo casi agotado. Entonces fue sobre él más y más, y el otro fue para atrás por miedo a morir. Y al retraerse, se cayó cuan largo era; y sir Bors tiró de su yelmo con tal fuerza que se lo arrancó de la cabeza, le dio grandes golpes con el plano de la espada sobre la cara, y le mandó que se rindiese, o lo mataría. Entonces el otro le suplicó merced, y dijo:

–Gentil caballero, por el amor de Dios no me mates, y te prometo no guerrear jamás contra tu dama, sino estar siempre con ella.

Entonces Bors lo soltó; y la dama vieja huyó con todos sus caballeros.

Capítulo 9

Cómo le fueron devueltas a la dama sus tierras

por la batalla de sir Bors, y de la partida de éste,

y cómo vio a sir Lionel preso y golpeado con espinos,

y también de una doncella que habría sido violada

Entonces fue Bors a todos los que tenían tierras de su dama, y dijo que los destruiría a menos que hiciesen a ella el servicio que correspondía a sus tierras. Y rindieron ellos homenaje, y los que no quisieron fueron expulsados de sus tierras.

Acaeció entonces que volvió esta joven dama a sus estados otra vez, por la esforzada proeza de sir Bors de Ganis. Y una vez que todo el país estuvo pacificado, se despidió sir Bors y partió; y ella se lo agradeció grandemente, y quiso darle grandes riquezas, pero él las rechazó.

Y cabalgó todo ese día hasta la noche, y llegó a un albergue, a una dama que lo conocía harto bien, y lo acogió con gran alegría.

Por la mañana, tan pronto como amaneció el día, se marchó sir Bors y cabalgó hasta la hora del mediodía por una floresta, y allí le aconteció una maravillosa aventura. Topó en la bifurcación de los dos caminos con dos caballeros que llevaban a su hermano Lionel, todo desnudo, atado sobre una fuerte hacanea, y las manos atadas delante del pecho. Y cada uno de ellos llevaba en la mano espinos con los que lo golpeaba tan fuertemente que la sangre le manaba de más de cien lugares del cuerpo, al extremo de que estaba todo lleno de sangre delante y detrás, aunque no decía una palabra: como el que es grande de corazón, sufría lo que le hacían como si no sintiese angustia ninguna.

Al punto enderezó sir Bors para rescatar al que era su hermano; y al mirar hacia el otro lado de él, vio a un caballero que traía a una hermosa dama, a la que quería llevar a lo más espeso de la floresta para estar más seguramente escondido de los que le buscaban. Y ella, que no iba nada sosegada, decía a grandes voces:

–Santa María, socorre a tu doncella.

Y al punto advirtió dónde venía sir Bors cabalgando. Y cuando estuvo cerca de él lo tuvo por un caballero de la Tabla Redonda, por lo que esperó tener algún auxilio; y entonces lo conjuró por la fe que debía «a Aquel en cuyo servicio estás puesto, y por la fe que debes a la alta orden de caballería, y por el noble rey Arturo, el cual

supongo que te ha hecho caballero, que me ayudes, y no consientas que sea deshonrada por este caballero».

Cuando sir Bors la oyó decir así tuvo tanta angustia que no supo qué hacer, «pues si dejo a mi hermano en aventura lo pueden matar, lo que no quisiera yo ni por toda la tierra. Y si no ayudo a la doncella será deshonrada para siempre, y perderá su virginidad, lo que no volverá a tener nunca más». Entonces alzó los ojos y dijo llorando:

–Dulce Señor Jesucristo, vasallo tuyo soy, guarda a Lionel, mi hermano, para que no lo maten estos caballeros; que por Vuestra misericordia, y por María, socorreré a esta doncella.

Capítulo 10

Cómo sir Bors dejó de rescatar a su hermano y rescató a la doncella; y cómo le dijeron que Lionel había muerto

Enderezó entonces para el caballero que tenía a la dueña, y gritó:

–Señor caballero, apartad la mano de esa doncella, o seréis muerto.

Y entonces dejó éste a la doncella; y estaba armado de todas piezas, salvo la lanza. Embrazó entonces su escudo, sacó la espada, y Bors le dio con tal fuerza que le atravesó el escudo y la cota de malla por el hombro izquierdo. Y por gran fuerza lo derribó a tierra, y al sacarse la lanza de sir Bors perdió el sentido. Entonces se llegó Bors a la doncella y dijo:

–¿Qué os parece? De este caballero habéis sido librada en esta sazón.

–Ahora, señor –dijo ella–, os ruego que me llevéis donde este

caballero me tomó.

–Así lo haré muy de grado –y tomó el caballo del caballero herido, puso a la dama sobre él, y la llevó a donde ella quería.

–Señor caballero –dijo ella–, habéis hecho mejor de lo que creéis pues de haber perdido yo mi doncellez, quinientos hombres habrían muerto por ello.

–¿Qué caballero era el que os llevaba a la floresta?

–Por mi fe –dijo ella–, es mi primo. Y no sé con qué ingenio le encendió el demonio, pues ayer me tomó privadamente de mi padre; pues ni yo ni ninguno de los hombres de mi padre recelábamos de él, y de haber tenido mi doncellez habría muerto por el pecado, y su cuerpo habría sido avergonzado y deshonrado para siempre.

En tanto así conversaba ella con él llegaron doce caballeros que la buscaban, y al punto les contó todo, cómo Bors la había liberado; entonces mostraron ellos gran alegría, y suplicaron a Bors que fuese a su padre, un gran señor, donde sería muy bien acogido.

–En verdad –dijo Bors–, no puede ser en esta sazón, pues tengo una gran aventura que llevar a cabo en este país.

Y los encomendó a Dios y partió. Entonces cabalgó sir Bors en pos de Lionel, su hermano, por el rastro de sus caballos, y lo buscó mucho tiempo.

Entonces, alcanzó a un hombre vestido con hábitos de religioso, y cabalgaba sobre un fuerte caballo negro, más negro que una mora, quien le preguntó:

–Señor caballero, ¿qué buscáis?

–Señor –dijo él–, busco a mi hermano, al que he visto no hace mucho que golpeaban dos caballeros.

–Ah, Bors, no toméis desconsuelo, ni caigáis en ninguna desesperación, pues yo os daré nuevas, de lo ocurrido: pues en verdad ha muerto.

Entonces le mostró un cuerpo recién muerto que yacía en unas matas, y le pareció bien que era el cuerpo de Lionel; y entonces hizo tal congoja que se cayó a tierra totalmente sin sentido, y allí yació buen rato. Y cuando volvió en sí dijo:

–Gentil hermano, ya que nos hemos separado tú y yo para siempre, no tendré nunca más dicha en mi corazón, y Aquel a quien he tomado por mi señor sea mi ayuda –y dicho esto, tomó el cuerpo prestamente en sus brazos, y lo puso sobre el arzón de su silla.

Y a continuación dijo al hombre:

–¿Puedes indicarme alguna capilla donde pueda enterrar este cuerpo?

–Ven –dijo el otro–, aquí cerca hay una –y cabalgaron mucho rato hasta que vieron una hermosa torre, y delante de ella apareció una ermita vieja y ruinosa.

Y entonces se apearon ambos, y lo depositaron en un sepulcro de mármol.

Capítulo 11

Cómo sir Bors contó a un capellán el sueño

que había tenido, y del consejo que el capellán le dio

–Dejémoslo aquí ahora –dijo el hombre bueno–, y vayamos a nuestro albergue hasta mañana; volveremos aquí para hacerle servicio.

–Señor –dijo Bors–, ¿sois capellán?

–Sí, en verdad –dijo él.

–Entonces os ruego que me expliquéis un sueño que me visitó

anoche.

–Hablad –dijo él.

Entonces le habló de la gran ave de la floresta, y después de sus aves, una blanca y otra negra, y del árbol podrido, y de las flores blancas.

–Señor, os explicaré una parte ahora, y la otra mañana. El ave blanca representa una dueña, hermosa y rica, que te amaba como amante, y te ama desde hace mucho tiempo; y si rechazas su amor presto morirá, si no tienes piedad de ella. Eso significa el ave grande, la cual quieren hacer que la rechaces. Pero por ningún miedo que tengas, ni temor de Dios, debes rechazarla, a menos que quieras ser tenido por casto, para conquistar la fama y la vana gloria del mundo; pues te acaecerá ahora, si la rechazas, que Lanzarote, el buen caballero, tu primo, morirá. Y por tanto dirán que eres matador de tu hermano sir Lionel, y de tu primo sir Lanzarote del Lago, al que podías haber salvado y rescatado fácilmente, pero decidiste rescatar a una doncella que no era nada tuyo. Ahora mira si no es peor daño la muerte de tu hermano, que haber consentido que ella perdiese su doncellez.

Entonces le preguntó:

–¿Has entendido el significado de tu sueño que te he contado?

–Sí, en verdad –dijo sir Bors–; toda vuestra exposición y aclaración de mi sueño he entendido y oído bien.

Entonces dijo el hombre de vestiduras negras:

–Entonces por tu falta de auxilio, sir Lanzarote, tu primo, morirá.

–Señor –dijo Bors–, no quisiera eso, pues sabed que nada hay en el mundo que quisiera menos, que ver a mi señor, sir Lanzarote del Lago, morir por mi falta de auxilio.

–Pues escoge ahora lo uno o lo otro –dijo el hombre bueno.

Entonces llevó a sir Bors a una torre alta, donde halló caballeros y damas; estas damas le dijeron que era bienvenido, y lo desarmaron.

Y cuando estuvo en jubón le trajeron un manto forrado de armiño y se lo pusieron alrededor; y entonces le hicieron tales halagos que olvidó todo su dolor y angustia, y puso el corazón sólo en estas delicias y confites, y no pensó más en su hermano sir Lionel, ni en sir Lanzarote del Lago, su primo. Y al punto salió de una cámara, a su encuentro, la más hermosa dama que había visto, y más ricamente aderezada que la reina Ginebra ni ningún otro estado.

–Mirad, sir Bors –dijeron–, aquí está la dama a la que debemos todo nuestro servicio, y creo que es la más rica y hermosa del mundo, y os ama por encima de todos los otros caballeros, pues no quiere tener a ningún otro caballero sino a vos.

Y cuando oyó estas palabras se sintió turbado. Sin embargo, ella le saludó, y él a ella; y se sentaron juntos y hablaron de muchas cosas, hasta que ella le suplicó que fuese su amor, pues le amaba por encima de todos los hombres terrenales, y le haría más rico de lo que fue nunca ningún hombre de su edad.

Cuando Bors oyó tales razones se sintió muy desasosegado, ya que de ninguna manera quería quebrantar su castidad; y no sabía qué responder.

Capítulo 12

Cómo el demonio con semejanza de mujer quiso hacer que sir Bors yaciese con ella, y cómo escapó él por la gracia de Dios

–¡Ay!, Bors –dijo ella–, ¿no queréis hacer mi voluntad?

–Señora –dijo Bors–, no hay dama en este mundo cuya voluntad quiera yo satisfacer en esto, pues mi hermano yace muerto, que lo han matado hace poco.

–Ah, Bors –dijo ella–, hace mucho que os amo por la gran belleza que he visto en vos, y la gran osadía que he oído contar de vos, de manera que de necesidad debéis yacer conmigo esta noche, y por tanto os ruego que me concedáis esto.

–En verdad –dijo él–, que no lo haré por ninguna manera.

Entonces empezó ella a lamentarse, como si se fuese a morir.

–Pues Bors –dijo–, a esto me habéis traído, casi a mi fin –y con eso lo tomó de la mano, y le pidió que la mirase–, y veréis cómo moriré por vuestro amor.

–Ah –dijo entonces él–, eso jamás lo veré.

Entonces se apartó ella y fue a una alta almena, acompañada de sus doce dueñas; y cuando estuvieron arriba, alzó la voz una de las dueñas, y dijo:

–Ah, Bors, gentil caballero, tened piedad de todas nosotras, y consentid que mi señora tenga su voluntad; si no, habremos de sufrir nosotras la muerte con nuestra señora, pues caeremos de esta torre alta; y si consentís que muramos por tan poca cosa, todas las dueñas y doncellas dirán deshonra de vos.

Miró él hacia arriba, y todas parecían damas de gran estado, y ricamente y bien aderezadas. Entonces, tuvo gran piedad de ellas; aunque no estuvo desaconsejado, de manera que prefirió que perdiesen todas ellas su alma a perder él la suya; y en eso se precipitaron todas a la vez al vacío. Y al ver esto, se sintió muy turbado, y tuvo de ello gran maravilla. En eso se santiguó el cuerpo y la cara.

Y al punto oyó un gran estruendo y un gran alarido, como si todos los demonios del Infierno estuviesen a su alrededor; y en eso no vio torre ni señora, ni dueñas, ni tampoco capilla adonde había traído a su hermano. Entonces alzó ambas manos al cielo, y dijo:

–Gentil Dios Padre, difícilmente he escapado –y seguidamente tomó sus armas y caballo, y emprendió su camino.

Entonces oyó tañer un reloj a su lado diestro, y siguió esa dirección,

y llegó a una abadía, cerrada con altos muros, donde le dejaron entrar. Entonces pensaron que era uno de la demanda del Santo Grial, y lo condujeron a una cámara y lo desarmaron.

–Señores –dijo sir Bors–, si hay algún hombre santo en esta casa os ruego que me permitáis hablar con él.

Entonces uno de ellos lo llevó al abad, que estaba en la capilla. Y lo saludó sir Bors, y éste a él.

–Señor –dijo Bors–, soy caballero andante.

Y le contó toda la aventura que había tenido.

–Señor caballero –dijo el abad–; no sé quién sois, pues no pensaba que un caballero de vuestra edad pudiese ser tan fuerte en la gracia de Nuestro Señor Jesucristo. Sin embargo, debéis descansar, pues no os quiero aconsejar este día, ya que es demasiado tarde, y mañana os aconsejaré en lo que pueda.

Capítulo 13

De la santa comunicación de un abad a sir Bors,

y cómo le aconsejó el abad

Y esa noche fue sir Bors ricamente servido, y por la mañana temprano oyó misa, y fue el abad a él, y le dio los buenos días, y Bors a él.

Y entonces le dijo él que era miembro de la empresa del Santo Grial, y cómo tenía consejo del hombre santo de comer pan y agua.

–Entonces Nuestro Señor Jesucristo se mostró a vos con la semejanza de una ave que sufría gran angustia por nosotros, ya que fue puesto en la cruz, y Su corazón sangró por la humanidad: era el signo y semejanza del Santo Grial que apareció ante vos, pues la

sangre que el ave grande derramó devolvió a los pollos de la muerte a la vida. Y el árbol pelado representa el mundo que está desnudo y sin fruto a menos que venga de Nuestro Señor. También la señora por la que luchasteis, y el rey Aniause que fue señor de allí antes, representan a Jesucristo, que es Rey del mundo.

»Y que luchaseis con el campeón por la señora, esto representa: pues cuando tomasteis la batalla por la señora, por ella habéis de entender la nueva ley de Jesucristo y la Santa Iglesia; y por la otra señora habéis de entender la ley antigua y el demonio, que todo el día guerrea contra la Santa Iglesia, por ende hicisteis derechamente vuestra batalla. Pues sois caballeros de Jesucristo, por ende debéis ser defensores de la Santa Iglesia. Y por el ave negra podéis entender la Santa Iglesia, que dice: «Soy negra», aunque es pura. Y por el ave blanca se podía entender el demonio, y os diré cómo el cisne es blanco por fuera y negro por dentro: es la hipocresía, que es por fuera amarilla o pálida, y externamente parecen los servidores de Jesucristo; pero son por dentro horribles de corrupción y de pecado, y arrastran al mundo hacia el mal.

»También, el demonio se apareció a ti con la semejanza de un hombre de religión, y te reprochó que dejases a tu hermano por una dama, y te llevó a donde parecía que tu hermano estaba muerto, aunque está vivo; y todo era para confundirte, y llevarte a la desesperación y la lujuria, pues sabía que eres de corazón tierno, y todo era para que no hallases la bendita aventura del Santo Grial. Y la tercera ave representa la fuerte batalla contra las hermosas damas que eran todas diablas.

»También, en cuanto al árbol seco y el lirio blanco: el árbol seco representa a tu hermano Lionel, que está seco y sin virtud, y por tanto muchos debían llamarle árbol podrido, y carcomido, pues es homicida y obra en contra de la orden de caballería. Y las dos flores blancas significan dos jóvenes: la una es un caballero que fue herido el otro día, y la otra es la dueña que rescatasteis; y por qué una flor se acercaba a la otra: era el caballero que quería deshonrarla a ella y a sí mismo. Y sir Bors, habríais sido muy loco y os habríais puesto en gran peligro si hubieseis dejado perecer esas dos flores por socorrer al árbol podrido, pues si hubiesen pecado juntas se habrían condenado; y porque las rescatasteis, pudieron teneros por caballero

verdadero y servidor de Jesucristo.

Capítulo 14

Cómo sir Bors dio con su hermano sir Lionel,

y cómo sir Lionel quiso matar a sir Bors

Entonces se marchó sir Bors, y encomendó al abad a Dios. Y cabalgó todo ese día, y se albergó con una vieja dama. Y por la mañana llegó a un castillo en un valle, y allí topó con un criado que iba a gran paso hacia una floresta.

–Dime –dijo sir Bors–, ¿puedes darme nuevas de alguna aventura?

–Señor –dijo–, aquí, al pie de este castillo, habrá un grande y maravilloso torneo.

–¿De qué gentes va a ser? –dijo sir Bors.

–El Conde de los Llanos estará en un bando, y el sobrino de la Señora de Hervin en el otro bando.

Entonces Bors pensó acudir allí por si podía dar con su hermano sir Lionel, o con algún otro de su compañía, que estuviese en la demanda del Santo Grial.

Y se encaminó a una ermita que había a la entrada de la floresta. Y cuando llegó allá halló a sir Lionel, su hermano, que estaba sentado, todo armado, en la puerta de la capilla esperando albergarse allí hasta la mañana siguiente, en que iba ser el torneo. Y cuando sir Bors le vio sintió tanta alegría que sería maravilla contarla. Y entonces se apeó del caballo, y dijo:

–Gentil dulce hermano, ¿cuándo habéis venido?

En cuanto Lionel lo vio, dijo:

–Ah, Bors, de nada os podéis jactar, pues por vos podían haberme matado; cuando visteis que dos caballeros me llevaban golpeándome, me dejasteis para socorrer a una dama, consintiendo que yo corriese peligro de muerte; jamás hizo antes ningún hermano a otro tan grande deslealtad. Y por esa villanía ahora no os aseguro sino la muerte, pues bien la habéis merecido; por tanto guárdate en adelante, que yo te hallaré tan presto como estés armado.

Cuando sir Bors oyó las palabras airadas de su hermano se hincó de rodillas en tierra y le pidió piedad, alzando ambas manos, y rogó que le perdonase su mala voluntad.

–No –dijo Lionel–, jamás lo haré si puedo tener más alta la mano; eso lo prometo a Dios. Te mataré por ello, pues es lástima que vivas más.

Y fue al punto y tomó su arnés, montó sobre su caballo, se llegó ante él, y dijo:

–Bors, guárdate de mí, pues te voy a hacer lo que haría a un felón o a un traidor, pues eres el caballero más desleal que jamás haya salido de una casa digna como la del rey Bors de Ganis, que fue nuestro padre; por tanto salta sobre tu caballo, de manera que estés más en tu ventaja. Y si no quieres iré sobre ti como estás ahí de pie, y mía será la vergüenza y tuyo el daño, aunque poca cuenta hago yo de esa vergüenza.

Cuando sir Bors vio que debía luchar con su hermano, o morir, no supo qué hacer; entonces su corazón le aconsejó no hacerlo, cuanto más que Lionel había nacido antes que él, por lo que debía guardarle reverencia; entonces se arrodilló a los pies del caballo de Lionel, y dijo:

–Gentil dulce hermano, tened piedad de mí y no me matéis, y recordad el gran amor que debe haber entre nosotros dos.

Dijera lo que dijese sir Bors a Lionel, ningún caso hizo, pues el demonio le había puesto en tal voluntad que debía matarlo. Cuando Lionel vio que no quería hacer nada, y que no se levantaría para ofrecer batalla, se abalanzó sobre él de manera que lo derribó con

los pies del caballo, boca arriba, y lo hirió tan gravemente que perdió el sentido de aflicción, sintiendo que iba a morir sin confesión. Cuando Lionel vio esto, se apeó del caballo para cortarle la cabeza. Y lo tomó por el yelmo, y fue a arrancárselo.

Entonces se acercó corriendo a él el ermitaño, que era un hombre bueno y de mucha edad, y había oído todas las razones que se habían dicho, y se echó sobre sir Bors.

Capítulo 15

Cómo sir Colgrevaunce luchó con sir Lionel

para salvar a sir Bors, y cómo fue muerto el ermitaño

Entonces dijo a Lionel:

–Ah, gentil caballero, ten piedad de mí y de tu hermano; pues si lo matas, morirás de pecado, lo que sería doloroso, pues tu hermano es uno de los caballeros más acabados del mundo, y de mejores condiciones.

–Así Dios me ayude –dijo Lionel–; señor capellán, si no os apartáis de él os mataré, y no saldrá él mejor parado después.

–Ciertamente –dijo el hombre bueno–, antes quiero que me mates a mí que a él, pues no será gran daño mi muerte, ni la mitad que la suya.

–Pues así será –dijo Lionel, y echó mano a la espada, y le dio tan fuerte tajo que la cabeza le saltó para atrás. No por eso se refrenó de su mala voluntad, sino que tomó a su hermano por el yelmo, y se lo desenlazó para tajarle la cabeza, y matarlo sin vacilación.

Pero acaeció que Colgrevaunce, miembro de la Tabla Redonda, llegó en esa sazón, como fue voluntad de Nuestro Señor. Y cuando vio muerto al hombre bueno, se tuvo mucho asombro y se preguntó

a qué podía deberse esto. Y entonces vio a Lionel, que iba a matar a su hermano, y reconoció a sir Bors, al que amaba mucho.

Entonces saltó a tierra, cogió a Lionel por los hombros, lo apartó fuertemente de Bors, y dijo:

–Lionel, ¿queréis matar a vuestro hermano, el caballero más acabado del mundo? Eso no lo puede consentir ningún hombre bueno.

–¿Por qué me lo queréis impedir? –dijo Lionel–. Si os entremetéis en esto, os mataré a vos, y a él después.

–¡Pues qué! –dijo Colgrevaunce–, ¿es verdad que lo queréis matar?

–Matarlo quiero –dijo él–, pese a quien diga lo contrario, pues ha hecho tanto contra mí que bien lo tiene merecido.

Y fue sobre él, y quiso tajarle la cabeza; pero corrió sir Colgrevaunce entre ellos, y dijo:

–Si sois osado de hacer más, habremos de vernos los dos.

Cuando Lionel oyó sus palabras, se puso el escudo delante, y le preguntó quién era. Y dijo el otro que Colgrevaunce, uno de sus compañeros.

Entonces Lionel lo desafió, y le dio un gran tajo en el yelmo. Entonces sacó él la espada, pues era muy buen caballero, y se defendió muy esforzadamente.

Tanto duró la batalla que Bors se levantó angustiado, y vio a Colgrevaunce, el buen caballero, luchar con su hermano por su querella; entonces tuvo mucha aflicción y pesar, y pensó que si Colgrevaunce mataba al que era su hermano nunca más tendría dicha; y si su hermano mataba a Colgrevaunce, «la afrenta será mía».

Entonces quiso levantarse para separarlos, pero no tenía fuerza para tenerse de pie; y esperó mucho rato hasta que Colgrevaunce estuvo vencido, pues Lionel era de gran caballería, y muy osado, pues le había roto la cota y el yelmo, de manera que no esperaba sino la

muerte, ya que había perdido mucha sangre, y era maravilla que pudiese tenerse de pie. Entonces vio a sir Bors que estaba sentado y se levantaba, y dijo:

–Ah, Bors, ¿por qué no venís a sacarme del peligro de muerte, donde me he puesto por socorreros, cuando estabais tan cerca de morir?

–Ciertamente –dijo Lionel– no os aprovechará eso, pues ninguno de vosotros será valedor del otro, sino que moriréis ambos por mi mano.

Cuando Bors oyó esto, se levantó y se puso el yelmo. Entonces descubrió al ermitaño capellán que había sido muerto, e hizo afligida lamentación sobre él.

Capítulo 16

Cómo sir Lionel mató a sir Colgrevaunce,

y cómo después quiso matar a sir Bors

Y a menudo gritaba Colgrevaunce a sir Bors:

–¿Por qué me dejáis morir aquí por vos? Si así consentís que muera por vos, más hubiera querido que fuese por salvar a un hombre digno.

Entretanto sir Lionel le quitó el yelmo de la cabeza. Entonces vio Colgrevaunce que no podía escapar; y dijo:

–Gentil dulce Jesús, si he hecho algo malo, tened piedad de mi alma, por toda la aflicción que mi corazón sufre por bondad; y la obra de caridad que aquí he querido hacer sea alivio de penitencia para la salud de mi alma.

A estas razones Lionel le dio tal golpe que lo derribó a tierra. Y

cuando hubo matado a Colgrevaunce corrió sobre su hermano como un endemoniado, y le dio tal golpe que le hizo inclinarse.

Y él, que estaba lleno de humildad, le rogó por amor de Dios que dejase esta batalla, «pues si aconteciese, gentil hermano, que os matase yo a vos, o vos a mí, moriríamos de ese pecado».

–Jamás me ayude Dios si tengo piedad de vos teniéndoos a mi merced.

Entonces sacó Bors, todo lloroso, la espada, y dijo:

–Gentil hermano, Dios conoce mi intención. Ah, gentil hermano, muy mal habéis hecho al dar muerte a un santo capellán que nada malo había hecho. Y también habéis matado a un gentil caballero, y uno de nuestros compañeros. Y bien sabéis que no tengo miedo de vos grandemente, sino que temo la ira de Dios; y ésta es guerra descortés; por tanto, muestre Dios un milagro sobre nosotros dos. Que Dios tenga piedad de mí, aunque defiendo mi vida contra mi hermano –y con esto alzó Bors su mano para herir a su hermano.

Capítulo 17

Cómo llegó una voz que ordenó a sir Bors no tocarlo, y de una nube que se interpuso entre ellos

Y entonces oyó una voz que decía: «Aparta, Bors, y no lo toques, o lo matarás».

Y al punto descendió una nube entre ellos con semejanza de un fuego y una maravillosa llama, de manera que ardieron sus dos escudos. Entonces tuvieron ambos mucho espanto, al extremo que cayeron desvanecidos, y allí yacieron buen rato sin sentido. Y cuando volvieron en sí, vio Bors que su hermano no había sufrido ningún daño; entonces alzó ambas manos, pues temió que Dios hubiese tomado venganza sobre él. En eso oyó una voz que decía:

«Bors, vete de aquí, y no estés más en compañía de tu hermano, sino toma ahora tu camino derecho a la mar, pues sir Perceval te espera allí».

Entonces dijo él a su hermano:

–Gentil y dulce hermano, perdonadme por amor de Dios todo lo malo que he hecho para con vos.

Y Lionel respondió:

–Dios te perdone, que yo lo hago de grado.

Y sir Bors se separó de él y tomó el camino más cercano a la mar. Y finalmente llegó por fortuna a una abadía que estaba próxima a la mar.

Esa noche descansó Bors allí; y en sueños le llegó una voz, y le ordenó que fuese a la mar. Entonces se levantó él prestamente, se santigüó en mitad de la frente, y tomó su arnés, aprestó su caballo, y montó en él; y salió por un roto del muro, y cabalgó mucho tiempo hasta que llegó a la mar.

Y en la playa halló una nave toda cubierta con jamete blanco; y se apeó, y se encomendó a Jesucristo. Y tan pronto como entró en la nave, partió ésta mar afuera, y navegaba tan deprisa que parecía que volaba; pero pronto oscureció, de manera que nada podía ver, y se durmió hasta que fue de día.

Entonces despertó, y vio acostado en medio de la nave a un caballero todo armado, salvo el yelmo. Entonces descubrió que era sir Perceval de Gales, y sintió una gran alegría por él; pero sir Perceval se mostró muy sorprendido al verle, y le preguntó quién era.

–¡Ah, gentil señor! –dijo sir Bors–, ¿no me conocéis?

–Ciertamente –dijo él–, no sé cómo habéis llegado aquí, si no es que os trajo Nuestro Señor mismo.

Entonces sir Bors sonrió, se quitó el yelmo, y lo reconoció sir Perceval; y se alegraron mucho ambos, que fue maravilla oír.

Y Bors le contó cómo había subido a la nave, y por exhortación de quién; y se contaron el uno al otro sus tentaciones como habéis oído antes. Así fueron por la mar, unas veces para un lado, y otras para otro, confortándose mutuamente, y a menudo puestos en oración. Entonces dijo sir Perceval:

–Nada nos falta sino Galahad, el buen caballero.

Y así termina el décimo sexto libro,

que es de sir Gawain, Héctor de Maris,

sir Bors de Ganis, y sir Perceval.

Y aquí sigue el décimo séptimo libro,

que es del noble caballero sir Galahad.

[16] Worts; en francés orties, «ortigas» (cf. Vinaver).

[17] Chastisement.

Libro XVII

Capítulo 1

Cómo sir Galahad luchó en un torneo, y cómo fue reconocido por sir Gawain y sir Héctor de Maris

Ahora cuenta esta historia, que cuando Galahad hubo rescatado a Perceval de los veinte caballeros, entró en una floresta desolada por la que cabalgó muchas jornadas; y halló muchas aventuras a las que puso fin, de las que la historia no hace aquí ninguna mención.

Y un día tomó camino de la mar, y pasó casualmente por un castillo donde había un gran torneo; pero los de fuera habían hecho tanto que habían vencido a los de dentro, aunque los de dentro eran harto buenos caballeros, cuando vio Galahad a los de dentro en tan gran congoja que los mataban en la entrada del castillo, entonces decidió ayudarles; se puso una lanza delante e hirió al primero haciéndolo volar a tierra, y quebró la lanza en pedazos. Entonces sacó la espada y comenzó a herir donde eran más espesos, y hacer muy grandes hechos de armas que a todos maravillaban.

Entonces acaeció que Gawain y sir Héctor de Maris estaban con los caballeros de fuera. Pero cuando vieron el escudo blanco con la cruz bermeja se dijeron: «Ése es el buen caballero sir Galahad, el Alto Príncipe; sería gran locura enfrentarnos con él».

Y se acercó por ventura a sir Gawain, y lo hirió tan de recio que le hendió el yelmo y la cofia de hierro hasta la cabeza, de manera que Gawain cayó a tierra, pero fue tan grande cuchillada que resbaló hasta tierra, y tajó en dos el hombro del caballo. Cuando Héctor vio caer a Gawain se apartó a un lado, y pensó que no era aconsejado resistirle, y también por natural amor, ya que era su tío.

Así que por gran osadía rechazó a todos los caballeros de fuera. Y entonces salieron los de dentro y los persiguieron. Pero cuando Galahad vio que no se volvía ninguno, se fue encubiertamente de manera que nadie supo qué había sido de él.

–Por mi cabeza –dijo Gawain a Héctor–, ciertas son las maravillas que se decían de Lanzarote del Lago, que la espada hincada en la piedra me daría tal revés que no lo querría ni por el mejor castillo de este mundo; y en verdad, ahora ha probado ser cierto, pues nunca hasta ahora recibí un golpe semejante de mano de ningún hombre.

–Señor –dijo Héctor–, me parece que aquí termina vuestra demanda.

–Si la vuestra no –dijo Gawain–, la mía sí ha terminado, pues no buscaré más.

Entonces fue llevado Gawain a un castillo, y desarmado, y acostado en un rico lecho; y halló el físico que podía vivir, y estar sano en un mes. Y Gawain y Héctor permanecieron juntos, pues sir Héctor no se quiso ir hasta que Gawain estuviese sano.

Y el buen caballero Galahad cabalgó mucho tiempo hasta que llegó esa noche al Castillo de Carbonek; y le cogió la noche en una ermita, y el hombre bueno se alegró de ver que era un caballero andante.

Y cuando estaban descansando se llegó una dueña a llamar a la puerta; y llamó a Galahad; y el hombre bueno fue a la puerta a ver qué quería. Entonces dijo ella en voz alta al ermitaño:

–Señor Ulfin, soy una dueña que quisiera hablar con el caballero que está con vos.

Entonces despertó el hombre bueno a Galahad, y le dijo:

–Levantad, y hablad con una dama que parece tener gran necesidad de vos.

Entonces Galahad fue a ella y le preguntó qué quería.

–Galahad –dijo ella–, quiero que os arméis, montéis sobre vuestro caballo, y me sigáis, pues os mostraré dentro de tres días la más alta aventura que jamás ha visto caballero ninguno.

Se armó al punto Galahad, tomó su caballo, y se encomendó a Dios; y dijo a la dama que se pusiese en camino, que él la seguiría a donde quisiera.

Capítulo 2

Cómo fue sir Galahad con una doncella,

y llegó a la nave donde estaban sir Bors y sir Perceval

Cabalgó ella tan deprisa como su palafrén la podía llevar, hasta que llegó a la mar, que llamaban Collibe. Y por la noche llegaron a un castillo en un valle, cerrado por río, y con fuertes muros y altos; y entró en el castillo con Galahad, y allí encontró él buena acogida, pues la dueña de este castillo era señora de la doncella. Y cuando fue desarmado, dijo la doncella:

–Señora, ¿estaremos aquí todo este día?

–No –dijo ella–; sólo hasta que él haya comido y dormido un poco.

Y comió y durmió un rato, hasta que la doncella le llamó, y lo armó a la lumbre de una antorcha. Y cuando la doncella estuvo encabalgada, y él, la señora trajo a Galahad un hermoso escudo y rico; y partieron del castillo y llegaron a la playa; y allí descubrieron la nave donde estaban Bors y Perceval, los cuales dieron voces desde la nave:

–¡Señor Galahad, sed bien venido, hace tiempo que os esperamos!

Y cuando él los oyó les preguntó quiénes eran.

–Señor –dijo la doncella–, dejad vuestro caballo aquí, y yo dejaré el

mío –y se llevaron las sillas y las bridas con ellos, se hicieron la cruz sobre ellos, y subieron a la nave.

Y los dos caballeros los recibieron con gran contento, y se reconocieron unos a otros; y se levantó el viento, y los llevó por la mar a un lugar maravilloso. Y al poco rato amaneció. Entonces Galahad se quitó el yelmo y la espada, y preguntó a sus compañeros de dónde venía esta hermosa nave.

–En verdad –dijeron–, sabéis tan bien como nosotros que de la gracia de Dios.

Y entonces se contaron unos a otros todas sus fuertes aventuras, y sus grandes tentaciones.

–En verdad –dijo Galahad–, muy agradecidos debéis estar a Dios, pues habéis escapado de grandes aventuras; y de no haber sido por esta dueña no habría venido yo aquí, pues nunca habría imaginado que os hallaría en estos extraños países.

–Ah, Galahad –dijo Bors–, si Lanzarote, vuestro padre, estuviese aquí, muy dichosos seríamos, pues entonces creo que nada nos faltaría.

–Eso no puede ser –dijo Galahad–, a menos que plazca a Nuestro Señor.

Entonces abandonó la nave la tierra de Logres, y por ventura arribó entre dos peñas muy grandes y maravillosas; pero no pudieron tomar tierra, pues había allí un engullidor[18] de mar; aunque había otra nave, y podían pasar a ella sin peligro.

–Vayamos allá –dijo la dama–, y veremos aventuras; pues así es la voluntad de Nuestro Señor.

Y cuando llegaron hallaron la nave muy rica, aunque no vieron en ella ni hombre ni mujer. Pero descubrieron en el fondo de la nave dos hermosas cartas escritas con un mensaje espantoso y maravilloso: «Tú que entras en esta nave, mira de ser firme en tu creencia, pues yo soy la Fe; y por tanto mira cómo entras, pues si fracasas no te ayudaré».

Entonces dijo la dama:

–Perceval, ¿sabes quién soy?

–Ciertamente no –dijo él–, a mi juicio.

–Sabe –dijo ella– que soy tu hermana, hija del rey Pellinor, y por tanto sabe que eres el hombre del mundo que más amo; y si no estás en perfecta creencia de Jesucristo, no entres por ninguna manera, pues entonces harás zozobrar la nave, pues es tan perfecta que no soportará a ningún pecador en ella.

Cuando Perceval oyó que era su propia hermana se sintió muy contento por dentro, y dijo:

–Gentil hermana, en ella entraré; pues si soy falsa criatura o caballero desleal, en ella pereceré.

Capítulo 3

Cómo sir Galahad entró en la nave, y de una hermosa cama en ella, con otras cosas maravillosas, y de una espada

Entretanto se santiguó Galahad y entró en ella; y a continuación entró la dama, y después sir Bors y sir Perceval. Y cuando estuvieron dentro, la encontraron tan maravillosamente hermosa y rica que quedaron maravillados; y en mitad de la nave había una hermosa cama; y fue Galahad a ella, y halló una corona de seda.

Y a los pies había una espada, rica y hermosa, y estaba sacada de su vaina medio pie o más; y la espada era de diversas maneras, y el pomo era de piedra, y había en él toda suerte de colores imaginables, y cada uno de los colores tenía diversas virtudes; y los gavilanes del puño eran dos costillas de diversas bestias, la una era

de una serpiente que habita en Caledonia, y llaman serpiente del demonio; y su hueso es de tal virtud que no hay mano que se canse ni sea herida al manejarlo. Y la otra bestia es un pez no muy grande, y habita en el río Éufrates; y ese pez es llamado Ertanax, y sus huesos son de tal suerte que quien los maneja tendrá tanta voluntad que jamás se fatigará, ni pensará en ninguna alegría ni dolor que haya tenido, sino sólo en la cosa que tiene ante sí.

Y JAMÁS EMPUÑARÁ NINGÚN HOMBRE ESTA ESPADA SINO UNO, EL CUAL SOBREPUJARÁ A TODOS LOS DEMÁS.

–En el nombre de Dios –dijo Perceval–, probaré a manejarla –y echó mano a la espada, pero no la pudo empuñar–. Por mi fe, ahora he fracasado.

Puso la mano en ella Bors, y tampoco pudo.

Entonces miró Galahad la espada, y vio letras como de sangre que decían: VED QUIÉN PRUEBA A SACARME DE ML VAINA, A MENOS QUE SEA MÁS OSADO QUE NINGÚN OTRO; Y EL QUE ME SAQUE, SABED QUE NO HA DE ESTAR EN VERGÜENZA DE SU CUERPO, O SERÁ HERIDO DE MUERTE.

–Por mi fe –dijo Galahad–; me gustaría sacar esta espada de la vaina, pero el daño es tan grande que no pondré mi mano en ella.

–Señores –dijo la dama–, sabed bien que está prohibido a todo hombre sacar esta espada salvo sólo a vos. También esta nave arribó al reino de Logres; y en aquel tiempo había guerra mortal entre el rey Labor, que era padre del rey Tullido, y el rey Hurlame, que era sarraceno. Pero entonces fue nuevamente bautizado, de manera que lo tuvieron después por uno de los hombres más sabios del mundo.

»Y un día acaeció que el rey Labor y el rey Hurlame habían enfrentado a sus gentes en la mar, donde esta nave había arribado; y allí el rey Hurlame fue desbaratado, y sus hombres muertos; y por miedo a que lo matasen a él, huyó a esta nave, halló en ella esta espada, y la sacó; salió entonces y topó con rey Labor, el hombre en el mundo de la toda la cristiandad en quien entonces estaba la más grande fe. Y cuando el rey Hurlame vio al rey Labor alzó esta

espada, y le dio encima del yelmo tan fuerte golpe que lo hendió a él y a su caballo hasta tierra del primer tajo de espada.

»Y eso ocurrió en el reino de Logres; y por ello sobrevino gran pestilencia y daño a ambos reinos. Pues entonces no creció trigo, ni yerba, ni casi ningún fruto, ni hubo peces en el agua, por lo que los hombres llamaron a las tierras de las dos marcas, la Tierra Desolada, por este golpe doloroso.

»Y cuando el rey Hurlame vio tajar así esta espada, volvió en busca de la vaina; y subió a esta nave, entró en ella, y metió la espada en la vaina. Y tan pronto como lo hubo hecho cayó muerto delante de la cama. Así fue probada la espada, de manera que no la saca ninguno, que no quede muerto o tullido. Y ahí yació hasta que entró una doncella en la nave y lo echó fuera, pues no había nadie en el mundo tan osado que entrase en esa nave, por la defensa[19].

Capítulo 4

De las maravillas de la espada y la vaina

Y entonces observaron la vaina, que parecía hecha de piel de serpiente, y en ella había letras de oro y plata. Y el ceñidor se acordaba muy pobremente, y no era capaz de sostener tan rica espada. Y las letras decían: «El que me empuñe ha de ser más recio que ninguno, si me lleva tan lealmente como debo ser llevada. Pues el cuerpo de aquel a cuyo costado debo colgar no será avergonzado en ningún lugar mientras vaya ceñido con este ceñidor; ni será tan osado ninguno de quitar este ceñidor; pues no debe ser quitado sino por las manos de una doncella, y ésta ha de ser hija de rey y reina, y doncella todos los días de su vida, de voluntad y de hecho. Y si quebrantase su virginidad, tendrá la muerte más villana que jamás tuvo ninguna mujer».

–Señor –dijo Perceval–, volved esa espada, que podamos ver qué tiene en el otro lado –y era bermeja como la sangre, con letras

negras como el carbón, que decían: «Aquel que más me alabe, más me hallará culpable en una gran necesidad; y a quien le sea más graciosa le haré más felonía, y eso será a una sazón».

–Gentil hermano –dijo la dama a Perceval–: acaeció cuarenta años después de la pasión de Jesucristo que Nacien, cuñado del rey Mordrains, fue llevado a un pueblo que estaba a más de catorce días de jornada de su país, por mandato de Nuestro Señor, a una isla, en las partes de poniente que los hombres llamaban Isla de Turnante. Y aconteció que halló esta nave a la entrada de una caverna, y en ella halló una cama, y esta espada como hemos oído ahora. Sin embargo, no tuvo tanta osadía de sacarla; y allí estuvo ocho días, y al noveno día sopló un gran viento que lo apartó de la isla, y lo llevó a otra isla, junto a una peña, donde halló al más grande gigante que nadie haya podido ver. Y en eso fue aquel horrible gigante a matarlo; entonces miró él a su alrededor y vio que no podía huir, ni tenía con qué defenderse. Entonces corrió a su espada, y cuando la vio desnuda la alabó mucho, y al blandirla se quebró por la mitad.

»–¡Ah! –dijo Nacien–, la cosa que más he alabado tengo ahora más que reprocharla –y arrojó los trozos de la espada encima de su cama.

»Y después saltó por la borda para luchar con el gigante, y lo mató. Y al punto regresó a la nave, se alzó viento, lo empujó hacia la mar, y llegó por ventura a otra nave donde el rey Mordrains estaba, el cual había sido tentado poderosamente por un demonio en el puerto de Peña Peligrosa.

»Y cuando se vieron el uno al otro, se alegraron muchísimo, y se contaron el uno al otro su aventura, y cómo le había fallado la espada en su más grande necesidad. Cuando Mordrains vio la espada, la alabó mucho:

»–Pero el que se quebrara no fue sino por tu misma maldad, pues estás en algún pecado.

»Y tomó la espada, juntó sus pedazos, y se soldaron tan cabalmente como habían estado antes; y metió la espada en su vaina, y la dejó sobre la cama.

»Entonces oyeron una voz que decía: «Salid de esta nave, y entrad en la otra por temor a caer en pecado mortal; pues si sois hallados en pecado mortal no podréis escapar, sino pereceréis»; y pasaron a la otra nave.

»Y tan pronto como estuvo Nacien a bordo fue herido con una espada en el pie derecho, de manera que cayó de bruces sobre la cubierta de la nave; y dijo luego:

»–¡Oh Dios, cómo he sido herido!

»Y entonces llegó una voz, y dijo: «Acepta eso por la injuria que has hecho al sacar esta espada, por tanto recibe una herida, pues no eras digno de manejarla, tal como dice la leyenda que hay en ella».

–En el nombre de Dios –dijo Galahad–, muy sabia sois de estas obras.

Capítulo 5

Cómo le fueron atravesados al rey Pelles ambos muslos porque sacó la espada, y otras historias maravillosas

–Señor –dijo ella–, había un rey que se llamaba Pelles, el rey Tullido. Y mientras pudo cabalgar sostuvo mucho a la cristiandad y la Santa Iglesia. Y un día monteaba en un bosque suyo que llegaba hasta la mar; y al final perdió a sus perros y caballeros salvo a uno; y fueron él y su caballero hasta que llegaron hacia Irlanda, y allí hallaron la nave.

»Y después de ver las letras y leerlas, entró, pues era de vida muy perfecta; pero su caballero no se atrevió a entrar; y allí halló esta espada, y la sacó hasta donde podéis ver. Y en eso entró una lanza que le atravesó ambos muslos, y desde entonces no pudo sanar, ni

sanará hasta que nosotros vayamos a él. Así –dijo ella–, ¿no fue el rey Pelles, vuestro abuelo, tullido por su osadía?

–En el nombre de Dios, doncella –dijo Galahad.

Y se acercaron a la cama a observar todo lo que había, y encima de la cabecera colgaban dos espadas. Y también había dos husos[20] que eran uno más blanco que la nieve, otro bermejo como la sangre, y otro más verde que una esmeralda; de estos tres colores eran los husos, y de color natural, y sin ninguna pintura.

–Estos husos –dijo la doncella– son de cuando la pecadora Eva fue a coger fruta, por la que Adán y ella fueron arrojados del paraíso. Tomó ella el ramo del que colgaba la manzana; entonces notó que la rama era hermosa y verde, y recordó la pérdida que había venido del árbol. Entonces pensó guardar la rama el tiempo que pudiese. Y como no tenía cofre ninguno donde guardarla, la puso en tierra. Y por voluntad de Nuestro Señor la rama creció y se hizo un gran árbol en poco tiempo, y fue tan blanco como la nieve, tronco, ramas y hojas; lo que era señal de que una doncella lo había plantado. Pero después fue Dios a Adán, y le mandó que conociese a su mujer carnalmente como la naturaleza requería. Y Adán yació con su mujer bajo el mismo árbol; y al punto el árbol que era blanco se volvió tan verde como la yerba, y todo lo que salía de él; y en esa misma sazón en que tuvieron que ver juntos fue engendrado Abel: y el árbol fue mucho tiempo de color verde.

»Y acaeció muchos días después que, bajo el mismo árbol, Caín mató a Abel, por lo que aconteció gran maravilla. Pues luego que Abel recibió la muerte bajo el árbol verde, perdió éste su color verde y se volvió bermejo; y eso fue en señal de la sangre. Y al punto murieron todas las plantas nacidas de él; pero el árbol creció y se hizo maravillosamente hermoso, y fue el más bello y deleitoso que nadie haya podido contemplar y ver; y murieron las plantas que habían crecido de él antes de que Abel muriese debajo.

»El árbol duró hasta que reinó Salomón, hijo del rey David, y gobernó la tierra después de su padre. Este Salomón era sabio, y conocía todas las virtudes de las piedras y los árboles, y también el curso de los astros y muchas otras y diversas cosas. Este Salomón tenía una esposa malvada, por lo que creía que no había ninguna

mujer buena, y por ello las menospreciaba en sus libros. Y un día le respondió una voz: «Salomón, si a un hombre le viene aflicción por una mujer, no tengas cuidado; pues habrá una mujer de la que vendrá al hombre una dicha cien veces más grande que la aflicción de este pesar; y esa mujer nacerá de tu linaje». Cuando Salomón oyó estas palabras se tuvo por loco, y llegó a la verdad por los viejos libros. También al Espíritu Santo le reveló la venida de la gloriosa Virgen María. Entonces preguntó a la voz si estaría en la rama de su linaje, «No –dijo la voz–, sino que vendrá un hombre que será doncel, y último de tu sangre, y será tan buen caballero como el duque Josué, tu cuñado».

Capítulo 6

Cómo Salomón tomó la espada de David

por consejo de su esposa,

y de otras cuestiones maravillosas

»«Ahora te he certificado eso de lo que tenías duda»; entonces se alegró Salomón de que aquél fuese a venir de su linaje; pero no cesaba de preguntarse y estudiar quién sería, y cuál podía ser su nombre. Notó su mujer su preocupación, y decidió enterarse; así que esperó la ocasión, y le preguntó la causa de sus cavilaciones; y allí le contó él todo, cómo le había hablado la voz.

»–Bien –dijo ella–, mandaré hacer una nave de la mejor madera, y de la más duradera que puedan hallar los hombres.

»Envió, pues, Salomón por todos los carpinteros de la tierra, y los mejores. Y cuando hubieron cosntruido la nave, dijo la dama a Salomón:

»–Señor, ya que es así que este caballero ha de sobrepasar en caballería a cuantos caballeros han existido antes de él y existirán

después de él, con más razón os digo –dijo ella– que debéis ir al templo de Nuestro Señor, donde está la espada del rey David, vuestro padre, la cual es la más maravillosa y afilada que haya tenido la mano de ningún caballero. Por tanto tomadla, quitadle el pomo, y hacedle un pomo de piedras preciosas, que esté tan sutilmente hecho que ningún hombre note sino que todas son una; y después le hacéis un puño tan maravillosamente que ningún hombre pueda saber cómo; y después le hacéis una maravillosa vaina, y cuando hayáis hecho todo esto yo mandaré hacerle un ceñidor de mi grado.

»Todo esto mandó hacer Salomón, como ella había ideado, la nave y todo lo restante. Y cuando la nave estuvo presta en la mar para hacer vela, la señora mandó hacer una gran cama, maravillosa y rica, puso [el rey su corona][21] en la cabecera de la cama, cubierta de seda, y puso la espada a los pies; y el ceñidor era de cáñamo, por lo que tomó enojo el rey.

»–Señor, sabed bien –dijo ella–, que ninguna cosa tengo tan alta que sea digna de sostener tan alta espada, y una doncella traerá aquí a otros caballeros, aunque no sé cuándo, ni en qué tiempo.

»Y mandó hacer una cubierta para la nave, de tela de seda que nunca se pudriese por mucho tiempo que transcurriera. Y fue esta dama y mandó que fuese un carpintero al árbol bajo el cual había sido muerto Abel.

»–Ahora –dijo–, corta de este árbol la madera que quieras para hacerme un huso.

»–Ah, señora –dijo él–, éste es el árbol que plantó nuestra primera madre.

»–Hazlo –dijo ella–, o mandaré que te maten.

»Y tan pronto como empezó a trabajar salieron gotas de sangre; y entonces lo quiso dejar, pero ella no se lo consintió, y tomó toda la madera con que podía hacer un huso; y la misma madera mandó que tomase del árbol verde, y del blanco. Y cuando estos tres husos estuvieron hechos, ordenó que los ataran en el dosel de la cama.

»Cuando Salomón vio esto, dijo a su esposa:

»–Habéis hecho maravillosamente, pues aunque estuviese aquí todo el mundo, no podría adivinar por dónde ha sido hecho todo esto, sino sólo Nuestro Señor mismo; y tú que lo has hecho, no sabes qué representarán.

»–Dejadlo ahora –dijo ella–, pues sabréis nuevas antes de lo que creéis.

»Ahora oíd una maravillosa historia del rey Salomón y de su esposa.

Capítulo 7

Un maravilloso cuento del rey Salomón y su esposa

»Esa noche se acostó Salomón delante de la nave con poca compañía. Y cuando estuvo dormido imaginó que llegaba del cielo una gran compañía de ángeles, y bajaban a la nave; y cogió un ángel agua que traía en un vaso de plata, y roció toda la nave. Y se llegó después a la espada, y puso letras en el puño. Y después fue a la cubierta de la nave, y escribió allí otra leyenda que decía: «Tú, hombre que quieres entrar en mí, procura estar lleno de fe, pues yo no soy sino la Fe y la Creencia».

»Cuando Salomón vio esta leyenda se sintió turbado, de manera que no se atrevió a entrar, y retrocedió; y al punto fue empujada la nave a la mar, y fue tan deprisa que la perdió de vista al poco rato.

»Y entonces dijo una vocecilla: «Salomón, el último caballero de tu linaje descansará en esta cama».

»Entonces fue Salomón y despertó a su esposa, y le contó las aventuras de la nave.

Ahora dice la historia que los tres caballeros observaron mucho rato la cama y los tres husos. Entonces comprobaron que eran de colores

naturales, sin pintura. Y levantaron un paño que estaba en el suelo, y hallaron lo que parecía ser una rica bolsa. La tomó Perceval, halló dentro un escrito y lo leyó; y describía la manera de los husos y la nave, de dónde venía, y por quién había sido hecha.

–Y ahora –dijo Galahad–, ¿dónde hallaremos a la dama que hará nuevo ceñidor a esta espada?

–Gentil señor –dijo la hermana de sir Perceval–, no desmayéis, pues con la licencia de Dios, yo haré un ceñidor a la espada, y será tal como a ella conviene.

Y entonces abrió una arqueta, sacó un ceñidor hermosamente labrado con hilos de oro, y sobre él había recamadas multitud de piedras preciosas, con una costosa hebilla de oro.

–Tened, señores –dijo ella–, aquí tenéis un ceñidor que debe ser puesto a la espada. Y sabed que la mayor parte de este ceñidor está hecho con mi cabello, el cual amaba yo bien cuando era mujer del siglo. Pero tan presto como supe que me estaba ordenada esta aventura me corté el cabello, e hice este ceñidor en el nombre de Dios.

–Bien seáis hallada –dijo sir Bors–, pues ciertamente nos habéis sacado de gran congoja, en la que habríamos estado de no ser por vuestras nuevas.

Entonces fue la dama y le puso el ceñidor a la espada.

–Ahora –dijo la compañía–, ¿cuál es el nombre de la espada, y cómo la llamaremos?

–En verdad –dijo ella–, el nombre de la espada es la Espada del Extraño Ceñidor; y la vaina, Movedora de Sangre; pues nadie que tenga sangre en él verá la parte de la vaina hecha del árbol de la vida.

Entonces dijeron a Galahad:

–En nombre de Jesucristo os rogamos que os ciñáis con esta espada que tanto ha sido deseada en el reino de Logres.

–Dejad que empiece, pues –dijo Galahad–, por asir esta espada para daros valor; pero sabed bien que no me pertenece a mí más que a vosotros.

Y la rodeó lo que pudo con sus dedos; y entonces la dueña le ciñó la cintura con la espada.

–Ahora no me importa si muero, pues ahora me tengo por una de las doncellas bienaventuradas del mundo, que ha hecho al más digno caballero del mundo.

–Doncella –dijo Galahad–, habéis hecho tanto que seré vuestro caballero todos los días de mi vida.

Entonces dejaron esta nave, y fueron a la otra. Y al punto el viento los llevó veloces por la mar, aunque no tenían viandas; pero acaeció que por la mañana llegaron a un castillo llamado Carteloise, el cual estaba en las marcas de Escocia. Y cuando hubieron pasado el puerto, dijo la dama:

–Señores, aquí han arribado hombres que, si supiesen que sois de la corte del rey Arturo, al punto seríais asaltados.

–Doncella –dijo Galahad–, El que nos sacó de la peña nos librará de ellos.

Capítulo 8

Cómo Galahad y sus compañeros llegaron a un castillo, y cómo fueron combatidos, y cómo mataron a sus adversarios, y otros asuntos

Y acaeció mientras así departían que llegó a ellos un escudero, y les preguntó quiénes eran; y le dijeron que eran de la casa del rey Arturo.

–¿Es verdad eso? –dijo–. Pues por mi cabeza, mal aviados vais –y volvió a la fortaleza del acantilado.

Y al poco rato oyeron tañer un cuerno. Entonces se presentó una dueña a ellos y les preguntó de dónde eran; y ellos se lo dijeron.

–Gentiles señores –dijo–; por el amor de Dios volveos otra vez si podéis, pues habéis venido a vuestra muerte.

–No –dijeron–; no nos volveremos, pues Aquel en cuyo servicio hemos entrado nos ayudará.

Y mientras hablaban llegó un tropel de caballeros bien armados, y les ordenaron que se rindiesen, o morirían.

–Tal rendición –dijeron– va a ser dañosa para vosotros.

Y en eso hicieron correr sus caballos; y sir Perceval derribó al delantero a tierra, tomó su caballo, y montó sobre él; y lo mismo hizo Galahad. Así mismo sirvió Bors a otro, pues no tenían caballos en este país, ya que habían dejado los suyos cuando tomaron la nave para otros países.

Y cuando estuvieron encabalgados comenzaron a ir sobre ellos; y huyeron los del castillo a la fortaleza, y los tres caballeros entraron tras ellos, se pusieron a pie y con sus espadas los mataron, y llegaron a la sala. Cuando vieron la gran multitud de gente que habían matado se tuvieron por grandes pecadores.

–Verdaderamente –dijo Bors–, creo que si Dios los hubiese amado no habríamos tenido poder para matarlos así. Pero han hecho tanto contra Nuestro Señor que Él no les ha querido consentir que reinen más.

–No digáis eso –dijo Galahad–, pues si obraron contra Dios, la venganza no es nuestra, sino de Aquel que tiene poder para ella.

En eso salió de una cámara un hombre bueno que era capellán, y llevaba el cuerpo de Dios en una copa. Y cuando vio a los que yacían muertos en la sala se quedó muy turbado; y Galahad se quitó el yelmo y se arrodilló, y lo mismo hicieron sus dos compañeros.

–Señor –dijeron–, ningún temor tengáis de nosotros, pues somos de la corte del Rey Arturo.

Entonces el hombre bueno preguntó cómo habían sido muertos tan súbitamente, y se lo dijeron.

–En verdad –dijo el hombre bueno–, que si pudieseis vivir tanto como el mundo ha de durar, no podríais hacer tan grande caridad como esta que habéis hecho.

–Señor –dijo Galahad–, mucho me arrepiento, si es que estaban bautizados.

–No, no tengáis arrepentimiento –dijo él–, pues no estaban bautizados; y yo os contaré lo que sé de este castillo. Aquí estaba el señor conde Hernox hace sólo un año, y tenía tres hijos, buenos caballeros de armas, y una hija, la más hermosa dama que se conocía. Y estos tres caballeros amaban a su hermana a tal extremo que ardían de amor; y yacieron con ella a su pesar. Y como diese voces ella llamando a su padre, la mataron, y prendieron al padre y lo encarcelaron, y lo hirieron casi de muerte; pero un tío de ella lo rescató. Y entonces ellos hicieron una gran deslealtad: mataron a clérigos y capellanes, e hicieron derribar ermitas, de manera que no se pudiese hacer ni decir el servicio a Nuestro Señor. Y ese mismo día envió por mí su padre para ser confesado y recibir el sacramento; pero jamás sufrió ningún hombre afrenta tan grande como la que yo recibí ese día de los tres hermanos; pero el conde me pidió que lo soportase, pues dijo que no durarían mucho, pues los destruirían tres siervos de Nuestro Señor; y ahora les ha llegado su fin. Y por eso podéis saber que Nuestro Señor no está enojado con vuestros hechos.

–En verdad –dijo Galahad–, si no hubiese placido a Nuestro Señor, jamás habríamos matado tantos hombres en tan poco tiempo.

Entonces trajeron al conde Hernox de la prisión al centro de la sala, y éste reconoció al punto a Galahad, aunque no lo había visto nunca antes, sino por revelación de Nuestro Señor.

Capítulo 9

Cómo los tres caballeros, con la hermana de Perceval, entraron en la floresta desolada, y de un ciervo y cuatro leones, y otras cosas

Entonces se echó a llorar muy tiernamente, y dijo:

–Mucho he esperado vuestra venida, pero por amor de Dios, tenedme en vuestros brazos, que mi alma pueda abandonar mi cuerpo en brazos de tan buen hombre como vos.

–Muy de grado –dijo Galahad.

Y entonces dijo una voz en alto, de manera que todos lo oyesen: «Galahad, bien me has vengado de los enemigos de Dios. Ahora debes ir al rey Tullido lo más ligero que puedas, pues por ti recibirá la salud que tanto tiempo espera».

Y con esto el alma abandonó el cuerpo y Galahad lo mandó enterrar como correspondía. Y poco después partieron los tres caballeros, y la hermana de Perceval con ellos.

Y entraron en una floresta desolada, y vieron ante ellos un ciervo blanco que guiaba a cuatro leones. Entonces tomaron el acuerdo de seguir tras ellos para saber dónde reparaban; y cabalgaron en pos de ellos a gran paso, hasta que llegaron a un valle; y cerca de allí había una ermita donde habitaba un hombre bueno, y allí entraron también el ciervo y los leones. Cuando vieron todo esto se dirigieron a la capilla, y vieron al hombre bueno con hábito de religioso, y la armadura de Nuestro Señor, pues iba a cantar misa del Espíritu Santo; y entraron y oyeron misa.

Y en los misterios de la misa vieron los tres al ciervo convertirse en hombre, lo que les maravilló, y se sentó sobre el altar, en una rica silla; y vieron que los cuatro leones se convertían, uno en figura de hombre, otro en figura de león, el tercero de águila, y el cuarto se

transformó en buey. Entonces tomaron su sitio donde se había sentado el ciervo, y se fueron a través de la ventana de vidrio, sin que nada se quebrase ni pereciese; y oyeron una voz que decía: «De esta manera entró el Hijo de Dios en el seno de la doncella María, cuya virginidad no pereció ni sufrió daño».

Y cuando oyeron estas palabras, cayeron a tierra aturdidos, y en eso se hizo una gran claridad. Y cuando volvieron en sí fueron al hombre bueno y le rogaron que les explicase la verdad.

–¿Qué habéis visto? –dijo él.

Y le contaron todo lo que habían visto.

–Ah, señores –dijo él–, sed bien venidos; y ahora sé que sois los buenos caballeros que acabarán el Santo Grial; pues sois a los que Nuestro Señor mostrará grandes secretos. Y bien debe ser significado Nuestro Señor con un ciervo, pues cuando el ciervo es viejo se vuelve joven otra vez con su piel blanca. Así mismo vuelve Nuestro Señor de la muerte a la vida, pues Él perdió la carne terrenal que era carne mortal, y que había tomado en el seno de la Santa Virgen María; y por esa causa se apareció Nuestro Señor como un ciervo blanco sin mancha. Y por los cuatro que estaban con Él hay que entender los cuatro evangelistas que pusieron por escrito una parte de los hechos de Jesucristo, los cuales hizo antes, cuando era entre vosotros hombre terrenal; pues sabed que antes ningún caballero podía conocer la verdad, pues antes de esto Nuestro Señor se manifestó muchas veces a los hombres buenos y a los buenos caballeros, con la semejanza de un ciervo, aunque creo que en adelante no lo veréis más.

Y entonces se alegraron mucho, y permanecieron allí todo ese día. Y a la mañana siguiente, cuando hubieron oído misa, partieron y encomendaron al hombre bueno a Dios; y llegaron a un castillo pero siguieron.

Entonces fue un caballero armado tras ellos, y les dijo:

–Señores, oíd lo que os voy a decir.

Capítulo 10

Cómo les pidieron una extraña costumbre,

la cual no quisieron obedecer, por lo que lucharon

y mataron a muchos caballeros

–¿Es doncella esta dueña que lleváis con vosotros?

–Señor –dijo ella–, doncella soy.

Entonces la tomó por la brida y dijo:

–Por la Santa Cruz, no escaparéis antes de que hayáis rendido la costumbre de este castillo.

–Soltadla –dijo Perceval–; no sois discreto, pues una doncella es libre allá adonde vaya.

Y entretanto salieron del castillo diez o doce caballeros armados, y con ellos venían dueñas que llevaban una fuente de plata. Y dijeron entonces:

–Esta doncella debe rendirnos la costumbre del castillo.

–Señor –dijo un caballero–, cualquier doncella que por aquí pase ha de dar esta fuente llena de sangre de su brazo diestro.

–Reprobación merece –dijo Galahad– el que impuso tal costumbre, y así Dios me salve, os aseguro que esta dama no la cumplirá mientras yo viva.

–Así Dios me ayude –dijo Perceval–, antes tendrán que matarme a mí.

–Y a mí también –dijo sir Bors.

–Por mi fe –dijo el caballero–, entonces moriréis, pues no podréis resistir contra nosotros aunque fueseis los mejores caballeros del

mundo.

Entonces hicieron correr sus caballos unos para otros, y los tres compañeros derribaron a los diez caballeros; echaron después mano a la espada, y los vencieron y mataron. Entonces salieron del castillo sesenta caballeros armados.

–Gentiles señores –dijeron los tres compañeros–, tened compasión de vosotros mismos y no las hayáis con nosotros.

–No, gentiles señores –dijeron los caballeros del castillo–; os aconsejamos que os apartéis, pues sois los mejores caballeros del mundo, y por tanto no hagáis más, pues harto habéis hecho ya. Os dejaremos ir con este daño; pero de necesidad debemos tener la costumbre.

–En verdad –dijo Galahad–, que para nada habláis.

–¿Entonces –dijeron ellos–, queréis morir?

–Aún no hemos llegado a eso –dijo Galahad.

Entonces empezaron a contender unos con otros, y Galahad, con el extraño ceñidor, sacó su espada, e hirió a diestra y a siniestra, matando a todo el que le resistía, e hizo tales maravillas que no hubo nadie que al verle no pensara que no era hombre terrenal, sino monstruo. Y sus dos compañeros lo ayudaban muy bien, y así mantuvieron la jornada cada uno, con igual crudeza hasta que se hizo de noche: entonces de necesidad lo tuvieron que dejar. Y se acercó un buen caballero, y dijo a los tres compañeros:

–Si queréis venir esta noche a tomar el albergue que aquí hay, seréis bien venidos y os aseguramos, por la fe de nuestras vidas y como caballeros verdaderos que somos, que mañana os dejaremos tal como os hallamos, sin ninguna falsedad. Y tan pronto como conozcáis la costumbre me atrevo a decir que la consentiréis.

–Pues por el amor de Dios –dijo la doncella–, id allá, y no ahorréis por mí.

–Vayamos –dijo Galahad; y entraron en la capilla.

Y cuando se hubieron apeado, les recibieron con gran contento. Y al poco rato preguntaron los tres caballeros la costumbre del castillo, por qué era.

–Os diremos en verdad –dijeron– cómo es:

Capítulo 11

Cómo la hermana de sir Perceval

llenó una fuente con su sangre para sanar a una dama,

por lo que murió ella; y cómo depositaron

su cuerpo en una nave

»Hay en este castillo una señora a la que pertenecemos nosotros y este castillo, y muchos otros. Y acaeció muchos años atrás, que la acometió una enfermedad; y después de estar mucho tiempo acostada le sobrevino un mal para el que ningún físico pudo hallar remedio. Pero finalmente un anciano dijo que si podía tener una fuente llena de sangre de una doncella y virgen, limpia de voluntad y obra, e hija de rey, esa sangre la sanaría, si se ungía con ella; y por esto se adoptó esta costumbre.

–Pues bien –dijo la hermana de sir Perceval–, gentiles caballeros, veo que esta dueña va a morir.

–Ciertamente –dijo Galahad–; y si sangráis tanto podéis morir vos.

–En verdad –dijo ella–, que si muero para sanarla a ella, eso me dará mucha honra, y salud a mi alma, y honra a mi linaje; y mejor es un daño que dos. Y por tanto no habrá más batalla, sino que mañana os rendiré la costumbre de este castillo.

Y entonces hubo gran contento, más que antes, pues de otro modo

habría habido guerra mortal por la mañana; y no quiso ella hacer otra cosa, estuviesen ellos de acuerdo o no. Esa noche fueron los tres compañeros agasajados con lo mejor; y por la mañana oyeron misa, y la hermana de sir Perceval pidió que trajesen a la dama enferma. Y fue traída, y se hallaba muy mal. Entonces preguntó ella:

–¿Quién me sangrará?

Y llegó uno, la sangró, y le sacó tanta sangre que llenó la fuente. Entonces alzó ella la mano y se santiguó; y dijo a la dama:

–Señora, he venido a morir para poneros sana; por amor de Dios rezad por mí –y dicho esto cayó desvanecida.

Entonces Galahad y sus dos compañeros acudieron a ella, la levantaron y la restañaron; pero había sangrado tanto que no podía vivir. Y cuando despertó dijo:

–Gentil hermano, Perceval, muero por la salud de esta dama, por lo que os requiero que no me enterréis en este país, sino que en cuanto haya muerto me pongáis en un batel de la abra cercana, y me dejéis ir como la ventura quiera llevarme; y tan pronto como lleguéis a la Ciudad de Sarras, para acabar el Santo Grial, me hallaréis arribada al pie de una torre; y allí me enterraréis en el lugar espiritual; pues una cosa os digo: que allí será enterrado Galahad, y también vos, en el mismo lugar.

Escuchó Perceval esta petición, y se la concedió llorando. Y entonces dijo una voz: «Señores y compañeros, mañana a la hora de prima os separaréis los tres unos de otros, hasta que la ventura os lleve al rey Tullido».

Entonces ella pidió la comunión, y tan pronto como hubo recibido a su Salvador, el alma abandonó el cuerpo.

Ese mismo día quedó sana la dama, cuando fue ungida. Entonces sir Perceval escribió una carta con todo lo que ella les había ayudado en extrañas aventuras, y la puso en su mano diestra, y después la acostó en una barca, y la cubrió con seda negra; y se alzó viento, apartó la barca de tierra, y todos los caballeros la estuvieron

mirando hasta que la perdieron de vista.

Entonces regresaron todos al castillo, y a continuación cayó una súbita tempestad y trueno, relámpago, y lluvia, como si toda la tierra se rajase. Y la mitad del castillo se vino abajo. Y pasó la hora de vísperas sin que la tempestad hubiese cesado.

Entonces vieron ante ellos a un caballero armado y malherido en el cuerpo y en la cabeza, que dijo:

–¡Oh Dios, Socórreme en esta necesidad!

Tras este caballero iban otro caballero y un enano, que le gritaron de lejos:

–¡Deteneos, no podéis escapar!

Entonces el caballero herido alzó las manos a Dios, para que no le dejase morir en tal tribulación.

–En verdad –dijo Galahad–, lo socorreré por Aquel al que invoca.

–Señor –dijo Bors–, yo lo haré; no necesitáis ir vos, pues sólo es un caballero.

–Señor –dijo él–, os lo concedo.

Y tomó sir Bors su caballo, se encomendó a Dios, y fue detrás, a rescatar al caballero herido.

Ahora volvemos nosotros a los dos compañeros.

Capítulo 12

Cómo Galahad y Perceval hallaron en un castillo muchas tumbas de doncellas que habían muerto desangradas

Ahora dice la historia que toda la noche estuvieron Galahad y Perceval en una capilla orando, por que se salvase sir Bors. Y por la mañana enderezaron con sus arneses hacia el castillo, para saber qué había acontecido a los de dentro. Y cuando llegaron allá no hallaron hombre ni mujer que no hubiese muerto por venganza de Nuestro Señor.

En eso oyeron una voz que decía: «Esta venganza es por el desangramiento de doncellas».

También hallaron en el extremo de la capilla un cementerio, y en él pudieron ver sesenta hermosas tumbas; y era aquel lugar tan bello y deleitoso que les pareció que no había habido allí ninguna tempestad, pues en él yacían los cuerpos de todas las buenas doncellas martirizadas en provecho de la señora enferma. También hallaron los nombres de cada una, y de qué sangre venían, y todas eran de sangre de reyes, y doce de ellas eran hijas de reyes. Entonces partieron y entraron en una floresta.

–Ahora debemos separarnos –dijo Perceval a Galahad–, así que roguemos a Nuestro Señor que podamos juntarnos en breve tiempo –y se quitaron los yelmos, se besaron, y lloraron en su partida.

Capítulo 13

Cómo entró sir Lanzarote en la nave donde yacía muerta la hermana de sir Perceval, y cómo topó con sir Galahad, su hijo

Ahora dice la historia, que cuando Lanzarote llegó al agua del Mortaise como se ha referido antes, estuvo en gran peligro, y se acostó a dormir, y tomó la aventura que Dios quiso enviarle.

Y cuando estuvo dormido, fue una visión a él y le dijo: «Lanzarote, levanta, toma tu armadura, y entra en la primera nave que halles».

Y al oír estas palabras se puso en pie, y vio gran claridad a su alrededor. Alzó entonces la mano y se santiguó, tomó sus armas, y se apercibió; y llegó por ventura a una playa, y halló una nave que estaba sin vela ni remos.

Y así que estuvo dentro de la nave sintió el más grande dulzor que había sentido nunca, y fue satisfecho con toda cosa que pensó o deseó. Entonces dijo:

–Gentil dulce Padre, Jesucristo, no sé en qué gozo estoy, pues este gozo sobrepuja a todos los gozos terrenales que he tenido.

Y en este gozo se acostó a bordo de la nave, y durmió hasta que fue de día. Y cuando despertó halló allí una hermosa cama, y en ella yacía muerta una dama, la cual era hermana de sir Perceval.

Y al verla, advirtió Lanzarote en su mano diestra un escrito, que leyó, donde se contaban todas las aventuras que habéis oído antes, y de qué linaje venía ella. Y con esta dama estuvo sir Lanzarote un mes o más. Y si queréis saber de qué vivió, Aquel que alimentó al pueblo de Israel en el desierto con el maná, así lo alimentó a él; pues cada día, cuando decía sus preces, era sostenido con la gracia del Espíritu Santo.

Y una noche fue a descansar a la playa, pues estaba algo cansado de la nave. Y entonces escuchó y oyó venir un caballo, y a uno que cabalgaba sobre él. Y cuando estuvo cerca le pareció un caballero. Y lo dejó pasar, y vio que iba a donde estaba la nave; se apeó allí, y tomó la silla y la brida, apartó el caballo de él, y entró en la nave. Entonces Lanzarote fue para él, y le dijo:

–Bien venido seáis.

Y respondió él y lo saludó también; y le preguntó:

–¿Cuál es vuestro nombre? Pues mucho se inclina mi corazón hacia vos.

–En verdad –dijo él–, mi nombre es Lanzarote del Lago.

–Señor –dijo él–, entonces sed bien venido. Pues fuisteis mi autor en este mundo.

–¡Ah –dijo–, sois Galahad!

–Sí, en verdad –dijo Galahad; y se arrodilló y le pidió su bendición; y después se quitó el yelmo y lo besó.

Y hubo gran dicha entre ellos, pues no hay lengua que pueda contar la dicha que sintieron el uno por el otro, y las muchas palabras amistosas que se dijeron, como debían, las cuales no hace falta referir aquí. Y se contaron el uno al otro las aventuras y maravillas que les habían acontecido en muchas jornadas desde que partieron de la corte.

En cuanto Galahad vio a la dama muerta en la cama, harto la reconoció, y dijo gran honra de ella, que fue la mejor doncella viva, y era gran lástima su muerte. Pero cuando Lanzarote oyó cómo había obtenido la maravillosa espada, y quién la había hecho, y todas las maravillas referidas antes, rogó a Galahad, su hijo, que le mostrase la espada, y así lo hizo él; y al punto besó el pomo, y el puño, y la vaina.

–En verdad –dijo Lanzarote–, jamás supe antes de tan altas aventuras, y tan maravillosas y extrañas.

Así habitaron sir Lanzarote y Galahad dentro de esta nave medio año, y sirvieron a Dios día y noche con todas sus fuerzas; y a menudo arribaban a islas apartadas del mundo, donde no vivían sino bestias salvajes, y allí hallaban muchas extrañas aventuras y peligrosas, las cuales llevaron a cabo; pero por ser esas aventuras con bestias salvajes, y no en la demanda del Santo Grial, la historia no hace aquí mención de ellas, pues sería demasiado largo contar de todas esas aventuras que les acontecieron.

Capítulo 14

Cómo un caballero trajo a sir Galahad un caballo,

y le dijo que se fuese de su padre, sir Lanzarote

Y después, un lunes, acaeció que arribaron a la linde de una floresta, ante una cruz; y entonces vieron a un caballero armado todo de blanco, el cual iba ricamente encabalgado, y llevaba en su mano diestra un caballo blanco; y se acercó a la nave, saludó a los dos caballeros en nombre del Alto Señor, y dijo:

–Galahad, señor, demasiado tiempo has estado ya con tu padre; sal de la nave, salta sobre este caballo, y ve a donde la ventura te lleve en la empresa del Santo Grial.

Entonces fue a su padre, lo besó dulcemente, y dijo:

–Gentil dulce padre, no sé si os veré más hasta que vea el cuerpo de Jesucristo.

–Os ruego –dijo Lanzarote– que pidáis al Alto Padre que me tenga en Su servicio.

Y tomó él su caballo, y oyeron una voz que decía: «Pensad en obrar bien, pues el uno no verá al otro hasta el día terrible del juicio».

–Ahora, hijo Galahad –dijo Lanzarote–, ya que debemos separarnos, y no vernos más, ruego al Alto Padre que nos conserve a vos y a mí.

–Señor –dijo Galahad–, ninguna plegaria aprovecha tanto como la vuestra.

Y con eso se internó Galahad en la floresta. Y se levantó el viento, y empujó a Lanzarote más de un mes por la mar, donde durmió bien poco, sino que rogaba a Dios poder tener alguna visión del Santo Grial.

Y acaeció una noche, en la medianoche, que arribó ante un rico y hermoso castillo, por el lado de atrás, donde había una poterna abierta hacia la mar, la cual estaba abierta y sin guardia ninguna, salvo dos leones que guardaban la entrada; y había luna clara.

Al punto oyó sir Lanzarote una voz que decía: «Lanzarote, sal de esa

nave y entra en el castillo, donde verás gran parte de tu deseo».

Corrió entonces a sus armas, se armó, fue a la entrada y vio a los leones. Entonces echó mano a la espada y la sacó. Y llegó súbitamente un enano, y le dio tan doloroso golpe en el brazo que le cayó la espada de la mano.

Entonces oyó una voz que decía: «¡Oh hombre de mala fe y poca creencia, por qué fías más en tu arnés que en tu Criador, pues más te podría aprovechar Él que tu armadura, en cuyo servicio estás puesto». Entonces dijo Lanzarote:

–Gentil Padre Jesucristo, te agradezco Tu gran piedad de reprobarme mi yerro; ahora veo bien que me tienes por Tu servidor.

Entonces recogió la espada, la metió en su vaina, se hizo la cruz en la frente, y fue a los leones; y éstos hicieron muestra de herirle. Sin embargo, pasó junto a ellos sin daño, y entró en el castillo, en la fortaleza principal, donde halló a todos durmiendo.

Y entró Lanzarote armado, pues no encontró entrada ni puerta que no estuviese abierta. Y finalmente llegó a una cámara cuya puerta estaba cerrada, y puso la mano en ella para abrirla, pero no pudo.

Capítulo 15

Cómo estuvo sir Lanzarote ante la puerta de la cámara donde estaba el Santo Grial

Entonces se esforzó mucho en abrir la puerta. Escuchó, y oyó una voz que cantaba tan dulcemente que no parecía ser ninguna criatura terrenal; y le pareció que decía la voz: «Sea honor y gloria al Padre de los Cielos».

Entonces se arrodilló Lanzarote ante la cámara, pues comprendió que dentro de esta cámara estaba el Santo Grial. Y dijo así:

–Gentil dulce Padre, Jesucristo, si alguna vez hice algo que Te placiese, Señor, por Tu piedad no me tengas en despecho por mis pecados en otro tiempo cometidos, y muéstrame algo de lo que busco.

Y en eso vio abrirse la puerta de la cámara, y salió de allí una gran claridad, de manera que la casa fue tan iluminada como si todas las antorchas del mundo estuviesen allí. Y se acercó a la puerta de la cámara, y quiso entrar.

Y al punto le dijo una voz: «Aparta, Lanzarote, y no entres, pues no lo debes hacer; pues si entras lo lamentarás».

Entonces se retiró con gran pesar. Alzó los ojos, y vio en medio de la cámara una mesa de plata, y el vaso sagrado cubierto con jamete bermejo, y muchos ángeles alrededor, de los que uno sostenía un cirio ardiendo, y el otro una cruz, y los ornamentos de un altar. Y ante el vaso sagrado vio a un hombre bueno vestido como un capellán. Y parecía que estaba en la consagración de la misa. Y le pareció a Lanzarote que encima de las manos del capellán había tres hombres, de los que dos ponían al que semejaba más joven entre las manos del capellán; y éste lo levantaba en alto, y parecía mostrarlo así a la gente. Y entonces Lanzarote se sintió no poco maravillado, pues pensó que el capellán estaba tan grandemente cargado con la figura que le pareció que se le iba a caer al suelo. Y no viendo con él a ninguno que le ayudase, corrió a la puerta, y dijo:

–Gentil Padre Jesucristo, no lo toméis por pecado si ayudo a este hombre bueno que tan grande necesidad tiene de ayuda.

Entró sin más en la cámara, y fue hacia la mesa de plata; y cuando estuvo cerca, sintió un soplo que le pareció entremezclado de fuego, el cual le hirió tan fuertemente en la cara que le pareció que se la abrasaba; y con eso cayó al suelo, y no tuvo fuerzas para levantarse, pues estaba tan airado que había perdido la fuerza de su cuerpo, y su oído, y su visión. Entonces sintió muchas manos por todo él, las cuales lo levantaron y lo sacaron de la cámara, sin aliviar nada su desvanecimiento, y allí lo dejaron, pareciendo muerto a los ojos de toda la gente.

Y por la mañana, cuando fue de día, se levantaron los de dentro, y hallaron a Lanzarote tendido ante la puerta de la cámara. Todos se preguntaban cómo había entrado; y le miraron, y le tocaron el pulso para ver si había vida en él; y hallaron vida en él, aunque no se podía levantar, ni podía menear miembro ninguno. Y lo tomaron por cada parte del cuerpo, lo entraron en una cámara, y lo acostaron en una rica cama, lejos de todo el pueblo; y allí yació cuatro días. Y unos decían que estaba vivo, y otros decían que no.

–En el nombre de Dios –dijo un anciano–; en verdad os hago saber que no está muerto, sino tan lleno de vida como el más fuerte de vosotros; y por tanto os aconsejo que sea bien guardado hasta que Dios le envíe vida otra vez.

Capítulo 16

Cómo sir Lanzarote yació veinticuatro días

y otras tantas noches como muerto,

y diversos otros asuntos

De tal manera guardaron a Lanzarote veinticuatro días y otras tantas noches, que yació sin moverse como muerto; y al vigésimo quinto día acaeció que después de mediodía abrió los ojos. Y cuando vio gente hizo gran lamentación, y dijo:

–¿Por qué me habéis despertado?, pues más sosegado estaba de lo que ahora estoy. ¡Oh Jesucristo, quién fuera tan dichoso que pudiera ver abiertamente Tus grandes maravillas secretas donde ningún pecador puede estar!

–¿Qué habéis visto? –dijeron los de su alrededor.

–He visto –dijo– tan grandes maravillas que no hay lengua que las pueda contar, y más de las que ningún corazón puede concebir; y si

no hubiese estado mi pecado aquí delante de mí habría visto mucho más.

Entonces le contaron cómo había yacido veinticuatro días y noches. Y pensó que era en castigo por los veinticuatro años que había sido pecador, por lo que Nuestro Señor le había puesto en penitencia veinticuatro días y noches.

Entonces miró sir Lanzarote ante sí, y vio el cilicio que había llevado cerca de un año, y le pesó mucho haber roto su promesa al ermitaño, de lo que le había prometido hacer. Entonces le preguntaron cómo estaba.

–En verdad –dijo–, estoy sano de cuerpo, gracias a Nuestro Señor; por tanto, señores, decidme por amor de Dios dónde estoy.

Entonces le dijeron todos que estaba en el Castillo de Carbonek.

En eso llegó una dama y le trajo una camisa de fino paño de lino; pero no se cambió, sino que volvió a ponerse el cilicio.

–Señor –dijeron–, ahora ha acabado la demanda del Santo Grial para vos, pues no veréis del Santo Grial más de lo que habéis visto.

–Pues agradezco a Dios –dijo Lanzarote– Su gran merced por lo que he visto, pues ello me basta; pues como creo, ningún hombre en este mundo ha vivido mejor que yo para acabar lo que he hecho.

Y con esto tomó el cilicio y se vistió con él, y encima se puso una camisa de lino, y después un vestido de escarlata, fresco y nuevo. Y cuando estuvo así aparejado se maravillaron todos, pues pensaron que era Lanzarote, el buen caballero. Y entonces dijeron todos:

–¡Oh mi señor Lanzarote!, ¿sois vos?

Y dijo él:

–En verdad lo soy.

Entonces llegaron nuevas al rey Pelles de que el caballero que había yacido tanto tiempo muerto era sir Lanzarote. Entonces se alegró mucho el rey, y fue a verlo. Y cuando Lanzarote lo vio venir fue a

su encuentro, y allí le hizo el rey gran muestra de contento. Y el rey le dio nuevas de que su hermosa hija había muerto. Entonces Lanzarote tuvo mucho pesar de ello, y dijo:

–Señor, lamento la muerte de vuestra hija, pues era muy hermosa dama, lozana y joven. Y sé que parió al mejor caballero que ahora existe en el mundo, o ha existido desde que Dios nació.

Y lo tuvo el rey cuatro días, y por la mañana se despidió del rey Pelles y de toda la compañía, y les agradeció el gran trabajo.

Y estando sentados comiendo en la gran sala, acaeció que el Santo Grial llenó las mesas con toda suerte de viandas que cualquier corazón podía imaginar. Y estando sentados vieron que todas las puertas y ventanas del lugar se cerraban sin que mediase mano de hombre ninguna, por lo que todos se sintieron turbados, y ninguno sabía qué hacer.

Y entonces acaeció súbitamente que llegó un caballero a la puerta principal y llamó, y dijo a voces:

–Abrid la puerta.

Pero no quisieron.

Y no paraba de decir a voces: «¡Abrid!»; aunque ellos no querían.

Finalmente los enojó tanto aquello, que el mismo rey se levantó y fue a una ventana, donde llamaba el caballero. Y dijo:

–Señor caballero, no entraréis en esta razón mientras está aquí el Santo Grial, así que id a otra parte; pues ciertamente no sois ningún caballero de la demanda, sino de los que han servido al demonio, y han dejado el servicio de Nuestro Señor.

Y el caballero se enojó grandemente ante las palabras del rey.

–Señor caballero –dijo el rey–; ya que tanto deseo tenéis de entrar, decidme de qué país sois.

–Señor –dijo él–, soy del reino de Logres, y me llamo Héctor de Maris, y soy hermano de mi señor Lanzarote.

–En el nombre de Dios –dijo el rey–; me arrepiento de lo que os he dicho, pues vuestro hermano está aquí dentro.

Y cuando Héctor de Maris oyó que su hermano estaba allí, pues era el hombre del mundo que más temía y amaba, dijo:

–¡Ah, Dios, ahora doblas mi dolor y vergüenza! Muy verdaderamente nos explicó el hombre bueno del cerro a Gawain y a mí de nuestros sueños.

Y se fue de la corte lo deprisa que su caballo podía ir y salió del castillo.

Capítulo 17

Cómo sir Lanzarote regresó a Logres,

y de otras aventuras que vio por el camino

Entonces se llegó el rey Pelles a Lanzarote y le dio nuevas de su hermano, por lo que tuvo pesar, y no supo qué hacer.

Salió, pues, sir Lanzarote, tomó sus armas, y dijo que iría a visitar el reino de Logres, «ya que no lo he visto desde hace doce meses». Y seguidamente encomendó al rey a Dios, y recorrió muchos reinos.

Y finalmente llegó a una abadía blanca, donde le dieron esa noche gran acogida; y por la mañana se levantó y oyó misa.

Y delante del altar halló una rica tumba, la cual estaba recién hecha; entonces la miró bien, y vio los lados escritos en oro que decían: AQUÍ YACE EL REY BAGDEMAGUS DE GORE, MUERTO POR EL SOBRINO DEL REY ARTURO, y nombraba a sir Gawain.

Entonces sintió no poca aflicción, pues Lanzarote lo amaba más que a nadie; y de haber sido cualquier otro en vez de Gawain, no habría escapado de morir; y se dijo a sí mismo: «¡Ah, Señor Dios, gran

daño es éste para la corte del rey Arturo, la pérdida de tal hombre!».

Partió entonces, y fue a la abadía donde Galahad había tenido la aventura de las tumbas, y ganado el escudo blanco con la cruz bermeja; y allí recibió muy buena acogida toda esa noche.

Y por la mañana volvió a Camelot, donde halló al rey Arturo y a la reina. Pero muchos caballeros de la Tabla Redonda habían sido muertos o destruidos, más de la mitad. Y también habían vuelto tres, sir Héctor, Gawain y Lionel, y muchos otros que no hace falta nombrar. Y toda la corte se alegró mucho de sir Lanzarote, y el rey le preguntó muchas nuevas de su hijo Galahad.

Y allí contó Lanzarote al rey las aventuras que le habían acontecido desde su partida. Y también le habló de las aventuras de Galahad, Perceval y Bors, que él supo por la carta de la doncella muerta, y como Galahad le había contado.

–Pluguiera a Dios –dijo el rey– que estuviesen aquí los tres.

–Eso nunca podrá ser –dijo Lanzarote–, pues a dos de ellos no los veréis más, aunque uno de ellos volverá.

Ahora dejamos esta historia, y hablamos de Galahad.

Capítulo 18

Cómo Galahad llegó al rey Mordrains,

y de otros asuntos y aventuras

Ahora dice la historia que Galahad cabalgó muchas jornadas en vano. Y finalmente llegó a una abadía donde estaba el rey Mordrains, y al enterarse de esto decidió quedarse para verlo. Y por la mañana, cuando hubo oído misa, fue Galahad al rey Mordrains; y al punto, el rey que tanto tiempo había yacido ciego, vio. Y

entonces se incorporó delante de él, y dijo:

–Galahad, siervo de Jesucristo, cuya venida he esperado tanto tiempo, abrázame ahora, y deja que descanse en tu pecho, de manera que pueda descansar entre tus brazos, pues tú eres puro y virgen por encima de todos los caballeros, como la flor del lirio en la que es significada la virginidad; y eres la rosa, que es la flor de todas las buenas virtudes, y del color del fuego. Pues el fuego del Espíritu Santo está tan prendido en ti que mi carne, que estaba toda muerta de vejez, se ha vuelto joven de nuevo.

Cuando Galahad oyó estas palabras, le abrazó todo su cuerpo. Y entonces dijo él:

–Gentil Señor Jesucristo, ahora siento cumplida mi voluntad. Ahora Te requiero, en este extremo en que estoy, que vengas y me visites.

Y al punto Nuestro Señor escuchó su súplica; y allí mismo el alma se separó del cuerpo.

Y entonces Galahad lo depositó en la tierra como correspondía a un rey; y partió y entró en una peligrosa floresta donde halló la fuente que hervía con grandes olas, como antes cuenta el cuento. Y tan pronto como Galahad tendió su mano sobre ella, cesó de tal manera que no ardió más, y desapareció el calor. Pues el que ardiese era señal de lujuria, la cual era muy usada en aquel tiempo. Pero el calor no pudo resistir su pura virginidad. Y esto fue tenido en el país por un milagro. Y así fue llamada después fuente de Galahad.

Entonces entró por ventura en el país de Gore, y en la abadía donde Lanzarote había estado antes, y halló la tumba del rey Bagdemagus, aunque fue fundador de ella el hijo de José de Arimatea, y la tumba de Simeón donde Lanzarote había faltado. A continuación miró en un huerto al pie de la iglesia, y vio allí una tumba que ardía maravillosamente. Entonces preguntó a los hermanos qué era.

–Señor –dijeron–, una maravillosa aventura que no puede ser llevada a ningún fin sino por quien aventaje en generosidad y caballería a todos los de la Tabla Redonda.

–Quisiera –dijo Galahad– que me llevaseis a ella.

–De buen grado –dijeron ellos.

Y lo guiaron hasta una cueva. Bajó por una escalera, y llegó cerca de la tumba. Y entonces flaquearon las llamas, y se extinguió el fuego, aunque había sido grande muchos días.

Entonces se oyó una voz que dijo: «Mucho habéis de agradecer a Nuestro Señor, el cual os ha dado una buena hora, de manera que podáis sacar a las almas de las penas terrenales y ponerlas en los gozos del paraíso. Soy de vuestro linaje, y he habitado en este fuego estos trescientos cincuenta y cuatro inviernos para purgar el pecado que cometí contra José de Arimatea».

Entonces Galahad tomó el cuerpo en sus brazos y lo llevó a la iglesia. Y esa noche se acostó Galahad en la abadía; y por la mañana le dio su servicio, y lo depositó en la tierra delante del altar mayor.

Capítulo 19

Cómo sir Perceval y sir Bors se encontraron con sir Galahad, y cómo llegaron al Castillo de Carbonek, y otros asuntos

Y partió de allí, y encomendó a los hermanos a Dios; y cabalgó cinco días hasta que llegó al rey Tullido. Y siguió Perceval los cinco días preguntando dónde había estado; y uno le contó cómo fueron acabadas las aventuras de Logres.

Y acaeció un día que salieron[22] de una gran floresta, y toparon con sir Bors, que cabalgaba solo. No hace falta decir que se alegraron; y los saludó él, y le rindieron ellos honra y buena ventura, y se contaron unos a otros cómo habían librado. Entonces dijo Bors:

–Desde hace un año y medio, no he dormido diez veces donde habitan los hombres sino en florestas salvajes y montañas; aunque

Dios ha sido siempre mi consuelo.

Entonces cabalgaron mucho rato hasta que llegaron al Castillo de Carbonek. Y al entrar en el castillo el rey Pelles los reconoció; entonces hubo gran gozo, pues bien sabía por su llegada que habían acabado la demanda del Santo Grial.

Entonces Eliazar, hijo del rey Pelles, trajo ante ellos la espada rota que había atravesado el muslo de José. Entonces puso Bors su mano en ella, por si podía soldarla otra vez; pero no pudo ser. Seguidamente la pasó a Perceval pero éste no tuvo más poder que él.

–Tenedla vos –dijo Perceval a Galahad–; pues si ha de ser acabada por algún hombre corpóreo habréis de ser vos.

Entonces tomó él los pedazos, los juntó, y pareció como si jamás hubiesen estado rotos, y tan bien como había sido al principio, cuando la forjaron. Y cuando los de dentro vieron que había sido acabada la aventura de la espada, dieron la espada a Bors, pues en ningún otro podía estar mejor; porque era buen caballero y hombre de merecimiento.

Y poco antes se alzó un viento grande y maravilloso, y tan lleno de gran calor, que muchos hombres cayeron de espanto. Y al punto bajó una voz entre ellos, y dijo: «Levantad los que no debéis sentaros a la mesa de Jesucristo, pues ahora van a ser alimentados los caballeros verdaderos».

Y se fueron de allí todos salvo el rey Pelles y Eliazar, su hijo, los cuales eran hombres santos, y una doncella que era su sobrina; y estos tres compañeros y ellos tres permanecieron allí, y nadie más.

Al punto vieron entrar unos caballeros totalmente armados por la puerta de la sala, y se quitaron los yelmos y las armas, y dijeron a Galahad:

–Señor, hemos recorrido mucho para estar con vos a esta mesa donde va a ser partido el sagrado alimento.

Entonces dijo él:

–Bien venidos seáis; pero ¿de dónde sois?

Y tres de ellos dijeron que eran de Gaula, otros tres que de Irlanda, y los otros tres que de Dinamarca.

Cuando estuvieron así sentados salió de una cámara un lecho de madera, el cual era llevado por cuatro damas; y en el lecho yacía un hombre bueno enfermo, con una corona de oro en la cabeza; y lo depositaron allí en medio del lugar, y se fueron otra vez. Entonces alzó la cabeza el hombre enfermo, y dijo:

–Galahad, caballero, bien venido seáis, pues mucho he deseado vuestra venida, pues en esta angustia he estado mucho tiempo. Pero ahora fío en Dios haber llegado al término en que mis penas sean aliviadas, de manera que saldré de este mundo como me fue prometido hace mucho tiempo.

Y en eso dijo una voz: «Hay dos entre vosotros que no están en la demanda del Santo Grial; y por tanto deben irse».

Capítulo 20

Cómo Galahad y sus compañeros

fueron alimentados del Santo Grial,

y cómo Nuestro Señor se apareció a ellos, y otras cosas

Entonces partieron el rey Pelles y su hijo. Y en eso les pareció que llegaba un hombre, y cuatro ángeles del cielo, vestido con la semejanza de un obispo, y tenía una cruz en la mano; y estos cuatro ángeles lo llevaban en una silla, y lo dejaron ante la mesa de plata sobre la que estaba el Santo Grial; y parecía que tenía en mitad de la frente letras que decían: «Ved aquí a José, primer obispo de la cristiandad, el mismo a quien Nuestro Señor socorrió en la ciudad de Sarras, el lugar espiritual».

Entonces se maravillaron los caballeros, pues dicho obispo había muerto hacía más de trescientos años.

–¡Oh caballeros –dijo él–, no os maravilléis, pues en otro tiempo fui hombre terrenal!

En eso oyeron abrirse la puerta de la cámara, y vieron ángeles; y dos de ellos llevaban cirios, y el tercero un paño, y el cuarto una lanza que sangraba prodigiosamente, de manera que tres gotas cayeron dentro de una arqueta que sostenía en su otra mano. Pusieron los cirios sobre la mesa, y el tercero el paño sobre el vaso, y el cuarto la santa lanza derecha sobre el vaso.

Y entonces el obispo hizo muestra como de empezar la consagración de la misa. Y tomó una oblea que estaba hecha a semejanza de pan. Y en la elevación vino una figura en semejanza de un niño, y su cara era encendida y bermeja como el fuego, y se metió en el pan, de manera que todos vieron que el pan estaba formado de una persona carnal; y entonces lo metió en el vaso sagrado otra vez, e hizo lo que cumplía a un sacerdote hacer en la misa.

Entonces fue a Galahad y lo besó, y le mandó que fuese y besase a sus compañeros; y así lo hizo él al punto.

–Ahora –dijo–, siervos de Jesucristo, seréis alimentados ante esta mesa con confituras que jamás han probado los caballeros.

Y dicho esto desapareció. Y se sentaron a la mesa con gran temor, y dijeron sus plegarias.

Miraron entonces, y vieron salir un hombre del vaso sagrado, con todas las señales de la pasión de Jesucristo, sangrándole todas abiertamente; y dijo:

–Caballeros míos, y siervos míos, y verdaderos hijos míos que habéis salido de la vida mortal y entrado en la vida espiritual, ya no me ocultaré más a vosotros, sino que veréis una parte de mis misterios y mis cosas ocultas: tened ahora y recibid el alto alimento que tanto habéis deseado.

Tomó él mismo el sagrado vaso y se acercó a Galahad; y se arrodilló

éste, y allí recibió a su Salvador, y después lo recibieron todos sus compañeros; y les pareció tan dulce que sería maravilla contar. Entonces dijo a Galahad:

–Hijo, ¿sabes qué tengo entre mis manos?

–No –dijo él–, a menos que Vos me lo digáis.

–Es –dijo Él– el plato sagrado donde comí el cordero el Jueves de Pascua. Ahora has visto lo que más deseabas ver; aunque no lo has visto tan claramente como lo verás en la ciudad de Sarras, lugar espiritual. Por tanto debes irte de aquí y llevar contigo este vaso sagrado; pues esta noche debe irse del reino de Logres, de manera que no debe ser visto aquí más. ¿Y sabes por qué? Porque no ha sido servido y honrado como debe ser por los de esta tierra, pues están inclinados a vivir mal; por tanto los desheredaré de toda la honra que les he hecho. Y por tanto id los tres mañana a la mar, donde hallaréis aparejada vuestra nave, y lleva contigo la espada del Extraño Ceñidor, y no lleves contigo sino a sir Perceval y a sir Bors. También quiero que llevéis la sangre de esta lanza para ungirle al rey Tullido las piernas y todo el cuerpo, y que recobre la salud.

–Señor –dijo Galahad–, ¿por qué no deben venir con nosotros estos otros compañeros?

–Por esta causa: pues tal como separé a mis apóstoles, uno aquí y otro allá, así os separaré a vosotros; y dos de vosotros moriréis en mi servicio; pero habrá uno que volverá y traerá nuevas.

Seguidamente les dio su bendición y se desvaneció.

Capítulo 21

Cómo Galahad ungió con la sangre

de la lanza al rey Tullido, y de otras aventuras

Y fue al punto Galahad a la lanza que estaba sobre la mesa, mojó los dedos en la sangre, y fue después al rey Tullido y le ungió las piernas.

Y al punto se vistió éste, se levantó de la cama como un hombre sano, y agradeció a Nuestro Señor que lo hubiese sanado. Y no fue esto para vivir en el siglo, pues al punto se retiró a un lugar de religión, de monjes blancos, donde fue hombre muy santo.

Esa misma noche, hacia la medianoche, llegó una voz entre ellos que dijo:

–Hijos míos y no hijastros[23] míos, amigos míos y no guerreros míos, idos de aquí a donde esperáis hacer lo mejor y como os he mandado.

–Ah, gracias sean dadas a Ti, Señor, que te has dignado llamar a Tus pecadores. Bien podemos probar ahora que no han sido vanas nuestras penas.

Y tomaron a toda prisa sus arneses y partieron.

Pero a los tres caballeros de Gaula, uno llamado Claudine, hijo del rey Claudas, y los otros dos que eran grandes gentileshombres, a cada uno de ellos rogó Galahad que si iban a la corte del rey Arturo «saludéis a mi señor, sir Lanzarote, mi padre, y a todos los de la Tabla Redonda»; y les rogó que si iban a aquella parte no lo olvidasen.

Partió, pues, Galahad, y Perceval y Bors con él; y cabalgaron tres días, y llegaron a una ribera donde hallaron la nave de la que habla el cuento antes. Y cuando estuvieron a bordo hallaron en medio la mesa de plata que habían dejado con el rey Tullido, y el Santo Grial cubierto con jamete bermejo.

Entonces se alegraron de tener tales cosas en su compañía; y entraron, y les hicieron gran reverencia; y Galahad se hincó de rodillas, y suplicó mucho tiempo a Nuestro Señor que, a la hora que lo pidiese, pudiera dejar este mundo.

Tanto rezó que le dijo una voz: «Galahad, verás cumplida tu súplica;

y cuando pidas la muerte de tu cuerpo la tendrás, y entonces hallarás la vida del alma».

Oyó esto Perceval, y le rogó, por la amistad que había entre ellos, que le dijese por qué pedía tal cosa.

–Os lo diré –dijo Galahad–; el otro día cuando vimos una parte de las aventuras del Santo Grial tuve tal gozo de corazón como creo que jamás ha tenido nadie terrenalmente. Y por tanto sé que cuando mi cuerpo haya muerto mi alma tendrá gran dicha de ver a la Santísima Trinidad cada día, y la Majestad de Nuestro Señor Jesucristo.

Tanto tiempo estuvieron en la nave que dijeron a Galahad:

–Señor, en este lecho os debéis acostar, pues así lo dice la escritura.

Y se acostó y durmió mucho tiempo; y cuando despertó miró ante sí y vio la ciudad de Sarras. Y cuando fueron a desembarcar, vieron la nave en la que Perceval había depositado a su hermana.

–Verdaderamente –dijo Perceval–, en el nombre de Dios, bien ha mantenido mi hermana su promesa.

Entonces sacaron la mesa de plata de la nave, y acordaron ir Perceval y Bors delante, y Galahad detrás. Y así fueron a la ciudad; y en la puerta de la ciudad vieron a un viejo tullido. Y lo llamó Galahad, y le pidió que le ayudase a llevar este peso.

–En verdad –dijo el viejo–, hace diez años que no puedo andar sino con muletas.

–No te importe –dijo Galahad–, levanta y muestra tu buena voluntad.

Y probó a levantarse, y se halló tan sano como no estuvo nunca. Entonces corrió a la mesa, y tomó una parte junto a Galahad. Y al punto corrió gran rumor por la ciudad, de que un tullido había sido sanado por unos caballeros maravillosos que entraban en la ciudad.

Poco después, los tres caballeros volvieron a la orilla, y llevaron a la hermana de sir Perceval al palacio y la enterraron tan ricamente

como debía serlo una hija de rey.

Y cuando el rey de la ciudad, que se llamaba Estorause, vio la comitiva, les preguntó de dónde eran, y qué cosa era lo que traían sobre la mesa de plata. Y ellos le dijeron la verdad del Santo Grial, y el poder que Dios había puesto allí.

Entonces el rey, que era un tirano, y venía de linaje de paganos, los prendió y encarceló en una profunda mazmorra.

Capítulo 22

Cómo fueron alimentados por el Santo Grial

mientras estuvieron en prisión,

y cómo Galahad fue hecho rey

Pero tan pronto como estuvieron allí, Nuestro Señor les envió el Santo Grial, por cuya gracia fueron siempre satisfechos mientras estuvieron en prisión.

Y al término del año acaeció que este rey Estorause cayó enfermo, y sintió que iba a morir. Entonces envió por los tres caballeros, y se prersentaron ante él; y les suplicó piedad por lo que les había hecho, y ellos le perdonaron buenamente; y al punto murió.

Cuando el rey hubo muerto, toda la ciudad tuvo desmayo, y no supo quién podía ser su rey. Y estando en consejo llegó una voz entre ellos, y les mandó que escogiesen al caballero más mancebo de los tres por rey; «pues él os mantendrá bien, a vosotros y a todos los vuestros».

Así, pues, hicieron rey a Galahad por acuerdo de la ciudad entera, y si no le darían muerte. Y cuando fue a ver la tierra, mandó construir sobre la mesa de plata un armario de oro y piedras preciosas, para guardar el vaso sagrado. Y cada día de madrugada los tres

compañeros acudían ante él a hacer sus preces.

Al término del año, y el mismo día en que Galahad ciñera la corona de oro, se levantó temprano con sus compañeros, fueron al palacio, y vieron ante ellos el vaso sagrado, y un hombre de rodillas con la semejanza de un obispo, el cual tenía a su alrededor gran compañía de ángeles como si fuese el mismo Jesucristo; y entonces se levantó y empezó una misa a Nuestra Señora. Y cuando llegó al sacramento de la misa, y lo hubo hecho, al punto llamó a Galahad y le dijo:

–Ven, siervo de Jesucristo, y verás lo que mucho has deseado ver.

Y entonces empezó él a temblar muy fuertemente cuando la carne mortal comenzó a ver cosas espirituales.

Entonces alzó las manos hacia el cielo y dijo:

–Señor, Te doy las gracias, pues ahora veo lo que muchos días ha sido mi deseo. Ahora, bendito Señor, no quisiera vivir más si a Ti te place, Señor.

Y en esto tomó el hombre bueno el cuerpo de Nuestro Señor entre sus manos, lo ofreció a Galahad, y éste lo recibió dichosa y humildemente.

–¿Sabes ahora quién soy? –dijo el hombre bueno.

–No –dijo Galahad.

–Soy José, hijo de José de Arimatea; me envía Nuestro Señor para hacerte compañía; ¿y sabes por qué me envía a mí y no a ningún otro? Porque te pareces [a mí] en dos cosas: en que has visto las maravillas del Santo Grial, y en que eres doncel puro, como yo he sido y soy.

Y cuando hubo dicho estas palabras fue Galahad a Perceval y lo besó, y lo encomendó a Dios; y fue a sir Bors y lo besó y lo encomendó a Dios, y dijo:

–Gentil señor, saludad a mi señor Lanzarote, mi padre, y tan pronto como lo veáis, rogadle que recuerde lo mudable de este mundo.

Y seguidamente se arrodilló ante la mesa e hizo sus preces; y entonces su alma partió súbitamente hacia Jesucristo, y una gran multitud de ángeles subió su alma a los cielos, lo que sus dos compañeros pudieron ver bien. También los dos compañeros vieron salir del cielo una mano, aunque no vieron el cuerpo. Y fue derecha al vaso, lo tomó, y también la lanza, y se llevó ambas cosas a los cielos. Desde entonces jamás hubo hombre tan osado que dijera que había visto el Santo Grial.

Capítulo 23

De la aflicción que Perceval y Bors hicieron cuando murió Galahad; y de Perceval, cómo murió, y otros asuntos

Cuando Perceval y Bors vieron muerto a Galahad hicieron tanta aflicción como nunca habían hecho dos hombres. Y si no hubiesen sido dos hombres buenos no habrían tardado en caer en la desesperación. Y la gente del país y la ciudad tuvieron mucho pesar. Y entonces fue enterrado; y luego que fue enterrado, sir Perceval se retiró a una ermita fuera de la ciudad, y tomó hábitos de religioso. Y Bors estuvo siempre con él, aunque no cambió nunca su vestidura secular, pues tenía propósito de volver otra vez al reino de Logres.

Y vivió sir Perceval un año y dos meses en la ermita una vida muy santa, y después dejó este mundo; y Bors lo mandó enterrar junto a su hermana y Galahad, en tierra consagrada.

Cuando Bors vio que estaba en tan remotos países como eran las partes de Babilonia abandonó Sarras, se armó, y fue a la mar, y embarcó en una nave; y acaeció que con buena ventura llegó al reino de Logres; y cabalgó deprisa hasta que llegó a Camelot donde estaba el rey.

Y allí, en la corte, lo recibieron con gran contento, pues todos creían que había muerto por el mucho tiempo que había estado fuera del país.

Y cuando hubieron comido, el rey hizo venir grandes clérigos ante él, para que escribiesen la crónica de las altas aventuras de los buenos caballeros. Cuando Bors hubo contado las aventuras del Santo Grial, tal como les habían acaecido a él y a sus tres compañeros, que eran Lanzarote, Perceval, Galahad y él mismo, Lanzarote contó las aventuras del Santo Grial que él había visto. Todo esto fue consignado en grandes libros, y guardado en armarios en Salisbury. Y dijo luego sir Bors a sir Lanzarote:

–Galahad vuestro hijo, me encomendó que os salude, y después de vos al rey Arturo y toda la corte; y lo mismo sir Perceval, pues yo los enterré con mis propias manos en la ciudad de Sarras. También, señor Lanzarote, Galahad os ruega que recordéis lo mudable que es este mundo, como le prometisteis cuando estuvisteis juntos más de medio año.

–Es verdad –dijo Lanzarote–; y pido a Dios que su ruego me valga – entonces tomó Lanzarote a sir Bors en sus brazos, y dijo–: gentil primo, muy bien venido sois a mí, y para todo lo que yo pueda hacer por vos y los vuestros hallaréis mi pobre cuerpo presto en toda sazón, mientras el espíritu esté en él; y eso os prometo fielmente, y no defraudaros jamás. Y sabed bien, gentil primo, sir Bors, que no nos separaremos vos y yo mientras nuestras vidas puedan durar.

–Señor –dijo él–, será como vos queráis.

Así termina la historia del Santo Grial,

que fue brevemente pasada del francés al inglés,

la cual es crónica de una de las historias más verdaderas

y santas que hay en este mundo, como es el libro XVII.

Y aquí sigue el décimo octavo libro.

[18] Swallow.

[19] For the defence; por la prohibición, la advertencia.

[20] Two spindles.

[21] No en Caxton ni en Winchester.

[22] Aquí el plural indica que Galahad y Perceval van juntos.

[23] Chief sons en Caxton y en Winchester; el texto francés dice fillastres (cf. Vinaver).

Libro XVIII

Capítulo 1

Del gozo que el rey Arturo y la reina tuvieron por el acabamiento del Santo Grial; y cómo sir Lanzarote recayó en su viejo amor

Y después que fue acabada la demanda del Santo Grial, y todos los caballeros que quedaban vivos volvieron a la Tabla Redonda, como el Libro del Santo Grial hace mención, hubo gran contento en la corte; y en especial el rey Arturo y la reina Ginebra recibieron con gran gozo a los restantes que habían vuelto a casa, y mucho se alegraron el rey y la reina por sir Lanzarote y sir Bors, pues habían estado ambos mucho tiempo ausentes en la demanda del Santo Grial.

Entonces, como dice el libro, sir Lanzarote comenzó a solicitar a la reina Ginebra otra vez, y olvidó su promesa de perfección que había hecho en la demanda. Pues, como dice el libro, de no haber estado sir Lanzarote en su pensamiento secreto y en sus mientes tan puesto en la reina por dentro como parecía estar por fuera en Dios, ningún caballero le habría aventajado en la demanda del Santo Grial; pero siempre sus pensamientos estaban puestos privadamente en la reina; y se amaron más ardientemente de lo que se habían amado antes, y tomaban en privado tales tragos juntos que muchos en la corte hablaban de ello, y en especial sir Agravain, hermano de sir Gawain, pues era siempre hablador.

Y acaeció que sir Lanzarote era muy solicitado de dueñas y doncellas, que lo solicitaban diariamente, y suplicaban que fuese su campeón; y en tales asuntos sir Lanzarote se aplicaba a diario en hacer por complacer a Nuestro Señor Jesucristo. Y siempre que

podía se retraía de la compañía y sociedad de la reina Ginebra, para evitar la calumnia y los rumores; por lo que la reina se enojó con sir Lanzarote.

Y un día llamó a sir Lanzarote a su cámara, y le dijo:

–Señor Lanzarote, veo y siento diariamente que tu amor comienza a menguar, pues ningún contento tienes de estar conmigo, sino que siempre estás fuera de esta corte; y ahora tienes querellas y cuestiones por dueñas y doncellas más de lo que solías tener antes.

–¡Ah, señora! –dijo sir Lanzarote–, en esto debéis excusarme por diversas razones; una es que hace poco estuve en la demanda del Santo Grial; y agradezco a Dios Su gran merced de que, sin yo merecerlo, viese en mi demanda más de lo que ha visto nunca ningún pecador, y así me fue dicho. Y si no hubiese tenido yo mis privados pensamientos de volver a vuestro amor otra vez, como tengo, habría visto tan grandes misterios como vio mi hijo Galahad, o Perceval, o sir Bors; y por tanto, señora, he estado hace poco en esa demanda. Sabed, señora, que no se puede olvidar tan pronto el alto servicio en el que puse mi diligente esfuerzo.

»También, señora, sabed que muchos hablan de nuestro amor en esta corte, y nos tienen a vos y a mí grandemente en acecho, como hacen sir Agravain y sir Mordred; y señora, sabed que los temo más por vos que por ningún miedo que yo tenga por mí mismo, pues yo podría escapar y librarme si tuviese gran necesidad, mientras que vos tendríais que soportar todo lo que os dijesen. Y si caéis en alguna desgracia por obstinada locura, entonces no habrá remedio ni auxilio sino los míos y los de mi sangre.

»Y sabed, señora, que vuestra osadía y mía nos traerá gran afrenta y calumnia; y no quisiera veros deshonrada. Y ésa es la causa de que tome sobre mí hacer más por dueñas y doncellas de lo que nunca hice antes, de manera que viendo mi alegría y deleite entiendan que es mi placer haberlas por dueñas y doncellas.

Capítulo 2

Cómo ordenó la reina a sir Lanzarote

que dejase la corte,

y de la lamentación que hizo Lanzarote

Todo este rato estuvo callada la reina, dejando que sir Lanzarote dijera lo que quisiese. Y cuando lo hubo dicho todo se echó a llorar, y estuvo buen rato llorando y sollozando. Y cuando pudo hablar, dijo:

–Lanzarote, ahora me doy cuenta de que eres un caballero falso y menguado, y un vulgar lujurioso, y amas y tienes a otras damas, y por mí sientes desdén y menosprecio. Pues sabe bien –dijo– que ahora veo tu falsedad, y por tanto no volveré a amarte más. Y no seas tan osado de ponerte jamás ante mi vista; y aquí te echo de esta corte, para que no vuelvas más a ella; así mismo te prohíbo mi compañía y, a riesgo de tu cabeza, que me veas más.

Y partió sir Lanzarote con gran pesar, al extremo de que casi no se podía sostener por la gran congoja. Entonces llamó a sir Bors, a sir Héctor de Maris y a sir Lionel, y les dijo cómo la reina le había echado de la corte, y que había determinado partir a su propio país.

–Gentil señor –dijo sir Bors de Ganis–, no os vayáis de esta tierra por mi consejo. Debéis recordar con qué honra sois nombrado, y llamado el más noble caballero del mundo; y muchos grandes asuntos tenéis en mano. Y las mujeres, con su aturdimiento, hacen a menudo cosas de las que después se arrepienten; y por tanto, por mi consejo, debéis tomar vuestro caballo, ir al buen ermitaño[24] aquí cerca de Windsor, que en otro tiempo fue un buen caballero llamado sir Brastias, y esperar allí hasta que yo os envíe mejores nuevas.

–Hermano –dijo sir Lanzarote–, sabed que mucho me desagrada abandonar este reino, pero la reina me ha prohibido tan altamente permanecer aquí, que creo que nunca volverá a ser mi buena señora como ha sido.

–No digáis eso –dijo sir Bors–, pues muchas veces se ha enojado con vos antes, y después fue ella la primera en arrepentirse.

–Decís bien –dijo sir Lanzarote–; haré según vuestro consejo, tomaré mi caballo y mi arnés, iré al ermitaño, sir Brastias, y allí descansaré hasta que reciba nuevas de vos; pero, gentil hermano, os ruego que me devolváis el amor de mi señora, la reina Ginebra, si podéis.

–Señor –dijo sir Bors–, no necesitáis moverme a tales asuntos, pues sabéis bien que haré lo que pueda por complaceros.

Y entonces el noble caballero, sir Lanzarote, partió súbitamente con muy grande pesar, de manera que ninguna criatura terrenal supo de él, ni adónde había ido, salvo sir Bors. Y cuando sir Lanzarote hubo partido, la reina no hizo por fuera ninguna clase de lamentación que pudiese ver nadie de su sangre ni ningún otro. Pero sabed bien que por dentro, como dice el libro, tomó gran arrepentimiento, aunque lo llevó con orgulloso continente como si no sintiese nada, ni peligro.

Capítulo 3

Cómo en una comida que la reina dio fue envenenado un caballero, de lo que sir Mador acusó a la reina

Y un día la reina mandó preparar una comida privada en Londres para los caballeros de la Tabla Redonda. Y todo era para manifestar que tenía gran contento con todos los demás caballeros de la Tabla Redonda como lo tuvo con sir Lanzarote. Y solamente invitó a esa comida a sir Gawain y sus hermanos, que eran a saber, sir Agravain, sir Gaheris, sir Gareth y sir Mordred. También estuvieron sir Bors de Ganis, sir Blamor de Ganis, sir Bleoberis de Ganis, sir Galihud, sir Galihodin, sir Héctor de Maris, sir Lionel, sir Palomides, sir Safer su

hermano, sir La Cote Male Tailé, sir Persant, sir Ironside, sir Brandiles, sir Kay el Senescal, sir Mador de la Porte, sir Patrise, caballero de Irlanda, Aliduke, sir Astamore y sir Pinel le Savage, que era primo de sir Lamorak de Gales, el buen caballero al que sir Gawain y sus hermanos habían matado a traición

Estos veinticuatro caballeros debían comer con la reina en un lugar privado, y se celebró allí un gran festín con toda suerte de manjares. Pero sir Gawain tenía una costumbre que practicaba diariamente en la comida y la cena, y era que le gustaba mucho toda clase de fruta, y en especial las manzanas y las peras. Así que quienquiera que convidaba o festejaba a sir Gawain proveía comúnmente de buena fruta para él; y así hizo la reina por complacer a sir Gawain: mandó traer para él toda suerte de frutas. Pues sir Gawain era un caballero de naturaleza muy acalorada, y este Pinel aborrecía a sir Gawain a causa de su pariente sir Lamorak de Gales; y por tanto, por pura envidia y odio, sir Pinel envenenó algunas manzanas para envenenar a sir Gawain.

Y todo fue bien hasta el final de la comida, en que por mala fortuna se le ocurrió a un buen caballero llamado Patrise, primo de sir Mador de la Porte, tomar una manzana envenenada. Y cuando se la hubo comido se hinchó hasta reventar, y allí cayó sir Patrise súbitamente muerto entre ellos. Entonces cada caballero se apartó de la mesa avergonzado, y furioso de ira, casi fuera de juicio. Pues no sabían qué decir: considerando que era la reina Ginebra la que había ofrecido el festín y comida, todos sospecharon de ella.

–Mi señora y reina –dijo Gawain–; sabed bien, señora, que esta comida ha sido dispuesta para mí, pues todos los que conocen mi gusto saben que me gusta mucho la fruta, y ahora veo bien que he estado cerca de morir; por ende, señora, me temo que seréis avergonzada.

Entonces la reina se quedó callada y muy turbada, de manera que no sabía qué decir.

–Esto no acabará así –dijo sir Mador de la Porte–, pues aquí he perdido a un noble caballero de mi sangre; y por tanto, de esta afrenta y despecho me vengaré a ultranza –y allí acusó abiertamente a la reina de la muerte de su primo sir Patrise.

Entonces se quedaron callados todos, y ninguno quiso decir una palabra contra él, pues todos tenían gran sospecha de la reina, porque ella había mandado preparar esta comida. Y la reina estaba tan turbada que no pudo hacer otra cosa que llorar tan vivamente, que cayó desvanecida. Con este tumulto y voces acudió el rey Arturo, y cuando supo la desgracia sintió muy grande pesar.

Capítulo 4

Cómo sir Mador acusó a la reina de traición, y no hubo ningún caballero que quisiese luchar por ella la primera vez

Y sir Mador se mantuvo de pie ante el rey, y acusó a la reina de traición; pues tal era la costumbre en aquel tiempo, que toda clase de muertes afrentosas eran llamadas traición.

–Gentiles señores –dijo el rey Arturo–, me pesa esta desgracia; pero el caso es tal que no puedo haberlas en este asunto, pues debo ser juez justo; y me pesa no poder tomar la batalla por mi esposa, pues como creo, esta acción no ha venido de ella. Y por tanto supongo que no será deshonrada, sino que algún buen caballero arriesgará su vida por mi reina, antes de que sea quemada en una querella injusta. Y por ende, señor Mador, no seas tan apresurado, pues puede acaecer que no esté ella sin amigos; y por tanto señala tu día de batalla, y ella se proveerá de algún buen caballero que os responda; o sería gran vergüenza para mí y para toda mi corte.

–Mi gracioso señor –dijo sir Mador–, debéis tenerme excusado, pues aunque sois nuestro rey en ese grado, no sois sino un caballero como nosotros, y habéis jurado la caballería lo mismo que nosotros; por ende os suplico que no toméis enojo, pues no hay ninguno de los veinticuatro caballeros que hemos sido convidados a esta comida que no tenga gran sospecha de la reina. ¿Qué decís todos,

mis señores?

Entonces respondieron, uno por uno, que no podían excusar a la reina; pues por qué había hecho la comida, y lo sucedido tuvo que venir de ella, o de sus sirvientes.

–¡Ay! –dijo la reina–, hice esta comida con buena intención, y no por nada malo; así Dios Todopoderoso me ayude en mi razón, ya que jamás me propuse llevar a cabo una acción tan infame, y en eso pongo por testigo a Dios.

–Mi señor, el rey –dijo sir Mador–, os requiero como rey justo que sois que me déis un día que pueda tener justicia.

–Bien –dijo el rey–, te doy el día quince desde hoy para que estés presto, armado y encabalgado, en el prado próximo a Winchester. Y si hay algún caballero para enfrentarse contigo, haz allí lo mejor que puedas, y que Dios haga valer la razón. Y si no hubiese ningún caballero ese día, entonces sea quemada mi reina, que allí estará presta a para recibir su condena.

–Me doy por respondido –dijo sir Mador.

Y cada caballero se fue a donde más le placía. Y cuando el rey y la reina estuvieron solos, el rey le preguntó cómo había acontecido este caso. La reina respondió:

–Así Dios me ayude; no sé cómo ni de qué manera.

–¿Dónde está sir Lanzarote? –dijo el rey Arturo–; si él estuviese aquí no le sabría mal hacer batalla por vos.

–Señor –dijo la reina–, no sé dónde está; pero su hermano y sus parientes creen que no está en este reino.

–Eso me pesa –dijo el rey Arturo–, pues si él estuviese aquí pronto pondría fin a esta contienda. Entonces os aconsejo que vayáis a sir Bors y le roguéis que haga él la batalla por vos, por mor de sir Lanzarote; y por mi vida que no se negará. Pues bien veo –dijo el rey– que ninguno de estos veinticuatro caballeros que estaban con vos en vuestra comida, donde sir Patrise ha sido muerto, quiere hacer batalla por vos, ni quiere ninguno de ellos salir en vuestra

defensa, y habrá gran calumnia de vos en esta corte.

–¡Ay! –dijo la reina–, eso no lo puedo hacer, pero ahora echo de menos a sir Lanzarote, pues si él estuviese aquí pronto sosegaría mi corazón.

–¿Qué os aqueja? –dijo el rey–; ¿no podéis conservar a sir Lanzarote a vuestro lado? Pues sabed bien que quien tenga a sir Lanzarote de su parte, tendrá al hombre de más merecimiento del mundo. Id ahora –dijo el rey a la reina– y requerid a sir Bors que haga batalla por vos, por mor de sir Lanzarote.

Capítulo 5

Cómo la reina requirió a sir Bors que luchase por ella, y cómo aceptó él con una condición, y cómo advirtió de ello a sir Lanzarote

Se fue la reina del rey, y envió mensaje a sir Bors de que acudiese a su cámara. Y cuando hubo llegado, le suplicó que la socorriese.

–Señora –dijo él–, ¿qué queréis que haga? Pues no puedo con mi honra tener que ver en este asunto, ya que estuve en esa misma comida, por temor a que alguno de esos caballeros me tenga en sospecha. También, señora –dijo sir Bors–, ahora echáis de menos a sir Lanzarote, pues él no os habría defraudado ni en razón ni en sinrazón, como bien habéis probado cuando habéis estado en peligro; y ahora habéis echado de este país a aquel por quien érais honrada diariamente, vos y todos nosotros; por ende, señora, me sorprende cómo osáis por vergüenza pedirme que haga nada por vos; cuanto más que habéis echado de vuestro país a aquel por quien éramos sostenidos y honrados.

–¡Ay, gentil caballero! –dijo la reina–, me pongo enteramente a

vuestra gracia, y todo el yerro que he hecho quiero enmendar como vos me aconsejéis –y dicho esto cayó sobre ambas rodillas, y suplicó a sir Bors que tuviese piedad de ella–: o tendré una muerte vergonzosa por una ofensa que jamás hice.

En eso llegó el rey Arturo, y halló a la reina arrodillada ante sir Bors; entonces sir Bors la levantó y dijo:

–Señora, me hacéis gran deshonor.

–¡Ah, gentil caballero! –dijo el rey–, tened piedad de mi reina, cortés caballero, pues ahora estoy seguro de que es injustamente difamada. Y por tanto, cortés caballero, prometedle batallar por ella; os lo pido por el amor de sir Lanzarote.

–Mi señor –dijo sir Bors–, me requerís la cosa más grande que ningún hombre me puede requerir; y sabed bien que si acepto batallar por la reina enojaré a muchos de mi compañía de la Tabla Redonda. Pero en cuanto a eso, quiero prometer a mi señor que por mi señor Lanzarote, y por vos mismo, seré ese día el campeón de la reina, a menos que por ventura venga un caballero mejor que yo a batallar por ella.

–¿Me prometéis eso –dijo el rey– por vuestra fe?

–Sí, señor –dijo sir Bors–; en eso no os fallaré, ni a ella, a menos que venga un caballero mejor que yo y tome él la batalla.

Entonces se alegraron mucho el rey y la reina, y partieron, y se lo agradecieron vivamente. Y un día partió sir Bors en secreto, y fue a sir Lanzarote, donde estaba con sir Brastias, el ermitaño, y le contó de toda su aventura.

–Ah, Jesús –dijo sir Lanzarote–, dichosamente ha venido esto, como yo habría pedido; y por tanto os ruego que os aprestéis a hacer batalla, pero ved de tardar lo más que podáis hasta que me veáis llegar. Pues estoy seguro de que Mador es un bravo caballero cuando está encendido de pasión, pues cuanto más lo retengáis, más impaciente estará por hacer batalla.

–Señor –dijo Bors–, dejadme entender con él, y no dudéis que todo

será como vos queréis.

Entonces partió sir Bors y regresó a la corte otra vez. Entonces corrió la voz por toda la corte de que sir Bors haría batalla por la reina: por lo que muchos caballeros se disgustaron con él, que quisiese tomar sobre sí batallar en la querella de la reina; pues había muy pocos caballeros en toda la corte que no creyesen culpable a la reina, y que había hecho esa traición. Y sir Bors respondió así a sus compañeros de la Tabla Redonda:

–Sabed, mis gentiles señores, que sería vergüenza para todos nosotros consentir que la más noble reina del mundo fuese públicamente afrentada, teniendo en cuenta que su señor y nuestro señor es el hombre de más honra en el mundo, y más cristiano, y siempre nos ha honrado a todos en todo lugar.

Y muchos le respondieron:

–En cuanto a nuestro muy noble rey Arturo, lo amamos y honramos tanto como vos; pero en cuanto a la reina Ginebra, no la queremos, pues es destructora de buenos caballeros.

–Gentiles señores –dijo sir Bors–, me parece que no habláis como debíais, pues hasta ahora nunca en mis días he sabido ni he oído decir que fuese destructora de ningún buen caballero. Sino que en todo tiempo, hasta donde yo puedo recordar, ha sido mantenedora de buenos caballeros; y siempre ha sido liberal y dadivosa de sus bienes con todos los buenos caballeros, y la más generosa dama con sus dones y su buena gracia, que yo he visto u oído decir. Y por tanto, sería vergüenza para todos consentir que muera vergonzosamente la esposa de nuestro muy noble rey. Y sabed bien que no lo quiero consentir; pues esto me atrevo a decir: que la reina no es culpable de la muerte de sir Patrise, pues jamás le tuvo ninguna mala voluntad, ni a ninguno de los veinticuatro caballeros que estábamos en esa comida; pues me atrevo a decir que por buen amor nos llamó a comer, y no por ninguna malvada maquinación; y no dudo que será probado más adelante, pues comoquiera que sea ese juego, ha habido traición entre nosotros.

Entonces dijeron algunos a sir Bors:

–Bien podemos creer en vuestras razones.

Y unos estuvieron de acuerdo, y otros no.

Capítulo 6

Cómo en su día se apercibió sir Bors para luchar por la reina; y cuando debía luchar, cómo otro le descargó

Pasaron presto los días hasta la víspera de aquel en que debía celebrarse la batalla. Entonces la reina envió por sir Bors y le preguntó cómo estaba dispuesto.

–En verdad, señora –dijo él–, estoy dispuesto en la misma manera que os prometí, a saber: que no faltaré, a menos que por ventura venga un caballero mejor que yo a hacer batalla por vos; entonces, señora, quedaría descargado de mi promesa.

–¿Queréis –dijo la reina– que lo diga así a mi señor Arturo?

–Haced como os plazca, señora.

Entonces la reina fue al rey y le dijo la respuesta de sir Bors.

–No tengáis duda –dijo el rey– de sir Bors, pues yo lo tengo ahora por uno de los mejores caballeros del mundo, y el hombre de más provecho.

Y así pasó hasta por la mañana; y el rey y la reina y toda clase de caballeros que allí estaban en esa sazón se encaminaron al prado cercano a Winchester donde iba a tener lugar la batalla. Y cuando llegó el rey con la reina y muchos caballeros de la Tabla Redonda, entonces pusieron a la reina bajo la custodia del condestable, y se aparejó un gran fuego alrededor de una estaca de hierro, de manera

que, si sir Mador de la Porte salía vencedor, sería quemada: tal era la costumbre en aquellos días, que ni por favor, amor ni afinidad no hubiese sino juicio justo, así sobre un rey como sobre un caballero, y así sobre una reina como sobre una pobre dama.

Y entretanto llegó sir Mador de la Porte, y juró delante del rey que la reina había hecho esta traición a su primo sir Patrise, y este juramento lo probaría con su cuerpo, mano por mano, sobre quien dijese lo contrario.

Y fue sir Bors de Ganis, y dijo que «por cuanto a la reina Ginebra, está en la razón, y haré bueno con mis manos que ella no es culpable de la traición de que es acusada».

–Entonces apercíbete –dijo sir Mador–, y probaremos si estás tú en la razón o no.

–Sir Mador –dijo sir Bors–, sabe que te sé buen caballero. Sin embargo, no te temo grandemente, sino que fío en Dios que podré resistir tu malicia. Pero esto he prometido a mi señor Arturo y a mi señora la reina: que haré batalla por ella en este caso a todo riesgo, a menos que venga un caballero mejor que yo que me descargue de ello.

–¿Es eso todo? –dijo sir Mador–; sal a hacer batalla conmigo, o di que no.

–Tomad vuestro caballo –dijo sir Bors–; y como supongo, no tardaréis en ser respondido.

Seguidamente fueron a sus tiendas, y se aprestaron a encabalgar como creían mejor. Y al punto sir Mador entró en el campo con su escudo en el hombro y su lanza en la mano; y cabalgó por el lugar diciendo a voces al rey Arturo:

–¡Mandad a vuestro campeón que venga si se atreve!

Entonces tuvo vergüenza sir Bors, tomó su caballo y fue al extremo de la liza.

Y entonces advirtió por dónde venía de una arboleda cercana un caballero todo armado, sobre un caballo blanco, con un escudo

extraño de extrañas armas; y venía todo lo deprisa que podía correr, y se llegó a sir Bors, y dijo así:

–Gentil caballero, os ruego que no toméis agravio, pues aquí debe tener esta batalla un caballero mejor que vos; por tanto os ruego que os apartéis. Pues sabed que hoy he hecho muy grande jornada, y esta batalla debe ser mía, como os prometí cuando hablé con vos la última vez; y de todo corazón os agradezco vuestra buena voluntad.

Entonces fue sir Bors al rey Arturo y le dijo cómo había llegado allí un caballero que quería tener la batalla para luchar por la reina.

–¿Qué caballero es? –dijo el rey.

–No lo sé –dijo sir Bors–, pero tal acuerdo hizo conmigo de estar aquí hoy. Ahora, mi señor, estoy descargado.

Capítulo 7

Cómo sir Lanzarote luchó contra sir Mador por la reina, y cómo venció a sir Mador, y descargó a la reina

Entonces llamó el rey a este caballero, y le preguntó si quería luchar por la reina. Y respondió él al rey:

–Para eso he venido aquí, y por tanto, señor rey –dijo–, no me demoréis más, pues no me puedo demorar. Pues luego que haya acabado esta batalla debo partir de aquí; pues tengo muchos asuntos en otras partes. Y sabed –dijo dicho caballero– que es deshonor para todos los caballeros de la Tabla Redonda, ver y saber a tan noble dama, y tan cortés reina como es la reina Ginebra, así reprochada y afrentada entre vosotros.

Entonces se preguntaron todos qué caballero podía ser el que tomaba la batalla sobre sí. Pues no hubo nadie que lo reconociese, salvo sir Bors. Entonces dijo sir Mador de la Porte al rey:

–Veamos con quién he de haberlas.

Cabalgaron entonces a los extremos de la liza, bajaron allí sus lanzas, y corrieron a juntarse con todas sus fuerzas; y la lanza de sir Mador se hizo toda trozos, pero la del otro resistió, y derribó el caballo de sir Mador y todo para atrás, infligiéndole una gran caída a tierra. Pero éste apartó súbita y poderosamente el caballo, se puso el escudo delante, sacó la espada, y dijo al otro caballero que se apease e hiciese batalla con él a pie.

Entonces este caballero bajó prestamente del caballo, como hombre valiente, se puso el escudo delante, y sacó la espada; y trabaron batalla ansiosamente, y se dieron el uno al otro muchos grandes tajos, acosando y esquivando, tirando tajos y estocadas con sus espadas como dos fieros jabalíes. Así estuvieron luchando cerca de una hora; pues este sir Mador era un fuerte caballero, y poderosamente probado en muchas batallas. Pero finalmente este caballero derribó a sir Mador de bruces a tierra, y se llegó a él para tumbarlo del todo en el suelo; y en esto se levantó sir Mador súbitamente, y al hacerlo le atravesó al caballero el grueso de los muslos, de manera que la sangre le manó furiosamente.

Y al sentirse así herido, y ver su sangre, lo dejó ponerse de pie. Y entonces le dio tal revés encima del yelmo que lo derribó a tierra lo largo que era, y a continuación fue a él para arrancarle el yelmo de la cabeza. Y entonces sir Mador rogó al caballero que le perdonase la vida, y se dio por vencido, y descargó a la reina de su querella.

–No te concederé la vida –dijo aquel caballero–, a menos que descargues a la reina para siempre, y no se haga mención sobre la tumba de sir Patrise que la reina Ginebra consintiera jamás en esa traición.

–Todo eso se hará –dijo sir Mador–: abiertamente la descargo de mi querella para siempre.

Entonces los caballeros despartidores de la liza levantaron a sir

Mador, lo llevaron a su tienda, y el otro caballero fue derecho al pie del escaño donde estaba sentado el rey Arturo; y a todo esto había ido la reina al rey, y se besaron el uno al otro vivamente.

Y cuando el rey vio a este caballero, se inclinó hacia él, y le dio las gracias, y lo mismo hizo la reina; y el rey le rogó que se quitase el yelmo, y descansase, y tomase una copa de vino. Entonces él se quitó el yelmo para beber, y todos los caballeros vieron que era sir Lanzarote del Lago. Y tan pronto como el rey le vio, tomó a la reina de la mano, fue a sir Lanzarote, y le dijo:

–Señor, muchas gracias por el gran trabajo que habéis tenido este día por mí y por mi reina.

–Mi señor –dijo sir Lanzarote–, sabed que por necesidad debo estar siempre en vuestra querella, y en la querella de mi señora la reina, para hacer batalla; pues sois el hombre que me dio la alta orden de caballería, y aquel día mi señora, vuestra reina, me hizo gran honra, que si no habría sido afrentado; pues el mismo día en que me hicisteis caballero, por mi apresuramiento perdí la espada, y mi señora, vuestra reina, la halló, la envolvió en la cola de su vestido, y me la dio cuando yo tenía necesidad de ella; si no, habría sido avergonzado entre todos los caballeros, y por tanto, mi señor Arturo, le prometí ese día ser siempre su caballero en la razón y en la sinrazón.

–Muchas gracias –dijo el rey– por esta jornada; y sabed bien que recompensaré vuestra bondad.

Y no paraba la reina de mirar a sir Lanzarote; y lloraba tan tiernamente que a punto estaba de caer al suelo de congoja, porque hubiese hecho por ella tan gran bondad cuando ella le había mostrado gran desamor.

Entonces se llegaron a él los caballeros de su sangre, y cada uno le saludó con gran alegría. Y así mismo se acercaron todos los caballeros de la Tabla Redonda que allí estaban en esa sazón, y le dieron la bienvenida. Y entonces sir Mador recibió el cuidado de los físicos, y sir Lanzarote fue sanado de su herida. Y entonces hubo gran alegría y contento en la corte.

Capítulo 8

Cómo fue conocida la verdad por la Doncella del Lago, y de diversos otros asuntos

Y acaeció que la Doncella del Lago, de nombre Nimue, que había estado con el buen caballero sir Pelleas, llegó a la corte; pues siempre hacía grandes favores al rey Arturo y a todos sus caballeros con sus encantamientos y hechicerías. Y cuando supo cómo la reina fhabía sido agraviada por la muerte de sir Patrise, dijo públicamente que no era culpable; y entonces reveló quién había sido el causante, y nombró a sir Pinel; y dijo por qué causa lo había hecho, por lo que fue abiertamente revelado; y de este modo quedó excusada la reina, y el caballero Pinel huyó a su país.

Entonces se supo públicamente que sir Pinel había envenenado las manzanas en la fiesta con intención de destruir a sir Gawain, ya que sir Gawain y sus hermanos habían matado a sir Lamorak de Gales, del que era primo sir Pinel.

Entonces fue enterrado sir Patrise en la iglesia de Westminster, en una tumba, y sobre ella se escribió: AQUÍ YACE SIR PATRISE DE IRLANDA, MUERTO POR SIR PINEL LE SAVAGE, QUE ENVENENÓ MANZANAS PARA MATAR A SIR GAWAIN, Y POR MALA FORTUNA SIR PATRISE COMIÓ UNA DE ESAS MANZANAS, Y ENTONCES SÚBITAMENTE REVENTÓ. También se escribió sobre la tumba que sir Mador de la Porte había acusado a la reina Ginebra de la muerte de sir Patrise; y allí se hizo mención de cómo sir Lanzarote luchó con él por la reina Ginebra, y lo venció en clara batalla. Todo esto fue escrito sobre la tumba de sir Patrise en excusa de la reina.

Y entonces sir Mador suplicó diariamente, y mucho tiempo, para obtener la buena gracia de la reina; y por medio de sir Lanzarote consiguió tener la buena gracia de la reina, y todo le fue perdonado.

Y pasó el tiempo hasta el día de Nuestra Señora de la Asunción. Y quince días antes de esta fiesta hizo pregonar el rey una gran justa y torneo que se celebraría ese día en Camelot, que es Winchester; e hizo pregonar que él y el rey de los Escoceses justarían contra todo el que quisiera ir contra ellos.

Y cuando se hubo hecho este pregón acudieron muchos caballeros. Allí llegaron el rey de Northgales, y el rey Agwisance de Irlanda, y el Rey de los Cien Caballeros, y Galahaut el Alto Príncipe, y el rey de Northumberland, y muchos otros nobles duques y condes de diversos países.

Y se dispuso a partir el rey Arturo para estas justas, y quiso llevar a la reina consigo; pero en esta sazón no quiso ella, dijo, porque estaba enferma y no podía cabalgar esta vez.

–Eso me pesa –dijo el rey–, pues hace siete años que no habéis visto tan noble compañía, salvo el domingo de Pentecostés en que Galahad se fue de la corte.

–En verdad –dijo la reina al rey–, debéis excusarme, pues no puedo asistir, y de eso tengo pesar.

Y muchos imaginaron que la reina no quería estar por sir Lanzarote del Lago, pues sir Lanzarote no quiso ir con el rey, pues dijo que no estaba sano de la herida que sir Mador le había infligido; por lo que el rey tuvo pesar, y mucho enojo.

Partió, pues, hacia Winchester con su compañía; y por el camino el rey se aposentó en un pueblo llamado Astolat, que ahora en inglés se llama Guildford, y allí durmió el rey en el castillo. Y cuando el rey hubo partido, llamó la reina a sir Lanzarote, y le dijo así:

–Señor Lanzarote, gran reprobación merecéis quedándoos así detrás de mi señor; ¿qué creéis que imaginarán y dirán vuestros enemigos y míos? Nada sino: «Ved cómo sir Lanzarote se queda siempre detrás del rey, y lo mismo la reina, para tener su placer juntos». Eso dirán –dijo la reina a sir Lanzarote–; no tengáis duda de ello.

Capítulo 9

Cómo sir Lanzarote cabalgó a Astolat,

y recibió una manga para llevar sobre

yelmo a requerimiento de una doncella

–Señora –dijo sir Lanzarote–, apruebo vuestro buen juicio. Desde hace poco sois avisada. Y por tanto, señora, en esta sazón me gobernaré por vuestro consejo, y esta noche descansaré, y mañana con el alba tomaré el camino de Winchester. Pero sabed bien –dijo sir Lanzarote a la reina– que en esa justa iré contra el rey y contra toda su compañía.

–Podéis hacer allí como os plazca –dijo la reina–; pero por mi consejo, no debéis ir contra vuestro rey y vuestra compañía. Pues en ella están muchos fuertes caballeros de vuestra sangre, como sabéis harto bien, y no hace falta que yo los nombre.

–Señora –dijo sir Lanzarote–, os ruego que no os enojéis conmigo, pues quiero tomar la aventura que Dios quiera mandarme.

Y por la mañana temprano sir Lanzarote oyó misa y quebró su ayuno, se despidió de la reina, y partió. Y entonces cabalgó mucho tiempo hasta que llegó a Astolat, que es Guildford; y acaeció allí que al anochecer llegó al lugar de un viejo barón llamado sir Bernard de Astolat. Y al entrar sir Lanzarote en su posada le vio el rey Arturo, que paseaba por un jardín vecino al castillo, cómo tomaba aposento; y lo reconoció muy bien.

–Bien está –dijo el rey Arturo a los caballeros que estaban con él en el jardín vecino al castillo–; ahora he visto a un caballero que jugará su juego en las justas a las que vamos; presumo que hará maravillas.

–¿Quién es?, os rogamos que nos lo digáis –dijeron muchos de los caballeros que allí estaban en esa sazón.

–No lo sabréis por mí –dijo el rey–, en esta sazón –y se sonrió el rey, y se retiró a su aposento.

Y cuando sir Lanzarote estuvo en su posada, y desarmado en su cámara, llegó el viejo barón y ermitaño a él, le hizo reverencia, y le dio la bienvenida de la mejor manera; pero el viejo caballero no reconoció a sir Lanzarote.

–Gentil señor –dijo sir Lanzarote a su huésped–, quisiera que me prestaseis un escudo que no fuese abiertamente conocido; pues el mío es bien conocido.

–Señor –dijo su huésped–, os complaceré, pues me parece que sois uno de los más apuestos caballeros del mundo, y por tanto os mostraré amistad. Señor, sabed que tengo dos hijos recién hechos caballeros, y el mayor se llama sir Tirre, y fue herido el mismo día en que fue hecho caballero, de manera que no puede cabalgar, así que tendréis su escudo; pues me atrevo a decir que no es conocido sino aquí, y en ningún otro lugar. Y mi hijo más mancebo se llama Lavaine; y si os place, él irá con vos a esa justa; y es para su edad fuerte y recio. Y mucho me da en el corazón que debéis de ser noble caballero; por tanto os ruego que me digáis vuestro nombre –dijo sir Bernard.

–En cuanto a eso –dijo sir Lanzarote–, debéis excusarme en esta sazón, y si Dios me da gracia de salir bien parado en la justa, volveré y os lo diré. Pero os ruego que como sea me dejéis tener a vuestro hijo sir Lavaine conmigo, y poder tener el escudo de su hermano.

–Así se hará –dijo sir Bernard.

Este viejo barón tenía una hija llamada a la sazón la Hermosa Doncella de Astolat, y no cesaba de mirar maravillada a sir Lanzarote; y como dice el libro, puso tal amor en sir Lanzarote que jamás pudo apartar su amor de él, a causa de lo cual murió; y su nombre era Elaine le Blank. Y así como iba de un lado a otro se sintió tan encendida de amor que suplicó a sir Lanzarote que llevase sobre él, en la justa, una prenda suya.

–Gentil doncella –dijo sir Lanzarote–, si os concedo eso, podéis decir

que hago más por vuestro amor de lo que jamás hice por dueña ni doncella –entonces recordó que debía ir disfrazado a la justa. Y ya que nunca hasta entonces había llevado ninguna prenda de doncella, decidió llevar una: de ella, a fin de que por ella ninguno de su sangre pudiese conocerle; y dijo entonces–: Hermosa doncella, accedo a llevar una prenda vuestra sobre mi yelmo, así que mostradme cuál.

–Señor –dijo ella–, es una manga bermeja mía, de escarlata, bien bordada con grandes perlas –y se la trajo.

La cogió sir Lanzarote, y dijo:

–Jamás he hecho antes tanto por ninguna doncella.

Y entonces sir Lanzarote dejó bajo la guarda de la hermosa doncella su escudo, y le rogó que lo guardase hasta que él volviese; y esa noche tuvo él buen solaz y gran alegría, pues la doncella Elaine estuvo alrededor de sir Lanzarote todo el tiempo que le consintieron.

Capítulo 10

Cómo empezó el torneo en Winchester,

y qué caballeros estuvieron en la justa; y otras cosas

Y un día por la mañana partieron el rey Arturo y todos sus caballeros, pues el rey se había retrasado tres días para esperar a sus nobles caballeros. Y cuando se hubo ido el rey, sir Lanzarote y sir Lavaine se aparejaron para partir, y uno y otro tenían escudos blancos, y sir Lanzarote llevó consigo la manga bermeja. Entonces se despidieron de sir Bernard, el viejo barón, y de su hija, la Hermosa Doncella de Astolat, y cabalgaron mucho tiempo hasta que llegaron a Camelot, como se llamaba en aquel tiempo Winchester; y había allí gran muchedumbre de reyes, duques, condes y barones, y muchos nobles caballeros. Pero sir Lanzarote se aposentó

apartadamente, por mediación de sir Lavaine, con un rico burgués, de manera que nadie de esa ciudad sabía quiénes eran. Y descansaron allí hasta el día de Nuestra Señora de la Asunción, en que debía ser la gran fiesta.

Entonces tocaron trompetas llamando al campo, y el rey Arturo se sentó arriba de un cadalso para observar quién lo hacía mejor. Pero como dice el libro francés, no consintió el rey que sir Gawain se separase de él, pues nunca vencía sir Gawain cuando sir Lanzarote estaba en el campo; y muchas veces era sir Gawain puesto en reproche cuando Lanzarote entraba en las justas disfrazado. Y esta vez algunos de los reyes, como el rey Agwisance de Irlanda y el rey de los Escoceses, se habían puesto del lado del rey Arturo. Y en elotro bando estaban el rey de Northgales, y el Rey de los Cien Caballeros, y el rey de Northumberland, y sir Galahaut, el Alto Príncipe. Pero estos tres reyes y este duque eran muy flojos para ir contra el bando del rey Arturo, pues con él estaban los más nobles caballeros del mundo.

Entonces se separaron ambos bandos el uno del otro, y cada hombre se aprestó de la mejor manera a hacer lo que podía. Entonces se apercibió sir Lanzarote, se puso la manga bermeja sobre la cabeza, y la ató fuertemente. Y salieron sir Lanzarote y sir Lavaine de Winchester encubiertamente, fueron a un espeso boscaje tras el bando que se tenía contra el rey Arturo, y allí se estuvieron sin moverse, hasta que se acometiesen los dos bandos. Entonces entraron el rey de los Escoceses y el rey de Irlanda, del bando de Arturo, y fue contra ellos el rey de Northumberland; y el Rey de los Cien Caballeros derribó al rey de Northumberland, y el Rey de los Cien Caballeros derribó al rey Agwisance de Irlanda. Entonces sir Palomides, que estaba en el bando de Arturo, fue contra sir Galahaut, y se derribaron el uno al otro; y cada bando ayudó a sus señores a encabalgar otra vez. Y así empezó un fuerte acometer por ambos bandos.

Entonces entraron sir Brandiles, sir Sagramore le Desirous, sir Dodinas le Savage, sir Kay el Senescal, sir Griflet le Fise de Dieu, sir Mordred, sir Meliot de Logres, sir Ozanna le Curé Hardi, sir Safer, sir Epinogrus, sir Galleron de Galway. Todos estos quince caballeros eran caballeros de la Tabla Redonda, y entraron juntamente con

otros muchos, e hicieron retraerse al rey de Northumberland y al rey de Northgales.

Cuando sir Lanzarote vio esto, mientras permanecía en un espeso boscaje, dijo a sir Lavaine:

–Ved allá una compañía de buenos caballeros, y cómo se tienen juntos como jabalíes acosados por perros.

–Es verdad –dijo sir Lavaine.

Capítulo 11

Cómo sir Lanzarote y sir Lavaine entraron en el campo contra los de la corte del rey Arturo, y cómo fue herido sir Lanzarote

–Pues si me ayudáis un poco –dijo sir Lanzarote–, veréis a esa compañía que ahora acosa a esos hombres de nuestro bando ir tan deprisa para atrás como van para adelante.

–Señor, no ahorréis por mí –dijo sir Lavaine–, pues haré lo que pueda.

Entonces sir Lanzarote y sir Lavaine se metieron en lo más espeso de la muchedumbre, y allí sir Lanzarote derribó a sir Brandiles, sir Sagramore, sir Dodinas, sir Kay, y sir Griflet; y todo esto lo hizo con una sola lanza; y sir Lanzarote derribó a sir Lucan el Mayordomo y a sir Bedevere. Y entonces sir Lanzarote tomó otra lanza y derribó a sir Agravain, a sir Gaheris, y a sir Mordred, y a sir Meliot de Logres; y sir Lavaine derribó a Ozanna le Curé Hardi. Y después sir Lanzarote sacó la espada, comenzó a herir a diestra y a siniestra, y por gran fuerza descabalgó a sir Safer, sir Epinogrus, y sir Galleron, y entonces los caballeros de la Tabla Redonda se retrajeron, después que tomaron sus caballos como mejor pudieron.

–¡Oh Jesús, merced! –dijo sir Gawain–, ¿qué caballero es ése que hace tan maravillosos hechos de armas en ese campo?

–Yo sé quién es –dijo el rey Arturo–, aunque no lo nombraré en esta sazón.

–Señor –dijo sir Gawain–, diría que es sir Lanzarote por cómo cabalga y los reveses que le veo dar; pero no parece que sea él por la manga bermeja sobre la cabeza, pues jamás he sabido que llevara prenda en ninguna justa de dueña ni de doncclla.

–Dejadle –dijo el rey Arturo–; más conocido será y hará más antes de que parta.

Entonces el bando que estaba contra el rey Arturo se sintió confortado, y se mantuvieron juntos los que antes eran gravemente acosados. Entonces sir Bors, sir Héctor de Maris y sir Lionel llamaron a los caballeros de su sangre, como sir Blamor de Ganis, sir Bleoberis, sir Aliduke, sir Galihud, sir Galihodim, sir Bellengerus le Beuse. Y estos nueve caballeros del linaje de sir Lanzarote acometieron poderosamente, pues eran todos nobles caballeros; y por gran saña y despecho que le tenían determinaron poner en vergüenza al noble caballero sir Lanzarote, y a sir Lavaine, pues no los conocían; y arremetieron bravamente, y derribaron a muchos caballeros de Northgales y de Northumberland.

Y cuando sir Lanzarote los vio hacer así, tomó una lanza en la mano; y contra él fueron a la vez sir Bors, sir Héctor y sir Lionel, y le hirieron los tres a un tiempo con sus lanzas. Y por fuerza de ellos mismos derribaron el caballo de sir Lanzarote a tierra; y por mala fortuna sir Bors atravesó a sir Lanzarote el escudo y el costado, y se quebró la lanza; y el hierro le quedó dentro del costado.

Cuando sir Lavaine vio a su señor tendido en el suelo, corrió al rey de los Escoceses y lo derribó a tierra; y por gran fuerza tomó su caballo, lo llevó a sir Lanzarote, y lo hizo montar sobre este caballo a pesar de todos ellos. Entonces sir Lanzarote tomó una lanza en la mano, y allí derribó a sir Bors, hombre y caballo, a tierra. De la misma guisa sirvió a sir Héctor y a sir Lionel; y sir Lavaine derribó a sir Blamor de Ganis. Y entonces sir Lanzarote sacó la espada; pues se sentía tan malherido que creyó que había recibido la muerte. Y

entonces dio a sir Bleoberis tal golpe encima del yelmo que lo tiró a tierra sin sentido. Y de la misma guisa sirvió a sir Aliduke y a sir Galihud. Y sir Lavaine derribó a sir Bellengerus, que era el hijo de Alisander le Orphelin. Y por éste fue sir Bors encabalgado; y entonces fue con sir Héctor y sir Lionel, y los tres golpearon con la espada sobre el yelmo de sir Lanzarote. Y cuando éste sintió sus golpes y su herida, que era muy grave, pensó hacer lo más posible mientras pudiese durar. Entonces dio a sir Bors tal golpe que le hizo inclinar la cabeza muy abajo; y a continuación le arrancó el yelmo; y pudo haberlo matado, pero lo tiró al suelo. Y de la misma guisa sirvió a sir Héctor y a sir Lionel. Pues, como dice el libro, podía haberlos matado; pero cuando vio sus caras, su corazón no le pudo servir en ello, y los dejó. Y después se metió en lo más espeso de todos ellos, e hizo los más maravillosos hechos de armas que jamás vio ni oyó contar hombre ninguno; y sir Lavaine, el buen caballero, estaba siempre con él. Y allí sir Lanzarote, con su espada, derribó y tiró, como hace mención el libro francés, más de treinta caballeros y los más eran de la Tabla Redonda; y sir Lavaine se portó muy bien ese día, pues derribó diez caballeros de la Tabla Redonda.

Capítulo 12

Cómo sir Lanzarote y sir Lavaine se fueron del campo, y en qué peligro estaba Lanzarote

–¡Misecordia, Jesús! –dijo sir Gawain a Arturo–, me pregunto qué caballero es aquél con la manga bermeja.

–Señor –dijo el rey Arturo–, conocido será antes que se vaya.

Y entonces el rey mandó tocar a posada, y los heraldos dieron el galardón al caballero del escudo blanco que llevaba la manga bermeja.

Entonces llegaron el Rey de los Cien Caballeros, el rey de

Northgales, y el rey de Northumberland, y sir Galahaut, el Alto Príncipe, y dijeron a sir Lanzarote:

–Gentil caballero, Dios te bendiga, pues mucho has hecho este día por nosotros, por tanto te rogamos que vengas con nosotros, a fin de que puedas recibir la honra y el galardón como dignamente has merecido.

–Mis gentiles señores –dijo Lanzarote–, sabed bien que si he merecido gracia, muy cara la he comprado; y eso me pesa, pues puede que no escape con vida; por tanto, gentiles señores, os ruego que me consintáis partir a donde me plazca, pues voy malherido. No quiero ninguna honra, pues prefiero descansar a ser señor de todo el mundo.

En eso gimió lastimeramente, y se fue de ellos a gran galope, hasta que llegó a la linde de un bosque. Y cuando vio que estaba como a una milla del campo, y seguro de no ser visto, dijo en voz alta:

–¡Oh, gentil caballero, sir Lavaine, ayudadme para que pueda sacar este trozo de lanza del costado, pues lo tengo tan dolorosamente hincado que me matará!

–Oh, mi señor –dijo sir Lavaine–, bien quisiera yo poder complaceros, pero temo mucho que si os saco el trozo de la lanza correréis peligro de morir.

–Os suplico –dijo sir Lanzarote–, si me amáis, que me lo saquéis.

Y seguidamente bajó del caballo, y lo mismo sir Lavaine, y a continuación sir Lavaine le sacó el trozo de lanza del costado; y dio un gran alarido y un gemido tremendo y horrible, y al punto manó la sangre, casi una pinta, de manera que finalmente se cayó de nalgas, y se desvaneció, pálido y mortal.

–¡Ay! –dijo sir Lavaine–, ¿qué haré?

Y entonces le volvió el aliento a sir Lanzarote, pero yació allí casi media hora como muerto. Y finalmente sir Lanzarote alzó los ojos, y dijo:

–¡Oh, Lavaine, ayudadme que pueda estar sobre mi caballo, pues

aquí cerca, a dos millas, hay un gentil ermitaño que en otro tiempo fue muy noble caballero y gran señor de posesiones. Y por gran bondad ha abrazado voluntariamente la pobreza, y renunciado a muchas tierras, y se llama sir Baudwin de Bretaña, y es muy noble cirujano y buen físico. Ved, pues, de ayudarme a ponerme en pie, para que pueda ir allá, pues me da en el corazón que no moriré de mano de mi primo hermano.

Y entonces, con gran esfuerzo sir Lavaine lo ayudó a subir sobre su caballo. Y fueron a gran galope juntos, sin que sir Lanzarote dejara de echar sangre, que iba derramando en tierra; y por fortuna llegaron a la ermita, que estaba bajo un bosque, y con un gran barranco al otro lado, y un hermoso río abajo.

Y entonces sir Lavaine llamó a la puerta con el cuento de la lanza, y gritó con premura:

–Dejad entrar, por Jesús.

Y acudió un hermoso doncel a ellos, y les preguntó qué querían.

–Gentil hijo –dijo sir Lavaine–, ve y ruega a tu señor, el ermitaño, que por Dios deje entrar aquí a un caballero que está muy malherido; y di a tu señor que hoy le he visto hacer más hechos de armas de los que jamás he oído contar que hiciera hombre ninguno.

Fue el doncel ligeramente, y trajo luego al ermitaño, que era muy buen hombre. Cuando sir Lavaine lo vio le suplicó por Dios que lo socorriese.

–¿Qué caballero es? –dijo el ermitaño–. ¿Es de la casa del rey Arturo, o no?

–No sé quién es –dijo sir Lavaine–, ni cuál es su nombre, pero sé que hoy le he visto hacer maravillosos hechos de armas.

–¿En qué bando estaba? –dijo el ermitaño.

–Señor –dijo sir Lavaine–, este día ha estado contra el rey Arturo, y ha ganado el galardón frente a todos los caballeros de la Tabla Redonda.

–De haberlo visto en mis días –dijo el ermitaño–, le habría amado menos por ir contra mi señor, el rey Arturo; pues en otro tiempo fui de la compañía de la Tabla Redonda; pero ahora agradezco a Dios estar dispuesto de otra manera. Pero ¿dónde está? Dejadme verlo.

Entonces sir Lavaine llevó al ermitaño a donde estaba él.

Capítulo 13

Cómo Lanzarote fue llevado a un ermitaño

para que lo sanase de su herida, y de otros asuntos

Y cuando el ermitaño le vio, inclinado sobre el arzón de su silla sin parar de sangrar lastimeramente, pensó que lo conocía; pero no pudo traerlo a la memoria porque estaba muy pálido de tanto sangrar.

–¿Qué caballero sois –dijo el ermitaño–, y dónde habéis nacido?

–Mi gentil señor –dijo sir Lanzarote–, soy un extranjero y un caballero aventurero que se esfuerza en muchos reinos por ganar honra.

Entonces el ermitaño le miró mejor, y vio por una cicatriz de la mejilla que era sir Lanzarote.

–¡Ay! –dijo el ermitaño–, mi señor, ¿por qué me ocultáis vuestro nombre? En verdad, debí haberos reconocido enseguida, pues sois el más noble caballero del mundo, pues bien os conozco por sir Lanzarote.

–Señor –dijo él–, ya que me conocéis, ayudadme si podéis, por el amor de Dios, pues quisiera salir pronto de este dolor, para morir o para vivir.

–No tengáis ningún temor –dijo el ermitaño–; viviréis y sanaréis

bien.

Llamó el ermitaño a dos de sus criados, y entre él y los criados lo entraron en la ermita, lo desarmaron prestamente y lo acostaron en su cama. Y al punto el ermitaño le restañó la sangre, y le hizo beber buen vino, de manera que sir Lanzarote se sintió refrescado y vuelto en sí; pues en esos días no había la clase de ermitaños de hoy día, pues no se hacían ermitaños en esos días sino los que habían sido hombres de merecimiento y de proeza; y estos ermitaños mantenían gran casa, y acogían a la gente que se hallaba en congoja.

Ahora volvemos al rey Arturo, y dejamos a sir Lanzarote en la ermita. Pues cuando se reunieron los reyes de ambos bandos, e iban a celebrar la gran fiesta, el rey Arturo preguntó al rey de Northgales y a su compañía dónde estaba el caballero que llevaba la manga bermeja:

–Traedlo ante mí, que pueda recibir su laude, y honra, y el galardón como es su derecho.

Entonces dijeron sir Galahaut, el Alto Príncipe, y el Rey de los Cien Caballeros:

–Creemos que ese caballero va muy menoscabado y puede ser que no lo veáis más, ni nadie de nosotros, y ésa es la más grande lástima que sepamos de ningún caballero.

–¡Ay! –dijo Arturo–, ¿cómo puede ser, tan herido está? ¿Cuál es su nombre? –dijo el rey Arturo.

–En verdad –dijeron todos–, no sabemos su nombre, ni de dónde vino, ni adónde ha ido.

–¡Ay! –dijo el rey–, éstas son para mí las peores nuevas que me llegan en siete años, pues ni por todas las tierras que poseo quisiera yo saber y conocer que ha muerto ese noble caballero.

–¿Lo conocéis? –dijeron todos.

–En cuanto a eso –dijo Arturo–, si lo conozco o no, no sabréis por mí qué hombre es, a menos que Jesús Todopoderoso me envíe buenas nuevas de él.

Y lo mismo dijeron todos.

–Por mi cabeza –dijo sir Gawain–; si tan malherido está ese buen caballero, gran daño y lástima es para toda esta tierra, pues es uno de los más nobles caballeros que he visto manejando una lanza o una espada en el campo; y si puede ser hallado, yo lo hallaré, pues estoy cierto de que no anda lejos de esta ciudad.

–Traedlo –dijo el rey Arturo–, si podéis hallarlo, a menos que esté en tal trance que no se pueda mover.

–No lo quiera Jesús –dijo sir Gawain–; pero yo sabré quién es, si puedo hallarlo.

Y tomó sir Gawain un escudero consigo sobre hacaneas, y cabalgó por todo alrededor de Camelot, hasta seis o siete millas, pero volvió sin haber podido oír nueva ninguna de él.

A los dos días el rey Arturo y toda la compañía regresaron a Londres. Y yendo de camino, acaeció que fue sir Gawain en Astolat a aposentarse con sir Bernard, donde se había aposentado sir Lanzarote. Y cuando sir Gawain estaba en su cámara para descansar fueron a él sir Bernard, el viejo barón, y su hija Elaine, a agasajarle, y preguntarle qué nuevas tenía, y quién lo había salido ganador en el torneo de Winchester.

–Así Dios me ayude –dijo sir Gawain–; había dos caballeros que llevaban dos escudos blancos, pero uno de ellos llevaba una manga bermeja sobre la cabeza; y en verdad ése fue uno de los mejores caballeros que he visto justar en el campo. Pues me atrevo a decir que ese caballero de la manga bermeja derribó cuarenta caballeros de la Tabla Redonda, y su compañero lo hizo muy bien y honrosamente.

–Bendito sea Dios –dijo la Hermosa Doncella de Astolat–, que tan bien haya parado ese caballero, pues es el hombre del mundo que primero he amado, y en verdad será el último que ame.

–Decidme gentil doncella –dijo sir Gawain–, ¿es ese buen caballero vuestro amor?

–Ciertamente, señor –dijo ella–; sabed bien que es mi amor.

–Entonces ¿conocéis su nombre? –dijo sir Gawain.

–No, en verdad –dijo la doncella–; no conozco su nombre ni de dónde viene; pero os digo que lo amo, y os prometo a vos y a Dios que así es.

–¿Cómo lo habéis conocido? –dijo sir Gawain.

Capítulo 14

Cómo sir Gawain se aposentó con el señor de Astolat, y supo allí que era sir Lanzarote el que había llevado la manga bermeja

Entonces le contó ella lo que habéis oído, y cómo su padre le entregó a su hermano para hacerle servicio, y cómo su padre le prestó el escudo de sir Tirre, su hermano, «y aquí conmigo dejó él su propio escudo».

–¿Por qué causa hizo eso? –dijo sir Gawain.

–Por esta causa –dijo la doncella–: porque su escudo era harto conocido por muchos nobles caballeros.

–Ah, gentil doncella –dijo sir Gawain–, os ruego que me dejéis ver ese escudo.

–Señor –dijo ella–, está en mi cámara, cubierto con una funda; si queréis venir conmigo lo veréis.

–Eso no –dijo sir Bernard a su hija–, enviad por él.

Y cuando fue traído el escudo, sir Gawain le quitó la funda; y al

verlo, al punto supo que era de sir Lanzarote, y sus armas.

–¡Ah Jesús, merced! –dijo sir Gawain–, ahora tengo más pesar de corazón de lo que nunca he tenido.

–¿Por qué? –dijo Elaine.

–Pues mucho motivo tengo –dijo sir Gawain–. ¿Es el caballero que posee este escudo vuestro amor?

–Sí, en verdad –dijo ella–; mi amor es, y pluguiera a Dios que fuese yo el suyo.

–Así Dios me valga –dijo sir Gawain–; gentil doncella, tenéis razón, pues si es vuestro amor, amáis al más honrado caballero del mundo, y de más merecimiento.

–Eso he creído siempre –dijo la doncella–, pues nunca hasta ahora, por ningún caballero que viera, he amado a ninguno.

–Dios quiera –dijo sir Gawain– que podáis disfrutar uno del otro; pero ésa es gran aventura. Pero en verdad –dijo sir Gawain a la doncella– podéis decir que tenéis gentil gracia, pues hace veinticuatro años que conozco a este noble caballero, y jamás hasta este día, ni yo ni ningún otro caballero, me atrevo a hacer bueno, hemos visto u oído decir que llevase prenda o señal de señora, dueña ni doncella en ninguna justa ni torneo. Y por tanto, gentil doncella, muy obligada debéis estar a él. Pero me temo que no lo veréis más en este mundo; y ésa es la más grande lástima que jamás haya sido de caballero terrenal.

–¡Ay! –dijo ella–, ¿cómo puede ser, ha muerto?

–No digo eso –dijo sir Gawain–; pero sabed que está gravemente herido, según todos los indicios; y por lo que han visto de él, más probable es que esté muerto que vivo; y sabed bien que es el noble caballero sir Lanzarote, pues por este escudo lo conozco.

–¡Ay! –dijo la Hermosa Doncella de Astolat–, ¿cómo puede ser, y quién lo ha herido?

–En verdad –dijo sir Gawain–, el hombre del mundo que más le ama

es quien así lo ha herido; y me atrevo a decir que si el caballero que lo hirió supiese de cierto que ha herido a sir Lanzarote, ésa sería la más grande congoja que le llegaría al corazón.

–Gentil padre –dijo entonces Elaine–, os requiero que me deis licencia para cabalgar en su busca, o sé que perderé el juicio, pues no pararé hasta que halle a él y a mi hermano, sir Lavaine.

–Haced como queráis –dijo el padre–, pues muy grande pesar tengo de la herida de ese noble caballero.

Se apercibió al punto la doncella, y partió antes que sir Gawain, haciendo gran duelo.

Y por la mañana fue sir Gawain al rey Arturo, y le dijo cómo había hallado el escudo de sir Lanzarote bajo la guarda de la Hermosa Doncella de Astolat.

–Todo eso lo sabía yo antes –dijo el rey Arturo–, y ésa fue la causa de que no os consintiera entrar en la gran justa, pues lo vi cuando llegaba a su aposentamiento muy tarde, al anochecer, en Astolat. Pero me maravilla que quisiera llevar prenda de doncella, pues hasta ahora nunca oí decir ni supe que llevara prenda de ninguna mujer terrenal.

–Por mi cabeza –dijo sir Gawain–, la Hermosa Doncella de Astolat lo ama maravillosamente; qué quiere decir es cosa que no sé, pero ha salido a caballo en su busca.

Así, pues, el rey y todos fueron a Londres, y allí sir Gawain reveló abiertamente a toda la corte que era sir Lanzarote el que había justado mejor.

Capítulo 15

De la aflicción que tuvo sir Bors por la herida

de sir Lanzarote; y de la ira que acometió a la reina

porque Lanzarote había llevado la manga

Y cuando sir Bors oyó eso, sabed que cayó en gran aflicción, y lo mismo todos sus parientes. Pero cuando la reina Ginebra supo que sir Lanzarote había llevado la manga bermeja de la Hermosa Doncella de Astolat, casi perdió el juicio de ira. Entonces envió por sir Bors de Ganis con toda la prisa que podía ser. Y cuando sir Bors llegó ante la reina, dijo ésta:

–¡Ah, Bors!, ¿habéis oído decir cuán falsamente me ha traicionado sir Lanzarote?

–Ay, señora –dijo sir Bors–, mucho me temo que se ha traicionado a sí mismo, y a todos nosotros.

–No me importa –dijo la reina– que se haya destruido, pues es un caballero falso y traidor.

–Señora –dijo sir Bors–; os ruego que no digáis eso, pues sabed bien que no puedo oír tales palabras de él.

–Pues qué, señor Bors –dijo ella–, ¿no debo llamarle traidor, cuando llevó la manga bermeja sobre la cabeza en Winchester, en la gran justa?

–Señora –dijo sir Bors–, mucho me pesa que llevase la manga, pero me atrevo a decir que no lo hizo con ninguna mala intención, sino por esta causa llevó la manga bermeja: que ninguno de su sangre lo reconociese. Pues ninguno de nosotros ha sabido que llevase antes ninguna señal ni prenda de dueña ni de doncella.

–¡Mal haya él! –dijo la reina–; aunque con todo su orgullo y soberbia probasteis ser mejor que él.

–No, señora; no digáis eso, pues nos venció a mí y a mis compañeros; y podía habernos matado si hubiese querido.

–¡Mal haya él! –dijo la reina–, pues he oído a sir Gawain decir ante mi señor Arturo que sería maravilla contar el gran amor que hay entre la Hermosa Doncella de Astolat y él.

–Señora –dijo sir Bors–, no puedo impedir que sir Gawain diga cuanto le plazca; pero me atrevo a decir, en cuanto a mi señor Lanzarote, que no ama a ninguna señora, dueña ni doncella, sino que todas lo aman mucho a él. Y por tanto, señora, podéis decir cuanto queráis, pero sabed bien que me apresuraré a buscarlo, y lo hallaré allá donde esté, si Dios me envía buena nueva de él.

Y ahí los dejamos nosotros, y hablamos de sir Lanzarote, que yacía en gran peligro.

Y cuando la hermosa Elaine llegó a Winchester, buscó por todas partes, y por fortuna sir Lavaine había ido allá para distraerse, y calentar a su caballo. Y tan pronto como le vio Elaine lo reconoció; y lo llamó a voces. Y cuando él la oyó, al punto corrió a ella; y entonces Elaine preguntó a su hermano cómo estaba «mi señor Lanzarote».

–¿Quién os he dicho, hermana, que el nombre de mi señor es Lanzarote?

Entonces le contó ella cómo sir Gawain lo había reconocido por su escudo. Y cabalgaron juntos hasta que llegaron a la ermita, y al punto se apeó ella. Y sir Lavaine llevó a su hermana a sir Lanzarote; y cuando ella lo vio acostado, tan enfermo y pálido, no pudo hablar, sino que cayó súbitamente a tierra presa de un súbito desvanecimiento, y allí yació mucho rato. Y cuando fue aliviada, gimió y dijo:

–Mi señor Lanzarote, ay, ¿por qué estáis en este trance? –y a continuación cayó desvanecida otra vez.

Entonces sir Lanzarote rogó a sir Lavaine que la levantase, «y traedla a mí».

Y cuando volvió en sí la besó sir Lanzarote, y le dijo:

–Hermosa doncella, ¿por qué os portáis así? Me causáis aflicción; así que no hagáis más tal muestra, pues si habéis venido a confortarme, bien venida seáis; y de esta pequeña herida que tengo quedaré sano muy pronto, por la gracia de Dios. Pero no sé –dijo sir Lanzarote– quién os ha dicho mi nombre.

Entonces la hermosa doncella se lo contó todo, cómo sir Gawain se había aposentado en casa de su padre:

–Y allí, por vuestro escudo, descubrió vuestro nombre.

–¡Ay! –dijo sir Lanzarote–, me pesa que se haya conocido mi nombre, pues estoy cierto de que se convertirá en ira.

Y entonces sir Lanzarote calculó en su mente que sir Gawain contaría a la reina Ginebra cómo había llevado él la manga bermeja, y por quién; lo cual sabía que se volvería en gran ira.

Y esta doncella Elaine no se apartaba nunca de sir Lanzarote, sino que lo velaba día y noche; y de tal manera lo asistía que dice el libro francés que jamás hubo mujer que hiciese más bondades por un hombre que ella.

Entonces sir Lanzarote rogó a sir Lavaine que enviase espías a Winchester por si iba sir Bors allí, y le dijo por qué señas lo conocerían, por una cicatriz en la frente.

–Pues estoy cierto –dijo sir Lanzarote– en que sir Bors me buscará, pues es el mismo buen caballero que me hirió.

Capítulo 16

Cómo sir Bors buscó a Lanzarote y lo halló

en la ermita, y de la lamentación entre ellos

Ahora volvemos a sir Bors de Ganis, que llegó a Winchester en pos de su primo sir Lanzarote. Y cuando llegó a Winchester, había hombres que sir Lavaine había puesto al acecho por él, y al poco tiempo fue prevenido sir Lavaine; y entonces sir Lavaine fue a Winchester, halló a sir Bors, y le dijo quién era, y con quién estaba, y cuál era su nombre.

–Gentil caballero –dijo sir Bors–, os requiero que me llevéis a mi señor Lanzarote.

–Señor –dijo sir Lavaine–, tomad vuestro caballo, y en una hora lo veréis.

Y partieron, y llegaron a la ermita. Y cuando sir Bors vio a sir Lanzarote en su lecho, pálido y descolorido, al punto perdió el continente, y por bondad y piedad no pudo hablar, sino que lloró tiernamente buen rato. Y cuando pudo hablar dijo así:

–Oh mi señor Lanzarote, Dios os bendiga, y os envíe pronta recuperación; y mucho pesar tengo de mi desventura y mi desdicha, pues ahora puedo tenerme por desdichado. Y me temo que Dios está grandemente disgustado conmigo para que haya consentido que tenga yo la vergüenza de haberos herido, cuando sois guía de todos nosotros, y honra nuestra; y por tanto me tengo por desdichado. ¡Ay, que un caballero cautivo como yo tenga poder para herir desdichadamente al más noble caballero del mundo! Cuando fui con vergüenza sobre vos y os acometí demasiadamente, y cuando vos, pudiendo matarme, me salvasteis; y no sólo yo, pues yo y vuestra sangre fuimos sobre vos a ultranza. Y me maravilla –dijo sir Bors– que mi corazón o mi sangre me sirviesen; por lo que, mi señor Lanzarote, os pido vuestra merced.

–Gentil primo –dijo sir Lanzarote–, sed muy bien venido; y sabed que decís demasiado por complacerme, aunque no me complace, pues yo me lo he buscado; pues quise por orgullo venceros a todos, y por mi orgullo casi muero, y eso ha sido por mi culpa, pues podía haberos advertido que estaba allí, y entonces no habría recibido ninguna herida, pues como dice un viejo refrán, es dura batalla donde parientes y amigos batallan unos contra otros, pues no puede haber compasión, sino guerra mortal. Por tanto, gentil primo, dejemos esta conversación, y sea bien venido lo que Dios nos envía; y dejemos este asunto, y hablemos de algo alegre, pues lo que está hecho no se puede deshacer; y busquemos remedio, cómo puedo sanar cuanto antes.

Entonces sir Bors se inclinó sobre el lecho, y contó a sir Lanzarote cómo la reina estaba muy enojada con él, por llevar la manga bermeja en la gran justa; y se lo contó todo, cómo sir Gawain lo

descubrió «por vuestro escudo, que dejasteis con la Hermosa Doncella de Astolat».

–Entonces está la reina enojada –dijo sir Lanzarote–, y ello me da mucho pesar, pues ninguna ira merezco, ya que todo lo hice porque no quería ser reconocido.

–Así mismo os he excusado –dijo sir Bors–; pero todo ha sido en vano, pues me ha dicho mucho más a mí que yo a vos ahora. Pero ¿es ésta que tanto se afana alrededor vuestro, la que llaman Hermosa Doncella de Astolat?

–Ella es –dijo sir Lanzarote–, que por ningún medio puedo apartarla de mí.

–¿Por qué habríais de apartarla de vos? –dijo sir Bors–. Es muy hermosa doncella, y muy bien aparejada, y bien enseñada; y pluguiera a Dios que pudieseis amarla; pero en eso no puedo ni oso aconsejaros. Pero veo bien, por su diligencia con vos, que os ama enteramente.

–Eso me pesa –dijo sir Lanzarote.

–Señor –dijo sir Bors–, no es la primera que pierde sus esfuerzos con vos, y ésa es mayor lástima.

Y así conversaron de muchas más cosas. Y al cabo de tres días o cuatro sir Lanzarote estuvo recobrado y fuerte otra vez.

Capítulo 17

Cómo sir Lanzarote se armó

para probar si podía llevar armas,

y cómo sus heridas reventaron otra vez

Entonces sir Bors contó a sir Lanzarote que habían anunciado un gran torneo y justa entre el rey Arturo y el de Northgales, y que se celebraría el día de Todos los Santos, junto a Winchester.

–¿Es verdad eso? –dijo sir Lanzarote–. Entonces permaneced conmigo un poco de tiempo, hasta que esté sano; pues me siento recio y fuerte.

–Bendito sea Dios –dijo sir Bors.

Entonces estuvieron allí casi un mes juntos, y siempre esta doncella Elaine hacía diligente esfuerzo noche y día por sir Lanzarote, de manera que jamás hubo hija ni esposa más solícita con su padre y marido que esta Hermosa Doncella de Astolat, por lo que sir Bors estaba grandemente complacido con ella.

Y un día, por acuerdo de sir Lanzarote, sir Bors y sir Lavaine, hicieron que el ermitaño buscase en el bosque diversas yerbas, y pidió sir Lanzarote a la gentil Elaine que recogiese yerbas para hacerle un baño. Entretanto sir Lanzarote se hizo armar de todas las piezas; y decidió probar su armadura y su lanza, si le herían o no.

Y cuando estuvo sobre el caballo, lo hirió con las espuelas ferozmente, y el caballo estaba muy descansado y fresco, ya que no estaba trabajado desde un mes antes. Y entonces sir Lanzarote acostó la lanza sobre el ristre. El corcel saltó poderosamente cuando sintió las espuelas; y el que iba sobre él, que era el más noble caballero del mundo, lo forzó poderosa y reciamente, y sostuvo firme la lanza en el ristre; y con eso sir Lanzarote se forzó tan estrechamente, con tan grande fuerza, para hacer seguir a su caballo, que el fondo de la herida reventó por dentro y por fuera; y al punto manó la sangre con tal fiereza que se sintió flaquear, al extremo de que no se podía tener sobre el caballo. Y entonces sir Lanzarote gritó a sir Bors:

–Ah, sir Bors y sir Lavaine, ayudadme, pues he llegado a mi fin.

Y seguidamente cayó de costado a tierra como un cadáver. Y entonces sir Bors y sir Lavaine corrieron a él haciendo grandísima lamentación. Y por fortuna, oyó la doncella Elaine sus lamentos y acudió también; y cuando halló a sir Lanzarote armado en aquel

lugar, lloró y gimió como si se hubiese vuelto loca; y entonces lo besó, e hizo lo que pudo por despertarlo.

Y a continuación reprochó a su hermano y a sir Bors, y los llamó falsos traidores, porque le habían sacado de la cama; allí lloró, y dijo que los acusaría de su muerte.

En eso llegó el santo ermitaño, sir Baudwin de Bretaña, y cuando vio a sir Lanzarote en aquel trance habló poco, pero sabed bien que se enojó, y les dijo:

–Llevémoslo adentro.

Y lo llevaron entre todos a la ermita, lo desarmaron, y lo acostaron en la cama; y no cesaba su herida de sangrar lastimeramente, aunque él no movía un solo miembro. Entonces el caballero ermitaño le puso una cosa en la nariz y un poco de agua en la boca. Y a continuación sir Lanzarote despertó de su desvanecimiento, y el ermitaño le restañó la sangre. Y cuando pudo hablar, preguntó a sir Lanzarote por qué ponía en peligro su vida.

–Señor –dijo sir Lanzarote–, porque creía que estaba ya fuerte, y también sir Bors me dijo que habrá en Todos los Santos una gran justa entre el rey Arturo y el rey de Northgales, así que pensé probar, si podría estar yo allí o no.

–Ah, señor Lanzarote –dijo el ermitaño–, vuestro corazón y vuestro valor no se apagarán hasta vuestro último día, pero ahora obedeceréis mi consejo. Dejad que sir Bors se vaya de vos, y haga en este torneo lo que pueda. Y por la gracia de Dios –dijo el caballero ermitaño–, cuando el torneo haya acabado y volváis aquí otra vez, sir Lanzarote estará tan sano como vos, con tal que quiera dejarse guiar por mí.

Capítulo 18

Cómo regresó sir Bors y dio nuevas de sir Lanzarote;

y del torneo, y a quién fue dado el galardón

Entonces sir Bors se aprestó a dejar a sir Lanzarote; y dijo sir Lanzarote:

–Gentil primo, sir Bors, recomendadme a todos los que debéis recomendarme. Y os ruego que os esforcéis en esas justas, a fin de que podáis ser el mejor, por mi amor; y aquí aguardaré a la merced de Dios hasta que volváis.

Y partió sir Bors, llegó a la corte del rey Arturo, y les contó en qué lugar había dejado a sir Lanzarote.

–Eso me pesa –dijo el rey–; pero ya que salvará la vida, podemos dar todos gracias a Dios.

Y allí contó sir Bors a la reina en qué peligro había estado sir Lanzarote al querer probar su caballo.

–Y todo lo hizo, señora, por amor a vos, porque quería haber estado en este torneo.

–Mal haya ese menguado caballero –dijo la reina–; pues sabed bien que mucho siento que salve la vida.

–La vida salvará –dijo sir Bors–; y a quien desee otra cosa, salvo vos, señora, los que somos de su sangre le ayudaremos a abreviar la suya. Pero, señora, muchas veces os habéis enojado con mi señor Lanzarote, aunque todas al final lo habéis hallado caballero verdadero –y se fue.

Y entonces cada caballero de la Tabla Redonda que allí estaba presente en esa sazón aparejó para estar en la justa de Todos los Santos, y hacia allá se encaminaron muchos caballeros de diversos países. Y cuando faltaba poco para Todos los Santos, llegaron el rey de Northgales y el Rey de los Cien Caballeros, y sir Galahaut, el Alto Príncipe de Surluse; y allí llegaron el rey Agwisance de Irlanda, y el rey de los Escoceses. Y estos tres reyes fueron al bando del rey Arturo.

Y ese día sir Gawain hizo grandes hechos de armas, y comenzó primero. Y los heraldos contaron que sir Gawain derribó veinte

caballeros. Entonces entró sir Bors de Ganis al mismo tiempo, al que le contaron veinte caballeros derribados; y por tanto el galardón quedó entre ambos, pues habían empezado los primeros, y fueron los que más duraron. También sir Gareth, como dice el libro, hizo ese día grandes hechos de armas, pues tiró y derrocó treinta caballeros. Pero después de acabados todos estos hechos no se quedó sino que partió en seguida, y por ende perdió su galardón. Y sir Palomides hizo grandes hechos de armas ese día, pues derribó veinte caballeros; pero partió súbitamente, y todos pensaron que sir Gareth y él se habían ido juntos a alguna clase de aventura.

Y cuando acabó el torneo partió sir Bors, y fue a sir Lanzarote, su primo: lo halló paseando a pie, y allí se saludaron con gran contento; y sir Bors contó a sir Lanzarote todas las justas como habéis oído.

–Me sorprende que sir Gareth –dijo sir Lanzarote–, habiendo hecho tales hechos de armas, no se quisiese quedar.

–A todos nos sorprendió eso –dijo sir Bors–, pues quitando a vos, a sir Tristán, o a sir Lamorak de Gales, jamás vi a ningún caballero derribar tantos en tan poco espacio como hizo sir Gareth; y luego se fue, no supimos adónde.

–Por mi cabeza –dijo sir Lanzarote–, es un noble caballero, y hombre poderoso y de buen brío; y si fuese bien probado diría que es harto bueno para cualquier caballero vivo; y es gentil, cortés, verdadero, y generoso, modesto, y amable, y no hay en él ningún mal ingenio, sino que es claro, leal y verdadero.

Entonces se dispusieron a dejar al ermitaño. Y una mañana tomaron sus caballos, y a Elaine le Blank con ellos; y cuando llegaron a Astolat fueron bien aposentados, y fueron bien acogidos por sir Bernard, el viejo barón, y por sir Tirre, su hijo. Y por la mañana, cuando sir Lanzarote debía partir, la hermosa Elaine trajo a su padre consigo, y a sir Lavaine, y a sir Tirre, y dijo así:

Capítulo 19

De la gran lamentación de la Hermosa Doncella de Astolat cuando sir Lanzarote hubo de partir, y cómo murió por su amor

–Mi señor Lanzarote, ahora veo que quieres irte de mí; pero, gentil y cortés caballero, ten piedad de mí, y no consientas que muera por tu amor.

–¿Pues qué querríais que hiciese? –dijo sir Lanzarote.

–Querría teneros por marido –dijo Elaine.

–Gentil doncella, os lo agradezco –dijo sir Lanzarote–; pero en verdad, nunca tuve pensamiento de ser hombre casado.

–Entonces, gentil caballero –dijo ella–, ¿queréis ser mi amante?

–Jesús no lo consienta –dijo sir Lanzarote–; pues entonces muy mal pagaría a vuestro padre y vuestro hermano su gran bondad.

–¡Ay! –dijo ella–, entonces habré de morir por vuestro amor.

–No hagáis tal cosa –dijo sir Lanzarote–, pues sabed, gentil doncella, que podría haberme casado si hubiese querido, pero jamás me propuse casarme; pero gentil doncella, ya que me amáis como decís, quiero mostraros por vuestra buena voluntad y gentileza alguna bondad, y será ésta: que el día en que decidáis poner vuestro corazón en algún buen caballero que quiera casarse con vos, os asignaré mil libras al año a vos y a vuestros herederos; todo eso os daré, gentil señora, por vuestra gentileza; y siempre, mientras viva, seré vuestro fiel caballero.

–De todo eso –dijo la doncella– nada quiero; pues a menos que queráis casaros conmigo, o ser al menos mi amante, sabed, señor Lanzarote, que mis buenos días han acabado.

–Hermosa doncella –dijo sir Lanzarote–, de estas dos cosas me

habréis de excusar.

Entonces exhaló ella un agudo alarido y cayó desvanecida; y enseguida las mujeres la llevaron a su cámara, donde hizo grandísima queja; entonces sir Lanzarote decidió partir, y preguntó a sir Lavaine qué haría él.

–Qué puedo hacer yo –dijo sir Lavaine–, sino seguiros, a menos que me apartéis de vos, o me mandéis que me vaya de vos.

Entonces fue sir Bernard a sir Lanzarote y le dijo:

–No puedo ver sino que mi hija Elaine morirá por vos.

–Nada puedo hacer en eso –dijo sir Lanzarote–, aunque mucho pesar tengo de ello, pues os confirmo que es sincera mi oferta; y me pesa que me ame como lo hace; jamás fui causante de ello, pues pongo por testigo a vuestro hijo que ni antes ni nunca le ofrecí generosidad ni hermosas promesas; y en cuanto a mí, me atrevo a hacer todo cuanto debe un caballero para probar que es doncella limpia por mí, de hecho y de voluntad. Y mucho pesar tengo de su congoja, pues es muy hermosa doncella, buena, amable, e instruida.

–Padre –dijo sir Lavaine–, yo me atrevo a hacer bueno que es doncella limpia por mi señor Lanzarote; sino que a ella le ocurre como a mí, pues desde la primera vez que vi a mi señor Lanzarote, no he podido alejarme de él, ni quiero, si puedo seguirle.

Entonces se despidió sir Lanzarote, partieron, y fueron a Winchester. Y cuando el rey Arturo supo que sir Lanzarote había llegado sano y salvo lo recibió con gran contento, y lo mismo sir Gawain y todos los caballeros de la Tabla Redonda, salvo sir Agravain y sir Mordred. También la reina Ginebra estaba muy enojada con sir Lanzarote, y no quiso por ningún medio hablar con él, sino se extrañó de él; y sir Lanzarote hizo todos los medios que pudo por hablar con la reina, pero fue en vano.

Ahora hablamos de la Hermosa Doncella de Astolat, que le acometía tal congoja día y noche que no dormía, ni comía, ni bebía, y no paraba de quejarse de sir Lanzarote. Y cuando llevaba así diez días, se debilitó tanto que de necesidad tuvo que dejar este mundo;

entonces confesó y recibió a su Criador. Y aún seguía quejándose de sir Lanzarote. Entonces su padre espiritual le dijo que dejase tales pensamientos. Entonces dijo ella:

–¿Por qué debo dejar tales pensamientos? ¿Acaso no soy mujer terrenal? Todo el tiempo que quede aliento en mi cuerpo podré quejarme, pues ninguna ofensa hago a mi fe, aunque ame a un hombre terrenal; y tomo a Dios por mi testigo de que jamás he amado a nadie más que a sir Lanzarote del Lago, ni amaré; y doncella limpia soy por él y por todo otro; y ya que es consentimiento de Dios que muera por amor a tan noble caballero, suplico al Alto Padre del Cielo que tenga piedad de mi alma, y que las incontables penas que he sufrido puedan ser alivio de parte de mis pecados. Pues dulce Señor Jesús –dijo la hermosa doncella–, Te tomo por testigo de que nunca fui gran ofendedora de Tus leyes; pero el que amase a este noble caballero, sir Lanzarote, más allá de toda medida, y de mí misma, buen Señor, no pude resistir el ferviente amor, por lo que encuentro la muerte.

Y entonces llamó a su padre sir Bernard, y a su hermano sir Tirre, y rogó vivamente a su padre que su hermano pudiese escribir una carta como ella le dictase; y su padre se lo concedió.

Y cuando estuvo escrita la carta, palabra por palabra como ella la dictó, rogó a su padre que la velasen a ella hasta que muriese.

–Y mientras mi cuerpo esté caliente mandad que sea puesta esta carta en mi mano diestra, y mi mano fuertemente atada sobre la carta, hasta que esté fría; y hacedme poner en un hermoso lecho con las más ricas vestiduras que tengo, y mandad que la cama y todas mis vestiduras sean llevadas conmigo en una carreta al lugar más cercano del Támesis; y que allí me pongan en un batel, con un solo hombre conmigo de vuestra confianza que me lleve allá, y que mi batel sea cubierto con jamete negro de una parte a la otra: así os suplico, padre, que ordenéis que se haga.

Así se lo concedió su padre puntualmente, que todo se haría como ella disponía. Entonces hicieron su padre y su hermano gran duelo, pues cuando se hubo hecho esto murió. Y cuando hubo muerto, el cadáver y la cama, todo fue llevado por el camino más derecho hasta el Támesis, y allí fueron puestos un hombre, y el cadáver, y

todo, en el Támesis; y el hombre dirigió el batel hasta Westminster, y allí estuvo remando mucho tiempo, de un lado para otro, antes que nadie le viese.

Capítulo 20

Cómo el cadáver de la Doncella de Astolat arribó ante el rey Arturo, y del enterramiento, y cómo sir Lanzarote ofreció el dinero de la misa

Y estaban por fortuna el rey Arturo y la reina Ginebra conversando en una ventana, y al mirar hacia el Támesis vieron este batel negro, y se preguntaron qué podía significar. Entonces llamó el rey a sir Kay, y se lo señaló.

–Señor –dijo sir Kay–, sabed que es alguna nueva.

–Id allá –dijo el rey a sir Kay–, y llevad con vos a sir Brandiles y a Agravain, y traedme nuevas enseguida de qué es.

Partieron estos tres caballeros, llegaron al batel y entraron; y hallaron allí el más hermoso cadáver acostado en un rico lecho, y a un pobre hombre sentado en el extremo del batel, que no quiso hablar. Y volvieron al rey estos tres caballeros y le contaron qué habían visto.

–Ese hermoso cadáver quiero ver –dijo el rey.

Tomó el rey a la reina de la mano, y fue allá. Entonces ordenó el rey que amarrasen fuertemente el batel, y entonces entraron él y la reina con algunos caballeros; y allí vio a la más hermosa mujer en una rica cama, cubierta hasta la mitad con muchas costosas vestiduras, y todo era de paño de oro; y yacía como si sonriese. Entonces vio la reina una carta en su mano diestra, y se lo dijo al rey. La tomó el rey, y dijo:

–Ahora estoy cierto de que esta carta nos dirá quién era, y por qué ha venido aquí.

Salieron del batel el rey y la reina, y mandaron a algunos que guardasen el batel. Y cuando el rey llegó a su cámara, llamó a muchos caballeros junto a él, y dijo que quería saber abiertamente qué había escrito en esta carta. Entonces el rey la abrió, e hizo que un clérigo la leyese; y éste era el propósito de la carta: «Muy noble caballero, sir Lanzarote, ahora la muerte nos ha puesto a ambos en debate por vuestro amor. Yo fui amadora vuestra, a quien llamaban la Hermosa Doncella de Astolat; por tanto hago mi queja a todas las damas. Pero rogad por mi alma y enterradme al menos, y ofreced el dinero de mi misa; ésta es mi última súplica. Y doncella pura he muerto, pongo a Dios de testigo; ruega por mi alma, sir Lanzarote, sin par como tú eres».

Ésta era toda la sustancia de la carta. Y cuando hubo sido leída, el rey, la reina, y todos los caballeros lloraron de piedad por las dolidas quejas. Entonces fue enviado llamar sir Lanzarote; y cuando llegó mandó el rey Arturo que se le leyese la carta. Y cuando la hubo oído sir Lanzarote, palabra por palabra, dijo:

–Mi señor Arturo, sabed que tengo mucho pesar por la muerte de esta hermosa doncella. Dios sabe que no he sido causante de su muerte por mi voluntad, y de eso quiero poner a su propio hermano por testigo: aquí está, sir Lavaine. No quiero decir –dijo sir Lanzarote– que no fuera ella hermosa y buena, y muy obligado estaba yo a ella; pero me amaba fuera de medida.

–Pudisteis –dijo la reina– haberle mostrado alguna generosidad y gentileza que le hubiese podido preservar la vida.

–Señora –dijo sir Lanzarote–, ella no quería otra respuesta que la de ser mi esposa, o mi amante; y ninguna de estas dos cosas le quise otorgar; aunque le ofrecí, por el amor que me mostraba, mil libras al año para ella y sus herederos, si se casaba con el caballero que mejor pudiese amar su corazón. Pues señora, no quiero ser constreñido a amar; pues el amor debe nacer del corazón, y no por ningún constreñimiento.

–Verdad es eso –dijo el rey–; y el amor de muchos caballeros es

libre en sí mismo, y nunca está atado, pues donde se le ata, él mismo se desata –entonces dijo el rey a sir Lanzarote–: será honra vuestra velar por que sea enterrada honrosamente.

–Señor –dijo sir Lanzarote–; eso se hará de la mejor manera que yo pueda disponer.

Y muchos caballeros acudieron a contemplar a esta hermosa doncella. Y por la mañana fue enterrada ricamente, y sir Lanzarote ofreció el dinero de su misa, y todos los caballeros de la Tabla Redonda que allí estaban en esa sazón ofrecieron también con sir Lanzarote. Y entonces el pobre hombre se fue con su batel. Entonces la reina envió por sir Lanzarote, y le pidió que la disculpase, por haberse enojado con él sin motivo.

–No es ésta la primera vez –dijo sir Lanzarote– que os enojáis conmigo sin motivo; pero, señora, siempre debo sufriros, y ninguna cuenta hago de la aflicción que debo soportar.

Pasaron, pues, todo ese invierno, en toda suerte de monterías y cetrerías, y muchas justas y torneos entre muchos grandes señores; y en todas las plazas ganaba sir Lavaine gran honra, de manera que era noblemente nombrado entre muchos caballeros de la Tabla Redonda.

Capítulo 21

De las grandes justas celebradas en Navidad,

y de una gran justa y torneo ordenado

por el rey Arturo, y de sir Lanzarote

Así pasó el tiempo hasta las Navidades; y cada día se hacían justas por un diamante: el que justase mejor tendría un diamante. Pero sir Lanzarote no quería justar, a menos que fuese pregonada una gran

justa. Pero sir Lavaine justó en esas Navidades muy bien, y fue el más alabado; pues hubo pocos que lo hicieron tan bien. Por lo que toda suerte de caballeros juzgaron que sir Lavaine debía ser hecho caballero de la Tabla Redonda en la siguiente fiesta de Pentecostés.

Y después de Navidades el rey Arturo mandó llamar a muchos caballeros, y allí acordaron juntos formar un bando y hacer un gran torneo y justa. Y el rey de Northgales dijo a Arturo que tendría en su bando al rey Agwisance de Irlanda, y al Rey de los Cien Caballeros, y al rey de Northumberland, y a sir Galahaut, el Alto Príncipe. Y estos cuatro reyes y este poderoso duque tomarían parte contra el rey Arturo y los caballeros de la Tabla Redonda.

Y se hizo pregón de que el día de la justa sería junto a Westminster el día de la Candelaria, por lo que se alegraron muchos caballeros, y se aprestaron a estar en esa justa de la manera más fresca. Entonces la reina Ginebra envió por sir Lanzarote, y le dijo:

–Os aconsejo que no entréis más en ninguna justa ni torneo a menos que vuestros parientes puedan reconoceros. Y en estas justas que van a celebrar tendréis de mí una manga de oro; y os ruego que os esforcéis por mí, a fin de que puedan decir merecimiento de vos; pero os requiero, si queréis tener mi amor, que prevengáis a vuestros parientes de que vais a llevar ese día la manga de oro sobre vuestro yelmo.

–Señora –dijo sir Lanzarote–, así lo haré.

Y tuvieron gran gozo uno del otro. Y cuando sir Lanzarote vio su sazón dijo a sir Bors que iba a partir, y que sólo llevaría consigo a sir Lavaine, para visitar al buen ermitaño que moraba en la Floresta de Windsor, cuyo nombre era sir Brastias; y allí pensaba reposar, y tomar todo el descanso que pudiese, porque quería estar fresco el día de la justa.

Y partieron sir Lanzarote y sir Lavaine, de manera que no hubo criatura que supiese qué había sido de él, salvo los nobles hombres de su sangre. Y cuando llegó a la ermita, sabed que tuvo buena acogida. Y diariamente sir Lanzarote iba a una fuente que había cerca de la ermita, y allí se acostaba, y miraba manar y gorgotear la fuente, y a veces se dormía.

Y había en esa sazón una dama que habitaba en dicha floresta, que era gran cazadora, y solía montear diariamente, y siempre llevaba consigo su arco; y no llevaba nunca hombres consigo, sino siempre mujeres, que eran cazadoras, capaces de matar un ciervo persiguiéndolo o al acecho, y diariamente llevaban arcos y saetas, cuernos y cuchillos de monte, y muchos buenos perros que tenían, para rastrear y abatir.

Y acaeció que esta dama cazadora había puesto a su perra tras una cierva estéril para rendirla, y esta cierva estéril tomó la huida por encima de matorrales y breñas. Y la dama y parte de sus mujeres seguían sin cesar a la cierva; y adivinó por el estruendo de la perra que había dado con ella en algún arroyo; y acaeció que la cierva llegó a la fuente donde sir Lanzarote estaba adormecido y durmiendo.

Y cuando la cierva llegó a la fuente, por calor buscó reparo en el agua, y allí estuvo buen rato; y llegó detrás la perra y fue alrededor, pues había perdido todo rastro de la cierva. En eso llegó la dama cazadora, que sabía por la perra que la cierva estaba al reparo de dicha fuente; y fue decididamente y descubrió a la cierva, puso una gruesa saeta en el arco, disparó a la cierva, y la saeta pasó por encima; y por mala fortuna fue a hincarse en sir Lanzarote, en el grueso de la nalga, por encima de las puntas.

Cuando sir Lanzarote se sintió así herido se levantó furioso de un salto, y vio a la dama que le había herido. Y al ver que era una mujer, dijo así:

–Señora o doncella, lo que quiera que seas, en mala hora llevas arco; el diablo te ha hecho cazadora.

Capítulo 22

Cómo sir Lanzarote después que fue herido de una dueña acudió a un ermitaño, y de otros asuntos

–Piedad, gentil señor –dijo la dama–. Soy una dueña que suele montear aquí en esta floresta, y Dios sabe que no os había visto; sino que aquí estaba una cierva estéril al reparo de esta fuente, y creí apuntar bien, pero se me ha desviado la mano.

–Ay –dijo sir Lanzarote–, gran perjuicio me habéis hecho.

Partió la dama, y sir Lanzarote se sacó la saeta como pudo, y dejó la punta todavía en la nalga, y fue débilmente a la ermita, sangrando cada vez más mientras caminaba. Y cuando sir Lavaine y el ermitaño vieron que sir Lanzarote estaba herido, sabed bien que tuvieron grandísimo pesar; aunque sir Lavaine no sabía cómo había sido herido, ni por quién. Y entonces se enojaron sobremanera. Entonces, con gran trabajo el ermitaño sacó la punta de la saeta de la nalga de sir Lanzarote, con lo que derramó mucha de su sangre; y la herida era muy dolorosa, y desdichada, pues estaba en tal lugar que no podía sentarse en silla ninguna.

–Ten merced, Jesús –dijo sir Lanzarote–; bien puedo decir que soy el hombre más desdichado de cuantos viven, pues cuando más quiero tener honra me acontece siempre alguna desventura. Jesús me ayude ahora, y aunque no lo quiera nadie salvo Dios, estaré en el campo el día de la Candelaria, en la justa, venga lo que venga.

Y todo lo que se podía hacer por sanar a sir Lanzarote se hizo. Y cuando llegó el día, se le ocurrió a sir Lanzarote ir ataviado, con sir Lavaine, y sus caballos, como si fuesen sarracenos; y así partieron y llegaron cerca del campo.

El rey de Northgales tenía cien caballeros con él, y el rey de Northumberland trajo consigo cien buenos caballeros, y el rey Agwisance de Irlanda trajo consigo cien buenos caballeros aparejados para justar, y sir Galahaut, el Alto Príncipe, trajo consigo cien buenos caballeros, y el Rey de los Cien Caballeros trajo consigo otros tantos; y todos éstos eran buenos caballeros probados.

Entonces llegó el bando del rey Arturo; y allí vino el rey de los Escoceses con cien caballeros, y el rey Uriens de Gore trajo consigo cien caballeros, y el rey Howel de Bretaña trajo consigo cien

caballeros, y Chaleins de Clarance trajo consigo cien caballeros, y el propio rey Arturo entró en el campo con doscientos caballeros, y los más eran caballeros de la Tabla Redonda, nobles caballeros probados; y había allí viejos caballeros sentados en los cadalsos para juzgar, con la reina, quién lo hacía mejor.

Capítulo 23

Cómo se portó sir Lanzarote en las justas,

y también otros hombres

Entonces tocaron a campo; y allí el rey de Northgales se enfrentó con el rey de los Escoceses, y el rey de los Escoceses recibió una caída; y el rey de Irlanda derribó al rey Uriens; y el rey de Northumberland derribó al rey Howel de Bretaña; y sir Galahaut, el Alto Príncipe, derribó a Chaleins de Clarance. Y entonces el rey Arturo enfureció de enojo, fue para el Rey de los Cien Caballeros, y allí el rey Arturo lo derribó; y después con esa misma lanza derribó otros tres caballeros.

Y cuando se hubo quebrado su lanza el rey Arturo se portó muy bien; y luego fueron sir Gawain y sir Gaheris, sir Agravain y sir Mordred, y cada uno de ellos derribó un caballero, y sir Gawain derribó cuatro, y entonces comenzó allí una fuerte contienda, pues entonces entraron caballeros de la sangre de sir Lanzarote, y sir Gareth y sir Palomides con ellos, y muchos caballeros de la Tabla Redonda, y comenzaron a acosar a los cuatro reyes y al poderoso duque tan de recio que los desbarataron; pero este duque Galahaut, el Alto Príncipe, era un noble caballero, y por su esforzada proeza de armas puso a los caballeros de la Tabla Redonda en grandísimo apuro.

Toda esta acción vio sir Lanzarote, y entró en el campo con sir Lavaine como el trueno. Y al punto sir Bors y los caballeros de su sangre vieron a sir Lanzarote, y dijo a todos:

–Os prevengo de que os guardéis de aquél con la manga de oro sobre la cabeza, pues es el mismo sir Lanzarote del Lago.

Y por gran bondad sir Bors advirtió a sir Gareth.

–Mucho me place –dijo sir Gareth– poder reconocerlo.

–Pero ¿quién es –dijeron todos– el que cabalga con él con el mismo atavío?

–Es el gentil y buen caballero sir Lavaine –dijo sir Bors.

Y encontró sir Lanzarote con sir Gawain, y allí por fuerza sir Lanzarote dio con él y su caballo en tierra, y lo mismo derribó a sir Agravain y a sir Gaheris, y también a sir Mordred; y todo esto fue con una sola lanza.

Entonces sir Lavaine se enfrentó a sir Palomides, y se juntaron ambos tan fuertemente, y con tal fiereza, que cayeron ambos caballos a tierra. Y entonces encabalgaron otra vez, y sir Lanzarote se enfrentó con sir Palomides, y sir Palomides recibió allí una caída; y sin detenerse sir Lanzarote, tomando lanzas lo más deprisa que podía, derribó treinta caballeros, y los más de ellos eran caballeros de la Tabla Redonda; y siempre los caballeros de su sangre se retraían, y las habían en otros lugares donde sir Lanzarote no estaba.

Y entonces se enojó el rey Arturo cuando vio a sir Lanzarote hacer tales hechos; y llamó a sir Gawain, sir Mordred, sir Kay, sir Griflet, sir Lucan el Mayordomo, sir Bedevere, sir Palomides, y a sir Safer, su hermano; y se apercibió el rey, con estos nueve caballeros, para ir sobre sir Lanzarote y sobre sir Lavaine. Todo lo cual vieron sir Bors y sir Gareth.

–Mucho temo ahora –dijo sir Bors– que mi señor Lanzarote sea fuertemente combatido.

–Por mi cabeza –dijo sir Gareth–, cabalgaré con mi señor Lanzarote para ayudarle, venga lo que venga, pues es el mismo que me hizo caballero.

–No lo haréis por mi consejo –dijo sir Bors–, a menos que lo hagáis

disfrazado.

–Disfrazado me veréis –dijo sir Gareth; y en eso vio un caballero galés, dónde descansaba, al que antes había herido gravemente sir Gawain; y fue a él sir Gareth, y le rogó por su caballería que le cambiase el escudo por el suyo.

–De buen grado –dijo el caballero galés.

Y cuando sir Gareth tuvo su escudo, dice el libro que era verde, con una doncella en él.

Entonces sir Gareth acudió a sir Lanzarote lo deprisa que pudo, y dijo:

–Caballero, guárdate, pues allá viene el rey Arturo con nueve nobles caballeros con él a ponerte en reproche, y yo vengo con vos a haceros compañía por el viejo amor que me habéis mostrado.

–Muchas gracias –dijo sir Lanzarote.

–Señor –dijo sir Gareth–, enfrentaos con sir Gawain, que yo lo haré con sir Palomides; y dejad que sir Lavaine entienda con el noble rey Arturo. Y cuando los hayamos vencido, tengámonos estrechamente juntos los tres.

Entonces llegó el rey Arturo con sus nueve caballeros, y sir Lanzarote se enfrentó con sir Gawain, y le dio tal golpe que quebró el arzón de su silla, y sir Gawain cayó a tierra. Entonces sir Gareth se enfrentó con el buen caballero sir Palomides, y le dio tal golpe que rodaron por tierra su caballo y él. Entonces el rey Arturo se enfrentó con sir Lavaine, y cada uno derribó al otro a tierra, caballo y todo, donde quedaron tendidos mucho rato.

Entonces sir Lanzarote derribó a sir Agravain, y a sir Gaheris, y a sir Mordred; y sir Gareth derribó a sir Kay, y a sir Safer, y a sir Griflet. Y sir Lavaine fue encabalgado otra vez, y derribó a sir Lucan el Mayordomo y a sir Bedevere; y entonces empezó allí gran contienda de buenos caballeros. Y sir Lanzarote arremetía aquí y allá, y arrancaba y tiraba yelmos, de manera que no había en esa sazón quien pudiese sentarle un golpe con la lanza o con la espada; y sir

Gareth hacía tales hechos de armas que todos se preguntaban qué caballero era aquél con el escudo verde; pues derribó ese día y derrocó más de treinta caballeros. Y como dice el libro francés, sir Lanzarote se preguntó, cuando vio a sir Gareth hacer tales hechos, qué caballero podía ser. Y sir Lavaine tiró y derrocó veinte caballeros. Sin embargo sir Lanzarote no sabía que era sir Gareth; y de haber estado vivos sir Tristán de Lionís, o sir Lamorak de Gales, habría creído que era uno de los dos.

Y mientras seguían luchando por un lado sir Lanzarote, sir Gareth y sir Lavaine, por el otro luchaban sir Bors, sir Héctor de Maris, sir Lionel, sir Bleoberis, sir Galihud, sir Galihodin, sir Pelleas, con otros más de la sangre del rey Ban, y pusieron al Rey de los Cien Caballeros y al rey de Northumberland en gran apuro.

Capítulo 24

Cómo el rey Arturo se maravilló mucho de la justa del campo, y cómo cabalgó y halló a sir Lanzarote

Así, pues, este torneo y esta justa duró mucho tiempo, hasta cerca de la noche; pues los caballeros de la Tabla Redonda no cesaban de aliviar al rey Arturo; pues el rey estaba enojado en extremo de no poder prevalecer él y sus caballeros ese día. Entonces dijo sir Gawain al rey:

–Me pregunto dónde están todo este día sir Bors de Ganis y su compañía de la sangre de sir Lanzarote, que no están en todo el día con vos: es por alguna causa.

–Por mi cabeza –dijo sir Kay–, sir Bors está allá todo el tiempo a la diestra del campo, y allá han hecho él y su sangre más honrosamente que nosotros.

–Bien puede ser –dijo sir Gawain–, pero me temo que hay engaño aquí; pues por mi vida, ese caballero de la manga bermeja de oro es el mismo sir Lanzarote, lo veo bien por su manera de cabalgar y por sus grandes tajos; y el otro caballero con los mismos colores es el buen caballero mancebo sir Lavaine. También, aquel caballero con el escudo verde es mi hermano, sir Gareth, que se ha disfrazado, pues ningún hombre le hará ir jamás contra sir Lanzarote, porque le hizo caballero.

–Por mi cabeza –dijo el rey Arturo–, bien os creo, sobrino; así, pues, decidme ahora cuál es vuestro mejor consejo.

–Señor –dijo sir Gawain–, éste es mi consejo: mandad tocar a posada, pues si es sir Lanzarote del Lago, y mi hermano sir Gareth con él, con la ayuda de ese buen caballero mancebo, sir Lavaine, creed de verdad que no cabe porfiar con ellos, a menos que vayamos diez o doce de nosotros sobre cada uno de ellos, lo que no sería ninguna honra, sino vergüenza.

–Decís verdad –dijo el rey–; y a decir verdad, es vergüenza, siendo tantos como somos seguir acometiéndolos; pues sabed –dijo el rey Arturo– que son tres buenos caballeros, y en especial el de la manga de oro.

Y entonces tocaron a posada; pero seguidamente el rey Arturo envió mandado a los cuatro reyes, y al poderoso duque, rogándoles que no se fuese de ellos el caballero de la manga de oro, a fin de que el rey pudiese hablar con él. Luego se apeó el rey Arturo, se desarmó, tomó una pequeña hacanea y fue en busca de sir Lanzarote, pues había puesto un espía tras él. Y lo halló entre los cuatro reyes y el duque; y allí el rey rogó a todos que cenasen con él, y ellos dijeron que lo harían de buen grado. Y cuando fueron desarmados, entonces reconoció el rey Arturo a sir Lanzarote, a sir Lavaine y a sir Gareth.

–Ah, señor Lanzarote –dijo el rey Arturo–; este día nos habéis calentado a mí y a mis caballeros.

Y fueron juntos al aposentamiento del rey Arturo, y allí hubo una gran fiesta y alegría, y fue dado el galardón a sir Lanzarote; y los heraldos contaron que había derribado cincuenta caballeros, y sir

Gareth treinta y cinco, y sir Lavaine veinticuatro.

Entonces contó sir Lanzarote al rey y a la reina cómo la dama cazadora le había herido en la Floresta de Windsor, en la nalga, con una ancha saeta, y cómo la herida había sido honda de seis pulgadas, y lo mismo de ancha. También, Arturo reprobó a sir Gareth por haber dejado su compañía y haberse puesto con sir Lanzarote.

–Mi señor –dijo sir Gareth–, él me hizo caballero; y cuando lo vi en tan duro trance pensé que era mi honra ayudarle, pues le vi hacer mucho, y con muchos nobles caballeros contra él; y cuando supe que era sir Lanzarote del Lago, me avergonzó ver tantos caballeros contra él solo.

–En verdad –dijo el rey Arturo a sir Gareth–, decís bien, y honrosamente habéis hecho, y para gran honra vuestra; y todos los días de mi vida sabed bien que os amaré, y fiaré más en vos. Pues siempre –dijo Arturo– es propio de un caballero digno ayudar a otro caballero digno cuando lo ve en gran peligro; pues siempre desagrada a un hombre digno ver a otro hombre digno avergonzado; y el que no es digno, y obra con cobardía, jamás mostrará gentileza, ni ninguna clase de bondad donde ve a un hombre en peligro, pues entonces un cobarde no mostrará ninguna merced; y un hombre bueno hará siempre a otro como quisiera que se hiciese a él.

Y hubo entonces grandes fiestas para reyes y duques, y alegrías, y risas, y juegos, y se tuvieron toda clase de nobleza; y el que fue cortés, verdadero, y leal con su amigo, fue halagado en esa sazón.

Capítulo 25

Cómo el amor verdadero es comparado al estío

Y así pasó de la Candelaria a la Pascua, y llegó después el mes de mayo, cuando cada corazón lozano comienza a florecer y a

fructificar; pues así como las yerbas y los árboles fructifican y florecen en mayo, del mismo modo cada corazón lozano que es de alguna manera amante, retoña y florece en obras lozanas. Pues alienta a todos los amantes, ese alegre mes de mayo, a esforzarse en alguna cosa, más en ese mes que en ningún otro, por diversas causas. Pues entonces todas las yerbas y árboles renuevan al hombre y a la mujer, y del mismo modo vuelven los amantes a recordar otra vez viejas dulzuras y viejos servicios, y muchos dulces hechos olvidados por dejadez.

Pues como la rasura del invierno borra y destroza siempre el verde estío, así hace el amor inconstante en el hombre y la mujer. Pues en muchas personas no hay constancia; pues vemos todos los días cómo, por un pequeño soplo de rasura del invierno, presto borramos y apartamos el verdadero amor por poco o nada, que tanto cuesta; esto no es sabiduría ni constancia, sino flaqueza de naturaleza y gran deshonra, quienquiera que haga esto.

Por tanto, como el mes de mayo germina y florece en muchos jardines, así hace florecer cada hombre de merecimiento su corazón en este mundo, primero para Dios, y después para gozo de aquellos a los que ha prometido su fe; pues nunca hubo hombre ni mujer de merecimiento que no amase a uno más que a otros; y la honra en armas jamás puede ser hollada, sino primero reserva la honra a Dios, y en segundo lugar la querella debe venir de tu dama: y a ese amor llamo yo amor virtuoso.

Pero hoy día los hombres no pueden amar seguido siete noches, sino que deben tener todos sus deseos; ese amor no puede durar por razón; pues cuando son presto concordes y apresurados, presto se enfría el calor. Así mismo obra hoy día el amor: arde pronto y pronto se enfría; no es eso constancia. Pero el amor de antaño no era así: los hombres y las mujeres podían amarse siete años sin que hubiese entre ellos ningún placer lujurioso, y aquello era amor verdadero y sincero; y mirad, de esa misma naturaleza solía ser el amor en los tiempos del rey Arturo.

Por lo que yo comparo el amor de hoy día al estío y el invierno; pues así como el uno es cálido y el otro frío, así obra hoy día el amor; así que todos los que sois amantes recordad el mes de mayo, como hizo la reina Ginebra, de quien hago aquí un poco mención,

la cual mientras vivió fue amante verdadera, y por ende tuvo buen fin.

Explicit liber Octodecimus.

Y aquí sigue liber XIX.

[24] Hermitage, en Caxton y Winchester.

Libro XIX

Capítulo 1

Cómo la reina Ginebra salió a coger flores el día

primero de mayo con algunos caballeros de la Tabla Redonda, ataviados todos de verde

Y acaeció en el mes de mayo que la reina Ginebra llamó a sus caballeros de la Tabla Redonda, y les anunció que al día siguiente por la mañana iría a los bosques y campos cercanos a Westminster a coger flores:

–Y os prevengo que ninguno de vosotros vendrá, a menos que sea bien encabalgado, y todo vestido de verde, ya sea seda o paño; y traeré conmigo diez damas, y cada caballero llevará una dama tras él, y cada caballero llevará un escudero y dos criados; y quiero que todos vayáis bien encabalgados.

Y se apercibieron de la manera más fresca. Y éstos eran los nombres de los caballeros: sir Kay el Senescal, sir Agravain, sir Brandiles, sir Sagramore le Desirous, sir Dodinas le Savage, sir Ozanna le Curé Hardi, sir Ladinas de la Floresta Salvaje, sir Persant de la India, sir Ironside, llamado el Caballero de las Landas Bermejas y sir Pelleas el Enamorado; y estos diez caballeros se apercibieron de la manera más fresca a cabalgar con la reina.

Y por la mañana tomaron sus caballos con la reina, y fueron a coger flores de mayo a los bosques y prados como les placía, con gran gozo y deleite; pues la reina pensaba estar otra vez con el rey Arturo a las diez lo más tarde, y ese tiempo era su propósito.

Y había entonces un caballero llamado Meliagaunt que era hijo del rey Bagdemagus; y este caballero tenía en aquel tiempo un castillo

que el rey Arturo le había dado a siete millas de Westminster. Y este caballero, sir Meliagaunt, amaba mucho a la reina Ginebra desde hacía muchos y largos años. Y dice el libro que acechaba para robar a la reina, pero siempre se abstenía por sir Lanzarote; pues de ninguna manera quería tener que ver con la reina cuando sir Lanzarote estaba en su compañía, o cerca de ella.

Y era costumbre en aquel tiempo que la reina no cabalgase nunca sin numeroso acompañamiento de hombres de armas, los cuales eran muchos buenos caballeros, y la mayor parte eran mancebos que querían ganar merecimiento, y eran llamados Caballeros de la Reina; y nunca, en ninguna batalla, torneo ni justa llevaba ninguno de ellos seña alguna de sus propias armas, sino simples escudos blancos, por lo que eran llamados Caballeros de la Reina. Y cuando alguno de ellos llegaba a ser de gran merecimiento por sus nobles hechos, entonces en la siguiente fiesta de Pentecostés, si alguno moría o lo mataban, ya que no había año en que no muriese alguno, era elegido para el lugar del muerto, por lo que los hombres de más merecimiento eran llamados Caballeros de la Reina. Y así fueron todos primero, antes de ser renombrados hombre de merecimiento, sir Lanzarote y todos los restantes.

Pero este caballero, sir Meliagaunt, había espiado bien a la reina y su propósito, y cómo sir Lanzarote no estaba con ella, y cómo no llevaba ningún hombre de armas con ella, sino diez nobles caballeros todos ataviados de verde para celebrar el día primero de mayo. Entonces se proveyó de veinte hombres de armas y cien arqueros, para destruir a la reina y sus caballeros, pues pensó que era buena ocasión para prender a la reina.

Capítulo 2

Cómo sir Meliagaunt prendió

a la reina y a todos sus caballeros,

los cuales quedaron malheridos en la lucha

Y cuando la reina hubo cogido flores, y sus caballeros, se adornaron todos con plantas, musgos y flores, de la mejor manera y más fresca. Y en eso salió del bosque sir Meliagaunt con ocho veintenas de hombres bien pertrechados, ya que debían luchar en una batalla de prendimiento, y mandaron a la reina y sus caballeros que se tuviesen presos, pues lo harían a su pesar.

–¡Caballero traidor! –dijo la reina Ginebra–, ¿qué te propones hacer? ¿Quieres ponerte en vergüenza? Piensa cómo eres hijo de rey, y caballero de la Tabla Redonda, y vas a deshonrar al noble rey que te hizo caballero; afrentas a toda la caballería y a ti mismo; y a mí te hago saber que jamás me deshonrarás, pues antes prefiero cortarme el cuello en dos a dejar que me deshonres.

–En cuanto a todas esas palabras –dijo Meliagaunt–, que sea lo que quiera; pues sabed bien, señora, que os amo desde hace muchos años, y jamás he podido teneros en tanta ventaja como ahora; y por tanto os tomaré como os hallo.

Entonces hablaron los diez nobles caballeros a la vez, y dijeron:

–Señor Meliagaunt, sabe bien que estás a punto de deshonrarte, y también pones en peligro a nuestras personas aunque vamos desarmados. Nos tienes en gran ventaja, pues parece que nos has hecho acechar; pero antes de que pongas a la reina en afrenta, y a todos nosotros, preferimos dejar nuestras vidas, pues si otra cosa hiciésemos, seríamos afrentados para siempre.

Y dijo sir Meliagaunt:

–Enderezad lo mejor que podáis, y guardad a la reina.

Entonces los diez caballeros de la Tabla Redonda sacaron las espadas, y el otro mandó arremeter contra ellos con sus lanzas; y aguardaron esforzadamente los diez caballeros, y apartaron a golpes sus lanzas, de manera que ninguna lanza les hizo ningún daño. Entonces se acometieron con espadas, y al punto sir Kay, sir Sagramore, sir Agravain, sir Dodinas, sir Ladinas y sir Ozanna fueron derribados a tierra con terribles heridas. Pero sir Brandiles, y

sir Persant, sir Ironside, y sir Pelleas, lucharon mucho rato, y fueron malheridos; pues estos diez caballeros, antes de caer al suelo, mataron cuarenta hombres de los más osados, y de los mejores.

Y cuando la reina vio a sus caballeros tan dolorosamente heridos, y que de necesidad iban a morir finalmente, entonces por piedad y aflicción gritó a sir Meliagaunt:

–¡No mates a mis nobles caballeros, e iré contigo con esta condición, que les dejes la vida, y no consientas que los hieran más; con esto, que sean llevados conmigo a donde quieras llevarme; pues antes me mataré que ir contigo, a menos que estos nobles caballeros míos puedan estar en mi presencia!

–Señora –dijo Meliagaunt–, por vos serán llevados a mi castillo, con tal que os dejéis conducir, y cabalguéis conmigo.

Entonces la reina rogó a los cuatro caballeros que dejasen de luchar, y no se separarían ellos y ella.

–Señora –dijo sir Pelleas–, haremos lo que vos hagáis, pues en cuanto a mí no me importa la vida o la muerte.

Pues como dice el libro francés, sir Pelleas dio allí tales golpes que ninguna armadura los pudo resistir.

Capítulo 3

Cómo sir Lanzarote tuvo nuevas de cómo la reina había sido prendida, y cómo sir Meliagaunt puso una emboscada a Lanzarote

Entonces por orden de la reina dejaron la batalla, y acomodaron a los caballeros heridos sobre sus caballos, unos sentados, otros atravesados, que daba compasión verlos. Y entonces sir Meliagaunt

mandó a la reina y a todos sus caballeros que ninguno de los que les acompañaban se fuese de su compañía; pues tenía mucho miedo de sir Lanzarote del Lago, que fuese a llegarle algún conocimiento.

Se dio cuenta de esto la reina, y llamó en secreto a un doncel de su cámara que era veloz a caballo, y le dijo:

–Ve, cuando veas la ocasión, y lleva este anillo a sir Lanzarote del Lago, y ruégale que, si me ama, procure rescatarme, si quiere tener alguna vez gozo de mí; y no ahorres tu caballo –dijo la reina–, ni por agua ni por tierra.

Y cuando el doncel vio la ocasión, dio prestamente espuelas a su caballo, y partió lo más deprisa que pudo. Y cuando sir Meliagaunt lo vio huir, comprendió que era por orden de la reina, para prevenir a sir Lanzarote. Entonces los que llevaban mejores caballos le persiguieron y dispararon, pero de todos ellos se fue el doncel súbitamente. Y entonces dijo sir Meliagaunt a la reina:

–Señora, vais a traicionarme, pero yo procuraré que sir Lanzarote no venga ligeramente a vos.

Y fue con ella, y todos, a su castillo, lo más deprisa que podían. Y por el camino puso sir Meliagaunt una emboscada con los mejores arqueros que tenía de su país, hasta el número de treinta, para que acechasen a sir Lanzarote, encomendándoles que si veían a tal manera de caballero venir por el camino sobre un caballo blanco, le matasen el caballo como fuese, «pero por nada del mundo las hayáis con él cuerpo a cuerpo, pues es harto duro de vencer». Así lo hicieron; y llegaron a su castillo, pero de ningún modo quiso la reina que ninguno de sus diez caballeros y sus damas se fuesen de su vista, sino que siempre estaban en su presencia; pues dice el libro que sir Meliagaunt no se atrevía a cometer ninguna brutalidad por miedo a sir Lanzarote, cuanto más que pensaba que había sido advertido.

Y cuando el doncel se hubo ido de la compañía de sir Meliagaunt, al poco rato llegó a Westminster, y al punto halló a sir Lanzarote. Y cuando le hubo dicho su mensaje, y entregado el anillo de la reina, «¡ay –dijo sir Lanzarote–, ahora quedaré avergonzado para siempre, a menos que pueda salvar a esa noble dama de la deshonra».

Pidió ansiosamente su armadura; y mientras, el doncel siguió contando a sir Lanzarote cómo los diez caballeros lucharon maravillosamente, y cómo sir Pelleas, y sir Ironside, y sir Brandiles, y sir Persant de la India, lucharon fuertemente, pero en especial sir Pelleas, a quien ninguno le podía resistir; y cómo lucharon todos hasta que finalmente quedaron tendidos en tierra; y entonces la reina accedió, para salvar sus vidas, a ir con sir Meliagaunt.

–¡Ay! –dijo sir Lanzarote–, que haya de ser destruida esa muy noble dama; antes que toda la Francia hubiera querido yo estar allí, bien armado.

Y cuando estuvo sir Lanzarote armado y sobre su caballo, rogó al doncel de la cámara de la reina que advirtiese a sir Lavaine que partía él súbitamente, y por qué causa.

–Y ruégale, si me ama, que acucie tras de mí, y no pare hasta el castillo donde sir Meliagaunt está, o habita; pues allí –dijo sir Lanzarote– sabrá de mí si estoy vivo, y rescato a la reina y a los diez caballeros que traidoramente ha prendido, lo que probaré sobre su cabeza, y la de todos los que se tengan con él.

capítulo 4

Cómo le mataron el caballo a sir Lanzarote,

y cómo sir Lanzarote fue en una carreta

para rescatar a la reina

Entonces sir Lanzarote cabalgó lo más deprisa que podía, y dice el libro que cruzó el río en el Puente de Westminster, e hizo nadar a su caballo por el Támesis hasta Lambeth. Y al poco rato llegó al mismo lugar donde los diez nobles caballeros habían luchado con sir Meliagaunt. Y de allí sir Lanzarote siguió el rastro hasta que llegó a un bosque, donde había un paso estrecho; y allí los treinta arqueros

mandaron a sir Lanzarote que se volviese, y no siguiese más dicho rastro.

–¿Qué poder tenéis aquí –dijo sir Lanzarote– para hacerme a mí, caballero de la Tabla Redonda, abandonar mi camino?

–Este camino dejarás, o habrás de ir a pie, pues sabe bien que morirá tu caballo.

–Poca destreza es ésa –dijo sir Lanzarote–, matarme el caballo; en cuanto a mí mismo, cuando mi caballo haya muerto, nada doy por vosotros así fueseis quinientos más.

Y entonces dispararon al caballo de sir Lanzarote, y lo hirieron con muchas saetas; y seguidamente sir Lanzarote dejó el caballo, y continuó a pie; pero había tantos fosos y breñas entre ellos y él que no pudo haberlas con ninguno.

–¡Ay, qué vergüenza! –dijo sir Lanzarote–, que un caballero sea traicionado por otro caballero; pero como dice un viejo proverbio, «nunca un hombre bueno corre peligro sino cuando está en manos de un cobarde».

Entonces sir Lanzarote siguió andando un rato, muy estorbado por la armadura, el escudo, la lanza y cuanto llevaba encima. Y sabed que iba harto enojado, y no quería dejar nada de cuanto le pertenecía, ya que temía mucho la traición de sir Meliagaunt. Entonces pasó por fortuna una carreta junto a él que iba allí a llevar leña.

–Dime, carretero –dijo sir Lanzarote–, ¿qué debo darte para que me dejes subir a tu carreta, y me lleves a un castillo a dos millas de aquí?

–No subirás a mi carreta –dijo el carretero–, pues me han enviado por leña para mi señor, sir Meliagaunt.

–Con él quisiera hablar.

–Pues no vendrás conmigo –dijo el carretero.

Entonces sir Lanzarote saltó sobre él, y le dio tal golpe que lo

derribó a tierra muerto. Entonces se asustó el otro carretero, su compañero, creyendo que iba a seguir el mismo camino; y gritó:

–Gentil señor, perdonadme la vida, y os llevaré a donde queráis.

–Entonces te requiero –dijo sir Lanzarote– que me lleves en esta carreta hasta la puerta de sir Meliagaunt.

–Subid a la carreta –gritó el carretero–, y al punto estaréis allí.

Y emprendió el carretero un gran galope, y el caballo de sir Lanzarote siguió a la carreta con más de cuarenta crueles y anchas saetas hincadas en él.

Más de una hora y media llevaba esperando doña Ginebra en una ventana con sus damas, cuando vio a un caballero armado de pie sobre una carreta.

–Mirad, señora –dijo una dama–, dónde viene en una carreta un caballero hermosamente armado; parece que lo llevan a la horca.

–¿Dónde? –dijo la reina.

Entonces vio por su escudo que era el propio sir Lanzarote del Lago. Y entonces vio dónde venía su caballo detrás de dicha carreta, y pisándose las tripas y la panza con los pies.

–¡Ay! –dijo la reina–, ahora veo bien, y compruebo, que es dichoso el que tiene un amigo fiel. ¡Ah, ah, muy noble caballero –dijo la reina Ginebra–, bien veo en qué duro trance estás, cuando andas en una carreta!

Entonces reprochó a la dama a la que le pareció que llevaban a sir Lanzarote en la carreta a la horca.

–Feamente habéis dicho –dijo la reina–, y malamente parecido, que el más noble caballero del mundo vaya a una muerte tan afrentosa. ¡Oh, Jesús le defienda y le guarde de todo fin malaventurado!

A todo esto había llegado sir Lanzarote a la puerta del castillo, bajó allí, y dijo a grandes voces, de manera que resonó en todo el castillo:

–¿Dónde estás, falso traidor, Meliagaunt, y caballero de la Tabla Redonda? ¡Ven aquí, caballero traidor, tú y tu compañía; pues aquí está Lanzarote del Lago, que va a luchar contigo!

Y con esto hizo abrir la puerta del todo al portero, y le dio tal revés con el guantelete que le quebró el cuello en dos.

Capítulo 5

Cómo sir Meliagaunt pidió perdón a la reina,

y cómo ésta aplacó a sir Lanzarote; y otros asuntos

Cuando sir Meliagaunt oyó que estaba allí sir Lanzarote corrió a la reina Ginebra, hincó una rodilla, y dijo:

–Piedad, señora, pues me pongo enteramente a vuestra gracia.

–¿Qué os pasa ahora? –dijo la reina Ginebra–. Verdaderamente sabía que algún buen caballero me vengaría, aunque mi señor Arturo no supiese de esta acción vuestra.

–Señora –dijo sir Meliagaunt–, todo este entuerto será enmendado por mi parte como vos queráis señalar, y enteramente me pongo en vuestra gracia.

–¿Qué queréis que yo haga? –dijo la reina.

–No quiero más –dijo Meliagaunt–, sino que toméis todo esto en vuestras propias manos, y gobernéis a mi señor Lanzarote; y toda la acogida que se pueda ofrecer en este pobre castillo la tendréis vos y él, hasta mañana, y entonces vos y todos podréis volver a Westminster; y mi cuerpo y todo cuanto tengo pondré a vuestro gobierno.

–Decís bien –dijo la reina–; y mejor es paz que guerra, y cuanto menos rumor más honra para mí.

Entonces bajaron la reina y sus damas donde el caballero sir Lanzarote estaba sobremanera enojado en el patio interior, aguardando batalla, y daba voces sin cesar:

–¡Ven aquí, caballero traidor!

Entonces fue la reina a él, y le dijo:

–Señor Lanzarote, ¿por qué estáis tan alterado?

–Ah, señora –dijo sir Lanzarote–, ¿cómo me preguntáis eso? Me parece que deberíais estar más enojada que yo, pues vuestro es el daño y la deshonra; pues sabed bien señora, que mi daño es muy pequeño, por la muerte de un hijo de yegua; aunque mucho más me agravia el despecho que todo ese daño.

–Ciertamente –dijo la reina– decís verdad, y os lo agradezco vivamente; pero debéis venir conmigo en paz, pues todo el caso ha sido puesto en mis manos, y todo el entuerto será enmendado, pues mucho pesa al caballero la desventura que le ha sobrevenido.

–Señora –dijo sir Lanzarote–, ya que os habéis acordado con él, no puedo yo estar en contra, aunque muy vergonzosamente ha obrado sir Meliagaunt conmigo, y cobardemente. ¡Ah, señora, si hubiese yo sabido que tan presto ibais a tener acuerdo con él, no me habría dado tanta prisa en venir a vos!

–¿Por qué decís eso? –dijo la reina–. ¿Acaso os arrepentís de vuestras buenas obras? Sabed bien que no me he acordado con él por ningún favor ni amor que le tenga, sino para acallar todo rumor vergonzoso.

–Señora –dijo sir Lanzarote–, sabéis muy bien que jamás me gustó ni me alegró la calumnia y el rumor; y no hay rey, reina, ni caballero con vida, salvo mi señor Arturo, y vos señora, capaz de impedirme dejar frío el corazón de sir Meliagaunt, antes de que me vaya de aquí.

–Eso lo sé bien –dijo la reina–; pero ¿qué queréis más? Todo el caso será gobernado como vos queráis que sea.

–Señora –dijo sir Lanzarote–, si os place a vos a mí no me importa,

pues por mi parte presto seréis complacida.

Y le tomó la reina a sir Lanzarote la mano desnuda, pues se había quitado el guantelete, y fue con él a su cámara; y allí le mandó desarmarse. Entonces preguntó sir Lanzarote dónde estaban los diez caballeros que habían sido malheridos; se los mostró ella, y allí mostraron ellos gran contento por su llegada, y sir Lanzarote lamentó mucho sus heridas, y los compadeció grandemente. Y allí les contó sir Lanzarote cómo sir Meliagaunt había puesto arqueros traidora y cobardemente para matarle el caballo, y cómo tuvo que subir a una carreta. Y así se compadecieron unos de otros; y habrían querido vengarse, pero se aplacaron a causa de la reina.

Entonces, como dice el libro francés, sir Lanzarote fue llamado durante mucho tiempo le Chevalier du Chariot, e hizo muchas hazañas, y tuvo grandes aventuras. Y dejamos este cuento del Chevalier du Chariot, y volvemos a este cuento.

Y sir Lanzarote fue muy bien acogido por la reina, y entonces sir Lanzarote hizo promesa a la reina de ir por la noche a una ventana que daba a un jardín; y esa ventana estaba enrejada con hierros, y allí prometió sir Lanzarote verla cuando estuviese toda la gente dormida.

Entonces llegó sir Lavaine cabalgando, a las puertas, y gritando:

–¿Dónde está mi señor Lanzarote del Lago?

Y fue enviado llamar; y cuando sir Lavaine vio a sir Lanzarote, dijo:

–Mi señor, bien he visto en qué trance habéis estado, pues he hallado vuestro caballo muerto con saetas.

–En cuanto a eso –dijo sir Lanzarote–, os ruego, sir Lavaine, que habléis de otra cosa, y lo dejéis pasar, que ya lo enderezaremos en otra sazón como mejor podamos.

Capítulo 6

Cómo sir Lanzarote fue a la reina por la noche,

y cómo sir Meliagaunt acusó a la reina de traición

Entonces fueron atendidos los caballeros que estaban heridos, y les pusieron suaves bálsamos en sus heridas; y así pasó hasta la hora de cenar, y toda la fiesta que se podía hacer les fue ofrecida a la reina y a todos los caballeros, y cuando fue hora, se recogieron a sus cámaras; pero de ninguna manera quiso la reina consentir que los caballeros heridos se apartasen de ella, sino que fueron acostados en alcobas que daban a su cámara, sobre lechos y almohadas, de manera que pudiese ver por sí misma que nada les faltase.

Y cuando sir Lanzarote estuvo en la cámara que le había sido asignada, llamó a sir Lavaine, y le dijo que esa noche debía ir a hablar con su dama, doña Ginebra.

–Señor –dijo sir Lavaine–, dejadme ir con vos, si os place; pues temo mucho la traición de sir Meliagaunt.

–No –dijo sir Lanzarote–; os lo agradezco, pero no llevaré a nadie conmigo.

Entonces sir Lanzarote tomó su espada en la mano, y fue encubiertamente a un lugar donde había visto antes una escala, la cogió bajo el brazo, la llevó al jardín, y la puso junto a la ventana; y allí estaba presta la reina para verse con él. Y entonces se hicieron el uno al otro sus quejas de muchas y diversas cosas; y entonces sir Lanzarote deseó poder ir a ella.

–Sabed bien –dijo la reina– que quisiera tanto como vos que pudiéseis venir a mí.

–¿Querríais, señora –dijo sir Lanzarote–, de corazón, que estuviese con vos?

–Sí, en verdad –dijo la reina.

–Pues probaré mi fuerza –dijo sir Lanzarote–, por vuestro amor.

Y puso las manos en las barras de hierro y tiró de ellas con tal fuerza que las arrancó cabalmente de los muros de piedra, con lo que una de las barras de hierro le cortó la carne de las manos, hasta el hueso; y seguidamente saltó dentro de la cámara de la reina.

–No hagáis ningún ruido –dijo la reina–, pues aquí cerca de mí yacen mis caballeros heridos.

Y para abreviar este cuento, sir Lanzarote fue a la cama con la reina, y no hizo cuenta ninguna de su mano herida, sino que tomó su placer y gusto hasta el alba del día; y sabed que no durmió, sino que estuvo en vela; y cuando vio que era hora, y no se podía demorar más tiempo, se despidió, salió por la ventana, la puso otra vez lo mejor que pudo, y partió para su propia cámara; y allí contó a sir Lavaine cómo se había herido.

Entonces sir Lavaine le lavó la mano, y se la restañó, y le puso un guante para que no se la viesen; y la reina permaneció mucho tiempo en la cama, hasta que fueron las nueve.

Entonces sir Meliagaunt fue a la cámara de la reina, y halló a sus damas vestidas y prestas.

–¡Jesús! –dijo sir Meliagaunt–, ¿qué os aqueja, señora, que así dormís tanto tiempo?

Y a continuación abrió la cortina para verla, y entonces la vio dónde yacía, y toda la sábana y almohada estaban manchadas de sangre de sir Lanzarote, de su mano herida. Cuando sir Meliagaunt descubrió la sangre imaginó que había sido falsa al rey, y que alguno de los caballeros heridos había yacido con ella toda esa noche.

–¡Ah, señora! –dijo sir Meliagaunt–, ahora os he hallado falsa y traidora a mi señor Arturo; pues ahora compruebo bien que no en vano queríais tener a estos caballeros heridos cerca de vuestra cámara, por tanto os acusaré de traición ante mi señor, el rey Arturo. Y ahora os he sorprendido, señora, en una acción vergonzosa, y haré bueno que son todos falsos, o algunos de ellos, pues un caballero herido ha yacido esta noche con vos.

–Eso es falso –dijo la reina–; y de eso pongo a todos ellos por testigos.

Cuando los diez caballeros oyeron las palabras de sir Meliagaunt, hablaron a una sola voz, y dijeron a sir Meliagaunt:

–Es falso lo que dices, y erradamente pones en nosotros tal acción, y eso te lo hará bueno cualquiera de nosotros; escoge al que quieras de nosotros cuando estemos sanos de nuestras heridas.

–No lo haréis –dijo sir Meliagaunt–. Acabad con vuestras palabras soberbias, pues aquí podéis ver que con la reina ha yacido esta noche un caballero herido.

Entonces se avergonzaron todos cuando vieron la sangre; y sabed que sir Meliagaunt se alegró mucho de tener a la reina en tal ventaja, pues pensaba que por eso ocultaría su traición. Y estando en esto llegó sir Lanzarote, y los halló a todos en gran aparejo.

Capítulo 7

Cómo sir Lanzarote respondió por la reina, y concertó batalla contra sir Meliagaunt; y cómo sir Lanzarote fue preso en una trampa

–¿Qué aparejo es éste? –dijo sir Lanzarote.

Entonces sir Meliagaunt le contó qué había descubierto, y le mostró la cama de la reina.

–En verdad –dijo sir Lanzarote–, no os habéis portado como debíais, ni caballerescamente, al tocar el lecho de la reina estando su cortina corrida, y ella acostada dentro; pues me atrevo a decir que ni aun mi señor Arturo habría descorrido las cortinas estando ella en la cama, a menos que le hubiese placido yacer con ella; y por tanto habéis cometido una acción indigna, y vergonzosa para vos mismo.

–No sé qué pretendéis –dijo sir Meliagaunt–, pero bien cierto estooy

de que uno de sus caballeros heridos yació con ella anoche, y por tanto quiero probar con mis manos que es traidora a mi señor Arturo.

–Mirad bien lo que hacéis –dijo Lanzarote–, pues si decís eso, y queréis probarlo, habréis de tomarlo en vuestras manos.

–Mi señor Lanzarote –dijo Meliagaunt–, os aconsejo que miréis qué hacéis vos; pues aunque seáis tan buen caballero, y sabéis que sois llamado el mejor del mundo, sin embargo deberíais ser aconsejado de hacer batalla en una querella errada, pues Dios dará un golpe en cada batalla.

–En cuanto a eso –dijo sir Lanzarote–, a Dios hay que temer; pero a eso digo claramente que no, que ninguno de esos diez caballeros heridos yació esta noche con mi señora la reina Ginebra, y quiero probar con mis manos que no decís verdad en eso, ahora.

–Tened –dijo sir Meliagaunt–: aquí está de mi guante, de que es traidora a mi señor, el rey Arturo, y que esta noche uno de los caballeros heridos yació con ella.

–Y yo recibo vuestro guante –dijo sir Lanzarote.

Y así fueron sellados con sus sellos, y entregados a los diez caballeros.

–¿Qué día haremos batalla? –dijo sir Lanzarote.

–Dentro de ocho días –dijo sir Meliagaunt–, en el campo vecino a Westminster.

–Está bien –dijo sir Lanzarote.

–Pero ya que debemos luchar –dijo sir Meliagaunt–, os ruego, como caballero noble que sois, que no hagáis ninguna traición ni villanía entre tanto, ni nadie por vos.

–Así Dios me ayude –dijo sir Lanzarote–, muy bien sabéis que jamás he sido de tal condición, pues pongo por testigos a todos los caballeros que me han conocido, que jamás he obrado con ninguna traición, ni he amado nunca la compañía de nadie que obrase con

traición.

–Entonces vayamos a comer –dijo Meliagaunt–; y después de comer, vos y la reina podréis partir para Westminster.

–De buen grado –dijo sir Lanzarote.

Entonces dijo sir Meliagaunt a sir Lanzarote:

–¿Os place ver las estancias de este castillo?

–Muy de grado –dijo sir Lanzarote.

Y fueron juntos de cámara en cámara, pues sir Lanzarote no recelaba ningún peligro; pues un hombre de merecimiento y proeza recela menos que nadie los peligros, pues imagina que cada hombre es como ellos; pero el que obra a traición pone a menudo al hombre verdadero en gran peligro. Así acaeció a sir Lanzarote, que no recelaba peligro ninguno: y yendo con sir Meliagaunt pisó una trampa, giró la tabla, y cayó sir Lanzarote más de diez brazas en una cueva llena de paja; y entonces sir Meliagaunt partió e hizo como que no sabía dónde estaba. Y cuando sir Lanzarote fue echado de menos se preguntaron adónde habría ido; y entonces la reina y muchos de ellos pensaron que había partido súbitamente, como solía. Pues sir Meliagaunt hizo esconder enseguida el caballo de sir Lavaine, para que todos creyeran que había partido súbitamente.

Y así pasó el tiempo hasta después de comer; y entonces no paró sir Lavaine hasta que hubo dispuesto literas para los caballeros heridos, de manera que pudiesen ser llevados en ellas; y la reina y todos ellos, y dueñas y doncellas y otros, partieron para Westminster; y allí los caballeros dijeron al rey Arturo cómo Meliagaunt había acusado a la reina de alta traición, y cómo sir Lanzarote había recibido el guante de él, «y en ocho días harán batalla ante vos».

–Por mi cabeza –dijo el rey Arturo–, me temo que sir Meliagaunt ha tomado sobre sí gran trabajo; pero ¿dónde está sir Lanzarote? –dijo el rey.

–Señor –dijeron todos–, no sabemos dónde está, pero pensamos que ha ido tras alguna aventura, como suele hacer muchas veces; pues

tiene el caballo de sir Lavaine.

–Dejadle –dijo el rey–; hallado será, a menos que lo hayan prendido con alguna traición.

Capítulo 8

Cómo sir Lanzarote fue librado de su prisión

por una dama, y tomó un corcel blanco

y corrió a mantener su día

Dejamos a sir Lanzarote yaciendo en esa cueva con gran pena; y cada día iba una dama y le llevaba la comida y la bebida, y lo solicitaba, deseosa de yacer con él; y siempre el noble caballero sir Lanzarote le decía que no.

–Señor Lanzarote –dijo ella–; no sois avisado, pues nunca podréis salir de esta prisión, a menos que tengáis mi ayuda; y también vuestra dama, la reina Ginebra, será quemada por vuestra culpa, a menos que estéis allí el día de la batalla.

–Dios me libre –dijo sir Lanzarote– de que sea quemada por mi culpa; pues aconteciese que no estuviera yo allí, comprenderán el rey y la reina, y todos los hombres de merecimiento, que estoy muerto, o enfermo, o en prisión. Pues todos los que me conocen dirán por mí que en algún mal caso me hallo para no estar allí ese día; y sé que algún buen caballero, o de mi sangre, o alguno que me ame, tomará mi querella en sus manos; y por tanto, sabed que no me asustáis; y aunque no hubiese más mujeres en toda esta tierra más que vos, no querría tener que ver con vos.

–Entonces seréis avergonzado –dijo la dama– y destruido para siempre.

–En cuanto a la vergüenza del mundo, que Jesús me proteja; y en

cuanto a mi desdicha, bien venido sea lo que Dios me envíe.

Y fue la dama a él el mismo día en que debía ser la batalla, y dijo:

–Señor Lanzarote, creo que eres demasiado duro de corazón, pero si quisieras besarme una sola vez te libraría, y te daría tu armadura, y el mejor caballo que hay en el establo de sir Meliagaunt.

–En cuanto a besaros –dijo sir Lanzarote–, puedo hacerlo sin perder honra ninguna; y sabed que si yo creyese que hay alguna deshonra en besaros, no lo haría.

Entonces la besó, y ella lo tomó y lo llevó a su armadura. Y cuando estuvo armado, lo llevó a un establo donde había doce buenos corceles, y le dijo que escogiese el mejor. Entonces vio sir Lanzarote un corcel blanco que le plació más, y mandó luego a los guardadores que lo ensillasen con la mejor silla de guerra que allí había; y todo se hizo como pedía.

Tomó entonces su lanza en la mano, y su espada en el costado, y encomendó la dama a Dios, y dijo:

–Señora, por esta buena acción os haré servicio si alguna vez está en mi poder.

Capítulo 9

Cómo sir Lanzarote llegó a la misma hora en que sir Meliagaunt lo aguardaba en el campo y enderezó para la batalla

Ahora dejamos a sir Lanzarote galopando cuanto podía, y hablamos de la reina Ginebra, que fue llevada a una hoguera para ser quemada; pues sir Meliagaunt estaba seguro, pensaba, de que sir Lanzarote no estaría en esa batalla; así que no cesaba de gritar al

rey Arturo que le hiciese justicia, o trajese a sir Lanzarote del Lago.

Entonces se sintieron el rey y toda la corte muy turbados y avergonzados, que tuviese que ser quemada la reina por ausencia sir Lanzarote.

–Mi señor Arturo –dijo sir Lavaine–, comprenderéis que mi señor sir Lanzarote no está bien, pues si estuviera vivo, a menos que esté enfermo o en prisión, sabed bien que estaría aquí; pues jamás habéis visto que desamparara a la parte por la que debía hacer batalla. Y por ende, mi señor rey Arturo, os suplico que me deis licencia para hacer yo la batalla este día, por mi señor y amo, y salvar a mi señora la reina.

–Muchas gracias, gentil señor Lavaine –dijo el rey Arturo–, pues me atrevo a decir que todo lo que sir Meliagaunt atribuye a mi señora la reina es injusto, pues he hablado con los diez caballeros heridos, y no hay ninguno que, estando sano y pudiendo hacer batalla, no quisiese probar sobre el cuerpo de sir Meliagaunt que es falso lo que atribuye a mi reina.

–Así haré yo –dijo sir Lavaine–, en defensa de mi señor Lanzarote, si me dais licencia.

–Bien, os doy licencia –dijo el rey Arturo–; portaos lo mejor que podáis, pues me atrevo a decir que se ha hecho alguna traición a sir Lanzarote.

Entonces sir Lavaine se armó y encabalgó, y fue súbitamente al extremo de la liza para asumir esta batalla; y cuando los heraldos iban a gritar «Lessés les aler!», llegó justamente sir Lanzarote cabalgando con toda la fuerza de su caballo.

Y entonces gritó Arturo: «¡Ahé!», y «¡Aguardad!».

Entonces fue llamado sir Lanzarote a caballo como estaba ante el rey Arturo, y allí contó ante el rey y ante todos, cómo sir Meliagaunt le había tratado de principio a fin. Y cuando el rey, y la reina, y todos los señores, supieron la traición de sir Meliagaunt, tuvieron vergüenza de él. Entonces fue enviada traer a la reina Ginebra, y sentada junto al rey, con gran confianza en su campeón.

Y no hubo más que decir, sino que aparejaron sir Lanzarote y sir Meliagaunt para la batalla, tomaron sus lanzas, y se juntaron como el trueno; y sir Lanzarote lo derribó por la grupa del caballo. Y se apeó sir Lanzarote, enderezó el escudo sobre el hombro, espada en mano, y de la misma manera enderezó sir Meliagaunt para él, y allí se dieron muchos grandes tajos; y finalmente sir Lanzarote le dio tal revés sobre el yelmo que cayó de costado al suelo. Y entonces le suplicó en voz alta:

–Muy noble caballero, sir Lanzarote del Lago, perdonadme la vida, pues a vos me rindo, y os requiero como caballero y miembro de la Tabla Redonda que sois, que no me matéis, pues me doy como vencido; y viva o muera me pongo en las manos del rey, y las vuestras.

Entonces sir Lanzarote no supo qué hacer, pues antes que todos los bienes del mundo habría querido vengarse de sir Meliagaunt; y alzó sir Lanzarote los ojos hacia la reina Ginebra, por si veía por alguna señal o gesto qué quería que hiciese. Y entonces la reina movió la cabeza a sir Lanzarote, como diciendo: «matadle». Muy bien supo sir Lanzarote por su movimiento de cabeza que quería su muerte; entonces sir Lanzarote le mandó que se levantase por vergüenza y llevase la batalla a ultranza.

–No –dijo sir Meliagaunt–; no me levantaré hasta que me toméis como vencido y menguado.

–Os haré una generosa proposición –dijo sir Lanzarote–, a saber: me desarmaré la cabeza y el cuarto izquierdo de mi cuerpo, en lo que pueda ser desarmado, y me haré atar la mano izquierda detrás, de manera que no me pueda valer, y así haré la batalla con vos.

Entonces sir Meliagaunt se levantó sobre sus piernas, y dijo en voz alta:

–Mi señor Arturo, haced cuenta de esta proposición, pues la quiero tomar, y haced que sea desarmado y atado según su proposición.

–¿Qué decís? –dijo el rey Arturo a sir Lanzarote–, ¿os queréis mantener en vuestra proposición?

–Sí, mi señor –dijo sir Lanzarote–; yo nunca me vuelvo de lo que he dicho una vez.

Entonces desarmaron los caballeros despartidores del campo a sir Lanzarote, primero la cabeza, después el brazo izquierdo y el costado izquierdo, y le ataron el brazo izquierdo a la espalda, sin escudo ni nada, y a continuación los pusieron juntos. Sabed que muchas damas y caballeros se maravillaron de que sir Lanzarote quisiese arriesgarse de tal manera.

Entonces sir Meliagaunt fue con la espada toda en alto, y sir Lanzarote le mostró abiertamente la cabeza desnuda y el costado izquierdo; y cuando creyó acertarle sobre la cabeza desnuda, éste hurtó ligeramente la pierna izquierda y el costado izquierdo, cubrió con la mano derecha y la espada el golpe, y lo desvió con gran destreza; y entonces con gran fuerza sir Lanzarote le dio encima del yelmo tal golpe que el tajo le hendió la cabeza en dos partes.

Entonces no hubo nada más que hacer, sino que fue sacado del campo. Y por gran requerimiento de los caballeros de la Tabla Redonda, el rey consintió que fuese enterrado, y se hiciese mención sobre él, quién lo había matado, y por qué causa había muerto; y entonces el rey y la reina hicieron más cuenta de sir Lanzarote del Lago, quien fue más estimado de lo que nunca había sido antes.

Capítulo 10

Cómo sir Urré llegó a la corte del rey Arturo para ser sanado de sus llagas, y cómo el rey Arturo quiso comenzar él a tocarlo

Había en aquel entonces, como hace mención el libro francés, un buen caballero de la tierra de Hungría, llamado sir Urré, que era caballero aventurero, y en todo lugar donde oía decir que había

hechos de merecimiento, allí quería estar.

Y acaeció que había en España un hijo de conde, de nombre Alphegus; y en un gran torneo celebrado en España tuvieron encuentro este sir Urré, caballero de Hungría, y sir Alphegus, por pura envidia; y se acometieron el uno al otro a todo trance. Y por fortuna sir Urré mató a sir Alphegus, el hijo del conde de España, pero este caballero muerto había infligido a sir Urré, antes de morir, siete grandes heridas, tres en la cabeza, y cuatro en el cuerpo y en la mano izquierda. Y este sir Alphegus tenía una madre que era una gran hechicera; y ésta, en despecho por la muerte de su hijo, hizo con sus artes sutiles de manera que sir Urré no sanase nunca, sino que siempre sus heridas se enconasen unas veces y sangrasen otras, de manera que nunca estuviese sano, hasta que el mejor caballero del mundo le curase las heridas; y así lo declaró ella, por lo que se sabía que sir Urré no sanaría nunca.

Entonces su madre mandó hacer una litera de caballos, y ponerlo en ella entre dos palafrenes; y tomó a la hermana de sir Urré consigo, la cual era muy hermosa doncella, y se llamaba Felelolie; y tomó también un paje para que guardase los caballos y así llevaron a sir Urré por muchos países. Pues como dice el libro francés, así lo llevó durante siete años por todas las tierras cristianizadas, sin hallar nunca ningún caballero que pudiese aliviar a su hijo.

Y llegó a Escocia y a los confines de Inglaterra, y llegó por fortuna, cerca ya la fiesta de Pentecostés, a la corte del rey Arturo, que en ese tiempo estaba en Carlisle. Y al llegar hizo ella que se supiese públicamente cómo había venido a esta tierra para que sanaran a su hijo. Entonces el rey Arturo mandó llamar a esta dama, y le preguntó por qué había traído a este caballero herido a esta tierra.

–Mi muy noble rey –dijo la dama–, sabed que lo he traído aquí para que sea sanado de sus heridas, ya que en estos siete años no ha podido ser sanado.

Y contó al rey dónde había sido herido, y por quién; y cómo su madre movida por su soberbia había revelado cómo había hecho esto por encantamiento, a fin de que no sanase hasta que el mejor caballero del mundo le curase las heridas.

–Y he recorrido todas las tierras cristianizadas para ver que lo sanen, salvo ésta. Y si no consigo sanarlo aquí en esta tierra, no tomaré más trabajo sobre mí; y es lástima, pues era buen caballero, y de gran nobleza.

–¿Cuál es su nombre? –dijo Arturo.

–Mi bueno y gracioso señor –dijo ella–, su nombre es sir Urré del Monte.

–En buena hora –dijo el rey–; y ya que habéis venido a esta tierra, muy bien venida seáis; y sabed que aquí será sanado vuestro hijo, si ha de sanarle un cristiano. Y para dar ánimo a todo hombre de merecimiento, yo mismo probaré a tocar a vuestro hijo; y lo mismo harán todos los reyes, duques y condes que aquí están presentes en esta sazón; lo cual quiero mandarles, y sé que obedecerán y harán según les ordeno. Y sabed –dijo el rey Arturo a la hermana de sir Urré– que quiero ser yo el primero en tocarlo, y curarlo en lo que pueda, sin creerme por ello digno de sanar a vuestro hijo por mis hechos, sino para animar a otros hombres de merecimiento a hacer como yo hago.

Entonces ordedó el rey a todos los reyes, duques y condes, y a todos los nobles caballeros de la Tabla Redonda que en esa sazón estaban presentes, que acudiesen al prado de Carlisle. Y en esa sazón había sólo ciento diez de la Tabla Redonda, pues estaban ausentes cuarenta caballeros. Y aquí debemos comenzar por el rey Arturo, ya que es cortesía comenzar por quien era el hombre de más merecimiento bautizado en aquel tiempo.

Capítulo 11

Cómo tocó el rey Arturo a sir Urré,

y después de él muchos otros caballeros

de la Tabla Redonda

Entonces el rey Arturo miró a sir Urré, y pensó que sería hombre muy gallardo cuando estuviera sano; y entonces el rey Arturo lo hizo bajar de la litera y acostar en el suelo; y había allí un cojín de oro donde podía arrodillarse.

Y dijo entonces el noble Arturo:

–Gentil caballero, mucho pesar tengo de tu daño; y para animar a todos los nobles caballeros, te ruego que me consientas tocar suavemente tus heridas.

–Muy noble rey cristiano –dijo sir Urré–, haced como queráis, pues estoy a la merced de Dios, y a lo que vos mandéis.

Y entonces lo tocó Arturo suavemente, y algunas de sus heridas empezaron a sangrar de nuevo.

Entonces lo tocó el rey Clarivaus de Northumberland, y no valió de nada. A continuación probó sir Berrant le Apres, llamado el Rey de los Cien Caballeros, y también fracasó; y así mismo el rey Uriens de la tierra de Gore; y así mismo el rey Agwisance de Irlanda; y lo mismo el rey Nentres de Garlot; y lo mismo el rey Carados de Escocia; y lo mismo el duque Galahaut, el Alto Príncipe; y lo mismo Constantino, que era hijo de sir Carados de Cornualles; y así mismo el duque Chaleins de Clarance; y lo mismo el conde de Ulbawes; y lo mismo el conde Lambaile; y lo mismo el conde Aristause. Entonces se llegó sir Gawain con sus tres hijos, sir Gingalin, sir Florence y sir Lovel, estos dos engendrados en la hermana de sir Brandiles; y todos ellos fracasaron. Entonces se llegó sir Agravain, sir Gaheris, sir Mordred y el buen caballero sir Gareth, que era de todos los hermanos el de más digna caballería.

Y se llegaron caballeros del linaje de Lanzarote; aunque sir Lanzarote no estaba en esa sazón en la corte, pues se hallaba en sus aventuras. Y se llegaron sir Lionel, sir Héctor de Maris, sir Bors de Ganis, sir Blamor de Ganis, sir Bleoberis de Ganis, sir Gahalantine, sir Galihodin, sir Menaduke, sir Villiars le Valiant, sir Hebes le Renoumes. Todos éstos eran parientes de sir Lanzarote, y todos fracasaron en sanarle.

Seguidamente se llegaron sir Sagramore le Desirous, sir Dodinas le Savage, sir Dinadan, sir Breunor le Noire, a quien sir Kay llamó La Cote Male Tallé, y sir Kay el Senescal, sir Kainus de Stanges, sir Meliot de Logres, sir Petipase de Winchelsea, sir Galleron de Galway, sir Melion de la Montaña, sir Cardok, sir Uwain les Avoutres, sir Ozanna le Curé Hardi. Después se llegaron sir Astamor, y sir Grummor Grummorson, sir Crosselm, sir Servause le Brease, que era tenido por muy fuerte caballero, pues como dice el libro, la principal dama del lago festejó a sir Lanzarote y a Servause le Brease; y cuando los hubo festejado en sendas ocasiones, les rogó que le concediesen un don. Y ellos se lo concedieron. Y entonces ella rogó a sir Servause que le prometiese no hacer nunca batalla contra sir Lanzarote del Lago, y de la misma manera rogó a sir Lanzarote no hacer nunca batalla contra sir Servause; y lo prometieron ambos. Pues dice el libro francés que sir Servause nunca tuvo valor ni deseo de hacer batalla contra ningún hombre, a menos que fuese contra gigantes, y contra dragones y bestias salvajes.

Y pasamos a los que a requerimiento del rey hicieron, todos los que allí estaban en la alta fiesta, de los caballeros de la Tabla Redonda, por sanar a sir Urré. Con esta intención lo pedía el rey: saber quién era el más noble caballero entre ellos.

Entonces se llegaron sir Agloval, sir Durnore, sir Tor, engendrado en la mujer de Aries el vaquero, aunque fue engendrado antes que Aries se casase con ella (a todos estos engendró el rey Pellinor: primero a sir Tor, y a sir Agloval, sir Durnore, sir Lamorak, el más noble caballero que hubo en los días del rey Arturo entre los caballeros mundanales, y a sir Perceval, que era sin par, excepto sir Galahad, en hazañas santas; pero ambos murieron en la demanda del Santo Grial).

Después se llegaron sir Griflet le Fise de Dieu, sir Lucan el Mayordomo, sir Bedevere su hermano, sir Brandiles, sir Constantino, hijo de sir Cador de Cornualles, que fue rey después de los días de Arturo y sir Clegis, sir Sadok, sir Dinas el Senescal de Cornualles, sir Fergus, sir Driant, sir Lambegus, sir Clarrus de Cleremont, sir Cloddrus, sir Hectimere, sir Edward de Caernarvon, sir Dinas, sir Priamas, que fue bautizado por sir Tristán el noble

caballero, y estos tres eran hermanos, sir Helin le Blank que era hijo de sir Bors, quien lo engendró en la hija del rey Brandegoris, y sir Brian de Listinoise; sir Gauter, sir Arnold, y sir Gilmer, que eran los tres hermanos a los que venció sir Lanzarote en un puente con las armas de sir Kai; sir Gumret le Petite, sir Bellengerus le Beuse, que era hijo del buen caballero sir Alisander le Orphelin, el cual fue muerto a traición por el rey Marco (también este rey traidor mató al noble caballero sir Tristán, cuando tañía el arpa ante su dama La Bella Isolda, con una espada afilada, cuya muerte lloraron todos los caballeros que vivían en los días de Arturo; jamás hubo nadie tan llorado como sir Tristán y sir Lamorak, pues fueron traidoramente muertos, sir Tristán por el rey Marco, y sir Lamorak por sir Gawain y sus hermanos. Y este sir Bellengerus vengó la muerte de su padre Alisander y la de sir Tristán dando muerte al rey Marco, y La Bella Isolda murió de dolor sobre la cruz de sir Tristán, lo que movió a mucha piedad. Y todos los que estaban con el rey Marco y consintieron en la muerte de sir Tristán fueron muertos, como sir Andred y muchos otros).

Entonces se llegaron sir Hebes, sir Morganor, sir Sentraille, sir Suppinabiles, sir Bellengerus le Orgulous, al que venció el buen caballero sir Lamorak en abierta batalla; sir Nerovens y sir Plenorius, dos buenos caballeros a los que venció sir Lanzarote; sir Darras, sir Harry le Fise Lake, sir Erminide, hermano del rey Hermance, por quien sir Palomides luchó en la Ciudad Bermeja con dos hermanos; y sir Selises de la Torre Dolorosa. Sir Edward de Orkney, sir Ironside, llamado el noble Caballero de las Landas Bermejas, al que venció sir Gareth por el amor de doña Lyonesse, sir Arrock de Grevaunt, sir Degrane Saunce Velany, que luchó con el gigante del Cerro Negro, sir Epinogrus, que era hijo del rey de Northumberland. Sir Pelleas, que amó a la señora Ettard, y habría muerto por su amor de no ser por una de las damas del lago de nombre doña Nimue, la cual casó con sir Pelleas, y lo salvó de que lo matasen, y fue muy noble caballero; y sir Lamiel de Cardiff, que era un gran enamorado. Sir Plaine de Fors, sir Melias de Lile, sir Borre Le Curé Hardi, que era hijo del rey Arturo, sir Mador de la Porte, sir Colgrevaunce, sir Hervis de la Forest Savage, sir Marrok, el buen caballero que fue traicionado por su esposa, pues le convirtió siete años en hombre lobo, sir Persant, sir Pertelope su hermano, que fue llamado el Caballero Verde, y sir Perimones,

hermano de ambos, que fue llamado el Caballero Bermejo, a los cuales venció sir Gareth cuando le llamaban Beaumains.

Estos ciento diez caballeros tocaron las heridas de sir Urré por mandato del rey Arturo.

Capítulo 12

Cómo Arturo ordenó a sir Lanzarote que tocase las llagas, y al punto sanaron todas, y cómo dieron gracias a Dios

–¡Jesús, piedad! –dijo Arturo–, ¿dónde está sir Lanzarote del Lago, que no está aquí en esta sazón?

Y mientras hablaban de muchas cosas, vieron venir a sir Lanzarote cabalgando hacia ellos, y se lo dijeron al rey.

–Callad –dijo el rey–; que no se diga nada hasta que haya venido a nos.

Y cuando sir Lanzarote vio al rey Arturo, bajó del caballo, se llegó al rey, lo saludó, y también a todos ellos.

Tan pronto como la doncella hermana de sir Urré vio a sir Lanzarote, corrió a su hermano que yacía en la litera, y le dijo:

–Hermano, aquí ha llegado un caballero al que se inclina grandemente mi corazón.

–Gentil hermana –dijo sir Urré–; de igual manera se ilumina el mío ante él; y ciertamente espero sanar ahora, pues mi corazón se inclina hacia él más que hacia ninguno de cuantos me han tocado.

Entonces dijo Arturo a Lanzarote:

–Debéis hacer lo mismo que hemos hecho nosotros –y contó a sir Lanzarote qué habían hecho, y le mostró a todos los que lo habían tocado.

–Jesús me libre –dijo sir Lanzarote–, cuando tantos reyes y caballeros lo han intentado y fracasado, de presumir que pueda yo acabar lo que todos vosotros mis señores no pudisteis acabar.

–No tenéis elección –dijo el rey Arturo–, pues os ordeno que hagáis lo mismo que hemos hecho todos.

–Mi muy nombrado señor –dijo sir Lanzarote–, sabéis bien que no me atreveré a desobedecer vuestro mandato, y que si me atreviese o pudiese, sabed bien que no tomaría sobre mí tocar a este caballero llagado con intención de sobrepujar a todos los otros caballeros; Jesús me libre de tal vergüenza.

–Erradamente lo tomáis –dijo el rey Arturo–; no debéis hacerlo por presunción, sino para hacernos compañía; cuanto más que sois miembro de la Tabla Redonda; y sabed que si no conseguís sanarle, me atrevo a decir que no hay caballero en este mundo que lo pueda sanar, y por ende os ruego que hagáis lo que nosotros hemos hecho.

Y todos los reyes y caballeros, en su mayor parte, rogaron a sir Lanzarote que lo tocase; y entonces el caballero herido, sir Urré, se sentó débilmente, y suplicó a sir Lanzarote diciendo:

–Cortés caballero, te requiero por Dios que sanes mis heridas, pues creo que desde que has venido no me afligen.

–Ah, mi gentil señor –dijo sir Lanzarote–, pluguiera a Jesús que yo pudiese ayudaros; mucho me avergonzaría ser rechazado, pues jamás he sido capaz de hacer por merecimiento cosa tan alta –entonces sir Lanzarote se arrodilló junto al caballero herido, diciendo–: mi señor Arturo, vuestro mandato debo obedecer, el cual está muy contra mi corazón –y alzó las manos, miró hacia oriente, diciendo secretamente para sí: «Santísimo Padre, Hijo y Espíritu Santo, suplico de Tu misericordia que queden a salvo mi modesta honestidad y mi honra, y me des, santísima Trinidad, poder para sanar a este caballero enfermo por Tu gran virtud y gracia, buen Señor, y no mía».

Y entonces sir Lanzarote rogó a sir Urré que le dejase ver su cabeza; y entonces, arrodillándose devotamente, tocó las tres heridas, que sangraban un poco, y al punto sanaron las heridas totalmente, y pareció que hacía siete años que estaban sanas. Y de la misma manera tocó las otras tres heridas de su cuerpo, y sanaron igualmente; y por último tocó la que tenía en la mano, y al punto sanó también.

Entonces el rey Arturo y todos los reyes y caballeros se arrodillaron y dieron gracias y alabanzas a Dios y a su santa madre. Y sir Lanzarote lloró como un niño al que hubiesen pegado.

Entonces el rey Arturo mandó a capellanes y clérigos que se ataviasen de la manera más devota, y entrasen a sir Urré en Carlisle, con cánticos y alabanzas a Dios. Y hecho esto, mandó el rey que lo vistiesen en la más rica manera que se podía pensar; y entonces hubo muy pocos caballeros mejor hechos en toda la corte, pues era muy bien hecho y fuerte. Y Arturo preguntó a sir Urré cómo se sentía.

–Mi buen señor –dijo–, jamás me he sentido más lozano.

–¿Queréis justar y hacer armas? –dijo el rey Arturo.

–Señor –dijo Urré–, si tuviese cuanto pertenece a la justa, presto estaría apercibido.

Capítulo 13

Cómo se formó un bando de cien caballeros

contra cien caballeros; y de otros asuntos

Entonccs formó Arturo un bando de cien caballeros para ir contra cien caballeros. Y por la mañana justaron por un diamante; pero no justó ninguno de los caballeros peligrosos; y para abreviar este cuento, sir Urré y sir Lavaine justaron mejor ese día, pues no hubo

nadie, salvo ellos, que derrocase y tirase treinta caballeros; y entonces por acuerdo de todos los reyes y señores, sir Urré y sir Lavaine fueron hechos caballeros de la Tabla Redonda.

Y sir Lavaine puso su amor en doña Felelolie, hermana de sir Urré, y se desposaron con gran gozo, y el rey Arturo les dio a cada uno una baronía de tierras.

Y este sir Urré no se quiso separar nunca de sir Lanzarote, sino que siempre lo acompañaban sir Lavaine y él; y en toda la corte fueron tenidos por buenos caballeros, y muy deseosos en armas; e hicieron muchos nobles hechos, pues no querían descansar, sino que siempre buscaban aventuras. Así vivieron en esta corte con gran nobleza y contento mucho tiempo.

Pero cada noche y día sir Agravain, hermano de sir Gawain, acechaba a la reina Ginebra y a sir Lanzarote del Lago para ponerlos en vergüenza y reproche.

Y dejo aquí este cuento, y paso por alto grandes libros de sir Lanzarote del Lago, qué grandes aventuras hizo cuando era llamado le Chevalier du Chariot. Pues como dice el libro francés, por despecho los caballeros y las damas lo llamaban «el caballero que anduvo en la carreta», como el que es condenado a la horca; por tanto, en menosprecio de todos los que así le llamaron, se hizo llevar en una carreta doce meses; pues después que muriese sir Meliagaunt en la querella de la reina, no fue a caballo en doce meses. Y como dice el libro francés, en esos doce meses hizo más de cuarenta batallas. Y porque he perdido el asunto mismo del Chevalier du Chariot, dejo la historia de sir Lanzarote, y aquí paso a le morte del rey Arturo; la cual causó sir Agravain.

Explicit liber XIX.

Y sigue a continuación la muy piadosa

historia de la muerte del

rey Arturo, que es el

vigésimo libro.

Libro XX

Capítulo 1

Cómo sir Agravain y sir Mordred discutieron con sir Gawain por revelar el amor entre sir Lanzarote y la reina Ginebra

En mayo, cuando todo corazón lozano florece y retoña, pues como la estación es lozana de ver y deleitosa, así el hombre y la mujer gozan y disfrutan de la llegada del verano con sus flores frescas; pues el invierno, con sus ásperos vientos y borrascas hace que se encojan el hombre y la mujer lozanos, y permanezcan sentados junto al fuego.

Y en esta estación, en el mes de mayo, sobrevino una gran ira y desdicha que no se extinguió hasta que fue destruida y muerta la flor de la caballería de todo el mundo; y todo se debió mayormente a dos malhadados caballeros, llamados sir Agravain y sir Mordred, hermanos de sir Gawain. Pues estos sir Agravain y sir Mordred tenían secreto odio a la reina doña Ginebra y a sir Lanzarote, y día y noche acechaban a sir Lanzarote.

Y aconteció que estaban sir Gawain y sus hermanos en la cámara del rey Arturo; y entonces dijo sir Agravain abiertamente y sin consejo ninguno, de manera que pudiesen oírlo muchos caballeros:

–Me sorprende que no nos avergüence ver y saber que sir Lanzarote yace día y noche con la reina, pues todos sabemos que es así; y que sea eso vergonzosamente consentido por todos nosotros, y que consintamos que un noble rey como es el rey Arturo sea así afrentado.

Entonces habló sir Gawain, y dijo:

–Hermano sir Agravain, os ruego y encarezco que no mováis más tales cuestiones delante de mí, pues sabed –dijo sir Gawain– que no comparto vuestra actitud.

–Así Dios me ayude –dijeron sir Gaheris y sir Gareth–, no queremos saber, hermano Agravain, de vuestras intrigas.

–Pues yo sí –dijo sir Mordred.

–Bien lo creo –dijo sir Gawain–, pues siempre estáis presto a toda desdicha, hermano sir Mordred; pero quisiera que dejaseis todo esto, y no insistieseis tanto, pues sé qué puede venir de ello.

–Venga lo que venga –dijo sir Agravain–, lo revelaré al rey.

–Mi consejo es que no lo hagáis –dijo sir Gawain–; pues si se mueve guerra y contienda entre sir Lanzarote y nosotros, sabed, hermano, que muchos reyes y grandes señores estarán con sir Lanzarote. También, hermano sir Agravain, debéis recordar cuántas veces sir Lanzarote ha rescatado al rey y a la reina; y el mejor de nosotros tendría el corazón frío de no haber sido sir Lanzarote mejor que nosotros, lo que ha probado muchas veces. Y por mi parte, jamás estaré contra sir Lanzarote por lo que hizo un día, cuando me rescató del rey Carados de la Torre Dolorosa, y le dio muerte y me salvó la vida. También, hermanos Agravain y Mordred, os rescató a los dos de la misma manera, y a sesenta y dos, de sir Turquin. Creo, hermano, que tan gentiles obras y bondades deberían tenerse en cuenta.

–Haced como queráis –dijo sir Agravain–, pero yo no lo ocultaré más.

A estas palabras llegó el rey Arturo.

–Hermano, dejad esos enredos –dijo sir Gawain.

–No queremos –dijeron sir Agravain y sir Mordred.

–¿En eso estáis? –dijo sir Gawain–. Entonces que Dios os valga, pues yo no quiero saber de vuestros cuentos ni ser de vuestro consejo.

–Tampoco yo –dijeron sir Gareth y sir Gaheris–, pues jamás hablaremos mal de ese hombre; pues ya que sir Lanzarote me hizo caballero –dijo sir Gareth–, de ninguna manera debo hablar mal de él –y seguidamente se fueron los tres, haciendo gran duelo.

–¡Ay! –dijeron sir Gawain y sir Gareth–, ahora reinará la discordia en todo este reino, y se dispersará la noble compañía de la Tabla Redonda.

Y se fueron.

Capítulo 2

Cómo sir Agravain reveló el amor de ambos al rey Arturo, y cómo el rey Arturo les dio licencia para prenderle

Y entonces sir Arturo les preguntó de qué eran esas discusiones que tenían.

–Mi señor –dijo Agravain–, os diré lo que no puedo callar más tiempo. Aquí hemos revelado, yo y mi hermano sir Mordred, a mis hermanos sir Gawain, sir Gaheris y sir Gareth, cómo sabemos todos que sir Lanzarote tiene a vuestra reina, y la viene teniendo desde hace mucho tiempo; y somos hijos de vuestra hermana, y no podemos consentirlo más tiempo, y sabemos todos que debéis estar por encima de sir Lanzarote, y sois el rey que le hizo caballero; y por tanto probaremos que es traidor a vuestra persona.

–Si es así –dijo sir Arturo–, sabed que no tendrá remisión; aunque no quisiera yo empezar tal asunto a menos que tuviese prueba de ello; pues sir Lanzarote es un caballero osado, y todos sabéis que es el mejor de entre nosotros; y a menos que sea prendido en la acción, luchará con el que mueva ese rumor, y no conozco ningún

caballero que sea capaz de vencerle. Por ende, si es verdad lo que decís, quisiera que fuese prendido en la acción.

Pues como dice el libro francés, muy mal sabía al rey esto, que moviesen ningún rumor sobre sir Lanzarote y su reina; pues el rey abrigaba una sospecha, pero no quería saber de ello, pues sir Lanzarote había hecho tanto por él y la reina, tantas veces, que sabed que el rey lo amaba muchísimo.

–Mi señor –dijo sir Agravain–, salid mañana a montear, y no dudéis que sir Lanzarote no querrá ir con vos. Y cuando se acerque la noche, enviad mandado a la reina de que dormiréis fuera toda esa noche, y enviad por vuestros cocineros; y entonces nosotros, so pena de nuestra vida, lo prenderemos esa noche con la reina, y os lo traeremos vivo o muerto.

–De buen grado –dijo el rey–; entonces os aconsejo que llevéis con vos segura compañía.

–Señor –dijo Agravain–, mi hermano sir Mordred y yo llevaremos doce caballeros de la Tabla Redonda con nosotros.

–Tened cuidado –dijo el rey Arturo–, pues os prevengo que le hallaréis recio.

–Dejadnos hacer –dijeron sir Agravain y sir Mordred.

Y por la mañana salió el rey Arturo a montear, y envió mandado a la reina de que estaría fuera toda esa noche. Entonces sir Agravain y sir Mordred tomaron con ellos doce caballeros, y se escondieron en una cámara del Castillo de Carlisle; y éstos eran sus nombres: sir Colgrevaunce, sir Mador de la Porte, sir Gingalin, sir Meliot de Logres, sir Petipase de Winchelsea, sir Galleron de Galway, sir Melion de la Montaña, sir Astamore, sir Gromore Somir Jaure, sir Curselaine, sir Florence, sir Lovel. Estos doce caballeros estaban con sir Mordred y sir Agravain, y todos ellos eran de Escocia, parientes de sir Gawain, o partidarios de sus hermanos.

Y cuando llegó la noche, sir Lanzarote dijo a sir Bors que iría esa noche a verse con la reina.

–Señor –dijo sir Bors–, mi consejo es que no vayáis esta noche.

–¿Por qué? –dijo sir Lanzarote.

–Señor –dijo sir Bors–, recelo de sir Agravain, que os acecha diariamente para afrentaros a vos y a todos nosotros; y jamás me dio en el corazón que no debías ir, cada vez que habéis ido a la reina, tanto como ahora; pues sospecho que el rey está fuera esta noche, apartado de la reina, porque tal vez ha puesto alguna asechanza por vos y la reina, y por tanto temo grandemente alguna traición.

–No tengáis ningún temor –dijo sir Lanzarote–, pues iré y volveré sin demorarme.

–Señor –dijo sir Bors–, mucho me pesa; pues temo mucho que vuestra salida esta noche nos traiga desgracia a todos.

–Gentil sobrino –dijo sir Lanzarote–, mucho me maravilla que digáis eso, cuando la reina ha enviado por mí; y sabed que no seré tan cobarde, quiero que sepa que deseo verla.

–Que Dios os valga –dijo sir Bors–, y os devuelva sano y salvo otra vez.

Capítulo 3

Cómo sir Lanzarote fue espiado en la cámara de la reina, y cómo sir Agravain y sir Mordred fueron con doce caballeros a matarlo

Partió, pues, sir Lanzarote, se puso la espada bajo el brazo, y envuelto en su capa este noble caballero se puso en gran peligro; y así acudió a la cámara de la reina, y seguidamente sir Lanzarote fue introducido prestamente en la cámara.

Y así, como dice el libro francés, la reina y Lanzarote estuvieron juntos. Y si estuvieron en la cama o tuvieron otra suerte de placeres, no quiero hacer mención de ello, pues el amor en aquel tiempo no era como es hoy día.

Pero mientras estaban juntos, llegaron sir Agravain y sir Mordred, con doce caballeros de la Tabla Redonda, y dijeron a grandes voces:

–¡Caballero traidor, sir Lanzarote del Lago, ahora eres prendido!

Y así daban voces para que toda la corte lo pudiese oír; e iban los catorce armados en todos los puntos como si fuesen a entrar en batalla.

–¡Ay! –dijo la reina Ginebra–; ahora hemos sido destruidos ambos.

–Señora –dijo sir Lanzarote–, ¿hay aquí en vuestra cámara alguna armadura, que pueda cubrir mi pobre cuerpo con ella? Si la hay, dádmela, que presto apagaré su malicia, por la gracia de Dios.

–En verdad –dijo la reina–, no tengo armadura, escudo, espada, ni lanza ninguna; por lo que mucho me temo que nuestro largo amor ha llegado a desventurado fin, pues oigo por su estruendo que hay muchos nobles caballeros, y sé que vienen fuertemente armados. Por lo que seguramente os matarán, y después seré quemada yo. Pues si pudieseis escapar de ellos estoy cierta de que me rescataríais del peligro en que estuviese.

–¡Ay! –dijo sir Lanzarote–, jamás en toda mi vida me he visto en trance así, que deba morir vergonzosamente por no tener armadura.

Pero no cesaban sir Agravain y sir Mordred de gritar a una vez:

–¡Caballero traidor, sal de la cámara de la reina, pues sabe bien que estás cercado de manera que no escaparás!

–¡Oh, Jesús, piedad! –dijo sir Lanzarote–; no puedo sufrir esas voces y ese estruendo vergonzoso, pues antes quisiera la muerte ahora mismo que soportar este sufrimiento.

Entonces tomó a la reina en sus brazos, la besó, y dijo:

–Muy noble y cristiana reina, os suplico, como habéis sido siempre especialmente buena dama mía, y yo vuestro pobre y fiel caballero en todo tiempo hasta donde he podido, y jamás he dejado de defender vuestra causa en razón y en sinrazón, desde el día en que el rey Arturo me hizo caballero, que roguéis por mi alma si aquí muero, pues bien cierto estoy de que sir Bors, mi sobrino, y el resto de mis parientes, con sir Lavaine y sir Urré, no dejarán de rescataros del fuego; y por tanto mi señora, confortaos, sea lo que sea de mí, y acudid a sir Bors, mi sobrino, y a sir Urré, que ellos os harán todo el placer que puedan o esté a su alcance, de manera que viviréis como reina en mis tierras.

–No, Lanzarote –dijo la reina–; sabe bien que no te sobreviviré, sino que si tú mueres aceptaré mi muerte tan humildemente por Jesucristo como jamás la aceptó reina cristiana ninguna.

–Bien, señora –dijo sir Lanzarote–, ya que ha llegado el día en que debe terminar nuestro amor, sabed que venderé mi vida lo más cara que pueda; y mil veces más me pesa por vos que por mí. Y antes que ser señor de toda la cristiandad quisiera ahora tener segura armadura sobre mí, de manera que los hombres pudiesen hablar de mis hazañas antes de morir.

–En verdad –dijo la reina–, quisiera, si a Dios pluguiese, que me prendiesen y matasen a mí, y os dejasen escapar a vos.

–Eso jamás –dijo sir Lanzarote–; Dios me proteja de tal vergüenza. ¡Pero, Jesús, sé tú mi escudo y mi armadura!

Capítulo 4

Cómo sir Lanzarote mató a sir Colgrevaunce,

y se armó con su arnés, y después mató

a sir Agravain y a doce de sus campañeros

Y seguidamente sir Lanzarote se envolvió bien y seguramente la capa alrededor del brazo; y entretanto los de fuera habían traído una gran imagen de la sala, y arremetían con ella contra la puerta.

–Gentiles señores –dijo sir Lanzarote–; dejad vuestras voces y arremetidas, que yo abriré esta puerta, y entonces podréis hacer conmigo lo que queráis.

–Venga, pues –dijeron todos–, y hazlo; pues de nada te vale contender contra todos nosotros; y por tanto déjanos entrar, y te dejaremos la vida hasta que vengas al rey Arturo.

Entonces Lanzarote descorrió el cerrojo de la puerta, y la sostuvo un poco abierta con la mano izquierda, de manera que sólo pudiesen entrar de a uno; y entró un buen caballero, que era hombre ancho y membrudo, y cuyo nombre era Colgrevaunce de Gore; y con la espada tiró un poderoso tajo a sir Lanzarote; y éste esquivó el tajo, y le dio tal revés sobre el almete que cayó muerto de bruces, en la puerta de la cámara.

Y entonces sir Lanzarote con gran fuerza metió al caballero muerto dentro de la cámara; y con ayuda de la reina y sus damas, se armó prestamente con la armadura de sir Colgrevaunce. Y no paraban sir Agravain y sir Mordred de dar voces:

–¡Caballero traidor, sal de la cámara de la reina!

–Dejad esas voces –dijo sir Lanzarote a sir Agravain–, pues sabed, señor Agravain, que no me prenderéis esta noche; y por tanto si queréis hacer por mi consejo, idos todos de la puerta de esta cámara, y ahorrad esos gritos y calumnias; pues os prometo por mi caballería, que si os vais y no hacéis más ruido, mañana apareceré ante todos vosotros, delante del rey, y veremos quién de vosotros, o todos juntos, me acusa de traición; y allí os responderé como debe un caballero que aquí ha venido a la reina sin ninguna mala intención, lo que probaré y haré bueno sobre vosotros con mis manos.

–¡Mal hayas tú, traidor! –dijeron sir Agravain y sir Mordred–; te tendremos a tu pesar, y te mataremos si nos place; pues te hacemos saber que tenemos licencia del rey Arturo para dejarte la vida o

matarte.

–¡Ah, señores! –dijo sir Lanzarote–, ¿no hay otra gracia en vosotros? Entonces guardaos.

Entonces sir Lanzarote abrió del todo la puerta de la cámara, y salió entre ellos esforzada y caballerescamente; y al punto del primer revés mató a sir Agravain. Y poco después yacían fríos en tierra doce de sus compañeros, pues ninguno de los doce pudo resistir un solo revés de sir Lanzarote. También sir Lanzarote hirió a sir Mordred, que huyó con todas sus fuerzas.

Y a continuación sir Lanzarote volvió a la reina, y le dijo:

–Señora, sabed ahora que todo nuestro sincero amor ha llegado a su fin, pues ahora el rey Arturo será siempre mi enemigo; y por tanto, señora, si queréis que os tenga conmigo, os salvaré de toda suerte de aventuras peligrosas.

–No es eso lo mejor –dijo la reina–. Me parece, ahora que ya habéis hecho harto daño, que será mejor que os detengáis en esto. Y si veis mañana que me condenan a muerte, entonces podréis rescatarme como creáis mejor.

–De buen grado –dijo sir Lanzarote–; pues no tengáis duda de que mientras esté vivo os rescataré.

Y entonces la besó, y se dieron el uno al otro un anillo; y dejó allí a la reina, y regresó a su posada.

Capítulo 5

Cómo sir Lanzarote fue a sir Bors,

y le contó cómo había librado, y en qué aventura

había estado, y cómo había escapado

Cuando sir Bors vio a sir Lanzarote, jamás se alegró tanto de su llegada a casa como entonces.

–Jesús, merced –dijo sir Lanzarote–; ¿por qué estáis todo armado? ¿Qué significa eso?

–Señor –dijo sir Bors–, después que os fuisteis de nosotros, todos los de vuestra sangre y los que os quieren bien teníamos tal desasosiego que unos saltamos desnudos de la cama, y otros en sueños tomaron una espada desnuda en la mano; porque creímos que había cerca alguna gran contienda; y entonces pensamos que habíais sido prendido con alguna traición, así que nos aprestamos, cualquiera que fuese la necesidad en que estuvieseis.

–Mi gentil sobrino –dijo sir Lanzarote a sir Bors–, debéis saber todos que esta noche he estado en el peor trance de mi vida, aunque he escapado –y les contó a todos cómo y de qué manera, como habéis oído–. Y por tanto, mis compañeros –dijo sir Lanzarote–, os ruego a todos que tengáis corazón en cualquier necesidad que yo esté, pues ahora nos ha llegado la guerra a todos.

–Señor –dijo Bors–, bien venido sea todo lo que Dios nos envíe, pues hemos tenido mucha dicha con vos, y hemos ganado mucho merecimiento, y por tanto tomaremos la desdicha con vos, como hemos tomado la dicha.

–Y por tanto –dijeron todos, pues había allí muchos buenos caballeros–, no tengáis ningún desasosiego, pues no hay tropel de caballeros bajo el cielo al que no podamos hacer tanto quebranto como ellos puedan hacernos a nosotros. Y por tanto no toméis desasosiego por ninguna manera, que nos mantendremos juntos los que os amamos, y los que nos aman, y lo que queráis que se haga se hará. Y por tanto, señor Lanzarote –dijeron–, tomaremos la desdicha con la dicha.

–Muchas gracias –dijo sir Lanzarote–, por vuestro buen ánimo; pues en mi gran congoja, mi gentil sobrino, me consoláis grandemente, y muy obligado estoy a vos. Pero esto, mi gentil sobrino, quisiera que hicieseis lo más presto que podáis, antes de que amanezca: que miréis entre los que aquí se aposentan con el rey, quiénes están conmigo, y quiénes no, pues ahora quisiera saber cuáles son mis

amigos y cuáles mis enemigos.

–Señor –dijo sir Bors–, yo me encargaré de esto, y antes de que sean las siete sabré de los que habéis dicho quiénes están con vos.

Entonces sir Bors llamó a sir Lionel, sir Héctor de Maris, sir Blamor de Ganis, sir Bleoberis de Ganis, sir Gahalantine, sir Galihodin, sir Galihud, sir Menaduke, sir Villiars el Valiente, sir Hebes le Renoumes, sir Lavaine, sir Urré de Hungría, sir Nerovens, sir Plenorius (a estos dos los había hecho caballeros sir Lanzarote, y a uno lo había vencido en un puente, y por ello jamás querían estar contra él), y a Harry le Fise du Lake, y a sir Selises de la Torre Dolorosa, y a sir Melias de Lile, y a sir Bellengerus le Beuse, que era hijo de sir Alisander le Orphelin, porque su madre Alicia era la Bella Peregrina y pariente de sir Lanzarote, y por tanto estaba con él. También fueron sir Palomides y sir Safer, su hermano, a unirse a sir Lanzarote; y sir Clegis, sir Sadok, y sir Dinas, sir Clarrus de Cleremont. Y se juntaron estos veintidós caballeros, y cuando estuvieron armados y a caballo, prometieron a sir Lanzarote hacer lo que quisiese. Entonces se unieron a ellos, del Norte de Gales y de Cornualles, por sir Tristán y por sir Lamorak, hasta el número de ochenta caballeros.

–Mis señores –dijo sir Lanzarote–, sabed que desde que vine a este país he tenido buena voluntad para mi señor el rey Arturo y mi señora la reina Ginebra, hasta donde pude; y esta noche, porque me envió llamar mi señora para hablar con ella, presumo que por traición, aunque excuso sobradamente a su persona, y por una conjura, he estado cerca de morir; pero Jesús ha querido que escapase a la malicia y traición de todos ellos... –y entonces este noble caballero, sir Lanzarote, contó a todos cómo estuvo en mal trance en la cámara de la reina, y cómo y de qué manera había escapado de él–. Y por tanto, sabed, mis gentiles señores, que estoy cierto que no habrá sino guerra para mí y los míos. Y porque he matado esta noche a esos caballeros, como sé que eran sir Agravain, hermano de sir Gawain, y al menos doce de sus compañeros, por esa causa estoy ahora cierto de que habrá guerra mortal, pues estos caballeros fueron enviados y ordenados por el rey Arturo para traicionarme. Y por tanto el rey en su acaloramiento y malicia condenará a la reina a la hoguera, y no puedo consentir que por mí

sea quemada; pues si puedo ser oído y consentido y aceptado, lucharé por la reina, y haré bueno que es dama fiel a su señor; pero temo que el rey en su acaloramiento no quiera aceptarme como debiera.

Capítulo 6

Del acuerdo y consejo tomado por sir Lanzarote y sus amigos para salvar a la reina

–Mi señor Lanzarote –dijo sir Bors–, mi consejo es que debéis aceptar la desdicha con la dicha, y aceptarla con paciencia, y dar gracias a Dios por ella. Y ya que ha venido así, os aconsejo que os guardéis, pues si os guardáis, no hay compañía de caballeros cristianos que os haga quebranto ninguno. También quiero aconsejaros, mi señor Lanzarote, que si mi señora la reina Ginebra está en congoja, ya que corre peligro por vos, que caballerescamente la rescatéis; y si otra cosa hicieseis, todo el mundo diría vergüenza de vos hasta el fin del mundo. Ya que habéis sido sorprendido con ella, tanto si hicisteis bien o mal, es ahora vuestro deber teneros con la reina, de manera que no muera ni tenga una muerte desdichada, pues si así muriese, vuestra sería la vergüenza.

–Jesús me libre de esa afrenta –dijo sir Lanzarote–, y guarde y salve a mi señora la reina de toda villanía y muerte vergonzosa, y de ser destruida por mí; así que, mis gentiles señores, parientes y amigos, ¿qué puedo hacer?

Entonces dijeron todos:

–Nosotros haremos lo que vos queráis.

–Esto os pregunto –dijo sir Lanzarote–: que si mi señor Arturo por mal consejo, en su acaloramiento, envía mañana a mi señora a la hoguera para que sea quemada, qué es lo mejor que se puede hacer.

Entonces dijeron todos a una sola voz:

–Señor, nos parece lo mejor que caballerescamente rescatéis a la reina, cuanto más que si es quemada lo será por vos; y es de presumir que si os pudiesen prender, correríais la misma suerte, u otra más vergonzosa. Y señor, decimos aquí todos, que ya que la habéis rescatado muchas veces de la muerte por querellas de otros, nos parece que es más honra vuestra que la rescatéis de este peligro, ya que lo tiene por vos.

Entonces sir Lanzarote se quedó callado y dijo a continuación:

–Mis gentiles señores, sabed que no quisiera hacer nada que fuese deshonroso para vosotros o para los de mi sangre, y sabed que no quisiera que mi señora la reina tuviese una muerte vergonzosa; pero si así me aconsejáis que la rescate, tendré que hacer mucho daño antes de rescatarla; y puede ser que destruya a algunos de mis mejores amigos, lo cual me pesaría mucho; y puede ser que haya algunos que, antes que desobedecer a mi señor el rey Arturo, vengan luego contra mí, a los que yo no quisiera herir. Y si llego a rescatarla, ¿dónde la guardaré?

–Eso será lo de menos para todos nosotros –dijo sir Bors–. ¿Qué hizo el noble caballero sir Tristán, por vuestra buena voluntad? ¿No guardó consigo a La Bella Isolda cerca de tres años en la Gozosa Guarda? Y lo hizo por el concurso de todos los vuestros; y esa misma plaza es vuestra; pues eso mismo podéis hacer si queréis, y llevaros prestamente a la reina, si acaso el rey la condena a ser quemada; y en la Gozosa Guarda la podéis guardar tiempo suficiente hasta que el ardimiento del rey haya pasado. Y entonces podréis traer a la reina otra vez al rey con gran honra; y puede ser que entonces os agradezca que se la devolváis, y haya amor y agradecimiento donde de otra manera habrá enemiga.

–Duro es eso de hacer –dijo sir Lanzarote–, pues por sir Tristán puedo tener advertencia; pues cuando por medio de tratados sir Tristán llevó a La Bella Isolda de la Gozosa Guarda al rey Marco otra vez, ved lo que aconteció a la postre, y cómo ese falso traidor rey Marco lo mató vergonzosamente cuando tañía el arpa ante su señora La Bella Isolda, con una hoja afilada que le metió por detrás hasta el corazón. Me aflige hablar de su muerte, pues en todo el

mundo no se puede hallar otro caballero como él.

–Todo eso es verdad –dijo sir Bors–; pero una cosa hay que nos dará ánimo a vos y a todos nosotros: sabéis que el rey Arturo y el rey Marco no fueron nunca de condiciones parecidas, pues jamás hubo quien pudiera probar que el rey Arturo fuese desleal a su promesa.

Y para abreviar, todos estuvieron concordes en que, para bien o para mal, si por la mañana la reina era llevada a la hoguera, brevemente la rescatarían todos ellos. Y por consejo de sir Lanzarote, se emboscaron todos en un bosque, lo más cerca posible de Carlisle, y aguardaron allí, a la espera de qué hacía el rey.

Capítulo 7

Cómo sir Mordred cabalgó deprisa a donde aguardaba el rey, para contarle la pelea y muerte de sir Agravain y los otros caballeros

Ahora volvemos otra vez a sir Mordred, el cual, cuando escapó del noble caballero sir Lanzarote, tomó inmediatamente su caballo, montó en él, y fue al rey Arturo, gravemente magullado y herido como estaba, y todo cubierto de sangre; y se lo contó al rey todo, cómo fue, y cómo habían muerto todos salvo él.

–Jesús, piedad! ¿cómo puede ser eso? –dijo el rey–. ¿Lo sorprendisteis en la cámara de la reina?

–Sí, así Dios me ayude –dijo sir Mordred–; allí lo hallamos desarmado, y mató a sir Colgrevaunce, y se armó con su armadura – y se lo contó todo al rey, de principio a fin.

–¡Jesús, piedad! –dijo el rey–, es un maravilloso caballero de proeza. ¡Ay, mucho me pesa que esté sir Lanzarote contra mí! Ahora estoy cierto de que la noble compañía de la Tabla Redonda se ha

roto para siempre, pues con él se tendrán muchos nobles caballeros; y ahora ha acontecido de tal suerte que no puedo con mi honra sino consentir que la reina sea condenada a muerte.

Entonces pronunció solemne orden en este acaloramiento, de que la reina debía ser condenada a muerte. Y la ley en aquellos tiempos era que fuera quien fuese, de cualquier estado o grado, si era hallado culpable de traición, irremediablemente debía morir; y la conducta o el sorprenderle en la acción era causa de su irremisible condena. Y así mismo se ordenó en el caso de la reina Ginebra, porque el escapar sir Mordred malherido, y la muerte de trece caballeros de la Tabla Redonda, estas pruebas y experiencias fueron la causa de que el rey Arturo mandase a la reina a la hoguera. Entonces habló sir Gawain, y dijo:

–Mi señor Arturo, os aconsejaría que no obraseis con demasiada prisa, sino que aplazaseis esta condena de mi señora la reina, por muchos motivos. Uno es que aunque sir Lanzarote haya sido hallado en la cámara de la reina, sin embargo pudiera ser que no hubiese ido allí por nada malo, pues vos sabéis, mi señor –dijo sir Gawain–, que la reina está muy obligada a sir Lanzarote, más que a ningún otro caballero, pues muchas veces le ha salvado la vida y hecho batalla por ella cuando toda la corte había rehusado; y quizá ella envió por él por bondad y no por nada malo, para recompensarle las buenas hazañas que él le ha hecho en tiempos pasados. Y quizá mi señora la reina envió llamarle con la intención de que sir Lanzarote fuese a su buena gracia privada y secretamente, creyendo que para ella era mejor así, evitando y temiendo la calumnia; pues a menudo hacemos muchas cosas creyendo que es lo mejor, y luego quizá se vuelve en lo peor. Pues me atrevo a decir que mi señora, vuestra reina, es con vos buena y fiel; y en cuanto a sir Lanzarote, me atrevo a decir que lo hará bueno sobre cualquier caballero vivo que quiera echar sobre él villanía o afrenta, y de la misma manera lo hará bueno por mi señora doña Ginebra.

–Eso lo creo bien –dijo el rey Arturo–; pero no quiero seguir ese camino con sir Lanzarote, pues fía tanto en sus manos y su poder que no teme a nadie; y por tanto nunca más luchará por mi reina, pues será juzgada según la ley. Y si puedo prender a sir Lanzarote, sabed que recibirá una muerte vergonzosa.

–Jesús me libre –dijo sir Gawain– de verlo yo jamás.

–¿Por qué decís eso? –dijo el rey Arturo–. En verdad que no tenéis motivo para amar a sir Lanzarote, pues esta noche pasada mató a vuestro hermano sir Agravain, muy buen caballero, y casi mató a vuestro otro hermano sir Mordred, y también mató a trece nobles caballeros; y también, sir Gawain, recordad que mató a dos de vuestros hijos, sir Florence y sir Lovel.

–Mi señor –dijo sir Gawain–, todo eso lo tengo presente, y esas muertes me pesan muy grandemente; pero comoquiera que les previne de antemano, y dije a mis hermanos e hijos qué ocurriría finalmente, y comoquiera que no quisieron seguir mi consejo, no quiero tener que ver en eso, ni vengaré sus muertes; pues les dije que no se puede contender con sir Lanzarote. Aunque me pesa la muerte de mis hermanos y mis hijos, ellos fueron los causantes de su propia muerte; pues muchas veces previne a mi hermano sir Agravain, y le dije los peligros que ahora han sobrevenido.

Capítulo 8

Cómo sir Lanzarote y sus parientes rescataron a la reina de la hoguera, y cómo mató a muchos caballeros

Entonces dijo el noble rey Arturo a sir Gawain:

–Querido sobrino, os ruego que os aparejéis con vuestra mejor armadura, con vuestros hermanos sir Gaheris y sir Gareth, para llevar a mi reina a la hoguera, para que se le haga allí juicio y reciba la muerte.

–No, mi muy noble señor –dijo sir Gawain–; eso no lo haré jamás; pues sabed que nunca estaré en ese lugar donde tan noble reina

como es mi señora doña Ginebra vaya a tener vergonzoso fin. Pues sabed que no resistirá mi corazón verla morir; y jamás se dirá que estuve de acuerdo con vos en su muerte.

Entonces dijo el rey a sir Gawain:

–Consentid que vuestros hermanos sir Gaheris y sir Gareth estén allí.

–Mi señor –dijo sir Gawain–, os prevengo que no querrán estar allí presentes, por las muchas aventuras que allí sobrevendrán; pero ellos son mancebos, e incapaces de deciros que no.

Entonces dijeron sir Gaheris, y el buen caballero sir Gareth, a sir Arturo:

–Señor, bien podéis mandarnos estar allí; pero sabed que será muy contra nuestra voluntad; pero si hemos de estar allí por vuestro riguroso mandato, nos tendréis claramente excusados: estaremos de manera pacífica, y no llevaremos ningún arnés de guerra sobre nosotros.

–En el nombre de Dios –dijo el rey–; aparejad entonces, pues muy presto tendrá su juicio.

–¡Ay –dijo sir Gawain–, que haya tenido que vivir yo para ver este día malaventurado! –y sir Gawain se volvió y lloró vivamente, y se metió en su cámara.

Y entonces fue conducida la reina fuera de Carlisle, y allí fue despojada hasta la saya. Y a continuación le llevaron a su padre espiritual, para que se confesase de sus yerros. Y hubo llantos, y gemidos, y retorcer de manos de muchos señores y damas; pero hubo muy pocos en comparación que quisiesen llevar armadura para reforzar la muerte de la reina.

Y había uno enviado por sir Lanzarote para que espiase a qué hora recibiría la reina su muerte; y luego que éste vio despojada a la reina hasta la saya, y confesada, previno a sir Lanzarote.

Entonces hubo espolear y arrancar de caballos, y al punto llegaron a la hoguera. Y los que se pusieron contra ellos, allí fueron muertos; y

nadie pudo resistir a sir Lanzarote, de manera que cuantos llevaban armas y los resistieron allí cayeron, muchos nobles caballeros. Pues murieron sir Belliance le Orgulous, sir Segwarides, sir Griflet, sir Brandiles, sir Agloval, sir Tor; los tres hermanos sir Gauter, sir Gilmere y sir Arnold; sir Damas, sir Priamos, sir Kay el Extranjero, sir Driant, sir Lambegus, sir Hermind; sir Pertelope, sir Perimones, dos hermanos que eran llamados el Caballero Verde y el Caballero Bermejo.

Y en este arremeter y embestir de sir Lanzarote, hiriendo aquí y allá, le aconteció matar a Gaheris y a sir Gareth, el noble caballero, pues estaban desarmados y desprevenidos. Pues como dice el libro francés, sir Lanzarote hirió a sir Gareth y a sir Gaheris encima del cráneo, por lo que murieron en el campo; sin embargo, en pura verdad sir Lanzarote no los vio; y fueron hallados muertos en lo más espeso de la multitud.

Cuando sir Lanzarote hubo hecho esto, y matado y puesto en fuga a todos los que le resistieron, fue derecho a doña Ginebra, e hizo que le pusieran una halda y un manto; seguidamente la hizo sentar detrás de él, y le rogó que tuviese buen ánimo.

Sabed que la reina se alegró de escapar de la muerte. Y entonces dio gracias a Dios y a sir Lanzarote; y emprendió él su camino con la reina, como dice el libro francés, a la Gozosa Guarda, donde la guardó como debía hacer un noble caballero; y muchos grandes señores y algunos reyes enviaron a sir Lanzarote muchos buenos caballeros, y muchos nobles caballeros acudieron a sir Lanzarote. Cuando esto fue conocido públicamente, que había contienda entre el rey Arturo y sir Lanzarote, muchos caballeros se alegraron de su contienda, y muchos otros tuvieron grandísimo pesar.

Capítulo 9

De la aflicción y lamentación [del rey Arturo]

por la muerte de sus sobrinos y otros buenos

caballeros, y también por la reina, su esposa

Y volvemos otra vez a Arturo, quien cuando le contaron cómo y de qué manera habían sacado a la reina de la hoguera, y se enteró de la muerte de sus nobles caballeros, y en especial de la muerte de sir Gaheris y sir Gareth, entonces cayó desvanecido de puro dolor. Y al volver de su desvanecimiento, dijo:

–¡Ay, que haya llevado yo corona sobre mi cabeza! Pues ahora he perdido la más hermosa compañía de nobles caballeros que jamás juntó rey cristiano ninguno! ¡Ay, que mis buenos caballeros hayan sido muertos y apartados de mí!; en estos dos días he perdido cuarenta caballeros, y también la noble compañía de sir Lanzarote y de su sangre, pues ahora nunca más los volveré a reunir con honra. ¡Ay, que haya tenido que empezar esta guerra! Ahora, gentiles compañeros –dijo el rey–, os recomiendo que nadie cuente a sir Gawain la muerte de sus dos hermanos; pues estoy cierto de que cuando sir Gawain sepa que sir Gareth ha muerto casi perderá el juicio. ¡Piedad, Jesús!, ¿por qué ha matado a sir Gareth y a sir Gaheris? Pues me atrevo a decir que sir Gareth amaba a sir Lanzarote por encima de todos los hombres terrenales.

–Eso es verdad –dijeron algunos caballeros–; pero fueron muertos en la contienda, al arremeter sir Lanzarote en la espesura de la lucha; y como iban desarmados, los hirió sin saber a quién hería, y desventuradamente fueron muertos.

–Sus muertes –dijo Arturo– causarán la más grande guerra mortal que haya habido nunca; estoy cierto de que si sir Gawain se entera de que sir Gareth ha muerto, no tendré descanso de él hasta que destruya a sir Lanzarote y a su linaje, o me destruya él a mí. Y por ende –dijo el rey–, sabed que nunca ha tenido tanto pesar mi corazón como ahora, y mucho más siento la pérdida de mis buenos caballeros que la pérdida de mi hermosa reina; pues reinas podría tener sobradas, pero tal hermandad de buenos caballeros jamás se reunirá en ninguna compañía. Y ahora me atrevo a decir –dijo el rey Arturo– que nunca hubo rey cristiano que haya juntado tal compañía; y ¡ay!, que hayamos venido sir Lanzarote y yo a estar en contienda. ¡Ah, Agravain, Agravain, Jesús perdone tu alma, pues la

mala voluntad que tú y tu hermano sir Mordred teníais a sir Lanzarote ha causado toda esta aflicción! –y en medio de estas quejas, el rey lloraba y se desvanecía.

Entonces fue uno a sir Gawain, y le contó cómo se había llevado la reina sir Lanzarote, y habían sido muertos cerca de veinticuatro caballeros.

–¡Oh, Jesús proteja a mis hermanos! –dijo sir Gawain–, pues muy bien sabía yo que sir Lanzarote la rescataría o moriría en ese campo; y a decir verdad no habría sido hombre de merecimiento si no hubiese rescatado a la reina ese día, cuanto más que habría sido quemada por él. Y en eso, no ha obrado sino caballerescamente, y como yo mismo habría hecho, si hubiese estado en caso parecido. Pero ¿dónde están mis hermanos?, me extraña no saber de ellos.

–En verdad –dijo aquel hombre–, que sir Gareth y sir Gaheris han muerto.

–¡No lo quiera Jesús! –dijo sir Gawain–. No quisiera yo por todo el mundo que muriesen, y en especial mi buen hermano sir Gareth.

–Señor –dijo el hombre–, ha muerto, y ésa es gran lástima.

–¿Quién lo ha matado? –dijo sir Gawain.

–Señor –dijo el hombre–, Lanzarote ha matado a los dos.

–No puedo creerlo –dijo sir Gawain–, que haya matado a mi hermano sir Gareth; pues me atrevo a decir que mi hermano Gareth lo amaba más que a mí, y que a todos sus hermanos, y que al rey. También me atrevo a decir que sir Lanzarote habría deseado que mi hermano sir Gareth hubiese estado con él, contra el rey y todos nosotros; y por tanto no puedo creer que sir Lanzarote haya matado a mi hermano.

–Señor –dijo este hombre–, se dice que él lo ha matado.

Capítulo 10

Cómo el rey Arturo, a requerimiento de sir Gawain,

determinó hacer guerra contra sir Lanzarote,

y puso cerco a su castillo llamado Gozosa Guarda

–¡Ay! –dijo sir Gawain–, ahora he perdido mi alegría –y cayó sin sentido, y yació mucho rato como si hubiese muerto. Y cuando volvió de su desvanecimiento, lloró desconsoladamente, y dijo: «¡ay!»

Y corrió después sir Gawain al rey, llorando y sollozando:

–¡Oh rey Arturo, tío mío, mi buen hermano sir Gareth ha sido muerto, y lo mismo mi hermano sir Gaheris, que eran dos nobles caballeros!

Entonces lloró el rey, y él; y cayeron ambos desvanecidos. Y cuando fueron revividos, entonces habló sir Gawain:

–Señor, quiero ir a ver a mi hermano sir Gareth.

–No podéis verlo –dijo el rey–; pues he mandado que lo entierren, y también a sir Gaheris; pues sabía que tendríais muchísima congoja, y el ver a sir Gareth os habría causado doble aflicción.

–¡Ay, mi señor! –dijo sir Gawain–, ¿cómo ha matado a mi hermano sir Gareth? Mi buen señor, os ruego que me lo digáis.

–En verdad –dijo el rey–, os diré lo que a mí me han dicho: sir Lanzarote lo ha matado, y también a sir Gaheris.

–¡Ay! –dijo sir Gawain–; no llevaban armas contra él, ninguno de los dos.

–No sé cómo ha sido –dijo el rey–; pero dicen que sir Lanzarote los mató en lo más espeso de la lucha, y que no los reconoció; y por tanto pensemos un remedio para vengar sus muertes.

–Mi rey, mi señor, y tío mío –dijo sir Gawain–, os voy a hacer una promesa que mantendré por mi caballería: que desde este día, jamás dejaré de buscar a sir Lanzarote hasta que uno de los dos mate al otro. Y por tanto os requiero, mi señor y rey, que aderecéis para la guerra, pues sabed bien que me vengaré de sir Lanzarote; y por ende, si queréis tener mi servicio y mi amor, acuciad a ello, y probad a vuestros amigos. Pues prometo a Dios, por la muerte de mi hermano sir Gareth, que buscaré a sir Lanzarote por los reinos de los siete reyes, y lo mataré, o me matará él a mí.

–No será menester buscarlo tan lejos –dijo el rey–, pues según he oído decir, sir Lanzarote nos aguardará a mí y a vos en la Gozosa Guarda; y mucha gente se une a él, según oigo decir.

–Bien lo puedo creer –dijo sir Gawain–. Pero mi señor, probad a vuestros amigos, que yo probaré a los míos.

–Así se hará –dijo el rey–; y creo que seré lo bastante fuerte para sacarlo de la más recia torre de su castillo.

Entonces el rey envió cartas y escritos por toda Inglaterra, a lo largo y a lo ancho, llamando a todos sus caballeros. Y así llegaron a Arturo muchos caballeros duques y condes, de manera que reunió una gran hueste. Y cuando estuvieron reunidos, el rey les dijo cómo sir Lanzarote le había arrebatado a su reina. Entonces el rey y toda su hueste se aprestó a poner cerco a sir Lanzarote, en la Gozosa Guarda donde estaba.

Se enteró de esto sir Lanzarote, y se proveyó de muchos buenos caballeros, pues muchos se tenían con él; y unos por él, y otros por la reina. Así estuvieron ambas partes bien abastecidas y guarnecidas de toda suerte de cosas que atañían a la guerra. Pero la hueste del rey Arturo era tan fuerte que sir Lanzarote no quiso esperarle en el campo, pues no quería hacer batalla contra el rey; sino que se retrajo a su castillo fuerte con toda clase de vituallas, y con cuantos nobles hombres que podían bastar dentro de la villa y del castillo.

Entonces llegó el rey Arturo con sir Gawain, con una descomunal hueste, y puso cerco a todo alrededor de la Gozosa Guarda, la villa y el castillo, y allí se hizo fuerte guerra por ambas partes. Pero de ninguna manera quiso salir sir Lanzarote de su castillo, ni a caballo

ni a pie en mucho tiempo; ni quiso tampoco que saliese ninguno de sus buenos caballeros, ni de la villa ni del castillo, hasta pasadas quince semanas.

Capítulo 11

De la comunicación entre el rey Arturo

y sir Lanzarote, y cómo le reprobó el rey Arturo

Y acaeció un día, en el tiempo de la siega, que se asomó sir Lanzarote por encima de los muros, y habló en voz alta al rey Arturo y a sir Gawain

–Mis señores, sabed bien que es vano que mantengáis este cerco, pues aquí no ganaréis ninguna honra sino enemiga y deshonra; pues si escogiese salir con mis buenos caballeros, muy pronto daría fin a esta guerra.

–Sal si te atreves –dijo Arturo a Lanzarote–, y prometo enfrentarme contigo en mitad del campo.

–Dios me proteja –dijo sir Lanzarote– de enfrentarme nunca con el muy noble rey que me hizo caballero.

–¡Mal hayan tus hermosas palabras! –dijo el rey–, pues sabe bien y ten por cierto que soy tu enemigo mortal, y lo seré hasta el día de mi muerte; pues has matado a mis buenos caballeros, y muy nobles hombres de mi sangre, a los que nunca recobraré. Y también has yacido con mi reina, y la has tenido muchos inviernos, y como traidor me la has quitado por la fuerza.

–Mi muy noble señor y rey –dijo sir Lanzarote–; podéis decir cuanto queráis, pues sabéis bien que con vos no quiero contender; pero donde decís que he matado a vuestros buenos caballeros, sé que lo he hecho, y de eso tengo mucho pesar; pero me vi forzado a luchar con ellos para salvar la vida, o habría consentido que me matasen.

Y en cuanto a mi señora la reina Ginebra, salvo vuestra persona y alteza, y mi señor Gawain, no hay caballero bajo el cielo que se atreva a hacer bueno sobre mí que fui jamás traidor a vuestra persona. Y donde os plazca decir que he tenido a mi señora vuestra reina años e inviernos, a eso daré siempre sobrada respuesta, y probaré sobre cualquier caballero que tenga vida, salvo vuestra persona y sir Gawain, que mi señora, la reina Ginebra, es dama fiel a vuestra persona como ninguna de cuantas viven a su señor; y eso haré bueno con mis manos. Sin embargo, ha placido a su buena gracia tenerme en caridad, y estimarme más que a ningún otro caballero; y en lo que he podido he merecido su amor, pues muchas veces, mi señor, habéis consentido que fuese quemada y destruida, en vuestro acaloramiento, y he tenido que hacer batalla por ella, y antes de separarme de sus adversarios confesaron ellos su falsedad, y quedó honrosamente excusada. Y en tales ocasiones, mi señor Arturo, me amasteis, y agradecisteis que salvara a vuestra reina de la hoguera; y me prometisteis ser siempre mi buen señor; y ahora creo que recompensáis muy mal mi buen servicio. Y mi buen señor, creo que habría perdido gran parte de mi honra en caballería si hubiese consentido que mi señora, vuestra reina, hubiese sido quemada, cuanto más que habría sido quemada por mi causa. Pues ya que he hecho batallas por vuestra reina en querellas que no eran mías, me parece que con más razón debía hacer batalla por ella en justa querella. Y por tanto, mi bueno y gracioso señor, tomad a vuestra reina en vuestra buena gracia, pues ella es fiel, verdadera, y buena.

–¡Mal hayas tú, caballero falso y menguado! –dijo sir Gawain–. Te hago saber que mi señor y tío, el rey Arturo, os tendrá a su reina y a ti, pese a tu cara; y a los dos os matará si le place.

–Bien puede ser –dijo sir Lanzarote–, pero sabed, mi señor Gawain, que si quisiese salir de este castillo, nos ganaríais más duramente a mí y a la reina de lo que nunca ganasteis una recia batalla.

–¡Mal hayan tus palabras soberbias! –dijo sir Gawain–; en cuanto a mi señora la reina, jamás diré vergüenza ninguna de ella. Pero tú, caballero falso y menguado, ¿qué motivo tenías para matar a mi buen hermano sir Gareth, que te amaba más que a todo mi linaje? ¡Ay!, tú le hiciste caballero con tus propias manos; ¿por qué mataste

al que te amaba tanto?

–Excusarme –dijo sir Lanzarote– no me servirá, pero por Jesús, y por la fe que debo a la alta orden de caballería, que con la misma buena voluntad habría matado a mi sobrino, sir Bors de Ganis, en esa sazón. Pero, ¡ay!, que fuera yo tan desdichado de no ver a sir Gareth y a sir Gaheris.

–Mientes, caballero menguado –dijo sir Gawain–; le mataste en despecho mío; y por tanto sabe bien que te haré guerra, y todo el tiempo que pueda vivir.

–Eso me pesa –dijo sir Lanzarote–; pues bien entiendo que no ayuda a hallar ningún acuerdo el que vos, señor Gawain, estéis tan malamente dispuesto. Y si no lo estuvieseis, no dudo que tendría la buena gracia de mi señor Arturo.

–Bien lo creo, caballero falso y menguado –dijo sir Gawain–; pues muchos largos días me has tenido engañado a mí, y a todos nosotros, y has destruido a muchos de nuestros buenos caballeros.

–Decid lo que os plazca –dijo sir Lanzarote–; pero nunca podrá decirse de mí, y probarse abiertamente, que con deliberada traición matase a ningún buen caballero, como vos, mi señor Gawain, habéis hecho; y jamás hice sino lo que en mi defensa me vi empujado a hacer por salvar mi vida.

–Ah, falso caballero –dijo sir Gawain–, si lo dices por sir Lamorak, sabe bien que yo lo maté.

–No lo matasteis vos solo –dijo sir Lanzarote–; habría sido harto trabajo para vos matarlo, pues era uno de los mejores caballeros cristianos de su edad, y fue gran lástima su muerte.

Capítulo 12

Cómo los primos y parientes de sir Lanzarote

le instaron a salir a batallar, y cómo se aprestaron

–Bien, bien –dijo sir Gawain a Lanzarote–; ya que me censuras de sir Lamorak, sabe bien que no te dejaré hasta que te tenga en tal ventaja que no escapes de mis manos.

–Harto bien creo –dijo sir Lanzarote– que si podéis cogerme tendré poca merced.

Pero como dice el libro francés, el noble rey Arturo habría querido recibir a su reina otra vez, y tener acuerdo con sir Lanzarote; pero sir Gawain no se lo quiso consentir por ninguna manera. Y entonces sir Gawain hizo que muchos hombres denostasen a sir Lanzarote; y todos a la vez le llamaron caballero falso y menguado.

Cuando sir Bors de Ganis, sir Héctor de Maris, y sir Lionel oyeron este clamor llamaron a sir Palomides, a su hermano sir Safer, y a sir Lavaine, con muchos más de su sangre, y fueron todos a sir Lanzarote, y le dijeron:

–Mi señor Lanzarote, sabed que tenemos gran menosprecio de los reproches que oímos a sir Gawain deciros; por lo que os rogamos y encarecemos, si queréis tener nuestro servicio, que no nos tengáis más tiempo dentro de estos muros; pues sabed claramente que queremos entrar en el campo a hacer batalla con ellos; pues os portáis como hombre que está amedrentado, y vuestro hermoso discurso no os aprovechará. Pues sabed que sir Gawain no consentirá que hagáis las paces con el rey Arturo; y por tanto luchad por vuestra vida y vuestro derecho, si os atrevéis.

–Ay –dijo sir Lanzarote–, pues contrario soy a salir de este castillo a hacer batalla

Entonces sir Lanzarote habló en voz alta a sir Arturo y a sir Gawain:

–Mis señores, os requiero y suplico, ya que soy así requerido y conjurado a entrar en el campo, que ninguno de los dos, mi señor rey Arturo, ni vos sir Gawain, entréis en el campo.

–¿Qué haremos entonces? –dijo sir Gawain–. ¿No es esta querella del rey luchar contigo? Y también es mi querella luchar contigo, sir

Lanzarote, por la muerte de mi hermano sir Gareth.

–Entonces de necesidad debo entrar en batalla –dijo sir Lanzarote–. Ahora sabed bien, mi señor Arturo y sir Gawain, que os pesará cuando haga batalla con vos.

Y se separaron entonces unos de otros, y cada bando se apercibió por la mañana para hacer batalla, con gran provisión por ambos lados; y sir Gawain dispuso que muchos caballeros acechasen a sir Lanzarote para derrocarlo y matarlo.

Y por la mañana, a hora tercia, sir Arturo estaba apercibido en el campo con tres grandes huestes. Entonces salió la compañía de sir Lanzarote por tres puertas, y con muy buen atavío; y sir Lionel iba en la batalla delantera, sir Lanzarote en la del centro, y sir Bors salió por la tercera puerta. Así iban en orden y gobierno, como muy nobles caballeros; y no cesaba sir Lanzarote de recomendar a todos sus caballeros que como fuese, salvasen al rey Arturo y a sir Gawain.

Capítulo 13

Cómo sir Gawain justó con sir Lionel y lo derribó,

y cómo sir Lanzarote encabalgó al rey Arturo

Entonces sir Gawain salió de la hueste del rey, se adelantó, y ofreció justar. Y sir Lionel era un bravo caballero, y prestamente se enfrentó a sir Gawain; y sir Gawain la atravesó el cuerpo a sir Lionel, de manera que lo arrojó a tierra como si hubiese muerto; y sir Héctor de Maris y otro más lo llevaron al castillo.

Entonces comenzó allí gran contienda, y murió mucha gente; y sir Lanzarote hacía siempre lo que podía por salvar a la gente del bando del rey; pues sir Palomides, y sir Bors, y sir Safer derribaban muchos caballeros, pues eran caballeros mortales. Y sir Blamor de Ganis y sir Bleoberis de Ganis, con sir Bellengerus le Beuse, estos

seis caballeros, hacían mucho daño; y el rey Arturo andaba siempre acometiendo a sir Lanzarote para matarlo, y sir Lanzarote le soportaba, y no quería devolverle los golpes.

Y se encontró sir Bors con el rey Arturo, y allí lo derribó con la lanza; y se apeó, sacó la espada, y dijo a sir Lanzarote:

–¿Puedo poner fin a esta guerra? –lo que quería decir matar al rey Arturo.

–No seas tan osado –dijo sir Lanzarote–, so pena de tu cabeza, de tocarlo más, pues no quiero ver al muy noble rey que me hizo caballero muerto ni afrentado.

Y con eso se apeó sir Lanzarote de su caballo y levantó al rey, lo encabalgó otra vez, y dijo así:

–Mi señor Arturo, por el amor de Dios cesad esta contienda, pues no ganaríais aquí ninguna honra si yo fuese a ultranza; pero siempre os dispenso, y ni vos ni ninguno de los vuestros me dispensa a mí, mi señor; y recordad qué he hecho en muchos lugares, y ahora soy mal recompensado.

Cuando el rey Arturo estuvo otra vez encabalgado, miró a sir Lanzarote, y las lágrimas le saltaban de los ojos pensando en la gran cortesía que había en sir Lanzarote, más que en ningún otro hombre; y tras esto siguió el rey su camino, ya que no podía mirarle más, y dijo:

–¡Ay, que haya empezado esta guerra!

Y entonces ambas partes de la batalla se retrajeron para descansar, y enterrar a sus muertos, y curar a los heridos; y así pasaron esa noche hasta por la mañana.

Y por la mañana, a la hora tercia, se apercibieron para batallar. Y entonces sir Bors guió la delantera. Y apareció de mañana sir Gawain fiero como un jabalí, con una gruesa lanza en la mano. Y cuando sir Bors lo vio, decidió vengar a su hermano sir Lionel del despecho que sir Gawain le había hecho el día antes. Y ambos, al reconocerse, enristraron sus lanzas, y con todo el poder de sus

caballos y de ellos mismos, se encontraron con tal crudeza que se atravesaron el uno al otro, y cayeron ambos a tierra; y entonces se juntaron las batallas, y hubo gran mortandad en ambas partes.

Entonces sir Lanzarote rescató a sir Bors, y lo envió al castillo; pero ni sir Gawain ni sir Bors murieron de sus heridas, pues fueron sanados del todo. Entonces sir Lavaine y sir Urré rogaron a sir Lanzarote que se esforzase en luchar como ellos hacían:

–Pues vemos que dispensáis y ahorráis, y eso nos hace mucho daño; por tanto os rogamos que no ahorréis a vuestros enemigos, como ellos no os ahorran a vos.

–¡Ay! –dijo sir Lanzarote–, no tengo valor para luchar contra mi señor el rey Arturo, pues me parece que no hago lo que debía.

–Mi señor –dijo sir Palomides–, aunque los ahorréis a todos hoy, ellos nunca os lo agradecerán; y si pueden teneros en ventaja seréis hombre muerto.

Entonces sir Lanzarote comprendió que le decían verdad, y se esforzó más que antes; y porque su sobrino sir Bors había sido malherido.

Y al poco rato, hacia hora de vísperas, sir Lanzarote y su bando se mantenían mejor, pues sus caballos andaban con la sangre por encima de las cernejas, de tanta gente muerta como había. Y entonces, por piedad, sir Lanzarote contuvo a sus caballeros, y consintió que se retrajese el bando del rey Arturo. Y a continuación el bando de sir Lanzarote se retrajo al castillo, y uno y otro bando enterraron a sus muertos, y curaron a sus heridos. Y cuando fue herido sir Gawain, los del bando del rey Arturo se mostraron menos orgullosos que antes de comenzar la batalla.

De esta gran guerra corrió rumor por toda la cristiandad, y finalmente llegó al Papa; y considerando la gran bondad del rey Arturo, y de sir Lanzarote, que eran llamados los más nobles caballeros del mundo, llamó el Papa a un noble clérigo que en aquella sazón estaba allí presente (el libro francés dice que era el obispo de Rochester), y le dio bulas bajo plomo para el rey Arturo de Inglaterra, encomendándole que, so pena de interdicción de toda

Inglaterra, recibiese a la reina dona Ginebra otra vez, y se acordase con sir Lanzarote.

Capítulo 14

Cómo el Papa envió bulas para poner paz,

y cómo sir Lanzarote llevó la reina al rey Arturo

Cuando este obispo llegó a Carlisle, mostró al rey estas bulas. Y cuando el rey leyó estas bulas, no supo qué hacer; mucho deseaba acordarse con sir Lanzarote, pero sir Gawain no se lo quiso consentir; en cuanto a recibir a la reina, estuvo de acuerdo. Pero de ninguna manera quiso consentir sir Gawain que el rey hiciese las paces con sir Lanzarote; aunque en lo de la reina consintió. Y entonces el obispo recibió del rey su gran sello, y su seguridad, como rey verdadero y ungido, de que sir Lanzarote llegaría salvo, y se iría salvo, y que ni el rey, ni ningún otro, hablaría a la reina de cosa alguna hecha en el pasado; y de todos estos acuerdos el obispo llevó consigo segura garantía escrita que mostrar a sir Lanzarote.

Y cuando el obispo llegó a la Gozosa Guarda, mostró a sir Lanzarote cómo el Papa les había escrito a Arturo y a él, y le dijo los peligros si retenía a la reina.

–Nunca ha estado en mi pensamiento –dijo Lanzarote– retener a la reina de mi señor Arturo; pero ya que habría muerto por mi causa, me parece que era mi deber salvarle la vida, y apartarla de ese peligro, hasta que viniese mejor rescate. Y ahora agradezco a Dios que el Papa haya impuesto la paz; pues Dios sabe que me sentiré mil veces más contento devolviéndola que lo fui al llevármela; con esto: que pueda tener la seguridad de ir salvo y volver salvo, y que la reina tendrá la libertad como la tenía antes; y nunca, por ninguna cosa que se haya imaginado antes, correrá ningún peligro desde hoy. Pues si no, me atrevo a aventurar que la guardaré de más recio aguacero que ninguno de los que la he guardado jamás.

–No tenéis por qué temer tanto –dijo el obispo–; pues sabed que el Papa debe ser obedecido; y no sería honroso para el Papa ni para mi pobre honestidad saberos afligido, vos o la reina, ni en peligro, ni en afrenta.

Y entonces mostró a sir Lanzarote todos sus escritos, del Papa y del rey Arturo.

–Ésta es suficiente garantía –dijo sir Lanzarote–; pues mucho me atrevo a fiar en el escrito y sello de mi señor, pues jamás ha hecho afrenta a su promesa. Por tanto –dijo sir Lanzarote al obispo–, iréis antes al rey, y me recomendaréis a su buena gracia, y le haréis saber que en ocho días, por la gracia de Dios, yo mismo llevaré a mi señora, la reina Ginebra, a él. Y diréis a mi muy venerado rey, que hablaré sobradamente en favor de la reina, de manera que no haré excepción de ninguno, por ningún temor o miedo, sino del rey mismo, y de mi señor sir Gawain, y eso más por amor al rey que por él mismo.

Y partió el obispo, fue al rey, que estaba en Carlisle, y se lo contó todo, cómo sir Lanzarote le había respondido; y entonces le saltaron al rey lágrimas de los ojos.

Entonces se proveyó sir Lanzarote de cien caballeros, todos vestidos de terciopelo verde, con sus caballos engualdrapados hasta los calcañares; y cada caballero llevaba una rama de olivo en la mano en señal de paz. Y la reina llevaba veinticuatro dueñas que la acompañaban en la misma manera; y a sir Lanzarote le seguían doce corceles, y sobre cada corcel iba un gentilhombre mancebo; y todos iban ataviados de terciopelo verde, con cadenas de oro alrededor de sus cuartos, y el caballo engualdrapado en la misma manera hasta los calcañares, con muchos prendedores, piedras y perlas engastadas en oro, en número de mil. Y ella y sir Lanzarote iban vestidos con paño blanco de oro hilado; y así como habéis oído, como hace mención el libro francés, cabalgó él con la reina de la Gozosa Guarda a Carlisle.

Y anduvo sir Lanzarote por toda Carlisle, y el castillo, para que todos pudiesen contemplarle; y sabed que hubo muchos ojos que lloraron. Y entonces se apeó sir Lanzarote, dejó el caballo, tomó a la reina y la llevó a donde el rey Arturo estaba en su escaño; y sir

Gawain estaba sentado delante de él, con muchos otros grandes señores. Y cuando sir Lanzarote vio al rey y a sir Gawain, tomó a la reina del brazo, y se arrodilló, y la reina también. Sabed que entonces hubo allí muchos caballeros osados con el rey Arturo que lloraron tiernamente como si hubiesen visto ante ellos a todo su linaje. Y el rey permaneció callado sin decir una palabra. Y cuando sir Lanzarote vio su continente, se levantó, levantó a la reina, y habló así, caballerescamente:

Capítulo 15

De la entrega de la reina al rey por sir Lanzarote,

y qué palabras dirigió sir Gawain a sir Lanzarote

–Mi muy venerado rey, debéis comprender que, por mandato del Papa y vuestro, os traigo aquí a mi señora la reina, como justamente se requiere; y si hay algún caballero, del grado que sea, salvo vuestra persona, que quiera decir o se atreva a decir que no es verdadera y pura con vos, yo mismo, sir Lanzarote del Lago, haré bueno sobre su cuerpo que es fiel a vos; pero habéis prestado oídos a falsarios, y eso ha causado contienda entre vos y yo. Pues hubo un tiempo, mi señor Arturo, en que estabais muy complacido conmigo, cuando hacía batalla por mi señora vuestra reina; y muy bien sabéis, mi nobilísimo rey, que ha sufrido gran injusticia antes de ahora; y ya que os plació muchas veces que luchase por ella, me parece, mi buen señor, que tenía más motivo para rescatarla de la hoguera, cuanto más que debía ser quemada por mi causa. Pues quienes os han contado esos chismes eran falsarios, y así quedó probado sobre ellos; pues probablemente, de no haber estado conmigo el poder de Dios, no habría podido resistir a catorce caballeros, armados y apercibidos de antemano, y yo desarmado y desapercibido. Pues fui mandado llamar por mi señora vuestra reina, no sé por que causa; pero no bien crucé la puerta de su cámara, al punto sir Agravain y sir Mordred me llamaron caballero traidor y menguado.

–Justamente te lo llamaron –dijo sir Gawain.

–Mi señor Gawain –dijo sir Lanzarote–, en esa querella se probó que no tenían razón.

–Bien, bien, señor Lanzarote –dijo el rey–; no te he dado yo motivo para hacerme lo que me has hecho, pues te he honrado a ti y a los tuyos más que a ninguno de mis caballeros.

–Mi buen señor –dijo sir Lanzarote–; no os enojéis, pero recordad que yo y los míos os hemos hecho a menudo mejor servicio que cualesquiera otros caballeros, en muchos y diversos lugares; y donde habéis estado en muy mal trance, yo mismo os he rescatado del peligro; y siempre hasta donde he podido me ha dado alegría agradaros, y a mi señor Gawain; en justas, torneos, y batallas concertadas, a caballo y a pie, os he rescatado a menudo, y a mi señor Gawain, y a muchos más de vuestros caballeros, en muchos y diversos lugares. Y ahora me quiero vanagloriar: quiero que sepáis todos que jamás he hallado ninguna clase de caballero para el que no habría sido yo harto recio si hubiese ido yo a ultranza, gracias a Dios; aunque he sido igualado por buenos caballeros, como sir Tristán y sir Lamorak, siempre los tuve en favor, y en sospecha de quiénes eran. Y tomo por testigo a Dios de que jamás tuve enojo ni gran pesar con ningún buen caballero al que vi esforzarse por ganar merecimiento; y siempre me ha alegrado hallar algún caballero capaz de resistirme a caballo o a pie: aunque sir Carados de la Torre Dolorosa fue muy noble caballero y hombre sobradamente fuerte, como vos sabéis, mi señor sir Gawain; pues bien podía ser llamado noble caballero cuando por pura fuerza os arrancó de la silla, y os ató atravesado, delante de él, al arzón de su silla; y allí, mi señor Gawain, os rescaté, y lo maté delante de vos. También hallé a su hermano, sir Turquin, llevando de la misma manera a sir Gaheris, vuestro hermano, atado delante de él; y allí rescaté a vuestro hermano y maté a ese Turquin, y libré de su prisión a sesenta y cuatro caballeros de mi señor Arturo. Y ahora me atrevo a decir que jamás me encontré con tan fuertes caballeros, ni tan buenos luchando, como fueron sir Carados y sir Turquin, pues con ellos luché a todo trance. Y por tanto –dijo sir Lanzarote a sir Gawain–, me parece que debíais de derecho recordar esto; pues, si yo pudiese tener vuestra buena voluntad, fío en Dios que obtendría la buena

gracia de mi señor Arturo.

Capítulo 16

De la comunicación entre sir Gawain

y sir Lanzarote, con mucha otra habla

–El rey puede hacer lo que quiera –dijo sir Gawain–; pero sabe bien, Lanzarote, que tú y yo jamás haremos las paces mientras vivamos, pues has matado a tres de mis hermanos; y a dos de ellos los mataste traidora y desdichadamente, pues no llevaban arnés ninguno contra ti, ni lo quisieron llevar.

–Pluguiera a Dios que hubiesen ido armados –dijo sir Lanzarote–, pues ahora estarían vivos. Y sabed bien, sir Gawain, que en cuanto a sir Gareth, a ninguno de mis parientes he amado tanto como lo amaba a él; y mientras viva lloraré la muerte de sir Gareth, no sólo por el gran temor que tenga de vos, sino que muchos motivos me hacen tener aflicción. Uno es que yo lo hice caballero; otro, que sé bien que me amaba más que ningún otro caballero; y tercero, que era muy noble, verdadero, cortés, gentil y de buenas condiciones; el cuarto es que supe bien, luego que oí que sir Gareth había muerto, que nunca más tendría vuestro amor, sino que habría eterna guerra entre ambos; y también supe que haríais que mi noble señor Arturo fuera para siempre mi enemigo mortal. Y Jesús sea mi ayuda: no maté a sir Gareth ni a sir Gaheris por mi voluntad; pero, ¡ay!, tuve la desdicha de que fueran desarmados ese malaventurado día.

»Pero a esto me ofreceré –dijo sir Lanzarote–, si ello puede complacer a la buena gracia del rey, y a vos, mi señor Gawain: empezaré primero en Sandwich, y de allí caminaré en camisa, descalzo; y a cada diez millas fundaré y mandaré levantar una casa de religión, de la orden que vos queráis designar, con un convento entero, para cantar y rezar, día y noche, en especial por sir Gareth y sir Gaheris. Y esto haré de Sandwich a Carlisle; y cada casa tendrá

hacienda suficiente. Y esto ejecutaré mientras tenga yo alguna hacienda en la Cristiandad; y no habrá ninguno de todos estos lugares religiosos que no sea erigido, abastecido y guarnecido con todo lo que debe tener un lugar santo, os lo prometo fielmente. Y esto, señor Gawain, creo que es más leal, más santo y mejor para sus almas, que no que vos, mi muy noble rey, y vos, señor Gawain, hagáis guerra sobre mí, pues con ello no obtendréis ganancia ninguna.

Entonces todos los caballeros y damas que allí estaban lloraron como si hubiesen perdido el juicio, y las lágrimas resbalaban por las mejillas del rey.

–Señor Lanzarote –dijo sir Gawain–, muy bien he oído tu discurso, y tus grandes ofertas; pero sabe bien que, dejando al rey que haga como le plazca, jamás te perdonaré la muerte de mis hermanos, y en especial la muerte de mi hermano sir Gareth. Y si mi tío, el rey Arturo, quiere acordarse contigo, perderá mi servicio; pues sé bien que eres falso al rey y a mí.

–Señor –dijo Lanzarote–, no vive nadie que pueda hacer eso bueno; y si vos, señor Gawain, me queréis cargar con tan grave cargo, me habréis de perdonar, pero entonces de necesidad os he de responder.

–No –dijo sir Gawain–; no podemos en esta hora, y por causa del Papa, pues ha requerido a mi tío, el rey, que tome a la reina otra vez, y haga las paces contigo, señor Lanzarote, en esta sazón; y por ende volverás salvo como viniste. Pero no deberás permanecer en esta tierra cuando pasen quince días, ése es el plazo que te doy; así hemos consentido y acordado el rey y nosotros antes que vinieses. Si no, sabe bien que no habrías venido aquí sino a tu pesar. Y si no fuese por el mandato del Papa, haría batalla con mi propio cuerpo contra tu cuerpo, y probaría sobre ti que has sido falso a mi tío el rey Arturo, y a mí; y eso lo probaré sobre tu cuerpo, cuando te hayas ido de aquí, allá donde te halle.

Capítulo 17

Cómo sir Lanzarote se fue del rey

y de la Gozosa Guarda por mar,

y qué caballeros se fueron con él

Entonces suspiró sir Lanzarote, y las lágrimas le resbalaron por las mejillas; y dijo entonces así:

–¡Ay, muy noble reino cristiano, al que he amado más que a ningún otro reino, y en ti he alcanzado gran parte de mi honra, y ahora debo partir de esta manera! En verdad, me pesa haber venido a este reino para ser así vergonzosamente desterrado sin merecerlo, y sin motivo; pero es tan mudable la fortuna, y tan tornadiza la rueda, que nada permanece constante, y esto puede ser probado por muchas viejas crónicas, del noble Héctor, y Troilo, y Alejandro, el poderoso Conquistador, y de muchos otros: cuando más estaban en su realeza, cayeron a lo más bajo. Y así acontece conmigo –dijo sir Lanzarote–, pues en este reino tuve honra, y por mí y los míos la Tabla Redonda entera ha sido más acrecentada en honra, por mí y los de mi sangre, que por ningún otro. Y por ende sabe bien, señor Gawain, que puedo vivir en mis tierras tan bien como cualquier caballero de los que aquí están. Y si vos, muy venerado rey, queréis venir a mis tierras con sir Gawain a guerrear sobre mí, habré de resistiros como pueda. Pero en cuanto a vos, mi señor Gawain, si venís allí, os ruego que no me acuséis de traición ni felonía, pues si lo hacéis, habré de responderos.

–Haz lo mejor que puedas –dijo sir Gawain–; pero acucia deprisa en irte, y sabe bien que pronto iremos detrás, y quebrantaremos el castillo más fuerte que tengas, ¡por tu cabeza!

–No será menester –dijo sir Lanzarote–, pues si estuviese yo tan orgullosamente determinado como vos, sabed que os haría frente en mitad del campo.

–¡Deja ya tus discursos –dijo sir Gawain–; entrega a la reina, y sal ligeramente de esta corte!

–Si hubiese sabido yo de este fracaso –dijo sir Lanzarote–, lo habría pensado dos veces antes de venir aquí; pues si la reina hubiese sido tan cara para mí como la hacéis, me habría atrevido a guardarla de la compañía de los mejores caballeros bajo el cielo –y entonces dijo sir Lanzarote a Ginebra, delante del rey y de todos–: señora, ahora debo separarme de vos y de esta noble compañía para siempre; y ya que es así, os suplico que roguéis por mí, y habléis bien de mí; y si os hallaseis en mal trance por alguna falsa lengua, mi señora, enviadme mensaje ligeramente, que si han de libraros las manos de un caballero por batalla, ésas han de ser las mías –y seguidamente sir Lanzarote besó a la reina; y dijo entonces abiertamente–: veamos ahora quién de esta plaza osa decir que la reina no es fiel a mi señor Arturo; veamos quién quiere hablar y se atreve a hablar.

Y dicho esto llevó la reina al rey, tomó licencia y partió; y no hubo rey, duque, conde, barón ni caballero, dueña ni doncella, que no llorase como persona fuera de juicio, salvo sir Gawain.

Y cuando el noble sir Lanzarote tomó su caballo para salir de Carlisle, hubo llantos y sollozos de puro duelo por su partida; y emprendió su camino a la Gozosa Guarda, que desde entonces la llamó la Dolorosa Guarda.

Y así se fue sir Lanzarote de la corte para siempre. Y cuando llegó a la Gozosa Guarda llamó a su compañía, y les preguntó qué querían hacer. Entonces respondieron todos a una sola voz que harían como él quisiese.

–Mis gentiles compañeros –dijo sir Lanzarote–, yo debo marcharme de este nobilísimo reino, y el tener que partir ahora me aflige gravemente, pues debo hacerlo sin honra ninguna, pues jamás ningún hombre se ha ido desterrado de un reino con honra; y ése es mi pesar, pues temo que después de mis días los hombres escriban que fui desterrado de esta tierra; si no, mis gentiles señores, estad ciertos que de no temer la vergüenza, mi señora la reina Ginebra y yo jamás nos habríamos separado.

Entonces hablaron muchos nobles caballeros, como sir Palomides, sir Safer su hermano, sir Bellengerus le Beuse, y sir Urré, con sir Lavaine y muchos otros:

–Señor, si estáis dispuesto a permanecer en esta tierra, jamás os abandonaremos; y si decidís no quedaros en esta tierra, ninguno de los buenos caballeros que aquí están os dejará, por muchos motivos. Uno es, que todos los que no somos de vuestra sangre jamás seremos bien recibidos en la corte. Y ya que hemos tomado parte con vos en vuestra congoja y pesar en este reino, sabed bien que así mismo nos place ir con vos a otros países, y allí tomar la parte que vos toméis.

–Mis gentiles señores –dijo sir Lanzarote–, bien os comprendo, y en lo que pueda, os lo agradezco; y sabed que toda la hacienda que me queda partiré con vosotros de esta manera, que es a saber: partiré toda mi hacienda y mis tierras liberalmente entre vosotros, y yo mismo tendré tanto como cualquiera de vosotros, pues con que tenga suficiente para mi persona, no pediré ningún otro rico atavío; y fío en Dios manteneros con mis tierras como nunca fue mantenido ningún caballero.

Entonces hablaron todos los caballeros a un tiempo:

–Sea vergüenza para el que os quiera dejar; pues todos sabemos que en este reino no habrá ahora sosiego, sino perpetua contienda y debate, ahora que la compañía de la Tabla Redonda se ha roto; pues por la noble compañía de la Tabla Redonda era el rey Arturo sostenido, y por su nobleza estaba en sosiego y paz el rey y todo su reino, y en gran medida –dijeron todos– era por vuestra nobleza.

Capítulo 18

Cómo sir Lanzarote cruzó la mar,

y cómo hizo grandes señores a los caballeros

que fueron con él

–En verdad –dijo sir Lanzarote–, os agradezco a todos vuestras

buenas palabras; sin embargo, sé que no estaba en mí toda la estabilidad de este reino; aunque en lo que pude cumplí con mi deber; y bien cierto estoy de que he conocido muchas rebeliones en mis días, que por mí fueron apaciguadas, y creo que todos oiremos hablar de ellas en breve espacio, y mucho me pesa eso. Pues tengo miedo de que sir Mordred quiera mover discordia, pues es harto envidioso y dado a perturbar.

Y acordaron ir con sir Lanzarote a sus tierras; y para abreviar, pertrecharon y pagaron a todo el que lo pidió; y partieron en total cien caballeros con sir Lanzarote, e hicieron voto de no abandonarle nunca ni en la dicha ni en la desdicha.

Y embarcaron en Cardiff, e hicieron vela para Benwick, a la que algunos llaman Bayonne, y otros Beaune, de donde viene el vino de Beaune. Pero para decir la verdad, sir Lanzarote y sus sobrinos eran señores de toda Francia, y de todas las tierras que pertenecían a Francia; él y sus parientes lo disfrutaban todo por noble proeza de sir Lanzarote.

Y entonces sir Lanzarote abasteció y pertrechó y guarneció todas sus nobles villas y castillos. Y todas las gentes de esas tierras rindieron obediencia a sir Lanzarote. Y cuando hubo establecido todos estos países, al poco tiempo convocó un parlamento, y allí coronó a sir Lionel rey de Francia; y a sir Bors lo coronó rey de todas las tierras del rey Claudas; y a sir Héctor de Maris, que era el hermano más mancebo de sir Lanzarote, lo coronó rey de Benwick, y rey de toda Guienne, que era la propia tierra de sir Lanzarote. E hizo a sir Héctor príncipe de todas ellas. Y así repartió sir Lanzarote sus tierras, y acrecentó a todos sus nobles caballeros, y en primer lugar a los de su sangre, que fueron: a sir Blamor lo hizo duque de Limousin en Guienne, a sir Bleoberis lo hizo duque de Poitiers, a sir Gahalantine lo hizo duque de Auvergne, y a sir Galihodin lo hizo duque de Saintonge, a sir Galihud lo hizo conde de Périgord, y a sir Menaduke conde de Ronerge, y a sir Villiars le Valiant conde de Béarn, y a sir Hebes le Renoumes conde de Comminges, y a sir Lavaine conde de Armagnac, y a sir Urré conde de Estrake, y a sir Nerovens conde de Pardiac, y a sir Plenorius conde de Foix, y a sir Selises de la Torre Dolorosa conde de Marsan, y a sir Melias de Lile conde de Tursan, y a sir Bellengerus le Beuse conde de las Landas, y

a sir Palomides lo hizo duque de Provenza, y a sir Safer lo hizo duque de Languedoc; y a sir Clegis le dio el condado de Agen, y a sir Sadok le dio el condado de Surlat, y a sir Dinas el Senescal lo hizo duque de Anjou, y a sir Clarrus lo hizo duque de Normandía. Así recompensó sir Lanzarote a sus nobles caballeros, y a muchos más que a mi entender sería harto largo nombrar.

Capítulo 19

Cómo el rey Arturo y sir Gawain aprestaron una gran hueste para cruzar la mar a hacer guerra a sir Lanzarote

Y dejamos a sir Lanzarote en sus tierras, y a sus nobles caballeros con él, y volvemos otra vez al rey Arturo y a sir Gawain, que aprestaron una gran hueste, en número de sesenta mil; y aparejaron toda cosa de navegación para cruzar la mar, y embarcaron en Cardiff.

Y allí hizo el rey Arturo a sir Mordred gobernador principal de toda Inglaterra, y también puso a la reina Ginebra bajo su gobierno; pues ya que sir Mordred era hijo del rey Arturo, le dio el gobierno de su tierra y de su esposa; y cruzó la mar y desembarcó en tierras de sir Lanzarote, y allí quemó y asoló por venganza de sir Gawain, todo lo que pudieron invadir.

Cuando llegaron nuevas a sir Lanzarote, de que el rey Arturo y sir Gawain habían desembarcado en sus tierras, y hacían muy grande destrucción y estrago, entonces habló sir Bors, y dijo:

–Mi señor Lanzarote, es vergüenza que les consintamos asolar así nuestras tierras, pues sabed que si les consentís tanto como hacéis, no os harán ningún favor si consiguen prenderos.

Entonces dijo sir Lionel que era avisado y sabio:

–Mi señor Lanzarote, quiero daros este consejo: guardemos nuestras ciudades fuertemente muradas hasta que tengan hambre y frío, y se muerdan las uñas; y entonces caigamos refrescadamente sobre ellos y destrocémoslos como ovejas en campo llano, que los extranjeros puedan tomar ejemplo para siempre sobre cómo desembarcan en nuestras tierras.

Entonces habló el rey Bagdemagus a sir Lanzarote:

–Señor, vuestra cortesía nos deshonrará a todos, y tu cortesía ha traído toda esta aflicción; pues si ellos asolan de esta manera nuestras tierras, por el curso de las cosas nos dejarán sin nada mientras nosotros nos escondemos en agujeros.

Entonces dijo sir Galihud a sir Lanzarote:

–Señor, aquí hay caballeros que vienen de sangre de reyes que no se inclinarán mucho tiempo, y están dentro de estos muros; por tanto dadnos licencia, como caballeros que somos, para hacerles frente en el campo, y los mataremos, de manera que maldecirán la hora en que han venido a este país.

Entonces hablaron los siete hermanos del Norte de Gales, que eran siete nobles caballeros: en tierras de siete reyes había que buscar para hallar siete caballeros como ellos. Y dijeron todos a un tiempo:

–Señor Lanzarote, por Cristo, dejadnos salir con sir Galihud, pues jamás acostumbramos escondernos en castillos y en nobles villas.

Entonces habló sir Lanzarote, que era señor y gobernador de todos ellos:

–Mis gentiles señores, sabed bien que soy muy contrario a salir con mis caballeros a derramar sangre cristiana; y aunque sé que mis tierras están muy desnudas para que puedan mantener algún tiempo a ninguna hueste por las poderosas guerras que en otro tiempo hizo el rey Claudas en este país sobre mi padre el rey Ban, y mi tío el rey Bors, sin embargo en esta sazón guardaremos nuestros fuertes muros, y enviaré un mensajero a mi señor Arturo para concertar un

tratado; pues es mejor que haya paz que no guerra continuamente.

Así, pues, envió sir Lanzarote una doncella acompañada de un enano, requiriendo al rey Arturo que dejase de guerrear sobre sus tierras; y partió ella sobre un palafrén, con el enano corriendo a su lado.

Y cuando llegó al pabellón del rey Arturo, se apeó; y allí la recibió un gentil caballero, sir Lucan el Mayordomo, y le dijo:

–Gentil doncella, ¿venís de sir Lanzarote del Lago?

–Sí, señor –dijo ella–; así que vengo aquí a hablar con mi señor el rey.

–Ay –dijo sir Lucan–, bien quisiera mi señor Arturo amar a sir Lanzarote; pero sir Gawain no se lo quiere consentir –y dijo entonces–: ruego a Dios, doncella que tengáis éxito, pues todos los que estamos con el rey quisiéramos que sir Lanzarote hiciese mejor que ningún caballero de cuantos hay vivos.

Y dicho esto Lucan llevó la doncella al rey, donde estaba sentado con sir Gawain, para que oyese lo que ella tenía que decir. Y cuando hubo dicho su mensaje, el agua manó de los ojos del rey, y todos los señores aconsejaron de buen grado al rey que se acordase con sir Lanzarote; salvo solamente sir Gawain, que dijo:

–Mi señor y tío, ¿qué queréis hacer? ¿Queréis regresar, ahora que habéis hecho esta jornada hasta aquí? Todo el mundo dirá villanía de vos.

–No –dijo Arturo–; sabe bien, sir Gawain, que haré como tú me aconsejes; sin embargo, creo que no está bien rechazar estas sinceras ofertas; pero ya que he llegado hasta aquí con tan larga jornada, quiero que des respuesta tú a esta doncella, pues yo no puedo hablarle por piedad, pues muy generosas son sus ofertas.

Capítulo 20

Qué mensaje envió sir Gawain a sir Lanzarote;

y el rey Arturo puso cerco a Benwick, y otros asuntos

Entonces dijo así sir Gawain a la doncella:

–Doncella, decid a sir Lanzarote que es trabajo baldío suplicar ahora paz a mi tío; pues decidle que si quería hacer algún esfuerzo por la paz, debía haberlo hecho antes, pues decidle que ahora es demasiado tarde; y decid que yo, sir Gawain, le envío este mensaje: le prometo por la fe que debo a Dios y a la caballería, que no lo dejaré hasta que me mate él a mí o yo a él.

Partió llorando la doncella, y hubo allí muchos ojos que lloraron; y sir Lucan llevó la doncella a su palafrén, y regresó ésta a donde estaba sir Lanzarote con todos sus caballeros.

Y cuando sir Lanzarote oyó esta respuesta, las lágrimas corrieron por sus mejillas. Entonces se llegaron a él sus nobles caballeros, y le dijeron:

–Señor Lanzarote, ¿por qué os acongojáis de esa manera? Pensad quién sois, y qué hombres somos nosotros, y desafiémoslos como nobles caballeros a campo abierto.

–Eso puede hacerse fácilmente –dijo sir Lanzarote–; pero jamás he sido tan contrario a luchar, y por ende os ruego, gentiles señores, si me amáis, que os gobernéis como yo quiero teneros, pues siempre huiré de ese noble rey que me hizo caballero. Y cuando no pueda seguir haciéndolo, de necesidad habré de defenderme, y eso será más honra para mí y todos nosotros que compararnos con ese noble rey al que todos hemos servido.

Entonces se abstuvieron ellos de decir nada, y descansaron por esa noche. Y por la mañana temprano, en el alba del día, al asomarse unos caballeros, vieron la ciudad de Benwick toda cercada alrededor; y que comenzaban a levantar escalas deprisa; y entonces resistieron a los de fuera de la ciudad, y los echaron de los muros poderosamente.

Entonces se adelantó sir Gawain bien armado sobre un fuerte corcel, llegó ante la puerta principal, con su lanza en la mano, gritando:

–¡Señor Lanzarote!, ¿dónde estás? ¿No hay ningún caballero orgulloso que se atreva a quebrar una lanza conmigo?

Entonces se apercibió sir Bors, salió de la ciudad y allí sir Gawain se enfrentó con sir Bors. Y en esta sazón derribó a sir Bors del caballo, y casi lo mató; y sir Bors fue rescatado y metido en la ciudad.

Entonces salió sir Lionel, hermano de sir Bors, y pensó vengarle; enristraron uno y otro sus lanzas, y corrieron contra sí; y allí se juntaron cruelmente; pero sir Gawain tuvo tal gracia que derribó a sir Lionel, y lo hirió muy gravemente; y entonces sir Lionel fue rescatado y metido en la ciudad.

Y este sir Gawain venía cada día, y derribaba indefectiblemente un caballero tras otro. Así siguieron medio año, con mucha mortandad de gente por ambos bandos.

Y acaeció un día, que llegó sir Gawain ante las puertas, armado de todas las piezas sobre un noble caballo con una gruesa lanza en la mano; y gritó en voz alta:

–¿Dónde estás ahora, falso traidor, sir Lanzarote? ¿Por qué te escondes en agujeros y muros como un cobarde? ¡Asoma, caballero falso y traidor, que aquí vengaré sobre tu cuerpo la muerte de mis tres hermanos!

Toda este discurso oyó sir Lanzarote punto por punto; y se llegaron a él sus parientes y sus caballeros y le dijeron todos a un tiempo:

–Señor Lanzarote, ahora debéis defenderos como caballero, o seréis deshonrado para siempre; pues ahora que sois acusado de traición, es hora de que hagáis algo, pues harto habéis dormido y harto habéis consentido.

–Así Dios me ayude –dijo sir Lanzarote–, mucho pesar tengo de las palabras de sir Gawain, pues ahora me ha cargado con un gran cargo; y por ende sabed bien que me debo defender, pues de otro

modo seré menguado.

Entonces sir Lanzarote mandó ensillar su caballo más fuerte, pidió que le trajesen sus armas, y lo llevasen todo a la puerta de la torre; y a continuación sir Lanzarote habló alto al rey Arturo, y dijo:

–Mi señor Arturo, y noble rey, que me hicisteis caballero, sabed bien que mucho me pesa por vos, que así me perseguís; aunque siempre os he sufrido, pues si hubiese sido vengativo, podía haberos hecho frente en campo abierto, y allí haber dejado bien mansos a vuestros más osados caballeros. Y ahora os he sufrido medio año, y he soportado que vos y sir Gawain hicieseis lo que quisisteis hacer; pero ahora no puedo soportar más tiempo, pues debo defenderme de necesidad, ya que sir Gawain me acusa de traición; aunque va muy contra mi voluntad luchar con ninguno de vuestra sangre; pero ahora no lo puedo evitar, ya que soy empujado a ello como animal acorralado.

Entonces dijo sir Gawain:

–Señor Lanzarote, si te atreves a hacer batalla, deja de hablar y sal, y aliviemos nuestros corazones.

Entonces sir Lanzarote se armó ligeramente, montó sobre su caballo, y tomaron ambos caballeros gruesas lanzas en sus manos; y la hueste de fuera se mantuvo quieta y apartada, y salieron de la ciudad gran número de nobles caballeros; tantos, que cuando Arturo vio el número de hombres y caballeros, se maravilló, y dijo para sí mismo: «¡Ay, que esté sir Lanzarote contra mí, pues ahora veo que me ha dispensado!».

Y se hizo allí el acuerdo de que no habría nadie cerca de ellos, ni entenderían con ellos, hasta que uno de los dos fuese muerto o se rindiese.

Capítulo 21

Cómo hicieron batalla sir Lanzarote

y sir Gawain, y cómo sir Gawain

fue derrocado y herido

Entonces se separaron sir Gawain y sir Lanzarote un gran trecho, corrieron a juntarse con toda la fuerza que sus caballos podían correr, y se hirieron el uno al otro en medio del escudo; pero eran tan fuertes los caballeros, y tan gruesas sus lanzas, que los caballos no pudieron resistir el golpe, y cayeron a tierra; entonces apartaron sus caballos, y embrazaron sus escudos delante de ellos. Entonces se acometieron, y se dieron muchos tajos crueles en diversos lugares del cuerpo, de manera que la sangre les manaba de muchos lados y sitios.

Entonces tenía sir Gawain tal gracia y don que un hombre santo le había dado, que cada día del año, de la hora tercia al mediodía justo crecía su poder en esas tres horas tres veces la suya, lo que hacía que sir Gawain ganase gran honra. Y por él ordenó el rey Arturo, que todas las batallas, por cualquier querella que se hiciesen ante el rey Arturo, debían empezar a hora tercia; y todo lo hacía por amor a sir Gawain, de manera que con probabilidad, si sir Gawain estaba en uno de los bandos, salía vencedor de la batalla mientras su fuerza resistiese tres horas; pero había pocos caballeros en aquel tiempo vivos que conociesen esta ventaja que sir Gawain tenía, sino solamente el rey Arturo.

Así, pues, luchó sir Lanzarote con sir Gawain; y como viese sir Lanzarote que su poder crecía cada vez más, se sorprendió y tuvo miedo de ser avergonzado. Pues como dice el libro francés, sir Lanzarote creyó, al sentir cómo se doblaban las fuerzas de sir Gawain, que era demonio y no hombre terrenal; por lo que sir Lanzarote paraba y esquivaba, y se cubría con el escudo, y así guardó su fuerza y su aliento tres horas; y todo ese tiempo sir Gawain le daba muchos graves tajos, y muchas graves estocadas, de manera que todos los caballeros que observaban a sir Lanzarote se preguntaban cómo podía resistir; pero muy pocos se daban cuenta de qué trabajo hacía sir Lanzarote para resistirle.

Y cuando hubo pasado el mediodía sir Gawain no tuvo sino su propia fuerza. Cuando sir Lanzarote le sintió decaer se irguió, y llegándose a sir Gawain le dijo así:

–Mi señor Gawain, ahora siento que habéis acabado; ahora, mi señor Gawain, me toca a mí, pues muy grandes y amargos tajos he soportado este día con gran dolor.

Entonces dobló sir Lanzarote sus golpes, y le dio a sir Gawain tal revés encima del yelmo que cayó de costado; y sir Lanzarote se apartó de él.

–¿Por qué te retraes? –dijo sir Gawain–. Vuelve aquí, caballero falso y traidor, y mátame, pues si me dejas así, cuando esté sano volveré para hacer batalla contigo otra vez.

–Yo os resistiré, señor, por la gracia de Dios; pero sabe bien, señor Gawain, que jamás hiero a un caballero caído.

Y sir Lanzarote se retiró a la ciudad, y sir Gawain fue llevado al pabellón del rey Arturo, y le trajeron físicos que lo examinaron y le aplicaron suaves ungüentos. Y entonces dijo sir Lanzarote:

–Ahora tened buen día, mi señor rey, pues sabed que ninguna honra ganáis en estos muros; y si yo sacase a mis caballeros, morirían muchos hombres. Por tanto, mi señor Arturo, recordad vuestra vieja gentileza: y comoquiera que a mí me vaya, que Jesús sea vuestro guía en todo lugar.

Capítulo 22

De la lamentación que hizo el rey Arturo por la guerra, y de otra batalla donde también sir Gawain salió perdedor

–Ay –dijo el rey–, que haya comenzado jamás esta desdichada guerra; pues siempre sir Lanzarote me dispensa en todo lugar, y lo mismo a los de mi linaje, y eso ha visto bien este día mi sobrino sir

Gawain.

Entonces el rey Arturo cayó enfermo de aflicción por sir Gawain, que estaba tan malherido, y por la guerra entre él y sir Lanzarote. Y los de la parte del rey Arturo mantuvieron el cerco con poca guerra fuera; y los de dentro guardaron sus muros, y los defendieron cuando fue menester.

Y sir Gawain permaneció tres semanas enfermo en su tienda, con toda suerte de artes médicas que se podían tener. Y tan pronto como pudo andar y cabalgar, se armó en todos los puntos, montó sobre un corcel, tomó una lanza en la mano, fue ante la puerta principal de Benwick, y dijo a grandes voces:

–¿Dónde estás, Lanzarote? ¡Sal, caballero falso y traidor, y menguado, pues aquí está sir Gawain que probará lo que dice sobre ti!

Oyó sir Lanzarote todas estas voces, y dijo así:

–Señor Gawain, me pesa oír vuestras palabras descorteses, y que no queráis cesar en vuestro lenguaje; pues sabed bien, señor Gawain, que conozco vuestra fuerza y cuanto podéis hacer; y sabed bien, señor Gawain, que no podéis herirme grandemente.

–Baja, caballero traidor –dijo él–, y haz bueno lo contrario con tus manos, pues por mala fortuna me aconteció en la postrera batalla ser herido por tus manos; por tanto, sabe bien que he venido hoy a enmendarlo, pues hoy pienso dejarte tan tendido como me dejaste tú a mí.

–Jesús me libre –dijo sir Lanzarote– de estar nunca a vuestra merced como vos habéis estado a la mía, pues entonces habrían acabado mis días. Pero, señor Gawain, no penséis que tardaré mucho tiempo, sino ya que tan poco caballerescamente me acusáis de traición, tendréis las manos llenas de mí.

Y entonces sir Lanzarote se armó en todos los puntos, montó sobre su caballo, tomó una gruesa lanza en la mano, y salió a la puerta. Y fueron congregadas ambas huestes, las de fuera y las de dentro, y se tuvieron en alarde muy varonilmente. Y ambas partes recibieron

orden de permanecer quedas para ver y contemplar la batalla de estos dos nobles caballeros.

Entonces se pusieron la lanza en el ristre, y se juntaron como el trueno; y sir Gawain quebró su lanza sobre sir Lanzarote en cien trozos hasta la mano; y sir Lanzarote lo hirió con más fuerza, de manera que se enarboló el caballo de Gawain, y cayeron a tierra el caballo y él. Entonces sir Gawain se apartó diestramente del caballo, se puso el escudo delante, sacó ansiosamente la espada, y dijo a sir Lanzarote:

–Descabalga, caballero traidor, pues si este hijo de yegua me ha fallado a mí, sabe bien que no te fallará a ti un hijo de rey y de reina.

Entonces sir Lanzarote bajó del caballo, enderezó su escudo delante de él, y sacó la espada; y se juntaron ansiosamente y se dieron muchos graves tajos, de manera que los hombres de ambos bandos tenían grandísimo asombro de ello.

Pero cuando sir Lanzarote sintió crecer tan prodigiosamente la fuerza de sir Gawain, entonces contuvo su valor y su brío, y se guardó avezadamente de su poder; y bajo su escudo, paraba y esquivaba aquí y allá, para quebrantar los golpes y el ánimo de sir Gawain; y sir Gawain trabajaba con toda su fuerza y poder para destruir a sir Lanzarote; pues como dice el libro francés, como crecía la fuerza de sir Gawain, así mismo aumentaba su brío y su mala voluntad. Y así hizo gran daño a sir Lanzarote durante tres horas, de manera que tuvo gran trabajo para defenderse.

Y cuando hubieron pasado las tres horas y sintió sir Lanzarote que sir Gawain había vuelto a sus propias fuerzas, entonces dijo a sir Gawain:

–Ahora he probado por segunda vez que sois caballero muy peligroso, y hombre de prodigioso poder; y muchas maravillosas hazañas habéis hecho en vuestros días, pues por vuestro creciente poder habéis engañado a muchos caballeros nobles y valientes; y ahora que siento que han acabado vuestros poderosos hechos, sabed bien que debo hacer yo los míos.

Y entonces sir Lanzarote fue para sir Gawain, y dobló sus tajos; y sir Gawain se defendió con fuerza; pero sir Lanzarote le dio tal golpe encima del yelmo, sobre la vieja herida, que sir Gawain cayó sobre su costado sin sentido. Y así que despertó se puso a vacilar y tirar estocadas a sir Lanzarote, caído como estaba, diciendo:

–Caballero traidor, sabe bien que aún no me has matado; ven y haz esta batalla hasta el fin.

–No quiero hacer más de lo que he hecho –dijo sir Lanzarote–. Cuando os vea de pie haré batalla sobre vos todo el tiempo que os vea sobre vuestros pies; en cuanto a acometer a un hombre herido que no se puede tener, Dios me libre de tal vergüenza.

Y dio media vuelta y emprendió su camino hacia la ciudad, mientras sir Gawain seguía llamándole caballero traidor, y decía:

–Sabe bien, señor Lanzarote, que cuando esté sano te haré batalla otra vez, pues no lo dejaré hasta que uno de los dos haya muerto.

Y este cerco duró mientras yació sir Gawain enfermo, casi un mes, y cuando estuvo recobrado, y presto en tres días para hacer batalla otra vez a sir Lanzarote, llegaron nuevas de Inglaterra a Arturo que hicieron que el rey y toda su hueste abandonaran.

Aquí sigue el libro XXI.

Libro XXI

Capítulo 1

Cómo sir Mordred osó tomar sobre sí ser rey de Inglaterra, y se quiso casar con la reina, esposa de su padre

Como era sir Mordred gobernador de toda Inglaterra, mandó escribir cartas como si viniesen del otro lado de la mar, explicando en ellas que el rey Arturo había muerto en batalla con sir Lanzarote. Por lo que sir Mordred ordenó un parlamento, convocó a los señores, y allí se hizo elegir rey; y así fue coronado en Canterbury, donde celebró una fiesta durante quince días; y después se dirigió a Winchester, tomó a la reina Ginebra, y dijo claramente que se desposaría con la que era mujer de su tío y padre. Y se apercibió para la fiesta, y señaló el día en que se debían desposar; por lo que la reina Ginebra tuvo grandísimo pesar. Aunque no se atrevió a descubrir su corazón, sino que se mostró conciliadora y se avino a la voluntad de Mordred.

Entonces pidió licencia a sir Mordred para ir a Londres a comprar toda suerte de cosas que eran propias para el casamiento. Y por sus palabras complacientes sir Mordred fió harto bien en ella y le dio licencia para ir. Pero al llegar a Londres, tomó la Torre de Londres y, súbitamente, lo más deprisa que pudo, la abasteció de toda suerte de vituallas, la guarneció bien de hombres, y así la guardó.

Cuando sir Mordred supo y tuvo nuevas de cómo había sido engañado, se enfureció sobremanera. Y para abreviar, fue y puso un poderoso cerco alrededor de la Torre de Londres, e hizo muchos grandes asaltos, y les arrojó muchos grandes ingenios y disparó gruesas balas. Pero toda la fuerza de sir Mordred no pudo

prevalecer, pues ni con discursos corteses ni sañudos quiso volver la reina Ginebra otra vez a sus manos.

Entonces llegó el obispo de Canterbury, que era un noble clérigo y hombre santo, y dijo así a sir Mordred:

–Señor, ¿qué queréis hacer? ¿Queréis primero desagradar a Dios, y después afrentaros a vos mismo, y a toda la caballería? ¿No es el rey Arturo vuestro tío, nada menos que hermano de vuestra madre, y él mismo os engendró en ella, en su misma hermana? Por tanto, ¿cómo podéis desposaros con la mujer de vuestro padre? Señor –dijo el noble clérigo–, dejad ese propósito, o habré de excomulgaros con el libro y la campanilla y la vela.

–Haz como quieras –dijo sir Mordred–: pues sabe bien que te desafiaré.

–Señor –dijo el obispo–, y sabed vos que no tendré miedo de hacer lo que deba hacer. También, donde vos hacéis correr el rumor de que mi señor Arturo ha muerto, no es así; y por tanto hacéis mal trabajo a esta tierra.

–¡Calla, falso cura! –dijo sir Mordred–; pues si me enojas más haré que te corten la cabeza.

Partió, pues, el obispo, y lo excomulgó de la más orgullosa manera que se podía hacer. Y entonces sir Mordred buscó al obispo de Canterbury para matarlo. Pero el obispo huyó, llevándose consigo parte de sus bienes, y fue cerca de Glastonbury. Y allí fue cura ermitaño en una ermita, y vivió con pobreza y santas oraciones, pues bien comprendía que se avecinaba una guerra destructora.

Entonces sir Mordred trabajó, con cartas y mensajeros, y con maneras gentiles y sañudas, por que la reina Ginebra saliese de la Torre de Londres; pero nada de esto le aprovechó, pues le respondió brevemente, en público y en privado, que prefería darse muerte a casarse con él.

Entonces llegó nueva a sir Mordred de que el rey Arturo había levantado el cerco a sir Lanzarote y regresaba con una gran hueste para vengarse de sir Mordred; por lo que sir Mordred mandó

escribir cartas a todos los barones de esta tierra, con lo que se procuró mucha gente. Pues entonces se decía entre ellos que con el rey Arturo no había otra clase de vida que la de guerra y contienda, y con sir Mordred era todo gran alegría y contento. Así era sir Arturo difamado y calumniado. Y había muchos, a los que el rey Arturo había sacado de la nada, y dado tierras, que no decían una palabra buena de él.

Ahí tenéis, ingleses: ¿veis qué iniquidad había aquí? Pues el que fue mejor rey y caballero del mundo, y amaba más la compañía de nobles caballeros, y por él eran todos sostenidos, ahora estos ingleses estaban descontentos con él. Ved cuál era la vieja costumbre y usanza de esta tierra; y también se dice que los de esta tierra aún no hemos perdido ni olvidado tal costumbre y usanza. ¡Ay, ése es gran defecto de nosotros los ingleses, que nada nos contenta siquiera por un breve plazo!

Y así se portaban las gentes en aquel tiempo: estaban más contentas ahora con sir Mordred que antes con el rey Arturo; y se allegaron muchos a sir Mordred, y dijeron que estarían con él para lo mejor y para lo peor. Y se dirigió sir Mordred con una gran hueste a Dover, pues allí oyó decir que arribaría sir Arturo, pensando echar a su propio padre de sus tierras; y la mayor parte de Inglaterra se tenía con sir Mordred, tan aficionada a lo nuevo era la gente.

Capítulo 2

Cómo después de que el rey Arturo tuviere nuevas, regresó y llegó a Dover, donde sir Mordred le hizo frente para impedir que desembarcara; y de la muerte de sir Gawain

Y estando sir Mordred en Dover con su hueste, llegó el rey Arturo

con una gran escuadra de navíos, y galeras y carracas. Y allí estaba presto sir Mordred, aguardando su desembarco para impedir a su propio padre que pisase la tierra sobre la que era rey.

Y allí fue echar de bateles grandes y pequeños, y llenos de nobles hombres de armas; y hubo mucha mortandad de gentiles caballeros, y muchos osados barones cayeron en ambas partes.

Pero era tan esforzado el rey Arturo que no había ninguna clase de caballero que le impidiese desembarcar, seguido fieramente por sus caballeros; y desembarcaron a pesar de sir Mordred y de toda su fuerza; y desbarató a sir Mordred, que huyó con su gente.

Cuando hubo acabado esta batalla, el rey Arturo mandó enterrar a su gente muerta. Y entonces hallaron al noble sir Gawain en un gran batel donde yacía más que medio muerto. Cuando sir Arturo supo que sir Gawain estaba tan mal fue a él; y allí hizo el rey lamentación fuera de medida, tomó a sir Gawain en sus brazos y cayó desvanecido tres veces. Y cuando volvió en sí dijo:

–¡Ay, sir Gawain, hijo de mi hermana!; aquí yaces tú ahora, el hombre al que yo amaba más en el mundo; y ahora he perdido mi alegría, pues ahora, mi sobrino Gawain, quiero descubrirme a tu persona: en sir Lanzarote y en vos tuve mi más grande dicha, y mi confianza, y ahora he perdido la de ambos; por lo que toda dicha terrenal se ha ido de mí.

–Tío mío, rey Arturo –dijo sir Gawain–, sabed bien que ha llegado el día de mi muerte, y todo por mi desapoderamiento y porfía; pues he sido herido en la vieja herida que sir Lanzarote me infligió, de la que siento que voy a morir; y de haber estado sir Lanzarote con vos como lo estaba, jamás habría comenzado esta guerra desdichada; y de todo esto soy yo causante, pues sir Lanzarote y su sangre, por su proeza, tenían a todos vuestros ruines enemigos en sometimiento y peligro. Y ahora, echaréis de menos a sir Lanzarote. Pero, ¡ay!, no quise yo acordarme con él, y por tanto os ruego, gentil tío, que me proveáis de papel, pluma y tinta, a fin de que pueda escribir a sir Lanzarote una cédula con mi propia mano.

Y cuando le hubieron traído papel y tinta, entonces el rey Arturo incorporó suavemente a Gawain, que había sido confesado poco

antes; y entonces escribió así, como hace mención el libro francés: «A sir Lanzarote, flor de todos los nobles caballeros que jamás vi ni conocí en mis días: Yo, sir Gawain, hijo del rey Lot de Orkney, hijo de la hermana del noble rey Arturo, te envía saludos, y te hace saber que el décimo día de mayo he sido herido en la vieja herida que tú me hiciste ante la ciudad de Benwick; y por la misma herida que me hiciste he llegado al día de mi muerte. Y quiero que todo el mundo sepa que yo, sir Gawain, caballero de la Tabla Redonda, he buscado mi muerte, y no porque tú la merecieses, sino porque yo mismo la he buscado; por lo que te ruego, sir Lanzarote, que vuelvas a este reino, y visites mi tumba, y digas alguna oración más o menos por mi alma. Y en este mismo día que escribo esta cédula, he sido herido de muerte en la misma herida que recibí de tu mano, sir Lanzarote; pues no podría morir a manos de hombre más noble.

»También, sir Lanzarote, por todo el amor que siempre hubo entre nosotros, no tardes, y cruza la mar a toda prisa, a fin de que puedas con tus nobles caballeros rescatar a este noble rey que te hizo caballero, que es mi señor Arturo, pues está en muy estrecha congoja por un falso traidor, que es mi hermanastro sir Mordred; el cual se ha hecho coronar rey, y se quiere desposar con mi señora la reina Ginebra, y así lo habría hecho si no se hubiese encerrado ella en la Torre de Londres. Y este día décimo de mayo, mi señor Arturo y yo hemos desembarcado sobre ellos en Dover; y aquí hemos puesto en fuga a ese falso traidor, sir Mordred; y aquí por mala fortuna he sido herido sobre tu golpe. Y en la fecha en que esta carta es escrita, dos horas y media antes de mi muerte, la escribo con mi propia mano, y suscribo con parte de la sangre de mi corazón. Y requiero de ti, el más famoso caballero en el mundo, que visites mi tumba.»

Y entonces lloró sir Gawain, y lloró el rey Arturo. Y ambos perdieron el sentido. Y cuando se recobraron, hizo el rey que sir Gawain recibiese a su Salvador. Y entonces sir Gawain rogó al rey que mandase buscar a sir Lanzarote, y le estimase por encima de todo otro caballero.

Y a la hora del mediodía sir Gawain rindió su espíritu; y entonces el rey lo hizo enterrar en una capilla dentro del castillo de Dover, donde todos pueden ver su calavera, en la que se ve la misma

herida que sir Lanzarote le infligió en batalla.

Entonces dijeron al rey que sir Mordred había asentado nuevo real en el Llano de Barham. Y por la mañana fue el rey a él, y hubo una gran batalla entre ellos, y murió mucha gente en ambas partes; pero finalmente la de sir Arturo se tuvo mejor, y sir Mordred y su bando huyeron a Canterbury.

Capítulo 3

Cómo después se apareció al rey Arturo el espíritu de sir Gawain, y le advirtió que no luchase ese día

Y entonces el rey mandó buscar en todas las villas a sus caballeros muertos, y los enterró; y curó con suaves bálsamos a los que estaban malheridos.

Entonces se allegó mucha gente al rey Arturo. Y dijeron que sir Mordred hacía guerra a Arturo injustamente. Y el rey Arturo fue con su hueste por la costa de poniente hacia Salisbury; y allí señalaron un día el rey Arturo y sir Mordred, para enfrentarse en un llano cercano a Salisbury, no lejos de la costa; y el día era el lunes siguiente al domingo de la Trinidad, de lo que el rey Arturo se alegró mucho de tener ocasión de vengarse de sir Mordred.

Entonces sir Mordred levantó mucha gente de los alrededores de Londres, pues los de Kent, Sussex y Surrey, Essex, y de Suffolk, y de Norfolk se tenían en su mayor parte con sir Mordred; y se unieron muchos nobles caballeros a sir Mordred y al rey; pero los que amaban a sir Lanzarote se unieron a sir Mordred.

Y el domingo de la Trinidad por la noche, tuvo el rey Arturo un sueño maravilloso, y fue éste: le pareció que estaba sentado en una

silla sobre un cadalso, y que la silla estaba atada a una rueda, y sobre ella se sentaba el rey Arturo con las más ricas vestiduras de oro que se podían hacer; e imaginó el rey que había debajo de él, muy lejos, unas aguas profundas, espantosas y negras, en las que había toda clase de serpientes, endriagos y bestias salvajes inmundas y horribles; y súbitamente imaginó el rey que la rueda daba media vuelta, y que él caía entre las serpientes, y cada bestia lo asía por un miembro; y entonces el rey gritó, acostado en la cama y dormido: «¡Socorro!».

Enseguida los caballeros, escuderos y criados despertaron al rey; y estaba tan turbado que no sabía dónde se hallaba; y entonces cayó en un sueño otra vez, sin dormir ni estar despierto del todo.

Y le pareció verdaderamente que sir Gawain venía a él, acompañado de varias damas hermosas. Y cuando el rey Arturo le vio, dijo:

–Bien venido, hijo de mi hermana, creía que habías muerto, y ahora que te veo vivo, muy agradecido estoy a Jesús Todopoderoso. ¡Oh, gentil sobrino, hijo de mi hermana!, ¿quiénes son estas damas que aquí vienen contigo?

–Señor –dijo sir Gawain–, todas éstas son damas por las que luché cuando yo era hombre vivo; y todas éstas son por las que combatí en querella justa; y Dios les ha dado esta gracia por gran súplica de ellas, porque hice batalla por ellas, de manera que pudiesen traerme aquí a vos: y así, me ha dado Dios licencia para preveniros de vuestra muerte; pues si lucháis mañana con sir Mordred, como ambos habéis concertado, no tengáis duda de que moriréis, y la mayor parte de vuestras gentes, de ambos bandos. Y por la gran gracia y bondad que Jesús Todopoderoso tiene con vos, y por piedad de vos, y de muchos hombres buenos que ahí morirán, me envía Dios a vos por especial gracia para daros advertencia de que por ninguna manera hagáis batalla mañana, sino que ganéis un mes; y hagáis generosas ofertas, de manera que la posterguéis mañana. Pues en espacio de un mes llegará sir Lanzarote con todos sus nobles caballeros, y os rescatará honrosamente, y matará a sir Mordred, y a cuantos se tengan con él.

A continuación se desvanecieron sir Gawain y todas las damas. Y al

punto llamó el rey a sus caballeros, escuderos y criados, y les encareció ahincadamente que le trajesen a sus nobles señores y sabios obispos. Y cuando llegaron, el rey les contó su visión, qué le había dicho sir Gawain, y advertido que si luchaba esa mañana moriría.

Entonces el rey mandó a sir Lucan el Mayordomo, y a su hermano sir Bedevere, con dos obispos, encomendándoles que como fuese y pudiesen «hagáis un tratado por un mes con sir Mordred; y no ahorréis, sino ofrecedle cuantas tierras y hacienda creáis mejor».

Partieron ellos entonces, y fueron a sir Mordred, donde tenía una terrible hueste de cien mil hombres. Y allí trataron con sir Mordred mucho tiempo, y finalmente sir Mordred estuvo conforme a cambio de tener Cornualles y Kent en los días de Arturo; y toda Inglaterra después de los días de Arturo.

Capítulo 4

Cómo por desventura de una víbora

comenzó la batalla, donde fue muerto

Mordred, y Arturo herido de muerte

Entonces concertaron que el rey Arturo y sir Mordred se viesen entre ambas huestes, trayendo cada uno catorce personas; y con este mensaje fueron a Arturo. Entonces dijo él:

–Me alegra que se haya conseguido esto –y entró en el campo.

Y cuando Arturo iba a partir, alertó a toda su hueste de que si veían desenvainada alguna espada, «ved de acometer fieramente, y matar a ese traidor, sir Mordred, pues de ninguna manera me fío de él».

Así mismo previno sir Mordred a su hueste de que «si veis desenvainada alguna espada, ved de acometer fieramente, y matar a

todo el que se os ponga delante; pues de ninguna manera me fío de ese tratado, pues sé bien que mi padre quiere vengarse de mí».

Y se reunieron como se había convenido, y fueron acordados y avenidos por entero, y fue traído vino, y bebieron.

Y en eso salió una víbora de una pequeña mata de brezo, y picó a un caballero en el pie. Y cuando el caballero sintió la picadura, miró al suelo y vio la víbora; y entonces sacó la espada para matar a la víbora, sin pensar en ningún otro daño. Y cuando la huestes de ambos bandos vieron desenvainada esa espada, comenzaron a tañer bugles, trompetas y cuernos, y a gritar horriblemente. Y enderezaron ambas huestes la una para la otra.

Y tomó el rey Arturo su caballo, y dijo: «¡Ay, desventurado día es éste!», y volvió a su bando. Y lo mismo sir Mordred. Y jamás se vio batalla más dolorosa en tierra cristiana; pues allí fue correr y arremeter, tajar y dar estocadas, y darse muchas voces horribles los unos a los otros, y muchos golpes mortales. Pero el rey Arturo cabalgaba siempre por toda la batalla de sir Mordred, portándose noblemente, como debía un noble rey, sin desmayar; y sir Mordred ese día se esforzó, y se puso en gran peligro. Y así lucharon todo el largo día, sin cesar, hasta que los nobles caballeros quedaron tendidos en la tierra fría; y siguieron luchando hasta que fue casi noche, y para entonces había en el llano más de cien mil cadáveres. Entonces Arturo se enfureció sobremanera, al ver a su gente así muerta.

Entonces miró el rey a su alrededor, y descubrió que, de toda su hueste y de todos sus buenos caballeros, no quedaban vivos sino dos caballeros, uno de los cuales era sir Lucan el Mayordomo, y el otro su hermano sir Bedevere; y ambos estaban muy malheridos.

–¡Jesús merced! –dijo el rey–, ¿qué ha sido de mis nobles caballeros? ¡Ay, que haya visto este día doloroso, pues ahora –dijo Arturo– ha llegado mi fin! Pero pluguiera a Dios que supiese dónde está ese traidor sir Mordred, que ha causado todo este mal.

Entonces descubrió el rey Arturo dónde estaba sir Mordred apoyado sobre su espada entre un gran montón de cadáveres.

–Dadme mi lanza –dijo Arturo a sir Lucan–, pues allá he visto al traidor que ha llevado a cabo toda esta aflicción.

–Señor, dejadle estar –dijo sir Lucan–, pues es desdichado; y si pasáis este desdichado día, podréis vengaros de él. Buen señor, recordad vuestro sueño de anoche, y qué os dijo el espíritu de sir Gawain anoche, aunque Dios con su gran bondad os ha preservado hasta aquí. Por tanto, por el amor de Dios, mi señor, dejadlo, pues gracias a Dios habéis ganado el campo, pues aquí estamos tres vivos, y con sir Mordred no hay vivo ninguno; y si lo dejáis, habrá pasado este aciago día de destino.

–Me venga la muerte o me venga la vida –dijo el rey–, ahora que lo veo allí solo no escapará de mis manos, pues jamás lo tendré en mejor ventaja.

–Que Dios os valga bien –dijo sir Bedevere.

Tomó entonces el rey su lanza con ambas manos, y corrió para sir Mordred, gritando:

–¡Traidor, ahora ha llegado el día de tu muerte!

Y cuando sir Mordred oyó a sir Arturo, corrió hacia él con la espada desenvainada en la mano. Y allí el rey Arturo hirió a sir Mordred por debajo del escudo, con un bote de su lanza, atravesándole el cuerpo más de una braza. Y cuando sir Mordred sintió que había recibido su herida de muerte, se ensartó a sí mismo con la fuerza que tenía hasta la arandela de la lanza del rey Arturo. Y al punto hirió a su padre Arturo, tomando la espada con ambas manos, en un costado de la cabeza, de manera que la espada penetró el almete y el cráneo; y seguidamente sir Mordred cayó muerto a tierra; y el noble Arturo cayó sin sentido a tierra, y allí se desvaneció muchas veces.

Y sir Lucan el Mayordomo y sir Bedevere lo levantaron muchas veces. Y lo llevaron débilmente entre los dos a una pequeña ermita no lejos de la playa. Y cuando el rey estuvo allí, se sintió sosegado. Entonces oyeron voces de gente en el campo.

–Ve tú, Lucan –dijo el rey–, y hazme saber qué significan esas voces

en el campo.

Partió sir Lucan, aunque estaba gravemente herido en muchos sitios. Y al llegar, vio y oyó, a la luz de la luna, cómo los saqueadores y ladrones habían entrado en el campo a robar y despojar a muchos nobles caballeros de broches, cuentas, muchos buenos anillos, y muchos ricos joyeles; y a los que no estaban muertos del todo allí los remataban por sus arneses y riquezas. Cuando sir Lucan vio este trabajo volvió al rey lo más presto que pudo, y le contó cuanto había oído y visto.

–Por tanto mi consejo –dijo sir Lucan– es que es mejor que os llevemos a alguna villa.

–Así quisiera yo –dijo el rey.

Capítulo 5

Cómo el rey Arturo mandó arrojar al agua su espada Excalibur, y cómo fue entregado a las damas de una barca

–Pero no me puedo tener en pie, tanto me trabaja la cabeza... ¡Ah, sir Lanzarote –dijo el rey Arturo–, mucho te he echado de menos este día! ¡Ay, que haya estado nunca contra ti, pues ahora recibo la muerte, de la que sir Gawain me previno en mi sueño!

Entonces sir Lucan tomó al rey de un lado, y sir Bedevere del otro, y al levantarlo se desvaneció; y sir Lucan al levantarse sufrió un desvanecimiento, ya que se le salieron del cuerpo parte de los intestinos, y seguidamente el corazón del noble caballero reventó. Y cuando despertó el rey, vio a sir Lucan, cómo yacía echando espuma por la boca, con parte de los intestinos a sus pies.

–¡Ay –dijo el rey–, muy dolorosa visión es ésta para mí, ver a este

noble duque morir de esta manera por mí, pues me quería ayudar, cuando estaba más necesitado de ayuda que yo! ¡Ay, no quiso quejarse, tan puesto tenía el corazón en ayudarme; ahora Jesús tenga piedad de su alma!

Entonces sir Bedevere lloró por la muerte de su hermano.

–Dejad esta lamentación y llanto –dijo el rey–, pues de nada me valdrá todo esto; pues sabe que si yo viviese, la muerte de sir Lucan me afligiría perpetuamente; pero mi hora acucia a toda prisa. Por tanto –dijo Arturo a sir Bedevere–, toma Excalibur, mi buena espada, y ve a aquella orilla; y cuando estés allá, te requiero que la arrojes al agua, y vuelvas y me digas qué has visto.

–Mi señor –dijo Bedevere–, vuestro mandato será cumplido, y prestamente os traeré nuevas otra vez.

Partió sir Bedevere, y por el camino miró esta noble espada, cuyo pomo y puño era todo de piedras preciosas, y se dijo: «Si arrojo esta rica espada al agua no vendrá nada bueno, sino daño y perjuicio». Y entonces sir Bedevere la escondió al pie de un árbol.

Y lo más presto que pudo volvió al rey, y le dijo que había estado en el agua, y que había arrojado en ella la espada.

–¿Qué has visto allí? –dijo el rey.

–Señor –dijo él–, nada he visto sino olas y vientos.

–Entonces no has dicho la verdad –dijo el rey–, por tanto ve ligero otra vez, y cumple lo que te ordeno; como caro y amado que eres para mí, no ahorres, sino arrójala.

Volvió otra vez sir Bedevere, y tomó la espada en la mano; y entonces pensó que era vergüenza y pecado arrojar aquella noble espada, y la escondió de nuevo, y dijo al rey que había ido al agua y había hecho lo que le mandaba.

–¿Qué has visto? –dijo el rey.

–Señor –dijo él–, nada he visto sino chocar de aguas y retroceder[25] de olas.

–¡Ah, mentiroso traidor –dijo el rey Arturo–, por segunda vez me has traicionado! ¿Quién habría pensado que tú, que has sido para mí tan amado y querido, y eres llamado noble caballero, me ibas a traicionar por la riqueza de una espada? Pero vuelve ahora prestamente, pues tu larga tardanza pone en gran riesgo mi vida, pues se está apoderando de mí el frío. Y si no haces ahora lo que te pido, si alguna vez puedo verte, te mataré con mis manos; pues por la riqueza de mi espada quisieras verme muerto.

Entonces partió sir Bedevere, fue a la espada, la tomó ligeramente, y fue a la orilla; ató el ceñidor alrededor del puño y la arrojó luego al agua lo más lejos que pudo; y salió del agua un brazo y una mano al encuentro de ella, la asió, la sacudió y blandió tres veces, y después desapareció con la espada en el agua. Y volvió sir Bedevere al rey, y le dijo qué había visto.

–¡Ay! –dijo el rey–, ayúdame a irme de aquí, pues temo que he tardado demasiado tiempo.

Entonces sir Bedevere tomó al rey sobre su espalda, y fue con él a aquella playa. Y cuando estuvieron en la playa, cerca de la orilla estaba detenida una pequeña barca con muchas hermosas damas dentro, y entre ellas había una reina, y todas llevaban caperuzas negras; y comenzaron a llorar y a plañir cuando vieron al rey Arturo.

–Ahora ponme dentro de la barca –dijo el rey.

Así lo hizo él suavemente; y allí le recibieron tres reinas entre grandes gemidos; lo sentaron, y en uno de sus regazos posó el rey la cabeza. Y entonces dijo dicha reina:

–¡Ah, querido hermano!, ¿por qué habéis tardado tanto tiempo en venir a mí? ¡Ay, harto se ha enfriado esta herida de vuestra cabeza!

Y se apartaron remando de tierra, y sir Bedevere contempló cómo se alejaban todas estas damas. Entonces gritó sir Bedevere:

–¡Ah, mi señor Arturo, qué será de mí, ahora que os vais y me dejáis aquí solo entre mis enemigos?

–Ten ánimo –dijo el rey–, y pórtate lo mejor que puedas, pues en mí no queda confianza en qué fiar; pues voy al valle de Avalón a sanarme de mi grave herida; y si no oyes hablar nunca más de mí, reza por mi alma.

Pero no cesaban las reinas y damas de llorar y plañir, de manera que daba piedad oírlas. Y tan pronto como sir Bedevere perdió de vista la barca, lloró y gimió, y emprendió el camino de la floresta; y siguió andando toda esa noche, y por la mañana descubrió, entre dos colinas peladas, una capilla y ermita.

Capítulo 6

Cómo sir Bedevere lo halló muerto por la mañana en una ermita, y cómo se quedó allí con el ermitaño

Entonces se alegró sir Bedevere, y fue hacia allí; y cuando llegó a la capilla, vio dónde estaba un ermitaño en el suelo de pies y manos, cerca de una tumba recién cavada. Cuando el ermitaño vio a sir Bedevere lo reconoció, pues poco antes había sido obispo de Canterbury, al que sir Mordred había hecho huir.

–Señor –dijo Bedevere–, ¿qué hombre está ahí enterrado, por el que rezáis con tanto fervor?

–Gentil hijo –dijo el ermitaño–, no lo sé verdaderamente, sino por conjetura. Pero esta noche, a medianoche, vinieron aquí varias damas, trajeron un cadáver, y me rogaron que lo enterrase; y aquí ofrecieron cien cirios, y me dieron cien besantes.

–Ay –dijo sir Bedevere–, que es mi señor, el rey Arturo, el que aquí yace enterrado, en esta capilla.

Entonces sir Bedevere cayó desvanecido; y cuando despertó rogó al ermitaño que le dejase quedarse allí con él, para vivir con ayunos y oraciones.

–Pues no me iré de aquí –dijo sir Bedevere– por mi voluntad, sino que todos los días de mi vida rezaré aquí por mi señor Arturo.

–Bien venido seáis a mí –dijo el ermitaño–, pues os conozco más de lo que creéis. Sois el esforzado sir Bedevere, y el muy noble duque, sir Lucan el Mayordomo, era vuestro hermano.

Entonces sir Bedevere contó al ermitaño todo lo que habéis oído antes. Y allí se quedó sir Bedevere con el ermitaño que había sido obispo de Canterbury, y vistió ropas pobres, y sirvió al ermitaño muy humildemente, entregado a ayunos y oraciones.

Y de Arturo no hallo nada más escrito en libros autorizados, ni he leído nunca con certeza de su muerte, sino que fue llevado a una nave en la que estaban tres reinas, de las que una era la hermana del rey Arturo, la reina Morgana el Hada; la otra era la reina de Northgales, y la tercera la reina de las Tierras Desoladas. También estaba Nimue, la principal dama del lago, que se había desposado con Pelleas, el buen caballero; y esta dama había hecho mucho por el rey Arturo, pues jamás consintió que sir Pelleas estuviese en ningún lugar donde estuviese en peligro su vida; y vivió hasta el fin de sus días con ella en gran paz. Más de la muerte del rey Arturo no he podido hallar, sino que estas damas se lo llevaron a enterrar; y allí fue enterrado, de lo que dio testimonio el ermitaño que en otro tiempo fue obispo de Canterbury; aunque el ermitaño no sabía de cierto si era verdaderamente el cuerpo del rey Arturo; aunque así hizo sir Bedevere, caballero de la Tabla Redonda, que se escribiera.

Capítulo 7

De la opinión de algunos hombres

sobre la muerte del rey Arturo, y cómo la reina

Ginebra se hizo monja en Almesbury

Aunque dicen algunos en muchas partes de Inglaterra que el rey Arturo no ha muerto, sino que por voluntad de Nuestro Señor Jesús fue a otro lugar; y dicen que volverá, y ganará la santa cruz. Sin embargo no quiero decir que vaya a ser así, sino más bien digo que aquí en este mundo cambió de vida. Pero muchos dicen que sobre su tumba está escrito este verso: HIC IACET ARTHURUS, REX QUONDAM REXQUE FUTURUS.

Dejo, pues, aquí a sir Bedevere con el ermitaño que vivía en ese tiempo en una capilla cerca de Galstonbury, donde estaba su ermita. Y vivieron ambos entregados a sus oraciones, ayunos y gran abstinencia.

Y cuando la reina Ginebra supo que el rey Arturo había muerto, y todos los nobles caballeros, sir Mordred y todos los restantes, salió encubiertamente, acompañada de cinco damas, y se dirigió a Almesbury; y allí se hizo monja, y vistió ropas blancas y negras, y tomó gran penitencia, como jamás había hecho ninguna dama pecadora en este mundo, y no hubo criatura que la pudiese alegrar; sino que vivió dedicado al ayuno, oración, y las obras de caridad, y todas las gentes se maravillaban de lo virtuosamente que había cambiado.

Ahora dejamos a la reina Ginebra en Almesbury, monja de hábitos blancos y negros, donde llegó a ser abadesa y gobernadora como era de razón, y nos volvemos de ella, y hablamos de sir Lanzarote del Lago.

Capítulo 8

Cómo cuando sir Lanzarote supo de la muerte del rey Arturo, y de sir Gawain, y otros asuntos, vino a Inglaterra

Y cuando tuvo nuevas en su país que sir Mordred se había coronado rey de Inglaterra, y hacía guerra contra el rey Arturo, su propio padre, y quería impedirle desembarcar en su propia tierra, y le dijeron también que sir Mordred había puesto cerco a la Torre de Londres porque la reina no quería desposarse con él, entonces se enfureció sobremanera, y dijo a sus parientes:

–¡Ay!, ese doble traidor sir Mordred, ahora me pesa que escapara de mis manos, pues mucha afrenta ha hecho a mi señor Arturo; pues siento por la dolorosa carta que mi señor Gawain me ha enviado, de cuya alma tenga piedad Jesús, que mi señor Arturo está en muy mal trance. ¡Ay!, que haya vivido yo para oír que el muy noble rey que me hizo caballero es desbaratado por su súbdito en su propio reino. Y esta dolorosa carta que mi señor Gawain me ha enviado antes de morir, rogándome que visite su tumba, sabed bien que jamás se borrarán sus dolorosas palabras de mi corazón, pues fue muy noble caballero, como jamás ha nacido otro; y en desdichada hora nací yo, para tener la desventura de matar antes que a sir Gawain, a sir Gaheris el buen caballero, y a mi propio amigo sir Gareth, aquel noble caballero. ¡Ay!, bien puedo decir que soy desdichado –dijo sir Lanzarote–, de haber hecho eso desdichadamente, y, ¡ay!, que no me acaeciese nunca matar a ese traidor, sir Mordred.

–Dejad vuestras quejas –dijo sir Bors–, y vengad primero la muerte de sir Gawain; y bien hecho estará que visitéis la tumba de sir Gawain, y en segundo lugar, que venguéis a mi señor Arturo, y a mi señora, la reina Ginebra.

–Os lo agradezco –dijo sir Lanzarote–, pues siempre queréis mi honra.

Entonces se aprestaron todo lo deprisa que pudieron, con navíos y galeras, sir Lanzarote y su hueste, para pasar a Inglaterra. Y cruzaron la mar hasta que llegaron a Dover, y allí desembarcó con siete reyes, y el número era terrible de contemplar.

Entonces sir Lanzarote preguntó a los de Dover qué había sido del rey Arturo. Y las gentes le contaron cómo había muerto, y que sir Mordred y cien mil habían muerto ese día; y cómo sir Mordred dio allí al rey Arturo la primera batalla, en su desembarco, y allí cayó el buen sir Gawain; y por la mañana sir Mordred luchó con el rey en el

Llano de Barham, y allí el rey venció a sir Mordred.

–¡Ay! –dijo sir Lanzarote–, éstas son las más dolorosas nuevas que me han llegado jamás. Ahora, gentiles señores, mostradme la tumba de sir Gawain.

Entonces algunas gentes de la ciudad le llevaron al Castillo de Dover, y le enseñaron la tumba. Y sir Lanzarote se arrodilló y lloró, y rezó fervorosamente por su alma. Y esa noche hizo un duelo, y todos los que quisieron acudir tuvieron carne, pescado, vino y cerveza, y cada hombre y mujer recibió doce peniques, quienquiera que fuese. Y con su propia mano repartió este dinero, vestido de duelo; y no cesaba de llorar, y les rogó que rezasen por el alma de sir Gawain. Y por la mañana todos los capellanes y clérigos que se podían tener en el país estuvieron allí, y cantaron misa de réquiem; y allí ofrendó primero sir Lanzarote, y ofrendó cien libras; y después los siete reyes ofrendaron cuarenta libras cada uno; y también estaban allí mil caballeros, y cada uno de ellos ofrendó una libra; y la ofrenda duró desde la mañana hasta la noche, y sir Lanzarote yació dos noches sobre su tumba, en oraciones y llantos. Y al tercer día llamó sir Lanzarote a los reyes, duques, condes, barones y caballeros, y les dijo:

–Mis gentiles señores, os agradezco a todos que hayáis venido a este país conmigo, pero hemos llegado demasiado tarde, y eso me pesará mientras viva; pero contra la muerte ningún hombre se puede rebelar. Pero ya que es así –dijo sir Lanzarote–, quiero ir en busca de mi señora, la reina Ginebra, pues he oído decir que ha tenido gran pena y mucho desasosiego; y he oído decir que ha huido hacia poniente. Por tanto me esperaréis todos aquí, y si no he vuelto en quince días, entonces tomad vuestras naves y vuestra compañía, y partid a vuestro país, pues quiero hacer lo que os digo.

Capítulo 9

Cómo sir Lanzarote partió en busca de la reina Ginebra, y cómo la halló en Almesbury

Entonces fue sir Bors de Ganis, y le dijo:

–Mi señor Lanzarote, ¿qué pensáis hacer, cabalgar ahora por este reino? Sabed que hallaréis pocos amigos.

–Sea como sea –dijo sir Lanzarote–, esperad aquí, pues quiero emprender esta jornada, y ningún hombre ni mancebo vendrá conmigo.

Y de nada valió insistir, sino que partió hacia poniente, y estuvo buscando siete u ocho días; y finalmente llegó a un convento de monjas, y entonces vio la reina Ginebra a sir Lanzarote cuando éste entraba en el claustro. Y al verlo, allí se desvaneció tres veces, y todas las dueñas y doncellas tuvieron mucho trabajo para sostener a la reina en pie. Y cuando pudo hablar, llamó a dueñas y doncellas, y les dijo:

–¿Os sorprende, gentiles señoras, esta turbación? En verdad –dijo–, es por la visión de ese caballero que está ahí; por tanto os ruego a todas que lo traigáis aquí.

Cuando le hubieron traído a sir Lanzarote, dijo a todas las señoras:

–Por este hombre y por mí se ha movido toda esta guerra, y han muerto los más nobles caballeros del mundo; pues por el amor que hemos tenido juntos ha muerto mi muy noble señor. Por tanto, señor Lanzarote, sabe que he hecho votos para obtener la salvación de mi alma; y confío por la gracia de Dios, después de mi muerte, en poder tener una visión del bendito rostro de Cristo, y el día del juicio sentarme a Su diestra, pues hay santas en el cielo tan pecadoras como he sido yo. Por tanto, señor Lanzarote, te requiero y suplico vivamente, por todo el amor que hubo entre nosotros, que no me vuelvas a mirar más la cara; y te ordeno, en nombre de Dios, que renuncies a mi compañía, y regreses a tu reino, y guardes bien tu reino de toda guerra y estrago; pues, así como te he amado, mi corazón no me servirá verte, pues por ti y por mí ha sido destruida la flor de los reyes y los caballeros; por tanto, señor Lanzarote, vete a tu reino, toma allí esposa, y vive con ella en alegría y contento; y te ruego vivamente que reces por mí a Nuestro Señor, a fin de que

pueda enmendar mi errada vida.

–Dulce señora –dijo sir Lanzarote–, ¿queréis que regrese a mi país, y me case allí con una dama? No, señora; sabed bien que jamás haré eso, pues nunca os seré tan falso en lo que he prometido; sino que el mismo destino que habéis tomado vos, tomaré yo, por agradar a Jesús, y por vos quiero entregarme especialmente a la oración.

–Si quieres hacer eso –dijo la reina–, guarda tu promesa; pero no creo sino que volverás al mundo otra vez.

–Bien señora –dijo él–, decid lo que os plazca; sin embargo, sabéis que nunca he sido falso a mi promesa, y Dios me libre de que abandone el mundo como vos habéis hecho. Pues en la demanda del Santo Grial habría abandonado yo las vanidades del mundo, de no haber sido por vuestro amor. Y si lo hubiese hecho entonces de corazón, voluntad y pensamiento, habría aventajado a todos los caballeros que estaban en el Santo Grial, salvo a sir Galahad, mi hijo. Y por tanto, señora, ya que os habéis entregado a la perfección, de necesidad debo yo entregarme a la perfección. Pues tomo por testigo a Dios que en vos he tenido mi gozo terrenal; y si os hubiese hallado ahora así dispuesta, habría pensado teneros en mi propio reino.

Capítulo 10

Cómo sir Lanzarote llegó a la ermita donde estaba el arzobispo de Canterbury, y cómo tomó los hábitos

»Pero ya que os hallo así dispuesta, os aseguro fielmente que quiero consagrarme a la penitencia, y a rezar mientras dure mi vida, si puedo hallar algún ermitaño, gris o blanco, que quiera recibirme. Por lo que, señora, os ruego que me beséis y nunca más.

–No –dijo la reina–; eso no lo haré nunca, y absteneos de tales obras.

Y se separaron. Pero jamás hubo hombre de corazón tan duro que no hubiese llorado de ver el duelo que hicieron; pues hubo lamentación como si hubiesen sido alanceados; y muchas veces se desvanecieron, y las damas llevaron a la reina a su cámara. Y se recobró sir Lanzarote, tomó su caballo, y cabalgó todo ese día y toda la noche por una floresta, llorando.

Y finalmente vio una ermita y capilla que estaba entre dos barrancos; y a continuación oyó tañer una pequeña campana llamando a misa; se encaminó hacia allí y se apeó, ató el caballo a la entrada, y oyó misa. Y el que decía la misa era el obispo de Canterbury.

El obispo y sir Bedevere reconocieron a sir Lanzarote, y hablaron con él después de la misa. Pero cuando sir Bedevere hubo contado todo lo acaecido a sir Lanzarote, a éste casi le reventó el corazón de aflicción; y abrió los brazos, y dijo:

–¡Ay, quién puede fiarse de este mundo!

Entonces hincó la rodilla, y rogó al obispo que le confesase y absolviese. Y a continuación suplicó al obispo que le permitiese ser su hermano. Y dijo el obispo:

–Muy de grado –y le puso un hábito a sir Lanzarote; y allí sirvió él a Dios, día y noche, con oraciones y ayunos.

Entretanto la gran hueste esperaba en Dover. Y entonces sir Lionel tomó quince señores consigo, y fue a Londres en busca de sir Lanzarote, y allí fue muerto sir Lionel y muchos de sus señores. Entonces sir Bors de Ganis hizo que la gran hueste regresase a casa; y sir Bors, sir Héctor de Maris, sir Blamor, sir Bleoberis, con otros más del linaje de sir Lanzarote, tomaron sobre sí cabalgar por toda Inglaterra a lo largo y a lo ancho, para buscar a sir Lanzarote. Y por fortuna anduvo sir Bors mucho tiempo hasta que llegó a la misma ermita donde sir Lanzarote estaba; y oyó sir Bors tañer una pequeña campana llamando a misa, y se apeó y oyó misa. Y cuando acabó la misa, el obispo, sir Lanzarote, y sir Bedevere, se llegaron a sir Bors.

Y cuando sir Bors vio a sir Lanzarote con aquella clase de ropa, rogó al obispo que le dejase a él también llevar la misma vestidura. Y le fueron puestos los hábitos, y allí vivió entre rezos y ayunos.

Y al cabo de medio año llegaron sir Galihud, sir Galihodin, sir Blamor, sir Bleoberis, sir Villiars, sir Clarrus y sir Gahalantine. Y estos siete nobles caballeros se detuvieron allí. Y cuando vieron a sir Lanzarote entregado a tal perfección, no tuvieron ningún deseo de partir, sino que tomaron el mismo hábito que él. Así vivieron con gran penitencia seis años; y entonces sir Lanzarote recibió del obispo el hábito de capellán, y a los doce meses cantó misa. Y no había ninguno de los otros caballeros que no leyese libros sagrados, ayudase a decir misa, y tañer campanas, e hiciese humildemente toda suerte de servicios. Y sus caballos fueron a donde quisieron, pues ninguna cuenta hacían ellos de las riquezas mundanas. Pues cuando vieron a sir Lanzarote soportar tal penitencia, entre oraciones y ayunos, ninguna cuenta hicieron de las penas que soportaban, viendo al más noble caballero del mundo hacer tal abstinencia que lo iba enflaqueciendo.

Y una noche le vino una visión a sir Lanzarote, la cual le recomendó que, en remisión de sus pecados, se apresurase a ir a Almesbury: «Y cuando llegues allá, hallarás muerta a la reina Ginebra. Y por tanto lleva a tus compañeros contigo, provéeles de unas andas de caballos; trae su cadáver, y entiérrala junto a su marido, el noble rey Arturo». Y esta visión visitó a sir Lanzarote tres veces en una noche.

Capítulo 11

Cómo sir Lanzarote fue con sus siete compañeros a Almesbury, y allí halló muerta a la reina Ginebra, a la que llevaron a Glastonbury

Entonces sir Lanzarote se levantó antes de que amaneciera, y dijo el ermitaño:

–Está bien –dijo el ermitaño– que os aprestéis, y no desobedezcáis a la visión.

Entonces sir Lanzarote tomó consigo a sus siete compañeros, y fueron a pie de Glastonbury a Almesbury, lo que es poco más de treinta millas. Y llegaron allí en dos días, pues estaban flacos y débiles para caminar. Y cuando sir Lanzarote llegó a Almesbury, al convento, la reina Ginebra había muerto media hora antes.

Y las damas dijeron a sir Lanzarote que la reina Ginebra les había contado, antes de expirar, que sir Lanzarote era capellán desde hacía cerca de doce meses, «y viene hacia aquí, lo más deprisa que puede, a llevarse mi cadáver; y me enterrará junto a mi señor, el rey Arturo». Por lo que dijo la reina delante de todas:

–Suplico a Dios Todopoderoso que no pueda volver a ver a sir Lanzarote con mis ojos terrenales.

–Y ésa –dijeron todas las damas– ha sido su constante súplica estos dos días, hasta que ha muerto.

Entonces sir Lanzarote miró su rostro, pero no lloró grandemente, sino que suspiró. E hizo toda la observancia del servicio él mismo, el responso, y la misa de la mañana. Y allí fueron ordenadas unas andas de caballos con cien antorchas ardiendo siempre alrededor del cadáver de la reina, y sir Lanzarote con sus ocho compañeros fue siempre junto a las andas, cantando y leyendo muchas santas oraciones, y sahumando el cadáver con incienso. Así fueron sir Lanzarote y sus ocho compañeros a pie de Almesbury a Glastonbury.

Y cuando llegaron a la capilla y ermita, se le rezó un responso con gran devoción. Y por la mañana el ermitaño que en otro tiempo fuera obispo de Canterbury cantó la misa de réquiem con mucha devoción. Y sir Lanzarote fue el primero que ofrendó, y después sus ocho compañeros. Y entonces fue envuelta en tela encerada de Renennes, de la cabeza a los pies, treinta veces; y después fue puesta en una hoja de plomo, y después en un ataúd de mármol. Y

cuando la depositaron en la tierra, sir Lanzarote se desvaneció, y yació mucho rato sin moverse, hasta que fue el ermitaño y lo hizo volver en sí, y dijo:

–Merecéis reprobación, pues desagradáis a Dios con esa clase de aflicción.

–En verdad –dijo sir Lanzarote–, confío en no desagradar a Dios, pues Él conoce mi intención. Pues que mi aflicción no fue, ni es, por ningún goce de pecado, sino mi aflicción no puede tener fin. Pues al recordar la belleza y nobleza que había en su rey y en ella, y ver el cadáver de él y el de ella juntos, en verdad mi corazón no se ha servido sostener mi cuerpo afligido. También el recordar cómo por mi culpa, por mi orgullo y mi soberbia, fueron puestos ambos muy bajos, cuando eran sin par entre las gentes cristianas que jamás ha habido, sabed bien que al recordar esto, su bondad y mi desamor, tanto me ha flaqueado el corazón que no he podido sostenerme.

Así hace mención el libro francés.

capítulo 12

Cómo sir Lanzarote empezó a enfermar,

y después murió, y su cuerpo fue llevado

a la Gozosa Guarda para ser enterrado

Desde entonces sir Lanzarote comió y bebió muy poco, hasta que murió. Pues enflaqueció cada vez más, y se secó, y se consumió. Pues ni el obispo ni ninguno de sus compañeros podían hacerle comer; y bebía poco, al extremo que encogió un codo su estatura, de manera que no se le podía reconocer. Y rezaba constantemente, día y noche, aunque a veces dormía con un sueño inquieto; y siempre estaba tendido de bruces sobre la tumba del rey Arturo y la reina Ginebra. Y ningún consuelo que el obispo, sir Bors, o sus

compañeros podían llevarle le aprovechaba.

Seis semanas después, sir Lanzarote cayó enfermo, y quedó postrado en la cama; entonces mandó llamar al obispo que era ermitaño, y a todos sus leales compañeros. Y dijo sir Lanzarote con voz cansada:

–Señor obispo, os ruego que me deis todos los ritos que convienen a un cristiano.

–No tenéis necesidad de ellos –dijeron el ermitaño y todos sus compañeros–; no es sino pesadez de vuestra sangre; mañana estaréis recobrado por la gracia de Dios.

–Mis gentiles señores –dijo sir Lanzarote–, sabed bien que mi atribulado cuerpo anhela ya estar en la tierra; he tenido más advertencia de la que ahora digo; así que administradme los ritos.

Y cuando estuvo confesado y ungido, y recibió lo que correspondía a un cristiano, rogó al obispo que sus compañeros pudiesen llevar su cuerpo a la Gozosa Guarda. Unos dicen que estaba en Alnwick, y otros que en Bamborough.

–Aunque –dijo sir Lanzarote– mucho me arrepiento ahora, pero hice promesa en otro tiempo de que sería enterrado en la Gozosa Guarda. Y para no quebrantar mi promesa, os ruego a todos que me llevéis allí.

Entonces hubo llantos y retorcer de manos entre sus compañeros. Y a una hora de la noche se fueron a sus camas, pues todos ellos dormían en una misma cámara. Y pasada la media noche, antes del día, el obispo que era ermitaño, dormido como estaba en su lecho, comenzó a reír fuertemente. Y al punto se despertó la compañía; y fueron al obispo, y le preguntaron qué le pasaba.

–¡Ah, Jesús me valga! –dijo el obispo–, ¿por qué me habéis despertado? Nunca en mi vida me hallé tan contento y a mi sabor.

–¿Cómo es eso? –dijo sir Bors.

–En verdad –dijo el obispo–, estaba aquí conmigo sir Lanzarote con más ángeles que hombres he visto yo juntos en un día. Y he visto cómo los ángeles subían a sir Lanzarote al cielo, y las puertas del

cielo se abrían ante él.

–Eso no es sino fingimiento de los sueños –dijo sir Bors–; pues no dudo que a sir Lanzarote no le pasa nada, sino que está bien.

–Bien puede ser –dijo el obispo–; id a su cama, y entonces comprobaréis la verdad.

Y cuando sir Bors y sus compañeros fueron a su cama, lo hallaron muerto, y que yacía como sonriendo; y había el más dulce olor alrededor suyo del que nunca habían sentido. Allí fue entonces llorar y retorcer de manos, y el más grande duelo que jamás hiciera ningún hombre.

Y por la mañana el obispo dijo su misa de réquiem; y después, él y los nueve caballeros pusieron a sir Lanzarote en las mismas andas de caballos donde había sido puesta la reina Ginebra antes de que fuese enterrada. Y el obispo y todos juntos fueron un día tras otro con el cuerpo de sir Lanzarote, hasta que llegaron a la Gozosa Guarda, siempre con cien antorchas ardiendo a su alrededor. Y a los quince días llegaron a la Gozosa Guarda.

Y allí depositaron su cadáver en el cuerpo del coro, y cantaron y leyeron muchos salterios y oraciones sobre él y alrededor de él. Y le habían dejado la cara siempre descubierta y al aire, para que las gentes pudiesen verlo. Pues tal era la costumbre en aquellos días, que todos los hombres de merecimiento yaciesen con la cara descubierta hasta que fueran enterrados.

Y estando todos en su servicio, llegó sir Héctor de Maris, que llevaba siete años buscando por toda Inglaterra, Escocia y Gales, a su hermano sir Lanzarote.

capítulo 13

Cómo halló sir Héctor a su hermano

sir Lanzarote muerto, y cómo reinó Constantino

después del rey Arturo; y del fin de este libro

Y cuando sir Héctor oyó esas voces y vio esas luces en el coro de la Gozosa Guarda, se apeó y apartó el caballo, y entró en el coro; y allí vio hombres cantando y llorando, y todos ellos reconocieron a sir Héctor, aunque él a ellos no.

Entonces fue sir Bors a sir Héctor, y le dijo cómo yacía su hermano, sir Lanzarote, muerto; y entonces sir Héctor arrojó el escudo, la espada, y el yelmo lejos de sí y al ver el rostro de sir Lanzarote, cayó desvanecido. Y cuando despertó, no hay lengua que pueda contar las dolorosas quejas que hizo por su hermano.

–¡Ah, Lanzarote! –dijo–, tú fuiste cabeza de todos los caballeros cristianos, y ahora me atrevo a decir –dijo sir Héctor–, sir Lanzarote, ahí donde tú yaces, que jamás fuiste igualado por la mano de ningún caballero terrenal. Y fuiste el caballero más cortés que jamás llevó escudo. Y fuiste el amigo más leal con su amada que jamás montó a caballo. Y fuiste el más fiel amante entre los pecadores que jamás amó a mujer. Y fuiste el hombre más gentil que jamás hirió con espada. Y fuiste la más gallarda persona que jamás entró en espesura de caballeros. Y fuiste el hombre más modesto y gentil que haya comido en una sala entre damas. Y fuiste el caballero más sañudo con tu enemigo mortal que jamás puso lanza en el ristre.

Entonces hubo llanto y dolor fuera de medida. Así guardaron el cadáver de sir Lanzarote quince días; y después lo enterraron con gran devoción.

Y entonces, sosegadamente, se fueron todos con el obispo de Canterbury a su ermita, y allí estuvieron juntos más de un mes.

Entonces fue elegido sir Constantino, hijo de sir Cador de Cornualles, rey de Inglaterra. Y era muy noble caballero, y gobernó honrosamente este reino. Y este rey Constantino envió por el obispo de Canterbury, pues había oído decir dónde estaba. Y fue restablecido en su obispado, y dejó la ermita. Y sir Bedevere siguió allí su vida de ermitaño hasta el fin de su vida.

Entonces sir Bors de Ganis, sir Héctor de Maris, sir Gahalantine, sir Galihud, sir Galihodin, sir Blamore, sir Bleoberis, sir Villiars le Valiant, sir Clarrus de Cleremont, todos estos caballeros, regresaron a sus países. Aunque el rey Constantino habría querido tenerlos consigo, ellos no quisieron permanecer en este reino. Y todos vivieron en sus países como hombres santos.

Algunos libros ingleses dicen que no salieron de Inglaterra después de la muerte de sir Lanzarote, pero eso no es sino parcialidad de sus autores. Pues el libro francés hace mención, y es autorizado, de que sir Bors, sir Héctor, sir Blamor y sir Bleoberis fueron a Tierra Santa, donde Jesucristo sufrió suplicio y muerte, y pacificaron sus tierras. Pues dice el libro que así mandó sir Lanzarote que lo hiciesen antes de dejar este mundo. Y estos cuatro caballeros hicieron muchas batallas a los infieles o turcos. Y allí murieron un Viernes Santo por amor de Dios.

Aquí termina el libro entero del rey Arturo, y de sus nobles caballeros de la Tabla Redonda, que estando todos juntos fueron en número de ciento cuarenta. Y aquí termina la muerte de Arturo. Ruego a todos vosotros, gentileshombres y damas que leéis este libro de Arturo y sus caballeros de principio a fin, que roguéis por mí mientras estoy vivo, para que me envíe Dios buena liberación, y cuando haya muerto, os ruego a todos que oréis por mi alma. Pues este libro fue acabado el noveno año del reinado del rey Eduardo IV por sir Thomas Malory, caballero, con ayuda deJesús por Su gran poder, comoquiera que es siervo de Jesús día y noche.

Así acaba este noble y gozoso libro titulado La muerte de Arturo. Sin embargo, trata del nacimiento, vida y hechos de dicho rey Arturo, de sus nobles caballeros de la Tabla Redonda, sus maravillosas empresas y aventuras, el acabamiento del Santo Grial y, por último, la dolorosa muerte y partida de este mundo de todos ellos. El cual libro fue reducido al inglés por sir Thomas Malory, caballero, como antes se ha dicho, y por mí dividido en veintiún libros, capitulado e impreso, y terminado en la abadía de Westminster el postrer día de julio del año de Nuestro Señor de MCCCCLXXXV.

Caxton me fieri fecit.

[25] Wanne, «oscurecer»; Vinaver sugiere que se superpone aquí el sentido de wane, «retroceder», más acorde con la imagen.

Epílogo

William Caxton, el impresor de Malory

Luis Alberto de Cuenca

El 31 de julio de 1485 acabó de imprimirse en Westminster, Londres, uno de los libros más famosos de la literatura inglesa: Le Morte D'Arthur, de sir Thomas Malory. El título procede del colofón escrito por el impresor, William Caxton, lo que no deja de otorgarle un singular protagonismo; pero es que, además, Caxton redactó un más o menos disparatado prefacio a la obra, corrigió aquí y allá el idioma de Malory en aras de una mayor claridad, reescribió el libro V y dividió el relato en libros y capítulos con rúbricas que resumían la acción.

Todo esto ocurría tres semanas antes de que Ricardo III, rey de Inglaterra, cayera muerto en el campo de batalla de Bosworth, en Leicestershire, frente a las fuerzas de su enemigo Enrique Tudor, conde de Richmond, que reinaría a partir del 22 de agosto de 1485 con el nombre de Enrique VII, prolongándose su reinado hasta 1509. A Ricardo III la pluma de Shakespeare nos lo ha descrito como un monstruo de maldad. No fue tan malo, sin embargo. Era hombre de grandes condiciones de mando, enérgico y valiente, y en el corto período de su mandato (1483-1485) prestó buenos servicios a Inglaterra. Devolvió al Parlamento el poder que le había arrebatado su hermano Eduardo IV, introdujo modificaciones provechosas en la legislación y en la administración, declaró ilegales las «benevolencias» de su libertino predecesor y dio la libertad a los siervos adscritos a los dominios de la Corona. No obstante, la brutalidad y la perfidia que empleó para apoderarse de sus sobrinos y su falta de escrúpulos al ordenar su muerte, así como la de su antiguo amigo Buckingham y la de tantos otros adversarios, no lo hacen muy recomendable como modelo humano a imitar. Pero tenía agallas aquel monstruo deforme, y tuvo la osadía de

morir como un héroe pidiendo a cambio de su reino un simple caballo, como refiere Shakespeare en su tragedia. Así estaban las cosas en Inglaterra cuando Caxton imprimió Le Morte D'Arthur de Malory, a mayor gloria de las letras universales.

William Caxton nació en la campiña de Kent hacia 1422. Sabemos que en 1438 era aprendiz en el taller de Robert Large, un rico comerciante en tejidos que un año después llegaría a ser alcalde de Londres. Large murió en 1441, y Caxton se fue a Brujas, ciudad perteneciente entonces al ducado de Borgoña y centro principal del comercio europeo de la lana. Durante los treinta años siguientes vivió en Flandes, Holanda y Alemania, como miembro cada vez más próspero e influyente de la comunidad de comerciantes ingleses en el continente. En 1463 obtuvo el cargo de gobernador del gremio inglés de comerciantes pacotilleros o ancheteros (la ancheta o pacotilla es la porción de géneros que los marineros u oficiales de un barco pueden embarcar por su cuenta sin pagar flete) en los Países Bajos, un cargo de autoridad efectiva sobre sus compatriotas comerciantes. Ejercía el oficio con energía y distinción, y actuó varias veces de embajador del rey inglés en la negociación de tratados comerciales de una u otra índole. Hacia 1470 está al servicio de Margarita de York, hermana de Eduardo IV, ahora duquesa de Borgoña tras su matrimonio con Carlos el Atrevido; probablemente Caxton ejercía como asesor financiero de la duquesa, sin descuidar su actividad como agente del rey de Inglaterra en asuntos relacionados con el comercio.

Por esas fechas comienzan a derivar sus intereses hacia la literatura. En marzo de 1469 había comenzado una traducción inglesa del Recueil des Histoires de Troie, de Raoul Le Fèvre, capellán de Felipe el Bueno, anterior duque de Borgoña, tarea que pronto abandonó, considerándola superior a sus fuerzas. Sin embargo, la duquesa Margarita insistió en que la terminara, cosa que hizo con fecha de 19 de septiembre de 1471. Fue en Colonia, ciudad en la que residió, alternativamente con Gante, entre 1470 y 1472, donde aprendió el arte de imprimir. Ambas tareas, la de impresor y la de traductor, se verían muy pronto íntimamente conectadas. En el epílogo al libro III del Recuyell of the Histories of Troy, cuenta Caxton cómo «su pluma estaba agotada, su mano rendida y sus ojos nublados» al traducir el libro; de manera que, para amortizar tanto cansancio,

decidió instruirse en el arte de la imprenta para editar la obra. Una vez instruido, compró una prensa y dos familias completas de tipos móviles (de 160 y 217 matrices, respectivamente), que reproducían los caracteres habituales en los manuscritos franceses y borgoñones contemporáneos y que fundió para él Johann Veldener, impresor y fundidor de letras que operó primero en Colonia para pasar más tarde, en 1473, a Lovaina, por instigación acaso de Caxton, que quería tenerlo cerca. Siete de las ocho familias de tipos que utilizó el impresor inglés, tanto en sus tórculos de Brujas como en los de Westminster, le fueron proporcionadas por el fiel Veldener, hasta que se retiró del negocio en 1486. Caxton se asoció en Brujas con Colard Mansion, un copista e iluminador de códices muy conocido en la ciudad. En 1474 instaló su imprenta y, a finales de ese mismo año o comienzos de 1475, se publicó en Brujas el primer libro impreso en lengua inglesa, a saber, la recopilación de historia troyana traducida por Caxton a costa de tantos esfuerzos.

Otros cinco libros imprimiría Caxton en Brujas, entre ellos el Recueil de Le Fèvre en francés, un Cordiale o tratado sobre las postrimerías del hombre, también en francés (Les Quatre Dernières Choses), y las Méditations sur les Sept Psaumes Pénitentiaux de Pierre d'Ailly; tan sólo uno en inglés, The Game and Play of Chess (31 de marzo de 1475), traducido por el propio impresor de dos versiones francesas (por Jean de Vignay y Jean Ferron, respectivamente, de mediados del siglo XIV) del tratado latino De ludo scaccorum, obra del dominico Jacobo de Cessolis datable en torno a 1300.

A finales de 1476 Caxton volvió a Inglaterra, estableciendo su imprenta en Westminster, en los terrenos de la Abadía, precisamente en el lugar donde se repartían las limosnas a los menesterosos. A partir de entonces tan sólo se dedicaría a escribir prólogos y epílogos, a traducir y a imprimir libros, que a su muerte, en 1491, alcanzaban el número de cien, de muy distintas materias. La primera pieza, que sepamos, impresa en Inglaterra es una Indulgencia otorgada por Juan, abad de Abingdon y nuncio papal en la isla, a 13 de diciembre de 1476. No fue descubierta hasta 1928, debiéndose su hallazgo a A. W. Pollard.

En 1477 ven la luz The History of Jason (traducción por Caxton de

la Histoire de Jason de Raoul Le Fèvre) y los famosos Dicts or Saying of the Philosophers, traducidos del francés de Guillaume de Tignonville por Anthony Woodville, conde de Rivers y hermano de la reina, que pasaron por ser durante mucho tiempo el primer libro impreso en Inglaterra (18 de noviembre de 1477).

Los Canterbury Tales de Geoffrey Chaucer vieron la luz en 1478. La obra consta de 374 folios, lo que representa un considerable esfuerzo de impresión por parte de Caxton. Los reeditaría en 1483, enriqueciéndose con veintiséis xilografías y mejorando el texto mediante el uso de un manuscrito más fiable que el reproducido en la editio princeps; como podemos ver, Caxton no descuidaba el lado filológico de su labor.

También fue impresa en 1478 la versión de Chaucer del De consolatione philosophiae de Boecio. Un año después se imprime en Westminster una versión inglesa del Cordiale por Anthony Woodville (la misma obra impresa por Caxton en francés en su etapa flamenca). De 1481 data The Mirror of the World, una traducción llevada a cabo por el propio Caxton del Speculum majuas de Vincent de Beauvais, la famosa enciclopedia medieval, a través de una tardía paráfrasis francesa en prosa de la misma; las xilografías que acompañan al texto hacen del Mirror caxtoniano el primer libro impreso inglés ilustrado.

El 6 de junio de 1481 terminó Caxton su traducción, en este caso del holandés, de la History of Reynard the Fox, que fue impresa a continuación. Y junto a las aventuras de Maese Zorro dos celebérrimos trataditos ciceronianos, De senectute y De amicitia, que Caxton ofrece en la versión inglesa de John Tiptoft, conde de Worcester, un distinguido humanista que terminó sus días en el cadalso en 1470; once años después, Caxton rendía así tributo a su memoria.

Ranulph Higden, monje benedictino de Chester muerto en 1364, redactó una historia universal que obtuvo un éxito clamoroso en toda Europa: el Polycronicon. John Trevisa (1326-1412) lo tradujo al inglés. Caxton imprimió la traducción de Trevisa entre el 2 de julio y el 20 de noviembre de 1482, comprendiendo la obra 450 folios. De ese mismo año data la segunda edición, ricamente ilustrada, del Game and Play of the Chess que imprimiera Caxton en

Brujas en 1475. Y hasta aquí lo más importante que produjeron las prensas de Westminster hasta el advenimiento al trono de Inglaterra de Ricardo III.

Los dos años que el rey giboso empleó en gobernar la isla con el acierto que antes indicábamos fueron, sin duda, los más fértiles en la vida de William Caxton como impresor. Para empezar, citaré la Confessio amantis, de John Gower, el contemporáneo de Chaucer, un libro importantísimo en la historia de las letras inglesas. Seguiré con la segunda edición de los Canterbury Tales ya citada. No omitiré The Book of Fame y Troilus and Criseyde, obras ambas de Chaucer, ni The Life of Our Lady de John Lydgate. Con la impresión de estos títulos, Caxton proveía a los lectores de los mejores libros escritos en inglés hasta aquel momento. Ya en 1484, imprime The Knight of the Tower, de Geoffroi de la Tour Landry, traducido por él mismo; una cuarta edición de los Disticha Catonis en versión también suya, y un Esopo que merece algún comentario.

En el principio está Der Edelstein, la más antigua colección impresa de las fábulas de Esopo (Bamberg, 1461); aquella edición, impresa por Albrecht Pfister, contenía numerosas xilografías: fue el primer libro impreso ilustrado que podemos fechar con certeza. Las mismas ilustraciones ornarían quince años más tarde, hacia 1476, la versión alemana de Heinrich Steinhowel (Ulm, en la oficina de Johann Zainer), que a su vez pasarían a otra impresión de las fábulas esópicas llevada a cabo en Augsburgo por Gunther Zainer (1477), base de las ilustraciones incluidas en la versión francesa de Julien Macho (Lyon, 1480), fuente de la versión inglesa de Caxton, intitulado Book of the subtle histories and fables of Aesop y enriquecida con las mismas 186 xilografías que figuraban en la edición original alemana de 1461.

Junto al Esopo, Caxton imprime en 1484 The Book of the Order of Chivalry, de nuestro Ramón Llull o Raimundo Lulio, en versión propia a partir de una versión francesa de la obra. Y The Golden Legend, de Jacobo de Vorágine, el más voluminoso de los libros impresos por él, unas 600.000 palabras dispuestas a lo largo de 448 folios de doble columna; un libro en el que Caxton tuvo mucho que ver, pues lo tradujo de la versión francesa de Jean de Vignay, pero añadiendo unas veinticinco vidas de santos no incluidas en esa

versión y obtenidas de otras fuentes; la obra está espléndidamente ilustrada con infinidad de xilografías, 19 de ellas ocupando toda la página, y hace pendant sagrado con el Polycronicon profano de Ranulph Higden.

Luego viene Le Morte D'Arthur, el último día del mes de julio de 1485. Veinte días después de la inmortalidad que suponía para Caxton la impresión de la obra de Malory, le sobrevendría la muerte a Ricardo III. Pero ya he contado esa historia.

Con Enrique Tudor en el trono, Caxton siguió en Westminster, a vueltas con sus tórculos. El 1 de diciembre de 1485 se acabó de imprimir The Life of Charles the Great. El 19 de ese mismo mes, The history of the noble and valient knight Paris and the fair Vienne. Entre 1485 y 1487, The Life of the holy and blessed virgin Saint Winifred, traducida por Caxton del original latino de Roberto de Shrewsbury, escrito hacia 1140, en la misma época en que Geoffrey de Monmouth urdía su Historia de los reyes de Britania. El 14 de julio de 1489 salía de las prensas otra obra traducida por el propio impresor, los Faytes of Arms and of Chivalry, de la polifacética Christine de Pisan (1364-1431), hija del astrólogo de Carlos V de Francia, aquella dama que enviudó a los veinticinco años y expuso su dolor en las famosas Ballades du Veuvage. En 1490 se publicó The Book of Eneydos, traducido por Caxton de un Livre des Énéides francés adaptado de Virgilio y del De casibus virorum illustrium de Boccaccio. Ese mismo año vio la luz The Art and Craft to know well to die, un Ars moriendi abreviado. Uno de los últimos libros impresos por Caxton (1491) son los Fifteen Oes and other prayers, donde los Oes son oraciones encabezadas por el vocativo «oh», un buen título para clausurar una vida y reconciliarse con Dios.

Caxton murió en 1491, en Westminster. Su esposa, Maude, había muerto el año anterior. Le sobrevivió una hija y, sobre todo, su divisa, que fue adoptada con mínimas alteraciones por su sucesor, el alsaciano Wynkyn de Worde. Una divisa tipográficamente muy hermosa, muy sugerente, en cuyos trazos todavía hoy, cinco siglos después de su muerte, los aficionados a la literatura caballeresca seguimos distinguiendo, además de sus iniciales, crueles despedidas, tiernos abrazos y hasta la última rúbrica de la espada de Arturo en

la postrer batalla.